

cuba

una revolución en marcha

 **ruedo ibérico**
 Ayuntamiento de Madrid



 **ruedo ibérico**

Cuba: una revolución en marcha

HEMEROTECA

54

Cartón núm.

Tomos ¿Tiene modelo?

Preparador.

Observaciones:

CUBA

SUPLEMENTO

1967

Santos

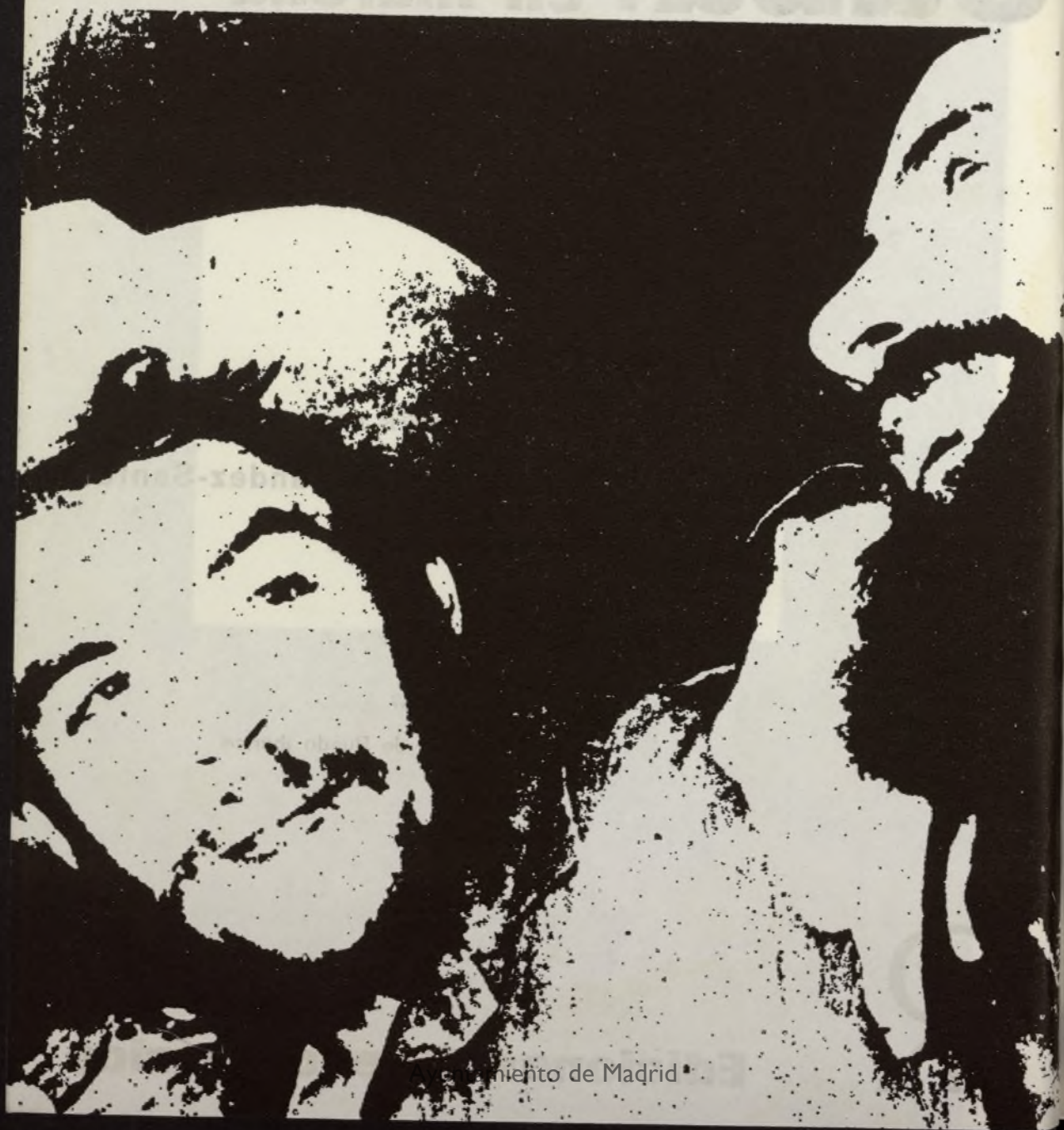
Suplemento 1967

de Cuadernos de Ruedo Ibérico



Ediciones Ruedo ibérico

Ernesto « Che » Guevara y Camilo Cienfuegos



Encuentro de Madrid

A la memoria de Ernesto «Che» Guevara

En las páginas que siguen encontrará el lector amplio testimonio del que fue gran revolucionario y teórico. Puede decirse que él es, con Fidel Castro, el protagonista esencial de esta obra. Sólo nos queda aquí, como homenaje a su memoria, reproducir dos admirables textos suyos: la carta de despedida a Fidel y el canto a Fidel escrito diez años antes en México.

En una revolución se triunfa o se muere

Fidel :

Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia, de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos.

Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte, y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierta, que en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera). Muchos compañeros quedaron a lo largo del camino hacia la victoria.

Hoy todo tiene un tono menos dramático, porque somos más maduros, pero el hecho se repite. Siento que he cumplido la parte de mi deber que me ataba a la Revolución Cubana en su territorio y me despido de ti, de los compañeros, de tu pueblo, que es ya mío.

Hago formal renuncia de mis cargos en la Dirección del Partido, de mi puesto de ministro, de mi grado de comandante, de mi condición de cubano. Nada legal me ata a Cuba, sólo lazos de otra clase que no se pueden romper como los nombramientos.

Haciendo un recuento de mi vida pasada creo haber trabajado con suficiente honradez y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario. Mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos en la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario. He vivido días magníficos y sentí a tu lado el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la crisis del Caribe. Pocas veces brilló más alto un estadista que en esos días. Me enorgullezco también de haberte seguido sin vacilaciones identificado con tu manera de pensar y de ver y apreciar los peligros y los principios.

Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba, y llegó la hora de separarnos.

Sépase que lo hago con una mezcla de alegría y dolor; aquí dejo lo más puro entre mis esperanzas de constructor y lo más querido entre mis seres queridos... y dejo un pueblo que me admitió como un hijo. Eso lacera una parte de mi espíritu. En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir

con el más sagrado de los deberes : luchar contra el imperialismo donde quiera que esté : esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura. Digo una vez más que libero a Cuba de cualquier responsabilidad, salvo la que emane de su ejemplo. Que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para ti. Que te doy las gracias por tus enseñanzas y tu ejemplo, y que trataré de ser fiel, hasta las últimas consecuencias de mis actos. Que he estado identificado siempre con la política exterior de nuestra Revolución, y lo sigo estando. Que en dondequiera que me pare sentiré la responsabilidad de ser revolucionario cubano, y como tal actuaré. Que no dejo a mis hijos y mi mujer nada material y no me apena : me alegra que así sea. Que no pido nada para ellos pues el Estado les dará lo suficiente para vivir y educarse.

Tendría muchas cosas que decirte a ti y a nuestro pueblo, pero siento que son innecesarias : las palabras no pueden expresar lo que yo quisiera, y no vale la pena emborronar cuartillas.

Hasta la victoria siempre. ¡ PATRIA O MUERTE ! Te abraza con todo fervor revolucionario.

Che

Canto a Fidel

Vámonos,
ardiente profeta de la aurora,
por recónditos senderos inalámbricos
a liberar el verde caimán que tanto amas.

Vámonos,
derrotando afrentas con la frente
plena de martianas estrellas insurrectas,
juremos lograr el triunfo o encontrar la muerte.

Cuando suene el primer disparo y se despierte
en virginal asombro la manigua entera,
allí, a tu lado, serenos combatientes,
nos tendrás.

Cuando tu voz derrame hacia los cuatro vientos
reforma agraria, justicia, pan, libertad,
allí, a tu lado, con idénticos acentos,
nos tendrás.

Ayuntamiento de Madrid

Y cuando llegue al final de la jornada
la sanitaria operación contra el tirano,
allí, a tu lado, aguardando la postrer batalla,
nos tendrás.

El día que la fiera se lama el flanco herido
donde el dardo nacionalizador le dé,
allí, a tu lado, con el corazón altivo,
nos tendrás.

No pienses que puedan menguar nuestra entereza
las decoradas pulgas armadas de regalos ;
pedimos su fusil, sus balas y una peña.
Nada más.

Y si en nuestro camino se interpone el hierro,
pedimos un sudario de cubanas lágrimas
para que se cubran los guerrilleros huesos
en el tránsito a la historia americana.
Nada más.

(México, 1956)

Indice

| | |
|--|-----|
| Francisco Fernández-Santos : Cuba : una revolución en marcha | VII |
|--|-----|

1. Los orígenes

| | |
|---|----|
| Roberto Fernández Retamar : Martí en su (tercer) mundo | 3 |
| Osvaldo Dorticós : Fragmento del discurso pronunciado en Moscú el 15 de octubre de 1964 | 26 |
| José Martí : Mi honda es la de David (selección de textos) | 27 |
| Vindicación de Cuba | 27 |
| El alma de la revolución y el deber de Cuba en América | 30 |
| El manifiesto de Montecristi | 32 |
| Carta a Manuel Mercado | 32 |
| Nuestra América | 38 |
| Edmundo Desnoes : Martí en Fidel | 43 |

2. La guerra revolucionaria

| | |
|---|----|
| Fidel Castro : La historia me absolverá | 53 |
| Faure Chaumón : El asalto al Palacio presidencial | 56 |
| Ernesto « Che » Guevara : Alegría de Pío y El combate del Uvero | 62 |
| Camilo Cienfuegos : La invasión de Las Villas | 69 |
| Raúl Castro : Con menos empezó el « Che » | 76 |
| Enrique Oltuski : Gente del llano | 80 |

3. El castrismo : teoría y práctica de la revolución cubana

| | |
|--|-----|
| Fidel Castro : Estos son nuestros caminos (selección) | 89 |
| Buscar soluciones definitivas | 89 |
| Revolucionarios y seudorevolucionarios | 94 |
| Nuestro campo de batalla abarca todo el mundo | 101 |
| Nada puede sustituir el vínculo de los principios | 105 |
| Hacer más perfecta la vida del hombre | 108 |
| Un nuevo sentido del honor | 110 |
| Las masas, verdadera fuerza de la revolución | 112 |
| Hoy el poder son ellos | 114 |
| Un pueblo capaz de pensar por sí mismo | 115 |
| Ernesto « Che » Guevara : Somos una antorcha encendida (antología) | 123 |
| Proyecciones sociales del ejército rebelde | 123 |
| Que la libertad sea conquistada en cada rincón de América | 125 |
| Ayuntamiento de Madrid | |

| | |
|---|-----|
| ¿Qué debe ser un joven comunista? | 128 |
| Vietnam del Sur, laboratorio del Imperialismo | 131 |
| No puede haber coexistencia pacífica entre poderosos solamente | 132 |
| Patriota de Latinoamérica | 135 |
| Contra el burocratismo | 138 |
| Sobre la concepción del valor | 143 |
| Sobre el sistema presupuestario de financiamiento | 147 |
| Los países socialistas deben liquidar su complicidad tácita con la explotación colonial | 153 |
| El socialismo y el hombre en Cuba | 157 |
| Granma : La lucha contra el burocratismo | 168 |
| I. Una institución pura y exclusivamente burguesa | 168 |
| II. El peligro de la burocracia como una capa social | 173 |
| III. Un freno a la acción revolucionaria | 176 |
| IV. Una lucha larga, tenaz y sin cuartel | 183 |
| Regis Debray : El « castrismo » : la larga marcha de América latina | 188 |
| David Alexander : Un nuevo internacionalismo revolucionario | 197 |

4. Un socialismo en construcción

| | |
|--|-----|
| Sergio de Santis : Debate sobre la gestión socialista en Cuba | 209 |
| Juan Martínez Alier : Paréntesis | 237 |
| Carlos Rafael Rodríguez : La situación económica en Cuba | 241 |
| La economía cubana del bienio | 243 |
| El desarrollo económico de Cuba | 244 |
| La ganadería | 246 |
| Producción agrícola no cañera | 246 |
| Crecimiento de la industria | 247 |
| Comercio y financiamiento | 248 |
| Michel Gutelman : La socialización de los medios de producción en agricultura | 251 |
| I. La ley de reforma agraria | 251 |
| II. Las formas de explotación y encuadramiento del sector privado (1959-1967) | 257 |
| José A. Aguilera Maceiras : Una revolución educacional en la Cuba revolucionaria | 266 |

5. El nuevo pensamiento cubano

| | |
|--|-----|
| Alejo Carpentier : Literatura y conciencia política en América latina | 279 |
| Roberto Fernández Retamar : Hacia una nueva intelectualidad revolucionaria en Cuba | 285 |
| Lisandro Otero : El escritor en la revolución cubana | 299 |

| | |
|--|-----|
| Edmundo Desnoes : El mundo sobre sus pies | 309 |
| Polémica sobre los manuales | 313 |
| Lionel Soto : ¿ Contra el manualismo ? o ¿ Contra la enseñanza del marxismo-leninismo ? | 314 |
| Aurelio Alonso : ¿ Manual o no manual ? | 315 |
| Contrarréplica | 320 |
| Ricardo Jorge Machado : Generaciones y revolución | 321 |
| Fernando Martínez Heredia : El ejercicio de pensar | 330 |

6. El arte y la literatura

| | |
|---|-----|
| Alfredo Guevara : Sobre el cine cubano | 339 |
| Theodor Christensen : Estructura, imaginación y presencia de la realidad en el documental cubano | 341 |
| Miguel Barnet : La segunda africanía | 347 |
| Adelaida de Juan : Cuarenta años de pintura en Cuba | 353 |
| Riné Leal : El teatro cubano | 356 |
| Guillermo Rodríguez Rivera : Poesía de Cuba (1959-1967) | 365 |

Antología (poesía)

| | |
|----------------------------|-----|
| Nicolás Guillén | 368 |
| José Lezama Lima | 369 |
| Cintio Vitier | 375 |
| Virgilio Piñera | 375 |
| Eliseo Diego | 377 |
| Samuel Feijóo | 377 |
| Oscar Hurtado | 379 |
| Roberto Fernández Retamar | 380 |
| Roberto Branly | 383 |
| Pablo Armando Fernández | 383 |
| Fayad Jamís | 385 |
| Heberto Padilla | 387 |
| José Alvarez Baragaño | 388 |
| Luis Marré | 390 |
| César López | 391 |
| Antón Arrufat | 391 |
| Luis Suardíaz | 392 |
| Miguel Barnet | 393 |
| Belkis Cuza Malé | 394 |
| Guillermo Rodríguez Rivera | 394 |
| Víctor Casaus | 396 |
| Pedro Pérez Sarduy | 397 |
| Nancy Morejón | 399 |
| Luis Rogello Noguera | 400 |

| | | |
|-----|--|-----|
| 309 | Salvador Bueno : La nueva (y actual) novela cubana | 401 |
| 313 | Antología (narrativa) | |
| 314 | Alejo Carpentier : El derecho de asilo | 408 |
| 315 | José Lezama Lima : Paradiso | 423 |
| 320 | Virgilio Piñera : El filántropo | 431 |
| 321 | Onelio Jorge Cardoso : El pavo | 445 |
| 330 | David Camps : El ratón | 453 |
| | Guillermo Cabrera Infante : Josefina, atiende a los señores | 448 |
| | Antonio Benítez : Recuerdos de una piel | 457 |
| | Jaime Sarusky : Rebelión en la octava casa | 461 |
| | Jesús Díaz : Amor la Plata Alta | 466 |
| | Nelson Rodríguez : El regalo | 471 |

339 **7. Testimonios**

| | | |
|-----|---|-----|
| 341 | Ricardo Aguilera : Respirando la revolución cubana | 476 |
| 347 | Mario Benedetti : La gran lección de Cuba | 479 |
| 353 | J.M. Caballero Bonald : Sobre la literatura revolucionaria cubana | 481 |
| 356 | Julio Cortázar : Viaje al país de los cronopios | 483 |
| 365 | Antonio Eceiza : Sobre el cine cubano | 485 |
| | Francisco Fernández-Santos : Sobre el bloqueo cultural y el exilio | 487 |
| | Eva Forest : Una lección inolvidable | 491 |
| 368 | José Agustín Goytisolo : Quiero ser gato | 494 |
| 369 | Juan Goytisolo : Homenaje a un grabado | 496 |
| 375 | Alfonso Grosso : Cartoon del amanecer | 497 |
| 375 | Jesús López Pacheco : Cuba entrevista | 498 |
| 377 | José María de Quinto : Cuba, amiga y próxima | 505 |
| 377 | Alfonso Sastre : Un recuerdo de Cuba | 508 |
| 379 | Mario Vargas Llosa : Crónica de Cuba | 509 |
| 380 | | |
| 383 | | |
| 383 | | |
| 385 | | |
| 387 | | |
| 388 | | |
| 390 | | |
| 391 | | |
| 391 | | |
| 392 | | |
| 393 | | |
| 394 | | |
| 394 | | |
| 396 | | |
| 397 | | |
| 399 | | |
| 400 | | |

Ilustraciones en texto

Adigio : 62.
 Albén : 452.
 Alexis : 168, 471.
 Alonso : 407, 430.
 Aristide : 461.

Beltrán : 123, 386.
 Camacho : 365, 401, 457.
 Cárdenas : 276, 308, 474, 444.
 Magaly Carles : 167.
 Chago : 338.

Ayuntamiento de Madrid

- Chamaco : 298.
 David : 355, 368, 408, 423.
 Feijóo : 197, 266, 377, 445.
 Fornés : 338.
 Guerrero : 80, 173, 431, 470.
 Horacio : 76.
 Izanaga : 43.
 Fayad Jamís : 241, 339, 395.
 Lam : 49, 147, 237, 265, 353, 388.
 Luis : 337.
 Martínez : 50.
 Nuez : 53, 55, 56, 61, 64, 87, 122, 125, 131,
 132, 135, 156, 279, 285, 320, 346.
 Portocarrero : 4, 26, 27, 188, 196, 299, 341.
 Posada : 36, 187, 240, 278, 329.
 Pitín : 128, 142, 236, 309, 312, 315, 356.
 Reade : 313.
 Socorro : 251, 453.
 Sosa Bravo : 321.
 Nelson Sosa : 153, 352.
 Tubal : 138.
 Pilar Vázquez : 209.
 Zapata : 42, 208, 367.
 Marcas gráficas de los congos : 347.
 Carteles cubanos : 2, 51, 52, 88, 206, 475.

Planchas

Entre p. XVI y 1

1. Raúl Martínez : José Martí
2. Raúl Martínez : Fidel Castro
3. Cartel Cubano : XIV aniversario del asalto al Moncada
4. Cartel Cubano : Primera conferencia de la OLAS

Entre p. 112 y 113

5. Fidel Castro y Ernesto « Che » Guevara
6. Ernesto « Che » Guevara
7. Osvaldo Dorticós y Ernesto « Che » Guevara
8. Vilma Espín, Raúl Castro y Ernesto « Che » Guevara
9. Juan Almeida y Ernesto « Che » Guevara
10. Antonio Núñez y Ernesto « Che » Guevara
11. Raúl Castro y Ernesto « Che » Guevara

Entre p. 352 y 353

12. René Portocarrero : Pintura
- 13, 14, 15 y 16. Umberto Peña : Composiciones
- 17 y 18. Agustín Cárdenas : Escultura y dibujo

Ayuntamiento de Madrid

La idea de este libro nació el pasado mes de febrero, en La Habana, adonde la Casa de las Américas me había invitado como jurado de sus premios. En conversaciones sostenidas con amigos cubanos dirigentes de la Casa —me refiero en particular a Marcia Leiseca y Roberto Fernández Retamar—, les expuse el interés fraternal de Ruedo ibérico por la revolución cubana y la conveniencia de que ese interés, aparte de servir de base para establecer una relación permanente de colaboración entre Ruedo y la Casa, se materializara inmediatamente en algo concreto: un número especial de la revista, un libro... En todo ello su ayuda nos era indispensable. Marcia y Roberto se mostraron de acuerdo con el proyecto y me prometieron su concurso. Pensábamos entonces en dos soluciones alternativas: bien dedicar un número especial de Cuadernos de Ruedo ibérico a la revolución cubana, bien consagrarle el suplemento anual de la revista. En definitiva, la solución adoptada ha sido doble: Cuadernos de Ruedo ibérico reservó en su número 12 un «bloque» entero a Cuba (con textos de Guevara, Castro y Régis Debray). Y ahora sale a la luz, como suplemento anual, el grueso y nutrido volumen que el lector tiene entre sus manos.

En el avión que nos devolvía de La Habana a París, vía Praga, tuve ocasión de hablar del proyectado libro y de precisar algunas ideas a su respecto con Régis Debrai, entonces sólo conocido y apreciado de cubanos y de especialistas y hoy mundialmente famoso como resultado de su peripécia boliviana. Debray se mostró muy interesado por el libro y ofreció ayudarme. Por desgracia, la detención y procesamiento posteriores del escritor francés

Cuba : una revolución en marcha

Régis Debray por las autoridades bolivianas —que, como es sólito en estos casos, andan a la búsqueda de chivos expiatorios foráneos para «explicar» como complot exterior lo que sólo explicación doméstica e interior tiene: la lucha guerrillera— han privado a este libro de la valiosa ayuda que Debray, excelente conocedor de la revolución cubana, de sus dirigentes y de sus problemas, hubiera podido prestarnos. Quede aquí, en todo caso, constancia de nuestra solidaridad con él frente al juicio arbitrario que se le hace y a la injusta condena en que inevitablemente va a desembocar.

Ni que decir tiene que José Martínez, alma de esta difícil empresa que es Ediciones Ruedo ibérico, hizo inmediatamente suya la idea de este libro, pensando, como yo, en rendir un merecido homenaje hispánico a la revolución cubana y en ofrecer al lector de habla española la obra más completa publicada hasta ahora sobre aquélla. Desde ese momento, se puso enteramente a disposición de la empresa de construir este libro, asumida conjuntamente por los dos.

Empresa difícil y complicada ésta, más de lo que a primera vista pudiera parecer, en la que por fortuna hemos podido contar con la ayuda valiosa y desinteresada de numerosos amigos, especialmente cubanos, a quienes deseamos hacer aquí patente de modo general nuestra gratitud.

En particular, hemos de hacer constar con reconocimiento la ayuda que desde La Habana, y en París mismo, nos han prestado Marcia Leiseca y, especialmente, Roberto Fernández Retamar. Sin ellos nuestra tarea habría resultado mucho más ardua, dada la dificultad, a veces la imposibilidad, de obtener aquí una serie de

textos y de documentos que en cambio era factible conseguir en La Habana. Los consejos y sugerencias de R. Fernández Retamar nos han sido de útil ayuda en varios aspectos del libro. Hemos de puntualizar, no obstante, que la selección efectuada es, tanto en su sentido positivo como en el negativo, exclusiva responsabilidad de los editores.

Asimismo, expresamos nuestro agradecimiento por la colaboración prestada : a los escritores cubanos Alejo Carpentier y José Triana, quienes nos ayudaron especialmente en la selección literaria, el primero ofreciéndonos además las primicias de su último cuento, así como Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet y Nelson Zayas, que nos aportaron textos y sugerencias ; a Fernando Martínez Heredia y Aurelio Alonso, jóvenes profesores del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, a quienes debemos el envío de textos propios y de sus colegas ; a los pintores cubanos Wifredo Lam, Posada, Julio Herrera Zapata, Jorge Camacho y Umberto Peña, al escultor Agustín Cárdenas y los caricaturistas David Guerrero y Nuez por los dibujos que nos ofrecieron para ilustrar el libro, así como a José Neira por los que nos envió desde La Habana de otros artistas cubanos a quienes también damos gracias aquí ; a los españoles Juan Martínez Alier, quien se encargó de revisar los textos sobre economía cubana y de traducir y presentar el largo trabajo de Sergio de Santis, y Juan Goytisolo, por los textos literarios cubanos que nos sugirió o aportó ; a François Maspero y Michel Gutelman, el primero por la colaboración general prestada y ambos por habernos permitido incluir aquí el capítulo sobre la reforma agraria cubana del libro próximo a publicarse en las Ediciones Maspero ; y a cuantos escritores latinoamericanos y españoles nos enviaron su testimonio inédito acerca de la revolución cubana. Con

carácter especial hemos de agradecer a Elena Romo su colaboración de cada día, pues sobre ella ha recaído la mayor parte del trabajo técnico del libro.

El material recogido para este libro hubiera permitido editar, no uno, sino dos volúmenes como el actual. La bibliografía y la documentación sobre la revolución cubana empiezan a ser ya copiosas por lo menos en algunos aspectos, si bien se hallan escasamente sistematizadas y son a menudo poco conocidas, incluso de los mismos cubanos. Naturalmente, la limitación editorial de nuestro empeño —hacer un libro no superior a las 500 páginas, aun en el gran formato de Ruedo ibérico— nos obligaba a desechar de la selección documentos y textos que no dejan de tener interés —a veces lo tienen grande—, pero que por otra parte respondían menos cabalmente, o no respondían en modo alguno, al criterio político-intelectual con que el presente volumen se ha compuesto.

Porque, efectivamente, este libro no ha sido concebido como simple cajón de sastre en que introducir indiscriminadamente una serie de textos y de documentos relativos a la revolución cubana y a la Cuba actual, sino como panorama sistemático de ellas a partir de un punto de mira determinado. Yo diría que ese punto de mira es, o al menos hemos intentado que sea, el propiamente castrista, es decir, aquél a partir del cual la revolución desencadenada por Fidel Castro y sus compañeros desde el asalto al Moncada se ha ido viendo a sí misma. Visión que ha conocido un proceso complejo —a veces contradictorio— de desarrollo, pero en el que la revolución cubana ha demostrado en definitiva tal fidelidad a sí misma, tal auto-identidad de fondo en medio de su vertiginoso devenir, que bien puede afirmarse, con cierto grado de paradoja, quizá sólo aparente, que el castrismo está tanto más cerca de sus orígenes cuanto más se aleja

de ellos. Cualquiera que conozca bien el movimiento castrista se dará cuenta de que —y ese es acaso su rasgo más original— su busca audaz y ardorosa de lo nuevo se entrelaza íntima e inextricablemente con la busca de sus raíces, de modo que los orígenes y la vanguardia forman una vigorosa unidad histórica en que uno y otro factor se presuponen, apoyan y completan mutuamente. En el espíritu del castrismo el fundador Martí y el pionero comunista se dan la mano con una naturalidad y un evidente parentesco de que sólo puede extrañarse quien sea manifiestamente ajeno a ese espíritu. Espíritu dialéctico como pocos, si por dialéctica se entiende exploración de lo nuevo a partir de lo viejo y constituido, búsqueda de lo universal a través de lo particular.

Inspirándose en ese espíritu, nuestro criterio editorial nos ha llevado a poner de relieve algo que es más que patente en la historia y en la fase actual de la revolución cubana, como en la vida misma de la isla revolucionaria: la importancia histórica y vital del enorme americano —americano de « Nuestra América »— que fue José Martí, de su ejemplo y de sus ideas. Hemos subrayado incluso los muchos rasgos comunes que del Fidel de mediados del siglo XX hacen un Martí redivivo, un Martí que hubiera evolucionado con el siglo, un Martí posterior a la Revolución de Octubre y a las grandes guerras imperialistas, que hubiese tenido que batallar no contra el burdo y carcomido colonialismo español, sino contra el más sutil y poderoso neocolonialismo de los Estados Unidos, que él sólo alcanzó a entrever.

De los orígenes martianos de la revolución castrista pasa este libro directamente a la guerra revolucionaria iniciada con el asalto al Cuartel Moncada y continuada tres años después con el desembarco del Granma y la lucha en la sierra y el llano hasta el triunfo final, pasando por el ataque

de 1954 al Palacio presidencial. La atención preponderante al fenómeno castrista —como por otra parte la falta de espacio— nos ha hecho prescindir de ciertos aspectos del proceso histórico cubano —como la acción de José Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, el Movimiento Ortodoxo, etc.— que pueden concebirse como antecedentes o jalones preliminares de la revolución cubana. Por otra parte, ciertos análisis estructurales de la realidad cubana anterior a la revolución —respecto de la clase obrera, de los campesinos, de la burguesía y la pequeña burguesía, etc.— están aún en gran parte por hacer, a pesar de su evidente interés para la comprensión del presente. Difícilmente podíamos nosotros suplir aquí su falta.

En la sección más doctrinal del libro, la tercera, se exponen la teoría y la práctica de la revolución cubana a través de los textos definitorios fundamentales de sus dos máximos protagonistas: Fidel Castro y Ernesto Guevara, y con ayuda de algún texto no cubano, como el muy penetrante de Régis Debray, aquí recogido fragmentariamente. En cambio, hemos descartado algún documento que, aun siendo de primera importancia, como la famosa Segunda Declaración de La Habana, es tan universalmente conocido que cualquier lector interesado puede obtenerlo fácilmente. Estos textos y los demás que comprende la sección ponen vigorosamente de manifiesto la voluntad de autenticidad, de creación original, de búsqueda de lo nuevo que, como a toda verdadera revolución popular, anima a la cubana. En ellos se configuran una nueva táctica, una nueva estrategia, unos nuevos principios de la revolución socialista que, sin abandonar sus fines universales, los adapta a la realidad de un país subdesarrollado como Cuba, como gran parte de las naciones latinoamericanas.

También en la esfera del pensamiento

hemos sacrificado casi siempre, sin desconocer su valor eminente, el pasado anterior a la revolución, desde la generación vanguardista aún actuante hasta la de Orígenes y sus coetáneos, para dar especial realce a lo que en el terreno intelectual se ha hecho desde el triunfo de la revolución, especialmente por los jóvenes. A este « nuevo pensamiento cubano » dedicamos una sección entera, en la que, si se exceptúa a Alejo Carpentier, ninguno de los escritores e intelectuales incluidos tiene más de cuarenta años —buena parte no llegan siquiera a los treinta. Nuestro propósito ha sido mostrar cómo a la novedad que en el terreno de la praxis y de la teoría revolucionaria representa el castrismo empieza a responder un esfuerzo de teorización original por parte de los intelectuales cubanos de las dos últimas generaciones o promociones (llámeselas como se quiera): la de quienes han madurado con la revolución y la de quienes han empezado a pensar bajo ella, la de Retamar, Desnoes y sus coetáneos y la de El Caimán Barbudo. « Quieren inventárselo todo », le oí exclamar en La Habana con evidente escandalizamiento a un conocido intelectual y profesor de la generación de Orígenes o, como dice Fernández Retamar, de entrerrevoluciones, refiriéndose a los más jóvenes de esos « nuevos intelectuales », los que más a menos giran en torno a la revista mensual El Caimán Barbudo. Y añadía, como si fuera un colmo: « ¡ Hasta el marxismo-leninismo ! » Efectivamente, algo hay de verdad en eso. Lo que pasa es que, contra la opinión del escandalizado profesor, tal pretensión inventora debiera contabilizárseles más como mérito que como demérito. Precisamente porque responde a ese espíritu de autenticidad y de libertad creadora propio de la revolución cubana. A decir verdad, no es que los nuevos intelectuales cubanos quieran inventarlo todo, hasta el marxismo-leninismo.

Lo que quieren, como la revolución misma, es vivir todas las ideas y todos los esquemas en función de su realidad propia, la de la Cuba castrista —tan martiana como marxista, y ambas cosas a la vez sin excluirse—, y no como catecismos de soluciones confeccionadas que se importan de Moscú, de Pekín o de donde sea, con los manuales al uso. ¿ Y no ha dicho Fidel Castro que los manuales « han hecho tremendo daño a las ideas revolucionarias » ? Añadiendo irónicamente, « En estas materias hay muchos doctos, hay muchos sabios. Y al hombre que del Manual se aparta, lo despellejan ». Estoy convencido de que los jóvenes intelectuales cubanos prefieren dejarse despellejar antes que someterse a la dictadura formalista y estéril de los manuales. Por ello no creo que les importe, sino al contrario, que se les acuse de querer inventarse « hasta el marxismo-leninismo ». Al fin y a la postre, ¿ qué otra cosa ha hecho la revolución cubana ? Inventarse el único marxismo válido —es decir, la estrategia y la táctica de la revolución posible en la Cuba de los años 50 y el socialismo que exige la Cuba de hoy, de acuerdo con sus propias experiencias históricas y colectivas. Ese marxismo es justamente el castrismo o fidelismo, teoría y praxis de la revolución cubana. El otro marxismo, el ortodoxo que no supo reinventarse, que copió servilmente experiencias ajenas, se quedó salvo contadas excepciones con los brazos cruzados sobre el vano pecho de la ortodoxia, mientras la revolución se hacía, heterodoxa pero auténticamente, en la sierra y en el llano, gracias a que unos hombres cubanos supieron escapar al « vicio del satelismo mental » denunciado por Castro.

En cuanto a la sección dedicada al arte y la literatura cubanos de hoy, la hemos compuesto con un criterio más clásico, esencialmente informativo, procurando de todos modos dar el máximo realce a todo

cuanto en este terreno expresara de alguna manera el fenómeno revolucionario. Pero, en última instancia, ha prevalecido siempre el criterio de la calidad estética, que por lo demás va con frecuencia unida al contenido revolucionario. Respetando siempre el valor literario, hemos procurado también incluir el mayor número posible de poetas y cuentistas de la última generación, la de los que hoy andan entre los 20 y los 30 años. Es una manera más de destacar el proceso creativo de la revolución. Por desgracia, el exceso de material acumulado, que rebasaba con creces los límites editoriales establecidos desde un principio, nos ha obligado, mal que nos pese, a acortar tajantemente la selección efectuada, suprimiendo, por un lado, la antología teatral (con escenas de obras de Virgilio Piñera, Abelardo Estorino, José Triana, Antón Arrufat y Manuel Reguera Saumell) y, por otro, los cuentos o capítulos de novela de Samuel Feijóo, Félix Pita Rodríguez, Humberto Arenal, Edmundo Desnoes, Lisandro Otero, César López, Antón Arrufat, Luis Agüero, R. González y Reynaldo Arenas. De todos modos, con las muestras aquí seleccionadas podrá el lector hacerse una clara idea de las riquezas que entraña la actual literatura cubana, desde los grandes maestros de los sesenta años como Carpentier, Guillén y Lezama Lima —escritores de talla mundial— hasta los más jóvenes poetas y cuentistas.

Por último, la sección final recoge diversos testimonios de escritores latinoamericanos y españoles sobre la revolución cubana, bien se trate de testimonios directos, como en la mayoría de los casos, bien de creaciones literarias, como en el del cuento inédito de Julio Cortázar.

Por razones de espacio, sólo hemos solicitado su testimonio a un número reducido de escritores y artistas, entre los que han visitado la Cuba revolucionaria :

los que teníamos más a mano. Aun así, lamentamos tener que decir que no todos los solicitados han respondido positivamente a nuestro ruego.

De todas las secciones del libro, la que menos satisface a los editores es la titulada « Un socialismo en construcción ». Somos conscientes de las lagunas de que adolece. Hay múltiples e interesantísimos aspectos de la construcción de una nueva sociedad en Cuba —los « planes especiales », la formación del nuevo Partido, los poderes locales, la transformación de la condición social de la mujer, la industria al servicio de la agricultura, la popularización de la cultura, etc.— que hemos tenido que dejar de lado, o tratar sólo marginalmente, por falta de trabajos cubanos o extranjeros disponibles o de tiempo para poder solicitarlos oportunamente. Tal vez en el futuro Cuadernos de Ruedo ibérico tenga ocasión de ocuparse de estas cuestiones capitales con la extensión y la seriedad que merecen. Quizá no sea exagerado afirmar que, tal como queda estructurado, aun con sus limitaciones de principio o de ejecución, este libro constituye la aportación documental más completa y comprensiva aparecida hasta ahora en cualquier idioma sobre la Cuba revolucionaria. « La historia de nuestra revolución —decía Fidel Castro en 1963— se conoce infortunadamente bastante poco fuera de nuestro país ; nadie la ha escrito. Tal vez en años venideros, en lejanos años venideros, escritores de la revolución escriban esa historia ; tal vez hoy fuera útil que otros pueblos la conocieran, y conocerla podría contribuir a alentar la lucha revolucionaria de otros pueblos ». Nos satisface poder pensar que, con este volumen, contribuiremos en uno u otro grado al mejor y más amplio conocimiento de la historia y del presente de la revolución cubana, marcando un jalón destacado para futuras tareas historiográficas y analíticas.

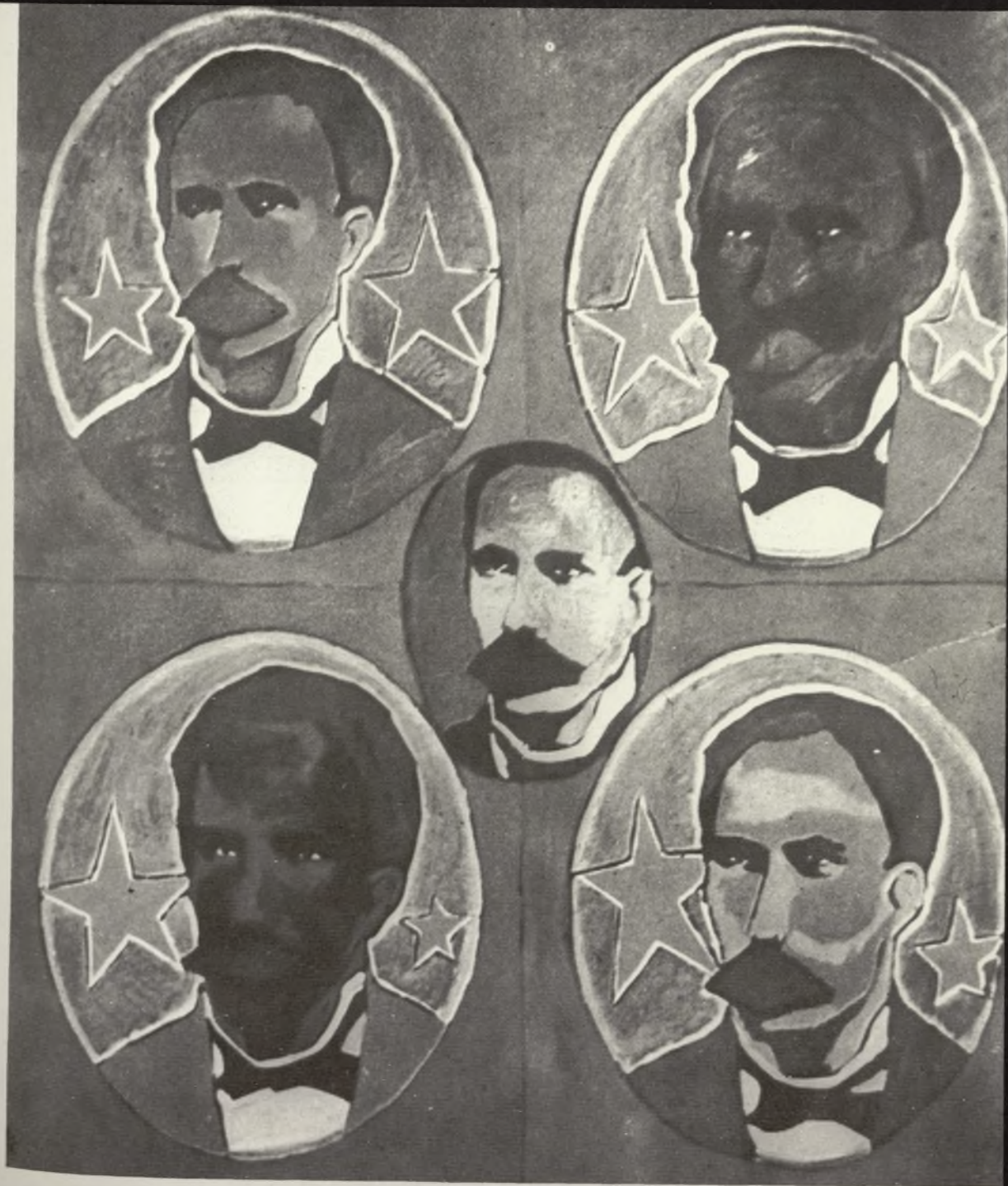
Pero, aun más que la aportación historiográfica y analítica que este libro suponga, nos importa el valor de testimonio político que entraña. Esta obra se ha hecho, no con el frío despego del investigador de gabinete, sino con el fervor y la adhesión de quienes en el movimiento castrista ven una gran revolución socialista en marcha que, como tal, por su virtualidad propia, exige de cada uno definirse y tomar partido. Los editores no pueden, ni quieren, negar que han tomado partido por la revolución cubana : de otro modo, este libro carecería de sentido. Pero esa toma de partido no consiste, para nosotros, en convertirse en corifeos de la revolución —lo que no es nuestro papel ni nuestra vocación, además de ser de poca utilidad para aquélla—, sino en manifestar prácticamente, con fervor pero con no menos lucidez y espíritu crítico, nuestra adhesión a los ideales revolucionarios renovados de la Cuba fidelista y nuestra solidaridad con la heroica isla frente a los ataques del imperialismo.

Cuba : una revolución en marcha, es el título de este libro. Y acaso hubiera sido mejor escribir : « Cuba o la revolución en marcha ». En estos mismos días se celebra el cincuentenario de la Revolución de Octubre, la más grande revolución de los tiempos modernos. Los homenajes más o menos oficiales, más o menos sinceros, se multiplican en todo el mundo. Por nuestra parte, ningún homenaje más auténtico y adecuado podríamos rendir a la gran revolución rusa que éste que ahora dedicamos a la revolución cubana. Porque es en la Cuba de Castro donde hoy se perpetúa con mayor autenticidad y vigor la gran sacudida revolucionaria y profética de 1917, esa gran esperanza milenaria —cambiar al hombre y cambiar el mundo, al mismo tiempo— que desde el fondo de las edades batió un día con su marea enfebrecida las fortificaciones de la Bastilla, el París de la

Comuna, las columnatas del Palacio de Invierno, los derroteros de la Larga Marcha o los muros del Cuartel Moncada. No hace mucho calificaba el malogrado Isaac Deutscher a la revolución soviética de « revolución inacabada », es decir, revolución estancada. Lo cual es cierto si a la revolución del año 1917 se la considera exclusivamente dentro de los límites de la URSS. En cambio, la situación es distinta si la consideramos como el comienzo de la revolución socialista mundial sometida a múltiples e imprevisibles avatares, si la contemplamos con el prisma universalista que Castro emplea al referirse a su propia revolución : « Cuando decimos patria, no decimos la patria de los cubanos, sino la patria de la revolución cubana. Y cuando decimos la revolución cubana, hablamos de la revolución de América latina. Y cuando hablamos de la revolución de América latina, hablamos de la revolución en escala universal, la revolución de los pueblos de Asia, de Africa y de Europa ». Sin prejuzgar lo que el futuro vaya a deparar al movimiento revolucionario en la misma Unión Soviética, tenemos derecho a afirmar que esa « revolución en escala universal » iniciada en 1917 en Petrogrado y Moscú prosigue hoy su marcha en Cuba, como en el heroico Vietnam, como en cualquier lugar del mundo donde unos hombres se alcen contra la miseria y la opresión, contra la explotación y el imperialismo, en nombre de una esperanza que, pese a los cómodos nihilismos estructuralistas ahora de moda en ciertos círculos intelectuales de Occidente, sólo desaparecerá cuando desaparezcan esos azotes o, poniéndonos en lo peor, cuando el hombre mismo desaparezca físicamente.

Cuba, pequeña isla universal, es una garantía de que el hombre no ha muerto y de que con él sigue batiendo los muros de la tierra la esperanza.

París, septiembre de 1967.





Ayuntamiento de Madrid

XIV aniversario
del asalto
al Moncada

Ayuntamiento de Madrid

Julio 26 53

PRIMERA CONFERENCIA

COMITE ORGANIZADOR DE LA OLAS

olas

la habana
cuba / julio 28
agosto 5 1967

1

Los orígenes



Martí
en su (tercer)
mundo

Ayuntamiento de Madrid



Carteles cubanos

Encarcelado y llevado a juicio, por atacar un cuartel en Santiago de Cuba el 26 de julio de 1953, Fidel Castro responde a los jueces que quieren conocer al instigador del ataque: «Es José Martí». Años después, los dos grandes documentos políticos en que se fija la orientación del proceso revolucionario desencadenado aquel 26 de julio, las llamadas **Primera Declaración de La Habana** (1960) y **Segunda Declaración de La Habana** (1962), comienzan remitiéndose a José Martí.

Este dirigente político que sigue siendo subversivo sesenta años después de su muerte, es el escritor a quien Rubén Darío llamó «Maestro», y Alfonso Reyes, «supremo varón literario»; el mismo a quien Gabriela Mistral consideraba «el hombre más puro de la raza», y Ezequiel Martínez Estrada, no sólo «un Héroe» sino además «un Santo, un Sabio y un Mártir». ¿Quién es este hombre extraño a quien, al cumplirse el siglo de su nacimiento, el propio Fidel Castro atribuye la paternidad de la más dramática revolución del continente americano; a quien recitan de memoria los escolares de su tierra y los escritores más exigentes; a quien reclaman para sí pensadores de diversas orientaciones? ¿Quién es este hombre que antes de sus dieciocho años, después de haber padecido presidio político, salió desterrado de su isla, y no vivió sino para ella, y regresó a los cuarenta y dos años a morir, peleando en la guerra que él organizara y donde no llegaría a herir a nadie; y que, sin haber publicado libro, dejó millares de páginas escritas en la mejor lengua española, y previó en política, y en arte, y al que hoy citan los estadistas, los escritores y los hombres sencillos y lo reverencian todos?

Roberto Fernandez Retamar

A Ezequiel Martínez Estrada
y Manuel Pedro González

Martí en su (tercer) mundo

Ayuntamiento de Madrid

Para comprender a José Martí, lo primero ha de ser situarlo dentro de la familia que le corresponde verdaderamente. Empecemos por lo negativo. Esa familia *no* es la de sus aparentes coetáneos europeos y norteamericanos. Si por algunos de sus deslumbrantes vislumbres poéticos estamos tentados de arrimarlo a ciertos postrománticos y simbolistas, pronto comprendemos que su estirpe es otra. Pensemos en Baudelaire, en Mallarmé, en Rosetti (o incluso en Rimbaud), y recordemos luego que este hombre anda organizando una guerra, dialogando con los humildes, buscando hundir un imperio, previendo el encimamiento de otro, galopando en un caballo hacia la muerte. Y si, considerando que es un conspirador y un político, intentamos hallarle un parigual en alguna de las grandes figuras políticas europeas o norteamericanas de su tiempo, no tarda en separársenos, interesado en los pintores impresionistas y en Wilde (y a la vez y sobre todo en Whitman), publicando cuatro años antes de desatar la revolución un admirable manojito de versos, o confesándole a un amigo íntimo: « Quiero ver siempre junto a mí color, brillantez, gracia, elegancia. Un objeto feo me duele como una herida. Un objeto bello me consuela como un bálsamo ». Y esto, en todo momento de su vida. (En el campo de batalla, en los pocos días que está en él en vísperas de la muerte, escribe febrilmente su deslumbramiento ante la naturaleza, ante la noche sobrecogedora, ante los detalles minúsculos de la vida.) Martí no concuerda pues con la manera de ser de los « occidentales » de su tiempo. En efecto, *no es uno de ellos*.

No cabe duda de que la extraordinaria riqueza, la calidad mayor de todo lo que Martí hace, debemos acreditarlo a su prodigioso genio personal. Pero el sesgo de su obra, así como la pluralidad de funciones desempeñadas, son atribuibles a una condición extrapersonal (si cabe hacer estos distingos, válidos sólo con muchas reservas): bastará con que situemos a Martí dentro de su verdadera familia, para que esto se haga claro. Martí pertenece, por azar y por consciente aceptación, a *otro mundo*. Es en él que hay que verlo colocado para comprender mejor su tarea, sus propósitos y sus caracteres. No es con los hombres de las naciones capitalistas « desarrolladas » con quienes debemos compararlo, sino con los de las naciones coloniales y semicoloniales que han dado en llamar



(Portocarrero)

« subdesarrolladas » o del « tercer mundo ». Martí es uno de los primeros hombres de este tercer mundo.

Cuando lo situamos en su verdadera familia, comprendemos en seguida no poco de sus actividades, tan sorprendentes hoy (y en su tiempo) para una nación capitalista desarrollada. En ésta, una progresiva división del trabajo ha acabado por especializar a sus hombres. No era así, sin embargo, antes de la revolución industrial y la toma del poder político por la burguesía. Los hombres representativos del Renacimiento, por ejemplo, encontraban como lo más natural ocuparse en múltiples funciones, a ratos difícilmente conciliables. Otro tanto ocurre hoy en las naciones subdesarrolladas, las cuales, en éste como en tantos órdenes, no pueden ser comparadas mecánicamente con las otras naciones al parecer contemporáneas. Carecen de esa especialización, de esa fragmentación que es característica de Europa o los Estados Unidos; como que tampoco conocen revolución industrial ni desarrollo de la burguesía. Son, además (o acaban de serlo hace muy poco), naciones coloniales o criptocoloniales. Una zona de su intelectualidad se pone al servicio directo o indirecto del poder metropolitano e intenta caricaturizar sus formas. Pero otra zona, la verdaderamente representativa, utiliza sus conocimientos para servir a su pueblo. Esos conocimientos, por la pobreza de desarrollo del país, y por su condición colonial, son escasos y poco diversificados. Se concentran en unos mismos hombres que son a la vez literatos, maestros, políticos, científicos. (Los estudios científicos, poco requeridos por la sociedad preindustrializada, van a la zaga de los otros.) Aparecen como diletantes a los ojos de los metropolitanos contemporáneos, que están ya fragmentados de tal modo que uno es crítico de arte y otro de literatura, para no hablar del literato, el científico y el político.

En el caso de José Martí, su propio apostolado, su encarnación de un pueblo (en contra de lo que algunos pudieran pensar), es un acicate para esta diversidad de actividades. Martí reúne una suma de saberes y de oficios no a expensas de su actividad política ni viceversa, sino como partes esenciales de un todo. Es un fundador, un sabio, un poeta porque es un dirigente revolucionario.

Sobre todo, no podemos tomar fragmentariamente su tarea, sino intentar verlo en totalidad. Y la tarea concreta de la vida de Martí fue rechazar, en la teoría y en la práctica, « el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena, perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea : como si cabeza por cabeza, y corazón por corazón, valiera más un estrujador de irlandeses o un cañoneador de cipayos, que uno de esos prudentes, amorosos y desinteresados árabes, que sin escarmentar por la derrota o amilanarse ante el número, defienden la tierra patria, con la

esperanza en Allah, en cada mano una lanza y una pistola entre los dientes ».

El otro gran creador de la América latina, Simón Bolívar, había visto que « somos un pequeño género humano » : que no somos prolongación o eco de Europa, sino otra cosa, otro mundo. Martí va aún más lejos que Bolívar, al reparar no sólo en esa diferenciación, sino también en el parentesco estructural que nos une a otras sociedades a lo ancho del planeta : en este sentido, es probablemente el primero en señalar la unidad de problemas del hombre « que no es de Europa o de la América europea ». Y ello en un momento en que este hecho estaba lejos de ofrecerse con la evidencia con que lo hace hoy. Basta con reparar en los distintos términos con que el capitalismo ha designado a las naciones coloniales o semicoloniales para percatarse de esto. En tiempos de Martí, eran « la barbarie » a secas. En torno a la primera guerra mundial, ya habían pasado a ser « los pueblos de color ». De la segunda guerra mundial, salieron como « los países subdesarrollados », y aún como « el tercer mundo », denominación que, por engañosa que sea (lo es acaso menos que la otra, que no ha hecho fortuna, de « naciones proletarias »), supone un paulatino pero evidente proceso meliorativo¹.

Martí reivindica su condición de integrante de « la barbarie ». Después hablará de su « América mestiza » acercándose a la segunda denominación (pero con orgullo, no con desdén ; anunciando, por tanto, al Vasconcelos de *La raza cósmica*, no al prehitleriano Spengler). ¿ Quiénes son pues sus pariguales ? Hombres como Sun Yat Sen (1866-1925), en China ; como Gandhi (1869-1948), en la India ; como los dirigentes de la Revolución mexicana de 1910 todos posteriores a él. Es significativo que acaso el primero que haya reparado en la similitud entre Martí y Sun Yat Sen haya sido el fundador del partido comunista cubano, Julio Antonio Mella (1903-1929) ; mientras que a Gandhi lo haya acercado, aunque no por razones políticas, Gabriela Mistral. El parentesco con la revolución mexicana es, desde luego, más directo, y de ello fueron conscientes no pocos de sus protagonistas, que desarrollaron o utilizaron ideas de Martí, como el propio José Vasconcelos (1881-1959) en sus primeros momentos. Sin embargo, los estudiosos de Martí han solido olvidar este esencial parentesco, que tanta luz echa sobre la obra martiana ; como que es la luz a la cual hay que entenderla. La misión de José Martí fue, en lo inmediato, independizar a Cuba y Puerto Rico de manos españolas, completando así la secesión de Hispanoamérica : lo que parece meramente el último capítulo de la independencia americana frente a España, de la hazaña bolivariana. Pero el largo hiato habido entre la guerra en el continente y la guerra que Martí preparará, no transcurre en vano. Ni las clases que estarán al frente de esa guerra, en Cuba, serán las mismas que en el resto del continente ; ni la vecindad y el crecimiento de los Estados Unidos pueden pasar sin consecuencias. Las clases cubanas revolucionarias ya no son, en 1895, equivalentes de las que desataron y mantu-

vieron la guerra contra España en la América del Sur. Sus pariguales han guerreado en Cuba, en balde, entre 1868 y 1878. En lo adelante la burguesía agrícola cubana se retrae, y sueña incluso con una avenencia con España ; o, llegado el caso, con los Estados Unidos. Son la pequeña burguesía, los pequeños propietarios, los profesionales, los tabaqueros, la incipiente clase obrera en general, los campesinos pobres, los esclavos recién liberados, quienes llevarán el peso de esta guerra popular preparada por Martí y más parecida, por ello, a las revoluciones que realizarán a comienzos del siglo XX China o México. Además, Martí aspira a detener, con la independencia de Cuba, el desbordamiento del imperialismo norteamericano sobre el continente y, luego, sobre el mundo. « Cuba y Puerto Rico », escribe, « entrarán a la libertad con *composición* muy diferente y en época muy distinta y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos »². Y más adelante :

« En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una República imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana— ; y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—, serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia de la América española aún amenazada y la del honor para la gran República del norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ella abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo... Es un mundo lo que estamos equilibrando : no son sólo dos islas las que vamos a libertar. » Algo más de un año después de escribir lo anterior, confiesa, la víspera de su muerte, en dramática carta a su amigo Manuel Mercado :

« Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—, de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso². En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. » Estas palabras sustentan la hermosa y desmesurada ambición del Manifiesto de Montecristi, en que Martí anuncia al mundo, el 25 de marzo de 1895, la guerra de Cuba :

« La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar en plazo de pocos años el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo... »

La muerte de Martí, a comienzos de la guerra, le impidió ver la frustración

momentánea de esos planes grandiosos. Sin embargo, la independencia de Cuba, aunque limitada, fue obtenida. Sin ella, es bastante probable que Cuba fuera hoy colonia más o menos metafórica, como Puerto Rico. Pero la isla, tal como él había temido, sirvió de puente para la expansión de los Estados Unidos, que además de mediatizar la independencia de Cuba guardaron para sí enteramente otras posesiones, como la propia Puerto Rico y las Filipinas, donde también se desarrollaba una poderosa guerra de liberación nacional. La intervención norteamericana en la guerra hispanocubana, en 1898, inaugura un nuevo periodo en la historia. Por primera vez antes de la actual revolución, Cuba aparece a los ojos del mundo como punto esencial: sobre su tierra se abre la aventura imperialista. Apenas en la segunda línea del libro clásico de Lenin *El imperialismo, última etapa del capitalismo* (1917), se menciona la guerra « hispano-americana » como pórtico de la época.

A Rubén Darío le parecía que aquel hombre genial, acaso el único hispano-americano que él admirara sin reservas, había sacrificado su vida en una causa menor, la independencia de una isla donde había nacido por azar. ¿Qué hubiera podido decir el gran poeta de haber reparado en que Martí, en realidad, se había propuesto nada menos que salvar a todo el continente, e incluso *contribuir al equilibrio aún vacilante del mundo*? Probablemente nadie en sus cabales, con medios tan exigüos (la isla de Cuba tenía entonces algo más de millón y medio de habitantes), se ha propuesto nunca hazaña tan desmesurada. El teme, por supuesto, que los otros países del continente no secunden (o incluso non comprendan) su tarea; pero en la propia carta a Mercado, documento inapreciable, confía:

« Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ése de Ud. y mío— más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia —les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato, y de ellos. Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David. »

En la tarea (y consecuentemente en el pensamiento) de Martí, hay pues una universalidad que le viene de varias realidades específicas: mientras, en lo inmediato, la guerra de Cuba se organiza frente a España, en lo mediano intenta prevenir la expansión de los Estados Unidos; si es la última guerra americana contra el viejo colonialismo que capitaneará en el mundo moderno España, es el primer movimiento concreto contra el naciente imperialismo encabezado en la edad contemporánea por los Estados Unidos. Ello da una amplitud única al proceso desatado por Martí, y a su pensamiento, abierto en arco desmesurado. Martí conoció una tensión histórica que a ningún otro hispanoamericano le había sido dado vivir: concluye la obra del siglo XIX y prepara e inicia la del XX. Da remate a la secesión política, y anuncia la económica. Abarca la totalidad

de la experiencia material y espiritual de sus pueblos. Los ve en el sitio verdadero de su historia, y los encabeza. No podemos conjeturar cómo hubiera sido un Martí al margen de esta precisa ubicación, un Martí utópico y ucrónico, como lo han sugerido algunos: tal hombre no existe.

Nuestra América

Y esa universalidad del pensamiento de Martí no es vaga generalidad de papel, que tome por formas del hombre lo que no son sino formas de una clase o de un pueblo. Por el contrario: éste ofendido arranca de la certidumbre del carácter distinto, original, de su ámbito histórico. Ese ámbito histórico no lo ve sólo ceñido a su isla. Más bien, la condición ostensiblemente fragmentaria de ésta, lo arroja a considerar cómo ella se articula en el seno de conjuntos mayores. «Patria es Humanidad», dirá. Pero el conjunto mayor inmediato no lo confunde con la hipóstasis de una realidad europea que se jacta de universalidad. No incurre, como Sarmiento, en el error de tomar por «civilización» que es necesario imponer a sangre y fuego en estas tierras (ese fue después de todo el criterio de los conquistadores españoles), instituciones y hábitos que son propios de otras tierras, de otras realidades: de los países capitalistas desarrollados. En la contraposición «civilización» contra «barbarie», ya hemos visto a Martí tomar el partido de la «barbarie». Desde luego que hay que ir hasta el fondo de estos términos para que esto sea entendido en su recto sentido³. Cuando no se trata de la pugna de dos instancias interiores, sino del enfrentamiento de dos mundos, Martí lo aborda con igual claridad. Así, en el discurso a los delegados hispanoamericanos a la Conferencia Internacional Americana, convocado en Wáshington, en 1889 (que tanto lo preocupó):

«por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tomar a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.»

El siglo XX oirá después con frecuencia un lenguaje similar (en América latina, en Asia, en Africa), que, a primera vista, no deja de sorprender. «La América en que nació Juárez» (el indio Juárez, no lo olvidemos, que vence a los europeos), «es más grande porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz». Es un peculiar razonamiento de colonial, de hombre humillado, que iluminará no sólo el pensamiento político, sino también la ética de José Martí, y que es característico de los países subdesarrollados. Estas guerras de liberación nacional, como la que Martí prepara, suponen una desafiante y a menudo patética confianza en lo propio; una necesidad de enfatizar lo genuino, lo autóctono, frente a la penetración colonialista e imperialista. Lo propio es para Martí, en lo más cercano, Cuba, cuya historia y cuyas realidades exalta grandiosamente; y, en lo mayor, el continente americano al sur del río Bravo: «nuestra América mestiza».

Ayuntamiento de Madrid

Si en toda su obra hay una constante alusión a esta idea, ella adquiere máxima claridad en su texto fundamental, verdadera Carta Magna de esta actitud; el trabajo que Martí llamó explícitamente « Nuestra América ». Allí está la afirmación rotunda de la originalidad de sus tierras. Esta actitud es de capital importancia, porque constituye el mayor sustento histórico del ideario martiano: es a partir de esta afirmación, de esta confianza, de este desafío, que se articula el resto de su pensamiento.

Martí es un nacionalista revolucionario que no ignora las grandes realizaciones de los países metropolitanos, pero que tampoco desconoce — como que los siente en carne propia — sus limitaciones y crímenes. Y puesto a crear un país nuevo, zafado de la tutela de esas naciones, Martí desea incorporarle a ese país, por una parte, todo lo que se acomode a su espíritu; y por otra, todo lo vivo de las creaciones de esos pueblos metropolitanos, mientras desecha todo lo muerto o nocivo en ellos:

« La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria... Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas. »

Antes que nada, reconocer la autoctonía, la especificidad de esta América que él llama *mestiza*; de esta América en donde se han mezclado descendientes de europeos, indios y africanos. El indio posee una enorme importancia para él, como dueño de la tierra y hombre que ya fue capaz de levantar sobre ella culturas originales y enteramente propias, no alimentadas sino desbaratadas por el europeo. Lo que, en lo adelante, se haga, tendrá que contar de manera primordial con el concurso suyo; no podrá ser esa grotesca caricatura del molde capitalista que han debido sufrir los países del continente « con casaca de París y pie descalzo ». Recuérdese cómo la revolución mexicana de 1910 sería fiel a esta advertencia martiana. Incluso allí donde ha sido quebrada la cultura indígena, reivindicarla es un modo de defender lo propio frente al colonialista. ¿ Han procedido de otro modo las renacientes y enérgicas repúblicas africanas de estos últimos años; o la actual revolución cubana al avivar las raíces africanas de la nacionalidad? Quizás ningún texto supere en sagacidad y previsión al fundamental « Nuestra América » como presentación de la realidad de un país subdesarrollado moderno. Se junta allí el análisis penetrante del científico al vuelo poético del creador de mitos.

Pero una vez reconocida esa especificidad de *Nuestra América*, corresponde saber qué parte del caudal de creaciones anteriores se aviene a ella, y qué parte debe ser rechazada por negativa en sí o por negativa para ella. Este deslinde es uno de los más interesantes aportes de Martí. En lo tocante a España, la situación no es compleja. La realidad de Hispano-

américa se ha hecho en contrapunto con España, frente a la que han guerreado, en lo militar y en lo ideológico, *criollos* de acción y de ideas. España está tan destartada ya a los ojos del continente, que, en el combate ideológico, Martí se la sacude de encima con sólo unas cuantas frases hirientes: hablando de «un pueblo elemental y lejano» con una «población agresiva y codiciosa»; o de la «ineptitud y corrupción irremediable del gobierno de España». A los veinte años ha publicado un opúsculo que reitera lo mejor del pensamiento independentista cubano; en lo futuro, poco tendrá que modificar en este punto. Contra España ya no hace falta discutir: basta con combatirla, derrotarla e instaurar una república que, desde luego, se apartará de sus formas.

La relación es menos clara cuando se trata de otras naciones europeas, cuya influencia sobre la América latina fue notoria y a veces negativa; ya porque pretendieran (y a ratos lograran) colonizarla política o económicamente, ya porque la llevaran a preferir formas de gobierno inadaptadas a su realidad. Pero aún aquí Martí puede encontrar antecedentes o compañía en la vigilancia y la reserva.

Donde Martí se encuentra más solo, donde es el primero en vislumbrar la verdad, y consiguientemente el peligro que se cierne sobre su continente, es en lo tocante a los Estados Unidos. El rápido crecimiento del país había impresionado no sólo a europeos como Alexis de Tocqueville, sino, quizás sobre todo, a numerosos hispanoamericanos (como el propio Sarmiento), quienes pensaban sinceramente que en sus tierras del sur, a pesar de tan distintos orígenes y componentes, podría repetirse la hazaña del norte, hija directa de la revolución industrial y el desarrollo burgués que la propia España no había conocido y que por tanto difícilmente podía dejar en herencia a sus excolonias. A pesar de admirar una gran parte de la historia norteamericana, de Washington a Lincoln («la Homeriada americana»), Martí no sólo repara en que tal similitud es imposible; sino que, viviendo en el interior de los Estados Unidos en el momento en que se van transformando de país premonopolista en país monopolista e imperialista, comprende angustiado que su próximo paso, cicatrizada la guerra civil y conquistado el oeste (incluyendo la mitad de México), será arrojar sobre el resto de América: en primer lugar, sobre Cuba. Para prevenir ese riesgo, requiere apresurar la independencia de la isla, y asentarla sobre bases firmes, y progresivas. También le es menester mostrar las deficiencias internas de los Estados Unidos al lector hispanoamericano, y desaconsejar la adopción de sus estructuras por los países al sur del río Grande. Aunque esa tarea la desempeñará a lo largo de toda su vida, desde que a los veintiocho años llega a los Estados Unidos, ocupa sobre todo la mayor parte de sus «Escenas norteamericanas». Comienza a escribirlas en 1881. Cuando al año siguiente escribe la primera para *La Nación*, ella es mutilada por el director del periódico, a causa de su excesiva crítica a los Estados Unidos. Martí le responde en una carta hábil, y en lo adelante procederá de manera más indirecta y astuta.

Ayuntamiento de Madrid

Pero no cabe duda de sus intenciones al escribir esas « Escenas ». Por una parte, sí, mostrar lo grandioso del pueblo que había levantado la república más rica y libre que el hombre hubiera conocido hasta entonces, y la excelencia de algunos de sus hombres (Martí admiró sin reservas a Emerson y Whitman, por ejemplo); pero, sobre todo, dar a conocer los defectos internos de ese país, los males que lo iban corroyendo, los peligros que implicaba para los latinoamericanos. Su obsesión era hacer ver cómo

« esta República, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos. »

Ya en una de sus primeras « Escenas », de 1881, habla de « este país, señor en apariencia de todos los pueblos de la tierra, y en realidad esclavo de todas las pasiones de orden bajo que perturban y pervierten a los demás pueblos. Y es ésta la nación única que tiene el deber absoluto de ser grande. En buena hora que los pueblos que heredamos tormentas vivamos entre ellas. Este pueblo heredó calma y grandeza: en ellas ha de vivir. »

Y poco después advierte cómo está « la nación en manos de unos cuantos despreciados mercaderes », y cómo

« una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecuniaria, y domina periódicos, vence en las elecciones, y suele imperar en asambleas sobre esa casta soberbia, que disimula mal la impaciencia con que aguarda la hora en que el número de sus sectarios le permita poner mano fuerte sobre el libro sagrado de la patria, y reformar para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades, al amparo de las cuales crearon estos vulgares poderosos la fortuna que anhelan emplear hoy en herirlas gravemente. »

Años después, en el periódico *Patria*, destinado a alentar la guerra contra España, dedica una sección, con el título « Apuntes sobre Estados Unidos », al solo objeto de dar a conocer allí, tomadas literalmente de la prensa norteamericana, las noticias que revelen

« aquellas calidades de constitución que, por su constancia y autoridad, demuestren las dos verdades útiles a nuestra América: el carácter rudo, desigual y decadente de los Estados Unidos, y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos. »

En verdad que, si no conociéramos la doble misión que Martí se ha impuesto, sorprendería esta sección fija en un periódico cuya única tarea aparente es servir de vehículo al Partido Revolucionario Cubano en su guerra por la independencia frente a España.

Pero no se trata de rechazar ingenuamente, en bloque, a los Estados Unidos. Se trata, tan sólo, de hacer ver lo negativo que llevan en su seno (« tal vez es ley que en la raíz de los árboles grandes aniden los gusanos »), y el inmenso peligro que representan para la América latina. Por lo

demás, en los Estados Unidos, como en Europa, mucho hay de útil para nuestras tierras. En primer lugar, el saber: la ciencia, la técnica, y el vasto caudal de las artes y las letras, que Martí divulgó ampliamente entre los lectores de lengua española. Allí, como en todo, Martí piensa en la forma como puede ser asimilado por su América: « Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas », nos había dicho. Y esta advertencia se agiganta cuando se trata de educación, y más aún de cuestiones sociales, políticas y económicas. Ya aquí ha de seguirse sólo lo que responda fielmente a las exigencias de sus pueblos. Lo que en este orden Martí alaba o censura, lo hace siempre en función de la circunstancia concreta de sus países, y especialmente, desde luego, de Cuba. Por ejemplo: a ningún pensador social dedica elogios más generosos que a Henry George (1839-1897), el autor de *Progress and Poverty* (1879). Lo que Engels dirá de Marx en 1883, ante su tumba recién cerrada, dice Martí, cuatro años más tarde, de George: « Sólo Darwin en las ciencias naturales ha dejado en nuestros tiempos una huella comparable a la de George en la ciencia de la sociedad ». Es casi seguro que Martí considera que la teoría sobre la renta de la tierra de este socialista prudente, se avendría a los problemas de Cuba, urgida antes que nada, una vez que hubiera obtenido su independencia, de reformar la realidad agraria. Es significativo que George, figura menor, haya ejercido influencia también en Sun Yat Sen, por similares razones⁴.

«La batalla social»

A esta luz hay que contemplar también la visión que Martí da del proletariado como fuerza pujante. Aunque conocerá un ahondamiento progresivo de esa visión (sobre todo a partir de 1887), dice ya en 1882, hablando de los Estados Unidos:

« En esta tierra se han de decidir, aunque parezca prematura profecía, las leyes nuevas que han de gobernar al hombre que hace la labor y al que con ella mercadea. En este colosal teatro llegará a su fin el colosal problema. Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores. Los problemas se retardan, pero no se desvanecen. Negarnos a resolver un problema de cuya resolución nos pueden venir males, no es más que dejar cosecha de males a nuestros hijos. Debemos vivir en nuestros tiempos, decir lo cierto bravamente, desamar el bienestar impuro, y vivir virilmente, para gozar con fruición y reposo el beneficio de la muerte. En otras tierras se libran peleas de raza y batallas políticas. Y en ésta se libraré la batalla social tremenda. »

¿ Cómo ignorar que Martí está pensando en su país, cuya guerra de independencia prepara (« la guerra », dirá luego coincidiendo con Clausewitz, « es un procedimiento político »), y que vive todavía, por tanto, « batallas políticas »? ¿ No tendrá que librar también, a su tiempo, « la batalla social tremenda »? ¿ Cómo consideraba él esa batalla, tal como existía ya, en su época, para los países capitalistas desarrollados? Martí no desco-

Ayuntamiento de Madrid

noció a Marx, e incluso lo elogió calurosamente, aunque no pareció familiarizado con su obra: no hay en sus páginas referencia a ningún título de Marx. De cualquier forma, no coincidió con los métodos marxistas relativos a la lucha de clases; lo cual, una vez más debemos considerar a la luz de la concreta realidad de su país. (Por otra parte, no había entonces en los propios Estados Unidos movimiento marxista ni dirigente marxista apreciable. Sólo emigrantes europeos que en sus lenguas disputaban sobre cuestiones europeas.) Así se refirió Martí a Marx, en 1883:

«Karl Marx ha muerto. Como se puso al lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación de modo que la bestia cese, sin que se desborde y espante. Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud que es de bravos braceros, cuya vista entornece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoja ver a un labriego, a un herrador, o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza, les viene ser hermosos como ellas... Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntos rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. El veía en todo, lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha.»

Volvamos ahora a considerar el caso de su país. Cuba está librando «batallas políticas». Los problemas concretos que Martí debe resolver son, en lo inmediato, independizar a su país de España; al mismo tiempo, frenar la expansión imperialista norteamericana. Ambas cosas no pueden realizarse sino contando con un amplio frente nacional que combata al extranjero, como lo propugna el Partido Revolucionario Cubano. Exacerbar a destiempo la «batalla social» es, en su tierra, quebrar ese frente y hacer imposible incluso el paso primero. Basta con observar cómo Martí va radicalizando su visión entrada la década del 80, y cómo, sin embargo, cuando está ya entregado a la organización del partido, deja de lado temporalmente este problema en aras de la unidad revolucionaria. Pero eso no es todo. Aunque habla de «las clases que tienen de su lado la justicia», y aunque no cabe la menor duda, porque lo

Ayuntamiento de Madrid

repitió muchas veces, de que era un anticapitalista fervoroso, y de que quería echar su suerte « con los pobres de la tierra », tal parece como si hubiera concebido la idea — también común a varios dirigentes de movimientos de liberación nacional —⁵ de que no sólo la explotación de unas clases por otras, sino *la misma división de la sociedad en clases*, era obra nefasta de la sociedad capitalista desarrollada. Lamentando el curso histórico de los Estados Unidos, dice: « La República popular se ha convertido en una República de clases ». Su verdadera tarea, en este sentido, sería más bien rechazar todo este aspecto de las sociedades capitalistas e intentar una « república popular » que, desde su nacimiento, lograra impedir esa ulterior evolución, la cual estaba corroyendo a los Estados Unidos, los estaba *transformando* en una república de clases. Cómo pensaba lograrlo Martí, no lo sabemos. El fue hombre práctico que no rehuyó, sino preparó y desencadenó « la guerra necesaria »: la cual no era « remedio blando », y ciertamente sí « tarea de echar a los hombres sobre los hombres ». Hubiera sido menester verlo enfrentarse, con aquella magnífica ilusión, a las realidades concretas del gobierno. En todos los casos que conocemos, siempre que algo similar ha sido intentado en países como el suyo, coloniales o criptocoloniales, el resultado ha sido, si se trataba de revolucionarios consecuentes, que la realidad ha llevado, no a la creación, sino a la certidumbre de la existencia de las clases y de su choque fatal (tan fatal como el de colonia y metrópoli), con la consiguiente radicalización del proceso revolucionario. No puede por eso parecer azaroso que en países donde los dirigentes del movimiento de liberación nacional asumieron tan profundamente su problemática política como China y Cuba, haya podido, entroncando con sus propios pensamientos, y después de una desviación temporal (en que la burguesía ha intentado desvirtuar esos pensamientos), desarrollarse una revolución francamente socialista. Martí no era ya (*no podía serlo*) el dirigente de esa revolución socialista. Pero menos aceptable es presentarlo como reformista o moderado: luchó por hacer, para su circunstancia, *lo más radical que el proceso histórico le permitía*. Puesto que una actuación más hacia la izquierda no era entonces históricamente factible en un país colonial, sino nueva copia libresca de una fórmula metropolitana, tildar a Martí de reformista es asumir un rasero idealista inaceptable. En « la » historia hay posiciones más radicales; en la historia *que le tocó vivir* a Martí, no hubo — ni podía haber — otra más efectivamente radical que la suya⁶. Eso lo entendieron los hombres que se confesaban socialistas y colaboraron plenamente con él. Martí fue un revolucionario que vivió en el límite extremo de las posibilidades de su tiempo, y previó incluso no pocas de aquellas que, según comprendió con claridad, no le correspondía realizar *entonces*. Fue el aguerrido y militante ideólogo de las clases populares (a pesar de que el proletariado era sólo una fuerza incipiente), mientras la burguesía criolla se veía representada por los autonomistas. Enrique Collazo, compañero suyo, y testigo por tanto de

sus días, nos ha dicho, al hablarnos de las cotizaciones al Partido Revolucionario Cubano: «la masa obrera daba sin preguntar su óbolo, con absoluta confianza y fanatismo ciego por su ídolo Martí». De la burguesía cubana, en cambio, Martí no recibió sino ataques e injurias. Ni siquiera tuvo ella la mínima grandeza de inclinarse ante su portentoso genio literario. El odio de clase de aquellos hombres se lo impedía. Bien veían ellos, después de todo, que Martí era *el enemigo irreconciliable*, aunque la extraordinaria violencia martiana, su fuerza devastadora, no incurrieran en gestos innecesariamente ríspidos. Después de muerto, sin embargo, y frustrada por el momento la República que él soñara, comenzó el proceso de ensalonnement de su ideario. Pero el meollo de su obra es inequívocamente radical, como lo comprendieron Julio Antonio Mella y Fidel Castro. Por ello, al publicar el cuarto volumen de su *Historia del pensamiento socialista*, en 1956 (es decir, tres años antes de llegar al poder la actual revolución cubana), pudo escribir el inglés G. D. H. Cole: «Los revolucionarios cubanos [de 1895] no eran socialistas. Tampoco su principal teórico, José Martí, expresó una doctrina específicamente socialista. Era un nacionalista revolucionario más que un socialista: pero su nacionalismo era muy radical, y descansaba en una concepción de igualdad racial que lo asocia a los posteriores desarrollos del socialismo y el comunismo en América latina. Reconoció la necesidad de fundar su movimiento revolucionario en las clases trabajadoras...; y rechazó siempre el programa de los autonomistas cubanos... Fue un fuerte opositor del «colonialismo», y durante su residencia en Nueva York escribió vigorosamente condenando al capitalismo norteamericano, especialmente en sus aspectos imperialistas. Su política, no obstante, fue de colaboración entre la clase trabajadora, en la que confiaba principalmente, y la clase media nacionalista que podía ser inducida a unirse a aquélla, contra la aristocracia terrateniente, sobre la base de no discriminación entre las razas. Abogaba también por una legislación social avanzada, y por todo esto, merece un lugar en esta historia.»

Sobre su pensamiento

Martí no fue un filósofo, en el sentido estricto del término, pero sí, sin la menor duda, un «pensador», uno de los más altos del tercer mundo. Además, hay en su obra constantes barruntos plenamente filosóficos, los cuales dejó abiertos, esbozados. Ya hemos adelantado las partes más inmediatas de su «pensamiento»: las referentes a lo político y lo social, que ocuparon en él lugar determinante. Es más: el resto de su ideario no puede desvincularse de su acción; está constituido, pudiéramos decir, por los sustentos y las metas de ésta. «La expresión», nos dijo él mismo, «es la hembra del acto». La más sutil manera de traicionarlo sería quedarnos con la letra, que mata; aunque en su caso también fascine. No se trata tanto de ordenar sus fragmentos con arreglo a un plan, como de intentar situarlos, en totalidad,

hasta hacerlos coincidir con su acción, iluminándose mutuamente, en esa cópula dialéctica que anuncia su frase.

Remitirnos a su acción, y a las circunstancias de esa acción, será también más provechoso para entender a Martí que el rastreo de sus « fuentes » europeas o norteamericanas ; las cuales, sin embargo, fueron numerosas. Cabe incluso dudar de que fueran tales « fuentes ». Más bien podría llamárselas (ya que andamos en lo metafórico) armas : armas ideológicas. Las verdaderas fuentes serían los problemas concretos que se dio a resolver, y el cuerpo de creencias que habían surgido al calor directo de esos problemas. Una vez más, aquí, el mero hecho de situarlo dentro de su familia aclara mucho de su pensamiento. ¿ Qué ha solido ocurrir con los pensadores de los países coloniales, casi todos los cuales estudiaron, y aparentemente se formaron, en naciones capitalistas desarrolladas ? ¿ Qué ha ocurrido con el fondo de creencias de tales pensadores hindúes, chinos, árabes, africanos, latinoamericanos ? Unos se convirtieron en pacientes o tenaces repetidores de fórmulas ajenas, carentes de eficacia en relación con su concreta realidad, y se evaporaron para la historia. Otros, por el contrario (los grandes dirigentes), utilizaron instrumentalmente lo aprendido en países desarrollados, y de esa manera defendieron el cuerpo ideológico de sus países respectivos, y sus propias realidades. Recuérdese, ejemplo mayor, a Gandhi. No será hasta bien entrado el siglo XX, en pleno proceso de descolonización, el cual llegará a rozar primero, y a fundirse después de modo creciente con la revolución socialista mundial⁷, que se hará posible la coincidencia de la filosofía venida de fuera, el marxismo-leninismo, con la problemática del país colonial : sin que, incluso entonces, sean desdeñables las tradiciones particulares.

Sin embargo, es cierto que en este orden de cosas la América latina se halla en una situación particular. Mientras el « occidental » es un mero intruso en la mayor parte de las colonias que ha asolado, en el Nuevo Mundo es, además, uno de los componentes, y no el menos importante, que dará lugar al mestizo (no sólo el mestizo racial, por supuesto). Si la « tradición occidental » no es toda la tradición de éste, es también su tradición. Hay pues un contrapunto más delicado en el caso de los pensadores latinoamericanos, al compararlos con los de otras zonas coloniales. También la América latina es la primera de estas zonas que logra una especie de independencia (la « América europea » no puede ser incluida en este grupo), y se ha planteado estos problemas durante buena parte del siglo XIX. Sería pues tan arbitrario reducir a Martí a la suma o el denominador común de los numerosos pensadores europeos y norteamericanos que conoció (según hacen algunos autores), como prescindir enteramente de referencias a ellos. Sólo que esas referencias, en sí mismas, nos ayudan poco : platonismo y estoicismo, krausismo, trascendentalismo emersoniano, darwinismo, cierto positivismo. Aparte de que algunas de estas líneas, que se aprietan amestizándose aquí, como ocurre en nuestra literatura con las escuelas europeas, son irreconciliables allá,

Ayuntamiento de Madrid

¿por qué ellas? Recordemos lo que encontramos a propósito de los problemas económicos y sociales: que un autor menor, como Henry George, mueve más su atención, y le merece más elogios, que un genio como Karl Marx. Pero habíamos observado también cómo ese autor había atraído el interés de Sun Yat Sen, porque tanto el dirigente cubano como el chino veían en el modesto autor norteamericano, no a un pensador importante *en sí mismo* (¿qué querría decir eso, por otra parte?), sino a alguien que parecía ofrecerles soluciones para los problemas agrícolas inmediatos de sus respectivos países. No estaban elogiando en su obra construcciones intelectuales, sino fórmulas en cuya rápida utilidad confiaban. Es decir: estaban remitiéndose a la problemática específica de sus pueblos, en *aquel* momento, como vara de medir.

Lo mismo, con las variantes del caso, puede decirse del resto del pensamiento de Martí. Por ejemplo, de sus concepciones éticas. Al parecer, un eclecticismo vago. En realidad, un código de conducta que mira siempre a las cosas concretas de su país. Su país está dividido en razas, sometido a expoliación colonial colectiva y hundido en marasmo general. Martí aviva apostólicamente la certidumbre de que los grandes serán abajados, de que de los pobres de espíritu será el reino de los cielos: sólo así puede despertar a su pueblo, fatigado de haber luchado diez años en vano. Pero esto no puede ser enteramente entendido sino en relación con la tarea histórica que su pueblo debe acometer. No acierta del todo Gabriela Mistral al decir: «Pónganle si quieren [a Martí] un microscopio acusador encima, aplíquenselo a arengas, a proclamas o a cartas, y no les ha de saltar una mancha ni una peca de odio.» En las primeras páginas, recordábamos los versos de su profético poema adolescente *Abdala*:

El amor, madre, a la Patria,
No es el amor ridículo a la tierra,
Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
Es el odio invencible a quien la oprime,
Es el rencor eterno a quien la ataca...

Es mucho más que un juego de palabras lo que se muestra, desnudo, en estos versos: «El amor... es el odio... es el rencor.» No se trata, por supuesto, de presentar a Martí ahora como un odiador, lo que nunca fue, sino de *explicar* la raíz de su amor. Ese amor batallador estaba dialécticamente *hecho* de odio y de rencor. Martí nace genial en casa humilde y en pueblo esclavizado. No puede darse coyuntura más favorable para hacerlo inmensamente sensible a la condición histórica que vive. Eso precipita en él su conciencia de ser hombre de un país «subdesarrollado». Y lo característico de ese hombre es quedar marginado de la línea mayor de la historia, expoliado, folklorizado. Su reacción, es el *rencor*. Véase cómo ha profundizado hoy en esto Frantz Fanon. El Martí juvenil, como todo integrante digno de un país colonial, siente *odio* y *rencor*, y lo expresa con toda claridad. Pero estos sentimientos mueven mal a los pueblos. No sólo debemos considerar aquí la *ascesis* dramática vivida por el muchacho en el presidio político, prueba de fuego que pudo des-

truirlo pero lo dejó purificado y conocedor de su fuerza, sino el hecho de que los pueblos requieren metas positivas, realizaciones concretas, para despertar de un estado de abatimiento. Requieren, en fin, que el odio y el rencor generen no sólo cosas que destruir, sino construcciones que realizar. Martí ofrecerá en lo adelante, cada vez más, metas, horizontes. Mientras en lo político diseña el área a la vez real y mítica de « Nuestra América »; en lo ético postula una inmensa confianza en el ser humano, predica la igualdad del hombre por encima de las fútiles distinciones raciales, se echa del lado de los humildes; y todo esto dentro de una concepción dinámica del ser humano, un fieri llameante que lo lleva al cumplimiento de los más altos deberes: única forma de que su pueblo se realice como entidad histórica. Esos altos deberes alcanzan verdadera incandescencia en su ideario: nos arrastran alguna vez fuera de las metas históricas, en un anhelo de muerte-reposo (« otros lamenten la muerte necesaria: yo creo en ella como la almohada y la levadura, y el triunfo de la vida »), y un proceso de perfeccionamiento espiritual que nos hacen pensar que probablemente Martí hubiera aceptado complacido ciertas ideas de Teilhard de Chardin: sobre todo si tenemos en cuenta la aceptación por Martí del darwinismo, pero su crítica a éste por prescindir de la trascendencia:

« Otros, con ojos desolados y llenos de dulcísimas lágrimas, miran desesperadamente a lo alto. Y Darwin con ojos seguros y mano escrutadora, no comido del ansia de saber a dónde se va, se encorvó sobre la tierra, con ánimo sereno, a inquirir de dónde se viene. Y hay verdad en esto: no ha de negarse nada que en el solemne mundo espiritual sea cierto, ni el enojo noble de vivir, que se alivia al cabo por el placer de dar de sí en la vida, ni en el coloquio inefable con lo eterno, que deja en el espíritu fuerza solar y paz nocturna; ni la certidumbre real puesto que da goze real, de una vida posterior en que sean plenos los penetrantes deleites que con la vislumbre de la verdad, o con la práctica de la virtud, hinchen el alma; mas en lo que toca a construcción de mundos, no hay modo para saberla mejor que preguntársela a los mundos. Bien vio, a pesar de sus yerros, que le vinieron de ver en la mitad del ser, y no en todo el ser, quien vio esto. »

Hemos dado, pues, con el espiritualismo martiano, que existió sin duda, aunque estuviera conjugado con un rechazo de toda religión organizada, con un anticlericalismo militante. A propósito de esto, y de su violenta y radical postura política, recordemos que ambos extremos —espiritualismo y radicalismo político—, independientemente de que puedan darse juntos en otra sociedad, distan mucho de ser incompatibles en el interior de las naciones coloniales que luchan por su liberación. En las sociedades capitalistas, suelen ir unidas actitud radical (burguesa o proletaria) e irreligiosidad. Baste el ejemplo de la revolución francesa. En consecuencia, no es porque Martí sea un representante del pensamiento burgués

revolucionario por lo que puede hacer coincidir ambos puntos de vista; en cambio, en Haití a fines del siglo XVIII, en el mundo árabe en varias ocasiones, en la India de Gandhi o en pueblos africanos, cierta religiosidad (que no es, desde luego, la del metropolitano), se presenta como acitarse para la lucha por la independencia nacional, como baluarte ideológico frente al opresor. Aunque ese no sea enteramente el caso en el anticlerical Martí, no podemos ver su religiosidad desvinculada de su ética y de su pensamiento político y social; y todos, de su actuación concreta como hombre del mundo subdesarrollado, ese mundo que conoce sobrevivencias preburguesas estructurales e ideológicas. (Tal es acaso el mayor mestizaje de nuestras tierras: el cronológico.)

Nos atreveríamos a decir que papel similar desempeña su estética. Martí ve en el arte « el modo más corto de llegar al triunfo de la verdad, y de ponerla a la vez, de manera que perdure y centellee, en las mentes y en los corazones ». En uno y otro momento de su pensamiento, surge el término *utilidad*, acaso la palabra central de su expresión. ¿Cómo no verla recorriendo su preocupación política y social, sus normas de conducta, su espiritualismo, su concepto de la función del arte? Y esa utilidad remitía directamente a tareas urgentes, nacía de ellas. El pensamiento de Martí es la conciencia de sus actos. Como en todo pensador verdadero.

La tarea literaria

A primera vista, la obra escrita por Martí es paradójica. Por una parte Martí no publicó libro alguno: sólo algunos opúsculos políticos y dos cuadernos de versos. Además, son constantes en él las alusiones desdeñosas a cierta escritura. Hablando de su primer cuaderno de versos a un amigo, le dice: « Ud. sabe que no es mi espíritu muy dado a estos pacíficos y secundarios quehaceres ». En boca de un hombre que por esos momentos predica la guerra, esos dos adjetivos adquieren toda su fuerza peyorativa. En carta a su hermana Amelia, dice sobre las novelas vulgares, « y apenas hay novela que no lo sea », que están hechas « por escritores que escriben novelas porque no son capaces de escribir cosas más altas ». En el prólogo a la única novela que escribió, *Amistad funesta*, añade que « el género no le place... porque hay mucho que fingir en él, y los goces de la creación artística no compensan el dolor de moverse en una ficción prolongada; con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás ». Creeríamos estar en presencia de uno de los grandes espíritus ágrafos, como Sócrates.

Y sin embargo, el otro lado de esta verdad es que, a su muerte, a los cuarentidós años, había dejado escritas tantas páginas que la edición por ahora más completa de sus obras —aún no recogidas del todo— cuenta con setenticuatro volúmenes. Este espíritu al parecer ágrafo, pues, ha sido, materialmente hablando, uno de los escritores hispanoamericanos más prolíficos de todos los tiempos.

Para Martí, sus versos de *Ismaelillo*, nacen de quehaceres « pacíficos y Ayuntamiento de Madrid

secundarios»; las novelas vulgares, «y apenas hay novela que no lo sea», se deben a «escritores que no son capaces de escribir cosas más altas». Cabe siempre tomar estas expresiones por coquetería de «literato»; pero entonces descreemos de una de las virtudes de Martí: su fundamental sinceridad. Como con referencia a su actuación política hemos de tomar al pie de la letra lo que confiesa la víspera de su muerte a su amigo Mercado («cuanto hice hasta hoy y haré es para eso... impedir a tiempo que caigan sobre Cuba los Estados Unidos...»), así hemos de aceptar como verdaderas estas declaraciones. Y, a la vez, sin embargo, conjugarlas con la existencia de sus setenticuatro volúmenes.

Pero esa conjugación es menos difícil de lo que pudiera parecer. Después de todo, ¿qué es un escritor? Martí no rechaza la escritura: remite unas actividades inferiores a otras superiores, que es cosa bien distinta. Da por supuesto que hay, frente al ejercicio que cuaja en ciertos versos, quehaceres beligerantes y primordiales; como también que, frente a la ficción, hay «cosas más altas» que un gran escritor ha de ser capaz de escribir. En otra ocasión nos dirá: «decir es una manera de hacer». Si repasamos su obra, nos encontraremos con que fue fiel no sólo a aquel rechazo, sino igualmente a esta aceptación.

Comencemos por lo más evidente: los «géneros». La mayor parte de la obra de José Martí es de índole periodística. ¿Querrá ello decir que Martí, que tan desdenoso se mostró con el género de Cervantes y Stendhal, se acogió en cambio con satisfacción a este género casi extraliterario que es el periodismo? Juzgar así, sería sucumbir lamentablemente al peor criterio formalista, cuando no al platonismo más chato: los «géneros» no existen por sí. Lo que existen son *funciones* que desempeñar dentro de un contexto específico. En la circunstancia en que Martí se encuentra situado, su quehacer beligerante y primordial lo lleva a ese género particular, el periodismo, a través del cual podrá propagar efectivamente sus «cosas más altas». Con esa veintena de periódicos que publican sus crónicas (a las cuales él llama «cartas»), Martí llega ampliamente a un público continental, transmitiendo su ideario, el más recio y articulado de cuantos ha generado la América suya. Es significativo que el otro «género» que en Martí sigue en importancia numérica y plenitud al periodismo, sea la carta. El suyo es caso similar al de la crónica: Martí expone también en sus cartas su ideario, y, valiéndose de la mayor intimidad permisible, acude a conmover al lector directamente, individualmente, sin ahorrarse recursos en su tarea proselitista. Desde luego, ya no podrá extrañarnos que el tercer «género» de importancia con que nos encontremos en su obra sea la oratoria. La más elemental preceptiva ha visto hace ya mucho tiempo que una carta es un pequeño discurso (o viceversa). Aquí encontramos el vínculo ostensible: el discurso, con su parentesco epistolar; la carta; la crónica escrita en forma de carta. Se trata de moverse en torno al género más «ancilar» de todos, aquel que vive sólo de *transmitir* cosas; que menos

probabilidades tiene de bastarse a sí mismo, en su inmanencia, en su belleza intrínseca. Es el género *utilitario* por excelencia; por ello mismo, el más lindante con lo extraliterario, el más común, el más asequible. Cuando se piensa que su genio literario se concentró en él, no es de extrañar que las cartas de Martí cuenten entre las más sobrecogedoras que se hayan escrito nunca, y que más de uno se haya visto llevado a compararlas con las epístolas evangélicas. El parecido es mayor de lo que a primera vista pudiera creerse, y se refiere no sólo a las cartas en sí, sino también —como hemos dicho— a discursos y crónicas, es decir, a la casi totalidad de su obra. La semejanza de Martí con aquellos hombres apostólicos en quienes encarnaba un pueblo, no es una gastada imagen. Al margen de esta cuantiosa tarea utilitaria (a la que habría que añadir trabajos puramente políticos, y *La Edad de Oro*, de sesgo pedagógico), las obras de Martí son escasas: sus pocas incursiones teatrales son más bien ejercicio verbal e ideológico. Su novela única, que firmó incluso con seudónimo, pertenece, como sus varias traducciones, a los numerosos trabajos que realizó por obligación, para ganarse la vida. Que fuera obra de cierta significación sólo prueba que sus dones como escritor eran inmensos, y que nada hizo que no dejara marcado con su genio. Caso aparte merece su poesía, que ni realizó para ganarse la vida, ni puso al servicio de inmediato interés político. Por otra parte, es la única zona de su obra que reputó digna de aparecer en forma de cuaderno: dos sufragó el mismo: *Ismaelillo*, en 1882; y *Versos sencillos*, en 1891. Por lo menos dos dejó sin publicar, aunque preparó sus prólogos: *Versos libres* y *Flores del destierro*. Los que publicó, los repartió entre los amigos, con cartas que a menudo son verdaderas poéticas. Es imposible no ver en esto un hecho significativo, el lugar alto que la poesía (expresión, visión) ocupa en Martí. La fecha de aparición del primero de estos cuadernos —que es además el momento en que su prosa adquiere madurez— ha sido señalada como la aparición de un nuevo movimiento literario en las letras hispánicas, al que luego se llamaría *modernismo*, y en torno al cual todavía es motivo de pelea erudita la inclusión o no de Martí: su presencia allí le da al movimiento un aspecto distinto. Y, sin embargo, no se ve cómo pueda no incluirsele. Un movimiento no es, después de todo, sino lo que los hombres hagan de él. ¿Cómo puede separarse a Martí del modernismo atendiendo a ciertos rasgos que se le suponen a éste, y que han sido tomados de otros escritores coetáneos que con igual derecho podríamos separar del modernismo para dejar sitio a Martí? ¿Dónde están esos rasgos sino en la obra de escritores concretos? Al contar con Martí como uno de ellos lo único que hacemos es radicalizar ese movimiento, obligado a incluir los rasgos azorantes de Martí. Con lo que gana en complejidad, en contradicción, en verdad. (Bastaría, además, con recordar que el modernista por excelencia, Darío, fue un seguidor de Martí, aunque más que un seguidor, desde luego.⁸) Martí fue el más penetrante y creador de los modernistas, el único plena-

mente conciente de su amplia problemática: el que no cambió unas formas por otras, sino puso en tela de juicio la condición toda del escritor hispanoamericano, su función, sus posibilidades reales. El que le injertó un pensamiento avasallador. Mientras los otros modernistas (los que iban a ser llamados así), pensaban todavía que se trataba de « poner al día » la literatura del continente, injertándole parnasianismo más simbolismo (a la vez, según la manera sincrética de estas tierras mestizas), Martí fue el primero en comprender que no se trataba tanto de poner al día cuanto de descubrir, y simultáneamente conquistar, el *tiempo real* del continente: su situación concreta. Estar « atrasado » o estar « al día » suponen una referencia a un tiempo otro: cualquiera de ambas actitudes es servil y colonial. La primera es peor, pero la segunda no es mucho mejor. Martí sabe desde muy joven que él está « al día »; pero, por eso mismo, que estará obligado a ir a rastras de una realidad ajena. ¿No tiene él una realidad propia? Sí y no. Existe, pero más bien como una posibilidad. A convertirla en lo que es, para ser real él mismo, dedica su vida. Su propia literatura adolecerá de irrealidad mientras no encuentre contexto aclarador genuino. Su vida está consagrada a conquistar ese contexto, y su arma mayor para ello será la propia literatura, pero la literatura utilitaria.

Muchos modernistas (Darío a la cabeza) podían quedar deslumbrados por la prosa de sus crónicas, por su « metal fino y piedras preciosas »; pero la meta de esas crónicas no era ofrecer aquel pedrerío, sino pedruscos para arrojarlos al enemigo y para construir los muros de la ciudad. Parece una paradoja, y es una sobrecogedora lección, el que Martí, con esa obra casi no literaria, sea el mayor escritor del continente. Si no hubiera sido tan grave, podríamos decir que él fue lo que Cocteau dijo de sí mismo: « el Paganini del violín de Ingres ». Martí ha puesto en tela de juicio la existencia misma de la literatura, en plenitud, allí donde no existe otra plenitud: la histórica. « No hay letras, que son expresión », dijo, « hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica ». Y más adelante: « Lamentémonos ahora de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque esa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo ».

Pero, aunque Martí aventaje largamente a los otros modernistas (después de todo, aventaja a todos los otros escritores hispanoamericanos de cualquier momento), ellos, en la medida de sus fuerzas, acaban compartiendo no poco de su problemática, y ciertamente de sus formas. El modernismo, con su patético afán de « poner al día » la literatura del continente, ¿no fue como la toma de conciencia del carácter subdesarrollado de nuestra literatura, en el momento en que la ideología burguesa de los fundadores había mostrado sus fallas, rota contra la realidad? El problema es similar, aunque en Martí sea más hondo —desde el primer momento, él no limita la situación a la literatura—, y aunque, además, Martí adelante soluciones verdaderas, retomando lo vivo de aquella

ideología de los fundadores, y situándola a la altura de su tiempo. Pero en esa actitud de adelantado, propia de su genio, Martí no quedará solo. El parece trazar el programa del modernismo mejor cuando, en el obituario a Julián del Casal, en 1893, escribe: « en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y requiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo hinchado pasó, y la política huera y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble o graciosa. »

El modernismo, en efecto, « principió por el rebusco imitado » que alcanzará su apogeo en los libros iniciales de Darío; pero estaba ya en « la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo », como lo testimonian sus propios *Versos sencillos*, y como lo verificará la poesía posterior a 1898 del mismo Darío o de González Martínez, y se ramificará en Gabriela Mistral o César Vallejo. De la misma manera que del exotismo de los primeros momentos, nacido de la desconfianza en la ilusión fundadora, y del desgano de vivir en « estas dolorosas repúblicas americanas », los modernistas irán acercándose, aunque sin alcanzar la hondura radical de Martí, a la preocupación por su patria mayor: llegando incluso a criticar el peligro yanqui: Rodó en su *Ariel* (1900), Darío en su « Oda a Roosevelt », aparecida en libro en 1905. Incluso por su influencia sobre España, el modernismo adquiere orgullo de su condición *americana*. Martí pues no sólo se adelanta con la orquestación magnífica de su prosa o la intensidad de su poesía, sino con los temas que aborda: y tanto en unas como en otros, hallará seguidores dentro del modernismo.

Final

Por la agudeza con que Martí postuló el imprescindible antimperialismo de la revolución cubana; por su comprensión de los problemas reales del país, más allá de la mera lucha contra España —problemas que permanecerían sin cambios esenciales durante la primera mitad del siglo XX—, y por las dinámicas soluciones aportadas, es natural que su ideario conservara profunda virtualidad revolucionaria, y que a él se remitiera Fidel Castro como inspirador del ataque al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. Aquel ataque desencadenó una revolución radical a cuyo desarrollo asistimos. Ese mismo desarrollo ha ido generando (o haciendo históricamente afrontable) una nueva problemática. Consecuente con ella, Fidel Castro declaró su adhesión al marxismo-leninismo. ¿Ha abandonado

así su filiación martiana? Lejos de eso: no sería exagerado afirmar que en el orden político, con las evidentes diferencias del caso, así como ha podido decirse que el leninismo es el marxismo de la época del imperalismo y de la revolución proletaria, el *fidelismo* es la postura martiana del periodo de la absoluta descolonización, del paso de la liberación política a la liberación económica, del rechazo definitivo del imperialismo y del triunfo del socialismo en un país subdesarrollado. Ello quiere decir que se ha «superado» a Martí en el sentido de haberlo incorporado, asimilado a la nueva conciencia. Además, no poco de lo que dijo en el mismo orden político, y desde luego en el de los problemas culturales, sigue teniendo impresionante vigencia. Por lo pronto, su preocupación política mayor, que lo llevaba de Cuba a «Nuestra América» y los Estados Unidos, sigue siendo en gran medida la nuestra. Su obra se sitúa en los albores de la articulación de Cuba con el mundo. Esa articulación, hoy manifiesta, es la que permite hacer ver la importancia de la tarea de este pensador, uno de los primeros de los países subdesarrollados.

Notas

¹ Por supuesto que tales denominaciones, provenientes de países capitalistas, son interpretaciones *pro domo sua*, que desvían la atención del hecho central: aquéllos son, simplemente, los países asolados por el colonialismo y el imperialismo. La más reciente denominación, la de «tercer mundo», parece haber sido estrenada por Alfred Sauvy en 1956, por analogía con el «tercer estado» de 1789. En 1960 empezó a publicarse en París la revista *Tiers Monde. Problèmes des pays sous-développés* (Tercer mundo. Problemas de los países subdesarrollados). En este sentido, como sinónimo de las denominaciones anteriores, y con las reservas apuntadas, empleamos el término. Ya en «¿El otro mundo?» (*Papelería*, La Habana, 1962), hablábamos de la imposibilidad de que ese «tercer mundo» se situara entre capitalismo, en un extremo, y socialismo en otro. La vía socialista es hoy, ya, no sólo la de países europeos desarrollados, sino también la de otros, extraeuropeos, que están saliendo del subdesarrollo, como China, Corea, Viet Nam, Cuba, Argelia, países sin duda del «tercer mundo». De muchos otros países de ese mundo, no podría decirse ciertamente que están «al margen» del capitalismo: forman parte de su sistema, de una u otra manera, y suelen proveerlo de «proletariado externo» —para valernos, con distinto contenido, de la equívoca expresión de Toynbee—; si bien cada vez menos, a medida que progresa la descolonización, la cual hará recaer el peso total de la explotación capitalista sobre el «proletariado interno», y permitirá la revolución en los países capitalistas más desarrollados.

Ese tercer mundo, pues, podrá hacernos pensar (en metáfora no muy feliz) en el tercer estado, pero no, como querrían algunos, en una inexistente tercera vía: al igual que para el resto del mundo, su obligada opción es entre capitalismo y socialismo, aunque, naturalmente, con características peculiares. El ejemplo concreto y magnífico de Cuba es revelador.

² El subrayado es mío, R. F. R.

³ Es el propio Martí quien ha aciarado: «No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza».

⁴ Véase un comentario a la influencia de George en Sun Yat Sen, y en general a la esperanza de éste «de que China eluda el camino capitalista», así como de realizar una «reforma agraria radical», en el trabajo de Lenin «La democracia y el populismo en China», 1912 (*Obras completas*, t. XVIII). Lenin concluía que un futuro partido marxista chino «al mismo tiempo que criticará las utopías pequeñoburguesas y los puntos de vista reaccionarios de Sun Yat Sen, probablemente destacará, protegerá y desarrollará solici-

tamente el núcleo democrático-revolucionario de su programa político y agrario ». Como se sabe, eso fue exactamente lo que sucedió, e incluso Sun Yat Sen saludó entusiasmado, hasta su muerte en 1925, las realizaciones de la Revolución de Octubre.

⁵ Véase nota 4.

⁶ Con razón ha podido escribir Julio Le Riverend que Martí asumió « posiciones simi-marxistas ». « Si de Marx tomó algo », añade este autor, « fue, sin duda, la precisa distinción entre los caracteres de la revolución proletaria y los de la revolución democrático-burguesa, nacional. Siguió a esta última, posible y necesaria en Cuba, sin olvidar la fuerza creciente y el aporte indispensable del proletariado. Martí se formó en el seno de países diversamente montados y pudo captar la naturaleza varia de sus problemas; no son idénticos los de una democracia plutocrática —como los Estados Unidos— y los de una pseudo-democracia, latifundiaría, semicolonial » (« Teoría martiana del partido político », en *Vida y pensamiento de Martí*, I, La Habana, 1942.)

⁷ Es que el socialismo y la descolonización son los que están haciendo que el mundo sea realmente uno; la historia, una sola historia.

⁸ Este asunto literario ha sido definitivamente establecido por Manuel Pedro González en varios trabajos, y últimamente en *José Martí en el octogésimo aniversario de la iniciación modernista. 1882-1962*, Caracas, 1962.



(Portocarrero)

(Del discurso de Osvaldo Dorticós en Moscú, el 15 de octubre de 1964).

Algunas expresiones de vanguardia de una minoría avanzada de nuestro pueblo fueron anticipaciones de la hermosa realidad ideológica de hoy. Desde los mismos instantes iniciales de la formación de la nación cubana, cuando las luchas por la independencia nacional, nuestro gran héroe nacional, José Martí, que, desde luego, no era un socialista, pero era un genio político firmemente revolucionario, se anticipó con su concepción visionaria porque avanzó sobre su propia época, conoció también la obra de Carlos Marx y pudo decir aún antes de lograr nuestra independencia política, estas palabras que durante mucho tiempo fueron ocultas a nuestro pueblo. Martí dijo de Marx: « Como se puso al lado de los débiles merece honor ».



(Portocarrero)

Vindicación de Cuba

Traducido de la carta que publicó bajo este título *The Evening Post*, de New York, del 25 de marzo de 1889.

Sr. Director de *The Evening Post*.

Señor: Ruego a usted que me permita referirme en sus columnas a la ofensiva crítica de los cubanos publicada en *The Manufacturer* de Filadelfia, y reproducida con aprobación en su número de ayer. No es éste el momento de discutir el asunto de la anexión de Cuba. Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido a otro donde los que guían la opinión comparten respecto a él las preocupaciones sólo excusables a la política fanfarrona o la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado desconocimiento de la historia y tendencias de la anexión, desearían ver la Isla ligada a los Estados Unidos. Pero los que han peleado en la guerra, y han aprendido en los destierros; los que han levantado, con el trabajo de las manos y la mente, un hogar virtuoso en el corazón de un pueblo hostil; los que por su mérito reconocido como científicos y comerciantes, como empresarios e ingenieros,

José Martí

Mi honda es la de David

Selección de textos

como maestros, abogados, artistas, periodistas, oradores y poetas, como hombres de inteligencia viva y actividad poco común, se ven honrados dondequiera que ha habido ocasión para desplegar sus cualidades, y justicia para entenderlos; los que, con sus elementos menos preparados, fundaron una ciudad de trabajadores donde los Estados Unidos no tenían antes más que unas cuantas casuchas en un islote desierto; ésos, más numerosos que los otros, no desean la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan. Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta República portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norte-Americana, como la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting.

No somos los cubanos ese pueblo de vagabundos míseros o pigmeos inmorales que a *The Manufacturer* le place describir; ni el país de inútiles verbosos, incapaces de acción, enemigos del trabajo recio, que, junto con los demás pueblos de la América española, suelen pintar viajeros soberbios y escritores. Hemos sufrido impacientes bajo la

tiranía; hemos peleado como hombres, y algunas veces como gigantes, para ser libres; estamos atravesando aquel período de reposo turbulento, lleno de gérmenes de revuelta, que sigue naturalmente a un período de acción excesiva y desgraciada; tenemos que batallar como vencidos contra un opresor que nos priva de medios de vivir, y favorece, en la capital hermosa que visita el extranjero, en el interior del país, donde la presa se escapa de su garra, el imperio de una corrupción tal que llegue a envenenarnos en la sangre las fuerzas necesarias para conquistar la libertad. Merecemos en la hora de nuestro infortunio, el respeto de los que no nos ayudaron cuando quisimos sacudirlo. Pero, porque nuestro gobierno haya permitido sistemáticamente después de la guerra el triunfo de los criminales, la ocupación de la ciudad por la escoria del pueblo, la ostentación de riquezas mal habidas por una miriada de empleados españoles y sus cómplices cubanos, la conversión de la capital en una casa de inmoralidad, donde el filósofo y el héroe viven sin pan junto al magnífico ladrón de la metrópoli; porque el honrado campesino, arruinado por una guerra en apariencia inútil, retorna en silencio al arado que supo a su hora cambiar por el machete; porque millares de desterrados, aprovechando una época de calma que ningún poder humano puede precipitar hasta que no se extinga por sí propia, practican en la batalla de la vida en los pueblos libres, el arte de gobernarse a sí mismos y de edificar una nación; porque nuestros mestizos y nuestros jóvenes de ciudad son generalmente de cuerpo delicado, locuaces y corteses, ocultando bajo el guante que pule el verso, la mano que derriba al enemigo, ¿se nos ha de llamar, como *The Manufacturer* nos llama, un pueblo «afeminado»? Esos jóvenes de ciudad y mestizos de poco cuerpo supieron levantarse en un día contra un gobierno cruel, pagar su pasaje al sitio de la guerra con el producto de su reloj y de sus dijes, vivir de su trabajo mientras retenía sus buques el país de los libres en el interés de los enemigos de la libertad, obedecer como soldados, dormir en el fango, comer raíces, pelear diez años sin paga, vencer al enemigo con una rama de árbol, morir —estos hombres de diez y ocho años, estos herederos de casas poderosas, estos jovenzuelos de color de aceituna— de una muerte de la que nadie debe hablar sino con la cabeza descubierta; murieron como esos otros hombres nuestros que saben, de un golpe de machete, echar a volar una cabeza, o de una vuelta de la mano, arrodillar a un toro. Estos cubanos «afeminados» tuvieron una vez valor bastante para llevar al brazo una semana, cara a cara de un gobierno despótico, el luto de Lincoln.

Los cubanos, dice *The Manufacturer*, tienen «aver-

sión a todo esfuerzo», «no se saben valer», «son perezosos». Estos «perezosos» que «no se saben valer», llegaron aquí hace veinte años con las manos vacías, salvo pocas excepciones; lucharon contra el clima; dominaron la lengua extranjera; vivieron de su trabajo honrado, algunos en holgura, unos cuantos ricos, rara vez en la miseria; gustaban del lujo, y trabajaban para él; no se les veía con frecuencia en las sendas oscuras de la vida: independientes, y bastándose a sí propios, no tenían la competencia en aptitudes ni en actividad: miles se han vuelto, a morir en sus hogares: miles permanecen donde en las durezas de la vida han acabado por triunfar, sin la ayuda del idioma amigo, la comunidad religiosa ni la simpatía de raza. Un puñado de trabajadores cubanos levantó a Cayo Hueso. Los cubanos se han señalado en Panamá por su mérito como artesanos en oficios más nobles, como empleados, médicos y contratistas. Un cubano, Cisneros, ha contribuido poderosamente al adelanto de los ferrocarriles y la nevegación de ríos de Colombia, Márquez, otro cubano, obtuvo, como muchos de sus compatriotas, el respeto del Perú como comerciante eminente. Por todas partes viven los cubanos, trabajando como campesinos, como ingenieros, como agrimensores, como artesanos, como maestros, como periodistas. En Filadelfia, *The Manufacturer* tiene ocasión diaria de ver a cien cubanos, algunos de ellos de historia heroica y cuerpo vigoroso, que viven de su trabajo en cómoda abundancia. En New York los cubanos son directores en bancos prominentes, comerciantes prósperos, corredores conocidos, empleados de notorios talentos, médicos con clientela del país, ingenieros de reputación universal, electricistas, periodistas, dueños de establecimientos, artesanos. El poeta del Niágara es un cubano, nuestro Heredia. Un cubano, Menocal, es jefe de los ingenieros del canal de Nicaragua. En Filadelfia mismo, como en New York, el primer premio de las Universidades ha sido, más de una vez, de los cubanos. Y las mujeres de estos «perezosos», «que no se saben valer», de estos enemigos de «todo esfuerzo», llegaron aquí recién venidas de una existencia suntuosa, en lo más crudo del invierno: sus maridos estaban en la guerra, arruinados, presos, muertos: la «señora» se puso a trabajar; la dueña de esclavos se convirtió en esclava; se sentó detrás de un mostrador; cantó en las iglesias; ribeteó ojales por cientos; cosió a jornal; rizó plumas de sombrerería; dio su corazón al deber; marchitó su cuerpo en el trabajo: ¡éste es el pueblo «deficiente en moral»!

Estamos «incapacitados por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía de un país grande y libre». Esto no puede decirse en justicia de un pueblo que posee

—junto con la energía que construyó el primer ferrocarril en los dominios españoles y estableció contra un gobierno tiránico todos los recursos de la civilización— un conocimiento realmente notable del cuerpo político, una aptitud demostrada para adaptarse a sus formas superiores, y el poder, raro en las tierras del trópico, de robustecer su pensamiento y podar su lenguaje. La pasión por la libertad, el estudio serio de sus mejores enseñanzas; el desenvolvimiento del carácter individual en el destierro y en su propio país, las lecciones de diez años de guerra y de sus consecuencias múltiples, y el ejercicio práctico de los deberes de la ciudadanía en los pueblos libres del mundo, han contribuido, a pesar de todos los antecedentes hostiles, a desarrollar en el cubano una aptitud para el gobierno libre tan natural en él, que lo establecido, aun con exceso de prácticas, en medio de la guerra, luchó con sus mayores en el afán de ver respetadas las leyes de la libertad, y arrebató el sable, sin consideración ni miedo, de las manos de todos los pretendientes militares, por gloriosos que fuesen. Parece que hay en la mente cubana una dichosa facultad de unir el sentido a la pasión, y la moderación a la exuberancia. Desde principios del siglo se han venido consagrando nobles maestros a explicar con su palabra, y practicar en su vida, la abnegación y tolerancia inseparables de la libertad. Los que hace diez años ganaban por mérito singular los primeros puestos en las Universidades europeas, han sido saludados, al aparecer en el Parlamento español, como hombres de sobrio pensamiento y de oratoria poderosa. Los conocimientos políticos del cubano común se comparan sin desventaja con los del ciudadano común de los Estados Unidos. La ausencia absoluta de intolerancia religiosa, el amor del hombre a la propiedad adquirida con el trabajo de sus manos, y la familiaridad en práctica y teoría con las leyes o procedimientos de la libertad, habitarán al cubano para reedificar su patria sobre las ruinas en que la recibirá de sus opresores. No es de esperar, para honra de la especie humana, que la nación que tuvo la libertad por cuna, y recibió durante tres siglos la mejor sangre de hombres libres, emplee el poder amasado de este modo para privar de su libertad a un vecino menos afortunado.

Acaba *The Manufacturer* diciendo «que nuestra falta de fuerza viril y de respeto propio está demostrada por la apatía con que nos hemos sometido durante tanto tiempo a la opresión española», y «nuestras mismas tentativas de rebelión han sido tan infelizmente ineficaces, que apenas se levantan un poco de la dignidad de una farsa». Nunca se ha desplegado ignorancia mayor de la historia y el carácter que en esta ligerísima aseveración. Es preciso recordar, para no contestarla con amargura,

que más de un americano derramó su sangre a nuestro lado en una guerra que otro americano había de llamar «una farsa». ¡Una farsa, la guerra que ha sido comparada por los observadores extranjeros a una epopeya, el alzamiento de todo un pueblo, el abandono voluntario de la riqueza, la abolición de la esclavitud en nuestro primer momento de la libertad, el incendio de nuestras ciudades con nuestras propias manos, la creación de pueblos y fábricas en los bosques vírgenes, el vestir a nuestras mujeres con los tejidos de los árboles, el tener a raya, en diez años de esa vida, a un adversario poderoso, que perdió doscientos mil hombres a manos de un pequeño ejército de patriotas, sin más ayuda que la naturaleza! Nosotros no teníamos hessianos ni franceses, ni La Fayette o Steuben, ni rivalidades de rey que nos ayudaran: nosotros no teníamos más que un vecino que «extendió los límites de su poder y obró contra la voluntad del pueblo» para favorecer a los enemigos de aquellos que peleaban por la misma carta de libertad en que él fundó su independencia: nosotros caímos víctimas de las mismas pasiones que hubieran causado la caída de los Trece Estados, a no haberlos unido el éxito, mientras que a nosotros nos debilitó la demora, no demora causada por la cobardía, sino por nuestro horror a la sangre, que en los primeros meses de la lucha permitió al enemigo tomar ventaja irreparable, y por una confianza infantil en la ayuda cierta de los Estados Unidos: «¡No han de vernos morir por la libertad a sus propias puertas sin alzar una mano o decir una palabra para dar un nuevo pueblo libre al mundo!» Extendieron «los límites de su poder en deferencia a España». No alzaron la mano. No dijeron la palabra.

La lucha no ha cesado. Los desterrados no quieren volver. La nueva generación es digna de sus padres. Centenares de hombres han muerto después de la guerra en el misterio de las prisiones. Sólo con la vida cesará entre nosotros la batalla por la libertad. Y es la verdad triste que nuestros esfuerzos se habrían, en toda probabilidad, renovado con éxito, a no haber sido, en algunos de nosotros, por la esperanza poco viril de los anxionistas, de obtener libertad sin pagarla a su precio, y por el temor justo de otros, de que nuestros muertos, nuestras memorias sagradas, nuestras ruinas empapadas en sangre, no vinieran a ser más que el abono del suelo para el crecimiento de una planta extranjera, o la ocasión de una burla para *The Manufacturer* de Filadelfia.

Soy de usted, señor Director, servidor atento.
José Martí. New York, 21 de marzo de 1889.

El alma de la revolución y el deber de Cuba en América

Por el voto individual y directo de todos sus miembros entra, con sus funcionarios electos, en su tercer año de labor la empresa, americana por su alcance y espíritu, de fomentar con orden y auxillar con todos sus elementos reales —por formas que con el desembarazo de la energía ejecutiva combina la plenitud de la libertad individual— la revolución de Cuba y Puerto Rico para su independencia absoluta. Bello es, en el desorden consiguiente a una larga e infortunada emigración, ver unirse en una obra voluntaria y disciplinada de pensamiento activo a los hombres, de todas condiciones y grados de fortuna, de la guerra y del destierro, de los países lejanos y del Norte triunfante sobre la desidia y desaliento que le vienen del continuo trato con la infelicidad de Cuba: y todos, de Jamaica a Chicago, reiterar a su patria, con su confirmación libre del partido de la independencia, la promesa de preparar por ella en el destierro la redención que ella no puede preparar en el miedo, el desmayo y la pasión de su esclavitud. Bello es ver confundirse en el ejercicio de un santo derecho a los elementos diversos de un pueblo del que sus propios hijos, por ignorancia o soberbia, a veces injustamente desconfían; y levantar, ante los corazones caídos, esta prueba de la eficiencia del trabajo constante y del trato justiciero en las almas que deja inseguras y torvas la parricida tiranía. Pero sería complacencia vana la de ese espectáculo indudablemente hermoso, y funesta fatiga la de ordenar un entusiasmo ciego y temible, si no fuesen raíz y poder del organismo revolucionario el conocimiento sereno de la realidad de la patria, en cuanto tiene de vicio y de virtud, y la disposición sensata a acomodar las formas del pueblo naciente a los estados graduales, y la verdad actual y local, de la libertad que trabaja y triunfa. Bella es la acción unida del Partido Revolucionario Cubano, por la dignidad, jamás lastimada con intrigas ni lisonjas ni súplicas, de los miembros que lo componen y las autoridades que se han dado, —por la equidad de sus propósitos confesos, que no ven la dicha del país en el predominio de una clase sobre otra en un país nuevo, sin el veneno y rebajamiento voluntario que va en la idea de clases, sino en el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre, que sólo pueden mermarse con la desidia o exceso de los que lo ejerciten—, y por la oportunidad, ya a punto de perderse, con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo desproporcionado

de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo.

A su pueblo se ha de ajustar todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país de modo que, sin indebido favor a la impaciencia de los unos ni negación culpable de la necesidad del orden en las sociedades —sólo seguro con la abundancia del derecho— vivan sin choque, y en libertad de aspirar o de resistir, en la paz continua del derecho reconocido, los elementos varios que en la patria tienen título igual a la representación y la felicidad. Un pueblo no es la voluntad de un hombre solo, por pura que ella sea, ni el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal cándido de un espíritu celeste, ciego graduado de la universidad bamboleana de las nubes. De odio y de amor, y más de odio que amor, están hechos los pueblos; sólo que el amor, como sol que es, todo lo abrasa y funde; y lo que por siglos enteros van la codicia y el privilegio acumulando, de una sacudida lo echa abajo, con su séquito natural de almas oprimidas, la indignación de un alma piadosa. Con esas dos fuerzas: el amor expansivo y el odio represor —cuyas formas públicas son el interés y el privilegio— se van edificando las nacionalidades. La piedad hacia los infortunados, hacia los ignorantes y desposeídos, no puede ir tan lejos que encabece o fomenta sus errores. El reconocimiento de las fuerzas sordas y malignas de la sociedad, que con el nombre de orden encubren la rabia de ver erguirse a los que ayer tuvieron a sus pies, no puede ir hasta juntar manos con la soberbia impotente, para provocar la ira segura de la libertad poderosa. Un pueblo es composición de muchas voluntades, viles o puras, francas o torvas, impedidas por la timidez o precipitadas por la ignorancia. Hay que deponer mucho, que atar mucho, que sacrificar mucho, que apearse de la fantasía, que echar pie a tierra con la patria revuelta, alzando por el cuello a los pecadores, vista el pecado paño o rusia: hay que sacar de lo profundo las virtudes, sin caer en el error de desconocerlas porque vengan en ropaje humilde, ni de negarlas porque se acompañen de la riqueza y la cultura. El peligro de nuestra sociedad estaría en conceder demasiado al empedernido espíritu colonial, que quedará hoceando en las raíces mismas de la república, como si el gobierno de la patria fuese propiedad

natural de los que menos sacrifican por servirla, y más cerca están de ofrecerla al extranjero, de comprometer con la entrega de Cuba a un interés hostil y desdeñoso, la independencia de las naciones americanas: y otro peligro social pudiera haber en Cuba: adular, cobarde, los rencoros y confusiones que en las almas heridas o menesterosas deja la colonia arrogante tras sí, y levantar un poder infame sobre el odio o desprecio de la sociedad democrática naciente a los que, en uso de su sagrada libertad, la desamen o se le opongan. A quien merme un derecho, córtesele la mano, bien sea el soberbio quien se lo merme al inculito, bien sea el inculito quien se lo merme al soberbio. Pero esa labor será en Cuba menos peligrosa, por la fusión de los factores diversos del país en la guerra saneadora; por la dignidad que en las amistades de la guerra adquirió el liberto ante su señor de ayer; por la peculiar levadura social que, aparte de la obra natural del país, llevarán a la república las masas de campesinos y esclavos emigrados, que, a mano con doctores y ricos de otros días y próceres de la revolución, han vivido, tras veinticinco años de trabajar y de leer, y de hablar y oír hablar, como en ejercicio continuo y consciente de la capacidad del hombre en la república. Y mientras una porción reacia e ineficaz, la porción menos eficaz, del señorío cubano antiguo, se acorrala, injusta y repulsiva, contra este pueblo nuevo de cultura y virtud, de mentes libres y manos creadoras, otra porción del señorío cubano, mucho más poderosa que aquélla, ha vivido dentro de la masa revuelta, ha conocido y guiado su capacidad, ha trabajado mano a mano con ella, y se ha hecho amar de la masa, y es amado: ¡y hoy rodaría por tierra, mente a mente, mucho menguado leguleyo que le negase la palabra superior a mucho hijo de esta almamadre del trabajo y la naturaleza! En Cuba no hay duelo entre un señorío desdentado y napolitano y el país, de suyo tan moderado como desigual, en que, con la pura esperanza de la libertad suficiente, se reúnen por el respeto del esfuerzo común, los hombres del campo y de la esclavitud y del oficio pobre, consciente ya de sus derechos y del riesgo de exagerarlos, con todo lo que hay de útil y viril, de fundador y de piadoso, en el antiguo señorío cubano. Del alma cubana arranca, decisivo, el deseo puro de entrar en una vida justa, y de trabajo útil, sobre la tierra saneada con sus muertos, amparada por las sombras de su llanto. La esperanza de una vida cordial y decorosa anima hoy por igual a los prudentes del señorío de ayer, que ven peligro en el privilegio inmerecido de los hombres nulos, y a los cubanos de humilde estirpe, que en la creación de sí propios se han descubierto una invencible nobleza. Nada espera el pueblo

cubano de la revolución que la revolución no pueda darle. Si desde la sombra entrase en ligas, con los humildes o con los soberbios, sería criminal la revolución, e indigna de que muriésemos por ella. Franca y posible, la revolución tiene hoy la fuerza de todos los hombres previsores, del señorío útil y de la masa cultivada, de generales y abogados, de tabaqueros y guajiros, de médicos y comerciantes, de amos y de libertos. Triunfará con esa alma, y perecerá sin ella. Esa esperanza, justa y serena, es el alma de la revolución. Con equidad para todos los derechos, con piedad para todas las ofensas, con vigilancia contra todas las zapas, con fidelidad al alma rebelde y esperanzada que la inspira, la revolución no tiene enemigos, porque España no tiene más poder que el que le dan, con la duda que quieren llevar a los espíritus, con la adulación ofensiva e insolente a las preocupaciones que suponen o halagan en nuestros hombres de desinterés y grandeza, los que, so capa de amar la independencia de su país, aborrecen a cuantos la intentan, y procuran para cuando no la puedan evitar, ponerse de cabeza, dañina y estéril, de los sacrificios que ni respetan ni comparten. Para andar por un terreno, lo primero es conocerlo. Conocemos el terreno en que andamos. Nos sacarán a salvo por él la lealtad a la patria que en nosotros ha puesto su esperanza de libertad y de orden, y la indulgencia vigilante, para los que han demostrado ser incapaces de dar a la rebelión de su patria energía y orden. Sea nuestro lema: libertad sin ira. Nulo sería, además, el espectáculo de nuestra unión, la junta de voluntades libres del Partido Revolucionario Cubano, si, aunque entendiésemos los problemas internos del país, y lo llagado de él y el modo con que se le cura, no se diera cuenta de la misión, aún mayor, a que lo obliga la época en que nace y su posición en el crucero universal. Cuba y Puerto Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos. Es necesario tener el valor de la grandeza: y estar a sus deberes. De frailes que le niegan a Colón la posibilidad de descubrir el paso nuevo está lleno el mundo, repleto de frailes. Lo que importa no es sentarse con los frailes, sino embarcarse en las carabelas con Colón. Y ya se sabe del que salió con la banderuca a avisar que le tuviesen miedo a la locomotora, que la locomotora llegó, y el de la banderuca se quedó resoplando por el camino: o hecho pulpa, si se le puso enfrente. Hay que prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante. No son meramente dos islas floridanias, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servir las de manera que la composición hábil y viril de sus

factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la sociedad posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y el abrazo. En el fiel de América están las Antillas, que serían si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana—; y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serán en el continente la garantía de equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo. No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertad. ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la indepen-

dencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición! Sabremos hacer escalera hasta la altura con la inmundicia de la vida. Con la mirada en lo alto, amasaremos, a sangre sana, a nuestra propia sangre, esta vida de los pueblos, hecha de la gloria de la virtud, de la rabia de los privilegios caídos, del exceso de las aspiraciones justas. La responsabilidad del fin dará asiento al pueblo cubano para recabar la libertad sin odio, y dirigir sus ímpetus con la moderación. Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy en Cuba se levanta para todos los tiempos. Ella, la santa patria, impone singular reflexión; y su servicio, en hora tan gloriosa y difícil, llena de dignidad y majestad. Este deber insigne, con fuerza de corazón nos fortalece, como perenne astro nos guía, y como luz de permanente aviso saldrá de nuestras tumbas. Con reverencia singular se ha de poner mano en problema de tanto alcance, y honor tanto. Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes, adelante! Esta es tarea de grandes.

Patria, 17 de abril de 1894.

El manifiesto de Montecristi *

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO A CUBA. La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber, —sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la república constituida— de repetir

* Este documento es conocido como Manifiesto de Montecristi por el lugar de la República Dominicana donde fue redactado y firmado.

ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón, ni sin justa esperanza de triunfo los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos a la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió, el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país harto probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías huma-

nas y a sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable —por ir firmada por la muerte— que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con que emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otro más viable y segura, y que no debe en verdad apeteer un pueblo que no la pueda sustensar; sino el producto disciplinado de la resolución de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino. Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía. —Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio,— su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república, —su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es,— y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad. —En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudiera embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Entre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo, por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación en las repúblicas feudales o teóricas de Hispano-

América. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas, de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros, de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia que las conquistista, y la soberanía que se gana por pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena en las disputas de credo o localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían —no son de ningún modo los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el cruce del mundo, al servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador en los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o —en la misma Isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable unificación de las diversas secciones del país; la admiración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud creciente del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono, —aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún

invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad. —Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituirá sin obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que los desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación callada de la patria, ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo inadvertibles para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato, y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolución, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la Isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese incautamente levantar, por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución. Cubanos hay ya en Cuba de uno y otro color, olvidados para siempre —con la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan— del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor del hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quienes se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos— con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho

humano, y el consuelo y la fuerza de la estimación de cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama: la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primer guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrán a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzado arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia, y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulsos a veces de unírseles que de combatirlos? ¿Serán los quintos, educados ya en las aldeas de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogería alegres como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de

su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelven contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular; donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollarse sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Encontrarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que puedan quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la revolución, conocedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de república, pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria. —La dificultad de las guerras de independencia en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra— y las prácticas necesarias a la guerra, y que ésta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos, —y permitan en vez de entra-

bar— el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía.— Sin atentar con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades integrales de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora; sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer el molde natural, la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad: —esos son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra pujante y capaz dé pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unción, de sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación crecientes de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra el insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y ser-

vicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo. ¡Apenas podría creerse que con semejantes mártires, y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria inerte y viciosa! —A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la ven-

ganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra venerada el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido— y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos.— Y al declarar así en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de la unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de marzo de 1895. José Martí, Máximo Gómez.



(Cortesía de Posada)

Ayuntamiento de Madrid

Carta a Manuel Mercado

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895
Sr. Manuel Mercado: Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ése de Ud. y mío— más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los Imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia, —les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,— la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del *Herald* Eugenio Bryson: —de un sindicato yanqui —que no será— con garantía de las aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte; —incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bry-

son— aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brio con que hemos levantado la Revolución— el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español— y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba.— Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos.— Y aun me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual Presidente desaparezca, a la Presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aún contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Si lo hallará —o yo se lo hallaré—. Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodos. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el General Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué catorce días, a pie por espigas y alturas, mi morral y mi rifle; —alzamos gente a nuestro paso;— siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la

Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana,— la misma alma de humanidad y decoro, llena de anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí,

Nuestra América

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo en la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hombre castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano.

sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece.

Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es éste y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de peródico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad... *

* Es de suponer que esta carta la suspendió Martí para continuarla luego, pero no llegó a terminarla después.

Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisíenses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano

de corbata maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los vela venir contra su tierra propia? ¡Estos «increíbles» del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el crial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyes no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es allí donde se gobierna hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país. Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No

hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiera la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdénados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprenden el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra de acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo;

pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas. Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos demodados al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y cascaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota de potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común,

para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros —de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicu e impolítico de la raza aborigen—, por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero «estos países se salvarán», como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide «a que le hagan emperador al rubio». Estos países se salvarán porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Eramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Eramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro

yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. «¿Cómo somos?» se preguntan: y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojimar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidura, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshacer la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una pompa de jabón; el lujo venenoso.

enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlás. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdén. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdén. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuca a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

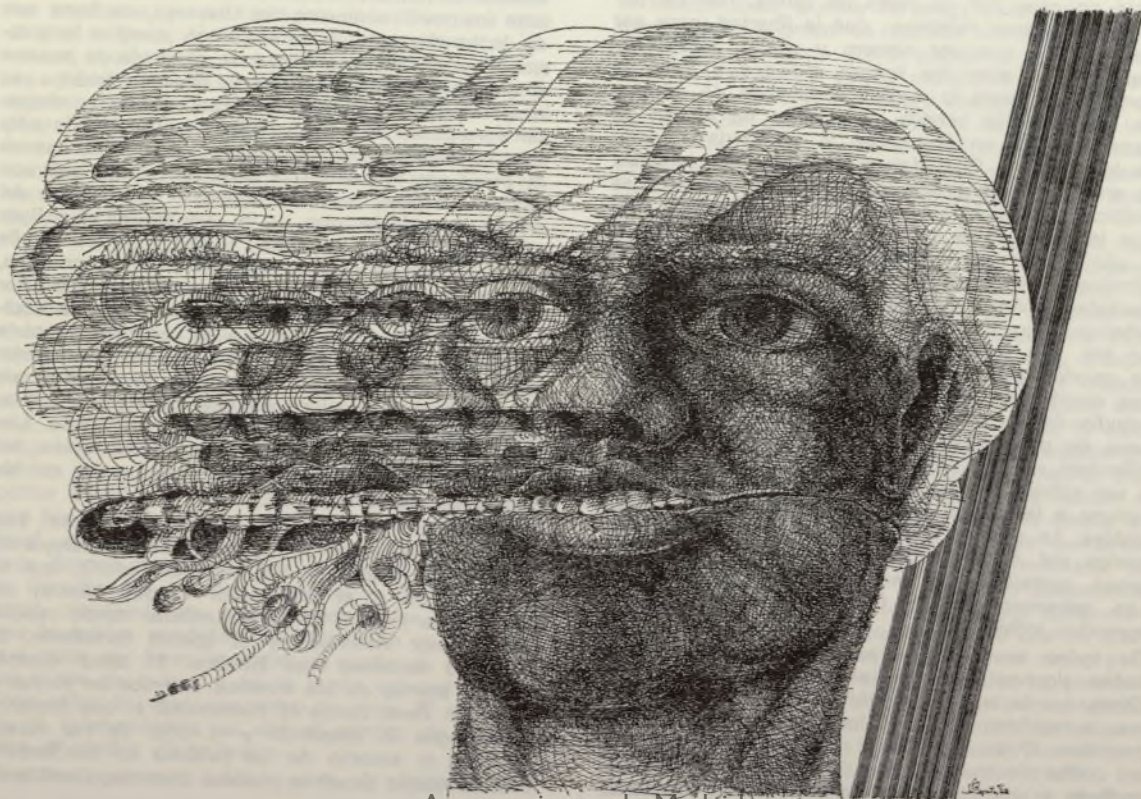
No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de libería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomenta y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres

peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un periodo de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura,

a los que, con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestras, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

Partido Liberal, México, 30 de enero de 1891.

(Cortesía de Julio H. Zapata)



Ayuntamiento de Madrid

Martí en Fidel



(Pájaros. José M. Iznaola)

«De igual modo se prohibió que llegaran a mis manos los libros de Martí; parece que la censura de la prisión los consideró demasiado subversivos. ¿O será porque yo dije que Martí era el autor intelectual del Veintiséis de Julio?»

Esta emocionante aclaración de Fidel Castro al comenzar su propia defensa en el juicio por el asalto al cuartel Moncada —celebrado en un hospital porque la dictadura estaba enferma ya de muerte— es algo más que una aclaración de responsabilidad simbólica. Aparte de la importancia de la ideología revolucionaria de Martí, el pensamiento y la obra del Apóstol circulaban ya por la sangre del joven revolucionario: «¡No importa en absoluto! Traigo en el corazón la doctrina del Maestro y en el pensamiento las nobles ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos.»

Repasando *La Historia me absolverá* encontramos doce veces mencionado a Martí y la mitad son citas textuales de sus pensamientos.

Pero lo decisivo no es citar a Martí, eso lo han hecho los criminales para justificar sus crímenes, sino actuar de acuerdo con sus enseñanzas y su existencia. Ya ha pasado la época en que bastaba citar una frase de Martí. Abarcó tanto que, violentando un poco su pensamiento, sacándolo de

contexto, se puede emplear para justificar lo contrario de su intención más profunda.

Su intención más profunda: el «saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo», «con todos, y para el bien de todos». Martí es el alma de Cuba y nada duradero y justo podrá jamás hacerse aquí sin contar con lo que pensó e hizo. Y hay que leer su obra **desde adentro**, desde su vida porque desde afuera puede parecer romántica, huera, grandilocuente, hasta ridícula. Pero una vez que penetramos su obra y su vida jamás nos abandona, jamás afloja su abrazo. Y eso hizo Fidel: entender a Martí desde su centro más insobornable. Cuando el país parecía corrompido y mediocre, sometido a un dictador y vendido a una potencia extranjera, la rebeldía de Fidel fue la demostración viva de la visión martiana del mundo: «Los hombres sólo son pequeños cuando los fuerzan a serlo las circunstancias en que nacen o existen. Se magnifican apenas los rodean circunstancias magnas.»

La revolución cubana es una circunstancia magna catalizada por el ejemplo de Martí y la inquebrantable acción de Fidel. El patriotismo, la visión trascendental de Cuba, la fuerza moral de Fidel me recuerdan constantemente a Martí. Nada se pierde y olvida en la historia. La historia de

Cuba es un organismo vivo. Fidel fue a las fuentes de la nacionalidad, al alma de la isla: sin ello no hubiera sido posible la revolución. La revolución cubana es eso: revolución y cubana. Y lo más hondo sobre revolución y sobre Cuba estaba en Martí. Es el punto de partida, la médula; después se incorporó el marxismo para poder analizar nuestra realidad con rigor, se armó del leninismo para garantizar su sobrevivencia en el mundo actual. (Ningún revolucionario de nuestra América podrá prosperar sin identificarse y vivir su destino histórico. Entendemos a fondo nuestra frustración, la necesidad de una segunda revolución continental, viviendo nuestras condiciones físicas y psicológicas, estudiando la revolución de Haití (Toussaint Louverture), la independencia de México (desde Hidalgo, pasando por Juárez, hasta Zapata), la proeza de Bolívar... Cada región tiene su historia y sus raíces y el continente tiene a Martí. El logos, el espíritu de nuestra América está en Martí.

Y Fidel está imantado por ese destino continental. No hablo de cosas abstractas e intangibles. Hablo de una asimilación, de una incorporación palpable en las conversaciones de Fidel con el pueblo y en sus decisiones y reacciones ante los problemas que plantea la revolución cubana en la isla y en el mundo.

«¿Por qué se pudo alcanzar la victoria? —preguntó Fidel a un año del triunfo revolucionario, durante una cena conmemorando el nacimiento de Martí—. ¿Por qué avanza la revolución? Se logró todo porque había virtudes en nuestro pueblo y esas virtudes fueron el fruto de las semillas que sembraron los fundadores de nuestra república; de la semilla, de la abundante semilla que sembró nuestro Apóstol, José Martí. Porque este amor acendrado a la libertad, esa prédica constante de la dignidad, ese sentido humano del pensamiento martiano, ese odio a la

tiranía, ese odio al vicio, ese odio a la esclavitud, le hizo decir: «Sin patria, pero sin amo». Esa prédica fue la que nutrió el espíritu rebelde y heroico de nuestro pueblo, que allá en Santiago de Cuba, junto a la tumba de Martí, en el año del Centenario, ofrendó la vida de casi un centenar de jóvenes.»

Fidel conoce hasta la historia del pensamiento martiano dentro de nuestra sociedad: «Porque los versos, como los pensamientos, como los escritos, como las proclamas, como los discursos de Martí, que hoy son familiares para todos nosotros, fueron al principio del conocimiento reducido de un círculo de amigos o de compatriotas que tuvieron el privilegio de leerlos o escucharlos. Porque en medio de la censura y de la opresión aquellas ideas no podían divulgarse e incluso, en los inicios de la república, el pensamiento y la prédica de Martí no se conocían sino por una minoría. Fue en el transcurso del presente siglo cuando nuestro pueblo pudo ir paso a paso conociendo aquella filosofía política, aquel pensamiento que decía que trincheras de ideas valían más que trincheras de piedras. Esta idea influyó sobre nuestro pueblo en la medida en que se iba divulgando y a pesar de la frustración de nuestra república, a pesar de lo mucho que aquel pensamiento había sido prostituido en labios hipócritas, en labios de malos cubanos, que miles, tal vez millones de veces evocaron en medio de la ignominia y hasta el crimen el pensamiento y el nombre de Apóstol.»

Fidel le dio forma contemporánea a «trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedras», cuando en pleno siglo veinte, durante la crisis del Caribe, habló de que Cuba no tendría cohetes físicos, pero tenía «cohetes morales». Esos cohetes son la dignidad de Cuba frente a todas las agresiones y frustraciones, vengan de donde vengan. Dos años des-

pués, el ministro de Defensa chino, Lin Piao, declaró que su vasto país tenía « una bomba atómica espiritual » superior al poderío nuclear norteamericano y soviético : sus setecientos y tantos millones de hombres. Los « cohetes morales » de nuestra revolución tienen más trascendencia que en ningún otro rincón del mundo porque somos una isla pequeña y subdesarrollada y valiente, a sólo noventa millas del imperio norteamericano.

Tanto Martí como Fidel estaban dispuestos a enfrentarse con el mundo por la independencia de Cuba : « Nos casaron con la mentira y nos obligaron a vivir con ella, por eso nos parece que se hunde el mundo cuando oímos la verdad. ¡ Como si no valiera la pena que el mundo se hundiera, antes que vivir en la mentira ! »

Estaba dispuesto a todo. En Martí la muerte fue siempre una obsesión : « Morir no es nada, morir es vivir, morir es sembrar. El que muere, si muere donde debe, vive. » Si en Martí la muerte aparecía siempre un poco volcada sobre sí mismo, como una inmólación necesaria para la paz de su espíritu y la grandeza de su patria, en Fidel es la roca que hace posible la vida. « Porque los cubanos hemos aprendido a mirar la muerte serenamente y sin inmutarnos, porque los cubanos hemos adquirido un sentido real de la vida, y empiezan a considerarla como indigna cuando no se vive para algo y por algo grande como están viviendo los cubanos en este momento. » Es el lado más positivo de la obsesión de Martí por la muerte. Es una entrega viril a la vida : el que sabe morir puede vivir con entereza. « La muerte engrandece cuanto se acerca a ella — escribió Martí — ; y jamás vuelven a ser enteramente pequeños los que la han desafiado. » Y Fidel se acercó a ella en el Moncada, en la Sierra Maestra, en Playa Girón y durante la crisis del Caribe todo el pueblo lo acompañó : « Nosotros

somos parte de la humanidad y corremos esos riesgos [la destrucción atómica] pero no nos atemorizamos. Tenemos que saber vivir en la época que nos ha tocado vivir y con la dignidad con que debemos saber vivir. Todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ¡ todos somos uno en esta hora de peligro ! »

Durante la insurrección, durante los primeros meses de la revolución, Fidel citaba directamente a Martí, constantemente se apoyaba en su ejemplo y su pensamiento. Pero a medida que su figura crece la cita explícita se va fundiendo con su vida y su acción revolucionaria. Ya Fidel Castro es la continuación viva del destino sembrado por Martí. Es ya un creador que desarrolla la obra de Martí en la carne de la nación cubana.

El paralelo, sin embargo, se puede seguir viendo a cada día, hasta en detalles personales. Martí era un río caudaloso que no podía evitar debordarse. Empezaba hablando de una cosa y acababa hablando de otra : « Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí. »

Cambiando escribir por hablar, Fidel podría decir lo mismo. También él necesita hablar para « gentes que han de amarme ». Durante un diálogo con el pueblo allá por el año sesenta, alzó la mano para protegerse del exceso de luz : « No, era una luz de cámara de cine, pero es que no me dejaba ver al pueblo. » Donde estaba el público todo lo que veía era negrura. Pidió que apagaran algunos de los reflectores. Alguien en la plataforma junto a la tribuna le explicó que

así el pueblo le vería mejor. Fidel contestó : « Yo prefiero verlos a ellos mejor aunque ellos no me vean tan bien. » El otro siempre está presente cuando habla Fidel. Su palabra nace de la necesidad de comunicar. Esto es menos frecuente de lo que parece. El orador típico lo único que logra es construir un muro de palabras que lo aísla de los demás y nos hace rebotar contra sus ideas.

Uno de los temas obsesivos de la cultura del siglo XX es la comunicación. Va desde la propaganda norteamericana —subliminal o agresiva— y las machacadas consignas socialistas hasta la obra de escritores como Joyce y Kafka, que debido a su incapacidad para la comunicación, permanecen dentro del monólogo o la confesión. El teatro moderno del absurdo se basa demasiado en este principio. El dramaturgo Ionesco ha insistido en la « incomunicabilidad entre los hombres ». Esta incomunicabilidad Fidel la rompe constantemente. La rompe, esencialmente, porque, como Martí, necesita « gentes que han de amarme ». Fidel necesita de los demás, del cubano, y los cubanos necesitan a Fidel. No crea odios en el pueblo con sus palabras, no es el « egomaniaco tonto... adicto anormalmente a las arengas por televisión » que describe **Life**, es un maestro : explica y hace pensar a los cubanos. Los cubanos que han ahondado en los problemas nacionales han comprendido que para remediar nuestros males es necesario plantearse tanto el problema político como el educativo. Maestros fueron los fundadores de nuestra nacionalidad desde Félix Varela hasta hoy. De ahí el estilo didáctico de las conversaciones de Fidel con el pueblo : lo importante no es creer y repetir sino crear y pensar : « Hay mentalidades que tienen hábitos serviles. Hay el vicio del satelismo mental. » Es un maestro pero al mismo tiempo reconoce la importancia de la independencia de criterio en el pue-

blo. « Únicamente gente maniática y loca, únicamente gente maniática y loca se puede creer monopolizadora de la verdad. »

Y como quiere comunicar, repite : « Quien no quiera equivocarse en cabeza ajena, que sea capaz de pensar con cabeza propia. Si usted piensa con cabeza ajena, si usted piensa con cabeza ajena, entonces cuando la cabeza ajena se equivoque, o diga que se equivocó, tiene usted que salir como un papagayo a decir que usted también se equivocó. Y no hay nada más triste que equivocarse por cuenta de otro. »

Martí empleaba el mismo método didáctico : « Una vez renonocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio ; una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento. »

Fidel nunca repitió como un papagayo las palabras de Martí, comprendió su pensamiento, se identificó con sus aspiraciones y ahora está sólo con la acción : « No digimos : te vamos a dar, le dijimos : aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sean tuyas la libertad y la felicidad. Y podemos repetir : aquí tienes, guajiro, tu tierra ; aquí tienes, campesino, tus escuelas, tus hospitales, aquí tienes los pueblos, las fortalezas convertidas en escuelas ; aquí tienes tus casas, aquí tienes tus playas, aquí tienes tus fábricas, las fábricas que eran de los monopolios extranjeros, aquí tienes tu Compañía de Electricidad y tu Compañía de Teléfonos, aquí tienes tu refinería, porque antes no tenías nada, y hoy sí tienes, hoy tienes algo por lo cual luchar. » Fidel ha cumplido como Martí quiso cumplir cuando la muerte le cerró al paso.

La repetición aquí tiene un profundo poder persuasivo y al mismo tiempo permite que la idea vaya penetrando lentamente en el proceso mental del oyente.

Este poder persuasivo de Fidel ha sido captado agudamente por el periodista Herbert Matthews hasta en sus aspectos más íntimos y sutiles: « De pie o sentado, Castro siempre se acerca lo más posible. No resiste sentarse ni siquiera a dos pies de su interlocutor. Su rostro está siempre a sólo unas pulgadas; sus ojos castaño oscuro son hipnóticos en su intensidad; una o ambas de sus manos descansan sobre nuestros hombros o rodillas y las palabras fluyen con animación y fervor... »

Y recuerdo enseguida asombrado la descripción que hace Piedra Martel del Apóstol: « Martí hablaba mucho y de prisa, como quien necesita expresar muchas ideas en poco tiempo. Y no se estaba quieto un segundo. Tan pronto se ponía de pie como se sentaba, unas veces de cara a Masó, otras dándole su costado derecho, otras el izquierdo, ya acercaba el taburete, ya lo retiraba, y a ratos lo volvía con el espaldar hacia su interlocutor y se ponía a horcajadas frente a él... Confieso que aquella extremada movilidad me produjo desazón y desencanto. » Es el comentario de Piedra Martel al ver a Martí desde lejos, sin oír sus palabras. Puede parecer ridículo y exagerado, lo mismo que si observamos a Fidel desde lejos, sin entender sus palabras. « Pero este juicio, formado sin antecedentes y a prima facie —aclara Piedra Martel—, fue pronto y cabalmente rectificado, y pocas horas después me hallaba convertido en uno de los más devotos y entusiastas admiradores de aquel hombre excepcional. »

Fidel, aseguran, llevaba siempre consigo en la Sierra Maestra las Obras Completas de Martí en dos volúmenes rojos, flexibles, impresos en papel biblia. De todo lo que Fidel ha leído para su formación, en los años indelebles, Martí es lo que penetró más hondo.

Tanto Martí como Fidel son hombres de una energía desbordante. Ninguna figura

revolucionaria puede carecer de grandes reservas de energía vital: sin ellas no podría sobreponerse a la corriente caudalosa del pasado. Martí escribía hasta que las manos se le hinchaban, Fidel explica la revolución al pueblo hasta quedar sin voz.

Todo Martí está dominado por el ansia de servir al hombre: « Quien se da a los hombres es devorado por ellos pero es ley maravillosa de la Naturaleza que sólo esté completo el que se da. »

Y Fidel se da, vive para el pueblo. « Me impresionó muy bien que Castro no fuera ese tipo de hombre resuelto que llega, dice su discurso, besa a un niño y se marcha —escribe Sartre—. Más bien él duda, vacila, no quiere herir al pueblo marchándose de allí. El pueblo tiene un gran sentido de posesión con respecto a Castro. Aquella gente lo quería... El contacto entre Castro y el pueblo es muy fuerte y directo. Hay algo ahí de trágico y frágil. »

Aunque el habla de Fidel carece del nerviosismo poético de Martí, ha logrado por otra parte un estilo más directo y eficaz. Martí era un incendio y su cultura humanista, de raíz cristiana, lo llevaba siempre a grandes alturas expresivas; su genio verbal era deslumbrante. Tal vez sea mejor así. Martí era demasiado frágil, su sentido inalcanzable del hombre noble y puro lo llevaron a vivir constantemente desgarrado, lanzado hacia la muerte. Para la toma y el ejercicio del poder es una ventaja que Fidel no haya tenido la profundidad sentimental de Martí, el humanismo desgarrador y trágico de Martí. Martí es el ideal. Fidel es la acción. Pero los principios son los mismos.

« La naturaleza del hombre es por todo el Universo idéntica —escribe Martí analizando el falso concepto de la inferioridad latina—, y tanto yerra el que suponga al hombre del Norte incapaz de las virtudes del hombre del Mediodía, como el de

corazón canijo que creyese que al hombre del Sur falta una sola siquiera de las cualidades esenciales del hombre del Norte. Hábitos podrán faltarle, porque el español no nos crió para servirnos de nosotros mismos, sino para servirle; y nuestra fatiga por ir cambiando de sangre, con el heroísmo indómito y progreso visible del más infeliz de nuestros pueblos, sólo podrá echársenos en cara por el extranjero desconsiderado e ignorante, o por el hermano apóstata.»

«Si nosotros no somos una potencia militar —habla Fidel ahora—, si nosotros, al fin y al cabo, somos latinos, y los latinos, según esa mentalidad fascista, goebbelsiana, que le han tratado de crear a través del cine y de otros muchos medios de propaganda a los ciudadanos de ese país [Estados Unidos], aunque afortunadamente no hayan logrado que piensen exactamente igual todos y cada uno de ellos; si en definitiva, a través de toda esa propaganda, se ha estado tratando de inculcar que los latinos somos una raza inferior, una raza despreciable, una raza que no merece ningún respeto, que los pueblos latinos estamos condenados a trabajar para los amos todopoderosos, que los pueblos latinos estamos destinados a producir materia prima y venderla barata, que los pueblos latinos estamos condenados a poner nuestros brazos por un sueldo miserable, a fin de que los intereses lucrativos de los grandes trusts que controlan el capital en ese país puedan acrecentarse a costa de nuestro sudor...»

Esos son los extranjeros desconsiderados e ignorantes de que escribió Martí; y éstos los hermanos apóstatas: «Al fin y al cabo no han faltado aquí los defensores de esa política, al fin y al cabo aquí los voceros de esa política de sumisión, al fin y al cabo no les han faltado sus aliados aquí a los que tales cosas proclaman de nuestro pueblo.»

El futuro de Hispanoamérica siempre fue una certeza para Martí: «¡Oh!, el día en que empiece a brillar, brillará cerca del Sol; el día en que demos por finada nuestra actual existencia de aldea.» Ese es el futuro, el destino que mueve a nuestra revolución. Martí nunca pensó mezquinamente sólo en Cuba: «Es un mundo lo que estamos equilibrando... Un error en Cuba es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy en Cuba se levanta para todos los tiempos.» Y Fidel no piensa nunca sólo en Cuba: «No importan las dificultades que a este país le surjan por mantener esta posición, por no doblegarse ante nada ni nadie. Porque estos sacrificios conscientemente y estas dificultades conscientemente, los estamos afrontando por el mundo del futuro, por el derecho de los pueblos en el mundo del mañana a la plena independencia, a la plena libertad de criterio.» El parecido, la coincidencia se extiende hasta la vida personal: la cárcel, los preparativos de invasión desde el extranjero, verse obligados a escoger entre la familia y el país. Tanto Martí como Fidel son hombres de una gran reserva sobre su vida íntima, pocos detalles personales se conocen de sus vidas. Son hombres públicos, entregados a una causa. Hemos hablado mucho de nuestros dos grandes genios: pero no serían nada sin el pueblo. Detrás de sus actos y decisiones siempre están los muchos. Ambos decidieron «con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar».

«De todos los problemas que pasan hoy por capitales —afirma Martí—, sólo lo es uno; y de tan tremendo modo que todo tiempo y celo fueran poco para conjurarlo: la ignorancia de las clases que tiene de su lado la justicia.»

«Una revolución podría definirse de muchas formas —habla Fidel ahora—. Pero como las revoluciones no las hacen las

clases privilegiadas, como las revoluciones las hacen las masas explotadas, la revolución es, en primer lugar, obra de las masas que precisamente no monopolizan la cultura, no monopolizan la experiencia. La revolución es la obra de masas ignorantes luchando, en primer lugar, contra su propia ignorancia, contra sus propias limitaciones. Y si a mí me preguntaran cuál es el mérito principal de una generación que haga una revolución, mi respuesta sería: ¡Haber hecho la revolución y haber marchado hacia adelante a pesar de su inmensa ignorancia! »

Es la tragedia y la grandeza de nuestra revolución: haber triunfado a pesar de todas sus limitaciones: la proximidad del imperialismo, las limitaciones geográficas y demográficas de la isla, la inmensa ignorancia del pueblo. Esa es la singularidad enorme de la revolución cubana.

Todo lo que hemos apuntado hasta aquí carece de importancia frente a lo verdaderamente vital de Martí en Fidel. La revolución nos ha devuelto el alma. Frente a este fenómeno las influencias de estilo, la identidad de ideales, el paralelo entre las vidas de Martí y Fidel, todo eso es cáscara inservible, es nada. Fidel **creyó** en el Martí que respiró entre los hombres, que sufrió y soñó. Mientras los políticos republicanos abusaban del Apóstol y algunos intelectuales respetaban su obra literaria, Fidel Castro creyó en la vida de Martí: lo único importante del hombre. Fidel ha puesto a Martí a caminar de nuevo entre nosotros. Ha puesto la grandeza a caminar entre nosotros. El verdadero Martí: el hombre que amó a Cuba y a la justicia por encima de todas las cosas.

Nosotros también lo teníamos abandonado. Martí no era más que un prosista de azogue, un poeta humano, un patriota muerto. Lo habíamos privado de su vida, de su fe en el hombre cubano... Entonces estalló la revolución. No hubiésemos

encontrado al hombre que latía detrás de la obra sin el hecho revolucionario. La influencia más profunda y viva de Martí ha ocurrido, no entre escritores y poetas, sino en donde más hacía falta en nuestra América: en la política.

Martí estaba muerto para muchos de nosotros porque habíamos perdido la confianza en nosotros mismos. Martí estaba muerto y nosotros desarraigados. Fidel leyó sus libros y vio al hombre vestido de negro, con bigotes espesos, ojos febriles y amplio cráneo lleno de insobornable convicción en el triunfo de la justicia y del amor en lucha contra todos los instintos egoístas y bajos y los deseos torcidos.

La revolución cubana es Martí y es Fidel y somos nosotros.



(Lam)

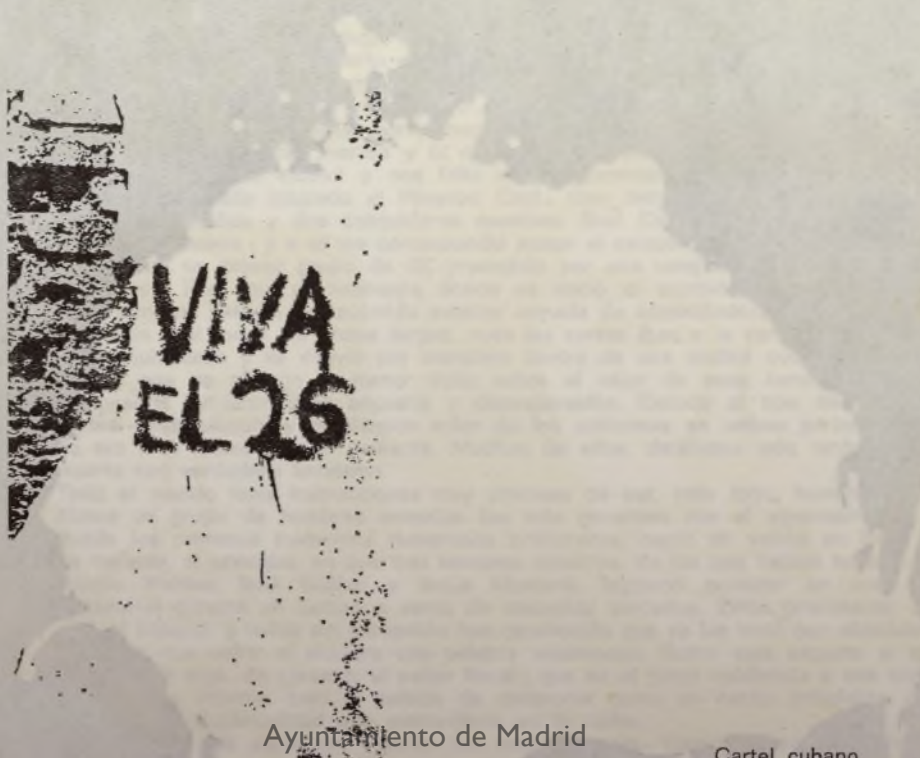
[Handwritten signature]
1954

(Raúl Martínez)



2

La guerra revolucionaria



**VIVA
EL 26**

Ayuntamiento de Madrid

Cartel cubano

MONCADA: la historia les dió la razón... 26 DE JULIO 1967





Fidel Castro

La historia me absolverá *

* Breve fragmento del discurso pronunciado por Fidel Castro en el juicio por el asalto al Moncada, en 1953.

Es necesario que me detenga a considerar un poco los hechos. Se dijo por el mismo gobierno que el ataque fue realizado con tanta precisión y perfección que evidenciaba la presencia de expertos militares en la elaboración del plan. ¡Nada más absurdo! El plan fue trazado por un grupo de jóvenes ninguno de los cuales tenía experiencia militar; y voy a revelar sus nombres, menos dos de ellos que no están ni muertos ni presos: Abel Santamaría, José Luis Tasende, Renato Guitart Rosell, Pedro Miret, Jesús Montané y el que les habla. La mitad han muerto, y en justo tributo a su memoria puedo decir que no eran expertos militares, pero tenían patriotismo suficiente para darles, en igualdad de condiciones, una soberana paliza, a todos los generales del 10 de marzo juntos, que no son ni militares ni patriotas. Más difícil fue organizar, entrenar y movilizar hombres y armas bajo un régimen represivo que gasta millones de pesos en espionaje, soborno y delación, tareas que aquellos jóvenes y otros muchos realizaron con seriedad, discreción y constancia verdaderamente increíbles; y más meritorio todavía será siempre darle a un ideal todo lo que se tiene y, además, la vida.

La movilización final de hombres que vinieron a esta provincia desde los más remotos pueblos de toda la Isla, se llevó a cabo con admirable precisión y absoluto secreto. Es cierto igualmente que el ataque se realizó con magnífica coordinación. Comenzó simultáneamente a las 5,15 a.m., tanto en Bayamo como en Santiago de Cuba y, uno a uno, con exactitud de minutos y segundos prevista de antemano, fueron cayendo los edificios que rodean el campamento. Sin embargo, en aras de la estricta verdad, aun cuando disminuya nuestro mérito, voy a revelar por primera vez también otro hecho que fue fatal; la mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable se extravió a la entrada de la ciudad y nos faltó en el momento decisivo. Abel Santamaría, con 21 hombres, había ocupado el Hospital Civil; iban también con él para atender a los heridos un médico y dos compañeras nuestras. Raúl Castro, con 10 hombres, ocupó el Palacio de Justicia; y a mí me correspondió atacar el campamento con el resto, 95 hombres. Llegué con un primer grupo de 45, precedido por una vanguardia de ocho que forzó la posta tres. Fue aquí precisamente donde se inició el combate al encontrarse mi automóvil con una patrulla de recorrido exterior armada de ametralladoras. El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían. Debo aclarar que no albergo la menor duda sobre el valor de esos hombres, que al verse extraviados sufrieron gran angustia y desesperación. Debido al tipo de acción que se estaba desarrollando y al idéntico color de los uniformes en ambas partes combatientes, no era fácil restablecer el contacto. Muchos de ellos, detenidos más tarde, recibieron la muerte con verdadero heroísmo.

Todo el mundo tiene instrucciones muy precisas de ser, ante todo, humano en la lucha. Nunca un grupo de hombres armados fue más generoso con el adversario. Se hicieron desde los primeros momentos numerosos prisioneros, cerca de veinte en firme; y hubo un instante, al principio, en que tres hombres nuestros, de los que habían tomado la posta: Ramiro Valdés, José Suárez y Jesús Montané, lograron penetrar en una barraca y detuvieron durante un tiempo a cerca de cincuenta soldados. Estos prisioneros declararon ante el tribunal, y todos sin excepción han reconocido que se les trató con absoluto respeto, sin tener que sufrir ni siquiera una palabra vejaminosa. Sobre este aspecto sí tengo que agradecerle algo, de corazón, al señor fiscal; que en el juicio celebrado a mis compañeros, al hacer su informe, tuvo la justicia de reconocer como un hecho indudable, el altísimo espíritu de caballerosidad que mantuvimos en la lucha.

La disciplina por parte del ejército fue bastante mala. Vencieron en último término por

Ayuntamiento de Madrid

el número, que les daba una superioridad de 15 a 1, y por la protección que les brindaban las defensas de la fortaleza. Nuestros hombres tiraban mucho mejor y ellos mismos lo reconocieron. El valor humano fue igualmente alto de parte y parte.

Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del lamentable error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comandos que habíamos entrenado cuidadosamente. De nuestros mejores hombres y más audaces jefes, había 27 en Bayamo, 21 en el Hospital Civil y 10 en el Palacio de Justicia; de haberse hecho otra distribución, el resultado pudo haber sido distinto. El choque con la patrulla (totalmente casual, pues veinte segundos antes o veinte segundos después, no habría estado en ese punto), dio tiempo a que se movilizara el campamento, que de otro modo habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder. Por otra parte, salvo los fusiles calibre 22, que estaban bien provistos, el parque de nuestro lado era escasísimo. De haber tenido nosotros granadas de mano, no hubieran podido resistir quince minutos.

Cuando me convencí de que todos los esfuerzos eran ya inútiles para tomar la fortaleza, comencé a retirar nuestros hombres en grupos de ocho y de diez. La retirada fue protegida por seis francotiradores que, al mando de Pedro Miret y de Fidel Labrador, le bloquearon heroicamente el paso al ejército. Nuestras pérdidas en la lucha habían sido insignificantes; el 95 % de nuestros muertos fueron producto de la crueldad y la inhumanidad cuando aquella hubo cesado. El grupo del Hospital Civil no tuvo más que una baja; el resto fue copado al situarse las tropas frente a la única salida del edificio, y sólo depusieron las armas cuando no les quedaba una bala. Con ellos estaba Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la historia de Cuba. Ya veremos la suerte que corrieron y cómo quiso escarmentar Batista la rebeldía y heroísmo de nuestra juventud. Nuestros planes eran proseguir la lucha en las montañas caso de fracasar el ataque al regimiento. Pude reunir otra vez, en Siboney, la tercera parte de nuestras fuerzas; pero ya muchos estaban desalentados. Unos veinte decidieron presentarse; ya veremos también lo que ocurrió con ellos. El resto, 18 hombres, con las armas y el parque que quedaban, me siguieron a las montañas. El terreno era totalmente desconocido para nosotros. Durante una semana ocupamos la parte alta de la cordillera de la Gran Piedra y el ejército ocupó la base. Ni nosotros podíamos bajar ni ellos se decidieron a subir. No fueron, pues, las armas; fueron el hambre y la sed quienes vencieron la última resistencia. Tuve que ir distribuyendo los hombres en pequeños grupos; algunos consiguieron filtrarse entre las líneas del ejército, otros fueron presentados por monseñor Pérez Serantes. Cuando sólo quedaban conmigo dos compañeros: José Suárez y Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, el amanecer del sábado 1 de agosto, una fuerza al mando del teniente Sarria, nos sorprendió durmiendo. Ya la matanza de prisioneros había cesado por la tremenda reacción que provocó en la ciudadanía, y este oficial, hombre de honor, impidió que algunos matones nos asesinasen en pleno campo con las manos atadas.

No necesito desmentir aquí las estúpidas sandeces que, para mancillar mi nombre, inventaron los Ugalde Carrillo y comparsa, creyendo encubrir su cobardía, su incapacidad y sus crímenes. Los hechos están sobradamente claros.

Mi propósito no es entretener al tribunal con narraciones épicas. Todo cuanto he dicho es necesario para la comprensión más exacta de lo que diré después.

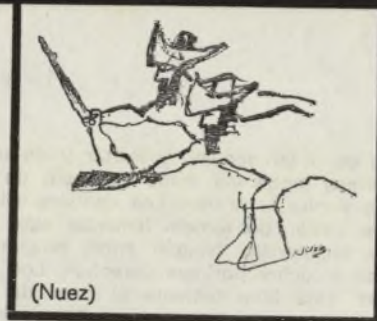
Quiero hacer constar dos cosas importantes para que se juzgue serenamente nuestra actitud. Primero: pudimos haber facilitado la toma del regimiento deteniendo simplemente a todos los altos oficiales en sus residencias, posibilidad que fue rechazada, por la consideración muy humana de evitar escenas de tragedia y de lucha en las casas de las familias. Segundo: se acordó no tomar ninguna estación de radio hasta tanto no se tuviese asegurado el campamento. Esta actitud nuestra, pocas veces vista por su gallardía y grandeza, le ahorró a la ciudadanía un río de sangre. Yo pude haber ocupado, con sólo diez hombres, una estación de radio y haber lanzado al pueblo a la lucha. De su ánimo no era posible dudar; tenía el último discurso de Eduardo Chibás en la CMQ, grabado con sus propias palabras, y poemas patrióticos e himnos de guerra capaces de estremecer al más indiferente, con mayor razón cuando se está escuchando el fragor del combate, y no quise hacer uso de ello, a pesar de lo desesperado de nuestra situación.

El señor fiscal estaba muy interesado en conocer nuestras posibilidades de éxito. Esas

posibilidades se basaban en razones de orden técnico y militar y de orden social. Se ha querido establecer el mito de las armas modernas como supuesto de toda imposibilidad de lucha abierta y frontal del pueblo contra la tiranía. Los desfiles militares y las exhibiciones aparatosas de equipos bélicos, tienen por objeto fomentar este mito y crear en la ciudadanía un complejo de absoluta impotencia. Ningún arma, ninguna fuerza es capaz de vencer a un pueblo que se decide a luchar por sus derechos. Los ejemplos históricos pasados y presentes son incontables. Está bien reciente el caso de Bolivia, donde los mineros, con cartuchos de dinamita, derrotaron y aplastaron a los regimientos del ejército regular. Pero los cubanos, por suerte, no tenemos que buscar ejemplos en otro país, porque ninguno tan elocuente y hermoso como el de nuestra propia patria. Durante la guerra del 95 había en Cuba cerca de medio millón de soldados españoles sobre las armas, cantidad infinitamente superior a la que podía oponer la dictadura frente a una población cinco veces mayor. Las armas del ejército español eran sin comparación más modernas y poderosas que las de los mambises; estaba equipado muchas veces con artillería de campaña, y su infantería usaba el fusil de retrocarga similar al que usa todavía la infantería moderna. Los cubanos no disponían por lo general de otra arma que los machetes porque sus cartucheras estaban casi siempre vacías. Hay un pasaje inolvidable de nuestra Guerra de Independencia narrado por el general Miró Argenter, jefe del Estado Mayor de Antonio Maceo, que pude traer copiado en esta noticia para no abusar de la memoria. «La gente bisoña que mandaba Pedro Delgado, en su mayor parte provista solamente de machete, fue diezmada al echarse encima de los soldados españoles, de tal manera, que no es exagerado afirmar que de 50 hombres, cayeron la mitad. Atacaron a los españoles con los puños ¡sin pistolas, sin machetes y sin cuchillos! Escudriñando las malezas del Río Hondo, se encontraron quince muertos más del partido cubano, sin que de momento pudiera señalarse a qué cuerpo pertenecían. No presentaban ningún vestigio de haber empuñado arma; el vestuario estaba completo y pendiente de la cintura no tenían más que el vaso de lata; a dos pasos de allí el caballo exánime con el equipo intacto. Se reconstruyó el pasaje culminante de la tragedia: esos hombres siguiendo a su esforzado jefe, el teniente coronel Pedro Delgado, habían obtenido la palma del heroísmo; se arrojaron sobre las bayonetas con las manos solas; el ruido del metal, que sonaba en torno a ellos, era el golpe del vaso de beber al dar contra el muñón de la montura. Maceo se sintió conmovido, él, tan acostumbrado a ver la muerte en todas las posiciones y aspectos, murmuró este panegírico: «¡Yo nunca había visto eso, la gente novicia que ataca inerme a los españoles, con el vaso de beber agua por todo utensilio. Y yo le daba el nombre de impedimenta!...» ¡Así luchan los pueblos cuando quieren conquistar su libertad, les tiran piedras a los aviones y viran los tanques boca arriba!



Oponer a la violencia imperialista
... la violencia revolucionaria (Nuez)



(Nuez)

Faure Chaumón

El asalto al Palacio presidencial

(Fragmentos)

Los hombres en los automóviles debimos haber confundido a mucha gente, inclusive a algún batistiano, creyéndonos posiblemente agentes represivos, pues éramos cuatro hombres en cada automóvil y llevábamos las armas prácticamente al descubierto, con nuestras granadas colgando de la cintura, aunque conversábamos y alguna vez sonreíamos, llevábamos cierta marcialidad, con nuestros cuerpos erectos por la tensión y los rostros con una misma expresión. En el interior del camión «Fast Delivery», iban apretados los hombres unos contra otros, la oscuridad era total y el calor asfixiante. Menelao decía frases de aliento desde el fondo del camión, donde se hallaba situado. Pegados a la puerta, cuidando de que la misma no se abriera y prestos a ser los primeros en saltar fuera para proteger al resto de los compañeros en el «desembarco», iban Juan Pedro Carbó, José Machado, Tony Castell, Reinaldo León Llera y Evelio Prieto Guillaume. Este grupo de compañeros tenía una constante animación con sus bromas incesantes. Evelio tuvo que quitarse el saco por el calor, sin dejar de hacer un comentario sobre la posibilidad de que le acharan a perder la gabardina, llenándosela de huecos. Las puertas del camión tenían unas rendijas por las que constantemente vigilaban el exterior Carbó y Machadito. Este último vio a su novia mirando pasar el camión por una de las calles y con gran alegría lo hizo saber a sus compañeros. Puedo afirmar que en aquellos momentos sentimos que aquél era el día más feliz de nuestras vidas. Creo que todos lo sentíamos así, pues la moral de todos los compañeros fue muy alta y realmente había gran júbilo entre los hombres de nuestro comando. Es que sabíamos que nuestro ataque al Palacio era una empresa de trascendental dimensión histórica, que haría libre a nuestro pueblo, ajusticiaríamos al tirano y daríamos un formidable ejemplo al mundo. Era, además, el gran momento con que todos habíamos soñado, cuando constantemente éramos perseguidos como alimañas por la policía asesina de Batista que, frente a nuestra impotencia, se ensañaba asesinando y desapareciendo a compañeros, cuando lograba atraparlos, como en el caso de nuestro Rubén Aldama.

El auto de Carlos marchaba a la vanguardia, mientras yo cubría la retaguardia del camión. Estaba previsto que si se presentaba algún obstáculo delante del camión, Carlos se detenía, y se entendería con él, mientras yo continuaba con el segundo automóvil y el camión hacia el objetivo. Si, por el contrario, el inconveniente surgía a la retaguardia, sería yo quien, en unión de mis tres compañeros, me encargaría de eliminarlo, mientras Carlos, seguido del camión, continuaría adelante. Si el obstáculo que surgiera era de envergadura tal, que podía hacernos casi imposible llegar a Palacio, o de recibirse algún aviso durante el camino de que no continuaríamos sobre dicho lugar, disponíamos de un plan de emergencia, que consistía en dirigirnos sobre el Cuartel Maestre de la Policía y tomarlo, para continuar el mismo tipo de operaciones sobre las demás estaciones de policía, una vez que hubiéramos equipado suficientes hombres con las armas que ocuparíamos en ese Cuartel Maestre. La decisión era de no retroceder de ninguna forma. Ofrecer combate donde fuera necesario. Asimismo habíamos decidido, mientras estuvimos acuartelados, que de ser descubiertos y rodeados por la policía en nuestro cuartel, nos abríamos paso, dirigiéndonos hacia el Buró de Investigaciones, que era el objetivo más cercano a nuestras casas, y procediendo a su ataque. De suceder esto, pensamos que siempre nos enteraríamos a tiempo por la planta de la policía. A tal efecto habíamos organizado la defensa de nuestro edificio, la forma en que nos íbamos a comunicar los hombres de los dos apartamentos y escogido el lugar por donde saldríamos ordenadamente.

El resto del recorrido de nuestra «columna» fue el siguiente: de la calle 17 pasamos a O, Vapor, Espada, San Miguel, Campanario, Dragones, Monserrate, y de aquí al Palacio. Los muelles del camión habían cedido y su parte de atrás casi tocaba en el suelo; una goma

Ayuntamiento de Madrid

había perdido tanto aire que parecía iba ponchado; al doblar la esquina de Campanario chocó la cama del camión con el contén de la acera, y además, tuvo que dar varios cortes para seguir adelante, por los automóviles que estaban parqueados en esa calle dificultando la maniobra. Hubo dos instantes en nuestra ruta en que creíamos que se iba a producir el primer choque con las fuerzas represivas: uno, cuando por San Miguel un carro patrullero de la policía se situó detrás del camión durante unas dos cuadras en que dobló por otra calle. Nosotros lo seguíamos con nuestro auto, atentos al menor movimiento de los tripulantes de aquella perseguidora para atacarlos si se hacía necesario, hasta que desapareció; el otro, cuando el chofer del camión equivocó la ruta tomando por otra calle, mientras Carlos se nos perdía. Hubo que retornar para buscar la calle por donde iba el auto de Carlos, y accidentalmente cruzamos frente al libelo del «gangster» batistiano Rolando Masferrer. Aglomerados en la puerta había policías, guardaespaldas y chivatos armados, pero les pasamos por el frente sin que sospecharan nada.

Algunas veces el camión se nos alejaba algo debido al intenso tránsito, y teníamos que imprimirle velocidad a nuestro automóvil para alcanzarlo; finalmente, tomamos por Monserrate unidos los tres vehículos, uno detrás del otro, hasta desembocar en el Parque Zayas, avistando con ansiedad el Palacio presidencial.

Otra vez el intenso tránsito de esa hora hace que nuestro carro se retrase un poco. Veo el automóvil de Carlos, que ya comienza a doblar en la esquina del parque por la calle de Colón. Le digo a Abelardo que corra más, para tratar de coincidir al mismo tiempo en la llegada. Abelardo, que era un magnífico «chofer» pudo deshacerse de los carros que imposibilitaban nuestra marcha, lanzándose velozmente por una estrecha brecha que quedaba entre los vehículos que delante nos estorbaban y los que a la izquierda estaban parqueados. Doblamos a tiempo de haberlo hecho el camión. Seguimos adelante: el auto de Carlos ya se detiene ante la puerta del Palacio presidencial. Nuestro carro frena a la izquierda, entre el camión y el auto de Carlos. Me lanzo fuera del mismo, seguido por Wangüemert, Abelardo y Osvaldito y avanzo hacia la puerta. Carlos Gutiérrez, ya está situado en medio de la arcada de la puerta de la calle Colón, en un movimiento tan rápido que resulta indescriptible. La sorpresa es tan perfecta que los guardianes no tienen más tiempo que el de ver cómo la ametralladora de Carlos los fusila. Allí, frente a la puerta, en el mismo centro, bajo la arcada, Carlos Gutiérrez Menoyo semeja un ciclope, bajo cuyo poder caen los soldados como fulminados por el rayo. Wangüemert y yo, que avanzamos sobre la puerta, tenemos que disparar sobre dos soldados que le disparan a Carlos por la espalda, dejándolos fuera de combate. Castellanos, Almeida y Goicoechea se unen a Carlos, disparando sus ametralladoras. Yo he llegado a la arcada, mientras siento a Wangüemert a mi lado. Carlos entra por la verja abierta, que es la brecha victoriosa por donde tomaremos el Palacio. Ricardo Olmedo avanza hacia la puerta desde el camión, donde venía junto al chofer. Yo doy un salto hasta la verja, tratando de poner una mano en el hierro para tomar impulso detrás de Carlos. Me siento sacudido, débil, como si fuera de papel, pierdo mi estado consciente, mientras tengo la impresión de que soy lanzado al aire por la mano de un gigante, con la sensación de que me voy en un sueño, sólo pienso: «¿Me han matado?»

Deben haber pasado algunos segundos antes de recobrar el conocimiento. Estoy sobre la acera y me siento aturdido. Por un momento no sé qué hacer, pero las ráfagas de balas pican continuamente a mi alrededor, sin saber por qué no me alcanzaron y hago girar mi cuerpo hacia la pared de Palacio. Me viene bien claro a la memoria lo que ha pasado y, cosa rara, recuerdo los lugares en que recibí los golpes de las balas. Tengo el brazo como acalambrado debido a un balazo. Me arde otro balazo en la cadera. Sobre el hígado el golpear como de un racimo de piedras. En ese momento me lamento de no haber muerto, pensando en el hígado destrozado. Me llevo la mano al lugar, viendo que no tengo la más mínima herida, sin embargo me duele allí mismo. Observo entonces que sobre esta parte de mi cuerpo llevaba yo cuatro granadas enganchadas al cinturón y han desaparecido, por lo cual llego a la conclusión de que las granadas me han salvado la vida, sirviéndome de coraza. Contra ellas deben haber chocado las balas, desviándose y arrancándomelas de la cintura. El cinturón de seguridad lo tengo abierto. Los peines del M-3 han desaparecido, igualmente la pistola que llevaba a la cintura. Los proyectiles deben haber arrancado también el M-3 de mis manos y haberlo lanzado fuera de mi alcance. Sólo me queda en el bolsillo trasero del pantalón una caja de balas 45, de cincuenta tiros. Me siento débil y se

me va la vista a cada rato. Reconozco el terreno y veo a un grupo de compañeros al lado del camión, en medio de la calle, disparando hacia los pisos de arriba de Palacio. Están cometiendo el error del que se les advirtió mil veces. Intento gritarles la orden de que avancen, pero el ruido es ensordecedor por los disparos, y no se me escucharía ni a dos metros de distancia. Entre el lugar en que yo estoy y el que se encuentran los compañeros está la puerta del Palacio y en el pedazo de acera pegado a mi veo picar las balas a montones. Decido acercarme hasta ese grupo de compañeros y aprovecho un momento en que creo dejaron de caer balas a mi lado, para arrastrarme por detrás del automóvil de Carlos, estacionado frente a la puerta. Esperando la oportunidad llego hasta una guagua que está más adelante del camión. Pero en este movimiento soy descubierto y me dirigen abundante fuego desde los altos del Palacio. Me parapeto lo mejor que puedo detrás de la rueda de la guagua, mientras me dan en la cara partículas de metal, pintura y alfalto. Ahora no domino el lugar donde estaban los compañeros. Creo que han entrado o se han retirado. Medito en que he cometido el mismo error, alejándome de las paredes del Palacio y convirtiéndome en un « tiro al blanco ». El fuego desde los pisos superiores va arreciando y sobre el pavimento se ven los impactos de las balas que caen como una lluvia. Sobre el lugar en que estoy me doy cuenta que algunas veces concentran el fuego y me resigno a morir, pues no puedo moverme hacia ningún sitio y creo que las balas en cualquier momento podrán alcanzarme. Me da la impresión de que estamos ganando, de que la victoria será nuestra y me lamento internamente de mi suerte, que me tiene desarmado y acosado por las balas, perdiéndome la batalla triunfante dentro del Palacio. Dirijo mi vista por un lado de la rueda, que es mi parapeto, hacia la arcada de Palacio y veo a Ricardo Olmedo tirado en la misma, herido y agitando los brazos. Allí dan las balas también y me angustio al ver que no tiene fuerzas para moverse. Del lado de adentro veo, disparando con su ametralladora al compañero José A. Alfonso. Me llama la atención su forma confiada de combatir, como si estimara que a él no podían alcanzarle los tiros.

La sorpresa de nuestro ataque y la fuerza del golpe asestado por nuestro comando fue de tal magnitud que, ante el fuego incesante de nuestras armas automáticas, la guarnición se replegó. Se entabló fuerte combate en la planta baja, pero los defensores del Palacio fueron cediendo, huyendo hacia los pisos superiores. Una ametralladora calibre 30 quedó inutilizada en el patio. Los soldados habían sido barridos de la planta baja, que mantenían, sin dejar de disparar, los compañeros asignados a la misma. Al mismo tiempo que esto se producía, otros combatientes alcanzaban el segundo piso, subiendo por la escalera que está por esa entrada. Ya en el segundo piso habían avanzado, divididos en dos grupos. Hacia el ala izquierda avanzaron Carlos Gutiérrez, Pepe Wangüemert, Luis Almeida, Pepe Castellanos, Luis Goicoechea... recorriendo pasillos y aposentos hasta penetrar en el Salón de los Espejos, donde sorprenden a tres miembros de la servidumbre que, con el espanto retratado en sus rostros, levantan los brazos. Carlos los interroga, pero es tiempo perdido, pues prácticamente no pueden hablar. Este grupo llega hasta la terraza Norte y ve que lejos, por la Avenida del Puerto, se asoman algunos policías; creándoles la impresión de que ya todo el Palacio está tomado, les abren fuego durante un rato. Siguen estos compañeros en su labor de limpieza y llegan al despacho de Batista. Tienen que vaciarle varios peines a la cerradura para abrirlo, hasta que por fin, lo consiguen, pasando a su interior, donde registran infructuosamente. El otro grupo, con Menelao, Carbó, Machadito, Briñas, Adolfo Delgado, Esperón, Evelio Prieto, Ubaldo Díaz, Abelardo Rodríguez... ha avanzado hacia el ala derecha, en idéntica operación al primero y entabla combate con la guarnición, que, desde el tercer piso, les hace fuego. Menelao dispara incesantemente y se mueve con la misma agilidad que el más joven del grupo. Delgado y Esperón, parapetados en el pasillo que da al patio, contestan haciendo funcionar continuamente sus M-1, a los que les disparan desde los pisos superiores. Machadito lanza varias granadas contra esos pisos, donde los defensores del Palacio se han atrincherado. Seguidamente, toma unas bombas de siete cartuchos de dinamita que habíamos llevado por si era necesario abrir alguna puerta, enciende sus mechas y, uno a uno, se los lanza también. Cuando estas bombas explotaban, sacudían todo el Palacio, haciendo un ruido tremendo y provocaban que la guarnición de Batista suspendiera el fuego, desconcertada. Después pudimos conocer que se creían que se les estaba atacando con un mortero. Una de aquellas bombas dio contra una columna y rebotó a los pies de Machadito, no explotando por suerte; igualmente le sucedió a

Carbó, que lanzó una granada al interior de un cuarto, que era de cristal y madera, dándose cuenta de ello después de haber soltado la granada que tampoco estalló, pues de lo contrario lo hubiera matado. Abelardo y Osvaldito aparecían y desaparecían de un local a otro, sin cesar en la búsqueda del enemigo, que huía acobardado. Esperón y Delgado caen muertos, uno junto al otro. Machadito es herido en un muslo. Las balas rechazan en las paredes y hacen saltar los cristales, hechos añicos. Menelao permanece sentado en el suelo, desfallecido, aparentemente herido. El grupo de Carlos que ha avanzado por el ala izquierda, hace contacto con este otro y se identifican al grito de « Directorio, viva el Directorio ». Desde la azotea algunos soldados dan vivas al tirano, contestando a nuestros compañeros. Esto hace presumir también que Batista ha ganado ya la azotea, pues hasta ese momento la soldadesca ha permanecido en silencio. Carbó tiene un balazo en la planta del pie, que recibió al bajarse del camión de Tony Castell, León Llera y Machadito, para disparar sobre el parqueo oficial que estaba frente a Palacio. Esto no pudo hacerlo, pues al tirarse del camión recibió varias ráfagas que lo hirieron, le arrancaron la Thompson de las manos y le tumbaron los espejuelos, cruzándole varias balas tan cerca de la cabeza, que le dejaron trazadas varias quemaduras en el rostro. Carbó había quedado sin saber qué hacer y con escasa visión, por la pérdida de los espejuelos, pero en ese momento había escuchado el grito de Carlos diciendo: « Adelante, compañeros, que esto es nuestro », y había corrido hacia el interior del Palacio, donde se hizo de otra ametralladora. Aunque podía caminar, era un herido más. Wangüemert corría de un sitio a otro y hacía funcionar su M-2 contra los defensores del dictador. Tenía la cara y la camisa llenas de sangre, posiblemente debido a los fragmentos de cristal que, al saltar por los disparos, podían haberlo cortado. Wangüemert era un combatiente entero, un verdadero revolucionario que sabía utilizar el pensamiento y la acción. Por eso, cuando sonaba el teléfono, dejó de disparar con su arma y atendió aquella llamada. Le preguntaron si era verdad que habían matado al « presidente », a lo que contestó seguidamente: « Si ; le habla un miembro de la milicia armada del Directorio. Acabamos de tomar el Palacio y hemos matado a Batista... ». Aquella contestación tenía el mismo valor que si fuera cierta, pues la llamada podía ser de Columbia, de un general o de un ministro de Batista ; por tanto, a consecuencia de aquella contestación, podía paralizarse toda ayuda al dictador, o producir la huida de muchos de sus aliados, haciendo más probable la caída del régimen.

Briñas cae, con un balazo en el pecho, en los brazos de Carbó, que lo lleva al lado de Menelao. Este lo atiende, pero Briñas muere inmediatamente. Carlos sube por una escalera y se asoma al tercer piso. Regresa y dice: « Muchachos, ya estamos en el tercer piso, vamos ». Machadito que ha hecho el recuento de la situación, se lo comunica a Carlos y le dice que son necesarios refuerzos. Carlos asiente y, acompañado de Pepe Casielles, se dirige por el pasillo hacia la escalera, para reclamarlos a los compañeros de la planta baja. Pero lo hace con tal confianza, por su valor temerario, que no advierte que se expone al fuego del tercer piso. Carbó trata de detenerlo, pues por el lugar que va a pasar, acaba de caer Briñas. Pero ya es tarde: Carlos y Castellanos caen atravesados por las balas. Carbó recibe también en sus brazos a Carlos y lo siente morir, oyendo sus últimas palabras, que son frases de indignación. Evelio Prieto tiene un balazo que le atraviesa la cara. Le operación de apoyo no ha comenzado a funcionar, a pesar del gran tiempo transcurrido. Los compañeros, heridos y ya casi sin parque, se consultan, considerando que la operación se ha perdido, por lo que se impone una retirada. Hay que cruzar por el mismo sitio en que han caído Briñas, Carlos y Castellanos. Machadito se impone y dice: « Yo cubriré la retirada ; cuando comience a disparar, retirense todos rápidamente, yo seré el último » y con valor sin igual, emerge ante los francotiradores del tercer piso, haciendo tabletear su ametralladora en una ráfaga interminable, mientras todos los compañeros se deslizan por la escalera hacia la planta baja. Indudablemente que los batistianos no quisieron exponerse a la ametralladora de Machadito. Al retirarse por las escaleras, los proyectiles de lo que parecía un arma de grueso calibre arrancaban pedazos de pared al paso de nuestros compañeros. En unión de los compañeros que quedaban en la planta baja, se inició la retirada. Al tomar todos en distintas direcciones, a Machadito se le perdió Carbó, por lo que volvió a entrar en el Palacio a buscarlo. Machadito fue un verdadero héroe del asalto al Palacio. Se retiró con Evelio Prieto y otro compañero por Monserrate, disparando a diestra y siniestra. Ayuntamiento de Madrid

En nuestro plan teníamos calculado que la retirada del Palacio era imposible, si no funcionaba la operación de apoyo, y que todo aquél que lo intentara no lograría caminar muchos metros vivo, cuando se separara de las paredes del Palacio. Y aunque algunos compañeros cayeron en este intento, otros logramos retirarnos, milagrosamente vivos. Cada una de las retiradas de los que lo lograron, es una operación en que interviene la audacia, la decisión y la suerte en gran medida, de lo que podría hacerse un extenso e interesante relato. Tan seguros estábamos de que la retirada era imposible, sin ayuda exterior, que Carlos me había propuesto cerrar con llave al Palacio y botar la misma, en caso de que nos fallara la segunda operación, ya que si nos iban a matar de todas formas, ésta era una manera de precisarnos a todos a buscar a Batista y morir peleando por esa posibilidad, antes que caer en una retirada imposible. La forma en que se desarrolló el ataque hizo impracticable esta idea, ya que en el momento de la retirada, la cantidad de hombres que quedaban, sus heridas y escasez de parque no la permitían, aunque así lo hubieran deseado.

El éxito del ataque al Palacio presidencial le hubiera ahorrado a nuestro pueblo dos años de opresión sangrienta. Si fracasó, no fue porque el plan fuera malo, o por falta de hombres y armas ante un enemigo superior, sino porque hubo un fallo del factor humano. Fallaron los hombres que, irresponsables, no quisieron renunciar al halago, a la admiración y a la fama; a todo se comprometían, sabiendo que en el momento del llamado, en que se reclamara que respondieran de acuerdo al valor que se les había dado, no serían capaces de hacerlo, por falsos y alardosos. Fallaron los hombres en el cumplimiento del deber, en la fidelidad al compañero, en el culto a la amistad y en el amor a la causa.

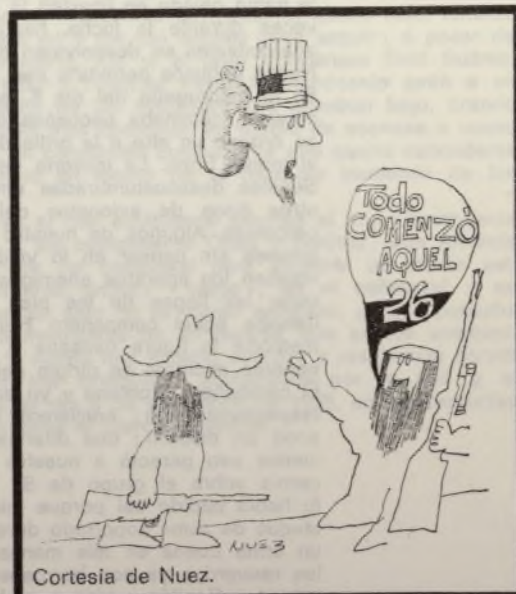
La confianza que se tuvo en que la operación de apoyo funcionaría, estribaba en que a los hombres responsabilizados con su dirección se les consideraba elementos sumamente competentes en el manejo de las armas y en el mando, por ser algunos veteranos de la guerra civil española. También esa confianza absoluta nacía de la amistad que existía entre los mismos y Carlos Gutiérrez Menoyo y Menelao Mora, que hacía pensar que esos hombres preferirían morir antes que incumplir su palabra comprometida en la empresa.

En una oportunidad yo propuse para jefe de esta operación de apoyo a nuestro compañero Pepe Wangüemert. Sabía que tenía las cualidades necesarias para hacer ejecutar la misma: capacidad, valor, decisión, verdadero espíritu de sacrificio y supremo interés en hacer triunfar el plan que nos proponíamos acometer. Además, yo había notado como cierto escepticismo en aquél a quien se había confiado esta parte del plan, y mucha descoordinación con sus lugartenientes. Esto me hizo recordar que estos hombres, aunque eran veteranos de la contienda civil española, ya distaban muchos años de aquella heroica guerra del pueblo español, encontrándose los mismos en una edad en que, era lógico suponer, no tuvieran los mismos arrestos de veinte años atrás. Confirmaba esta deducción al revisar el proceso posterior, en que muchos de ellos intervinieron en empresas de este tipo, que siempre fracasaban, desde la de Cayo Confites, pasando por la de Luperón, hasta nuestros días, en que en la lucha frente a Batista jamás lograron la realización de uno sólo de los muchos planes en que se vieron comprometidos.

Carlos y Menelao estuvieron de acuerdo conmigo, pero me plantearon el temor que tenían de que, si nombrábamos jefe de la segunda operación de apoyo a Wangüemert, esto provocara el disgusto de aquéllos a quienes ya se había comprometido en el movimiento y, afectados de tal manera y liberados de cumplir la palabra empeñada, se dieran a la tarea de hablar, poniendo en peligro todo lo que habíamos logrado, haciendo abortar el ataque al Palacio. Por tanto, con este argumento hubo que desechar mi proposición, concluyendo que era preferible seguir contando con aquellos elementos, tomando el riesgo de que nos abandonaran en el momento crucial, a cambio de no darles la oportunidad de hacerlos fracasar, antes de la ejecución del plan.

Y así fue, pues se evitó lo último, mientras sucedía lo primero. Mientras se iniciaba el asalto del comando al Palacio, a las tres y veinte de la tarde, Ignacio González, situado en el Paseo del Prado con un grupo de compañeros que esperaban sus órdenes, no supo darlas, y, mostrando una indecisión terrible, se paseaba de un sitio a otro sin saber qué hacer, a pesar de haber allí hombres y, a poca distancia, un camión repleto de armas, conducido por nuestro compañero Domingo Portela para la operación de apoyo. Mientras tanto, sus lugartenientes Valladares, Morales, etcétera, situados en Luyanó, con una buena parte de los compañeros, permanecían de haber escuchado por radio que

había comenzado el ataque a Palacio y de hacérselo saber algunos de los presentes, que los conminaban a iniciar la marcha sobre Palacio para cumplir con el papel que se les había asignado, se mostraban remisos a dar orden de partir hacia el lugar que su palabra empeñada les señalaba, aduciendo para no hacerlo, distintas razones sin justificación, como era la de que no lo harían hasta que recibieran una llamada telefónica de Ignacio. También el camión que llevaba montada una calibre 50 y demás armas, no hubo de funcionar, aduciendo sus responsables posteriormente que se debió a que la 50 estaba mal montada, a que había quedado en un «tranque», debido al tráfico de vehículos, que los paralizó, o a que llegaron demasiado tarde y ya estaban entrando en acción los tanques del ejército. Así fue la actuación de los hombres que debían haber actuado en la operación de apoyo y que, por su culpa, al no hacerlo, hicieron fracasar aquel movimiento, que de no ser por su cobardía, habría triunfado y hubiera evitado la pérdida de la mayoría de los valientes que aquel día, cumpliendo con su patria y el compromiso de honor que contrajeron, se lanzaron al ataque más heroico que recuerda nuestra lucha por la libertad.



Cortesía de Nuez.



Ernesto « Che » Guevara

Alegría de Pío

Alegría de Pío es un lugar de la Provincia de Oriente, Municipio de Niquero, cerca de Cabo Cruz, donde fuimos sorprendidos el día 5 de diciembre de 1956 por las tropas de la dictadura.

Veníamos extenuados después de una caminata no tan larga como penosa. Habíamos desembarcado el 2 de diciembre en el lugar conocido por « Playa de las Coloradas », perdiendo casi todo nuestro equipo y caminando durante interminables horas por ciénagas de agua de mar, con botas nuevas; esto había provocado ulceraciones en los pies de casi toda la tropa. Pero no era nuestro único enemigo el calzado o las afecciones fúngicas. Habíamos llegado a Cuba después de siete días de marcha a través del Golfo de México y el Mar Caribe, sin alimentos, con el barco en malas condiciones, casi todo el mundo mareado por falta de costumbre de navegación, después de salir el 25 de noviembre del puerto de Tuxpán, un día de « norte », en que la navegación estaba prohibida. Todo esto había dejado sus huellas en la tropa integrada por bisoños que nunca habían entrado en combate.

Ya no quedaba de nuestros equipos de guerra nada más que el fusil, la canana y algunas balas mojadas. Nuestro arsenal médico había desaparecido, nuestras mochilas se habían quedado en los pantanos, en su gran mayoría. Caminamos de noche, el día anterior, por las guardarrayas de las cañas del Central Niquero, que pertenecía a Julio Lobo en aquella época. Debido a nuestra inexperiencia, saciábamos nuestra hambre y nuestra sed comiendo cañas a la orilla del camino y dejando allí el bagazo; pero además de eso, no necesitaron los guardias el auxilio de pesquisas indirectas, pues nuestro guía, según nos enteramos años después, fue el autor principal de la traición, llevándonos hasta nosotros. Al guía se le había dejado en libertad la noche anterior, cometiendo un error que repetiríamos algunas veces durante la lucha, hasta aprender que los elementos de la población civil cuyos antecedentes se desconocen deben ser vigilados siempre que se esté en zonas de peligro. Nunca debimos permitirle irse a nuestro falso guía.

En la madrugada del día 5, eran pocos los que podían dar un paso más; la gente desmayada, caminaba pequeñas distancias para pedir descansos prolongados. Debido a ello, se ordenó un alto a la orilla de un cañaveral, en un bosquecito ralo, relativamente cercano al monte firme. La mayoría de nosotros durmió aquella mañana.

Señales desacostumbradas empezaron a ocurrir a mediodía, cuando los aviones Biber y otros tipos de avionetas del ejército y de particulares empezaron a rondar por las cercanías. Algunos de nuestro grupo, tranquilamente, cortaban cañas mientras pasaban los aviones sin pensar en lo visible que eran dadas la baja altura y poca velocidad a que volaban los aparatos enemigos. Mi tarea en aquella época, como médico de la tropa, era curar las llagas de los pies heridos. Creo recordar mi última cura en aquel día. Se llamaba aquel compañero Humberto Lamotte y esa era su última jornada. Está en mi memoria la figura cansada y angustiada llevando en la mano los zapatos que no podía ponerse mientras se dirigía del botiquín de campaña hasta su puesto.

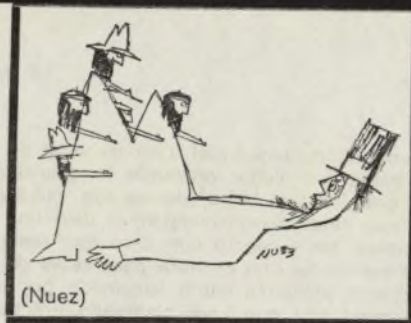
El compañero Montané y yo estábamos recostados contra un tronco, hablando de nuestros respectivos hijos; comíamos la magra ración —medio chorizo y dos galletas— cuando sonó un disparo; una diferencia de segundos solamente y un huracán de balas —o al menos eso pareció a nuestro angustiado espíritu durante aquella prueba de fuego— se cernía sobre el grupo de 82 hombres. Mi fusil no era de los mejores, deliberadamente lo había pedido así porque mis condiciones físicas eran deplorables después de un largo ataque de asma soportado durante toda la travesía marítima y no quería que fuera a perder un arma buena en mis manos. No sé en qué momento ni cómo sucedieron las cosas; los recuerdos ya son borrosos. Me acuerdo que, en medio del tiroteo, Almeida —en ese entonces Capitán— vino a mi lado para preguntar las órdenes que había, pero ya no había

Ayuntamiento de Madrid

nadie allí para darlas. Según me enteré después, Fidel trató en vano de agrupar a la gente en el cañaveral cercano, al que había que llegar cruzando la guardarraya solamente. La sorpresa había sido demasiado grande, las balas demasiado nutridas. Almeida volvió a hacerse cargo de su grupo, en ese momento un compañero dejó una caja de balas casi a mis pies, se lo indique y el hombre me contestó con cara que recuerdo perfectamente, por la angustia que reflejaba, algo así como «no es hora para cajas de balas», e inmediatamente siguió el camino del cañaveral (después murió asesinado por uno de los esbirros de Batista). Quizás esa fue la primera vez que tuve planteado prácticamente ante mí el dilema de mi dedicación a la medicina o a mi deber de soldado revolucionario. Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas, dejando la mochila para cruzar el clarc que me separaba de las cañas. Recuerdo perfectamente a Faustino Pérez, de rodillas en la guardarraya, disparando su pistola ametralladora. Cerca de mí un compañero llamado Arbetosa, caminaba hacia el cañaveral. Una ráfaga que no se distinguió de las demás, nos alcanzó a los dos. Sentí un fuerte golpe en el pecho y una herida en el cuello; me di a mí mismo por muerto. Arbetosa, vomitando sangre por la nariz, la boca y la enorme herida de la bala cuarenta y cinco, gritó algo así como «me mataron» y empezó a disparar alocadamente, pues no se veía a nadie en aquel momento. Le dije a Faustino, desde el suelo, «me fastidiaron» (pero más fuerte la palabra), Faustino me echó una mirada en medio de su tarea y me dijo que no era nada, pero en sus ojos se leía la condena que significaba mi herida.

Quedé tendido; disparé un tiro hacia el monte siguiendo el mismo oscuro impulso del herido. Inmediatamente, me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol se dispone a acabar con dignidad su vida, al saberse condenado a muerte por congelación, en las zonas heladas de Alaska. Es la única imagen que recuerdo. Alguien, de rodillas, gritaba que había que rendirse y se oyó atrás una voz, que después supe pertenecía a Camilo Cienfuegos, gritando: «Aquí no se rinde nadie...» y una palabrota después. Ponce se acercó agitado, con la respiración anhelante, mostrando un balazo que aparentemente le atravesaba el pulmón. Me dijo que estaba herido y le manifesté, con toda indiferencia, que yo también. Siguió Ponce arrastrándose hacia el cañaveral, así como otros compañeros ilesos. Por un momento quedé solo, tendido allí esperando la muerte. Almeida llegó hasta mí y me dio ánimos para seguir; a pesar de los dolores, lo hice y entramos en el cañaveral. Allí vi al gran compañero Raúl Suárez, con su dedo pulgar destrozado por una bala y Faustino Pérez vendándose junto a un tronco; después todo se confundía en medio de las avionetas que pasaban bajo, tirando algunos disparos de ametralladora, sembrando más confusión en medio de escenas a veces dantescas y a veces grotescas, como la de un corpulento combatiente que quería esconderse tras de una caña, y otro que pedía silencio en medio de la batahola tremenda de los tiros, sin saberse bien para qué.

Se formó un grupo que dirigía Almeida y en el que estábamos además el hoy Comandante Ramiro Valdés, en aquella época Teniente, y los compañeros Chao y Benítez; con Almeida a la cabeza, cruzamos la última guardarraya del cañaveral para alcanzar un monte salvador. En ese momento se oían los primeros gritos: «fuego», en el cañaveral y se levantaban columnas de humo y fuego; aunque esto no lo puedo asegurar, porque pensaba más en la amargura de la derrota y en la inminencia de mi muerte, que en los acontecimientos de la lucha. Caminamos hasta que la noche nos impidió avanzar y resolvimos dormir todos juntos, amontonados, atacados por los mosquitos, atenazados por la sed y el hambre. Así fue nuestro bautismo de fuego, el día 5 de diciembre de 1956, en las cercanías de Niquero. Así se inició la forja de lo que sería el Ejército Rebelde.



El combate del Uvero

Decidido el punto de ataque, nos quedaba precisar exactamente la forma en que se haría; teníamos que solucionar problemas importantes como averiguar el número de soldados existentes, el número de postas, el tipo de comunicaciones que usaban, los caminos de acceso, la población civil y su distribución, etc. Para todo esto nos sirvió magníficamente el compañero Caldero, hoy comandante del ejército rebelde, quien era yerno del administrador del aserrío, según creo recordar.

Suponíamos que el ejército tenía datos más o menos exactos de nuestra presencia en la zona, pues fueron capturados un par de chivatos portando documentos de identificación, que confesaron ser enviados por Casillas para averiguar sobre el paradero del ejército rebelde y sus puntos habituales de reunión. El espectáculo de los dos hombres implorando clemencia era realmente repugnante y a la vez lastimero, pero las leyes de la guerra, en esos momentos difíciles, se se podían desconocer y ambos espías fueron ejecutados al día siguiente.

Ese mismo día, 27 de mayo, se reunió el Estado Mayor con todos los oficiales, anunciando Fidel que dentro de las cuarenta y ocho horas próximas tendríamos combate y que debíamos permanecer con tropas y enseres, listos para marchar. No se nos dio indicaciones en esos momentos.

Caldero sería el guía pues conocía perfectamente el puesto del Uvero, todas sus entradas y salidas y sus caminos de acceso. Por la noche nos pusimos en marcha; era una caminata larga, de unos 16 kilómetros, pero totalmente en bajada por los caminos que había construido especialmente para sus aserraderos la Compañía Babún. Empleamos, sin embargo, unas ocho horas de marcha pues se vio interrumpida por una serie de precauciones extras que había que tomar, sobre todo al ir acercándonos al lugar de peligro. Al final se dieron las órdenes de ataque que eran muy simples; había que tomar las postas y acribillar a balazos el cuartel de madera.

Se sabía que el cuartel no tenía mayores defensas salvo algunos bolos diseminados en las inmediaciones, los puntos fuertes eran las postas de 3 a 4 soldados cada una, emplazadas estratégicamente en las afueras del cuartel. Este estaba dominado por una loma colocada justo enfrente y que sería el emplazamiento del Estado Mayor para dirigir el combate. Era factible acercarse hasta pocos metros de la construcción a través de la maraña de los montes cercanos. Una instrucción precisa era el cuidado especial en no tirar contra el batey, pues había mujeres y niños, incluso la mujer del administrador que conocía del ataque pero no quiso salir de allí para evitar después cualquier suspicacia. La población civil era nuestra preocupación mayor mientras partíamos a ocupar los puestos de ataque.

El cuartel de Uvero estaba colocado a la orilla del mar, de tal manera que para rodearlo solamente necesitábamos atacarlo por tres puntos.

Sobre la posta que dominaba el camino que, desde Peladero, viene bordeando el mar, el que también nosotros utilizamos en parte, se mandaron los pelotones dirigidos por Jorge Sotús y Guillermo García; Almeida debía encargarse de liquidar una posta colocada frente a la montaña, más o menos al Norte; Fidel estaría en la loma que domina el cuartel y Raúl avanzando con su pelotón por el frente; a mí se me asignó un puesto intermedio con mi fusil ametralladora y los ayudantes; Camilo y Ameljeiras debían avanzar de frente, en realidad entre mi posición y la de Raúl, pero equivocaron el rumbo por la noche e iniciaron la pelea luchando a mi izquierda en lugar de hacerlo a mi derecha; el pelotón de Crescencio Pérez debía avanzar por el camino que, saliendo del Uvero, va a Chivirico, e impedir la llegada de cualquier clase de refuerzos que vinieran por esa zona.

Se pensó que la acción iba a acabar en poco tiempo dada la sorpresa que teníamos preparada; sin embargo, fueron avanzando los minutos y no podíamos posesionar a la

gente en la forma ideal prevista; llegaban las noticias a través de los guías, Caldero y un práctico de la zona llamado Eligio Mendoza, y veíamos que avanzaba ya el día y empezaba la penumbra precursora de la mañana sin que estuviéramos en posición para sorprender las guardias como habíamos pensado en el primer momento. Jorge Sotús avisó que no dominaba el punto asignado desde su posición pero era tarde para iniciar nuevos movimientos. Cuando Fidel abrió fuego con su mirilla telescópica, reconocimos el cuartel por el fuego de los disparos con que contestaron a los pocos segundos. Yo estaba colocado en una pequeña elevación de terreno y dominaba el cuartel perfectamente pero quedaba muy lejos, por lo que avanzamos para buscar mejores posiciones.

Todo el mundo avanzaba; Almeida lo hacía hacia la posta que defendía la entrada del cuartelito por su sector, y a mi izquierda, se veía la gorra de Camilo con un paño en la nuca, como un casquete de la Legión Extranjera, pero con las insignias del Movimiento. Fuimos avanzando en medio del tiroteo generalizado y con todas las precauciones que este tipo de combate demanda.

A la pequeña escuadra se le fueron uniendo combatientes que quedaban desperdigados de sus unidades; un compañero de Pilón al que llamaban «Bomba», el compañero Mario Leal, y Acuña se unieron a lo que ya constituía una pequeña unidad de combate. La resistencia se había hecho dura y habíamos llegado a la parte llana y despejada donde había que avanzar con infinitas precauciones, pues los disparos del enemigo eran continuos y precisos. Desde mi posición, apenas a unos 50 ó 60 metros de la avanzada enemiga, vi cómo de la trinchera que estaba delante salían dos soldados a toda carrera y a ambos les tiré, pero se refugiaron en las casas del batey que eran sagradas para nosotros. Seguimos avanzando aunque ya no quedaba nada más que un pequeño terreno, sin la más mínima yerba para ocultarse y las balas silbaban peligrosamente cerca nuestro. En ese momento escuché cerca de mí un gemido y unos gritos en medio del combate, pensé que sería algún soldado enemigo herido y avancé arrastrándome, mientras le intimaba rendición; en realidad, era el compañero Leal, herido en la cabeza. Hice una corta inspección de la herida, con entrada y salida en la región parietal; Leal estaba desmayándose, mientras empezaba la parálisis de los miembros de un costado del cuerpo, no recuerdo exactamente cuál. El único vendaje que tenía a mano era un pedazo de papel que coloqué sobre las heridas. Joel Iglesias fue a acompañarlo, poco después, mientras continuábamos nuestro ataque. Acto seguido, Acuña caía también herido; nosotros ya sin avanzar disparábamos teniendo enfrente una bien acondicionada trinchera de donde se nos respondía el fuego. Estábamos recuperando valor y haciendo acopio de decisión, para tomar por asalto el refugio, pues era la única forma de acabar con la resistencia, cuando el cuartel se rindió.

Todo esto se ha contado en pocos minutos, pero duró aproximadamente dos horas y 45 minutos desde le primer disparo hasta que logramos tomar el cuartel. A mi izquierda, algunos compañeros de la vanguardia, me parece precisar que Víctor Mora y otros más, tomaban prisioneros a varios soldados que hacían la última resistencia y, de la trinchera de palos, enfrente nuestro, emergió un soldado haciendo ademán de entregar su arma; por todos lados empezaron a surgir gritos de rendición; avanzamos rápidamente sobre el cuartel y se escuchó una última ráfaga de ametralladora que, después, supe había segado la vida del teniente Nano Díaz.

Llegamos hasta el batey donde tomamos prisioneros a los dos soldados que habían escapado a mi ametralladora y también al médico y su asistente. Con el médico, un hombre canoso y reposado cuyo destino posterior no conozco —no sé si actualmente estará integrado a la revolución— sucedió un caso curioso: mis conocimientos de medicina nunca fueron demasiado grandes; la cantidad de heridos que estaban llegando era enorme y mi vocación en ese momento no era la de dedicarme a la sanidad; sin embargo, cuando fui a entregarle los heridos al médico militar, me preguntó cuántos años tenía y acto seguido cuándo me había recibido. Le expliqué que hacía algunos años y entonces me dijo francamente: «Mira, chico, hazte cargo de todo esto, porque yo me acabo de recibir y tengo muy poca experiencia». El hombre, entre su inexperiencia y el temor lógico de la situación, al verse prisionero se había olvidado hasta la última palabra de medicina. Desde aquel momento tuve que cambiar una vez más el fusil por mi uniforme de médico que, en realidad, era un lavado de manos.

Después de este combate, uno de los más sangrientos que hayamos sostenido, fuimos

atando cabos y se puede dar una imagen más general y no desde el enfoque que hice hasta aquí relatando mi participación personal. El combate se desarrolló más o menos así: Al dar Fidel orden de abrir fuego, con su disparo, todo el mundo comenzó a avanzar sobre los objetivos fijados y el ejército a responder con fuego nutrido, dirigido en muchos casos hacia la loma de donde nuestro jefe dirigía el combate. A los pocos minutos de iniciadas las acciones Julito Díaz murió al lado de Fidel al ser alcanzado por un balazo directamente en la cabeza. Fueron pasando los minutos y la resistencia seguía enconada sin que se pudiera amagar sobre los objetivos. La tarea más importante en el centro, era la de Almeida, encargado de liquidar de todas maneras la posta para permitir el paso de sus tropas y las de Raúl que venían marchando de frente contra el cuartel.

Los compañeros contaron después cómo Eligio Mendoza, el práctico, tomó su fusil y se lanzó al combate; hombre supersticioso, tenía un «santo» que lo protegía, y cuando le dijeron que se cuidara, él contestó despectivo que su «santo» lo defendía de todo; pocos minutos después caía atravesado por un balazo que literalmente le destruyó el tronco. Las tropas enemigas, bien atrincheradas, nos rechazaban con varias bajas y era muy difícil avanzar por la zona central; por el sector del camino de Peladero, Jorge Sotús trató de flanquear la posición con un ayudante llamado «El Policía», pero este último fue muerto inmediatamente por el enemigo y Sotús debió tirarse al mar para evitar una muerte segura, quedando desde ese momento prácticamente anulada su participación en el combate. Otros miembros de su pelotón trataron de avanzar, pero igualmente fueron rechazados; un compañero campesino, de apellido Vega, me parece, fue muerto; Manals, herido en un pulmón; Quike Escalona resultó con tres heridas en un brazo, la nalga y la mano al tratar de avanzar. La posta, atrincherada tras una fuerte protección de bolos de madera, hacía fuego de fusil ametralladora y fusiles semiautomáticos, devastando nuestra pequeña tropa. Almeida ordenó un ataque final para tratar de reducir de todas maneras los enemigos que tenía enfrente; fueron heridos Cilleros, Maceo, Hermes Leyva, Pena y el propio Almeida en el hombro y la pierna izquierda, y el compañero Moll fue muerto. Sin embargo, este empujón dominó la posta y se abrió el camino del cuartel. Por el otro lado, el certero tiro de ametralladora de Guillermo había liquidado a tres de los defensores, el cuarto salió corriendo, siendo muerto al huir. Raúl, con su pelotón dividido en dos partes, fue avanzando rápidamente sobre el cuartel. Fue la acción de los dos capitanes, Guillermo García y Almeida, la que decidió el combate; cada uno liquidó a la posta asignada y permitió el asalto final. Junto al primero debe destacarse la actuación de Luis Crespo, que bajó del Estado Mayor para participar en el asalto.

En el momento en que se desmoronaba la resistencia enemiga, al llegar a tomar el cuartel, donde se había sacado un pañuelo blanco, alguien, de nuestra tropa probablemente, disparó nuevamente y del cuartel respondieron con una ráfaga que dio en la cabeza de Nano Díaz, cuya ametralladora había hecho estragos hasta ese momento, entre el enemigo. El pelotón de Crescencio casi no intervino en el combate debido a que su ametralladora se atascó y su participación fue de custodio del camino de Chivirico. Allí se detuvieron algunos soldados al huir. La pelea había durado dos horas y cuarenta y cinco minutos y ningún civil había sido herido a pesar del número de disparos que se realizaron.

Cuando hicimos el recuento de la batalla, nos encontramos el siguiente cuadro: Por nuestra parte, habían muerto seis compañeros en ese momento: Moll, Nano Díaz, Vega, «El Policía», Julito Díaz y Eligio Mendoza. Muy mal heridos estaban Leal y Cilleros. Heridos de mayor a menor consideración: Maceo, en un hombro; Hermes Leyva, un tiro a sedal en el tórax; Almeida, brazo y pierna izquierdos; Quike Escalona, brazo y mano derechos; Manals, un tiro en el pulmón, sin mayores síntomas; Pena, en una rodilla y Manuel Acuña en el brazo derecho. En total, quince compañeros fuera de combate. Ellos habían tenido 19 heridos, 14 muertos, otros 14 prisioneros y habían escapado 6, lo que hacía un total de 53 hombres, al mando de un segundo teniente que sacó la bandera blanca después de estar herido.

Si se considera que nuestros combatientes eran unos 80 hombres y los de ellos 53, se tiene un total de 133 hombres aproximadamente, de los cuales 38, es decir, más de la cuarta parte, quedaron fuera de combate en poco más de dos horas y media de combate. Fue un ataque por asalto de hombres que avanzaban a pecho descubierto contra otros que se defendían con pocas posibilidades de protección. Debe reconocerse que por ambos

lados se hizo derroche de coraje. Para nosotros fue además, la victoria que marcó la mayoría de edad de nuestra guerrilla. A partir de este combate, nuestra moral se acrecentó enormemente, nuestra decisión y nuestras esperanzas de triunfo aumentaron también, simultáneamente con la victoria y, aunque los meses siguientes fueron de dura prueba, ya estábamos en posesión del secreto de la victoria sobre el enemigo. Esta acción, selló la suerte de los pequeños cuarteles situados lejos de las agrupaciones mayores del enemigo y fueron desmantelados al poco tiempo.

Una de las primeras balas del combate rompió el aparato de telefonía cortando la comunicación con Santiago y apenas si un avión evolucionó una a dos veces sobre el campo de batalla, sin que se hiciera presente la aviación enemiga; solamente llegaron los aviones de reconocimiento horas después, cuando ya estábamos encaramados en la montaña. De la concentración de fuego por parte nuestra habla, además de los 14 muertos, el que 3 de 5 pericos que tenían los guardias en el cuartel, fueron muertos. Hay que pensar en el tamaño diminuto de este animalito para hacerse una idea de lo que le cayó al edificio de tablas.

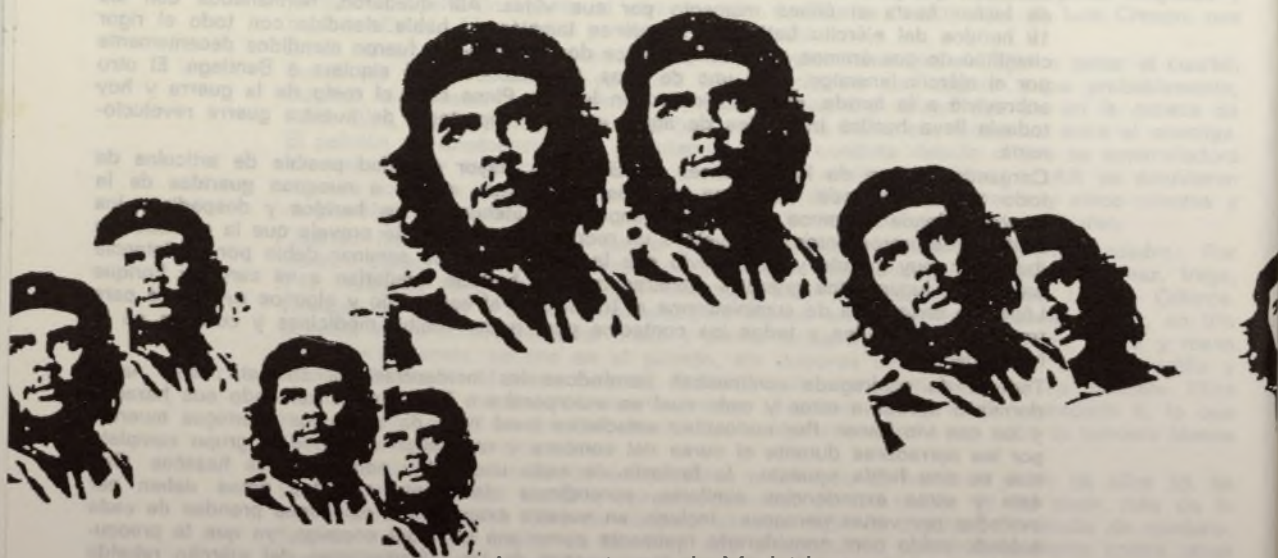
El reencuentro con la profesión médica tuvo para mí algunos momentos muy emocionantes. El primer herido que atendí, dada su gravedad, fue el compañero Cilleros. Una bala había partido su brazo derecho y, tras de atravesar el pulmón, aparentemente se había incrustado en la columna, privándolo del movimiento en las dos piernas. Su estado era gravísimo y apenas si me fue posible darle algún calmante y ceñirle apretadamente el tórax para que respirara mejor. Tratamos de salvarlo en la única forma posible en esos momentos; llevándonos los catorce soldados prisioneros con nosotros y dejando a los heridos: Leal y Cilleros, en poder del enemigo y con la garantía del honor del médico del puesto. Cuando se lo comuniqué a Cilleros, diciéndole las palabras reconfortantes de rigor, me saludó con una sonrisa triste que podía decir más que todas las palabras en ese momento y que expresaba su convicción de que todo había acabado. Lo sabíamos también y estuve tentado en aquel momento de depositar en su frente un beso de despedida pero, en mí más que en nadie, significaba la sentencia de muerte para el compañero y el deber me indicaba que no debía amargar más sus últimos momentos con la confirmación de algo de lo que él ya tenía casi absoluta certeza. Me despedí, lo más cariñosamente que pude y con enorme dolor, de los dos combatientes que quedaban en manos del enemigo. Ellos clamaban que preferían morir en nuestras tropas, pero teníamos nosotros también el deber de luchar hasta el último momento por sus vidas. Allí quedaron, hermanados con los 19 heridos del ejército batistiano a quienes también se había atendido con todo el rigor científico de que éramos capaces. Nuestros dos compañeros fueron atendidos decentemente por el ejército enemigo, pero uno de ellos, Cilleros, no llegó siquiera a Santiago. El otro sobrevivió a la herida, pasó prisionero en Isla de Pinos todo el resto de la guerra y hoy todavía lleva huellas indelebles de aquel episodio importante de nuestra guerra revolucionaria.

Cargando en uno de los camiones de Babún la mayor cantidad posible de artículos de todo tipo, sobre todo medicinas, salimos los últimos, rumbo a nuestras guaridas de la montaña donde llegamos todavía a tiempo para atender a los heridos y despedir a los caídos, que fueron enterrados junto a un recodo del camino. Se preveía que la persecución iba a ser muy grande y se resolvió que la tropa capaz de caminar debía poner distancia entre este lugar y los guardias mientras que los heridos quedarían a mi cargo y Enrique López se encargaría de suministrarme el transporte, el escondrijo y algunos ayudantes para trasladar los heridos y todos los contactos para poder recibir medicinas y curarlos en la forma debida.

Todavía de madrugada continuaban narrándose las incidencias del combate; casi nadie dormía o dormía a ratos y cada cual se incorporaba a las tertulias contando sus hazañas y las que vio hacer. Por curiosidad estadística tomé nota de todos los enemigos muertos por los narradores durante el curso del combate y resultaban más que el grupo completo que se nos había opuesto; la fantasía de cada uno había adornado sus hazañas. Con ésta y otras experiencias similares, aprendimos claramente que los datos deben ser avalados por varias personas; incluso, en nuestra exageración, exigíamos prendas de cada soldado caído para considerarlo realmente como una baja del enemigo, ya que la preocupación por la verdad fue siempre una de las prioridades de las informaciones del ejército rebelde.

y se trataba de infundir en los compañeros el respeto profundo por ella y el sentido de lo necesario que era anteponerla a cualquier ventaja transitoria.

En la mañana, vimos partir la tropa vencedora que nos despedía con tristeza. Conmigo quedaron mis ayudantes Joel Iglesias y Oñate, un práctico llamado Sinecio Torres y Vilo Acuña, hoy comandante del ejército rebelde, que se quedó para acompañar a su tío herido.



Ayuntamiento de Madrid

Camilo Cienfuegos

La invasión de las Villas

**(Diario de campaña.
Fragmentos)**

Llanos de Santa Clara, 9 de octubre de 1958. Comandante jefe de las Fuerzas Revolucionarias, Fidel Castro Ruz.

Fidel, reciban todos un fuerte abrazo después de un involuntario silencio motivado por los mil contratiempos del camino, hoy después de haber penetrado 50 kilómetros en la provincia de Las Villas y haber encontrado en esta zona norte un campamento rebelde bien organizado y de elementos valiosos, aunque deficientes de armas, se presenta la oportunidad para rendir el informe que hace rato debió llegar a sus manos.

Para empezar le diré que desde que salimos de la zona de Cauto con rumbo a Occidente, hemos caminado sin descansar una sola noche, cuarenta jornadas, muchas de ellas sin prácticos, con la costa sur como orientación y una brújula por guía, el viaje por esta costa fue desastroso, durante quince días marchamos con el agua y el lodo hasta las rodillas, cada noche evadiendo emboscadas y tropas situadas en los cruces que debíamos hacer.

En treinta y un día que demoró el viaje por la provincia de Camagüey, solamente comimos once veces siendo ésta la primera zona ganadera de Cuba; después de cuatro días sin probar alimento alguno tuvimos que comernos una yegua, la mejor de la ya nuestra pobre caballería. La casi totalidad de los animales habían quedado en los pantanos y tembladeras de la costa sur.

Del Che, hace veintidós días no tenemos noticias, las últimas fueron el 16 del mes pasado, cuando se unieron a nosotros ocho compañeros y después otro de su tropa, luego de un combate en el lugar conocido por Cuatro Compañeros.

Ayer llegamos a este campamento rebelde donde nos han recibido a las mil maravillas; el Comandante del mismo, señor Felix Torres, nos ha dispensado innumerables distinciones. Ellos en espera del Che habían colocado prácticos desde el límite de la provincia. En esta zona también opera un grupo del 26 de Julio con los cuales ya hemos hecho contacto.

Hoy me dicen que el Che salió de la zona de Baraguá aunque marcha muy lentamente debido al estado físico de los hombres, noticia ésta todavía sin confirmar. Nosotros pasamos por ese mismo lugar y lo conocemos bien, es terrible, la mar y los pantanos a un lado, al frente el río Lituabo, con un solo cruce: el puente de Cantarranas donde habían tres emboscadas de veinte hombres cada una a medio kilómetro una de otra, los centrales Baraguá, Jagüeyal y Stewart al norte, con gran número de soldados y múltiples emboscadas a lo largo de esa línea, a las espaldas la línea de Baraguá al Embarcadero del mismo nombre, con varias emboscadas que colocaron después de haber penetrado nosotros en ese punto, habiendo situado la tiranía un promedio no exagerado de más de 700 soldados. La táctica seguida por el ejército fue dejarnos avanzar hasta el río Lituabo, cerrarnos la salida, para darnos el golpe que impidiera el avance de esta columna invasora « Antonio Maceo » hasta su meta.

Durante el cruce por la provincia de Camagüey tuvimos un total de tres encuentros con el ejército mercenario de la tiranía, en los cuales no sufrimos ninguna baja. Sin embargo, perdimos al teniente Zenén Meriño, que cayó prisionero cuando realizaba una exploración en busca de un práctico en las inmediaciones de la arrocería de los Aguilera. Perdimos al también teniente Delfin Moreno, el mismo que subía con los mensajes cuando operábamos en la zona del Cauto la primera vez que bajamos al llano, al ser aprehendido por el ejército en una casa en unión del soldado Germán Barrero (el Abuelo), quien logró escapar aunque no ha logrado hacer contacto de nuevo con la tropa, perdiendo gran cantidad de documentos, incluyendo el diario de los meses que estuvimos por primera vez en el llano. Esto ocurrió al no poder llegar el resto de la tropa a ese lugar donde debíamos reunirnos en el monte, pues el práctico que debía conducirnos estuvo perdido por más de dos horas en un cañaveral, donde nos sorprendió el día haciendo imposible la llegada al campamento fijado por el gran número de casas que había en los alrededores. Esto ocurrió a la

Ayuntamiento de Madrid

mañana siguiente de haber pasado la trocha de Júcaro a Morón, donde incendiarnos y destruimos la Planta del Acueducto de Ciego de Avila, después de una pequeña escaramuza donde murió un cabo del ejército e hicimos prisionero a un soldado, ocupando dos Springfield, dos cananas y dos pistolas.

Ahora a continuación un informe detallado de algunos de los hechos de mayor importancia que ocurrieron en el cruce de la provincia de Camagüey por la Columna Invasora.

Cruzamos el río Jobabo al sur, el día 7 de septiembre antes de media noche, el día 8 evitamos encontrarnos con una pequeña emboscada que los guardias tenían en el Batey de Tara, en espera de un grupo de escopeteros que se decía operaban en esa zona; con esta emboscada fue con la que tuvo un encuentro el Che al pasar por ese lugar. Llegamos a los montes de La Federal sin problema alguno; temprano en la mañana se oyeron varios disparos esporádicos por más de dos horas, lo que nos hizo pensar que el ejército venía avanzando por el camino que habíamos recorrido la noche anterior.

Un rato más tarde por un mensajero del Che, supimos que ya habían chocado con ellos, con el resultado de dos bajas y un herido por parte nuestra y dos muertos y cinco prisioneros por parte de ellos; se ocuparon siete armas largas. Después de retirar la emboscada preparada para el refuerzo, la Columna «Ciro Redondo», comandada por el Che Guevara se reunió con nosotros y juntos partimos para los montes en las proximidades del Central Francisco.

En la noche del día 10, dejamos nuestra caballería que se componía de más de setenta bestias y partimos en camiones. Al llegar al kilómetro uno del ferrocarril del Central Francisco, que venía ocupada por soldados. Inmediatamente se tomaron las medidas pertinentes por el resto de la tropa, pensando que habíamos caído en una emboscada, ya que el ejército conocía de nuestro rumbo; esa misma tarde habían llegado 250 soldados procedentes de Camagüey. Se cortaron los hilos telefónicos y se ocuparon posiciones de combate, el vehículo se dio a la fuga concluyendo todo con el cruce rápido de nuestros carros por el lugar. El río desbordado nos detuvo, teniendo que acampar en el monte próximo al Central Macareño... A la noche siguiente en otros camiones, emprendimos de nuevo el viaje. Después de múltiples esfuerzos para sacar los camiones atascados en el fango en un trayecto de más de una legua a dos kilómetros de dicho central pasamos la carretera que va de Santa Cruz a Camagüey, la cual es siempre patrullada por carros enemigos. Después de dos kilómetros de marcha por dicha carretera nos desviamos por el terraplén que va al poblado de Cuatro Compañeros, teniendo que detenernos nuevamente por encontrarse crecido el río Najasa, regresando los camiones y acampando la tropa en un lugar próximo.

El día 3 llegamos a los montes de Forestal, cerca del poblado de Cuatro Compañeros. Bien temprano nos llegó la confidencia de que una tropa enemiga venía por nuestro rastro, aunque ésta no llegó al lugar donde nos encontrábamos: ya se habían tomado las medidas necesarias por si se presentaba combate. La línea del ferrocarril y el hilo telefónico de Camagüey a Santa Cruz serían cortados en el momento de producirse el primer disparo. A las 7 p.m. salimos del monte, a los pocos kilómetros llegamos a un terraplén; apenas habíamos cruzado el puente que hay en ese lugar cuando se sintió una fuerte explosión seguida de ráfagas de ametralladoras y descargas de fusiles automáticos, rápidamente todos nos tiramos al suelo. El pelotón de la vanguardia, dirigido por el capitán Guerra ripostó al fuego enemigo, se rodeó la casa y el lugar próximo de donde salían los disparos, fue lo suficiente para que los «casquitos» se retiraran llevando consigo varios heridos, no pudiéndose determinar la cantidad, ya que en varios lugares había rastros de sangre. En este suceso hay que destacar la firme decisión y valentía con que el práctico nos guió.

Acampamos ya de día; el día 16 nos enteramos que la columna del Che había caído en una emboscada en el mismo pueblo de Cuatro Compañeros.

Esa misma tarde recogimos un grupo de nueve compañeros que perdieron contacto con la tropa; tres de ellos oficiales, marchando a partir de ese momento con nosotros. Junto con esos compañeros llegaron dos jóvenes escopeteros que les sirvieron de prácticos para llegar a donde nosotros, y que resultaron ser los que se dedicaban a asaltar y robar a nombre del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Edel Casañas, de 17 años y Maximino Quevedo de 29 años, se declararon culpables de los delitos de asalto y robo, al no poder negar su culpabilidad, siendo juzgados y condenados a muerte.

El día 18 nos dirigimos al punto por donde íbamos a cruzar el río San Pedro, explorado ya por la vanguardia y donde se encontraban tropas enemigas y dos cañoneros en la desembocadura, además de 200 soldados y varias emboscadas en la finca Castillo. Cruzamos el río Altamira, el cual estaba muy crecido, teniendo necesidad de hacer puentes de sogas y balsas para pasar armas y equipos. En ese lugar que teníamos destinado para descansar varios días, fue descubierta nuestra posición por dos individuos que se dieron a la fuga al vernos, pudiendo comprobar más tarde que eran militares. En la madrugada del día 20 llegamos a un pequeño monte en la finca Trinidad, a tres kilómetros del río La Yegua; en el trayecto se cruzó la carretera que va a Vertientes y pasamos la línea del ferrocarril que va del Central Agramonte a la playa, o puesto de Santa María con sus dos cañoneros. Los «casquitos» tenían emboscadas en el camino que va a la playa, en la tienda la Trinidad, en el Tres del Caney, y en el Seis de Agramonte: un total de 600 mercenarios.

El día 21 cruzamos las líneas de emboscadas que nos tenían preparadas desde la playa Santa María al Central Agramonte por la línea, con una ronda de chispas cada diez minutos, pudiendo pasar en los lapsos de tiempo de ida y regreso. Al caerse de un caballo un compañero se le escapó un tiro de una San Cristóbal. Días más tarde al detener un soldado, nos enteramos que por el lugar que cruzamos un grupo de soldados allí apostados nos vieron, oyeron el tiro y no hicieron el menor esfuerzo por detenernos. Esta es la demostración más palpable de que el ejército de Batista no quiere pelear y su claudicante y escasa moral, es cada día más baja. Esa noche acampamos, según aclaró el práctico más tarde, en la finca Ceiba, de la compañía Vertientes, en Un Guanál, cerca del terraplén que conduce a Florida con ciento cincuenta soldados a dos kilómetros de nosotros en la misma finca. Al mediodía se sintieron disparos y ruidos de carros en la línea, todo se concretó al traslado de tropas para interceptarnos el paso más adelante. Por la noche atravesamos el terraplén que va de Santa Marta a Florida, constantemente patrullado, sin ningún problema.

El día 23 (miércoles), el teniente Senén Mariño acompañado de un retenido de apellido Fernández, fueron a explorar la zona y tratar de encontrar algún campesino que nos orientara, pues estábamos perdidos. Esa tarde la aviación bombardeó intensamente un pequeño monte a varios kilómetros de distancia de nosotros. El campañero Senén no regresó, pues fue apresado por los guardias; quedando demostrado que nuestro compañero supo comportarse a la altura de un valiente revolucionario, no denunciando el lugar donde nos encontrábamos.

La situación se hacía más grave, ya que teníamos que continuar la marcha sin práctico. Así anduvimos dos noches, caminando por la costa y una brújula como guía. Después de caminar toda la noche acampamos en un monte —estábamos perdidos de nuevo. Se situó al teniente Delfín Moreno, con una escuadra en un monte a dos kilómetros del que estábamos, con órdenes de detener al que pasara por el camino real que vigilaba, con el propósito de que nos orientara y conseguir un práctico. Después de esperar toda la mañana y no cruzar nadie por ese lugar se dirigió al batey de la arrocería pudiendo localizar a tres trabajadores de la misma, explicándoles que se encontraba perdido y que necesitaba a alguien que lo sacara del lugar. De los tres, un tal Edilio Sanabria, un negro grande con cara de luna, se prestó para ir a buscar a cierta persona que conocía la zona, resultando ser un chivato de primera categoría y en vez de traer al práctico trajo a los «casquitos», impidiendo así que termináramos de pasar la yegua que teníamos de alimento, después de cuatro días sin probar comida. El teniente Moreno se trasladó hacia donde estábamos nosotros dejando a los soldados de la tiranía que mantuvieron fuego cerrado sobre el monte durante 23 horas, y en el cual no se encontraba nadie.

Guiados por los trabajadores de la arrocería salimos del lugar donde los soldados combatían con un valor pocas veces visto, contra un monte vacío. Salimos luego hasta la casa de unos carboneros, donde conseguimos cinco hombres que no valían un comino, uno de ellos se echó a llorar, la situación era difícil y tuvimos que llevárnoslos para que nos sacaran del lugar. Nos llevaron a un monte. Allí acampamos, mientras escuchábamos en la distancia las constantes descargas contra el monte sitiado. Una escuadra de exploradores localizó una casa donde además de comida conseguimos un práctico, práctico de una legua, ninguno servía para nada. Esa noche cruzamos la línea que va del central Baraguá al embarcadero del mismo nombre. A unos escasos

kilómetros de la línea conseguimos otro práctico del que teníamos versiones que era chivato, y el cual nos podía llevar hasta el puente sobre el río Lituabo, un cruce sobre el río ya que los pantanos de la costa son intransitables y en el río no hay cruces a pie. Considerando que no llegábamos de noche a un lugar donde acampar después de pasado el puente y por tener cierta desconfianza al cruce, decidimos acampar antes de cruzar para enviar al día siguiente una exploración a ese punto tan peligroso. Se colocaron emboscadas bien separadas del campamento ya que sabíamos que el montero de esa finca era un pillo consumado, habiendo entregado gente en la huelga del 5 de agosto y los tres días anteriores de nuestra llegada a ese lugar estaban en busca de rastros o gente desconocida. A las tres de la tarde la posta sorprendió a tres individuos que aparentaban ser campesinos. Luego de un largo interrogatorio individual cayeron en múltiples contradicciones, dos de ellos llevaban botas militares. Todos negaron pertenecer al ejército, el más joven, nombrado Enrique Navarro Herrera, era el montero de marras. Cuando se les dijo que tenían que sacarnos por el puente, marchando adelante, confesaron ser uno, el cabo Juan Trujillo Medina, el soldado Jesús Pino Barrios, del escuadrón 22 de la Guardia Rural del Regimiento No. 2 «Agramonte», el otro, el montero Navarro Herrera con todas las características del chivato, era el guía de los espías.

El cabo Trujillo, explicó ampliamente todas las emboscadas que cinco compañías (más de 500 soldados), nos tenían puestas en el puente, en toda la línea desde la playa hasta el central Baraguá y del central hasta la Carretera Central, y aún rompiendo estas líneas de emboscadas, tenían otras a todo lo largo hasta Stewart y de Stewart a Júcaro. Por ser el cabo Trujillo el mismo que colocó las emboscadas, por ser el más conocedor de toda la zona, ya que llevaba 30 años de servicio en ella se le explicó que la única forma que tenía de salvar la vida era sacarnos de allí sin tirar un solo tiro. El cabo explicó que la única forma de evadir las emboscadas era dirigirnos hacia el norte y cruzar la Carretera Central distante a 25 kilómetros, entre el pequeño pueblo de Gaspar y Colorado, no muy distante de Ciego de Avila. Indudablemente que el cabo Trujillo resultó ser el mejor de los prácticos, pues nos pasó sin ningún problema cerca de infinidad de emboscadas y del cuartel de Baraguá donde se encontraban más de 200 soldados. Después de caminar más de 30 kilómetros por todas las vueltas que tuvimos que dar, llegamos muy cerca de la Carretera Central de madrugada y decidimos quedarnos en un cañaveral a 200 metros de la carretera y a 24 kilómetros de Ciego de Avila.

Al amanecer se envió al capitán médico de la columna invasora «Antonio Maceo» a Ciego de Avila para hacer contacto con la dirección del Movimiento para conseguir mercancías, medicinas, prácticos y los camiones que necesitábamos para movernos por la zona en dirección a las Inquietas Villas.

Bajo una intensa lluvia esperamos hasta las doce de la noche, a esa hora sabiéndose en Ciego de Avila de nuestra presencia, considerando lo peligroso de la zona y lo descubierto de la misma, a pesar de lo tarde y los caminos empantanados, decidimos ocupar algunos camiones para alejarnos lo más posible de la zona tan poco hospitalaria, con el riesgo natural de todo lo antes mencionado; el principal que los camiones quedaran atascados y se nos localizara por los mismos.

Ya tarde en la noche, 12.30, se fue a localizar en el batey de un publicito algunos camiones con los que nos trasladamos por un camino pésimo atascándonos constantemente, demorándonos mucho el viaje y sorprendiéndonos el día frente a otro batey teniendo necesidad de tomar las treinta casas que componían dicho batey. Los vecinos del lugar, atemorizados, pues pensaban que el ejército podía aparecer en cualquier momento, al poco rato perdieron todo miedo y departían con los rebeldes amigablemente. En el batey se colocaron postas y emboscadas lo suficiente retiradas para que los vecinos no corrieran peligro, y lo suficiente poderosas para rechazar al enemigo. Cada hombre está consciente del peligro que entrañaba que el ejército entrara al poblado, y en un acto más de barbarie arrasara con las casas y sus habitantes. En la escuela había más de cuarenta niños, al principio todos lloraban y querían irse a sus casas; ese día la maestra, por lo intransitable del camino, no fue a dar clases. Un rebelde, el capitán Antonio Sánchez (Pinares), se encargó de dar clases, repartir refrescos, dulces, libretas, lápices y algún dinero entre los muchachos. La alegría era general. Nosotros encontramos entre los pequeños las horas felices que por un rato nos hicieron olvidar las fatigas y penalidades de horas anteriores. A la hora de irse para sus casas uno se negó a harcelo, llorando

pedía irse con nosotros o que regresáramos al día siguiente. Todos cantaron el Himno Nacional, y nos prometieron que todos los viernes depositarian ante el busto del Apóstol que hay en la escuela, una ofrenda floral y que al otro día le pedirían a la maestra les hablara de Martí ¿por qué luchó y por qué murió? Esa noche teníamos que cruzar la trocha histórica de Júcaro a Morón. Los hombres impregnados de fervor patriótico esperaban impacientes la hora de la marcha. A las siete en punto se inició la difícil tarea de sacar los camiones atascados; cruzamos ya tarde la carretera de Morón a Ciego de Avila. A las doce y media de la madrugada del día 31 de septiembre cruzamos la trocha. Los hombres todos cruzaron a pie, los camiones detrás de la columna invasora «Antonio Maceo». Por estar los camiones casi sin gasolina fuimos a buscarla en las proximidades de la planta del acueducto de Ciego de Avila. Cuando cruzábamos por el lugar vimos a un individuo que entre las sombras, con un fusil, trataba de ocultarse; le dimos el alto, pero logró meterse dentro de una casa. Rodeada ésta lo conminamos a la rendición, no queríamos matarlo ni herir a la mujer que se oía llorar dentro de la casa. El hombre abrió la puerta y resultó ser el soldado José R. Ruiz Cruz, perteneciente al escuadrón 23 de la Guardia Rural de Ciego de Avila, con once años y meses de servicio y 34 años de edad y casado, quien se entregó con el fusil Springfield, una pistola Luger y su correspondiente parque. Conociendo por el soldado Ruiz Cruz de la presencia de otros soldados en el lugar, se procedió a rodear la casa del cabo Domingo Montejó Pernut, del mismo batallón de la Guardia Rural. El soldado Ruiz, procedió a llamarlo para que no sospechara de nuestra presencia, pero éste sospechando, salió por la puerta trasera y abrió fuego con su fusil al teniente Walfrido Pérez, que lo tenía encañonado con su fusil ametralladora Browning, haciéndolo funcionar al verse atacado, muriendo el cabo en la primera descarga que hizo el teniente Pérez, no teniendo que lamentar bajas por nuestra parte, ni accidente a la familia que se encontraba en el interior de la casa, ocupándole a dicho militar un fusil Springfield, la canana y una pistola. El otro soldado, Leandro Castellanos Brito, en vez de salir en defensa de sus compañeros de armas se dio a la fuga precipitada, haciéndolo en paños menores. Acto seguido la planta que abastece de agua a Ciego de Avila fue destruída e incendiada, quedando dicha ciudad sin agua durante varios días. Inmediatamente las fuerzas rebeldes ocuparon los camiones y caminos que conducen a Marroquí. Nos pusimos en marcha por el camino que conduce a Marroquí, pocos kilómetros después por quedar los camiones atascados, tuvimos que abandonarlos, ya que era casi de día. En el camino nos encontramos un arriero, quien se ofreció a conducirnos a un monte próximo donde pudiéramos pasar el día por tener que conducir las bestias cargadas por distintos caminos, se asignó al teniente Delfín Moreno y al soldado Germán Barrero (Abuelo), la misión de conducir las bestias hacia dicho lugar, mientras que el grueso de la tropa marcharía por lugares ocultos hacia el lugar fijado como campamento. Después de dos horas de camino por un cañaveral, el práctico perdió el rumbo y de este modo se hizo imposible continuar la marcha, gran número de casas rodeaban el cañaveral donde se encontraba la columna rebelde, decidimos acampar en el mismo hasta que entrara la noche para podernos poner en marcha. A las siete de la mañana apareció una avioneta de reconocimiento, la que descubrió los camiones abandonados de los cuales nos encontrábamos aproximadamente a dos kilómetros. A las once y media de la mañana una patrulla de reconocimiento rebelde descubrió gran número de soldados recorriendo las márgenes del río que rato antes habíamos cruzado. A las once y media de la mañana, por un terraplén a menos de 800 metros de donde estábamos acampados cruzaron seis camiones cargados de soldados de la dictadura. Como a las doce del día cruzó gran número de soldados muy cerca de nuestra posta; todos los hombres en estado de alerta fueron colocados en una línea defensiva a todo lo largo y ancho del cañaveral donde estábamos acampados. El sol nos castigaba fuertemente, los hombres no se movían de sus posiciones para no descubrir el lugar donde nos encontrábamos. A las cuatro de la tarde aproximadamente se escuchó un nutrido tiroteo como a cuatro o cinco kilómetros, el ir y venir de camiones indicaba el interés de los soldados por descubrir nuestra posición en ese momento desventajosa para la columna rebelde. La avioneta cruzó varias veces tratando de localizar nuestra posición. Llegada la noche teníamos que cruzar una zona verdaderamente peligrosa donde desconocíamos por completo en qué lugar podía estar situado el enemigo. A las siete en punto nos pusimos en marcha, después de varias horas de camino estábamos fuera de peligro. Todos teníamos interés en hacer contacto con los

compañeros que se separaron de la tropa, todos teníamos el mismo pensamiento. Si los tiros de la tarde habían sido contra ellos. Así fue. Un camión de soldados llegó a la casa donde se encontraban, sorprendiendo al teniente Moreno, quien fue ametrallado por gran número de soldados. El soldado Barrero logró escapar, ya que se encontraba fuera de la casa. Este grave descuido costó la vida a uno de los hombres más valientes y útiles de esta columna, al mismo tiempo se perdieron algunos documentos y el Diario de Campaña de los meses que operamos en la zona de Cauto, la primera vez que esta columna bajó al llano. Con un dolor profundo por la pérdida del querido compañero, nos pusimos de nuevo en marcha, llegando como a las cuatro de esa misma madrugada al monte donde debíamos acampar. Siguiendo nuestras medidas de seguridad no nos dejamos ver de ningún vecino, ni siquiera nos interesaba el comer. El anhelo de todos era llegar a Las Villas, la proximidad de ésta nos daba las fuerzas necesarias para continuar la marcha. Ya caída la tarde llegamos a una casa donde conseguimos un práctico que nos adelantó un poco de camino, esa noche cruzamos el terraplén que va de Marroquí a Majagua. Ya en esa zona encontramos elementos más decididos y prestos a cooperar de una manera u otra. Tuvimos gran número de visitas en el campamento y tres ingresos que hacían el completo de los siete en total que tuvimos en la provincia de Camagüey. Cuando días después cruzamos el límite de las provincias, aún algunos hombres cargaban dos fusiles. En ese lugar se nos informó que cinco jóvenes que viajaban en un carro, por la carretera de Marroquí a Majagua, fueron asesinados por tropas de la tiranía. La noche anterior al oscurecer se cruzaron en ese mismo terraplén, camiones cargados con tropas en una confusión, creyéndose rebeldes unos a otros se abrieron fuego, teniendo cinco muertos, varios heridos y gran número de dispersos que huyeron en la confusión, los cuales fueron apareciendo al día siguiente. El comentario era que gran número de rebeldes los habían atacado y habían pedido protección a los vecinos para que los sacaran hasta el cuartel más próximo. Esa noche caminamos poco y comimos bastante. Llegamos a la loma de los «Americanos» a las dos de la madrugada. Ahí comenzaban ya las escabrosidades del terreno, lo más que nos hacían recordar nuestra querida Sierra Maestra, nuestros queridos compañeros, que a muchos cientos de kilómetros hacían volar su pensamiento hacia nosotros para marchar juntos. Esa noche, a las siete, emprendimos el camino que nos aproximaba a Las Villas; por cobardía de los prácticos el camino se hizo muy largo. Uno de ellos que venía voluntariamente, Jesús López, quien venía armado de un Winchester y un revólver, que hacía tiempo exhibía como revolucionario y rebelde, se fugó cuando supo que en el terraplén que teníamos que cruzar habían dos emboscadas de cuarenta soldados cada una, y teníamos que pasar por el centro de ellas. Por equivocación del práctico casi vamos a caer al pueblo de Florencia. Tuvimos que picar gran número de cercas, lo que produjo se descubriera el cruce nuestro por esa zona. Acampamos a dos kilómetros de las inquietas y hospitalarias Villas.

El día amaneció nublado y lloviendo. Esa fue la única noche que descansamos después de 40 días de marcha. El río Jatibonico había crecido y nos impidió el cruce, teniendo que regresar al campamento anterior bajo un torrencial aguacero y fuertes ráfagas de vientos. Ocupamos varias casas y en ellas pasamos la noche. Al día siguiente mandamos a preparar comida, las noticias llegaban unas tras otras, el ejército se aproxima, los soldados se mueven en una y otra dirección, están bloqueados los caminos, los soldados de los Ramones, Biquerones y Florencia moviéndose conjuntamente, harían un cerco que nos impidiera pasar hacia Las Villas. Nada nos impediría el cruce, ni los ríos crecidos ni los cientos de soldados que decían se movían alrededor de nosotros. ¡El río de Jatibonico! Se puso una sogá al agua, daba al pecho y la corriente era fuerte. Yo besé la tierra villaclareña, todos los hombres que componían la tropa estaban alborozados. Una pequeña parte de nuestra misión estaba cumplida. Camagüey quedaba atrás. Camagüey y sus horas difíciles. Camagüey y sus horas de hambre. Una idea de esto es que, durante treinta y un días que duró la marcha en esa provincia, solamente comimos once veces, con el día que nos comimos una yegua cruda y sin sal.

Con esto lográbamos uno de los más grandes triunfos en el orden militar revolucionario, ya que a pesar de las numerosas fuerzas del ejército de la tiranía por tratar de exterminarnos, habíamos cruzado el largo recorrido desde Oriente hasta Las Villas, con sólo tres bajas.

Firmado: Camilo Cienfuegos.

Ayuntamiento de Madrid

Ya es tarde, la persona que lleva el mensaje espera desde por la mañana, hoy el avión tiró papeles en que dicen que van a bombardear.

En cuanto tenga noticias del Che le escribo, pues ahora tengo los contactos y más a menudo tendrá noticias de nuestra marcha, ésta demoró más de lo que pensábamos, hemos hecho el esfuerzo mayor por ganar tiempo pero fue imposible.

En este campamento hay un hijo de Cuevas y lo vamos a ingresar.

En el camino quedaron cinco hombres en lugares bastantes seguros, el estado físico les impidió continuar la marcha.

Tengo la seguridad que llegaremos a Pinar del Río, los hombres estamos decididos, en ningún momento flaqueó la voluntad ni el ánimo, cuando más era el hambre, el sueño, el peligro, más decididos estaban.

Esta es una tropa A-1, esta tropa llegará a su meta.

Le suplico me salude a todos los compañeros; en la próxima le escribiré a algunos, hoy es imposible.

A Franki y Eduardo, aunque les prometí tenerlos al tanto de todo a menudo, me fue imposible. Voy a recoger los últimos acontecimientos de la provincia, los más que pueda para mandarlos a la planta.

Abrazos.

Camilo

En la marcha aumentamos cuatro Springfields y los nueve del Che.



Ayuntamiento de Madrid



(Horacio)

Raúl Castro

Con menos empezó el «Che»

(Diario de campaña. Fragmentos)

Utilizando algunos tractores de compañías madereras se organizó un Cuerpo de Obras Públicas que arregla y abre nuevos caminos, lo que nos facilita la rapidez en nuestros movimientos. Al frente de esta Compañía «D» de Yateras, había que poner un barbudo de todas maneras. Escogí al compañero Manuel Fajardo, con el grado de capitán, y como segundo jefe, con el grado de primer teniente, a un competente compañero que un mes antes fue enviado por la Dirección de Guantánamo, estando él subordinado al jefe anterior, quien pasó a ser Intendente. Entre Fajardo y su segundo jefe se complementan muy bien, lo que le falta a uno lo tiene el otro. Con él dejé además al teniente Vicente Pereda, y a los subtenientes Jesús Alejandro «Chuchú» y a Argelio Campos «el de Palma Mocha». Los tres con rifles Garant; junto con la ametralladora Thompson de Fajardo, un Springfield con 30 M-26, unas cuarenta bombas de mano y cerca de setenta y cinco escopetas de cartucho con balines, constituyen todo ello el equipo de que está formado esta Compañía. Con menos empezó el «Che».

En esos días, aún tenía la esperanza de recibir «La Niña» que no llegó, con la cual hubiera mejorado mucho esta Compañía. Uno de los pelotones de la misma tiene tomado permanentemente el pueblo de Felicidad de Yateras y otro actúa cerca de Jamaica, cabecera del término municipal de Yateras, a pocos minutos de Guantánamo y donde hay una carretera asfaltada hasta Jamaica.

El lunes día 7 de abril me llegan como treinta compañeros bien uniformados, con disciplina y algunas armas, bajo el mando del sargento Zapata y el teniente Carlos Lite, más conocido por «Pepecito». Todos estos compañeros actuaban por la zona de Caujerí, al este de la ciudad de Guantánamo, enviados por la Dirección Local de Guantánamo antes de nuestra llegada. Ellos habían realizado algunas acciones y contaban en esos momentos con el siguiente armamento: seis escopetas de mazorca, dos de ellas de enfriamiento por aire, de seis tiros, y ajuste para calar bayonetas, este tipo de armas era empleado por los yanquis en la Segunda Guerra Mundial con el fin de destruir los nidos de ametralladoras. Cuatro fueron conseguidas en la base por compañeros de Guantánamo; también un rifle Garant con ciento sesenta tiros, esta arma fue obtenida por un muchacho que en Yateritas, donde está el Acueducto, mató a un soldado y le llevó las armas.

Decidí tomar la Compañía «E» para que operara en el municipio de Baracoa, sur de Yateras y este de la ciudad de Guantánamo. En estos dos últimos puntos será donde operará por ahora dicha compañía puesto que en el municipio de Baracoa sólo hay tropas en la ciudad y en otros dos puntos: Maisí, puesto de la Marina e Imías, Cuartel de la Guardia Rural, que había decidido atacar. Para formar esta compañía «E», decidí unir a los muchachos de Caujerí con Ciro Frías y algunos de los suyos. Designamos los siguientes con sus respectivas armas: capitán Ciro Frías, con un Garant; teniente José Soto Mayor, con un Garant; Juan Carlos Borges, con un Garant; Gerardo Reyes (Yayo), con un Garant; Neno Pérez, con un Johnson; Hechevarría, con un Johnson (1 de Gilberto Cardero que pasó a jefe de la fábrica de bombas); Florián Piña, con una mirilla; Conrado Díaz, con un Springfield; Morálitos, con un fusil ametralladora Browning; además, los compañeros Labrada y Lito con armas cortas, incluyendo también 30 M-26 y 30 bombas de mano. Ciro era el jefe de la Compañía «E» y el teniente Carlos Lite (Pepecito) segundo jefe.

Reforcé tanto a Ciro, porque inmediatamente le ordené atacar el cuartel de Imías, que está en el litoral entre Guantánamo y Baracoa con una guarnición de diecisiete soldados. El siete por la noche partió Ciro; al día siguiente mandé avanzar nuestra columna motorizada hacia la zona de Efigenio desde donde me dirigía de acuerdo con la idea original. Yo marché al día siguiente con una pequeña patrulla con la cual me había quedado resolviendo asuntos pendientes. Por el camino en la mañana del día nueve, oigo en la

Ayuntamiento de Madrid

radio de mi jeep la arenga que por la CNC lanzó el Movimiento iniciando la huelga. Encontré la columna acampada en la mitad del trayecto que teníamos que ir al norte de Guantánamo. Un fuerte aguacero me obligó a quedarme un día más para que se secara el camino y los carros pudieran avanzar.

Disuelto aquí en Santa Catalina una patrulla de 30 escopeteros que organicé quince días antes, quienes permitieron pasar días atrás una columna enemiga sin tirarle un tiro y aún peor, sin molestarse siquiera en mandarme un aviso urgente, pues tiempo tuvimos de hacer algo que valiera la pena. Por poco fusilo al jefe de la misma, que fue culpable de que Daniel no nos encontrara el primer día que salió a buscarnos.

La muerte del capitán Ciro Frías

De Guantánamo y Baracoa hasta Santa Catalina de Sagua en un solo día. Tuvieron que retirarse a las cinco a.m. con la sensible pérdida del capitán Ciro Frías, resultando herido el compañero Conrado que siguió disparando los M-26 después de haber sido herido y también, aunque en forma más grave, un compañero que muchos días antes había abandonado el ejército de Batista, en Baracoa, y se había unido a nosotros armado de una pistola.

El pobre Ciro cometió una serie de errores que lo llevaron al fracaso que le costó la vida. A pesar de las advertencias en cuanto a los informes que le aconsejé debía obtener antes de atacar el cuartelito de 17 soldados, se buscó dos guías, uno de los cuales hacía más de un año que ni iba a Imías. Además, le indicaron la casa de al lado como si fuera la del cuartel sobre la que abrieron fuego e incluso quemaron, por suerte sin nadie adentro. El resto de los compañeros que fueron por atrás atacaron la caballeriza en vez del cuartel. Después de un buen rato se percataron del error.

Ciro, de pie, detrás de un árbol, en el ángulo de frente al cuartel hacia la derecha, iluminado por el incendio de la casa que tenía enfrente, les gritó: «ríndanse, les habla el capitán, les garantizamos la vida». La respuesta fue una descarga cerrada sobre ese punto, atravesándole algunas balas el corazón. Imagínate lo que vino luego.

A pesar de los errores cometidos hubieran tomado el cuartel si no matan a Ciro, pues por investigaciones posteriores supe que quedaron muy pocos soldados ilesos o vivos en dicho objetivo, ya que no habían tomado ninguna medida de protección y el mismo era de madera.

Al frente el cuartel tiene un parquecito que termina en un pequeño muro que está a pocos metros del mismo. Tomándoles este punto, cosa que pudieron hacer, con los 30 M-26 que tenían y los cocteles Molotov, que debido a la mala organización no aparecieron por ninguna parte, dicho objetivo hubiera sido una cosa fácil.

Momentos antes de llegar la fatal noticia le informaba yo a los compañeros que estaban reunidos, que podíamos contar con las armas de Imías, pues era un asunto seguro. Los muchachos recogieron el cadáver y su arma, de la misma forma que recogieron a los heridos, remitiéndolos a la zona del Hospital de Fajardo, y a Ciro lo enterraron en uno de los cementerios ocupados en esa zona.

Como consecuencia de lo anterior, la escasez de parque cayó como una triste amenaza que se extendió sobre esa unidad. Inmediatamente mandé a Pena solo para que asumiera el mando de la Compañía «E», dejádome su rifle para que allá utilizara el de Ciro. Previamente recogí entre nosotros algunas balitas entre las pocas que teníamos para que se las llevara.

A la mañana siguiente, día 10 de abril, partimos con la columna de vehículos, a gran distancia uno de otro y camuflageados con ramas de árboles, llegando poco a poco por la tarde a nuestro destino. Lo primero que hicimos fue montar la fábrica de M-26, la que con todos sus miembros, bajo el mando de Gilberto, han desarrollado un trabajo envidiable, laborando día y noche. Hasta la fecha 22 de abril, han fabricado cerca de 20 bombas grandes, 422 M-26 y 400 bombas pequeñas de mano, material que ha sido distribuido entre las distintas unidades. No se ha podido fabricar más por falta de dinamita que nos llega en pequeñas cantidades.

En la fábrica tenemos envases preparados para cuando llegue dinamita, pues ya están

hechos los moldes, incluso soldados, a los que solamente les falta llenarlos y taparlos. De estos envases tenemos 476 M-26 y 726 bombas de mano, las que han dado óptimos resultados. Considerando que la fundamos el día siete del presente, en quince días ha rendido una gran labor.

Chismosas y catalinas

Uno de los heridos, Diógenes Silveira, se nos muere cuando intentábamos montarlo en un caballo, también ayudante de M-26. Natural de Maffo, vino como chofer desde San Lorenzo y resultó después un valiente soldado y magnífico compañero; de la misma forma que Alex, siempre observó un comportamiento ejemplar. Los demás heridos fueron, y éste no podía faltar, Félix Luganos «El negro de Pílon» con dos heridas en la misma pierna que le hirieron en Palma Mocha, esta vez una de ellas muy grave a lo largo del muslo, por suerte sin interesarle ningún hueso; en ese mismo sector de atrás fueron heridos Pablo Lobaina, Abelardo Girón y Luis Felipe Ayras, todos de la unidad de «Villa», que dirigía el teniente Rodiles.

Tuvimos que ocupar urgentemente algunos caballos sin montura para llevar los heridos y retirarnos antes de que nos sorprendiera el día en medio de los cañaverales. Antes de abandonar el central, la patrulla de «El Francés» que lo tomó, le dio fuego a los almacenes de azúcar. Las llamas se veían fácilmente desde Guantánamo, igual que se percibieron claramente las detonaciones y disparos del combate. El ejército no envió refuerzos, después te explicaré el motivo.

Nos retiramos al campamento de donde habíamos salido y desde donde oímos perfectamente el combate, pues ya habíamos estado descansando donde dejamos los carros. Un rato después una avioneta parecida a la «Chismosa de allá» comenzó a dar vueltas sobre nuestras cabezas. Los viejos barbudos ya sabían lo que eso significaba por lo que buscamos protección en el momento en que dos Catalinas y un Caza empezaron a rociarnos de metralla por espacio de media hora. Finalmente la avioneta también nos ametralla con un Thompson.

Dos viviendas de familias fueron cruzadas varias veces sin compasión alguna: en una de ellas contamos venticinco perforaciones. Por suerte, momentos antes los muchachos del pelotón de Jiménez habían sacado a la familia a la que se le había ocurrido encerrarse en la casa. Los tupidos cafetales y magníficos parapetos que abundan en el campamento impidieron bajas humanas, no así la de los animales, pues murieron un macho, una gallina y un mulo que nos comimos. También ametrallaron la Sierra de la Hembra, donde dejamos los carros para ir al combate. Además, la avioneta sorprendió a una camioneta Power con todos los heridos y la ametralló sin tenerse que lamentar ningún accidente, pues a los heridos, incluyendo los más delicados, ayudados por el doctor Machado y los que venían con él, los llevaron a un lugar seguro desmontándolos rápidamente hasta que la avioneta se marchó.

Si nos hicieron los honores de un ametrallamiento, calculamos que fuese por lo que le dolió el ataque a Soledad, pues fue el único sector ametrallado.

En informes posteriores que nos llegaron se nos decía que muy pocos soldados quedaron ilesos, desechando el cuartel al que trasladaron para el pueblo. Ametrallaron aquí porque supieron que me establecí en esta zona la primera vez que pasé. Una de las casas ametralladas fue en la que yo paré y la otra donde se alojó el pelotón de Jiménez, quien en esta nueva oportunidad estaba en dicha casa, no así yo que había trasladado mi campamento. En la primera de las citadas casas dio a luz prematuramente una señora como consecuencia del ametrallamiento. Con posterioridad Efigenio y «Villa» de la Compañía «B» decidieron establecerse en el mismo lugar con campamento fijo. Después del raid aéreo, cursé órdenes de que abrieran trincheras por todas partes, pues no pienso abandonar esta posición aunque vengan a pie o en aviones.

Lucha contra el pillaje

El fusil ametralladora «Browning» que trajo el «Galleguito» Fernández, apenas funcionó en el combate de Soledad, el armero espera un torno que le debe estar al llegar para arreglarlo. Por lo tanto, mis dolores de cabeza más grandes en estos momentos, son el

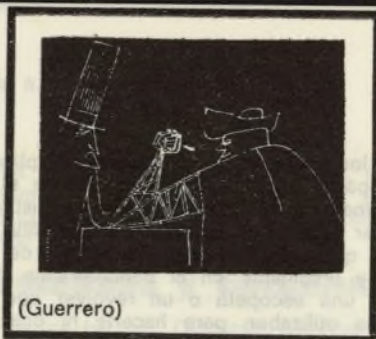
problema del parque y el asunto de los escopeteros, que paso a explicarte a continuación. Por suerte llegamos aquí a tiempo para impedir que se extendiera el bandolerismo más terrible que jamás pudiéramos imaginar. La ley de la Escopeta sustituiría incluso la ley del 45 del oeste americano. Cualquier grupo se organizaba en pandilla, con buenas intenciones se les unían otros muchachos que actuaban según la actitud del jefe, pero degenerando hacia el pillaje, el raterismo y finalmente en el bandolerismo descarado. Y todos con un brazalete del «26 de Julio», una escopeta o un revólver que les quitaban a la fuerza a los campesinos, que jamás utilizaban para hacerle ni una emboscada a una pareja de guardias, sino para atacar por la libre. La aplicación severa de nuestro Código Penal, haciéndolo recaer con más fuerza sobre las cabezas de los cabecillas, ha parado en seco el bandolerismo en todas estas extensas zonas y son muy contados los individuos que se dedican a estos menesteres, los que poco a poco van cayendo en manos de nuestra justicia revolucionaria. Como núcleo o pandilla organizada en estos momentos no queda ninguno.

Estos grupos de rateros, aunque exterminados, nos hicieron un daño que ahora se manifiesta por doquier, pues siendo sus blancos preferidos los almacenes y las bodegas, muchos de éstos cerraron sus puertas o dejaron de surtirse en grandes cantidades como de costumbre. En esa forma los sorprendió la paralización del tránsito a partir del día primero. Después el proceso de la huelga los acabó de rematar. Ahora es que por las lomas del norte están surtiendo las tiendas y a los de aquí se les ha ordenado que traten de surtirse rápidamente ya que muchas familias comen del crédito de las bodegas para pagar con la cosecha del café. Si no dejan entrar mercancías el hambre empezará a extenderse, con las graves consecuencias que pueden traernos en zonas tan pobladas como ésta.

Los otros tipos de escopeteros son los que se alzan, arman las hamacas en los cafetales y viven en la ilusión de una guerra en la que no participan. Surge dondequiera un caudillo con ilusiones de grandeza; tal vez con algún complejo napoleónico, con deseos de tener muchos soldados bajo su mando y formando una confederación de grupos. Instalando dos o tres campamentos, empiezan a recoger «donaciones voluntarias» de coacción diplomática y sociológica, digo yo, en mercancías, reses, incluso vehículos y gasolina, caballos, monturas y requisando «para el Movimiento» todas las escopetas y revólveres de la loma. Se dedican a hacer postas dentro de un perímetro cercano, ocupándose sólo de comer y «vivir el momento». Muy pocos han tenido encuentros con el enemigo. Por otro lado, la presencia nuestra sirvió de fomento a los alzados en masa, sabiendo que ya había un Ejército Rebelde que se encargaría de pelear si vinieran los guardias. Por otro lado también, el proceso de la huelga que se avecinaba y que se pensó que sería el final de Batista, precipitó aún más los alzamientos.

Hasta sin escopetas ni revólveres, bastaba sólo con unirse a cualquier grupito; esta vez el porcentaje mayor provenía de las ciudades de los alrededores. Mientras esto sucedía, con la precipitación de los acontecimientos y los movimientos rapidísimos que tuvimos que hacer, nos fue materialmente imposible resolver en una forma metódica este exceso de alzados, ya que sólo lo resolvimos sobre los grupos que nos encontrábamos en nuestro rápido paso.

Si te hago una lista con números conservadores de alzados por la libre te quedarías frío. Julio Pérez en tres lugares diferentes del norte en Sagua y Mayarí, después de depurar a muchos y seguir en la misma tarea, tiene controlados un promedio de 350. Ayer día 22 envié a Julio Pérez urgentemente a un punto conocido por Yaguasí al norte de Alto Songo, donde hay en una cueva no menos de 300 hombres, cuyo jefe, un hombre muy bueno pero muy equivocado, se lo entregué, pues lo habían mandado a buscar y lo tenía aquí retenido. Ahora su segundo jefe, un expresidiario de Boniato, se encuentra insubordinado; le di órdenes severas para que lo ajusticiara inmediatamente. Cuando Julio llegó, ya Tomasevich había resuelto el asunto recogiendo todas las escopetas y revólveres para que pueda comenzar a organizar a los seleccionados como los mejores, formando dos o tres patrullas móviles de 18 hombres con dos cabos y un sargento.



(Guerrero)

Enrique Olfuski

Gente del llano

[Fragmentos]

Sierra Maestra, septiembre 20, 1958

Compañeros Sierra y Diego:¹

Por el extraordinario trabajo que he tenido en las últimas semanas, descuidé comunicarles oficialmente el envío de tropas hacia Las Villas y la designación del compañero E. Guevara como Comandante de las fuerzas del 26 de Julio en la misma.

Supongo sin embargo, que Zoilo² les haya informado ampliamente de los planes. Creo que la posición del Movimiento mejorará notablemente. El apoyo de la organización a las tropas en campaña será un factor decisivo. Esperamos que a todos los espere una cadena de éxitos. Estamos dispuestos a seguir mandando refuerzos. Las Villas tiene para nuestros planes estratégicos una gran importancia. Valen la pena todos los esfuerzos.

Fraternalmente,

Fidel Castro

2

Fui y vine varias veces a lo largo de la carretera, pero en el lugar de la cita no había nadie. Tenía que ver al Che de todas maneras. Algo había fallado. Nadie esperaba en el cruce acordado. No podía volverme atrás. Decidí seguir viaje hasta Trinidad y tratar de subir a las lomas desde allí. En Trinidad localicé a Carlos Trelles. Ni corto ni perezoso, Trelles consiguió dos buenos caballos y se ofreció a servirme de guía. Con el pretexto de visitar una finca en las afueras, partimos.

Los caballos iban al paso, mientras conversábamos. Pronto agotamos los temas y seguimos en silencio. El terreno ya era escabroso, pero no mucho. No encontramos a nadie en el camino y ya comenzaba a caer la tarde cuando llegamos al Condado. Era un poblado a ambos lados de una ancha calle. Cabalgamos por en medio de la calle. Los cascos resonaban con un ruido que yo hubiese querido que fuese más quedo. Las puertas y ventanas de la mayoría de las casas estaban cerradas, como si estuviesen vacías. Según nuestras últimas noticias, el Condado estaba en territorio rebelde, pero uno nunca sabía. Muchas familias se habían ido, temiendo un posible bombardeo.

Bajo un portal, había tres hombres conversando; se volvieron para vernos pasar: nos saludamos con un gesto de la mano. Después encontramos dos o tres grupos más que nos miraron con curiosidad. Llegamos al final del pueblo y volvimos atrás. Desandamos el camino hasta detener los caballos frente al primer grupo que habíamos

* Capítulo del libro de memorias de este título.

1 Sierra: Nombre de guerra de Enrique Olfuski, Coordinador Provincial del M-26-7 en Las Villas en la época del relato.

Diego: Jefe Provincial de Acción del M-26-7 en Las Villas en la época del relato.

2 Marcelo Fernández

saludado. Trelles se bajó a hablar con los hombres mientras yo seguía vigilante sobre el caballo. Uno de los hombres señaló hacia una bomba de gasolina que estaba en la acera de enfrente. Medio oculto en las sombras del portal había un rebelde que nosotros no habíamos visto antes. Trelles cruzó la calle y yo me bajé del caballo y lo seguí.

Trelles habló:

—Queremos ver al Che y hemos perdido el contacto. ¿Sería posible conseguir quien nos llevara hasta él?

El hombre nos miraba, desconfiado, sin responder.

—Mire, yo soy Sierra, el coordinador provincial del 26 de Julio. Tengo cita con el Che. Comprendo que usted desconfíe. ¿Por qué no nos llevan hasta él? Andamos desarmados. Si fuésemos chivatos sería como meterse en la boca del león. Los ojillos nos miraban escrutadores. Lo habíamos enfrentado a un grave dilema.

—Esperen aquí —dijo, y desapareció dentro de la casa. Al poco rato sentimos el galopar de un caballo, que se alejaba. Entonces el hombre reapareció e insistió en lo de la espera.

Pasó el tiempo. En el cielo aparecieron los tonos rojizos del sol poniente. Trelles me miró, intranquilo.

—Esperemos un rato más —dije—, si no viene nadie, nos lanzamos al rumbo. Sentimos el ruido de un motor.

—¡Es nuestro yipil! —dijo el rebelde.

Una pequeña elevación nos impedía ver el camino. El ruido se acercaba. Empezó a verse una nube de polvo que ascendía y de pronto apareció el yipil. Frenó frente a nosotros. Venían varios rebeldes, pero ninguno se apéo.

—¡Pero si es Sierra! —dijo el que parecía ser el jefe y se tiró del yipil. Y la pregunta obligada: ¿no me reconoces?

—No...

—Soy Nieves, de las milicias del 26. Ahora soy del Directorio... Es que cuando me alcé no había nadie del 26.

—Sí, me acuerdo —mentí—. Que suerte haberte encontrado. ¿Sabes que andamos buscando al Che?

—Eso me han dicho. Hace dos días lo vimos, pero sabemos más o menos por donde andan. Suban, casi podemos llegar en el yipil.

Anocheecía. El chofer era muy arrojado. El camino, hecho a pico en las laderas de las montañas. Eramos demasiados en el yipil y cada bache entrañaba el peligro de caer fuera, o, peor, aún, de despeñarnos.

Era noche cerrada cuando topamos con la retaguardia del Che. A la luz de los faroles del yipil vi los primeros hombres de la Sierra Maestra. Eran distintos a los del Escambray. Los pelos muy largos y revueltos. Las barbas ajadas. Las ropas y los zapatos deshechos. Hablaban con acento oriental, eran gráciles y manejaban con soltura las armas, como si fueran parte de sí mismos.

Tuvimos que dejar el yipil; el camino era ahora demasiado quebrado. Seguimos a pie. Por aquella zona había llovido y los zapatos se hundían en el fango. Cada vez nos cruzábamos con más gente de la tropa del Che. Nieves y los suyos los miraban respetuosos. Se vieron las luces de varias casas. Una posta nos cerraba el paso. Nos identificamos y uno de los hombres fue hasta las casas y volvió. Nos dejaron pasar. En lo que era el batey, en la noche oscura, había una hoguera encendida; a su alrededor, varios hombres. Nos acercamos. Llevaba en la mente la imagen del Che, la que había visto publicada en los periódicos. Ninguna de aquellas caras era esa cara. Pero había un hombre regularmente fornido, que vestía una boina sobre su pelo muy largo. La barba no era muy tupida. Vestía una capa negra y la camisa abierta. Las llamas de la hoguera y el bigote, que caía a ambos lados de la boca, le daban un aspecto chinesco. Pensé en Gengis Khan. Así debieron de haber sido aquellos tiempos. Las sombras que proyectaba la hoguera danzaban en su rostro, dándole expresiones siempre cambiantes, fantásticas.

Fijó su mirada en mí:

—Soy Sierra —dije.

Por toda respuesta se sonrió, mientras nos dábamos la mano. Había venido mucha gente de los alrededores, que lo rodeaban, que le hablaban. No se mostraron dispuestos a que mi presencia los interrumpiera. Me hice a un lado. Llegaron nuevas gentes y la cosa se

complicaba. Me fui a orinar y luego me senté en una piedra. Había gran confusión; mucha gente iba y venía. Entonces vino Nieves y me dijo que el Che me esperaba. Lo seguí hasta la sala de uno de los bohios. Recostado en un taburete, en un rincón, estaba el Che, comiendo.

—¿No tienes hambre? —me preguntó.

—No importa. El guerrillero debe comer siempre que encuentre comida, porque nunca sabe qué viene después.

Cogi un pedazo de carne y comencé a masticar, sin gusto. Cuando terminamos de comer nos fuimos afuera y nos sentamos sobre unos troncos que estaban tumbados en el suelo. El Che me ofreció un tabaco y fumamos. Después dijo:

—Ya conocí a dos de la dirección provincial.

—¿Y qué te parecieron?

—El negrito de la propaganda parece bueno. El obrero... no me dio la impresión de ser obrero.

—Pues lo es. Trabajó en la Rayonera de Matanzas.

—Aun así.

Hizo una pausa, y después:

—Me he encontrado con la gente del Directorio. Llevo buena impresión de ellos. Me parece que has manejado muy mal la cosa del Escambray.

Sentí un vacío en la boca del estómago:

—Es muy fácil emitir ese juicio ahora, pero la visión no era tan clara hace unos meses atrás —Le hice la historia de nuestras relaciones con el Escambray—: A nuestro entender, en aquel momento era más beneficiosa la alianza con Menoyo. Después que llegamos a un acuerdo, comenzaron las dificultades. El primer roce comenzó cuando publicaron unas declaraciones atacando al Directorio y daban a entender que nosotros compartíamos ese criterio. Tuvimos que desmentirlos en nuestro periódico clandestino. Luego, cuando Bordón empezó a cobrar fuerza, comenzaron a preocuparse: Al principio nos ocuparon abastecimientos destinados a Bordón y por último, lo sorprendieron y desarmaron. Y así fue cómo en definitiva quedamos mal con Dios y con el diablo.

—Me han estado zafando el cuerpo —dijo el Che—. Menoyo no ha querido entrevistarse conmigo.

Se acercó un rebelde delgado, que lucía una chivita muy larga.

—El comandante Ramiro Valdés, mi segundo; el compañero Sierra —nos presentó el Che.

Ramiro se echó en el suelo y recostó la cabeza contra uno de los troncos.

—¿Qué diferencia con Camagüey! —comentó, poniéndose cómodo.

El Che sonrió. Yo aproveché:

—¿Qué les parecen las cosas que les hemos enviado?

El Che respondió:

—Hasta ahora hemos recibido poca ayuda del Movimiento. Quien sí ha hecho mucho por nosotros es el PSP.

—¿El PSP?

—Sí, nos han mandado un cargamento de ropas y zapatos que nos ha venido muy bien.

—¿Cuándo?

—Hace dos días.

—¡Mierda el PSP! Ese cargamento lo enviamos nosotros. Teníamos la rastra aquí desde que ustedes todavía andaban por Camagüey.

Llegaron dos rebeldes que consultaron algo. Cuando se fueron, el Che tomó la palabra:

—En los próximos días estableceremos nuestro campamento definitivo. Descansaremos los hombres y entonces comenzarán las acciones. Tenemos que hacernos de algún parque, casi no tenemos balas.

Le hablé de las armas que esperábamos de Miami. Vendrían 30 000 tiros.

—Ver para creer —dijo Ramiro.

—Ya veremos —dije yo—. Lo malo es que luego ustedes digan que las mandó el PSP.

Todos reímos y nos sentimos más cerca.

—Las armas entrarán por el norte, por la zona de Camilo. Este fin de semana iré a verlo —dije.

—Cuando hayamos ampliado y consolidado nuestro territorio —continuó el Che—, implantaremos la reforma agraria, repartiremos la tierra entre los que la trabajan. ¿Qué crees tú de la reforma agraria?

—Es imprescindible —contesté. Los ojos del Che se avivaron—. Sin reforma agraria no hay progreso económico posible.

—Ni social —me interrumpió el Che.

—Claro, ni social. Yo escribí una tesis agraria para el programa del Movimiento.

—¿De veras? ¿Y qué decía?

—Toda la tierra ociosa debía darse a los guajiros y gravar fuertemente a los latifundistas para poderles comprar sus tierras con su propio dinero. Entonces la tierra se vendería a los guajiros a lo que costara, con facilidades de pago y con crédito para producir.

—¡Pero ésa es una tesis reaccionaria! —El Che hervía de indignación—. ¿Cómo le vamos a cobrar la tierra al que la trabaja? Eres igual que toda la demás gente del llano.

Vi rojo:

—¡Coño ¿y qué quieres? ¿regalársela? ¡Para que la dejen destruirse, como en México! El hombre debe sentir que lo que tiene le ha costado su esfuerzo.

—¡Carajo, mira que eres! —gritaba el Che y se le hinchaban las venas del cuello. Discutimos incansablemente. Ramiro se fue a dormir. Empezó a soplar un viento frío que me daba temblores.

—Además —alegaba yo—, hay que disfrazar las cosas. No creas que los americanos se van a cruzar de brazos viéndonos hacer las cosas tan descarnadamente. Hay que jugarles la cabeza.

—Así que tú eres de los que creen que podemos hacer una revolución a espaldas de los americanos. ¡Qué comemierda eres! La revolución la tenemos que hacer en lucha a muerte con el imperialismo, desde el primer momento. Una revolución de verdad no se puede disfrazar.

Seguimos discutiendo durante largas horas. Menos las postas, todos dormían. El frío de la madrugada era cortante. Me castañeteaban los dientes. El tabaco del Che apenas se podía sostener con la punta de los dedos. Flotaba una ligera neblina.

El Che miró su reloj:

—Vámonos a dormir.

Nos dirigimos a uno de los bohios. Nos habían guardado dos camas en un cuarto. Todavía seguimos hablando y entonces se oyó ruido de gentes que trajinaban afuera, y quejidos.

—¿Qué habrá pasado? —pregunté.

—Algún tiro escapado —dijo el Che.

Salimos afuera. Efectivamente, era un tiro escapado, de escopeta. Había varios heridos. A la luz de los faroles de luz brillante, los médicos iban extrayendo las municiones. Había un rebelde que se aguantaba el sexo con las manos, mientras se quejaba amargamente. Al fin le llegó su turno: el hombre comenzó a llorar mientras se bajaba los pantalones.

—Me han herido en los huevos, doctor —gemía.

El médico hurgó en los testículos del hombre y luego extrajo algo con la pinza, mientras el rebelde pegaba un grito desgarrador.

—Aquí tienes la causa de tus pesares —y le alargó la pinza.

—¡ Coño! —dijo el rebelde— ¡una garrapata!

Todo el mundo se desternillaba de risa, y el Che tuvo un acceso de tos.

Cuando nos volvimos a acostar, la neblina comenzaba a blanquear.

3

Diego me miró con cara compungida.

—Bajo ningún concepto haremos lo que quiere el Che —dije—. Asaltar el banco de Sancti Spiritus es una locura. Eso nos enfrentaría a mucha gente que hoy nos apoya. Además, no es necesario. En estos momentos tenemos más dinero que nunca. Cerca de 50 000 pesos. Le enviaremos una buena parte, para que vea. Estoy seguro que Fidel no aprobaría esta acción. No te preocupes, ahora mismo voy a escribirle al Che exponiéndole nuestras razones.

Al cabo de algunos días llegó su respuesta:

Ayuntamiento de Madrid

Santa Lucía, noviembre 3 de 1958

Estimado Sierra:

Acabo de recibir tu carta con profunda sorpresa, pues me doy cuenta que no es lo mismo lo que se discute aquí y aquí se aprueba, y el tamiz del llano. Me pones en la post-data que Diego está de acuerdo contigo y aquí estaba de acuerdo conmigo. Será que Diego no tiene palabra, o simplemente, no tiene opinión sobre problemas fundamentales de la Revolución.

Dices que ni el mismo Fidel hizo eso cuando no tenía qué comer. Es verdad; pero cuando no tenía qué comer, tampoco tenía fuerzas para hacer un acto de esa naturaleza. Cuando pedimos ayuda a las clases que podrían sufrir en sus intereses por el asalto, nos respondieron con evasivas para, finalmente, traicionarnos; como ocurrió con los arroceros en la reciente ofensiva.

Según quien me trae la carta, las direcciones de los pueblos amenazan con renunciar. Estoy de acuerdo con que lo hagan. Más aún, lo exijo ahora, pues no se puede permitir un boicot deliberado a una medida tan beneficiosa para los intereses de la Revolución como es ésta.

Me veo en la triste necesidad de recordarte que he sido nombrado comandante en jefe, precisamente para dar una unidad de mando al Movimiento y hacer las cosas mejor. Por los timoratos, no se pudo realizar el ataque a Fomento, como lo habíamos planeado. A la hora de los tiros, había un número ridículo de cocteles: no había un miliciano para realizar las tareas a ellos encomendadas y salieron con que no era la hora indicada. Renuncie o no renuncie, yo barraré, con la autoridad de que estoy investido, con toda la gente floja de los pueblos aledaños a la Sierra. No pensé que vendría a ser boicoteado por mis propios compañeros. Ahora me doy cuenta que el viejo antagonismo que creíamos superado, resurge con la palabra «llano», y los jefes divorciados de la masa del pueblo, opinan sobre las reacciones de éste. Te podría preguntar: ¿por qué ningún guajiro ha encontrado mal nuestra tesis de que la tierra es para quien la trabaja, y si los terratenientes? Y si eso no tiene relación con que la masa combatiente esté de acuerdo con el asalto a los bancos cuando ninguno tiene un centavo en ellos. ¿No te pusiste nunca a pensar en las raíces económicas de ese respeto a la más arbitraria de las instituciones financieras? Los que hacen su dinero prestando el dinero ajeno y especulando con él, no tienen derecho a consideraciones especiales. La suma miserable que ofrecen es lo que ganan en un día de explotación, mientras este sufrido pueblo se desangra en la sierra y el llano, y sufre diariamente la traición de sus falsos conductores.

Me adviertes con la responsabilidad total de la destrucción de la organización. Acepto esa responsabilidad revolucionariamente y estoy dispuesto a rendir cuentas de mi conducta ante cualquier tribunal revolucionario, en el momento que lo disponga la Dirección Nacional del Movimiento. Daré cuenta del último centavo que se confiara a los combatientes de la Sierra, o que éstos lograran por cualquier medio. Pero pediré cuenta de cada uno de los 50 000 pesos que anuncias, pues te comunico que por resolución de Fidel, en carta que te mostraré cuando subas, la tesorería del Frente del Escambray, debe estar aquí.

Me pides un recibo con mi firma, cosa que no acostumbramos a hacer entre compañeros. Soy absolutamente responsable de mis actos y mi palabra vale más que todas las firmas del mundo. Si exijo firmas a alguien, es porque no estoy convencido de su honestidad. No se me hubiera ocurrido pedirte a ti sobre nada, aunque le exigiría cien a Gutiérrez Menoyo.

Acabo con un saludo revolucionario y te espero junto con Diego,

Che

4

Se fue haciendo de noche, lentamente, en la bodeguita de las afueras de Yaguajay. Iba a conocer a Camilo. Esperé en la penumbra, hasta que el hombre vino y dijo que lo siguiera a distancia.

Nos adentramos por un callejón que se perdía en la oscuridad. La tierra estaba resbalosa de las lluvias recientes. Después de caminar un rato, el hombre me hizo señas y, gateando bajo la cerca de alambres, penetramos en el cañaveral.

Perdido entre la caña, había un bohío, cuya puerta se abrió al dar la contraseña.

A la luz de la vela me presentaron al guía. Nos calzamos las rudas botas y recibimos nues-

tras armas. Nuevamente nos pusimos en marcha por entre las cañas, llevando los caballos por las bridas.

Al fin salimos del cañaveral y montamos los caballos. Atrás quedaban las luces de Yaguajay y de frente se acercaba la mole oscura de las lomas. A poco sonaron los primeros disparos.

—¿Es con nosotros? —pregunté al guía.

—Quizás —respondió—, o a lo mejor los guardias disparan de nerviosismo. De todos modos no se preocupe, amigo, que la que está para uno, no la para ni el pellejo más duro. Llegamos a las primeras elevaciones y comenzó a caer una fina llovizna. Los caballos resbalaban en el fango, mientras las ramas bajas arañaban nuestros cuerpos. Por entre intrincados desfilados y una vegetación tupida, llegamos a la primera guardia. La contraseña y seguimos. Nos acercábamos al campamento.

Llovía muy fuerte cuando arribamos al lugar de la cita. Sin salir de la hamaca nos recibió William Gálvez. Estaba enfermo con fiebre. Alzó la cabeza para decirnos que Camilo había tenido que partir urgentemente a ver al armero, que se había herido. Continuamos la marcha hacia el nuevo punto. La lluvia fue cediendo, llevándose algo la claridad. Aparecieron las primeras estrellas y también las luces lejanas de Caibarién. Mucho tiempo marchamos fumando en silencio.

—Allí está el bohío —dijo el guía, y mi corazón dio un vuelco.

Llegamos y amarramos los caballos. Algunos hombres dormían en sus hamacas, otros montaban guardia. Nos asomamos a la puerta y allí estaba Camilo. A la tenue luz de la vela estaba sentado con otro hombre. Sobre la mesa había un radio portátil en sintonía con Radio Rebelde. Vestía una gorra del ejército de Batista y se acariciaba la barba pensativamente. No notó nuestra presencia. Pasé la mirada por la humilde sala de piso de tierra y distinguí a la familia de la casa. Desde la oscuridad del rincón, adoraban a Camilo. La luz temblorosa de la vela dibujaba extrañas figuras en su rostro. Todo era como en un cuadro.

Se levantó por fin y vino hacia nosotros. Nos presentaron y estreché su mano. Nos echamos en el suelo, afuera, junto a la puerta. Hablamos largamente. De la lucha, de los próximos meses; de los campesinos, de la reforma agraria. Del Che. En las noches de la Sierra, el Che les leía a Neruda.

Le hablé de las armas que llegarían pronto.

—Ese perro me ha mordido otras veces —sonrió.

—Esta vez es diferente —dije, sintiendo que de aquello dependía su confianza. El tiempo pasó más veloz que nunca. Inexplicablemente, ya era hora de partir.

5

Ibamos tres hombres a caballo: Marcelo, el guía y yo. Habíamos subido hasta Caballote de Casa, donde estaba el campamento del Che, pero no lo vimos; andaba para el Pedrero, donde el ejército hacía movimientos que indicaban una próxima ofensiva.

Caía la tarde mientras marchábamos por el camino polvoriento. En el campamento nos habían dotado de ropas de trabajo y anchos sombreros de guano para protegernos del sol de aquel día. Nos habíamos cruzado con varios grupos que venían del Pedrero. Nos advertían al pasar:

—¡Cuidado con la avioneta! Andan tiroteando.

Desde entonces andábamos vigilantes: buscando con la vista los árboles de tronco grueso, único refugio en caso de ataque. Pero el tiempo fue pasando y la avioneta no aparecía. El sol se había puesto tras las lomas de la derecha y la luz era tenue. La quietud nos ganó. Sólo se oía el golpe seco de los cascos contra el polvo. Ibamos sumidos en nuestros pensamientos y ya nadie vigilaba.

De pronto se oyó la voz del guía:

—¡Avioooooón!

¡Ras! corrió la sangre por las venas, súbitamente impulsada. Levanté la cabeza y miré al cielo: por la derecha, viniendo de atrás de las lomas, se acercaba la avioneta. Miramos todos a nuestro alrededor, buscando los árboles, para protegernos. Eran tierras de potrero, había un solo árbol que tuviera el tronco suficientemente grueso. A ambos lados del camino corría una cerca de bien vestidos jóvenes, con troncos como palillos. Muy lejos se veía un

montecito. Calculé la distancia: imposible llegar a tiempo. Además, siempre existía la posibilidad, remota, de que nos tomaran por pacíficos campesinos, y de arrancar al galope estaríamos revelando quiénes éramos.

Opté por bajar del caballo y sentarme en la cuneta. La avioneta se dirigía directamente hacia nosotros. Distinguí claramente la ametralladora montada en una de las ventanillas, apuntándonos. Me volví de espaldas, apoyé los codos en las rodillas y tomé mi cabeza entre las manos. En cualquier momento esperaba sentir los impactos en la espalda. Los plomos desgarrarían mi carne y saldrían al exterior. Por la posición en que me encontraba, seguramente atravesarían también mis piernas.

Iba a morir. Al fin el temido momento, tantas veces imaginado, había llegado. ¿Cómo sería? ¿Se haría todo negro de pronto, o poco a poco? ¿Sería doloroso o me hundiría suavemente en el vacío? Para mi sorpresa, me sentí tranquilo ante la muerte inminente. Iba a morir sin hacer tantas cosas que quería hacer, sin ver tantas cosas que quería ver. La imagen de mi hijo vino a mi mente. Hacia unos días que había cumplido el año. Vi su cara rosada. La pelusa rubia sobre la cabeza. La razón de mi lucha. Pasó una eternidad, pasaron unos segundos.

—¡Se val! ¡Se val! —gritaba el guía.

Alcé la vista para ver cómo la avioneta se alejaba, inexplicablemente. Monté en el caballo y echamos a correr, hacia el monte lejano. Pero la avioneta no volvió.

Llegamos al Pedrero de noche. Había una luz muy tenue en una de las casas y entramos. Era de mampostería y tejas, muy vasta. Recogidos a un lado estaban los pupitres. Tras la mesa del maestro estaba sentado un rebelde joven: el teniente Olo Pantoja. El Che había salido y volvería pronto. Sobre la mesa una yagua con una carne verdosa.

—Es chilindrón de carnero —dijo Olo—, sírvanse.

Cogimos cada uno un bocado. Cuando sentí el sabor se me revolvió el estómago: estaba pasada. Con disimulo me acerqué a la puerta y boté mi pedazo.

El Che llegó hacia la media noche. Nosotros yacíamos sobre el piso de la escuela, adormilados. Saludos y después el Che dijo:

—Hemos tenido las primeras escaramuzas. Sin lugar a dudas se aprestan a hacer un intento de penetración por esta zona.

Mientras hablaba, cogía los trozos de carne con los dedos sucios. Por el gusto con que comía, aquello le sabía a gloria. Terminó de comer y salimos afuera. Nos sentamos a un lado del camino: Marcelo, el Che y yo. El Che repartió tabacos. Eran burdos, seguramente hechos en la zona por algún guajiro. Aspiré el humo fuerte y amargo: sentí un calor en el cuerpo y un ligero mareo. A mi lado, el Che fumaba y tosía, con una tos húmeda, como si lo tuviera todo mojado por dentro. Olía mal. Olía a sudor descompuesto. Era un olor penetrante y yo lo combatía con el humo del tabaco.

Nuestra conversación fue áspera. Pero no peleamos mucho aquella noche. Quizás el Che estaba cansado. Quizás era el tabaco fuerte y amargo, que aletargaba. El Che y Marcelo tuvieron algunos torneos verbales. Entre otras cosas, se discutía el programa del 26 de Julio. El Che prometió su contribución escrita. Yo me marchaba pronto para la Sierra Maestra y acordamos cómo funcionaríamos durante mi ausencia.

Cuando veníamos de regreso, Marcelo me preguntó:

—¿Qué te parece?

—A pesar de todo, uno no puede dejar de admirarlo. Sabe lo que quiere mejor que nosotros. Vive sólo para eso. ¿Sabes? Yo creía que era un revolucionario completo... hasta que conocí al Che. Comparado con él, soy un aprendiz. ¡Cuántas cosas me atan, de las que ya él se ha liberado!

Callamos. Al poco rato le dije a Marcelo:

—Cuando vuelva de la Sierra, me alzaré con el Che.

3

El castrismo : teoría y praxis de la revolución cubana



(Cortesía de Nuez)

Ayuntamiento de Madrid



Fidel Castro

Estos son nuestros caminos*

* Estos fragmentos abarcan temas que van desde la educación de la juventud y la lucha de los pueblos contra el imperialismo, hasta el desarrollo de la agricultura en Cuba y la política Internacional de la revolución cubana. Proceden de las manifestaciones públicas hechas por el Primer Ministro, comandante Fidel Castro, en los diez primeros meses de 1966, Año de la Solidaridad: documentos y entrevistas, conversaciones y discursos producidos en los más variados lugares y circunstancias y ante auditorios muy diversos: delegados a la Conferencia Trincontinental o a un congreso nacional de trabajadores, un periodista y sus acompañantes, escolares de todo el país, una inmensa multitud concentrada en La Habana o un pequeño grupo de campesinos reunidos en algún remoto lugar de la isla. El lector podrá hallar al final de la selección la procedencia de cada fragmento. Hizo la selección el escritor cubano Ambrosio Fornet. (Por razones de espacio, los encargados de la edición de este volumen se han visto obligados a suprimir cierto número de párrafos.)

Buscar soluciones definitivas

.....

Como consecuencias de las leyes y medidas de la Revolución, la inmensa mayoría de la población disfruta ya gratuitamente de la vivienda; los avances logrados en la educación y la asistencia médica en sólo unos años han sobrepasado el de todos los demás países de América latina. No hay ya analfabetos en nuestro país; todos los niños, no importa cuán apartados vivan, tienen maestros; casi un millón de adultos asisten a clases de superación cultural y técnica; cerca de ciento cincuenta mil jóvenes y niños reciben gratuitamente alojamientos, alimentación, ropas y zapatos en nuestros centros educacionales; el desempleo ha sido erradicado; los ingresos familiares de modo directo o indirecto se incrementaron en más de mil millones de pesos. Con la Reforma Agraria, un número superior a cien mil familias campesinas dejaron de pagar rentas y se convirtieron en dueños de sus parcelas. El país rescató de manos extranjeras todos los recursos nacionales y todos los medios fundamentales de producción, y pese a las dificultades que entrañan el bloqueo y las amenazas de agresión yanqui, que nos obligan a invertir en la defensa del

Ayuntamiento de Madrid

país cuantiosos recursos materiales y humanos, marchamos adelante en el desarrollo de nuestra economía.⁷

Hay algunos que no sé dónde demonios han estudiado economía, porque creen que la economía se cuenta sólo en toneladas más o en toneladas menos de tal cosa. Y al parecer no consideran que entran en el campo de la economía todas esas medidas y todos esos hechos de la Revolución, que han contribuido a crear en el pueblo ese extraordinario grado de seguridad que tiene hoy.¹¹

Y esta tremenda, ingente, enorme tarea, se presentó a nuestro pueblo partiendo de situaciones difíciles, partiendo de la pobreza, la miseria y las necesidades acumuladas, partiendo de una economía pobre, saqueada por los monopolios y saqueada por las camarillas corrompidas —cómplices de los monopolios—, saqueada por los terratenientes, que se llevaban el dinero del país y lo depositaban en bancos extranjeros. [...] Súmese a esto lo que le robaron a la nación los monopolios, los recursos extraídos por los explotadores, el tiempo perdido, los recursos naturales destrozados, una población que se había duplicado, una economía estancada durante más de 30 años. ¡ Eso fue lo que le quedó al pueblo, eso fue lo que dejaron los explotadores cuando se marcharon : la pobreza y la ignorancia, la inexperiencia ! Porque con su sistema se marcharon una gran parte de sus administradores, se marcharon una gran parte de sus técnicos.¹

... Muchas de estas cosas se han estado haciendo, casi un poco... un poco empíricamente, sin cuadros técnicos —porque el país tiene una espantosa necesidades de cuadros técnicos.¹⁶

Una revolución podría definirse de muchas formas. Pero como las revoluciones no las hacen las clases privilegiadas, como las revoluciones no las hacen las llamadas « clases cultas », como las revoluciones las hacen las masas explotadas, la revolución es, en primer lugar, obra de las masas que precisamente no monopolizan la cultura, no monopolizan la experiencia. La Revolución es la obra de masas ignorantes luchando, en primer lugar, contra su propia ignorancia, contra sus propias limitaciones. Y si a mí me preguntaran cuál es el mérito principal de una generación que haga una revolución, mi respuesta sería : ¡ haber hecho la Revolución y haber marchado adelante a pesar de su inmensa ignorancia !¹³

Y nosotros sabemos las dificultades de hoy, nosotros sabemos el tremendo daño que ocasiona la ignorancia, porque no hay peor enemigo del hombre, peor enemigo de los pueblos, peor enemigo de la humanidad que la ignorancia. Y de todas las herencias que el colonialismo, el imperialismo y el capitalismo nos dejaron, la peor de todas, la peor de todas fue la ignorancia. Y la peor desgracia de un país subdesarrollado —eso que ustedes habrán oído mentar, o habrán leído todos, desde los más jóvenes hasta los más adultos, eso de un país subdesarrollado— es por encima de todo que es un país sin obreros calificados, un país sin técnicos, un país sin científicos, sin investigadores. Y a esa ignorancia, a esa desgracia, la Revolución le ha estado haciendo, desde el principio, una guerra a muerte. Ha estado librando contra ella, como contra

el peor enemigo, una batalla a muerte. Y nosotros creemos que esa batalla contra la ignorancia, que es la causa de todos los males, que es la causa de los peores males, y a su vez la peor consecuencia del colonialismo y del imperialismo, la peor consecuencia de la explotación del hombre por el hombre, esa batalla se está ganando y cuando esa batalla se haya ganado totalmente, entonces nuestro país habrá dejado de ser un país subdesarrollado.¹⁴

Nosotros sabemos que hemos tenido lógicamente en estos años limitaciones, hemos tenido escaseces relativas. ¿Por qué? Porque lo poco que había en este país hubo que repartirlo entre todos. Hubo que repartir entre todos lo poco que había en este país. Y de la noche a la mañana, desde luego, de la noche a la mañana no se resuelven los problemas de un país subdesarrollado ni se conquista el terreno perdido durante 50 ó 60 años. Pero nosotros sabemos cómo marchan nuestros asuntos, nosotros sabemos cómo marcha nuestra situación. Nosotros sabemos que al principio de esa década, es decir, precisamente en 1970, todos, prácticamente todos, o casi todos los renglones de nuestra producción agrícola, se habrán duplicado. Es decir, que para 1970, cuando se sume el valor total, o el volumen total de nuestra producción agrícola, será el doble, el doble de la producción que tenía el país en el año 1959.¹⁵

Para 1975 nuestra producción agrícola deberá alcanzar un valor equivalente a cuatro mil millones de dólares. No se perderá una gota de agua de nuestros ríos, y nuestra industria de fertilizantes abastecerá en sus necesidades esenciales a una agricultura altamente mecanizada, moderna y servida por 50 000 técnicos de nivel medio y universitario. Esas son las perspectivas de nuestra patria para la próxima década; mientras tanto, los organismos internacionales hablan de que como consecuencia del subdesarrollo y la explosión demográfica la década de 1970-1980 será la década del hambre. En mi opinión será también, y tal vez antes, la década de las revoluciones sociales. Sí, el imperialismo no tiene idea de lo que este país será dentro de cuatro años; no tiene ni la más remota idea de qué somos capaces de hacer a pesar de todas las agresiones, a pesar de todas las provocaciones. Este territorio libre de América demostrará, demuestra ya, lo que puede hacerse dentro de una sociedad socialista donde los ingresos del Estado no se invierten en lujos de una minoría, sino en satisfacer las necesidades del pueblo.¹⁶

Creemos que en el socialismo las mercancías no deben venderse por su costo de producción, sino por la función social que llenan. Todas las mercancías no pueden tener el mismo valor para la sociedad. Hay cosas que son vitales, esenciales, y hay cosas que no lo son, y lo son o no, en la jerarquización y en la distribución, de acuerdo con una escala de valores sociales, no de valores económicos, porque ustedes no pueden nunca comparar unos tipos de mercancías con otros. Y, por lo tanto, dentro de la sociedad socialista debe ser otro factor el que determine los precios, no el costo, sino la función social de cada una de las mercancías que el hombre sea capaz de producir. Lo otro todavía, en nuestra modesta opinión,

tiene mucho de reminiscencias capitalistas.¹³

Es evidente que la Revolución no sólo ha liberado al trabajador de la explotación, no sólo ha erradicado para siempre el sistema donde el hombre y su fuerza de trabajo se compra y se vende como una mercancía, sino que la Revolución ha hecho un esfuerzo extraordinario, ha impulsado el desarrollo educacional de la nación entera, de modo que en estos instantes cerca de un 40 % de la población de nuestro país estudia : 1 300 000 niños, 250 000 aproximadamente en institutos y escuelas tecnológicas, preuniversitarios, secundarias ; 28 000 estudiantes universitarios. Y, además, 900 000 adultos en cursos de superación. De manera que 2 500 000 personas están estudiando en este país. ¡ Adiós ilusiones de los enemigos ! Porque si la ignorancia y la incultura fueron instrumentos que utilizaron los opresores y explotadores capitalistas, ¡ abur ilusiones de que a un pueblo que entero se ha dedicado a superarse, a estudiar, a organizarse, a armarse y a trabajar, puedan volver a llevarle a aquel pasado ! ¡ Ni soñarlo !¹⁰

¿ Quién es estudiante en este país ? En este país es estudiante hoy, prácticamente, todo el mundo. Estudiante son cerca de un millón de obreros tratando de alcanzar el sexto grado. Estudiantes son más de cien mil jóvenes becados, constituyendo la más alta cifra en ningún país del mundo. Becados están miles y miles de estudiantes universitarios para poderse dedicar ciento por ciento al estudio... Estudiantes son los dieciséis mil quinientos obreros y jóvenes de los institutos tecnológicos obreros, que no solamente son estudiantes sino que forman parte de nuestras unidades de combate de defensa de la ciudad... Cuatro mil quinientos obreros estudian en la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos y constituyen una división de combate del Ejército de Oriente. Estudiantes son los alumnos de los centros militares de enseñanza tecnológica y universitaria, como el « Alvaro Reynoso » o los « Hermanos Gómez » ; y, en fin, muchas de nuestras armas auxiliares están manejadas por estudiantes. Estudiantes son los siete mil y tantos alumnos de Topes de Collantes. Estudiantes son los miles y miles de alumnos que comienzan sus estudios en las montañas de Minas del Frío. Sembrada de estudiantes está la Patria, sembrada de escuelas ; mas no son sólo estudiantes ; muchos de ellos desempeñan importantes funciones. Miles y miles de nuestros estudiantes trabajan como maestros a la vez que estudian. Miles y miles de nuestros jóvenes estudiantes son algo más que jóvenes estudiantes ; son personalidades acabadas, es decir, formadas ; son personalidades de una responsabilidad impresionante, cumplidores del deber, trabajadores ejemplares, que da gusto ver cómo crece una generación como ésta.⁶

... La discriminación proviene de la explotación económica y social que existe en las sociedades capitalistas. En Cuba la había, pero aquí no ocurrió un cambio de hombres, sino de sistema. Y al implantarse el socialismo desapareció la explotación económica y social y, por tanto, la discriminación racial. Por otra parte, también va desapareciendo otra forma de discriminación igualmente odiosa y que impera en la sociedad capita-

lista : la discriminación contra la mujer...¹³

Hoy, un sinnúmero de actividades llenas de dignidad, un sinnúmero de actividades decentes, decorosas, se presentan cada vez más a la mujer cubana. Miles y miles de mujeres cubanas se han incorporado a la salud pública en estos años de Revolución. Muchos millares de jóvenes han sido preparadas como enfermeras y como auxiliares de enfermeras, o como auxiliares en general de la medicina. Miles de mujeres se han incorporado a los trabajos en los centros de becados. Miles de mujeres, decenas de miles, se han incorporado a la enseñanza. El número de mujeres que ingresan hoy en institutos tecnológicos, en centros de preparación técnica, es incomparablemente mayor, y de ello da idea el hecho de que el número de mujeres que ha ingresado en la Escuela de Medicina casi alcanza al número de hombres. Miles de mujeres se han incorporado a los círculos infantiles y miles de mujeres se están incorporando, no sólo a estas tareas de la producción de servicios, sino se están incorporando a la producción de bienes materiales directos. Las mujeres están trabajando, por ejemplo, en la siembra de posturas en viveros forestales o en viveros cafetaleros. Prácticamente, todo ese plan avícola... todo ese renglón de la producción alimenticia, tan importante para nuestro país, está manejado por una fuerza laboral femenina. Cientos de centros avícolas están siendo manejados por mujeres. Las mujeres se han incorporado a las tareas de producción agrícola en determinadas actividades que ellas pueden hacer, como es en la producción vegetal ; las mujeres se han incorporado a las crías de terneros, las mujeres se han incorporado a trabajos como el de las crías de conejos. Y, en fin, surgen incesantemente una serie de actividades, y ya un número extraordinario de mujeres ha encontrado empleo decente, empleo remunerativo, empleo satisfactorio.¹⁰

... Cuando hablamos de crear facilidades para que la mujer se incorpore a la producción, no se trata solamente, o simplemente, de que la sociedad quiera ayudar a las mujeres, no es sólo eso. La sociedad tiene el deber de ayudar a la mujer, pero a la vez la sociedad se ayuda a sí misma considerablemente ayudando a la mujer...¹⁰

Si se analiza, hay una distribución muy desigual de los recursos de la nación, porque habiendo desaparecido o en camino de desaparecer totalmente la explotación del hombre por el hombre en el sentido de la existencia de clases propietarias y clases desposeídas, nos encontramos con un subproducto de la explotación capitalista, que es la explotación del campo por la ciudad.¹⁶

Todavía en nuestros campos perdura mucha de la pobreza que nos dejaron. No hay ya tiempo muerto, es cierto. Y ese azote desapareció de nuestro país para siempre : el tiempo muerto ha muerto. Es cierto que prácticamente no queda un rincón de nuestra patria sin una escuela, ni queda una región de nuestro país sin un hospital. Somos ya, tanto en la educación como en la asistencia médica, sin duda alguna, el primer país de este continente, incluyendo Estados Unidos. Pero queda todavía mucha pobreza, quedan todavía muchos barracones. Decenas y decenas de miles de kiló-

metros de caminos deben construirse, cientos de miles de viviendas, instalaciones eléctricas, servicios de agua. Y eso, naturalmente, no se puede lograr en unos pocos años...⁹

¿Y qué es lo que las ciudades y la capital pueden dar? Es verdad que allí se producen determinados artículos. En un país sin industria, o con una industria que elabora materia prima importada, pues realmente no es tan grande el aporte que hace la ciudad al campo. Hay ciertos artículos industriales que se producen, ropa, zapatos, toda una serie de cosas. Ahora bien, ¿cuál es a nuestro juicio el principal aporte que puede hacer la ciudad al campo? Los técnicos, el aporte de personal calificado, de técnicos de alto nivel y de nivel medio; la forma que, por ejemplo, las grandes ciudades de nuestro país tienen para restituir lo que han recibido del campo es la formación de técnicos, porque lo que se necesita extraordinariamente en nuestros campos son técnicos de todo tipo: en obras hidráulicas, en la agricultura, en medicina, en construcciones, en ingeniería; prácticamente no hay una sola rama de la ciencia, ni de la cultura, que no tenga una gran tarea que realizar en los campos.¹⁶

... La gran realidad es la siguiente: que la vida del país este se desarrolla fundamentalmente en el interior del país, en el campo. Donde hay tareas verdaderamente que realizar, grandes cosas que hacer, es en el campo.¹⁶ Y, por eso, nosotros debemos de fomentar un mínimo de urbanismo y un máximo de ruralismo; nosotros debemos volcar el país hacia el interior del país.¹⁶

Marchamos, compañeros trabajadores —y es lo que hay que decirles a los compañeros en la base, es lo que hay que decirles a los compañeros en la base—, marchamos en todos los órdenes hacia soluciones definitivas, marchamos en todos los órdenes hacia soluciones definitivas. No andamos con politiquería, no andamos con engaños, no andamos con demagogias, no andamos con miseria, no andamos con cobardía. Gobernantes cobardes no harían esto. Abandonarían esos planes, se despreocuparían de todo, con tal de dar ahora un poquito más de esto y de lo otro, sin importarles las soluciones definitivas.¹³

A nosotros nos faltan muchas cosas, pero nuestra política consiste en buscar soluciones definitivas.¹³

Revolucionarios y seudorrevolucionarios

Nos queremos llamar revolucionarios, pero esa palabra, « revolucionario », tiene cada vez un sentido más ambicioso; esa palabra, « revolucionario », tiene cada vez más un sentido nuevo. Es que hay que aplicarle también la dialéctica al concepto de revolucionario. Y es que nosotros no podemos llamarnos revolucionarios si no aspiramos de verdad y consecuentemente a una sociedad superior. Y no son pocas las cosas que conspiran contra la lucha de los pueblos y la lucha de los hombres por alcanzar formas de vida social superior.¹⁷

Pero nuevas etapas tenemos por delante. Y nuevamente en el camino nos encontraremos con ideas reaccionarias, ideas que podrían ser revolucionarias hace diez años, y que hoy pueden ser perfectamente reaccionarias, porque posiciones ideológicas de ayer ya pueden no ser suficientemente avanzadas hoy frente a las posiciones ideológicas de hoy, frente a los que miran más lejos, frente a los que van más allá, frente a los que no se conforman con poca cosa, frente a los que no se conforman con cualquier cosa, frente a los que creen en el pueblo, frente a los que creen en el hombre.¹⁷ Tiempos hubo en que nos acusaban de aventureros ; tiempos hubo en que decían que éramos unos soñadores y unos ilusos. Montones de veces se dijo que con qué contábamos, que cómo íbamos a poder derrotar a Batista y a su ejército ; montones de veces. Pocas veces nos habrán visto ustedes echarle en cara a nadie sus errores del pasado, porque ése es un buen procedimiento para destruir hombres ; pocas veces nos habrán visto ustedes explotar los errores de otros, ni humillar a los hombres, ni aplastarlos ; nunca nos habrán visto sino con los brazos abiertos. Si no, ¿ cómo se concibe que la Revolución haya ganado en fuerza ? ; si no, ¿ cómo se concibe que lo que fue obra de un puñado reducido de hombres sea hoy obra de todo un pueblo ? Si hubiésemos sido un grupito de sectarios atrincheros en las prerrogativas de nuestros triunfos y de nuestros éxitos, cerrándole las puertas a todo el mundo, nunca se habría convertido este movimiento revolucionario en un movimiento de masas y de pueblo ; habríamos caído en el absurdo de negarles el derecho a morir a los que murieron en Girón porque no hubiesen estado en la Sierra, el derecho a defender la Revolución como su obra, a dar por ella su sangre y su vida.¹⁸

¿ Qué importancia puede tener eso de 10 a uno ? Cuando nosotros nos volvimos a reorganizar [en la Sierra Maestra, después del desembarco del « Granma »] y reunimos siete fusiles, la proporción era de siete mil a uno. Cuando llevábamos un año de guerra y teníamos 100 hombres, la proporción era de 500 a uno. Cuando lanzaron la última gran ofensiva contra nosotros, en la Sierra Maestra, la proporción era de 200 a uno entre las fuerzas totales del enemigo y nosotros. Cuando invadimos el país, la proporción era de 50 a uno, y cuando ganamos la guerra la proporción era de 20 a uno.¹⁹

¿ Pero quién podía pensar en aquella época en una revolución contra el ejército ? ¡ Nadie podía pensar en una revolución contra el ejército ! Incluso existía el apotegma, que se venía repitiendo no se sabe desde cuánto tiempo hacía, de que las revoluciones se podían hacer con el ejército o sin el ejército ; pero nunca contra el ejército. Y aquella idea prevalecía de manera absoluta en la mente de los políticos de aquellos tiempos. La idea de una revolución contra el ejército, contra sus fuerzas armadas, contra el sistema, parecía a mucha gente una idea absurda, parecía a todos los políticos burgueses, que eran los que dirigían la política de este país, una locura. ¿ Pensar, además, en una revolución contra

todas aquellas fuerzas, prácticamente sin un solo depósito de armas ; más, no sólo sin un solo depósito de armas, sin un solo centavo para comprar armas ? Eran muy pocos los que habrían podido creer en aquello. Sólo hombres del pueblo, de las filas más humildes del pueblo, sanos, desprovistos de ambición, podían sentir aquella posibilidad, podían sentir aquella fe, podían creer en que fuera posible llevar a cabo una lucha en condiciones tan difíciles.¹¹

Los revolucionarios, los iniciadores de las procesos revolucionarios, suelen tener un gran prestigio en el pueblo, una gran autoridad en el pueblo, y con esa autoridad pueden hacer mucho bien, pero pueden llegar a hacer también mucho mal. Esperamos que en los tiempos venideros pocos o ningún hombre tenga la autoridad que los iniciadores de esta Revolución hemos tenido, porque es peligroso que los hombres tengan tanta autoridad. Y lo más seguro para los pueblos será esa seguridad que hemos descubierto con los métodos de masa. Esa opinión sólida, esa barrera infranqueable que las masas oponen a los oportunistas, a los farsantes, a los que carecen de mérito, a los que carecen de capacidad, a los ambiciosos, a los abusadores del poder. Porque si las masas comprenden que ningún hombre que padezca estas faltas puede dirigir un sindicato, o puede ser miembro del Partido, la conciencia de todo un pueblo, la sólida opinión de un pueblo será barrera infranqueable, barrera infranqueable para los ambiciosos, los oportunistas, los farsantes, los abusadores del poder.¹²

Y no tendría ningún inconveniente en repetir hoy lo que dije cuando no era más que un ignorante, aquel día 8 de enero de 1959, un ignorante con enorme responsabilidad sobre sus hombros, con enorme autoridad en sus manos, cuando bajamos de la Sierra, victoriosos. No tendría ningún inconveniente en repetir lo que dijimos en aquella ocasión, a pesar de nuestra ignorancia : « siempre sabremos tener paciencia, y cuando se nos acabe la paciencia, buscaremos más paciencia ». El instinto, el instinto más que la sabiduría, nos dictaba esa pauta. Hoy la experiencia confirma ese punto de vista y ojalá que siempre los hombres que en este país tengan autoridad, en cualquier época, sepan dirigir su conducta por esa norma, sepan dirigir su conducta por ese pensamiento. Ojalá nuestro país, nuestro pueblo, no tenga jamás que soportar ningún abuso de poder. Ojalá que nuestro país en su proceso revolucionario jamás tenga que soportar esas deformaciones, esas hipertrofias.¹³

A las ideas optimistas, revolucionarias, que defendemos no les faltarán críticos, calculadores, esa gente que tiene una posición absolutamente metafísica ante la vida ; suman, restan, pero les falta una suma : es la suma de la voluntad, es la suma del valor, es la suma de la decisión, es la suma de los factores morales con los cuales los pueblos siempre han realizado las más grandes tareas en la historia de la humanidad.¹⁷

Por mi experiencia revolucionaria, nunca he estado mejor informado que cuando hablo con el pueblo, que cuando me reúno con trabajadores, con estudiantes, con campesinos. He tenido en mi vida dos universidades : una donde aprendí nada y otra donde lo aprendí todo. Y ésta es el contacto

con la gente, con sus inquietudes, con sus preocupaciones, con sus problemas, con aquellas cosas que les preocupan. No debe haber ningún hombre que se considere cuadro político que no posea sensibilidad para sentir hondamente la gente y los problemas de la gente.¹³

Cuando ustedes vean alguien que dice : « No sé », mírenlo con suspicacia ; cuando ustedes oyen decir a alguien : « No puedo », mírenlo con sospecha ; cuando ustedes vean que alguien dice « Esto es mucho », mírenlo con reservas ; porque lo que tenemos que decir todos, ustedes y nosotros, es « ¡ Sí, podemos ! ¡ Y lo que no sepamos, lo aprendemos ! » Tenemos que decir que nada es mucho para nosotros.¹⁷

La Revolución puede jubilar a cualquiera, incluso la Revolución puede jubilar generosamente a cualquier revolucionario que se haya cansado ; es más negocio un revolucionario jubilado, que un cansado haciendo el papel de revolucionario. Y la verdad es que debemos estar en eso muy claros. Si hay cansancio, jubílese ; pero no se convierta en estorbo. Hay mucho que hacer y esta tarea es de revolucionarios. No basta con haber sido revolucionario ayer, hay que saber ser revolucionario hoy, hay que saber ser revolucionario mañana. Y hasta, incluso, se puede ser revolucionario no estorbando, no estorbando. Vengan nuevos cuadros, vengan nuevas generaciones de hombres ; promuévanse los más aptos ; no se aferre nadie a los honores, ni a los cargos, que eso siempre ha costado muy caro a los pueblos. Vengan nuevas generaciones mejores que nosotros, vengan nuevas generaciones más aptas que nosotros, que gustosamente les iremos dando el puesto de vanguardia ; pero lo que no dejaremos de ser jamás, jamás dejaremos de ser revolucionarios, jamás nos conformaremos con media Revolución, jamás nos resignaremos al mínimo, sino al máximo ; jamás nos detendremos en la mitad del camino.¹⁷

Nuestra confianza en el pueblo no es de hoy, cuando el pueblo ha demostrado más que de sobra de lo que era capaz, cuando ha demostrado más que de sobra que no estábamos equivocados. Cuando nada de esto había ocurrido, cuando no se reunía una multitud como ésta —y como todas las multitudes que se reúnen en la Plaza de la Revolución— creíamos en el pueblo, confiábamos en el pueblo, conocíamos al pueblo. Y sabemos que de este pueblo se puede decir todo ; sabemos que este pueblo llegará tan lejos como sea capaz de llegar cualquier pueblo ; que este pueblo es tan revolucionario como sea capaz de serlo cualquier pueblo ; y que este pueblo hará su Revolución, ¡ su Revolución !, que es nuestra Revolución, nuestro camino, sin despreciar ninguna experiencia, sin subestimar los méritos de ningún pueblo. Pero sabemos, tenemos la más profunda convicción de que tenemos, de que debemos, y que lo único revolucionario es hacer **nuestra Revolución**. Hay espíritus serviles, hay espíritus domesticados, hay gentes que se ofenden, gentes de aquí, que se ofenden cuando decimos : ¡ hacer **nuestra Revolución** !, cuando decimos que el pueblo hará **su Revolución**. Lo estiman como una especie de pecado, como una especie de sacrilegio marxista-leninista.¹⁷

No pueden calificarse de revolucionarios quienes proclaman formas políti-

cas y sociales que constituyen hoy un freno al desarrollo del hombre y sus medios de vida.⁷

¿Existe, acaso, un arma capaz de vencer a un pueblo que se decide a luchar por sus derechos? Y ¿qué se entiende por pueblo? Entendemos por pueblo —cuando hablamos de lucha— la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre. La primera condición de la sinceridad y de la buena fe en un propósito es hacer precisamente lo que nadie hace, es decir, hablar con entera sinceridad, claridad y sin miedo. Los demagogos y los políticos obran el milagro de estar bien en todo y con todos, engañando necesariamente a todos en todo. Los revolucionarios han de proclamar sus ideas valientemente, definir sus principios y expresar sus intenciones para que nadie se engañe, ni amigos ni enemigos. Y cuando los pueblos alcanzan las conquistas que han estado anhelando durante varias generaciones, no hay fuerza en el mundo capaz de arrebatárselas. Porque renunciar a la libertad, es renunciar a la calidad de hombre, a los derechos de la humanidad, incluso a sus deberes.¹²

... El deber de todo revolucionario, como dice la Declaración de La Habana, es hacer la revolución, y hacer la revolución de hecho y no de palabra. No ser revolucionario solamente en teoría, sino revolucionario en la práctica. Si los revolucionarios invierten menos energía y menos tiempo en teorizaciones, y dedican más energía y más tiempo al trabajo práctico, y si no se toman tantos acuerdos y tantas alternativas y tantas disyuntivas y se acaba de comprender que más tarde o más temprano los pueblos todos, o casi todos, tendrán que tomar las armas para liberarse, entonces avanzará la hora de la liberación de este continente. Y entre los que teorizan, y los que critican a los que teorizan y a la vez se ponen a teorizar, desgraciadamente se pierden muchas energías y mucho tiempo. Nosotros creemos que en este continente, en todos o en casi todos los pueblos, la lucha asumirá las formas más violentas. Y cuando se sabe eso, lo único correcto es prepararse para cuando esa lucha llegue, ¡prepararse!¹³

Frente a los reveses, los seudorrevolucionarios proclaman el fracaso del verdadero camino revolucionario. Hay algunos que pretenden presentarnos a nosotros como fanáticos de la guerra, como maniáticos de la lucha armada. Hay gente que, en pose de sensatos como tantos que nosotros conocimos aquí, predicán el camino del electorerismo y de la charlatanería. No es que nosotros pretendamos que en todos los países existan exactamente las mismas condiciones. No es que nosotros pretendamos que en todos los países se den exactamente las mismas condiciones de Cuba; y efectivamente, hay, incluso, en este continente, algunas excepciones, pero muy, pero muy, muy, muy contadas excepciones, donde las condicio-

nes son diferentes, donde las posibilidades son más difíciles. Pero de lo que nosotros estamos convencidos es de que en la inmensa mayoría de los países de América latina existen condiciones superiores para hacer la revolución de las que existían en Cuba, y de que si esas revoluciones no se hacen en esos países es porque falta la convicción en muchos que se llaman revolucionarios.¹¹

Nosotros no negamos la importancia del Partido, la Organización, el Movimiento, o como se llame. Pero un partido no es partido por llamarse « Partido ». Un partido no es marxista-leninista porque haya inscrito en el Registro de la Propiedad el nombre de « Marxista-Leninista ». Un partido no es marxista-leninista porque dice que cree en las ideas del marxismo-leninismo. Para hacer la revolución hace falta un partido o una organización marxista-leninista, una organización revolucionaria. Señores, si hay un Partido Marxista-Leninista que se sabe de memoria todos los pasajes de la Dialéctica de la Historia y de *El Capital* y todo lo que han escrito Marx y Engels y Lenin, y « no dispara un chicharo », como se diría en el lenguaje vulgar, criollísimo... ¿ los otros están obligados a no hacer la revolución ? ¿ los que quieren hacer la revolución no se pueden constituir en organización, en partido ?¹²

... El frasco no hace el perfume ; en todo caso, el perfume hace al frasco. Usted puede llenar una botella de cerveza con agua de colonia y será una botella de agua de colonia.¹³

¿ Quiénes harán la revolución en América latina ? ¿ Quiénes ? [**gritos de : ¡ el pueblo !**] El pueblo, los revolucionarios, con partido o sin partido. Me acusan de hereje ; dícese que soy un hereje en el terreno del marxismo-leninismo. ¡ Hum !, esto hace gracia porque organizaciones llamadas « marxistas », que se llevan como el perro y el gato y se disputan la verdad revolucionaria, nos imputan a nosotros que queremos aplicar mecánicamente la fórmula de Cuba. Nos imputan que desconocemos el papel del Partido, nos imputan que somos herejes dentro del campo del marxismo-leninismo. ¡ Suerte que Marx, Engels y Lenin no se vieron en esa situación, porque seguro que los habrían acusado de herejes, ¡ seguro !¹⁴

... Los clichés a veces hacen más daño que el mismo imperialismo, porque el imperialismo excita y estimula la lucha de los pueblos con sus represalias y sus crímenes, y los dogmas, los clichés, matan el espíritu en los revolucionarios, lo adormecen.¹⁵

¿ Quiénes serán los hombres que dirijan la revolución en este continente ? Tal vez en muchos casos sean, como aquí, hombres cuyos nombres no han aparecido nunca en la letra de molde, hombres que ni siquiera son conocidos. Pero nosotros sabemos que en las filas del pueblo, en las entrañas del pueblo, existen esos tipos de hombres que más tarde o más temprano, interpretando correctamente las realidades y los hechos, poseyendo convicción revolucionaria y confianza en el pueblo, llevan adelante a sus pueblos hacia la liberación.¹⁶

Si a mí me preguntaran cuáles son los más importantes aliados del imperialismo en América latina, yo me diría que son los ejércitos profesionales, yo

no diría que es la Infantería de Marina yanqui, yo no diría que son las oligarquías ni las clases reaccionarias, yo diría que son los seudorrevolucionarios.¹¹

Y seudorrevolucionarios hay muchos, charlatanes hay muchos, farsantes, embaucadores, de todos los tipos —no voy a hacer definiciones porque sería larga la enumeración. Pero revolucionarios, revolucionarios de convicción, que sienten profundamente una causa, una idea, que conocen una teoría y son capaces de interpretar esa teoría acorde con las realidades, esos desgraciadamente son muy pocos. Pero siempre y cuando haya hombres con esas convicciones —aunque sea un puñado de hombres— allí donde se dan las condiciones objetivas para la revolución, habrá revolucionarios. Porque las condiciones objetivas las hace la historia ; pero las condiciones subjetivas las crea el hombre. Y en todos esos países, en todos esos países donde esas condiciones objetivas existen, nosotros sabemos que no faltarán los hombres que sean capaces de crear las otras condiciones, de la única forma : que es luchando. Y los mejores aliados del imperialismo y de la explotación son en esos países los que tratan de frenar las revoluciones, los derrotistas, los que no quieren luchar. Porque hace falta comprender —y comprender de una vez— que para ser revolucionario no se necesita sólo una teoría, se necesitan convicciones profundas, una gran confianza en las masas, una gran decisión de lucha y de sacrificio.¹²

No hay mejor maestro de las masas que la misma revolución, no hay mejor motor de las revoluciones que la lucha de clases, la lucha de las masas contra sus explotadores. Y fue la propia revolución, el propio proceso revolucionario, quien fue creando la conciencia revolucionaria. Y eso de creer que la conciencia tiene que venir primero y la lucha después, es un error. ¡ La lucha tiene que venir primero e inevitablemente detrás de la lucha vendrá con ímpetu creciente la conciencia revolucionaria !¹³

... Algunos visitantes latinoamericanos que han estado en la República Popular China han escuchado de labios de algunos de los nuevos detractores de esta Revolución, que es una lástima que esta guerra de Cuba no hubiese durado muchos años ; porque si hubiese durado muchos años se habría profundizado más la conciencia revolucionaria de nuestro pueblo. Y este argumento es, en primer lugar, una gran falsedad. Porque la conciencia revolucionaria de este pueblo no ha dejado de profundizarse un solo minuto, desde el triunfo victorioso de las armas revolucionarias. Es falsa porque, concluida la lucha de las fuerzas guerrilleras, comenzó para este país entero, para este pueblo revolucionario, cada vez más, una lucha más difícil y más dura que la lucha guerrillera por la conquista del poder revolucionario.¹⁴

Y jamás podremos esgrimir el inmoral argumento de que, mientras más sangre derramen los pueblos, más revolucionarios. Porque con la sangre de los pueblos es inmoral hacer tales razonamientos. Nosotros podemos decir : « derrámese tanta sangre de los pueblos como sea necesaria para hacer la revolución, derrámese, si es necesario, la sangre de todo el pueblo para defender la revolución ». Pero jamás decir : « lamentamos que no se

haya derramado una gota de sangre, sobre todo de sangre innecesaria ».⁶
 ... ¡ El último país —escúchese bien—, el último país de la Tierra que por
 infinidad de razones —históricas, geográficas, patrióticas, revolucionarias
 y morales—, el último país que hará las paces con el imperialismo será este
 país !¹

Al menos los que de verdad luchan, aún cuando en un momento dado sean
 adversarios, merecen algún respeto. Los que no merecen ningún respeto
 son los otros : los asalariados, los calumniadores a sueldo, que son los que
 han sido tomados de instrumentos para acusar a Cuba, para lanzar contra
 Cuba una campaña al estilo imperialista, al estilo goebbelsiano, al estilo
 fascista. Porque si vamos a discutir a fondo, pues, habrá que decir verdades
 a todos. ¡ Y habrá que desenmascarar todo lo que hay de ribete fascista
 bajo emblema marxista !⁶

Pero si la ceguera es dolorosa, más doloroso es que hayan en el mundo
 gentes que pretendan ser calificadas de revolucionarios y que, siguiendo
 órdenes de amos, se lancen como vulgares corifeos, siguiendo la batuta de
 un poderoso, para atacar a esta Revolución que escribe una de las páginas
 más brillantes de la historia contemporánea a sólo noventa millas del
 imperialismo yanqui.⁶

¿ Y quiénes son esos corifeos ? Revolucionarios de « pacotilla », teóricos
 de una guerra revolucionaria que no van hacer jamás, gentes que nunca
 han disparado ni dispararán un tiro, que nunca han disparado ni dispararán
 un tiro.⁶

Ayudamos a los movimientos revolucionarios, ¡ a todos ! Eso no es un
 secreto. Pero no le ponemos condiciones a ninguno. Tenemos amigos, pero
 no corifeos.⁶

... Hay un espécimen de revolucionario sin criterio que pulula por distintas
 capitales. Está allí donde le dan albergue y la comida y donde puede pasar
 el tiempo charlataneando. Es una maravilla. Nosotros tenemos todos los
 documentos. Algún día los recogeremos y los publicaremos. Hay que diver-
 tirse oyendo a esos catedráticos de revolución. Cómo nos despellejan,
 cómo tratan a estos pobres herejes que somos nosotros, que cometemos
 el delito, entre otros, de estar haciendo una revolución socialista aquí, sin
 claudicación y sin concesiones en ningún terreno, y mucho menos en el
 terreno ideológico, al imperialismo yanqui. Y ese espécimen es de latino-
 americanos que hacen revolución desde Europa o desde Asia.¹³

Nuestro campo de batalla abarca todo el mundo

Somos un pueblo lleno de amor por nuestra pequeña isla, sin ambiciones
 hegemónicas de ninguna clase. Un país pequeño que, en sus fronteras y en
 sus recursos naturales, tiene todo lo necesario para crear su felicidad ;
 pero un pueblo que no puede olvidar que el imperialismo está ahí, que el
 imperialismo nos amenaza a la vez que oprime a nuestros hermanos en el
 resto del continente, que nos amenaza a la vez que agrade a nuestros

hermanos vietnamitas ; que nos amenaza a la vez que interviene en Santo Domingo. ¡ Y nunca olvidaremos que formamos parte de ese mundo, que nuestra suerte es la suerte de ese mundo, que nuestra victoria es la victoria de ese mundo contra el imperialismo, y que la derrota de ese mundo sería nuestra derrota y nuestra esclavitud ! Sabemos que nuestra libertad jamás será una libertad completa, jamás será una libertad cabal, mientras los demás pueblos no sean también libres ; sabemos que en nuestra lucha con el imperialismo jamás podríamos salir victoriosos si no nos apoyamos en las fuerzas de todos los que luchan contra el imperialismo.¹³

Mientras los Estados Unidos mantengan su política de agresión e intervencionismo y su sistema de explotación imperialista sobre los pueblos de América latina, Asia y Africa, el gobierno revolucionario de Cuba no estará interesado en reanudar las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos.

¿ Cómo es posible hablar de relaciones con un país que, con un espíritu criminal, bárbaro, reaccionario, siembra la muerte y la destrucción en un pueblo como el vietnamita ? ¿ Cómo es posible si los Estados Unidos, sin mediar siquiera relaciones diplomáticas, sin más base que la solicitud de un gobierno tiránico, ilegítimo y en crisis, intervinieron e invadieron la República Dominicana ? ¿ Cómo es posible si su conducta, si su política internacional está dirigida a reprimir todos los movimientos que en una América hambrienta luchan por el pan, por la tierra, por la libertad, luchan por su redención ? ¿ No se tiene en cuenta Playa Girón ? ¿ No se considera el implacable bloqueo económico que inútilmente pretendió aislar a Cuba ? ¿ No se ha pensado en la Crisis de Octubre ? No, con el imperialismo no hay que hablar de relaciones : hay que cortarles las manos.¹²

Nosotros estamos conscientes de que nuestro país escribe —le ha tocado escribir— una página gloriosa en la historia de este Continente y que se siente digno de esa tarea y se siente capaz de seguir escribiendo esa página sin que nada lo pueda detener, sin que nada lo pueda detener, sin que nada lo pueda amedrentar. Podrá haber quienes traten de llamar al instinto de conservación del pueblo, sugerirle el abandono de sus obligaciones más sagradas en el campo internacional, en aras de la seguridad, en aras de evitar peligros, pero nosotros sabemos bien, muy bien, cómo piensa nuestro pueblo. Y más que un pueblo tímido, más que un pueblo en quien se pueda hurgar el instinto de conservación, tenemos el pueblo sereno y heroico de la Crisis de Octubre, el pueblo sereno y heroico de cada uno de los momentos difíciles, el pueblo sereno y heroico que jamás retrocederá un solo paso ante el enemigo, el pueblo sereno y heroico que no quiere paz sin dignidad, el pueblo sereno y heroico que no quiere seguridad al precio de la claudicación, el pueblo sereno y heroico que ama su trabajo, que siente un amor profundo por su trabajo, que lucha por su bienestar, que lucha por el mejoramiento de sus condiciones materiales, que lucha por el porvenir, pero que jamás querrá la obtención de ese porvenir al precio indigno de traicionar sus deberes internacionalistas.¹³

Y ciertamente que la lucha en que está enfrascado este país es una lucha dura y difícil ; ciertamente que la página que escribe nuestro pueblo en la

historia contemporánea no es una cosa fácil. El reto lanzado a nuestros enemigos, que son los enemigos de los pueblos de este continente, de los pueblos del mundo, no es cualquier cosa ; es una tarea de pueblos revolucionarios, una tarea de hombres revolucionarios. No es cosa de siete mil millones, ni de enanos ; es cosa de titanes, de un pueblo de titanes. Porque es el reto contra todos los recursos y todas las fuerzas del imperio yanqui, que es la fuerza reaccionaria y agresiva más poderosa entre las fuerzas imperialistas.⁹

Si los imperialistas bombardean un día este país, si los imperialistas ponen un pie en este país, sepan que no habrá imperialista prisionero, sepan que no quedará títere con cabeza. El primer decreto será como el decreto de Bolívar en la lucha por la independencia : el de guerra a muerte contra todo enemigo imperialista o títeres imperialistas que pisen esta tierra.⁹ Porque nosotros no queremos guerra, no queremos destrucción de nuestras riquezas, no queremos la destrucción del fruto de nuestro trabajo ; pero cuando nos toquen un pelo, un solo pelo, tendrán que matar hasta el último ciudadano revolucionario de este país. Porque para nuestros enemigos no habrá seguridad, ni habrá tregua, ni habrá consideración de ninguna clase. Porque sabemos que a los piratas hay que tratarlos como piratas, a los bandidos hay que tratarlos como bandidos.⁹

... Estamos en los umbrales de un período histórico en este continente ; estamos en los umbrales de una profunda crisis revolucionaria en este continente ; que se avecinan los años en que los pueblos de América latina librarán su última y gloriosa batalla por su libertad, contra el imperialismo yanqui. Y a medida que esto ocurra, crecerá el odio de los imperialistas contra Cuba ; a medida que esto ocurra, serán más y más las voces aconsejando la agresión contra nuestro país. Y es nuestro deber, es nuestra obligación estar preparados.⁶

Nosotros, países pequeños, que no nos asentamos en la fuerza de ejércitos de millones de hombres, que no nos asentamos en la fuerza de un poderío atómico ; nosotros, países pequeños —como Vietnam y como Cuba—, tenemos suficiente instinto para ver con serenidad y para comprender que a nadie más que a nosotros, en situaciones especiales —a 90 millas aquí del imperio yanqui, atacados allá por las aviones yanquis— nos afectan estas divisiones y estas discordias que debilitan la fuerza del campo socialista.⁴

Debemos estar preparados incluso para condiciones de bloqueo total del país, a resistir todo el tiempo que sea necesario, a convertirnos si es necesario en un pueblo agrícola pastoril los años que fuesen necesarios, a cultivar con yuntas de bueyes, ¡pero resistir !⁶

Si los imperialistas yanquis se toman la libertad de bombardear donde les de la gana, y de enviar sus tropas mercenarias a reprimir el movimiento revolucionario en cualquier parte del mundo, los pueblos revolucionarios sienten el derecho de ayudar, incluso con su presencia física, a los pueblos que luchan contra los imperialistas yanquis.³

En la América latina no debe quedar ni uno, ni dos, ni tres pueblos

luchando solos contra el imperialismo. La correlación de fuerzas de los imperialistas en este continente, la proximidad de su territorio metropolitano, el celo con que tratará de defender sus dominos en esta parte del mundo, exige en este continente, más que en ninguna otra parte, una estrategia común, una lucha común y simultánea.²

Desgraciadamente, las fuerzas de Cuba son limitadas. Pero en la medida de esas fuerzas, y de la manera óptima posible, y de la manera más decidida, a la vez que más adecuada a las circunstancias, presta y prestará a la Revolución su máximo apoyo.³

Nosotros somos un Estado pequeño, bastante próximo a las costas de la metrópoli imperialista ; nuestras armas son eminentemente armas defensivas ; pero nuestros hombres, de todo corazón, nuestros militantes revolucionarios, nuestros combatientes, están dispuestos a luchar contra los imperialistas en cualquier parte del mundo [...] Para los revolucionarios cubanos el campo de batalla contra el imperialismo abarca todo el mundo.⁴

Los pueblos son nuestros aliados. Algún día los pueblos impondrán la amistad hacia nuestro país. Algún día el propio pueblo norteamericano será aliado del pueblo de Cuba ; algún día el pueblo norteamericano ajustará las cuentas con sus gobernantes imperialistas.⁵

A un número determinado de norteamericanos les preocupa ya el que los Estados Unidos insistan en su papel de gendarme internacional, en querer imponer y determinar qué clase de gobierno deben y pueden tener otros pueblos. Porque esta política, al mismo tiempo que ocasiona la destrucción en otros territorios y despierta un odio universal, también produce muertes entre los soldados norteamericanos, gravita sobre la economía el país y, a la larga, conducirá a los Estados Unidos a la ruina. Ahora bien, la lucha revolucionaria no consiste sólo en una crítica contra determinados factores que afectan el equilibrio y sostenimiento del sistema capitalista, lo que en resumidas cuentas es una defensa del mismo, sino en el esfuerzo por cambiarlo totalmente ; y esa lucha no la libra todavía el pueblo de los Estados Unidos, sino que se libra fuera de los Estados Unidos, en Asia, en África y en la América latina.¹²

... Lo importante es que el imperialismo se vaya al diablo. Y el imperialismo se irá al diablo. De eso se está encargando el pueblo heroico de Vietnam, de eso se encargarán los heroicos pueblos oprimidos, de eso se encargarán no los farsantes, no los seudorrevolucionarios, sino los combatientes, los pueblos en su lucha contra el imperialismo, en su lucha por la liberación. De eso estamos seguros. No importa la charlatanería, eso no impedirá la caída del imperialismo. No importan los sateloides, no importan los sin criterio, si los pueblos —sin que nada ni nadie se lo pueda impedir— harán la revolución.¹³

La historia tendrá que decir su última palabra sobre toda esta etapa. Habrá revolución que la dirijan los partidos llamados marxista-leninistas o los partidos comunistas. ¡ Magnífico, maravilloso, formidable ! Nosotros estamos dispuestos a hacernos 10 críticas y a vestirnos de penitencia los años que nos quedan de nuestras vidas por herejes y que nos condenen, que

nos critiquen, que nos anatematicen. Pero si hay revolución, hágala quien la haga, ¡magnífico! Lo importante es que haya revolución, y nosotros creemos que habrá revolución.¹³

... Lo que ocurre con esos ejércitos de gorilas es que al principio le llevan ventaja a los guerrilleros en experiencia represiva, y siempre comienzan con ventajas; los primeros momentos de todo movimiento guerrillero son los más difíciles, porque se enfrentan con organismos militares que tienen alguna experiencia de infiltrar espías, tienen algunas experiencias para perseguir, cercar y aniquilar a los revolucionarios. Mientras que los revolucionarios comienzan siempre sin ninguna experiencia, y hay un periodo muy difícil, en que el enemigo tiene ventaja, pero tan pronto el revolucionario adquiere un poco de experiencia, no tarda en rebasar el nivel de experiencia antirrevolucionaria que tienen las fuerzas represivas.¹¹ Las guerrillas deben estar siempre en continuo movimiento, evitar el error absurdo de los campamentos fijos, cuidarse mucho de la infiltración enemiga y tener muy en cuenta que cualquier mensajero que se traslade a la zona dominada por el enemigo implica siempre el peligro de que caiga en manos de éste y lo obliguen a dar informaciones precisas y exactas que permitan ubicar al destacamento del que procede; peligro que es grande cuando la guerrilla es todavía débil e inexperta, y casi mortal cuando carece del hábito de moverse casi incesantemente. Atender estas normas elementales de seguridad es decisivo, sobre todo al principio, cuando las fuerzas revolucionarias enemigas no dominan sólidamente ningún territorio y las columnas enemigas pueden alcanzar con rapidez cualquier punto en la zona guerrillera.¹²

Infortunadamente, muchos que quieren hacer la lucha armada se han leído tres o cuatro libros de guerra de guerrilla —o diez— y usted oye cosas que son asombrosas: comandantes guerrilleros que se pasan seis meses en la ciudad, siete meses, ocho meses, diez meses... ¡Insólito! Organizaciones que en medio de la lucha, en vez de enviar a los mejores jóvenes a las guerrillas, sustraen combatientes de las mismas para enviarlos al extranjero dos o tres años y prepararlos como cuadros políticos. Estos jóvenes después no tendrán ninguna autoridad para actuar como tales cuadros políticos. Muchos les preguntarán qué hacían ellos mientras se luchaba en el país. Nadie comprenderá su ausencia, y sin que ellos tengan ninguna culpa quedarán traumatizados y se sentirán terriblemente mal ante sus compañeros y ante su pueblo, a la hora de hacer la revolución desde el poder en cuya conquista no han participado en lo absoluto. ¿Cómo puede haber, además, un buen cuadro político que no haya conocido los azares, los sacrificios, los riesgos y las vicisitudes de la lucha? Eso es sencillamente un error criminal.¹³

Nada puede sustituir el vínculo de los principios

La Revolución no tiene ningún motivo para ser débil o tolerante absolutamente con nadie; la Revolución, con su Partido a la vanguardia y sus

sólidos instrumentos de combate y defensa, no tiene que contemporizar con ningún vicio, ninguna debilidad, ningún grupo, ninguna capilla, ningún privilegio, ningún favoritismo. Tiene el derecho de exigir y tiene el deber de hacerlo. Nadie en absoluto tiene derecho a atrincherarse en los méritos, sacrificios y esfuerzos del pasado. ¿Qué méritos pueden compararse con los que lucharon diez años en la manigua redentora o treinta años en nuestras primeras luchas emancipadoras o dieron su vida a lo largo de un siglo de lucha? Ningún revolucionario tiene derecho a olvidarse de sus deberes de hoy por relevantes que puedan haber sido sus méritos en el pasado, porque el pueblo, como un todo, sólo puede construir su futuro y ganar las grandes batallas que tiene por delante con el trabajo, la abnegación, el sacrificio, el sudor y la sangre de lo que hoy se hace y mañana habrá que hacer, porque la historia que está por escribir es más larga y más meritoria que la que los revolucionarios contemporáneos hemos escrito hasta aquí.⁵

Nunca fuimos, ni jamás seremos sectarios. Quienes pretenden acusarnos de sectarios cometen un error, incurren en una gran injusticia, porque hemos sido siempre enemigos de todas las formas de sectarismo, hemos sido siempre enemigos de excluir a nadie de ninguna oportunidad simplemente porque no venga de nuestras filas originales. Ninguna injusticia mayor que presentar a la dirigencia revolucionaria, que presentarnos a nosotros practicando ningún género de exclusivismo, practicando ningún género de exclusión, de intolerancia, de discriminación. Hemos sido, por el contrario, enemigos sistemáticos, predicadores sistemáticos contra esos procedimientos. No hay nada más absurdo ni más ridículo que el sectarismo. Algunos pretenden atrincherarse en esa imputación para defender la incapacidad, para defender la incompetencia.¹³

... Nuestra Revolución ha conocido distintos tipos de hombres: hombres que son conscientes de sus limitaciones, hombres que son conscientes de su ignorancia y, en consecuencia, son cuidadosos, son cautelosos con las cosas que hacen; pero también hombres que no son conscientes de sus limitaciones, hombres que no son conscientes de su ignorancia. Y lo más peligroso que puede haber en el campo social no es un ignorante, sino un ignorante que ignora su ignorancia. Un ignorante consciente de sus limitaciones no es peligroso; un ignorante inconsciente sí es peligroso.¹³ Hay algo que distingue a los revolucionarios de los que no lo son, y es la actitud ante el futuro, la actitud ante las grandes metas, la actitud ante los grandes objetivos a lograr. Empiezo por decir que quien no tenga una actitud de combate, una actitud de confianza en la Revolución y en su fuerza, una actitud de confianza en el pueblo y en su inmensa capacidad de lucha y de trabajo y de creación, no será jamás un revolucionario.¹⁷ En el seno de la Revolución no debemos permitir, ni permitiremos jamás, discriminación, persecución contra nadie, exclusión de nadie, sectarismo de ninguna índole. Si procediéramos de esa forma seríamos indignos de ostentar la confianza del pueblo, indignos de ejercer el poder en nombre del pueblo. Porque el ejercicio del poder es una de las tareas más difíciles

que los hombres puedan hacer, porque abusar del poder es lo más fácil, abusar del poder es lo más frecuente, abusar del poder lo han hecho muchos. Ejercer el poder con serenidad, con objetividad, con mesura, no han sido desgraciadamente muchos. Y el poder es algo muy serio, y creo que a nada pueda ser tan alérgico este pueblo como al abuso de poder.¹³ Los problemas políticos no son fáciles. Por eso es necesario que las masas tengan una gran conciencia política. Y nosotros queremos que la conciencia de nuestras masas no sean conciencias clichés, no sean conciencias de manuales, porque otra cosa que le ha hecho tremendo daño a las ideas revolucionarias son los manuales. Y cuando yo me atrevo a hablar de estas cosas, no me quedará siempre más remedio que hacerlo con perdón de los doctos y de los sabios. Porque en estas materias hay muchos doctos, hay muchos sabios. Y al hombre que del Manual se aparta, al hombre que del Manual se aparta, lo despellejan. Hay mentalidades que tienen hábitos serviles. Hay el vicio del satelismo mental.¹³

No acuso a nadie de querernos imponer, desde luego, un camino. En primer lugar, me refiero a los serviles que no tienen fe en la capacidad de su pueblo para seguir un camino. Y afortunadamente, afortunadamente, aunque no hay pueblos mejores que otros, los pueblos pueden ser educados de una forma o de otra; y este pueblo nuestro tiene muy definidos perfiles mentales, muy definida idiosincrasia. No hay pueblo con más sensibilidad para el ridículo que éste. En este país un ridículo no escapa sin que lo descubran rápido. No hay pueblo con más agudeza y más malicia; es decir, más malicia para lo malo, para descubrir lo malo, en el sentido positivo de tener la capacidad de sonreírse frente a cualquier ridiculez, de descubrir cualquier maniobrita. Basta que un tipo sea medio politiquero, y en seguida lo descubren; un farsante, y en seguida lo descubren; un fariseo, y lo descubren; un ridículo, y lo descubren.¹³

Lo peor que puede ocurrirle a un proceso revolucionario es la tolerancia con las desviaciones revolucionarias o las faltas de los revolucionarios, porque el día que los revolucionarios comiencen a tolerarse unos a otros sus faltas, empiezan a dejar de ser revolucionarios para comenzar a ser camarillas. Y la historia de nuestro país conoce sobrados ejemplos de gentes que comenzaron siendo revolucionarios, y terminaron siendo bandidos; que comenzaron en sus años mozos a luchar por determinados ideales, y terminaron millonarios.⁹

... Toda amistad es falsa sin moral ni convicción revolucionaria. Entre los hombres revolucionarios nada puede sustituir el vínculo de los principios.⁵ Lo que hay que hacer es arrancar de raíz el amiguismo, el favoritismo, las distintas formas de parasitismo, las tendencias enervantes al acomodamiento e incluso la corrupción, la falta de métodos para seleccionar los cuadros, la falta de criterio para distinguir el revolucionario del contrarrevolucionario, la tolerancia hacia faltas, actitudes y vicios incompatibles con el espíritu revolucionario, que todavía subsisten en algunas gentes, en algunos sectores, en algunos frentes del trabajo.⁵

... Siempre que se pueda ganar una batalla sin que se derrame la sangre

de un mosquito, ganemos la batalla sin derramar la sangre de un mosquito. Y cuando no quede más remedio que derramar la sangre de muchos mosquitos, o muchos gusanos, pues entonces derramemos la sangre de los gusanos. Porque si estamos en defensa de la Revolución dispuestos a que se derrame la sangre de los revolucionarios, no vacilaremos en derramar la sangre de nuestros enemigos cuando las circunstancias lo exijan.⁶ Nada más fácil que usar el poder, e incluso nada más fácil que abusar del poder. Nada más difícil que ser serenos desde el poder, que ser pacientes desde el poder, que ser tolerantes desde el poder.⁶ Nada más fácil que aplastar a uno, a diez, a cien o a mil tipos conflictivos. Sin embargo, ¡jamás la Revolución ha hecho eso! ¡Jamás la Revolución se ha excedido en un ápice de poder! Y eso produce en todos los revolucionarios una sensación de seguridad: la seguridad de que contra él no se cometerá jamás una injusticia; la seguridad de que contra él nadie cometerá jamás un abuso de poder, porque no hay nada que valga tanto como la seguridad de los hombres, la tranquilidad de los hombres y la confianza de los hombres. Y que este poder no es mío, ni de diez, ni de veinte, ni del Comité Central, ni del Partido, sino del pueblo. Poder que nosotros tenemos el deber de administrar, porque nosotros somos administradores del poder del pueblo.⁶

... De este país no se llevan, ni mucho menos, lo mejor. Este país puede darse el lujo de permitir que se vayan todos los que no estén conformes con el socialismo. Porque a esta Revolución y a este país les queda suficiente pueblo conforme y decidido a vivir bajo el socialismo.¹ ... Al igual que cuando cualquiera quiere limpiar el arroz o los frijoles... busca agua, los pone en agua, los revuelve y toda la basura flota, de la misma manera también los imperialistas —dicho sea de una vez— cometieron un error estratégico. En su afán de hacer campañas, facilitaron la emigración de este país de la clase que tenían ellos que utilizar para la contrarrevolución. Se llevaron a la clase contrarrevolucionaria, se la llevaron casi toda, ¡que se lleven los pocos que quedan de una vez!¹⁰

Hacer más perfecta la vida del hombre

A nosotros nos ha correspondido la tarea de impulsar la Revolución, y dentro de la Revolución la más sagrada de todas nuestras obligaciones era cómo íbamos a formar a la nueva generación de nuestro pueblo, cómo íbamos a formar a nuestros jóvenes y a nuestros niños. Y nosotros hemos estado conscientes, desde el principio mismo de la Revolución, de que triunfaríamos en esta gran tarea histórica en la misma medida en que fuésemos capaces de resolver bien el problema de la formación de las nuevas generaciones.¹⁴

Y es para esta sociedad un triunfo extraordinario el que todas las vocaciones, todas, tengan su oportunidad. Nosotros hoy todavía no estamos en

condiciones de ver lo que eso significa, pero lo que significará para nuestra Patria y para nuestro pueblo en un futuro no lejano el que todas las inteligencias de este país puedan desarrollarse, puedan cumplir plenamente una vocación, eso nosotros no estamos en condiciones todavía de poder apreciarlo. Pero eso no había ocurrido jamás aquí, y posiblemente ha ocurrido en muy pocos países. Eso de darle oportunidad a la inteligencia del hombre para ver hasta dónde es capaz de llegar, sinceramente creemos que esa es una de las cosas más extraordinarias que esta Revolución ha logrado.¹⁴

Nosotros estamos seguros de que no se desviará la juventud cubana crecida en el seno de la Revolución. Porque si bien tiene en el orden material y en el orden espiritual todas las satisfacciones, esa juventud tendrá también una educación sólida, una conciencia bien formada, un temple de acero, un carácter recto que se logrará mediante la formación, mediante el estudio y el trabajo, mediante una formación integral que haga a nuestros jóvenes cada vez superiores a las generaciones anteriores, de manera que los que cayeron y los que murieron no hayan caído y muerto para que después de ellos venga una generación menos heroica, para que después de ellos venga una generación menos abnegada, menos combativa y menos fuerte.¹⁵

Los muchachos tendrán un inconveniente: no sabrán lo que es pasar trabajo; pero tendrán una ventaja: que mediante la educación podrán adquirir una conciencia de cómo vivir humanamente, como seres humanos; cómo vivir como hermanos. No conocerán de la vida los trabajos que conocieron sus padres, pero mejor: porque no sólo ha de ser el sufrimiento lo que eduque al hombre. Tiene que ser también la pedagogía un instrumento para la educación del hombre: la escuela, el maestro, los libros. ¡No tiene que ser sólo el dolor!¹⁶

Este sistema de formación de maestros es único en el mundo, es una creación de nuestra revolución, y nosotros podemos decir que marchamos a la vanguardia en materia de formación de maestros. Y marchar a la vanguardia en la formación de maestros es marchar a la vanguardia en el campo de la Revolución, es marchar a la vanguardia en los demás problemas sociales que un país debe plantearse, porque no se puede concebir una sociedad nueva sin un hombre nuevo, no se puede concebir una sociedad nueva si no es con una concepción nueva de todos los problemas fundamentales de la vida, y no se pueden concebir nuevas generaciones capaces de vivir de manera nueva sin la educación proletaria de esas generaciones de ciudadanos.¹⁷

A muchos de ustedes, cuando llegan las vacaciones, les gusta ir a algún sitio y les gusta ir a un sitio nuevo, un lugar nuevo de la naturaleza, un camino nuevo, una montaña nueva. Siempre el hombre busca algo nuevo. En la Revolución el hombre, colectivamente, busca algo nuevo; el ser humano busca un camino nuevo, una vida nueva. En la Revolución el ser humano, colectivamente, satisface su necesidad de progresar, de avanzar, de crear, de buscar formas superiores de vida, de hacer más

perfecta la vida del hombre. Esa es la Revolución, ese es el esfuerzo colectivo de una Revolución.¹⁴ No faltarán voces que se levanten apelando al egoísmo de los hombres. Pero los que pretendemos considerarnos revolucionarios no cejaremos jamás de combatir esas tendencias individualistas y llamar incesantemente a la generosidad y a la solidaridad de los hombres y mujeres de este pueblo. Los que crean que en cada cubano o cubana hay un Sancho Panza en potencia, se olvidan de lo que la Revolución ha demostrado, y es que entre el pueblo hay muchos más Quijotes que Panzas. Se olvidan de lo que la Revolución ha demostrado con relación al pueblo. Y a quienes nunca creyeron en el pueblo, a quienes no creyeron ayer, ¿cómo vamos a pedirles que crean hoy o que crean mañana? Quienes no crean en las virtudes morales de los pueblos no podrán dirigir nunca a un pueblo, no podrán nunca llevar hacia adelante a un pueblo. Porque no sólo del estómago vive el hombre.¹⁷

Un nuevo sentido del honor

Lo interesante de un proceso revolucionario es que en la medida que lucha, que avanza, interpretando realmente las leyes de la sociedad humana, interpretando las necesidades y los anhelos de las masas, va creando la conciencia revolucionaria.¹¹ Ya nuestro pueblo, en sólo siete años y tanto de revolución, ve cada vez más el trabajo como la actividad más noble, como la actividad más honrosa, como una condición esencial de la vida. Los millonarios de hoy no son los que explotan el sudor ajeno, sino los que con su sudor son capaces —como los macheteros que se encuentran aquí, invitados de honor en este acto— de cortar un millón de arrobas de caña. Y tenemos aquí más de tres mil macheteros que, por pertenecer a brigadas que han sobrepasado la cifra de un millón de arrobas, han merecido el título de macheteros millonarios. No son millonarios de fortuna ajena, son millonarios con su propio trabajo, son millonarios porque aportan riquezas al país que pueden medirse en millones de pesos. Personalmente, ninguno de ellos, ningún trabajador, será jamás —en el viejo concepto del dinero— millonario, ni lo necesita. Pero en cambio, harán millonario al pueblo, harán millonaria a la patria.¹⁰ El vago ocupaba en el pasado un sitio de honor en la sociedad cubana. Hoy ese sitio de honor lo ocupa el hombre que trabaja, lo ocupa el trabajador. Y eso ha significado la Revolución: Un profundo cambio en las instituciones; pero un cambio más profundo en las ideas, un cambio más profundo en las conciencias. Y ese cambio se ve, se palpa a lo largo y a lo ancho de la Isla. ¡Y es una fuerza! Porque las ideas, en un determinado grado de su desarrollo, se convierten en una fuerza real... La dignidad, el honor, la conciencia revolucionaria, se han convertido en una fuerza impresionante que se palpa en cualquier rincón del país.⁹

Hemos hablado en nombre del socialismo, hemos hablado en nombre del comunismo. ¡Y no haremos jamás una conciencia socialista, y mucho menos una conciencia comunista, con mentalidad de bodegueros! No haremos una conciencia socialista y una conciencia comunista con un signo de pesos en la mente y en el corazón de los hombres y mujeres del pueblo. Y si nos preguntamos por qué en todas partes, por qué en cualquier rincón del país, en las ciudades, en los campos, en las montañas más apartadas, la actitud del pueblo, la decisión del pueblo, el apoyo del pueblo a la Revolución; por qué, si no porque la Revolución ha creado esa confianza, la Revolución ha creado esa seguridad, la Revolución ha creado esa convicción en el pueblo de que todo es posible alcanzarlo con el trabajo y con la lucha. No es porque la Revolución haya satisfecho todas las necesidades materiales del pueblo. No. Pero una gran parte de las necesidades morales de este pueblo la Revolución las ha satisfecho. Muchos se preguntan por qué ese entusiasmo de las masas; por qué esas múltiples reacciones en los individuos en todas partes. Y hay algo que no se puede contar, hay algo que no se puede calcular, hay algo que no se puede calcular matemáticamente, multiplicando y dividiendo, sumando y restando, y es los beneficios morales que la Revolución ha significado para el pueblo, lo que para cada hombre y mujer de este país, lo que para millones de hombres y mujeres de este país ha significado por primera vez sentirse seres humanos, sentirse hombres, sentirse mujeres en todo el cabal concepto de la palabra, lo que ha significado dejar de ser la nada para ser algo. Porque en aquella vieja sociedad donde unos pocos lo eran todo, millones de seres humanos eran nada, millones de seres humanos eran cero.¹⁷

Y estoy seguro de que si a muchos hombres humildes de este país les preguntaran: ¿Qué le agradeces más a la Revolución: que pagues o no pagues la casa, que tengas o no tengas trabajo?; ¿Qué le agradeces más a la Revolución: si los bienes materiales que has recibido o los bienes morales que has recibido?, yo estoy seguro que muchos, tal vez la inmensa mayoría, diría: «Lo que agradezco a la Revolución más y por lo que más estoy dispuesto a morir por la Revolución, es porque me he sentido ser humano con la Revolución, me he sentido un hombre con dignidad, me he sentido que soy algo en mi pueblo, que soy alguien en mi patria, me he sentido como no me sentí jamás en el pasado».¹⁷

Nuestro deber hoy, de pueblo pobre y subdesarrollado, es el esfuerzo máximo por salir de la pobreza, de la miseria, del subdesarrollo. Pero en el futuro, no podremos pensar en la riqueza plena mientras hayan otros pueblos que necesitan nuestra ayuda. Y es necesario que desde ahora eduquemos a nuestro pueblo y eduquemos a nuestros hijos, que mañana, cuando ya tengamos esas necesidades resueltas, mañana nuestro ideal no será la riqueza; nuestro ideal y nuestro deber primero será ayudar a aquellos que se quedaron detrás de nosotros. Eduquemos a nuestro pueblo en ese concepto del deber internacional, eduquemos a nuestro pueblo en ese sentido del deber internacionalista, para que en este país, dentro de 10 años, no haya uno solo que diga que si no tiene más es porque estamos

ayudando a otros, sino que tengamos un tipo de hombre que sea capaz de pensar en que los otros son seres humanos como él, y que están más dispuestos a quitarse para dar que a darse para quitar. Y si en años futuros una parte de nuestro pueblo pensara así, sería sin duda porque nosotros, dirigentes de este pueblo, no habríamos sabido educar políticamente a nuestro pueblo de manera cabal, sería porque nuestro Partido no habría sabido educar en el profundo sentido del internacionalismo, sin lo cual no se puede llamar nadie marxista-leninista y sin lo cual incluso este Primero de Mayo, Día Internacional del Trabajo, carecería de sentido...¹⁰

Las masas, verdadera fuerza de la revolución

Quienes se creen insustituibles para sus pueblos, piensan con la misma mentalidad de esos que creen que asesinando a los dirigentes de la Revolución asesinarán a la Revolución. El día en que cualquiera de nosotros se creyera indispensable, estaría pensando igual que esos terroristas ; dejaríamos de ser marxista-leninistas.⁶

... El dirigente revolucionario es necesario como instrumento del pueblo, es necesario como instrumento de la Revolución. Mas la relación entre pueblo y dirigentes no puede ser un acto reflejo, no puede ser la resultante de un reflejo condicionado, sino un problema de conciencia, un problema de ideas. No es necesario estar viendo una estatua en cada esquina, ni el nombre del dirigente en cada pueblo, por todas partes, ¡ no ! ; porque eso revelaría desconfianza de los dirigentes en el pueblo, eso revelaría un concepto muy pobre del pueblo y de las masas que, incapaces de crear por un problema de conciencia, o de tener confianza por un problema de conciencia, fabricará artificialmente la conciencia, o la confianza, por medio de actos reflejos. Y en cuanto a vinculación con el pueblo, bien podemos decir que difícilmente en ningún otro Estado revolucionario del mundo hay el contacto estrechísimo que los dirigentes de esta Revolución tienen con el pueblo, al revés de otros sitios donde el contacto con el pueblo no es el contacto con los dirigentes del pueblo, sino el contacto con las estatuas de los dirigentes del pueblo.⁶

En nuestro país nos cabe a los dirigentes revolucionarios la honra de haber establecido un precedente único hasta hoy, que fue una Ley de la Revolución, una de las primeras leyes de la Revolución, estableciendo la prohibición de ponerle el nombre de ningún dirigente vivo a ninguna calle, a ninguna ciudad, a ningún pueblo, a ninguna fábrica, a ninguna granja ; prohibiendo hacer estatuas de los dirigentes vivos ; prohibiendo algo más : las fotografías oficiales en las oficinas administrativas. Le cabe a esta Revolución ese honor.⁶

... Esta historia de revolucionarios que, a pesar de haber hecho cosas buenas en su vida, hacen después grandes barbaridades al final de su vida, no es nueva [...] Y son en parte consecuencia de haber confundido el

ana

de
ás
ros
os,
a
ría
no
ro

na
la
os
s ;

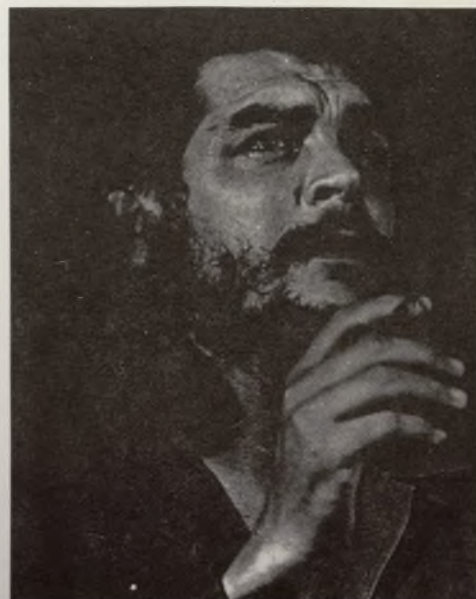
o,
re
te
a
el
o
n
ar
e
o
s
o
n
o
s

r
-
-
a
;
:
a

s
i
2



5



Ayuntamiento de Madrid

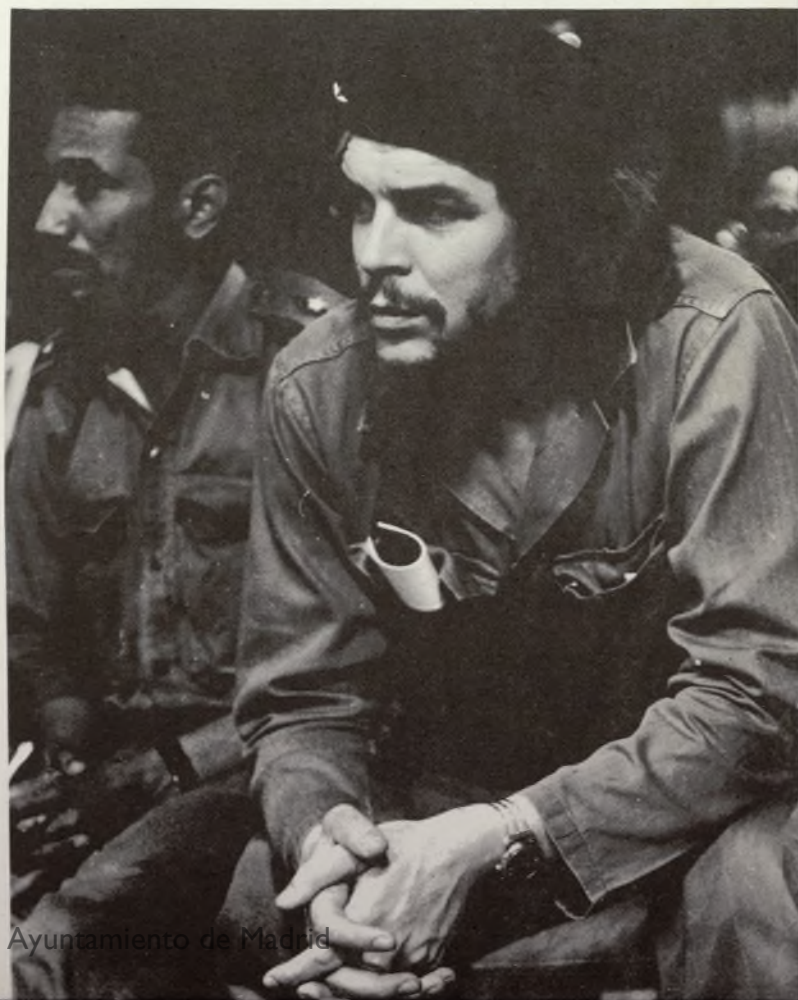
6



Ayuntamiento de Madrid



8



Ayuntamiento de Madrid

9



Ayuntamiento de Madrid

marxismo-leninismo con el fascismo, con el absolutismo ; son las consecuencias de haber introducido en las revoluciones contemporáneas el estilo de las monarquías absolutas.⁶

Aceptar el método y el sistema de las monarquías absolutas en el socialismo es el peor de los absurdos, porque entonces empieza la lucha de los aspirantes a monarcas absolutos. ¿Y para qué sirve un Partido donde todo gira alrededor de un hombre ? ¿Para qué sirve un Partido si se endiosa a un hombre, y se le endiosa hasta tal grado que ni siquiera los nombres de Marx, Engels y Lenin se vuelvan a mencionar ?⁶

Esta revolución es afortunadamente una revolución de hombres jóvenes. Y hacemos votos porque sea siempre una revolución de hombres jóvenes. Hacemos votos para que todos los revolucionarios, en la medida que nos vayamos poniendo biológicamente viejos, seamos capaces de comprender que nos estamos volviendo biológica y lamentablemente viejos. Hacemos votos para que jamás esos métodos de monarquías absolutas se implanten en nuestro país y que se demuestre con los hechos esa verdad marxista de que no son los hombres, sino los pueblos, los que escriben la historia. Marx, Engels, Lenin, jamás se endiosaron a sí mismos, ni jamás permitieron el endiosamiento ; fueron humildes toda su vida hasta la tumba, alérgicos a los cultos, alérgicos a la Mitología. Y quienes sean verdaderos marxista-leninistas, deben empezar por imitar en eso a Marx, a Engels, a Lenin.⁶ Librémonos de la ridícula creencia de que todo lo sabemos ; librémonos de la ridícula creencia de que somos infalibles. Nuestro primer deber es saber que somos falibles, que podemos equivocarnos una y muchas veces. Que más que poder decir que lo sabemos todo, todo, podemos decir que lo ignoramos casi todo ; que debemos estudiar, que debemos meditar, que debemos pensar...⁶

... En este proceso todos absolutamente, sin excepción, hemos aprendido mucho ; al ritmo en que se aprende durante una revolución, en que las masas y los cuadros adquieren en meses lo que de otra forma lleva años o tal vez nunca llegue a comprenderse.¹

Y ese método de masas ha dado espléndidos frutos : ha comprobado una vez más las ventajas que aporta, ha comprobado cómo las normas y los principios se vuelven, cada vez más, normas y principios defendidos y aplicados por las masas ; cómo resulta extraordinariamente difícil, prácticamente imposible, que un mal compañero, que un holgazán, que un vago, que un lumpen, o que un politiquero pueda ser elegido por los trabajadores, y cómo se va formando una conciencia social del deber ; cómo se va formando entre las masas un poderoso sentido moral, una infranqueable barrera que les cierra el paso a los elementos antisociales y abre el camino de los mejores hacia las responsabilidades públicas.¹³

... Toda la estrategia de la Revolución se basó siempre en el pueblo, siempre —lo hemos dicho en otras ocasiones— en una gran confianza en el pueblo, en una gran convicción acerca de las enormes energías morales del pueblo, acerca de la enorme fuerza revolucionaria que se encerraba en el pueblo. Cuando se vaya a definir a un revolucionario, lo primero que

habría que preguntarle es si cree o no cree en el pueblo, si cree o no cree en las masas. Nosotros éramos un puñado de hombres, no pensábamos con un puñado de hombres derrotar a la tiranía batistiana, derrotar a sus ejércitos, no. Pero pensábamos que aquel puñado de hombres podía ocupar las primeras armas para empezar a armar al pueblo; sabíamos que un puñado de hombres podría bastar, no para derrotar aquel régimen, pero sí para desatar esa fuerza, esa inmensa energía del pueblo que sí era capaz de derrotar a aquel régimen.¹¹

... Sabíamos, desde que comenzamos esta lucha, que eso de llamar pueblo a todos era una falsedad; que pueblo no podían llamarse los privilegiados, los explotadores, los que lo tenían todo en este país; que el verdadero pueblo, el verdadero pueblo capaz de luchar contra Batista y contra 100 Batistas juntos, eran los hombres humildes del pueblo, los trabajadores, los obreros, los campesinos, los estudiantes, la gente más sana, más abnegada y más sacrificada de este país. ¡Y ése es el pueblo que entendió la Revolución! ¡Ese es el pueblo que nutrió las filas de la Revolución! ¡Ese es el pueblo que hizo la Revolución, la lleva adelante y la defiende! ¡Y ese pueblo es la mayoría de la nación! Los imperialistas cuentan los que se van, pero no quieren contar los que se quedan. Y el hecho de que dejemos irse a los que quieran no es sino la confirmación de la fe que siempre tuvimos en el pueblo desde el primer momento; esa fe, que no ha sido nunca defraudada ni lo será, que nos da la seguridad que dejando marchar a los que quieran, salimos ganando, y que nos da la seguridad de que, saliendo de este país los que carezcan de aptitudes para vivir en esta patria en esta hora, aquí permanecerá la inmensa mayoría del pueblo, los que saben sentir el llamado de la patria, la honra de la patria, el orgullo de la patria y de la Revolución. Y cuando decimos patria, no decimos la patria de los cubanos, sino la patria de la Revolución Cubana. Y cuando decimos la Revolución Cubana hablamos de la Revolución de América latina. Y cuando hablamos de la Revolución de América latina, hablamos de la revolución en escala universal, la revolución de los pueblos de Asia, de Africa y de Europa.⁹

Hoy el poder son ellos

... Hace 13 años nos acusaron de soñadores. Y yo les dije como Martí: «El verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ese es el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber». Hace 13 años ninguno de esos hombres queridos, de los hombres que dieron su vida por esta revolución, era conocido; a ninguno de esa legión de hombres que aquel día ofrendaron su vida a la patria

Ayuntamiento de Madrid

lo conocía nadie ; ninguno de ellos había aparecido nunca, posiblemente, en las letras de molde de un periódico ; ninguno de ellos figuraba en los cálculos de los agoreros de la política ; ninguno de ellos se vislumbraba como figura prominente en el corazón del pueblo. ¡ Pero eran del pueblo y venían del corazón del pueblo y de la sangre del pueblo !¹² El pueblo revolucionario no ve el poder del Estado como algo distante, ajeno u opuesto a él, sino que se identifica plenamente con ese poder, porque él es el poder.⁷

Ya no hay un solo hombre o mujer en nuestros campos que vea al poder como algo distinto de ellos, a la autoridad como algo distinto de ellos, al Estado como algo aparte de ellos. Porque hoy la autoridad son ellos. ¡ Los que tienen en las manos el fusil, y algo más y mucho mejor que los fusiles que tenían aquellos guardias rurales, son ellos ! Hoy el poder son ellos. Pero no de palabras, no con teorías, sino con hechos, con realidades.¹⁷ Mientras menos participaban las masas, más importantes eran los políticos ; mientras más participen las masas, menos importantes serán los políticos. Y tendrá que llegar el día incluso que no haya políticos, en que cada ciudadano sea el político, en que cada ciudadano sea el cuadro político. Tiene que llegar el día en que esta odiosa función de cuadro desaparezca.¹³

Dentro del socialismo, cada ciudadano debe ser responsable, cada ciudadano debe saber que sobre sí hay el peso de una gran responsabilidad. Y nosotros debemos de esmerarnos en enseñar eso al pueblo. No el culto, culto fanático, no la obediencia ciega, no las fórmulas mágicas de resolver el problema al conjuro de hombres. Creemos que los hombres tienen un muy limitado papel, creemos que los hombres, mientras menos imprescindibles sean, será siempre mejor. Antes se miraba a los funcionarios, al Ministro, como un personaje mitológico. Había gente que se admiraba de que le diera la mano un Concejal de barrio ; si el Alcalde lo saludaba un día, se sentían felices. ¿ Cómo soñar siquiera en conversar con un Ministro ? Ese era un personaje del otro mundo. Con la Revolución, esas diferencias tenían que desaparecer. Con la Revolución, esas diferencias han desaparecido. No conozco ningún funcionario de la Revolución que se me parezca a ninguno de aquellos de antes.¹³

Un pueblo capaz de pensar por sí mismo

Podría decirse que si bien la técnica industrial, la ciencia en general se ha desarrollado de un modo increíble, la ciencia social está todavía bastante subdesarrollada. Y oímos fórmulas, leemos manuales, pero nada enseña tanto como una revolución, que a la vez que hay que saber apreciar y valorar en toda su importancia la experiencia de los demás pueblos, cada pueblo ha de esforzarse no en copiar, sino en dar su aporte a esa ciencia subdesarrollada como son las ciencias políticas y sociales. Nosotros vamos

desarrollando nuestras ideas. Entendemos que las ideas marxista-leninistas requieren un incesante desarrollo; entendemos que un cierto estancamiento se ha producido en este campo, y vemos incluso que a veces se aceptan, bastante universalmente, fórmulas que, en nuestra opinión, se pueden apartar del marxismo-leninismo.¹⁰

Nadie debe, de una manera arbitraria, unipersonal, caprichosa, decir: « éste es el camino, porque éste es el camino », porque uno cree, sin atender a ninguna otra consideración, ni a ningún otro criterio, que es el camino. Lo importante es que desarrollemos nuestro camino. Imposible que todos pensemos igual, pero creemos que el camino del comunismo es un camino nuevo por entero acerca del cual la humanidad no tiene ninguna experiencia. Bien puede ocurrir que un país crea que está construyendo el comunismo y esté construyendo realmente el capitalismo —puede ocurrir. Nosotros queremos contruir el socialismo y queremos construir el comunismo. Como no hay ningún manual, ningún índice, ninguna guía, como nadie todavía ha recorrido ese camino, tenemos el derecho a intentarlo con nuestros medios, con nuestros procedimientos, con nuestros métodos.¹³

Cuando iniciamos esta lucha no le pedimos permiso a nadie; cuando iniciamos esta lucha no contábamos más que con nuestras propias fuerzas. Hemos hecho nuestra Revolución en un momento decisivo de la historia, hemos hecho nuestra Revolución cuando los sentimientos y los vínculos internacionalistas entre los pueblos han llegado a su nivel más alto; pero, no obstante ello, si tenemos que pelear solos, pelearemos. Cuando llegue la hora de defender la soberanía de esta Patria, el suelo de esta Patria, la bandera de esta Patria, como el primer día, cuando empezamos la lucha, no diremos: ¿ cuántos combatirán con nosotros?, no contaremos el número de nuestros soldados ni contaremos el número de soldados enemigos. ¡ Sólo sabremos que nuestro deber es pelear, que nuestro deber es morir si es necesario hasta el último revolucionario!¹⁶

Porque nosotros somos un país pequeño que no aspiramos a convertirnos en el ombligo del mundo; porque nosotros somos un país pequeño que no aspiramos a convertirnos en centro revolucionario del mundo. Y cuando hablamos de estos problemas, hablamos con absoluta sinceridad, y hablamos con absoluto desinterés, y hablamos los que no ganamos el poder revolucionario en unas elecciones burguesas, sino luchando con las armas en la mano; ¡ hablamos en nombre de un pueblo que durante seis años ha resistido inquebrantablemente, y sin vacilación alguna, las asechanzas y las amenazas del imperialismo!¹⁴

Y espero que no se cometan errores de subestimar, de ignorar la idiosincrasia de nuestro pueblo; porque, errores de ese tipo cometió a montones el imperialismo yanqui, una de cuyas características era el desprecio para los demás, el desprecio y la subestimación para los pueblos pequeños. Y ese imperialismo cometió grandes y garrafales errores de subestimación respecto a nuestro pueblo revolucionario. Lamentable sería que otros cometieran similares equivocaciones. Nuestra política sincera ha sido y es

la de unir, ¡ porque satélites de nadie somos ni seremos jamás !...⁴
... Este no es un país que posea millones de hombres sobre las armas, este no es un país que posea armas termonucleares, porque aquí nuestros cohetes son morales ; y el número de millones no es lo infinito, el número de hombres no es lo infinito, sino la dignidad y el decoro de este pueblo.⁵
Cada país desarrollará su camino hacia esa sociedad superior y aportará sus experiencias. El nuestro lo está haciendo así. No nos hemos precipitado en las formas, porque queremos que éstas respondan a las realidades y no a la inversa.⁷

Debemos decir que nuestra Revolución, en sus primeros tiempos, tuvo diversas tendencias copistas, mecanicistas. Copiábamos de algún país hermano y después los copiados cambiaban aquel sistema porque no servía. ¡ Calculen ustedes las consecuencias de los copistas ! Copiar siempre será malo. Copiar en la vida, copiar en la Revolución, es como copiar en un examen. Y nadie podrá graduarse de revolucionario copiando.¹⁰
Los pueblos no creen ni pueden creer en la gente que se equivoca con frecuencia, los pueblos no creen ni pueden creer en gente ciega. Y los que conduzcan a los pueblos al error o al fracaso — sean quienes sean, cualquiera de nosotros —, hay que prescindir de ellos inmediatamente. Hay hombres que tienen un poco más de visión, hay otros que tienen un poco menos ; hay hombres que han tenido más aciertos, otros que han tenido más errores. Nosotros estamos ante situaciones nuevas, en una serie de cuestiones en que nos vemos en la necesidad de pensar con nuestras propias cabezas. Estamos nada menos que ante la tarea de construir el socialismo, estamos nada menos que ante la tarea de marchar hacia el comunismo. ¿ Y cómo se construye el socialismo ? ¿ Y cómo se construye el comunismo ? Es precisamente acerca de estos puntos donde hay una gran variedad de matices en el pensamiento revolucionario, donde hay una gran cantidad de corrientes en el movimiento revolucionario. Nosotros respetamos la manera de pensar de otros ; cada uno que construya su socialismo, o su comunismo, como le dé la gana. Pero, por favor, que respeten también nuestro derecho a construir nuestro socialismo y nuestro comunismo como nos dé la gana.¹²

Esta pretensión del gobierno chino sólo puede explicarse como muestra de un absoluto desprecio hacia nuestro país ; de una ignorancia total del carácter y el sentido de la dignidad que tiene nuestro pueblo. No se trataba ya de toneladas más o menos de arroz, de más o menos metros cuadrados de telas que también fueron afectadas, sino de una cuestión mucho más importante y fundamental para los pueblos : si en el mundo del mañana los países poderosos se pueden tomar el derecho de chantajear, extorsionar, presionar, agredir y estrangular a otros pueblos pequeños ; si en el mundo del mañana, que los revolucionarios luchan por establecer, van a imperar también los peores métodos de piratería, opresión y filibusterismo que implantaron en el mundo, desde que la sociedad de clases existe, los regímenes esclavistas, feudales, las monarquías absolutas, los Estados burgueses y, en el mundo contemporáneo, los Estados imperia-

listas.³

Los pueblos marchan cada vez más hacia su liberación contra el imperia-
lismo ; pero al librarse del imperialismo los pueblos no caerán en nuevos
tutelajes. Los pueblos no podrán caer ni caerán bajo ninguna forma
de tutelaje en el futuro, porque el mundo del mañana, el mundo del socia-
lismo, por el cual los pueblos luchan hoy, no podrá ser igual que el mundo
de hoy : el mundo de los fuertes y los débiles, el mundo de los grandes
y de los pequeños, el mundo de los que tienen voto y veto. ¡ No ! En el
mundo de mañana, y mientras en el mundo existan fronteras, deberá pre-
valecer la igualdad más absoluta entre los pueblos, deberá prevalecer ese
principio por encima de la potencia de cualquier pueblo, o del tamaño de
cualquier pueblo. Y nosotros sabemos que luchamos por eso, no importa
el precio, no importan las dificultades que a este país le surjan por
mantener esta posición, por no doblegarse ante nada ni ante nadie. Porque
estos sacrificios, conscientemente, y estas dificultades, conscientemente,
las estamos afrontando por el mundo del futuro, por el derecho de los
pueblos en el mundo de mañana a la plena independencia, a la plena
libertad de criterios. Y después de la lucha contra el imperialismo, que es la
lucha en el mundo de hoy contra el peor mal de hoy, es honroso para
nuestra Patria luchar desde hoy contra los males del mañana.⁶

... La victoria de la Conferencia [Tricontinental] fue una victoria de los
movimientos revolucionarios ; que no fue una victoria de los poderosos,
que no fue una victoria de los « grandes », sino de los « chiquitos ». Porque
tal vez como en ningún otro instante, en ningún otro evento internacional,
la voz de los intereses de los pueblos prevaleció ; la voz de los intereses
del movimiento revolucionario prevaleció. Cuba no puede decir que la
victoria de la Conferencia sea una victoria suya. Es, en parte, una victoria
suya, por el esfuerzo que hizo, por la organización que se logró, por la
línea objetiva y revolucionaria que mantuvo, por la confianza que pusieron
en nuestra delegación los representantes de los movimientos revoluciona-
rios. Fue una victoria en la que tomó parte importante. Pero jamás podrá
decir presumidamente que haya sido una victoria suya. Fue una victoria de
los movimientos revolucionarios. No fue una victoria del satelismo, sino una
victoria del espíritu independiente, una victoria de los criterios propios de
los movimientos revolucionarios.⁶

Muchas veces he creído tener la razón en algo, y muchas veces la realidad
ha coincidido con esa creencia. No por eso debemos creernos que no
somos capaces de atrevernos a ejercer el derecho de usar la cabeza.
Únicamente gente maniática y loca, únicamente gente maniática y loca se
puede creer monopolizadora de la verdad. El Papado es una institución
medieval, y la infalibilidad pontificia es lo más ajeno que puede encon-
trarse al pensamiento marxista. En las ideas revolucionarias, en su desa-
rrollo han contribuido muchas inteligencias, han contribuido muchos
pueblos. No es justo despreciar el aporte de nadie, de ninguna inteligencia,
de ningún pueblo. En nuestro propio país, en nuestras propias filas,
desgraciadamente, hay hombres que se escandalizan cuando se escucha

una palabra, un argumento, una razón que no es exactamente como aparece textualmente en el librito. La experiencia nos enseña que la interpretación incorrecta de los libritos, o la interpretación literal de los libritos, ha costado infinidad de errores. Quien no quiera equivocarse en cabeza ajena, que sea capaz de pensar con cabeza propia. Si usted piensa con cabeza ajena, si usted piensa con cabeza ajena, entonces cuando la cabeza ajena se equivoque, o diga que se equivocó, tiene usted que salir como un papagayo a decir que usted también se equivocó. Y no hay nada más triste que equivocarse por cuenta de otro.¹³

... Es alentador que un país pequeño como el nuestro, un pueblo pequeño como el nuestro, esté en condiciones de opinar por sí mismo en el mundo convulso y agitado de hoy ; que en medio de una historia de la humanidad llena de satelismo, llena de hegemonía, llena de sometimientos, haya un pueblo capaz de pensar por sí mismo, capaz de hablarle al mundo con la autoridad con que nuestro pueblo puede hablar.⁶

Honradamente, es una fortuna que en nuestro país y en nuestro pueblo se hayan desarrollado ciertas características, cierto sentido del humor, cierta agudeza ; que, de verdad, a este pueblo, su idiosincrasia, su sicología, hay que conocerla. Quien no lo conozca se estrella, ¡ se estrella ! Pueblo alérgico a la imposición, pueblo alérgico al abuso, pueblo alérgico al cliché, pueblo capaz de pensar hasta el infinito y no ser en nada fanático, pueblo al que no se puede andar con mentiras, pueblo al que no se le puede decir que Fulano es un dios, que no se le puede endiosar a nadie. Esas son, afortunadamente, las características de este pueblo. Nuestro deber de dirigentes de una Revolución, en una etapa inicial, es desarrollar ese espíritu de nuestro pueblo, su sentido de la crítica, su capacidad de análisis sereno y objetivo ; esas virtudes de nuestro pueblo que es nuestro deber señalar, que es nuestro deber acentuar, que es nuestro deber desarrollar. Y a esas virtudes no debemos renunciar jamás.¹³

... A la inteligencia humana hay que darle algo más que esa « papilla », apta sólo para consumo de ignorantes, apta sólo para rebaños que se mueven por reflejos condicionados. A la inteligencia humana hay que darle argumentos, hay que darle razones, hay que darle hechos.⁶

¿ Tenemos que coincidir necesariamente todos los partidos ? No. Nosotros no podemos obligar a nadie que piense como nosotros, pero nadie nos puede obligar a nosotros que pensemos como otros que creemos que están equivocados.¹³

... Todas las cosas en absoluto no pueden ser gratuitas, porque a eso puede llegar una sociedad cuando llega a lo que conceptuemos como el comunismo. Pero, desde luego, aunque se habla de fórmulas, se habla de fórmulas —fórmulas socialistas y fórmulas comunistas—, y se dice —de acuerdo con las fórmulas— que en la sociedad socialista cada cual da según su capacidad y recibe según su trabajo, y en el comunismo cada cual aportaría según su capacidad y recibirá según sus necesidades, yo me pregunto qué hacemos en esta etapa, mientras construimos el socialismo, con el caso de una familia, una mujer que, por ejemplo, queda viuda,

que tiene siete hijos, cuya capacidad de trabajo es poca, y que recibiendo según su capacidad, de ninguna forma le alcanzaría para alimentar y vestir a esos siete hijos. ¿Puede acaso el Estado socialista desentenderse de la suerte de los siete hijos de esa mujer? ¿Puede acaso permitir que crezcan descalzos, raquíticos y desnutridos, sencillamente porque le vamos a aplicar la fórmula de darle a esta mujer según su capacidad, olvidándonos de sus necesidades y esperando que llegue el comunismo para aplicar la fórmula de las necesidades? ¡No! No podemos esperararlo, perdería la mujer, perderían los niños, eso sería cruel; pero, además, perdería también la propia sociedad interesada en que crezcan ciudadanos saludables, en que cada ser humano tenga lo necesario para vivir decentemente, y mucho más un niño. Esto demuestra, desde luego, que ninguna fórmula es siempre aplicable literalmente, y que, por lo general, en materia política y social las fórmulas son siempre malas.¹⁰

En cierta ocasión, con motivo de la construcción del Comité Central, dijimos que creíamos que el comunismo podía construirse enteramente independiente de la construcción del socialismo, que comunismo y socialismo debían construirse, en cierto sentido, paralelamente, y que inventar un proceso y decir: hasta aquí construimos el socialismo; y decir: aquí construimos el comunismo, puede constituir un error, un gran error. Que, desde luego, entre otras cosas, en el afán de alcanzar las metas socialistas, no debía renunciarse ni hipotecarse el desarrollo y la formación del hombre comunista. Cuando expresé ésta que, desde luego, no es la expresión de un maestro, ni de un apóstol, ni de un catedrático, ni de una autoridad en la teoría revolucionaria, ni mucho menos de una especie de pequeño Papa ideológico, algunos se extrañaron; y no pocos lectores de manuales se asombraron, no pocas personas —y no es porque los haya contado, sino porque calculo el número, por el número de los que se intriguaron con esta afirmación—, personas acostumbradas a tener en el pensamiento las ideas tan bien ordenadas como pueden tener su ropa en el armario de su casa, se inquietaron incluso ante estas afirmaciones, y no dudo que algunos se hubiesen preguntado si acaso no estábamos haciendo afirmaciones un tanto sacrílegas en este orden. Y, desde luego, creo que en este orden el peor de los sacrilegios —y en esto, cuando hablo de sacrilegios, me sale el catecismo que me enseñaron de muchacho, por lo menos en cuanto a las palabras—, el peor de los sacrilegios —y parece que Marx estudió también el catecismo, puesto que suele emplear en bastantes ocasiones terminologías de este tipo, lo cual desde luego, no es una copia, sino algo que he podido ver leyendo las obras de Marx—, el peor de los sacrilegios es el estancamiento del pensamiento: «Pensamiento que se estanca, pensamiento que se pudre». Y nosotros no debemos permitir que se estanque el pensamiento, ni mucho menos que se pudra.¹⁰

... Pensamos nosotros humildemente que todavía está por plantearse, contestarse si en un mundo dividido entre países industrializados y países subdesarrollados, entre países con una alta productividad en el trabajo y países sin ninguna productividad en el trabajo, puede alguien, puede alguna

nación plantearse la construcción del comunismo en un solo país sin que las fuerzas productivas y la técnica se desarrollen primero en el resto de los países subdesarrollados del mundo. Porque, repitiendo una vez más que no me considero sino aprendiz de revolucionario, pienso que el socialismo en un sólo país puede ser construido; que el comunismo, hasta cierto grado, puede ser construido. Pero el comunismo, como fórmula de abundancia absoluta, no puede ser construido en un solo país en medio de un mundo subdesarrollado sin el riesgo de que, involuntariamente y sin quererlo, en años futuros pueblos inmensamente ricos se vean intercambiando y comerciando con pueblos inmensamente pobres. ¡Pueblos en el comunismo y pueblos en taparrabos!¹⁰

Y nosotros nos preguntamos a nosotros mismos —nosotros, que deseamos para nuestro pueblo lo mejor; nosotros, que deseamos que no crezca un solo niño en este país sin todas las proteínas y las vitaminas y las sales minerales y los alimentos en general indispensables, que reciba una educación completa—, nos preguntamos si en medio de un mundo lleno de miserias, el día de mañana podremos pensar sólo en nosotros mismos, única y exclusivamente en nosotros mismos, vivir en la superabundancia con nuestras decenas de miles de ingenieros agrónomos, maestros, nuestra técnica superdesarrollada. ¿Cómo podremos vivir en esa superabundancia mirando alrededor de nosotros otros pueblos que, por no haber tenido la oportunidad o la fortuna de haber hecho una revolución en la época en que la estamos haciendo nosotros, dentro de 10 años estén viviendo en una situación todavía más miserable de lo que están viviendo hoy?¹¹

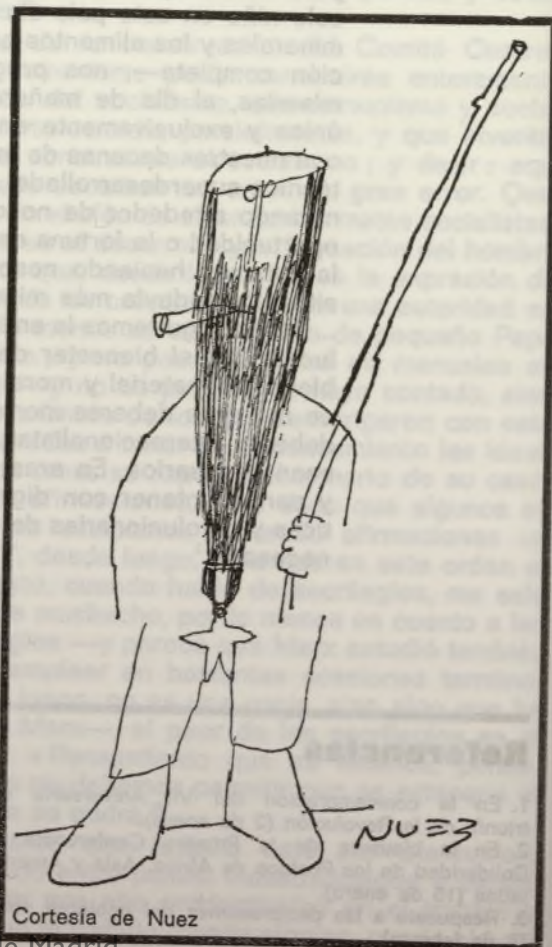
... Jamás seguiremos la antirrevolucionaria y reaccionaria política de dejar de luchar por el bienestar del pueblo, porque la Revolución se hace para el bienestar material y moral y espiritual de los pueblos. Ahora bien, en aras de nuestros deberes morales con los demás pueblos, en aras de nuestros deberes internacionalistas, estamos dispuestos a hacer los sacrificios que sean necesarios. En aras de la Revolución y para defender la Revolución y para mantener con dignidad enarboladas las banderas patrióticas, políticas y revolucionarias de este país, estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario.¹

Referencias

1. En la conmemoración del VII Aniversario del triunfo de la Revolución (2 de enero).
2. En la clausura de la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Africa, Asia y América latina (15 de enero).
3. Respuesta a las declaraciones del gobierno chino (5 de febrero).

4. Discurso del 13 de marzo de 1965, citado en la Respuesta a las declaraciones del gobierno chino (5 de febrero).
5. Carta al Comandante Jorge Serguera, Fiscal en la Causa N° 108 de 1966 (8 de marzo).
6. En la conmemoración del IX Aniversario del ataque a Palacio (13 de marzo).

7. Respuesta al Presidente Frei (Marzo).
8. A los macheteros del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria Azucarera (9 de abril).
9. En la conmemoración del V Aniversario de la victoria de Playa Girón (19 de abril).
10. En la celebración del Día Internacional del Trabajo (1º de mayo).
11. En la conmemoración del XIII Aniversario del asalto al Cuartel Moncada (26 de julio).
12. En entrevista concedida al periodista mexicano Mario Menéndez Rodríguez, director de la revista **Sucesos** (Agosto. Publicada el 10 de septiembre).
13. En la clausura del XII Congreso de la CTC-Revolucionaria (29 de agosto).
14. En la clausura del Encuentro Nacional de Monitores de enseñanza secundaria y preuniversitaria (18 de septiembre).
15. A los obreros y vecinos de Moa, Oriente (28 de agosto. Publicado el 17 de septiembre).
16. A los jóvenes universitarios integrantes de la marcha al II Frente « Frank País » (26 de septiembre).
17. En la conmemoración del VI Aniversario de la fundación de los Comités de Defensa de la Revolución (28 de septiembre).
18. En conversación, en los Pinares de Mayarí, Oriente (Publicado el 31 de agosto).



Cortesía de Nuez



(Félix Beltrán)

Proyecciones sociales del ejército rebelde *

Desde ese momento se fue perfilando el grupo que vendría más tarde en el **Gramma**, formado con muchas dificultades, pues sufrimos la persecución continua de las autoridades mexicanas, que llegaron a poner en peligro el éxito de la expedición. Una serie de factores internos, como individuos que al principio parecían querer ir a la aventura y después, con un pretexto u otro, se iban separando de ella, fue limitando la cantidad de expedicionarios. Al final quedaron los 82 hombres que tomamos el **Gramma**. Lo demás es bien conocido del pueblo cubano.

Lo que a mí me interesa y lo que creo importante es el pensamiento social que teníamos los sobrevivientes de la Alegría de Pío. Este es el primero y el único desastre que las armas rebeldes tuvimos en el transcurso de la insurrección. Unos quince hombres destruidos físicamente y hasta moralmente, nos juntamos y sólo pudimos seguir adelante por la enorme confianza que tuvo en esos momentos decisivos Fidel Castro por su recia figura de caudillo revolucionario y su fe inquebrantable en el pueblo. Nosotros éramos un grupo de

Ernesto «Che» Guevara

Somos una antorcha encendida

[Antología]

extracción civil que estábamos pegados pero no injertados en la Sierra Maestra. Andábamos de bohío en bohío; cierto que no tocábamos nada que no nos perteneciera, incluso no comíamos nada que no pudiéramos pagar y muchas veces pasamos hambre por este principio. Eramos un grupo al que se veía con tolerancia pero que no estaba integrado; y así pasó mucho tiempo [...] Fueron varios meses de vida errante en los picos más altos de la Sierra Maestra, dando golpes esporádicos y volviendo a hacer alto. Ibamos de uno a otro picacho, en donde no había agua y en donde vivir era extraordinariamente difícil.

Poco a poco en el campesino se fue operando un cambio hacia nosotros, impulsado por la acción de las fuerzas represivas de Batista, que se dedicaban a asesinar y a destruir las casas y que eran hostiles en todas las formas a quienes, aunque fuera ocasionalmente, había tenido el más mínimo contacto con nuestro ejército rebelde, y ese cambio se tradujo en la incorporación a nuestras guerrillas del sombrero de yarey, y así nuestro ejército de civiles se fue convirtiendo en un ejército campesino. Simultáneamente a la incorporación de los campesinos (de los guajiros) a la lucha armada por sus reivindicaciones de libertad y de justicia social, surgió la gran palabra mágica que fue movilizandando a las

* Charla pronunciada en la Sociedad Nuestro Tiempo, el 27 de enero de 1959. Publicado en **Humanismo**, número 53-54, enero-abril de 1959. Fragmentos.

masas oprimidas de Cuba en la lucha por la posesión de la tierra : por la Reforma Agraria. Ya estaba así definido el primer gran planteamiento social que sería después la bandera y la divisa predominante de nuestro movimiento...

Las victorias del ejército rebelde y los esforzados trabajos clandestinos agitaron el país creando un estado de efervescencia tan grande que provocó la declaración de una huelga general el 9 de abril pasado, la que fracasó precisamente por errores de organización, entre ellos principalmente la falta de contactos entre las masas obreras y la dirección, y su equivocada actitud. Pero la experiencia fue aprovechada y surgió una lucha ideológica en el seno del Movimiento 26 de Julio que provocó un cambio radical en el enfoque de la realidad del país y en sus sectores de acción. El 26 de Julio salió fortalecido de la fracasada huelga y la experiencia enseñó a sus dirigentes una verdad preciosa que era —y que es— que la revolución no pertenecía a tal o a cual grupo sino que debía ser la obra del pueblo cubano entero ; y a esa finalidad se canalizaron todas las energías de los militantes de nuestro movimiento, tanto en el llano como en la sierra...

Los hombres y las mujeres del ejército rebelde no olvidaron nunca su misión fundamental en la Sierra Maestra ni en otros lugares, que era la del mejoramiento del campesino, su incorporación a la lucha por la tierra y su contribución llevada a cabo por medio de escuelas que los maestros improvisados tenían en los lugares más inasequibles de esa región de Oriente. Se hizo allí el primer ensayo de reparto de tierras con un reglamento agrario redactado fundamentalmente por el Dr. Humberto Sorí Marín, por Fidel Castro y en el cual tuve el honor de colaborar. Se

dieron revolucionariamente las tierras a los campesinos, se ocuparon grandes fincas de servidores de la dictadura, distribuyéndose, y todas las tierras del Estado se comenzaron a dar en posesión a los campesinos de esa zona. Había llegado el momento en que nos identificaban plenamente como un movimiento campesino ligado estrechamente a la tierra y con la Reforma Agraria como bandera...

Esta fue una guerra en la que contamos siempre con ese aliado imponderable de tan extraordinario valor que es el pueblo. Nuestras columnas podían burlar continuamente al enemigo y situarse en las mejores posiciones, no sólo gracias a las ventajas tácticas y a la moral de nuestros milicianos sino en un grado muy importante a la gran ayuda de los campesinos. El campesino era el colaborador invisible que hacía todo lo que el rebelde no podía hacer ; nos suministraba las informaciones, vigilaba al enemigo, descubría sus puntos débiles, traía rápidamente los mensajes urgentes, espiaba en las mismas filas del ejército marcista. Y esto no se debía a ningún milagro, sino a que ya habíamos iniciado con energía nuestra política de reivindicaciones agropecuarias...

En la Sierra Maestra se dictó una ley número 3, en los días de la farsa electoral del 3 de noviembre, que establecía una verdadera Reforma Agraria, y aunque no era completa tenía disposiciones muy positivas : repartía las tierras del Estado, las de los servidores de la dictadura y las de quienes las poseyeran con títulos de propiedad adquiridos mediante maniobras dolosas, como los geófagos que se han engullido miles de caballerías en los deslindes ; otorgaba la propiedad a todos los pequeños colonos de no más de dos caballerías que pagaran renta. Todo gratuitamente. El principio era muy revolucionario. La Reforma Agraria beneficiará a más de doscientas mil familias. Pero no

está completa la revolución agraria con la ley número 3. Para ello es necesario dictar reglas contra el latifundio como preceptúa la Constitución. Hay que definir exactamente el concepto de latifundio que caracteriza nuestra estructura agraria y es fuente indiscutible del atasco del país y de todos los males para las grandes mayorías campesinas y aun no ha sido tocado.

Será la obra de las masas campesinas organizadas imponer la ley que proscriba el latifundio, como compelieron al ejército rebelde a dictar el principio de la Reforma Agraria contenido en la ley número 3...

Hay algo más interesante que decir para acabar esta charla. El ejemplo que nuestra revolución ha significado para la América latina y las enseñanzas que implican haber destruido todas las teorías de salón: hemos demostrado que un grupo pequeño de hombres decididos apoyados por el pueblo y sin miedo a morir si fuera necesario puede llegar a imponerse a un ejército regular disciplinado y derrotarlo definitivamente. Esa es la enseñanza fundamental. Hay otra que deben de recoger nuestros hermanos de América, situados económicamente en la misma categoría agraria que nosotros y es que hay que hacer revoluciones agrarias, luchar en los

campos, en las montañas y de aquí llevar la revolución a las ciudades, no pretender hacerla en éstas sin contenido social integral.

Ahora, ante las experiencias que hemos tenido, se plantea cuál será nuestro futuro que está ligado íntimamente al de todos los países subdesarrollados de la América latina. La revolución no está limitada a la nación cubana pues ha tocado la conciencia de América y ha alertado gravemente a los enemigos de nuestros pueblos. Por eso hemos advertido claramente que cualquier intento de agresión sería rechazado con las armas en la mano. El ejemplo de Cuba ha provocado más efervescencia en toda la América latina y en los países oprimidos. La revolución ha puesto en capilla a los tiranos latinoamericanos, porque éstos son enemigos de los regímenes populares igual que las empresas monopolistas extranjeras. Como somos un país pequeño necesitamos el apoyo de todos los pueblos democráticos y especialmente de la América latina...

Hoy todo el pueblo de Cuba está en pie de lucha y debe seguir así unido para que la victoria contra la dictadura no sea transitoria y sea éste el primer paso de la Victoria de América.

Que la libertad, sea conquistada en cada rincón de América *

Y muchos de ustedes, de diversas tendencias políticas, se preguntarán, hoy, como se han preguntado ayer, y como quizás se pregunten mañana también ¿qué es la revolución cubana? ¿cuál es su ideología? Y enseguida surgirá la pregunta,

Ayuntamiento de Madrid

que en adeptos o en contrarios siempre se hace en estos casos. ¿Es la revolución cubana comunista? Y unos contestarán

* Discurso pronunciado ante el Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes, el 28 de julio de 1960. Fragmentos.



esperanzados que sí, o que va camino de ello, y otros, quizás decepcionados, piensen también que sí, y habrá quienes decepcionados piensen que no, y quienes esperanzados piensen también que no. Y si a mí me preguntaran si esta revolución que está ante los ojos de ustedes es una revolución comunista, después de las consabidas explicaciones para averiguar qué es comunismo, y dejando de lado las acusaciones manidas del imperialismo, de los poderes coloniales, que lo confunden todo, vendríamos a caer en que esta revolución, en caso de ser marxista —y escúchese bien que digo marxista— sería porque descubrió también, por sus métodos, los caminos que señalara Marx.

Recientemente una de las altas personalidades de la Unión Soviética, el viceprimer ministro Mikoyan, al brindar por la felicidad de la revolución cubana, reconocía él —marxista de siempre—, que esto era un fenómeno que Marx no había previsto. Y acotaba entonces que la vida enseña más que el más sabio de los libros y que el más profundo de los pensadores.

Y esta revolución cubana, sin preocuparse por sus mores, sin averiguar qué se decía de ella, pero oteando constantemente qué quería el pueblo de Cuba de ella, fue hacia adelante, y de pronto se encontró con que no solamente había hecho, o estaba en vías de hacer la felicidad de su pueblo, sino que se habían volcado sobre esta Isla, las miradas curiosas de amigos y enemigos, las miradas esperanzadas de todo un continente, y las miradas furiosas del rey de los monopolios...

Y fue así como poco a poco cambiaron todos nuestros conceptos. Y nosotros, hijos de las ciudades, aprendimos a respetar al campesino, a respetar su sentido de la independencia, a respetar su lealtad, a reconocer sus anhelos centenarios por la tierra que le había sido arrebatada y a reconocer su experiencia en los mil cami-

nos del monte. Y como los campesinos aprendieron de nosotros el valor que tiene un hombre, cuando en sus manos hay un fusil y cuando ese fusil está dispuesto a disparar contra otro hombre, por más fusiles que acompañen a este otro hombre. Los campesinos nos enseñaron su sabiduría y nosotros enseñamos nuestro sentido de la rebeldía a los campesinos. Y desde ese momento hasta ahora y para siempre, los campesinos de Cuba y las fuerzas rebeldes de Cuba, y hoy el gobierno revolucionario cubano, marchan unidos como un solo hombre.

Pero siguió progresando la revolución y expulsamos de las abruptas laderas de la Sierra Maestra a las tropas de la dictadura y llegamos entonces a tropezarnos con otra nueva realidad cubana, que era el obrero, el trabajador, ya sea el obrero agrícola o el obrero de los centros industriales y aprendimos de él también y también le enseñamos, que en un momento dado, mucho más fuerte y positivo que la más fuerte y positiva de las manifestaciones pacíficas, es un tiro bien dado a quien se le debe dar. Aprendimos el valor de la organización, pero enseñamos de nuevo el valor de la rebeldía y de ese resultado surgió la rebeldía organizada por todo el territorio de Cuba...

Por eso les digo yo a ustedes, juventud estudiosa de toda América, que si nosotros hoy hacemos eso que se llama marxismo, es porque lo descubrimos aquí. Porque en aquella época, y después de derrotar a las tropas de la dictadura y después de hacer sufrir a esas tropas mil bajas, es decir, de hacerles cinco veces más bajas que el total de nuestras fuerzas combatientes y después de haber ocupado más de seiscientas armas, cayó en nuestras manos un pequeño folleto que estaba escrito por Mao Tse Tung [...], y en ese

folleto que trataba precisamente sobre los problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China, se describían incluso las campañas que Chiang Kai Shek llevaba contra las fuerzas populares y que el dictador denominaba como aquí « campañas de cerco y aniquilamiento ». Y no solamente se habían repetido las palabras con que ambos dictadores, en lugares opuestos del mundo, bautizaban su campaña, se repitieron el tipo de la campaña que esos dictadores hicieron para tratar de destruir a las fuerzas populares y se repitió por parte de las fuerzas populares, sin conocer los manuales que ya estaban escritos sobre estrategia y táctica de la guerra de guerrilla, lo mismo que se preconizaba en el otro extremo del mundo para combatir a esa fuerza ; porque naturalmente, cuando alguien expone una experiencia, puede ser por cualquiera aprovechada, pero también puede ser vuelta a realizar esa experiencia sin necesidad de que se conozca la experiencia anterior...

Esa es una de nuestras grandes fuerzas : las fuerzas que se mueven en todo el mundo y que olviden todas las banderías particulares de las luchas políticas nacionales, para defender, en un momento dado, a la revolución cubana. Y me permitiría decirlo, que es un deber de la juventud de América, porque esto que hay aquí es algo nuevo, y es algo digno de estudio. No quiero decirles yo lo que tiene de bueno : ustedes podrán constatar lo que tiene de bueno.

Que tiene mucho de malo... lo sé ; que hay mucha desorganización aquí... yo lo sé. Todos ustedes ya lo sabrán, quizás, si han ido a la Sierra. Que hay guerrillismo todavía... yo lo sé. Que aquí faltan técnicos en cantidades fabulosas de acuerdo con nuestras pretensiones... yo lo sé. Que todavía nuestro ejército no ha alcanzado el grado

de madurez necesaria, ni los milicianos han alcanzado la suficiente coordinación para constituirse en un ejército... yo lo sé. Pero lo que yo sé, y quisiera que todos ustedes supieran, es que esta revolución se hizo siempre contando con la voluntad de todo el pueblo de Cuba, y que cada campesino y cada obrero, si maneja mal el fusil, está trabajando todos los días para manejarlo mejor, para defender su revolución. Y si no puede en este momento entender el complicado mecanismo de una máquina, cuyo técnico se fue ya a los Estados Unidos, lo estudia todos los días para aprenderlo, para que su fábrica ande mejor. Y el campesino estudiará su tractor, para resolver los problemas mecánicos que tenga, para que los campos de su cooperativa rindan más.

Y todos los cubanos, de las ciudades y del campo, hermanados en un solo sentimiento, van siempre hacia el futuro, pensando con una unidad absoluta, dirigidos por un líder en el que tienen la más absoluta confianza, porque ha demostrado en mil batallas... y en mil ocasiones diferentes, su capacidad de sacrificio, y la potencia y la clarividencia de su pensamiento.

Y ese pueblo, que hoy está ante ustedes, les dice, que aun cuando debiera desaparecer de la faz de la tierra porque se desatará a causa de él, una contienda atómica, y fuera su primer blanco ; aun cuando desapareciera totalmente esta isla y sus habitantes, se consideraría completamente feliz y completamente logrado, si cada uno de ustedes al llegar a sus tierras es capaz de decir :

« Aquí estamos. La palabra nos viene húmeda de los bosques cubanos. Hemos subido a la Sierra Maestra, y hemos conocido a la aurora, y tenemos nuestra mente y nuestras manos llenas de la semilla de la aurora, y estamos dispuestos a sembrarla en esta tierra y a defenderla para que fructifique. » Y de todos los otros

hermanos países de América, y de nuestra tierra, si todavía persistiera como ejemplo, les contestará la voz de los pueblos, desde

ese momento y para siempre : « Así sea : ¡ que la libertad sea conquistada en cada rincón de América ! »

¿ Qué debe ser un joven comunista ? *

Pero es que nosotros, y nuestra juventud con todos nosotros, está convaleciendo de una enfermedad que, afortunadamente, no fue muy larga, pero que influyó mucho en el retraso del desarrollo de la profundización ideológica de nuestra revolución. Somos todos convalecientes de ese mal, llamado sectarismo.

¿ A qué condujo el sectarismo ? Condujo a la copia mecánica, a los análisis formales, a la separación entre la dirigencia y las masas. Incluso en nuestra dirección nacional, y el reflejo directo se produjo aquí, en la Unión de Jóvenes Comunistas.

Si nosotros —también desorientados por el fenómeno del sectarismo—, no alcanzábamos a recibir la voz del pueblo, que es la voz más sabia y más orientadora, si no alcanzábamos a recibir las palpitaciones del pueblo para transformarlas en ideas concretas, en directivas precisas, mal podríamos dar esas directivas a la Unión de Jóvenes Comunistas. Y como la dependencia era absoluta, como la docilidad era muy grande, la Unión de Jóvenes Comunistas navegaba como un pequeño barquito al garete, dependiendo del gran barco : nuestras organizaciones revolucionarias. Pero también éstas marchaban al garete.

Aquí se producían iniciativas pequeñas, que era lo único capaz de producir la Unión de Jóvenes Comunistas, las cuales



se transformaban a veces en « slogans » groseros, en evidentes manifestaciones faltas de profundidad ideológica.

El compañero Fidel hizo serias críticas de extremismos y de expresiones, algunas tan conocidas por todos ustedes como : « La ORI es la candela... », « somos socialistas, p'lante y p'lante... ». Todas aquellas cosas que criticó Fidel, y que ustedes conocen bien, eran el reflejo del mal que gravaba nuestra revolución.

Hemos salido de esa etapa. La hemos liquidado totalmente. Sin embargo, los organismos van siempre un poco más lentamente. Es como un mal que hubiera tenido inconsciente a una persona. Cuando el mal cede, el cerebro recupera la claridad mental, pero todavía los miembros no coordinan bien sus movimientos. Los primeros días después de levantarse del lecho el andar es inseguro y poco a poco se va adquiriendo la nueva seguridad. En este camino estamos nosotros.

Así debemos definir y analizar objetivamente todos nuestros organismos para seguir limpiando. Saber, para no caerlos, para no tropezar e irnos al suelo, que todavía caminamos con pasos vacilantes. Conocer nuestras flaquezas para liquidarlas y adquirir más fuerza.

* Conferencia pronunciada en la Unión de Jóvenes Comunistas el 20 de octubre de 1962. Fragmentos.

... Cuando se observa una brigada de trabajo voluntario donde se supone que están los Jóvenes Comunistas en muchos casos no los hay. No hay uno. El dirigente tenía que ir a una reunión, el otro estaba enfermo, el de más allá no se había enterado bien. Y el resultado es que, la actitud fundamental, la actitud de vanguardia del pueblo, la actitud de ejemplo viviente que conmueve y lleva adelante a todo el mundo —como hicieron los jóvenes de Playa Girón—, esa actitud no se repite en el trabajo. La seriedad que debe tener la juventud de hoy para afrontar los grandes compromisos —y el compromiso mayor es la construcción de la sociedad socialista—, no se refleja en el trabajo concreto.

Hay debilidades grandes y hay que trabajar sobre ellas. Trabajar organizando, trabajar puntualizando el lugar donde duele, el lugar donde hay debilidades que corregir, y trabajar sobre cada uno de ustedes para poner bien claro en sus conciencias que no puede ser buen comunista aquel que solamente piensa en la revolución cuando llega el momento del sacrificio, del combate, de la aventura heroica, de lo que se sale de lo vulgar y de lo cotidiano y, sin embargo, en el trabajo es mediocre o menos que mediocre.

Imagino el orgullo de aquellos compañeros que estaban en una « cuatro bocas », por ejemplo, defendiendo su patria de los aviones yanquis, y de pronto a alguien le tocaba la suerte de ver que sus balas alcanzaban un avión enemigo. Evidentemente es el momento más feliz en la vida de un hombre. Eso nunca se olvida. Nunca lo olvidarán los compañeros a los que les tocó vivir esa experiencia.

Pero nosotros tenemos que defender nuestra revolución, la que estamos haciendo todos los días. Y para poder defenderla

hay que hacerla construyéndola, fortificándola con ese trabajo que hoy no le gusta a la juventud, o que, por lo menos, considera como el último de sus deberes, porque conserva todavía la mentalidad antigua, la mentalidad del mundo capitalista, o sea que el trabajo es, sí, un deber, es una necesidad, pero un deber y una necesidad tristes.

¿ Por qué ocurre esto ? Porque todavía no le hemos dado al trabajo su verdadero sentido. No hemos sido capaces de unir al trabajador con el objeto de su trabajo. Y, al mismo tiempo, de impartirle al trabajador conciencia de la importancia que tiene el acto creativo que día a día realiza. El trabajador y la máquina, el trabajador y el objeto sobre el que se ejerce el trabajo todavía son dos cosas diferentes, antagónicas. En eso hay que trabajar, para ir formando nuevas generaciones que tengan el interés máximo en trabajar y sepan encontrar en el trabajo una fuente permanente y constantemente cambiante de nuevas emociones. Hacer del trabajo algo creador, algo nuevo.

Quiero plantear ahora, compañeros, cuál es mi opinión, la visión de un dirigente nacional de las ORI, de lo que debe ser un joven comunista, a ver si estamos de acuerdo todos.

Yo creo que lo primero que debe caracterizar a un joven comunista, es el honor que siente por ser un joven comunista. Ese honor que le lleva a mostrar ante todo el mundo su condición de joven comunista, que no lo vuelca con la clandestinidad, que no lo reduce a fórmulas, sino que lo expresa en cada momento, que le sale del espíritu, que tiene interés en demostrarlo porque es su símbolo de orgullo.

Junto a eso, un gran sentido del deber hacia la sociedad que estamos construyendo, con nuestros semejantes como seres

humanos y con todos los hombres del mundo.

Eso es algo que debe caracterizar al joven comunista. Al lado de eso una gran sensibilidad ante todos los problemas, gran sensibilidad frente a la injusticia. Espíritu inconforme cada vez que surge algo que está mal, lo haya dicho quien lo haya dicho. Plantearse todo lo que no se entiende. Discutir y pedir aclaración de lo que no esté claro. Declararle la guerra al formalismo, a todos los tipos de formalismo. Estar siempre abierto para recibir las nuevas experiencias, para conformar la gran experiencia de la humanidad, que lleva muchos años avanzando por la senda del socialismo, a las condiciones concretas de nuestro país, a las realidades que existen en Cuba. Y pensar —todos y cada uno—, cómo ir cambiando la realidad, cómo ir mejorándola.

El joven comunista debe proponerse ser siempre el primero en todo, luchar por ser el primero, y sentirse molesto cuando en algo ocupa otro lugar. Luchar por mejorar, por ser el primero. Claro que no todos pueden ser el primero, pero sí estar entre los primeros, en el grupo de vanguardia. Ser un ejemplo vivo, ser el espejo donde se miren los compañeros que no pertenezcan a las juventudes comunistas, ser el ejemplo donde puedan mirarse los hombres y mujeres de edad más avanzada que han perdido cierto entusiasmo juvenil, que han perdido la fe en la vida y que ante el estímulo del ejemplo reaccionan siempre bien. Esa es otra tarea de los jóvenes comunistas.

Junto a eso, un gran espíritu de sacrificio, un espíritu de sacrificio no solamente para las jornadas heroicas, sino para todo momento. Sacrificarse para ayudar al compañero en las pequeñas tareas y que pueda cumplir su trabajo, para que pueda cumplir con su deber en el colegio, en el estudio, para que pueda mejorar de cual

quier manera. Estar siempre atento a toda la masa humana que lo rodea.

Es decir: se plantea a todo joven comunista ser esencialmente humano, ser tan humano que se acerque a lo mejor de lo humano, purificar lo mejor del hombre por medio del trabajo, del estudio, del ejercicio de la solidaridad continuada con el pueblo y con todos los pueblos del mundo, desarrollar al máximo la sensibilidad hasta sentirse angustiado cuando se asesina a un hombre en cualquier rincón del mundo y para sentirse entusiasmo cuando en algún rincón del mundo se alza una nueva bandera de libertad.

El joven comunista no pueda estar limitado por las fronteras de un territorio, el joven comunista debe practicar el internacionalismo proletario y sentirlo como cosa propia. Acordarse, como debemos acordarnos en Cuba, que se es un ejemplo real y palpable para toda nuestra América, para otros países del mundo que luchan también en otros continentes por su libertad, contra el colonialismo, contra el neocolonialismo, contra el imperialismo, contra todas las formas de opresión de los sistemas injustos. Acordarse siempre de que somos una antorcha encendida, de que somos el mismo espejo que cada uno de nosotros individualmente es para que se miren en él los pueblos de América, los pueblos del mundo oprimido que luchan por su libertad. Y debemos ser dignos de ese ejemplo. En todo momento y a toda hora debemos ser dignos de ese ejemplo.

Eso es lo que nosotros pensamos que debe ser un joven comunista. Y si se nos dijera que somos casi unos románticos, que somos unos idealistas inveterados, que estamos pensando en cosas imposibles, y que no se puede lograr de la masa de un pueblo el que sea casi un arquetipo humano, nosotros tenemos que contestar, una y mil veces, que sí, que sí se puede, que estamos en lo cierto, que todo el

pueblo puede ir avanzando, ir liquidando las pequeñeces humanas, como se han ido liquidando en Cuba en estos cuatro años de revolución, ir perfeccionándose como nos perfeccionamos todos día a día, liquidando intransigentemente a todos aquellos que se quedan detrás, que no son capaces de marchar al ritmo a que marcha la revolución cubana. Tiene que ser así, debe ser así, y así será, compañeros. Será así, porque ustedes son jóvenes comunistas, creadores de la sociedad perfecta, seres humanos destinados a vivir en un mundo nuevo de donde habrá desaparecido definitivamente todo lo caduco, todo lo viejo, todo lo que represente la sociedad cuyas bases acaban de ser destruidas.

Para alcanzar eso hay que trabajar todos los días. Trabajar en el sentido interno de perfeccionamiento, de aumento de los

conocimientos, de aumento de la comprensión del mundo que nos rodea. Inquirir y averiguar y conocer bien el porqué de las cosas y plantearse siempre los grandes problemas de la Humanidad como problemas propios.

Así, en un momento dado, en un día cualquiera de los años que vienen —después de pasar muchos sacrificios, sí, después de habernos visto quizá muchas veces al borde de la destrucción— después de haber visto quizá como nuestras fábricas son destruidas y de haberlas reconstruido nuevamente, después de asistir al asesinato, a la matanza de muchos de nosotros y de reconstruir lo que sea destruido, al fin de todo esto, un día cualquiera, casi sin darnos cuenta, habremos creado, junto con los otros pueblos del mundo, la sociedad comunista, nuestro ideal.

Vietnam del Sur, laboratorio del imperialismo *

Cuando nosotros levantamos hoy, con todo entusiasmo, la bandera de Vietnam del Sur, no lo hacemos sólo por el internacionalismo proletario, por el afán de justicia que la revolución ha inculcado en todos nosotros. Lo hacemos también porque aquel frente de lucha es importantísimo para todo el futuro de América.

Allí, en Vietnam, se están entrenando las fuerzas que un día podrán reprimir a nuestros guerrilleros. Nuestros en todo el territorio americano. Allí se están probando todas las nuevas armas de exterminio y las técnicas más modernas para luchar contra la libertad de los pueblos. En este momento Vietnam del Sur es el gran laboratorio del imperialismo yanqui para preparar todos sus equipos con vistas a una contienda, más impresionante si cabe, acaso



(Nuez)

más importante, que tendrá que darse en el traspatio de su posesión colonial en todo el continente americano.

Ellos saben que el final victorioso de esa lucha significará también el final del imperialismo norteamericano. Por eso le dan tanta atención, sin contar, naturalmente, con la importancia estratégica que tiene Vietnam del Sur como base de operacio-

* Discurso pronunciado al final de la Semana de Solidaridad con Vietnam del Sur, el 20 de diciembre de 1963. Fragmentos.

nes para atentar contra todo el flanco del bloque socialista en Asia. Estas dos características estratégicas hacen catalogar a Vietnam del Sur como otro de los graves problemas que afronta la nueva administración yanqui, y seguramente están analizando concienzudamente qué hacer en estos momentos.

Natural es que nadie piense en que se va a ir hacia una fórmula real y democrática de paz y que sin más ni más va a permitirse al pueblo vietnamita que logre su victoria, que se unifique en nación, y que pase activamente, como ya hicieron sus hermanos del norte, a construir el socialismo sobre las bases de atraso que legó el colonialismo y de las riquezas destruidas que legó la guerra. Ellos piensan en otras tácticas y en otro sentido estratégico. ¿Cuál será su decisión? Todavía no podemos saberlo, pero auguramos una larga lucha y un gran padecimiento al heroico pueblo de Vietnam del Sur, o sea, lo mismo que se puede augurar a todos los pueblos

No puede haber coexistencia pacífica entre poderosos solamente *

...

De todos los problemas candentes que deben tratarse en esta Asamblea, uno de los que para nosotros tiene particular significación y cuya definición creemos debe hacerse en forma que no deje dudas a nadie, es el de la coexistencia pacífica entre Estados de diferentes regímenes económicosociales. Mucho se ha avanzado en este campo; pero el imperialismo —norteamericano sobre todo— ha pretendido hacer creer que la coexistencia pacífica es de uso exclusivo de las grandes potencias de la tierra. Nosotros expresa-

que luchan por su libertad.

Sin embargo, la presencia viva de las fuerzas de liberación de Vietnam, sus éxitos constantes, su avance constante hacia las zonas mejor defendidas del enemigo son un ejemplo que recogen todos los pueblos. Nuestra misión aquí, en Cuba, es recoger ese ejemplo vivo, es hacerlo carne en nuestro pueblo por lo que significa de justo y por lo que significa como parte integrante de toda la gran confraternidad de pueblos oprimidos del mundo, y además trasladar su ejemplo, por todos los medios, a la América oprimida para demostrar cómo en todos los continentes se puede luchar por la emancipación de los pueblos. Y demostrarles a nuestros pueblos de América algo más todavía, y es que cuando las condiciones pacíficas de lucha se agotan, cuando los poderes reaccionarios engañan al pueblo una y otra vez, no solamente se puede enarbolar la bandera de la revolución sino que se debe enarbolar la bandera de la revolución.



(Nuez)

mos aquí lo mismo que nuestro presidente expresara en El Cairo y lo que después quedara plasmado en la declaración de la Segunda Conferencia de Jefes de Estado o de gobierno de Países No Alineados:

* Discurso pronunciado en la XIX Asamblea General de las Naciones Unidas, el 11 de diciembre de 1964. Fragmentos.

que no puede haber coexistencia pacífica entre poderosos solamente, si se pretende asegurar la paz del mundo. La coexistencia debe ejercitarse entre todos los Estados, independientemente de su tamaño, de las anteriores relaciones históricas que los ligaran y de los problemas que se suscitaran entre algunos de ellos, en un momento dado.

... También hay que esclarecer que no solamente en relaciones en las cuales están imputados Estados soberanos los conceptos sobre la coexistencia pacífica deben ser bien definidos. Como marxistas, hemos mantenido que la coexistencia pacífica entre naciones no engloba la coexistencia entre explotadores y explotados, entre opresores y oprimidos. Es, además, un principio proclamado en el seno de esta organización, el derecho a la plena independencia contra todas las formas de opresión colonial. Por eso, expresamos nuestra solidaridad hacia los pueblos, hoy coloniales, de la Guinea llamada portuguesa, de Angola o Mozambique, masacrados por el delito de demandar su libertad y estamos dispuestos a ayudarlos en la medida de nuestras fuerzas, de acuerdo con la declaración de El Cairo.

... Uno de los temas fundamentales de esta Conferencia es el del desarme general y completo. Expresamos nuestro acuerdo con el desarme general y completo; propugnamos, además, la destrucción total de los artefactos termonucleares y apoyamos la celebración de una conferencia de todos los países del mundo para llevar a cabo estas aspiraciones de los pueblos. Nuestro primer ministro advertía, en su intervención ante esta Asamblea, que siempre las carreras armamentistas han llevado a la guerra. Hay nuevas potencias atómicas en el mundo: las posibilidades de una confrontación crecen.

Nosotros consideramos que es necesaria esa conferencia con el objetivo de lograr la destrucción total de las armas termonucleares y, como primera medida, la prohibición total de pruebas. Al mismo tiempo, debe establecerse claramente la obligación de todos los países de respetar las actuales fronteras de otros Estados; de no ejercer acción agresiva alguna, aun cuando sea con armas convencionales.

Al unirnos a la voz de todos los países del mundo que piden el desarme general y completo, la destrucción de todo el arsenal atómico, el cese absoluto de la fabricación de nuevos artefactos termonucleares y las pruebas atómicas de cualquier tipo, creemos necesario puntualizar que, además, debe también respetarse la integridad territorial de las naciones y debe detenerse el brazo armado del imperialismo, no menos peligroso porque solamente empuñe armas convencionales. Quienes asesinaron miles de indefensos ciudadanos del Congo, no se sirvieron del arma atómica; han sido armas convencionales, empuñadas por el imperialismo, las causantes de tanta muerte.

Aun cuando las medidas aquí preconizadas, de hacerse efectivas, harían inútil la mención, es conveniente recalcar que no podemos adherirnos a ningún pacto regional de desnuclearización mientras Estados Unidos mantenga bases agresivas en nuestro propio territorio, en Puerto Rico, Panamá y otros Estados americanos, donde se considera con derecho a emplazar, sin restricción alguna, tanto armas convencionales como nucleares. Descontando que las últimas resoluciones de la OEA, contra nuestro país, al que se podría agredir invocando el Tratado de Río, hacen necesaria la posesión de todos los medios defensivos a nuestro alcance.

...

Nosotros queremos construir el socialis-

mo ; nos hemos declarado partidarios de los que luchan por la paz, nos hemos declarado dentro del grupo de países no alineados, a pesar de ser marxistas-leninistas, porque los no alineados, como nosotros, luchan contra el imperialismo. Queremos paz, queremos construir una vida mejor para nuestro pueblo, y por eso, eludimos al máximo caer en las provocaciones maquinadas por los yanquis, pero conocemos la mentalidad de sus gobernantes ; quieren hacernos pagar muy caro el precio de esa paz. Nosotros contestamos que ese precio no puede llegar más allá de las fronteras de la dignidad.

Y Cuba reafirma, una vez más : el derecho a tener en su territorio las armas que le conviniere y su negativa a reconocer el derecho de ninguna potencia de la tierra, por potente que sea, a violar nuestro suelo, aguas jurisdiccionales o espacio aéreo.

Si en alguna asamblea Cuba adquiere obligaciones de carácter colectivo, las cumplirá fielmente ; mientras esto no suceda, mantiene plenamente todos sus derechos, igual que cualquier otra nación.

...

Queremos aclarar, una vez más, que nuestra preocupación por Latinoamérica está basada en los lazos que nos unen : la lengua que hablamos, la cultura que sustentamos, el amo común que tuvimos. Que no nos anima ninguna otra causa para desear la liberación de Latinoamérica del yugo colonial norteamericano. Si algunos de los países latinoamericanos aquí presentes decidiera restablecer relaciones con Cuba, estaríamos dispuestos a hacerlo sobre bases de igualdad y no con el criterio de que es una dádiva a nuestro gobierno el reconocimiento como país libre del mundo, porque ese reconocimiento lo obtuvimos con nuestra sangre en los días de la lucha de liberación, lo adquirimos con sangre en la defensa de nuestras pla-

yas frente a la invasión yanqui.

Aun cuando nosotros rechazamos que se nos pretenda atribuir ingerencias en los asuntos internos de otros países, no podemos negar nuestra simpatía hacia los pueblos que luchan por su liberación y debemos cumplir con la obligación de nuestro gobierno y nuestro pueblo de expresar contundentemente al mundo que apoyamos moralmente y nos solidarizamos con los pueblos que luchan en cualquier parte del mundo para hacer realidad los derechos de soberanía plena proclamados en la Carta de las Naciones Unidas.

...

Los imperialistas se preparan a reprimir a los pueblos americanos y están formando la internacional del crimen. Los Estados Unidos intervienen en América invocando la defensa de las instituciones libres. Llegará el día en que esta Asamblea adquiere aún más madurez y le demande al gobierno norteamericano garantías para la vida de la población negra y latinoamericana que vive en este país, norteamericanos de origen o adopción, la mayoría de ellos. ¿ Cómo puede constituirse en gendarme de la libertad quien asesina a sus propios hijos y los discrimina diariamente por el color de la piel, quien deja en libertad a los asesinos de los negros, los protege además, y castiga a la población negra por exigir el respeto a sus legítimos derechos de hombres libres ?

Comprendemos que hoy la Asamblea no está en condiciones de demandar explicaciones sobre estos hechos, pero debe quedar claramente sentado que el gobierno de los Estados Unidos no es gendarme de la libertad, sino perpetuador de la explotación y la opresión contra los pueblos del mundo y contra buena parte de su propio pueblo.

Al lenguaje anfibológico con que algunos delegados han dibujado el caso de Cuba

y la OEA nosotros contestamos con palabras contundentes y proclamamos que los pueblos de América cobrarán a los gobiernos entreguistas su traición.

Cuba, señores delegados, libre y soberana, sin cadenas que la aten a nadie, sin inversiones extranjeras en su territorio, sin prócsules que orienten su política, puede hablar con la frente alta en esta Asamblea y demostrar la justeza de la frase con que la bautizaran : « Territorio libre de América ».

Patriota de Latinoamérica *

Nosotros sostenemos, una y mil veces, que las revoluciones no se exportan. Las revoluciones nacen en el seno de los pueblos. Las revoluciones las engendran las explotaciones que los gobiernos — como el de Costa Rica, el de Nicaragua, el de Panamá o el de Venezuela — ejercen sobre sus pueblos. Después, puede ayudarse o no a los movimientos de liberación; sobre todo se les puede ayudar moralmente. Pero la realidad es que no se pueden exportar revoluciones.

Lo decimos no como una justificación ante esta asamblea; lo decimos, simplemente como la expresión de un hecho científicamente conocido desde hace muchos años. Por eso, mal haríamos en pretender exportar revoluciones y menos naturalmente, a Costa Rica, en donde en honor a la verdad existe un régimen con el cual no tenemos absolutamente comunión de ningún tipo y que no es de los que se distinguen en América por la opresión directa indiscriminada contra un pueblo.

... Soy cubano y también soy argentino y, si no se ofenden las ilustrísimas señorías de Latinoamérica, me siento tan patriota



de Latinoamérica, de cualquier país de Latinoamérica, como el que más y, en el momento en que fuera necesario, estaría dispuesto a entregar mi vida por la liberación de cualquiera de los países de Latinoamérica, sin pedirle nada a nadie, sin exigir nada, sin explotar a nadie. Y así en esa disposición de ánimo, no está solamente este representante transitorio ante esta Asamblea. El pueblo de Cuba entero está con esa disposición. El pueblo de Cuba entero vibra cada vez que se comete una injusticia, no solamente en América, sino en el mundo entero. Nosotros podemos decir lo que tantas veces hemos dicho del apotegma maravilloso de Martí, de que todo hombre verdadero debe sentir en la mejilla el golpe dado a cualquier mejilla de hombre. Eso, el pueblo entero de Cuba, lo siente así, señores representantes.

...

No hemos echado nunca bravatas, porque no las echamos, señor representante de Panamá, porque los hombres como nosotros, que están dispuestos a morir, que dirigen un pueblo entero dispuesto a morir por defender su causa, nunca necesitan echar bravatas. No echamos bravatas en

* Contrarréplica ante diversas declaraciones anticubanas, en la XIX Asamblea General de las Naciones Unidas. Fragmentos.

Playa Girón ; no echamos bravatas cuando la crisis de octubre, cuando todo el pueblo estuvo enfrente del hongo atómico con el cual los norteamericanos amenazan a nuestra isla, y todo el pueblo marchó a las trincheras, marchó a las fábricas para aumentar la producción. No hubo un solo paso atrás ; no hubo un solo quejido, y miles y miles de hombres que no pertenecían a nuestras milicias entraron voluntariamente a ellas en momentos que el imperialismo norteamericano amenazaba con echar una bomba o varias bombas atómicas o un ataque atómico sobre Cuba. Ese es nuestro país. Y un país así, cuyos dirigentes y cuyo pueblo —lo puedo decir aquí con la frente muy alta— no tienen el más mínimo miedo a la muerte y conocen bien la responsabilidad de sus actos, nunca echa bravatas. Eso sí : lucha hasta la muerte, señor representante de Panamá, si es necesario, y luchará hasta la muerte, con su gobierno, todo el pueblo de Cuba si es agredido.

Además, el señor representante de Colombia manifestó con toda soltura que si Cuba hubiera seguido en la órbita de los Estados americanos, otra cosa sería. Nosotros no sabemos bien a qué se referirá con esto de la órbita ; pero órbita tienen los satélites y nosotros no somos satélites. No estamos en ninguna órbita ; estamos fuera de órbita. Naturalmente que si hubiéramos estado en la órbita de los Estados americanos, hubiéramos hecho aquí un melifluido discurso de algunas cuartillas en un español naturalmente mucho más fino, mucho más sustancioso y adjetivado, y hubiéramos hablado de las bellezas del sistema interamericano y de nuestra defensa firme, inmovible, del mundo libre dirigido por el centro de la órbita que todos ustedes saben quien es. No necesito nombrarlo. Queda el señor Stevenson. Lamentablemente no está aquí presente. Comprende-

mos perfectamente bien que el señor Stevenson no esté presente.

Hemos escuchado, una vez más, sus declaraciones medulares y serias, dignas de un intelectual de su categoría. Declaraciones iguales, enfáticas, medulares y serias fueron hechas en la primera comisión, el 15 de abril de 1961, durante la sesión 1149 A, precisamente, el día en que aviones piratas norteamericanos con insignias cubanas —que salieron de Puerto Cabezas, según creo recordar, de Nicaragua o tal vez de Guatemala, no está bien precisado— bombardearon los aeropuertos cubanos y casi reducen a cero nuestra fuerza aérea. Los aviones, después de realizar su « hazaña » a mansalva, aterrizan en Estados Unidos. Frente a nuestra denuncia el señor Stevenson dice cosas muy interesantes.

Perdóneseme lo largo de esta intervención, pero creo que es digno recordar, una vez más, las frases medulares de un intelectual tan distinguido como el señor Stevenson, pronunciadas apenas cuatro o cinco días antes de que el señor Kennedy dijera tranquilamente, a la faz del mundo, que asumía toda la responsabilidad de los hechos ocurridos en Cuba. Esta es, creo, una simple reseña, porque dado el poco tiempo de que disponíamos no hemos podido recolectar actas precisas de cada una de las reuniones. Dicen así :

« Las acusaciones formuladas contra los Estados Unidos por el representante de Cuba con respecto a los bombardeos que, según se informa, se han realizado contra los aeropuertos de La Habana y Santiago y sobre el cuartel general de la fuerza aérea cubana en San Antonio de los Baños, son totalmente infundadas ». Y el señor Stevenson las rechaza categóricamente.

« Como lo declaró el presidente de los Estados Unidos, las fuerzas armadas de los Estados Unidos no intervendrán en circunstancia alguna en Cuba y los Estados

Unidos harán todo lo que sea posible a fin de que ningún norteamericano participe en acción alguna contra Cuba ».

Un año y pico después, tuvimos la gentileza de devolverle el cadáver de un piloto que cayó en tierras cubanas. No el del mayor Anderson ; otro de aquella época.

« En cuanto a los acontecimientos que según se dice han ocurrido esta mañana y en el día de ayer, los Estados Unidos estudiarán las peticiones de asilo político de conformidad con los procedimientos habituales ».

Le iban a dar asilo político a la gente que ellos habían mandado. « Quienes creen en la libertad y buscan asilo contra la tiranía y la opresión encontrarán siempre comprensión y acogida favorable de parte del pueblo norteamericano y del gobierno de los Estados Unidos ».

Así sigue el señor Stevenson su larga perorata.

Dos días después, desembarcan en Playa Girón las huestes de la Brigada 2506 conocida por su heroísmo seguramente en los anales de la historia de América. Dos días después se rinde la brigada heroica sin perder casi un hombre y entonces empieza aquel torneo —que algunos de ustedes habrán conocido— de hombres vestidos con el uniforme de gusanos que tiene el ejército de los Estados Unidos diciendo que eran cocineros y enfermeros o que habían venido de marineros en aquella expedición.

Fue entonces cuando el presidente Kennedy tuvo un gesto digno. No pretendió mantener una farsa política que nadie creía y dijo claramente que se responsabilizaba de todo aquello que había ocurrido en Cuba. Se responsabilizó, si ; pero la Organización de Estados Americanos no lo responsabilizó, ni le exigió responsabilidades de ningún tipo que nosotros recordemos. Fue una responsabilidad ante su propia historia y ante la historia de los

Estados Unidos, porque la Organización de Estados Americanos estaba en la órbita. No tenía tiempo de ocuparse de estas cosas.

Agradezco al señor Stevenson su referencia histórica a mi larga vida como comunista y revolucionario que culmina en Cuba. Como siempre, las agencias norteamericanas, no sólo de noticias, sino de espionaje, confunden las cosas. Mi historia de revolucionario es corta y realmente empieza en el **Granma** y sigue hasta este momento.

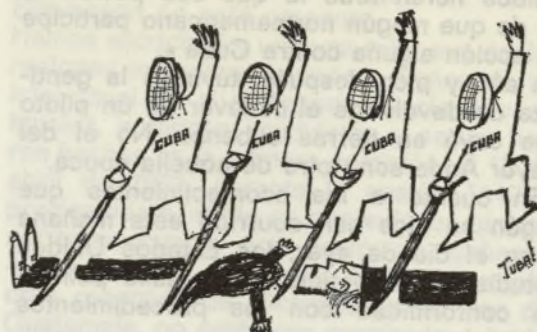
No pertenecía al Partido Comunista hasta ahora que estoy en Cuba y podemos proclamar todos, ante esta Asamblea, el marxismo-leninismo que sigue como teoría de acción la Revolución cubana. Lo importante no son las referencias personales : lo importante es que el señor Stevenson una vez más dice que no hay violación de las leyes, que los aviones no salen de aquí, como tampoco los barcos, por supuesto ; que los ataques piratas surgen de la nada, que todo surge de la nada. Utiliza él la misma voz, la misma seguridad, el mismo acento de intelectual serio y firme que usara en 1961 para sostener, enfáticamente, que aquellos aviones cubanos habían salido de territorio cubano y que se trataba de exilados políticos, antes de ser desmentido. Naturalmente, me explico, una vez más, que el distinguido colega, el señor Stevenson, haya tenido a bien retirarse de esta Asamblea.

Los Estados Unidos pretenden que pueden realizar los vuelos de vigilancia porque los aprobó la Organización de Estados Americanos. ¿ Quién es la Organización de los Estados Americanos para aprobar vuelos de vigilancia sobre el territorio de un país ? ¿Cuál es el papel que juegan las Naciones Unidas ? ¿ Para qué está la organización si nuestro destino va a depender de la órbita, como tan bien ha definido el señor representante de Colombia, de la Organización de los Estados Americanos ?

Esta es una pregunta muy seria y muy importante, que hay que hacer ante esta Asamblea. Porque nosotros, país pequeño, no podemos aceptar, de ninguna manera, el derecho de un país grande a violar nuestro espacio aéreo; muchísimo menos con la pretensión insólita de que sus actos tienen la jurisdicción que le da la Organización de los Estados Americanos, la que nos expulsó de su seno y con la cual no nos liga vínculo alguno. Son muy serias las afirmaciones del representante de los Estados Unidos.

Contra el burocratismo *

Nuestra Revolución fue, en esencia, el producto de un movimiento guerrillero que inició la lucha armada contra la tiranía y cristalizó en la toma del poder. Los primeros pasos como Estado revolucionario, así como toda la primitiva época de nuestra gestión en el gobierno, estaban fuertemente teñidos de los elementos fundamentales de la táctica guerrillera como forma de administración estatal. El « guerrillerismo » repetía la experiencia de la lucha armada de las sierras y campos de Cuba en las distintas organizaciones administrativas y de masas, y se traducía en que solamente las grandes consignas revolucionarias eran seguidas (y muchas veces interpretadas de distintas maneras) por los organismos de la administración y de la sociedad en general. La forma de resolver los problemas concretos estaba sujeta al libre arbitrio de cada uno de los dirigentes. Por ocupar todo el complejo aparato de la sociedad, los campos de acción de las « guerrillas administrativas » chocaban entre sí, produciéndose continuos roces, órdenes y contraórdenes, distintas interpretaciones de las leyes, que llegaban, en algunos casos, a la réplica contra las



(Tubal)

mismas por parte de organismos que establecían sus propios dictados en forma de decretos, haciendo caso omiso del aparato central de dirección. Después de un año de dolorosas experiencias llegamos a la conclusión de que era imprescindible modificar totalmente nuestro estilo de trabajo y volver a organizar el aparato estatal de un modo racional, utilizando las técnicas de la planificación conocidas en los hermanos países socialistas.

Como contramedida, se empezaron a organizar los fuertes aparatos burocráticos que caracterizan esta primera época de construcción de nuestro Estado socialista, pero el bandazo fue demasiado grande y toda una serie de organismos, entre los que se incluye el Ministerio de Industrias, iniciaron una política de centralización operativa, frenando exageradamente la iniciativa de los administradores. Este concepto centralizador se explica por la escasez de cuadros medios y el espíritu anárquico anterior, lo que obligaba a un

* Artículo publicado en **Cuba Socialista**, número 18, febrero de 1963. Texto completo.

celo enorme en las exigencias de cumplimiento de las directivas. Paralelamente, la falta de aparatos de control adecuados hacía difícil la correcta localización a tiempo de las fallas administrativas, lo que amparaba el uso de la « libreta ». De esta manera, los cuadros más conscientes y los más tímidos frenaban sus impulsos para atemperarlos a la marcha del lento engranaje de la administración, mientras otros campeaban todavía por sus respetos, sin sentirse obligados a acatar autoridad alguna, obligando a nuevas medidas de control que paralizan su actividad. Así comienza a padecer nuestra revolución el mal llamado burocratismo.

El burocratismo, evidentemente, no nace con la sociedad socialista ni es un componente obligado de ella. La burocracia estatal existía en la época de los regímenes burgueses con su cortejo de prebendas y de lacayismo, ya que a la sombra del presupuesto medraba un gran número de aprovechados que constituían la « corte » del político de turno. En una sociedad capitalista, donde todo el aparato del Estado está puesto al servicio de la burguesía, su importancia como órgano dirigente es muy pequeña y lo fundamental resulta hacerlo lo suficientemente permeable como para permitir el tránsito de los aprovechados y lo suficientemente hermético como para apresar en sus mallas al pueblo.

Dado el peso de los « pecados originales » yacentes en los antiguos aparatos administrativos y las situaciones creadas con posterioridad al triunfo de la revolución, el mal del burocratismo comenzó a desarrollarse con fuerza. Si fuéramos a buscar sus raíces en el momento actual, agregaríamos a causas viejas nuevas motivaciones, encontrando tres razones fundamentales.

Una de ellas es la falta de motor interno. Con esto queremos decir la falta de

interés del individuo por rendir un servicio al Estado y por superar una situación dada. Se basa en una falta de conciencia revolucionaria o, en todo caso, en el conformismo frente a lo que anda mal.

Se puede establecer una relación directa y obvia entre la falta de motor interno y la falta de interés por resolver los problemas. En este caso, ya sea que esta falta del motor ideológico se produzca por una carencia absoluta de convicción o por cierta dosis de desesperación frente a problemas repetidos que no se pueden resolver, el individuo, o grupo de individuos, se refugian en el burocratismo, llenan papeles, salvan su responsabilidad y establecen la defensa escrita para seguir vegetando o para defenderse de la irresponsabilidad de otros.

Otra causa es la falta de organización. Al pretender destruir el « guerrillerismo » sin tener la suficiente experiencia administrativa, se producen disloques, cuellos de botellas, que frenan innecesariamente el flujo de las informaciones de las bases y de las instrucciones u órdenes emanadas de los aparatos centrales. A veces éstas, o aquéllas, toman rumbos extraviados y, otras, se traducen en indicaciones mal vertidas, dispartadas, que contribuyen más a la distorsión.

La falta de organización tiene como característica fundamental la falta en los métodos para encarar una situación dada. Ejemplos podemos ver en los Ministerios, cuando se quieren resolver problemas a otros niveles que el adecuado o cuando éstos se tratan por vías falsas y se pierden en el laberinto de los papeles. El burocratismo es la cadena del tipo de funcionario que quiere resolver de cualquier manera sus problemas, chocando una y otra vez contra el orden establecido, sin dar con la solución. Es frecuente observar cómo la única salida encontrada por un buen número de funcionarios es el solicitar más

personal para realizar una tarea cuya fácil solución sólo exige un poco de lógica, creando nuevas causas para el papeleo innecesario.

No debemos nunca olvidar, para hacer una sana autocrítica, que la dirección económica de la revolución es la responsable de la mayoría de los males burocráticos. Los aparatos estatales no se desarrollaron mediante un plan único y con sus relaciones bien estudiadas, dejando amplio margen a la especulación sobre los métodos administrativos. El aparato central de la economía, la Junta Central de Planificación, no cumplió su tarea de conducción y no la podía cumplir, pues no tenía la autoridad suficiente sobre los organismos, estaba incapacitada para dar órdenes precisas en base a un sistema único y con el adecuado control y le faltaba el imprescindible auxilio de un plan perspectivo. La centralización excesiva sin una organización perfecta frenó la acción espontánea sin el sustituto de la orden correcta y a tiempo. Un cúmulo de decisiones menores limitó la visión de los grandes problemas y la solución de todos ellos se estancó, sin orden ni concierto. Las decisiones de última hora, a la carrera y sin análisis, fueron la característica de nuestro trabajo.

La tercera causa, muy importante, es la falta de conocimientos técnicos suficientemente desarrollados como para poder tomar decisiones justas y en poco tiempo. Al no poder hacerlo, deben reunirse muchas experiencias de pequeño valor y tratar de extraer de allí una conclusión. Las discusiones suelen volverse interminables, sin que ninguno de los expositores tenga la autoridad suficiente como para imponer su criterio. Después de una, dos, unas cuantas reuniones, el problema sigue vigente hasta que se resuelve por sí solo o hay que tomar una resolución cualquiera, por mala que sea.

La falta casi total de conocimientos,

suplida como dijimos antes por una larga serie de reuniones, configura el «reunio-nismo», que se traduce fundamentalmente en falta de perspectiva para resolver los problemas. En estos casos, el burocratismo, es decir, el freno de los papeles y de las indecisiones al desarrollo de la sociedad, es el destino de los organismos afectados.

Estas tres causas fundamentales influyen, una a una o en distintas conjugaciones, en menor o mayor proporción, en toda la vida institucional del país, y ha llegado el momento de romper con sus malignas influencias. Hay que tomar medidas concretas para agilizar los aparatos estatales, de tal manera que se establezca un rígido control central que permita tener en las manos de la dirección las claves de la economía y libere al máximo la iniciativa, desarrollando sobre bases lógicas las relaciones de las fuerzas productivas.

Si conocemos las causas y los efectos del burocratismo, podemos analizar exactamente las posibilidades de corregir el mal. De todas las causas fundamentales, podemos considerar a la organización como nuestro problema central y encararla con todo el rigor necesario. Para ello debemos modificar nuestro estilo de trabajo; jerarquizar los problemas adjudicando a cada organismo y cada nivel de decisión su tarea; establecer las relaciones concretas entre cada uno de ellos y los demás, desde el centro de decisión económica hasta la última unidad administrativa y las relaciones entre sus distintos componentes, horizontalmente, hasta formar el conjunto de las relaciones de la economía. Esa es la tarea más asequible a nuestras fuerzas actualmente, y nos permitirá, como ventaja adicional, encaminar hacia otros frentes a una gran cantidad de empleados innecesarios, que no trabajan, realizan funciones mínimas o duplican las de otros sin resultado alguno.

Simultáneamente, debemos desarrollar con empeño un trabajo político para liquidar las faltas de motivaciones internas, es decir, la falta de claridad política, que se traduce en una falta de ejecutividad. Los caminos son: la educación continuada mediante la explicación concreta de las tareas, mediante la inculcación del interés a los empleados administrativos por su trabajo concreto, mediante el ejemplo de los trabajadores de vanguardia, por una parte, y las medidas drásticas de eliminar al parásito, ya sea al que esconde en su actitud una enemistad profunda hacia la sociedad socialista o al que está irremediablemente reñido con el trabajo.

Por último, debemos corregir la inferioridad que significa la falta de conocimientos. Hemos iniciado la gigantesca tarea de transformar la sociedad de una punta a la otra en medio de la agresión imperialista, de un bloqueo cada vez más fuerte, de un cambio completo en nuestra tecnología, de agudas escaseces de materias primas y artículos alimenticios y de una fuga en masa de los pocos técnicos calificados que tenemos. En esas condiciones debemos plantearnos un trabajo muy serio y muy perseverante con las masas, para suplir los vacíos que dejan los traidores y las necesidades de fuerza de trabajo calificada que se producen por el ritmo veloz impuesto a nuestro desarrollo. De allí que la capacitación ocupe un lugar preferente en todos los planes del gobierno revolucionario.

La capacitación de los trabajadores activos se inicia en los centros de trabajo al primer nivel educacional: la eliminación de algunos restos de analfabetismo que quedan en los lugares más apartados, los cursos de seguimiento, después los de superación obrera para aquellos que hayan alcanzado tercer grado, los cursos de Mínimo Técnico para los obreros de más alto nivel, los de extensión para hacer subingenieros a los

obreros calificados, los cursos universitarios para todo tipo de profesional y, también, los administrativos. La intención del gobierno revolucionario es convertir nuestro país en una gran escuela, donde el estudio y el éxito de los estudios sean uno de los factores fundamentales para el mejoramiento de la condición del individuo, tanto económicamente como en su ubicación moral dentro de la sociedad, de acuerdo con sus calidades.

Si nosotros logramos desentrañar, bajo la maraña de los papeles, las intrincadas relaciones entre los organismos y entre secciones de organismos, la duplicación de funciones y los frecuentes « baches » en que caen nuestras instituciones, encontramos las raíces del problema y elaboramos normas de organización, primero elementales, más completas luego, damos la batalla frontal a los displicentes, a los confusos y a los vagos, reeducamos y educamos a esta masa, la incorporamos a la revolución y eliminamos lo desechable y, al mismo tiempo, continuamos sin desmayar, cualesquiera que sean los inconvenientes confrontados, una gran tarea de educación a todos los niveles, estaremos en condiciones de liquidar en poco tiempo el burocratismo.

La experiencia de la última movilización es la que nos ha motivado a tener discusiones en el Ministerio de Industrias para analizar el fenómeno de que, en medio de ella, cuando todo el país ponía en tensión sus fuerzas para resistir el embate enemigo, la producción industrial no caía, el ausentismo desaparecía, los problemas se resolvían con una insospechada velocidad. Analizando esto, llegamos a la conclusión de que convergieron varios factores que destruyeron las causas fundamentales del burocratismo; había un gran impulso patriótico y nacional de resistir al imperialismo que abarcó a la inmensa mayoría del pueblo de Cuba, y cada trabajador, a su

nivel, se convirtió en un soldado de la economía dispuesto a resolver cualquier problema.

El motor ideológico se lograba de esta manera por el estímulo de la agresión extranjera. Las normas organizativas se reducían a señalar estrictamente lo que no se podía hacer y el problema fundamental que debiera resolverse; mantener la producción por sobre todas las cosas, mantener determinadas producciones con mayor énfasis aún, y desligar a las empresas, fábricas y organismos de todo el resto de las funciones aleatorias, pero necesarias en un proceso social normal.

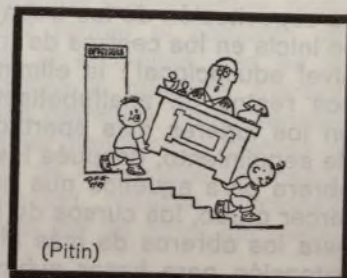
La responsabilidad especial que tenía cada individuo lo obligaba a tomar decisiones rápidas; estábamos frente a una situación de emergencia nacional, y había que tomarlas fueran acertadas o equivocadas; había que tomarlas, y rápido; así se hizo en muchos casos.

No hemos efectuado el balance de la movilización todavía y, evidentemente, ese balance, en términos financieros, no puede ser positivo, pero sí lo fue en términos de movilización ideológica, en la profundización de la conciencia de las masas. ¿Cuál es la enseñanza? Que debemos hacer carne en nuestros trabajadores, obreros, campesinos o empleados, que el peligro de la agresión imperialista sigue pendiente sobre nuestras cabezas, que no hay tal situación de paz y que nuestro deber es seguir fortaleciendo la revolución día a día, porque, además, ésta es nuestra garantía máxima de que no haya invasión. Cuanto más le cueste al imperialismo tomar esta isla, cuanto más fuertes sean sus defensas y cuanto más alta sea la conciencia de sus hijos, más lo pensarán; pero al mismo tiempo, el desarrollo económico del país nos acerca a situaciones de más desahogo, de mayor bienestar. Que el gran ejemplo movilizador de la agresión imperialista se convierta en permanente, es la tarea ideo-

lógica.

Debemos analizar las responsabilidades de cada funcionario, establecerlas lo más rígidamente posible dentro de cauces, de los que no debe salirse bajo pena de severísimas sanciones y, sobre esta base, dar las más amplias facultades posibles. Al mismo tiempo, estudiar todo lo que es fundamental y lo que es accesorio en el trabajo de las distintas unidades de los organismos estatales y limitar lo accesorio para poner énfasis sobre lo fundamental, permitiendo así más rápida acción. Y exigir acción a nuestros funcionarios, establecer límites de tiempo para cumplir las instrucciones emanadas de los organismos centrales, controlar correctamente y obligar a tomar decisiones en tiempo prudencial.

Si nosotros logramos hacer todo ese trabajo, el burocratismo desaparecerá. De hecho no es una tarea de un organismo, ni siquiera de todos los organismos económicos del país; es la tarea de la nación entera, es decir, de los organismos dirigentes, fundamentalmente del Partido Unido de la Revolución y de las agrupaciones de masas. Todos debemos trabajar para cumplir esta consigna apremiante del momento: **Guerra al burocratismo. Agilización del aparato estatal. Producción sin trabas y responsabilidad por la producción.**



Ayuntamiento de Madrid

Sobre la concepción del valor *

Contestando algunas afirmaciones sobre el tema

En este número de **Nuestra Industria Económica**, reproducimos el artículo de Alberto Mora que recientemente publicó la revista **Comercio Exterior**, editada por el Ministerio del ramo, cuyo título es : « En torno a la cuestión del funcionamiento de la Ley del Valor en la economía cubana en los actuales momentos ».

El artículo comienza diciendo : « ... Algunos compañeros plantean que la Ley del Valor no funciona actualmente dentro del sector estatal de la economía cubana. » Es importante la refutación de los argumentos y también es importante la localización de los imputados. « Algunos », no tiene nombre y apellido, pero los sujetos a quienes va dirigida la crítica sí lo tienen y están personalizados en el Ministerio de Industrias que firma este artículo y el compañero Luis Alvarez Rom, Ministro de Hacienda, sin considerar los demás que pueden estar imputados por seguir la corriente del Sistema de Financiamiento Presupuestario.

Ponemos esto como principio, pues es bueno fijar, no solamente los conceptos, sino también las personas que los sostienen.

Quisiéramos aclarar tres afirmaciones hechas por Mora en sus conclusiones. Opinamos que el tema a discutir más importante del artículo no es su disputa contra los que niegan el funcionamiento de la Ley del Valor, sino la propia definición de valor que él hace, ya que ésta no se ajusta a las ideas de Marx.

« En fin, ¿ qué es el valor ? A mi juicio, si algún sentido consistente vamos a dar a la categoría valor, no podemos dejar de apreciar que la misma enmarca (o, mejor, expresa) una relación. En primer lugar,

que es una medida y, como tal, expresa una relación ; y, en segundo lugar, que es, consecuentemente, una categoría creada por el hombre bajo determinadas circunstancias y con determinado fin, enmarcado en el ámbito de las relaciones sociales desarrolladas por él. »

Analicemos el párrafo. Unas líneas antes Alberto Mora afirma : « Pero la medida de una cosa no es la cosa en sí », refiriéndose al valor ; ahora, « en primer lugar que es una medida y, como tal, expresa una relación ».

Esto nos luce contradictorio.

Dice luego : « ... y, en segundo lugar, que es consecuentemente una categoría creada por el hombre bajo determinadas circunstancias y con determinado fin. » Esto está en contradicción plena con las ideas de Marx sobre las leyes económicas de la sociedad. Todo su trabajo estuvo dedicado a desentrañar la esencia de los fenómenos bajo su apariencia, demostrando que los diversos fetiches adquiridos por la humanidad sirven sólo para disimular su ignorancia. Consideramos que, si algo no pudo hacer el hombre, es crear el valor con determinados fines. Las relaciones de producción hicieron surgir el valor, éste existe objetivamente y el que lo conozcamos o no, no varía lo real de su existencia ni la espontaneidad de expresión de las relaciones capitalistas.

A partir de Marx, se hizo luz en el intrincado mecanismo de las relaciones de producción capitalista pero su conocimiento apenas modifica la realidad ; lo único que puede hacer el hombre es cambiar la

* Publicado en **Nuestra Industria. Revista Económica**, número 3, octubre de 1963.

sociedad en determinadas condiciones, pero no « inventar » sus leyes.

Más abajo agrega Mora : « Recuérdese que solamente un tipo de trabajo crea valor : el trabajo socialmente necesario. Esto es, la aplicación a la satisfacción de una necesidad socialmente reconocida, de los recursos limitados disponibles. Es, pues, precisamente esta relación la que se expresa en la categoría valor ; ella es, propiamente, el valor. »

Observemos aquí : Mora atribuye a la frase « socialmente necesario » un sentido distinto del que tiene, vale decir, el de ser necesario para la sociedad, cuando en realidad se expresa aquí como la medida del trabajo que la sociedad en su conjunto necesita hacer para producir un valor. Acaba Mora afirmando que la relación entre las necesidades y los recursos es el valor.

Es evidente que si la sociedad no reconoce una utilidad al producto, éste no tendrá valor de cambio (de aquí, quizás, el error conceptual de Alberto Mora al referirse al trabajo socialmente necesario), pero no es menos evidente que Marx identifica la idea de valor con la de trabajo abstracto. La búsqueda de la medida del trabajo se identifica con la búsqueda de la medida del valor. Leemos en **El Capital** lo siguiente : « ... Por tanto, un valor de uso, un bien, sólo encierra un valor por encarnación o materialización del trabajo humano abstracto. ¿ Cómo se mide la cantidad de este valor ? Por la cantidad de sustancia creadora de valor, es decir, de trabajo que encierra. »

Sucede que sin valor de uso no existe valor, así como no se puede concebir valor de uso sin valor (salvo algunas fuerzas de la naturaleza) por la interrelación dialéctica que existe entre ellos.

Podría acercarse más a la realidad la idea de que la relación necesidad-recursos está implícita en el concepto de valor lo que

luce lógico, ya que ésta fórmula puede cambiarse por la de oferta-demanda existente en el mercado y que constituye uno de los eslabones en el funcionamiento de la Ley del Valor o de la relación valor.

Hasta aquí la primera objeción a la que damos importancia por lo peligroso que resultaría esquematizar este problema, hasta llevarlo a una simple enunciación de Ley de oferta-demanda.

Pasando al comienzo del primer párrafo del artículo comentado, diremos que no es exacta esta apreciación. Nosotros consideramos el problema del valor en otra forma. Me referiré al artículo publicado en **Nuestra Industria. Revista Económica**, número 1. Decía allí : « Cuando todos los productos actúan de acuerdo con precios que tienen ciertas relaciones internas entre sí, distintas a la relación de esos productos en el mercado capitalista, se va creando una nueva relación de precios que no tiene parangón con la mundial. ¿ Cómo hacer para que los precios coincidan con el valor ? ¿ Cómo manejar conscientemente el conocimiento de la Ley del Valor para lograr el equilibrio del fondo mercantil por una parte y el reflejo fiel en los precios por otra ? Este es uno de los problemas más serios planteados a la economía socialista. »

Es decir, no se está impugnando la vigencia de la Ley del Valor, se está considerando que esta ley tiene su forma de acción más desarrollada a través del mercado capitalista y que las variaciones introducidas en el mercado por la socialización de los medios de producción y los aparatos de distribución conllevan cambios que impiden una inmediata clarificación de su acción.

Sostenemos nosotros que la Ley del Valor es reguladora de las relaciones mercantiles en el ámbito del capitalismo y, por tanto, en la medida en que los mercados sean distorsionados por cualquier causa, así-

mismo sufrirá ciertas distorsiones la acción de la Ley del Valor.

La forma y la medida en que esto se produzca no ha sido estudiada con la misma profundidad con que Marx llevó a cabo su estudio sobre el capitalismo. Este y Engels no previeron que la etapa de transición pudiera iniciarse en países económicamente atrasados y, por ende, no estudiaron ni meditaron sobre las características económicas de aquel momento.

Lenin, a pesar de su genialidad, no tuvo el tiempo preciso para dedicar largos estudios —toda la vida que le dedicara Marx— a los problemas económicos de esta etapa de transición en la cual se conjuga el hecho histórico de una sociedad que sale del capitalismo sin completar su desarrollo de esa etapa (y en la que se conservan restos de feudalismo todavía) con la concentración en manos del pueblo de la propiedad de los medios de producción.

Este es un hecho real cuya posibilidad fue prevista por Lenin en sus estudios sobre el desarrollo desigual del capitalismo, el nacimiento del imperialismo y la teoría del desgajamiento de los eslabones más débiles del sistema en momentos de conmoción social como son las guerras. El mismo probó, con la revolución rusa y la creación del primer Estado socialista, la factibilidad del hecho, pero no tuvo tiempo de continuar sus investigaciones ya que se dedicó de lleno a la consolidación del poder, a participar en la revolución, como anunciara en el abrupto final de su libro **El Estado y la revolución**. (La suma de los trabajos de Lenin sobre la economía del periodo de transición nos sirve de valiosísima introducción al tema, pero le faltó el desarrollo y la profundización que el tiempo y la experiencia debían darle.)

En sus conclusiones, el compañero Mora afirma categóricamente: « En el socialismo la Ley del Valor sigue operando aunque

no es el único criterio regulador de la producción. En el socialismo, la Ley del Valor opera a través del plan. »

Nosotros no estamos tan seguros de eso. Suponiendo que se hiciera un plan totalmente armónico en todas sus categorías, hay que suponer que debe tener algún instrumento de análisis fuera de él que permita su valoración y ese instrumento no se me ocurre que pueda ser otro que los resultados del mismo. Pero los resultados son la comprobación **a posteriori** de que todo anda bien o algo anda mal (con respecto a la ley del valor, se entiende, ya que puede haber defectos de otro origen). Tendríamos que empezar a estudiar minuciosamente los puntos flojos para tratar de tomar medidas prácticas, **a posteriori** nuevamente, y corregir la situación por tanteos sucesivos. En todo caso, el equilibrio entre el fondo mercantil y la demanda solvente sería el patrón de control ya que el análisis de las necesidades no satisfechas no arrojaría ninguna luz, pues, por definición, no existen condiciones para darle al hombre lo que demanda en este periodo.

Suponiendo algo más real ; que se deban tomar medidas frente a una situación dada, gastar dinero en la defensa, en la corrección de grandes desproporciones de la producción interna, en inversiones que consuman parte de nuestra capacidad de producir para el consumo, necesarias por su importancia estratégica (no me refiero sólo al aspecto militar sino también económico). Se crearán entonces tensiones que habrá que corregir con medidas administrativas para impedir una carrera de precios y se crearán nuevas relaciones que oscurecerán cada vez más la acción de la Ley del Valor.

Siempre se pueden calcular efectos ; también los capitalistas lo hacen en sus estudios de coyuntura. Pero en el plan habrá un reflejo cada vez más pálido de la

Ley del Valor. Esa es nuestra opinión sobre el tema.

Quisiéramos referirnos también a otra parte del artículo citado, en el cual dice lo siguiente : « Cuando algunos compañeros niegan que la Ley del Valor opera en las relaciones entre empresas dentro del sector estatal, argumentan que todo el sector estatal es una sola propiedad ; que las empresas son propiedad de la sociedad. Esto último, desde luego, es cierto. Pero, económicamente, es un criterio incorrecto. La propiedad estatal no es aún la propiedad social plenamente desarrollada, que solamente se alcanzará en el comunismo. » Y luego : « ... Basta, simplemente, fijarse en las relaciones entre las empresas estatales, cómo surgen contradicciones entre ellas y unas se reclaman a las otras, para darse cuenta que actualmente, en Cuba, todo el sector estatal de ninguna manera constituye una sola gran empresa. »

Alberto Mora se refiere a algunas conversaciones que hemos tenido, a una intervención personal en la clausura del curso de la Escuela de Administradores, o a un folleto inédito del compañero Alvarez Rom, en el cual se refiere al tema como a una aspiración de Lenin. En este último se considera el tratamiento de las fábricas como talleres de la empresa consolidada y la aspiración, consecuente con el desarrollo de la economía, de llevar todas las relaciones a las mismas que existirán en una gran fábrica única.

Quisiéramos hacer notar que, si bien es cierto que existen contradicciones entre distintas empresas —y no citaremos empresas de la economía en general, sino bajo la dirección del Ministerio de Industrias—, es no menos cierto que existen contradicciones entre fábricas de una empresa, entre talleres de una fábrica y, a veces, como en el caso de los trabajadores de una brigada en el trabajo norma-

do a tiempo con premio, en el seno mismo de la brigada, que se expresan, en un ejemplo práctico, cuando una brigada se niega a que uno de sus trabajadores deje alguna hora de producción para enseñar a otros compañeros, por el hecho de que así baja la productividad del grupo y por lo tanto los salarios del mismo. Sin embargo, estamos construyendo el socialismo, liquidando la explotación del hombre por el hombre.

En el capitalismo, en los talleres de una fábrica, interdependientes unos de otros, ¿ no suceden cosas parecidas ? ¿ Será acaso que los dos sistemas tienen contradicciones de parecido tipo ?

Las contradicciones entre los hombres se reflejan constantemente en el sector socialista, pero cuando éstos no están tarados por incomprendiones extremas o modos de actuar no revolucionarios, son contradicciones no antagónicas que se resuelven dentro de los límites que la sociedad pone como marco de sus acciones. Estamos de acuerdo en que el sector estatal no constituye aún de ninguna manera una sola gran empresa ; por defectos organizativos, por falta de desarrollo de nuestra sociedad y porque existen dos sistemas de financiamiento. Nosotros nos basábamos, fundamentalmente, para expresar nuestro concepto de una sola empresa, en la definición que da Marx de mercancía : « Para ser mercancía, el producto ha de pasar a manos de otro, del que lo consume, por medio de un acto de cambio » ; y de la acotación de Engels explicando que introduce el concepto de mercancía para evitar el error de los que consideran mercancía todo producto consumido por otro que no sea el propio productor, explicando que las gabelas no son mercancías porque no existe cambio.

Engels da un ejemplo extraído de la sociedad feudal ; este concepto de mercancía, con sus correspondientes ejem-

plos, ¿no puede tener validez en nuestro presente de construcción del socialismo? Nosotros consideramos que el paso de un taller a otro, o de una empresa a otra en el sistema presupuestario desarrollado, no puede ser considerado como un acto de cambio; simplemente un acto de formación o agregado de nuevos valores mediante el trabajo.

Es decir, si mercancía es aquel producto que cambia de propiedad mediante un acto de cambio, al estar dentro de la propiedad estatal todas las fábricas, en el sistema presupuestario, donde no se produce este fenómeno, el producto solamente adquirirá características de mercancía cuando, llegando al mercado, pase a manos del pueblo consumidor.

Nuestra opinión sobre los costos está reflejada en el artículo ya citado, aparecido en esta revista con mi firma; a él remitimos al lector interesado. Con respecto al tamaño de Cuba, aplicando el criterio de Mora, le podríamos proponer que dividiera su Ministerio en nueve Ministerios autónomos, uno por piso, dado su tamaño exagerado. Si no lo cree así, que pruebe a subir hasta su despacho por la escalera y se convencerá de la verdad del aserto. Si usa el teléfono, el elevador y el intercomunicador, es porque existen para eso; las distancias de Cuba se miden por

Sobre el sistema presupuestario de financiamiento*

Empezaremos con algunas citas. La primera es de los manuscritos económicos de Marx, de la época en que su producción fue bautizada como de Marx el joven, cuando, incluso en su lenguaje, el peso de las ideas filosóficas que contribuyeron a su formación se notaba mucho, y sus ideas sobre la economía eran más imprecisas.

los medios técnicos de comunicación moderna, no por el tiempo que tardaban nuestros antepasados en trasladarse de un lugar a otro. Hasta aquí las discrepancias.

Queremos dejar constancia de que esta polémica, que se inicia con nuestra réplica, puede tener un valor alto para nuestra formación en la misma medida en que seamos capaces de llevarla con el mayor rigor científico posible y con la mayor ecuanimidad.

No rehuimos confrontaciones, pero, ya que estamos en el centro de una discusión que alcanza a los niveles superiores del gobierno y el Partido, donde se mantienen dos líneas de pensamiento sobre el sistema de financiamiento, creemos que es importante el cuidado de la forma y del método de discusión.

Saludamos la iniciativa del compañero Mora de salir a la palestra pública con sus impugnaciones, aún cuando siempre es mejor ponerle nombre a las cosas, y lo felicitamos, además, por la calidad de la revista del Ministerio de Comercio Exterior, calidad que trataremos de alcanzar con nuestra modesta publicación.



No obstante, Marx estaba en la plenitud de su vida, ya había abrazado la causa de los humildes y la explicaba filosóficamente, aunque sin el rigor científico de **El Capital**. Pensaba más como filósofo, y, por tanto,

* Artículo publicado en **Nuestra industria. Revista Económica**, número 5, febrero de 1964. Fragmentos.

se refería más concretamente al hombre como individuo humano y a los problemas de su liberación como ser social, sin entrar todavía en el análisis de la ineluctabilidad del resquebrajamiento de las estructuras sociales de la época, para dar paso al periodo de transición: la dictadura del proletariado. En *El Capital*, Marx se presenta como el economista científico que analiza minuciosamente el carácter transitorio de las épocas sociales y su identificación con las relaciones de producción; no da paso a las disquisiciones filosóficas. El peso de este monumento de la inteligencia humana es tal que nos ha hecho olvidar frecuentemente el carácter humanista (en el mejor sentido de la palabra) de sus inquietudes. La mecánica de las relaciones de producción y su consecuencia, la lucha de clases, oculta en cierta medida el hecho objetivo de que son hombres los que se mueven en el ambiente histórico. Ahora nos interesa el hombre y de ahí la cita, que no por ser de su juventud, tiene menos valor como expresión del pensamiento del filósofo.

« El comunismo, como superación positiva de la propiedad privada, como autoenajenación humana y, por tanto, como real apropiación de la esencia humana por y para el hombre; por tanto, como el retorno total, consciente y logrado dentro de toda la riqueza del desarrollo anterior, del hombre para sí como un hombre social, es decir, humano. Este comunismo es, como naturalismo acabado=humanismo y como humanismo acabado=naturalismo; es la verdadera solución del conflicto entre el hombre y la naturaleza y del hombre contra el hombre, la verdadera solución de la pugna entre la existencia y la esencia, entre la objetivación y la afirmación de sí mismo, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. Es el secreto revelado de la historia y tiene la **conciencia** de ser esta solución.¹

La palabra **conciencia** es subrayada por considerarla básica en el planteamiento del problema; Marx pensaba en la liberación del hombre y veía al comunismo como la solución de las contradicciones que produjeron su enajenación, pero como un acto consciente. Vale decir, no puede verse el comunismo meramente como el resultado de contradicciones de clases en una sociedad de alto desarrollo, que fueran a resolverse en una etapa de transición para alcanzar la cumbre; el hombre es el actor consciente de la historia. Sin esta **conciencia**, que engloba la de su ser social, no puede haber comunismo.

Con esta serie de citas, hemos pretendido fijar los temas que consideramos básicos para la explicación del sistema:

Primero: El comunismo es una meta de la humanidad que se alcanza conscientemente; luego, la educación, la liquidación de las taras de la sociedad antigua en la conciencia de las gentes, es un factor de suma importancia, sin olvidar, claro está, que sin avances paralelos en la producción no se puede llegar nunca a tal sociedad. Segundo: Las formas de conducción de la economía, como aspecto tecnológico de la cuestión, deben tomarse de donde estén más desarrolladas y puedan ser adaptadas a la nueva sociedad. La tecnología de la petroquímica del campo imperialista puede ser utilizada por el campo socialista sin temor de **contagio** de la ideología burguesa. En la rama económica (en todo lo referente a normas técnicas de dirección y control de la producción) sucede lo mismo.

Se podría, si no es considerado demasiado pretencioso, parafrasear a Marx en su referencia a la utilización de la dialéctica de Hegel y decir de estas técnicas que han

1. Marx: *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*. Editorial Grijalbo, México, 1962; bajo el título « *Esbozo de una crítica a la economía política* » p. 82-83.

sido puestas al derecho.

Un análisis de las técnicas contables utilizadas hoy habitualmente en los países socialistas nos muestra que entre ellas y las nuestras media un concepto diferencial, que podría equivaler al que existe en el campo capitalista, entre capitalismo de competencia y monopolio. Al fin, las técnicas anteriores sirvieron de base para el desarrollo de ambos sistemas, « **puestas sobre los pies** », de ahí en adelante se separan los caminos, ya que el socialismo tiene sus propias relaciones de producción y, por ende, sus propias exigencias.

Podemos decir, pues, que como técnica, el antecesor del sistema presupuestario de financiamiento es el monopolio imperialista radicado en Cuba, y que había sufrido ya las variaciones inherentes al largo proceso de desarrollo de la técnica de conducción y control que va desde los albores del sistema capitalista hasta nuestros días en que alcanza sus niveles superiores. Cuando los monopolistas se retiraron se llevaron sus cuadros superiores y algunos intermedios; al mismo tiempo, nuestro concepto inmaduro de la revolución nos llevó a arrasar con una serie de procedimientos establecidos, por el mero hecho de ser capitalistas. Esto hace que nuestro sistema no llegue todavía al grado de efectividad que tenían las sucursales criollas de los monopolios en cuanto a dirección y control de la producción; por ese camino vamos, limpiándolo de cualquier hojarasca anterior.

Diferencias generales entre el cálculo económico y el sistema presupuestario de financiamiento

Entre el cálculo económico y el sistema presupuestario de financiamiento hay dife-

rencias de distintos grados; intentaremos dividir las en dos grandes grupos y explicarlas someramente; hay diferencias de tipo metodológico —práctico, diríamos— y diferencias de carácter más profundo pero cuya naturaleza puede hacer parecer bizantino el análisis, si no se opera con gran cautela.

Conviene aclarar ahora que lo que nosotros buscamos es una forma más eficiente de llegar al comunismo; no hay discrepancia de principio. El cálculo económico ha demostrado su eficacia práctica y, partiendo de las mismas bases, se plantean los mismos fines; nosotros creemos que el esquema de acción de nuestro sistema, convenientemente desarrollado, puede elevar la eficacia de la gestión económica del Estado socialista, profundizar la conciencia de las masas y cohesionar aún más el sistema socialista mundial, sobre la base de una acción integral.

La diferencia más inmediata surge cuando hablamos de la empresa. Para nosotros una empresa es un conglomerado de fábricas o unidades que tienen una base tecnológica parecida, un destino común para su producción o, en algún caso, una localización geográfica limitada; para el sistema de cálculo económico, una empresa es una unidad de producción con personalidad jurídica propia. Un central azucarero es una empresa para aquel método y para nosotros, todos los centrales azucareros y otras unidades relacionadas con el azúcar constituyen la Empresa Consolidada del Azúcar. Recientemente en la URSS se han hecho ensayos de este tipo adaptados a las condiciones propias de ese país hermano (Véase « Los Combinados de Empresas Soviéticas - La nueva forma de administración de las industrias, I. Ivonin, **Nuestra Industria**. Revista Económica, nº 4).

Otra diferencia es la forma de utilización del dinero; en nuestro sistema sólo opera como dinero aritmético, como reflejo, en

precios, de la gestión de la empresa, que los organismos centrales analizarán para efectuar el control de su funcionamiento ; en el cálculo económico es no sólo ésto, sino también medio de pago que actúa como instrumento indirecto de control, ya que son estos fondos los que permiten operar a la unidad y sus relaciones con el Banco son similares a las de un productor privado en contacto con bancos capitalistas a los que deben explicar exhaustivamente sus planes y demostrar su solvencia. Naturalmente, en este caso no opera la decisión arbitraria sino la sujeción a un plan y las relaciones se efectúan entre organizaciones estatales.

Consecuentemente con la forma de utilizar el dinero, nuestras empresas no tienen fondos propios ; en el banco existen cuentas separadas para extraerlos y depositarlos, la empresa puede extraer fondos según el plan, de la cuenta general de gastos y de la especial para pagar salarios, pero, al efectuar un depósito, éste pasa a poder del Estado automáticamente.

Las empresas de la mayoría de los países hermanos tienen fondos propios en los bancos que refuerzan con créditos de los mismos por los que pagan interés, sin olvidar nunca que estos fondos **propios**, al igual que los créditos, pertenecen a la sociedad, expresando en su movimiento el estado financiero de la empresa.

En cuanto a las normas de trabajo, las empresas del cálculo económico usan el trabajo normado a tiempo y el trabajo por pieza o por hora (destajo) ; nosotros estamos tratando de llevar todas nuestras fábricas al trabajo normado a tiempo, con premios de sobrecumplimiento limitados por la tarifa de la escala superior. Después nos extenderemos sobre el particular.

El sistema presupuestario de financiamiento se basa en un control centralizado de la actividad de la empresa ; su plan y su gestión económica son controladas por

organismos centrales, en una forma directa, no tiene fondos propios ni recibe créditos bancarios, y usa, en forma individual, el estímulo material, vale decir, los premios y castigos monetarios individuales y, en su momento, usará los colectivos, pero el estímulo material directo está limitado por la forma de pago de la tarifa salarial.

Contradicciones más sutiles.

Estímulo material versus conciencia

Aquí entramos de lleno en el campo de las contradicciones más sutiles y que mejor deben ser explicadas. El tema de estímulo material versus estímulo moral ha dado origen a muchas discusiones entre los interesados en estos asuntos. Precisa aclarar bien una cosa : **no negamos la necesidad objetiva del estímulo material**, si somos renuentes a su uso como palanca impulsora fundamental. Consideramos que, en economía, este tipo de palanca adquiere rápidamente categoría **per se** y luego impone su propia fuerza en las relaciones entre los hombres. No hay que olvidarse que viene del capitalismo y está destinada a morir en el socialismo.

¿Cómo la haremos morir ?

—Poco a poco, mediante el gradual aumento de los bienes de consumo para el pueblo que hace innecesario este estímulo— nos contestan. Y en esta concepción vemos una mecánica demasiado rígida. Bienes de consumo, esa es la consigna y la gran formadora, en definitiva, de conciencia para los defensores del otro sistema. Estímulo material directo y conciencia son términos contradictorios, en nuestro concepto.

Este es uno de los puntos en que nuestras discrepancias alcanzan dimensiones concretas. No se trata ya de matices ; para los partidarios de la autogestión financiera el

estímulo material directo proyectado hacia el futuro y acompañando a la sociedad en las diversas etapas de la construcción del comunismo no se contraponen al « desarrollo » de la conciencia, para nosotros sí. Es por eso que luchamos contra su predominio, pues significaría el retraso del desarrollo de la moral socialista.

Si el estímulo material se opone al desarrollo de la conciencia, pero es una gran palanca para obtener logros en la producción, ¿debe entenderse que la atención preferente al desarrollo de la conciencia retarda la producción? En términos comparativos, en una época dada, es posible, aunque nadie ha hecho los cálculos pertinentes; nosotros afirmamos que en tiempo relativamente corto el desarrollo de la conciencia hace más por el desarrollo de la producción que el estímulo material y lo hacemos basados en la proyección general del desarrollo de la sociedad para entrar al comunismo, lo que presupone que el trabajo deje de ser una penosa necesidad para convertirse en un agradable imperativo. Cargada de subjetivismo, la afirmación requiere la sanción de la experiencia y en eso estamos; si, en el curso de ella, se demostrara que es un freno peligroso para el desarrollo de las fuerzas productivas, habrá que tomar la determinación de cortar por lo sano y volver a los caminos transitados; hasta ahora, no ha ocurrido así y el método, con el perfeccionamiento que va dando la práctica, adquiere cada vez más consistencia y demuestra su coherencia interna.

Creemos que se está desperdiciando, en cierta manera, las posibilidades de desarrollo que ofrecen las nuevas relaciones de producción para acentuar la evolución del hombre hacia « el reino de la libertad ». Precisamente, puntualizamos en nuestra definición de los argumentos fundamentales del sistema la interrelación existente entre educación y desarrollo de la pro-

ducción. Se puede abordar la tarea de la construcción de la nueva conciencia porque estamos frente a nuevas formas de relaciones de producción y, aunque en sentido histórico general la conciencia es producto de las relaciones de producción, deben considerarse las características de la época actual cuya contradicción fundamental (en niveles mundiales) es la existente entre el imperialismo y el socialismo. Las ideas socialistas tocan la conciencia de las gentes del mundo entero, por eso puede adelantarse un desarrollo al estado particular de las fuerzas productivas en un país dado.

En la URSS de los primeros años, el Estado socialista caracterizaba el régimen a pesar de las relaciones de tipo mucho más atrasado que existían en su seno. En el capitalismo hay restos de la etapa feudal, pero es aquel sistema el que caracteriza al país luego de triunfar en los aspectos fundamentales de su economía. En Cuba, el desarrollo de las contradicciones entre dos sistemas mundiales permitió el establecimiento del carácter socialista de la revolución, carácter que le fue dado en un acto consciente, gracias a los conocimientos adquiridos por sus dirigentes, la profundización de la conciencia de las masas y la correlación de fuerzas en el mundo.

Si todo esto es posible, ¿por qué no pensar en el papel de la educación como ayudante pertinaz del Estado socialista en la tarea de liquidar las viejas taras de una sociedad que ha muerto y se lleva a la tumba sus viejas relaciones de producción?

Entendemos que durante cierto tiempo se mantengan las categorías del capitalismo y que este término no puede determinarse de antemano, pero las características del periodo de transición son las de una sociedad que liquida sus viejas ataduras para ingresar rápidamente a la nueva

etapa. La **tendencia** debe ser, en nuestro concepto, a liquidar lo más vigorosamente posible las categorías antiguas entre las que se incluye el mercado, el dinero y, por tanto, la palanca del interés material, o, por mejor decir, las condiciones que provocan la existencia de las mismas. Lo contrario haría suponer que la tarea de la construcción del socialismo en una sociedad atrasada, es algo así como un accidente histórico y que sus dirigentes, para subsanar el **error**, deben dedicarse a la consolidación de todas las categorías inherentes a la sociedad intermedia, quedando sólo la distribución del ingreso de acuerdo al trabajo y la tendencia a liquidar la explotación del hombre por el hombre como fundamentos de la nueva sociedad, lo que luce insuficiente por sí solo como factor del desarrollo del gigantesco cambio de conciencia necesario para poder afrontar el tránsito, cambio que deberá operarse por la acción multifacética de todas las nuevas relaciones, la educación y la moral socialista, con la concepción individualista que el estímulo material directo ejerce sobre la conciencia frenando el desarrollo del hombre como ser social.

Para resumir nuestras divergencias : consideramos la ley del valor como parcialmente existente, debido a los restos de la sociedad mercantil subsistentes, que se refleja también en el tipo de cambio que se efectúa entre el Estado suministrador y el consumidor ; creemos que, particularmente en una sociedad de comercio exterior muy desarrollado, como la nuestra, la ley del valor en escala internacional debe reconocerse como un hecho que rige las transacciones comerciales, aún dentro del

campo socialista, y reconocemos la necesidad de que este comercio pase ya a formas más elevadas en los países de la nueva sociedad, impidiendo que se ahonden las diferencias entre países desarrollados y los más atrasados por la acción del intercambio. Vale decir, es necesario hallar fórmulas de comercio que permitan el financiamiento de las inversiones industriales en los países en desarrollo, aunque esto contravenga los sistemas de precios existentes en el mercado mundial capitalista, lo que permitirá el avance más parejo de todo el campo socialista, con las naturales consecuencias de limar asperezas y cohesionar el espíritu del internacionalismo proletario (el reciente acuerdo entre Cuba y la URSS, es una muestra de los pasos que se pueden dar en este sentido). Negamos la posibilidad del uso consciente de la ley del valor, basados en la no existencia de un mercado libre que exprese automáticamente la contradicción entre productores y consumidores ; negamos la existencia de la categoría **mercancía** en la relación entre empresas estatales, y consideramos todos los establecimientos como parte de la única gran empresa que es el Estado (aunque, en la práctica, no sucede todavía así en nuestro país). La ley del valor y el plan son dos términos ligados por una contradicción y su solución ; podemos, pues, decir que la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria y el punto en que la conciencia del hombre alcanza, por fin, a sintetizar y dirigir la economía hacia su meta, la plena liberación del ser humano en el marco de la sociedad comunista.

Los países socialistas deben liquidar su complicidad tácita con la explotación colonial,*

No hay fronteras en esta lucha a muerte ; no podemos permanecer indiferentes frente a lo que ocurre en cualquier parte del mundo ; una victoria de cualquier país sobre el imperialismo es una victoria nuestra, así como la derrota de una nación cualquiera es una derrota para todos. El ejercicio del internacionalismo proletario es no sólo un deber de los pueblos que luchan por asegurar un futuro mejor ; además, es una necesidad insoslayable. Si el enemigo imperialista norteamericano o cualquier otro, desarrolla su acción contra los pueblos subdesarrollados y los países socialistas, una lógica elemental determina la necesidad de la alianza de los pueblos subdesarrollados y de los países socialistas ; si no hubiera ningún otro factor de unión el enemigo común debiera constituirlo.

Claro que estas uniones no se pueden hacer espontáneamente, sin discusiones, sin que anteceda un parto, doloroso a veces. Cada vez que se libera un país, dijimos, es una derrota del sistema imperialista mundial, pero debemos convenir en que el desgajamiento no sucede por el mero hecho de proclamarse una independencia o lograrse una victoria por las armas en una revolución ; sucede cuando el dominio económico imperialista cesa de ejercerse sobre un pueblo. Por lo tanto, a los países socialistas les interesa como cosa vital que se produzcan efectivamente esos desgajamientos y es nuestro deber internacional, el deber fijado por la ideología que nos dirige, el contribuir con nuestros esfuerzos a que la liberación se haga lo más rápida y profundamente que sea posible. De todo esto debe extraerse una conclu-

Ayuntamiento de Madrid



Pulpo (Nelsón Sosa)

sión : el desarrollo de los países que empiezan ahora el camino de la liberación, debe costar a los países socialistas. Lo decimos así, sin el menor ánimo de chantaje o de espectacularidad, ni para la búsqueda fácil de una aproximación mayor al conjunto de los pueblos afroasiáticos ; es una convicción profunda. No puede existir socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraternal frente a la humanidad, tanto de índole individual, en la sociedad en que se construye o está construido el socialismo, como de índole mundial en relación a todos los pueblos que sufren la opresión imperialista.

Creemos que con este espíritu debe afrontarse la responsabilidad de ayuda a los países dependientes y que no debe hablarse más de desarrollar un comercio de beneficio mutuo basado en los precios que la ley del valor y las relaciones internacionales del intercambio, desigual, producto de la ley del valor, imponen a los países atrasados. ¿Cómo puede significar « beneficio mutuo » vender a precios de mercado mundial las materias primas que cuestan sudor y sufrimientos sin límites a los países atrasados y comprar a precios de mercado mundial las máquinas producidas en las grandes fábricas automatizadas del presente ?

Si establecemos ese tipo de relación entre

* Discurso pronunciado en el Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, Argel, 27 de febrero de 1965. Fragmentos.

los dos grupos de naciones, debemos convenir en que los países socialistas son, en cierta manera, cómplices de la explotación imperial. Se puede argüir que el monto del intercambio con los países subdesarrollados constituye una parte insignificante del comercio exterior de estos países. Es una gran verdad, pero no elimina el carácter inhumano del cambio.

Los países socialistas tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores del Occidente. El hecho de que sea hoy pequeño el comercio no quiere decir nada: Cuba en el año 59 vendía ocasionalmente azúcar a algún país del bloque socialista, sobre todo a través de corredores ingleses o de otra nacionalidad, y hoy el ochenta por ciento de su comercio se desarrolla en esa área; todos sus abastecimientos vitales vienen del campo socialista y de hecho ha ingresado en ese campo. No podemos decir que este ingreso se haya producido por el mero aumento del comercio, ni que haya aumentado el comercio por el hecho de romper las viejas estructuras y encarar la forma socialista de desarrollo; ambos extremos se tocan y unos y otros se interrelacionan.

Nosotros no empezamos la carrera que terminará en el comunismo con todos los pasos previstos, como producto lógico de un desarrollo ideológico que marchara con un fin determinado; las verdades del socialismo, más las crudas verdades del imperialismo, fueron forjando a nuestro pueblo y enseñándole el camino que luego hemos adoptado conscientemente. Los pueblos de África y de Asia que vayan a su liberación definitiva deberán emprender esa misma ruta; la emprenderán más tarde o más temprano, aunque su socialismo tome hoy cualquier adjetivo definitorio. No hay otra definición del socialismo, válida para nosotros, que la abolición de la explotación del hombre por el hombre. Mientras esto no se produzca se está en el periodo de cons-

trucción de la sociedad socialista y, si en vez de producirse este fenómeno, la tarea de la supresión de la explotación se estanca o, aún, se retrocede en ella, no es válido hablar siquiera de construcción del socialismo.

Tenemos que preparar las condiciones para que nuestros hermanos entren directa y conscientemente en la ruta de la abolición definitiva de la explotación, pero no podemos invitarlos a entrar si nosotros somos cómplices de esta explotación. Si nos preguntaran cuáles son los métodos para fijar precios equitativos, no podríamos contestar; no conocemos la magnitud práctica de esta cuestión, sólo sabemos que, después de discusiones políticas, la Unión Soviética y Cuba han firmado acuerdos ventajosos para nosotros, mediante los cuales llegaremos a vender hasta cinco millones de toneladas a precios fijos superiores a los normales en el llamado mercado libre mundial azucarero. La República Popular China también mantiene esos precios de compra. Esto es sólo un antecedente, la tarea real consiste en fijar los precios que permitan el desarrollo. Un gran cambio de concepción consistirá en cambiar el orden de las relaciones internacionales; no debe ser el comercio exterior el que fije la política, sino, por el contrario, aquél debe estar subordinado a una política fraternal hacia los pueblos.

Analizaremos brevemente el problema de los créditos a largo plazo para desarrollar industrias básicas. Frecuentemente nos encontramos con que los países beneficiarios se aprestan a fundar bases industriales desproporcionadas a su capacidad actual, cuyos productos no se consumirán en el territorio y cuyas reservas se comprometerán en el esfuerzo. Nuestro razonamiento es que las inversiones de los Estados socialistas en su propio territorio pesan directamente sobre el presupuesto estatal y no se recuperan sino a través de la utiliza-

ción de los productos en el proceso completo de su elaboración, hasta llegar a los últimos extremos de la manufactura. Nuestra proposición es que se piense en la posibilidad de realizar inversiones de ese tipo en los países subdesarrollados.

De esta manera se podría poner en movimiento una fuerza inmensa, subyacente en nuestros continentes que han sido miserablemente explotados pero nunca ayudados en su desarrollo y empezar una nueva etapa de auténtica división internacional del trabajo basada no en la historia de lo que hasta hoy se ha hecho, sino en la historia futura de lo que se ha de hacer.

Los Estados en cuyos territorios se emplazaran las nuevas inversiones tendrían todos los derechos inherentes a una propiedad soberana sobre los mismos sin que mediara pago o crédito alguno, quedando obligados los poseedores a suministrar determinadas cantidades de productos a los países inversionistas, durante determinada cantidad de años y a un precio determinado.

El imperialismo ha sido derrotado en muchas batallas parciales, pero es una fuerza considerable en el mundo y no se puede aspirar a su derrota definitiva sino con el esfuerzo y el sacrificio de todos.

Sin embargo, el conjunto de medidas propuestas no se puede realizar unilateralmente. El desarrollo de los subdesarrollados debe costar a los países socialistas, de acuerdo, pero también deben ponerse en tensión las fuerzas de los países subdesarrollados y tomar firmemente la ruta de la construcción de una sociedad nueva —póngasele el nombre que se le ponga— donde la máquina, instrumento de trabajo, no sea instrumento de explotación del hombre por el hombre. Tampoco se puede pretender la confianza de los países socialistas cuando se juega al balance entre el capitalismo y socialismo y se trata de utilizar a ambas fuerzas como elementos contrapuestos.

para sacar de esa competencia determinadas ventajas. Una nueva política de absoluta seriedad debe regir las relaciones entre los dos grupos de sociedades. Es conveniente recalcar, una vez más, que los medios de producción deben estar preferentemente en manos del Estado, para que vayan desapareciendo gradualmente los signos de explotación.

En ocasiones, frente a la imposibilidad real de realizar determinada inversión con la ayuda del campo socialista, se realiza ésta mediante acuerdos con los capitalistas. Y esas inversiones capitalistas tienen no sólo el defecto de la forma en que se realizan los préstamos, sino también otros complementarios de mucha importancia, como es el establecimiento de sociedades mixtas con un peligroso vecino. Como, en general, las inversiones son paralelas a las de otros Estados, esto propende a las divisiones entre países amigos por diferencias económicas e instaura el peligro de la corrupción emanada de la presencia constante del capitalismo, hábil en la presentación de imágenes de desarrollo y bienestar que nublan el entendimiento de mucha gente.

Tiempo después la caída de los precios en los mercados es la consecuencia de una saturación de productos similares. Los países afectados se ven en la obligación de pedir nuevos préstamos o permitir inversiones complementarias para la concurrencia. La caída de la economía en manos de los monopolios y un retorno lento pero seguro al pasado es la consecuencia final de una tal política. A nuestro entender, la única forma segura de realizar inversiones con la participación de las potencias imperialistas es la participación directa del Estado como comprador íntegro de los bienes, limitando la acción imperialista a los contratos de suministros y no dejándolos entrar más allá de la puerta de calle de nuestra casa. Y aquí sí es lícito aprovechar las contradic-

ciones interimperialistas para conseguir condiciones menos onerosas.

En el aspecto económico, necesitamos vencer el camino del desarrollo con la técnica más avanzada posible. No podemos ponernos a seguir la larga escala ascendente de la humanidad desde el feudalismo hasta la era atómica y automática porque sería un camino de ingentes sacrificios y parcialmente inútil. La técnica hay que tomarla donde esté ; hay que dar el gran salto técnico para ir disminuyendo la diferencia que hoy existe entre los países más desarrollados y nosotros. Esta debe estar en las grandes fábricas y también en una agricultura convenientemente desarrollada y, sobre todo, debe tener sus pilares en una cultura técnica e ideológica con la suficiente fuerza y base de masas como para permitir la nutrición continua de los institutos y los aparatos de investigación que hay que crear en cada país y de los hombres que vayan ejerciendo la técnica actual y que sean capaces de adaptarse a las nuevas técnicas adquiridas.

Estos cuadros deben tener una clara conciencia de su deber para con la sociedad en la cual viven ; no podrá haber una cultura técnica adecuada si no está complementada con una cultura ideológica. Y, en la mayoría de nuestros países, no podrá haber una base suficiente de desarrollo industrial, que es el que determina el desarrollo de la sociedad moderna, si no se empieza por asegurar al pueblo la comida necesaria, los bienes de consumo más imprescindibles y una educación adecuada.

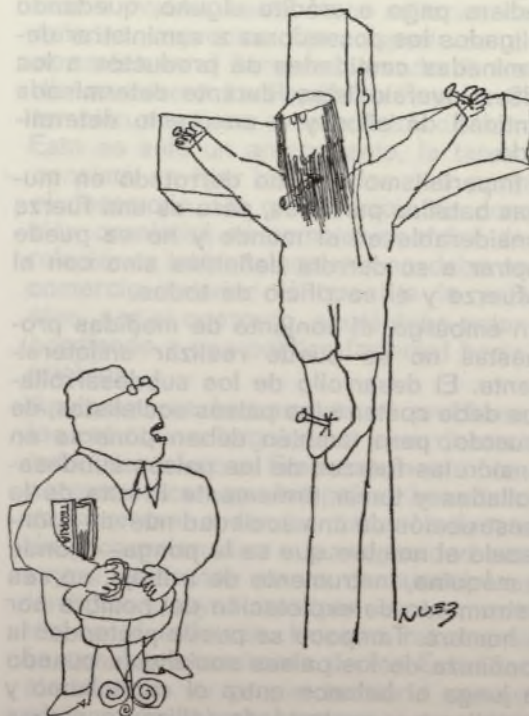
Apoyamos calurosamente la proposición de Argelia en el sentido de institucionalizar nuestras relaciones. Queremos solamente presentar algunas consideraciones complementarias :

Primero : Para que la unión sea instrumento de la lucha contra el imperialismo, es preciso el concurso de los pueblos latinoame-

ricanos y la alianza de los países socialistas.

Segundo : Debe velarse por el carácter revolucionario de la unión, impidiendo el acceso a ella de gobiernos o movimientos que no estén identificados con las aspiraciones generales de los pueblos y creando mecanismos que permitan la separación de alguno que se aparte de la ruta justa, sea gobierno o movimiento popular.

Tercero : Debe propugnarse el establecimiento de nuevas relaciones en pie de igualdad entre nuestros países y los capitalistas, estableciendo una jurisprudencia revolucionaria que nos ampare en caso de conflicto y dé nuevo contenido a las relaciones entre nosotros y el resto del mundo.



(Cortesía de Nuez)

Ayuntamiento de Madrid

El socialismo y el hombre en Cuba *

Carlos Quijano.
Semanario **Marcha**. Uruguay.

Estimado compañero: Acabo estas notas en viaje por el Africa, animado del deseo de cumplir, aunque tardíamente, mi promesa. Quisiera hacerlo tratando el tema del título. Creo que pudiera ser interesante para los lectores uruguayos.

Es común escuchar de boca de los voceros de los capitalistas, como un argumento en la lucha ideológica contra el socialismo, la afirmación de que este sistema social o el periodo de construcción del socialismo al que estamos nosotros abocados, se caracteriza por la abolición del individuo en aras del Estado. No pretenderé refutar esta afirmación sobre una base meramente teórica, sino establecer los hechos tal cual se viven en Cuba y agregar comentarios de índole general. Primero esbozaré a grandes rasgos la historia de nuestra lucha revolucionaria antes y después de la toma del poder.

Como es sabido, la fecha precisa en que se iniciaron las acciones revolucionarias que culminarían el primero de enero de 1959, fue el 26 de julio de 1953. Un grupo de hombres dirigidos por Fidel Castro atacó la madrugada de ese día el Cuartel Moncada, en la provincia de Oriente. El ataque fue un fracaso, el fracaso se transformó en desastre y los sobrevivientes fueron a parar a la cárcel, para reiniciar, luego de ser amnistiados, la lucha revolucionaria. Durante este proceso, en el cual solamente existían gérmenes de socialismo, el hombre

era un factor fundamental. En él se confiaba, individualizado, específico, con nombre y apellido, y de su capacidad de acción dependía el triunfo o el fracaso del hecho encomendado.

Llegó la etapa de la lucha guerrillera. Esta se desarrolló en dos ambientes distintos: el pueblo, masa todavía dormida a quien había que movilizar, y su vanguardia, la guerrilla, motor impulsor del movimiento, generador de conciencia revolucionaria y de entusiasmo combativo. Fue esta vanguardia el agente catalizador, el que creó las condiciones subjetivas necesarias para la victoria. También en ella, en el marco del proceso de proletarianización de nuestro pensamiento, de la revolución que se operaba en nuestros hábitos, en nuestras mentes, el individuo fue el factor fundamental. Cada uno de los combatientes de la Sierra Maestra que alcanzara algún grado superior en las fuerzas revolucionarias, tiene una historia de hechos notables en su haber. En base a éstos lograba sus grados.

Fue la primera época heroica, en la cual se disputaban por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber. En nuestro trabajo de educación revolucionaria, volvemos a menudo sobre este tema aleccionador. En la actitud de nuestros combatientes se vislumbraba el hombre del futuro.

En otras oportunidades de nuestra historia se repitió el hecho de la entrega total a la causa revolucionaria. Durante la crisis de octubre o en los días del ciclón « Flora », vimos actos de valor y sacrificio excepcionales realizados por todo un pueblo. Encontrar la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana esa actitud heroica, es una de

* Publicado por vez primera en el semanario **Marcha** de Montevideo.

nuestras tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico.

En enero de 1959 se estableció el gobierno revolucionario con la participación en él de varios miembros de la burguesía entreguista. La presencia del ejército rebelde constituía la garantía de poder, como factor fundamental de fuerza.

Se produjeron enseguida contradicciones serias, resueltas, en primera instancia, en febrero de 1959, cuando Fidel Castro asumió la jefatura de gobierno con el cargo de primer ministro. Culminaba el proceso en julio del mismo año, al renunciar el presidente Urrutia ante la presión de las masas.

Aparecía en la historia de la revolución cubana, ahora con caracteres nítidos, un personaje que se repetirá sistemáticamente : la masa.

Este ente multifacético no es, como se pretende, la suma de elementos de la misma categoría (reducidos a la misma categoría, además, por el sistema impuesto), que actúa como un manso rebaño. Es verdad que sigue sin vacilar a sus dirigentes, fundamentalmente a Fidel Castro, pero el grado en que él ha ganado esa confianza responde precisamente a la interpretación cabal de los deseos del pueblo, de sus aspiraciones, y a la lucha sincera por el cumplimiento de las promesas hechas.

La masa participó en la reforma agraria y en el difícil empeño de la administración de las empresas estatales ; pasó por la experiencia heroica de Playa Girón ; se forjó en las luchas contra las distintas bandas de bandidos armadas por la CIA ; vivió una de las definiciones más importantes de los tiempos modernos en la crisis de octubre y sigue hoy trabajando en la construcción del socialismo.

Vistas las cosas desde un punto de vista superficial, pudiera parecer que tienen razón aquellos que hablan de la supedita-

ción del individuo al Estado ; la masa realiza con entusiasmo y disciplina sin iguales las tareas que el gobierno fija, ya sean de índole económica, cultural, de defensa, deportiva, etc. La iniciativa parte en general de Fidel o del alto mando de la revolución y es explicada al pueblo que la toma como suya. Otras veces, experiencias locales se toman por el Partido y el gobierno para hacerlas generales, siguiendo el mismo procedimiento.

Sin embargo, el Estado se equivoca a veces. Cuando una de esas equivocaciones se produce, se nota una disminución del entusiasmo colectivo por efectos de una disminución cuantitativa de cada uno de los elementos que la forman, y el trabajo se paraliza hasta quedar reducido a magnitudes insignificantes ; es el momento de rectificar. Así sucedió en marzo de 1962 ante la política sectaria impuesta al Partido por Aníbal Escalante.

Es evidente que el mecanismo no basta para asegurar una sucesión de medidas sensatas y que falta una conexión más estructurada con la masa. Debemos mejorarlo durante el curso de los próximos años pero, en el caso de las iniciativas surgidas en los estratos superiores del gobierno, utilizamos por ahora el método casi intuitivo de auscultar las reacciones generales frente a los problemas planteados.

Maestro en ello es Fidel, cuyo particular modo de integración con el pueblo sólo puede apreciarse viéndolo actuar. En las grandes concentraciones públicas se observa algo así como el diálogo de dos diapasones cuyas vibraciones provocan otras nuevas en el interlocutor. Fidel y la masa comienzan a vibrar en un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el clímax en un final abrupto coronado por nuestro grito de lucha y de victoria.

Lo difícil de entender para quien no viva la experiencia de la revolución, es esa

estrecha unidad dialéctica existente entre el individuo y la masa, donde ambos se interrelacionan y, a su vez, la masa, como conjunto de individuos, se interrelaciona con los dirigentes.

En el capitalismo se pueden ver algunos fenómenos de este tipo cuando aparecen políticos capaces de lograr la movilización popular, pero, si no se trata de un auténtico movimiento social, en cuyo caso no es plenamente lícito hablar de capitalismo, el movimiento vivirá lo que la vida de quien lo impulse o hasta el fin de las ilusiones populares, impuesto por el rigor de la sociedad capitalista. En ésta, el hombre está dirigido por un frío ordenamiento que, habitualmente, escapa al dominio de su comprensión. El ejemplar humano enajenado tiene un invisible cordón umbilical que le liga a la sociedad en su conjunto : la ley del valor. Ella actúa en todos los aspectos de su vida, va modelando su camino y su destino.

Las leyes del capitalismo, invisibles para el común de las gentes y ciegas, actúan sobre el individuo sin que éste se percate. Sólo ve la amplitud de un horizonte que aparece infinito. Así lo presenta la propaganda capitalista que pretende extraer del caso Rockefeller —verídico o no— una lección sobre las posibilidades de éxito. La miseria que es necesario acumular para que surja un ejemplo así y la suma de ruindades que conlleva una fortuna de esa magnitud, no aparecen en el cuadro y no siempre es posible a las fuerzas populares aclarar estos conceptos. (Cabría aquí la disquisición sobre cómo en los países imperialistas los obreros van perdiendo su espíritu internacional de clase al influjo de una cierta complicidad en la explotación de los países dependientes y cómo este hecho, al mismo tiempo, lima el espíritu de lucha de las masas en el propio país, pero ese es un tema que sale de la intención de estas notas.)

De todos modos, se muestra el camino con escollos que, aparentemente, un individuo con las cualidades necesarias puede superar para llegar a la meta. El premio se avizora en la lejanía ; el camino es solitario. Además, es una carrera de lobos ; solamente se puede llegar sobre el fracaso de otros.

Intentaré, ahora, definir al individuo, actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad.

Creo que lo más sencillo es reconocer su cualidad de no hecho, de producto no acabado. Las taras del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas.

El proceso es doble, por un lado actúa la sociedad, con su educación directa e indirecta, por otro, el individuo se somete a un proceso consciente de autoeducación. La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado. Este se hace sentir no sólo en la conciencia individual, en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo, sino también por el carácter mismo de este periodo de transición, con persistencia de las relaciones mercantiles. La mercancía es la célula económica de la sociedad capitalista ; mientras exista, sus efectos se harán sentir en la organización de la producción, por ende, en la conciencia.

En el esquema de Marx se concebía el periodo de transición como resultado de la transformación explosiva del sistema capitalista destrozado por sus contradicciones ; en la realidad posterior se ha visto cómo se desgajan del árbol imperialista algunos países que constituyen las ramas débiles, fenómeno previsto por Lenin. En éstos, el capitalismo se ha desarrollado lo suficiente como para hacer sentir sus

efectos, de un modo u otro, sobre el pueblo, pero no son sus propias contradicciones las que, agotadas todas las posibilidades, hacen saltar el sistema. La lucha de liberación contra un opresor externo, la miseria provocada por accidentes extraños, como la guerra, cuyas consecuencias hacen recaer las clases privilegiadas sobre los explotados, los movimientos de liberación destinados a derrocar regimenes neocoloniales, son los factores habituales de desencadenamiento. La acción consciente hace el resto.

En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación. El subdesarrollo por un lado y la habitual fuga de capitales hacia países « civilizados » por otro, hacen imposible un cambio rápido y sin sacrificios. Resta un gran tramo a recorrer en la construcción de la base económica y la tentación de seguir los caminos trillados del interés material, como palanca impulsora de un desarrollo acelerado, es muy grande.

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, el interés material individual como palanca, etc.) se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras de recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo.

De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de

las masas. Ese instrumento debe ser de indole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social.

Como ya dije, en momentos de peligro extremo es fácil potenciar los estímulos morales ; para mantener su vigencia, es necesario el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieran categorías nuevas. La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela.

Las grandes líneas del fenómeno son similares al proceso de formación de la conciencia capitalista en su primera época. El capitalismo recurre a la fuerza, pero, además, educa a la gente en el sistema. La propaganda directa se realiza por los encargados de explicar la inestabilidad de un régimen de clase, ya sea de origen divino o por imposición de la naturaleza como ente mecánico. Esto aplaca a las masas que se ven oprimidas por un mal contra el cual no es posible la lucha. A continuación viene la esperanza, y en esto se diferencia de los anteriores regimenes de casta que no daban salida posible.

Para algunos continuará vigente la fórmula de casta : el premio a los obedientes consiste en el arribo, después de la muerte, a otros mundos maravillosos donde los buenos son premiados, con lo que se sigue la vieja tradición. Para otros, la innovación : la separación en clases es fatal, pero los individuos pueden salir de aquélla a que pertenecen mediante el trabajo, la iniciativa, etc. Este proceso, y el de auto-educación para el triunfo, deben ser profundamente hipócritas ; es la demostración interesada de que una mentira es verdad.

En nuestro caso, la educación directa adquiere una importancia mucho mayor. La explicación es convincente porque es verdadera ; no precisa de subterfugios. Se ejerce a través del aparato educativo del Estado en función de la cultura general, técnica e ideológica, por medio de orga-

nismos tales como el Ministerio de Educación y el aparato de divulgación del Partido. La educación prende en las masas y la nueva actitud preconizada tiende a convertirse en hábito; la masa la va haciendo suya y presiona a quienes no se han educado todavía. Esta es la forma indirecta de educar a las masas, tan poderosa como aquella otra.

Pero el proceso es consciente; el individuo recibe continuamente el impacto del nuevo poder social y percibe que no está completamente adecuado a él. Bajo el influjo de la presión que supone la educación indirecta, trata de acomodarse a una situación que siente justa y cuya propia falta de desarrollo le ha impedido hacerlo hasta ahora. Se autoeduca.

En este periodo de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo. Su imagen no está todavía acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas. Descontando aquéllos cuya falta de educación los hace tender al camino solitario, a la auto-satisfacción de sus ambiciones, los hay que aún dentro de este nuevo panorama de marcha conjunta, tienen tendencia a caminar aislados de la masa que acompaña. Lo importante es que los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma.

Ya no marchan completamente solos, por veredas extraviadas, hacia lejanos anhelos. Siguen a su vanguardia, constituida por el Partido, por los obreros de avanzada que caminan ligados a las masas y en estrecha comunión con ellas. Las vanguardias tienen su vista puesta en el futuro y en su recompensa, pero ésta no se vislumbra como algo individual; el premio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del

hombre comunista.

El camino es largo y lleno de dificultades. A veces, por extraviar la ruta, hay que retroceder, otras por caminar demasiado aprisa, nos separamos de las masas; en ocasiones por hacerlo lentamente, sentimos el aliento cercano de los que nos pisan los talones. En nuestra ambición de revolucionarios, tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos, pero sabemos que tenemos que nutrirnos de la masa y que ésta sólo podrá avanzar más rápido si la alentamos con nuestro ejemplo.

A pesar de la importancia dada a los estímulos morales, el hecho de que exista la división en dos grupos principales —excluyendo, claro está, a la fracción minoritaria de los que no participan, por una razón u otra, en la construcción del socialismo—, indica la relativa falta de desarrollo de la conciencia social. El grupo de vanguardia es ideológicamente más avanzado que la masa; ésta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente. Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo que les permite ir al sacrificio en su función de avanzada, los segundos sólo ven a medias y deben ser sometidos a estímulos y presiones de cierta intensidad; es la dictadura del proletariado ejerciéndose no sólo sobre la clase derrotada, sino también, individualmente, sobre la clase vencedora.

Todo esto entraña, para su éxito total, la necesidad de una serie de mecanismos, las instituciones revolucionarias. En la imagen de las multitudes marchando hacia el futuro, encaja el concepto de institucionalización como el de un conjunto armónico de canales, escalones, represas, aparatos bien aceitados que permitan esa marcha, que permitan la selección natural de los destinados a caminar en la vanguardia y que adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplen o atentan con-

tra la sociedad en construcción.

Esta institucionalidad de la revolución todavía no se ha logrado. Buscamos algo nuevo que permita la perfecta identificación entre el gobierno y la comunidad en su conjunto, ajustada a las condiciones peculiares de la construcción del socialismo y huyendo al máximo de los lugares comunes de la democracia burguesa, trasplantados a la sociedad en formación (como las cámaras legislativas, por ejemplo). Se han hecho algunas experiencias dedicadas a crear paulatinamente la institucionalización de la revolución, pero sin demasiada prisa. El freno mayor que hemos tenido ha sido el miedo a que cualquier aspecto formal nos separe de las masas y del individuo, nos haga perder de vista la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación.

No obstante la carencia de instituciones, lo que debe superarse gradualmente, ahora las masas hacen la historia como el conjunto consciente de individuos que luchan por una misma causa. El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo ; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor. Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación.

Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y

el arte.

Para que se desarrolle en la primera, el trabajo debe adquirir una condición nueva ; la mercancía hombre cesa de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social. Los medios de producción pertenecen a la sociedad y la máquina es sólo la trinchera donde se cumple el deber. El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra, a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado. Esto ya no entraña dejar una parte de su ser en forma de fuerza de trabajo vendida, que no le pertenece más, sino que significa una emanación de sí mismo, un aporte a la vida común en que se refleja ; el cumplimiento de su deber social.

Hacemos todo lo posible por darle al trabajo esta nueva categoría de deber social y unirlo al desarrollo de la técnica, por un lado, lo que dará condiciones para una mayor libertad, y al trabajo voluntario por otro, basados en la apreciación marxista de que el hombre realmente alcanza su plena condición humana cuando produce sin la compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía.

Claro que todavía hay aspectos coactivos en el trabajo, aún cuando sea voluntario ; el hombre no ha transformado toda la coerción que lo rodea en reflejo condicionado de naturaleza social y todavía produce, en muchos casos, bajo la presión del medio (compulsión moral, la llama Fidel). Todavía le falta el lograr la completa recreación espiritual ante su propia obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por los nuevos hábitos. Esto será el comunismo.

El cambio no se produce automáticamente en la conciencia, como no se produce tam-

poco en la economía. Las variaciones son lentas y no son rítmicas; hay periodos de aceleración, otros pausados e, incluso, de retroceso.

Debemos considerar, además, como apuntáramos antes, que no estamos frente al periodo de transición puro, tal como lo viera Marx en la **Crítica del Programa de Ghotá**, sino a una nueva fase no prevista por él; primer periodo de transición del comunismo o de la construcción del socialismo. Este transcurre en medio de violentas luchas de clase y con elementos de capitalismo en su seno que oscurecen la comprensión cabal de su esencia.

Falta el desarrollo de un mecanismo ideológico-cultural que permita la investigación y desbroce la mala hierba, tan fácilmente multiplicable en el terreno abonado de la subvención estatal.

En nuestro país, el error del mecanicismo realista no se ha dado, pero sí otro de signo contrario. Y ha sido por no comprender la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el representante de las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y moribundo. El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente, este es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos concretos sobre una base teórica o, viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación concreta, habremos hecho un aporte valioso al marxismo-leninismo, a la causa de la humanidad.

La reacción contra el hombre del siglo XIX, nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX; no es un error demasiado grave, pero debemos superarlo, so pena de abrir un ancho cauce al revisionismo.

Las grandes multitudes se van desarro-

llando, las nuevas ideas van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad, las posibilidades materiales de desarrollo integral de absolutamente todos sus miembros, hacen mucho más fructífera la labor. El presente es de lucha; el futuro es nuestro.

Resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar al olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original. Las probabilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se puerque y puerque a las nuevas. No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni « becarios » que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo.

En nuestra sociedad, juegan un gran papel la juventud y el Partido.

Particularmente importante es la primera, por ser la arcilla maleable con que se puede construir al hombre nuevo sin ninguna de las taras anteriores. Ella recibe un trato acorde con nuestras ambiciones. Su educación es cada vez más completa y no olvidamos su integración al trabajo desde los primeros instantes. Nuestros becarios hacen trabajo físico en sus vacaciones o simultáneamente con el estudio. El trabajo es un premio en ciertos casos, un instrumento de educación, en otros, jamás un castigo. Una nueva generación nace.

El Partido es una organización de vanguardia. Los mejores trabajadores son propues-

tos por sus compañeros para integrarlo. Este es minoritario pero de gran autoridad por la calidad de sus cuadros. Nuestra aspiración es que el Partido sea de masas, pero cuando las masas hayan alcanzado el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educadas para el comunismo. Y a esa educación va encaminado el trabajo. El Partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio, deben llevar con su acción, a las masas, al fin de la tarea revolucionaria, lo que entraña años de duro bregar contra las dificultades de la construcción, los enemigos de clase, las lacras del pasado, el imperialismo...

Quisiera explicar ahora el papel que juega la personalidad, el hombre como individuo dirigente de las masas que hacen la historia. Es nuestra experiencia, no una receta.

Fidel dio a la revolución el impulso en los primeros años, la dirección, la tónica siempre, pero hay un buen grupo de revolucionarios que se desarrollan en el mismo sentido que el dirigente máximo y una gran masa que sigue a sus dirigentes porque les tiene fe; y les tiene fe, porque ellos han sabido interpretar sus anhelos.

No se trata de cuántos kilogramos de carne se come o de cuántas veces por año puede ir alguien a pasearse en la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior puedan comprarse con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad.

El individuo de nuestro país sabe que la época gloriosa que le toca vivir es de sacrificio; conoce el sacrificio. Los primeros lo conocieron en la Sierra Maestra y donde quiera que se luchó; después lo hemos conocido en toda Cuba. Cuba es la vanguardia de América y debe hacer sacrificios porque ocupa el lugar de avanzada,

porque indica a las masas de América latina el camino de la libertad plena.

Dentro del país, los dirigentes tienen que cumplir su papel de vanguardia; y, hay que decirlo con toda sinceridad, en una revolución verdadera, a la que se le da todo, de la cual no se espera ninguna retribución material, la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiosa.

Si a esto se agrega el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático del periodo, cuya economía política no se ha desarrollado, debemos convenir en que todavía estamos en pañales y es preciso dedicarse a investigar todas las características primordiales del mismo antes de elaborar una teoría económica y política de mayor alcance.

La teoría que resulte dará indefectiblemente preminencia a los dos pilares de la construcción: la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica. En ambos aspectos nos falta mucho por hacer, pero es menos excusable el atraso en cuanto a la concepción de la técnica como base fundamental, ya que aquí no se trata de avanzar a ciegas sino de seguir durante un buen tramo el camino abierto por los países más adelantados del mundo. Por ello Fidel machaca con tanta insistencia sobre la necesidad de la formación tecnológica y científica de todo nuestro pueblo y, más aún, de su vanguardia.

En el campo de las ideas que conducen a actividades no productivas, es más fácil ver la división entre necesidad material y espiritual. Desde hace mucho tiempo el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho o más horas en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual. Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad; es un ser solitario el que busca

comunidad con la naturaleza. Defiende su individualidad oprimida por el medio y reacciona ante las ideas estéticas como un ser único cuya aspiración es permanecer inmaculado.

Se trata sólo de un intento de fuga. La ley del valor no es ya un mero reflejo de las relaciones de producción; los capitalistas monopolistas la rodean de un complicado andamiaje que la convierte en una sierva dócil, aún cuando los métodos que emplean sean puramente empíricos. La superestructura impone un tipo de arte en el cual hay que educar a los artistas. Los rebeldes son dominados por la maquinaria y sólo los talentos excepcionales podrán crear su propia obra. Los restantes devienen asalariados vergonzantes o son triturados.

Se inventa la investigación artística a la que se da como definitiva de la libertad, pero esta « investigación » tiene sus límites, imperceptibles hasta el momento de chocar con ellos, vale decir, de plantearse los reales problemas del hombre y su enajenación. La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia.

Si se respetan las leyes del juego se consiguen todos los honores; los que podría tener un mono al inventar piruetas. La condición es no tratar de escapar de la jaula invisible.

Cuando la revolución tomó el poder se produjo el éxodo de los domesticados totales; los demás, revolucionarios o no, vieron un camino nuevo. La investigación artística cobró nuevo impulso. Sin embargo, las rutas estaban más o menos trazadas y el sentido del concepto fuga se escondió tras la palabra libertad. En los propios revolucionarios se mantuvo muchas veces esta actitud, reflejo del idealismo burgués en la conciencia.

En países que pasaron por un proceso

similar se pretendió combatir estas tendencias con un dogmatismo exagerado. La cultura general se convirtió casi en un tabú y se proclamó el summum de la aspiración cultural una representación formalmente exacta de la naturaleza, convirtiéndose ésta, luego, en una representación mecánica de la realidad social que se quería hacer ver; la sociedad ideal, casi sin conflictos ni contradicciones, que se buscaba crear.

El socialismo es joven y tiene errores. Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia intelectual necesarias para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales y los métodos convencionales sufren de la influencia de la sociedad que los creó. (Otra vez se plantea el tema de la relación entre forma y contenido.) La desorientación es grande y los problemas de la construcción material nos absorben. No hay artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria. Los hombres del Partido deben tomar esa tarea entre las manos y buscar el logro del objetivo principal: educar al pueblo.

Se busca entonces la simplificación; lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista sobre las bases del arte del siglo pasado.

Pero el arte realista del siglo XIX, también es de clase, más puramente capitalista, quizás, que este arte decadente del siglo XX, donde se transparenta la angustia del hombre enajenado. El capitalismo en cultura ha dado todo de sí y no queda de él sino el anuncio de un cadáver mal oliente; en arte, su decadencia es de hoy. Pero ¿por qué pretender buscar en las

formas congeladas del realismo socialista la única receta válida? No se puede oponer al realismo socialista «la libertad», porque ésta no existe todavía, no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva; pero no se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primera mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza, pues se caería en un error proudhoniano de retorno al pasado, poniéndole camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy.

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejerce.

Los dirigentes de la revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos, no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de revolución. No hay vida fuera de ella.

En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad, para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamientos de las masas. Todos los días hay que luchar por que ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en

actos que sirvan de ejemplo, de movilización.

El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial. Si su afán de revolucionario se embota cuando las tareas más apremiantes se ven realizadas a escala local y se olvida el internacionalismo proletario, la revolución que dirige deja de ser una fuerza impulsora y se sume en una cómoda modorra, aprovechada por nuestros enemigos irreconciliables, el imperialismo, que gana terreno. El internacionalismo proletario es un deber pero también es una necesidad revolucionaria. Así educamos a nuestro pueblo.

Claro que hay peligros presentes en las actuales circunstancias. No sólo el del dogmatismo, no sólo el de congelar las relaciones con las masas en medio de la gran tarea; también existe el peligro de las debilidades en que se puede caer. Si un hombre piensa que, para dedicar su vida entera a la revolución, no puede distraer su mente por la preocupación de que a un hijo le falte determinado producto, que los zapatos de los niños estén rotos, que su familia carezca de determinado bien necesario, bajo este razonamiento deja infiltrarse los gérmenes de la futura corrupción.

En nuestro caso, hemos mantenido que nuestros hijos deben tener y carecer de lo que tienen y de lo que carecen los hijos del hombre común; y nuestra familia debe comprenderlo y luchar por ello. La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario.

Así vamos marchando. A la cabeza de la inmensa columna —no nos avergüenza ni intimida el decirlo— va Fidel, después, los mejores cuadros del Partido, e inmediata-

mente, tan cerca que se siente su enorme fuerza, va el pueblo en su conjunto ; sólida armazón de individualidades que caminan hacia un fin común ; individuos que han alcanzado la conciencia de lo que es necesario hacer, hombres que luchan por salir del reino de la necesidad y entrar al de la libertad.

Esa inmensa muchedumbre se ordena ; su orden responde a la conciencia de la necesidad del mismo ; ya no es fuerza dispersa, divisible en miles de fracciones disparadas al espacio como fragmentos de granada, tratando de alcanzar por cualquier medio, en lucha reñida con sus iguales una posición, algo que permita apoyo frente al futuro incierto.

Sabemos que hay sacrificios delante nuestro y que debemos pagar un precio por el hecho heroico de constituir una vanguardia como nación. Nosotros, dirigentes, sabemos que tenemos que pagar un precio por tener derecho a decir que estamos a la cabeza del pueblo que está a la cabeza de América. Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte.

Permítame intentar unas conclusiones : Nosotros, socialistas, somos más libres porque somos más plenos ; somos más plenos por ser más libres.

El esqueleto de nuestra libertad completa está formado, falta la sustancia proteica y el ropaje ; los crearemos.

Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio.

Nuestro sacrificio es consciente ; cuota para pagar la libertad que construimos.

El camino es largo y desconocido en parte ; conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo XXI ; nosotros mismos.

Nos forjaremos en la acción cotidiana, creando un hombre nuevo con una nueva técnica.

La personalidad juega el papel de movilización y dirección en cuanto que encarna las más altas virtudes y aspiraciones del pueblo y no se separa de la ruta.

Quien abre el camino es el grupo de vanguardia, los mejores entre los buenos, el Partido.

La arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud ; en ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera.

Si esta carta balbuceante aclara algo, ha cumplido el objetivo con que la mando.

Reciba nuestro saludo ritual, como un apretón de manos o un « Ave María Purísima ».

Patria o muerte



La lucha contra el burocratismo*

I. Una institución pura y exclusivamente burguesa

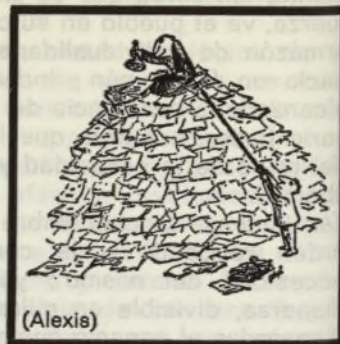
La lucha contra el burocratismo es decisiva para el avance de la Revolución. El propio Fidel la ha definido así : « La batalla contra el espíritu burocrático es casi una batalla tan difícil como la batalla contra el imperialismo. Y, por supuesto, más difícil que la batalla contra los terratenientes, porque los grandes terratenientes eran menos, y los que tienen mentalidad burocrática en este país son muchos más. »

Es ésta una lucha larga y compleja que no se puede ganar en un día ; contra ella no bastan las medidas y leyes revolucionarias : es necesario, además, la acción de las masas y del Partido, la aplicación de una política constante basada en el principio de la reducción al mínimo del aparato administrativo y la elevación al máximo de su eficacia. Como ha dicho Fidel : « ...la única manera de dignificar el trabajo administrativo es liberando al trabajo administrativo de la concepción burocrática y del lastre burocrático... »

El burocratismo es herencia del sistema capitalista. Para poder alcanzar el triunfo completo de la Revolución es imprescindible su eliminación total y radical.

Sólo si tomamos una clara conciencia

* Editoriales publicados en **Granma**, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba, del 5 al 12 de marzo de 1967.



sobre el peligro que representa la concepción pequeño-burguesa dentro del aparato estatal, podremos entender cabalmente, en toda su magnitud, la importancia de esta batalla fundamental en un país que como el nuestro se propone llevar la Revolución hasta el final : hasta el comunismo.

Por eso no podemos quedarnos solamente en la lucha contra los aspectos más evidentes y cuantitativos de este mal. Podría ocurrir que en un lugar determinado redujéramos todo el personal sin contenido de trabajo, y que al dejar un mínimo de empleados y funcionarios, supervivieran, sin embargo, el trabajo burocrático, el freno a la acción, el divorcio con el pueblo y con los problemas reales. Esto lo saben todos cuantos han intervenido en este problema. ¿ Qué demuestra esto ? Demuestra que el problema tiene raíces ideológicas, que se trata de una concepción y de un espíritu. Que no es sólo exceso de personal administrativo. Esto lo indica claramente nuestro Comandante en Jefe cuando señala : « ...la causa principal es el espíritu pequeño-burgués, es la falta de conciencia de lo que significan los recursos humanos de un país, la falta de conciencia de lo que significan los recursos materiales de un país. »

Como esto es así, tenemos que plantear-

nos junto a la lucha contra las manifestaciones externas de la burocracia, que son, entre otras, la proliferación de personal administrativo, la inacción, los trámites dilatorios, « el peloteo », etc., la batalla ideológica contra la concepción que las engendra : la concepción pequeño-burguesa dentro del Estado revolucionario.

« Una institución pura y exclusivamente burguesa »

¿Dónde y cuándo apareció la burocracia ? ¿Qué sistema social la engendró ? Esto es lo primero que debemos analizar, porque el burocratismo no es un producto de nuestra sociedad, sino una de las peores herencias del pasado con que nos tenemos que enfrentar. El surgimiento de la burocracia está estrechamente vinculado al sistema capitalista. Su desarrollo ha corrido parejo con el ascenso de la burguesía hasta convertirse en la clase dominante de los Estados capitalistas contemporáneos. Aunque en las sociedades anteriores se dieron algunas formas incipientes de trabajo burocrático, como el representado por los funcionarios, escribanos y sacerdotes, no podemos afirmar que en la esclavitud o en el feudalismo existiese, en forma desarrollada, el fenómeno de la burocracia. ¿Por qué hacemos esta afirmación ? Porque en aquellas sociedades tal actividad no dio lugar al nacimiento y consolidación de una capa social estable que ejerciera el poder a nombre de la clase dominante. En la sociedad burguesa, por el contrario, sí encontramos este sector parasitario. Ello se explica por las mayores complejidades que plantea la administración y gobierno de un Estado centralizado, donde se

dan múltiples formas de relaciones monetarias y mercantiles, determinadas por la existencia de un activo comercio interior y mundial, que exige numerosas operaciones de control ; un gobierno que requiere un complejo sistema fiscal y, en fin, un aparato del Estado que adquiere formas de organización más complicadas de acuerdo con el carácter velado que tienen las relaciones de explotación entre las clases de ese régimen.

Por otra parte, podemos considerar a la burocracia como el peor de los productos de la división entre el trabajo manual y el intelectual.

En los primeros albores de la sociedad de clases se produjo esta separación entre el trabajo de los productores y los miembros de la clase dominante dedicados a las tareas de la política o la cultura. Los amos, propietarios de grandes extensiones de tierras y de esclavos durante el régimen esclavista, estaban relevados de todo tipo de trabajo físico, productivo : éste quedaba para las masas productoras y era desdenado como una actividad indigna « de los verdaderos hombres ». Lo mismo ocurrió en el régimen feudal, en que la aristocracia dueña de la tierra consideraba indigno el trabajo agrícola, realizado por los campesinos siervos.

En el capitalismo, la burguesía desarrolla y ahonda aún más esta separación. La burocracia, por ella creada, está impregnada profundamente de esta concepción sobre el trabajo manual. Educada en la ideología pequeño-burguesa, considera despreciable la actividad productiva y se considera a sí misma como una capa intelectual situada junto a la burguesía y por encima del pueblo trabajador.

Claro está, aún cuando nos atrevamos a calificar de intelectual el trabajo burocrático debemos señalar que éste, si lo es, constituye la forma más simple y mediocre del mismo. De esto no le puede caber

dudas a nadie. Es un trabajo carente de toda creación, en el que apartarse de la rutina le puede costar el propio cargo a cualquier empleado o funcionario.

Otros productos de la división entre el trabajo físico y el intelectual pueden catalogarse como históricamente necesarios y han jugado durante la sociedad de clases un papel importantísimo en el desarrollo de la ciencia, el arte y la literatura. La burocracia, por el contrario, es un producto estéril que no puede anotarse en su haber ningún valor importante en la historia de la cultura humana.

Soporte social y arma de la burguesía

¿Dónde pudo encontrar la burguesía la base social a utilizar para crear esta capa burocrática? A la burguesía no le interesaba, ni podía, ocupada como estaba en la dirección de sus negocios privados, asumir las posiciones intermedias en el gobierno y en la administración de las empresas. Ella se reservaba los altos cargos del Estado y los negocios. Necesitaba, por tanto, un sector social determinado al cual ocupar como instrumento para llevar los asuntos del gobierno y la administración de sus propiedades, a fin de organizar, controlar y ejecutar la explotación del trabajo asalariado. Además, la burguesía, aunque dueña de la economía del país, era numéricamente muy reducida. Necesitaba de una base social más amplia que le sirviera de apoyo, que fuera afín a sus ideas y a la cual utilizar para el ejercicio de su dictadura de clase como instrumento directo contra las clases trabajadoras. La creación de una capa burocrática fue una de las soluciones a estas necesidades. Junto a ella, y con el mismo propósito de extender su base e influencia social, tenemos la **aristocracia obrera**.

Ambas, burocracia y aristocracia obrera, han sido bajo el régimen burgués prolongaciones de la clase capitalista dentro de los sectores medios y el proletariado. Ambas han servido como soporte a su dominación, apoyando la politiquería, la división del movimiento obrero y el freno a todo movimiento popular. En los primeros tiempos del capitalismo, esta capa se nutrió de los elementos urbanos medios, cuya posición no era ni la de los aristócratas feudales ni la de los obreros y artesanos pobres. La burguesía estimuló y conformó en estos elementos una ideología y una actitud ante la vida características; desarrolló en ellos el espíritu pequeño-burgués. Eso se logró mediante la creación de una jerarquía graduada de funcionarios y empleados, cada uno de los cuales es responsable ante un superior, a los que se les forma en el apego a la rutina, al cumplimiento de las normas más o menos inflexibles, la repugnancia a introducir innovaciones y la búsqueda de seguridad social y rango, que les dé cierta « respatabilidad » y los sitúe por encima de las clases trabajadoras.

Se creó así el criterio del cargo burocrático como una profesión y quedó implantada la concepción de que ocupar el cargo sobreentendía el deber de acatar ciegamente cuanto fuese dispuesto por la jerarquía superior. El burócrata recibía la garantía de una existencia asegurada y devolvía, a cambio de esto, el sometimiento absoluto a los designios de la burguesía. Por todo ello, la burocracia nació y vivió identificada a la ideología de la clase capitalista, posiblemente en mayor grado que cualquier otro sector de la pequeña-burguesía.

Los burócratas fueron formados partiendo de la separación entre el trabajo manual e intelectual. Fueron educados en el completo alejamiento y el desprecio hacia la producción y quienes la realizaban.

¿ Qué es pues, la burocracia ?

Como señala Lenin : es « la capa particular que posee el poder... » Es un intermediario al que la clase dominante encarga el manejo de los asuntos del Estado y la labor administrativa dentro de las empresas capitalistas. Intermediario en el que viven el modo de pensar y las concepciones propias de la clase capitalista. Es decir, la burocracia constituye en el régimen burgués una capa social que juega un papel de subordinación a la autoridad política y administrativa de la clase dominante. Es una capa intermediaria que ejecuta las decisiones de la dictadura burguesa. Es la administración del poder por los empleados y funcionarios, colocados entre los capitalistas y las masas trabajadoras. Esta capa tiene en sus manos poder y gobierno, pero lo tiene por delegación de la clase explotadora a la cual sirve. Por eso, definimos lo que es la burocracia por sus relaciones con la clase capitalista y su participación en el gobierno de esa clase más que por la función administrativa concreta que desempeña.

Hemos analizado cómo surge la capa burocrática, en qué momento de la historia y a qué clases sociales se funde. Se comprueba así que como dijera Lenin : « ...toda burocracia es tanto por su origen histórico como por sus fuentes contemporáneas y por su misión una institución pura y exclusivamente burguesa. »

Imperialismo y subdesarrollo

Nacida por y para la burguesía, la burocracia alcanza, bajo el imperialismo, los límites de su carácter reaccionario y antipopular.

El imperialismo lleva a su máxima expresión el desarrollo de esta capa ; la impersonalización propia de las funciones burocráticas alcanza su grado más alto de deshumanización. Se consolida un verda-

dero ejército de empleados y oficinas, que actúa como una verdadera máquina de opresión internacional.

El fenómeno iniciado desde los comienzos del capitalismo se profundiza : en la industria y el comercio, en los sindicatos, en las instituciones sociales, por todas partes se afirma y echa raíces la burocracia. Y en todas partes su fin es el mismo : alienar al trabajador, convertirlo en un objeto, en un número, en una mercancía más, dejando las vías expeditas para la explotación del hombre por el hombre.

En los países subdesarrollados, el problema de la burocracia adquiere características muy propias. Se vincula y sirve a la explotación de los monopolios extranjeros, se empapa en la ideología imperialista y llega en muchos casos a marchar contra los propios intereses nacionales.

Servidora de gobiernos neocoloniales, la burocracia se vincula a la corrupción administrativa y las prebendas propias de países dominados en lo interno por gorilas y terratenientes.

Ya no sólo sirve de base social a la burguesía sino que llega a convertirse en base social internacional de la política y la explotación imperialistas.

Esta realidad, si no en toda la burocracia, sí afecta la generalidad de la capa dentro de los países subdesarrollados.

La burocracia en los ejércitos burgueses

Los Estados burgueses formaron sus ejércitos de acuerdo con las concepciones organizativas que les son propias. La estructura burocrática fue asimilada por los ejércitos de los Estados capitalistas.

La utilización creciente de la artillería, los movimientos profundos de las tropas, la formación de ejércitos enormes requirieron la presencia de un aparato muy grande de oficiales, enlaces y otros muchos cuadros

de mando, verticalmente dirigidos por una jerarquía.

En la época de las revoluciones burguesas estos ejércitos representaron una fuerza superiormente organizada a las fuerzas feudales. Claro está que los métodos implantados no eran la única fuerza determinante : otros muchos factores decidían esta superioridad de los ejércitos burgueses sobre los feudales. Pero sí es suficientemente importante la implantación de los métodos burocráticos en los ejércitos modernos para que nos obligue a algunas consideraciones sobre el particular.

A medida que fue ampliando sus esferas, y que se fue desarrollando en su fase superior imperialista, el capitalismo necesitó aumentar todo su aparato militar, crear una gran industria de guerra y operar transportes que movieran sus ejércitos a todas partes. En la misma medida se fue ampliando la estructura burocrática de los ejércitos.

Las fuerzas militares de cualquier nación imperialista cuentan con millares de cuadros de mando, de manera que hay ejércitos modernos que cuando tienen en el frente tres hombres peleando requieren otros siete en la retaguardia.

Además de la función administrativa o de mando que realiza toda esa burocracia entronizada en el ejército, también cumple la función de capa unida por estrechos hilos a la casta militar y a los burgueses monopolistas del régimen ; es decir, desde el ejército sirve a los intereses políticos de la clase más reaccionaria.

Los ideólogos de la burguesía afirman que no hay organización que sea técnicamente superior a la de un ejército imperialista, y ponen como ejemplo de la eficiencia y superioridad de los métodos burocráticos la estructura de los ejércitos modernos.

Pero la historia nos enseña otra cosa. Los pueblos que luchan por su liberación organizan sus fuerzas armadas sin utilizar la

técnica burocrática.

No entramos a analizar aquí todos los factores que mueven a la lucha ni todos los elementos que determinan una victoria en una guerra de liberación ; sólo queremos sacar a relucir que existen organizaciones no constituidas burocráticamente capaces de imponerse en la lucha a los ejércitos estructurados con la más alta técnica de organización burguesa.

Para citar solamente algunos ejemplos, tenemos la guerra de liberación de los pueblos argelino y vietnamita contra los ejércitos franceses y la actual lucha de los guerrilleros vietnamitas contra las fuerzas jerárquicamente superorganizadas de los imperialistas.

Los ejércitos de los países subdesarrollados se caracterizan por la hipertrofia de su personal.

En el artículo de la revista canadiense **Toronto Star**, de 5 de noviembre de 1966, titulado el « Vietcong latinoamericano », se afirma que : « Los funcionarios de Estados Unidos en Ciudad Guatemala están asombrados por la rapidez con que los oficiales guatemaltecos, al regresar después de meses de rudo entrenamiento en Estados Unidos, desarrollan grandes barrigas y se acomodan en fáciles y seguros trabajos de oficinas que no parecen querer dejar. »

Y añade más adelante, refiriéndose al ejército guatemalteco : « Un supernumeroso cuerpo de altos oficiales con 400 de los 1 000 oficiales asignados con el alto grado de coronel. »

Este ejército ha fracasado en numerosas ocasiones en sus propósitos de destruir las fuerzas populares incorporadas a las guerrillas.

Desde luego que esta burocratización típica en todas las esferas de los países subdesarrollados no es la esencia del fenómeno, pero sí una de sus manifestaciones más viciadas. Es un elemento que llega a tener carácter determinante en la descom-

posición de estos regimenes. Los cubanos conocemos muy bien esta situación. El ejército proimperialista de la tiranía se había anquilosado hasta la médula. La descomposición del sistema capitalista sometido a la explotación del capital yanqui había traído como una de sus consecuencias la burocratización del ejército, la fosilización, la incapacidad para enfrentarse a una nueva forma de lucha. Nuestro Ejército Rebelde —las fuerzas populares— prescindió de todo aparato superfluo, haciendo la guerra de modo directo, en forma muy concreta, poniendo en juego una nueva organización no burocrática, que demostró la superioridad organizativa sobre

II. El peligro de la burocracia como una capa especial

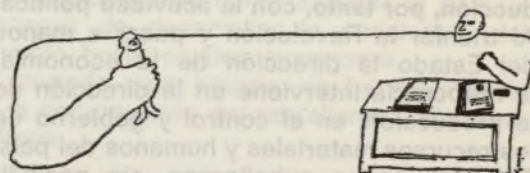
Hemos analizado los aspectos más evidentes e inmediatos del burocratismo en nuestro país. Contra ellos hemos luchado y continuaremos luchando incansablemente. Pero es necesario, además, que consideremos profundamente los problemas que plantea la existencia de una capa burocrática para el proceso de construcción del socialismo y el comunismo. Este es un fenómeno con validez universal. Es un peligro que debemos conjurar en nuestro país, porque de su eliminación depende, en buena parte, el éxito completo de la Revolución.

La burocracia constituye, sin duda alguna, una capa especial que tiene una relación determinada con los medios de producción. Podemos afirmar que, con el triunfo de la Revolución Socialista, **la burocracia adquiere una cualidad nueva.**

¿Por qué hacemos esta afirmación? En el capitalismo, la burocracia ocupa las mis-

el aparato militar burocrático. Podemos sacar una enseñanza del enfrentamiento de las fuerzas de liberación basadas en la incorporación de las masas populares a los ejércitos tradicionales, y es la siguiente: **es posible superar la organización burocrática. Existen formas organizativas mucho más eficientes que la burocrática.**

En el socialismo, la incorporación de los trabajadores a través de las milicias, el origen revolucionario de las fuerzas armadas y el sistema de un ejército de cuadros tecnificados, nutrido masivamente por el servicio militar obligatorio, hacen posible un ejército despojado del lastre burocrático.



(Guerrero)

mas posiciones y tiene aparentemente las mismas relaciones con los medios de producción. Sin embargo, en ese régimen, desempeña un papel de subordinación al poder y la autoridad administrativa y política de la clase dominante : la burguesía. La burocracia capitalista está formada por los empleados públicos, estatales, y los empleados y funcionarios de empresas privadas. Tanto unos como otros están alejados de las decisiones políticas o de gobierno. Incluso, se les educa a los funcionarios y empleados públicos y privados en la idea de que ellos tienen una función especializada y profesional, alejada de la política, e inclusive, con desdén hacia la actividad política. La burocracia capitalista es **intermediaria**, está sometida totalmente a la dominación de la burguesía.

Ahora, ¿qué ocurre al triunfar la Revo-

lución ?

En primer lugar, toda la burocracia que antes se hallaba dispersa, fraccionada, es vertebrada en sentido vertical por el aparato del Estado y, en cierto modo, organizada y fortalecida. Si a esto se suman los problemas de ignorancia en los revolucionarios, la tendencia centralizadora o la aplicación de esquemas foráneos burocratizados, comprenderemos fácilmente que la burocracia **crece, se desarrolla y fortalece** en los primeros años del poder revolucionario.

Pero hay mucho más que eso. Además de su organización y crecimiento numérico, la burocracia adquiere una nueva cualidad en sus relaciones con los medios de producción, por tanto, con la actividad política. Al triunfar la Revolución y pasar a manos del Estado la dirección de la economía, la burocracia interviene en la dirección de la producción, en el control y gobierno de los recursos materiales y humanos del país. De funcionarios subalternos, sin posibilidades en la decisión de problemas políticos y administrativos, pasan a ocupar posiciones decisivas sobre los medios de producción y la política. Es decir, se ha producido un cambio en sus relaciones con toda la vida del país.

El hecho de que muchos trabajadores pasen a ocupar las funciones administrativas no le da un contenido de clase a la dirección del Estado. Por el contrario, cuando ese obrero o campesino pasa a la función administrativa, se está en peligro de que el trabajo de dirección lo influya políticamente, lo conforme ideológicamente y lo convierta, por consiguiente, en un funcionario burocrático más. Porque un trabajador, transformado en dirigente de la producción, de por sí no está dirigiendo la clase obrera.

Mientras permanezca el Estado como institución y mientras la organización administrativa y política no sea, plenamente, de

tipo comunista, existirá el peligro de que se vaya formando una capa especial de ciudadanos en el seno del aparato burocrático, administrativo y de dirección. Ese aparato tiene una determinada relación con los medios de producción, diferenciada del resto de la población, que puede convertir las posiciones burocráticas en sitio de acomodamiento, estancamiento o privilegio. ¡He aquí el problema más profundo e importante en la lucha contra el burocratismo !

Se puede partir hacia el comunismo y no llegar

El socialismo y el comunismo no son espontáneos. Se llega a estas etapas superiores del desarrollo social siguiendo una política y una orientación correctas. El hecho de que en un país triunfe la Revolución y se proclame la intención de edificar la nueva sociedad, no garantiza de por sí que esto llegue a ser realidad.

Para llegar al socialismo y al comunismo es necesario combinar dos factores esenciales : el desarrollo de un hombre nuevo, con una conciencia y una actitud nuevas ante la vida ; y el avance de la técnica, capaz de multiplicar la productividad y gestar la abundancia de bienes. Para alcanzar esta meta elevada de la sociedad humana es preciso ejercer una política consecuente a los principios del marxismo-leninismo, a los principios planteados por Marx y Engels, Lenin y otros grandes conductores de la clase obrera. Es preciso ejercer una política tal que conduzca a la desaparición de las concepciones y la ideología de las clases explotadoras y el espíritu pequeño-burgués. Esto requiere la presencia de un Partido **siempre joven, siempre impetuoso ; nunca estancado.** Un Partido siempre creador y fundido a las masas, nunca un Partido que se resigne a intentar

repetir lo que ya otros han hecho, sin antes valorarlo críticamente y ponerlo a la luz de las condiciones concretas en que tiene que ejercer su función dirigente y orientadora.

Se puede partir hacia el socialismo y el comunismo, y no llegar. Al menos, puede ocurrir que el movimiento ascendente de la Revolución quede frustrado y se produzca el estancamiento y la descomposición del proceso en sus primeras etapas. En esto tienen que ver numerosos factores que, en su conjunto, dependen de la concepción general que se tenga sobre cómo construir el socialismo y el comunismo.

Si permitimos que supervivan en la organización y el desarrollo de nuestra economía categorías propias del sistema capitalista, si nos entregamos al camino más fácil y utilizamos el interés material como palanca impulsora de la construcción socialista, si la mercancía se mantiene como la célula económica, si la presencia del dinero se mantiene omnipotente dentro de la nueva sociedad, entonces el egoísmo y el individualismo continuarán siendo los que predominen en la conciencia de los hombres y no lograremos la formación de un hombre nuevo.

Y si prevalecen estas concepciones dentro de la sociedad, si supervive la ideología individualista y pequeño-burguesa, supervivirá también el espíritu burocrático y la concepción burocrática dentro de la administración y la política. **Con el agravante de que ahora esa concepción tendrá vigencia dentro de una capa especial de hombres cuya relación con los medios de producción y las decisiones políticas la sitúan en una posición dirigente.** Nada hay, pues, de extraño en que se mantenga vivo el interés por instalarse en esta capa burocrática de la sociedad y ésta se convierta en un objetivo material de acomodamiento y privilegio. Si el Partido no gana esta batalla a la burocracia, si no se conjura

ese peligro mediante la formación de un hombre nuevo y la aplicación de una política intransigente y consecuente con los principios del marxismo-leninismo, el Partido terminará burocratizándose a sí mismo. Y un Partido que se estanque es un Partido que se pudre.

¿Y qué ocurre entonces? ¿Qué ocurre si el organismo del Partido se sumerge en esa modorra burocrática? Ocurre que se consolida en la administración y dirección del Estado, y en la dirección política, una capa especial con ambiciones de perpetuidad, capa que se aleja cada vez más y más de las masas, se divorcia del trabajo fecundo y productivo y de quienes lo realizan; se convierte en un cuerpo privilegiado incapaz de hacer avanzar al pueblo, incapaz de desarrollar la conciencia del pueblo hacia niveles superiores.

Y cuando esto ocurre, se ha renunciado a la construcción del socialismo y el comunismo.

Evitar ese peligro

Mientras existan determinadas funciones administrativas, necesarias en la etapa de tránsito, algunas medidas pueden ayudar a evitar este peligro. Una de ellas es la movilidad de los funcionarios administrativos y empleados públicos en los cargos, para que éstos no se fosilicen y no se vaya estatuyendo una capa especial.

El aparato de dirección estatal debe ser sencillo y a la vez dinámico, conector de los procesos técnicos de la producción, capaz de coordinar los esfuerzos, impulsar la actividad, e inspirar el espíritu de trabajo de los que actúan bajo su dirección. También existe el peligro de que en el seno de las organizaciones políticas y del propio Partido se vaya constituyendo, a través de los cuadros profesionales, una categoría especial de ciudadano diferenciada del

resto de la población. Este es un peligro que tenemos que valorar y tener en cuenta. Porque el proceso social e histórico se produce con arreglo a determinadas leyes y determinados principios sobre los cuales debemos estar claros, so pena de caer en graves errores. La manera de evitar que esos funcionarios o cuadros profesionales del Partido se conviertan en una capa especial está en vincularlos directamente con los problemas que se afrontan en la producción. En la medida en que los cuadros de dirección se enfrenten con las tareas concretas de la agricultura o la industria, lo más cerca posible de la producción misma, estaremos combatiendo este peligro. Esto también tiene completa validez para los funcionarios y empleados administrativos.

En nuestra situación concreta, como quiera

que el Partido es un producto de la Revolución y surge con ella, se ha planteado la necesidad de que los cuadros se dediquen a las tareas de producción y dirección, de la manera más inmediata y directa posible. Que estén en contacto con los problemas técnicos que se presentan en los lotes, granjas y unidades industriales. En esto nos ayuda el tener un Partido joven, sin tradición profesionalista en la mayor parte de sus cuadros. Así se adoptan las medidas para evitar en el seno del Partido el desarrollo de una capa especial de cuadros profesionales, la que debe ser **lo más limitada y reducida posible**, y, también, lo más cercana a la producción. A esto nos ayudará, cada vez más, el desarrollo de una política de promoción de cuadros que permitirá una mayor movilidad de ellos, de la producción al Partido y del Partido a la producción.

III. Un freno a la acción revolucionaria

La Revolución en enero de 1959 se encontró con una sociedad donde se entrelazaban supervivencias del sistema feudal en la agricultura, elementos capitalistas escasamente desarrollados, una gran dominación de nuestra economía y comercio por el imperialismo y una extraordinaria concentración de la población y los aparatos administrativos en La Habana, que contrastaban con el abandono, despoblamiento y miseria del interior del país.

Junto a las grandes empresas norteamericanas había surgido una gran variedad de pequeñas empresas, tales como compañías de seguros, agencias bancarias, comercios, instituciones de salud privadas, cole-

gios, etc., las cuales contaban con todo un personal administrativo para asegurar su funcionamiento : viajantes, cobradores, agentes publicitarios, oficinistas, etc.

El Estado burgués-terrateniente y proimperialista cubano se hallaba corrompido hasta la médula por la politiquería. Cada día se creaba un nuevo cargo y se multiplicaban los puestos públicos para favorecer los elementos del régimen. Aquellos que ocupaban posiciones en el gobierno se servían de ellas para medrar a costa de los fondos públicos. La botella y el robo descarado llegaban desde el último empleado hasta la primera magistratura del país.

Ese pseudoaparato administrativo iba conso-

lizando todo un enorme ejército burocrático. Llegar a él se convirtió para muchos —más en un país como el nuestro, sin fuentes de trabajo para cientos de miles de hombres y mujeres— en aspiración y meta a alcanzar ; por ello, se multiplicaban a todo lo largo y ancho del país los centros destinados a la preparación para tareas improductivas : escuelas de comercio, academias de mecanografía, secretariado comercial y otras. Esa mentalidad penetró profundamente en las capas de la pequeña burguesía.

La Revolución barrió con el robo de los fondos del Estado, liquidó las botellas, suprimió la corrupción administrativa y moralizó hasta la raíz toda la administración pública. Esto fue un logro importante de los primeros momentos del triunfo revolucionario. Pero, claro está, no pudo entonces el joven poder revolucionario eliminar de la misma forma la concepción burocrática y el espíritu pequeño-burgués en la dirección y la administración del nuevo Estado al servicio de los obreros y los campesinos.

Después nos hemos tenido que enfrentar ante el fenómeno que representa el burocratismo dentro del proceso de construcción del socialismo y el comunismo. Las experiencias que esta lucha brinda ya y los peligros que nos hacen prever tienen una importancia extraordinaria y deben hacer meditar a todos los revolucionarios de nuestro país, y en especial, a los militantes de nuestro Partido.

La burocracia nos impuso muchas ideas

Con la nacionalización de las principales empresas extranjeras y nacionales, todo ese inmenso ejército burocrático, hasta entonces disperso, pasa a convertirse en empleados y funcionarios del Estado. Muchos de ellos, los más ligados a la

burguesía y al imperialismo yanqui, optaron por abandonar el país. A cambio de ello, la Revolución brindó oportunidades a hombres y mujeres del pueblo para ocupar esas plazas, en muchos casos como un falso medio para aliviar el grave problema del desempleo y la falta de fuentes de trabajo. Al mismo tiempo, la necesidad de controlar las distintas empresas y organismos, muchos de ellos nuevos, surgidos durante el proceso revolucionario, condujo al desarrollo de una política centralizadora, que trajo consigo el incremento desmesurado de los organismos administrativos centrales, tales como consolidados y ministerios. En esto desempeñó un papel importante la ignorancia de muchos dirigentes revolucionarios colocados al frente de importantes responsabilidades y que, sencillamente, no sabían cómo organizar y hacer eficiente el trabajo administrativo y trataban de solucionar la falta de operatividad, el retraso constante, la ausencia de controles y las trabas burocráticas, no ocurriéndoseles nada mejor que crear nuevos departamentos, aumentar el personal de oficinas, nombrar más y más funcionarios e inventar todos los días un modelo nuevo. Lo que realmente hacían era echarle leña al fuego. Y esta candela la sufría el pueblo. Otro elemento que ayudó al desarrollo del burocratismo en los primeros años de la Revolución fue la introducción de algunos sistemas administrativos y formas de organización, procedentes de países del campo socialista, que estaban lastrados por el burocratismo. Por otra parte, carecíamos de la suficiente experiencia y sentido crítico, y esto permitió que aceptáramos como buenas estructuras de países económicamente avanzados, que no correspondían a nuestras necesidades, a la situación de un país que inicia su desarrollo.

Fidel ha señalado que quizás el mérito mayor de esta generación de revolucionarios haya sido la realización de todas estas

obras en el campo de la producción, la educación y la defensa, a pesar de nuestra ignorancia. También Lenin señaló cómo, al asumir los revolucionarios las tareas de dirección, si éstos no tienen una cultura y concepciones que oponer a la burocracia, ésta continúa dominando por su mayor cultura y su mayor conocimiento sobre « cómo hacer las cosas », claro está, por el patrón capitalista. Algo parecido ocurrió en nuestro país. La burocracia, en cierta medida, nos impuso su « cultura », sus concepciones sobre cómo organizar el nuevo Estado, sobre con qué instituciones hacerlo. Como señalara el compañero Fidel en sus palabras de clausura a la reunión sobre el Plan Perspectivo Azucarero en Santa Clara, « ...lo primero que hicimos fue imitar todas las cosas que hacían los burgueses, los capitalistas, el viejo Estado, todas esas cosas. Es la verdad. Inconscientemente estábamos influidos por la idea de que un ministerio era un ministerio, que un ministro era un ministro, y que un despacho era un despacho, y que un organograma era un organograma, y que el mundo marchaba a través de todo eso. El mundo marchaba, y todo el mundo se dejó llevar por esa concepción, se dejó llevar por esas ideas. »

Tiene mucho que ver con la concepción del Estado

Como se desprende de lo señalado por el Comandante en Jefe, el burocratismo en el Estado socialista tiene mucho que ver con la concepción que tengamos respecto a ese Estado. Tiene mucho que ver con las categorías económicas que rijan en esa sociedad.

Tiene mucho que ver con las estructuras que se creen en ese Estado. La burocracia nace con el capitalismo. Su origen la vin-

cula íntimamente a la existencia de una economía mercantil, a las operaciones del comercio y al sistema de impuestos propios del sistema fiscal burgués.

Para la liquidación gradual de la burocracia, tenemos que transformar el aparato estatal recibido del capitalismo en un instrumento cabal del socialismo. Esto requiere eliminar gradualmente la acción de esas categorías heredadas dentro de nuestra sociedad.

Por eso marchamos hacia la simplificación al máximo de las operaciones entre los organismos del Estado. Marchamos hacia la supresión de las operaciones de tipo mercantil entre los órganos de la economía socialista. En la misma medida en que nuestra concepción económica se aparte de las normas y métodos que rigen la economía capitalista y adoptemos métodos verdaderamente revolucionarios en nuestro camino hacia el comunismo, estaremos dando golpes decisivos para la eliminación del burocratismo.

¿ Qué pasaría en nuestro país si dejáramos a cada una de las empresas comprar y vender a los demás organismos, llevar sus cuentas privadas, dividir utilidades y pagar impuestos al fisco socialista ? ¿ O si impulsáramos aún más la economía mercantil ? ¡ No nos libraríamos jamás de la burocracia ! Por el contrario, la incrementaríamos en la misma medida en que se produjeran la multiplicación y el desarrollo de nuestra economía.

Una valiosa orientación sobre muchos problemas esenciales en la organización del nuevo Estado revolucionario la podríamos encontrar mediante el estudio profundo de las experiencias tomadas por Marx de la Comuna de París y los planteamientos originales de Lenin en relación con los soviets de obreros, campesinos y soldados.

La esencia de esos planteamientos nos señala ya no sólo la necesidad de un Estado de nuevo tipo, sino, además, el que

éste fuera un Estado ágil, sencillo, ejecutivo, sin un gigantesco aparato centralizador, sin burocracia y con una participación permanente y directa de los trabajadores. En esto coincidieron admirablemente todos los grandes fundadores del marxismo-leninismo. Esta es la idea que está presente en Lenin cuando señala : « **La esencia de la cuestión radica en si se mantiene la vieja máquina estatal** (enlazada por miles de hilos a la burguesía y empapada hasta el tuétano de rutina e inercia), o **si se la destruye**, sustituyéndola por otra nueva. La Revolución debe consistir no en que la nueva clase mande y gobierne con ayuda de la vieja máquina del Estado, sino en que destruya esta máquina y mande, gobierne con ayuda de otra nueva. »

« Enseñar al pueblo, hasta en sus capas más bajas, el arte de gobernar y administrar el Estado, no sólo por medio del libro, sino con la aplicación práctica inmediata y en cada lugar de la experiencia de las masas. »

En el propio Lenin, además, encontramos opiniones tan importantes como el rechazo a toda veneración por los ministerios y el planteamiento de su sustitución por comisiones de trabajo, por equipos de especialistas y técnicos.

La burocracia engendra burocracia

La burocracia engendra burocracia. Aparatos centrales hipertrofiados que exigen continuamente datos e informes, muchos de los cuales carecen de toda utilidad para el control práctico y la determinación de medidas concretas por el gobierno, engendran la necesidad de situar en los escaños inferiores de la estructura jerárquica un número asombroso de empleados y funcionarios. Por eso, un aspecto decisivo de la lucha contra el burocratismo,

en su aspecto directo e inmediato, es el análisis de las estructuras. Porque en muchos casos el problema no consiste simplemente en analizar el contenido de trabajo que individualmente tenga cada empleado o funcionario. Lo que tenemos que ver, al mismo tiempo, es si toda la oficina, si todo el departamento, la rama o la empresa misma tienen razón de existir.

Tenemos que revisarlo todo, desde cada papel, cada modelo, preguntar qué problema resuelve y si tiene razón de ser. Tenemos que revisar el trabajo de cada empleado o funcionario, qué hace y por qué y para qué lo hace. Y, junto a todo esto, analizar toda la estructura de nuestro Estado, desde la organización y funcionamiento de cada departamento hasta ramas y ministerios enteros.

Un freno a la acción revolucionaria

La burocracia conduce a un freno de la acción revolucionaria. Tal vez sea ésta una de sus más graves consecuencias inmediatas.

Vertebrada en una jerarquía rígida e inoperante, nadie se atreve a decidir, a actuar, a resolver los problemas. « Esto tengo que consultarlo » es una respuesta elocuente y harto conocida. La concepción burocrática padece de una enfermedad generalizada : la falta de confianza en las masas, la falta de confianza en los niveles de base, los niveles de la producción real, en que se deciden las grandes metas de la Revolución. Por eso, las decisiones ejecutivas prácticas se reservan en muchos casos para escalones intermedios o centrales donde a veces se dilatan y estancan.

Nuestra política tiene que ir dirigida a llevar los niveles de dirección lo más cerca posible de las unidades productoras. Esto tiene, sobre todo, una extraordinaria impor-

tancia para la producción agrícola, que depende, en muchos casos, de decisiones rápidas, ya que su realización está ligada a condiciones variables como las lluvias, etc. Con razón ha señalado nuestro Comandante en Jefe : « ...la agricultura no se puede dirigir de una manera abstracta. La agricultura se puede dirigir solamente allí, en la provincia, en la agrupación, en la granja, en el lote. Porque allí es donde se padecen todas las calenturas, todos los problemas... »

El burócrata, por otra parte, es un ser enajenado. Se diluye entre las planillas, los memorándums, las orientaciones y los planes ; sustituye la « acción » por la « discusión », los problemas se dilatan « subiendo y bajando », discutiéndose a todos los niveles. Así, muchas veces, el problema real y práctico, el problema que afecta al pueblo, queda relegado a un segundo plano, se olvidan de él, y toda la atención se concentra en los papeles, los planes, las discusiones y los « niveles » que supuestamente existen para resolverlo.

El burócrata convierte lo que son medios para solucionar problemas en un fin, en un objetivo de su trabajo. Esto hace que su función se impersonalice y se desvincule de las necesidades reales del país, pierda por completo el sentido político que tiene su trabajo y se aleje de las masas. El trabajo burocrático carece de sensibilidad humana, es incapaz de analizar con criterio político una situación. Su propia concepción lo hace dogmático y mecánico hasta la médula.

El burocratismo desnaturaliza los métodos de trabajo revolucionarios : convierte la dirección colectiva en un paraván con el cual olvidarse de la responsabilidad individual ; usa la crítica y la autocritica no como medio de superar deficiencias, sino como confesión y autoabsolución superficial de los errores cometidos. Donde exista esa concepción pequeño-burguesa no pue-

den tener vigencia principios de trabajo nuevos y revolucionarios.

Uno de los mayores daños que produce el burocratismo es en su repercusión sobre los trabajadores. Tanto en los que trabajan en la producción como en muchos de los propios empleados administrativos, víctimas si se quiere del sistema burocrático. En los primeros, en los obreros y campesinos, el burocratismo les golpea afectando la producción y afectando muchas veces la distribución de artículos de consumo o la prestación de los servicios que requieren el trabajador y su familia.

¿ Qué puede existir peor a que un obrero o un campesino vea cómo problemas que él tiene ante sus ojos, que los comprende y sabe qué hacer para resolverlos, en muchos casos cuestiones sencillas, no se realizan o se realizan mal a consecuencia de los funcionarios y los trámites burocráticos ?

¿ Qué puede existir capaz de desanimar más a quienes tienen que hacer el esfuerzo más duro para obtener los recursos del país ?

¿ Qué puede existir capaz de afectar tanto la fe y la confianza de los trabajadores en su Revolución ?

Muchas veces un organismo bajo instrucciones « de obligatorio cumplimiento », y aunque en la base, en la vida y la práctica real ellas no corresponden a las necesidades, la conformación mental de la estructura burocrática entra en acción, se aplica, se impone. Resultado : fracasos, descontentos, incumplimientos, asombros... y « reuniones de análisis » con mucha « autocritica ». El burocratismo nos causa mucho más daño que el propio imperialismo. El imperialismo es un enemigo abierto y externo. La burocracia nos corroe desde adentro y ataca lo más sano y más firme de las masas del pueblo, que son las que la tienen que sufrir más duramente. Claro está, nuestro pueblo tiene una sensibilidad

extraordinaria para detectar estos problemas y una plena confianza en la dirección de la Revolución. Nuestro pueblo no cree en los superpoderes de ningún funcionario burócrata. Su reacción evidencia enseñanza cuando algo anda mal, cuándo es necesario localizar y combatir estos errores de la hipertrofia administrativa. Por ello, a las masas y a nuestro Partido, su vanguardia, corresponde encabezar la lucha constante y tenaz contra el burocratismo.

Es como un ácido corrosivo

El burocratismo permeabiliza con su influencia numerosos sectores sociales cuyo trabajo no es por su esencia burocrático. Es decir, el fenómeno de la burocracia no se queda en los límites de la administración sino que trasciende más allá corrompiendo otras esferas del trabajo.

Tomemos un ejemplo : el trabajo de un maestro no es por su esencia burocrático. Puede considerarse incluso como una forma indirecta del trabajo productivo, ya que prepara los hombres que han de producir manejando la técnica. La educación desarrolla en ellos una conciencia social diferente y los prepara para la vida. Es decir, el trabajo de un maestro tiene un valor excepcional para la sociedad : es un trabajo creador y formativo. Ahora, ¿qué ocurre cuando aplastamos este trabajador con un diluvio de circulares, modelos y otras manifestaciones del espíritu burocrático? Muchas veces logramos convertirlo en un burócrata, sencillamente. Llega a concebir que su misión principal es cubrir las formas manteniendo en forma correcta toda esa caterva de papeles ; pierde de vista cuál es su tarea central en el estudio, la superación, el planeamiento, la formación de los alumnos y cae en el formalismo, en el burocratismo.

En estos momentos, los máximos dirigentes

de la educación en nuestro país han emprendido una ofensiva en toda la línea contra el burocratismo. Esta lucha es parte decisiva de la batalla por la calidad de la enseñanza, que frena, obstaculiza y desvía el espíritu pequeño-burgués y burocrático de algunos funcionarios en la educación. Lo mismo puede ocurrirle a un empleado de una cafetería, o a un conductor de un tren o a un técnico agrícola, en fin, a cualquier trabajador. El espíritu y la concepción burocráticos de la jerarquía instalada por encima de él pueden anular su capacidad de pensar, de crear, de razonar, su deseo de solucionar los problemas, y convertirlo en una máquina cumplidora de órdenes, circulares e instrucciones. Anularlo como hombre. Hacer de él un burócrata.

Es decir, esa concepción burocrática es, en la práctica, un ácido corrosivo que penetra y desnaturaliza las actividades más importantes de la vida de un país : la economía, la educación, la cultura y los servicios a la población.

Conscientes de este peligro, los máximos dirigentes de la educación, de la producción y de los principales frentes de la Revolución, encabezados por el propio Fidel, combaten estas tendencias.

La administración es necesaria

Como señala Fidel : « Cuando nosotros decimos burocracia —entiéndase bien— no decimos administración, sino hipertrofia de las tareas administrativas, concentración masiva e inútil, parasitaria e improductiva... »

Es decir, no debemos menoscabar la importancia que tienen las tareas administrativas. Una administración ágil, dinámica, vinculada a la técnica y a los problemas concretos de la producción en la base tiene un valor político extraordinario.

Nuestra administración requiere, es verdad, contadores y oficinistas de la mayor calidad, pero lo principal, lo esencial, es que la administración revolucionaria esté en manos de técnicos y economistas con conciencia de verdaderos productores. Porque la reivindicación del trabajo administrativo sólo podrá llegar cuando éste se funda a los procesos técnicos de la dirección de la producción en la base. Hacia esa meta marchamos.

Es necesario que la lucha contra el espíritu burocrático, pequeño-burgués, no se convierta en incompreensión o desprecio hacia la necesidad e importancia de la organización y el control de las actividades de producción y servicios sociales. Nuestra lucha inmediata es reducir al mínimo el personal necesario para estas tareas, desarrollar en él una conciencia distinta que lo vincule a la técnica, a los problemas reales que sufren las masas, orientarlo hacia la acción revolucionaria, hacia la solución ágil de los problemas, y, en fin, a desarrollar **un nuevo estilo de trabajo** dinámico y agresivo. Y, junto con esto, simplificar al máximo las estructuras del aparato estatal y lograr la mayor eficiencia posible de ese personal mínimo.

Uno de los problemas fundamentales de la lucha contra el burocratismo radica en encontrar los hombres capaces para acometer en forma entusiasta, apasionada e incansable los planes de la Revolución. Y decimos encontrar no como un problema de casualidad o de azar sino como una política muy concreta capaz de formar hombres de esta naturaleza y con un estilo de trabajo **agresivo y directo**. Es decir, confiar menos en los esquemas, en las organizaciones teóricas, y poner nuestra confianza en la calidad práctica y ejecutiva

de los hombres que impulsan las tareas y las controlan eficientemente sin necesidad de aparato burocrático.

La experiencia nos enseña que no hay mejor control que el que garantiza un hombre capaz puesto al frente de una tarea, impregnado de espíritu revolucionario y deseoso de hacer avanzar la construcción de la nueva vida. Lo que no pueden todos los organogramas, todos los modelos y todos los « sesudos » de la burocracia juntos, lo puede un cuadro revolucionario ligado a las masas que tiene que dirigir, y enamorado de los problemas de la producción y la técnica.

Un hombre ejecutivo, inconforme, rebelde ante las debilidades, puesto al frente de un plan, vale más que cualquier control que se pueda establecer siguiendo las vías tradicionales. Hay muchas experiencias que pudieran tomarse en este sentido. Todas ellas nos enseñan que es necesario que los cuadros más competentes, salvo los colocados en algunas funciones centrales, estén lo más cerca posible de la producción misma o del servicio mismo.

Contamos en este sentido con el ejemplo de las principales figuras revolucionarias y, particularmente, del propio Fidel. Hay que aprender de ese estilo nuevo. Es el estilo de trabajar sobre el terreno, de granja en granja, analizando cada problema hasta el detalle, orientando, discutiendo, conversando con los propios trabajadores, viviendo sus problemas y dificultades.

Claro, para actuar así hay que conocer muy concretamente los problemas técnicos de la agricultura y la industria. Es el camino más difícil, pero no hay duda de que es el más efectivo, considerado económica y políticamente.

IV. Una lucha larga, tenaz y sin cuartel

Nadie debe hacerse ilusiones y pensar que la batalla de la Revolución contra el burocratismo podrá ganarse en unos meses. Esta es una lucha compleja y difícil. Tiene aspectos prácticos y operativos, los más directos e inmediatos ; pero también aspectos ideológicos donde no es tan fácil obtener rápidamente la victoria. Se requiere, pues, la preparación de todas las fuerzas revolucionarias, de nuestro movimiento obrero, de nuestras mujeres y jóvenes, bajo la dirección del Partido, para golpear al burocratismo en todos los frentes y en todas sus manifestaciones. El hecho de ser una lucha ideológica no quiere decir que el problema se resuelva con campañas de propaganda, levantando consignas o « slogans ». Además de esta necesaria divulgación y propaganda, se precisa un trabajo serio capaz de desarrollar en nuestras masas la conciencia clara de lo que representa esta hipertrofia y esta concepción pequeño-burguesa dentro de nuestro Estado revolucionario.

Tenemos que oponer frente a la burocracia las fuerzas de la clase trabajadora. Las experiencias de la lucha contra este mal evidencian que la burocracia tiende a actuar como una nueva clase. Entre los burócratas se establecen vínculos, nexos y relaciones similares a los que pudo tener cualquier otra clase social.

Unos a otros se apañan y defienden contra las medidas y las leyes revolucionarias. Si el Partido y los revolucionarios se duermen, si bajan la guardia un solo momento, el burocratismo renace, las disposiciones se violan, los burócratas se reinstalan nuevamente, y esto ocurre así, porque los funcionarios burocráticos no tienen otra cosa que defender más que su propia situación y la defienden como clase.

Contra todo esto tenemos que levantar un programa de acción revolucionaria y prepararnos para luchar día tras días, mes tras mes y todo el tiempo que sea necesario hasta eliminar esa costra que frena y entorpece el avance de la Revolución. En primer lugar, la mayor consideración social, el rango más elevado, debe corresponder a los trabajadores de la producción, debe corresponder a los técnicos, a los obreros y campesinos. Ellos son los que realizan el trabajo más útil y más duro, el que resuelve en verdad los problemas fundamentales de la construcción socialista.

Descubrir y erradicar, uno por uno, a los personeros de esta ideología ajena y extraña al socialismo. Cuidar que la « solidaridad » burocrática no ya los haga « caer hacia arriba » sino tampoco « caer hacia los lados ».

Poner término al crecimiento de las nóminas administrativas. Detectar y sancionar las trasgresiones a la disciplina revolucionaria.

Seguirle la pista a cada modelo, ver qué es, qué resuelve y para qué se utiliza. Simplificar los controles al máximo. Siempre que sea posible, alentar la participación de las masas en la designación de los funcionarios administrativos. Que cada vez sea mayor el compromiso con las masas y no únicamente con la jerarquía burocrática.

Desarrollar nuestra política de promoción de cuadros basada en principios políticos. Y en la medida que ésta avance, someter los cargos administrativos a cambio, a rotación. Llevar adelante el principio de la movilidad que impida el anquilosamiento y la tendencia a estancarse y considerarse « insustituible ».

Normar la política de empleos y sancionar las violaciones

El Comité Provincial del Partido en La Habana ha llevado a cabo con los alumnos de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria una investigación de las violaciones cometidas en la aplicación de la política laboral del Estado.

Estas investigaciones arrojan diferentes irregularidades que el Ministerio del Trabajo está estudiando para aplicar las sanciones que correspondan. La sanción a los infractores de las normas dictadas u orientadas es una de las medidas que tenemos que adoptar en la batalla contra el burocratismo.

Asimismo, por la **dirección del Partido**, a través del Comité Provincial de La Habana y del Ministerio del Trabajo, se viene estudiando la normación de toda la política de empleo y de las medidas adecuadas para el más estricto control del nombramiento del personal administrativo, de servicio y de producción en general.

Es imprescindible que por el Ministerio del Trabajo se elaboren las normas precisas y que éstas se cumplan de manera estricta en la aplicación de la política laboral, porque, como decíamos, el exceso de personal administrativo es una de las más evidentes manifestaciones del burocratismo. Es imprescindible que todos los centros de trabajo del país y todas las unidades administrativas tengan el número de empleados y trabajadores estrictamente indispensable para el desarrollo de sus actividades. En este sentido se ha dispuesto que la decisión sobre contrataciones o nombramientos sólo puede tomarse por un reducido número de personas, el mínimo posible. Este mínimo está determinado, además, por los problemas operativos de la producción y de los servicios.

Este mínimo de funcionarios con atribuciones para contratar personal debe tener

una clara conciencia de lo que significa el burocratismo. Todos aquéllos que tengan autoridad para nombrar personal deben ser compañeros con alta conciencia antiburocrática. Los organismos del Partido deben desarrollar esa conciencia. Los dirigentes administrativos deben profundizarla. No bastará, pues, con las sanciones. Es necesario elevar la conciencia y el sentido de la responsabilidad de los compañeros que tienen autoridad para nombrar personal. Por otra parte, en los centros laborales del país, los trabajadores deben discutir profundamente lo que significa la lucha contra el burocratismo, la raíz de éste, y debe establecerse un combate sin cuartel contra los violadores de las normas administrativas que se han dispuesto. Por esto, la participación de los trabajadores bajo la orientación de la sección sindical y de los comunistas es un factor de importancia. Los núcleos del Partido tienen, entre otros, los siguientes deberes : estudiar profundamente la raíz ideológica del burocratismo para elevar la conciencia antiburocrática de las masas, y velar en todos los centros por que se cumpla la política del Partido en este sentido. Una vigilancia de los comunistas y de los trabajadores en la aplicación de la política de empleo es muy importante en la batalla contra el exceso de personal y contra las violaciones en la política de empleo.

Luchar contra el burocratismo es luchar por la superación, la técnica y la agricultura

La mayor concentración burocrática y, por consiguiente, el mayor baluarte de la concepción pequeño-burguesa está en La Habana metropolitana. Los estudios realizados arrojan la cifra de cerca de 74 000 empleados y funcionarios administrativos con

un fondo de salarios anual de \$ 140 000 000. Por eso, siguiendo una política revolucionaria, sin que nadie tenga que sentir temor o inseguridad sobre su futuro, tenemos que librar aquí la batalla principal contra esta enfermedad dentro de nuestro aparato estatal.

Por eso, la lucha contra el burocratismo pasa a ser la tarea más importante de nuestro Partido en la capital.

La lucha contra el burocratismo constituye, tanto por su importancia como por la fuerza que ahora adquiere, una verdadera revolución dentro de la Revolución. Posiblemente, la revolución que aún no se ha hecho en otro lugar. Esto es lo que tenemos por delante, y lo podremos llevar a cabo en la misma medida en que sepamos combinar la lucha **contra** el burocratismo y la lucha **por** la superación, la preparación técnica, la incorporación a las tareas de la producción y, especialmente, a la agricultura.

El desarrollo de los planes agrícolas y ganaderos en las diferentes provincias y las exigencias técnicas que éstos plantean determinan un déficit permanente en la necesidad de técnicos y fuerza de trabajo en cada granja o agrupación de nuestro país. Por otra parte, el incremento de los planes educativos y la ampliación de servicios importantes a la población brindan un amplio campo a la superación y la incorporación en trabajos más útiles, capaces de brindar a quienes lo realicen una satisfacción y un estímulo moral mucho mayor.

Brindar técnicos, maestros, economistas y fuerza de trabajo, he ahí el mejor servicio que La Habana y otras ciudades grandes pueden brindar al campo.

Dentro de esta batalla debemos incorporar activamente y en forma militante a los funcionarios administrativos y de dirección. Nada puede reflejar tanto ni tan claramente la capacidad para ocupar tales responsabi-

lidades como el tener una conciencia y una actitud claras ante estos problemas. Estos compañeros han sido en muchos casos víctimas de una situación que les ha condenado a la rutina y la inercia. La única forma que tienen para impregnar su trabajo de un contenido y un estilo nuevos es incorporándose, antes que todo, a la batalla contra el burocratismo. A la cabeza de esta batalla, dando el ejemplo, tendremos a los militantes de nuestro Partido.

Los organismos del Partido en la provincia de La Habana han iniciado un movimiento encaminado a incorporar cientos de comunistas que se encuentran laborando en las unidades administrativas de la capital a las tareas de la agricultura. 600 comunistas de la capital se han inscripto para abandonar su trabajo actual. Entre ellos los hay que tienen cierta capacitación técnica y desarrollo político. Este es un paso muy importante en la lucha contra el burocratismo y un aporte de gran valor en la tarea de la agricultura. Es necesario que los comunistas y los trabajadores en los centros laborales que se han inscripto para incorporarse a la agricultura cuando se les designe para esas tareas estudien si es necesario en dichos centros industriales o unidades administrativas contratar nuevo personal para sustituirlos.

Los militantes comunistas que se incorporaron a las tareas de la agricultura y los trabajadores de los centros de trabajo de donde ellos salen deben exigir que no se contrate nuevo personal si no resulta absolutamente indispensable. Estos militantes del Partido debemos incorporarlos a la producción en la base, en los lotes, en los pastoreos, allí donde se gana o se pierde la lucha por una mayor producción.

La marcha de militantes, trabajadores de la ciudad, con un mayor nivel de desarrollo cultural e ideológico, puede ser un factor de extraordinaria importancia para el fortalecimiento del Partido en cada lote, de-

partamento o granja. Esta es la tarea honrosa y revolucionaria que tienen ante sí los militantes del Partido en nuestra capital. Porque el Partido tiene que fortalecerse en las granjas donde todavía es pobre.

Lo correcto sería que existiese un núcleo en cada lote, y mientras esto no sea realidad no podemos hablar de Partido organizado en la agricultura. A ello puede contribuir poderosamente la incorporación de cientos de militantes del Partido procedentes de los sectores improductivos de la capital.

Así fortalecemos internamente nuestra militancia y estaremos en condiciones de incorporar miles y miles de trabajadores a un trabajo más digno y útil, llevarlos hacia la superación y hacia la técnica, darles un contenido nuevo a su actividad, que será fuente de satisfacción y alegría para quienes han sido víctimas de un sistema que condena sus mejores energías a un trabajo estéril y carente de estímulos.

Los jóvenes en la producción, el estudio o la defensa

Hay algunas expresiones del fenómeno burocrático que adquieren un carácter verdaderamente negativo. Una de ellas es, por ejemplo, la contratación de jóvenes para tareas burocráticas o improductivas. Esto es realmente un crimen contra el futuro de estos jóvenes y un crimen contra los intereses de la Revolución.

Los jóvenes deben estar estudiando o incorporados a la producción, sobre todo en tareas agrícolas, o prestando servicio en las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Realmente es difícil concebir a un joven de nuestra época que no esté en una o varias de estas actividades.

Nuestro deber y nuestra línea deben ser los de no contratar personal joven para tareas improductivas. Esta es una política muy concreta por la cual debemos luchar

apasionadamente y como una cuestión de principios. Por eso es tarea de los organismos del Partido y la Juventud, en cada provincia, regional o municipio, el revisar y ver qué hace, dónde trabaja o dónde estudia cada joven. Y luchar, permanente y sistemáticamente, por que cada uno de ellos o esté estudiando, o en las FAR o trabajando en la producción y si es posible en la producción agrícola.

En esta batalla, el trabajo de la Juventud Comunista juega un papel de extraordinaria importancia al orientar y llevar los jóvenes hacia la agricultura. En los planes de Camagüey e Isla de Pinos, en lugares como Juraguá, en todos nuestros campos, esta política acertada significa un factor importantísimo para la erradicación de la concepción burocrática y la formación del hombre nuevo, significa la materialización del principio enunciado por nuestro Comandante en Jefe de lograr más ruralismo y menos urbanismo. Es indispensable que se analice en cada unidad de producción si resulta indispensable sustituir a los jóvenes que se van a la agricultura. Esta tarea corresponde a cada uno de los organismos administrativos de que se trate. Sin embargo, las masas trabajadoras, impulsadas por el ejemplo de los comunistas y de los jóvenes, deben exigir que no se contrate personal si no resulta indispensable para la producción o el servicio en cuestión.

Estamos a la ofensiva

No sólo avanzamos contra el burocratismo dentro de nuestro Estado, tomamos también todas las medidas para que las generaciones que surgen sean educadas en principios muy diferentes que impidan su penetración por ese espíritu pequeño-burgués. El Plan de la Escuela al Campo es muestra de ello : cientos de miles de jóvenes combinan el estudio con la participación en tareas agrícolas, productivas,

cada año. Este principio tenemos que llevarlo, como señalara Fidel, hasta la formación de nuestros niños desde que comiencen a dar sus primeros pasos en la escuela. Sólo así podremos liquidar definitivamente el lastre burocrático como ideología y como concepción dentro de la nueva sociedad.

Por otra parte, la lucha inmediata y directa contra este mal ha entrado en una nueva fase. Las Comisiones de Lucha contra el Burocratismo han pasado a la ofensiva con un nuevo espíritu y nuevas fuerzas. Tenemos por delante un trabajo serio y cuidadoso : simplificar al máximo todas las estructuras, los papeleos y las reglamentaciones dentro del Estado revolucionario. Habrá que revisar cada uno de los instrumentos del poder administrativo, porque algunos de ellos responden, por su esencia, a una sociedad que ya no existe en nuestro país. Este análisis será el que determine la necesidad o no de departamentos, ramas e incluso ministerios y organismos de nuestro aparato central.

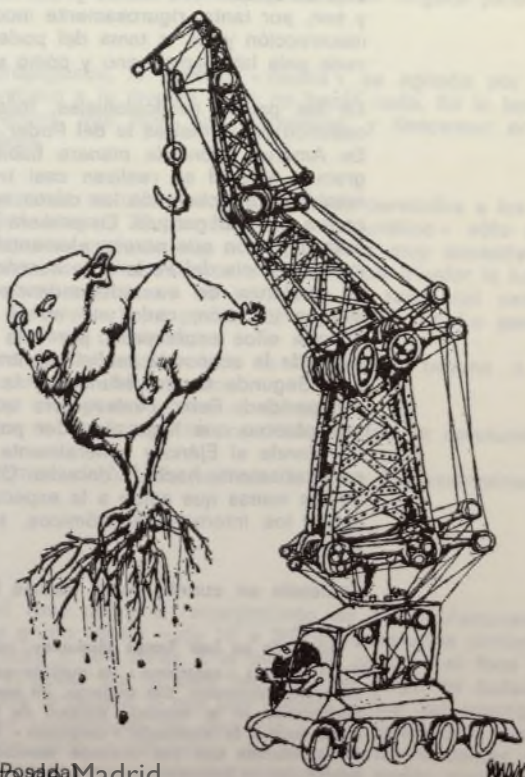
Tenemos que hacer más concreto y directo el trabajo de los funcionarios, vincularlo a los niveles de la producción y darle cada vez más un contenido técnico y de control. Un paso importante en este sentido puede ser la creación de equipos de control, equipos técnicos y de orientación directa que trabajen sin necesidad de jerarquías y escalones burocráticos. De las guerras de liberación podemos derivar enseñanzas a que ya nos referíamos en [la sección anterior].

Existen formas de organización superiores, basadas en principios distintos, que han originado métodos más eficientes que los que engendran las estructuras burocráticas típicas de las instituciones militares de la burguesía, puestas siempre como ejemplo por los ideólogos del capitalismo.

La revolución está a la ofensiva en la lucha contra el burocratismo. Marchamos

contra este mal apoyados en las masas y en nuestro Partido.

Será una lucha larga, no podremos descuidarnos ni un solo minuto, pero conjuraremos el peligro de una capa especial dentro de nuestra sociedad revolucionaria, levantaremos contra ella la formación de un hombre nuevo y la victoria será nuestra. Para ello hay que elevar la conciencia de todo nuestro pueblo. Sólo con una amplia y profunda conciencia en los cuadros jóvenes y trabajadores en general podemos ganar esta batalla decisiva, es decir, podemos hacer la revolución que todavía no se ha hecho : **¡la revolución antiburocrática !**



Ayuntamiento de Madrid



(Portocarrero)

Régis Debray

El «castrismo» : la larga marcha de la América latina*

Como táctica revolucionaria, el castrismo** ha sido sometido al test de la práctica y ha dado su prueba irreversible: Cuba. Pero como Louis Althusser recordaba recientemente, «los marxistas saben que no es posible táctica alguna que no se base en una estrategia, ni es posible una estrategia que no se base en la teoría». Las notas aquí publicadas no tratan sino de señalar una táctica y una estrategia, hoy en día a prueba en toda la América del Sur y son, por tanto, rigurosamente incompletas. Faltaría mostrar cómo la táctica castrista de la insurrección y de la toma del poder se conforma al sistema de contradicciones propias de cada país latinoamericano y cómo se basa en la teoría marxistaleninista.

...

En los países semicoloniales, más aún que en los países capitalistas desarrollados, la cuestión primordial es la del Poder del Estado.

En América latina la manera habitual de resolver tal problema es el **Golpe de Estado**, gracias al cual se realizan casi todos los derrocamientos y las transferencias del poder establecido, incluyendo los casos en que se opera en nombre de las clases populares y en contra de la oligarquía. La primera negación del castrismo es el **Golpe de Estado**.

Esta negación que parece elemental adquiere un relieve capital en un Continente en el cual la importancia del Poder y la ausencia de otro poder aparte del estatal, han instaurado desde el comienzo de su independencia el rito latinoamericano por excelencia: el «golpe». Vargas y Perón, cada uno en su tiempo, conquistaron el poder mediante un «putsch», aunque ellos expresaron, por otra parte, una crisis general —uno la crisis de 1929 y la ruina de la economía paulista centrada en la producción de café, el otro la crisis que siguió a la Segunda Guerra Mundial y la rápida industrialización de la Argentina en una fase de prosperidad. Pero, cualesquiera que sean las fuerzas que lo sostienen en un comienzo, un gobierno que llega al poder por un «putsch» (una acción relámpago «en la cumbre», allí donde el Ejército generalmente cumple el papel de actor principal o de árbitro) tiende necesariamente hacia la derecha. Obligado a una eficacia inmediata para obtener la adhesión de las masas que están a la expectativa, tendrá que apoyarse sobre lo que existe, es decir, sobre los intereses económicos, sobre la burocracia ya situada o sobre la mayoría del ejército.

...

Teniendo en cuenta estas formas habituales de acción revolucionaria, es pues verdadera-

* Publicado en **Les Temps Modernes**, número 224, de enero de 1965. Fragmentos.

** El término «castrismo» ha querido ser desvirtuado por la propaganda norteamericana, que lo ha usado en forma peyorativa. Sin embargo, en muchos otros sitios, particularmente en Francia y en Argelia, ha sido entronizado en el lenguaje político de la izquierda, bajo la influencia de Sartre, entre otros. En todos estos países la expresión «castrismo» designa el movimiento revolucionario de la América latina actual. No olvidemos que los términos marxismo y leninismo también en un principio trataron de ser desvirtuados por la burguesía europea de la época con una intención irónica y despreciativa.

mente una pequeña revolución la que cumple el castrismo al rechazar como método de acción el **Golpe de Estado**, la insurrección militar o el putsch —aún cuando ellos estén ligados a una organización civil.

...

En oposición al «putchismo revolucionario» (el blanquismo define más bien la acción aislada de una minoría civil, no militar) existen los partidarios de la acción de masas «pura». Evidentemente no hay otra vía revolucionaria que la que pasa por la incorporación consciente de las masas a la lucha, es decir, por su «educación ideológica». Tal es la perogrullada poco comprometedora que esgrimen muchas de las actuales direcciones comunistas, sin decir cómo «educar a las masas» en regímenes cuyo carácter represivo hace muy difícil el trabajo legal, sindical y político, o lo circunscribe a la estrecha capa de la intelligentsia urbana. En el altiplano boliviano, por ejemplo, un agitador revolucionario extraño al MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario en el poder) trabajando en el seno de las comunidades indias tiene todas las posibilidades de ser liquidado físicamente por los mercenarios del gobierno al cabo de un mes, y en el nordeste brasileño la policía privada de los latifundistas, los «capanga», forzaron a Juliao a utilizar guitarristas y cantores de «romances» ambulantes que recitaban poesías populares alusivas o de doble sentido, para penetrar en las **fazendas** más apartadas y, por lo mismo, las más peligrosas.

Esgrimir la consigna de «hacia la conquista del poder por la acción de las masas», como lo hace Codovilla y tras él todo el Partido Comunista argentino después de su 12º Congreso, no es hacer un contrapeso serio al «golpismo» latente en el peronismo, sin detenernos a considerar de qué tipo de acción de masas es capaz hoy el Partido Comunista argentino. Señalemos, eso sí, que una acción pacífica de masas como tal jamás y en ninguna parte ha conquistado el poder.

...

Tanto en la discusión como en la propaganda, el término «masas» es agitado por los Partidos reformistas como un mito soreliano a la inversa, para no hacer nada. En la teoría, es el medio de terminar con la dialéctica, que tiene sus exigencias, y descansar en el mecanismo de las alternativas metafísicas.

...

A la pregunta leninista el castrismo responde en términos más o menos perecidos a los de Lenin en 1902, precisamente en *¿Qué hacer?* En un régimen «autocrático» sólo una organización minoritaria de «revolucionarios profesionales» teóricamente muy capacitados y prácticamente entrenados «según todas las reglas del arte», puede hacer triunfar la lucha revolucionaria de las masas. En términos castristas: es la teoría del **foco**, del centro insurreccional cuyas condiciones de desarrollo ha expuesto Che Guevara en *La guerra de guerrillas*. Dice Che Guevara en el prefacio de su libro:

«Consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la Revolución cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América, son:

- 1) Las fuerzas populares pueden ganar una **guerra** contra el ejército.
- 2) No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.
- 3) En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo».

...

Fidel contra Blanqui

El error más grave sería considerar el **foco** como el resurgimiento de cierto blanquismo. Aunque se trate en un comienzo de un grupo ínfimo —de 10 a 30 revolucionarios profesionales enteramente consagrados a la causa y con miras a la toma del poder— el **foco** no tiende de manera alguna a conquistar el poder **por sí sólo**, mediante un golpe de audacia. No intenta tampoco conquistarlo mediante la guerra, o por una derrota militar del enemigo; cuenta sólo con poner a las masas en condiciones de derrocar por sí mismas el poder establecido. Ciertamente es una minoría, pero, a diferencia de las minorías actuantes del blanquismo, no pretende movilizar a las masas después de la conquista del poder, sino antes,

Ayuntamiento de Madrid

y hace de esa movilización **previa** la condición **sine qua non** de la conquista final. Incrustada en el punto más vulnerable del territorio nacional, esta minoría será la mancha de aceite que, lentamente, propagará sus movimientos concéntricos a la masa campesina, a las poblaciones intermedias y finalmente a la capital. Evidentemente, el movimiento se realiza en ambos sentidos ya que a partir de las ciudades mismas surge un movimiento de masas (huelgas, manifestaciones por la defensa de las libertades públicas, colectas, etc.) y un movimiento de resistencia clandestino galvanizado por las operaciones de la guerrilla rural.

Este crecimiento, que va de la minoría aislada a la minoría **foco** de un movimiento popular para convertirse en el motor de la violenta marejada final, no es mecánico en el sentido de que existe aceleración por saltos de la influencia del **foco**: el primer contacto con el campesinado establecido en la montaña, en el centro de la cual se instala la guerrilla por razones de seguridad y protección natural, es el más difícil de establecer y consolidar. Esos campesinos aislados, pequeños propietarios de descampados estériles (los « **conuqueros** » de Falcón en Venezuela, o los indios aparceros del Norte argentino) son también los más cerrados a la conciencia política, los más difíciles de orientar y organizar a causa de su misma dispersión, del analfabetismo, de su primera desconfianza frente a estos desconocidos que sólo auguran, según creen, bombardeos, pillajes y represión ciega. Pero más tarde, cuando esta capa sea ganada, el **foco** guerrillero ya consolidado en cuanto a provisiones, informaciones, efectivos, irá al encuentro de los asalariados agrícolas de las « **tierras bajas** » : los obreros de la caña de azúcar del Norte argentino, a menudo « importados » de la vecina Bolivia, los desocupados de las grandes ciudades de Falcón, los obreros asalariados del litoral del Noroeste brasileño, es decir, por una capa social mucho más receptiva y materialmente preparada, por su concentración, su desocupación crónica, su total sumisión a las fluctuaciones del mercado capitalista, etc. Finalmente, en las ciudades próximas, la ligazón con las pequeñas concentraciones obreras de las industrias de transformación locales ya politizadas, se producirá sin que sea necesario realizar el lento trabajo de aproximación indispensable en un principio en la montaña.

La segunda característica del **foco**, que lo opone radicalmente al blanquismo, consiste en que no apunta a una victoria relámpago, ni tampoco a un resultado rápido de la guerra revolucionaria. El **foco** quiere conquistar el poder con y por las masas, es decir, con los campesinos pobres y medios, con los obreros. Ahora bien, esas capas sociales, aisladas siempre de la vida política, necesitan una larga experiencia práctica para tomar conciencia de su condición de explotadas, para organizarse y entrar en acción. Además, la aristocracia obrera de los oficios del siglo XIX y de nivel cultural elevado, que constituía el terreno preferido del blanquismo, en nada se asemeja a la América de hoy, a excepción de los sectores anarcosindicalistas de Buenos Aires y sobre todo de Montevideo (donde existe una importante central sindical anarquista), secuelas de la primera ola de inmigración italiana y española. Su importancia por lo tanto no puede ser decisiva.

Fidel con Lenin

Para situar mejor la teoría del « **foco** » entre los conceptos políticos habitualmente empleados, relacionémosla con la teoría leninista del **eslabón más débil**, de la cual es una reinterpretación en condiciones diferentes. El **foco** se instala como un **detonador** en el lugar menos vigilado de la carga explosiva y en el **momento** más favorable a la explosión. Por sí mismo, el **foco** no cambiará una situación social dada ni tampoco cambiará una situación política sólo con sus combates. Podrá tener un papel activo solamente si encuentra su punto de inserción en las contradicciones en desarrollo.

En el espacio, allí donde las contradicciones de clase son más violentas, pero menos manifiestas, más latentes y comprimidas en el plano político, es decir, en el seno de las zonas del feudalismo agrario, alejadas de los aparatos de represión concentrados en las ciudades : Cuzco peruano, Salta en Argentina, Falcón y Lara en Venezuela, Sierra Maestra en Cuba.

En el tiempo, aquí está el quid. Ciertamente, un **foco** guerrillero no puede nacer de la nada, en un momento de reflujo, sino que debe ser la culminación de una crisis política.

«... la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascendente en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, mediatizados, indecisos de la revolución».

Tal es la tercera condición que diferencia al marxismo del blanquismo en opinión de Lenin. La primera es que la revolución debe apoyarse en la «clase más avanzada» y la segunda, que debe apoyarse en «el ascenso revolucionario del pueblo». (Lenin, Obras Completas, tomo 26, p. 12-13, Editorial Cartago.)

Si «en la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo» (Che Guevara), ello no impide que se desarrollen en las ciudades focos secundarios, núcleos de discusión teórica, de agitación política, o ejércitos de reserva: las universidades. Sería demasiado largo analizar aquí por qué los estudiantes están en América latina a la vanguardia de la Revolución. Ellos son siempre las primeras víctimas de la represión, como lo mostraron recientemente Venezuela, Panamá, Santo Domingo y todos los países sin excepción. Citemos solamente la ruptura generacional y la presión demográfica¹, la importancia especial del factor «conciencia» en los países subdesarrollados, en ausencia de masas obreras organizadas, la Reforma Universitaria (Córdoba, 1918) que se extendió prácticamente a todo el Continente, confiriendo la autonomía a todas las grandes universidades y resguardándolas jurídicamente, aún en nombre del liberalismo burgués, de la intervención del poder.

Rigor teórico del castrismo

Esta confianza puesta en el valor radical de la práctica del foco, la cual engendra los dirigentes, los cuadros del futuro Partido, y su propio campo teórico, ¿no será acaso el homenaje inconsciente del castrismo a su propia historia pasada, superada pero jamás negada, ya que la autocritica no hace sino ratificar una vez más el carácter creador e incompleto de toda práctica revolucionaria? Históricamente, lo que se llama castrismo es una acción revolucionaria empírica y consecuente que ha encontrado en su camino el marxismo como su verdad. Para un castrista honesto el marxismo es una teoría de la historia, justificada y verificada por su propia historia personal.

El encuentro de Fidel con Marx

Este encuentro ¿es nuevo? No.

Hace 35 años, en 1930, otro gran «héroe» revolucionario americano, Luis Carlos Prestes, llevado al pináculo de la fama por la larga marcha de la «Columna Prestes» (30 000 kms., recorridos en tres años en el interior brasileño por un millar de hombres que rechazaban a todas las fuerzas represivas lanzadas contra ellos), encontró también al socialismo científico como a su verdad. Si en aquella época él le prestó al marxismo, con la misma resonancia que Fidel, su leyenda de «Caballero de la Esperanza», con el mismo gesto negaba a esta última todo valor dialéctico. En el Manifiesto de 1930, lanzado al pueblo brasileño desde Buenos Aires, donde se había exilado, renegó de su pasado, de sus amigos, de su leyenda y de su nacionalismo, y propuso la instauración inmediata de soviets de obreros en Sao Paulo. La adhesión de Prestes al marxismo, en una época en que el socialismo no se había asegurado aún un lugar en el mundo, marcó también la ruptura de Prestes y del Partido Comunista brasileño con su realidad nacional, ruptura que quizás no ha sido aún superada a pesar de sus grandes victorias electorales de postguerra, en el mismo momento en que Prestes partía para Moscú y era absorbido por el engranaje administrativo de la Internacional.

Un contacto semejante con el marxismo es una electrocución y no una superación.

1. América del Sur tiene una tasa de crecimiento demográfico de cerca de 3% anual, superior a la de Asia y África. Brasil, por ejemplo, doblará su población en veinte años. 1960, 60 millones de habitantes; 1980, 120 millones de habitantes.

Lo que da tanta fuerza a la Revolución Cubana es la ausencia de ruptura entre lo que es, socialista, y lo que ha sido, nacionalista. Asimismo puede decirse del «castrismo» que el hecho de no haberse separado de sus raíces históricas y americanas le asegura, al mismo tiempo, un lugar dentro del marxismo y al lado del leninismo. Fidel Castro jamás ha renegado de sus orígenes ni de lo que ha hecho; él ha reinterpretado su trayectoria pasada de revolucionario no marxista prolongándola y transformándola desde adentro.

Que el 26 de Julio continúe siendo la fiesta de la Revolución Cubana, es el signo distintivo y la conquista del castrismo, o de las vías latinoamericanas al socialismo. Ese día, los visitantes del mundo entero que llegan a La Habana para festejar la victoria socialista conmemoran, en realidad, un golpe «aventurero», el ataque al Moncada efectuado por un puñado de activistas, que hizo vibrar de indignación a los «buenos marxistas» del Continente. Recordemos lo que fue el «Moncada»: el 26 de julio, en Santiago de Cuba, 150 hombres mal armados, bajo el mando de Fidel Castro y de Raúl Castro, atacaron la guarnición del cuartel Moncada. El ataque fracasó. El grupo mejor armado, de 50 hombres, llegó con retraso al encuentro fijado. Se había perdido en las calles de Santiago. La represión que siguió provocó la muerte de casi todos los participantes del ataque. Fidel, preso poco después, escapó a la muerte por azar, e hizo de su alegato ante el tribunal el acta de acusación que se conoce como *La historia me absolverá*. La idea era, después de la toma de la guarnición, distribuir las armas al pueblo, transformar a la provincia de Oriente en territorio libre y llamar al resto del país a la insurrección general¹.

Si se reflexiona bien, éste quizás sea el hecho más emocionante, el más nuevo de la Revolución Cubana: que ella rinda homenaje todos los años como el punto más alto de su genealogía, como a su nacimiento absoluto, a ese escándalo teórico e histórico que fue el asalto al Moncada.

Esto es lo que da a la simple historia de la Revolución Cubana y de su continuo desarrollo una gravitación pedagógica diez veces más efectiva para el Continente que diez manuales juntos de marxismo. Negándose a desmembrarse en dos épocas distintas nacionaldemocrática y socialista, la Revolución Cubana permite entender mejor y ayudar al desarrollo de las reivindicaciones nacionalistas «democrático-burguesas», a los combates y las formas de acción que desde un punto de vista sectario son «impuras» y que surgen aquí y allá en el Continente. El castrismo, lejos de condenarlos, de arrojarlos en el infierno de la provocación, en el purgatorio despreciable del «pequeño-burgués», los apoyará decididamente, porque si sus protagonistas son sinceros y decididos terminarán por poner en tela de juicio al imperialismo norteamericano y por desembocar en el socialismo.

Al descubrir a todos que el nacionalismo latinoamericano implica la caída final del estado semicolonial y por lo tanto la destrucción de su ejército y la instauración del socialismo, el castrismo bien merece la definición de «nacionalismo revolucionario», sin agotar con esto todo su contenido. Está ligado, por todas sus fibras, a la exigencia de dignidad tanto individual como nacional. Cuando se piensa en la forma en que reaccionaron durante «la crisis de los cohetes», en octubre de 1962, el Partido Comunista soviético, los Partidos Comunistas europeos y desgraciadamente la mayor parte de los Partidos Comunistas latinoamericanos, ante la «sabiduría jruschoviana» y la «obstinación rebelde» de los dirigentes cubanos en rehusar «la inspección» de su patria, no existe aún ninguna razón para pensar que el antiimperialismo con raíces nacionales, y lo que el mismo implica, haya sido comprendido en todo su rigor.

1. El Siglo, órgano del Partido Comunista de Chile, comentó así el acontecimiento: «El pueblo cubano acaba de ser víctima de una pérdida agresión del imperialismo yanqui. Se ha producido en ese país una asonada cuartelera que tiene todas las características de los golpes que preparan y ejecutan fríamente los agentes de Wall Street para apuntalar en el poder a los gobernantes títeres cuando comienza a subir la marea del repudio popular. Los efectos de esta agresión ya los está sufriendo en carne propia el pueblo cubano». (El Siglo, sábado, 1 de agosto de 1953, firmado por Carlos Rosales, miembro del Comité Central.) Seguramente que el Moncada pudo ser una táctica parcialmente errónea, mucho menos seguro es que fuera una maniobra yanqui. Pero que el reformismo, como el sectarismo por naturaleza, ya están expulsados de la historia real, de esto sí que estamos totalmente seguros.

« Castrismo » y conciencia de clase

La certeza de que en las condiciones especiales de América latina el dinamismo de las luchas nacionales las hace desembocar en una adhesión consciente al marxismo, es otra de las razones que explica el predominio dado por el castrismo a la práctica de la lucha revolucionaria armada, por encima de sus rótulos ideológicos, cuando dicha práctica corresponde a una actitud decidida y honrada, despojada de objetivos politiqueros.

A diferencia de las guerras anticoloniales de Asia y de África, las luchas americanas de liberación nacional han sido ya precedidas de cierta experiencia de independencia política. La lucha contra el imperialismo, al principio, no es por lo tanto una lucha frontal contra fuerzas de ocupación extranjeras, sino que pasa por la etapa de la guerra civil revolucionaria; la base social es, pues, más estrecha y la ideología es, en compensación, mejor definida, menos mezclada con influencias burguesas. Al menos tal sería la tendencia histórica.

Si en África y en Asia la lucha de clases puede ser confusa o diferida por las necesidades del Frente Nacional hasta después de la liberación, en América del Sur la lucha de clases y la lucha nacional deben, en definitiva, darse simultáneamente. El camino de la independencia pasa por la liquidación militar y política de la clase dominante, orgánicamente ligada a la metrópoli económica por la « cogestión » de sus intereses. Por lo tanto, no se puede evidentemente poner las guerras de liberación nacional americanas bajo la misma rúbrica que las de Asia o de África.

El hecho de que el poder político pertenezca ancestralmente a un grupo nacional hace mucho más compleja la reivindicación nacional; la lucha política entre los diversos grupos de la clase dominante (el grupo agrario exportador, el grupo industrial proteccionista, etc.) aparece a todos los explotados como lo que está primeramente en juego, ocultando o desviando así la contradicción fundamental Nación-Imperialismo, para mayor beneficio tanto de Estados Unidos como de la clase dominante. Las masas entrarán pues mucho menos fácilmente en la lucha política porque a ellas no parece concernirles directamente. Los Estados Unidos utilizan con una astucia ya centenaria la pantalla gubernamental local hacia la cual desvían lo más fuerte del descontento popular haciéndole recibir los golpes más violentos, aunque la embajada norteamericana llegue a tener los vidrios rotos o sea saqueada, se repliega bajo la amenaza de la insurrección y deja el lugar al enemigo interior, cómplice a pesar de él. Por lo tanto, es necesario especificar, cuando se habla de oposición, a qué nivel se sitúa ésta: antigubernamental o antiimperialista. Para poner el ejemplo de una oposición popular ampliamente mayoritaria, en Bolivia solamente los mineros, los maestros, la mayoría de los estudiantes tienen posiciones irreductiblemente antiimperialistas; los sectores de vanguardia del campesinado indígena, la pequeña burguesía insatisfecha, los latifundistas desplazados, la mayoría de los proletarios de las fábricas de la Paz, no tienen actualmente otras posiciones más que anti-MNR, anti-Paz Estenssoro. Lo mismo pasa en el Brasil, donde se calcula en no más de un 5 % del electorado los partidarios de los militares en el poder, abandonados como están por el grueso de la clase media: pero ¿cuántos del 95 % restante quieren algo más que un cambio de gobierno?

Por otra parte, el sentimiento de opresión no es inmediato ni tan obviamente localizable. Bandera, ejército, escuela, lengua nacional, nombre de calles, todo parece indicar que la nación existe, y el vago sentimiento de frustración o de humillación, nacido del hecho de que esta « nación » no pertenece en realidad más que a una infima minoría, no encuentra de inmediato contra quién descargarse; no hay ocupación extranjera. Es difícil palpar la opresión; ésta es más « natural ». La aparición de la lucha armada será entonces menos « natural », menos espontánea que en Asia o en África. Exigirá un nivel más elaborado de conciencia de clase. La lucha armada o el **foco** recluta sus destacamentos iniciales en la ciudad ya que los campesinos están en ese momento más adormecidos por el orden social natural. Allí, esas diferencias propias de un país semicolonial están reforzadas con las hipnosis del mundo feudal. El enemigo de clase pasa al estado de naturaleza, existe como las piedras del campo, ya que tiene todas las apariencias de la inmovilidad, mientras que la naturaleza pasa al estado político a través de la protesta religiosa. La naturaleza, no el latifundista, atraen la atención y la cólera de los campesinos. El **meiero** del Perambuco brasileño da invariablemente la mitad de la cosecha al latifundista llueva, truene o relam-

paguee, mientras que la sequía del sertao llega por oleadas imprevisibles y cambia de año en año. El cielo, las nubes, Dios —no el latifundista— serán pues considerados los responsables del hambre, de la muerte del hijo o de la mujer. Es conocido el fanatismo religioso del nordeste brasileño, de la campaña colombiana, de ciertas comunidades indígenas de Ecuador, etc., el cual es capaz de llegar hasta la guerra (como la Gran Guerra de Canudos a fines del siglo pasado).

En resumen, el factor subjetivo de iniciativa y de conciencia moral y política a la vez expresado en el plano social por el papel fundamental de los estudiantes, tendrá en América del Sur particular importancia, especialmente a causa de las estructuras semicolonialistas y no directamente coloniales de la explotación económica. Paralelamente, el nacionalismo tiende allí a radicalizarse y a definirse más rápidamente y con menos ambigüedad que en los países coloniales.

« Castrismo » y conciencia nacional

El patriotismo revolucionario o castrismo de las nuevas organizaciones y de los frentes de acción surgidos en América latina a partir de Cuba, no podría constituir una ideología particular, ni darse como tal.

De entrada, eso es lo que distingue al castrismo de los nacionalismos mistificantes que han precedido. La naturaleza clasista que aquél descubre en la base de la reivindicación nacional y en el curso de la guerra de liberación pone fin, al mismo tiempo, al tema nacionalista tomado como objeto de discursos y como mito político.

¿Qué relación existe entonces entre el castrismo y las ideologías nacionalistas? Hay varias.

Tomemos primero el caso del nacionalismo burgués que reclama el desarrollo industrial nacional y la construcción del Estado nacional mediante el subterfugio de una industria pesada y de un proteccionismo comercial, tendencia clásica de las burguesías nacionales (Frigerio en Argentina; Jaguaribo en Brasil; Zavaleta en Bolivia). Relación con el castrismo : la misma que entre capitalismo y socialismo, aunque Cuba es admirada por esos ideólogos por ser el único país que ha logrado liquidar el feudalismo, al que ellos también sueñan combatir. El patriotismo revolucionario se distingue asimismo del « gobierno nacionalista democrático » que reclaman en su programa la mayor parte de los Partidos Comunistas. Está orgánicamente ligado a la reivindicación socialista y tiende a la transformación del poder de Estado por medio de su conquista y de su destrucción bajo su forma burguesa. El nacionalismo castrista, contrariamente a aquel que frecuentemente antepone los Partidos Comunistas, no es defensivo sino radical. Por lo tanto, juzga ilusorias y sin efecto las reivindicaciones parciales, las transacciones o las conciliaciones de un eventual « gobierno nacional » que se ejercitaría en la revolución por objetivos parciales y « sin que se note ». Sus métodos de acción serán pues diferentes ; no se detendrá durante mucho tiempo en la propaganda electoral, la colocación de carteles o las reuniones cumbres con los partidos políticos existentes, sino que preparará también las condiciones para una acción directa de ofensiva armada de las masas. Relación con el castrismo : la misma que entre la II y III Internacional, haciendo los cambios necesarios. El castrismo, minoritario al principio, hoy ve afluir a él la parte más activa de esos partidos comunistas, sobre todo la juventud, la más valiosa para el futuro.

Mucho más estrechas son las relaciones del castrismo con las dos formas históricamente más importantes de nacionalismo sudamericano, designadas hoy con el nombre de nacionalismo bonapartista : el peronismo en la Argentina y el populismo de Vargas en el Brasil. Hoy, ambas ideologías han comenzado su decadencia y han dejado en el lugar que ocuparon un vacío que el castrismo va llenando poco a poco, subiendo también aquí de las organizaciones juveniles hacia los organismos de dirección. Casi en la misma época estos dos movimientos llegan a ser en los dos países ampliamente mayoritarios, tratando de aliar, lográndolo durante cierto tiempo, proletariado y burguesía, bajo la dirección de esta última. El antianarquismo de Vargas y Perón, teñido de simpatías fascistas, no les impidió intentar acomodarse con los Estados Unidos, debiendo finalmente capitular. Actitud simétrica pero en oposición con la del castrismo que trata también de unir al proletariado y la burguesía.

nacional, pero esta vez bajo la dirección del primero y por lo tanto irreconciliable con el imperialismo americano.

El nacionalismo bonapartista, por otra parte, pretende realizar reformas de estructura partiendo de arriba, de un poder de Estado, invariable, sin pasar por un movimiento de masas consciente. Eso no impide que en su momento, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, ese bonapartismo fuera aceptado y sentido como revolucionario por los trabajadores argentinos y brasileños que lo hicieron suyo. En ambos países estos regímenes han creado condiciones subjetivas irreversibles a partir de las cuales deberá desarrollarse la historia. El nacionalismo bonapartista ha retardado el advenimiento de un nacionalismo revolucionario de tipo castrista, engañando a la casi totalidad del proletariado, pero no lo ha hecho imposible. Pues una vez dividido el Frente unido burguesía-proletariado, éste comienza a modificar su ideología y sus reivindicaciones, abandonando poco a poco las direcciones políticas o sindicales heredadas de los regímenes anteriores, que hoy están en quiebra.

Perón se salvó como mito político unificador de las masas gracias a su abandono del poder en 1955, ya que iba a tener que optar entre un régimen verdaderamente proletario o la traición pública de sus promesas; opción que él no podía diferir por más tiempo en el momento de su caída por obra del ejército. Por lo demás, la definición de clase del peronismo se ha visto retardada a causa de esto, pero finalmente ha terminado por aparecer a la luz a pesar de Perón. En pocas palabras, la burguesía industrial no quiere saber nada de él y el proletariado argentino continúa esperando su regreso. Pero debido a todas las traiciones de la « burocracia sindical » de la CGT, principal fuerza de acción del peronismo, la idea de las vías insurreccionales adquiere cada vez más fuerza en su base, en los sindicatos y principalmente en la juventud obrera peronista, que ha vivido su propia experiencia política sin Perón después de 1955 (golpes de Estado peronistas de 1956 y 1960, terrorismo, Uturuncos, torturas, asesinatos, encarcelamientos, represión continua desde 1955, huelga insurreccional « Lisandro de la Torre » en 1959, etc.), pero con Cuba como referencia y punto de comparación.

Es evidente que el patriotismo revolucionario ha ocupado poco a poco el lugar del peronismo tradicional, aunque conservando el nombre de Perón y el ambiente sentimental del movimiento, que un día tendrá sus dirigentes, y que tiene ya su fisonomía propia de movimiento obrero esencialmente urbano, que relega a segundo plano los focos de guerrilla rural y donde se mezclan las imágenes de Lenin, de Evita Perón y de Fidel en una composición todavía sin solidez.

Igual proceso e igual decantación en el Brasil. Nada lo simboliza mejor que la evolución personal de un « caudillo » como Brizola, arraigado al igual que Vargas en su pueblo gaúcho y con un prestigio que se extendió por todo el Brasil, después de la crisis de 1961. ¿No debe acaso este prestigio entre las masas (que nadie, salvo Miguel Arrais en el Nordeste, puede disputarle hoy) al recuerdo mismo de Vargas, de quien es él heredero segundo después de Goulart ?

Brizola ha tratado de completar su antiimperialismo, y su evolución, como él mismo afirma, no ha terminado. ¿Qué mejor ejemplo de nacionalismo revolucionario dinámico que el « brizolismo » ? Con todas sus limitaciones y sus peligros : el predominio del jefe irremplazable en contacto carismático con la masa, su violenta pasión nacionalista poco favorable para la organización, su dificultad para despersonalizarse, para elaborar un programa político y una estructura de partido, para entenderse con las otras organizaciones políticas y, en el caso particular de Brizola, la influencia de un pasado de política oficial (gobernador de Río Grande do Sul durante cinco años y cuñado de Goulart) en contacto con las esferas dominantes (Brizola sin embargo rompió con Goulart en 1962). Pero también con su fuerza insuperable : su pasión, su amplia base popular, su coraje, su realismo, su odio profundo y razonado al imperialismo, su honestidad, etc. No es completamente imposible que alrededor de Brizola, en un futuro próximo, se encarne una imagen brasileña del castrismo.

« Castrismo » leninismo hecho práctica

Debe ser objeto de un estudio aparte la manera en que cada nación americana supera en este mismo momento sus viejas formas de nacionalismo y las formas de acción revolucionaria a él ligadas, descubriendo cada vez de una manera sus raíces de clase, y como cada pueblo se convierte en solidario del nacionalismo vecino y del mundo socialista. Es en las viejas luchas de la independencia nacional donde el castrismo, particular a cada país, toma esa pasión revolucionaria, que constituirá su fuerza o su debilidad, si se contenta con ella.

Fidel leyó a Martí antes de leer a Lenin; un « castrista » o un nacionalista revolucionario venezolano habrá leído la correspondencia de Bolívar antes que *El Estado y la Revolución*; un colombiano, los proyectos de constitución de Nariño; un ecuatoriano a Montalvo; un peruano habrá leído a Mariátegui y reflexionado sobre Tupac Amaru.

No olvidemos tampoco lo que el nacionalismo revolucionario debe a la acción y a la propaganda de los partidos comunistas que fueron los pioneros del antiimperialismo que siguió a partir de 1920 y cuyo fracaso general, visible desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, se explica sin duda por la impotencia de aquéllos para asumir a fondo las tradiciones nacionales, para encontrar raíces históricas concretas, para colocarse en una continuidad continental.

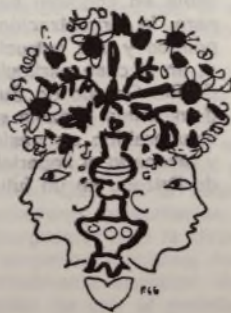
Una dialéctica superficial haría entonces del castrismo una síntesis **a posteriori** de las dos corrientes nacional e internacional, nacionalista y comunista. Pero este juego correría el riesgo de dar al castrismo la consistencia de una ideología aparte, que no tiene, ni quiere tener. Porque el castrismo no es una ideología, el castrismo no es un título, una vanguardia constituida, un partido o una sociedad de conspiradores ligados a Cuba.

El castrismo no es más que el proceso de recreación del marxismo-leninismo a partir de las condiciones latinoamericanas y a partir de las « condiciones anteriores » de cada país. No tendrá por lo tanto nunca dos veces el mismo rostro. De país a país, sólo puede vencer con la condición de sorprender.

Deseamos incluso que hasta el rótulo « castrismo » desaparezca.

Porque el castrismo o el leninismo redescubierto y adaptado a las condiciones históricas de un continente que Lenin desconocía, está en vías de pasar, se quiera o no, a la realidad de las estrategias revolucionarias.

Si bien su aspecto puede cambiar en cada país sudamericano, no está menos irreversiblemente establecida una cierta relación orgánica de la lucha armada y de la lucha de masas, bajo ciertas condiciones, expresada por la teoría del **foco**. Pero este logro acarrea otros: cuando el poder de Estado sea conquistado por los explotados y los castigados de hoy en toda América del Sur, y ese día no es mañana, las nuevas sociedades que se construirán tendrán también ese « clima » inseparable del castrismo, que es más que un clima: esa alianza de la lucidez más rigurosa respecto de sus propias obras y del lirismo « prometeico » de la acción revolucionaria, nunca confundido con el falso ardor de la apologética, alianza que simboliza a nuestros ojos con tanta perfección mítica el encuentro histórico de dos hombres: el cubano Fidel Castro y el argentino « Che » Guevara.





Un nuevo internacionalismo revolucionario

Pletórico en decisiones trascendentales en lo referente a la organización interna de la sociedad revolucionaria cubana¹, el año 1966 puso igualmente a la dirección fidelista ante opciones fundamentales en materia de política internacional.

Ya en enero de 1966, poco antes de la apertura de la Conferencia Tricontinental, las tensiones que habían surgido entre los gobiernos de Cuba y de la República Popular China² hubieron de desembocar en polémica pública. La violencia de la disputa fue interpretada de diversas maneras en el extranjero. Algunos observadores creyeron que Fidel Castro tomaba como pretexto la no renovación del convenio cubano-chino sobre el arroz de 1965, año en que el tonelaje implicado era casi dos veces superior al de 1964, para dar rienda suelta a su hostilidad preconcebida contra China, alineándose con el campo soviético, disminuyendo de este modo la influencia china en el desarrollo de la Tricontinental. Globalmente, ésta fue la interpretación sugerida por la nota publicada por el Ministerio de Comercio Exterior chino en respuesta a las afirmaciones de Castro en su discurso del 2 de enero, en ocasión del VII Aniversario del triunfo de los guerrilleros de la Sierra Maestra.

Esta interpretación fue ampliamente desmentida por las posiciones adoptadas desde entonces por la dirección fidelista. Y es que los chinos habían ido a buscar demasiado lejos la explicación de un discurso cuyo tono y cuyo contenido debían ser tomados al pie de la letra, es decir, a partir de la situación concreta de Cuba.

En efecto, el discurso del 2 de enero establecía —al igual que se hace en todos los países a principios de año— el balance de la acción pasada del gobierno, presentando a continuación los objetivos del nuevo año. Por consiguiente, resultaba harto difícil anunciar al pueblo cubano que la ración de arroz, su alimento básico tradicional, sería reducida a la mitad, sin

1. Este artículo es la segunda parte de un trabajo publicado en *Les Temps Modernes*, en sus números de febrero y marzo de 1967. Traducción al castellano del autor.

2. Durante todo el año de 1965, e incluso antes, los dirigentes cubanos habían afirmado, en público y en privado, que no estaban dispuestos a tolerar que el conflicto chino-soviético fuese introducido «de contrabando» en Cuba. Es notorio que los chinos hubieron de desatar una vasta campaña de proselitismo, especialmente en el seno de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, haciendo caso omiso de esas reiteradas advertencias.

ofrecer explicación alguna. En su discurso del 2 de enero, Fidel expuso pues públicamente, en la Plaza de la Revolución, las razones invocadas por Pekín para no renovar el convenio del arroz.

Más tarde, Fidel habría de reaccionar con gran violencia ante las insinuaciones « deshonestas » del Ministerio de Comercio Exterior chino³. El 6 de febrero, en su respuesta a este organismo, el primer ministro cubano acusaba a los chinos de « unirse al bloque imperialista » contra Cuba y de replicar con represalias económicas a la negativa del gobierno cubano de alinearse con China (como, por otra parte, con la URSS), en un conflicto que considera catastrófico para el campo socialista, en un momento en que arrecia la agresión imperialista contra el pueblo vietnamita⁴.

A partir de ese momento, los prochinos de todo el mundo proclamaron que Castro se había vendido a Moscú y que, en lo adelante, habría que considerarlo como un nuevo y gran obstáculo al desarrollo de la revolución en América latina⁵. Fidel Castro respondió sin pelos en la lengua a esta campaña concertada, en su discurso del 13 de marzo de 1966 :

« ¡ No somos nosotros quienes tenemos la culpa, ni nadie nos podrá echar la culpa de este problema surgido, porque la única forma en que tal vez no habría surgido ahora, y habría surgido después, es que nosotros nos hubiésemos callado frente a lo que constituía una verdadera felonía, un verdadero chantaje, una verdadera traición al internacionalismo proletario, como fue, en un año de dificultades, quitarnos casi la mitad del arroz que nos habían enviado el año anterior y hacerlo el último mes del año, y de uno de los años de mayores dificultades de nuestro país !

» El gobierno de China sabe bien que, como consecuencia de la prohibición de Estados Unidos de exportar a Cuba, muchos artículos —no uno, sino infinidad de artículos— se adquieren en ese país. Sabía que para nosotros entrañaba un riesgo grande de carácter económico, entrañaba riesgos y dificultades grandes cualquier acción por parte de ellos. Tal vez por eso calcularon que tendríamos que acep-

tarlo calladamente, que tendríamos que doblegarnos. Ellos no podían ignorar que, después de su agresión económica, países capitalistas que comercian con nosotros tratarían de ponernos condiciones más duras, porque los capitalistas están como lobos al acecho, saben que nuestra situación se ha hecho más difícil con motivo de la agresión económica por parte de China ; y, naturalmente, tratan de cosechar también sus dividendos, estableciendo condiciones más duras para nuestro país. Y eso, naturalmente, también lo sabíamos nosotros. Sin embargo, creemos que hemos cumplido con nuestro deber y lo seguiremos cumpliendo. »

Frente a las pretensiones de los prochinos, que querían presentar los resultados de los trabajos de la Conferencia Tricontinental como un éxito de la delegación china, Fidel Castro afirma en ese mismo discurso :

« Mientras tenía lugar la Conferencia, en China apenas se publicaba una palabra de la Conferencia. Cuando la Conferencia termina, empezaron a escribir y a retransmitir por *Sinjuá* numerosos artículos hablando de la gran victoria china en la Conferencia Tricontinental, arrogándose todo el mérito y presentando de una manera mentirosa y falsa como una victoria de ellos los resultados de la Conferencia. Cuando todos los que participaron en esa Conferencia, y entre esos « todos » lo saben muy bien los representantes chinos, que la victoria de la Conferencia fue una victoria de los movimientos revolucionarios ; que no fue una victoria de los poderosos, que no fue una victoria de los « grandes » sino de los « chiquitos ». Porque tal vez como en ningún otro instante, en ningún otro evento internacional, la voz de los intereses de los pueblos prevaleció ;

3. La posición de Cuba sobre la « cuestión del arroz » fue expuesta en el folleto editado por el gobierno cubano **El gobierno chino ha traicionado la buena fe del pueblo cubano**, que contiene el texto íntegro de la respuesta de Fidel Castro al Ministerio de Comercio Exterior chino, el 6 de febrero de 1966.

4. La posición del gobierno y del partido cubanos consiste en exigir la unidad de acción —a pesar de las divergencias— para apoyar a los pueblos que luchan efectivamente contra el imperialismo y, en primer lugar, al pueblo vietnamita. Más adelante trataremos con mayor latitud este tema de la « unidad ».

5. El belga Grippa, el partido comunista de Brasil y un grupo de Ceylán, calificados de « corifeos a sueldo » por Castro, hubieron de distinguirse en esta labor.

la voz de los intereses del movimiento revolucionario prevaleció.

«Cuba no puede decir que la victoria de la Conferencia sea una victoria suya. Es, en parte, una victoria suya, por el esfuerzo que hizo, por la organización que se logró, por la línea objetiva y revolucionaria que mantuvo, por la confianza que pusieron en nuestra delegación los representantes de los movimientos revolucionarios. Fue una victoria en la que tomó parte importante. Pero jamás podrá decir presumidamente que haya sido una victoria suya. Fue una victoria de los movimientos revolucionarios del mundo.»

Después de lamentar que, en medio de una lucha encarnizada contra el enemigo fundamental, el imperialismo yanqui, la revolución cubana se vea obligada a dedicar una parte de sus energías a «ripostar a las calumnias de ciertos aliados», Fidel da la explicación de principios de la intransigencia cubana:

«Los pueblos marchan cada vez más hacia su liberación contra el imperialismo; pero al liberarse del imperialismo los pueblos no caerán en nuevos tutelajes. Los pueblos no podrán caer ni caerán bajo ninguna forma de tutelaje en el futuro, porque el mundo de mañana, el mundo del socialismo, por el cual los pueblos luchan hoy, no podrá ser igual que el mundo de hoy: el mundo de los fuertes y los débiles, el mundo de los grandes y de los pequeños, el mundo de los que tienen voto y veto. ¡No! En el mundo de mañana, y mientras en el mundo existan fronteras, deberá prevalecer la igualdad más absoluta entre los pueblos, deberá prevalecer ese principio por encima de la potencia de cualquier pueblo, o del tamaño de cualquier pueblo.

«Y nosotros sabemos que luchamos por eso, no importa el precio, no importan las dificultades que a este país le surjan por mantener esta posición, por no doblegarse ante nada ni ante nadie. Porque estos sacrificios, conscientemente, y estas dificultades, conscientemente, las estamos afrontando por el mundo del futuro, por el derecho de los pueblos en el mundo de mañana a la plena independencia, a la plena libertad de criterios. Y después de la lucha contra el imperialismo, que es la lucha en el mundo de hoy contra el peor mal de hoy, es honroso para nuestra patria luchar desde hoy contra los males del mañana.»

Posteriormente la actitud de Cuba con respecto a China ha sido reservada, evitando las tentaciones de la diatriba anti-china⁶.

La prensa cubana ha sido cautelosa en la

presentación de los hechos de la revolución cultural, y es de todos sabido que la posición del partido comunista de Cuba, al igual que los de Corea del Norte y de Viet-Nam del Norte, ha sido opuesta a la celebración de una conferencia mundial de partidos que conlleve la condenación del partido comunista de China.

Ante la eventualidad de una agresión imperialista contra China, la posición de Cuba fue definida por Fidel Castro en ese mismo discurso del 13 de marzo de 1966:

«Nosotros entendemos que cualquiera que sea el país [del campo socialista] agredido, si agredida es China por ejemplo, cualesquiera que sean nuestras diferencias con el gobierno y los dirigentes de este país, nuestra opinión es que en caso de agresión todo el campo socialista debe brindarle apoyo a China si es agredida.»

Pero no fue sólo con los chinos que los cubanos tuvieron que aclarar las cosas con respecto a la Tricontinental. A la derecha, los yugoslavos, adoptando el punto de vista de los «demócratas» y otros burgueses «progresistas» latino-americanos, lanzaron un ataque en toda la línea contra el «aventurerismo» y el «intervencionismo» de los cubanos, a quienes reprochaban querer imponer la vía insurreccional en toda América latina, ignorando las «realidades»⁷. En respuesta a esos ataques, la dirección fidelista definió su posición de principio sobre la «coexistencia pacífica» y la «transición pacífica»⁸:

6. Durante el año de 1966, las relaciones comerciales chino-cubanas, que se habían deteriorado anteriormente, conocieron una relativa mejoría.

7. En verdad, los yugoslavos tenían una razón suplementaria de resentimiento contra los cubanos: no habían sido aceptados como observadores en la Conferencia Tricontinental. Aunque hayan querido responsabilizar por ello sólo a Castro, lo cierto es que los vietnamitas y los movimientos insurreccionales de América latina se oponían igualmente a la participación yugoslava.

8. Véanse los cuatro editoriales de Granma del 15 de mayo de 1966.

«Un periodista de Belgrado nos acusa falsamente de haber pasado por alto la resolución aprobada en la Conferencia Tricontinental sobre la coexistencia pacífica. Queremos aclararle que dicha resolución fue una ponencia de la delegación cubana. La elaboramos de acuerdo con nuestros criterios políticos y no tenemos por qué ocultarla, toda vez que en dicha resolución quedó bien claro que el problema de la coexistencia pacífica se refiere exclusivamente a las relaciones entre los Estados de distintos regímenes sociales, grandes y pequeños, y que no puede afectar la lucha de las clases oprimidas contra sus opresores y de los pueblos explotados contra el imperialismo.

» Pero además, se fue más lejos en la resolución sobre la coexistencia: se planteó que cuando los Estados progresistas y revolucionarios ayudan a los pueblos que luchan contra la intervención imperialista, están protegiendo el principio de la coexistencia pacífica. La ayuda a los movimientos de liberación nacional que luchan contra la intervención militar extranjera y contra las clases explotadoras nativas aliadas al imperialismo, es un aporte a la coexistencia pacífica.»

Y más adelante :

«La coexistencia pacífica no es para nosotros un dogma ante el cual nos postremos de rodillas. No aceptamos la coexistencia pacífica como política aplicable sólo a Estados poderosos y que el imperialismo se pueda tomar el derecho a hacerle la guerra cuando le venga en ganas a cualquier país pequeño.»

Y en lo referente al falso dilema «lucha ideológica o lucha armada», el Partido Comunista de Cuba señala que :

«Solamente desde una posición antimarxista, oportunista y superficial puede afirmarse que sostener la tesis de la insurrección armada conlleva una renuncia a la lucha ideológica. Históricamente los defensores de la lucha armada y de los métodos violentos son los que han hecho más importantes aportes teóricos al movimiento revolucionario mundial. Todo comunista sabe que —como dijo Marx— «la violencia es la partera de la historia» y que la insurrección armada es la más alta expresión de la lucha de clases. Quien lo ignore o pretenda ocultarlo ¡no es comunista! La lucha armada revolucionaria supone la intervención de las masas explotadas en el combate a los opresores. No negamos que debe complementarse con otras formas de lucha. Pero lo importante es que esas otras formas no se conviertan en un

freno que debilite y desprestigie ante las masas la idea justa y fundamental de la lucha armada sino, por el contrario, que ayuden a desarrollarla e impulsarla hacia adelante.»

¿Cómo aplican los cubanos estos principios a América latina?

En la Tricontinental, la fuerte representación de los partidos comunistas latinoamericanos y determinadas ausencias notables de movimientos insurreccionales del continente (en particular Yon Sosa de Guatemala, el MOEC de Colombia, el FIR de Perú y algunas organizaciones bolivianas), pudieron hacer creer que la dirección fidelista había decidido colaborar estrechamente con dirigentes comunistas poco atraídos por los avatares de la lucha armada, como Prestes, Codovilla, Monge, Saad, Vieira, Del Prado, Corvalán y otros⁹. Muchos se preguntaron —y algunos llegaron a afirmarlo— si Castro, a la vez que hacía aprobar resoluciones militantes por esos heraldos de la «transición pacífica», no estaba más bien respaldando, con su autoridad en las masas latinoamericanas, las postergaciones y las vacilaciones de los que siguen esperando la aparición milagrosa de las quiméricas «condiciones objetivas»... Vana especulación.

En efecto, desde el 13 de marzo de 1966, en su discurso en la Universidad de La Habana, Castro declaró la guerra al reformismo de Frei¹⁰ y de sus pariguales :

«Les decía [a los diputados demócratacristianos chilenos de visita en Cuba en febrero de 1966] que, en las condiciones de Chile —como en el resto de América— si se quería hacer una revolución, necesariamente debía ser una revolución socialista: porque esta revolución [...] tenía necesariamente que

9. De Brasil, Argentina, Bolivia, Ecuador, Colombia, Perú y Chile, respectivamente.

10. Una áspera polémica hubo de desarrollarse a lo largo del año de 1966 entre los partidarios de la experiencia reformista del presidente chileno (los hay incluso en el seno del campo socialista), y los sostenedores del castrismo revolucionario.

golpear los intereses del imperialismo, de la oligarquía, de la gran industria, del comercio importador y exportador y de la Banca, si quería llevar algo a las masas campesinas y obreras del país; [...] [porque] las masas obreras y campesinas no le darian el apoyo a ninguna revolución burguesa, porque los obreros y los campesinos no iban a estar dispuestos a colaborar para servir los intereses de una clase explotadora. »

Y, refiriéndose a la masacre de mineros chilenos por los carabineros en días recientes¹¹:

« El gobierno chileno ha encontrado tenaz resistencia por parte de los obreros mineros de Chile [...] porque pide sacrificios a los obreros para desarrollar una economía en beneficio de las clases poseedoras, del capital industrial, comercial, bancario y de los intereses imperialistas [...] Estos hechos [...] son los que más tarde o más temprano llevarán a los trabajadores chilenos a la convicción de que en Chile, al igual que en muchos otros países de América latina, sólo será posible plantearse la conquista del poder revolucionario a través de la lucha armada. »¹¹

Los cubanos están plenamente conscientes de los peligros que hace pesar sobre ellos su posición intransigente en favor de la lucha armada en América latina. Es así que, en ocasión del V aniversario de la victoria de Playa Girón, Fidel Castro reconocía que:

« El miedo de los imperialistas y de sus lacayos muestra que, mientras más inseguros se sienten, se vuelven más agresivos y feroces, haciendo víctimas de su agresión y de su ferocidad a los pueblos de América latina y a nuestro pueblo, a quien no pueden perdonar el haber dado el ejemplo, el haberse convertido en el abanderado de la revolución, de haber realizado la primera revolución socialista de este continente, a 150 kilómetros de sus costas... Es por ello que nunca debemos cesar de ser vigilantes. »

Y más adelante:

« Estamos en el umbral de una profunda crisis revolucionaria en este continente; los años venideros verán a los pueblos de América latina librar su última y gloriosa batalla por la libertad, contra el imperialismo yanqui. Y en la medida en que esta hora se acerque, será mayor el odio de los imperialistas contra Cuba [...] hay que estar ciego para no ver cómo se desarrolla el coro de los que aconsejan la invasión de Cuba [...] y nosotros nos preparamos cada día más, para hacer pagar muy caro a los imperialistas su agresión [...] Poseemos magníficas armas para luchar en los campos y en las ciudades.

para librar cualquier tipo de guerra, convencional o no convencional [...] según las circunstancias. »

Fidel advirtió que si los imperialistas deciden atacar a Cuba, tendrán que hacer frente no a un país sólo sino a todo un continente.

[Pues] nuestras victorias son las de los pueblos que luchan contra el imperialismo y sus derrotas son las nuestras. Más que nunca la dirección fidelista proclama que su suerte está ligada al desarrollo de la lucha revolucionaria en el mundo, en América latina, por supuesto, pero también en el resto del Tercer Mundo¹².

Al reivindicar de este modo el papel de dirigente revolucionario continental, la dirección cubana entra en inevitable conflicto con la izquierda tradicional de América latina y, en primer lugar, con los partidos comunistas latinoamericanos.

Efectivamente, con excepción del Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista), empeñado en la lucha armada dirigida por el comandante César Montez¹³, casi todos

11. Fidel Castro lamentaba públicamente, en su discurso del 26 de julio de 1966, que algunos países socialistas (en dicho caso la URSS) concedieran préstamos importantes al gobierno de Frei, haciendo menos oneroso para el imperialismo el « éxito de la experiencia chilena ». Reprochó a la izquierda chilena el dar tan « malos consejos » a los dirigentes de los países socialistas. Los comunistas chilenos manifestaron su disgusto y, desde entonces, las relaciones del partido cubano con los socialistas de Allende son mucho mejores que con el Partido Comunista.

12. Los « técnicos » militares cubanos en el Congo-Brazzaville constituyeron el escudo contra el que se estrellaron incontables complots militares proimperialistas en ese país.

13. En la primavera del año pasado, deseoso de entregar al presidente electo, Méndez Montenegro, una situación interna « saneada », el dictador Peralta Azurdia hizo asesinar a 28 líderes conocidos de la izquierda guatemalteca, entre los cuales se encontraba casi todo el equipo « moderado » que dirigía el Partido Comunista, que fue reemplazado posteriormente por los « extremistas » guerrilleros. Además, después de la expulsión de los « trotskistas » (grupo Posadas) del Movimiento 13 de Noviembre, dirigido por Yong Sosa, se han reanudado los contactos entre las organizaciones revolucionarias en vista de la unidad de acción.

esos partidos han protestado en público o en privado contra lo que consideran como « intervenciones intolerables » en los asuntos internos de los movimientos revolucionarios de los distintos países. El enfrentamiento de las dos posiciones fue puesto de manifiesto por el caso de Venezuela. Efectivamente, desde fines de 1965, una profunda división separa a los revolucionarios de ese país —tanto en el seno del Partido Comunista como en el del Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR)— al pronunciarse la mayoría de los cuadros políticos por la « paz democrática », fórmula que implica el abandono de la lucha armada por falta de « condiciones objetivas », así como el regreso a la « política de masas » tradicional. Un grupo de guerrilleros dirigido por el comandante Douglas Bravo (expulsado el año pasado del Buró Político y hasta de las filas del partido comunista) y por otros combatientes conocidos como Luben Petkoff y Elías Manuitt, se han constituido en organización político-militar independiente, la Comandancia General FLN-FALN, con el apoyo de los cubanos. En ocasión del entierro en La Habana del comandante venezolano Leo Quintana que, enfermo de cáncer, había muerto apoyando a los guerrilleros, el capitán Osmany Cienfuegos, miembro del Secretariado del Partido Comunista de Cuba y presidente de la Comisión de Relaciones Internacionales del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, expresó este juicio tajante de la dirección cubana en lo referente al conflicto que desgarró la izquierda venezolana :

« Supo Leo, junto a otros combatientes, integrar las filas de los verdaderos revolucionarios ; igual que estuvo en las montañas de Falcón con el comandante Douglas Bravo supo dar el paso revolucionario e integrar junto a los verdaderos comunistas la Comandancia General que hoy dirige la guerra revolucionaria en Venezuela ; supo indicar con su dedo revolucionario a los que claudicaron, a los que

vacilaron, a los que traicionaron la causa de la revolución venezolana, a los que han traicionado la causa de la revolución latinoamericana. »

Esta posición de los dirigentes cubanos no se limita, como es lógico, al caso de Venezuela. De ello dan fe los pasajes del editorial de **Granma** conmemorativo del 49 aniversario de la revolución de octubre, que citamos a continuación :

« En la mayoría de los países de América latina, donde existen condiciones para el desarrollo de la lucha armada, consideramos que los marxistaleninistas verdaderos tienen que mantener en alto las banderas de la insurrección. La cuestión de la insurrección como método de lucha para la toma del poder no fue, en Lenin, la consigna pasajera de un día, sino una línea y una trayectoria que recorre toda la vida política del genial luchador. La preparación y la organización de la insurrección para Lenin constituyó un punto clave en el trabajo de los comunistas. Forma parte de las gloriosas tradiciones bolcheviques.

« Hoy nuestro Partido considera que estas tradiciones obligan a los comunistas de la mayoría de los países de América latina : Venezuela, Colombia, Guatemala, Perú, Argentina, Brasil, etc., a preparar y desarrollar la insurrección armada por la liberación nacional del yugo imperialista, organizando la guerra necesaria y justa contra ese imperialismo. Los comunistas verdaderos, los realmente defensores de las ideas del leninismo en este continente, se incorporan a la lucha. Aquellos que se mantengan al margen dejarán de ser comunistas. »

En realidad, para los cubanos, no puede haber partido de vanguardia fuera del contexto de la lucha armada. Los fidelistas apoyan a todos los que luchan efectivamente y ya no conceden el privilegio de relaciones « especiales » a ningún partido, aunque fuese un partido comunista. Y lo que es más, los cubanos estiman que el partido de vanguardia que gozará de una verdadera autoridad entre las masas, deberá forjarse a partir del núcleo combatiente ; rechazan la tesis archimanida que

quiere que los partidos comiencen por **ser** revolucionarios mucho antes de llevar a cabo una **acción** revolucionaria. En su discurso del 26 de julio de 1966, Fidel Castro hizo esta predicción :

« ¿ Quiénes serán los hombres que dirijan la revolución en este continente ? Tal vez en muchos casos como aquí, hombres cuyos nombres no han aparecido nunca en la letra de molde, hombres que ni siquiera son conocidos. Pero nosotros sabemos que en las filas del pueblo existen esos tipos de hombres que más tarde o más temprano interpretando correctamente las realidades y los hechos, poseyendo convicción revolucionaria y confianza en el pueblo, lleven adelante a sus pueblos hacia la liberación. »¹⁴

Esta actitud frente al « trabajo de masas » preparatorio que trata de crear pacientemente, fuera de la acción directa, las « condiciones subjetivas » de la revolución, se explica evidentemente por la historia de la propia revolución cubana :

« Aquí no pasaban de 20 las personas que creyeran en la posibilidad de una revolución. Es decir, que no existían esas llamadas condiciones subjetivas de conciencia en el pueblo. Bien arreglados habríamos estado si para hacer una revolución socialista, nos hubiésemos tenido que dedicar a catequizar a todo el mundo con el socialismo y el marxismo para después hacer la revolución. No hay mejor motor de las revoluciones que la lucha de las masas contra sus explotadores. Y fue la propia revolución quien fue creando la conciencia revolucionaria. Creer que la conciencia que venía primero y la lucha después es un error. »

Los cubanos opinan que, en la época de los cuerpos antiguerrilleros entrenados por el Pentágono y transportados por miríadas de helicópteros, no hay lugar ni para la simple « autodefensa », ni para la « propaganda armada ». La tarea principal consiste en crear una fuerza estratégica móvil (la guerrilla), dotada de autonomía política y militar, que no esperará órdenes de la ciudad, sino que actuará de acuerdo con las circunstancias cambiantes de la **lucha**.

en las montañas. Esta fuerza estratégica móvil no será tampoco (como quisieran Hugo Blanco¹⁵ y sus camaradas) la expresión armada de los sindicatos campesinos, ya que éstos se encuentran a merced de la represión militar moderna. Las milicias campesinas jugarán un papel importante sólo cuando la fuerza estratégica móvil sea dueña de un territorio dado, capaz de proteger las zonas campesinas de las expediciones punitivas del ejército gubernamental.

En dos palabras, no hay salvación para América latina fuera de la lucha armada. Esta no podrá estar subordinada a una « política general », no será en modo alguno una « fuerza de apoyo », sino el centro mismo de la actividad política de los revolucionarios, que deberán formar, independientemente de sus orígenes partidarios,

14. Fidel Castro es más explícito aún en su discurso del 29 de agosto de 1966, en la clausura del XII Congreso de los trabajadores cubanos : « Si hay un partido marxistaleninista que se sabe de memoria todo lo que han escrito Marx y Engels y Lenin, y « no dispara un chicharo », como se diría en el lenguaje vulgar, criollísimo, ¿ los otros están obligados a no hacer la revolución ? »

Y más adelante : « Creemos que la revolución la harán los obreros, los campesinos, los intelectuales progresistas. Un frente amplio dirigido por una vanguardia revolucionaria marxistaleninista, llámese o no se llame « partido ». [Porque] nosotros no pertenecemos a ninguna secta, a ninguna masonería internacional, a ninguna iglesia. Habrá revolución que la dirijan los partidos llamados marxistaleninistas o los partidos comunistas. ¡ Magnífico, maravilloso, formidable ! Nosotros estamos dispuestos a vestirnos de penitencia los años que nos queden de nuestras vidas por herejes. Pero si hay revolución, hágala quien la haga, ¡ magnífico ! Lo importante es que haya revolución, y nosotros creemos que habrá revolución. »

15. Lo que no obsta para que Cuba sea el único país socialista en el que Hugo Blanco, calificado de « provocador trotskista » por la **Revista Internacional por la Paz y el Socialismo**, es considerado como un héroe popular latinoamericano.

Estados Mayores políticomilitares únicos, en los que se forjarán las direcciones indiscutibles del futuro. La estrategia de la fuerza estratégica móvil tenderá a la desorganización y la derrota de los ejércitos de mercenarios gubernamentales por medio de un poderoso ejército revolucionario que crecerá en la medida en que su núcleo primigéneo sea capaz de crear « zonas liberadas » ; las luchas en las ciudades se organizarán en función de las necesidades de la lucha en las montañas y en los llanos, y no al revés¹⁶.

Para las direcciones tradicionales de las organizaciones de la izquierda latinoamericana, semejante estrategia revolucionaria tiene todo el aspecto de una herejía aventurerista¹⁷.

La intransigente fidelidad cubana a los principios del internacionalismo revolucionario se refleja igualmente en las posiciones adoptadas por el gobierno cubano ante la « escalation » norteamericana en Vietnam.

Para Castro, « Vietnam se ha convertido en el problema de toda la humanidad, y Vietnam se ha convertido en el problema esencial de todos los movimientos revolucionarios en el mundo, y de todos los pueblos y gobiernos revolucionarios » (discurso del 26 de julio de 1966). Los cubanos manifiestan claramente que les parece escandaloso ver el campo socialista permitir a los norteamericanos destruir sistemáticamente un Estado socialista. En su discurso del 13 de marzo de 1966, Fidel Castro declaró explícitamente :

« [Los vietnamitas] se enfrentan a la criminal guerra imperialista, a las modernas flotas aéreas de los yanquis, combatiendo y muriendo diariamente. No debería ser así [...] Vietnam debería convertirse en un cementerio de aviones yanquis [...] Basta brindarle a Vietnam todo el armamento convencional necesario para la lucha antiaérea, todos los aviones necesarios y esta técnica con todo el personal necesario ; y el campo socialista posee medios para barrer de los

cielos de Vietnam del Norte los piratas aviones yanquis [...] Y si se derrota la ofensiva aérea imperialista en Vietnam del Norte, el pueblo de Vietnam del Sur no tardará en arrojar de su patria a la soldadesca imperialista. »

Frente a los sacrificios soportados por el pueblo vietnamita, Fidel Castro no encuentra excusa a la persistente división del campo socialista. En su discurso del 13 de marzo añade :

« Creemos que en cuanto comenzó el ataque a Vietnam debió hacerse un alto en la división dentro del campo socialista. Creemos que la posición debió haber sido : tenemos diferencias, tenemos muchas cosas que discutir, pero frente a la feroz agresión al hermano pueblo vietnamita, hagamos un alto, démosle todo nuestro apoyo de nuestras armas anti-aéreas, de nuestras flotas aéreas [...], hagamos alto a esta guerra verbal y dejémosla, si se quiere, para luego, pero ante la guerra real, ante los bombardeos a nuestros hermanos vietnamitas, juntemos nuestras fuerzas en una guerra defensiva sobre los cielos de Vietnam, defendiendo la soberanía de Vietnam. »

Más tarde, el 26 de julio de 1966, Fidel se refirió al problema de los voluntarios para Vietnam en los términos siguientes :

« ¿ Qué entendemos nosotros por voluntarios ? Es bien sencillo. Si Vietnam nos pide ayuda y nos dice qué tipo de técnicos quiere que le mandemos, si de tanque, si de antiaérea, si de artillería, si de infantería, nosotros iremos a nuestras unidades militares

16. El periodista francés Régis Debray —hoy encarcelado y amenazado por los gorilas bolivianos— ofrece un análisis exhaustivo de la estrategia político-militar fidelista en su ensayo *¿ Revolución en la revolución ?*, publicado por « Casa de las Américas ». La Habana, enero de 1967.

17. Uno de los resultados más importantes de la Tricontinental fue la constitución de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad), cuyas ramas en cada país latinoamericano se han ido formando sin el apoyo y hasta con la hostilidad de los partidos comunistas. El primer congreso continental de la OLAS [celebrado ya] en La Habana, en julio de 1967. Muchos latinoamericanos ven en ese congreso el acto de fundación de una Internacional revolucionaria continental cuya base programática será la toma del poder por medio de la violencia revolucionaria.

bien entrenadas y les preguntaremos cuáles quieren ir a Vietnam. Y nosotros sabemos que unidades enteras estarán dispuestas a ir a Vietnam.»

Es claro que para el líder cubano el deber del campo socialista, si Vietnam se lo pidiese, sería el de hacer participar las fuerzas armadas regulares de los Estados socialistas en la lucha contra el agresor, bajo dirección vietnamita¹⁸, y que, de todos modos, convendría que el campo socialista se declare públicamente resuelto a no permitir que prosiga la «escalation»:

«Creemos realmente, dijo Fidel Castro el 1 de mayo de 1966, que la paz se defendería mucho mejor haciéndoles ver a los imperialistas lo que pueden hacer y lo que no pueden hacer; y que, a la larga, dejar que hagan lo que les dé la gana, que lleven a cabo sus actos piratescos y vandálicos, no contribuye a la paz, eso es un enorme error. ¡Contribuye a incrementar los peligros de guerra!»

Pero si las fuerzas armadas del campo socialista deben participar en el combate común, las fuerzas revolucionarias del mundo tienen el deber de aliviar al pueblo vietnamita, abriendo donde quiera que fuere posible otros frentes revolucionarios, pues los imperialistas no tienen suficientes soldados ni «marines» para hacer frente a varios Vietnam a la vez.

Además de los movimientos revolucionarios de América latina¹⁹, los cubanos han encontrado aliados resueltos en los partidos comunistas de Corea del Norte y de la República Democrática de Vietnam —a los que quizás convenga añadir ya el Partido Comunista japonés.

Efectivamente, la existencia de hecho de esta alianza entre los partidos y los gobiernos de los tres países socialistas más directamente amenazados por el imperialismo —los «puestos avanzados» del mundo socialista— se ha precisado durante las visitas efectuadas por una delegación cubana de alto nivel, presidida por Raúl Castro y el presidente Dorticós, a Pyongyang y a Hanoi, en el otoño de 1966.

En los comunicados que cerraron las conversaciones con Kim Il Sung y con los dirigentes norvietnamitas, los dos partidos asiáticos apoyan la política interna e internacional de Cuba, es decir, que apoyan el derecho legítimo de Cuba de proponer su modelo revolucionario como línea general del movimiento de liberación nacional latinoamericano. La solidaridad es igualmente total en lo que atañe a la lucha por la unidad interna del campo socialista:

«Sólo cuando el campo socialista y el movimiento comunista internacional estén unidos y cohesionados, estos podrán frenar con dinamismo la política de agresión y de guerra de los imperialistas y ejercer gran influencia en el aceleramiento de la revolución mundial.»

Reza el comunicado cubano-coreano, que no deja de subrayar que esta unidad debe hacerse en el respeto absoluto de la independencia de cada partido²⁰.

Se requiere mucho coraje político para mantener en alto las banderas de la insurrección y de la independencia en un país tan pequeño, situado a miles de kilómetros de cualquier país amigo.

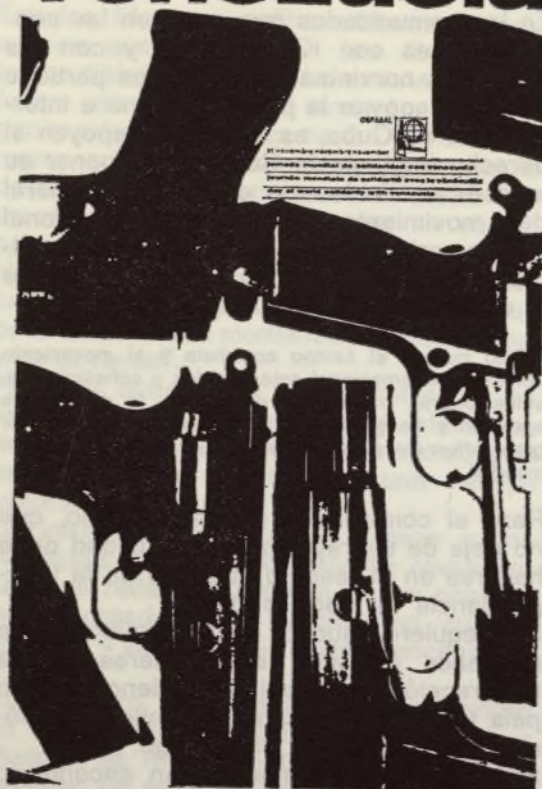
Si los dirigentes cubanos han encontrado ese coraje es que, sin duda alguna, ningún país que haya hecho su revolución social ha dependido tanto como el de ellos del desarrollo de la revolución mundial.

18. Esto dice inequívocamente el comunicado conjunto cubano-coreano del 29 de octubre de 1966 (Véase el resumen semanal de *Granma* del 6 de noviembre de 1966).

19. En África, fuera de los dirigentes del Congo-Brazzaville, Amílcar Cabral, líder del Partido Africano de la Independencia de Guinea y de Cabo Verde (PAIGC), delegado por su movimiento a la Conferencia Tricontinental, es un representante prestigioso de lo que pudiera llamarse el «castrismo africano».

20. Por su parte, el Partido del Trabajo de Vietnam dio su apoyo a los cinco puntos exigidos por los cubanos durante la crisis de los cohetes de 1962, los que fueron totalmente ignorados por Jruschov.

venezuela



OFICIAL

El presente número de la revista
permanecerá en circulación por un periodo de
seis meses, a partir de la fecha de publicación
del presente número, en el caso de que el
mismo no sea publicado en el mes de mayo.

Dos carteles cubanos

Ayuntamiento de Madrid



HAY QUE CORTARLE LAS MANOS AL IMPERIALISMO EN VIETNAM

DEL 13
AL 19
DE
MARZO



JORNADA
MUNDIAL
DE
SOLIDARIDAD
CON VIETNAM

4

Un socialismo en construcción



Ayuntamiento de Madrid

(Cortesía de Julio H. Zapata)



Ayuntamiento de Madrid



(Pilar Vázquez)

Sergio de Santis

Debate sobre la gestión socialista en Cuba *

En los años 1963-1965 se desarrolló en Cuba una interesante controversia sobre la gestión socialista de la economía. Saverio Tutino escribió en *Rinascita* sobre la fase culminante de la polémica, correspondiente a la discusión entre Bettelheim y Guevara¹. Se presenta a continuación un balance informativo más completo de la controversia, empezando por explicar sumariamente el contexto económico en que la discusión tuvo lugar, para después seguir, paso a paso, todo el desarrollo de la misma.

En 1963, cuando se inicia la polémica, la economía cubana se encontraba en la tercera fase del proceso de restructuración económica empezado con la victoria castrista de 1959.

La primera fase, llamada redistributiva, había ocupado todo el primer año. En este periodo, el gobierno fidelista persiguió una política que tendía sobre todo al progreso social a través de una distribución del ingreso más igualitaria y de la concentración del esfuerzo productivo en el sector de los bienes de consumo. La reforma agraria fue una de las medidas importantes adoptadas en relación a esta política de ampliación del mercado popular; se inició el 17 de mayo de 1959, con el propósito de

poner remedio a la desigualdad en el régimen de propiedad agraria mediante la expropiación de los latifundios y la creación de un sector cooperativo paralelo a los sectores de propietarios pequeños y medianos.

En la segunda fase, llamada de **transición**, hay primeramente tan sólo un reforzamiento del sector público y una cauta tentativa de comerciar con todos los tres « mundos ». Sin embargo, la rigidez de los Estados Unidos y la consiguiente guerra económica declarada por Wáshington provocaron un cambio en la política económica castrista, que asume una orientación claramente antiimperialista (de ahí las olas de nacionalizaciones de empresas norteamericanas en el otoño de 1960) y reconvierte su comercio hacia el campo socialista. En esta fase, que corresponde al año 1960, el régimen castrista da vida a un

* Artículo publicado en *Critica Marxista* (Roma), número 5-6, año 3, septiembre-diciembre de 1965. Las citas en esta traducción han sido tomadas de los textos originales, cuantas veces nos ha sido posible.

1. « Ricerca e dibattito critico sullo sviluppo economico a Cuba », *Rinascita*, número 28, 11 de julio de 1964.

sistema democrático nacional, basado sobre una especie de capitalismo de Estado sin verdaderas características socialistas.

La tercera fase, inspirada en el marxismo-leninismo, se inicia en 1961. El paso fue señalado por una serie de disposiciones relacionadas orgánicamente, dirigidas a una vasta transformación estructural del sistema productivo cubano. Entre las medidas más importantes hay que citar:

1) El paso a una fase más avanzada de la reforma agraria a través de la reorganización administrativa del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) bajo la guía de Carlos Rafael Rodríguez; la creación de un sector enteramente socializado (Granjas del Pueblo), al lado del sector cooperativo; y el encuadramiento de los pequeños propietarios en una organización encaminada a favorecer la evolución hacia formas de trabajo asociado (Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, ANAP).

2) La iniciación de un proceso de industrialización mediante una política de continuos déficits presupuestarios. Basta ver que en el presupuesto de 1962, de un total de 1 854 millones de pesos (1 peso = 1 US dólar) y de una cifra de 703 millones para inversiones en el desarrollo económico, 208 se destinan a financiar el desarrollo de la industria, frente a 112 para la agricultura. El proceso de industrialización, a cargo del Ministerio de Industrias, creado *ad hoc* y dirigido por Ernesto «Che» Guevara, tenía metas muy ambiciosas: preveía el desarrollo de los sectores siderúrgico, mecánico y químico, un grado de aprovechamiento mayor de los recursos de energía, y un considerable aumento de la extracción de níquel y cobalto, todo con vistas a un aumento anual de la producción industrial del 19,5%, con máximos para algunos sectores de 26%.

* En 1965 —declaró eufóricamente el entonces ministro de Economía y secretario de la organización

planificadora central, Regino Boti, en su intervención en la primera reunión nacional de producción, en agosto de 1961— Cuba será, en relación con su población, el país más industrializado de América latina, y que estará a la cabeza en la producción por habitante de energía eléctrica, acero, cemento, tractores y refinación de petróleo»².

3) El control estatal sobre el comercio con el extranjero y sobre la distribución interior de bienes de consumo mediante dos nuevos ministerios (Ministerio de Comercio Exterior, MINCEX, y Ministerio del Comercio Interior, MINCIN), que sustituyeron al viejo y poco eficaz Ministerio de Comercio.

4) El encuadramiento de toda la actividad económica en un plan socialista, cuya elaboración se encomendó a un organismo apropiado, la Junta Central de Planificación o JUCEPLAN. Este organismo existía sobre el papel desde 1960, pero las leyes orgánicas que especificaban su misión se dieron sólo en 1961, es decir cuando se le encargó preparar para 1962 un plan cuatrienal que hubiera debido cubrir el lapso de tiempo que faltaba hasta 1965, año en el que se esperaba poder armonizar la planificación cubana con las de otros países socialistas. Como se ve, el paso a formas socialistas de producción fue rápido y radical, y dio vida en un tiempo sorprendentemente breve a una economía socializada en alto grado. En 1963, sin embargo, el gobierno cubano se encontró frente a una situación económica bastante difícil, en la cual no faltaban algunas señales de una próxima crisis. No hay duda que las dificultades cubanas derivaban, en buena parte, de factores externos, tales como el bloqueo decretado por los Estados Unidos e impuesto a bastantes de los aliados atlánticos; la actividad armada de los contrarrevolucionarios, que había hecho necesaria la afectación de grandes cantidades en el presupuesto nacional a la defensa; y las acciones de sabotaje, desde el interior y

2. *Obra Revolucionaria*, número 30, 26 de agosto de 1961, p. 18.

desde el extranjero, contra el esfuerzo productivo cubano (destrucción de refinerías, incendios de campos de caña, etc.). Además, la reconversión comercial cubana hacia el Este condujo a la cristalización de relaciones bastante anormales; la gravitación de Cuba hacia el mundo socialista y la generosa ayuda concedida sobre todo por la Unión Soviética eran más bien consecuencia de razones políticas que de una complementaridad económica, pues la URSS se había orientado hacia ya tiempo hacia la producción de remolacha azucarera y estaba, por tanto, en camino de lograr la autosuficiencia en breve término; numerosos problemas de carácter técnico y de carácter estructural surgieron a causa de la gran distancia, que complicaba el sistema de transporte y hacía necesaria una extensa red de almacenes (de los que Cuba no disponía, dada la cercanísima vecindad de su proveedor precedente, los Estados Unidos); la orientación hacia el Este hacía, finalmente, bastante difícil la sustitución de piezas de recambio de la maquinaria norteamericana que predominaba en la isla, tanto más cuanto la proporción de pagos en divisas fuertes prevista en los intercambios socialistas era más bien exigua.

A estas dificultades, por así decir «objetivas», se añadieron además los efectos de algunas tendencias de la política económica castrista durante la primera fase de la construcción socialista. Los desequilibrios fueron puestos a la luz en 1963, a través de una obra, paciente y sin prejuicios, de revisión de los objetivos perseguidos y de los métodos empleados hasta el momento; a esta obra dieron una valiosa ayuda algunos economistas europeos convocados por el gobierno castrista en calidad de consejeros, tales como Charles Bettelheim, René Dumont, Ernest Mandel, y otros³.

En síntesis, las conclusiones fueron que la

política económica castrista se encontraba en dificultades a causa de un triple orden de errores, y concretamente:

a) **La prevalencia de lo social sobre lo económico.** Guevara reconoció que se había dado demasiada importancia a la satisfacción de las necesidades sociales, al pago de salarios más equitativos y al aumento del empleo, sin tener en cuenta suficientemente el estado general de la economía⁴.

El aumento de la producción de bienes de consumo no logró —por un complejo de causas interiores e internacionales— llegar al nivel hecho necesario por la rápida expansión del mercado popular. Además, la política de pleno empleo asfixió en la práctica el «pulmón» de la mano de obra estacional sobre el que se basaba el ciclo anual de la producción azucarera, y todo el sector acabó por encontrarse en breve tiempo falto de brazos. En otras palabras, el gobierno cubano no supo abandonar a tiempo su primitiva política redistributiva, al pasar del sistema mercantil a un sistema socialista —que además estaba «sediendo»; esto provocó una serie de estrangulamientos que hubo que corregir con medidas de austeridad y con un esfuerzo productivo más pesados que los que habrían sido necesarios si el cambio hubiera llegado un par de años antes.

b) **Errores políticos.** Guevara reconoció que se había copiado automáticamente la experiencia de los países hermanos, y que eso había sido un error, aunque no muy

3. Véase René Dumont, *Cuba, socialisme et développement*, París, Editions du Seuil, 1964, donde además de las opiniones del autor se exponen también las de otros expertos, en particular las de Bettelheim. El libro de Dumont ha sido blanco de muchas críticas —muchas de ellas bien fundamentadas— pero es, sin embargo, un documento muy útil.

4. En su intervención, en julio de 1963, en un seminario sobre planificación en Argel, recogida en el artículo «Les erreurs et les succès de l'expérience cubaine de la Révolution», número 2, octubre de 1963.

grave, que había frenado un tanto el desarrollo⁵.

En vez de adecuar el proceso revolucionario a las exigencias locales, el gobierno castrista se preocupó en los primeros tiempos de elaborar, antes que nada, un modelo abstracto de desarrollo, basado en algunos supuestos que después se revelaron como arbitrarios.

Entre éstos, uno de los más importantes fue la equivocación de considerar como intrínsecamente « colonial » la producción de azúcar, sin pensar que esa característica viciaba esa producción solamente en el cuadro de un sistema político y económico dominado por el imperialismo. El error llevó a una rápida reducción de las plantaciones, con el ansia de diversificar, incluso antes de haber procurado acrecentar la productividad del sector mediante el uso de abonos químicos, trasplantes más frecuentes, drenajes, escardas, etc. Así, después de la hazaña de 1961 (6,5 millones de toneladas de azúcar), la zafra de 1962 no dio más que 4,8 millones y la de 1963, apenas 3,8 millones, con una diferencia en menos superior a un millón de toneladas con respecto a la media de las cosechas entre 1953 y 1960.

Otro error político fue el de considerar que, en las condiciones específicas cubanas, el proceso de industrialización podía jugar, en breve plazo, el papel de « motor » exclusivo del desarrollo económico nacional. Como hizo notar un observador imparcial, Max Nollf, hay en Cuba buenas perspectivas para un gran incremento gradual de la producción industrial, a largo plazo, subvencionado en gran parte mediante los ingresos de las exportaciones agrícolas⁶. Pero no había condiciones para un « salto adelante » como el que se preveía en el plan 1962-1965, dada la carencia de materias primas industriales y de fuentes de energía tanto combustibles como hidráulicas, dado el estado obsoleto de gran parte

de las instalaciones y dada la falta de personal especializado. Todo esto, sin contar con la decreciente productividad del sector azucarero, que en ese mismo periodo estaba provocando un grave desequilibrio en el balance comercial. No tenía nada de extraño, por tanto, que el incremento de la producción industrial en Cuba no hubiera superado en 1961 y 1962, el 8 %, lo que dadas las condiciones era un resultado bien halagüeño —pero sin duda muy alejado de las optimistas metas del plan.

Una serie de inconvenientes derivaron también de la rapidez con que el gobierno cubano entendió que debía proceder a la socialización de cada vez mayor número de sectores industriales y comerciales. Sin duda, la rapidez de este proceso vino determinada, en gran parte, por causas exteriores (la guerra fría con los Estados Unidos, la resistencia del capital nacional, etc.). Sin embargo, Dumont sostiene que la evolución fue acelerada por una especie de « prisa ideológica ». Así, según este autor, la ola de nacionalizaciones del año 1960 se extendió, en 1961, a numerosas empresas que el régimen no estaba en posición de administrar, y cuyos propietarios se habían declarado dispuestos a colaborar con las autoridades revolucionarias. El éxito de la experiencia mixta en la China Popular de los años 1949-1956 —dice Dumont— hubiera debido aconsejar al gobierno una política de nacionalización selectiva, para aprovechar en la medida de lo posible el apoyo de los grupos burgueses que, con lo que se podía suponer de buena fe, se declaraban disponibles. Por fin, otros desequilibrios se manifestaron —según algunos observadores— cuan-

5. Ibid.

6. Dudley Seers (ed.), Andrés Bianchi, Richard Jolly, Max Nollf, Cuba: the Economic and Social Revolution, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1964.

do el gobierno castrista decidió pasar de la fase cooperativa a la fase, por así decir, sovjosiana, y no tanto como consecuencia de una atenta consideración de las ventajas y desventajas de una y otra institución, sino más bien basándose en una fe abstracta en la superioridad intrínseca de las Granjas del Pueblo respecto a las cooperativas.

c) **Errores técnicos y de organización.** No es éste lugar para entrar en un análisis detallado de los errores técnicos y de organización que menoscabaron el desarrollo económico cubano en la fase que consideramos. En general, se puede decir que la administración del sector público fue viciada por una grave tendencia a la degeneración burocrática, con todos los inconvenientes típicos del caso (incompetencia, elefantiasis de los cuadros, juego continuo de las cesiones mutuas de responsabilidades, etc.). La gestión económica del sector socialista acabó así por ser llevada « por la libre », esto es, sin ponderar bien todos los aspectos y consecuencias de las distintas decisiones. Esto, al cabo de dos años, provocó numerosos inconvenientes técnicos (por ejemplo, la diversificación agraria al nivel de las fincas, con el resultado de que en algunas granjas se llegó a establecer hasta veinte o treinta cultivos distintos en una modesta extensión de terreno), algunos estrangulamientos en la distribución (por ejemplo, las deficiencias en la comercialización de productos agrícolas) y toda una serie de decisiones caprichosas (por ejemplo, las referentes a la enorme extensión de algunas granjas, sin tener en cuenta el problema de los transportes internos).

Frente al peligro de una crisis, el régimen castrista procedió por fin, en el verano y otoño de 1963, a una amplia revisión de su política económica, sobre todo en relación a las prioridades de cara al desarrollo y en relación a la organización del sector agro-

zotécnico (sobre el cual, como hemos visto, las deficiencias técnicoorganizativas habían pesado más fuertemente). El nuevo camino tomó, en síntesis, dos direcciones principales :

1) **Vuelta a la prioridad de la agricultura con respecto a la industria.** Ya en el presupuesto de 1963 se empezó a reparar el grave desequilibrio de 1962, aumentando la partida para agricultura de 261 millones de pesos (sobre 2 094) contra 247 en la industria. En el verano de 1963, Fidel Castro anunció oficialmente la nueva orientación de forma todavía más clara :

« [...] durante esta década la agricultura será la base de la economía, y quizás también durante la próxima década, porque dependemos de ella para nuestro desarrollo. Hubo un tiempo en que no sabíamos bien qué íbamos a hacer con la agricultura, entre otras cosas porque veníamos influidos por una serie de ideas del pasado relacionadas con la caña, la falta de mercados, la supresión de las cuotas azucareras. Todo esto nos mantuvo desorientados durante algún tiempo, hasta que descubrimos las posibilidades que como mercado para nuestros productos ofrecía el campo socialista. Durante algún tiempo mantuvimos ideas peregrinas acerca de lo que íbamos a hacer y cómo íbamos a hacerlo. Pero ya todos nosotros estamos absolutamente convencidos y sabemos muy bien que en la agricultura está la base de nuestro desarrollo, y que tenemos muy buenas condiciones para el desarrollo de esa agricultura »⁷.

Esta orientación se reflejó después en la elaboración del presupuesto para 1964, que aumentó las partidas para agricultura hasta 343 millones (sobre 2 399) con una reducción brusca de las partidas para la industria, hasta 194 millones.

2) **Reorganización del sector agrozootécnico.** El 3 de octubre de 1963, se promulgó la ley de la llamada « Segunda Reforma Agraria ». Esta ley disponía la nacionalización de las propiedades agrarias medianas, es decir de las comprendidas entre 5 y 30 caballerías (entre 67 y 402 hectáreas), que

7. « Dos discursos de Fidel Castro », *Obra Revolucionaria*, número 21, 12 de agosto de 1963, p. 31.

no habían sido incluidas en la reforma de 1959. De este modo se eliminaba un estrato de la burguesía agraria que se había mostrado irreductiblemente hostil a la revolución, y, al mismo tiempo, se garantizaba a los pequeños propietarios el derecho permanente a sus tierras, pues la Segunda Reforma Agraria era, en las palabras de Fidel Castro, «definitiva y final»⁸. La Segunda Reforma Agraria trataba además de corregir algunos defectos básicos que existían en el sector. Así, el INRA, elevado a la categoría de ministerio, fue encargado de efectuar la concentración de las Granjas del Pueblo, excesivamente dispersas, y de definir sus dimensiones óptimas desde puntos de vista administrativo y económico. La diversificación agraria al nivel de las fincas se abandonó en favor de una diversificación a nivel nacional, con especialización regional; el sector experimental se reorganizó sobre bases científicas. El cambio era, sin duda, amplio, pero no se podía esperar que solucionara de una vez todos los defectos de organización que habían viciado la eficacia productiva del sector estatal. Por tanto, no sorprende que en los ambientes dirigentes castristas se exacerbaba, en seguida, la polémica, que ya había empezado, sobre la mejor manera de racionalizar la gestión socialista en el marco particular de la revolución cubana. Uno de los puntos más dolorosos era la planificación —el año 1962 fue bautizado «año de la planificación»— que no había resultado satisfactoria en la práctica a causa de la improvisación, de la falta de adecuados instrumentos estadísticos, etc. En febrero de 1963, Guevara publicó en el principal órgano teórico del partido, **Cuba Socialista**, un artículo titulado «Contra el burocratismo», en el cual atacaba la improvisación (definida por él como «guerrillerismo administrativo») y la falta de organización, y también la arbitrariedad, la pesadez y la ineficacia del aparato de

control de la gestión del sector público. Sus críticas tenían un carácter general, pero estaba claro que uno de los objetivos principales era la JUCEPLAN.

«El aparato central de la economía, la Junta Central de Planificación —decía abiertamente en cierto momento—, no cumplió su tarea de conducción y no la podía cumplir, pues no tenía la autoridad suficiente sobre los organismos, estaba incapacitada para dar órdenes precisas en base a un sistema único y con el adecuado control y le faltaba el imprescindible auxilio de un plan perspective. La centralización sin el sustituto de la orden correcta y a tiempo. Un cúmulo de decisiones menores limitó la visión de los grandes problemas y la solución de todos ellos se estancó, sin orden ni concierto. Las decisiones de última hora, a la carrera y sin análisis, fueron la característica de nuestro trabajo.»⁹

A estos defectos de carácter organizativo, técnico y administrativo, Guevara añadía la falta de un «motor interno».

«Con esto queremos decir —precisaba Guevara— la falta de interés del individuo por rendir un servicio al Estado y por superar una situación dada. Se basa en una falta de conciencia revolucionaria o, en todo caso, en el conformismo frente a lo que anda mal.»¹⁰

Como se ve, la crítica de Guevara no tendía solamente a una reorganización de carácter técnico y administrativo, sino que expresaba la fe en la posibilidad de perseguir al mismo tiempo —o más bien, en forma dialécticamente interdependiente— el progreso hacia formas productivas socialistas en el marco de un nuevo humanismo. Esta tesis tomará más tarde mayor coherencia durante la polémica, al contrastarla con la orientación primordialmente «economicista» de sus oponentes.

8. «Fidel con los alumnos de las escuelas auxiliares de administración», **Obra Revolucionaria**, número 25, 5 de octubre de 1963. Véase también, Carlos Rafael Rodríguez, «El nuevo camino de la agricultura cubana», **Cuba Socialista**, número 27, noviembre de 1963, p. 71.

9. **Cuba Socialista**, número 18, febrero de 1963, p. 2-4.

10. **Cuba Socialista**, número 18, febrero de 1963, p. 2.

Estas críticas fueron suscritas por los economistas convocados por el gobierno castrista. Algunos de ellos —especialmente Bettelheim y Dumont— atribuían, sin embargo, una parte de la responsabilidad a la planificación defectuosa del mismo Guevara. Afirmaban que la excesiva centralización y la degeneración burocrática que caracterizaban la JUCEPLAN, no eran más que el reflejo de los defectos que viciaban el sistema llamado de financiamiento presupuestario unificado, puesto en práctica en el sector industrial estatizado. La polémica contra el sistema de control aplicado por el Ministerio de Industrias encontró, pues, su punto de apoyo en la contraposición con otro sistema, llamado de autogestión o autonomía financiera, aplicado por el INRA en el sector a él encomendado y que se inspiraba en el método soviético del « cálculo económico ».

Como todas las intervenciones en la polémica tuvieron como objetivo, directo o indirecto, el de criticar uno de los dos sistemas para sostener la superioridad del otro, parece necesario describir sumariamente ambos antes de continuar.

Las empresas autofinanciadas realizan su actividad económica en el marco del plan de desarrollo, con gran autonomía contable. Tienen personalidad jurídica propia y basan su actividad en el principio de la rentabilidad, es decir, en la obtención de un beneficio como resultado de su gestión. El Estado les proporciona los llamados « medios básicos mínimos », que son inalienables, pero la financiación de su actividad es a través de los bancos de los que consiguen créditos por los que pagan interés. La banca se convierte así en un instrumento de control indirecto sobre este tipo de empresa, mientras los organismos centrales proceden solamente a un control financiero global. Los intercambios de productos entre las distintas empresas son actos de verdadera compraventa, de modo

que los productos asumen características de mercancías ya dentro del sector público. El sistema de incentivos materiales aplicado al nivel de la empresa encuentra una correspondencia incluso en el sistema de retribución al trabajo, que se basa en un sistema de destajos, es decir, de estímulos materiales.

Las empresas dirigidas según el segundo sistema de gestión se insertan en el plan de manera bastante más rígida. Cada una se considera formando parte de un complejo económico más vasto; la banca tiene tan sólo la función de dotar la financiación prevista en el plan y servir de caja contable, sin que se establezca ninguna relación de crédito. El paso de productos de una a otra empresa no se considera, por tanto, como un intercambio, sino solamente como una operación interior que forma parte del proceso de transformación. Sólo hay, en consecuencia, producción de mercancías en el momento en el cual el producto abandona el sector socialista para pasar al mercado. La gestión no se basa en el principio de la rentabilidad, sino en la consecución de las metas fijadas en el plan; y el control se efectúa por los organismos centrales de las llamadas « empresas consolidadas », que unifican las distintas contabilidades de las empresas de cada sector productivo. Al nivel de las relaciones de trabajo, finalmente, el único incentivo material directo es el salario por tiempo, completado por una serie de estímulos de carácter primordialmente moral.

A estas tesis, Guevara respondió en forma indirecta, en diciembre, en un discurso a la escuela de administradores industriales « Patricio Lumumba », cuando reafirmó la validez del estímulo moral como una « base experimental original » para construir el socialismo en Cuba¹¹; sin embargo, la verdadera polémica sólo se inició algunos meses después, precisamente en junio de 1963, con la publicación de un artículo del

entonces ministro del Comercio Exterior, Alberto Mora. En el artículo, « En torno a la cuestión del funcionamiento de la ley del valor en la economía cubana en los momentos actuales »¹², Mora criticaba la tesis de « algunos compañeros —claramente identificables como « Che » Guevara y el ministro de Hacienda Luis Alvarez Rom— según los cuales la ley del valor no funcionaba en el sector estatal de la economía cubana. Mora sostenía, en contra, que « cuando se señala que la ley del valor funciona, se expresa el hecho de que, como criterio económico, la producción es regulada por el valor. Que los productos son intercambiados de acuerdo con el valor de cada uno. En fin, que la ley del valor es, económicamente, un regulador de la producción », incluso en una sociedad socialista¹³. Para probar sus afirmaciones, Mora examinaba rápidamente la evolución del pensamiento comunista desde las teorías de Bujarin y Rosa Luxemburgo sobre la extinción de la economía política como consecuencia del fin del capitalismo, hasta la controversia soviética de 1956-1958 sobre la formación de los precios. Dice Mora :

« [...] la relación que establecemos que expresa la categoría « valor » es una relación bien objetiva : la relación existente entre los recursos limitados disponibles y las necesidades crecientes del hombre [...] Es con respecto a esta relación que se expresa la magnitud del valor : la cantidad de trabajo socialmente necesaria para producir una cosa determinada. Recuérdese que solamente un tipo de trabajo crea valor : el trabajo socialmente necesario. Eso es, la satisfacción de una necesidad socialmente reconocida, de los recursos limitados disponibles. Es, pues, precisamente esta relación la que se expresa en la categoría valor ; ella es, propiamente el valor. Según lo anterior tenemos : en tanto en cuanto sea necesario establecer el carácter deficitario de la relación señalada, la categoría valor conserva sentido. En el instante —y solamente entonces— en que los recursos disponibles sean ampliamente suficientes, la necesidad de expresar dicha relación perdería su sentido. Llegado este momento y solamente entonces, podríamos, pues, decir que la ley del valor ha dejado de funcionar. »¹⁴

El valor continúa, por tanto, como una categoría económica válida, según Mora, durante toda la fase de transición al socialismo y también en la de paso al comunismo. ¿ Pero de qué modo actúa concretamente esta categoría ?

« En el socialismo —explica Mora—, el valor se concreta a través de la planificación, del plan. Es precisamente, en la decisión consciente de la autoridad planificadora [la JUCEPLAN] en que aparece más plenamente el valor, como criterio económico, como regulador de la producción... Novozhilov nos parece expresar básicamente esta idea al hacer hincapié en el concepto de insuficiencia relativa de fuerzas productivas como criterio económico en la determinación de inversiones. »¹⁵

Mora no llega, naturalmente, a afirmar que el criterio del valor deba regir toda la actividad de planificación. No se trata de respetar ante todo el mecanismo automático de la adecuación del proceso productivo a la ley del valor (mecanismo que sigue siendo típico de la sociedad mercantil), sino solamente de tener en cuenta, en la medida precisa, los índices de valor en el marco de una planificación inspirada principalmente por otros criterios (políticos, sociales, de defensa, etc.).

¿ Pero puede funcionar la ley del valor dentro del sector socialista, puesto que las distintas empresas constituyen, como dice Guevara, los engranajes de un único mecanismo productivo y no unidades autónomas de producción ? No es de extrañar que Mora tome posición contra tales concepciones :

« Cuando algunos compañeros niegan que la ley del valor opera en las relaciones entre las empresas dentro del sector estatal, argumentan que todo el sector estatal es una sola propiedad ; que las empre-

11. Citado en *Hispanic American Report*, volumen XVI, número 2, Stanford University, febrero de 1963.

12. *Comercio Exterior*, junio de 1963. Reproducido en *Nuestra Industria. Revista Económica*, número 3, octubre de 1963.

13. *Nuestra Industria*, número 3, octubre de 1963.

14. *Ibid.*, p. 15.

15. *Ibid.*, p. 16.

sas son propiedad de la sociedad. Esto último, desde luego, es cierto. Pero económicamente es un criterio incorrecto. La propiedad estatal no es, aún, la propiedad social plenamente desarrollada, que solamente se alcanzará con el comunismo [...] Basta, simplemente, fijarse en las relaciones entre las empresas estatales, cómo surgen contradicciones entre ellas y unas se reclaman a otras, para darse cuenta que, actualmente, en Cuba, todo el sector estatal de ninguna manera constituye «una sola gran empresa.»¹⁶

Como se ve, de la polémica sobre un solo punto (los incentivos), se pasa con el artículo de Mora a una discusión bastante más general de las tesis sobre las que se basa el sistema de financiamiento presupuestario.

La contestación de Guevara llega en octubre de 1963, con un artículo, «Sobre la concepción del valor. Contestando algunas afirmaciones sobre el tema», publicado en la revista del Ministerio de Industria, **Nuestra Industria. Revista Económica.**

En este escrito, Guevara ataca a sus críticos con la mirada fija en los problemas concretos de gestión socialista que se han puesto en discusión, dejando a otros el trabajo de encontrarle faltas a Mora a nivel de la doctrina económica y de la ortodoxia marxista¹⁷.

Naturalmente, Guevara empieza con la afirmación central de Mora sobre la acción persistente de la ley del valor, incluso en una economía socialista, a través del plan.

«Nosotros —dice— no estamos tan seguros de eso: suponiendo que se hiciera un plan totalmente armónico en todas sus categorías, hay que suponer que debe tener algún instrumento de análisis fuera de él que permita su valoración y ese instrumento no se me ocurre que pueda ser otro que los resultados del mismo. Pero los resultados son la comprobación **a posteriori** de que todo anda bien o algo anda mal (con respecto a la ley del valor, se entiende, ya que puede haber defectos de otro origen). Tendríamos que empezar a estudiar minuciosamente los puntos flojos para tratar de tomar medidas prácticas, **a posteriori** nuevamente, y corregir la situación por tanteos sucesivos. En todo caso, el equilibrio entre el fondo mercantil y la demanda solvente sería el patrón de control, ya que el análisis de las necesidades no satisfechas no arrojaría ninguna luz, pues,

por definición, no existen condiciones para darle al hombre lo que demanda en este periodo [...] Se crearán entonces tensiones que habrá que corregir con medidas administrativas para impedir una carrera de precios y se crearán relaciones que oscurecerán cada vez más la acción de la ley del valor. Siempre se pueden calcular efectos [...] Pero en el plan habrá un reflejo cada vez más pálido de la ley del valor.»¹⁸

Esto aparte, Guevara añade que no es su intención impugnar la validez de la ley del valor, sino solamente poner de manifiesto que la ley del valor se da en su forma más desarrollada en el mercado capitalista; por tanto, una distorsión del mercado tan profunda como la provocada por la socialización de los medios productivos y del sistema distributivo, no puede menos que deformar, a su vez, la acción de la ley de modo que llega a hacer difícil su utilización inteligente.

En lo que concierne a las relaciones entre las distintas empresas del sector estatal, Guevara no niega que existan contradicciones entre ellas (y no sólo entre ellas, sino «entre fábricas de una empresa, entre talleres de una fábrica y, a veces, como en el caso de los trabajadores de una brigada, en el trabajo normado a tiempo con premio, en el seno mismo de la brigada, que se expresan, en un ejemplo práctico, cuando una brigada se niega a que uno de sus trabajadores deje alguna hora de producción para enseñar a sus compañeros, por el hecho de que así baja la productividad del grupo y por tanto los salarios del mismo»¹⁹); pero Guevara sostiene que estas contradicciones —a diferencia de las que se dan en un sistema capitalista— tienen un carácter no-antagónico, y que,

16. *Ibid.*, p. 18-19.

17. Miguel Cossío, «Contribución al debate sobre la ley del valor», **Nuestra Industria. Revista Económica**, número 4, diciembre de 1963.

18. **Nuestra Industria**, número 3, octubre de 1963, p. 6-7.

19. *Ibid.*, p. 7-8.

por tanto, pueden resolverse sin hacer necesaria una revisión del sistema.

«Estamos de acuerdo —concluye Guevara— en que el sector estatal no constituye aún, de ninguna manera, una sola gran empresa; por defectos organizativos, por falta de desarrollo de nuestra sociedad y porque existen dos sistemas de financiamiento. Nosotros nos basábamos, fundamentalmente, para expresar nuestro concepto de una sola empresa, en la definición que da Marx de mercancía: «Para ser mercancía, el producto ha de pasar a manos de otro, del que lo consume, por medio de un acto de cambio» [...] Nosotros consideramos que el paso de un taller a otro, o de una empresa a otra en el sistema presupuestario [...] no puede ser considerado como un acto de cambio; [es], simplemente, un acto de formación o agregados de nuevos valores mediante el trabajo. Es decir, si mercancía es aquel producto que cambia de propiedad mediante un acto de cambio, al estar dentro de la propiedad estatal todas las fábricas, en el sistema presupuestario, donde no se produce este fenómeno, el producto solamente adquirirá características de mercancía, cuando llegando al mercado, pase a manos del pueblo consumidor.»²⁰

Guevara volvió al ataque en el número de febrero de 1964, de **Nuestra Industria**, con un artículo titulado «Sobre el sistema presupuestario de financiamiento», en el que sus argumentos se presentan de modo más organizado.

Guevara toma, para comenzar, la cuestión discutida de la ley del valor, para aclarar, posteriormente, su pensamiento. Esa ley —precisa Guevara— como cualquier ley económica, expresa por definición solamente una tendencia. Ahora bien, en el marco de una sociedad socialista en formación, esa tendencia puede solamente ser una tendencia a su **desaparición**, ya que la acción de la ley viene ligada a la presencia de una sociedad mercantil que está en vías de un debilitamiento progresivo. En otras palabras, Guevara considera que la ley del valor es «parcialmente existente, debido a los restos de la sociedad mercantil subsistentes» en la fase de transición. En consecuencia, admite que su acción regula el intercambio entre el Estado productor y los consumidores, y también regula las

transacciones comerciales entre Estados socialistas; pero niega, en forma muy explícita, la posibilidad de utilizarla donde no se puede ver, ni con la mejor voluntad, un mercado, tal como ocurre dentro del sector estatal en una sociedad de transición. La ley del valor y el plan —ésta es la conclusión de Guevara— son, por tanto, dos elementos ligados en una contradicción que no puede resolverse más que con la negación del primer término. Y la razón es que «la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria y el punto en el que la conciencia del hombre alcanza, por fin, a sintetizar y dirigir la economía hacia su meta, la plena liberación del ser humano en el marco de la sociedad comunista.»²¹ La parte más original e interesante del artículo es la que se enfrenta directamente con la cuestión fundamental que subyace a la polémica, pero que hasta aquel momento no se había aún abordado oficialmente, es decir, la contraposición entre el sistema del «cálculo económico» y el sistema de presupuesto unificado. En este artículo, Guevara abandona toda cautela y procede, ante todo, a una abierta comparación descriptiva entre ambos sistemas desde un punto de vista institucional y funcional.

Hay tres diferencias básicas, dice Guevara²². Concretamente:

a) un distinto concepto de empresa.

«Para nosotros —dice Guevara— una empresa es un conglomerado de fábricas o unidades que tienen una base tecnológica parecida, un destino común para su producción o, en algún caso, una localización geográfica limitada; para el sistema de cálculo económico, una empresa es una unidad de producción con personalidad jurídica propia. Una central azucarera es una empresa para aquel método, y para nosotros todas las centrales azucareras y otras unidades relacionadas con el azúcar constituyen la empresa consolidada del azúcar.»

20. *Ibid.*, p. 8.

21. **Nuestra Industria**, número 5, febrero de 1964.

22. *Ibid.*

b) una distinta función del dinero :

«En nuestro sistema el dinero sólo opera como dinero aritmético, como reflejo, en precios, de la gestión de la empresa, que los organismos centrales analizarán para efectuar el control de su funcionamiento; en el cálculo económico es no sólo esto, sino también un medio de pago que actúa como instrumento indirecto de control, ya que son estos fondos los que permiten operar a la unidad y sus relaciones con el Banco son similares a las de un productor privado en contacto con bancos capitalistas a los que deben explicar, exhaustivamente, sus planes y demostrar su solvencia.»

c) un distinto mecanismo de retribución :

«Las empresas administradas del cálculo económico usan el trabajo normado a tiempo y el trabajo por pieza y por hora (destajo); nosotros estamos tratando de llevar todas nuestras fábricas al trabajo normado a tiempo, con premios de sobrecumplimientos limitados por la tarifa de la escala superior.»

Guevara no niega que su sistema haya encontrado dificultades, pero no acepta, en absoluto, que haya identidad entre centralización y burocracia; al contrario, dice, es evidente que habrá tanta menos burocracia cuanto más centralizadas estén las operaciones de contabilidad y control de las distintas empresas. Guevara recuerda a sus críticos que la forma de gestión que él preconiza es factible en la estructura económica y social cubana ya desde antes de la revolución, debido a la importancia de las grandes empresas monopolistas norteamericanas.

«Cuando los monopolistas se retiraron, se llevaron sus cuadros superiores y algunos intermedios; al mismo tiempo, nuestro concepto inmaduro de la revolución nos llevó a arrasar con una serie de procedimientos establecidos, por el mero hecho de ser capitalistas. Esto hace que nuestro sistema no llegue todavía al grado de efectividad que tenían las sucursales criollas de los monopolios en cuanto a dirección y control de la producción.»²³

Así, de una parte, Guevara sostiene la conveniencia de adaptar a la sociedad socialista todos los procedimientos técnicos más avanzados, sin temor de «contagios ideológicos burgueses»; por otra parte, subraya las «diferencias profundas» que separan el sistema productivo vigente en el sector industrial cubano, no sola-

mente del mecanismo productivo capitalista, sino también del sistema de gestión socialista de autogestión financiera. Ahora bien, según Guevara, la principal de estas «diferencias profundas», es la que se refiere a la naturaleza de los incentivos (materiales o morales): sobre esta cuestión el autor precisa su pensamiento de manera exhaustiva, refutando todas las simplificaciones malévolas.

Ante todo, Guevara no niega la necesidad de un incentivo material, pero se resiste a utilizarlo como fuerza motriz fundamental, por cuanto nota la tendencia de ese tipo de incentivos a convertirse en una categoría permanente —en vez de ser considerados como un elemento de origen capitalista y destinados por tanto a morir con el advenimiento del socialismo.

Queda abierta, pues, la cuestión de cómo podrán, concretamente, llegar a extinguirse los incentivos materiales. Los autores del «cálculo económico» sostienen que un aumento gradual de los bienes de consumo acabará por hacer superfluos los estímulos materiales. Pero, ¿es posible —se pregunta Guevara— que la abundancia de bienes de consumo se convierta en el elemento fundamental formativo de la conciencia socialista?

«Estímulo material directo y conciencia son términos contradictorios, en nuestro concepto [...] No se trata ya de matices; para los partidarios de la autogestión financiera el estímulo material directo, proyectado hacia el futuro [...] no se contraponen al «desarrollo» de la conciencia; para nosotros, sí. Es por eso que luchamos contra su predominio, pues significaría el retraso del desarrollo de la moral socialista.»²⁴

¿Cuál es entonces, según las concepciones de Guevara, la correcta utilización de los incentivos materiales?

«Si se sobrecumplen las normas —observa en concreto el autor— hay mayor beneficio para la sociedad y se puede suponer que el obrero que lo haga cumple mejor sus deberes, mereciendo, por tanto, una recompensa material. Aceptamos esta

23. Ibid.

24. Ibid.

concepción como el mal necesario de un periodo transitorio, pero no aceptamos que la interpretación cabal del apotegma «de cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo» deba interpretarse como el pago completo, en plus salario, del porcentaje de sobrecumplimiento de una norma dada.»²⁵

El sistema de las normas de trabajo, tal como se aplica en el sector socialista de la industria cubana, tiende a desanimar todas las formas de **stajanovismo**. Se estimula al obrero, sobre todo, a mejorar su capacitación profesional con miras a pasar a una calificación superior. El sistema está de hecho pensado de manera que los trabajadores encuadrados en una categoría determinada no puedan alcanzar el nivel de retribuciones de la categoría superior mediante un proceso mecánico de acumulación de primas. El objetivo es inducir al obrero a dar un salto cualitativo de carácter no solamente técnico, sino también político y moral.

En este sistema encaminado no solamente a aumentar la producción sino también a la autoeducación, la superación del individuo, la norma de trabajo cesa de ser un acuerdo sobre la cantidad de trabajo a ofrecer para convertirse en la expresión de un deber social y moral del trabajador.

«Aquí es —concluye Guevara— donde deben juntarse la acción del control administrativo con el control ideológico. El gran papel del partido en la unidad de producción es ser su motor interno [...] para que el trabajo productivo, la capacitación, la participación en los asuntos económicos de la unidad, sean parte integrante de la vida de los obreros, se vaya transformando en hábito insustituible.»²⁶

Como se ve, la preponderancia atribuida por Guevara al incentivo moral no corresponde, en realidad, a una emulación socialista abstracta, en contraposición frontal al sistema de los incentivos materiales, sino que corresponde a una utilización combinada de los dos tipos de incentivo.

En el plano teórico, Guevara hace notar que en los periodos de gran fervor revolucionario (como el que atraviesa la revolución

cubana) el desarrollo de la conciencia socialista puede favorecer el desarrollo productivo más que cualesquiera estímulos materiales. Esta evidencia le hace confiar en la posibilidad de utilizar el proceso de educación de las masas cubanas como una ayuda al Estado socialista en su empeño de liquidar las viejas relaciones capitalistas de producción.

Al llegar a este punto, es manifiesto que Guevara ya no considera su sistema como un simple mecanismo que se justifica en sí mismo, sino que tiende, más bien, a presentarlo como una concepción global, cuya máxima eficacia puede ser garantizada sólo en cuanto se aplique sin reservas a todos los sectores socialistas de la economía cubana.

«Para hacer un resumen de nuestras ideas sobre el sistema presupuestario de financiamiento —concluye de hecho Guevara— debe comenzarse por aclarar que en un concepto global, vale decir, su acción objetiva se ejercería cuando participara en todos los aspectos de la economía [...] partiendo de las decisiones políticas y pasando por JUCEPLAN para llegar a las empresas y unidades por los canales del Ministerio.»²⁷

Con esta intervención, la polémica económica cubana entra en una nueva fase. Hasta entonces se había mantenido en sordina, gracias al respeto por algunas reglas tácticas. Así, por ejemplo, las respuestas se habían ceñido siempre a un solo aspecto específico (como la validez de la ley del valor, el sistema de incentivos, etc.), de manera que no se ponía, oficialmente, en duda el sistema criticado en toda su amplitud. Además, se había evitado siempre, a propósito, toda confrontación directa de ambos sistemas que sólo hubiera podido desembocar en el repudio de uno y en la atribución al otro del calificativo de «praxis superior». Las reglas del juego tendían, en resumen, a establecer

25. *Ibid.*

26. *Ibid.*

27. *Ibid.*

una especie de convivencia pacífica entre el sistema del « cálculo económico » y el sistema presupuestario —cuando no una relación de interdependencia dialéctica: por ejemplo, Guevara había llegado a decir en el seminario argelino sobre planificación que la confrontación constante de las dos tendencias aumentaba la posibilidad de encontrar el mejor camino, y favorecía el desarrollo de un sistema de planificación menos rígido, más técnico y en vías de transformación continua.

La conservación del *statu quo* permitía la experimentación de ambos sistemas y era un acicate de los defensores de uno u otro para perfeccionar sus argumentos sin caer en exageraciones sistemáticas. Pero en esa época, tiene razón Aricó cuando dice en su interesante ensayo sobre la controversia, que « los dos sistemas llevaban a dos políticas globales distintas », razón por la cual era evidente que más tarde o más temprano iba a ser necesario decidirse por una verdadera « opción definidora »²⁸. El artículo de Guevara constituía, por tanto, una invitación a adoptar tal opción. No sorprende, por tanto, que un par de meses después —tras algunas escaramuzas marginales sobre la función del banco central de crédito²⁹— las tesis de Guevara hayan sido objeto de una discusión global, dirigida a revalorizar el « cálculo económico » como instrumento óptimo de control productivo en el marco de la realidad estructural cubana.

Sin embargo, es significativo que la refutación de las tesis de Guevara no haya sido realizada por Carlos Rafael Rodríguez, que era responsable del INRA, donde la autogestión financiera se aplicaba con mayor éxito, sino por un economista extranjero, Charles Bettelheim (y, además, a título personal). Carlos Rafael Rodríguez había intervenido en la polémica una sola vez, en forma más bien indirecta, al explicar en *Cuba Socialista*, en octubre de 1963, el

alcance de la Segunda Reforma Agraria. En esa ocasión, había naturalmente defendido los beneficios del « cálculo económico », denunciando el « centralismo burocrático » como un « mal nefasto » para la industria y « mortal » para la agricultura. El silencio persistente de Rodríguez, incluso después del artículo de Guevara publicado en *Nuestra Industria*, en febrero, se puede, tal vez, interpretar como un propósito firme de evitar un encuentro frontal que hubiera hecho la polémica áspera y personal. El encargo de defensor oficioso del « cálculo económico » lo tuvo, pues, Bettelheim, en un artículo ya famoso que lleva por título « Formas y métodos de la planificación socialista y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas », aparecido en *Cuba Socialista*, en abril de 1964. Bettelheim se cura en salud afirmando que su escrito se sitúa en el campo de la teoría económica, pero pronto habla de tres objetivos concretos :

« a) superar las indecisiones legítimas que se pueden presentar antes de sustituir los métodos de trabajo y las formas de organización a los que se está acostumbrado, por métodos y formas nuevos ; b) esquivar la sensación de que se retrocede en la organización económica, cuando no se hace más que renunciar a formas de organización dejadas atrás o prematuras, de todos modos inadaptadas ; c) no caer en la tentación de imitar métodos o formas de organización que pueden haber dado resultados positivos bajo condiciones objetivas distintas, especialmente cuando había que respetar otras prioridades que no son las de la economía cubana de hoy. »³⁰

Bettelheim deja, pues, entender desde un principio que no piensa limitarse al campo

28. José M. Aricó, « Problemas de la planificación económica en Cuba », *Pasado y presente*, números 5 y 6, Córdoba (Argentina), abril-septiembre de 1964.

29. Marcelo Fernández Font, « Desarrollo y funciones de la banca socialista en Cuba », *Cuba Socialista*, número 30, febrero de 1964 ; Ernesto Guevara, « La banca, el crédito y el socialismo », *Cuba Socialista*, número 31, marzo de 1964.

30. El artículo de Bettelheim se publicó también en *Nuestra Industria. Revista Económica*, número 7, junio de 1964. La cita está en la p. 38.

abstracto de la doctrina, sino que su propósito es el de poner a disposición de los dirigentes cubanos un tipo de análisis que pueda ser utilizado como guía concreta para su acción reformadora.

Según Bettelheim, los inconvenientes que afligen a la economía cubana no provienen de meros estrangulamientos contingentes o de faltas administrativas, sino de un desequilibrio fundamental, es decir, de la falta de adecuación entre relaciones de producción y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

«Es sabido —escribe Bettelheim— que [...] es el carácter cada vez más social de las fuerzas productivas lo que hace de la socialización de los medios de producción una **necesidad objetiva**. Se sabe, también, que los fundadores del socialismo científico han demostrado que el carácter social de las fuerzas productivas es más o menos pronunciado, según los tipos de actividad económica y la naturaleza de las técnicas empleadas.»³¹

Ahora bien, esta afirmación incontrovertible le sirve a Bettelheim no sólo para sostener la necesidad de la supervivencia de un sector privado en el periodo de transición, sino también para postular la validez persistente de la ley del valor (que él contrapone explícitamente al llamado «libre juego de las leyes del mercado»), incluso dentro del sector socialista. Bettelheim sostiene que, en Cuba, «la expresión jurídica de las relaciones socialistas de producción no corresponde a su naturaleza real», lo que equivale a decir que la capacidad de disponer efectivamente de los medios de producción por parte del Estado no corresponde a la propiedad formal de los mismos.

«[La organización] del sector socialista —escribe— sólo es eficaz si el poder jurídico para disponer de ciertos medios de producción [...] coincide con la capacidad de emplear estos medios de producción [...] de manera eficiente. El nivel social en el que esta capacidad se sitúa en un momento dado, no depende, evidentemente, de la «buena voluntad» de los hombres, sino del desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Cuando el poder jurídico y la capacidad efectiva no coinciden, cuando el sujeto jurídico no es un verdadero sujeto económico, hay divorcio

entre, por una parte, el **proceso real de producción** [...] y, por otra, el **proceso que ha sido buscado** [...]. Este divorcio entraña una ausencia más o menos real de la dirección real del proceso económico por los que se supone encargados de dirigirlo, y engendra, en general, la multiplicación de las medidas reglamentarias y la ampliación del aparato burocrático. Estos fenómenos nocivos están ligados al vano esfuerzo desplegado para tratar de cerrar la brecha que separa el marco jurídico formal de las relaciones de producción reales [...]»³²

Esta situación se da, dice Bettelheim, aun en los países socialistas más avanzados —y, por tanto, con mayor razón, parece sugerir, en Cuba.

«[...] al nivel actual del desenvolvimiento de las fuerzas productivas —continúa Bettelheim en polémica abierta con las tesis de Guevara sobre la gran y única empresa estatal— [...] este proceso de apropiación **no es todavía un proceso único**, enteramente dominado por la sociedad, sino que es todavía un proceso multiforme, fragmentado, dividido en cierto número de centros de actividades, en cierto número de procesos elementales de apropiación.»³³ No hay duda, admite Bettelheim, que en la realidad existe una cierta interdependencia entre las distintas empresas del sector estatal, y es precisamente esta interdependencia, este «inicio de integración», lo que hace necesaria la planificación socialista.

«Pero el proceso de integración de los diferentes procesos elementales de producción sólo está empezando. Cada uno de estos procesos debe aún desarrollarse de una manera relativamente autónoma. La apropiación de la naturaleza por los hombres se efectúa, en consecuencia, en centros (unidades de producción) distintos, separados, y entre los cuales se establecen relaciones complejas, múltiples y más o menos regulares [...] En tanto que la interdependencia de estos centros corresponde al carácter social de la producción y da [...] su contenido real a la propiedad social de los medios de producción, [hay que concluir que] el carácter separado, distinto, de estos centros determina la forma jurídica de la propiedad de los medios de producción atribuidos a cada uno de ellos.»³⁴

¿Qué se deduce de esto? Según Bettelheim:

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*, p. 44.

33. *Ibid.*, p. 49.

34. *Ibid.*, p. 48.

a) hay que abandonar la pretensión de reducir conceptualmente las diversas formas de propiedad social a la noción general de « propiedad estatal ».

b) no hay que forzar *a priori* el paso de las formas llamadas « inferiores » a las llamadas formas « superiores » de la sociedad socialista, sino que hay que buscar la adopción de las formas que mejor correspondan al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en el momento concreto.

« Cuando se habla de formas « superiores » [...] esto tiene [para los procesos de producción que no están todavía maduros para esta forma de propiedad] un sentido estrictamente histórico como perspectiva [...] pero no [...] de inmediato al nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas. Es precisamente por eso por lo que es necesario conservar las formas llamadas « inferiores ». La existencia de éstas no está, pues, justificada, como a veces se piensa, por « el espíritu conservador » de los campesinos, sino por la realidad de las relaciones concretas de producción... [por ejemplo] la venta a los koljoses de máquinas agrícolas que estaban en poder de las Estaciones de Máquinas y Tractores en la Unión Soviética, nos proporciona un ejemplo del paso de la propiedad del Estado a la propiedad koljosián, paso que formalmente corresponde a un « retroceso » en el nivel de socialización de estos medios de producción. Sin embargo, este « retroceso » puede corresponder, en realidad, a un progreso de la socialización efectiva, si trae consigo, en la práctica, un progreso en la eficiencia económica con que la sociedad utiliza los medios de producción así transferidos. »³⁵

c) hay que darse cuenta que cuando el poder jurídico de disposición se atribuye a una jurisdicción que no tiene la capacidad efectiva de disponer, habrá un control social débil sobre las fuerzas productivas.

« Esto es lo que ha pasado en Cuba —prosigue Bettelheim, refiriéndose claramente a Guevara— en aquellas ramas industriales en que lo esencial del poder jurídico de disposición ha sido confiado a los Consolidados, cuando sólo las unidades de producción constituyen verdaderos sujetos económicos, aptas para gozar de una capacidad efectiva de disposición. »³⁶

d) hay que reconocer la existencia de categorías mercantiles incluso dentro del sector socialista.

« De hecho, [la] desaparición de las categorías mer-

cantiles supondría una socialización mucho más adelantada que la de hoy [...] Solamente sobre la base de esta socialización más avanzada del proceso de la reproducción, las diferentes formas de la propiedad social que existen hoy en todos los países socialistas, podrán ceder su lugar a una propiedad plena y completa de toda la sociedad, que es lo único que permitirá el debilitamiento de las categorías mercantiles. »³⁷

Así pues, según Bettelheim, los intercambios dentro del sector socialista tienen un carácter **objetivamente** comercial —mientras que, como se recordará, Guevara sostiene que el producto se convierte en mercancía sólo al abandonar el sector estatal para ser consumido. La tesis de Bettelheim tiene para él un valor concreto bastante preciso ; según él, la negación teórica de la ley del valor como base para los intercambios en el ámbito del sector socialista, es un error que lleva a despilfarros graves que se solucionan, parcialmente, en la práctica, pues,

« [...] muy a menudo, de hecho, en las economías planificadas, en que no se ha sabido acordar la libertad de acción necesaria a las unidades de producción, el despilfarro se encuentra, en parte, reducido por los intercambios a que las unidades de producción proceden entre ellas, en violación formal del plan ; pero de hecho, más a menudo, con vistas a lograr los objetivos reales. Es así —concluye Bettelheim— como la necesidad objetiva de las leyes económicas se abre camino. Lo grave en este caso es que en vez de utilizar estas leyes conscientemente (lo cual es el principio del plan) se les deja jugar un papel espontáneo. »³⁸

Resumiendo, Bettelheim afirma la existencia de un verdadero « mercado socialista » que hay que tener en cuenta desde diversas perspectivas y, de manera especial, en cuanto a la formación de los precios. Ese mercado, precisa Bettelheim en seguida, es distinto al mercado capitalista porque su funcionamiento ha sido profundamente modificado por el desarrollo de las relaciones de producción socialistas.

35. *Ibid.*, p. 44.

36. *Ibid.*, p. 45-46.

37. *Ibid.*, p. 48.

38. *Ibid.*, p. 52.

«Gracias a estas relaciones socialistas, los productores ya no están relacionados entre sí solamente a través de sus productos (esto, en la pura sociedad mercantil tenía por consecuencia la dominación de los productos sobre los productores, el fetichismo de la mercancía, etc.), sino que mantienen también relaciones directas de productores asociados. Como tales, se esfuerzan en coordinar a priori sus esfuerzos y pueden (parcialmente) conseguir esta coordinación a través del plan económico.»³⁹

En el reparto integral a priori de los medios de producción, el plan debe, por tanto, tener en cuenta no solamente las necesidades sociales, sino también el distinto contenido socioeconómico de las diversas formas de propiedad estatal, de las relaciones comerciales existentes en el sector, de la función especial de la moneda en las relaciones de producción socialistas, etc. Según Bettelheim, es necesario hacer funcionar, lado a lado, una «planificación socialista [que] asume la dirección consciente del conjunto de los procesos de reproducción social, más y más numerosos, que comienzan a ser coordinados» y una «gestión económica socialista [que] asume la dirección consciente de los diversos procesos que dependen de los diferentes sujetos económicos.»⁴⁰ Sólo así podrá el Estado socialista tomar la dirección consciente, en una fase de transición, de todos los procesos económicos: encuadrando a los sujetos jurídicos en el plan sólo en la medida en que dependan objetivamente unos de otros, y dejando que las categorías mercantiles regulen sus relaciones en la medida en que son aún objetivamente independientes.

Las tesis de Bettelheim se traducen en una serie de sugerencias que él propuso para la reorganización administrativa del sector público, que pueden resumirse como sigue:

a) conceder a las distintas unidades de producción una cierta libertad de acción, que les permita afrontar cualquier situación —incluso las no previstas en el plan— para sacar el máximo beneficio social de

los medios de producción, siempre en función de las necesidades reales. Hay que notar que Bettelheim no da una definición administrativa dogmática del concepto «unidad de producción», al afirmar que la capacidad efectiva de disposición se sitúa en la realidad a diversos niveles que corresponden al desigual desarrollo de las fuerzas productivas. En consecuencia, en algunos sectores habrá unidades de producción al nivel de la empresa, mientras que en otros (como por ejemplo en la industria eléctrica) al nivel de Empresa Consolidada.

b) conceder a las distintas unidades de producción una cierta autonomía contable.

«[...] la combinación del mantenimiento [...] de las categorías mercantiles al interior mismo del sector socialista, y de la libertad de acción con que debe ser dotada, hasta ciertos límites, cada unidad de producción, [...] da su sentido a la autonomía contable de cada una de estas unidades, al cálculo económico al nivel de cada unidad y a las posibilidades de autofinanciamiento de que cada una de ellas debe disponer. Estas categorías [...] traducen las condiciones y las exigencias objetivas del funcionamiento de la economía socialista en el estado actual de su desarrollo: no respetarlas, sólo puede entorpecer el buen funcionamiento de la economía y poner obstáculos a la propia planificación.»⁴¹

c) reconocer «la necesidad de ligar la remuneración de cada uno a la cantidad y a la calidad de su trabajo (es esto lo que se llama «sistema de estímulos materiales»). Bettelheim no niega que los incentivos materiales deban dejar de existir progresivamente, al tiempo que se extiende el «comportamiento fundado sobre motivaciones no interesadas económicamente». Sin embargo, hace notar que,

«el lugar respectivo de las diferentes categorías de estímulo no puede, por tanto, estar determinado arbitrariamente, en nombre de tal o cual visión moral, o de tal concepción ideal de la sociedad socialista, sino que debe ser ligado al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, de las que

39. *Ibid.*, p. 51.

40. *Ibid.*, p. 50.

41. *Ibid.*, p. 52.

forman parte los propios hombres, con sus conocimientos, su educación [...]»⁴²

Como se ve, el sistema sobre el que Guevara teoriza es acusado por Bettelheim, en forma bastante directa, de **abstracción** y de **voluntarismo**, mientras que él propone como alternativa un modelo organizativo que de hecho corresponde estrechamente al sistema de empresa de autogestión financiera, ya aplicado en el sector socialista de la agricultura cubana. Tras la intervención de Bettelheim, la palabra correspondía nuevamente a los defensores del sistema presupuestario. Estos discutieron en forma separada, los argumentos de sus oponentes: primero, al nivel de la doctrina económica, y después al nivel político-ideológico. De lo primero se encargó el economista belga Ernest Mandel; de lo segundo, «Che» Guevara. A continuación trataremos de exponer brevemente el contenido de ambas respuestas.

El artículo de Mandel, «Las categorías mercantiles en el periodo de transición», publicado en **Nuestra Industria**, en junio de 1964, se inicia con un ataque metodológico a Bettelheim:

«Las relaciones entre las categorías económicas y la realidad histórica son [...] mucho más complejas que lo que aparece a primera vista. Las categorías nacen de la realidad, pero esta realidad nunca se deja reducir a esas categorías. La realidad es siempre más rica, más compleja, más ambigua que las categorías; sin embargo, la realidad no puede ser teóricamente apropiada sino con la ayuda de estas mismas categorías [...] varias conclusiones del autor están, sin embargo, viciadas en su base por este error metodológico: la negativa de aplicar algunas categorías a una realidad histórica determinada, so pretexto de que esas categorías no se manifiestan de manera «pura» en una realidad histórica determinada.»⁴³

Es cierto, prosigue Mandel, que las relaciones de producción deben corresponder al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Pero esto es verdad a condición de que se dé a la expresión «relaciones de producción» un significado amplio,

entendiéndola como equivalente a «estructura económica» o a «modo de producción», a fin de que la necesidad de esa correspondencia se afirme solamente a escala histórica y no para periodos breves. Durante la fase de transición hay una especie de coexistencia temporal entre los dos distintos complejos productivos: por esta razón es casi imposible determinar, para cualquier momento y para cualquier país, si el grado de desarrollo de las fuerzas productivas corresponde, o no corresponde, a las relaciones de producción que han nacido al nacionalizar los medios de producción.

Mandel admite sin dificultad que, en la fase de transición, el Estado socialista no dispone efectivamente de la totalidad de los medios de producción y está de acuerdo sobre el peligro de caer en voluntarismo al pretender nacionalizar incluso allí donde no existe aún una base técnica suficiente para una efectiva socialización. Sin embargo, no hace falta, según Mandel, que exista una «capacidad de disposición integral» para que se pueda hablar de la existencia de un sector socialista.

«[...] las relaciones de producción corresponden a la forma jurídica de la propiedad socialista de los medios de producción, a partir del momento en que la planificación socialista por medio de un plan económico único deviene efectivamente posible, es decir, a partir del momento en que las inversiones no se efectúan más según los imperativos de la ganancia, sino según las prioridades establecidas por el plan [...]»⁴⁴

Según Mandel, por tanto, exigir la «disposición integral de todos los medios de producción hasta el último clavo es un enfoque un poco mecánico y tecnocrático». La naturaleza de propiedad social proviene del hecho de que hace posible una «disposición de los medios de producción suficiente para eliminar el juego

42. *Ibid.*, p. 53.

43. *Ibid.*, p. 10.

44. *Ibid.*, p. 12.

de las fuerzas motrices del capitalismo y para asegurar un crecimiento económico conforme a otras leyes económicas, las de una economía socializada y planificada.»⁴⁵ Mandel comenta un pasaje de Lenin citado por Bettelheim, donde se señala que la condición para una planificación auténtica es «la capacidad efectiva de la sociedad de contabilizar y de distribuir las fuerzas productivas». Ahora bien, ¿es posible en un país como Cuba contabilizar y distribuir eficazmente las máquinas, las materias primas y la mano de obra en los pocos miles de empresas industriales que existen? La respuesta, para Mandel, es «evidentemente afirmativa».

«Sin duda [la planificación] se efectúa primeramente de manera imperfecta, parcial, inadecuada; pero lo que predomina entonces, no es el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, sino los defectos de organización y la falta de experiencia [...]»⁴⁶

Según Mandel, en efecto, lo que cuenta en la fase de transición no es la «integración técnica» de las empresas estatales, sino la «integración social, que no se deriva automáticamente de la primera, sino esencialmente de los niveles a los cuales son tomadas las decisiones «estratégicas concernientes a las empresas: política de inversiones y política de precios»⁴⁷, pues «en el periodo de transición del capitalismo al socialismo no hay **correspondencia integral** entre modo de producción, relaciones de producción, modo de cambio y modo de distribución, sino, por el contrario, **combinación de elementos contradictorios**.»⁴⁸

Es a causa de esta complejidad de las estructuras en el periodo de paso al socialismo que las categorías mercantiles sobreviven en toda una serie de operaciones de intercambio dentro del sector privado y en las relaciones con éste. Estas categorías, admite Mandel, **parecen** también funcionar dentro del sector socialista; pero se trata solamente de una ilusión, porque a las

formas exteriores no corresponde ningún contenido mercantil concreto.

«¿Las fuerzas de trabajo y los recursos materiales de la sociedad son distribuidos entre las diversas fábricas socializadas [...] según «el cambio privado» entre estas fábricas [es decir, según la ley del valor], o son [...] distribuidas más bien según un plan preestablecido para la sociedad? Es evidente que [...] son distribuidas según el plan; de lo contrario [...] estaríamos en pleno reino de la anarquía de la producción capitalista. No hay, pues, verdadero **cambio** entre estas fábricas, y tampoco producción de mercancías en este sector.»⁴⁹

¿Cómo se plantea la cuestión con respecto a las inversiones? Para Mandel está bien claro que tomar como guía la ley del valor y, por tanto, el criterio de la rentabilidad significaría no sólo poner fin a toda planificación verdadera sino además condenar a todos los países subdesarrollados a permanecer en este estado durante un periodo largo, indefinido. Es evidente, dice, «que en un país subdesarrollado, la agricultura es, en general, más «rentable» que la industria, la industria ligera más «rentable» que la industria pesada, la pequeña industria más «rentable» que la gran industria, y sobre todo la importación de bienes industriales del mercado mundial más «rentable» que su fabricación en el mismo país. Dejar guiar las inversiones por la ley del valor, sería conservar en lo esencial la estructura económica desequilibrada, heredada del capitalismo.»⁵⁰

A pesar de todo esto, Mandel está de acuerdo con Guevara en afirmar que no se puede simplemente «negar» la ley del valor. Esto sería, para él, una manera absurda de ver el problema. Se trata, más bien, de «una lucha tenaz y a largo plazo entre el principio del plan consciente y el juego ciego de la ley del valor. En esta

45. *Ibid.*, p. 14.

46. *Ibid.*, p. 12-13.

47. *Ibid.*, p. 25.

48. *Ibid.*, p. 35.

49. *Ibid.*, p. 23.

50. *Ibid.*, p. 27.

lucha, el planificador puede y debe utilizar conscientemente la ley del valor de manera parcial con el fin de combatirla mejor, en forma global.⁵¹

El que la ley del valor sea parcialmente utilizada, no justifica la propuesta de atribuir una « amplia autonomía financiera y contable » a las distintas unidades productivas del sector socialista. El criterio de la rentabilidad sólo presenta ciertas ventajas cuando es respetado por todos los sujetos económicos que operan en un determinado campo. En el caso del sector estatal cubano, por el contrario, toda una serie de palancas económicas no pueden ser utilizadas por las empresas ya que « el sector socialista en la época de transición no puede evitar teledirigir, por lo menos, una parte de las decisiones esenciales a cada empresa. Contentémonos con enumerar los grandes proyectos nacionales de inversiones y los precios de las máquinas y materias primas, que incluso en las más descentralizadas de las economías socializadas, la de Yugoslavia, continúan siendo rigurosamente determinados por las autoridades centrales. »⁵² Los organismos centrales han de anteponer la rentabilidad nacional a la rentabilidad empresarial, y, por tanto, se anulan así los posibles efectos de esta última como criterio de gestión. ¿Cuáles son, pues, las « opciones concretas » —como las llama Mandel— a que lleva esta refutación teórica de las tesis de Bettelheim?

« En realidad —dice abiertamente Mandel, en conclusión— el problema real subyacente en el debate teórico suscitado por el camarada Bettelheim es sobre todo en nuestra opinión, el de la lucha por el aumento de la productividad del trabajo, el de la lucha por el rendimiento, y el de la elección de un sistema de dirección de la economía que favorezca al máximo este crecimiento de la productividad del trabajo. En los marcos de un sistema que determine, en todo caso centralmente, los precios, los salarios básicos, las grandes inversiones y las grandes líneas del plan, este problema se reduce, esencial-

mente, a dos cuestiones: la de la organización interna del trabajo en la empresa, y la del estímulo material y moral, individual y colectivo. »⁵³

En lo que se refiere a la organización, Mandel se declara a favor de la centralización, usando argumentos similares a los empleados por Guevara en su artículo del mes de febrero anterior. Mandel no duda de las ventajas de la descentralización, en abstracto, pero sostiene que en una economía subdesarrollada los cuadros intermedios son siempre deficientes en preparación técnica y en madurez política; por tanto, es más aconsejable reservar a las instancias centrales el poder de decisión sobre los problemas administrativos más importantes, ya que no se sabe si la periferia hará un correcto uso de la autonomía que se le conceda. En otras palabras, Mandel sostiene que el sistema presupuestario de financiamiento es el más idóneo a las condiciones geográficas y al momento histórico cubanos, y así devuelve implícitamente las acusaciones de « irreflexión ideológica » y de « abstracción » que los defensores del « cálculo económico » habían utilizado contra Guevara.

Por cuanto toca al problema de los estímulos, Mandel —como tampoco Guevara— no rechaza *a priori* el empleo de incentivos materiales, pero niega que deban preponderar y critica, en particular, el empleo de aquellos tipos de incentivos que, a su juicio, entran en conflicto con el proceso de elevación de la conciencia socialista entre los trabajadores; por ejemplo, el sistema de destajos, que crea una especie de competencia entre los trabajadores, y los estímulos que favorecen el nacimiento de intereses divergentes entre la empresa y la sociedad. También en este terreno, dice Mandel, precisa subordinar los medios

51. *Ibid.*

52. *Ibid.*, p. 32.

53. *Ibid.*, p. 33.

a los fines, eligiendo aquellos incentivos que tengan una naturaleza educativa, es decir, que permitan levantar y no reducir la nascente conciencia socialista de los trabajadores. En este sentido, son positivos los estímulos individuales a mejorar las escalas sucesivas de calificación, y los estímulos colectivos basados sobre la distribución de una parte de los recursos suplementarios obtenidos gracias a una mejor organización del trabajo. El objetivo es único: colocar la dirección de la empresa en manos de los trabajadores:

«Una vez fijada esta meta, es necesario determinar las etapas que pueden conducir a ella, teniendo en cuenta el nivel de conciencia y de calificación técnica de los trabajadores, las insuficiencias de organización, los imperativos técnicos, etc. [...] la **movilización de la capacidad creadora y organizativa de la clase obrera** constituye una fuente enorme de aumento de la productividad del trabajo, a condición de que la clase obrera esté asociada al máximo, por órganos *ad hoc*, a la dirección de las empresas, y que se apliquen en el dominio de la producción los mismos métodos de explicación, de discusión, de persuasión [...] que han alcanzado tantos éxitos en otros dominios de la revolución.»⁵⁴

La discusión de las tesis de Bettelheim por Mandel, en el plano de la doctrina económica, acaba así por pasar al plano ético-político, en el que se mueve la respuesta final de Guevara, en el artículo «La planificación socialista, su significado», publicado en junio de 1964 en **Cuba Socialista**, y que a continuación resumimos.

Se inicia el artículo con una refutación de las afirmaciones de Bettelheim sobre la correlación necesaria entre relaciones de producción y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, desde un punto de vista que coincide esencialmente con el de Mandel. Guevara niega a Bettelheim el derecho de atribuir al sector socialista cubano una existencia meramente supra-estructural (es decir, basaba sobre la propiedad abstracta de los medios de producción, sin una auténtica capacidad de

disposición); y Guevara funda también su argumento, de manera típicamente mandeliana, en la imposibilidad de establecer *a priori*, y con tanta seguridad, una tal «mecánica microscópica» en relación a cualquier región, momento y situación.

Pronto pasa Guevara a otro orden de consideraciones:

«El compañero Bettelheim [...] ataca a los economistas que pretenden ver en la propiedad de los medios de producción por parte del pueblo una expresión del socialismo, diciendo que estas relaciones jurídicas no son base de nada. En cierta medida podría tener razón, con respecto a la palabra *base*, pero lo esencial es que las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas chocan en un momento dado, y ese choque no es mecánicamente determinado por una acumulación de fuerzas económicas, sino que es una suma cuantitativa y cualitativa, acumulación de fuerzas encontradas desde el punto de vista del desarrollo económico, desbordamiento de una clase social por otra, desde un punto de vista histórico y político. Es decir, nunca se puede desligar el análisis económico del hecho histórico de la lucha de clases [...] Por tal motivo para el hombre, expresión viviente de la lucha de clases, la base jurídica que representa la superestructura de la sociedad en que vive tiene características concretas y expresa una verdad palpable.»

Por tanto, aunque «hay toda una serie de aspectos de las relaciones jurídicas, que no corresponden a las relaciones de producción que en este momento caracterizan al país», esto quiere decir que nuevas relaciones de producción se impondrán a las viejas⁵⁵. ¿Cómo, de otro modo, sería posible el tránsito al socialismo en un «país colonizado por el imperialismo, sin ningún desarrollo de sus industrias básicas en una situación de monoprodutor, dependiente de un solo mercado»?⁵⁷ Entre las varias respuestas posibles, la más lógica es que en el gran marco imperialista mun-

54. *Ibid.*, p. 34.

55. **Cuba Socialista**, número 34, junio de 1964, p. 19.

56. *Ibid.*, p. 18.

57. *Ibid.*, p. 15.

dial puede romperse uno de los eslabones más débiles. Pero esta explicación no satisface aún del todo. Para que haya nacido concretamente una sociedad socialista en Cuba antes que en otros países el desarrollo de las fuerzas productivas ha de haber entrado en conflicto con las relaciones de producción **antes** de lo que podía esperar racionalmente. « ¿Qué sucede? », se pregunta Guevara. El elemento decisivo hay que buscarlo en presencia de una « vanguardia de los movimientos revolucionarios, influidos cada vez más por la ideología marxistaleninista, [...] capaz de preveer en su conciencia toda una serie de pasos a realizar y forzar la marcha de los acontecimientos [...] dentro de lo que objetivamente es posible. »⁵⁸ En otras palabras, la conciencia de los hombres de vanguardia (« producto del desarrollo de todas las fuerzas productivas en el mundo y el producto de la enseñanza y educación de la Unión Soviética y los demás países socialistas sobre las masas de todo el mundo »⁵⁹) les puede indicar el camino de una revolución socialista en su país, aunque, analizando ese país como un todo único y aislado, **no** existan aún objetivamente las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que harían imprescindible una explosión. Esto es lo que sucedió, por ejemplo, en Cuba, donde aprovechando unas circunstancias históricas excepcionales, las fuerzas revolucionarias tomaron el poder, quemaron etapas, decretaron el carácter socialista de la revolución y emprendieron la construcción del socialismo.

Ahora bien, si todo eso es cierto en el caso de Cuba —y, para Guevara, no admitirlo así es caer en el ridículo con que Lenin cubrió a los « héroes de la II Internacional » que decían que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en Rusia hacía imposible el socialismo—, ¿cómo es enton-

ces posible pretender utilizar de modo tan mecánico el argumento de la necesaria concordancia entre todos los factores económicos [...] **después** de la victoria de la revolución?

Naturalmente, Guevara admite la existencia de numerosas contradicciones que frenan el proceso de transición hacia el socialismo, pero sostiene que se trata de dificultades transitorias, susceptibles de ser superadas gracias a métodos de organización que correspondan mejor a la teoría y práctica marxistas. Lo que le preocupa, como ha observado acertadamente Tutino, es más bien la posibilidad de que « el análisis de Bettelheim sobre algunos fenómenos transitorios pueda asumir un valor teórico definitivo y sobreponerse a lo que, para Guevara, debe continuar siendo una constante absoluta: la propiedad social como expresión palpable de las nuevas relaciones entre los hombres. »⁶⁰ En resumen, Guevara parece temer que se pueda concluir pragmáticamente que si ciertos fenómenos anormales existen es porque son necesarios:

« ¿Por qué pensar que lo que « es » en el período de transición, necesariamente « debe ser »? »⁶¹

Los golpes que la realidad se ha encargado de dar a « ciertas audacias », ¿son el resultado de la audacia? Para Guevara son, más bien, en parte o en todo, resultado de « fallas técnicas de administración. »⁶²

En lo que respecta a la ley del valor, Guevara afirma una vez más la posibilidad de utilizarla con fines meramente comparativos en el sector socialista; pero rechaza vigorosamente la afirmación de que el nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas haga objetivamente necesario

58. *Ibid.*, p. 18.

59. *Ibid.*

60. *Rinascita*, número 28, 11 de julio de 1964.

61. *Cuba Socialista*, número 34, junio de 1964. p. 21.

62. *Ibid.*

el uso de la ley del valor. « Los defensores del cálculo económico », dice Guevara con ironía, « nunca han explicado correctamente cómo se sostiene en su esencia el concepto de mercancía en el sector estatal, o cómo se hace uso « inteligente » de la Ley del Valor en el sector socialista con mercados distorsionados. »⁶³ Guevara reafirma, pues, del modo más categórico que la gestión centralizada es el verdadero modo de ser de una sociedad socialista. Así lo expresa textualmente :

« Decir que la empresa consolidada es una aberración equivale, aproximadamente, a decir que la Revolución Cubana es una aberración. Son conceptos del mismo tipo y podrían basarse en el mismo análisis. El compañero Bettelheim nunca ha dicho que la Revolución Socialista Cubana no sea auténtica, pero sí dice que nuestras relaciones de producción actuales no corresponden al desarrollo de las fuerzas productivas y, por tanto, prevé grandes fracasos. »⁶⁴

Ahora bien :

« Las empresas consolidadas han nacido, se han desarrollado y continúan desarrollándose porque pueden hacerlo ; es la verdad de Perogrullo de la práctica. Si el método administrativo es o no el más adecuado, tiene poca importancia, en definitiva, porque las diferencias entre un método y otro son fundamentalmente cuantitativas. Las esperanzas en nuestro sistema van apuntadas hacia el futuro, hacia un desarrollo más acelerado de la conciencia, y, a través de la conciencia, de las fuerzas productivas. »⁶⁵

Este es el meollo de la respuesta definitiva de Guevara, despojada de las repeticiones casi literarias de los conceptos que había ya expuesto en su artículo de febrero. Hay que notar la coherencia con que el autor llega hasta las últimas consecuencias en la teorización de un sistema de gestión que está estrechamente relacionado con una intransigente concepción marxista del socialismo como un fenómeno ético antro-pocéntrico.

« El socialismo económico sin moral comunista —había dicho en otro lugar Guevara, en una entrevista publicada el año anterior— no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo luchamos contra la alienación. Uno de los objetivos fundamentales del marxismo es hacer desaparecer el interés, el factor de interés individual y de lucro

como motivación psicológica. Marx se preocupaba tanto del hecho económico como de su repercusión sobre el espíritu y del resultado definitivo de esta repercusión : el hecho de conciencia. Por lo tanto, si el comunismo no se preocupa del hecho de conciencia, se convierte en un método de distribución, pero no será nunca una moral revolucionaria. »⁶⁶

Con las respuestas de Mandel y de Guevara al artículo de Bettelheim, quedan por fin definitivamente claras cuáles son las cuestiones metodológicas, económicas y ético-políticas sobre las que versó la controversia.

Entre junio y diciembre hubo aún algunas nuevas intervenciones, cuya intención era simplemente de sistematización y explicación más detallada. Así en el número de junio de 1964 de **Cuba Socialista**, Juan Infante dedicó un ensayo a las « Características del funcionamiento de la empresa autofinanciada », que fue discutido en el número siguiente de la revista por Luis Álvarez Rom, que escribió « Sobre el método de análisis de los sistemas de financiamiento ». En el número de diciembre de **Nuestra Industria** se publicaron dos artículos técnicos que tratan respectivamente de « La concepción general de las finanzas en la historia y el sistema presupuestario de financiamiento en el periodo de transición », de Mario Rodríguez Escalona, y de « Experiencias sobre el control en el sistema presupuestario », de Alexis Codina.

De mayor importancia es un artículo de Guevara, en el mismo número de **Nuestra Industria**, titulado « Cuba, su economía, su comercio exterior, su significado en el mundo actual », que había ya aparecido en la revista inglesa **International Affairs**. Su

63. *Ibid.*

64. *Ibid.*, p. 17.

65. *Ibid.*

66. Un reportaje al « Che » en Argelia (Entrevista con Jean Daniel titulada **La profecía del « Che »** y recogida del texto publicado en Buenos Aires el año 1964 por Editorial Escorpión).

publicación en el órgano oficial del Ministerio de Industrias le dio, como no podía ser menos, un valor político, de nueva afirmación de las tesis de Guevara. En el artículo se hace un análisis crítico conciso de la política económica seguida por el gobierno cubano tanto en la agricultura como en la industria, en relación con el comercio exterior. En ambos sectores se persiguió la sustitución de importaciones, a través de una diversificación que no tuvo suficientemente en cuenta que, en la agricultura, la producción azucarera contaba con una gran ventaja comparativa, y que, en la industria, las nuevas plantas requerían la importación de materias primas que no se producían en Cuba. El propósito de Guevara en este artículo es discutir si la prioridad concedida por el régimen al sector agrícola y zootécnico, después de esos errores iniciales, es acertada. Por el momento, cree que lo es: hay que desarrollar la producción de azúcar, y la ganadería. Sugiere además una línea de desarrollo industrial: la extracción y elaboración de níquel en la zona nororiental de Cuba, «el corazón de la futura industria metalúrgica». Estas tres líneas están encaminadas no a sustituir importaciones sino, por el contrario, a incrementar las exportaciones. Así, como ha sido tradicional, «el papel del comercio exterior en la economía cubana seguirá siendo estratégico»: será la base de una futura industrialización.

«Ninguna de las tres líneas principales de desarrollo significa esfuerzo en sustituir importaciones, con excepción de la función de la ganadería en los primeros años. Transcurridos éstos, las líneas de desarrollo se reflejan totalmente en las exportaciones y, aunque no se abandone la política de sustitución de importaciones, será balanceada con la anterior. Queda para el decenio que comienza en 1970 un proceso más acelerado de sustitución de importaciones que únicamente puede ser logrado en base a una industrialización de grandes magnitudes. Para esto se crearán las condiciones en los próximos años, utilizando en todo la posible las ventajas que

permite el comercio exterior en una economía infra-desarrollada.»⁶⁷

Dicho de otro modo, Guevara acepta la vía agraria solamente para los años 1964-1970, como una solución táctica, y da una estrategia precisa para el periodo sucesivo al sentar la afirmación de la «necesidad objetiva» de una línea industrial de desarrollo. La línea agraria se discutió en una forma aún más directa en la segunda parte de un artículo del director general de planificación del Ministerio de Industrias, Miguel Figueras, aparecido en el número de febrero de 1965 de **Nuestra Industria**, con el título «Aspectos y problemas del desarrollo económico cubano». Al igual que Guevara, también Figueras discute críticamente la política cubana de desarrollo, pero sus conclusiones son algo más avanzadas en el sentido que no se limita a proponer un cambio de ruta a partir de 1970, sino que cree que es necesaria una revisión estratégica inmediata. Además, según Figueras, el problema no consiste en elegir una de las dos vías (agricultura o industria) sino en elaborar una línea de desarrollo global, esto es, basada en la selección de actividades productivas independientemente de su pertenencia al sector primario o al sector secundario.

«Todo [...] nos lleva, en opinión del autor, a la conclusión de que el decidir la estrategia futura del desarrollo no tiene su solución óptima en seleccionar únicamente si debe ser la agricultura o la industria el sector principal. Más bien, la decisión óptima, en el caso de Cuba, consiste en la selección de un número de producciones diferentes, tanto agrícolas como industriales, donde se maximicen las ventajas comparativas de Cuba.»⁶⁸

Como puede verse, los puntos de vista de Guevara y de Figueras, no coinciden pero tienen un elemento común: una falta de confianza en la prioridad estratégica atri-

67. **Nuestra Industria**. Revista Económica, número 10, diciembre de 1964, p. 29.

68. **Nuestra Industria**. Revista Económica, número 11, febrero de 1964, p. 29.

buida por Castro a la agricultura para la próxima década y tal vez también para la siguiente. La polémica había, pues, pasado a un terreno concreto y básico, y era difícil que las máximas instancias gubernamentales y del partido mantuvieran todavía por mucho tiempo la actitud de distancia que habían adoptado frente a la controversia. Una intervención de Fidel Castro era de esperar.

Además, en febrero de 1965, Guevara había llevado la discusión sobre la ley del valor a la arena de una conferencia internacional, y había ampliado sus tesis tan atrevidamente que no era ya posible evitar un cierto clamor. El ministro de Industrias de Cuba pronunció un discurso con ocasión del II Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, también en Argel, en el curso del cual expresó sus dudas respecto a la posibilidad de aplicar la ley del valor a las relaciones entre países socialistas a riesgo de caer en una forma especial de intercambio desigual. El tema había ya sido discutido por Guevara en su ensayo «Sobre el sistema presupuestario de financiamiento», que constituye algo así como un resumen de su pensamiento. Allí Guevara admite que la ley del valor regula las transacciones comerciales dentro del campo socialista, pero propugna que se pase a formas más elevadas de comercio entre los países de la nueva sociedad, para impedir que se agudicen las diferencias entre países desarrollados y países subdesarrollados, como consecuencia de los intercambios.

«Es necesario hallar fórmulas de comercio que permitan el financiamiento de las inversiones industriales en los países en desarrollo, aunque esto contravenga los sistemas de precios existentes en el mercado mundial capitalista, lo que permitirá el avance más parejo de todo el campo socialista, con las naturales consecuencias de limar asperezas y cohesionar el espíritu del internacionalismo proletario (el reciente acuerdo entre Cuba y la URSS es una muestra de los pasos que se puede dar en este sentido).»⁶⁹

En su intervención en el seminario de Argel lleva su argumentación bastante más lejos, refutando abiertamente la aplicabilidad de la ley del valor no sólo a los intercambios entre países socialistas, sino también a los intercambios entre países socialistas y países del tercer mundo, en nombre de una nueva actitud de fraternidad en las relaciones de la Humanidad.

* [...] Una conclusión se impone: el desarrollo de los países que conduce a la vía de liberación debe estar a cargo de los países socialistas [...] No puede existir socialismo si no se verifica un cambio en la conciencia que produzca una actitud fraternal en las relaciones entre la Humanidad, tanto desde el punto de vista individual (en el cuadro de la sociedad socialista, o en período de construcción socialista), como desde el punto de vista mundial en relación con todos los pueblos que soportan la opresión imperialista. Creemos que debe aceptarse con este espíritu la responsabilidad de ayudar a los países dominados y que no se puede hablar de **mutua ventaja** mientras las relaciones con los países retrasados estén dominadas por la ley del valor y mientras las relaciones internacionales sean a un cambio desigual (derivado por la misma ley del valor). ¿Qué quiere decir **mutua ventaja**, cuando se venden las materias primas a precio de mercado [...] y se adquiere la maquinaria también a precio de mercado [...] ? Si admitimos que este tipo de relaciones fraternas es el que debe relacionar los países, tenemos que admitir que el campo socialista es, en cierta manera, cómplice de la explotación imperialista [...] Los países socialistas tienen el deber moral de borrar completamente su complicidad tácita con los países explotadores del occidente.»⁷⁰

En lo que respecta concretamente a las relaciones entre Cuba y la URSS, Guevara había calificado nuevamente como «ventajosos» los acuerdos azucareros, pero había continuado así:

* «Esto es sólo un precedente, porque el objetivo real consiste en fijar los precios de manera que éstos

69. *Nuestra Industria*. Revista Económica, número 5, febrero de 1964.

* Las citas precedidas de un asterisco han tenido que ser traducidas del italiano, por no haber sido posible hallar su original castellano. NDLR.

70. Ernesto «Che» Guevara, «En nuestra marcha hacia el futuro nos une una aspiración común: la derrota del imperialismo» (texto de la intervención) *Bohemia*, número 10, 5 de marzo de 1965.

permitan el desarrollo. El carácter de las relaciones internacionales cambiará sólo después de una gran transformación de las actitudes: no debe ser el comercio exterior quien determine la política, sino, al contrario, el comercio extranjero debe ser subordinado a una política de fraternidad hacia los pueblos.⁷¹

Por fin, antes de concluir, Guevara trató también la cuestión de los créditos concedidos por los países socialistas a los países subdesarrollados:

* « Analicemos brevemente el problema de los créditos a largo plazo, destinados al desarrollo de la industria básica [...] Sabemos que las inversiones del Estado socialista en el ámbito de su propio territorio recaen directamente sobre el balance estatal y repercuten sólo gracias a la utilización de los productos dentro del proceso completo de elaboración, que termina con la fabricación de los productos manufacturados. Nuestra propuesta es que se estudie la posibilidad de efectuar inversiones de este tipo en los países subdesarrollados. »⁷²

Las intervenciones de Guevara y de Figueras en 1964 y 1965 hicieron, pues, avanzar la controversia hasta un punto decisivo; de un lado, se critica en ellas la política económica oficial; de otro, se tiende a utilizar la construcción doctrinal de Guevara como un criterio general de evolución del proceso de desarrollo en curso, tanto en el campo socialista como en el tercer mundo. No es de extrañar que la respuesta a los argumentos de Guevara haya venido en este momento de Fidel Castro, que interviene en la controversia el 19 de abril de 1965, en el discurso conmemorativo de la victoria de Playa Girón. Como es de costumbre, Fidel Castro toca el tema de modo más discursivo que esquemático, y se limita a señalar solamente aquellos puntos que considera indispensables. Por tanto, Fidel Castro reafirmó lo acertado de la línea prioritaria de desarrollo agrario, aceptando, sin embargo —por lo menos en la teoría—, las observaciones « estratégicas » de Guevara.

* « Desarrollar la agricultura —dijo— no quiere decir que no desarrollaremos la industria: quiere decir que primero desarrollaremos la agricultura y las ramas de la industria relacionadas con ella, y que iremos

desarrollando las otras ramas de la industria a medida que nuestros conocimientos técnicos y nuestros recursos lo permitan. Pero primero de todo tenemos que ser un pueblo bien alimentado y bien vestido. Esta es la primera cosa. »⁷³

Por el contrario, las críticas a Guevara son bastante más directas —aunque siempre anónimas— sobre la cuestión de los incentivos materiales, cuya utilidad « moral » es afirmada por Castro en forma explícita:

* « Un trabajador de Camagüey cortó 120 000 arrobas (1 arroba = 25 libras) de caña, y otro de la provincia de Oriente cortó 200 000 arrobas [...] Yo creo que estos hombres deben ser estimulados y premiados. Entre los premios del próximo año concederemos también cien automóviles. Es lógico que estos trabajadores puedan elegir entre un viaje a la URSS o una motocicleta con transportín [...] ¿No es justo que demos un premio especial a estos trabajadores que han cortado más de 100 000 arrobas? (gritos: ¡Sí!) [...] Soy partidario de ofrecerles para que elijan una de las cosas que desean. ¿Quieren muebles para la casa? ¡Pues bien, muebles para la casa! ¿Nevera, televisor y tantas otras cosas? ¡Pues bien, que reciban por el momento alguna cosa como premio! No se trata de un premio esencialmente material, sino de un premio moral, porque estamos seguros de que así será interpretado por los obreros. Un premio moral, acompañado de un estímulo material, sobre todo para sus familias. Y lo mismo haremos con muchos otros obreros que corten más de 100 000 arrobas al año. »⁷⁴

También anónimo —aunque sea claro su propósito polémico frente al doctrinarismo de Guevara— es el ataque contra la « abstracción filosofante » y la « intransigencia moralística » de ciertos teóricos cubanos.

* « Nuestro deber de revolucionarios —añadía Fidel— no es solamente el teorizar en el campo filosófico: los marxistas-leninistas tenemos el deber de desarrollar la ciencia, de encontrar el camino exacto para dar de comer al pueblo en grandes cantidades, tanto como el pueblo necesita. Algunas veces tendemos a olvidar todo esto, y tendemos a creer que el marxismo-leninismo es una categoría puramente filosófica, una *entelequia* filosófica, que

71. *Ibid.*

72. *Ibid.*

73. Fidel Castro, « Mientras trabajamos para el futuro, no debemos bajar la guardia » (texto del discurso). *Bohemia*, número 17, 23 de abril de 1965.

74. *Ibid.*

no tiene nada que ver con el trabajo concreto de todos los días. Pues bien, ¿qué podemos preguntar a todos aquellos que se definen marxistas-leninistas: [...] ¿eres capaz de decirme cómo se resuelven los problemas prácticos del poder revolucionario? ¿eres capaz de decirme cómo se da de comer al pueblo? ¿eres capaz de decirme cómo podemos vencer el hambre y la miseria del pueblo?»⁷⁵

Pero a pesar de estas críticas —que no impidieron la ausencia de cualquier «condena» de Guevara, ni los elogios a sus grandes méritos revolucionarios en ocasión de su decisión de abandonar Cuba para ir a combatir al imperialismo en «nuevos campos de batalla»— hubo una aceptación oficial de las tesis de Guevara, en cuanto **elementos dialéctico y estimulante** en la elaboración de una línea gubernamental de desarrollo global. Los siguientes hechos lo indican.

En la primavera de 1965, el **Panorama económico latinoamericano**, publicado por la agencia informativa del gobierno, Prensa Latina, publicó una serie de cuatro artículos sobre la planificación en Cuba que pueden ser considerados como la primera toma de posición sistemática, con carácter oficioso, del gobierno⁷⁶. En estos artículos se tratan los problemas más importantes sobre los que versó la controversia, es decir:

a) **Rigidez y flexibilidad de la planificación.** El primer artículo de la serie («Punto de partida») se preocupa sobre todo de señalar los peligros del dogmatismo en el campo de la planificación.

* «La planificación socialista —se lee— hace posible afrontar de modo sistemático, en una amplia escala, los problemas, antes de que sea demasiado tarde. No obstante, sólo puede resolver los problemas cuando se ha encontrado una solución adecuada que viene incorporada en el plan. Si una política es errónea fuera del plan, también lo es dentro del plan. Ningún plan puede ser completo [...] y perfecto. De aquí la necesidad de un cierto grado de descentramiento y de reserva, para hacer frente a cada desequilibrio [...] Resulta difícil encontrar la combinación justa de rigidez y flexibilidad. La flexibilidad absoluta equivale a espontaneidad, que es todo lo contrario de plan. Buscar el establecer todo rigidamente, no obstante, provoca fatalmente un divorcio con la realidad (que

es otra forma de negar el plan). No existe una fórmula mágica para encontrar la combinación justa y la exactitud de los análisis depende sobre todo de haber aclarado en nuestra mente la importancia de los deberes y de los objetivos.»

Y, finalmente, se concluye, exaltando el valor estimulante y dialéctico de la polémica:

* «[La planificación] requiere tiempo y presupone amplias discusiones. Comienza en forma embrional y va extendiéndose a todos los principales campos. No es un problema que pueda resolverse rápidamente en forma empírica, con la esperanza de poder cubrir pronto todos los sectores.»

b) **Autonomía financiera y financiamiento presupuestario.** El segundo artículo («Orientaciones básicas») tiene por tema el dilema de las formas de gestión, que había constituido el núcleo central de la controversia.

* «El problema de la experiencia de la centralización y de la descentralización consiste en buscar la forma más eficaz para las decisiones socialmente óptimas. Con el tiempo se llegará a la decisión de no optar por ninguno de los dos extremos, sino que se recontrarán en el punto en el que —dando vía libre a las decisiones operativas descentralizadas— el sistema de la dirección económica centralizada funcione del mejor modo posible desde el punto de vista de los resultados económicos y sociales.»

Los economistas del **Panorama económico latinoamericano**, sin embargo, no propugnan una solución de compromiso a medio camino entre la autonomía financiera y el financiamiento presupuestario. Rechazan sin dudar las críticas de Guevara a la ley del valor, pero sin embargo, las consideran aptas por cuanto «es peligroso conservar en una estructura socialista los mecanismos automáticos de arreglo, que son característicos del capitalismo, atribuyéndoles una importancia básica y dejándoles

75. *Ibid.*

76. **Panorama económico latinoamericano:** «Cuba: Planificación: Punto de partida» (I), número 142 de 1965; «Orientaciones básicas» (II), número 143 de 1965; «Valiosas experiencias» (III), número 144 de 1965; «Comercio Exterior y plan perspectivo» (IV), número 145 de 1965.

actuar libremente, sin considerar el momento y las condiciones objetivas que prevalezcan en un país determinado. »

« Sólo la planificación centralizada —se lee también— está en posibilidad de coordinar y hacer previsiones, evitando fluctuaciones peligrosas y el despilfarrar los recursos [...] como la experiencia nos ha demostrado pueden existir grados exagerados de centralización, más este defecto no depende tanto del sistema como del modo en que se pone en práctica. »

El objetivo central de la investigación debe ser, por tanto, el de elaborar un sistema centralizado, que funcione gracias al equilibrio dinámico de los mecanismos administrativos y económicos, sin engañarse respecto a la posibilidad de poder poner a punto un modelo perfecto de gestión socialista.

c) **Industria y agricultura.** Un artículo entero, el tercero (« Valiosas experiencias »), se dedica a la política de inversiones del Ministerio de Industrias. Es en este punto donde menos se han tenido en cuenta las tesis de Guevara. Ya en el segundo artículo se había expuesto claramente que la prioridad para la década actual del cultivo de caña de azúcar y de la ganadería implicaba una verdadera subordinación de la industria a la agricultura; en ninguno de los cuatro artículos se menciona la « necesidad estratégica » del cambio de orientación, más o menos urgente, que había afirmado Guevara con gran vigor.

d) **Comercio exterior.** En el cuarto y último artículo (« Comercio exterior y plan perspectivo ») se trata la cuestión de las relaciones con el campo socialista, cuya discusión había iniciado Guevara en Argel con sus declaraciones polémicas. Naturalmente, los economistas del **Panorama económico latinoamericano** no apoyan las críticas de Guevara a la aplicación de la ley del valor a las relaciones entre países socialistas, pero toman, sin embargo, su núcleo central, por lo menos en forma de

preguntas relativas a la formación de « precios internacionales justos », en el marco de una « política mundial de solidaridad » dentro del campo socialista y en sus relaciones con el tercer mundo.

* « En el campo socialista —del que Cuba forma parte— es de primordial importancia reforzar y multiplicar los lazos fraternales de todo tipo. No obstante, en el terreno económico no es posible circunscribir la propia actividad solamente a este mercado [...] Las dimensiones del mercado [socialista] son vastas, razón por lo que existe un margen para aumentar las exportaciones; pero también es limitado, de manera que el absorber por completo la producción cubana, planificada para 1970 [...] sólo será posible en la medida en que vaya perfeccionándose la división internacional socialista del trabajo. Ya existen ejemplos significativos, como el acuerdo azucarero a largo plazo con la URSS, que no sólo garantiza un volumen creciente de las adquisiciones, sino también un precio estable y satisfactorio [...] El problema de los precios de las materias primas en relación con el de los productos manufacturados es un tema de gran importancia [...] Por esto se trabaja en el campo socialista intensamente por crear una base autónoma para unos precios justos, sin excluir, no obstante, la utilización práctica de los precios del mercado capitalista depurados de sus defectos. »

El valor estimulante y dialéctico de las tesis de Guevara se nota también en la intervención del presidente de la república, y ministro de Economía, Osvaldo Dorticós, a los pocos días del triunfal fin de la zafra de 1965, que llevó la producción azucarera al nivel de seis millones de toneladas. En la intervención se recogen las tesis de Guevara que estaban ausentes en los textos precedentes del **Panorama económico latinoamericano**. Así, Dorticós reafirmó, una vez más, la validez de la línea agrícola, pero admitió también que es preciso preparar ya el desarrollo industrial, que constituye una « necesidad estratégica ».

* « En estos años —dijo— después que elegimos la línea directiva de nuestro desarrollo económico fundamental [desarrollo de la agrozoología y de las ramas industriales relacionadas con la agricultura]; es en estos años, cuando nos incumbe el deber [...] de descubrir y precisar cuál debe ser la otra línea

directriz del desarrollo industrial en nuestro país. Es por esto —como ya se ha dicho más de una vez— que el énfasis puesto en el desarrollo agro-zootécnico no significa en absoluto que estemos abandonando nuestros proyectos de industrialización.⁷⁷

Aún más significativas son las palabras con que Dorticós quiso dramatizar la contraposición entre el sistema de estímulos materiales y el sistema de estímulos morales, haciendo claro, al mismo tiempo, que la síntesis de ambos que debe ponerse en operación no debe menoscabar la implantación progresiva de aquel « nuevo humanismo » que había encontrado en Guevara su defensor más convencido.

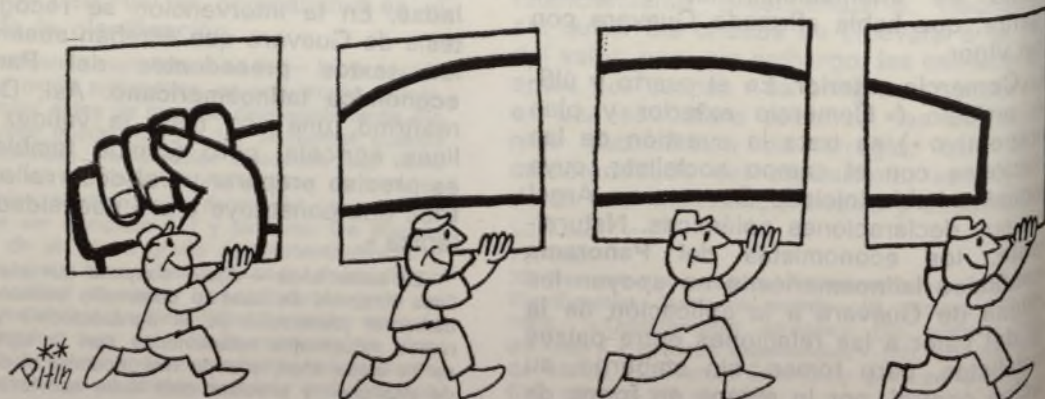
* « Estamos plenamente satisfechos —dijo el presidente Dorticós— de que el factor moral sea el que estimula más los esfuerzos del Ministerio de Industria. Sabíamos que esta doctrina había sido adoptada. Sabíamos que esta doctrina había sido adoptada

presente y nuestro porvenir se apoyan fundamentalmente en nuestra ideología y en nuestra moral revolucionaria. Esto no contradice los principios fundamentales que deben regular la retribución del trabajo en la sociedad socialista, vale decir la retribución de a cada uno según su trabajo. Según nosotros, este principio es perfectamente compatible y consecuente con el que tiende a señalar la importancia de los incentivos morales. Alcanzar la armonía es la síntesis de todos estos factores, manteniendo el empeño de robustecer cada día más la importancia y la participación de los incentivos morales, que debe ser uno de los objetivos de nuestro trabajo económico. Ya hemos dicho más de una vez: construir la sociedad socialista, y en el futuro la sociedad comunista, consiste primero de todo en construir y formar al hombre comunista.⁷⁸

77. « Industria: Homenaje a los mejores » (extracto del discurso). *Bohemia*, número 20, 14 de mayo de 1965.

78. *Ibid.*

(Pitín)



Ayuntamiento de Madrid



(Lam)

Paréntesis

El artículo de De Santis, que publicamos en la página 209, estudia la controversia sobre el modo de gestión de la economía cubana sólo hasta mediados de 1965; en un cierto sentido, la controversia se puede dar entonces por acabada. Ernest Mandel, en su reciente artículo « Le grand débat économique »¹, sitúa el debate en 1963 y 1964. Se adoptaron entonces las opciones decisivas de política económica, según explica De Santis, principalmente la prioridad a la agricultura —que llevaba consigo, como más abajo se dice, consecuencias sobre el modo de gestión. Incluso en la industria existen tendencias a suprimir el sistema presupuestario de financiamiento².

Sin embargo, la principal conclusión del artículo de De Santis es que las tesis de Guevara iban a seguir teniendo influencia, y pocas dudas hay sobre lo acertado de esta opinión. Así, el número de agosto de 1965 de **Nuestra Industria** está enteramente dedicado a exponer diversos puntos de vista sobre las cuestiones discutidas, empezando con un artículo de Guevara sobre « El socialismo y el hombre en Cuba »³. Podría parecer superfluo que se siguiera polemizando; no obstante, la perfecta comprensión de las opiniones de sus rivales de que hace gala Alberto Mora, que había iniciado la polémica en su ar-

tículo de ese mismo número, revela claramente cuán acertada es la conclusión de De Santis sobre el valor estimulante y dialéctico de las tesis de Guevara, aun cuando hayan sido aparentemente desechadas en la práctica. Dice Mora :

« [...] se ha hecho hincapié en que la utilización de los « estímulos materiales » y el criterio de la « ganancia » como norma de medida de la eficiencia de las empresas, se convierten en motivaciones básicas de la práctica económica, con lo cual se obstaculiza el desarrollo de la conciencia socialista del hombre de la nueva sociedad. Incluso se hace referencia a los peligros de una eventual restauración del capitalismo. »³

Mora no está de acuerdo, naturalmente, con estas opiniones : los hechos son como son, las categorías mercantiles sobreviven, y « piénsese en la influencia, en cuanto a la supervivencia de las categorías mercantiles, del carácter comercial que, en las presentes condiciones, asumen las relaciones de intercambio entre países socialistas »⁴, que no está en el poder de los dirigentes cubanos modificar. De ahí deriva que hay que administrar la economía de

1. Mandel, « Le grand débat économique », *Partisans*, número 37, abril-junio de 1967, p. 28, nota 4.

2. NDLR. Véase este artículo en la p. 147.

3. Alberto Mora, « Sobre algunos problemas actuales de la construcción del socialismo », **Nuestra Industria. Revista Económica**, nº 14, agosto de 1965, p. 24.

4. Alberto Mora, *Ibid.*, p. 25.

modo que se maximicen las ventajas comparativas de la economía cubana —lo que se entiende implica la prioridad a la agricultura— y de ahí también que haya que intentar reducir en lo posible los costes de trabajo —y se cree que los incentivos materiales son un medio adecuado para este fin.

En este mismo número de **Nuestra Industria**, un artículo del profesor argentino Antonio Caparrós expone la opinión de que educar la « conciencia socialista » de los hombres bien puede valer un cierto sacrificio económico ; no discute ya cuál es el método de gestión que llevará a un más rápido desarrollo económico, sino que profetiza una renuncia a los ideales, para la que se podría encontrar precedentes en la historia, si se toma por meta única la elevación del nivel económico :

« [...] se argumentará [...] que en la construcción socialista hay que atenerse a los hechos reales y concretos y no a bellas teorizaciones. La realidad habría demostrado que es preciso estimular más intensamente a los trabajadores para alcanzar mayores niveles de desarrollo, debido al mayor rendimiento de aquéllos [...] pero una vez rotas las relaciones capitalistas de producción, pensar que todo consiste en elevar el nivel económico, aunque para ello haya que deformar la ideología del hombre, es una concepción errónea. »⁵

Así, a las acusaciones de « puro idealismo, que nada tiene que ver con el marxismo » que hace Mora, Caparrós responde con acusaciones de « economicismo ». Y, más concretamente, plantea una cuestión de obvia importancia práctica :

« [...] ¿ cuál sería la actitud [de las direcciones] si se instauran los incentivos materiales ? ¿ Sería la de que también recabasen mayores beneficios materiales [...] o por el contrario, la vanguardia si puede realizar sus tareas por incentivos humanos (mejor que morales) en tanto que las masas no serían capaces de ello ? [...] ¿ no implica tal formulación admitir la existencia de dos tipos de hombres, aquellos que son capaces de actuar por principios de dedicación y aquellos que no lo son ? [...] [habría una] progresiva formación de esas dos capas que constituirán por un lado quienes dan órdenes y por otro quienes han de cumplirlas. »⁶

Es evidente que una controversia sobre puntos tan sustanciales no se puede dar por « acabada » más que en apariencia. Así, Fidel Castro, que De Santis presenta como habiendo tomado partido explícitamente, en febrero de 1965, en favor de los « incentivos materiales », podía decir, en septiembre de 1966, que la revolución estaba dando bienes al pueblo gratuitamente —entre los que se encontraría la vivienda, a partir de 1970— para hacer nacer una mentalidad que no sea como la de aquellos que « sólo tienen pesos en la cabeza », para crear actitudes diferentes a las existentes sobre la propiedad, los bienes materiales, el trabajo⁷.

Sin embargo, al decidir dar prioridad al desarrollo agrario se tomaba partido por el « cálculo económico », por la gestión descentralizada y por el uso predominante de incentivos materiales. Las dimensiones reducidas de las empresas agrarias —medidas, por ejemplo, por el número de obreros empleados— que ya funcionaban según los principios del « cálculo económico », hacen imposible, evidentemente, una organización en « empresas consolidadas » que abarquen todo el sector de una actividad. La escasez de mano de obra en la agricultura desde los primeros años de la revolución, junto con la tradición de relaciones de trabajo capitalistas en el campo, habían motivado que los administradores de las fincas estatizadas —sector que abarca el setenta por ciento de la agricultura— usaran ampliamente los incentivos materiales. Ninguno de los autores cuyas posiciones analiza De Santis

5 Antonio Caparrós, « Incentivos morales y materiales y la relación entre la dirección y las bases en el proceso revolucionario », **Nuestra Industria. Revista Económica**, número 14, agosto de 1965, p. 32 y 34.

6 Antonio Caparrós, *Ibid.*, p. 43.

7 Discurso del 28 de septiembre de 1966, citado por Mandel, « Le grand débat économique », **Partisans**, número 37, abril-junio de 1967, p. 28.

había llegado a proponer explícitamente que no se emplearan destajos en la agricultura; por el contrario, al mismo tiempo que la controversia encontraba eco en las páginas de **Cuba socialista**, aparecieron, en esa misma revista, artículos de carácter técnico sobre la organización del trabajo en la agricultura, en los cuales no hay rastro de la controversia: en todos ellos se da por descontado el empleo de incentivos materiales: « El pago a destajo es la forma fundamental para los trabajos agrícolas », y el trabajo se normaliza de manera que la « norma » sirva de base para ajustar los destajos. Para Fidel Castro, en febrero de 1965, « una de las cosas más importantes que ha ocurrido en estos tres [últimos] años ha sido la implantación de las normas en la agricultura. »⁹

Por otro lado, aunque se pudiera pensar que es precisamente en la agricultura donde más fácil sería llegar a colocar la dirección de las empresas en manos de los obreros —el fin que hay que proponerse, como dice Mandel—, debido a su dimensión más reducida, en promedio, y a la menor especialización del trabajo, esta alternativa no parece presentarse como muy plausible a los ojos de los dirigentes cubanos, tal vez por la muy convincente razón de que la revolución tecnológica que se espera llevar a cabo en la agricultura cubana —sin duda, con grandes posibilidades de desarrollo debido a las grandes ventajas naturales—, requiere romper la rutina de las prácticas agrarias tradicionales y, por tanto, una dirección de origen exterior. Así pues, no hay razón alguna para esperar una modificación de la política de incentivos materiales en la agricultura¹⁰ que es considerada como correcta por la dirección y que los obreros no están en condiciones de cambiar —si, muy hipotéticamente, se supone que lo deseen. Y la agricultura es el sector privilegiado en la actualidad.

Pero al analizar los escritos y discursos más recientes de las autoridades cubanas sigue notándose la influencia de las tesis de Guevara sobre la gestión de la economía, sobre todo con respecto a dos puntos principales.

De una parte, ha llegado a aceptarse unánimemente que la prioridad a la agricultura no quiere decir abandono de la industria, pues, recogiendo una idea de Miguel Figueras¹¹, se supone que la expansión agraria llevará consigo una cierta expansión industrial en los sectores conexos a la agricultura: así, Figueras veía como posible el nacimiento de una industria de fertilizantes —que está creándose—, aunque no, sin embargo, el de una industria de maquinaria agrícola, debido al juego de las leyes de la concurrencia internacional. Esta posibilidad de integración entre agricultura e industria se defiende en el texto de Carlos Rafael Rodríguez que se incluye en las páginas que siguen¹². De otra parte, hay una especie de mala conciencia por haber decidido retribuir « a cada uno según su trabajo ». Por tanto, como también se hace notar en ese texto de Carlos Rafael Rodríguez, se pone gran énfasis en la expansión del « consumo social », es decir, de los servicios y bienes

8. Israel Talavera, « La organización del trabajo y la rentabilidad de las empresas agropecuarias », **Cuba Socialista**, número 28, diciembre de 1963, p. 29. Del mismo autor, « La organización de las brigadas de trabajo en la agricultura », **Cuba Socialista**, número 32, abril de 1964.

9. Citado en Israel Talavera y Juan R. Herrera, « La organización del trabajo y el salario en la agricultura », **Cuba Socialista**, número 45/46, mayo-junio de 1965, p. 57.

10. Política reafirmada, por ejemplo, en el artículo de Juan R. Herrera y Angel González, « Normas y escala salarial en la agricultura », **Cuba Socialista**, número 55, marzo de 1966.

11. En « Aspectos y problemas del desarrollo económico cubano », **Nuestra Industria. Revista Económica**, número 11, febrero de 1965.

12. Véase, páginas 241-250.

que se ofrecen gratuitamente: habitación, alimentación, medicina, educación. Esto constituye una forma de distribución del producto social de acuerdo, no al trabajo

prestado por cada uno, sino a las necesidades. Es significativo que sea precisamente Carlos Rafael Rodríguez quien haga hincapié sobre estos aspectos.



Posada

(Cortesía de Posada)

Ayuntamiento de Madrid

Al
mar
Ejec
exa
lent
latin
delit
sar
vez
plen
la A
depa
vien
Hac
nario
apar
nos
de A
disco
mesa
"Alia
alli
Estad
oferta
camb
tamie
norte
empe
la rev



(Fayad Jamis)

Al escuchar el informe presentado en la mañana de ayer por el señor Secretario Ejecutivo de CEPAL, después de haber examinado de modo exhaustivo el excelente **Estudio Económico de la América latina 1966**, que sirve de base a nuestras deliberaciones, nos vemos forzados a pensar que ninguna atmósfera resultaría tal vez menos adecuada para celebrar esta plenaria de la Comisión Económica para la América latina que el ámbito que nos depara este híbrido yanqui-venezolano que viene a ser el Hotel "Macuto-Sheraton"... Hace poco más de cinco años, en el escenario de Punta del Este, tan turístico y apartado del drama americano como el que nos acoge hoy, los personeros oficiales de América latina —con sólo Cuba de voz discordante— saludaron jubilosos las promesas norteamericanas de una supuesta "Alianza para el Progreso". Se escucharon allí por parte de los representantes de Estados Unidos anuncios de financiamiento, ofertas de mejorar la relación de intercambio y hasta execraciones del comportamiento expoliador de las compañías norteamericanas. El viejo fantasma había empezado a recorrer ahora la América con la revolución cubana y después de haber

Carlos Rafael Rodríguez

La situación económica de Cuba*

fracasado vergonzosamente el intento de aplastarlo por la vía militar se quería conjurar por medio de un programa reformista. Fue entonces cuando la palabra del Comandante Guevara descubrió el fondo de la trama y pronosticó su fracaso irremediable. No ha hecho falta demasiado tiempo para confirmar aquella profecía. Hace pocos meses, en el mismo Punta del Este, al examinar la situación agropecuaria de América latina, en la reunión regional de FAO, se vio ya con certeza ese mismo cuadro de quiebra que surge de los documentos que discutimos ahora. Dos voces oficiales, las de los doctores José A. Mayobre y Felipe Herrera, nos permitieron confirmar con sus intervenciones que, según dijéramos allí, las víctimas nada podían seguir esperando de una alianza con sus victimarios. Algunos de los defensores de esa "Alianza", seguían sin embargo proclamando, aunque no lo creyeran del todo, que la reunión de Presidentes de las Repúblicas serviría para revitalizarla. Y ahora, en el mismo Punta del Este donde surgiera con tanta fanfarria, ha venido a celebrar sus más modestos funerales. Cuando el compañero Fidel Castro la califica de "rotundo fracaso", define sus verdaderos resultados.

* Fragmentos del informe presentado al XII período de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América latina.

Hemos escuchado en la mañana de ayer las palabras tan lúcidas, esclarecedoras y plenas de sugerencias útiles para la América latina del Dr. Raúl Prebisch. No podemos coincidir, sin embargo, con el optimismo que el Dr. Prebisch deriva de la reunión de Punta del Este. Si se mira esa reunión tomando en cuenta la mayoría de los gobiernos latinoamericanos que en ella participaron, cabría preguntarse si es posible esperar que por sus solas declaraciones vayan a estar dispuestos no ya a realizar sino siquiera a facilitar los cambios estructurales que CEPAL ha planteado desde hace muchos años como indispensables y que han encontrado la tenaz oposición de esos mismos gobiernos y de las fuerzas sociales a las que ellos representan.

Y si examinamos los supuestos compromisos de Punta del Este en lo que respecta al gobierno de los Estados Unidos, es fácil encontrar que compromisos mucho más claros y definidos fueron ya formulados hace más de cinco años en el propio lugar como fundamentos de la supuesta "Alianza para el Progreso", sin que hasta ahora se haya cumplido ninguno de ellos.

En realidad el Sr. Johnson ha prestado oídos sordos a las reclamaciones. A la petición de incrementar las exportaciones hacia Estados Unidos —mercado en el que la participación latinoamericana es cada vez menor— no se le ha dado respuesta; no se ofrecen tarifas preferenciales, sino que se "explorará la posibilidad de concederlas"; la reiteración del planteo sobre los precios de los productos básicos y la desigual relación de intercambio, suscitó el mismo arrogante silencio de otras veces; el reclamo de financiamientos generosos e incrementos, queda al Congreso norteamericano y se presenta, como alternativa, el estímulo a las inversiones privadas, esas mismas inversiones que, según hemos visto, arrancan a la América latina 1 567 mi-

llones de dólares cada año. Aquellos que acudieron a Punta del Este con alguna esperanza de concesiones han de sentirse ahora ante las respuestas del Sr. Johnson como la pequeña Alicia, cuando al pedir en el **País de las Maravillas** un sorbo de aquella miel que tan profusamente circulaba recibió una sencilla réplica: « En este país, miel ayer y miel mañana; pero nunca miel hoy. »

No. La miel de esa metrópoli nunca llegará. No es posible esperarla de quienes arrasan escuelas y hospitales en Viet-Nam después de haber ensayado sus ejércitos en México, Nicaragua, Haití, Cuba y Santo Domingo durante un siglo. La descripción sobria, pero lacerante, que nos presenta el Informe de CEPAL explica por qué Latinoamérica se ha puesto en marcha. Quienes pretendan seguir buscando en Cuba la raíz de esta convulsión guerrillera que echa a andar a cientos de latinoamericanos por los mismos caminos que transitaban antes Bolívar, Páez, San Martín y Sucre, rehusan encarar el fondo de las cosas. Cuba se siente orgullosa de que su ejemplo anime a quienes buscan soluciones valederas, **radicales**, en el sentido en que lo entendían tanto Martí como Carlos Marx. Es decir que vayan a la raíz de nuestros problemas. Pero el origen de esas luchas hay que buscarlo, no en ese ejemplo cubano, sino en esta dura y obstinada realidad que surge de las cifras y de los problemas que están sometidos a nuestro examen.

Hay, señores, una simbólica coincidencia que sirve para explicar lo que ocurre hoy en América. Curioso por averiguar el significado de la palabra "**macuto**", que constituye tal vez la única participación venezolana en el hotel que alberga esta reunión, he buscado el diccionario de la Academia Española. Y dice allí: « **macuto**: cesto tejido del cual suelen hacer uso los pobres de Venezuela para recoger las limosnas ».

Tal vez no podría encontrarse sarcasmo mayor que el de dar ese nombre, que evoca la pobreza, a un centro de veraneo para acaudalados y turistas. Pero un poco más allá, el diccionario de la Academia nos añade otro significado de "macuto". Dice: "**macuto** : mochila de soldado". Y aquí sí encaja la simbiología. Los pobres de la América no se resignan ya a recibir limosnas, y empiezan a cambiar un macuto por otro, el de la limosna por el del soldado del pueblo. Cuando Fidel Castro pronosticaba que algún día la Cordillera de los Andes vendría a ser la Sierra Maestra de todo un continente, y cuando hoy Ernesto Guevara continúa en su último mensaje a la Tricontinental sus palabras de hace cinco años en Punta del Este al explicar, de manera lúcida y apasionada, cómo y por qué la cordillera andina ha empezado a ser otra Sierra, se afincaba precisamente en que las realidades que se manifiestan a través del Informe de CEPAL, generan esa rebelión y la justifican.

La economía cubana en el bieno

Séame permitido explicar que el proceso reciente de la economía cubana ofrece un contraste con el conjunto de la América latina. No voy a sustentar mi afirmación en índices de crecimiento más o menos espectaculares y que, según dijéramos, suelen ser engañosos. Desearíamos tan sólo, como inicio, referirnos a ciertos datos que permiten comprender de qué manera el crecimiento económico de Cuba se traduce en elevación del **status** material y cultural de su pueblo, sometido hasta hace ocho años a las mismas tribulaciones que los del resto de América y que avanza hoy pese a todos los obstáculos, acechanzas y ataques de sus antiguos expoliadores. Digamos enseguida que no hay en nuestro país desempleo involuntario. Tampoco

existe en Cuba persona alguna que deba acostarse sin comer por insuficiencia de recursos. Más de 140 000 familias dejaron de pagar la renta urbana a finales de 1965 y en 1970 la habitación será gratuita. La asistencia médica se extiende ya hasta los parajes más remotos de nuestra isla, allí donde antes miles de personas, niños en buena parte, morían por no poder ser trasladados al centro asistencial lejano y costoso...

En los éxitos alcanzados en la salubridad infantil tiene mucho que ver la proliferación de los "Círculos Infantiles", destinados a albergar a los infantes mientras las madres cumplen sus deberes sociales...

Además los círculos, que antes tenían una cuota de pago de acuerdo con los ingresos familiares, han pasado a ser gratuitos, empezándose con los familiares de mujeres trabajadoras. En la medida en que decenas de miles de mujeres, escuchando el llamado de la revolución, se han incorporado a las actividades agrícolas, la necesidad de los círculos es ahora una de nuestras principales preocupaciones...

Esta actividad social de la revolución empieza ya a ser complementada con una nueva institución educacional destinada a resolver el hasta ahora difícil problema de los niños de las áreas rurales. Nos referimos a los llamados "internados de montaña". En ellos los escolares de educación primaria que viven en el campo —comenzando por aquellos de las regiones montañosas del país— quedarán durante los días de la actividad escolar de la semana como becados internos del Estado y recibirán sin costo alguno alimentación, vestuarios y útiles escolares...

Los internados de montaña son, desde luego, sólo una parte del sistema de becas nacionales...

Una sola cifra compendia lo que significa la educación popular para la Cuba revolucionaria: el presupuesto de Educación

Pública ascendió en 1966 a los 303 millones de pesos.

Para terminar con este cuadro de realizaciones sociales, quisiera referirme a un hecho muy significativo. Los detractores de la revolución cubana han pretendido desfigurar sus efectos sobre el nivel de vida de la población aduciendo que existe en Cuba racionamiento. Desde luego, el racionamiento, como se sabe, sólo indica una cosa: que los niveles de consumo no están determinados en Cuba por diferencias sociales o de riqueza, sino que, por el establecimiento de la igualdad en materia de distribución de los elementos esenciales a la vida, cada cubano tiene el mismo derecho a recibir los productos de que la sociedad dispone. Por otra parte, lo que nunca han querido hacer los impugnadores de la Cuba revolucionaria es publicar la tabla de racionamientos del consumo en nuestro país, al lado de los estimados de consumo de los obreros y campesinos del resto de la América latina. Esa comparación permitiría a los pueblos darse cuenta del gran salto que la revolución ha traído a nuestro país. Pues bien, debemos mencionar en ese contexto lo que llamamos consumo social, es decir, la alimentación y otros servicios que se ofrecen gratuitamente...

Además, los servicios de alimentación que prestan los comedores populares del país a los trabajadores agrícolas de las granjas, a los obreros de la industria y de la construcción, a los empleados estatales urbanos, etc. Para algunos miles de trabajadores —por ejemplo, para los obreros de la construcción que deban laborar lejos de sus hogares— la alimentación es gratuita. Los demás pagan un precio modesto que no pasa de medio dólar, o sea la séptima parte del salario mínimo diario de un trabajador agrícola.

En 1966 los servicios sociales gratuitos fueron utilizados por 491 000 personas/año, incluyéndose los becados, los enfermos y

ancianos hospitalizados, así como los participantes voluntarios en las movilizaciones populares para la cosecha de caña y otras labores agrícolas e industriales, que equivalen a 202 000 hombres/año. Como consecuencia del aumento de becados esos servicios llegarán a utilizarlos en 1968 unas 890 000 personas/año.

Los comedores obreros, por otra parte, sirven ya este año a 297 000 personas, y en 1968 se ha planificado extenderlos hasta 425 000 diarias.

El desarrollo económico de Cuba

Estos son, señor presidente y señores delegados, algunos elementos significativos del modo en que la sociedad cubana va recibiendo los resultados de nuestro progreso económico.

En lo que a este mismo se refiere, podemos informar que sigue en marcha el rumbo estratégico que fue acordado después de rectificar aquellos errores iniciales de que nuestra delegación dio cuenta durante el décimo periodo de sesiones de esta Comisión.

Sin embargo, vale la pena introducir aquí algunos esclarecimientos.

Encontramos a menudo que los comentaristas de otros países, al referirse al concepto elaborado por la Cuba revolucionaria de utilizar nuestras posibilidades naturales (y aún la vieja estructura productiva) para convertir la producción agropecuaria en el instrumento de despegue hacia el pleno desarrollo económico, parecen atribuirnos el propósito de convertir esta etapa agropecuaria del desarrollo, en un largo periodo que nos lleva a posponer los intentos de industrialización.

Debemos aclarar que la concepción cubana es muy distinta. Se trata, por el contrario, de utilizar todos los recursos de la ciencia y la técnica para lograr, en un breve periodo de tiempo, la plena utilización del

potencial agropecuario, es decir el cumplimiento de todos los planes de siembra, la terminación de las instalaciones básicas, de las principales obras hidráulicas, la mecanización en gran escala y, con ello, la eliminación de los déficits substanciales en la mano de obra agrícola, el uso sistemático y masivo de fertilizantes y —lo que es decisivo a todos los respectos— la entrega a las tareas agropecuarias de no menos de 70 000 técnicos de nivel medio, que significarán un cambio radical frente a la actual penuria de cuadros.

Podemos estar seguros que entre 1973 y 1975 todo este proceso será completado y que a partir de entonces la producción agropecuaria seguirá creciendo... en un proceso que no requerirá ya la concentración en ella de tantos esfuerzos externos y que será la consecuencia de las propias condiciones internas que habremos creado en estos años de fundamentación.

Al mismo tiempo esa rápida elevación del proceso agropecuario supone un crecimiento, en ciertos casos acelerado, de las industrias destinadas a suplir los equipos y los insumos agrícolas y de las que están dedicadas a procesarlos. Eso determina, como tendremos oportunidad de exponer sucintamente, inversiones industriales, tanto en industrias básicas como de consumo, que ya están en marcha.

Pero lo que nos interesa subrayar ahora es que la importancia decisiva que le asignamos a la fase agropecuaria, tanto en su papel de iniciadora e impulsora del desarrollo como en su función permanente dentro de la estructura definitiva que tendrá la economía cubana para el próximo período, no significa una proposición indefinida de la industrialización básica.

Como anunció el primer ministro de Cuba en su discurso del 20 de febrero ya han comenzado los trabajos preliminares de lo que será el centro del desarrollo industrial de Cuba a partir de 1970 : la utilización

integral de las lateritas existentes en el extremo de la zona nororiental de la isla. De ahí surge la base de la futura industria siderúrgica cubana y su especialización en acero-níquel y en otras aleaciones, así como en producciones de aluminio, cromo, sulfato de amonio, etc.

Se advertirá, pues, que lejos de ser abandonada la industrialización, ésta va avanzando al par que el proceso agropecuario y que los recursos externos que de éste surgen nos permitirán, en un momento ya cercano, no sin ayuda del financiamiento externo, situar a la industria en el centro de nuestros planes de desarrollo.

Formulada esta salvedad, pensamos que podrá resultar de interés para la Comisión que expliquemos, del modo más sumario posible, cómo se ha desenvuelto la economía cubana en estos dos últimos años.

Comenzando por la producción azucarera, que es el pivote de nuestro programa de desarrollo... la producción cubana rebasó en 1965 los 6 millones de toneladas. Sin embargo, la cosecha de 1966 fue considerablemente menor, a causa de que el país sufrió durante 1965 la más grave sequía de este siglo y una de las peores que se conoce en toda su historia.

Esta dura lección hizo aún más firme nuestro convencimiento de que una agricultura moderna no puede ser dejada a expensas de la naturaleza, y sirvió para impulsar más los programas de fertilización y riego de que hablaremos después. Sin embargo, la consolidación de nuestra agricultura se revela por el hecho de que la recuperación azucarera ha sido inmediata. La cosecha que ya finaliza rebasará de nuevo los 6 millones de toneladas, y la de 1968 será, sin lugar a dudas, la más alta de toda la historia cubana. Esa cosecha actual ha servido también para mostrar la mejoría en las condiciones organizativas tanto de la parte agrícola como la industrial del proceso azucarero, pues el ritmo de su desa-

rollo se ha adelantado considerablemente en relación con todas las del período revolucionario.

La marcha hacia la producción de 10 millones de toneladas está siendo asegurada por considerables inversiones en la industria y en el terreno agrícola. El plan de modernización y extensión industrial supone inversiones hasta 1970 de un orden de los 220 millones de dólares, de los cuales se han ejecutado ya hasta 1966, 25,5 millones, y otros 30 serán ejecutados en este año, correspondiendo a 1968, 60,4. Asimismo, para adecuar el transporte ferroviario cañero y azucarero, 4,5 millones han sido invertidos y el plan de 1967 supone una inversión adicional de 24,5 millones. Otros 34,6 corresponden a 1968.

Para la exportación de azúcar a granel se han invertido ya 12 millones, otros 8,3 serán invertidos en el 67, y la inversión total alcanzará a 75 millones.

Envergadura similar tienen las inversiones que requiere el logro de los 7 200 millones de arrobas de caña —o sea unos 85 millones de toneladas métricas— y su cosecha en 1970. Como dilataría demasiado mi informe el explicar ante la Comisión la marcha de la mecanización de la cosecha de caña, refiero a los señores delegados a quienes ello interese al Informe que dictamos a la reciente reunión regional de FAO en Punta del Este, y que hemos puesto a disposición de las delegaciones.

La ganadería

El segundo rubro estratégico de nuestro desarrollo es la ganadería.

Durante los años de 1965 y 1966 la ganadería cubana ha justificado las esperanzas que formulara la delegación cubana en la reunión de 1965 de esta Comisión. El acopio de leche incrementó considerablemente en 1965, llegando a 234 millones de litros, y mucho más aún en 1966, hasta ser de 329,5 sin contar el autoconsumo de las

zonas rurales. Como no queremos aprovecharnos de las cifras aclaramos que una parte de este incremento no corresponde a aumentos de la producción sino a mejoría en los acopios derivada del incremento en los camiones refrigeradores y otros medios de transporte. Pero el salto productivo es muy grande y obedece a que los métodos de manejo científico de la masa ganadera empiezan a dar resultados... : pastoreo racional rotativo, inseminación artificial, etc.

Estos hechos explican también el crecimiento de las disponibilidades de carne. La matanza durante 1966 fue de casi 1 millón de reses, con un tonelaje de carne de 315 mil toneladas métricas, 60 % superior a la cifra de 1962 y ya superior a la de las épocas prerrevolucionarias.

Respecto a la producción avícola, dejamos constancia que el optimismo expresado aquí en la reunión anterior... La cifra de 1966 fue de 1 019 millones de huevos, con un **per capita** de 153.

Producción agrícola no cañera

La producción agrícola no cañera ha tenido un notable incremento en 1966 en comparación con los años que le precedieron. El crecimiento entre 1965 y 1966 ha sido del 13 % y se recuperan ahora los niveles de los primeros años de la revolución, que fueron los más altos en todas las épocas. Claro está que ese es sólo el inicio de un crecimiento continuo y rápido como resultado de todo lo que se ha hecho en la agricultura revolucionaria en estos años...

La producción de tabaco subió de 43 000 toneladas a 51 000, la de café de 23,9 a 33,4, la de arroz de 49,9 a 68,4, la de tubérculos y raíces de 281,2 a 431,1. Un salto notable, derivado del programa de trabajo intensivo, es el de los cítricos, que como

se ve pasaron de 116 a 159 000 toneladas, cuando en 1962 eran sólo de 89 000.

Esos avances agropecuarios, según decimos, tienen la importancia de no ser sobre todo el resultado de factores climáticos accidentales o evoluciones cíclicas, tan frecuentes en este terreno. Son, según hemos reiterado, los primeros síntomas de lo que va a ser en el futuro inmediato la producción agropecuaria de Cuba al dar su definitivo rendimiento las medidas que se han puesto en práctica por el gobierno revolucionario a fin de lograr la transformación más plena de nuestra agricultura. Estas medidas podríamos resumirlas en los siguientes factores : a) Empleo de las técnicas agropecuarias más avanzadas ; b) Fertilización en gran escala ; c) Incremento del riego ; d) Mecanización ; e) Hacer del campo el centro de la atención de todo el pueblo...

Y claro está que al hablar de la tecnificación y mecanización de la agricultura no se le ocultará a los señores delegados que lo más importante es la elevación del nivel técnico de los hombres y mujeres encargados de llevar a la práctica esa transformación radical de la agricultura a que aspiramos.

Lo más significativo en este aspecto es las tareas que desarrolla el Plan de la Enseñanza Tecnológica de Suelos, Fertilizantes y Ganadería, que preparará hasta 1975 no menos de 100 000 técnicos de nivel medio, de los cuales estarán graduados ya en 1970 más de 15 000 técnicos de nivel preuniversitario y otros 5 000 técnicos insemnadores de nivel elemental. A fines de 1966 había ya 16 358 matriculados en los distintos institutos y escuelas que integran el Plan. La matrícula para 1967 se elevará a 46 000, y en 1968 será de 63 000. Lo más importante de este hecho es que esos estudiantes, que se graduarán como técnicos de nivel preuniversitario y más tarde continuarán sus estudios superiores, surgen de

entre los obreros agrícolas e industriales, algunos de los cuales al empezar la revolución eran analfabetos, sin que la mayoría hubiera en esa fecha traspuesto los tres primeros grados escolares.

En lo que a obras hidráulicas se refiere, las inversiones que están en marcha, con un costo de más de 80 millones de pesos, han logrado ya beneficiar 147 000 hectáreas, y al ser concluidas beneficiarán otras 138 000...

En el terreno de la pesca, la adquisición de 41 barcos y la construcción adicional de 4 para la pesca en mares lejanos, y la flota de embarcaciones medias que opera hacia el Golfo de México, con una inversión de más de 53 millones, ha determinado que de 28 000 toneladas de captura que tenía Cuba en 1959 se pasara ya en 1966 a 43 000 toneladas.

Sin embargo como hemos dicho, la producción agrícola y animal que se ha logrado en estos dos últimos años es apenas un resultado inicial. Lo que caracteriza el bienio de que damos cuenta ante la CEPAL es la concentración fundamental de los recursos financieros, materiales y humanos en ese despegue de base agropecuaria que caracteriza la estrategia de nuestro desarrollo...

Crecimiento de la industria

Hemos dado preferencia en nuestra información, señor presidente y señores delegados, a la producción agrícola y animal, por ser éste el punto inicial de nuestro desarrollo.

Insertamos una tabla que refleja los cambios en algunas producciones industriales entre 1963 y 1966. Se verá en ella que el sector industrial no permanece estático, y se apreciarán saltos importantes, sobre todo en la rama de la industria alimenticia. Pero no es sólo en ella. Se verá cómo

ALGUNAS PRODUCCIONES INDUSTRIALES

| Producto | Unidad | 1963 | 1966 |
|-------------------------------|-------------------------|--------|---------|
| Sinter de N y Co | Mil tm | 14,8 | 8,6 |
| Oxido de N y Co | Mil tm | 15,5 * | 20,4 ** |
| Sulfuro de N y Co | Mil tm | 9,4 | 18,3 |
| Energía eléctrica | Millones kwh | 3 058 | 3 454 |
| Calzado de cuero | Millones de pares | 11,8 | 12,6 |
| Detergentes | Mil tm | 12,9 | 14,3 |
| Cerveza | Millones litros | 89,3 | 108,8 |
| Aceite vegetal refinado | Mil tm | 32,1 | 45,8 |
| Leche en conserva | Mil tm | 49,4 | 61,3 |
| Mantequilla | Mil tm | 2,2 | 2,7 |
| Pan y galletas | Mil tm | 153,5 | 376,1 |
| Pastas alimenticias | Mil tm | 22,3 | 33,9 |
| Cigarros | Mil Millones unidades | 15,3 | 18,4 |
| Tejidos de algodón | Millones m ² | 60,4 | 92,0 |

* Producción total. La mayor parte es procesada para obtener Sinter de N y Co. Sólo 1 205 tm pasaron a producto final.

** De ellas, 9 para la obtención del Sinter y 11,4 como producto final.

la producción de níquel ha tenido un considerable aumento, incluyendo muy significativamente la que proviene de la fábrica establecida en Moa, que los técnicos de nuestro país han sido capaces de llevar a su plena capacidad, a pesar de los pronósticos y esperanzas de sus antiguos usufructuarios...

Como se ha informado antes, alrededor de la producción agropecuaria se organizan las industrias que sirven a aquélla. Por su importancia y por la necesidad de sustituir importaciones que representan un peso considerable en nuestra balanza comercial, se le ha dado prioridad a la industria de fertilizantes...

La inversión total calculada pasará de 300 millones...

Comercio y financiamiento

Aunque el hecho de que Cuba dependa de la exportación de productos primarios de

base agrícola para la mayor parte de su comercio exterior la hace sin duda vulnerable a todos los elementos de inestabilidad de mercados y deterioro en los precios que sitúa CEPAL como uno de los orígenes del estancamiento latinoamericano, los convenios de largo plazo que según informara la Delegación Cubana en 1965 concertó Cuba con los países socialistas, y muy en particular el firmado por su Primer Ministro con los gobernantes de la Unión Soviética, han dado a nuestras exportaciones azucareras no sólo la necesaria seguridad de mercado sino además la garantía de un precio remunerativo y estable.

Efecto similar, aunque los precios y las cantidades fueran inferiores, tuvieron los contratos firmados con España, la República Árabe Unida y Siria.

De este modo, la vertical caída del precio del azúcar durante el bienio que examinamos afectó, con resultados importantes

—por lo que ello repercutió en aspectos

sensibles de la economía cubana —, nuestra disponibilidad de dólares, pero no en modo considerable la capacidad de importación de las áreas de convenio socialistas y capitalistas.

En la capacidad de pago con la Unión Soviética influyó negativamente la merma en la zafra azucarera de 1966, aunque esos efectos fueron mitigados al recibir Cuba de ese país créditos comerciales para balancear déficits en el intercambio corriente. De este modo el ejemplo de Cuba corrobora la razón que asiste a los países en desarrollo, y en particular a los de América latina, para exigir de los centros metropolitanos industriales capitalistas precios remunerativos y estables para los productos básicos y la eliminación de la competencia que aquéllos hacen a las importaciones de las áreas en desarrollo.

Y la enumeración de los procesos inversionistas que tienen lugar en Cuba muestra que, como sostenemos, el cese de la desigualdad en el intercambio comercial de América latina con los centros industriales que constituyen sus mercados se convertiría en una fuente decisiva para el financiamiento de su desarrollo.

En este aspecto del comercio internacional y del financiamiento, parece importante informar a la reunión que los esfuerzos por aislar a Cuba fueron intensificados en estos dos años, aunque sin éxito.

Es ya conocida la insistencia en tal sentido del Departamento de Estado de los Estados Unidos sobre la Cancillería de Gran Bretaña y las tentativas no menos notorias respecto a España, Francia y otros países.

Podemos considerar como un síntoma favorable en la vida internacional el que los gobiernos hacia los cuales se ha dirigido esa presión hayan mantenido el principio de las relaciones económicas internacionales independientes. De ese modo, durante 1966 se llevó a efecto la importante negociación de Cuba con la firma

francesa "Richard et Frères", para un crédito de 36 millones destinados a la adquisición de 700 "bulldozers" y otros equipos para la agricultura y los trabajos viales, que empezaron a llegar a nuestro país a fines del pasado año. El contrato para el suministro de autobuses con la firma inglesa "Leyland" se ha ejecutado. El contrato sobre la planta de fertilizantes con la firma inglesa Simon Carver fue firmado en mayo de este año.

Tales son, señor presidente y señores delegados, las experiencias que Cuba puede ofrecer a la Comisión en su duodécimo periodo de sesiones.

Como se ve, contrastan, según anticipáramos, con la realidad y las perspectivas que para el conjunto de la América latina se deducen del informe de CEPAL sobre la economía continental en 1966.

No pretendemos ignorar que algunos países de la región pueden presentar cifras sobre la tasa de crecimiento de su producto bruto que la sitúe muy por encima de los demás de ese conjunto y llame tal vez a engaño sobre sus posibilidades futuras. Pero ninguna de las causas que se señalan para explicar el estancamiento general deja de actuar en lo profundo, aún en esas economías que parecen progresar, aunque el disfrute de ese crecimiento beneficie principalmente a inversionistas extranjeros y a minorías muy conspicuas.

Una coyuntura favorable en el precio de determinado producto puede variar las apariencias, pero sólo de modo transitorio. Mientras prevalezcan esos que eufemísticamente se denominan "los obstáculos institucionales al desarrollo" y que no son otros que las deformaciones estructurales que mantienen en la miseria permanente a las masas de campesinos y obreros latinoamericanos, y que empobrece cada vez más sus economías nacionales, la situación continental empeorará.

Por eso Cuba, sin arrogancia pero con la

seguridad cada vez más afincada en su experiencia, viene a repetir que **la única salida definitiva para la América latina está en el cambio revolucionario.**

Hemos expresado en el curso de esta información lo que esperamos de la ciencia y la técnica. Diremos, al examinarse el problema, lo que hemos logrado con la planificación y lo que ella nos promete. Enumeramos las inversiones con que pretendemos asegurar un rumbo acertado. Mencionamos lo que para nosotros representa el comercio exterior basado en un propósito de eliminar la desigualdad en los intercambios. Pero todo ello no sería bastante para explicar por qué nuestro país ha podido resistir el asedio económico con que la potencia que se cree dueña de esta región a la que considera su traspatio continental, pretendió complementar las agresiones armadas para borrar de América el ejemplo cubano.

Todos esos importantes factores técnicos, científicos y económicos no habrían sido suficientes si hubiera faltado lo más importante que engendra un proceso revolucionario verdadero, es decir, profundo: la adhesión popular que crece en la medida en que se hace cada día más consciente. Más que la información económica que acabamos de ofrecer y que avala nuestro optimismo, nuestra confianza en el futuro deriva del espectáculo que puede contemplarse ahora mismo al asomarse a Cuba, de decenas de miles de hombres y mujeres de todas las edades que desde La Habana y los otros centros urbanos han salido a volcarse a las tareas agropecuarias. Con su entusiasmo y su adhesión, nuestro pueblo está haciendo posible muchos planes que no habrían sido realizables sin ese concurso.

Bien sabemos que no puede ser esa una forma permanente de resolver nuestras tareas productivas, pero a lo que sí aspiramos es a la permanencia del entusiasmo y de la convicción que esa actitud del pueblo revolucionario expresa. Constituyen el germen de la sociedad de hombres y mujeres comunistas a que aspiramos.

Nos sentimos —¿para qué ocultarlo?— orgullosos de lo que el pueblo de Cuba ha creado y crea en estos años de vuelco transformador. Sabemos, sin embargo, que el enemigo pretende destruirlo y que no estamos a cubierto de nuevos intentos. La implacable y sistemática devastación de Viet-Nam está demasiado a la vista para recordarnos que no podemos descuidar la defensa de la patria, aunque ello pueda retrasar el crecimiento económico. Pero Cuba está preparada. Y, sobre todo, su pueblo está dispuesto.

Podríamos, sin duda, comprar nuestra seguridad trocándola, cual plato de lentejas, por la solidaridad militante de Cuba hacia Viet-Nam y hacia los movimientos revolucionarios de Asia, Africa y América latina. No han faltado las ofertas. Pero ya hace casi un siglo que José Martí, en otra coincidencia con Carlos Marx, dijo: «Patria es Humanidad.» Y, en el camino de Marx y de Martí, Fidel Castro ha reiterado la indeclinable postura de Cuba: Nos importa la Patria, pero más que la patria nos importa la Humanidad.

En esa vía, señores, está el porvenir. Y los gobernantes que, como Luis XVI el 14 de julio de 1789, al escuchar el eco que les llega del paso de los hombres que con el "macuto" al hombro transitan hoy las rutas guerrilleras de Bolívar, afirman: «Es una revuelta», deben recordar la respuesta francesa: «No, señor, ¡es una revolución!»

La socialización de los medios de producción en agricultura *



(Elio Socorro)

1. La ley de reforma agraria

La ley del 17 de mayo de 1959, que puso en marcha la Reforma Agraria, fue precedida por otra ley promulgada, en octubre de 1958, en las montañas de Oriente cuando todavía la Revolución no estaba en el poder. Las dos leyes eran idénticas en la mente de los dirigentes, pero la primera difería de la segunda en los objetivos tácticos anexos, que tienen gran importancia; por una parte, la ley de octubre de 1958 trataba de movilizar más intensamente los campesinos medios e incorporarlos masivamente a las filas de la Revolución, y, por otra parte, trataba de neutralizar las fuerzas reaccionarias a las que se quería mantener a la expectativa.

Esta primera ley, que concedía « la propiedad de la tierra a quien la trabaja », se guardaba bien de abordar el problema de la propiedad extranjera. Por ello mismo, dejaba planteada la duda sobre la suerte que se reservaba a los latifundios, ya que se contentaba con estipular que serían prohibidos, pero sin fijar, formalmente, el límite de extensión de la propiedad privada.

Los resultados obtenidos en el plano táctico correspondieron por completo a las previsiones: de octubre de 1958 a enero de 1959, la captación en masa de los campesinos y del proletariado agrícola acosa-

dos por las tropas de Batista contribuyó a acelerar la descomposición del régimen. Simultáneamente, la falta de precisiones de la ley sobre el futuro de los latifundios dejó creer a numerosos latifundistas nacionales y extranjeros que se trataba, según una tradición política sólidamente establecida en Cuba, de una ley que nunca llegaría a ser aplicada. Por esto muchos latifundistas aportaron una cierta ayuda a los guerrilleros del Movimiento 26 de Julio, con la esperanza de que sus bienes no se vieran afectados por la caída, que ya se sentía próxima, del régimen de Batista. Sus esperanzas comenzaron a evaporarse tres meses más tarde, en enero de 1959, y se hundieron definitivamente siete meses después, el 17 de mayo de 1959.

1. La Ley de Reforma Agraria.

Las características principales de la ley del 17 de mayo de 1959 la convierten, en cuanto a su forma por lo menos, en un documento político de tipo reformista. Podría equipararse a los textos promulgados en Méjico, en 1911, y en Bolivia, en 1952. Solamente algunas disposiciones tienen un carácter netamente más radical.

* Del libro *L'agriculture socialiste à Cuba*, de Michel Gutelman, de inmediata publicación por François Maspero, éditeur, Paris.

La ley de Reforma Agraria se opone a la existencia de latifundios, pero, al mismo tiempo, se opone a los minifundios. El primer aspecto es ya clásico en muchos proyectos de Reforma Agraria latinoamericanos. El segundo lo es menos. Probablemente se inspiró en las experiencias anteriores llevadas a cabo en Méjico y en Bolivia.

De ahí que el legislador revolucionario cubano quisiera evitar el parcelamiento excesivo de las tierras que conduce infaliblemente, cuando el nivel técnico es bajo, a una agricultura poco eficiente. Para evitar este obstáculo, la ley señala la noción de « mínimo vital » (2 caballerías = 27 hectáreas) y prohíbe dividir y enajenar, en todo o en parte, las tierras redistribuidas.

Se prohíben los latifundios. El máximo de superficie que una persona física o moral puede poseer en toda propiedad se fijó en 30 caballerías (402,6 ha). Las tierras de un solo propietario que sobrepasen este límite deben ser expropiadas y distribuirse entre los campesinos no propietarios o que posean menos del mínimo vital. Las propiedades hasta 30 caballerías no pueden ser expropiadas salvo las partes eventualmente alquiladas a arrendatarios o subarrendatarios u ocupadas por los « pre-caristas ».

La ley de Reforma Agraria se preocupa por la eficiencia económica de la agricultura. Con el fin de evitar un descenso en la producción y en la productividad, aunque de todas maneras se produjeron en los primeros momentos, y con el fin contrario de mantener y acelerar el desarrollo de la agricultura, prevé varias excepciones a la expropiación de latifundios y grandes propiedades. Estas excepciones responden todas a una preocupación por conservar las explotaciones agrícolas « de punta ». Hay que constatar que el texto es bastante liberal puesto que se consideran como explotaciones de vanguardia aquéllas cuyos ren-

dimientos sean superiores al 50 % de la media nacional en lo que se refiere a las producciones agrícolas propiamente dichas y aquéllas donde la carga de ganado por caballería sea simplemente superior a la media nacional para las explotaciones ganaderas. No obstante, en ningún caso las fincas pueden tener una superficie superior a las 100 caballerías (1 342 ha).

Debido, en parte, a esa misma preocupación por la eficiencia técnica y económica se tomó la decisión, relativamente nueva en la historia de las reformas agrarias, de no dividir ni redistribuir la totalidad de las tierras de los latifundios expropiados. Veremos que esta decisión condujo a la formación de un importante sector estatal que no estaba formalmente previsto en el texto de la ley. Por último, según la ley, el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) no debía contentarse con distribuir la tierra a los pequeños campesinos, sino que debía igualmente aportarles una poderosa ayuda técnica y económica. Naturalmente, esto implicaba un cierto control del Estado sobre los pequeños campesinos. Este control se justificaba por la inutilidad de dotar a los campesinos pobres de tierras que no pudieran explotar convenientemente por falta de medios adecuados y de asistencia técnica.

Hemos señalado que la revolución cubana por el hecho mismo de las estructuras económicas existentes en esa época, se vio forzada hacia la « recuperación nacional ». En la ley de Reforma Agraria, el aspecto nacionalista estaba bien patente pero no hay que exagerar su alcance. Para suprimir realmente los latifundios, era obligatorio plantearse la cuestión de la propiedad extranjera; pero la ley la trataba casi de la misma manera que a la propiedad cubana. Así, el artículo 15 estipulaba que únicamente los cubanos podrían adquirir la propiedad rural; pero no se decía de ninguna manera, que los detentadores

extranjeros de tierras cuya superficie total no sobrepasase el máximo impuesto por la ley no pudieran conservar sus bienes. Además, fueron previstas algunas excepciones del mismo tipo que las ya señaladas, en caso de rentabilidades superiores a la media, que podían alcanzar hasta las 100 caballerías. Por tanto, no se puede decir exactamente que es la Ley de Reforma Agraria quien suprime la propiedad extranjera en Cuba, sino una serie de disposiciones legislativas promulgadas entre 1960 y 1961, a las cuales tendremos ocasión de referirnos más adelante.

La reforma agraria debía resultar poco costosa. En la ley, no se planteaba la cuestión de gravar el presupuesto del Estado para establecer la justicia social, ni hacerla pagar a los beneficiarios de la distribución de tierras. La ley, en el plan financiero, disponía, esencialmente, que la estimación del valor de las tierras confiscadas para el cálculo de la indemnización se fundara en las declaraciones fiscales de los propietarios. Los valores declarados no cabe duda que eran irrisorios y el peso de las indemnizaciones calculadas sobre esta base no podía poner en peligro las finanzas públicas. Por otra parte, se decidió que la indemnización se hiciera mediante la emisión de « Bonos de la Reforma Agraria » pagaderos en veinte años y con un interés del 4 %.

La reforma agraria debía, por último, ser eficaz y rápida. Las experiencias de otros países de América latina probaban que una ley, consciente o inconscientemente mal concebida, permitía sabotear los procesos mismos de la reforma agraria¹. La ley del 17 de mayo tomó, por tanto, una serie de precauciones con el fin de evitar el escollo de los procedimientos y las astucias judiciales.

En el fondo, se evitaba la reconstitución fraudulenta de los latifundios prohibiendo las ventas (salvo al Estado), los cambios

y las cesiones de tierras privadas. Se declararon nulos los repartos, ventas o actos jurídicos de diversa naturaleza, realizados después de la toma del poder por la Revolución (enero de 1959) ; se prohibía alquilar las tierras distribuidas y la creación de sociedades agrícolas cuyas acciones no fueran nominativas. Para calcular la superficie máxima en poder de un solo propietario, se tenían en cuenta, de forma global, todas las explotaciones que poseía y no cada explotación por separado. Por último, para evitar la lentitud en los procesos mismos de destinación y redistribución de las tierras, la libertad de apreciación y los poderes otorgados al Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) eran tales que los propietarios latifundistas no podían tratar de detener o desnaturalizar el proceso de reforma agraria hundiéndolo en el formalismo jurídico.

2. El proceso político de la Reforma Agraria.

En el mes de junio de 1959, el INRA, aplicando las disposiciones de la ley que acababa de ser promulgada, dividió la isla en 28 Zonas de Desarrollo Agrario (ZDA). Estas zonas constituían un cuadro administrativo intermedio entre la municipalidad y la provincia en la que debía desarrollarse el proceso concreto de confiscación y redistribución de las tierras a los pequeños campesinos. La puesta en práctica de la reforma agraria fue confiada al ejército rebelde, así como también a los civiles revolucionarios.

Las expropiaciones y las distribuciones de tierras empezaron con una relativa lentitud. Diez meses después de la promulgación de la ley, las tierras confiscadas no sobrepasaban las 850 000 ha ; 40 200 ha sola-

1. En especial R. Dumont, *Tierras vivas*, Plon, 1961, p. 86-106.

mente habían sido distribuidas a 6 000 beneficiarios. A este ritmo se hubieran necesitado 20 años para satisfacer las necesidades de unos 150 000 posibles beneficiarios.

Pero a partir del mes de enero de 1960, el ritmo de las confiscaciones y de las redistribuciones se aceleró brutalmente. En la primera semana de enero se atacó a los latifundios del centro y de la parte oriental de la isla; en 8 días, más de 600 000 ha fueron confiscadas; en el mes de junio de 1961, habían sido confiscadas 3 800 000 ha y 101 000 campesinos habían obtenido sus títulos de propietario por un total de 2 725 000 ha².

La aceleración del ritmo de las confiscaciones y de la redistribución de las tierras tenía a la vez causas internas y externas. Estaba relacionada con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y con los rendimientos de la producción agrícola cubana, así como también con ciertos aspectos en la lucha de clases en el plano internacional. Estos factores de radicalización de la reforma agraria cambiaron su naturaleza real hasta el punto de que el mismo texto de la ley agraria fue rápidamente sobrepasado, si se tienen en cuenta los objetivos que se habían propuesto en un principio las fuerzas revolucionarias.

La ley del 17 de mayo de 1959 intentaba, antes que nada, crear y establecer firmemente una pequeña burguesía campesina. No se trataba ni de suprimir la propiedad privada sobre la tierra, ni de crear explotaciones del Estado. Pero la existencia de los latifundios implicaba, debido al número limitado de posibles beneficiarios de la redistribución de la tierra, y de las superficies limitadas que se les estaba distribuyendo, que una parte importante de las superficies confiscadas no fueran individualmente distribuidas. Esta situación particular derivaba a la vez del alto grado de la concentración territorial y de la rela-

tiva exigüidad de la explotación considerada como el « mínimo vital ».

La ley del 17 de mayo prevía esta situación: estipulaba que las tierras expropiadas que no fuesen otorgadas a título individual fuesen entregadas en propiedades indivisas a los grupos cooperativos. Fue el INRA quien se encargó de crear, desarrollar y vigilar las cooperativas. Este Instituto debía igualmente suministrar una asistencia técnica y financiera importante. No se puede pretender, sin cometer un error de apreciación, que la creación de la cooperativa fuera la política consciente previa con vistas a llegar posteriormente a un sector estatal; la lectura de los textos muestra claramente que, en la mente de los dirigentes revolucionarios autores de la ley, las cooperativas no debían constituir una forma estatal de explotación. Ciertamente que el INRA se reservaba el derecho a nombrar, al lado del administrador elegido, un « coordinador » dependiente administrativamente de sus servicios, pero esto se consideraba como una medida provisional cuyas razones eran a la vez políticas (evitar el sabotaje de la reforma por posibles agentes de los latifundistas expropiados) y técnicas (falta, a menudo, de preparación de los dirigentes elegidos).

En la práctica, y contrariamente a las intenciones explícitas en la ley, el sector cooperativo se convirtió rápidamente en sector que dependía estrechamente del Estado. Los coordinadores nombrados por el INRA, muy a menudo militares del ejército rebelde, dominaban, en especial por su prestigio, a los administradores elegidos; muy frecuentemente, además, el administrador elegido y el coordinador nombrado eran una misma persona. Por último, la centralización del poder en estas cooperativas

2. Juan Marinello y Nikolai Petertsev, *Los rasgos principales del periodo de transición del capitalismo al socialismo*, La Habana, 1963, p. 63.

se acentuó fuertemente con el bloqueo económico que hizo necesaria la distribución administrativa de los recursos que escaseaban. Volveremos de nuevo sobre esta cuestión.

Pero a este factor «intrínseco», si se puede decir, de socialización (el excedente de tierras confiscadas en relación al número de beneficiarios), vinieron a sumarse factores externos relacionados con las condiciones de la lucha de clases en el plano nacional e internacional.

La brusca aceleración de las confiscaciones, en enero de 1960, se explica por la oposición sistemática de los grandes ganaderos a la nueva política social. Desde las primeras confiscaciones se negaron a comprar a los pequeños ganaderos el ganado que éstos necesitaban absolutamente vender por carecer de superficies suficientes para su pasto. Ante esta amenaza de boicot, que hacía presagiar la aparición de una crisis política por asfixia económica de una capa social *a priori* favorable a la revolución, el Estado se vio forzado a actuar de comprador. Como por sí mismo no disponía de superficies suficientes para alimentar estos animales, se vio obligado a confiscar rápidamente los pastizales necesarios. Por primera vez se vio forzado a pasar más allá de las disposiciones formales de la ley, ya que, en la provincia de Camagüey, se nacionalizaron explotaciones que estaban comprendidas en las excepciones previstas por la ley.

Si el gobierno revolucionario no hubiera procedido de esa manera, si hubiera demostrado algunos titubeos en proseguir firmemente su política de reformas económico-sociales, es muy probable que se le hubiese ayudado, hasta por parte de los mismos pequeños campesinos, a un movimiento de reflujo político, que tendiera, bajo la amenaza del sabotaje de los latifundistas, a frenar fuertemente el proceso de expropiación.

En el sector azucarero, el proceso de aceleración de la reforma agraria y el sobrepasar la ley fue idéntico. No obstante, aquí las relaciones socioeconómicas entre el sector azucarero cubano y la economía norteamericana contribuyeron a dar un nuevo aspecto a la lucha de clases. En el mes de julio de 1960, el Congreso de los Estados Unidos autorizó al presidente Eisenhower a decidir la suspensión de las importaciones de azúcar cubano. La asfixia económica ya no amenazaba solamente a una capa particular de la población (los pequeños ganaderos, en el caso anterior) sino que toda la nación cubana en su totalidad estaba en peligro.

Esta amenaza externa era tanto más grave cuanto que en el interior se apoyaba sobre el poder económico y político de los propietarios azucareros norteamericanos. De las 165 azucareras de la isla, 61 pertenecían a norteamericanos: éstas eran, además, las más importantes, ya que representaban alrededor del 50 % de la producción anual. Sus reticencias naturales a seguir al gobierno cubano no podían desembocar más que en la nacionalización, si no se querían traicionar los objetivos políticosociales que la Revolución se había fijado. Por eso la Ley de Nacionalización de las empresas extranjeras (Ley nº 851) decidió, el 6 de julio de 1960, la confiscación de todas las empresas norteamericanas. Por este motivo fueron confiscadas en el sector agroindustrial todas las centrales azucareras y las tierras que les pertenecían, así como todas las fincas agrícolas extranjeras. Una parte de las tierras confiscadas por esta ley quedaban, de todas maneras, comprendidas en la ley de Reforma Agraria propiamente dicha, pero menos total y brutalmente. Conviene señalar que en estos casos estaba prevista una indemnización; pero quedaba sometida a la suspensión de las medidas de

retorsión tomadas por los Estados Unidos contra Cuba³.

Apoyada moral y militarmente por los Estados Unidos, la «burguesía azucarera» nacional pasó, también ella, a la contrarrevolución descarada: incendios de campos de caña y de edificios públicos, atentados y sabotajes diversos se sucedieron durante los años 1960 y 1961. En represalia contra esta actitud hostil que ponía en peligro la economía nacional, el gobierno decidió la nacionalización de todas las grandes empresas privadas del país. La ley del 13 de octubre de 1960 (nº 890) entraña, en el sector agroindustrial, la confiscación de un centenar de centrales azucareras y de las tierras que les pertenezcan, es decir alrededor de un millón de hectáreas. Por último, una modificación del artículo 24 de la Constitución permitió la confiscación de los bienes de personas morales o físicas que abandonaran el territorio nacional o que realizaran actividades contrarrevolucionarias.

Si se añaden a estas diversas confiscaciones las realizadas en virtud de la ley sobre la «Recuperación de bienes mal adquiridos», así como las «ventas voluntarias» y las «donaciones» al INRA⁴, se constata que las tierras afectadas en 1961 representaban 4,4 millones de hectáreas, de las cuales solamente 1 199 000 hectáreas en virtud de la ley de Reforma Agraria propiamente dicha.

3. Balance de intervenciones en el plano agrario.

Del conjunto de tierras confiscadas, entre 1959 y 1961, las administradas por el Estado, bajo una u otra forma, llegaron a cerca de las 3 816 600 hectáreas. A fines del año 1962, estas tierras representaban 3 903 300 hectáreas, excepción hecha de

ciertas superficies forestales no censadas.

Las diferentes leyes que permitieron la confiscación de las tierras de propiedad privada respetaron todas las explotaciones que tenían menos de 30 caballerías (salvo como se comprenderá, aquellas pertenecientes a extranjeros y a contrarrevolucionarios condenados que fueron nacionalizadas en su totalidad). En esta época, la situación territorial era la siguiente:

| | | % |
|-------------------|--------------|----|
| Sector del Estado | 3 903 300 ha | 44 |
| Sector privado | 5 173 800 ha | 56 |

El sector privado estaba compuesto por propiedades de menos de 5 caballerías que representaban el 36 % de la superficie agrícola, o sea 3 331 000 hectáreas, y por propiedades de una superficie comprendida entre las 5 y 30 caballerías, que representaban el 20 % de la superficie agrícola o sea 1 863 000 hectáreas.

El 13 de octubre de 1963, se promulgó una

3. El artículo b, párrafo 5, de la ley estipula, en efecto: «Para el pago de la indemnización, el Estado cubano creará un Fondo de Indemnización que será alimentado anualmente por el 25 % de las divisas que produzca la compra de azúcar por los Estados Unidos por encima de los 3 000 000 de toneladas y a un precio no inferior a 5,75 centavos la libra inglesa; la cuenta especial abierta en la Banca Nacional de Cuba se llamará: «Fondo para el pago de los bienes y empresas de los Estados Unidos».

4. La ley de «Recuperación de bienes mal adquiridos» (22 de diciembre de 1959) permitió la confiscación de los bienes de Batista y de su familia, así como los de las personas notoriamente enriquecidas al amparo de la dictadura. Las «donaciones» fueron, sobre todo, tierras de las municipalidades y algunos campesinos revolucionarios que fueron donadas al INRA. Las «ventas voluntarias» eran efectuadas por propietarios que renunciaban a sus derechos sobre las tierras que les estaba autorizado conservar en virtud de la ley de Reforma Agraria. Estas ventas continúan hoy todavía, pero a un ritmo naturalmente mucho menor.

Cuadro 1. Procedencia de las tierras. Situación en el mes de mayo de 1961⁵

| | Superficie | |
|---|------------|-------|
| | en ha | % |
| 1. Ley de Reforma Agraria | 1 199 184 | 27,0 |
| 2. Ley de Recuperación de bienes mal adquiridos | 163 214 | 3,7 |
| 3. Donaciones al INRA | 322 590 | 7,3 |
| 4. Ventas voluntarias y art. 24 | 581 757 | 13,1 |
| 5. Ley de nacionalización (nº 851) | 1 261 587 | 28,4 |
| 6. Ley de nacionalización (nº 890) | 910 547 | 20,5 |
| | <hr/> | <hr/> |
| | 4 438 879 | 100,0 |

segunda ley de Reforma Agraria. Afectaba a las explotaciones de más de 5 caballerías y por ella pasaron a propiedad del sector estatal 1 800 000 hectáreas de tierra. La proporción entre el sector estatal y el sector privado cambió completamente:

| | | |
|-------------------|--------------|------|
| | | % |
| Sector del Estado | 5 513 700 ha | 60,1 |
| Sector privado | 3 563 100 ha | 39,3 |

En lo sucesivo, más del 60 % de las tierras de caña de azúcar y el 60 % del ganado bovino pertenecieron al sector estatal. Las razones fundamentales y oficiales de esta segunda intervención del poder revolucionario fueron de orden político. Iban dirigidas a la supresión de la base económica de la contrarrevolución interna que se desplegaba, en esa época, en los montes del centro de la isla. Pero, como veremos más tarde, esta segunda reforma agraria tiene, sin duda, por causa razones también puramente técnicas, ya que permitía la concentración de las tierras del Estado hasta entonces muy dispersas y desmenuzadas.

Entre 1963 y 1967, se produjeron diversas modificaciones en el estatuto de las tierras. Algunas superficies confiscadas arbitrariamente, en especial en la provincia de Matanzas, fueron, a partir de 1962, devueltas a sus propietarios, mientras que otras, más o menos abandonadas, fueron confiscadas. De todas maneras, estas modifica-

ciones fueron muy pequeñas y no modificaron las cifras antes citadas.

Ahora, antes de abordar el estudio de la organización y de la gestión del patrimonio territorial reestructurado por las intervenciones del gobierno revolucionario, conviene señalar rápidamente la evolución histórica de las formas de explotación utilizadas.

II. Las formas de explotación y encuadramiento del sector privado (1959-1967)

En primer lugar, examinaremos los diferentes tipos de explotación estatal que se han sucedido sobre las tierras confiscadas y no redistribuidas; a continuación, estudiaremos la forma de organización y de encuadramiento del sector privado; y después, el estatuto muy particular, pero efímero, de las « Fincas Administradas »; y terminaremos, por último, con el Sector Cooperativo.

1. Las explotaciones del Estado.

El estatuto y el número de explotaciones organizadas sobre las tierras confiscadas fueron variando cada año de 1959 a 1963. A partir de esta época, el sector estatal se estabilizó, encontró su equilibrio y su forma definitiva.

5. Fuente: Departamento Legal de Tierra, INRA.

En un primer momento, que va desde 1959 a 1961, el INRA organizó tres tipos de empresas agrícolas: las « Cooperativas », las « Explotaciones en administración directa », y las « Cooperativas cañeras ». Para las explotaciones del primer tipo, la denominación « Cooperativas » es errónea, pues estas explotaciones no tenían ni organización, ni estatuto bien definidos. En realidad, se trataba de unidades de producción agrícola colocadas bajo la autoridad de administradores, generalmente soldados del ejército rebelde, designados por el INRA. El desorden administrativo, que siguió a la toma del poder, contribuyó a darles, si no formalmente, al menos de hecho, una gran autonomía en el plano técnico y organizativo. La mayor parte de las « Cooperativas » eran antiguas explotaciones especializadas o semi-especializadas. Tomaban el nombre de su actividad principal, por ejemplo: « Cooperativas productoras de tomates », « Cooperativas productoras de sisal », « Cooperativas ganaderas », etc... La constitución de estas « cooperativas » respondía a la doble intención de dar rápidamente trabajo a los parados y aumentar la producción alimenticia mediante la puesta en cultivo rápido de tierras hasta entonces sin cultivar.

Las « Fincas en administración directa », que constituían el segundo tipo de explotación estatal, fueron creadas casi exclusivamente sobre los antiguos latifundios ganaderos. Su creación se decidió cuando el Estado se vio forzado a adquirir el ganado de los pequeños ganaderos amenazados de asfixia económica por los latifundistas. Estas unidades de producción estaban dirigidas por administradores designados por el INRA, y su gestión dependía bastante estrechamente de las directrices dadas por este organismo. Por el modo de apropiación de la tierra, el tipo de organización y el modo de retribución de

los trabajadores, que eran jornaleros asalariados, estas unidades pueden considerarse como verdaderas explotaciones del Estado.

Las nacionalizaciones masivas de julio a octubre de 1960 terminaron con la creación de un tipo de unidad de producción cuya vida fue más larga que la de las precedentes: las Cooperativas cañeras. Gozaban de un estatuto preciso que las hacía muy parecidas, al menos en el plano formal, a verdaderas cooperativas de producción.

El órgano de dirección de la « Cooperativa cañera » era el « Consejo de dirección » elegido por la asamblea general de cooperadores. A la cabeza de este consejo se encontraba un « coordinador ». Todo miembro de la cooperativa, si había sido obrero fijo del antiguo latifundio, era elector y podía a su vez ser elegido. Recibía por su trabajo una remuneración mensual llamada « avance », que se completaba al final del ejercicio con una suma resultante del reparto de los beneficios.

En realidad, la asamblea general, el consejo de dirección y el coordinador no disponían de plenos poderes para decidir la política de la cooperativa. En efecto, el Estado juzgó necesario, teniendo en cuenta la falta de experiencia administrativa de los miembros y con el fin de evitar el « egoísmo de empresa », nombrar al lado del coordinador elegido, un administrador que recibía y debía aplicar las directrices del INRA. Todas las decisiones importantes debían ser tomadas conjuntamente por el coordinador y el administrador. Tal dirección bicéfala no podía dejar de crear dificultades de gestión y resultó particularmente inestable. En la realidad, este sistema desembocó rápidamente en transferir los poderes del coordinador elegido al administrador nombrado. Esta tendencia a la concentración de poderes en la jerarquía

administrativa del INRA se reforzó todavía más por la política de diversificación de las producciones y por el bloqueo económico. Una y otro implicaron un esfuerzo de coordinación para hacer cumplir las directrices técnicas y cuantitativas dadas así como para la distribución de los productos y materiales que escaseaban. En realidad, de cooperativas casi auténticas que estaban a punto de ser, las cooperativas cañeras se convirtieron muy pronto en verdaderas explotaciones estatales sometidas a una gestión y a una dirección administrativas.

Esta tendencia a la dirección centralizada y administrativa se acentuó desde junio de 1961 con la decisión de crear las « Granjas del Pueblo ». Estas fueron el resultado de la simple fusión, en cuanto a los estatutos y en el plano geográfico y de organización, de las cooperativas y de las fincas en administración directa.

La granja del pueblo era una unidad de producción perfectamente comparable con el sovjós soviético. La tierra pertenecía al Estado, el trabajo estaba remunerado, independientemente de los resultados obtenidos por la explotación, sobre una única base salarial, sin ninguna participación en los posibles beneficios. Las inversiones, los fondos para la gestión corriente y los fondos sociales eran financiados por el presupuesto general del INRA, siendo éste una partida del presupuesto nacional.

Cada granja del pueblo estaba dirigida por un administrador designado por el INRA y por un consejo de administración. El administrador y el consejo eran responsables de la gestión normal de la granja del pueblo y recibían sus directrices de una « Administración General de las Granjas del Pueblo », sita en La Habana, por intermedio de un escalón administrativo: la « Delegación Provincial de Granjas del Pueblo ».

La razón de la transformación de las cooperativas y de las fincas en administración directa en granjas del Estado, y el abandono progresivo de la fórmula cooperativa se debió principalmente, como ya hemos dicho, a razones de orden técnico. Se hacía cada vez más indispensable, por una parte, el asegurar una distribución centralizada de los bienes de producción racionalizados, y, por otra parte, el coordinar la asistencia técnica y los planes de diversificación agrícola. Cuando, a partir de abril de 1961, se colocó en primer término oficialmente el carácter socialista de la revolución, los factores ideológicos tomaron una importancia creciente. Es difícil afirmar que constituyeran un factor importante en la evolución hacia la estatización, ya que reflejaban una evolución ineluctable, si se tiene en cuenta la situación políticoeconómica en la que se encontraba Cuba en esos momentos.

En el mes de agosto de 1962, las cooperativas cañeras fueron transformadas en « granjas cañeras ». Esta transformación jurídica en granjas del Estado no hacía más que legalizar un estado de hecho. Se suprimió la dualidad del poder que era formal y desde entonces sólo hubo un administrador. Se estableció un régimen de salario idéntico al que estaba en vigor en las granjas del pueblo y se acentuó el carácter centralizado de su dirección, dando a la antigua estructura administrativa una forma piramidal parecida a la existente en la « Administración General de Granjas del Pueblo ».

Las dos organizaciones administrativas permanecieron, no obstante, netamente autónomas, pues una administraba el sector de la producción azucarera y la otra las explotaciones donde dominaba la diversificación agrícola, teniendo cada una sus problemas específicos. No obstante, en el momento en que se tomó esta decisión, la

| Cuadro 2. | Total | Hasta 3 000 | De 3 000 a 7 000 | De 7 000 a 12 000 | De 12 000 a 18 000 | De 18 000 a 25 000 | Más de 25 000 |
|----------------------------|-------|----------------|---------------------|----------------------|-----------------------|-----------------------|------------------|
| Pinar del Río ⁷ | 31 | 4 | 10 | 6 | 4 | 2 | 5 |
| La Habana | 16 | 6 | 5 | 1 | 2 | 1 | 1 |
| Matanzas | 25 | 5 | 10 | 3 | 3 | 4 | 3 |
| Las Villas | 48 | 5 | 19 | 12 | 6 | 3 | 3 |
| Camagüey | 69 | 8 | 12 | 15 | 19 | 4 | 11 |
| Oriente | 90 | 8 | 33 | 13 | 16 | 8 | 12 |
| Total nación | 279 | 36 | 89 | 50 | 50 | 22 | 32 |

diferencia entre granjas cañeras y granjas del pueblo tendía a atenuarse, pues las primeras participaban cada vez más en el esfuerzo de diversificación mientras que las segundas se habían convertido a menudo, por razones técnicas (por ejemplo, tierras próximas a azucareras), en plantaciones de caña de azúcar.

Sea como sea, se puede decir que a partir de 1961, en los hechos — desde 1962, en las instituciones —, casi la totalidad de las tierras confiscadas y no distribuidas de nuevo estaban administradas dentro del cuadro de granjas estatales. Su dirección era, en gran medida, centralizada y su gestión se hacía a través de dos estructuras administrativas netamente independientes.

En 1962, las granjas del pueblo, en número de 280, comprendían 2 844 000 hectáreas, las granjas cañeras, en número de 600, cubrían 900 000 hectáreas. El tamaño de las unidades de producción era muy variable; algunas granjas del pueblo no sobrepasaban las 200 hectáreas, mientras que otras alcanzaban las 60 000 y hasta las 90 000 hectáreas; lo mismo pasaba con las granjas cañeras.

Este estado de hecho era debido al contexto histórico de la reforma agraria, que había confiscado los latifundios tal como estaban en el momento de la intervención y los había transformado en granjas del Estado, en cooperativas, etc... sin poder

hacer siempre, por culpa de la precipitación, agrupamientos racionales. En 1962, había alrededor de 120 000 trabajadores fijos en las granjas cañeras y 200 000 en las granjas del pueblo. No obstante, estas cifras deben considerarse solamente como aproximativas dadas las deficiencias estadísticas de aquellos momentos.

En 1963, se decidió y se puso en marcha una nueva reestructuración del sector estatal. Las diferencias administrativas entre granjas del pueblo y granjas cañeras fueron suprimidas; los dos antiguos tipos de granjas tuvieron, en lo sucesivo, un estatuto único y tomaron el nombre indiferenciado de « Granjas estatales ». Además, fueron reagrupadas en grandes conjuntos administrativos regionales conocidos bajo el nombre de « Agrupación ». Esta forma de organización regional, que constituía la excepción antes de 1963, se convirtió

6. Estadísticas Agropecuarias, Junta Central de Planificación, 1963, p. 4.

7. Hay que señalar que en la provincia de Pinar del Río, un conjunto de diez granjas del pueblo reagrupadas administrativamente, en una « Agrupación » llamada PR 2, se consideró como una sola unidad estadística; por lo mismo, en la provincia de La Habana, una « Agrupación », la « Camilo Cienfuegos », comprendía, en realidad, ocho granjas; por último, en la provincia de Las Villas, un conjunto administrativo particular, conocido bajo el nombre de « Plan Escambray » comprendía 29 granjas, que se consideran igualmente como formando una sola unidad estadística.

en la regla general a partir de ese momento.

Las « Agrupaciones » constituían, en cierta manera, federaciones de granjas estatales, su poder estaba fuertemente centralizado. En 1966, existían 575 granjas estatales reagrupadas en 58 « Agrupaciones »⁸ de una superficie que variaba entre las 13 000 y las 100 000 hectáreas.

Esta nueva organización, que perdura todavía hoy, se estudiará ampliamente en el capítulo siguiente, ya que, por una parte, parece ser la forma definitiva de organización del sector estatal y, por otra, porque es el punto de partida de un esfuerzo por descentralizar la administración con carácter original que continúa todavía actualmente.

2. El encuadramiento del sector privado.

Hasta la segunda reforma agraria de 1963, existían en Cuba dos tipos de propietarios privados : los pequeños campesinos

Cuadro 3^o

| Categorías | Número |
|-------------|----------------|
| Caballerías | de propiedades |
| de 0 a 5 | 150 140 |
| de 5 a 10 | 3 855 |
| de 10 a 30 | 5 970 |
| | <hr/> |
| | 159 965 |

nos que poseían menos de 10 caballerías (124 ha); los propietarios ricos que poseían hasta 30 caballerías (402 ha). Como se sabe, las propiedades que sobrepasaban esta superficie se consideraban latifundios y eran eliminados (salvo en raras excepciones).

Los campesinos pobres, compuestos por propietarios, antiguos y nuevos (después de la distribución de tierras realizadas por el gobierno revolucionario), poseían el 94 % de las propiedades agrícolas privadas post-revolución. Como señalábamos en el capítulo I, las explotaciones de menos de

Cuadro 4. La pequeña propiedad privada en 1961¹⁰

| | Número de propietarios | Superficie de las antiguas propiedades menores de 5 caballerías (en ha) | Superficie otorgada a los beneficiarios de la R.A. (en ha) | Superficie total |
|--|------------------------|---|--|------------------|
| Antiguos propietarios hasta 5 caballerías | 48 315 | 805 493 | — | 805 493 |
| Beneficiarios de la R.A. hasta 5 caballerías | 101 805 | — | 2 725 910 | 2 725 910 |
| Total de propiedades hasta 5 caballerías | <hr/> 150 120 | <hr/> 805 493 | <hr/> 2 725 910 | <hr/> 3 531 403 |

5 caballerías fueron los grandes beneficiarios de la reforma agraria; conviene señalar que la revolución creó, por lo menos, los dos tercios de este sector privado de la agricultura. La creación de la pequeña propiedad privada se derivó de la ley de Reforma Agraria que, a propósito de los campesinos

pobres, estipulaba que ; 1) ningún prople-

8. Al principio el número era de 80, pero fue reducido en 1965.

9. Departamento Legal de Tierra, INRA, mayo de 1961.

10. En el curso del año 1962, una treintena de miles de hectáreas suplementarias fueron redistribuidas a los pequeños campesinos, lo que eleva a 3 563 000 ha la superficie en manos de propietarios de menos de 5 caballerías.

tario hasta 5 caballerías puede ser afectado por la ley de Reforma Agraria y conservará sus bienes; 2) todo trabajador agrícola no propietario recibirá a título gratuito dos caballerías de tierra, y, si lo desea, a título oneroso, un suplemento de tierra hasta llegar a las 5 caballerías, teniendo en cuenta las posibilidades regionales de distribución. (Hay que señalar que las distribuciones a título oneroso no fueron muy numerosas y que las llevadas a cabo nunca fueron seriamente pagadas al Estado. Este último fenómeno se explica principalmente por una cierta indisciplina financiera y por las dificultades que existían para calcular el valor de las tierras.)

Los agricultores medios y los campesinos ricos que subsistieron hasta 1963, no constituían un grupo social muy numeroso, ya que en el primero existían 3 855 campesinos y en el segundo grupo 5 970. Se comprende cuán fácil fue políticamente, para el gobierno revolucionario, que se apoyaba sobre los pequeños campesinos, el eliminar esta decena de miles de propietarios, con las dos reformas agrarias. Por el contrario, los pequeños campesinos, primeros beneficiarios de la reforma agraria y firme sostén de la revolución, fueron eficazmente organizados dentro de nuevas estructuras sindicales.

Desde 1930 hasta la revolución, surgieron numerosos sindicatos de trabajadores agrícolas. Estos sindicatos fueron rápidamente dominados por los grandes propietarios, que los convirtieron en obligatorios e hicieron de ellos verdaderos instrumentos de dominación de los pequeños campesinos. De esta manera nacieron una docena de sindicatos profesionales, tales como « Asociación de productores de arroz », « Asociación de productores de tabaco », « Asociación de productores de caña », etc...

Por efecto de las luchas de clases, los

sindicatos perdieron su utilidad y desaparecieron espontáneamente durante el año 1960. El 17 de mayo de 1961, para reemplazarlos se constituyó, bajo la autoridad del gobierno revolucionario, un sindicato agrícola único, la « Asociación Nacional de Pequeños Agricultores », conocida bajo el nombre de ANAP.

Organizado sobre una base de clase en vez de profesional, la ANAP fue concebida, en el primer momento, como un instrumento de lucha de clases. Su principal papel fue el contrarrestar las intrigas contrarrevolucionarias de los antiguos latifundistas y de los agricultores ricos. De ella formaban parte, únicamente, los campesinos que poseían menos de cinco caballerías y, excepcionalmente, los campesinos medios que, en el curso de la lucha contra Batista, habían probado su indiscutible apoyo a la revolución. Conviene señalar que la adhesión a la ANAP no es obligatoria y que todavía hoy en día no forman parte de ella todos los campesinos dueños de tierra. No obstante, se puede considerar que el sindicato agrupa el 90 % de los pequeños agricultores privados.

La ANAP fue organizada en forma piramidal lo mismo que todas las organizaciones de masa socialistas: en la base se encuentra el « núcleo », que agrupa un centenar de pequeños campesinos. Los núcleos están federados a nivel regional y después a nivel provincial. Una dirección nacional, con sede en el INRA hasta 1964, autónoma a partir de esta época, supervisa todo el conjunto.

Muy rápidamente la ANAP comenzó a desempeñar un papel económico. Consistió esencialmente en orientar la producción privada en función de los planes nacionales elaborados para la agricultura. Posteriormente, estas actividades de orden económico se diversificaron y ampliaron: la

ANAP se convirtió en el canal normal a través del cual se otorgaban los créditos, los materiales escasos, las piezas de recambio, etc... Aunque no se puede considerar del todo la ANAP como un aparato de orientación de la agricultura privada, por el hecho de que esta agricultura sigue siendo privada, se puede comprobar que la influencia del Estado — al menos administrativa — era tal que teóricamente estaba en disposición de ejercer un control estrecho sobre una gran parte de la producción de este sector.

Este intervencionismo de todas formas no era contrario a los intereses monetarios inmediatos de los pequeños productores, en la medida en que las directrices de producción se realizaban, generalmente, sobre bienes cuya demanda era muy grande y cuyos precios se componían, en parte, libremente¹¹.

3. Las fincas administradas.

Entre 1961 y 1962, un cierto número de pequeñas y sobre todo de medias explotaciones fueron abandonadas por sus propietarios. Una parte de ellas se incorporaron pura y simplemente a las diferentes granjas estatales, mientras que otra parte, aunque nacionalizada, fue confiada a la administración del sector privado. Esto explica el nombre de estas explotaciones: « Fincas administradas » (se sobreentiende, por el sector privado). Era, pues, una fórmula original de gestión cuya justificación descansaba en dos factores.

Primero de todo, las fincas, de esta manera entregadas a la administración del sector privado, eran fincas relativamente pequeñas, divididas y a menudo alejadas de las granjas estatales. En estas condiciones, era difícil cuidarlas de la misma manera que a estas granjas, teniendo en cuenta el coste de funcionamiento del aparato

administrativo que grava cada explotación socialista. La dificultad de integrar físicamente estos pedazos de tierra al sector estatal fue, por tanto, el primer factor determinante para entregar su gestión al sector privado.

El segundo factor fue de orden experimental. La no integración de estas explotaciones dispersas al sector estatal respondía también al deseo de experimentar, sin ningún dogmatismo, el funcionamiento de unidades de pequeño tamaño con el fin de comparar sus resultados con los de las otras fincas estatales que, conforme a la teoría ortodoxa, debían ser mucho mayores. Además, haciendo cuidar estas fincas a campesinos individuales se quería encontrar experimentalmente una respuesta a la polémica entablada entre los que pretendían que los « campesinos » estaban más calificados para cuidar las granjas que los « administrativos ».

Las « fincas administradas », cuyo número varió considerablemente y que representaban en 1963, una superficie aproximada de 170 000 hectáreas, fueron, por tanto, atendidas desde su creación por un consejo de dirección y un administrador elegido entre los núcleos de base de la ANAP de la región. Más tarde, a medida que aumentó el número, fue necesario organizar un sistema de control y de coordinación de esta gestión; poco a poco se formó, en el interior de las estructuras administrativas de la ANAP, una subestructura jerarquizada y centralizada para la administración de estas fincas.

En 1963, con la segunda reforma agraria, estas fincas administradas desaparecieron y fueron integradas a las granjas estatales

11. Estos mercados libres podían funcionar únicamente en el campo; por otra parte, los precios fijados por los organismos encargados, aunque no eran siempre proporcionados, eran generalmente remuneradores.

que componían las « Agrupaciones ». Para esto hubo dos razones :

- con la incorporación de las fincas privadas de más de cinco caballerías al sector estatal, las razones técnicas (pequeña extensión, división, dispersión) de la creación de las fincas administradas desaparecieron, pues muy a menudo, después de la segunda reforma agraria, se encontraron físicamente en medio de fincas nuevamente nacionalizadas ;
- la experiencia de gestión de pequeñas fincas por « campesinos » pareció ser negativa ; los resultados no eran mejores que los de las grandes granjas estatales.

En realidad, en la medida en que la gestión de las fincas administradas se efectuó a través de estructuras administrativas similares a las de otras explotaciones estatales, es decir ampliamente jerarquizada y centralizada, la experiencia no permitió medir claramente las potencialidades económicas de estas fincas. Además surgieron, en este sistema particular, las deficiencias comunes a todos los sistemas de gestión muy centralizados.

4. El sector cooperativo.

Uno de los papeles políticos desarrollados por la ANAP era la formación de una conciencia socialista entre los pequeños agricultores ; especialmente, estaba encargado de la difusión de las ideas socialistas relativas a la forma de explotación agrícola considerada como la más eficiente : la cooperativa agrícola de producción.

Por ello, en 1961, se adoptó un reglamento de « Sociedades agropecuarias », que constituyó el marco jurídico en el que debían funcionar las verdaderas unidades

de producción cooperativa. Estas debían estar compuestas por pequeños agricultores que entregaban voluntariamente sus tierras y sus medios de producción para trabajar en común. El gobierno revolucionario siempre se mostró prudente en este terreno, y no trató de acelerar el proceso de colectivización, por darse cuenta conscientemente del necesario carácter de ejemplaridad que debía tener ese sector para poder garantizar la eficacia de la agricultura cooperativa a poner en marcha. Todavía hoy en día, el sector cooperativo permanece muy limitado. Su desarrollo es extremadamente lento ; es más bien frenado que alentado por el Estado. En 1963, existían 230 « Sociedades Agropecuarias », todas muy pequeñas y casi familiares. Tenían una superficie total de aproximadamente 17 000 hectáreas, de las cuales 7 000 fueron entregadas por los miembros de las mismas y 10 000 por el Estado. En 1966, existían 270 cooperativas sobre una superficie de 20 000 hectáreas. Estas cooperativas de producción funcionan de la misma manera que las que se pueden encontrar en cualquier otro país socialista. No existe ninguna intervención directa en la administración y en la gestión. Todo lo más los planes de producción de cada cooperativa son supervisados por la ANAP de la misma manera que los de los campesinos privados. Una parte importante de la producción puede ser comercializada en el mercado libre. Los beneficios de las ventas al Estado pertenecen totalmente a los miembros de la cooperativa, aunque están obligados a invertir una determinada cantidad cada año. Todas las cuestiones relativas al suministro de materiales y los planes de producción se discuten con la ANAP.

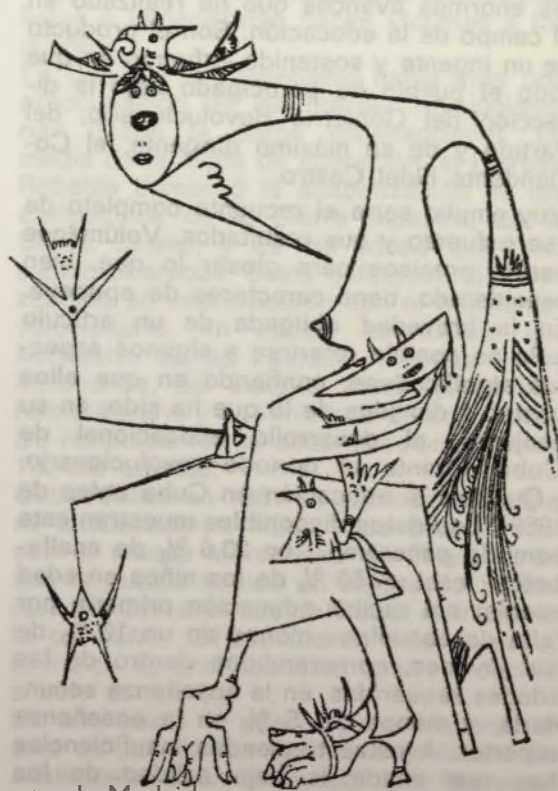
Señalemos que también fueron creados otros tipos de cooperativas compuestas por agricultores privados : en particular

537 cooperativas de crédito y servicios que agrupan aproximadamente 50 000 miembros.

La agricultura cubana, lo mismo la estatal que la privada, ha estado siempre, por tanto, caracterizada, en gran medida, por una fuerte centralización administrativa y

por una compartimentación bastante estricta de los diferentes sectores.

Una tal organización, que tiene su origen en la situación políticoeconómica de Cuba después de la revolución, no ha dejado de presentar difíciles problemas.



Ayuntamiento de Madrid



(S. Feijóo)

A ocho años del triunfo de la Revolución, Cuba puede mostrar, con legítimo orgullo, los enormes avances que ha realizado en el campo de la educación. Son el producto de un ingente y sostenido esfuerzo en que todo el pueblo ha participado bajo la dirección del Gobierno Revolucionario, del Partido y de su máximo dirigente, el Comandante Fidel Castro.

Muy amplio sería el recuento completo de ese esfuerzo y sus resultados. Volúmenes serían precisos para glosar lo que, bien considerado, tiene caracteres de epopeya. En la brevedad obligada de un artículo sólo es posible referirse a algunos aspectos significativos, confiando en que ellos basten a dar idea de lo que ha sido, en su conjunto, el desarrollo educacional de Cuba durante el periodo revolucionario. ¿Qué era la educación en Cuba antes de 1959? Los datos disponibles muestran este sombrío panorama: un 23,6 % de analfabetos; casi un 50 % de los niños en edad escolar sin recibir educación primaria por falta de escuelas; menos de un 10 % de los jóvenes, comprendidos dentro de las edades requeridas, en la enseñanza secundaria, y menos del 5 % en la enseñanza superior. A estas tremendas insuficiencias hay que añadir la baja calidad de los

José A. Aguilera Maceiras

Una revolución educacional en la Cuba revolucionaria

servicios educacionales por la inconcebible penuria en locales, mobiliarios, libros, materiales de enseñanza, talleres, laboratorios y equipos. Y para completar el cuadro, como transfondo, la inmoralidad y el latrocinio entronizados en las esferas dirigentes de los organismos educacionales, como reflejo de la corrupción general de los gobiernos y gobernantes que se fueron sucediendo en el poder.

Esa era la educación en la Cuba prerrevolucionaria. Y si hacemos alusión a ese pasado bochornoso de ingrata memoria, es para que pueda aquilatarse más objetivamente lo que la Revolución cubana ha hecho en el campo de la educación.

Todos los niños cubanos ahora tienen escuelas

Dar atención educativa al casi 50 % de los niños en edad escolar que no la recibían, era una cuestión vital. Y se hizo un esfuerzo sin precedentes y de tal magnitud que, en menos de tres años, el poder revolucionario había cumplido el Proyecto Principal N° 1 de la UNESCO para América latina de tener las escuelas y maestros suficientes para toda la población escolar. Diez años se asignaron para culminar ese proyecto. Cuba, en menos de tres años

le dio cumplimiento. América latina, adscrita a ese engendro prohiado por los imperialistas yankis que se llama Alianza para el Progreso, sigue arrastrando enormes déficits escolares. Y seguirá arrastrándolos hasta que sus pueblos, culminando inevitables luchas revolucionarias de liberación, rompan las cadenas y liquiden la opresión y explotación de que los hace víctimas el imperialismo, sus servidores y cómplices. Ilustremos el desarrollo cuantitativo de la educación primaria en Cuba con algunas cifras:

En el curso escolar 1957-1958 la matrícula en las escuelas primarias, incluyendo a las entonces escuelas primarias, ascendía a poco más de 700 000 alumnos. En el de 1965-1966 se elevó a 1 321 768. El número de aulas aumentó de 15 000 a 39 903 y el de maestros de 17 350 a 41 911 en el período señalado.

La comparación de esas cifras es harto elocuente y no requiere comentarios. Haría que añadir que se ha incrementado el tiempo anual de clases, y con ello el grado de eficiencia, al añadirse un mes al calendario escolar, el sábado a la semana escolar, que antes era sólo de cinco días, y al establecerse la doble sesión que aumenta el tiempo diario de clases de 4 horas y media a 6 horas y media.

Los porcentajes de asistencia han aumentado progresivamente de menos de un 60 % antes de 1959 a un 90 % en el curso escolar 1965-1966. Si aplicáramos el 60 % a los 700 000 matriculados en 1958 tendríamos un promedio diario de asistencia de 420 000. Si aplicamos el 90 % a la matrícula actual de 1 300 000, tendríamos un promedio diario de asistencia de 1 170 000. Quiere decirse, que hoy realmente asisten diariamente a clases 750 000 niños más que en la época anterior a la Revolución.

Alfabetización y educación de adultos

Como secuela del tradicional abandono de la educación popular, de la falta de escuelas especialmente en las zonas rurales más apartadas y en las barriadas pobres de las ciudades, la Revolución recibió como legado de la sociedad capitalista y burguesa más de un millón de analfabetos, equivalente al 23,6 % de la población.

No podía ser de otra manera si se considera nuestro subdesarrollo económico de entonces y la ausencia de interés en las clases dominantes por la cultura del pueblo. Porque el analfabetismo es consecuencia del subdesarrollo, como éste lo es del régimen de explotación de que los colonias y imperialistas hacen víctimas a los pueblos.

En Cuba el analfabetismo había sido una preocupación de las fuerzas revolucionarias desde la etapa insurreccional. En medio de la lucha de liberación, el Ejército Rebelde comenzó la alfabetización de los campesinos de la Sierra Maestra, de la Sierra Cristal, y de las zonas que iban siendo liberadas. Estos esfuerzos alfabetizadores se intensificaron con el triunfo revolucionario, en acción coordinada del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, del Instituto Nacional de Reforma Agraria y el Ministerio de Educación. Su resultado fue la alfabetización de unos 100 000 adultos.

Cuba realizó en 1961 su gloriosa campaña de alfabetización. Nada pudo detenerla ni aún el ataque mercenario en Playa Girón que el pueblo liquidó en menos de 72 horas. 979 207 analfabetos había al iniciarse la campaña. 707 212 fueron alfabetizados. El índice de analfabetismo quedó reducido a sólo un 3,9 %.

Un año bastó al pueblo para convertir al país en uno de los de más bajo índice de analfabetismo en el mundo. Ello fue posi-

ble porque la Revolución despertó un poderoso movimiento de masas que la alfabetización desencadenó, porque los analfabetos cobraron conciencia de la necesidad de instruirse y fueron elemento activo de la campaña, porque 100 000 estudiantes se integraron a las Brigadas de Alfabetización "Conrado Benítez", porque 121 000 ciudadanos con niveles medios de instrucción se convirtieron en alfabetizadores populares en las ciudades, porque 13 000 obreros constituyeron las Brigadas Alfabetizadoras "Patria o Muerte", porque 35 000 maestros asumieron funciones de orientación técnica, porque el pueblo, en el ejercicio del poder revolucionario, aplicó todas sus energías al propósito de cumplir la consigna del Primer Ministro Fidel Castro, expresada en la ONU, de liquidar el analfabetismo en un año.

¡ Hermosa experiencia, aleccionador ejemplo que Cuba ofrece a los países subdesarrollados !

La alfabetización fue la etapa primera de un vasto plan de educación de adultos. Tan pronto terminó la campaña, se organizaron los cursos de educación obrera y campesina. En sus aulas se han matriculado cada año, como promedio, 570 000 trabajadores. A ellos hemos entregado más de 270 000 diplomas de sexto grado y más de 33 000 del curso secundario.

Miles de esos graduados están integrados a las matrículas de las facultades preparatorias obrero-campesinas que la Revolución creara en las universidades, a los cursos de mínimo-técnico organizados en fábricas y granjas, a los de ayudantes de veterinaria, a los de inseminación artificial, de suelos, fertilizantes y alimentación del ganado, de maestros para las montañas, de ayudantes de enfermería, de calificación técnica en especialidades diversas, y, en fin, a otros vinculados al programa de desarrollo industrial y agropecuario.

Así aprovecha Cuba para la construcción

de una nueva sociedad la enorme fuerza que representan en este momento los analfabetos y subescolarizados de ayer, a quienes se ha abierto, sin limitaciones, las puertas de la superación, a quienes se ha garantizado hoy el derecho a la educación que ayer les fuera negado.

En Cuba todos los jóvenes pueden cursar la enseñanza secundaria

La enseñanza secundaria, como la universitaria, era privilegio de una exigua minoría. Limitadamente llegaban a ella los hijos de familias de las capas medias y, sólo por excepción, contados hijos de obreros y campesinos.

70 000 jóvenes aparecían matriculados en la enseñanza general en 1958. En 1966 esa cifra se había duplicado pues la matrícula ascendía a 148 991 alumnos. No es mayor debido al retraso escolar que recibiera la Revolución como herencia; pero experimentará un extraordinario salto cuantitativo como resultado del incremento en cada año de las promociones de la enseñanza primaria.

La Revolución ha organizado la enseñanza secundaria general en dos etapas de tres años cada una : la secundaria básica y la preuniversitaria. Ha multiplicado las escuelas de este tipo y en ellas se desarrollan programas más rigurosos y científicos y hay amplia utilización de bien equipados talleres y laboratorios para que nuestra enseñanza marche, con pasos firmes, por la vía politécnica y experimental.

Antes, las instituciones de enseñanza secundaria eran pocas y estaban circunscritas a las grandes ciudades. Había 160 escuelas primarias superiores, con un plan de dos años, y 21 institutos de segunda enseñanza. Hoy, cada localidad de 2 000 habitantes o más cuenta por lo menos con una de las 344 escuelas secundarias básicas que existen aún en las zonas rurales

y los institutos preuniversitarios han aumentado hasta 34.

No hay joven en Cuba que no tenga ahora la posibilidad de cursar la enseñanza secundaria.

Desarrollo de la enseñanza técnica industrial y agropecuaria

En un país sin perspectivas de desarrollo, como era Cuba antes de 1959, era lógico que la enseñanza industrial y agropecuaria realmente no existiera. Unas pocas escuelas de artes y oficios con talleres artesanales y atrasadas tecnologías, y cinco escuelas provinciales de agricultura de reducida matrícula y enseñanza predominantemente teórica y de baja calidad, era cuanto había.

El proceso de desarrollo agrícola e industrial iniciado con la Revolución, ha originado un extraordinario auge de este tipo de enseñanza. Partiendo prácticamente de cero, se ha organizado un eficiente sistema de escuelas e institutos tecnológicos, industriales y agropecuarios, con modernas instalaciones, con los mejores equipos y con las tecnologías más avanzadas, a los efectos de preparar los miles de obreros calificados y de técnicos de nivel medio necesarios a ese desarrollo.

La Revolución ha creado 23 escuelas tecnológicas industriales cuyos 7 404 alumnos cursan 97 especialidades; y 13 institutos tecnológicos industriales con 33 especialidades y una matrícula de 6 864 alumnos.

Los institutos tecnológicos agropecuarios especializados, del Ministerio de Educación y del Consejo del Plan de la Enseñanza Tecnológica: de la caña, del tabaco, de vegetales, de citricultura, de agrimensura, de áreas verdes, forestal, de inseminación artificial, de veterinaria, de suelos, fertilizantes y alimentación del ganado, del café, que en conjunto suman 20 y tienen una matrícula de más de 30 000 alumnos, son

igualmente una creación revolucionaria. La Escuela Elemental de Pesca "Victoria de Girón", la Escuela Secundaria de Pesca y la Escuela Superior de Pesca, creadas también por la Revolución, y que cuentan con unos 5 000 alumnos, proveen todo el personal calificado para operar los barcos de la ya numerosa flota pesquera y sus modernos equipos. Miles de jóvenes salen y saldrán de estas escuelas para llevar la bandera de Cuba por todos los mares del mundo.

La enseñanza universitaria

Tres universidades existen en el país: la de La Habana, en el occidente; al de Las Villas, en el centro; y la de Oriente en la parte oriental.

Su matrícula ha aumentado de 15 157 alumnos en el curso escolar 1956-1957 a 30 000 en el presente curso.

Lo más significativo en la enseñanza universitaria no es, sin embargo, el notable incremento de la matrícula, sino la variación en la composición de ésta, integrada ahora por muchos hijos de obreros y campesinos y aún por obreros y campesinos mismos; las profundas transformaciones introducidas en cuanto a estructura, organización, métodos de enseñanza, sistemas de evaluación, vinculación de la enseñanza y la investigación a la producción y al desarrollo económico, social y cultural, y las mejoras que en edificios, laboratorios y equipos se han producido.

Antes las universidades vivían encerradas en sí mismas, divorciadas de los problemas fundamentales relacionados con la producción y el desarrollo. Hoy se integran al esfuerzo de todo el pueblo y sirven cabalmente a las necesidades de la nación, atemperando sus planes a esas necesidades.

De ahí el auge que han tomado los estudios científicos y técnicos, en contraposición a lo que ocurría antes, en que eran las humanidades las que ejercían un

predominio visible. Antes, a Humanidades correspondía la mitad de la matrícula y la Ciencias y Tecnología sólo una tercera parte. Hoy, la mitad de la masa estudiantil cursa carreras de Ciencias y de Tecnología, en tanto que sólo una quinta parte estudia Humanidades.

Después de 1959 han sido ampliadas hasta 15 las especialidades de Ingeniería que se cursaban en nuestras universidades; se ha fundado en la Universidad de Las Villas la Facultad de Ciencias Agropecuarias, que sólo existía en la de La Habana; ha sido creada en las universidades de Oriente y Las Villas la Facultad de Ciencias Médicas que sólo funcionaba en la de La Habana; han sido ampliadas hasta 14, orientadas, específicamente hacia la investigación, las 4 carreras, encaminadas fundamentalmente hacia la enseñanza, que había en la Facultad de Ciencias; han surgido 11 nuevas licenciaturas en la Facultad de Humanidades.

Muchas transformaciones han experimentado las universidades. Es imposible referirse a todas. Las señaladas bastan para que se comprenda el enorme progreso que en relación con el período prerrevolucionario ha tenido en Cuba la enseñanza superior, y como ella nos asegurará los cuadros científicos y técnicos, revolucionarios y de alto nivel, que el desarrollo de la nación demanda.

Oportunidades plenas para la mujer

La Revolución ha liberado totalmente a la mujer.

Actualmente, en Cuba, las oportunidades de estudio de la mujer son iguales que las del hombre y a pesar del déficit que arrastramos del pasado, el 40 % de los alumnos de todo nuestro sistema escolar, incluyendo las escuelas de adultos, son mujeres. Es tanto el interés del Gobierno Revolucionario por elevar el nivel cultural

de la mujer, que en el Ministerio de Educación se ha organizado una Dirección de Escuelas de Superación de la Mujer. Ya se han visto resultados magníficos, sobre todo en lo que se refiere a la educación de campesinas que, como becarias, realizan estudios en grandes centros educacionales. Además del sistema ordinario de educación, en el que concurren las mujeres casi en igual proporción que los varones, hay escuelas que les dedican una especial atención, como las de Empleadas, las de Campesinas, las de Especialización para Instructoras Pedagógicas, la de Instructoras Revolucionarias "Conrado Benítez", el Instituto Pedagógico "Makarenko", las Nocturnas.

En Cuba el Plan de Becas permite que todo el mundo pueda estudiar

Miles de escuelas de todos los tipos y niveles han sido creadas por la Revolución. La enseñanza es gratuita en todas ellas. Y eso parecería suficiente.

Sin embargo, para hacer realmente efectivo el principio de que la educación llegue a todo el pueblo, el Gobierno Revolucionario ha organizado un Plan de Becas de vastas proporciones.

Iniciado en 1962, con 76 834 alumnos procedentes de las brigadas alfabetizadoras "Conrado Benítez", su crecimiento ha sido ininterrumpido. Hay actualmente 150 000 becarios, y para el curso próximo habrá 200 000. Cursan estudios de todos los tipos y niveles, aún del primario. Hay estudios como los del magisterio y profesorado, los agropecuarios, los de pesca y los de medicina, en que la totalidad de los alumnos son becarios. En otras ramas, como la tecnología industrial, constituyen la casi totalidad. El 33 % de los estudiantes universitarios están becados. El número de becas es, aproximadamente, el 10 % del total de alumnos matriculados en el sis-

tema regular de educación. Creemos que, considerado en relación con la población del país, el Plan de Becas de Cuba es, proporcionalmente, el más vasto del mundo.

Una beca lo incluye todo : educación, vivienda, alimentación, ropa, zapatos, libros, recreación, atención a la salud y un estipendio para gastos menores.

Los becarios reciben sus clases en modernas escuelas construidas por la Revolución o en los grandes colegios de la burguesía que fueron nacionalizados en 1961, y tienen como albergues las nuevas instalaciones preparadas al efecto y las grandes residencias construidas en barrios exclusivos por los latifundistas, los grandes industriales, los dueños de casas de apartamentos, los señores del comercio y de la banca, y los politiqueros voraces y corrompidos, que amasaron sus fortunas a costa de la explotación del pueblo y del ilícito aprovechamiento de los bienes de la nación.

El Plan de Becas es la mejor cantera de técnicos revolucionarios capaces de participar en la construcción de una nueva sociedad y de consolidar las conquistas de la Revolución.

Con métodos revolucionarios se han resuelto los problemas de formación del personal docente

En 1959 había unos 9 000 maestros desocupados, pero era difícil llevarlos hacia las apartadas zonas rurales en que la mayoría de las aulas se creaban. Esos maestros vivían en las ciudades, se habían formado en escuelas normales establecidas en las capitales de provincia, tenían sus intereses personales y familiares contrarios a las zonas urbanas y no estaban

acostumbrados a las dificultades inherentes a la vida del campo.

Fue necesario que el Primer Ministro Fidel Castro hiciera un llamamiento a los estudiantes de la enseñanza secundaria para que se incorporaran, como maestros, a las aulas de las montañas previos cursos intensivos de capacitación inicial desarrollados en las propias zonas montañosas. Así surgió un cuerpo de maestros voluntarios, una vanguardia del magisterio en las regiones difíciles, que resolvió un serio problema a la educación nacional.

La experiencia fue aleccionadora. Su consecuencia fue la radical transformación del sistema de formación de maestros del país. Las antiguas escuelas normales fueron convertidas en escuelas de superación pedagógica y se inició un nuevo plan de formación de maestros que llenara los requerimientos que imponía la construcción de una nueva sociedad en Cuba.

El plan, con una duración de cinco años, se desarrolla en tres etapas : la primera en el Centro Vocacional para Maestros « Sierra Maestra », en Minas del Frío, provincia de Oriente, con un año de duración que acondiciona al alumno a los rigores de la vida rural en los sitios más difíciles ; la segunda, que dura dos años, en la Escuela para Maestros Primarios « Manuel Ascunce Domenech », en Topes de Collantes, Sierra del Escambray, provincia de Las Villas ; la tercera en el Instituto Pedagógico « Makarenko », en la playa de Tarará, en los alrededores de La Habana, también de dos años de duración, durante los cuales los estudiantes realizan práctica docente responsable en aulas alejadas al centro, en un plan de estudio-trabajo.

Durante el periodo que media entre la fecha (1961) en que se iniciara el nuevo plan y el momento en que se produce sus primeras promociones, ha habido que resolver la demanda de maestros originada por el pase de muchos de ellos al

profesorado secundario y por la masiva creación de aulas.

Así ha surgido, con carácter transitorio, un sistema de formación urgente de maestros, denominados populares, paralelamente al sistema regular.

Un maestro popular es una persona con nivel medio de escolaridad, que recibe un curso preparatorio intensivo de diez meses y comienza a ejercer como maestro en un aula rural. Cada cinco semanas de trabajo, se interrumpen con una que se dedica a orientarlos en relación con el trabajo docente que ha de realizar en las cinco semanas siguientes y en el estudio de materiales programados para su formación.

En el periodo de vacaciones, durante 45 días, con la atención directa de profesores, en internados, el maestro popular redondea el estudio del programa que ha venido haciendo durante el curso, y se somete a las pruebas de aprovechamiento. En seis años, si aprueban los cursos correspondientes, recibirán sus títulos de maestros primarios. Por esa vía estamos formado también miles de maestros.

En las antiguas escuelas normales había una matrícula de 8 889 alumnos. En las nuevas escuelas esa matrícula se ha duplicado pues resultó de 17 898 alumnos en 1966 y aumentará notablemente en los dos próximos años, en que funcionarán con aumentada capacidad las tres escuelas existentes y se establecerán otras.

En Cuba no existían los estudios del profesorado secundario. La Revolución ha creado en las universidades los Institutos Pedagógicos, que preparan a nuestros profesores de la enseñanza secundaria básica y de la enseñanza preuniversitaria. Los estudios, especializados por asignaturas, tienen cinco años de duración, que incluyen dos de práctica docente: una en el nivel de enseñanza inmediato inferior, y

otro en el nivel de cátedra en que se profesará en el futuro.

La matrícula en estos Institutos ascendió a 6 535 alumnos en el curso escolar 1965-1966, y con ella pasará lo mismo que con la de los estudiantes de magisterio: se incrementará en más de un 100 % en el curso de los dos próximos años.

Todo el personal docente en Cuba está sometido a un proceso sistemático y continuo de superación, que se realiza a través de las escuelas de superación pedagógica (antiguas normales) y del Instituto de Superación Educacional creado por la Revolución. Por ambos tipos de centros pasan cada año 50 000 maestros y profesores.

Cómo se ha mejorado la base material de la enseñanza

Antes de 1959, muchos locales escolares se caían a pedazos, miles de alumnos carecían de sillas o pupitres, no había los más elementales materiales de enseñanza: los libros brillaban por su ausencia, faltaban los medios audiovisuales, y los talleres y laboratorios, en las pocas escuelas que los tenían, eran insuficientes, anticuados y de muy poco uso, lo cual obligaba a una enseñanza verbalista, teórica y memorista.

El Gobierno Revolucionario ha desarrollado amplios planes de construcciones escolares y de adaptaciones de locales, entre los que se destaca la conversión de todas las fortalezas militares y cuarteles de la tiranía en ciudades escolares y escuelas; y ha dotado a todos los centros de los muebles, equipos y materiales necesarios para su funcionamiento.

Antes del triunfo de la Revolución, por ejemplo, las ediciones de libros de texto sólo alcanzaban algunos pocos millares.

La Revolución ha desarrollado esas ediciones a niveles óptimos. En el curso 1965-1966, por citar uno, el Ministerio de Educación editó para todos los niveles de enseñanza, 243 títulos y 11 168 500 ejemplares.

Y esto sin contar con que nuestros niños y jóvenes tienen a su disposición 347 bibliotecas escolares para uso de los alumnos de las escuelas primarias, y bibliotecas en todos los centros de enseñanza secundaria básica, preuniversitaria, técnica o profesional, creadas por la Revolución, que ha enriquecido, además, las pocas que existían con anterioridad.

Todas las escuelas secundarias básicas e institutos preuniversitarios, técnicos y profesionales, han sido dotados de talleres, y de laboratorios de física, química y biología, provistos de los mejores equipos y abundancia de materiales de trabajo y experimentación.

Y ahora se han creado la Industria Nacional de Medios Audiovisuales y el Departamento de Cine Educativo.

Pasó ya la época de la mera teorización. La educación revolucionaria ha creado las condiciones necesarias para una enseñanza activa, científica, experimental.

El desarrollo educacional se refleja en el incremento de gastos

A un tan amplio desarrollo de la educación y la cultura, corresponde un notable incremento de los gastos. De 79 415 600 pesos presupuestados por el Ministerio de Educación y las Universidades en el ejercicio fiscal de 1957-1958, los gastos realizados en educación y cultura por todos los organismos estatales han crecido hasta 330 171 900 pesos en el año de 1965, es decir, se han cuadruplicado.

Otro detalle significativo es el referente a las variaciones en la estructura de los gastos efectuados, indicativos del peso que dentro del sistema educacional van adquiriendo tipos de enseñanza que antes tenían muy poco o ninguno.

Los de las universidades, digamos, han crecido de 3 962 700 pesos en 1958, aproximadamente el 5 % del total gastado por el Ministerio de Educación, a 34 083 400 pesos en 1965, que equivalen al 10 % de lo gastado por todos los organismos estatales en educación y cultura. Este incremento es no sólo cuantitativo, sino cualitativo, y muestra la atención y el rango que concede el Gobierno Revolucionario a la enseñanza universitaria.

Se traduce en mejores edificios, abundan-

4.- Ponga la palabra que falta:

El mar está _____

Las naves _____ salen.

_____ pescar en alta mar.

5.- Se dictará lo anterior.

6.- Copie con su mejor letra:

El mar está quieto.

cia de equipos, de laboratorios y talleres, de materiales de enseñanza, de libros y de asignaciones para experimentos e investigaciones.

Los gastos de la Enseñanza Primaria se han duplicado con respecto al periodo pre-revolucionario; pero el peso relativo dentro de los del Ministerio de Educación ha disminuido de un 57,5 % en el curso 1957-1958 a un 40,4 % en 1965, lo cual beneficia a los otros niveles de enseñanza.

Ha habido igualmente variaciones notables de las proporciones de los distintos tipos de gastos:

| | % de gastos | |
|-------------------------|-------------|-------|
| | 1957-1958 | 1965 |
| Salarios | 91,7 | 69,1 |
| Otros gastos corrientes | 7,9 | 25,4 |
| Inversiones | 0,4 | 5,5 |
| | 100,0 | 100,0 |

Tales variaciones se deben a notables mejoras en abastecimiento de todo tipo de materiales, dotación de equipos y edificios. La disminución relativa del volumen de salarios se produce, por ello, a pesar de que se ha aumentado sustancialmente la fuerza de trabajo docente y los sueldos por la implantación de una nueva escala salarial.

Otro dato. Mientras que en 1958 sólo el 3,97 % del producto bruto nacional fue destinado a la educación y la cultura, en el año de 1965 la proporción fue del 7,69 %. Apuntaremos, por último, que la población estimada de Cuba en 1957 fue de 6 414 200 habitantes y en 1965 de 7 630 700 habitantes. Si dividimos los gastos efectuados en educación y cultura entre la población estimada, en los años aludidos, tenemos que en el ejercicio fiscal 1957-1958 se gastaron en educación y cultura 12 pesos por habitante, en tanto que en 1965 se desti-

naron 43 pesos, es decir, 3,5 veces más.

En Cuba hay una genuina democracia en educación

En 1962, la Delegación Cubana presidida por el entonces Ministro de Educación, Dr. Armando Hart Dávalos, que asistió a la Conferencia de Educación y Desarrollo Económico y Social celebrada en Santiago de Chile, definió la democracia en el terreno de la educación en la siguiente forma:

- a) Que la educación llegue a todo el pueblo a través de la gratuidad de la enseñanza y de un amplísimo sistema de becas;
- b) Que las masas organizadas participen en el planeamiento, la orientación, la dirección y administración de la enseñanza;
- c) Que la educación, en su contenido y en sus métodos tenga un carácter científico tanto en el estudio del desarrollo de la naturaleza, como en el de la evolución de la sociedad humana y en la investigación de la teoría del conocimiento.

No puede decirse que hay democracia en educación cuando, como ocurre en América latina, millones de niños carecen de escuela, cuando millones de adultos son analfabetos, cuando la educación, que es un derecho reconocido a todo individuo por la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, es un servicio que se paga en todo o en parte, cuando los problemas de la administración y dirección de la enseñanza constituyen un coto privado de funcionarios y administradores sin participación de las masas, cuando la educación no parte de la raíz del pensamiento científico.

Cuba, que es hoy una gran escuela, como dijera el Comandante Fidel Castro, que mantiene un vasto plan de becas, que siembra de escuelas todos los rincones de la nación, que dispensa gratuitamente todos los servicios educacionales, que da posibilidad a las masas de trabajadores

docentes de participar, a través de un sistema de trabajo colectivo y de equipos, en la dirección y administración de la educación, que instrumenta la participación del pueblo en las cuestiones educacionales a través de los Consejos de Escuela en que confluyen la acción del Ministerio y la de las organizaciones revolucionarias y de masas, que en la orientación y desarrollo de sus programas educativos parte de la raíz del pensamiento científico, puede decir, apoyada en los hechos incontrovertibles, que practica la genuina democracia en educación.

Formar un hombre nuevo para una nueva sociedad

En Cuba la educación se fundamenta en la formación del hombre nuevo, con una calificada preparación científica y técnica, con una sólida cultura humanista y con una ideología y una moral superior que refleje la aspiración de identificar los intereses individuales con los de toda la sociedad, al efecto de que pueda participar activa y conscientemente en la construcción de la sociedad socialista y comunista y continuar y superar la colosal obra de transformación económica, social, cultural y política que acomete, gloriosamente, la actual generación de trabajadores para la construcción de esa nueva sociedad.

Nuestros planes y programas de estudio, en todos los niveles, responden a esa suprema aspiración nacional y constituyen un requisito del desarrollo.

Para lograrla, se educa a la niñez y a la juventud en el espíritu de amor a la patria y a la humanidad, de entrañable dedicación al estudio de las ciencias naturales y sociales y a la investigación científica, de solidaridad con los trabajadores y pueblos de todo el mundo en su lucha noble por una vida libre y feliz, de repudio a las guerras imperialistas de agresión y rapiña,

y de apoyo a los movimientos de liberación de los pueblos.

En armónica proporción, el tiempo de nuestros estudiantes se distribuye entre el estudio y el trabajo, el deporte y la recreación, la actividad cultural y artística, con vistas al logro de una formación integral sustentada en una fuerte conciencia moral e ideológica.

El sistema nacional de educación cubano se inspira en una nueva pedagogía revolucionaria. Ha introducido la enseñanza politécnica estrechamente vinculada al proceso de educación general y la concibe no como artesanía o simple ocupación, sino como una enseñanza de valor completo que se caracterice por su elevado valor científico y suministre conocimientos, capacidades y habilidades utilizables en la moderna producción socialista, con dominio de las leyes y relaciones generales de los elementos del proceso productivo, y de los conceptos generales y los procedimientos científicos elementales de la técnica, la tecnología y economía.

La organización de la enseñanza politécnica asume distintas modalidades que van desde la politecnización de las materias de enseñanza, la organización de círculos científico-técnicos y las visitas y excursiones a fábricas, granjas y otros centros de trabajo, hasta el trabajo instructivo en talleres, laboratorios y parcelas, y el trabajo productivo y de servicio social.

El trabajo productivo, especialmente, ha tenido un incremento extraordinario en las escuelas cubanas. Se utiliza no sólo como instrumento de la enseñanza politécnica, sino, esencialmente, de la formación moral e ideológica de la juventud.

Todos los estudiantes cubanos realizan, durante un periodo de cada curso, trabajos directos en la producción, fundamentalmente en la agropecuaria.

Entre los planes de trabajo productivo estudiantil sobresa el denominado "La Es-

cuela al Campo", en que participan, durante seis semanas, los profesores y alumnos de la enseñanza secundaria sobre una base de voluntariedad.

Lo que caracteriza a este plan es que combina armónicamente el trabajo con el estudio, con el deporte y con la actividad cultural, artística y recreativa.

La escuela, con todos sus efectivos, se traslada a un campamento establecido en una granja. Los alumnos y profesores trabajan en el campo por la mañana, continúan el desarrollo de sus programas escolares por la tarde, y la última parte de ésta y las primeras horas de la noche se emplean en la práctica del deporte, en actividades culturales y artísticas, y en el estudio.

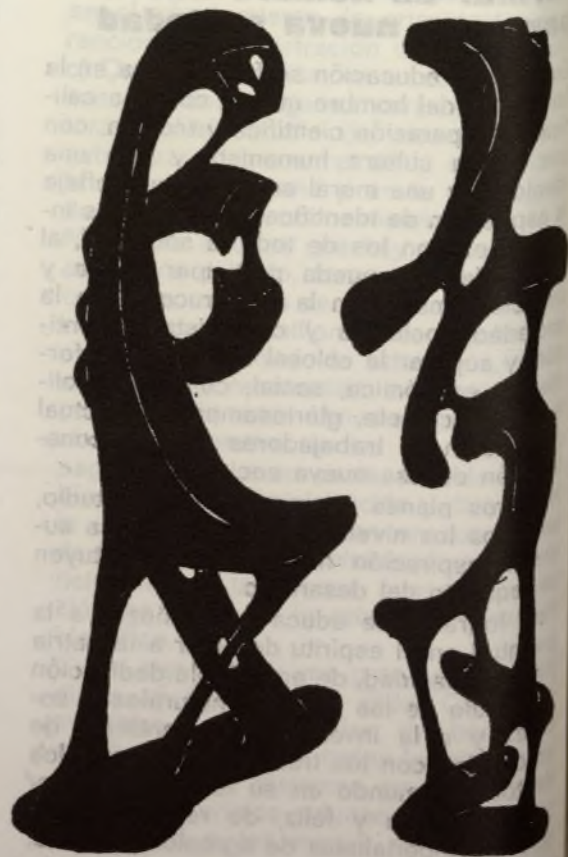
Este plan da al estudiante un conocimiento de los principales planes de desarrollo agropecuario de Cuba, lo hace plenamente consciente de los principales problemas científicos y técnicos que hay que resolver para propiciar ese desarrollo, desarrolla su inclinación hacia esa actividad, le permite percatarse de cuánto trabajo y esfuerzo cuesta el producir los bienes que él, como parte del pueblo ha de consumir, lo disciplina en el trabajo y lo identifica con los trabajadores.

Por otra parte, posibilita vincular la enseñanza a la actividad práctica, contribuye a que los estudiantes aprendan a observar, a investigar, a descubrir cómo los principios aprendidos en las diversas asignaturas tienen su aplicación en la producción y en la práctica social, y ofrece a los maestros ideas y perspectivas para la renovación de sus técnicas pedagógicas.

Por eso ha despertado tanto entusiasmo en alumnos, profesores y padres. Por eso la salida de la escuela para el campamento y el campamento mismo en su vida interior, son un espectáculo emocionante y de elevado contenido espiritual y revolucionario.

Por eso el Plan ha sido incorporado al calendario académico de la enseñanza secundaria y se mantendrá, se perfeccionará y se extenderá a otros tipos y niveles de enseñanza.

(Cortesía de Cárdenas)



5

El nuevo pensamiento cubano

...del Cuerpo... en sus participaciones...
 la vida humana, los pensamientos y acciones
 de la existencia humana sobre una
 base de racionalidad.

Los que conciben a este plan de una
 acción verdaderamente al alcance de la
 realidad, con el objeto y con la
 cultura, artística y científica.

La mente, con la que se puede
 trabajar a un...
 una parte...
 bien en el campo de la mente, con
 una al alcance de su progreso...

Una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...

Una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...

Una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...

Una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...

Una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...

Una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...

Una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...

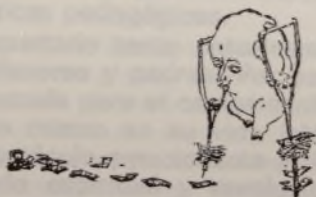
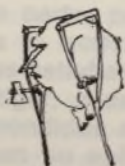
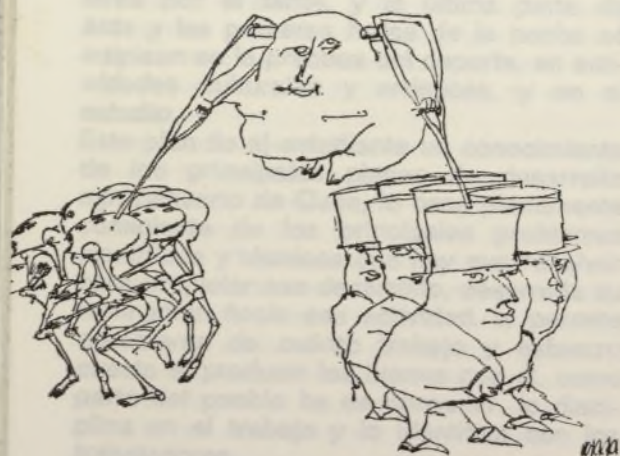
Una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...

Una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...
 una vez que se ha alcanzado...

Por eso el Plan...
 ...de la mente...
 ...y el mundo...
 ...y el mundo...

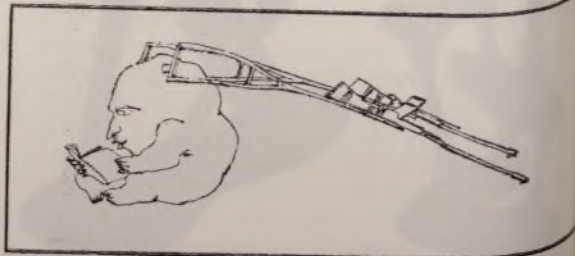
El nuevo

pensamiento



**los
 mancos
 mentales**

For Posada





Un fantasma se cierne sobre América (Nuez)

Alejo Carpentier

Literatura y conciencia política en América latina¹

No puede decirse que en el siglo pasado se haya observado el menor intento de un establecimiento de relaciones —ni siquiera de una discusión de principios estéticos— entre los artistas plásticos y los músicos de nuestro continente, por la sencilla razón de que apenas si contábamos con unos pocos pintores en América y que cuando, en música (tal un Carlos Gómez, tal una Teresa Carreño) un artista rebasaba la medida de un amateurismo hartamente generalizado, tanto en la interpretación como en la creación, sólo podía someter su actividad al juicio responsable del público de Europa, ya que los públicos nuestros, hasta muy poco aún, no vacilaban en otorgar el título de **genio** a cualquier amable inventor de joropos, canciones o vales de salón... Pero muy distinta ha sido, en cambio, la situación de los escritores. Desde los inicios del siglo XIX se observa en ellos una apremiante necesidad de buscarse unos a otros; de encontrarse; de sentirse latir el pulso de un extremo a otro del continente —y me refiero, desde luego, a un continente que tuviese sus hiperbóreos en México. Así como los humanistas de la alta Edad Media se conocían unos a otros, intercambiando sus manuscritos, sus tratados, por encima de los feudos y de las selvas, sabiendo dónde un sabio latinista, un conocedor de Horacio, vivía rodeado de multitudes analfabetas, nuestros escritores, apenas tomaron conciencia de sus nacionalidades —es decir, de su criollismo y de las voliciones de ese criollismo— trataron de intercambiar mensajes, de trabar el coloquio, unidos de antemano por una unidad de conceptos esenciales. Bien sabía Sarmiento, el pasar por La Habana, dónde dar con Antonio Bachiler y Morales, del mismo modo que José Martí sabía, al llegar a Caracas, dónde encontrarse con Cecilio Acosta. Más aún: no podemos sino contemplar con alguna nostalgia la solidez de un humanismo latinoamericano que, en años a menudo terribles por la proliferación de los dictadores, el encumbramiento de los caudillos bárbaros y la frecuencia de las asonadas militares, propiciaba los más fecundos y generosos intercambios de hombres valiosos, nacidos en vecinos países del continente, a los cuales se confiaban las más altas responsabilidades culturales. Recordemos el caso del camagüeyano Francisco Javier Yanes, presidente del Tribunal Supremo de Caracas, quien, en 1811, muy consciente de las realidades americanas, libró una memorable batalla contra la discriminación racial con palabras que, más de un siglo después, hubiese podido recoger un José Carlos Mariátegui. Recordemos al cubano Heredia, juez de la Suprema Corte de México, y al otro cubano, Pedro de Santacilia, secretario de Benito Juárez. Recordemos al venezolano Andrés Bello, rector de la universidad de Santiago de Chile, y al argentino Domingo Sarmiento, director de la Escuela Normal de Maestros de Chile, quien entabla con el anterior, por cierto, una polémica que constituye, a mi parecer, el primer debate importante en torno a cuestiones de una importancia trascendental para el escritor latinoamericano. Ahora que en este congreso habrán de abordarse cuestiones análogas, relacionadas con nuestro oficio de escribir, no podemos sino evocar aquella apasionada y apasionante discusión del año 1842, entablada desde las páginas del **Semanario Literario** y del **Mercurio** de Santiago de Chile, donde Bello defendía un concepto aristocrático del arte y por encima de todo **el respeto de la forma**, amén de la pureza del idioma, en tanto

1. Discurso pronunciado en el Primer Congreso de Escritores y Artistas Cubanos. La Habana, agosto de 1961.

que Sarmiento decía a los escritores jóvenes: «Escribid lo que os alcance, lo que se os antoje; que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; no se parecerá a lo de nadie; pero, bueno o malo, será vuestro y nadie os lo disputará.»

Todos estos hombres se conocían y, aunque a veces discutieran públicamente, se estimaban. Y se estimaban porque todos eran hombres comprometidos. Contra España o ya libres de España, luchaban, más allá de las contingencias inmediatas, por las mismas ideas. Un gran quehacer común incluía en la misma órbita al precursor Pablo de Olavide, peruano amigo de Voltaire, con Sarmiento, con Juárez, con Martí. Cuando eran contemporáneos, cada cual sabía con quiénes andaban los otros, y, por lo tanto —para hacer válido el refrán— sabían quiénes eran los otros. Todos eran hombres políticos. Y hubiera bastado que uno de ellos hubiese tenido una flaqueza en lo político; hubiese tenido una duda, una vacilación, en cuanto al discernimiento maniqueísta del bien y del mal —de la barbarie o de la civilización, del progreso o de la reacción— para que sus semejantes en espíritu le volvieran las espaldas, después de haberlo condenado. Nadie, en el siglo XIX americano, hubiese podido decir lo que se ha llegado a repetir en nuestro ámbito, tanto y tan falsamente, que la frase ha cobrado categoría de lugar común: «No nos conocemos.» Todo el mundo, en aquel tiempo, se conocía.

Adviene el siglo XX —ya anunciado antes del término del anterior por una modificación de giros y técnicas— y ocurre un fenómeno que se hace merecedor de algún examen. Una extraña amoraldad se instala en el mundo de las letras americanas —sin que esto, por ventura, nos prive de la posibilidad de hacer una buena lista de quienes no se dejaron contaminar. Algunos de los mejores poetas y prosistas del momento se ven aquejados de una dolencia que, recordando el personaje famoso de la novela de Gontcharov, calificaríamos de **oblomovismo**; reconocen muchos que la condición de vida de los pueblos latinoamericanos es lamentable; reconocen todos que algo habría de hacerse por esos pueblos. Pero todo queda en la vaga espera de un suceso mesiánico, apocalíptico, cuya ausencia parece justificar cualquier inacción. Como el Oblomov de Gontcharov, tal intelectual está lleno, en el fondo, de buenas intenciones; pero su repugnancia ante toda actividad sistemática, ante toda afirmación comprometedora, le hace contemplar sin moverse las peores injusticias y aceptar, con increíble irresponsabilidad, cualquier dádiva o prebenda. Reléanse las *Memorias* de Rubén Darío. Resulta asombroso observar que el gran poeta acepta los regalos de un tiranuelo centroamericano, calificándolo de «benefactor», pero advirtiéndolo, a la vez, a quienes pudieran echarle en cara su flaqueza, que él —Darío— «no es juez de historia en este mundo». En San Salvador asume gustosamente la dirección de un diario que le es confiada por un hombre que —cítase aquí su propio testimonio— «era un presidente voluntarioso y tiránico como lo han sido casi todos los presidentes de América Central». Convive con políticos tarados, reaccionarios, generales de bochinchas, hallándolos simpáticos y hasta interesantes. Y, cuando hace el elogio de la ciudad de San José de Costa Rica, apunta, como mérito notable, que «su sociedad era una de las más europeizantes y norteamericanizadas...» Pero la irresponsabilidad de Darío no constituye una excepción. Hubo otro gran poeta² en América —y mucho anduvo por La Habana— cuyo oficio consistía en ofrecer su «periodismo de combate» —y era brillante, y era eficiente— dondequiera que se lo remuneraran con largueza, sin preocuparse por ahondar en lo legítimo u honorable de la causa defendida. Y no olvidemos a Santos Chocano, que lo mismo pudo oficiar de ministro de Pancho Villa que de consejero del dictador Estrada Cabrera —el **Señor presidente** de Miguel Ángel Asturias. Otros aceptaban cargos diplomáticos, puestos oficiales, dirigían revistas y periódicos, sin detenerse en reflexionar si vendían su alma al diablo —y ya sabemos por Thomas Mann que para vender su alma al diablo no siempre es preciso rubricar un grimorio mojado la pluma de oca en sangre propia. Basta con prestarse alegremente a ciertas contaminaciones.

Y no vaya a creerse que hacemos aquí un recuento de lamentables flaquezas para erigirnos en jueces póstumos de una generación pasada. Los hechos citados sólo habrán de servirnos para establecer un contraste. Porque si bien el **oblomovismo** de la generación del novecientos lo alejó de toda contingencia política verdadera, sus hombres fueron, acaso, los que más parecieron preocuparse por el porvenir de América en cuanto a continente. No hablemos

2. Porfirio Barba-Jacob.

de los rugidos del puma lírico Santos Chocano, aquel que se jactaba de «poseer el sur» del Nuevo Mundo en tanto que Walt Whitman «tenía el norte». No hablemos de la indudable americanidad verbal y poética de un Porfirio Barba-Jacob. Evoquemos tan sólo el fiero responso arrojado por Rubén Darío a la cara de Teddy Roosevelt, y la dramática pregunta que lo acompaña: «¿Seremos entregados a los bárbaros fieros? —¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?» —poniendo de nuestra parte a Moctezuma, el lecho de rosas de Cuauhtémoc, la poesía de Netzahualcóyotl, y hasta el Dios de Cristóbal Colón... Nunca se usó tanto y tan líricamente la palabra «América» como a comienzos de este siglo. Lo de «Nuestra América» llegó a transformarse —bien lo apuntó cierta vez Alfonso Reyes— en un verdadero «nuestramericanismo». Pero ese «nuestramericanismo» estaba bastante lejos, en verdad, de la **América nuestra** de José Martí que, en su nombre, para su defensa y grandeza, había trazado una verdadera ética del hombre americano. Bien había señalado Martí que «el peligro mayor de nuestra América» era «el desdén del vecino formidable que la desconoce». Había calificado de sietemesinos a quienes no tenían fe en su tierra; había señalado con dedo acusador a «los delicados que eran hombres y no querían hacer el trabajo de hombres», y, profético como lo fuera muchas veces, vislumbró la abyecta traza de «los desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte». La «Nuestra América» de Martí cargaba con sus indios y con sus negros, con la «sangre natural del país», con todas sus realidades buenas o malas, en espera del día en que «los hombres nuevos americanos» pudiesen saludarse, de un pueblo a otro, con «los ojos alegres de los trabajadores»... Años después, Rubén Darío habría de declarar que no era un poeta para muchedumbres, y que aborrecía «la mulatez intelectual». Y en ese mismo segundo prólogo de los **Cantos de vida y esperanza**, explicaba —o excusaba— la presencia en el tomo de su ya famoso poema a Roosevelt y de otros que le siguen, con estas palabras: «Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda inscrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter.»

Pero muy pronto se darían cuenta los intelectuales de nuestro continente que, cuando en él se ha nacido, cuando en él se vive —y bien insistió Martí, más de una vez, en esta necesidad de **vivir la vida de nuestras naciones**— las protestas contra los yankees no se escriben sobre las alas de los cisnes inmaculados, aunque sean tan ilustres como Júpiter. Si la preocupación de orden político, muy dejada por el modernismo literario del novecientos, había sido un factor de entendimiento entre los grandes latinoamericanos del siglo XIX, la preocupación de orden político no tardaría en restablecer un vínculo entre los intelectuales de América Latina, a partir de los años 20. Muy grandes acontecimientos habían tenido lugar en el mundo. Ciertos dilemas se hacían apremiantes. Los escritores, por lo demás, ya no estaban a solas con sus propios medios de expresión. La pintura de nuestro continente comenzaba a manifestarse en una dimensión mayor. Había continuidad de esfuerzos: en México podía hablarse ya de «un movimiento» —cosa desconocida, hasta entonces, en la plástica americana. Algo semejante ocurría en el mundo de la música, donde el compositor dejaba de ser el personaje aislado, sin intérpretes ni orquestas, que había sido durante el siglo XIX. Por otra parte, México —y en esto se anticipó a otros muchos países— nos mostraba cuantas riquezas podía aportar al espíritu del hombre latinoamericano el entendimiento y estudio de su ámbito propio. Nuestros artistas seguían yendo a Europa, desde luego. Pero no iban ya al otro continente con el ánimo de expatriarse —de no regresar si hallaban los modos de vivir en París, o en Madrid. Pese a que la situación política de muchos de nuestros países fuese lamentable, sus intelectuales se ausentaban de ellos, ahora con la firme voluntad de regresar. Teníamos que hacer algo por nosotros mismos. Lo sabíamos. Vislumbrábamos las próximas voliciones de una **praxis** latinoamericana. En todas partes se asistía a un renacer de la conciencia nacional. La necesidad de comunicación entre intelectuales de distintos países era cada vez mayor. No porque leyéramos las grandes revistas europeas del momento, dejábamos de esperar con impaciencia las entregas del **Repertorio Americano** de García Monge —de ciertas revistas de Buenos Aires, México. Pero pronto dos publicaciones emperazon a interesarnos muy particularmente: **Amauta**, donde a veces aparecía un ensayo de José Carlos Mariátegui, y **El Machete** de Diego Rivera, de la que sería colaborador Julio Antonio Mella.

Si la generación del novecientos había sido **oblomovista** y apolítica (sólo la «política universal» interesaba a Darío, hombre de la pequeña Nicaragua que tanto habría de univer-

salizar un Sandino), la generación que aparece en nuestro continente hacia los años 20 es una generación sumamente preocupada por el destino político y social de América latina. (¿Acaso hay que recordar que los nombres de Rubén Martínez Villena, de Julio Antonio Mella, de Juan Marinello, de Nicolás Guillén, en lo que se refiere a Cuba, empiezan a sonar entre los años 1920 y 1930?) Hay reagrupación de fuerzas. Volvemos a conocernos cabalmente. Sabemos quién es quién y nos basta con saber con quién anda aquél para saber quién es. Pronto empiezan algunos, sin embargo, a entender que la política no es un juego. Que el comprometimiento entraña muchas molestias. Y entonces es cuando resurge, con un falso barniz de novedad, con un sentido aparentemente modificado, el «nuestramericanismo». ... Para desentenderse de una tremendisima realidad que se está afirmando al este de Europa, comienzan algunos a hablar del porvenir de «Nuestra América» con lenguaje de magos y de profetas, dando por mucho más inmediato, más próximo, lo que daban todavía por remoto los soñadores de comienzos del siglo. «Algo» va a ocurrir muy pronto. «Algo» cuya índole no se conoce aún. Pero se trata de un suceso inminente que, por el mero genio de la raza, por su «latinidad» (por aquella «latinidad» de la que ya se burlaba José Carlos Mariátegui en 1923), habrá de transfigurar la faz del continente. Surgirá una solución distinta de todas las imaginadas o imaginables: algo americano, americanísimo, situado acaso entre el estado neoincaico de Miranda y la Heliópolis de Campanella, con mucho folklore por fondo. En todo ello hay Eldorados y hay Potosies, cuando no se invocan las veneras de Santiago y los mitos de una Atlántida aparentemente manifiesta en las ruinas mayas. Todo parece indicar que cuando este continente despierte, se apoderará de lo que queda del siglo XX. Tiene los medios de hacerlo, además. Miren esas selvas inmensas; esos ríos inacabables; esa abundancia de tierras vírgenes. Y luego, los recursos naturales. El mismo petróleo... Y el pueblo: ese pueblo latinoamericano, tan buen cantor de décimas, tan inventivo en su música, tan artista cuando se manifiesta su sentido plástico. «Tengo una fe absoluta en el pueblo.» Cien veces hemos oído esta exclamación en boca de personas bien intencionadas, sinceras, cultivadas. Pero esas personas que manifestaban una fe absoluta en el poder creador, en la inteligencia, en la energía de sus pueblos, ignoraban totalmente el estado en que vivían esos pueblos, y los males que debían al petróleo, a los metales, a los Eldorados y Potosies que, en sus tierras, explotaban las empresas norteamericanas, o los capitalistas nacionales «asociados» —como ahora suele decirse— con esas empresas... Y debe señalarse algo sumamente importante: todas las revistas publicadas en Estados Unidos, en nuestro idioma, para uso de los lectores latinoamericanos, no han cesado de alentar el «nuestramericanismo» a que me refiero. No el concepto que de «Nuestra América» tenía un Martí, desde luego, sino el «nuestramericanismo» vagamente apocalíptico, impreciso, proyectado hacia un futuro *sine die*, apoyado en referencias amañadamente bolivarianas, que aún cultivan, en nuestro continente, quienes rehuyen la perspectiva de un comprometimiento cada vez más ineludible y que, desde luego, entraña el seguro peligro de tener que renunciar a toda visa para ir a los Estados Unidos.

Otro burladero inventado por quienes se niegan a encararse con el Gran Dilema es el de la **hispanidad**. No crean que son poco numerosos. Son muchos y si bien no tienen la ingenuidad de invocar ciertos textos de Giménez Caballero para defender su posición, han encontrado sus biblias donde menos puede imaginarse. Según ellos, la comunidad en el idioma habría de crearnos un destino particular en el planeta, ajeno a las leyes económicas que rigen el mundo moderno. El hecho de haber recibido el Quijote en patrimonio, de poseer un folklore que mucho debe al canto y a la poesía populares de España; de entender a Quevedo y de amar a Góngora, ha de bastar para llevar nuestra historia por caminos negados a continentes donde reina la confusión de las lenguas. Laboriosamente trabajan los defensores de la **hispanidad** —y donde menos trabajan, acaso, es en un Madrid que ha dejado, desde hace tiempo, de confiar en sí mismo. Es en América latina donde más se afanan algunos en demoler la «leyenda negra» de la conquista; en alabar exageradamente las instituciones religiosas y jurídicas traídas a este continente por adelantados y encomenderos; en demostrar que más hizo el burrito hispánico por dignificar la condición del indio que todas las ideas liberales o democráticas del siglo pasado... En nombre de la **hispanidad** —e invocándose a veces la generosidad de Martí hacia España— se procede a un revisionismo histórico que tiene sus visos de «malinchismo». Los yankees tienen una escasa simpatía por el culto de la **hispanidad**, si bien no entraña para ellos el menor peligro de orden político. Pero es

en realidad, la doctrina que con más gusto aceptarían si nos alejáramos del «nuestramericanismo» vigoroso y apocalíptico que les otorga cada año nuevas concesiones petroleras, monopolios y exenciones de impuestos. Y digo que es la doctrina que con más gusto aceptarían, porque tras de la **hispanidad** se oculta un racismo solapado; se acepta que el negro, el indio, aquí, allá, hayan añadido su acento, su genio rítmico, al romancero de los conquistadores. Pero lo universal americano, lo ecuménico, sigue siendo lo que trajeron los conquistadores. Tanto montaba Isabel como Fernando. Pero más monta indudablemente, para lo que se quiere demostrar, el Alfonso de las **Cantigas** y de las **Partidas** que Kankán Muza, emperador del reino de Aradá, de donde sacamos no pocos esclavos... Ni el «nuestramericanismo» astutamente explotador de citas de Bolívar, de Rivadavia, de un Martí leído a retazo —«nuestramericanismo» que aún parece creer en la posibilidad de un istmo de Corinto donde acamparan los «marines» del Canal de Panamá—, ni el mito de una latinidad, de una hispanidad que ninguna falta nos hace para entender cabalmente el Quijote, vendrán a resolver nuestros problemas agrarios, políticos, sociales. Meras artimañas para zafar el cuerpo a la única realidad universal del siglo XX. Y aun quienes cultivan tales mitos con alguna buena fe, no pasan de ser los quietistas, los molinistas y don Tancredos de la realidad americana... Maneras de irse por los cerros de Ubeda, de buscar Omegas y países de Lauja donde no los hay; maneras de soslayar, de esquivar el Gran Dilema —ese mismo que trae consigo la imposibilidad de viajar a los Estados Unidos, a menos que sea, por supuesto, uno de aquellos desertores de quienes hablara Martí «que piden fusiles a los ejércitos de la América del Norte».

No es en vagas teorías de gabinete, de tertulias de café, de coloquios eruditos, donde se encuentran las soluciones de los problemas fundamentales, vitales, de este continente —continente cuya unidad indudable, en ciertos aspectos, no ha de buscarse en el uso de un idioma común a muchos países, sino en la existencia de idénticos o parecidos problemas. Esto, sin olvidar que las mismas problemáticas son compartidas por un inmenso país donde se habla el portugués, y en no pocos donde se habla el inglés, el francés, el guaraní o el papiamentó. Los grandes latinoamericanos que, en el siglo pasado, supieron identificarse en función de los mismos principios, compartían, en el fondo, ideas muy claras, muy prácticas, de emancipación política, de educación de las masas, de toma de conciencia de lo propio y de dignificación del hombre. Pensamiento llano, cabal, sacado de experiencias que por el momento eran válidas, en espera de experiencias más científicas, más sistemáticas, más afinadas en un análisis profundo del desarrollo histórico y económico de las sociedades... Hubo más tarde —y es interesante señalarlo en esta oportunidad— tanto en Europa como en América, algunos hombres que no compartían la insensibilidad de muchos colegas suyos —poetas laureados, pintores favorecidos por alguna contrata oficial, músicos autores de algún himno escrito por encargo...— ante los hechos sociales. Algo se preocuparon por el destino de los pueblos. Pensaron en sus males, se angustiaron ante la realidad, y buscaron el modo de aportar algún remedio a las angustias que contemplaban. Y, sin darse cuenta del peligro de la empresa, empezaron a «socializar por la libre», ignorando los fundamentos científicos del socialismo. Esto dio lugar a una florecencia, tanto en Europa como en América, de libros muy bien intencionados que, en fin de cuentas, ni explicaron nada ni sirvieron para resolver problema alguno. Para que el **Ariel** de Rodó significara algo más que una grácil divagación en torno a la democracia y el utilitarismo, «la nivelación por lo mediocre», «los procesos de selección» y «los intereses del alma», hubiese sido preciso, sencillamente, que Rodó estudiase un poco de economía política... Lo de «socializar por la libre», además de ofrecer el riesgo de conducirnos a los atoladeros de las «razas cósmicas», de la «latinidad», y otras musarañas muy bien vistas hace unos treinta años, tiene el peligro de hacer caer a quien lo hace en errores sumamente graves... Lo de «socializar por la libre», a su manera, desentendido de quienes habían consagrado sus existencias al estudio científico del socialismo, pudo conducir a un escritor tan bien intencionado, tan noble en sus propósitos, como Zola a trazar, en **Fecundidad**, un verdadero evangelio de la colonización del África, con un ditirámico elogio al imperio francés. (Incluso, el Zola que había escrito **Germinal** y **La taberna**, llega a justificar, en ese libro, alguna necesidad de disparar sobre los indígenas, entorpecedores, «por fanatismo», de la gloriosa obra de la colonización...) Lo de «socializar por la libre» pudo conducir a un Tolstoi, cuya obra fue útil, en general, a la revolución de octubre de 1917 —y así lo

reconocía Lenin— a inventar, en la vejez, las doctrinas negativas, nocivas —así las calificaba también Lenin— de la «no resistencia al mal», de un bucólico e inoperante «regreso a la tierra» que el mismo maestro de Yasnaia Poliana no pudo realizar por cuenta propia... También Romain Rolland, tan certeramente ubicado durante los últimos años de su vida, se equivocó cuando, en 1914, queriendo situarse **au-dessus de la mêlée**, creyó que era posible conciliar, en Europa, el pensamiento de escritores incapaces de vincular un hecho como el incendio de la Biblioteca de Lovaina con un proceso histórico mucho más vasto y universal que aquel que podía manifestarse, en dolorosas ruinas, ante sus ojos presentes.

La historia contemporánea nos ha demostrado —y acaso más elocuentemente en esta América latina que en otras partes— que un simple cuadro estadístico, un simple informe económico —a veces, incluso, un artículo publicado en la revista *Fortune* de Nueva York— nos ofrece lecciones de historia contemporánea, mucho más útiles que las especulaciones de los pensadores «de cámara» que se ponen a opinar; según el color del cristal con que miran, sobre el destino, el presente y el futuro de América. Desde que el Gran Almirante, en sus admirables cartas de relación, viese el continente nuevamente descubierto como un remedio universal «para librarnos de la maldición del oro», hay una tendencia a **mitificar** esta América, tendencia a **mitificar**, sumamente fecunda y recomendable en lo poético, en lo artístico, pero que, en el caso que nos interesa, ha servido demasiadas veces para ocultar el molinismo, el dontancredismo de quienes, por cobardía o por conveniencia, trataron de olvidar que sólo una acción decididamente revolucionaria podía librarnos de los males que venimos arrastrando desde los días de la conquista.

La Revolución Cubana, con los medios de expresión que pone y pondrá en nuestras manos —ya hemos visto lo que se ha logrado, en tan poco tiempo, en los dominios de la música y del ballet— ha dado un sentido nuevo a nuestros destinos. Muchos, en el continente y en el mundo, lo entienden así. Y, por lo mismo, hemos vuelto a ser como los intelectuales del siglo pasado, evocados al comienzo de esta exposición que, por compartir un mismo sentimiento revolucionario, sabían muy bien con quiénes podían entenderse. Nos entendemos con los latinoamericanos todos que como nosotros piensan en el verdadero porvenir de América —así esos «latinos» de América hablen el portugués, el francés, el inglés, el maya o el «creole». Nos entendemos con los intelectuales de los países socialistas. Y nos entendemos con los franceses todos que —fieles a su vieja tradición revolucionaria— nos entienden. Y hasta con muchos norteamericanos —cada vez más numerosos en los círculos intelectuales— que interpretan correctamente los principios de nuestra revolución y el pensamiento revolucionario de Fidel Castro... ¿Acaso nos hemos entendido mejor, alguna vez, con los intelectuales de América latina y del mundo? Es acaso porque ellos comienzan a ver cumplida en nosotros una realidad vislumbrada por la «inmensa impaciencia americana» de José Martí. En 1928, con motivo de una conmemoración del «Día de la Raza» que se valía de la fecha del 12 de octubre para encubrir un racismo más o menos oficial, escribía José Carlos Mariátegui estas proféticas palabras: «Hispanoamérica, Latinoamérica, o como se prefiera, no encontrará su unidad en el orden burgués. Ese orden nos divide, forzadamente, en pequeños nacionalismos. Los únicos que trabajamos por la comunidad de esos pueblos somos, en verdad, los revolucionarios. A Norteamérica sajona toca coronar y cerrar la civilización capitalista. Pero el porvenir de América latina es socialista.»

Quiénes tengan el sentido de lo que Jules Romain llamaba **la montée des périls**; quiénes sepan ver y escuchar con ojos que vean y oídos que oigan; quiénes entiendan las activas criptografías de nuestra historia continental; quiénes saben leer entre líneas después de haber visitado —burlando la hostilidad de los administradores— algunas minas de allá o de más allá donde siguen existiendo las «camas calientes» y donde los «silicosos» hablan ya de la fecha de sus muertes próximas; quiénes han dejado lo lírico local, las retóricas mesiánicas que tantas veces nos burlaron a nosotros mismos, cobrando una conciencia ecuménica, universal, de los problemas sociales latinoamericanos, saben que, al pronunciar sus premonitorias palabras, José Carlos Mariátegui estaba en hora de verdad.



(Nuez)

Roberto Fernández Retamar

Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba

Quiero aprovechar esta ocasión para ordenar opiniones que durante años he expuesto sobre este asunto. El posible (y casi imposible) lector que conociera esos trabajos anteriores míos, se encontrará pues, en estas notas, con algunos criterios conocidos, aunque sobre todo con reelaboraciones. En todo caso, no me resigno a sucumbir a las citas propias, pareciéndome mucho más saludable la norma de Alfonso Reyes : « Prefiero repetirme a citarme »¹.

Cultura, intelectuales, generaciones

Quizás no esté de más entendernos de entrada sobre los términos. « Cultura » e « intelectuales » son nombres que vamos a emplear en el sentido restringido con que corren habitualmente, aunque sepamos que así estamos limitando sus acepciones posibles. No hacerlo así, nos obligaría a escribir otro trabajo. Aunque « cultura » es toda la creación de una comunidad humana, aquí vamos a referirnos a ella sobre todo en relación con la literatura, las artes y el pensamiento. No podemos olvidar, desde luego, la otra acepción, especialmente en nuestro país, de modo que más de una vez habrán de interferirse ambos campos.

« Intelectuales », por su parte, no son sólo, como Gramsci ha hecho ver con claridad, los escritores, artistas y filósofos, sino muchos otros, incluyendo, por cierto, a los políticos. Pero aquí vamos a utilizar la palabra en el sentido habitual, aunque tampoco podamos olvidarnos de esa implicación o restitución semántica, que por otra parte se aviene con los problemas de una sociedad que carece de cuadros suficientes, y requiere que prácticamente todos los que hayan rebasado la enseñanza primaria desempeñen variadas tareas de servicio.

Por último, los problemas abordados aquí afectan sobre todo a los hombres cuyo desarrollo intelectual coincide con el de la revolución triunfante. Pero no podemos dejar de aludir a la presencia de otros, aunque, por encontrarse ya formados al llegar la revolución al poder, su repertorio de problemas no coincide necesariamente con el que aquí comentamos. Ofrecemos pues, en primer lugar, un breve esquema generacional de este momento cubano —por supuesto que sin el menor fanatismo por tema tan vapuleado como el de las generaciones. En Cuba hay tres generaciones bien visibles, flanqueadas por los sobrevivientes de una mayor, de ancianos —el más prestigioso de los cuales es Fernando Ortiz, nuestra primera figura intelectual—, y los jóvenes en vías de formación, que ya han empezado a dar mues-

tras valiosas de su trabajo. Esas generaciones son, una, la « generación vanguardista », la de los hombres de sesenta años; otra, la « generación de entre-revoluciones », que madura entre la fracasada revolución de 1933 y el acceso al poder de la actual revolución, en 1959; y, por último, la « generación de la revolución », que madurará en el proceso de ésta. Los más precoces entre quienes están surgiendo ahora coinciden en no pocos puntos de su problemática con esa generación última, de modo que muchos de estos comentarios también los aludirán².

Es sabido que a esta división en estratos cronológicos hay que añadir la rajadura vertical de las **posiciones clasistas** (no hablo de **origen**, sino de **actitud** de clase, pues todavía el origen de la mayoría de los intelectuales cubanos es pequeño-burgués y aun burgués). Es así como, en la generación vanguardista, por ejemplo, Marinello representará la vertiente revolucionaria, y Mañach la conservadora; separación que en la generación siguiente podríamos ver encarnada en Carlos Rafael Rodríguez y Humberto Piñera. Esta división es evidente, e impide todo excesivo enamoramiento con las determinaciones provocadas por las generaciones. Pero no es menos cierto que un hombre que tuviera cerca de cincuenta años en 1959, no puede haber vivido el proceso revolucionario como la experiencia **formadora** que ha sido para quienes entonces andaban por los treinta años a lo más. En éstos y desde su perspectiva, pienso en las notas que siguen.

Generación vanguardista

Los hombres de sesenta años, los de la generación que surge alrededor de 1925, están hoy, o muertos (Ballagas, Roldán, Caturla, de la Torriente, Enríquez, Abela)

o exiliados (unos pocos importantes, como Novás Calvo, Montenegro, Lydia Cabrera) o consagrados (Carpentier, Guillén, Lam). En cualquier caso, su participación activa en la vida cubana actual, salvo excepción, es escasa. Entre esas excepciones cabría destacar a Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Raúl Roa. Pero es claro que esa generación ha desempeñado un papel de pórtico. Es justo que se la considere como la introductora de la vanguardia. (Buena parte de ella se nucleó en torno al órgano de la vanguardia en Cuba, la **Revista de Avance** [1927-1930].) En ella surge la nueva música, que inauguraron Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla volviéndose hacia los aportes negros; en ella, la nueva pintura, con el pionero Víctor Manuel a la cabeza; e incluso el nuevo pensamiento revolucionario, la inserción del marxismo en la problemática cubana, que arranca concretamente de Julio Antonio Mella (uno de los fundadores, en 1925, del primer partido comunista de Cuba) y Rubén Martínez Villena. Es interesante ver cómo muchos de sus temas, muchas de sus preocupaciones, vuelven a ser asumidos en nuestros días, comenzando por el propio marxismo. Es evidente el nuevo interés que ha cobrado la presencia de lo negro en nuestro país, interés que hizo eclosión con aquellos hombres. También ellos se preocuparon por la unidad del continente nuestro, por nuestro carácter colonial, así como por lo que entonces se llamó, bastante candorosamente, « lo nacional y lo universal », todo lo cual se tradujo en un arte de voluntad nacional, genuino. Naturalmente que estas preocupaciones, al ser retomadas, lo son ahora, por así decir, a un nivel más alto de la espiral: el marxismo, que después de la revolución de octubre y los sustanciales aportes de Lenin, apenas había progresado (con excepciones como Gramsci y Lukács), vuelve a reverdecer, con el francotirador Sartre

Althusser, Della Volpe, Luporini, Fischer, Kosik. La preocupación por lo negro, la unidad continental, el carácter colonial, son ahora aspectos de nuestras preocupaciones en tanto que país subdesarrollado: la asunción de este hecho, en relación con el marxismo, ha ido engendrando en el planeta un pensamiento propio del tercer mundo: Fidel, Che, Fanon. En vez de « lo nacional y lo universal », hablamos ahora de « el subdesarrollo y el pleno desarrollo ». Términos que, por otra parte, también pueden convertirse en retóricos.

Generación de entrerrevoluciones

La generación que empieza a darse a conocer algo antes de 1940, **generación de entrerrevoluciones**, es una de las más asfixiadas de nuestra historia. Se abre a la vida entre los rescoldos de la abortada revolución de 1933, cuyas frustraciones van a ser su aire cotidiano, y será ya madura para cambiar cuando un grupo de jóvenes lleve la revolución al poder en 1959. En ella habría que distinguir un grupo que mantiene vivo el pensamiento marxista: José Antonio Portuondo, Mirta Aguirre, Julio Le Riverend, Carlos Rafael Rodríguez. Son investigadores más que creadores. Cerca de ellos debe mencionarse a importantes escritores, como el narrador Onelio Jorge Cardoso y el dramaturgo Carlos Felipe. Y, suelto y original, al creciente Samuel Feijóo. Pero el cuerpo más visible de los creadores de la generación se centra en la poesía, y se expresa en revistas como **Orígenes** (1944-1956), de singular importancia. Ellos transmitirán a los más jóvenes, desde sus posiciones literarias rectoras, el desasimiento político. Mientras otros escritores se exilian o se dan a actividades como el periodismo y la radio, ellos persisten en una tarea obstinada, de confianza, ya que no en la historia pre-

sente, en los valores espirituales, que acaban confundiendo con las esencias secretas del país, destartelado en casi todos los órdenes. Su ideario encarnará en el libro **Lo cubano en la poesía** (1958), del mejor crítico de poesía de estos años, Cintio Vitier.

Si repasamos el repertorio de temas de la anterior generación, veremos qué pocos atrajeron a ésta. Fuera de aportes como los de la importante revista **Dialéctica**, es escaso el desarrollo del marxismo, que en lo internacional está conociendo los estragos de lo que luego se llamará el « culto a la personalidad », y en el interior el decaimiento de las posibilidades revolucionarias. En el grupo de **Orígenes** el interés por lo negro se evapora. La sensibilidad para lo continental se fragmenta, y **lo cubano** parece desmesurarse. Crece la preocupación por la intimidad y los « interiores » (véase la excelente pintura de interiores, de Amelia Peláez a Portocarrero). Es una actitud de repliegue, una búsqueda angustiosa de los últimos destellos de una sensibilidad que en la isla había conocido su momento de fuerza en el siglo XIX. Pues este grupo no representa ya el estado de espíritu de la burguesía cubana de su momento —burguesía entonces desarraigada, presa en los módulos norteamericanos de vida—, sino de la que brilló en el siglo pasado. Como, al mismo tiempo, no se resigna a la mera repetición de formas, se da a un curioso universalismo imaginario. Este es el instante en que la imaginación está obligada a suplir todo lo que la historia misma no puede entregar. La creación se mueve entre la nostalgia de un pasado armonioso (Eliseo Diego), la visión grotesca de un presente absurdo (Virgilio Piñera) y el frenesí de la imaginación (José Lezama Lima). Por su actitud religiosa, varios de estos escritores recuerdan a los que en la Rusia prerrevolucionaria fueron llamados « los

buscadores de Dios», y que influirían en su momento sobre el propio Gorki. La racionalización triunfa sobre el razonamiento, la ideología sobre la ciencia. El costado positivo de esta tarea, sin embargo, es digno de señalarse: por ejemplo, la salida del pintoresquismo, que había sido la trampa que acechaba a la generación anterior y en la que sucumbirían los débiles de ésta. Artistas como Portocarrero o Mariano; poetas como Lezama, Vitier o Diego; dramaturgos como Piñera, representan, en general, un considerable enseriamiento en el trabajo expresivo de la isla. La contrapartida de esta actitud en otros órdenes es menos feliz. A pensadores marxistas no bastante formados, pero con vislumbres magníficos, como Mella y Martínez Villena; e incluso a francotiradores conservadores pero inteligentes, como Mañach (véase su *Indagación del choteo* [1928]), que comprendían que la búsqueda filosófica o se insertaba en nuestra problemática o era una especulación hueca, sucede el equipo mediocre de la **Revista Cubana de Filosofía**. Si aquéllos no eran filósofos, pero sí pensadores —de acuerdo con el útil distingo de Gaos—, éstos no serán ni filósofos ni pensadores, sino pedantes enseñadores de filosofía. Con su mera repetición y traducción de temas que tenían cierta vigencia en otras circunstancias, representaron, con pocas excepciones, la vaciedad de este momento. En vano buscaríamos entre ellos algo comparable a la **Teoría del hombre**, del argentino Francisco Romero, o a los trabajos del mexicano Leopoldo Zea. Probablemente no es un azar que éste haya sido el único equipo intelectual de esta generación que abandonaría el país después del triunfo revolucionario. Algunos de ellos —caso excepcional entre los intelectuales cubanos—, incluso habían llegado a encontrar conciliables sus pretensas vocaciones filosóficas con el régimen tiránico de Batista.

Generación de la revolución

En 1923 han tenido lugar en Cuba la Protesta de los Trece, capitaneada por Rubén Martínez Villena (en la que un grupo de escritores expresó su repudio a un gobierno corrompido), y el intento de Reforma Universitaria con Julio Antonio Mella a su frente. Treinta años (o dos generaciones) después, el 26 de julio de 1953, Fidel Castro realiza la acción homóloga de aquéllas —que esta vez sí logrará desencadenar la revolución—, al atacar el cuartel Moncada, en Santiago de Cuba. En aquellas acciones de 1923, tuvieron participación importante los intelectuales. No ocurriría otro tanto en ésta de ahora. En el proceso insurreccional reabierto en 1956 y que conduciría a la toma del poder político al romper el año 1959, la participación de los intelectuales coetáneos de los dirigentes políticos fue escasa. Aunque los de más claridad política se nuclearon en la sociedad **Nuestro Tiempo** —que fue un centro de actividades culturales y no de creación—, y a pesar de contribuciones personales a la insurrección, el desaliento e incluso el despego político que se habían entronizado en la parte más visible de la anterior generación siguieron cundiendo. No podría decirse, además, que hubieran mejorado la situación intelectual del movimiento marxista internacional, mientras que el maccarthismo ganaba terreno en muchos órdenes. La podredumbre del país era mayor que nunca antes en su historia. Esa podredumbre la encarnaba la tiranía de Fulgencio Batista, la auspiciaba con plena conciencia el gobierno norteamericano, que había hecho de Cuba el lupanar del Caribe (los periódicos norteamericanos proclamaban en 1958: «Visit Havana, the Las Vegas of the Caribbean»), y generaba una actitud de lucha violenta entre los más aguerridos y alertados políticamente, y una actitud de rechazo incluso entre los inte-

lectuales de menos participación política. Se incrementa así entre éstos un destierro voluntario que los llevaría a New York, a París, a Madrid, a Roma. Por descontado, se trataba de intelectuales de procedencia burguesa o pequeño-burguesa. La clase obrera y el campesinado difícilmente podían dar de sí una zona intelectual, sumidas como se hallaban en estado de analfabetismo total o parcial. Mientras tanto, como Che Guevara ha descrito, se va gestando una verdadera vanguardia del país en las montañas⁴. No es cuestión de presentar ahora como idílicas las relaciones entre los intelectuales **políticos** y los **otros** intelectuales en la generación «vanguardista» (¿es que lo han sido alguna vez?): que no fueron idílicas, lo demuestra un ensayo de Julio Antonio Mella sobre Agustín Acosta, o las actitudes y polémicas de Rubén Martínez Villena, una vez que se convirtió en un dirigente político. Pero sea como fuere, hubo relaciones: lo atestiguan la Protesta de los Trece o el Grupo Minorista. En general, ése no fue exactamente nuestro caso. Mella tiene veinticinco años cuando es asesinado. Esa edad tiene Fidel Castro cuando ataca el Moncada. Que está dotado de extraordinaria claridad política en sus propósitos, lo demuestra su impresionante alegato «La historia me absolverá». Pero previamente no ha considerado necesario realizar nada comparable a la crítica de Mella sobre Acosta, al diálogo con los intelectuales coetáneos. Entre esos coetáneos, por otra parte, no existe un Rubén Martínez Villena; iba a escribir: ni una **Revista de Avance**, pero esto no sería justo: la edad promedio de los editores de la **Revista de Avance** al comenzar a publicarse era más o menos la edad que teníamos nosotros al llegar la revolución al poder, en 1959. Al decir «nosotros», pienso en quienes andábamos en esa fecha por los treinta años. Así como aquélla es llamada por muchos generación de la van-

guardia o de la revolución antimachadista, no veo de qué otra manera podría ser llamada la nuestra que «generación de la revolución», pero entendiéndola **a partir de 1959**. Pues si para la vanguardia **política** la revolución comienza en 1953, con el ataque al cuartel Moncada, y adquiere nuevo impulso en 1956, con el desembarco del **Granma** y el ascenso a la Sierra Maestra —y durante esos años se va forjando esa vanguardia—, es a partir de 1959, es decir, a partir del momento en que la revolución está en el poder, cuando la vanguardia intelectual recibe una verdadera conmoción que la hace madurar, le va dando su fisonomía histórica.

De entrada, un hecho es evidente: en relación con la vanguardia **política**, esta vanguardia **intelectual** quedó **retrasada**. No desempeñó siquiera el papel de los futuristas rusos en relación con los acontecimientos de octubre de 1917. Por supuesto que en esto hay responsabilidades personales, que no hay por qué soslayar; pero que tampoco hay que abultar, olvidando que los hombres hacen su historia, pero dentro de condiciones que ellos no han hecho. La **intelligentsia** rusa estaba cargada de inquietud revolucionaria mucho antes de que los futuristas empezaran a salir a la calle con blusas amarillas. Desde el último cuarto del siglo XIX, se sabe que el centro de la revolución europea se ha desplazado a Rusia. Voy a mencionar dos ejemplos curiosos, entre los numerosísimos que pueden aducirse, de la conciencia que se tenía, desde nuestra lengua, de esto: uno es el libro, injustamente olvidado, de Emilia Pardo Bazán, **La novela y la revolución en Rusia**, que data de 1885; otro, las numerosas anotaciones que sobre el hecho ha dejado, en sus cuadernos de apuntes y fragmentos, José Martí, y que, a pesar de su evidente importancia, no han sido, que yo sepa, estudiados separada-

mente. Pues bien : ese desplazamiento a Rusia de la posibilidad revolucionaria, esa **espera de la revolución**, del gran vuelco, está presente, aunque con altibajos, en la vida intelectual rusa durante varias generaciones, y será expresada dramáticamente, llegada la revolución, no sólo por los marxistas y por los futuristas, sino incluso por un simbolista religioso como Alexander Blok, en sus sobrecogedores poemas « Los doce » y « Los escitas ». No era equivalente la vida intelectual cubana del cuarto de siglo anterior a 1959. No me refiero sólo a densidad intelectual, que haría grotesco el paralelo, sino a tensión esperanzada. Desde que en enero de 1934 un fugaz gobierno revolucionario es derrocado por Batista, y más aún desde que en 1935 éste hace asesinar a Antonio Guiteras, alma de aquel gobierno, el país vivirá —también con altibajos, desde luego— de la desesperanza y la desilusión. Es esa la actitud que reflejan los « buscadores de Dios » de la revista **Orígenes**.

Por tanto, no es en un medio tenso por la espera de la revolución, sino en un medio lleno de escepticismo y despego (escepticismo y despego traducidos en la difícil vida intelectual), en el que Fidel Castro va a desencadenar una de las más profundas revoluciones de la historia, con su ataque al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. Su apoyatura intelectual no va a recibirla de pensadores inmediatos a él, sino de José Martí. Y esto, que hoy nos parece lo más natural del mundo, esto sólo, el saltar por encima de la mediocridad ambiente e ir a entroncar de modo vivo con el único gran pensamiento original que se había engendrado en esta tierra, ya era una definición. También en la manera de conducir la lucha militar, a partir de 1956, lo veremos prescindir de las tácticas que una y otra vez habían demostrado su inutilidad durante la seudorrepública, y hacer renacer entre nosotros la **guerilla** de

los mambises. Después de todo, no es tan sorprendente que Fidel haya sobrepasado a los intelectuales cubanos, quienes vivían bien confundidos y desesperanzados en esta tierra, cuando a los políticos más avezados (pienso en la izquierda, por supuesto), también los sorprendió y sobrepasó. En un orden como en otro —aquí es el momento de recordar de nuevo que el político es un intelectual, y que sólo convencionalmente separamos estas tareas— puso el dedo en la llaga.

Pero sea como fuere, es lo cierto que, a los ojos de la revolución, como lo han expresado Fidel y el Che, los intelectuales teníamos que recuperar el tiempo perdido, recuperarnos a nosotros mismos, hacernos intelectuales de la revolución en la revolución. Y esto debía hacerse en una revolución que ya era poder. Así como el partido iba a ser hecho **después** de ser la **revolución** gobierno —mientras que, habitualmente, una de las metas de un partido revolucionario es la toma del poder político—; de manera similar, los intelectuales de la revolución iban a hacerse tales, en medida considerable, después de esa toma del poder político. (Todavía a principios de 1965, el Che expresará su impaciencia por esa intelectualidad revolucionaria. Pero en 1961 ¿no se había dirigido Fidel a la propia clase obrera, para recordarle que su misión no era luchar por migajas, sino por el poder político?). Ahora bien : no se trata de lamentar la ayuda que como guerrilleros hubieran podido prestar los intelectuales, sino de conocer (para aliviar) el retraso en su formación como intelectuales revolucionarios.

Etapas de una formación

Los problemas para esa formación no son, por supuesto, simples. No basta con adherir verbalmente a la revolución para ser un intelectual revolucionario ; ni siquiera basta

con realizar las acciones propias de un revolucionario, desde el trabajo agrícola hasta la defensa del país, aunque esas sean condiciones *sine qua non*. Ese intelectual está obligado también a asumir una **posición intelectual revolucionaria**. Es decir, fatalmente problematizará la realidad, y abordará esos problemas, si de veras es revolucionario, con criterio de tal. Pero ello es resultado de un proceso tan intenso y violento como la propia revolución lo ha sido entre nosotros. En ese proceso pesará su formación anterior, las influencias que han gravitado (y no dejarán de hacerlo de repente) sobre él, y prejuicios diversos, entre los cuales algunos se han revelado simples juicios, como en lo tocante al « realismo socialista ».

Ese proceso personal no es con frecuencia sino la interiorización de un proceso colectivo que debemos ver en su conjunto, y en sus distintos momentos. Esos momentos no se separan por una fecha, pero tampoco son enteramente imprecisos. Podrían señalarse **grosso modo** tres instantes : uno inicial, que abarcaría hasta la victoria de Girón ; otro, que incluye la denuncia del sectarismo y la crisis de octubre, en 1962, y se extiende hasta 1964 al menos ; y otro, en nuestros días. El momento inicial de este proceso es de exaltación precrítica. La revolución — que por entonces muchos tienden a entender tan sólo negativamente, como **lo otro** opuesto a la tiranía batistiana —, es tanto una realidad como una posibilidad : vive una indefinición que no hace sino traducir las tensiones internas mantenidas durante ese tiempo entre quienes pretendían amoldar la revolución a esquemas burgueses tradicionales, y quienes comprendían que ella estaba obligada, más temprano o más tarde, a hacer estallar esos esquemas. En el orden de la creación artística, ese instante de exaltación, mezcla de fervor y confusión, está expresado, principalmente,

en el semanario **Lunes de Revolución**. Hay, en general, más entusiasmo, e incluso **embullo** cubano, que reflexión sobre lo que estaba ocurriendo de veras. La reflexión, por otra parte, no podía anteceder a la clarificación de los hechos mismos. Por supuesto, apenas hay algo que pueda llamarse entonces un arte o una literatura de la revolución. Las gavetas se han abierto, y una papelería guardada durante años ha salido a la luz. Habría que ir a buscar la expresión literaria y artística de este momento en las grandes piezas oratorias, en ciertos reportajes, en algunos poemas y narraciones testimoniales, en fotos y documentales dramáticos. La imaginación que había podido reinar unos años atrás, cede su lugar al testimonio, incluso al documento. Pero junto a éstas crecen formas experimentales que irán desarrollándose en los años sucesivos y que, aunque no constituyen en rigor una novedad, garantizan una continuidad imprescindible para ulteriores desarrollos. En las artes plásticas, por ejemplo, alcanzan su madurez artistas de surgimiento anterior y se reconoce como de primera fila a jóvenes como Raúl Martínez y Antonia Eiriz, con quienes se aclimatan en Cuba desde el expresionismo abstracto hasta la nueva figuración y el pop-art. En la música, se sale al fin del folklorismo en que se desangraba la herencia de Roldán y Caturla, y con Juan Blanco y otros músicos más jóvenes se inicia la creación de la música serial y electrónica, que llegará a utilizarse en grandes actos masivos. Pero este desarrollo de lo que había parecido natural en aquel primer momento, no se realiza armoniosamente, sin tropiezos — o al menos, sin sobresaltos. Los acontecimientos de 1960 precipitan en Cuba la radicalización. Los intentos norteamericanos por aplastar violentamente a la revolución dividen las aguas : la burguesía decide traicionar al país, mientras las clases populares se

aprestan a defender el poder revolucionario. En una dramática sucesión de golpes yanquis y contragolpes cubanos, la revolución va asumiendo medidas cada vez más profundas. Ya en septiembre de ese año, en la primera **Declaración de La Habana**, se expresa, sin nombrarse, el carácter socialista de la revolución. Y el nombre se hará explícito en abril de 1961, al día siguiente del bombardeo norteamericano a Cuba que preludió la invasión. La indefinición ha concluido. La revolución cubana, dicho por boca del propio Fidel Castro, es reconocidamente socialista: marxista-leninista, como se especificará más tarde. Cuba forma parte de la comunidad de países socialistas: es uno de ellos. Nadie podrá llamarse a engaño sobre este punto. Con los mismos hombres al frente, la revolución cubana ha conocido una radicalización que la hace pasar de una etapa a otra. Además, la victoria obtenida por Cuba hace que aquella definición vaya acompañada por un sentimiento de triunfo⁵.

Pero a pesar de ese sentimiento de triunfo, el hecho de que Cuba se haya convertido en uno de los países socialistas hace que muchos se interroguen sobre el destino de la vida intelectual —especialmente del arte. ¿Se conservará la libertad de expresión de los dos años anteriores? ¿O, por el contrario, Cuba, como otros países socialistas, va a implantar normas estrechas a la expresión artística? Estas preocupaciones acaban por conducir a memorables reuniones de escritores y artistas con Fidel y otros dirigentes de la revolución, en julio de 1961. Al final de esas reuniones, en las que muchos hablan copiosa si no siempre lúcida, Fidel pronuncia el discurso que será publicado con el nombre **Palabras a los intelectuales**, en que afirma que la revolución no implantará norma alguna en cuestiones de arte, no existiendo más limitaciones para éste que la propaganda contrarrevolucionaria. Sin embargo, las

preocupaciones no se desvanecen del todo, porque el país va a conocer lo que el propio Fidel Castro desenmascarará, el 26 de marzo de 1962, con el nombre de **sectarismo**. Sectarismo y dogmatismo han encontrado siempre en el arte una víctima particularmente propicia para ejercer sus errores. Nuestro caso no habría de ser la excepción. Ello explica las enconadas polémicas mantenidas esos años en torno a los problemas estéticos. Simplificando los términos de esas polémicas, que involucraban a artistas y algunos funcionarios, sus extremos podrían ser, uno (sobre todo el de algunos funcionarios), la postulación de un arte más o menos pariente del realismo socialista, otro (el de la gran mayoría de los artistas), la defensa de un arte que no renunciara a las conquistas de la vanguardia. La derrota del primer punto de vista fue sancionada cuando el Che, en «El socialismo y el hombre en Cuba», dio el puntillazo al realismo socialista, aunque no le pareciera enteramente satisfactorio el segundo punto de vista: para él, es menester no contentarse con esa posición, sino ir más allá. Sólo que para ir más allá hay que partir de algún lado, y la vanguardia parece un buen punto de partida —si no de llegada. Por supuesto, las discusiones sobre temas estéticos no eran sólo eso. Criterios extraestéticos diversos, como no podía menos de ser, estaban en el fondo de esas polémicas. Conviene recordar la observación de Gramsci:

Luchar por un nuevo arte significaría luchar por crear nuevos artistas, lo cual es absurdo, ya que éstos no pueden ser creados artificialmente. Se debe hablar de luchar por una nueva cultura, es decir, por una nueva vida moral, que no puede dejar de estar íntimamente ligada a una nueva intuición de la vida, hasta convertirla en una nueva manera de ver y sentir la realidad, y por consiguiente, un mundo íntimo-

mente connaturalizado con los «artistas posibles» y con las «obras de arte posibles»⁶.

Aún vueltos sobre los problemas gremiales, pues, habíamos ido a dar con la problemática de la revolución toda, con la problemática de la «nueva vida moral», dicho en términos de Gramsci; o de la construcción del «hombre nuevo», en palabras del Che. Así entramos en lo que podríamos llamar el tercer instante de este proceso: ni precrítico ni defensivo, sino crítico y confiado, en la medida en que los hechos mismos, tanto como la meditación sobre esos hechos, han ido obligando al desarrollo de intelectuales revolucionarios.

Naturalmente que estos instantes no se separan bruscamente ni, en rigor, se **extinguen**. Un poco a la manera de las **etapas** de un artista, de las que con tanta lucidez ha hablado Cortázar, encontramos de pronto un brote, un reverdecimiento de actitudes que habíamos dado por muertas. Acaso podrían presentarse estas etapas como el predominio de unas fuerzas sobre otras, pero no necesariamente como el exterminio de unas u otras. Hay un momento en que predomina el dogmatismo y hay otro en que está mitigado, en retirada. Pero el dogmatismo es un mal que acecha a la revolución, porque se apoya en la comodidad y en la ignorancia, porque dispensa de pensar y provee de aparentes soluciones fáciles a problemas intrincados. El antidogmatismo es su contrapartida: se justifica su vigilante presencia en la medida en que, efectivamente, el dogmatismo amenaza. Pero bajo su máscara simpática puede encubrirse quien prefiera decir que está combatiendo al dogmatismo para no decir, abiertamente, que es a la revolución a la que combate.

Hace poco me preguntaba en México Víctor Flores Olea por qué los intelectuales cubanos no participaban sino excep-

cionalmente en las discusiones sobre problemas de tanto interés como las referidas al estímulo material y al estímulo moral, a la ley del valor, etc., asuntos que solían ser tratados por el Che, Dorticós y otros. Creo que le respondí que tales compañeros también eran intelectuales, y que, por la naturaleza de su trabajo, abordaban tales asuntos. Incluso añadí que, dada su formación, de ser él, Flores Olea, un intelectual cubano actual, muy probablemente hablaría no como un francotirador, sino desde una posición de gobierno, como era el caso de los compañeros mencionados. La pregunta quedaría pues transformada en esta otra: ¿por qué los poetas no hablan sobre los estímulos materiales y morales? ¿por qué los dramaturgos no abordan la ley del valor?... Si efectivamente respondí así (como creo), la respuesta podría ser ingeniosa, pero era insuficiente. La pregunta va más lejos, y, entre otras cosas, roza este punto: los intelectuales cubanos, que han debatido lúcidamente sobre cuestiones estéticas, deben considerar otros aspectos, so pena de quedar confinados en límites gremiales. De hecho, como dije arriba, tal abordaje está ocurriendo, en ese proceso de conversión en intelectuales de la revolución, que no lo serían si no se plantearan problemas así, referidos a la construcción de una nueva cultura.

Es en esa ampliación de la problemática intelectual que hemos topado con la condición real de nuestro país, la condición de país subdesarrollado, de país del tercer mundo, con toda la secuela de problemas laterales que ello supone. Pues no se trata de posar de primitivo, de pintarrajearse de salvaje, sino de asumir conscientemente la verdadera condición de nuestra historia. Es como si se nos hubieran hecho transparentes problemas considerados en libros como **Radiografía de la pampa**, de Ezequiel Martínez Estrada, o **El laberinto de la soledad**, de Octavio Paz. ¿Y por qué no en

el ya lejano **Ariel de Rodó** ? Con los instrumentos a su alcance, el uruguayo se planteaba problemas que siguen conmoviéndonos. Sólo que ahora sabemos en qué consiste el « secreto » de nuestra América y los vínculos que la unen entre sí, los cuales no están sustentados en sentimentalismos ni en actitudes idealistas, sino en visibles razones estructurales, que destacaría, por ejemplo, Mariátegui. En el Primer Congreso de escritores y artistas de Cuba, en agosto de 1961, dijo Alejo Carpentier que nos hacía falta un Rodó que supiera economía⁸. Cuando yo se lo comentaba a Martínez Estrada, él me dijo : « Ya existió. Fue Martí. » En efecto, el primer intelectual latinoamericano en comprender a plenitud nuestra pertenencia a eso que iba a ser llamado « tercer mundo », fue José Martí. El vio la trampa que yacía detrás de la fórmula « civilización contra barbarie », propuesta por Sarmiento. Su pensamiento y su acción estuvieron consagrados a conquistar el ámbito verdadero que corresponde a lo que él mismo llamó « nuestra América » para distinguirlo de la « América europea ». Ese ámbito verdadero no podría ser, de ninguna manera, una réplica boquiabierta de la presunta **civilización**, sino algo nacido orgánicamente de nuestros problemas. No me parece exagerado decir que Martí es el primer pensador del tercer mundo. No es por eso raro que el pensamiento de la revolución cubana se haya vuelto a él desde el primer momento (recuérdense las numerosas alusiones a Martí en « La historia me absolverá »), y que los intelectuales cubanos, al afrontar los problemas inherentes a nuestra condición subdesarrollada, para entender el curso de la revolución, se hayan encontrado releando (a veces como si leyeran por vez primera) sus páginas. Volver a Martí después de hacer conocido a Fidel, al Che, a Fanon, a Amílcar Cabral, es por lo menos un sacudimiento. ¡ Cuántas cosas habían sido

dichas ya por ese hombre ! Por otra parte, no es sólo hojeando ciertos textos o escuchando los violentos o pedagógicos discursos de Fidel, cómo un intelectual cubano verifica su necesaria pertenencia al conjunto de pueblos cuyos representantes se reunirían en la primera Conferencia Tricontinental en 1966. Vivir en La Habana — como supongo que le ocurrirá a quien viva en Ciudad México, en Buenos Aires o en Caracas — puede no auxiliar demasiado a esa verificación. Pero a diez kilómetros de La Habana empieza el tercer mundo, empiezan los bohíos que recuerdan a chozas africanas, empieza el brutal trabajo agrícola a mano. Ningún cubano que haya pasado una temporada cortando caña, en el momento en que el hombre se pasea por el cosmos, duda de que el suyo es un país subdesarrollado, aunque personalmente él pueda recibir cada semana **L'Express** o leer cuatro idiomas. Su óptica toda quedará enmarcada dentro de esa realidad. Escribirá, y sobre todo pensará dentro de ese contexto.

Es dentro de ese contexto, por ejemplo, que nos planteamos un hecho tan importante para nosotros como la irrenunciable herencia de los hallazgos de la vanguardia contemporánea. En Europa ha vuelto a discutirse últimamente sobre la vanguardia. Pero nosotros, en América latina, apenas lo hemos hecho en relación con nuestros problemas. Apenas hemos discutido sobre las relaciones entre vanguardia y subdesarrollo. Sin embargo, consideraciones teóricas previas, que apuntaban a este tema, no nos faltan : en Martí, en Mariátegui, en el mismo Vallejo, por ejemplo. La vanguardia nace en Europa de la crisis del mundo capitalista. Sucede, sin embargo, que nuestras sociedades atrasadas no presentan ni pueden presentar crisis similares. ¿ Vamos por eso a prescindir de lo que ha conquistado esa vanguardia ? ¿ Vamos a recluirnos en expresiones agresivas y de-

plorablemente folklóricas? Y si no, ¿cómo vamos a separar lo que corresponde a la sociedad capitalista —últimamente neocapitalista— y lo que es utilizable, asimilable por nosotros? En nuestro caso, a los términos **vanguardia** —de por sí bastante conflictivo— y **subdesarrollo**, se añade el de **revolución**. Se trata de hacer un arte de vanguardia en un país subdesarrollado en revolución.

Hacer un arte de vanguardia en un país en revolución ya se había revelado bastante enmarañado. Una de las infelicidades de este siglo ha sido, precisamente, la separación entre las dos vanguardias, la política y la estética, las cuales habían demostrado que podían fertilizarse mutuamente, en los primeros años de la revolución rusa, los años de Lenin y Lunacharski, de Eisenstein y Maiakovski, de Meyerhold y Babel, de los constructivistas y de los llamados formalistas⁹.

El poeta Enzensberger ha llamado la atención sobre las vicisitudes del propio término **vanguardia**, que saltó del habla militar a otras hablas: según él, Lenin usó acaso el primero en aplicarlo a la **vanguardia política**. Sea como fuere, hoy es moneda de uso corriente entre los revolucionarios. La vanguardia política es minoritaria, pero no es una minoría, sino la avanzada de una clase. La vanguardia artística, de modo similar, si de veras es una vanguardia, no es una minoría, una torre de marfil, una pandilla (o una «piña», como se dice en Cuba), sino la avanzada de un conglomerado que va a recibir, más tarde o más temprano, las consecuencias de esa vanguardia. Hoy, aun los más ignorantes de las realizaciones de la pintura moderna, es probable que trabajen en casas, monten en vehículos y utilicen cucharas, ceniceros y vestidos que son una consecuencia de lo que la vanguardia artística ha conquistado durante más de medio siglo. Sin embargo, como sabemos, los que comprenden bien

la necesidad de una vanguardia política, no siempre han comprendido la necesidad de una vanguardia estética. El resultado ha sido la bifurcación entre una cultura oficial convencional y una cultura real de vanguardia, pero marginada. Es aspiración nuestra que esto no ocurra en Cuba, como no ha ocurrido hasta ahora¹⁰.

El problema se complica entre nosotros por nuestra condición de país subdesarrollado. Vivir en un país subdesarrollado quiere decir vivir en un país que es (en nuestro caso, ha sido) saqueado, cuya población es semianalfabeta, a menudo con escasa confianza en sus valores, complejo de inferioridad y fascinación consecuente por otras formas de existencia. Parece innecesario insistir en que este cuadro puede auxiliar muy poco al desarrollo de una expresión de vanguardia. Pero es evidente que la revolución, con la campaña de alfabetización primero y de seguimiento después, ha abordado en la raíz misma el problema cultural básico. Sobre estas soluciones se está edificando la nueva cultura. Esas campañas masivas, lejos de estar en oposición con una creación rigurosa y exigente, son la condición para su desarrollo. A veces, sin mucho rigor, hemos comparado las actividades intelectuales con las deportivas: ¿cómo, sino gracias a la participación masiva en el deporte, podríamos encontrar sus mayores figuras? ¿Cómo, sino gracias a la participación masiva en las actividades de cultura, podríamos tener una cultura rigurosa? Esta se desarrollará en el futuro. Pero esa creación de vanguardia en un país subdesarrollado en revolución no es sólo una teoría. Ya van existiendo una poesía (Padilla, Jamís, Fernández, Barnet), una narrativa (Otero, Desnoes, Díaz), una pintura (Martínez, Peña), un cine (Alvarez, Gutiérrez Alea, Espinosa, Solás) que responden a estos criterios.

Importancia todavía mayor tiene para nos-

otros el pensamiento que necesariamente habrá de considerar hoy un intelectual de Cuba. « Se era cartesiano, se es marxista », sentenció con gracia el pintor Braque hace unos años. Pero hoy, ese **se** no es tan deliciosamente unívoco como la frase podría hacernos creer. En el campo socialista, al congelamiento monolítico de muchos años ha sucedido, en lo político, el pluricentrismo; en el pensamiento en general, una flora todavía más ambiciosa que rica. Entre los que nos han descrito con la mayor lucidez la situación está Louis Althusser. El propio Althusser representa una de las más altas instancias posibles. El descubrió para el marxismo lo que Chesterton para el catolicismo: que la más sensacional de las heterodoxias podía ser la ortodoxia. Otros, con menos rigor e inteligencia, saltan de una ortodoxia sin ventanas a una heterodoxia sin sentido. De cualquier forma el panorama se ha hecho variado. Indudablemente, el marxismo ha vuelto a reverdecer. Sin embargo, no contamos aún no sólo con una estética marxista suficiente —cuya ausencia fue acaso la primera en que reparamos— sino tampoco con una ética. Y, según preocupaba al Che, ni siquiera con una economía política del periodo de transición. Si ello puede decirse a escala internacional, no costará trabajo comprender lo que significa para un pequeño país de escaso desarrollo cultural¹¹.

En la consideración de estos problemas, no se procede sólo como un especulador puro. Un error teórico, cometido por quien puede convertir sus opiniones en decisiones, ya no es sólo un error teórico: es una posible medida incorrecta. Con medidas incorrectas hemos topado, y ellas plantean, por lo pronto, un problema de conciencia a un intelectual revolucionario, que no lo será de veras cuando aplauda, a sabiendas de que lo es, un error de su revolución, sino cuando haga ver a quien

tenga que hacérselo ver que se trata de un error. Su adhesión, si de veras quiere ser útil, no puede ser sino una adhesión crítica puesto que la crítica es « el ejercicio del criterio ». Cuando hemos detectado tales errores de la revolución, los hemos discutido. Así ha pasado no sólo en el orden estético, sino con equivocadas concepciones éticas que se han traducido en medidas infelices. Tales medidas fueron rectificadas, unas, y otras están en vías de serlo. Y ello, en alguna forma, por nuestra participación. No hablo de esto para felicitarnos. Más bien para decir que en discusiones así va integrándose más a la revolución un intelectual. La revolución no es una cosa ya hecha, que se acepta o se rechaza, sino un proceso, cuyo curso ya no es exactamente el mismo después que estamos inmersos en él: de alguna manera, por humilde que sea, con nuestro concurso contribuimos a modificar ese proceso. De alguna manera, **somos** la revolución. Hay un momento en que, al hablar de ella, se dice: « Hemos hecho esto porque... » Ese momento, si es genuino, decide nuestra vida. Ya no discutiremos palabras, ni las últimas teorías, sino hechos, y las meditaciones reales sobre esos hechos. No creemos en la salvación individual, calvinista, en busca de la cual salen rebaños fuera del país. Entenderemos por qué hombres mucho mejores que nosotros pudieron consagrar y consagran su vida al mejoramiento colectivo, a la erradicación de la miseria, de la humillación, de la ignorancia, de la fealdad, del sinsentido. Una revolución no es un paseo por un jardín: es un cataclismo, con desgarramientos hasta el fondo. Pero es sobre todo la deslumbrante posibilidad de **cambiar la vida**. Cuando así la hemos asumido, podemos decirle a nuestra revolución lo que José Martí dijo a su verso: « O nos condenan juntos, o nos salvamos los dos. »

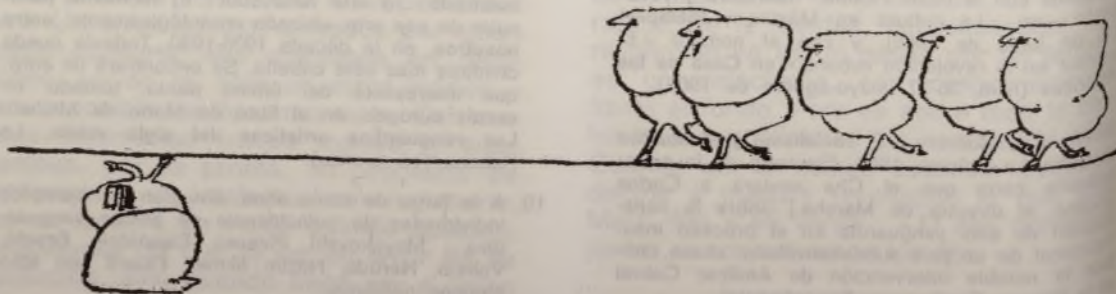
Notas

1. Por una sola vez mencionaré varios de esos trabajos. Algo se encontrará en *La poesía contemporánea en Cuba, 1927-1953*, La Habana, 1954, y sobre todo en *Papelaria*, La Habana, 1962, y « Martí en su (tercer) mundo » (prólogo a *Páginas escogidas*, de José Martí, La Habana, 1965 : la parte central había aparecido en *Cuba Socialista*, nº 41, enero de 1965). En varios momentos he intentado un balance de la creación artística durante la revolución; por ejemplo, en *Marcha* (26 de enero de 1962), y en « La cultura en México » de *Siempre!* (8 de agosto de 1962). No es esto lo que intento ahora, aunque me valga de ideas expresadas allí, y en varias encuestas, sobre todo la que Carlos Núñez publicó simultáneamente en *Marcha* y en *Casa de las Américas* (número 35, marzo-abril de 1966) sobre « El papel del intelectual en los movimientos de liberación nacional ».
2. En un inteligente artículo sobre el tema (« Generaciones y revolución. Meditación inconclusa sobre un problema », en *El Caimán Barbudo*, núm. 6, 1966), que siento no haber conocido sino cuando ya había escrito estas notas, el joven ensayista Ricardo Jorge Machado coincide en señalar este acercamiento entre los hombres que, en dos oleadas, madurarían con la revolución. « Estas dos últimas generaciones », ha escrito Machado, « han sellado una profunda alianza y su identificación espiritual es tal que apenas es posible encontrar diferencias entre sus puntos de vista » (p. 4).
3. Para decirlo con las palabras de Lisandro Otero, « algunos escritores, los menos, participamos en mayor o menor medida en la resistencia clandestina urbana. Ninguno llegó a destacarse en las guerrillas rurales que luego tuvieron un decisivo papel en el rumbo tomado ». Sobre varios puntos tratados aquí, véase la importante carta de este narrador cubano a Emmanuel Carballo, que fue publicada con el título « Cuba : literatura y revolución » en « La cultura en México », *Siempre!* (15 de junio de 1966), y con el nombre « El escritor en la revolución cubana » en *Casa de las Américas* (núm. 36-37, mayo-agosto de 1966).
4. Ernesto Che Guevara : *El socialismo y el hombre en Cuba*, La Habana, 1965. (Se trata de la extraordinaria carta que el Che enviara a Carlos Quijano, el director de *Marcha*.) Sobre la construcción de esta vanguardia en el proceso insurreccional de un país subdesarrollado, véase también la notable intervención de Amílcar Cabral en la Primera Conferencia Tricontinental.
5. Sobre la evolución histórica de la revolución cubana, véase el trabajo imprescindible del Che Guevara « Cuba : ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista? », que publicó la revista cubana *Verde Olivo*, el 9 de abril de 1961.
6. Antonio Gramsci : *Literatura y vida nacional*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1961, p. 25-6.
7. Un ejemplo de esta sobrevivencia lo tenemos en la polémica que mantuvieron hace poco Jesús Orta Ruiz (« Indio Nabori ») y Jesús Díaz. Este último, director del interesante mensuario juvenil *El Caimán Barbudo*, se ha sentido en la necesidad, para combatir al populismo, de reiterar (lúcidamente, por otra parte) argumentos que durante cinco años se han venido exponiendo aquí, y que parecían ya conocidos y asimilados. (V. « Para una cultura militante » en *Bohemia*, 16 de septiembre de 1966.)
8. « Para que Ariel de Rodó significara algo más que una grácil divagación en torno a la democracia y el utilitarismo », dijo Carpentier, «...hubiese sido preciso, sencillamente, que Rodó estudiase un poco de economía política ». Este discurso fue recogido por Carpentier, con el nombre « Literatura y conciencia política en América latina », en *Tientos y diferencias* (México, 1964 ; La Habana, 1966), y constituye una admirable toma de posición del gran novelista. Un enfoque moderno de Rodó, donde incluso se recogen páginas antintervencionistas casi desconocidas del autor de *Motivos de Proteo*, nos lo da Mario Benedetti en *Genio y figura de José Enrique Rodó*, Buenos Aires, 1966 (v. sobre todo p. 104-105).
9. Es evidente que este problema, que apenas roza-mos aquí, debería considerarse partiendo de un saneamiento del propio término *vanguardia*. Además de su primer significado militar, y de su desplazamiento político, en el orden intelectual la palabra *vanguardia* ha sido empleada con estas acepciones : a) conjunto de intelectuales de avanzada ; b) arte renovador ; c) momento particular de ese arte, ubicado cronológicamente, entre nosotros, en la década 1920-1930. Todavía puede dividirse más este cabello. Se encontrará un enfoque interesante del último punto, tomado en escala europea, en el libro de Mario de Michelli *Las vanguardias artísticas del siglo veinte*, La Habana (en prensa).
10. A lo largo de estos años, abundan los ejemplos individuales de coincidencia de ambas vanguardias : Mayakovski, Picasso, Eisenstein, Brecht, Vallejo, Neruda, Nazim Iikmet, Eluard son sólo algunos nombres.

11. No sé si se deberá a esta voluntad nuestra de no cerrarnos dogmáticamente sobre unas cuantas verdades reveladas, sino, por el contrario, abrirnos a la amplia problemática del pensamiento contemporáneo —apertura que nos ha llevado a publicar a Althusser, Fanon, Sánchez Vázquez, Debray y otros en la revista **Casa de las Américas**; no sé, digo, pues en ella no lo especifica, si se deberá a este hecho el merecer este comentario de una amiga como Sol Arguedas: «para aquellos latinoamericanos que vamos conociendo el socialismo a través de las experiencias de Cuba, y estudiando, para aprovecharlas, sus enseñanzas prácticas y sus concepciones teóricas, resulta muy desconcertante leer algunos artículos que aparecen, o aparecían de vez en cuando, en la revista **Casa de las Américas**». (Sol Arguedas: «¿Dónde está el Che Guevara?», en **Cuadernos Americanos**, núm. 3, mayo-junio de 1966, p. 68.) Y a propósito de esto: lo que es verdaderamente descocado es lo que ha escrito en **Politika**, de Belgrado, Frane Barbieri, al comentar aviesamente la carta que un grupo de escritores cubanos enviamos al gran poeta chileno Pablo Neruda. «En las páginas de la revista habanera **Casa de las Américas**, y en manifestaciones de los artistas latinoamericanos publicadas en esta revista, en La Habana», afirma este impávido calumniador,

«comenzó a recibir una fisonomía cada vez más determinada la tesis extremista sobre la revolución cultural en este continente» (sic). De esta manera, el país socialista que al mismo tiempo que realiza una gigantesca campaña de alfabetización publica masivamente a Kafka, Joyce, Proust, Robbe-Grillet; el país que se enorgullece de contar entre sus grandes figuras artísticas a creadores de vanguardia como Carpentier, Guillén, Lam, Portocarrero, es tranquilamente acusado de fomentar una llamada «revolución cultural» como la que estamos presenciando ahora, preocupados, en China. En contraste con estas mentiras gorbelsianas, es interesante saber lo que ha escrito órgano tan poco sospechoso de radicalismo como el londinense **Times Literary Supplement** (el 11 de agosto de 1966) sobre la encuesta aparecida en el número 35 de **Casa de las Américas**. Esta encuesta versó sobre «El papel del intelectual en los movimientos de liberación nacional», y en ella participaron, además de escritores europeos como Alberto Moravia y Régis Debray, escritores latinoamericanos como Jorge Zalamea, Mario Vargas Llosa y Gonzalo Rojas. En dicha encuesta, afirma el periódico inglés, «puede ser discernido, en su conjunto, una ausencia de unción y dogmatismo. Después de todo, incluso en Cuba los excesos del realismo socialista han sido desdichados».

(Chamaco)



Lisandro Otero

El escritor en la revolución cubana

Carta a Emmanuel Carballo

(Portocarrero)



La Habana, 30 de marzo de 1966.

Querido Emmanuel: He leído en la revista *Siempre!* tus artículos sobre « Literatura cubana 1966 ». Veo tus hallazgos, tus preocupaciones. Algunos me los expusiste personalmente durante tu última visita. En general, creo que tu visión es acertada, pero por no desarrollarla puede llevar a confusiones a algunos lectores.

Para tener una idea de lo que es hoy la literatura cubana hay que remitirse a lo que era antes de la Revolución, hay incluso que hurgar un poco en la composición social y política de Cuba antes de 1959. El primer hecho que resalta mirando hacia atrás es la existencia de una burguesía colonial, de una casta de administradores de propiedades cuyos verdaderos dueños estaban en oficinas de New York o Washington. No había, como en México, una burguesía nacional. En la década del cincuenta esta burguesía comenzó a elaborar una llamada política del « desarrollo » que la llevó a la adquisición de una parte de los medios de producción que se encontraban en manos yanquis. Demostraron una audacia empresarial que nos habría llevado en una o dos

décadas más, al surgimiento de una burguesía nacional.

Al no existir una burguesía propiamente dicha tampoco existía acabadamente una ideología de esa burguesía, me refiero a una ideología que respondiera **nacionalmente** a sus intereses. Aquellos administradores coloniales poseían una rudimentaria conciencia de clase. No poder guiarse por una representación del mundo y de sus relaciones con él, era no poder reconocerse como sujetos de una clase dominante, tampoco podía alentar en nuestros escritores una visión coherente, mediante sus estructuras jurídicas, políticas y religiosas.

No existían, por tanto, escritores de la burguesía porque no existía una cultura burguesa ni un mercado para la cultura. La clase social dominante no era reflejada en nuestra literatura.

Nuestros obreros y campesinos, con un alto índice de analfabetismo, con un gran retraso cultural y material, tampoco demandaban nuestra literatura.

Una parte de la clase media, una pequeña parte, lo más avanzado de ella, era la que mostraba algún interés hacia nuestra obra. Esa pequeña burguesía era reformista. Aspiraba a un saneamiento de la administración pública, a una reforma agraria mo-

derada, a una nacionalización de los servicios públicos, a una rebaja de alquileres, a un incremento de la educación y los servicios asistenciales. Tenía un programa político progresista pero no todo lo avanzado que nuestros males requerían. La organización política que mejor representó estos intereses fue el Partido del Pueblo Cubano (ortodoxos). Una parte de esa pequeña burguesía participó de la insurrección contra la tiranía de Batista.

No puede afirmarse que respondiésemos enteramente a la pequeña burguesía. Había demasiado de tremendismo y anarquía en nuestras posiciones. Pero tampoco éramos auténticamente revolucionarios; no aspirábamos a subvertir el orden social. Y aunque rechazábamos las estructuras de nuestra burguesía colonial, sí éramos influidos por ciertas modalidades del pensamiento burgués internacional: en lo estético y en lo moral. El divorcio entre los escritores y la sociedad produjo una actitud crítica, una insumisión, una rebeldía intelectual. Aquel criticismo no podía ser expresado abiertamente por los medios coactivos que se ejercían y por la naturaleza precaria y angosta de nuestros medios de difusión. Por tanto la rebeldía se refugiaba en comentarios de café, en el cinismo, en la sátira.

El escritor era un desclasado. Eso explicará por qué los escritores se incorporaron masivamente a la Revolución después de su triunfo. También explicará por qué se producen ciertas obras de realismo crítico en los primeros años de la Revolución.

El acercamiento al pensamiento marxista y la labor de algunos marxistas cubanos entre nosotros nos llevó, a una parte considerable de nuestra generación, a apreciar los valores nacionales de nuestra cultura. Comenzamos a revalorizar el siglo diecinueve, el llamado siglo de oro de la cultura cubana. Nos interesaban nuestro folklore, nuestra música, nuestra arquitectura colo-

nial, la labor de los fundadores de nuestra conciencia nacional. Era una forma de lucha a la que acudían los marxistas cubanos contra el imperialismo cultural, contra la penetración de la cultura yanqui en nuestro suelo. Pero nosotros también éramos sensibles a esa penetración. Nos dejábamos influir no sólo por la cultura yanqui sino también por las modalidades estéticas europeas. Ibamos de un extremo a otro sin lograr una síntesis positiva. Quizás no estábamos aún maduros para ello. En esas contradicciones transcurrieron nuestros años de formación.

En el aspecto práctico también la enajenación más total impedía nuestra manifestación como escritores. Nos veíamos forzados a acudir a la cátedra, al periodismo, al radio, a la televisión para poder subsistir. Las editoriales sólo publicaban libros de texto que eran los únicos que proporcionaban una entrada segura y cuantiosa. Nuestra generación, que hoy anda entre los treinta y cuarenta años, escribía para emgavetar o para proyectar lo que ya deseaba de realizar.

Sin un lugar en la sociedad, rechazados y asqueados por nuestro medio ambiente, una considerable porción de los escritores de nuestra generación emigramos a París, New York y Madrid, entre 1950 y 1958.

II

Los años 57 y 58 fueron testigos de la actividad insurreccional. Algunos escritores, los menos, participamos en mayor o menor medida en la resistencia clandestina urbana. Ninguno llegó a destacarse en las guerrillas rurales, que luego tuvieron un decisivo papel en el rumbo tomado.

En 1959 los escritores comenzaron a retornar de su exilio ideológico, ya que no lo era político. Todos estábamos totalmente identificados con la Revolución triunfante: era la realización de un viejo sueño. Podíamos suprimir nuestras enajenaciones.

Podíamos sacar de las gavetas nuestra literatura. Podíamos realizar los proyectos más audaces, las aventuras de la creación que ya comenzábamos a olvidar. Se produjo un fervor militante que se materializó de muchas maneras: marchas, himnos, canciones, reportajes, artículos, carteles, vallas, documentos, espectáculos, libros y folletos se precipitaron con la fuerza de un río crecido para contribuir de una manera testimonial, a la divulgación y a la galvanización de la obra revolucionaria. Aun más, los escritores vistieron la camisa azul de la milicia que entonces significaba casi entregar la vida, actuaron en función de y para la Revolución.

¿Era eso suficiente? Creo que no. Aquello era más bien un escape emocional, un salidero a la presión acumulada con tanta frustración republicana. Pero no existía una actitud consciente, un análisis del porqué y para qué de la Revolución. Justo es decir que, a excepción de los dirigentes, casi nadie se planteaba esos problemas en aquel momento romántico y exaltado.

Las primeras obras literarias aparecidas eran, lógicamente, las que habían estado tanto tiempo estancadas, las que expresaban nuestra censura hacia aquella sociedad imperfecta en que vivíamos. Al tiempo que limpiábamos el desván de las cosas viejas nos dispusimos a observar y a expresar la nueva sociedad.

Nuestra obra de circunstancia podía ser documental, testimonial, pero no era la verdadera obra. Sabemos que la literatura requiere una sedimentación de las vivencias, una visión de perspectiva y una valoración para ser auténtica y profunda. En eso andábamos cuando una serie de hechos dispersó nuestra energía creativa.

III

En 1961 el desarrollo del sectarismo provocó en muchos escritores el temor a la

reproducción en nuestro país de las experiencias dogmáticas y las coacciones burocráticas a las expresiones artísticas de otros países socialistas.

De estas inquietudes surgieron unas conversaciones de nuestros escritores y artistas con el Primer Ministro Fidel Castro y el Presidente Osvaldo Dorticós, y algunos de nuestros principales dirigentes. Todos expresamos muy abiertamente nuestras opiniones. Allí Fidel Castro pronunció sus « Palabras a los intelectuales » en las que expuso la política cultural para esa etapa: « Dentro de la Revolución, todo. Fuera de la Revolución, nada ».

También de aquellas reuniones surgió la idea del Primer Congreso de Escritores y Artistas que, celebrado, instauró la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Por otra parte el gobierno terminó la organización del Consejo Nacional de Cultura, organismo administrativo del Estado, para los asuntos culturales.

Una vez expuestas las reglas del juego comenzó a definirse una zona de opinión integrada por algunos funcionarios y algún que otro intelectual que acometió el intento de hacer triunfar entre nosotros ciertas tendencias dogmáticas que aquejan al arte y la literatura del socialismo.

Los que así actuaron copiaron mecánicamente las experiencias de la Unión Soviética, donde sí existió una burguesía nacional, una ideología burguesa y escritores de esa burguesía, y la Revolución de Octubre tuvo que dar una batida contra su ideología para que triunfasen las tendencias revolucionarias. Era la época de la que Lunacharski escribía: « Los viejos intelectuales, incluso los que trabajaban a nuestro lado, aunque colaboraban en cierto modo con nosotros se mantenían a distancia ». No era ésa, en modo alguno, la situación cubana. Y se emprendió una lucha contra un enemigo inexistente.

Por otra parte, creo que es lógico que

sucediera, se abrieron paso en Cuba las tendencias populistas. Dentro de ellas se refugiaron algunos oportunistas que pretendían hacer pasar su mala producción artística como arte proletario.

En los sectores de mayor buena fe existía una natural impaciencia por ver reflejada en la literatura la epopeya que vivimos. Al comprobar que esto no sucedía creyeron indiferencia y apoliticismo la que sólo era una toma de perspectiva.

No voy a detallar todas las formas sutiles o directas en que esta presión se fue ejerciendo. El gobierno revolucionario se mantuvo totalmente al margen de ellas y continuó proclamando y defendiendo su política de respeto a la libertad creadora de los artistas.

Durante este periodo frente a los que creían que al pueblo había que administrarle con prudencia y previa selección las obras de arte que debían consumir, mantuvimos el derecho de apreciar y de juzgar toda obra de arte cuyo aporte conceptual y formal signifique un enriquecimiento de los bienes culturales de la humanidad porque respetamos la capacidad de juicio y de crítica del pueblo.

Frente a los que propugnaban que la literatura debía tener como meta la presentación de una realidad edulcorada, optimista, sin conflictos, recreativa, defendimos que el arte es uno de los medios que el hombre posee para crearse una conciencia de sí mismo. No es medio de escape sino enfrentamiento a los problemas. Mantuvimos que el desconocimiento de contradicciones no ayuda al desarrollo del hombre integral a que aspira el socialismo.

Frente a los que deseaban la formulación de conceptos rígidos y medidas administrativas para dirigir la creación artística, defendimos el derecho al desarrollo del arte y la literatura, el derecho a la experimentación. Mantuvimos que restringir la

creación mediante la planificación ideológica y estética equivalía a estancar la cultura y a frustrar toda creación artística. Esta polémica duró más de dos años y tuvo buenas y malas consecuencias.

Entre los males puede contarse que los escritores vacilantes se dejaron ganar por el temor, experimentaron una involución y se alejaron de las posiciones revolucionarias a las que se acercaban.

En los escritores revolucionarios provocó una actitud defensiva. En vez de analizar objetivamente nuestros errores nos pusimos a justificarnos en todo para no ceder ante las presiones.

Hubo una consecuencia positiva. La lucha ideológica nos obligó a revisar viejos textos y a sumergirnos en nuevas fuentes para apoyar nuestras ideas. La polémica fue una contribución a la formación de una estética revolucionaria.

La Revolución continuaba arrolladoramente su camino ignorante de estos pequeños problemas, pequeños si se tiene en cuenta la magnitud de los propósitos revolucionarios y de los obstáculos a vencer. Estábamos inscritos en la Revolución y aparte de nuestros conflictos como escritores, atravesamos conflictos humanos. Esa agonia nos dejó una huella, nos endureció. En la lucha por destruir un mundo en el que nos habíamos formado y por construir un mundo en el que aún no teníamos un lugar experimentamos un intenso desgarramiento. Los escritores eran parias que admiraban a distancia una obra de la que no participaban. En la nueva sociedad tampoco había lugar para nosotros porque no nos servíamos con nuestra capacidad específica como escritores sino como cuadros o funcionarios. Nos hallábamos, como dice Roberto Fernández Retamar en un poema: «Entre una clase a la que no pertenecemos, porque no podíamos ir a sus colegios, ni llegamos a creer en sus dioses, / Ni mandamos en sus oficinas ni vivimos en sus

casas, ni bailamos en sus salones, ni nos bañamos en sus playas, ni hicimos juntos el amor, ni nos saludamos./ Y otra clase en la que pedimos un lugar, pero no tenemos del todo sus memorias ni tenemos del todo las mismas humillaciones./Y que señala con sus manos encallecidas, hinchadas, para siempre deformes,/A nuestras manos que alisó el papel... »

En esas condiciones terminó aquella polémica. El dogmatismo estaba, si no derrotado, recluido en sus cuarteles. Resistimos las tentativas de crear una literatura maniquea y didáctica, moralizante y panfletaria. Logramos nuestro objetivo. Pero era ésta una victoria negativa. Habíamos definido lo que no debíamos hacer ¿ Pero qué debíamos hacer? De una cosa no nos cabía duda a los escritores revolucionarios: nuestro tema era la Revolución. ¿ Pero cómo evitar lo que tanto habíamos combatido?

IV

El primer problema que se plantea es el de la dirección que debíamos tomar: ¿ Hacia quién dirigir nuestras letras? ¿ Quién era nuestro público? Sin duda, el pueblo, la totalidad de los habitantes de nuestro país. Pero la palabra pueblo es una convención abstracta que abarca zonas muy disímiles. Pueblo es el obrero, pero pueblo es también el intelectual: médico, arquitecto, estudiante. Pueblo es, incluso, nuestros dirigentes. No existe un nivel cultural homogéneo, que pueda ser cubierto por la palabra pueblo. Y suponiendo que tomásemos su nivel menos desarrollado: el obrero, el campesino, ¿ hacia qué etapa de su desarrollo debíamos dirigirnos? ¿ Hacia el nivel cultural en que fue dejado por la burguesía, o hacia el nivel hacia el que lo estaba elevando la Revolución? Los que optaran por la primera alternativa muy pronto quedarían atrás, serían menos-

preciados por obreros y campesinos que ya no hallarían en esa literatura la respuesta a sus nuevos problemas. ¿ Dirigirnos entonces hacia un óptimo nivel futuro? Se correría el riesgo de cortar desde ahora la comunicación, que sería muy difícil de restablecer más tarde.

Las respuestas, como se ve, no son fáciles. Ilia Ehrenburg afirma que la obra maestra de la literatura soviética es el lector. Nosotros aspiramos a que el lector futuro encuentre también obras maestras que leer. Muchos de nosotros hemos optado por hacer una obra de circunstancia, de fácil entendimiento, y paralelamente trabajar con el máximo de nuestra capacidad para la mejor de las posibilidades del hombre. El esfuerzo es grande y desgasta, pero la época es grande y exige el consumo. No podemos resignarnos, en aras del contacto con la masa, a trabajar solamente con formas artísticas digeridas, familiares al pueblo. Debemos experimentar, ensayar fórmulas nuevas, ser audaces, haciendo uso de un derecho que el socialismo no le niega a sus científicos ni a sus cuadros políticos ni a sus profesionales. Pero tampoco podemos correr el riesgo de encerrarnos en nosotros mismos para mejor dedicarnos a experimentar, porque al separarnos del medio ambiente nos arriesgaríamos a esterilizar nuestra obra, a secarla, separándola de su fuente nutricia.

Por lo pronto, en Cuba hay un acuerdo general: hay que utilizar todas las conquistas y avances formales del capitalismo y usarlos para construir el socialismo. Lenin lo dijo hace mucho tiempo. Parecerá tonto que ahora hayamos descubierto la rueda. Pero en los medios literarios nos costó mucha discusión y fue necesario vencer mucho extremismo para llegar hasta ahí. Quizás determinados procesos son inevitables y fatales en todas las revoluciones. Nadie aquí se atreve llamar reaccionario o burgués a un hallazgo en la novela rea-

lizado por un Proust o un Joyce, de la misma manera que no podemos llamar arte clerical a la obra de Miguel Angel, como tampoco podemos colgar la etiqueta de capitalista a la penicilina o a la línea de montaje industrial. Son elementos que ya pertenecen a la humanidad. Otro problema es el de la libertad. ¿Tiene libertad un escritor en el socialismo? Y si la tiene, ¿qué uso debe hacer de ella? Si el gobierno otorga esa libertad, ¿puede el escritor autocensurarse por sus temores o porque lo estime su deber? ¿Debe usar de esa libertad para criticar, para ser rebelde y anticonformista?

Primero hay que dejar bien claro que la libertad del escritor en el capitalismo es una ilusión en la que algunos creen de buena fe. El Estado siempre ha utilizado el arte. Las formas de expresión del individuo, derivadas de su etapa lúdica primaria, no fueron dejadas al capricho de cada uno. Todas las actividades sociales: la magia, la guerra, fueron usadas desde siempre por el Estado para servir sus fines colectivos. El arte también se convirtió en un instrumento. ¿Qué es el arte medieval sino una forma de propaganda de la Iglesia? El Renacimiento, el Romanticismo nacen en un momento muy definido de la historia en que hay cambios en las relaciones de producción, y sirven a una clase social y a una ideología en ascenso.

La libertad absoluta no fue dominio del hombre de las cavernas, y ya sabemos que no existen los paraísos virginales a lo Rousseau que la imaginación humana presiona en la civilización industrial alimenta y mitifica, y si existieran, serían el reino del caos y la incomodidad. La libertad tampoco es dominio del hombre contemporáneo que tiene su existencia condicionada por un interruptor eléctrico en lo cotidiano y en última instancia por una explosión nuclear. El escritor de nuestra época ha tomado bajo el capitalismo un camino que Sartre

ha definido muy bien: « inseguro de su posición social, demasiado temeroso para alzarse contra la burguesía que le paga, demasiado lúcido para aceptarla sin reservas, ha escogido ser juez de su época y se ha persuadido de que por este medio permanece ajeno a ella ».

Pero en realidad no es ajeno a ella. El capitalismo impone al arte una servidumbre de la que los escritores menos vigilantes no son conscientes. Al apropiarse comercialmente de una manifestación vital, la burguesía somete al arte a las reglas del dinero. La burguesía paga bien a sus bufones y a sus juglares, incluso —pasatiempo de decadentes—, para que se burles de ella y la critiquen. El escritor crea una obra en parte para encontrar en ella una libertad que le niega el mundo exterior. Ya que no puede modificar el mundo en la realidad, lo reforma en su imaginación. Es un típico fenómeno de enajenación.

¿Cree algún escritor que al oponerse a la guerra en Vietnam deja de someterse a las normas comerciales de los editores o a los intereses de los dueños de periódicos? Los escritores bajo el capitalismo responden consciente e inconscientemente a la clase dominante. Aun los más rebeldes, los más inconformes, están expresando, mediante muchas maneras sutiles las formas de conciencia social de la burguesía en sus manifestaciones morales, históricas, culturales. La ideología burguesa se manifiesta en sus actividades ante la vida, en su buena conciencia, en sus relaciones con su familia y con sus amigos, incluso en sus rebeldías e inconformidades. Todo lo que hacen y crean —hasta el más insignificante de sus hábitos— está orientado por su formación burguesa. Hasta su ilusión de libertad es un producto de la burguesía.

Cuando los escritores burgueses hablan de respetar los puntos de vista disidentes deben saber que detrás de esos puntos

de vista vendrá un ejército imperialista que intentará exterminarnos. Cuando hablan de partidos de oposición, sabemos que eso es tolerar una quintacolumna armada que tratará de destruir las bases de nuestra Revolución. Sin embargo, hasta ahí no llega la libertad del Estado burgués, que reprime sin piedad a los que intentan subvertir el orden capitalista.

Un revolucionario intenta reformar el mundo por amor a la humanidad. Le es tanto más duro tener que aplicar medidas coercitivas; pero debe hacerlo si quiere que sobrevivan los fundamentos de su creación. Esa es una de las grandes tragedias de las revoluciones: hay que reprimir al hombre para salvar al hombre. Sin embargo, si sabemos que el hombre que reprimimos no es un intelectual, no es un obrero, no es un estudiante, sino un comerciante que viene arma en mano para asesinarlos, movido por su afán de lucro, nos aliviarnos de la responsabilidad.

También sabemos que en otras revoluciones la violencia del hombre contra el hombre se ha extendido hasta los revolucionarios, hasta los intelectuales, hasta el pueblo. Eso motiva una vigilancia y una desconfianza en muchos escritores que está basada en hechos, en experiencias vividas.

Ahora bien, en Cuba los escritores disfrutamos de libertad. En primer lugar, porque somos dueños de todo lo que nos rodea, incluyendo las editoriales, las revistas y periódicos que nosotros dirigimos y hacemos. En segundo lugar, porque disponemos de numerosos medios para difundir nuestra obra sin exigencias previas, con la sola limitación de no escribir desde posiciones contrarrevolucionarias, que nos parece bastante más que justificada si examinamos las circunstancias en que vivimos.

En tercer lugar, porque vemos cada vez con mayor nitidez la aparición de un públi-

co lector informado, sensible, inteligente que espera nuestra obra. Y ese público, no hay que olvidarlo, lo ha creado la Revolución. En cuarto lugar, porque lo que hacemos y decimos tiene un sentido y puede contribuir a modificar el medio ambiente en que vivimos. No lanzamos palabras a un muro inmovible como el escritor burgués. Trabajamos sobre una sustancia flexible, receptiva, en perpetua transformación. En quinto lugar, porque conocemos los fines últimos de lo que estamos haciendo y aunque temporalmente suframos retrocesos, dificultades y errores, nuestra actividad como ciudadanos está presidida por la ambición de perfeccionar nuestra sociedad.

La pregunta surge enseguida: ¿y cuál es el papel específico de un escritor en esta tarea tremenda? Algunos escritores en la burguesía creen que la literatura es una forma perenne de insurrección, de insumisión, de rebeldía. Estiman que sólo existe literatura donde exista la irreverencia, el sarcasmo, la protesta. Ven la función literaria desde su propia posición: escritores lúcidos dentro de una sociedad que rechazan. Eso, desde luego, es su papel, pero no es la función de un escritor en una sociedad revolucionaria, porque un escritor no es un corrector de gazapos, ni un inspector del fisco, ni un impugnador sistemático, ni un cazador de herejías.

Un escritor, tanto en el capitalismo como en el socialismo, debe tratar de crear en palabras una representación del mundo y de las relaciones de los hombres con ese mundo y entre sí mismos. Mediante esa representación, contribuye, en última instancia, al proceso cognoscitivo del hombre y su circunstancia que es también el objeto de la ciencia y la filosofía. Y debe tener en cuenta que esa obra va a insertarse en un fenómeno continuo que se llama cultura: una unidad que sobrevive en el tiempo y que adopta modalidades diversas

de acuerdo con la situación social. Pero un escritor escribe además en el capitalismo para modificar en su imaginación lo que no puede reformar en la realidad. En el socialismo sus hechos trascienden, modifican el medio: por tanto, tiene que escapar constantemente a la tentación de la acción pura. Tiene que hacer un gran esfuerzo para persuadirse de que sus palabras tienen tanto valor como sus acciones en la tarea constructora. Y al decidir si esas palabras serán de estímulo o de crítica, debe saber que ni la apologética ni la heterodoxia tienen nada que ver con la literatura. Son valores aparte que gravitan sobre otros estratos de la conciencia humana. La creación artística es un acto independiente y distante de las sumisiones o rebeldías. La cultura tiene sus valores específicos y un dinamismo propio, pero nunca es un hecho aislado. Su relación con la política es constante. Ambas se enriquecen de este contacto. Pero nunca debe ser una condicionada por las necesidades de la otra.

Las contradicciones entre arte y sociedad: hogueras de libros, parrillas de la Inquisición, persecuciones de escritores, son cosas del capitalismo. No deben existir en una sociedad revolucionaria. Un escritor, como cualquier otro ciudadano, puede transgredir el orden social y sufrir las consecuencias de sus actos. Pero en función pura del intelecto y la creatividad no tiene por qué entrar en contradicción con el Estado socialista si analiza y comprende el por qué y para qué de las acciones de ese Estado y si ese Estado actúa con justicia.

En el capitalismo el arte se produce a contrapelo, como reacción contra un estado de cosas. El surrealismo y casi todos los ismos artísticos de nuestro tiempo son hijos de la rebeldía contra el burgués. Por eso algunos llegan a creer que creación artística y rebeldía están indisolublemente

asociados y que deben continuar unidos en el socialismo.

La rebeldía es un excelente motor para la creatividad, pero no es el único. Y hay que determinar si es el más legítimo (y no el más cómodo), dentro de una sociedad revolucionaria.

Para un escritor es más difícil consentir que rechazar.

Es muy fácil confundir la comprensión con el conformismo.

Es muy difícil usar la libertad para aceptar.

V

En Cuba tenemos escritores que no son revolucionarios. Son los que se autocensuran. Cuando uno se mutila el pensamiento es porque cree que su pleno ejercicio puede acarrearle consecuencias desagradables. Esos escritores temen una represalia posible que nunca ha sido ejercida. Como la única limitación que se ha trazado aquí es la exposición de los puntos de vista de la contrarrevolución, quizás ellos se hallen identificados con esas ideas. En realidad, más que una represalia de gobierno debían temer el aislamiento de los nuevos lectores que no se ven reflejados en las obras que ellos escriben.

Sin embargo, no creo que las cosas hayan llegado tan lejos. Entre nosotros existen más bien ciertos escritores que hacen literatura mimética y tratan de hallar en su existencia situaciones similares a las que han leído en otros autores. Son gentes poco vitales que extraen su literatura de otras literaturas. Permanecen ciegos a la vida dramática, violenta, intensa de la Revolución. Menosprecian la temática rica y variada que ofrece nuestra actual sociedad. Ignoran las contradicciones del hombre en la Revolución, las crisis de conciencia, los conflictos familiares, la ansiedad del constructor ante los obstáculos, la frustración sentida ante la ineficacia, el miedo a la muerte el desprecio a la muerte.

los sentimientos que se deshacen ante el ejercicio de la razón, la razón que se debilita por las emociones. Podría nombrar cien temas similares ante los cuales esos escritores no se conmueven. Creo que su propia ceguera los llevará a la anulación de su obra y al olvido. George Lukács ha visto con claridad los riesgos que corre el escritor que rehúsa integrarse a su época. Si un escritor adopta una posición negativa ante los hechos históricos puede perder su contacto real. Mucho más, desde luego, si pierde su contacto con los hechos humanos. Su perspectiva se hace abstracta y sólo le quedan nexos con el pasado, al cortar su contacto con el presente. La sociedad entrega elementos al escritor que éste es incapaz de organizar por su evaluación. A medida que la grieta se profundiza su literatura abarca un universo más y más reducido sin raíces en la realidad. Llego un momento en que esa enajenación alcanza las ideas de las que el intelectual estaba más seguro. El resultado es una desintegración de la personalidad y la anulación de la obra literaria. Este es el proceso en que se encuentran sumidos algunos de nuestros escritores. No son la mayoría, ni siquiera son numerosos, pero son los que se autolimitan sus posibilidades. Creo que eres injusto en algunas de tus afirmaciones. No estimo que aquí se escriba una literatura más próxima al reformismo que a la revolución. A menos que la literatura revolucionaria equivalga a panfletaria y sé que esa no es tu idea. Tampoco creo en esa timidez ideológica de que hablas. La polémica sostenida entre 1962 y 1964 es buena prueba. Si en algún instante nuestra obra ha estado más cercana a la autopsia que al parto se debe —ya lo expliqué—, a la necesidad de dar salida mediante el realismo crítico a los proyectos frustrados de la etapa anterior a la Revolución. No somos destructores, como

afirmas; tampoco somos corifeos. Tratamos de entender y de explicar. Pero sobre todo me parece profundamente inexacto que digas que los narradores cubanos son más burgueses que socialistas. Una revolución no es cosa de juego. Hay que haberla vivido para saber lo que es una turbulencia permanente que exige esfuerzos imposibles y la transformación del ser hasta en los más íntimos sentimientos. Nosotros hemos sufrido traumas profundos. Hemos estado en varias ocasiones a punto de dar la vida. Y hay que hacerse muchas preguntas y tener muy buenas respuestas cuando uno se dispone a morir en nombre de algo. Hemos revisado y reestructurado nuestras ideas. Cualquier elemento burgués o pequeño-burgués de nuestra formación ha desaparecido en el curso de estos largos, duros y luminosos años.

Por lo demás, las posibilidades son grandes. La revolución cubana ha dado muestras de una audacia y una fecundidad ilimitadas. Si queremos estar a la altura de las circunstancias históricas, debemos demostrar ese mismo espíritu en literatura. Estamos obligados a dejar para la historia una imagen de nuestra epopeya. Pero queremos dejarla en un lenguaje contemporáneo que subsista con validez en el tiempo. Queremos crear un arte en el que la justicia revolucionaria se una a la aventura de formas de nuestro tiempo. No podemos expresar la grandeza de esta Revolución en moldes viejos ni podemos caer en el didactismo de la moraleja ejemplarizante. Deseamos profundizar en nuestras raíces, ser genuinamente cubanos, pero al mismo tiempo abrimos anchamente al mundo, asimilar sin prejuicios todo lo que sea aprovechable. Somos conscientes del privilegio de que disfrutamos viviendo el momento más importante de nuestra historia en que hemos liberado nuestras fuerzas vitales y estamos en proceso de adquirir

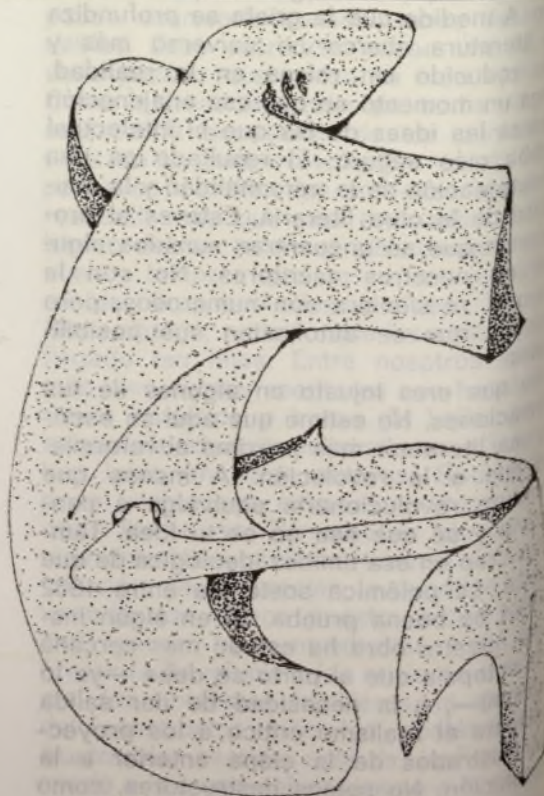
un perfil de gran nación americana y un liderazgo entre los países del subdesarrollo. Todo esto habrá de quedar reflejado en nuestra literatura o habremos fracasado dolorosamente. El programa es ambicioso y estamos sujetos únicamente a nuestra voluntad y a nuestro trabajo, si no cumplimos, no podremos invocar ninguna excusa. Pocas veces tantas condiciones se reunieron para propiciar la aparición de un fuerte movimiento literario. Pero eso requiere tiempo. La literatura es una planta rara a la que los apremios y el exceso de protec-

ción pueden dañar tanto como la desatención y el abandono. En Cuba no se anda por ninguno de esos extremos.

Creo, Emmanuel, que no serás defraudado. Perdóname la extensión y algunas reiteraciones. Muchos de estos argumentos son de sobra conocidos por ti; pero los incluí para ayudar al desarrollo de las ideas. Te agradecería que publicases esta carta en las mismas páginas de **Siempre!** donde aparecieron tus artículos.

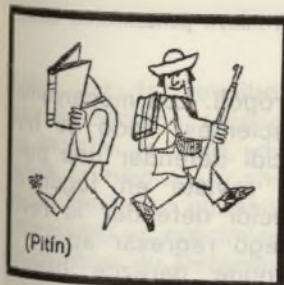
Recibe un abrazo y la amistad invariable
de Lisandro Otero

Lisandro Otero nació en 1932. Actualmente es vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura. Ha escrito cuentos y novelas. Cuentos: *Tabaco para un jueves santo* (1955). Reportaje: *Cuba, zona de desarrollo agrario* (1960). Novelas: *La situación* (1963) y *Pasión de Urbino* (1966).



(Cortesía de Cárdenas)

Ayuntamiento de Madrid



(Pitín)

Edmundo Desnoes

El mundo sobre sus pies

La revolución estalló en mi vida cuando ya tenía veintiocho años. Todos sabemos con demasiadas palabras y cifras lo que veintiocho años de república mediatizada, de explotación económica, de ingerencia, de dependencia, de ocupación extranjera, de subdesarrollo representan en la historia de nuestra isla —pero muy pocos sabemos lo que representan veintiocho años de explotación psicológica, de ingerencia espiritual, de dependencia, de subdesarrollo, de ocupación extranjera de nuestra conciencia.

El subdesarrollo existe tanto en la economía como en la conciencia. La personalidad del hombre del tercer mundo ha sido tan distorsionada como la economía de su tierra. Y aunque todo esto es obvio, se estudia en los textos marxistas —infraestructura, superestructura— es una zona poco explorada, oscura y tristemente estática. En nuestro mundo su expresión más conmovedora está en **Los condenados de la tierra**, pero Fanon tampoco vivió una nueva realidad social, murió al triunfo de la revolución argelina, como Marx murió antes de que el famoso fantasma del comunismo se convirtiera en una sociedad histórica concreta y real. Nosotros, inevitablemente, sabemos más que Marx y Fanon sobre estos problemas porque somos más viejos,

hemos vivido fenómenos que ellos sólo vislumbraron, tenemos más experiencia histórica a nuestra disposición, estamos parados sobre sus corpulentos hombros. Y debemos seguir andando, explorar, dudar de todo para ser profundamente revolucionarios. De lo contrario podemos vernos condenados a repetir el error de aburguesarnos como algunos países de la Europa socialista o enloquecer en una revolución cultural proletaria cubana. Sabemos ya que no basta transformar las relaciones de producción, que en la ideología, en las costumbres, en la superestructura podemos seguir siendo burgueses y reaccionarios y, en nuestro caso, colonizados, subdesarrollados.

La colonización cultural y psicológica es difícil de descubrir porque se disfraza de universal, ecuménica, de eterna. Y es específica de un momento histórico, de una sociedad. La universalidad de un escritor francés o norteamericano poco tiene que ver con la humillación del colonizado latinoamericano, africano y asiático. Nosotros somos la cara oscura de la luna. Durante muchos años viví engañado: despreciaba superficialmente mi origen pequeñoburgués por su hostilidad hacia la literatura, su estupidez y su ignorancia, pero fui incapaz de llegar al fondo de la cuestión,

revista **Casa de las Américas**. Además de un breve volumen poemático, ha publicado tres novelas —**No hay problema** (1959), **El cataclismo** (1962) y **Memorias del subdesarrollo** (1966)— y un libro de ensayos: **Punto de vista**.

Ayuntamiento de Madrid

de una comprensión adecuada de la burguesía colonial como clase, como parásito que escamoteaba el verdadero sentido de nuestra sociedad —seguía preso en el mundo que rechazaba. « Aunque algunos ciudadanos cultos y adinerados se parecieran a los duques ingleses —escribió Martínez Estrada sobre nuestra América—, los pueblos se parecían a los chandalas y los coolies, parias sin tierra en su tierra y tántalos famélicos en un edén de los frutos. » Esto lo comprendí sólo después del volcán revolucionario.

Mi apariencia, esta piel me engañó... Mi apariencia blanca, industrializada, mi educación, vivir dentro de nuestra clase media en la ciudad de La Habana, facilitó durante muchos años una identificación con mi equivalente europeo y norteamericano aunque a menudo había un abismo, la incómoda conciencia de ser una mala imitación, inferior. Cuando adolescente, mis padres me zumbaron a una academia militar en Misisipí y viví durante un año en la periferia de la escuela, en solidaridad espontánea con los demás latinoamericanos: mexicanos, guatemaltecos, nicaragüenses... Estábamos fuera, casi a unos pasos de los cocineros y criados negros de la escuela. Descubrí que era un *spick*, término peyorativo para despreciar a los latinoamericanos, a los morenos del continente, a los casi negros.

La situación se repitió de nuevo en Nueva York, en Madison Avenue, donde trabajé para una revista latinoamericana de noticias creada para penetrar el mercado latinoamericano con productos manufacturados en Estados Unidos. Nuestros ingresos, desde luego, eran inferiores a los fijados para semanarios semejantes en inglés —*Time* o *Newsweek*— porque no pertenecíamos, no podíamos pertenecer al sindicato. Las apariencias, sin embargo, se cubrían: trabajábamos en el centro elegante de la ciudad y la revista parecía un

producto de la metrópoli. Los mecanismos eran sutiles, inconscientes. Todo se hizo patente cuando decidí defender una posición dentro de la revista en lugar de vegetar, cuando decidí defender la revolución cubana y luego regresar aquí.

Ahora sé que aunque parezca blanco, anglosajón y protestante soy en realidad un negro sureño. Los latinoamericanos todos somos negros. Discriminados, oprimidos, rechazados, ignorados, extranjeros dentro de esa nueva estafa con pretensiones de universalidad: el estilo de vida norteamericano, el gran sueño blanco de Estados Unidos. Para cualquier planteamiento social y cultural serio nosotros somos negros para la mayoría de los norteamericanos. Las apariencias me engañaron.

He sido, y en muchos sentidos sigo siendo, un colonizado de la literatura occidental, de la cultura norteamericana y europea. Tiendo a pensar y sentir a veces según concepciones intelectuales francesas o actitudes norteamericanas. Todavía me siento desgarrado entre una imagen del hombre como una criatura sin sentido, con sólo sus placeres y su angustia y su vida cotidiana y la intuición de que el hombre puede ser diferente, puede trascender, de que el hombre nuevo es posible. Kafka y Beckett, por ejemplo, me definieron como una criatura perdida en un mundo incomprendible. A menudo solía repetir con Beckett: « Estás vivo, eso no tiene cura. » Y era una afirmación adecuada para la situación histórica europea pero no así para nuestra América, donde el hombre es todavía sólo una posibilidad, una criatura que no puede pretender decadencia ya que nunca ha tenido madurez. Porque lo más triste del subdesarrollo no es la explotación, sino el desperdicio humano, el individuo no puede desarrollar todo su potencial, se detiene su crecimiento físico y espiritual.

Antes de la revolución el mundo me parecía cerrado, estático, una realidad que se mordía la cola, daba vueltas inútiles sobre sí mismo —y ahora lo veo desde mi punto de vista cubano como parte de un organismo en crecimiento; el hombre puede cambiar su ambiente: si es algo es una posibilidad constante.

El aislamiento, sin embargo, sería la muerte. Vivimos en el mundo pero debemos hablar con voz propia. No rechazar nada, pero colocar las cosas en su lugar. No somos de ninguna manera enemigos de la cultura europea y norteamericana, pero nuestros problemas son otros, nuestro mundo no es el mismo. En Europa y Estados Unidos, por ejemplo, son preocupaciones actualmente la libertad sexual, los bienes de consumo, el distanciamiento entre pueblo y gobierno, el «estructuralismo», dilatar la sensibilidad con ayuda de las drogas. Nosotros tenemos la guerrilla, el atraso, la toma del poder, la promiscuidad de la miseria, los prejuicios y la hipocresía en las relaciones humanas, el caos, como obsesiones. Estamos más cerca de los escritores norteamericanos negros, por su violencia, su atraso, su complejo de inferioridad, su torpeza técnica, que de los escritores del mundo del sueño occidental blanco.

Y lo que planteo es todo lo contrario del aislamiento, de retirarse y encerrarse en el regionalismo: ha llegado ya la hora de poner el mundo sobre sus pies: que Europa y Estados Unidos miren con respeto hacia el tercer mundo, hacia donde está la mayoría de la humanidad. Esta segunda mitad del siglo veinte nos pertenece, nunca me cansaré de repetirlo, y tenemos que contribuir con algo más que materias primas. Pero debemos nacionalizar la técnica más avanzada tanto en la economía como en la cultura. Y darle nuestro contenido, transformarla para que diga cosas del tercer mundo a todos.

Y la técnica más avanzada nos ayudará a descubrir y vencer nuestras limitaciones. Aunque conviene mantenerse alerta contra uno de los grandes peligros del subdesarrollo: el mimetismo. Imitar sin comprender, mecánicamente, superficialmente. Vivimos un poco al aire y la limitación se convierte a veces en nuestro rostro. Cuando se introdujo por primera vez la televisión en Cuba nos apoderamos en seguida, volando, de la técnica, pero sólo superficialmente porque nunca comprendimos que no se trataba de un fenómeno aislado, la televisión es parte de un mundo de alta tecnología y producción en masa de imágenes. Aprendimos la técnica en un santiamén pero nunca pudimos aportar nada nuevo y profundo a esa nueva industria de imágenes. Es lo mismo que señaló Che Guevara sobre los conocimientos del colonizado, conocimientos que se limitaban, en la industria cubana, a saberse de memoria los catálogos donde se podía encontrar y pedir cualquier pieza en el caso de una maquinaria descompuesta. Especialistas en catálogos de piezas de repuesto. En la cultura ocurre algo parecido hoy: se copian mecánicamente todas las técnicas pero se aporta muy poco a una investigación verdadera y profunda de nuestra realidad. Hay que darle voz a un mundo caótico.

No podemos aceptar la visión que de nuestro mundo han dado los escritores del mundo industrializado, de la metrópoli. Novelas como *Nostromo* de Joseph Conrad sólo reflejan una visión reaccionaria de América latina, lo mismo ocurre con Hemingway al hablar de Cuba o de África, tampoco la visión de Graham Greene sobre Vietnam puede ser nuestra óptica. Es reflejo del mundo de ellos y no del nuestro. No podemos aceptar la colonización cultural, mucho más sutil que la económica. Y tenemos, desde luego, el derecho a equivocarnos. Estamos trabajando con una

materia desconocida, una materia prima que será elaborada por nuestros artistas y escritores. Tenemos, como dijo Fidel, el derecho a pensar con nuestra propia cabeza, e inclusive equivocarnos con nuestra propia cabeza.

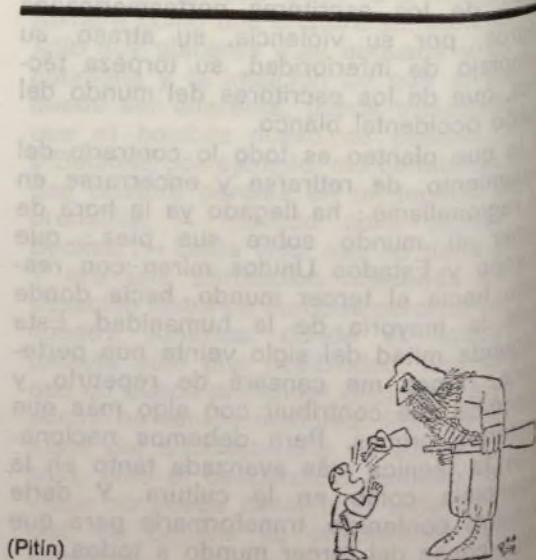
En Cuba tenemos dos ejemplos vivos de lo que puede hacerse con el rigor europeo y la realidad subdesarrollada: la pintura de Wifredo Lam y la obra literaria de Alejo Carpentier. Es nuestra obligación ahora interiorizar este mundo. Joyce, un colonizado irlandés, cumplió una misión semejante: « Forjar en la fragua de mi espíritu la conciencia increada de mi raza. »

Una función esencial de la cultura del tercer mundo es la descolonización de los valores sin perder rigor ni complejidad. Hay que descolonizar y plantear nuestra situación en el mundo. Exponer el peligro del mimetismo, escarbar en todos los aspectos de nuestra conducta social, conocer nuestros prejuicios sociales y raciales y sexuales, pensar en el individuo mientras los dirigentes políticos se preocupan por el conjunto de la sociedad, vivir para explorar y no para repetir consignas. Es nuestra obligación de revolucionarios.

Y no acepto que me digan « todo eso es cierto pero estamos atravesando una etapa práctica, material, de carne », cuando en realidad nunca hemos vivido con más espíritu, con una mayor dosis de valores éticos. La primera etapa de una revolución auténtica es profundamente alma aunque hablemos hasta por los codos de la materia. Hay que creer en el hombre, en el futuro para transformar profundamente la sociedad en cuerpo y alma. Y me niego a considerar que no es conveniente por el momento poner en duda los valores del mundo nuevo que estamos constituyendo; todo lo contrario; la incertidumbre es profundamente revolucionaria y no lo digo porque Marx haya escogido « duda de todo » como su lema favorito, sino porque

lo he descubierto en estos últimos siete años de vivir aquí: me he sentido más revolucionario en la medida en que he dudado con mayor intensidad de todo nuestro contorno, en que he sentido la necesidad de poner en duda todos los valores para estar más seguro que nunca de que la nueva realidad material y espiritual que crece a nuestro paso es la mejor, la más sólida e indiscutible que nosotros, hombres del tercer mundo con un destino inaplazable, podemos crear.

Y este análisis insistente y riguroso y revolucionario de la conciencia y las costumbres es responsabilidad de los intelectuales, de los escritores y artistas. Debemos luchar por ser la conciencia de la sociedad. Debemos plantear toda la complejidad de nuestra realidad, explorar, expresar, plantear las nuevas relaciones en términos lúcidos y profundamente vividos —de lo contrario nuestra obra en la revolución será un fracaso y la historia nos pedirá cuentas, es decir, los hombres que nazcan después y tengan que vivir en esta tierra.



(Pitín)

siete
o más
ue he
todo
do la
s los
nunca
espi-
mejor,
otros,
estino

so y
cos-
telec-
Debe-
de la
com-
lorar,
iones
vivi-
en la
a nos
que
esta



POR SUPUESTO, POR SUPUESTO, PERO
MI EXPERIENCIA ME DICE QUE LAS
IDEAS CONOCIDAS Y PRÓBADAS SON
SIEMPRE LAS MEJORES.



¿DECIDIR...? ¿Y? BUENO... PERO
¿QUE DICE EL JEFE?



SU IDEA, EN PRINCIPIO, ME PARECE
FORMIDABLE. OBSERVAR, ATENTA-
MENTE SU DESARROLLO Y LA RECO-
MENDAR A MIS SUPERIORES.

CUBA, 63

(Harry Reade)

Polémica sobre los manuales

En la segunda mitad del año 1966 tuvo lugar en Cuba un vigoroso debate polémico en torno al valor y la utilidad de los manuales como instrumentos de exposición y enseñanza del marxismo. La polémica se desarrolló en las páginas de la revista **Teoría y práctica**, órgano teórico de las EIR (Escuelas de Instrucción Revolucionaria) del Partido Comunista de Cuba.

La mayoría de los manuales de marxismo que se han venido utilizando en Cuba desde que la revolución se declaró marxista-leninista son los de la Academia de Ciencias de la URSS (por ejemplo, en el terreno de la filosofía, los de Afanasiev, Konstantinov, Makarov, Kuusinen...), que han constituido y constituyen el «catecismo» marxista del movimiento comunista internacional, por lo menos en sus zonas más conservadoras. Esos manuales son de rigor en las Escuelas de Instrucción Revolucionaria del Partido, que dirige el «viejo comunista» Lionel Soto y en las que se instruye a los políticamente «cuadros» del Partido Comunista de Cuba. Sin embargo, las nuevas y más inquietas promociones del pensamiento marxista cubano —en particular, los miembros del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana— mantienen un criterio adverso respecto del valor de los manuales existentes en general, y especialmente de los soviéticos. En ello no hacen más que seguir las huellas del mismo Castro, que en más de una ocasión, «sin pretender erigirse en pontífice ideológico», según él mismo dice, ha tronado violenta o irónicamente contra los manuales y los «manualistas» que pretenden reducir una doctrina revolucionaria viva como es el marxismo a un helado catecismo de fórmulas amojamadas.

Así, la polémica en torno a los manuales en Cuba es una manifestación más de la confrontación ya vieja de años entre la escolásticaseudomarxista heredada del stalinismo y la corriente creadora y antidogmática de pensamiento marxista suscitada en Cuba por la revolución fidelista.

La polémica la inició el mismo Lionel Soto en el número 28 de **Teoría y práctica**, con un breve escrito que introducía otro más largo de Humberto Pérez y Félix de la Uz, ambos profesores de la Escuela Superior del Partido. A estos escritos respondió con otro, en el número 30 de la misma revista, Aurelio Alonso, joven profesor —nacido en 1940— del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana y uno de los más valiosos exponentes de ese marxismo creador y antidogmático a que acabamos de referirnos. Tras una larga réplica de Humberto Pérez y Félix de la Uz, publicada en el número 31 de la revista, en la que sus autores insistían en sus argumentos anteriores en favor de la actual sistematización manualística del marxismo, la polémica concluyó en el número 32 (enero de 1967) con una breve carta de Aurelio Alonso, reafirmando íntegramente sus posiciones perso-

Ayuntamiento de Madrid

¿ Contra el manualismo ?

¿ Contra los manuales ?

o ¿ Contra la enseñanza del marxismo-leninismo ?

Una lectora de la revista **Teoría y práctica**, órgano oficial de las Escuelas del Partido, envió una carta a la redacción de la misma. La carta aludía en cierta forma a expresiones vertidas en un aula de la Universidad de La Habana y referidas al uso de manuales en la conducción de los estudios sociales. Nosotros encomendamos a Humberto Pérez, profesor de nuestra Escuela Superior, responsable de los estudios sobre el desarrollo del capitalismo en Cuba y vicerresponsable de superación teórica de las EIR, y a Félix de la Uz, profesor de filosofía de la Escuela Superior y responsable de la « Comisión de Estudios e Investigaciones Filosóficas de las EIR », responder a las inquietudes expresadas en la carta mencionada y, a la vez, aprovechar la ocasión de salirle al paso a otras gratuitas y ridículas invectivas que, de cuando en cuando, se profieren contra las Escuelas del Partido en minúsculos cenáculos pequeñoburgueses.

Teniendo en cuenta que sobre esta cuestión se ha escrito algo y se ha cuchicheado mucho, ciertamente, sin que los defensores de la educación marxista-leninista tuviesen la oportunidad real de responder a distorsiones y simples mentiras, es por lo que hemos decidido publicar las siguientes muy razonadas respuestas.

nales, que son también las de los demás jóvenes profesores del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. La divergencia, pues, se mantenía irreductible, y es que irreductibles son efectivamente entre sí los dos tipos de marxismo que una y otra posición postulan: el marxismo justificatorio y administrativo, es decir, burocrático, y el marxismo para el conocimiento y para la acción, es decir, revolucionario.

La definición misma de esta sección —«El nuevo pensamiento cubano»—, nos impide, aparte la falta de espacio, reproducir los textos de Humberto Pérez y Félix de la Uz, cuyos argumentos no añaden gran cosa en cuanto al fondo —aunque sean formalmente más cautos y matizados— a los que ya conocemos a través de tantos textos del marxismo soviético. Recogemos simplemente la nota introductoria de Lionel Soto, que nos parece marca el tono de la argumentación promanuales. Damos en cambio cabida integralmente a los dos textos de Aurelio Alonso, joven pensador de la nueva Cuba revolucionaria.

F. Fernández-Santos

Por nuestra parte, suscribimos hasta los puntos y las comas de las mismas.

El espíritu pequeñoburgués es como una pompa de jabón, que al menor viento explota y se seca. Nosotros tratamos de abordar la solución definitiva de la cuestión del uso de manuales de un modo marxista, realista, proletario.

La cultura general teórica y política de un pueblo no se realiza en un «hágase la luz»; ni, mucho menos, con pedanterías intelectualistas que esconden la total desligazón de las realidades existentes y que, en nombre de un supuesto «sentido creador» y «práctico», pretenden inútilmente liquidar las formas probadas históricamente como las más eficaces de la instrucción teórica y política marxista-leninista en nuestra Patria Socialista: las Escuelas de Instrucción Revolucionaria del Partido Comunista de Cuba, las escuelas fundadas por iniciativa de Fidel el 2 de diciembre de 1960, en el IV aniversario del desembarco del Granma*.

Lionel Soto

* Ni que decir tiene que los adversarios de los manuales actualmente utilizados no pretenden «liquidar» dichas escuelas sino por el contrario hacerlas más eficaces mediante la transformación de sus instrumentos de trabajo: los manuales. F.F.-S.

Aurelio Alonso

¿Manual o no manual?

Diálogo necesario



Parece que sobre cómo enseñar el marxismo (y cómo aprender el marxismo) hemos llegado en pocos años de experiencia a puntos de vista radicalmente distintos. Y si esta divergencia se conforma en torno al manual es porque este tipo de literatura ha dado al cuerpo teórico del marxismo un perfil determinado. Por esta razón y por ninguna otra.

El manual ha sido, a su vez, consecuencia y expresión de un hábito de pensamiento. Marxista, porque se forma en el seno de una inteligencia que sigue el sistema (no elaborado en obras filosóficas) de las ideas de Marx y de Engels. Marxista-leninista, si se quiere, porque sanciona las innovaciones, las construcciones teóricas adicionales por Lenin al marxismo. No marxista, por otra parte, porque las reproduce religiosamente, las usa para convencer, confirmar —lo cual sería en primer término transformar las ideas mismas, aunque se predique cada dos líneas que el marxismo es una filosofía en revolución, que es la filosofía de la praxis, que no admite dogmas, etc.

No voy a referirme al manual-en-sí (a un manual abstracto, un manual tipo), sino a lo que el manual ha llegado a ser dentro de términos históricos muy definibles, en una circunstancia social muy precisa, y en una disciplina dada: la filosofía marxista. Porque sólo se puede hablar con rigor de aquella materia que se conoce, al menos en cierta medida. Porque nuestro conflicto con el manual se nos presenta en la enseñanza de la filosofía marxista (en un primer momento) y en la comprensión (en un momento posterior) de que se trata de la construcción de un sistema filosófico que pretende ser la síntesis orgánica del pensamiento de Marx, Engels y Lenin, del marxismo. Porque entiendo que esta construcción se produce acorde a una política estricta de regi-

mentación cultural (dentro de una circunstancia social dada) que afectó notablemente al saber científico.

Y si se olvida esto, si se olvida que no hay pensamiento divino, ajeno al devenir social, que un pensamiento es lo que históricamente hacen de él los hombres, ¿cómo explicarse que «la única filosofía consecuentemente científica» no sólo no haya podido impedir por largo tiempo el desprecio a la cibernética, la genética, el método terapéutico del psicoanálisis, y otros logros de la ciencia «occidental», sino que sirvió además de instrumento de sometimiento a la autoridad oficial? Sin entrar aún en honduras, ¿puede ser ésta la filosofía de Marx?, ¿puede ser este modo de pensamiento —que aparece y se forma acomodado en las cumbres del poder, alejando erróneamente de su punto de mira el verdadero objetivo de lucha— el pensamiento vital de la Revolución de Octubre: la teoría de la revolución proletaria? Claro que no. El uno es un pensamiento que crea, que critica, que transforma, que acepta solamente como hipótesis las tesis que no encuentra comprobadas, y que entre la autoridad del pensador y los hechos se queda con los hechos. El otro es un pensamiento que cita, que acepta, que justifica, que trata de interpretar todo presente a través del pasado, que no ve que los «clásicos» son clásicos y que se acomoda en esta ceguera. El uno es el pensamiento marxista. El otro es un pensamiento ligero y sin vigor que es capaz todo lo más de preservar al marxismo como un cuerpo teórico muerto, jugar a que lo aplica a la realidad extrapolarlo las tesis originales y tratando de justificarlas, jugar a que lo transforma inventando nuevas leyes «universales», o que en el más dramático de los casos se presta a imponer normas férreas a los actos humanos.

Ayuntamiento de Madrid

Porque por la naturaleza del contenido del saber filosófico, por no haberse sistematizado por sus fundadores, y por la falta de rigor y sentido crítico que ha caracterizado a los exponentes del marxismo contemporáneo (salvo contadas excepciones), la compilación ideológica representada por el manual (dije que me refería a la filosofía, así que piénsese en Kuusinen, Yajot, Afanasiev, Konstantinov, Makarov), la divulgación de la filosofía, la enseñanza de la filosofía (la filosofía científica, la filosofía marxista) sufre en la «manualización» efectos cualitativamente distintos a los que sufren las ciencias positivas, para las cuales si pudiera ser válido afirmar que los manuales «reflejan su nivel de desarrollo en el momento en que se escriben».

Este modo de pensar no se circunscribe a los manuales, lo encontraremos en una vasta gama de literatura política; sólo que los manuales (de filosofía) se han convertido en su manifestación más precisa.

Quede bien entendido, en primer lugar, el orden de nuestra crítica. No dirigimos la vista, básicamente, a las tesis que sobre determinados tópicos puedan aparecer en tal o cual manual (o en todos, lo que es más común), a su carácter verdadero o no verdadero, a las limitaciones implícitas en el hecho de ser producidos en un medio intelectual dado, a la posible caducidad de alguna que otra de sus interpretaciones. Interesa, a mi juicio, mucho más la lógica del pensamiento creador de manuales dentro de la filosofía marxista, cómo toma cuerpo (en su historia concreta), cómo la estructura teórica que atribuyen al marxismo conforma un modo de pensar radicalmente distinto del que puede permitir un análisis histórico semejante al que Marx hizo de su época (o Lenin de la suya). Claro que esto no es más que una hipótesis, que aun para fundamentar con rigor no bastan las escasas cuartillas ni los breves intervalos temporales que impone la polémica. Pero el análisis histórico-crítico del marxismo es un problema a la orden del día, muchos lo han iniciado y necesario más que justo, es que aspiremos también nosotros a participar en él.

En segundo lugar, el campo de nuestra polémica se limita a este problema: ¿es necesario el manual como medio de formación marxista?, ¿es siquiera útil?, y, si se quiere, ¿colabora la información obtenida en el estudio del manual a una formación verdaderamente marxista?, y aun ¿es la filosofía de los manuales la filosofía del marxismo?

Muchos de los que así pensamos nos iniciamos en el estudio del marxismo a través de manuales. Y esto nos sitúa quizás en las mejores condiciones para una actitud crítica, para comprender hasta qué punto pueden ser deformadores los esquemas. Porque nos liberamos de su dominio no sin dificultad y conocimos la angustia del camino que va del punto de percepción al de comprensión, y de éste al de ruptura de

las estructuras mentales creadas. Y si creen que nos descubren algún pecado del que nos abochornaremos cuando nos recuerdan el origen de nuestra formación (solamente acepto se use este término en cuanto a información teórica; en todo otro sentido los revolucionarios no se forman en los libros), podemos recordarles unas palabras de José Agustín Caballero referidas a su formación escolástica:

«Yo fui, en mis primeros años, de esta secta (la escolástica) y la amaba tiernamente; es más, la recomendé y la enseñé a mis discípulos. ¡Qué vanidad no tenía el poder del entendimiento! ¡Cómo removía todo el universo y lo sujetaba al discurso! ¡Experiencia! Lo mismo era oír la nombrar, que cerrar y apretar los ojos hasta arrugarlos. Pero los abrí al fin, y vi con tiempo. Me avergoncé mucho de no haberlo visto antes.

Deserté de las banderas del engaño y pasé a las de la verdad; y mis discípulos pusieron a la puerta de mi estudio el siguiente epitafio, que quisiera yo poder fijar a la puerta de cada uno de los ergotistas de la ciudad:

Yace aquí un entendimiento
que ayer todo lo entendió
y hoy que vio lo que no vio,
vio que cuanto vio era viento».

No es todo, sin embargo. El reproche a la teología «marxista» puede ser confundido con un reproche al marxismo, porque el manual es, para los que así piensan, el marxismo. Esto sería erróneo e injusto, como es erróneo e injusto identificar una opinión discrepante con una crítica a la existencia de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria y a su significado en la educación marxista de nuestro pueblo.

El marxismo y el manual

Intentaré abordar el problema desde dos ángulos: en primer término, el manual como sistema, su problemática, su estructura, dónde y cómo se origina; en segundo lugar, cómo opera este hábito de pensamiento fácil que es el eje del objeto de esta crítica, y que es a su vez responsable de aquella estructura. Marx no nos dejó una filosofía sistematizada. Esa es una verdad de Pero-Grullo, pero de ella debemos partir para, y saltando el siglo que corre de la cima de la madurez intelectual de Marx hasta nuestros días, preguntarnos ¿de dónde sale entonces la estructura sistemática de la filosofía marxista que nos da Konstantinov (por citar alguno)?

Alguien pudiera atribuirle hurgando en los clásicos, esta responsabilidad a Anti-Dühring, y hasta concluir «oponerse al manual es oponerse a Anti-Dühring». Anti-Dühring parece haber sido, en verdad, el modelo primitivo del calco, el fundamento estructural del manual de marxismo, de su ilación lógica, y específicamente, lo que más nos atañe, del sistema filosófico que se ofrece al estudiante como el «Materialismo Dialéctico».

Pero el mal no está realmente en *Anti-Dühring*, que su autor escribió por la necesidad de salir al paso a la influencia nociva del pedante aunque talentoso (al decir de Mehring) Eugene Dühring en la socialdemocracia alemana. Como toda obra polémica su consideración al paso de los años requiere que toda valoración sistemática se efectúe dentro de los márgenes de una rigurosa valoración histórica. Es decir, que el valor de sus tesis y aún más, del significado de su estructura, de su problemática, no puede medirse fuera de las condiciones y la intención con que fue escrita. Y juzgo, con toda modestia, que en la historia del marxismo (sobre todo del marxismo oficial ulterior a Lenin) esto no se ha tenido en cuenta.

Debo insistir (por prevención, aunque me aleje unos párrafos) en que no pretendo restarle un ápice de importancia a *Anti-Dühring*, al que con justicia Mehring se refiere como «... el trabajo que constituye, con *El Capital*, el documento más importante y más fecundo del socialismo científico». Y su notable importancia histórica, que diría le consagra como el gran manual de su época si los manuales no hubieran hecho del marxismo lo que han hecho, en la divulgación de la teoría marxista la destaca Gustav Mayer, en su notable biografía de Engels. «La inteligente divulgación de Engels allanó, trabajosa y lentamente, el camino para su penetración (de *El Capital*) en círculos proletarios cada vez más amplios, tanto en el continente europeo como en el resto del mundo». «El *Anti-Dühring* fue el primer libro que reveló el punto de vista y el contenido del marxismo a los líderes de la socialdemocracia alemana. Y más aún, conquistó miles y miles de trabajadores —en realidad, generaciones enteras— al marxismo. En él, por primera vez la posición verdadera de Marx y Engels fue revelada a las mentes más claras de la generación más joven de socialdemócratas —Bebel, Bernstein, Kautsky, Plejanov, Axelrod, Victor Adler, Labriola, Turati...»

Creo que estos párrafos son expresión patente de la significación de la obra. Ahora bien, ¿justifica esto que la problemática filosófica presentada por Engels en su libro sea considerada como un intento de sistematización de la filosofía marxista? Los que así lo han considerado menosprecian un dato que anotamos en las palabras de E. A. Stepanova: «Como el sistema de Dühring abarcaba un extenso dominio de los conocimientos humanos, Engels, al criticar dicho sistema y al seguir los argumentos de Dühring, tuvo que tratar de los más diversos problemas: desde la concepción del tiempo y del espacio hasta el bimetalismo; desde la eternidad de la materia y del movimiento hasta la naturaleza pasajera de las ideas morales; desde la selección natural darwinista hasta la educación de la juventud en la futura sociedad».

La problemática de *Anti-Dühring* tuvo que acondicionarse, en una palabra, a la problemática criticada.

Y si la obra de Engels se convirtió «en una especie de enciclopedia marxista», hay que subrayar, con énfasis, que no fue por intención de su autor, y a otros y no a él habría que reprocharles.

Si este es el origen de la estructura, el esqueleto del sistema que nos da el manual ¿qué derecho hay a ostentarlo como el sistema filosófico del marxismo? Pero largos años nos separan de la obra de Engels. Y lo más notable, lo que más afecta al marxismo, a la teoría marxista en ese período es su propia realización práctica. La revolución realizada divide la historia del marxismo en dos capítulos. El marxismo que mira hacia el futuro y el que mira hacia el pasado; o pretende resolver el futuro con las soluciones del pasado. Las causas de la desnaturalización del marxismo no habría que buscarlas en la revolución misma sino en hechos muy concretos: hechos que nosotros tenemos la obligación de aprender, porque también vivimos la realización de la revolución. Y tenemos la obligación de mantener vivo el espíritu verdadero del marxismo.

En estos años las clasificaciones de los «doxógrafos» han reordenado el «sistema de verdades», han configurado un sistema total con las problemáticas trabajadas por los marxistas más «seguros».

Hasta aquí me he referido a la estructura del manual y sus pretensiones sistematizadoras. Cabe ahora preguntarse por el contenido. «Criticar el contenido del manual»; es éste un propósito que tiene que definirse antes de realizarse.

No entiendo que la crítica sería a los manuales pueda limitarse a señalar como sus «determinadas limitaciones y deficiencias que puedan ser mayores o menores»: 1) que, escritos en otros ámbitos, sus ejemplos reflejan otras realidades, 2) las opiniones personales de los autores no pueden evitarse, y 3) que además de los «granos de verdad absoluta... contienen lo relativo, lo pasajero, lo que el curso posterior del conocimiento modificará». Estas críticas podrían ser impugnadas una a una. En primer lugar toda obra es escrita en un país determinado y es su asunto y el radio de su objeto lo que determina la extensión de su validez; además, recuérdese que en política, economía, historia o filosofía Lenin se refirió preferentemente a la situación nacional y ello no afecta el interés universal de su obra. La segunda crítica carece de sentido porque lo que más escasea en el pensamiento productor de manuales es la iniciativa, la capacidad de pensar con criterio propio. En tercer lugar, estamos de acuerdo en que hallaremos en los manuales tanto tesis probadas como verdaderas, como hipótesis que aguardan por su comprobación; pero ¿es ésta una deficiencia?, ¿no lo hay en todo trabajo científico serio? También hay en los manuales hipótesis caducas, largamente probada su no veracidad y que se sostienen con rigurosidad eclesiástica, especulaciones elevadas a nivel de «principios». La crítica que se sostiene en tales

fundamentos, aunque proclame el título de «negación dialéctica» no pasa de ser una crítica superficial, más bien próxima al compromiso con una situación; una crítica que niega, no lo que hay de negable sino lo que puede negar sin incurrir en una discrepancia seria con su pensamiento anterior, con su modelo ideal. No es una «negación dialéctica», es una negación temerosa, una negación de incompreensión.

¿Qué criticamos nosotros, al cabo, de los manuales?, ¿cuál es nuestra «negación absoluta» que concluye el carácter no marxista de los manuales?

La lógica creadora de manuales, un hábito de pensamiento, dijimos. Vamos, pues, a describir en forma muy condensada ese hábito, sin la atrevida pretensión de explicar con ello esta lógica con la profundidad de una investigación rigurosa. Convergamos en que, para expresarnos con claridad podemos esquematizar fases que en la producción teórica no se hallen necesariamente separadas. Pero expositivamente nos permitirán distinguir en un pensamiento que opera con dogmas y exégesis.

La construcción del manual comprende tres momentos teóricos (en el sentido más amplio del término):

1. La recopilación y ordenación de las citas atendiendo al esquema establecido (a cuyo origen ya hice alusión). Las citas de los clásicos son aceptadas con fidelidad sólo vista antes en la escolástica del medioevo, con menosprecio, la mayoría de las veces, de la circunstancia histórica en que el autor citado opinó. No existe criterio de distinción entre el valor histórico y el valor trascendente de un pensamiento y de una cita. No se mide racionalmente ningún juicio. Lo dicho por el clásico es aceptado y cualquier divergencia es considerada cuestión de principio. Se utiliza la cita con frecuencia como elemento probatorio. Puntos de vista de caducidad largamente probada se sostienen con insistencia. Estas son las constantes gnoseológicas, veamos ahora las variables.

2. La interpretación de la cita, la explicación del principio. He aquí la primera variable. Aquí es donde pudiera intervenir el criterio del autor, e interviene. Pero sólo para decir lo mismo con palabras distintas en la mayoría de los casos. Pero ¡cuidado!, no digo que no haya discrepancias, sobre todo en aquellos problemas que los clásicos no resolvieron; ¿existe o no una ontología marxista?, bueno, de hecho los manuales la han creado; ¿es el materialismo dialéctico algo distinto de la dialéctica materialista, y si lo es, la incluye?, etc. Este ángulo, el de la interpretación, es lo más interesante, porque es índice del nivel de impotencia creadora a que puede llegar un pensamiento regimentado.

3. La otra variable, es la ejemplificación. Algunos piensan que este es el mal, y que se curará cuando se confeccione un manual que ilustre las tres leyes fundamentales de la dialéctica y los juegos categoriales con los problemas del patio. Pero la ejempli-

ficación no es más que un momento del método. Es algo así como un intento de ser fiel al marxismo comprobando «en la práctica» las «verdades» enunciadas. Es interesante la uniformidad frecuente de los ejemplos, y la iniciativa del autor se demuestra en cómo puede ajustar realidades no enunciadas aún a los principios generales, cómo puede encontrar ejemplos precisos y nuevos.

Citar, interpretar y justificar con ejemplos. Este es el método del manual. Rompe con el criterio histórico para retornar al criterio absoluto que Marx había desechado. Sólo que lo que ahora se absolutiza son las tesis de los que liquidaron precisamente con ese criterio. El manual contribuye a que surja una metafísica, de la cual responsabiliza a Marx, Engels y Lenin.

Citar de Lenin toda referencia al manual, localizable en el radio del índice temático de las obras completas para apoyar una defensa sin restricciones. No tener en cuenta que en aquellos momentos en que Lenin saludaba y sugería la conveniencia de los manuales el marxismo manualizado no existía. Olvidar a la vez que ese mismo Lenin en 1920 decía a la juventud que «el conocimiento libresco del comunismo, adquirido en folletos y obras comunistas, no tiene absolutamente ningún valor, porque no haría más que continuar el antiguo divorcio entre la teoría y la práctica, que era el más repugnante rasgo de la vieja sociedad burguesa», y unas líneas más adelante «que el comunismo sea para ustedes, no algo aprendido de memoria, sino algo pensado por ustedes mismos». ¿Se ve cómo es éste un ejemplo del «método dialéctico» que criticamos?

Algo hay en común entre este «marxismo» que predica que el desarrollo de las fuerzas productivas hace cambiar las relaciones de producción porque las fuerzas productivas son contenido y las relaciones de producción formas, y las disputas de los médicos del medioevo sobre si la tisana de cebada convenía a los calenturientos porque la tisana es una sustancia y la calentura un accidente.

Para darse cuenta de esto sólo hacen falta dos cosas: una, leer un manual; otra, reflexionar si a los mismos juicios de Marx, Engels y Lenin que allí se citan se habría podido llegar con un método de edificación teórica semejante. Claro que esto no sólo lo veremos en los manuales. Lo que sí es privativo de ellos es la estructura. Y ésta unida al método utilizado es la conclusión del sistema «marxista» inalterable e incommovible.

Pero el proceso de adopción de sistema, que supone su inicio en Engels, es este mismo que criticamos en el contenido del manual. Recoger aquella estructura, la más total, sin tener en cuenta la razón por qué lo es, y sólo modificarla por adición y organización por problemas planteados por otros textos clásicos. Repetiría ahora la pregunta ¿es ésta la filosofía del marxismo?

El manualismo y la enseñanza

El manualismo es un mal que está « en la forma en que los profesores explican el « marxismo », tienen razón Félix de la Uz y Humberto Pérez, « no es inherente a los manuales », no tienen razón Félix y Humberto. Está en los profesores y está en los manuales. Si enseñamos en esta orientación es porque aprendimos en esta orientación, y porque en nuestra superación ulterior no nos hemos liberado de los esquemas de este aprendizaje, sino que nos hemos limitado a sumar información. Los hombres que aprenden en esta lógica y piensan en esta lógica y no se liberan de ella porque la duda no es una exigencia de su pensamiento, no pueden considerarse científicos por muy informados que estén de los pensadores más significativos. Si el mal estuviera solamente en los manuales no sería tal mal. Es tal mal porque los manuales han dado forma al pensamiento de los que enseñan y en estas condiciones no importa que se recurra a los discursos de los dirigentes, a monografías al día, que los manuales se usen sólo de manera opcional, o que no se usen, y aun que se proscriban. Si los que aprenden reciben un marxismo convertido en juguete teórico que sólo sirve para buscar la negación de la negación en la vida cotidiana. Un catálogo de esquemas para des-cifrar periódicos y hechos.

Hay que reconocer, sin embargo, a los manuales un rol en la divulgación del pensamiento marxista en nuestro pueblo. Han cubierto una etapa en la enseñanza del marxismo. ¿Necesaria? Es discutible. ¿Histórica? Sí. Y como tal se hace inútil discutir si necesaria o no. Insisto en que histórica, y sólo como tal reconocible: como etapa de educación —iniciación— de educadores y educandos, en que se partía de un desconocimiento casi total o de un conocimiento mal orientado, etapa de configuración de los primeros modelos, de los primeros esquemas ideales. Pero nuestra ruptura crítica con esa concepción, con estos modelos, debe traducirse en el plano de la enseñanza. Es importante que se destaque la diferencia de nuestros ángulos de comprensión del problema: la etapa del uso del manual es, a nuestro entender, un momento pasado (o presto a convertirse en pasado como todo lo histórico) de la educación marxista en nuestra cultura nacional. No como una necesidad de todo comienzo ulterior. Si fue nuestro camino no tiene por qué ser el de los que ahora comienzan. Podemos permitirles que hereden en formación lo que nosotros hayamos alcanzado. Hay que barrer con el mito de que los manuales son un buen comienzo. Que tacha de « pedanterías inte-

lectuales » a todo intento de saldar cuentas con una enseñanza fría y poco útil de la filosofía marxista. El mito de los que asignan el manual al nivel elemental y los clásicos a los altos niveles.

Esto es una falacia, porque una vez conformado un pensamiento en la enseñanza manualista, en los moldes del manual, la ruptura es más costosa, y sin una orientación hacia la ruptura, la información tiende a llenar con datos las estructuras adquiridas de principio. Puede llegarse así a una extensa cultura marxista canonizada.

La afirmación de que la lectura de los clásicos es demasiado compleja para iniciarse en el estudio del marxismo y la de los manuales adecuada a ese nivel elemental resulta en sí misma falsa, por ambigua. Porque hay clásicos y clásicos. Al igual que hay manuales y manuales. Y yo pienso que un buen número de documentos encabezados por el **Manifiesto Comunista**, constituyen una fuente más segura y sería de iniciación que cualquier manual, y más inteligible también.

Estudiar las condiciones en que vivió Marx, en que vivió Engels, en que produjeron sus obras, el sentido de cada una de sus producciones, el papel de ambos en la organización de la lucha por materializar sus ideales, los caminos del pensamiento marxista después de su muerte, sus continuadores, las desviaciones (todo esto valorado en el ambiente histórico correspondiente), hasta las orientaciones contemporáneas del pensamiento marxista. Los esfuerzos en diversos momentos y lugares por realizar el ideal marxista, encauzados o no por organizaciones titularmente marxistas. Las obras mismas de los grandes pensadores marxistas podrían analizarse en una progresión de niveles. No se trata de comenzar por **El Capital** o por **Materialismo y Empiriocriticismo**. Pero no es mi intención aquí dar lecciones ni proponer planes, sino simplemente decir que es falso que no haya otra salida que comenzar por los manuales. Que hay otros caminos. Y que este mito lo sostienen solamente los que no quieren o no han podido romper esquemas y dedicarse a la búsqueda.

Para terminar, quiero decir que no me interesa hacer de esta réplica una polémica. Nuestros objetivos coinciden y si en estos años distintas experiencias han llevado a criterios opuestos, nada sería más saludable ahora que cruzar esas experiencias y esos criterios en un ámbito familiar, en lugar de entablar una contienda en busca de victorias. Aun si este artículo es respondido, declaro, sin ningún resentimiento, que estoy en disposición de permutar la polémica por el trabajo en colaboración, el estudio y la conversación.

Contrarréplica

Compañeros: En números inmediatos anteriores de esa publicación (28, 30 y 31) hemos cruzado criterios sobre la naturaleza de los manuales de filosofía marxista y sus posibilidades en la educación revolucionaria de nuestra población en sus diversos niveles. Hoy vemos con satisfacción que la discusión comienza a traducirse en colaboración y todo parece apuntar a la saludable trayectoria futura de este nexo.

En estas condiciones cumplimos con fidelidad nuestra proposición de dar por terminada la polémica sin tomar en cuenta que haya comenzado y concluido con los artículos de los compañeros Félix de la Uz y Umberto Pérez (números 28 y 31), consecuentes en la expresión de sus opiniones.

No obstante, consideramos que al comunicar nuestros puntos de vista a un buen número de lectores contraemos con ellos un compromiso, pues hacemos trascender la discusión de un plano estrictamente personal o de grupos reducidos a una masa notable de personas interesadas en estos problemas.

En virtud de ello me siento obligado a hacer las siguientes aclaraciones:

1. Que, independientemente de las condiciones en que termina el debate, nuestros criterios son, sin modificación alguna, los que desde el principio expresamos.

2. Que estimamos que el artículo que finaliza la discusión no recoge cabalmente nuestros argumentos ya que si se relee nuestro artículo con detenimiento (Nº 30), se notará, en primer lugar, que en ningún momento se niega la posibilidad de sistematización del marxismo, del que muy desde el principio hablamos como el «sistema (no elaborado en obras filosóficas)

de las ideas de Marx y de Engels»; se confunde la crítica de la sistematización históricamente realizada con la crítica de la posibilidad de sistematización. El segundo error consiste en identificar nuestra referencia a la necesidad de hacer de la duda un elemento del pensamiento con una «exigencia de dudar de todo». Error que les lleva a afirmar que nuestra posición «propugna la duda continua y constante hasta el absurdo» y llegar al extremo de atribuirnos la duda de la posibilidad de la revolución y proclamar incluso su disposición a ser tachados de dogmáticos en su defensa. Error que los lleva a suponer que nuestra duda nos conducirá a «situaciones tan absurdas como la de dudar... ¡de nuestra propia existencia! Y aun a preguntarse si esta duda no nos lleva a dudar de la propia duda («si consecuentemente se aplicara el método propuesto, debía dudarse de la afirmación hecha de que los manuales que poseemos no tienen un carácter marxista»).

3. Que no estamos en disposición de admitir, y esto no es siquiera un punto discutible, la prevención hecha por los compañeros Félix de la Uz y Humberto Pérez en su último artículo contra la duda «que es producto de la falta de convicción ideológica, de no estar firmemente convencidos de la teoría que decimos profesar...», cuando esta prevención se hace en un artículo que figura como respuesta a un artículo nuestro, aunque la referencia no aluda directamente a nuestros puntos de vista.

Nos hemos esforzado en estas líneas por lograr algo que sabemos difícil: satisfacer nuestra obligación con los lectores sin afectar la disposición a dar por finalizado el debate. Por ello esta carta no constituye una respuesta y esperamos que el lector comprenda su espíritu y justifique la carencia de argumentos refutatorios de que adolece. Con saludos revolucionarios.

Aurelio Alonso





Ricardo Jorge Machado

Generaciones y revolución

Lo cierto es que nadie podrá acusarnos de que aquí se intenta colocar en primer plano una preocupación estrictamente personal. Recientemente en un número de la **Gaceta de Cuba** (mayo de 66), apareció una entrevista hecha a once escritores, seleccionados y clasificados atendiendo a su extracción generacional. Las preguntas contestadas versaban también sobre el problema generacional. En nuestra opinión, dicha entrevista es uno de los testimonios más sugerentes entre los publicados últimamente en nuestro país.

El autor se considera en deuda con varios de los entrevistados, aún cuando, en el momento de la publicación de sus respuestas, las presentes consideraciones estaban ya elaboradas en lo esencial. Estamos agradecidos en primer lugar porque algunas de sus observaciones nos reafirmaron en opiniones de las que estábamos convencidos sólo a medias. Otras, al reflejar aspectos no previstos del todo por nuestra parte, nos obligaron a precisar más ciertas ideas y a meditar más seriamente sobre sus posibles interpretaciones.

En realidad, el tema sobre el que se desarrolla este trabajo constituye una vieja preocupación del que lo escribe. Una preocupación que fue agudamente revivida por el discurso de Fidel, el 13 de marzo

último. Las implicaciones éticas y políticas de este discurso fueron en verdad el estímulo que nos impulsó a ordenar y profundizar nuestras ideas sobre la problemática generacional.

Creo que antes de comenzar a desarrollar en firme este asunto es necesario señalar ciertas peculiaridades a las que viene aparejado. Hay que decir ante todo que nos encontramos ante algo que durante mucho tiempo fue visto por ciertos pensadores escleróticos, como cosa sospechosa y por tanto casi declarada tabú. Quedó entonces durante mucho tiempo en las manos —o en las cabezas, si se quiere— de los pensadores burgueses, quienes se aprovecharon de lo lindo de esta generosa donación. Como se sabe esta costumbre « marxista » de hacer generosas donaciones a los científicos burgueses puede ser ilustrada con regalos de mayor envergadura : el de la cibernética y el de la sociología. Ambas ciencias fueron declaradas « burguesas » o lo que es lo mismo, inútiles, y colocadas graciosamente en el regazo de los pensadores idealistas, los que ni cortos ni perezosos comenzaron a desarrollarlas a su manera y en la búsqueda de sus propios fines. Al mismo tiempo, del otro lado de la barrera, nuestros pensadores-avestruces palmoteaban tontamente felicitándose por estas « hazañas ».

Ricardo Jorge Machado nació en 1940. Actualmente es profesor de filosofía de la Universidad de La Habana.

Ayuntamiento de Madrid

Afortunadamente la terca y tozuda presencia de los hechos los ha obligado a volver grupas. No quedó más que lamentar, después de estas infelices ocurrencias, que durante algún tiempo, la Sociología por ejemplo no será más que —en importantes universidades socialistas— una simple asignatura en los últimos años de la carrera de Filosofía, mientras que en varias universidades de países capitalistas existe toda una licenciatura dedicada a esta disciplina y que es necesario cursar en varios años. Ya es hora de que aprendamos la lección y perdamos la equivocada costumbre de regalar ciencias u objetos de estudio a nuestros adversarios. No tenemos entonces por qué mostrar una injustificada inhibición intelectual ante problemas como el de las generaciones, aunque en cierta época fuera explicable —por imposiciones de la lucha ideológica— como forma de contrarrestar la influencia de quienes planteaban maliciosamente la tesis de la lucha de generaciones como sustitutiva de la de clases.

Es fácilmente comprensible que los hombres progresistas del mundo de habla hispana —para ceñirnos más a nuestra realidad— desconfiaran de un tema que venía envuelto en las obras de Laín Entralgo, Julián Marías y especialmente en las de Ortega y Gasset, ese galante y seductor mago Merlín de la literatura filosófica¹.

Una última consideración sobre el tema, referida a la forma de abordarlo. Podríamos hacerlo optando por uno de estos dos métodos :

a) Reunir una cantidad apreciable de literatura sociológica lo más seria posible sobre el asunto, estableciendo relaciones entre los diferentes puntos de vista y haciendo acrobacias críticas ante cada uno de ellos, sin perjuicio de que podemos ilustrar esa exposición mediante ejemplos extraídos de nuestra propia realidad. Se hace un ajiaco teórico con todos ellos y

se sirve de una manera más o menos aceptable. Y al igual que hay quienes sacan un libro de otros libros, nosotros obtengamos un artículo de unos capítulos.

b) El otro método comienza también por la asimilación de toda una obra previa. Lo que puede lograrse fácilmente consultando, por ejemplo, el artículo dedicado a las generaciones en el diccionario filosófico de Ferrater Mora y estudiando la bibliografía allí señalada o también acendiéndonos a alguna recopilación coherente sobre el asunto². Una vez que hayamos incorporado críticamente este material proyectemos nuestra capacidad de análisis sobre la historia reciente o pasada de nuestro país o de otros países, y extraigamos así a nuestras propias conclusiones interpendizándonos en lo posible del material consultado. Este último método es el que intentamos poner en práctica con este trabajo.

¿Qué es una generación?

La sociología burguesa ha encontrado casi todos los elementos que componen la categoría social de generación. Aunque los nexos que se establecen entre ellos son a menudo falsos, al igual que sus conclusiones. Por lo pronto podríamos agradecerle una definición (haciendo una síntesis del material revisado) que recibimos más o menos así : las generaciones están constituidas por un número de hombres que nacen y mueren en fechas aproximadas, los cuales se han formado una sensibilidad común, creada gracias al conjunto de experiencias semejantes que han vivido. Es también un resultado de la integración de factores biológicos (el hombre como ser vivo) y sociales (los hechos históricos). Se reconocen una etapa ascendente y otra descendente en las generaciones. Algunos

pretenden fijar con edades demasiado exactas los límites de cada una de estas fases.

Otros rasgos de orden secundario pudieran ser señalados; sin embargo aquí nos interesa subrayar, por considerarlos los más importantes y además porque en general son subestimados o no señalados, los siguientes:

1) Ante todo es preciso reconocer a las generaciones como entidades contradictorias. Este carácter contradictorio viene impuesto en primer lugar por la estructura clasista de las sociedades establecidas sobre la propiedad privada. Por otra parte la naturaleza contradictoria de las generaciones es reforzada por la existencia en el seno de cada una de ellas de grupos y sectores que se desarrollan con una dinámica propia aunque dependiente tanto de esa estructura clasista como de la fisiónomía espiritual de cada generación.

2) De la característica anterior se desprende la necesidad de ensamblar orgánicamente la categoría generación con la de clase social de una parte y de otra con la de grupo social. La generación como categoría histórica sólo puede ser estudiada con relación a las clases y a los grupos. Es por ello un concepto resultante, cuyo contenido viene dado por la actividad de las clases y los grupos en una sociedad dada. Pero tanto unas como otros no influyen por igual sobre la conducta de una generación. En las sociedades divididas en clases antagónicas el papel decisivo le corresponde a las clases, evidentemente. En el socialismo —debido a la desaparición progresiva de las clases— el factor primordial va a estar constituido gradualmente por los grupos. La sociología burguesa se ha ocupado con bastante objetividad de la estructura y funcionamiento de los grupos sociales³.

3) Ya hemos señalado los factores biológicos y sociales como elementos constituti-

tivos de las generaciones. Algunos se inclinan a asignar al factor biológico un papel decisivo. Aunque no es posible de hecho establecer una separación entre ambos, es preciso señalar el error de quienes establecen lo biológico como lo fundamental, así como el de los que se limitan a concebir un equilibrio mecánico entre estos dos factores. En realidad, al factor biológico (el hombre y las diferentes etapas de su vida) sólo le corresponde jugar un papel pasivo, de simple receptáculo del contenido dado por la época que le corresponde vivir a cada generación. El agente activo y fundamental es por tanto la historia. (Véase la formación de la conciencia generacional.)

Ténganse pues en cuenta de ahora en adelante, estas tres observaciones para apreciar el sentido en que usamos el término generación.

Sobre la conciencia generacional

Esa comunidad de experiencias vividas por un grupo de hombres (impresionados por los mismos acontecimientos históricos, lectura de los mismos libros, etc.) configura la estructura mental de los mismos. Crea estados de ánimo y tendencias de conducta semejantes. Crea en fin, lo que pudiéramos llamar una conciencia generacional. El proceso de formación de esta conciencia generacional se realiza a veces simultáneamente con el de la formación de la conciencia de clase y también puede coincidir con la aparición de los diversos grupos dentro de una misma generación. En este orden de importancia: 1) conciencia de clase, 2) conciencia de grupo, 3) conciencia generacional. Puesto que existen intereses de clases y dentro de ellas de grupos. Los intereses de éstos nunca han de sobreponerse a los de aquéllas. Un grupo cuyo interés tropiece con

el nervio de la clase a la que está ligado se liquida a sí mismo. La conciencia de los grupos son las formas de expresión de la conciencia de clase, por eso no ha de haber necesariamente entre ellos antagonismos irreconciliables. La conciencia generacional será entonces, repito, una especie de resultante de las dos anteriores. Ella es, si se quiere, como una línea que se refracta en ángulos diferentes a través de las distintas clases y grupos. Esta línea está formada por un conjunto de vivencias producidas por causas idénticas, pero que sufren diversas interpretaciones. La vivencia es generacional, su interpretación clasista y su matiz grupal. Muy esclarecedor al respecto resulta este párrafo de Lukács : « En efecto, un pasado igual —desde el punto de vista histórico— asume en cada vida humana una forma diferente : los mismos acontecimientos son vividos de modo distinto por hombres diferentes por origen, cultura, edad, etc. Pero también el mismo acontecimiento tiene sobre los hombres efectos extraordinariamente diferenciados ; proximidad y lejanía, centro y periferia... Y frente a estos acontecimientos ningún hombre es espiritualmente pasivo, sino que se encuentra siempre ante alternativas cuyas consecuencias pueden llegar desde la posición firme, a compromisos astutos o necios, justos o falsos y aún a la capitulación⁴. »

El orden de importancia que hemos señalado a estas formas de conciencia, no corresponde por supuesto al orden en que aparecen históricamente. Nos inclinamos a pensar que durante algún tiempo —durante los años de iniciación— puede existir todavía un predominio de la conciencia generacional, sobre todo cuando la de clase y grupo son todavía débiles. Más tarde cuando éstas se consolidan, aquélla va diluyéndose entre ambas y atenuándose progresivamente.

Quizás esto es lo que explica —pongamos

un ejemplo simple aún a riesgo de parecer superficial— que en la **Revista de Avance** hayan coexistido hombres como Juan Marinello y Jorge Mañach, de tan diferentes actuaciones políticas posteriores. Aún cuando en esa época mantenían concepciones contrapuestas, la conciencia generacional era tan fuerte como para disminuir la pugnacidad entre ellas. Andando el tiempo la conciencia de clase se impone en cada uno de estos hombres y ya no será posible encontrarlos defendiendo una misma trinchera. Uno entrará al Partido Comunista, el otro, al engendro fascista del **ABC**. Por último, esta conciencia se estratifica y queda como un conjunto de actitudes, ideas, creencias, que tiende a proyectarse sobre la sociedad en que aparece y a darse una interpretación de ella. Pero esto no suele quedar en una mera interpretación de esa sociedad, sino que deben manifestarse intentos de modificar esa circunstancia social. En la elaboración de esa interpretación de la sociedad juegan un papel decisivo los órganos de expresión, revistas, prensa, etc., a través de las cuales los grupos de esa nueva generación, expongan sus puntos de vista. Esta tarea ha de ser necesariamente polémica porque las nuevas concepciones chocan inevitablemente con una masa de opiniones establecidas y consagradas por la inercia y la tradición.

La conciencia generacional se forja y se consolida en la lucha contra estas concepciones caducas, que no deben ser nunca rechazadas en bloque, sino asimiladas, integradas, en la medida que ellas contengan elementos objetivos.

¿ Quiénes forman la conciencia generacional ?

Esta tarea les corresponde a los intelectuales : políticos, escritores, artistas, pensadores. Ellos forman los distintos sectores

de una generación y éstos constituyen al mismo tiempo el ámbito donde se mueven los grupos. (En la sociedad capitalista: los diferentes partidos políticos, que aunque en el fondo sirven los intereses de una clase, mantienen discrepancias en cuanto a los métodos a utilizar para mejor servirla y el partido de la clase obrera. Los artistas y escritores: las diversas capillas que expresan otras tantas tendencias estéticas.) Ni la conciencia de clase ni la generacional frugan simultáneamente en cada uno de estos sectores. Entre todos forman las vanguardias de una generación (clases y grupos) y han de enfrentar tarde o temprano una tarea generacional, vista siempre a través del lente clasista.

Esta tarea es abordada desde diferentes ángulos de la realidad, la que es apreciada según el caso con la óptica del político (son los más prácticos de los intelectuales) o con la del pensador o la del creador. Entre estas ópticas no se produce inmediatamente una coincidencia, es por ello que los sectores no cobran conciencia de sus responsabilidades políticas al mismo tiempo (todos tienen responsabilidades políticas en cuanto que están formados por simples ciudadanos). Son los políticos quienes juegan una función decisiva en la creación de la conciencia generacional. Ellos, con la ayuda de los intelectuales más politizados, deben descubrir a los ojos de los demás sectores, o lo que es lo mismo, ante la clase social que ellos representan los grandes objetivos por los que hay que luchar. De la eficacia de los políticos depende fundamentalmente la clarificación de esos objetivos, así como la debida coordinación que facilite su obtención. (Adviértase que en este epígrafe no queda señalada la dinámica específica de cada uno de estos sectores. Reconocemos la generalidad de estas observaciones la mayor parte de las cuales podrían ser aceptadas más bien como hipótesis de tra-

bajo en investigaciones de sociología concreta o de sicología social.)

La acción simultánea de varias generaciones sobre un mismo plano histórico: la generación dominante

Regularmente sobre un mismo plano histórico operan cuatro generaciones, aunque este número puede variar según las condiciones históricas concretas. Pero cada cual incide sobre este plano desde un ángulo diferente.

Una de ellas ocupa un lugar preponderante. Aquella que en su momento pudo lograr más cabalmente los objetivos que perseguía, y por ello la mayoría de sus miembros fueron los que protagonizaron los actos de mayor importancia política, intelectual o artística, dentro de un periodo determinado. Es por eso la de más vitalidad y la de más prestigio en el seno de la sociedad. Usando las categorías gramscianas, pudiéramos llamarla generación hegemónica y dominante. (Excepción hecha de periodos históricos carentes de hechos relevantes.) Destaquemos de paso que son factores históricos objetivos los que permiten u obstaculizan el proceso de conversión de una generación en dominante.

Explicemos brevemente el contenido que aquí damos a los términos dominante y hegemónica. Una generación es dominante entre otras razones cuando la mayoría de sus miembros controlan las instituciones sociales más importantes de un país. Será al mismo tiempo hegemónica cuando los miembros de las demás generaciones —especialmente las nuevas— la reconozcan como la de más capacidad y autoridad para desempeñar las funciones de mando.

Este reconocimiento se manifiesta a través de un acatamiento respetuoso, fundado a menudo en la admiración.

El tiempo en que una generación es dominante y hegemónica debe coincidir aproximadamente con la fase de ascenso y consolidación de la misma. Este carácter dominante y hegemónico podría a veces mantenerse hasta las fases iniciales del periodo de descenso. Aunque una generación excepcionalmente vigorosa puede iniciar su etapa de descenso e incluso avanzar mucho en ella y continuar siendo dominante y hegemónica. Pero el momento en que la generación dominante deja de ser hegemónica llega inevitablemente. Entonces su autoridad, su prestigio, su derecho a mantenerse en las palancas de mando, comienza a ser discutido por las generaciones que la suceden. Aparece la época del relevo o la sustitución generacional. La naturaleza de este proceso de sustitución —pacífico o agudamente polémico— depende en primer lugar de la actitud que asuma la generación dominante ante la pérdida progresiva de su hegemonía. Si ella no llega a comprenderla, si no se mantiene por tanto a la altura del momento (un duro momento, por cierto) tiende a generar entonces en muchos de sus miembros una actitud que pudiera definirse como un NO PASARAN, sostenido insolentemente o taimadamente según el caso, ante los ojos de las generaciones posteriores. Se inicia un periodo de antagonismos generacionales. Los individuos de la nueva generación comienzan a juzgar con demasiada severidad a los de la vieja generación y se interrumpe la comunicación entre ambas en muchas zonas de la sociedad. Cada generación se vuelve sobre sí misma y se falsean las relaciones entre ellas. Pero la vieja generación no puede prescindir del todo de los jóvenes, necesita apoyarse en parte sobre la nueva generación y para ello selecciona a los

genuflexos, los domesticados y los exhibe como ejemplo de « confianza en la juventud ». Por eso hay jóvenes que piensan con ideas viejas.

La pérdida del carácter hegemónico se evidencia en la aparición de las primeras formas de la senilidad política. Esta se expresa en la dificultad creciente para resolver nuevos problemas, en la desconfianza sistemática hacia los hombres jóvenes, y sobre todo en la disminución de la capacidad para entusiasmar a los miembros de otras generaciones. Cabría señalar aquí, que de la misma manera que dentro de la nueva generación podemos encontrar jóvenes sin juventud, podemos, dentro de la vieja generación hallar a los que, ateniéndose firmemente a ciertas normas éticas elementales y a un sentido riguroso de la dignidad personal, conservan la lozanía de espíritu que les impide caer en actitudes reprochables. Por eso existen viejos con mente joven.

La situación aludida anteriormente ha quedado plasmada incomparablemente en esta descripción de Unamuno, inspirada en las condiciones de la España de principios de siglo : « Se ahoga a la juventud sin comprenderla, queriéndola grave, hecha y formal desde luego ; como Dios a Faraón se la ensordece primero, se la llama después, y al ver que no responde se la denigra. Nuestra sociedad es la vieja y castiza familia patriarcal extendida. Vivimos en plena presbitocracia (vetustocracia se le ha llamado) bajo el senado de los sachem, sufriendo la imposición de viejos incapaces de comprender el espíritu joven y que morimóján : « no empujar muchachos », cuando no ejercen de manzanillos que acogen a su sombra protectora. « Ah, usted es joven todavía, tiene tiempo por delante », es decir « no es usted bastante camello todavía para alternar ». El apabullante escalafón cerrado de antigüedad y el tapón en todo. » Los jóvenes mismos envejecen, o más

bien se avejentan enseguida, se formalizan, se acamellan, encasillan y cuadriculan volviéndose correctos, como un corcho pueden entrar de peones en nuestro tablero de ajedrez y si se conducen como buenos chicos ascender a alfiles⁵.

La historia republicana, de la Cuba pre-revolucionaria, sometida, explotada y humillada, podría servirnos también para encontrar en ella situaciones como la descrita.

Sobre la educación generacional

Este aspecto será expuesto atendiendo a las circunstancias existentes en la Cuba revolucionaria. Es por tanto una meditación realizada sobre nuestra realidad social inmediata. Esta se caracteriza por la existencia de una clase dominante, el proletariado, que tiene en sus manos el dominio de la atmósfera intelectual y política del país.

La problemática generacional toma un cariz muy diferente en las condiciones de la construcción del socialismo. En esta sociedad uno de los rasgos fundamentales en cuanto a esta cuestión se refiere, está dado por el hecho de que la clase obrera no comparte con ninguna otra la función educadora de las masas y dentro de ellas la de las nuevas generaciones. Nadie discute que la educación de estas nuevas generaciones es una de las tareas más importantes del poder revolucionario. Se trata entonces de obtener claridad sobre las formas y métodos de desarrollar esta misión educativa, tarea mucho más difícil de lo que parece y para el logro de la cual no bastan las buenas intenciones.

En nuestra opinión la educación de las nuevas generaciones debemos abordarla partiendo ante todo y sobre todo de este hecho: el reconocimiento del derecho de

cada generación a tener una personalidad propia, definida, que permita distinguirla de las demás. Cada generación tiende a expresarse a través de formas que le son peculiares. Estas formas pueden ir a veces desde una moda o una afición a determinada música, hasta ciertas posturas mentales ante asuntos de mayor envergadura, como los problemas éticos. Por eso debemos ser cautelosos y analizar muy cuidadosamente, antes de endilgarle connotaciones ideológicas negativas, a determinadas formas de peinado o ciertas modas de vestir. No es que neguemos la tesis de que la música o la moda pueden esconder en algunas ocasiones intenciones contrarrevolucionarias, o al menos desviaciones de orden moral. De lo que se trata es de que una nueva moda o un peinado algo chocante no impliquen necesariamente una desviación ideológica.

En última instancia, si algunas de estas modas, o ciertos tipos de música llegan a convertirse en símbolos políticos contrarrevolucionarios, las causas habría que encontrarlas, no tanto en las iniciativas ideológicas de nuestros enemigos, sino más bien en nuestra torpeza o falta de perspicacia para crear desde nuestras posiciones símbolos que estén en consonancia con la psicología y las preocupaciones de los jóvenes. Esta incapacidad se hace más evidente si consideramos el hecho de que todos los aparatos de formación de conciencias, como la escuela, la radio, prensa y televisión, están en nuestras manos, mientras que el enemigo cuenta a lo sumo con una o dos emisoras internacionales de onda corta y de difícil audición (lo que no debe subestimarse, claro está, al igual que la influencia de los residuos de la ideología burguesa). Bien pobre papel haríamos si con esta aplastante supremacía de recursos propagandísticos, perdiéramos aunque sea una sola y pequeña batalla de orden ideológico y no logramos

influir sobre la gente joven en el sentido que a la Revolución le interesa. ¿En qué lugar quedaría olvidada entonces la audacia revolucionaria? Debemos pues aprender a respetar la personalidad de la nueva generación deponiendo toda actitud de aire policiaco ante las manifestaciones de su conducta que no nos agraden, siempre y cuando éstas no expresen hostilidad o desprecio hacia la Revolución. Y aún así, la actitud más sensata de nuestra parte sería la de la investigación, no la de la condenación apriorística.

Las nuevas generaciones están llenas de hombres que buscan afianzar su personalidad como individuos, ante un mundo que para ellos tiene todavía muchas más cosas nuevas que viejas. No confundamos simples características de la edad juvenil, con peligrosas manifestaciones contrarrevolucionarias. Creo que una lectura superficial de cualquier manual de psicología de adolescentes, podría convencernos de la certeza de estas observaciones.

¿Cuál será entonces el contenido político de la educación que debemos insuflar a esas nuevas generaciones? No puede ser otro que el que nos impone nuestra poderosa tradición revolucionaria. No sólo los más recientes hechos de ella, como los vinculados al proceso insurreccional, sino también los que aparecen junto a figuras tan atrayentes como las de Mella, Rubén y Pablo de la Torriente. Si bien no pueden existir dudas en cuanto al contenido, éstas sí pueden surgir en cuanto a las formas. Veamos más de cerca el asunto.

En primer lugar ¿de qué generación se trata?

Estamos pensando en quienes por su edad no llegaron siquiera a cobrar conciencia de la opresión del régimen batistiano, ni tampoco llegaron a protagonizar directamente acontecimientos tales como la intensa lucha ideológica de los años iniciales, Playa Girón, la crisis de Octubre, etc. Ellos

tienen una relativa desventaja con relación a las generaciones que les preceden. Es decir, la generación que se forma y se consolida en la lucha contra Batista y que alcanza su madurez en la lucha contra el imperialismo norteamericano, estableciendo así una continuidad protagónica entre el proceso insurreccional y el revolucionario (después de la toma del poder).

Otra es la que alcanzada de alguna manera por los últimos hechos del periodo insurreccional se forma y se consolida con el proceso revolucionario. Estos son los que hablan de los 62 km caminados, de las Escuelas de Milicias, los que se ufanan de haber estado en todas las movilizaciones, etc. Estas dos últimas generaciones han sellado una profunda alianza y su identificación espiritual es tal que apenas es posible encontrar diferencias entre sus puntos de vista. Estas dos últimas generaciones, conjuntamente, han de enfrentar la educación de esa nueva generación que despunta —por señalar sólo una de sus zonas— en los últimos años de los pre-universitarios. Ahora bien, ¿en qué forma hacerlo?

Responder a esta pregunta conllevaría al menos un artículo de las proporciones de éste. Podríamos contentarnos, dejando claro, por ahora, **cómo no hacerlo**. Esta relación pedagógica no podría establecerse nunca sobre la base de la exhibición presuntuosa de nuestros galones generacionales («ahora no tiene gracia, cuando Batista sí», «no han estado nunca movilizados»). No se trata de que no hablemos de ello —cosa que hay que hacer, evidentemente— sino de transmitir ese ejemplo sin herir su sensibilidad. De otra manera pudiéramos provocar con nuestra torpeza una actitud de rechazo que perjudicaría la comunicación intergeneracional. Nuestras palabras entrarían entonces en oídos sordos, y aún nuestro ejemplo —lo más importante— correría el riesgo

de caer al vacío. Esto podría evitarse si creamos nuevos focos de referencia (es posible que las agresiones del imperalismo nos ayuden a resolver este problema), tales como el de los seguidores de Camilo y el « Ché », las recogidas de café, la Escuela al Campo, etc., actividades éstas que contribuyen a forjar el carácter en el sentido que la Revolución necesita. Esto no es aún suficiente, es cierto, pero nos indica en alguna medida los objetivos que debemos buscar.

Por otra parte, estas generaciones no sólo han de educar a las nuevas, sino también han de hacerlo consigo mismas. A aquéllas se les educa para que sepan sustituir, a éstas para que se dejen sustituir. Esto no es un juego de palabras. No está diferido más que el necesario acondicionamiento mental para que cuando el reloj de la historia, o probablemente con más seguridad el de la biología, nos señale la hora del retiro, sepamos recoger el equipaje con dignidad y no haya ridículo e indigno abroquelamiento tras las posiciones.

La última observación

En Cuba las distintas generaciones que participan en el proceso revolucionario han

reducido al mínimo sus contradicciones ante la gran tarea común impuesta por la construcción del socialismo.

Esta profunda alianza generacional ha sido realizada plenamente por los dirigentes de la Revolución en cuya vanguardia se agrupan hombres de diversas generaciones.

Como se ve, el tema es demasiado complejo y ofrece múltiples facetas. Aquí sólo hemos destacado las que consideramos esenciales. Las restantes quedan por razones de espacio, quizá, para otra ocasión.

NOTAS

1. Ortega y Gasset, J. : En torno a Galileo, especialmente las lecciones tercera y cuarta; *Revista de Occidente*.
2. Portuondo, J.A. : La historia y las generaciones, Ediciones Manigua, Santiago de Cuba, 1958. Contiene un estudio valioso, que resulta muy útil como introducción a la problemática generacional. Véase directamente *Realidad y falacia de las generaciones*, conferencia leída en el Lyceum de La Habana, 1950.
3. Klein, J. : Teoría de los grupos, Editora Revolucionaria, La Habana, 1966.
4. Lukács, Gyorgy : « Solzhenitsin : Un día en la vida de Iván Denisovich », *Revista Unión*, abril-junio de 1966, p. 116.
5. Unamuno, Miguel de : *Sobre el marasmo actual de España* (1902), ensayos, Editora Aguilar.



Saber dudar... nada más contrario al ejercicio normal de nuestras actividades mentales; gustamos de lo categórico, y nada nos enamora como un dogma. Enrique José Varona.

El ejercicio de pensar

Teoría, ideología, espíritu de partido

De la producción teórica misma, y de sus funciones, emerge la necesidad de un orden de relaciones que en la práctica marxista se denomina genéricamente « espíritu de partido ». Examinar las raíces de la cuestión puede ser el primer paso para comprender mejor su significación concreta actual...

El rechazo de toda posición iluminista, científicista, es a mi juicio imprescindible para intentar una comprensión marxista del marxismo, y para hacer al marxismo instrumento teórico útil en cualquier situación concreta.

No es la ocasión para tratar extensamente el tema. Sin embargo, considero necesario señalar dos aspectos:

a) Con el marxismo aparece la posibilidad de comprender científicamente las ideologías, como el aspecto de la realidad a través del cual los hombres entienden la formación social en que viven, y a partir de ellas la sostienen o transforman¹. Esto implica —por lo menos para el ideólogo en posesión de la teoría—, la reducción de su « falsa conciencia », la posibilidad de llegar a comprender las manifestaciones y la naturaleza de una forma ideológica dada, con la cual —o contra la cual— trabaja; y aun de programar su acción en el campo ideológico, para hacer confluir hacia su fin político determinadas manifestaciones existentes, combatir unas, convivir con otras, y, en fin, fundamentar su actitud en cada caso. Aparece, por tanto, una comprensión tal del fundamento y del condicionamiento social de la ideología,

que podemos calificarla como científica; y con ella la posibilidad de trabajar científicamente en el campo de la política y de las transformaciones sociales necesarias para llegar al comunismo.

Esto tiene limitaciones implícitas: para toda ciencia, el investigador opera a partir de las concepciones preexistentes que él acepta (o en cuya problemática se mueve, aunque las niegue), y de los pasos anteriores del conocimiento del fenómeno en estudio; en la ciencia social esta incidencia es muchísimo más marcada, ya que incluye más fuertemente la noción de interés de clase, aunque el investigador no tenga conciencia clara de ello. Se comprende que en el caso de la ideología como objeto de ciencia habría que encontrar la forma de describir y conceptualizar sin excluirse del juego —que no es posible—, ni incluirse hasta el punto de ser meramente un factor ideológico más.

b) El que se expresa corrientemente al hablar de que la « teoría » de Marx tiene la función « práctica » de ser la ideología del proletariado. En un sentido estricto, el conocimiento científico puede pasar o no a tener una función ideológica, ser ésta de órdenes diferentes, y aun constituir un elemento negativo o positivo para los que lo han puesto en circulación. Ejemplos: **El Capital** es una tesis científica sobre el nivel económico de la formación social capitalista, que cumple una función ideológica revolucionaria como una especie de hermano mayor del militante, el cual gene-

1. Marx: Prólogo de *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, p. 12-13.

ralmente no puede explicarlo, pero puede invocarlo. La teoría de la plusvalía significa que uno es personalmente robado, explotado, que se pertenece a una clase que es solidaria en su enemistad contra los burgueses. La teoría de la agudización de las crisis capitalistas y del eventual derrumbe de ese régimen ha tenido interpretaciones revolucionarias y no revolucionarias, y a la negación de su validez se le han dado también interpretaciones ideológicamente opuestas.

La teoría brinda certeza a las aseveraciones de la ideología, da fe de que el interés se corresponde con la «verdad», con la ciencia o con el «determinismo»; y todo esto refuerza el valor de los programas, unifica la orientación de las acciones tácticas, ofrece guías de principios a las organizaciones, y aumenta la convicción, o la simple fe, en el militante. En determinadas condiciones, puede ayudar a desalojar a la ideología religiosa y a otras concepciones del mundo, y aun llega a participar en la formación de nuevas formas y normas de conducta. Por otro lado, el fin ideológico organiza y dicta procedencias en los objetos de la investigación científica, hace más claras las exposiciones, establece proporciones entre el rigor de la teoría y su capacidad de hacerse comprensible a las masas, etc.

Por su papel en la lucha revolucionaria, y principalmente en la época de la dictadura del proletariado, el Partido Comunista se constituye como la organización política marxista que dirige y guía a la sociedad hacia el comunismo. El partido debe ser, por tanto, vehículo de la acción revolucionaria para convertir la teoría en realidad y, en un sentido político e ideológico, vínculo entre la concepción marxista y la vida del pueblo. Dada la necesidad de transformar todos los aspectos de la sociedad para alcanzar ese fin, la actividad del partido se extiende también al trabajo

intelectual, en la significación más restringida del término.

Es en esta situación específica que el espíritu de partido —noción que expresa en todo caso la vinculación de la elaboración teórica con las posiciones clasistas— puede ser considerado como una válvula de relación entre la producción teórica (o más ampliamente intelectual) y la necesidad política (o más bien, a veces, sus enunciados).

La misma generalidad de los enunciados anteriores exige, naturalmente, su conversión en instrumentos de trabajo teórico en cada investigación concreta. La prueba de la situación concreta para todo principio es una garantía metodológica básica para el marxismo; sin ella se retorna sin remedio al pensamiento especulativo, del cual no salvan, como del infierno, ni las mejores intenciones.

Marxismo y revolución en América latina

... Una teoría social se arraiga y da frutos sólo si el país receptor presenta, aunque sea en estado mucho más primitivo, elementos de las realidades que condicionaron el origen o desarrollo de aquélla. Por otra parte, la recepción cultural es a la vez un acto de transformación del cual sale la teoría adecuada no sólo a la especificidad estructural en que se ha insertado, sino también al complejo ideológico, a la sucesión cultural, y a elementos como la idiosincrasia nacional. De acuerdo a estos requisitos entendemos, por ejemplo, el arraigo del marxismo en Cuba en la tercera década del siglo, como radicalización del movimiento antimperialista que encuentra la dirección de la liberación definitiva sin perder su pupila nacional; y vemos a Julio Antonio Mella como expresión sobresaliente de este encuentro. Hemos descrito, y de la forma más simple, los elementos más salientes de la trans-

ferencia cultural. Pero en la realidad del subdesarrollo no se deforma solamente la estructura económica: las formas políticas e ideológicas son también «subdesarrolladas», y tienden a integrarse en una totalidad colonizada.

La democracia política y su ideología, en América latina, son un ejemplo de lo anterior: en tanto carecen de una base social real constituyen un aparato desnaturalizado e inoperante; en tanto cumplen la función social de adecuar y adormecer a los explotados políticamente activos —aquí la vanguardia es la democracia cristiana—, son un factor hegemónico eficaz para sostener un régimen de explotación que es mucho más anticuado que el correspondiente al orden democrático burgués. En éste, como en muchos casos, la resultante de la transferencia ideológica es deforme, el fruto es estéril, o hasta monstruoso. Y es que la colonización cultural penetra fuertemente en todos los órdenes de la vida, hasta influir en el pensamiento (y en la acción) de los propios luchadores contra el colonialismo, sea directa o indirectamente por sí misma, o bien como una negación de ella que se produce en su mismo terreno; como un molde mental de castración, de incapacidad para representarse un destino alcanzable con fuerzas propias.

El marxismo no se ha salvado totalmente en América latina, de producir resultantes deformes, estériles, o aún monstruosas.

El traslado al escenario americano de la posición revolucionaria marxista correspondiente a un proletariado desarrollado al que se le señala su papel histórico, ha significado muchas veces la formación de una secta que pugna dramáticamente por representar a una «clase principal, polo de la contradicción antagónica»; secta inoperante para aglutinar consigo una fuerza popular que realice la tarea histórica inevitable para estas sociedades: la

liberación nacional antimpérialista. (Lo que no impediría, por cierto, la comprensión del papel de la lucha de clases y del proletariado como agente histórico del comunismo, pues sólo teniendo acceso revolucionario al poder político —y, por tanto, al poder económico y militar es posible generar relaciones que proletaricen a la mayoría de la nación, proletarización que es la premisa para intentar alcanzar el comunismo.)

Ya en este camino equivocado, nos encontraremos resultados paradójicos respecto al aparente sueño de futuro de aquella utopía. La lucha por reformas económicas, necesaria en la situación precaria de la mayoría de los proletarios, llega a generar actitudes políticas reformistas, forma de adecuación práctica a la hegemonía de los explotadores. La concepción estratégica de la «lucha de masas» como factor revolucionario determinante, que parte de la creencia en la incorporación masiva de la población a la actividad política sindical y partidista, a un grado tal de profundidad y permanencia que lleguen a hacer posible un cambio social, es sólo concebible —al menos teóricamente— en países burgueses desarrollados, en que una historia de lucha de clases contra la burguesía materialice la polarización de intereses burguesía-proletariado, unido esto a la existencia de instituciones y hábitos políticos arraigados. Sin embargo, hay un «marxismo» que la ofrece como alternativa para «ganar la democracia», frente a la alternativa revolucionaria de la lucha armada. Democracia que no es «ganable» ni siquiera por los tibios portadores de reformas que, asistidos también por los votos marxistas, acceden al poder en circunstancias determinadas en que es conveniente o necesario que eso suceda, para a la larga restablecer en su pureza el régimen colonial, ellos mismos o sus peludos sucesores, representantes de la única institución

latinoamericana estable: el ejército². La democracia se convierte así en una utopía « marxista » reaccionaria.

No hago más que describir sucintamente algunos elementos —que atañen, eso sí, a lo fundamental de la actividad marxista, que es hacer la revolución —que caracterizan a un estado determinado de deformación y abandono del marxismo, cuya crítica principal se hace mediante la propia lucha armada revolucionaria. Por otra parte, no pretendo ignorar ingenuamente la importancia de otros factores, entre los cuales ocupa lugar destacado la existencia de desaciertos e imposiciones en la historia del movimiento comunista internacional³.

¿Y las relaciones entre teoría e ideología? En la etapa escolástica del pensamiento marxista la teoría, « la única científica », jugó el triste papel de cobertura de las declaraciones y posiciones políticas, con escasas excepciones. Al florecer violento del año 30 —Mariátegui, Mella, Rubén— sucede un decaimiento general. Se ha explicado, a partir del XX Congreso del PCUS, lo que fue esta etapa de dogmatismo. Pero, cabría preguntarse, ¿por qué, en estos diez años, no se han hecho profundos análisis, cuyos resultados renovadores ayudarán a las organizaciones marxistas a su labor de transformación del mundo? ¿Dónde está la fructífera comunidad de la teoría y la ideología? Durante demasiado tiempo el espíritu de partido ha consistido en alegar cualquier cosa, y cosas opuestas sucesivamente, con la misma pedantesca afirmación de que aquello es lo único científico. Se ha condenado política y moralmente toda opinión no marxista, se ha llegado a imponer criterios científicos y artísticos sin otra base que una decisión política; la « ciencia » marxista ha partido de conclusiones para arribar a conclusiones, siempre enfática e inapelable. Lo que se

piensa pertenece a la « línea » o a las « desviaciones », y hasta el simple error se ha explicado por la estructura de clases de la sociedad. En pocas palabras, la militancia ha implicado la existencia de un preconcepto ideológico opuesto en general al desarrollo creador del marxismo. El acontecimiento contemporáneo más importante en América latina, la revolución cubana, ha tenido trascendencia internacional en múltiples aspectos, inclusive el teórico marxista. Ella realizó la liberación nacional, la revolución agraria, la alfabetización, nacionalizó a los yanquis y sus socios indígenas, después de destruir el ejército tradicional y crear un nuevo ejército popular; y proclamó que era marxista y socialista. En estos últimos años se ha recrudecido la acción popular antimperialista, al extremo de emprenderse la lucha armada, que en varios países se mantiene y progresa; el imperialismo también ha incrementado su acción represiva, por sí mismo y a través de sus lacayos, así como otras formas de acción política e ideológica (reformismo, cuerpos de paz, penetración entre los intelectuales, etcétera).

Esta lucha va llevando, en mayor o menor grado, a las organizaciones marxistas del continente a la prueba decisiva: la capacidad o no para hacer la revolución. Ya algún partido ha salido triunfante, pero más de una directiva comunista ha demos-

2. Julio del Valle: « Contra la tendencia conservadora en el Partido », *Pensamiento Crítico*, número 1; Osvaldo Barrete: *Revolución o resignación de América latina* (inédito).

3. No intento, naturalmente, pasar balance en esta nota a la actividad marxista en América latina. Ni siquiera me asomo a otras manifestaciones, como las trotskistas, o al producto « indígena » del viejo aprismo. Cuando esto se haga habrá que consignar la heroica lucha antimperialista de muchos militantes y dirigentes comunistas, el papel de la teoría marxista en la profundización del antimperialismo, los aciertos y errores de la III Internacional, la estructura organizativa de los partidos, etc.

trado que no podía. Otros hacen grandes esfuerzos por encontrar el camino; alguno por no encontrarlo.

Hay que convenir en que ese efecto revolucionario es posible porque el conjunto de la situación latinoamericana está marcado por una explotación creciente, combinada a la impotencia del propio régimen imperialista para resolver las crisis mediante reformas⁴. Las vanguardias revolucionarias actúan para hacer real esa posibilidad. Creo que para derivar enseñanza del desvalimiento teórico y organizativo en que la coyuntura revolucionaria encuentra a muchos partidos comunistas, es necesario también convenir en que éstos no se planteaban la actualidad de la revolución. En el plano estrictamente teórico se introdujo el antidogmatismo, el antistalinismo, el humanismo, la enajenación; pero no se produjo una investigación de los factores estructurales, del papel del partido en la revolución anticolonialista latinoamericana, de la correlación de los factores subjetivos y objetivos, de las relaciones entre clase y nación, etc., porque no estaban a la orden del día de la necesidad política. **Y es que la posición ideológica revolucionaria es un elemento interno a la elaboración creadora en la teoría marxista de la sociedad. ¿Qué hacer?** no es la fría elaboración « imparcial » de un teórico, sino la obra apasionada de un revolucionario; su preconcepción —que la teoría se aproxime a la realidad, y la realidad a la teoría— se transmuta en logro teórico de valor actual por la conjunción de la actividad científica con el interés ideológico revolucionario. Mariátegui, que no temió ser llamado europeizante por llevar a Perú el marxismo revolucionario, nos advierte al comienzo de su obra principal:

« Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de

mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano. Estoy lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario ».

Problemas y perspectivas

La revolución ha abierto un enorme cauce al desarrollo del marxismo en nuestro país, ante todo incorporando a la convicción marxista a cientos de miles de personas que la desconocían, y que eran afectadas en mayor o menor grado por la tremenda campaña anticomunista, desplegada sin descanso por los explotadores. Pero aquella incorporación masiva y permanente es posible sólo porque:

- a) Una vanguardia revolucionaria llevó audazmente al pueblo, cada vez en mayor número y organización, a obtener la libertad nacional, a liquidar la maquinaria militar de los explotadores, a expropiar a los terratenientes y burgueses extranjeros y nativos y aprender a dirigir y sostener los procesos productivos, a participar en el funcionamiento de la compleja y deficiente máquina del Estado, sobrecargada de inicio al tomar gran número de atribuciones nuevas, a desempeñar, en fin, nuevas tareas sociales, como la alfabetización, que jamás habían sido siquiera soñadas;
- b) Todo lo anterior ha producido la modificación radical de las estructuras del país —esto es, una revolución social—, que hace a la clase obrera, a la que se unen los pequeños agricultores, la determinante en la vida económica y política nacional. La propiedad social sobre los

4. Un serio intento por demostrar lo contrario hace Henri Edmeyer, en su « amistoso » artículo « ¿ Revolución en América latina? » (*Les Temps Modernes*, número 240, mayo de 1966). El citado artículo de Barrete también responde a Edmeyer, y, en mucho, a una corriente ideológica seudorrevolucionaria que está siendo difundida por América latina.

medios de producción, una nueva disciplina del trabajo en que la utilización de estímulos se propone contribuir a la formación de un individuo que viva cada vez más su bienestar en el bienestar social, una democracia de trabajadores que realmente trata de ir incorporando a las mayorías al ejercicio del poder (elección de ejemplares, poder local, tribunales populares, etc.), la extensión del trabajo a toda la población capaz, y de la protección social a niños, ancianos y desvalidos; estos son algunos rasgos de la formación de una sociedad, que encuentra en el marxismo la ideología más apropiada para vivir sus transformaciones y fijar sus ideales, para comprender su destino y su lugar en el ámbito mundial de luchas de liberación, de clases y de sistemas sociales.

Con la declaración del socialismo, nuestro pueblo se abalanzó al estudio del marxismo, con un fervor sólo comparable al de su actividad práctica revolucionaria. Todo lo que se declararse marxista era consumido inmediatamente. Después hemos vivido un proceso más lento de decantación: la lucha contra el sectarismo, la necesidad de combatir al marxista-burócrata, al marxista-oportunista, etc., las debilidades del marxismo de algunos comunistas latinoamericanos, a que nos hemos referido, la necesidad de encontrar soluciones a nuestros problemas reales, y de sostener una posición revolucionaria comunista ligada a la lucha tricontinental antimperialista, en medio de una compleja situación internacional agravada por la división del movimiento comunista, han afilado nuestra posición marxista. La versión deformada y teologizante del marxismo que contenía gran parte de la literatura a nuestro alcance, resultó ineficaz para contribuir a formar revolucionarios capaces de analizar y resolver nuestras situaciones concretas; al contrario, amenazó

agudizar la pereza y « manquedad » mental típica del individuo colonizado, en una etapa en que el atraso económico y las dificultades de todo orden exigen el desarrollo rápido del espíritu creador. En realidad esto ha sido, parcialmente, una forma de supervivencia del « marxismo » subdesarrollado, que une la pretensión de ortodoxia a un abstractismo totalmente ajeno a Marx y a Lenin. El sectarismo, la incapacidad de salir de la prisión de un determinado esquema económico, político, organizativo, o de comprender la necesidad de ser radicales en la formación de la conciencia socialista, han sido combatidos por nuestro máximo dirigente, y se trata de extender cada vez más esta actitud, a través de la actividad del partido, el Estado y las demás organizaciones revolucionarias.

La realidad de nuestra « herejía » revolucionaria frente al seudomarxismo no puede traducirse en un desprecio a la teoría. Pero si esta prevención no quiere verse reducida a una simple frase de intelectual es necesario recordar algunos factores:

- 1) La historia de la revolución ofrece numerosos ejemplos de soluciones prácticas opuestas a presupuestos teóricos o, en otros casos, al margen de ellos; esta realidad, absolutizada, no inclinaría a valorar las posibilidades de utilidad del trabajo teórico.
- 2) Lo anterior está ligado al cuadro de detención del desarrollo de la teoría marxista, y de deformación de sus funciones ideológicas, antes mencionado.
- 3) El intelectual, separado del trabajo manual por una tradición de milenios, y, por otra parte, menospreciado habitualmente por la mayor parte de la propia clase dirigente, que no apreciaba claramente el papel que aquellos desempeñan en la integración de su hegemonía sobre la sociedad, es depositario de su individualismo y una marcada tendencia a la

incomprensión de la necesidad social, que el marxismo teorizante no elimina: su formación ha de sufrir profundos cambios para integrarse plenamente a la sociedad socialista.

4) La reducción de la mayoría de los trabajadores al lindero de la animalidad producida por la explotación, no genera, naturalmente, aprecio por los teóricos e intelectuales en general. En las ideologías proletarias esto ha conducido a extremos absurdos (como la supuesta prioridad de la mano sobre el cerebro), que conducen a considerar pecaminosa toda actividad intelectual.

5) La necesidad de trabajar cada vez mejor en el terreno ideológico, teniendo en cuenta que la simple abundancia material no traerá el comunismo, y que la voluntad organizada se puede constituir en fuerza invencible. Los ideales de Marx, un siglo después, siguen apuntando a la posibilidad más revolucionaria de nuestro tiempo: el comunismo.

6) Es un deber internacionalista realizar estudios acerca de la estructura social, la vida política, la historia, etc., de los países dominados aún por el imperialismo, así como ofrecerles las experiencias de nuestra lucha por la liberación y el socialismo; todo ello desde un ángulo de marxista revolucionario.

7) La teoría marxista no sólo «se convierte en fuerza material al encarnar en las masas»; también sigue teniendo un gran valor metodológico para la actividad científica e ideológica; algunos de sus principios pueden ser puestos en la base de la comprensión de las ciencias sociales; y expresa, en categorías como «modo de producción» o «dictadura del proletariado», logros teóricos de valor permanente...

Quizá sea conveniente señalar algunas características de estos trabajos: Tener como objeto problemas concretos de Cuba, o de nuestros deberes internacionalistas. Esto no significa, naturalmente, que toda la actividad esté dirigida a ellos. La creencia en la inmediatez entre los objetos y el conocimiento más general, por una parte, y la reducción de los objetos de investigaciones a lo inmediatamente necesario, por otra, son dos errores que hay que prevenir. Existe el trabajo estrictamente formativo, que también es necesario.

Todo lo anterior denota la especificidad del trabajo científico: «ligar la teoría a la práctica» sólo es realmente posible si la teoría tiene objetivos «prácticos», y si a la vez la teoría es reconocida como una práctica determinada.

Esto se expresa en la exigencia de un control partidista del trabajo y sus resultados, que garantice el oportuno uso ideológico de los mismos, y que, en gran medida, establezca las necesidades de investigación y la prelación de las mismas. Por otra parte, en la necesidad de libertad de investigación científica, que incluye la existencia de una atmósfera favorable a la actitud indagadora que no parte de conclusiones sino que intenta llegar a ellas, y que no teme equivocarse y volver a buscar, ni reducir, ampliar o derribar lo que parecía verdad incontestable.

La formación como militante revolucionario—trabajador productivo y combatiente dispuesto— es indispensable para teñir las hipótesis de trabajo marxistas. Ella se completa con el ejercicio indeclinable de pensar con cabeza propia. De este conjunto emergerá un nuevo espíritu de partido, cuya extensión será un paso más hacia el comunismo.

6

El arte y la literatura

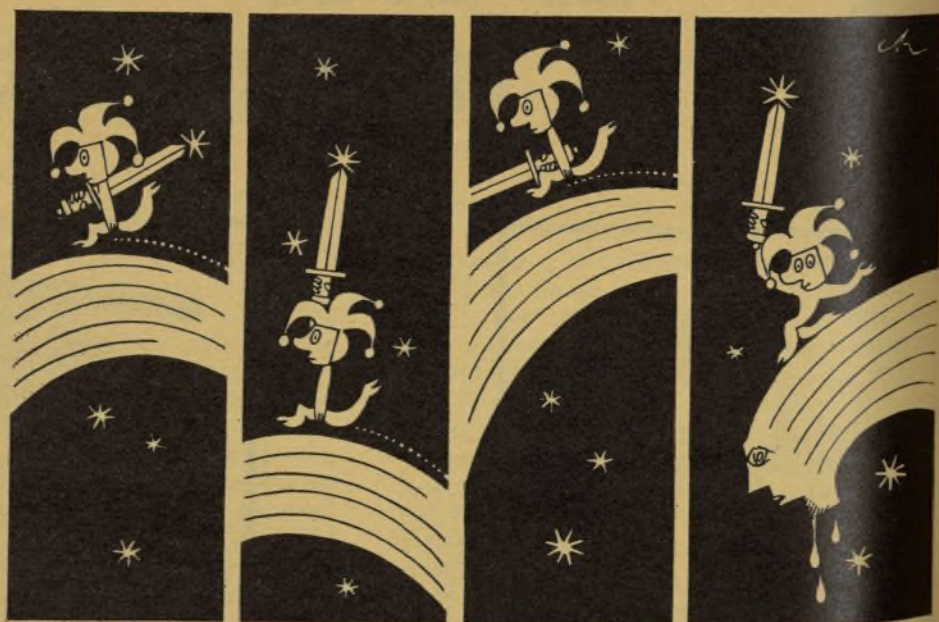


Cortesía de Fernando Luis



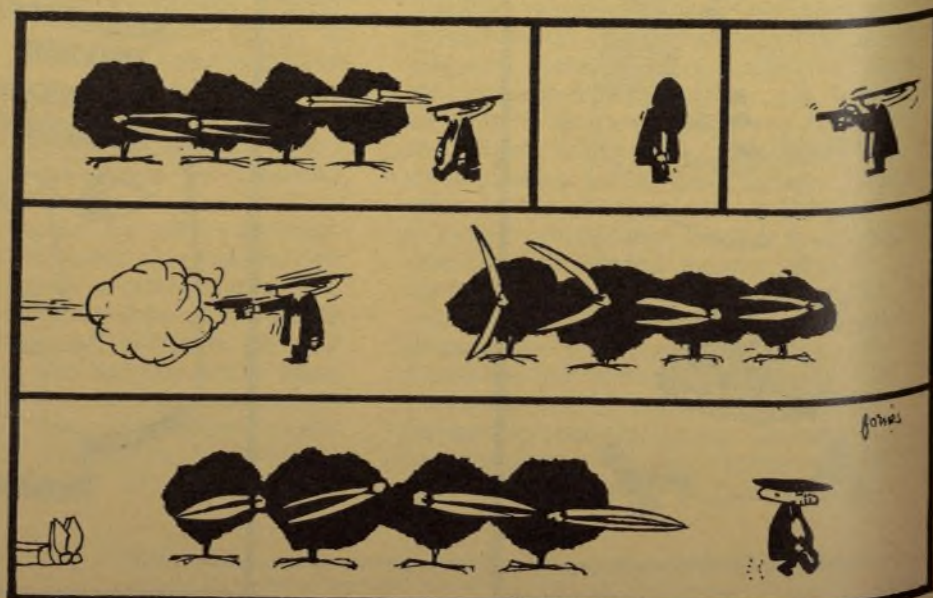
Cortesía de Fremez

Otro humor cubano



(Chago ▲)

(Fornés ▼)



Ayuntamiento de Madrid



Sobre el cine cubano

No hay relación de continuidad entre lo que fue la utilización de los medios técnicos cinematográficos al servicio de objetivos típicamente propagandísticos o vulgarmente comerciales, y el proceso cultural que le ha dado lugar al nuevo cine cubano, en algunos aspectos aún embrionario, y sin embargo por una serie de características y perspectivas, digno ya de ser considerado como una de las más interesantes manifestaciones artísticas de nuestro país. Esto no es solamente el directo resultado de diferencias ideológicas de principio, o de una elaboración política precisa, de un plan y de la tabla de valores que lo sustentan. Las diferencias existen y no pueden ser más agudas. Pero sus raíces se remontan en la historia a las de la formación de nuestra nación, y tratan de encontrar asideros en las más logradas, elaboradas y válidas expresiones de la cultura artística. De ahí que rechazemos como superficial la búsqueda de antecedentes que resultan espejismos o simulaciones que ni el tiempo ni una crítica ligera y apoloigética pueden barnizar idealizando. Y también que pueda afirmarse que la vocación revolucionaria de nuestro cine y de sus creadores, rebasa el espíritu inmediatista sin subestimar las significaciones que resulta bien distinto— de la contemporaneidad.

La cinematografía cubana surge con el triunfo revolucionario, y la ley que crea sus instrumentos de trabajo, promulgada el 24 de marzo de 1959, o sea, tres meses después de la entrada de Fidel en la Habana, ofreció al poder revolucionario la oportunidad de afirmar una apertura que no ha sido nunca restringida. Baste recordar que el primero de sus "por cuantos", señala, operando como un verdadero Manifiesto, que "el cine es un arte". Reconocer este carácter, claro está, no supone ninguna novedad o forma de heroísmo, pero fijar esa premisa como línea de trabajo y respetarla y profundizarla, permite, y

permitió, abrir puertas, cerrar falsos caminos, y buscar antecedentes no en la historia cinematográfica como relación cronológica de la producción fílmica, sino en la de las tradiciones, experiencias inmediatas, y espíritu de búsqueda y experimentación de la cultura cubana y de sus manifestaciones artísticas.

La vida del nuevo cine y el disfrute de un clima de libertad, abierto y propicio a la creación, resulta de este modo culminación natural de la inquietud y actividad cinematográfica y combatiente que se desarrolló en los años de la lucha clandestina y guerrillera. Los Cine-Clubs y otros grupos de artistas fueron centros de difusión de los ideales revolucionarios, y de resistencia a las presiones culturales y políticas dirigidas a deformar y empobrecer el carácter nacional. Esta presión no tomaba por objetivo solamente las estructuras tradicionales y sus medios de expresión sino también, y sobre todo, los elementos vivos y en desarrollo, la riqueza potencial que encierra todo pueblo, y que desborda en los periodos de afirmación y combate. Es necesario subrayar que precisamente la devoción y tensión revolucionarias, la necesidad de resistir, el clima moral de la lucha, favorecieron y determinaron una revalorización del "gusto" e intereses artísticos, y una necesidad de replantearse críticamente el proceso mismo de la formación de nuestra nación y, por lo tanto, de nuestra cultura. El despegue de una voluntad crítica no puede sino conducir al descubrimiento de algunas de las líneas fundamentales del desarrollo y a la toma de conciencia de limitaciones e ignorancias, o, lo que es lo mismo, a la antesala de su superación. Es por eso que este periodo, que resume las más grandes vicisitudes, resulta paradójica o, tal vez lógicamente,

* Alfredo Guevara es director del Instituto Cubano de Artes e Industrias Cinematográficas (ICAIC).

portador del humus que alienta y alimenta nuestro renacimiento cultural.

No sería justo dejar la impresión de que la cinematografía cubana ha sido capaz de crear valiosas obras de arte, dignas de universal o permanente estima. O de que pretendemos sugerir esta conclusión. Lejos de ello, habrá que decir con toda franqueza que apenas comenzamos. Y que si el movimiento documental ha alcanzado auténticos triunfos internacionales, y sobre todo un nivel medio aceptable, y la capacidad de acompañar como protagonista —y no sólo como "reseñador", subrayo— la vida y los combates de nuestro pueblo, no es corto el camino que nos queda por recorrer en éste y otros géneros.

Documentalistas como Santiago Alvarez (*Now, Ciclón, Año 7, Cerro Pelado* y ahora *Viet-Nam, martes 13 de diciembre*) y Oscar Valdés (*Vaqueros del Cauto* y *El Ring*), o Rogelio París (*Hombres de Renté y Nosotros la Música*), José Massip (*Historia de un ballet y Los tiempos del joven Martí*) y Faustino Canel (*Hemingway y Congo 1960*), o Alberto Roldán (*Colina Lenin y Carnaval socialista*), Manuel Octavio Gómez (*Historia de una batalla*), Guillén Landrián (*En un barrio viejo y Ociel del Toa*) y Pineda Barnet (*David, reconstrucción de la vida de Frank País*); realizadores de films de ficción como Tomás Gutiérrez Alea (*Historias de la Revolución, Las doce sillas, Cumbite, La muerte de un burócrata y Memorias del subdesarrollo*), Julio García Espinosa (*El joven rebelde y Las aventuras de Juan Quinquín*), Jorge Fraga (*Año nuevo*), o Humberto Solás (*Manuela*), han dejado ya una huella.

Su obra, que busca las raíces, no como fuente de confort intelectual sino para superarlas enriqueciéndolas, es acaso hasta ahora, en el orden artístico, el testimonio más completo de que dispone la revolución. Pero estos creadores y films, y en su conjunto toda la nueva cinematografía, tendrán que "revolucionar" interiormente los medios de expresión, y esa será seguramente la verdadera madurez. En tanto, es ya mucho haber dejado impresa y bien impresa la imagen de los primeros años de nuestro pueblo en revolución, defendiendo la independencia conquistada y fundamentándola seriamente. Y no resulta tampoco despreciable el esfuerzo renovador, o insignificantes sus puntos de partida. Ese esfuerzo "revolucionador", que no supone siempre un nuevo cine o definitivos descubrimientos expresivos, tantas veces condicionados por la técnica, exige en cambio descubrir en nuestra realidad, y en su imagen más directa, lo que porta germinalmente, y lo que oculta como mediación. Descubrir la realidad en la realidad: ésta es la gran tarea. Y es por eso que todo nuestro énfasis se sitúa no en describir o historiar "lo que pasó", sino en encontrar la línea de continuidad que relata un proceso de rupturas y superaciones, y que es en rigor la historia de nuestra cultura, es decir,

la de nuestra nación, es decir, la de nuestra revolución libertadora, es decir, la de sus siempre más complejos y audaces objetivos y carácter.

Arte nuevo, que sólo tiene, como tal, unos pocos años de vida; nuevos creadores, que inician y desarrollan su obra en días de excepción, y que forjan nuestra cinematografía mientras ellos mismos crecen. El cine cubano se desarrolla entre limitaciones de la inexperiencia, la frescura del descubrimiento, y el gran "chance" de vivir una revolución, nuestra revolución.

La revolución incide en la cultura cinematográfica de diversas maneras y en un marco que no se cierra a los creadores. Millones de adultos han descubierto el arte cinematográfico, y adquirido la posibilidad, y el derecho, de ver y de apreciar las más significativas obras de todos los tiempos y países, y lo mejor de la producción actual. Y esta incorporación de un nuevo público no sólo debe medirse en términos de millones. En el campo y la ciudad la riqueza de la programación, su diversidad, corresponden exactamente a un proceso social que desencadena y alcanza la alfabetización total, incorpora a la mayor parte de la población al esfuerzo por lograr el sexto grado de escolaridad, y da todo su aliento a los cursos de superación técnica y científica para los trabajadores. Si a este impetuoso desarrollo de la instrucción popular unimos la presencia de más de doscientos mil jóvenes becados, y entre becados y otros estudiantes, de treinta y cinco mil universitarios, podremos calcular que la práctica revolucionaria está creando condiciones que provocarán inequívocamente un complejo de saltos cualitativos hasta hacer de un público de millones, cantera de exigencias críticas y garantía de diversidad.

Este público históricamente nuevo y cualitativamente distinto condiciona, con su sola existencia y sin que la sociedad haga o deba hacer otro esfuerzo, un clima a la creación artística. No como una presión. Sino ofreciendo un interlocutor, por mucho tiempo ausente. Y este fenómeno, hasta aquí reseñado cualitativa y numéricamente, no es otra cosa, en su particularidad, que un reflejo de otro más complejo y amplio, que si opera como presión: el reencuentro del creador, del artista, con la nación, con sus fines, inclusive con el de desbordarla y superarla. Reencuentro que sólo ofrecen las situaciones revolucionarias al conciliar la naturaleza misma del arte, su carácter creador, de ruptura, con la del pueblo en revolución. Se cierra así un círculo que hace del artista no un servidor del público, o su antagonista, sino el coprotagonista de una historia, que se forma y que no obliga ni hace recomendables los caminos trillados o únicos. Ese artista abierto, y ese público complejo y activo, crítico y, en su cualidad, también creador, es una aspiración revolucionaria y, por tanto, el sueño y punto de mira de nuestra revolución en el cine.

Theodor Christensen

Estructura, imaginación y presencia de la realidad en el documental cubano



(Portocarrero)

Después de dos años de ausencia de la escena cubana es refrescante y estimulante regresar a ella. Deliberadamente utilizo el término profesional "escena" en lugar de "realidad cubana", que por supuesto es lo que quiero decir. Voy a hacer una apreciación crítica sobre la forma en que esta realidad se refleja en un tipo específico de actividad artística: en la cinematografía y especialmente en la realización de documentales.

La realidad, que es el principio y el fin de nuestras actividades, se transforma en la materia prima del artista. No es por falta de respeto a la realidad que éste la considera su materia prima; por el contrario, es expresión del respeto que siente hacia su profesión.

Debo, ante todo, pedir disculpas por la posible subjetividad de mis puntos de vista. Me consuela el que mi subjetividad forma parte de un contexto objetivo y puede muy bien ser juzgada, en esa forma, como parte de la realidad. Me agradaría poder inducir en el lector una actitud crítica: el mismo tipo de actitud crítica que todo buen film tiene como objetivo hacer surgir en el espectador. En el film, esto se logra a través de los medios expresivos del cine, y la actitud del espectador no es sólo intelectual sino también emocional. Aquí está hecho en forma teórica, pero mi punto de partida es el del espectador y, por tanto, el proceso puramente intelectual de análisis aparece coloreado por el impacto emocional que las películas me han producido.

Debemos hacer una advertencia sobre el concepto de crítica, porque tiene connotaciones que se alejan en gran medida de la verdadera crítica. Nunca me referiré a esa forma de crítica contemplativa, pasiva, y en cierto modo negativo, que se contenta con declarar que una cosa es mala. En ese sentido, la crítica es sólo un ataque total, una forma de despojar al film de sus valores, dejando únicamente un vacío, aparte de no contener nada, es estático.

En la forma en que me agrada concebirla, la crítica es activa y transformadora. Puede incluso no mencionar valores o ausencia de éstos. Pero si lo hace, su intención es crear en el lector un campo fértil para su propio razonamiento, y el resultado final nunca debe ser dejarle una imagen desnuda y desprovista de valor, sino inducirlo a pensar en la posibilidad de cambio. El objetivo supremo de la crítica es llevar al lector a consideraciones prácticas. Como espectador deberá preguntarse si esto pudiera ser de otra forma y tal vez mejor. Como creador, debe buscar métodos e ideas que sean capaces de producir un cambio práctico, aunque no necesariamente en la dirección que la crítica implique, porque el crítico puede estar equivocado en algunos aspectos aun cuando haya aprehendido algo que pueda ayudar al creador a ver sus propios propósitos a una nueva luz. En la historia de la crítica nunca han sido importantes aquellos críticos que han tratado de "asesinar" al artista y su obra, pinchándolos como a burbujas de jabón. Han dejado poca huella en el desarrollo de la apreciación crítica, ¡y aun menos en la historia del arte!

Al observar más de cuarenta documentales realizados en Cuba en estos dos años, es natural que los sitúe en un contexto más amplio. Por ejemplo, que los compare con las obras de la cinematografía europea; que los vea en el contexto de toda la realidad cubana, con su rápido avance y sucesos cambiantes; o que mire más allá de Cuba, hacia las realidades del continente. Pero por el momento me abstendré de estas consideraciones generales. La importancia de Europa puede sobrestimarse fácilmente; y la realidad latinoamericana, al igual que el cine latinoamericano, es objeto de otros artículos [...]. Me dirigiré a la realidad cubana tal como se refleja en los documentales. Esto significa que comenzaré con problemas casi puramente profesionales.

Ayuntamiento de Madrid

En una evaluación corriente, práctica, pero no infalible, de las películas se utilizan las palabras "no proyectable", "proyectable" y "regular" para describir las películas de menor calidad. Es sorprendente que, de más de cuarenta películas, el cincuenta por ciento pertenezca a estas categorías. Tanto la cantidad de talento como las posibilidades para la creación son tales que debía dar origen a un menor número de películas en estas categorías, no siempre "malas" pero a menudo indiferentes.

En este grupo encuentro films que son —en realidad— no muy buenos. Dejan al espectador con la sensación de que nada se ha logrado. A veces son difícilmente comprensibles. Ejemplos de ello son **Burgos y Plenaria educacional**.

Pero en este grupo también se encuentran películas con indudables virtudes, como por ejemplo, **Crónica de mi familia**, en ocasiones altamente sensitiva y rica en atmósfera. Aun así, sentimos que la película trata de lograr algo más, y ese algo más falta. Otro ejemplo es **Los del baile**, que captura el gusto y el mal gusto de mucha gente; es alegre y humorística, pero no lleva al espectador a ninguna parte —ni siquiera a una interrogación o a una "sensación" definida— simplemente termina.

La mayoría de los films de este grupo son de otro tipo, o más bien, de otros dos tipos. El primer tipo es el "indiferente". O el director permanece indiferente al asunto, o por lo menos el espectador se hace indiferente al mismo.

Mencionaré algunas películas como ejemplo de esto. ¡Y no debe interpretarse que quiero arrojar una especie de "mancha negra" a estas películas en particular! Hay más películas de este tipo. Lo que deseo es describir una **tendencia**, no películas particulares ni directores particulares que deban ser estigmatizados con la etiqueta de "indiferentes". Especialmente no a los directores: podemos comprobar esto muy claramente con sólo observar el resto de sus obras. Muchos directores de películas "indiferentes" también han realizado películas vividas, vinculadas a la realidad e imaginativas. Esto no tiene relación alguna con la integridad personal o artística. La dolencia —si es una dolencia— tiene otras causas. Pero primeramente, permitanme describir los síntomas en más detalle. **Los estudiantes y el trabajo agrícola** es un film estático de entrevistas que ciertamente deja indiferente al espectador. **Monte adentro** no despierta la curiosidad del espectador; tampoco lo hace **Felucho y Surgidero**, aunque ésta es una película sin pretensiones y se concentra en ciertos aspectos de la realidad. **Turiguanó** es otro film que lo deja a uno más bien frío por lo flojo de su estructura. Las fallas en la estructura constituyen una característica general de este grupo; otras dos fallas comunes son: 1) en el campo de la imaginación, que puede manifestarse en forma de poesía, atmósfera o humor; 2) en la "sensación" de la

realidad, que manifiesta su presencia en ocasiones violentamente.

Cuando pasamos de las películas "indiferentes" a otros tipos de películas no muy impresionantes merece la pena anotar que las fallas son más o menos las mismas —de estructura, de imaginación, de sentir la presencia de la realidad— pero las causas que las producen son otras. Películas como **El bosque bajo el puente** y **Caminos del saber** poseen una estructura débil —no porque el director no esté interesado, no porque les falte un buen tema central. Tanto el empeño como el tema están presentes, pero el director no nos lleva hasta el final del camino —ni siquiera hasta la primera curva. El tema permanece estático aunque contiene posibilidades de cambio, desarrollo y tensión.

Otros films tienen sus defectos individuales, pero todos se resumen en los mismos tres puntos que describimos anteriormente; problemas de estructura, imaginación y presencia (representación vivida) de la realidad.

En **El gran viaje**, la representación visual simplemente no es del todo buena. No nos convencemos de que este "viaje" sea en realidad tan "gran". **Hombres del cañaveral** tiene un enfoque realista y muchos detalles interesantes, pero le falta la estructura que pueda dar perspectiva y tensión al gran tema de la película, y se mantiene convencional. **El árbol de Moa** tiene tema, importancia e intenta una estructura. Vemos muchas cosas que el espectador recibirá con un firme "sí", pero quedan promesas que el film en su conjunto no cumple. **Un día en Fragoso** tiene una excelente secuencia de trabajo, pero se torna convencional cuando pasa a describir el descenso y la vida personal del pueblo. **Nuevo canto** permanece estática en las entrevistas; consecuentemente el gran tema de la educación de adultos raramente se toca y nunca se desarrolla.

A veces la forma se vuelve superambiciosa y hace demandas a la realidad filmada que ésta no puede cumplir (**La familia de un hombre**) o la ambición formal simplemente sustituye con una realidad inventada otra verdadera y muy prometedora (**El teléfono**). Las ambiciones falsas en ocasiones debilitan la estructura de otra manera. En **La herrería de Sirique** la estructura está gobernada por el comportamiento de los personajes principales, lo cual es el deseo del director. ¡Pero el resultado es que la estructura no está controlada en forma alguna!

Estos ejemplos deben ser suficientes para sustentar mi opinión, no para pintar un cuadro oscuro y pesimista del documental cubano, sino para hacer un diagnóstico de sus fallas más comunes, aunque admito que no es un diagnóstico muy exhaustivo. Pero cuando tratamos de concretar las fallas de estructura, imaginación y presencia de la realidad anteriormente mencionadas, nos es posible enumerar las "debilidades comunes" en la siguiente forma:

vicio más común es tratar de poner todo dentro de la película, el deseo de decirlo todo, la intención de caminar en todas las direcciones a la misma vez. Muy pocos directores parecen dispuestos a hacer sus películas en la forma que sugirió Alberto Cavalcanti: «Si quiere hacer una película sobre el correo, empiece con un sello.»

Esta tendencia es conocida en todo el mundo, pero se hace particularmente fuerte en Cuba donde existe una vasta y vigorosa realidad que reflejar. Esto conduce a la utilización de "clichés" en el proceso de realización de la película y en la selección de los métodos. En el patrón visual de las películas, los clichés cubren un amplio campo que va desde detalles tales como secuencias antes de los créditos, foto-fijas, utilización demasiado frecuente de titulares, hasta algo muy fundamental, que es la cámara paseándose descuidadamente como en el free-cinema. La utilización del sonido es a menudo puramente naturalista y de poca importancia: la música se usa como sobre cubierta y las entrevistas muchas veces no salen bien, ya sea porque la calidad técnica es mala o porque las palabras son demasiado accidentales para tener significado. En el tratamiento de los temas, una rutina se ha impuesto por sí misma a los directores: trabajar (un poco o bastante), comer (destellos), dormir (un poco), lavar (el toque femenino), sonreír (mucho), cantar (mucho).

Esto puede parecer demasiado duro. Pero asumamos, sólo como hipótesis de trabajo, que contiene algo de verdad. En ese caso, no basta con declarar que podemos encontrar estos defectos y que ellos afectan la estructura, imaginación y presencia de la realidad en los documentales. Debo al menos intentar decir por qué. Buscar una respuesta significa hurgar en la historia del documental cubano. Es un principio, la presencia y vigor de la revolución controlaba la estructura y el mensaje de los documentales. Nadie se preocupaba mucho de la forma y el estilo. No había necesidad de hacerlo, y esta no-preocupación era y es la virtud de los primeros documentales. Expresaban la rebelión —tal como se lo proponen la mayoría de los artistas— y esta rebelión se incorporaba fácilmente a la revolución, se identificaba con ella. Al madurar la obra de estos directores, se hizo evidente cuán fuerte era este impulso de identidad, qué bien encaminados estaban los directores al dejarse llevar por él. Desde ejemplos tempranos como *Asamblea general*, hasta películas bellamente estructuradas y cuidadas como *Y me hice maestro*, *Colina Lenin* e *Historia de una batalla* surgió la convicción de que la revolución proveía la estructura, nutría la imaginación y era en sí misma garantía de la presencia vital de la realidad. La convicción funcionó, la revolución funcionó, las películas funcionaron!

Pero, ¿significa esto que en la situación actual

estas ideas deben abandonarse? Ciertamente no, pero significa que deben revisarse y profundizarse. En el entretiem po se produjo una reacción que necesariamente tenía que producirse. Todo no es tan sencillo. El pasado sobrevive a pesar del impulso revolucionario, si no en el foco central de los acontecimientos, por lo menos en los márgenes de la vida y en las mentes de los hombres. Dos documentales de "recuerdos" de 1963 ilustrarán esto: *El parque* y *Una vez en el puerto*. En el primero vivimos con aquellos a los que la revolución deja atrás, no porque estén contra ella, simplemente están fuera, no pertenecen. El segundo muestra frustraciones del impulso revolucionario. No trata de crear filosofía barata a partir de «toda empresa humana es imperfecta, también las revoluciones», pero toca una cuerda pesimista y dudosa, que pudiera muy bien estar justificada, pero que aparece sin balancear. Merece la pena subrayar que estas dos películas eran ricas en estructura y otras cualidades cinematográficas, aun cuando distaron mucho de ser exitosas. Aprendieron y utilizaron las lecciones que el primer periodo de impulso revolucionario había enseñado.

Estamos ahora en un tercer periodo en el cual sabemos que las contradicciones de la realidad no dan primacía a las ideas; que los deseos, las emociones y el intelecto no gobiernan la realidad a no ser que se nutran de ella; que la memoria no desgarnece la realidad, pero que a través de ella podemos enfrentarla en un mismo plano, con un espíritu de nueva rebelión o de exploración de su naturaleza.

Los documentales cubanos que he mencionado no han abordado estos problemas del tercer periodo. Los realizadores de esos documentales se han movido eclécticamente entre distintas posibilidades. A veces han tratado de nutrirse del impulso revolucionario original, pero han repetido consignas en lugar de crearlas, dando frecuentemente por resultado clichés. Han evitado las posiciones negativas del segundo periodo porque sentían que eran incorrectas, pero no han sido capaces de reemplazarlas, de poner la crítica activa en lugar de la resignación negativa, de pagarle a la revolución las cuentas que le deben, es decir, dando impulsos en lugar de recibirlos. Sé que esto es muy fácil de decir. Pero también es correcto. Yo no soy el que debo probarlo. Otros films, también documentales cubanos, lo han hecho. Otros films cubanos han demostrado que la estructura y la tensión son cosas que no surgen de la nada, sino elementos que deben buscarse en la propia realidad, utilizando sus movimientos, sus excitantes ritmos y sus tensiones crecientes; que la imaginación no es una cuestión de pura fantasía; que el humor y la poesía pueden ser sugeridos por las imágenes contrastantes de la realidad; que la presencia, a menudo violenta, de la realidad sólo está limitada por la voluntad del artista de encararla.

Antes de proceder a analizar aquellos documentales cubanos que en mi opinión prueban la capacidad de la cinematografía cubana para tratar los problemas del tercer periodo, me permitiré una breve digresión teórica. Se refiere a la **imaginación**. Mientras que resulta obvio —espero— que la estructura cinematográfica debe ser la estructura dinámica de la realidad misma, utilizando sus tensiones, contrastes y ritmos; mientras que también resulta obvio —espero— que la violenta presencia de la realidad es algo que debe buscarse, hurgarse, llevarse a un primer plano y por último, **tenerla** en la película, con la **imaginación** la cosa es distinta. En las dos direcciones anteriores, la mayoría de los artistas están dispuestos a aceptar la primacía de la realidad (lo que no implica el realismo, ni mucho menos el naturalismo). Pero cuando pensamos en la **imaginación**, la mayoría de nosotros se inclina a contemplarla en términos de una contribución personal del artista que surge de la subjetividad más recóndita de su psiquis. En la imaginación **jugamos** con la realidad, pero más bien nos oponemos a aceptar su cruda presencia y fuerza sobrecogedora como factor imaginativo en sí mismo. Para abundar un poco en este aspecto, citaré algunas líneas de un artículo de José Massip aparecido en el nº 40 de **Cine Cubano**. Dice: «Para describir al héroe, al **personaje**... la novela, y aun el teatro, requieren el concurso de la imaginación del lector, o del espectador, lo que, por supuesto, debe tomarse como una virtud de estas artes...» Más adelante añade: «El método de narrar la trama del cine ha reducido hasta ahora, por lo general, el concurso de la imaginación del espectador. El cine no sólo sitúa al héroe ante los ojos del espectador, etc.»

No deseo, sobre estas bases, polemizar con Massip. Ante todo, porque no sería justo, ya que más tarde en el mismo artículo da al cine su independencia artística por derecho propio, aunque parece mantener algunas reservas con respecto a la imaginación. Pero, en las frases citadas, Massip repite una vieja "verdad" sobre la imaginación, el arte y la cinematografía que necesita ser revisada. Ante todo, huele a "cine de ficción". No podemos entretenernos en esto ahora, debemos dejar el problema de deslindar la ficción en el cine de ficción para otro momento y lugar.

Esto toca también algo fundamentalmente cinematográfico. Todo el artículo de Massip trata sobre la interrelación existente entre la palabra y la imagen. ¿Es cierto que la imaginación sólo entra en acción, por ejemplo, cuando leemos y tenemos que "imaginar" los personajes o sucesos a partir de las palabras que leemos; que la cruda realidad vista u oída (como en el cine) no deja campo para el "juego" de la imaginación? Creo que aquí hemos llegado a la raíz de un error muy frecuente. La imaginación que parte de la palabra está, entre otras cosas,

limitada por la experiencia —tanto de las palabras como de la vida— del escritor y del lector. Esto no impide la imaginación, pero le impone ciertos límites, ya que hay que tomar en consideración tanto al lector como al escritor. ¡No se necesita tener mucha "imaginación" para imaginar esto! Las connotaciones y colores de las palabras están limitadas por el propio escritor. Estas limitaciones se hacen más severas cuando entramos a considerar al lector, a **cualquier** lector. Existe algo así como el "cliché de la palabra". Y si el lector es un director de cine, frecuentemente podemos presenciar cómo se estrangula la imaginación, porque ésta debe corresponder a la serie de significados e "imaginaciones" que el lector-director de cine es capaz de extraer de las palabras. Hasta qué punto puede ser imaginativo el uso de las palabras dependerá en última instancia de la totalidad del sistema cultural. ¿Cuántos significados del sistema de símbolos llamado lenguaje son compartidos por cuántos miembros de una sociedad dada?

Esta es una pregunta decisiva. Es innegable que en la sociedad capitalista el artista y una minoría exclusiva comparten un alto grado de interpretación imaginativa de las palabras. Ni las masas, ni la clase gobernante participan de esta "experiencia compartida". Si se les toma en consideración —y debe tomárseles, ¿no?— las limitaciones impuestas a la imaginación son muchas, y el cliché y lo banal están a la vuelta de la esquina.

En una sociedad revolucionaria como la cubana, que aun está retrasada en muchos aspectos, esta verdad se mantiene en pie, aunque por diferentes razones. Tomando todo esto en consideración, no parece algo natural, sino más bien un milagro, el que la imaginación, a través de palabras, haya logrado resultados tan maravillosos como lo ha hecho.

Tomemos ahora el caso del cine. La presencia de la imagen concreta y del sonido impediría la libre actividad de la imaginación. Un fiel defensor del cine de ficción discurriría en esta forma: si es imprescindible utilizar la infamante imagen real y el sonido, lo menos que podemos hacer es inventarles un contenido creando así campo para la imaginación. La naturaleza de la realidad artística es distinta. La propia realidad, vista u oída, presenta tantas connotaciones a todo el mundo que una imagen concreta dada hará surgir inmediatamente una serie de símbolos y asociaciones en la mente del espectador. En otras palabras, pondrá en funcionamiento su imaginación. La propia "extensión de la realidad" (para utilizar un término conocido por los cineastas cubanos desde 1964) es el campo de la imaginación.

Las tomas de los establecimientos pertenecientes a los contrarrevolucionarios cubanos —en **Cerro Pelado**— ¿estimulan la imaginación o la limitan? Las prostitutas cubanas que aparecen en el mismo film, ¿frustran la imaginación o la encienden? La

canción de **Now**, que es la principal relación palabra-imagen, ¿limita o multiplica los factores de la imaginación?

No prolongaré esta disputa, que ya era una pseudo-disputa hace cincuenta años, cuando se discutió por primera vez el arte cinematográfico. La realidad concreta, tal como el cine la utiliza, no impone limitaciones al funcionamiento de la imaginación. Al contrario, le abre nuevas posibilidades. Y algo más, de significación política de primer orden: es una vieja verdad, expresada por Lenin, que el cine es la más importante de las artes. Podemos dar un significado más exacto a esta verdad si reconocemos que está dentro de las capacidades del cine el liberar la imaginación de las masas con mayor fuerza que las palabras, porque el compartir realidades es más común que el compartir una cultura desarrollada, basada en conceptos y símbolos. El significado revolucionario de la cinematografía radica allí exactamente, en la esfera de la **imaginación**. Nunca desentendió en el hecho simple de que el cine fuera un excelente instrumento propagandístico.

Lo lamento: aún en el terreno de la imaginación —último reducto del idealismo en la filosofía del cine— tenemos que confiar en la realidad y en sus posibilidades multifacéticas, sus asociaciones, sus connotaciones y su vuelo de símbolos.

Ahora echaré un vistazo a la mitad más exitosa de los documentales cubanos para descubrir cómo y dónde se asienta la estructura, se nutre la imaginación y se siente la presencia de la realidad.

En un documental reciente, **Canción de turista**, la imaginación depende en gran medida de la estructura que, aunque simple, conduce a un flujo de imágenes en el espectador por el choque en la edición de las imágenes que realmente ve. En el documental de hace tres años **Ociel del Toa**, las fluidas imágenes de la naturaleza y de los seres humanos encienden la llama de la imaginación dentro de una estructura que es tan real porque está tomada del propio rodaje; es la —o una— historia típica del lugar. En **Manuela**, a la que veo como sobre-desarrollo del documental (y no como una intrusión en el campo de la ficción), la cualidad imaginativa se enciende con la realidad de los acontecimientos —no son menos reales por ser reconstruidos— y es también esta realidad la que controla la estructura de la película: ella es la estructura. Si la estructura hubiera estado basada en el argumento y en los personajes (especialmente en su actuación y no en su propio ser), la película hubiera fracasado. ¡En realidad, es un argumento de una sola línea!

Aun aquellos documentales en los que la estructura no es muy fuerte creo que obtienen éxito parcial. Aunque sea únicamente por el hecho de que ofrecen a la imaginación posibilidades basadas en la realidad que dan a esa misma realidad una presencia física, una autenticidad, que es un estimulante más

a la imaginación. Quiero citar varios documentales que poseen esta cualidad, aunque son muy diferentes entre sí. El encanto de **Escuela de arte** depende de la poesía del movimiento, que se deriva de la realidad. Las sobrecogedoras verdades de la vida en **Sin dolor** se derivan de la realidad de sus imágenes. En esto, y casi exclusivamente en esto, radica su efecto. Muchos films ofrecen esta poderosa presencia de la realidad, que nunca deja de ser efectiva, aun en casos en que la estructura —que pudo también haber sido tomada de la realidad, pero que generalmente no lo fue— es más débil: **Vaqueiros del Cauto**, **Hombres de Renté**, **El ring**. En **La fiesta y Grandes y chicos** la realidad presente logra un encanto, una poesía cotidiana, que es producto genuino de la imaginación cinematográfica.

La imaginación también puede aparecer en forma más pura, favorecida por el hecho de que, aun en la fantasía, el film no pierde su contacto con la tierra: **Análisis**.

Esta lista pudiera ser muy larga, porque hay muchos films que han comprendido esta verdad: para representar la realidad es necesario presentarla. Esta es la condición primaria, y una vez aceptada y hecha realidad facilita la tarea de transmitir el sentimiento de realidad en el ya mencionado tercer periodo, en que las cosas deben investigarse y los valores deben mostrarse, no propagarse ni darse por sentados.

Esto puede expresarse en pocas palabras. No son exhaustivas, pero dan una idea: si se utilizan los métodos del primer periodo para expresar la realidad del tercero, se cae en los clichés. Si se utiliza el enfoque del segundo periodo para tratar la realidad del tercero, el resultado es la indiferencia o la ambición falsa. Sólo si se va a la realidad sin temor —ni de la realidad, ni de criticarla— se pueden realizar los films del tercer periodo.

Este aspecto particular comprende el factor de **información**. Este factor juega un papel importante en algunos documentales, por ejemplo, **Nace un bosque** y **Oro de Cuba**. Ambos son films bien realizados, utilizando la imaginación realista de la imagen filmica sin olvidar jamás la presencia de la realidad física. Su estructura descansa en gran medida en el factor y la necesidad de información. El conocimiento que el primero imparte sobre selvicultura y el segundo sobre azúcar forma el marco de la estructura. Utilizar la información como el elemento estructural es algo de mucha importancia y completamente legítimo, sólo ligeramente despreciado por aquellos que tienen un concepto muy anticuado sobre lo imaginativo.

Pero aparte de estos documentales, existe una rama íntegra, un género aparte, llamado "científico-popular". Estos documentales tienen como propósito declarado el informar. Esto no impide que pongan la imaginación a trabajar; sobre seres humanos (**Futuro**), **Seguridad en el trabajo**, sobre la técnica

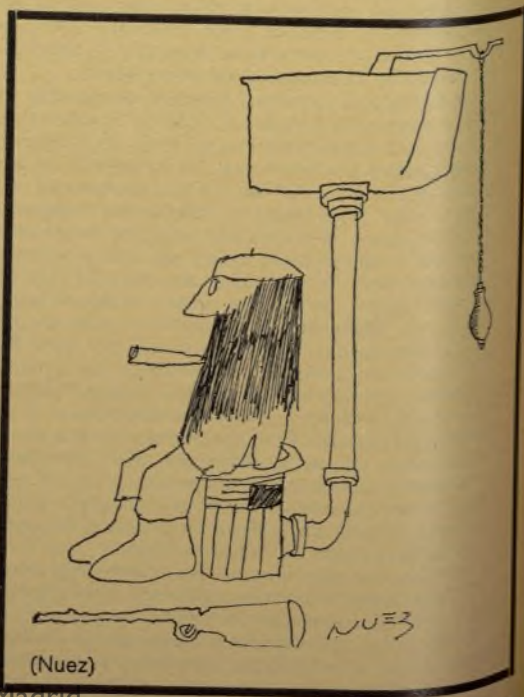
(**Técnica de la victoria**), sobre la industria (**El azúcar**). Tampoco impide combinar el humor con la información (**Cria porcina**). Lo que sí hace el propósito informativo es proverlos de un objetivo que sirve de guía y modelo para la estructuración de los films. Los documentales científico-populares son estructuralmente mucho más fuertes que la mayoría. Si añadimos a esto su innegable enfoque realista, no puede dudarse, no importa lo paradójico que parezca, que en principio se acercan más a las demandas esenciales del documental que la mayoría de los documentales que se están produciendo en este momento. ¿A qué me refiero exactamente cuando digo que la estructura tiene que ser la estructura de la realidad, con sus tensiones y contrastes? Los mejores documentales cubanos son ejemplo de esto. Para no hacer demasiado larga la lista de honor, mencionaré sólo tres films: **Ciclón**, **Cerro Pelado** y **Pesca brava**. En los films de Santiago Alvarez, de **Ciclón** en adelante, realmente son los contrastes y las tensiones de la propia realidad los que han contribuido a sus estructuras. No es el ávido tema propagandístico impuesto desde afuera el que ha hecho efectivas estas estructuras, sino una necesidad interna, surgida de la estrecha observación de la realidad.

La lucha entre la naturaleza y el hombre en **Ciclón**, mostrada sin palabras, un comentario a través de imágenes que fluye de los movimientos de cada parte: los movimientos irregulares y violentos de la naturaleza airada y los movimientos conscientes, dirigidos, controlados de los hombres en lucha contra el desastre. ¿Qué tipo de hombres? ¿Qué tipo de sociedad? No es necesario decirlo: surge de la realidad, del movimiento de la estructura. En **Cerro Pelado** la lucha tiene su contrapartida en el movimiento del barco, de la gente, del deporte, de la manifestación, del viaje, del descanso, de la espera frente a las costas de Puerto Rico. Todo parece haber sido hecho para el cine; pero un hombre con un talento menos agudo para observar la realidad, para extraer de la realidad lo que necesita, pudiera muy fácilmente haber estropeado el magistral argumento de **Cerro Pelado**. No estoy a favor de la blasfemia fácil, pero no puedo evitar el pensar en **Cerro Pelado** como el **Potemkin** de Santiago. Utiliza los elementos de su barco en forma muy similar a Eisenstein. Por supuesto, esto no dice nada sobre los valores artísticos del film, pero dice algo sobre el efecto verdaderamente cinematográfico de **Cerro Pelado**.

En **Pesca brava** sentimos al director-camarógrafo que hay en Tucho Rodríguez buscando su camino de la imagen concreta a la estructura, así como el impacto físico y emocional surgido de él en una "historia" sólidamente construida al estilo de Flaherty, que en realidad no es una historia. Puede aducirse que el mensaje —por ejemplo, en

los films de Santiago Alvarez— es más bien simple, reminiscente del primer período. Es cierto que sus estructuras son simples, pero no debe olvidarse que el impulso revolucionario proviene de su interpretación de la realidad, la cual no es en sí necesariamente "revolucionaria" —por ejemplo, en **Ciclón**— en otras palabras, se han invertido los papeles. El tercer período está —creo— comenzando a pagar las deudas del primer período en el sentido de que del cine pueden provenir nuevos impulsos.

Esto concuerda con algo con que siempre han soñado los cineastas, sin jactarse de su propia importancia: la historia siempre ha sido algo que nos ha sucedido a nosotros. Nos gustaría hacerla también, algún día.



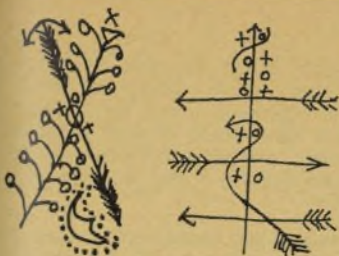
(Nuez)

Miguel Barnet

La segunda africanía

El aporte de África a la música cubana

Marcas gráficas de los congos



La espesa fronda etnográfica cubana tiene un acuoso y persistente escudriñador. Las raíces de nuestra cultura, los trillos, las veredas más anchas conocen las manos gruesas y pacientes de su más apasionado explorador. Los estudios de la música cubana, de la etnografía, del folklore, de la historia y sus procesos de transculturación; los seguidores de este maestro marchan sobre sus huellas, sobre las profundas huellas que en el campo de las ciencias sociales trazó don Fernando Ortiz.

Su aporte al estudio de la música cubana, en particular, no es el de un especialista riguroso. Por tanto, no puede ser un aporte definitivo, sino el primer aporte serio, de observación inteligente y conclusión atrevida. Sin embargo, las peculiaridades descubiertas por él significan tanto para los futuros estudios musicológicos de Cuba como el hallazgo de virtudes curativas en ciertos hongos de cultivo para la medicina terapéutica. En Cuba no existieron —son pocos los que en este momento trabajan en ese terreno— especialistas en esa disciplina tan novedosa que es la musicología. Esta podría ser una excusa muy a mano para Ortiz. Pero él no la utilizó a su favor. Marcó un hito, abrió una brecha con instrumentos nuevos aunque de poco alcance.

La dificultad para Ortiz tuvo dos cauces igualmente inextricables. De una parte, la escasez de informaciones sobre temas que raras veces se fijan y transmiten por la escritura, como son los folklóricos. De otra parte, la carencia de los medios adecuados para el sondeo técnico. Para emprender este trabajo inicial Ortiz enfocó el tema con una visión integral. El estudio de la música afrocubana, como hecho social que es al fin y al cabo, exigió esa consideración detenida, rechazando simplismos y esquemas prejuiciosos. Ortiz se opuso a esa tendencia muy generalizada a la cual eran proclives sobre todo los presuntos musicólogos de su época y que concebía la historia de la música popular de Cuba

« como una relación biográfica de músicos y un catálogo cronológico de sus composiciones, sin referencia a los muy complejos factores humanos que la hicieron germinar, crecer, dar frutos diversos según los tiempos, las sustancias que alimentaron sus raíces y las brisas o ráfagas que movieron su follaje ». Y no es sólo con sus textos con lo que Ortiz hace despertar este interés por el estudio sistematizado de las músicas populares. En 1936, sonaban al público en un acto cultural los tambores batá; se escuchaban los cantos rituales y se bailaban danzas de un wemilere. A León se ha referido a esta presentación en los siguientes términos. « Por primera vez en la historia de la cultura cubana la música sagrada de los lucumis salía de sus recintos y se llevaba a un espectáculo, ilustrando una conferencia. Se rompía una barrera de prejuicios raciales en nuestra cultura y una música que había venido dejando sus huellas en el complejo musical cubano, se hacía presente. A partir de ese momento la música de los grupos filoyorubianos requería que se la tomara en consideración por los próximos investigadores del folklore. »

Era la época en que Sánchez de Fuentes, gran músico cubano pero intérprete chato y parcial, desataba un terrorismo sin treguas contra las influencias negras en nuestro complejo musical sonoro, enarbolando el mito de las supervivencias indias en la música de Cuba.

Fernando Ortiz asume una posición crítica frente a este criollo de champola de guanabana y guayabera impoluta que puso su popularidad como compositor de habaneras y canciones « al servicio del error ». En disidencia con esta conducta de Sánchez de Fuentes y apoyado en las más precisas anotaciones, don Fernando escribe este libro con espíritu polémico, reconociéndose de entrada vencedor en la batalla. Donde no tuvo un apoyo unánime pero sí una razón aplastante. Su libro más conceptual, su caballo

de batalla : **La africanía de la música folklórica de Cuba**, que ahora edita la Universidad de las Villas. Cuatrocientas noventa páginas de documentación sobradamente extensa si tomamos en cuenta las limitaciones que tuvo que afrontar el autor en campo tan inexplorado como es el de la música afrocubana, donde los estudios hasta el momento de iniciar su trabajo Ortiz, estaban en la fase más embrionaria.

La importancia de este libro no se reduce al ámbito de la musicología. Su alcance es mayor por cuanto sitúa valores de nuestra cultura en su justo lugar, aclara el concepto de nacionalidad cubana y derriba los altos muros de prejuicios y nimiedades erigidos por la ignorancia de unos cuantos intelectualillos de la República incipiente. La lista de productos típicos de Cuba es vasta. Pero los de más demanda son indudablemente la música y la danza. Importados, exportados, reimportados, pasados por el filtro de la sensibilidad criolla, los factores y elementos que constituyeron nuestra genuina musicalidad provienen de antecedentes muy disímiles : el africano y el hispánico. Y aquí está la clave de la cuestión. El punto álgido. Uno de los factores, el africano, naturalmente, fue negado de plano.

Nuestra música paseó, deleitó, influyó con pujanza en otras músicas, volvió siempre, va y vuelve como música folklórica que es al fin, mistificándose o, mejor dicho, la deformaron los ambiciosos propulsores del mercantilismo, pero no perdió las raíces en su tierra de origen. Ortiz se ocupó de estudiar estas raíces. Negándose a admitir productos híbridos. Negándose a aceptar gato por liebre. Su propósito fue el de iniciar el estudio histórico y etnográfico de la música folklórica de Cuba, en cuanto a sus manantiales negros, o sea « de la música afrocubana, sobre todo de su historia social ».

Con el superobjetivo, lógicamente, de echar abajo la tesis manca de que la música cubana está integrada por factores indígenas e hispánicos y que lo africano llega como complemento pero no concurre como factor determinante. En su afán erudito, Ortiz hace incursiones un poco innecesarias en fuentes bibliográficas e históricas. Esto puede agotar al lector, desviarlo quizás, pero es una técnica vieja en el autor y si Jesucristo nació con barbas, pues déjenle las barbas. No vamos a reproducir la argumentación contrapuntística que llevó a cabo Ortiz frente a la sarta de errores contenidos no sólo en Sánchez de Fuentes sino en autores como Roberto Mateizán.

Analizaremos algunos capítulos principales, entresacando aquellas referencias donde se citan los elementos o caracteres de la música africana que han influido sustancialmente en nuestra manera de sonar. Empezaremos aludiendo al primer capítulo. Ya aquí podemos introducirnos en la médula del libro. El autor, como es su costumbre, anticipa el

tema de su ensayo. Luego de citas insospechadas, referencias al Diablo, a Alá, exégesis falsas que planteó la Biblia, nos lleva como de la mano por las corrientes que han podido confluir en la música de Cuba. Las cuatro corrientes étnicas que « **grosso modo** pueden denominarse india, europea, africana y asiática ».

Todas estas culturas han tenido influencias obvias en la formación de la música de Cuba, excepto las llamadas indias. Aclara Ortiz : « La cultura sinica ha tenido en Cuba una importancia musical tan cierta como muy escasa y casi inadvertida. Las influencias de las otras culturas genéricamente señaladas como blancas o negras, han sido importantísimas, intensas, permanentes y muy variadas. » Y el estudio de ellas y especialmente de la corriente afrocubana ha servido para investigar toda la etnografía, la historia social de Cuba y la posición en ella de los negros y los blancos. Ortiz abunda en este tópico : « La formación y la trayectoria históricas del pueblo cubano están expresadas en su música, pudiera decirse que la vida de Cuba ha vibrado siempre en sus guayos y tambores, se ha movido siempre en sus danzas y se ha traducido en sus canciones. »

Como escribio Lola Maria : « ¡ Cuba mi tierra adorada con su eterno enigma siempre interpretado por la masa del baile ! »

Al estudiar la música afrocubana Ortiz ha recurrido a las fuentes religiosas. Es bien sabido que nuestro folklore posee un poderoso trasfondo religioso. Y la música de los ritos de los distintos grupos religiosos de origen africano que sobreviven en Cuba ; tanto la lucumí o yoruba, la carabalí, la conga o la arará, han aportado el mayor cúmulo de elementos para nuestra expresión musical nacional. Estos elementos no han sido analizados por separado, tomando en cuenta sus orígenes y características. El estudio sistemático de ellos se hace apremiante. En **La africanía** se esbozan rasgos de estas músicas, pero aceptados genéricamente, sin poder precisar a qué lengua o pueblo atribuirlos. En el caso de los yoruba el examen es más detallado porque es ésta la cultura que más legó a Cuba en materia de música. Pero nunca sería suficiente ocuparse únicamente de los yoruba. Los grupos que convergen en nuestra cultura son tan variados y con músicas tan distintas y ricas que excluirlas es dar una imagen muy parcial, parcialísima, de la música folklórica de Cuba. La música arará, por ejemplo, reviste una importancia muy grande por la forma en que se produce : batiendo palmas, dándose golpes en el pecho, haciendo ruidos onomatopéyicos, etc. Es una música con ciertas similitudes yoruba aunque de ritmo más acelerado, lo que la distingue perfectamente en los rituales de santería, donde se canta para invocar algunas divinidades arará que tienen su equiparación

en el panteón de los santeros; el más popular y extendido de la Isla.

La música carabali, de los grupos abakua o ñañigos, la conga de los paleros, la iyesa y otras de grupos que no son ya de raigambre religiosa sino profana como las sociedades de la Tumba Francesa y las Carabali —Carabali Olugo y Carabali Izuama de Santiago de Cuba, así como la música terriblemente telúrica de los haitianos que, luego de emigrar a Cuba como contratados para trabajar en las plantaciones azucareras, constituyeron familias y organizaciones sociales como el Bande Rará, especie de fiesta colectiva circense celebrada en Semana Santa— no ha sido estudiada aún. Y el estudio que esta música demanda no ha de ser sólo histórico o sociológico sino uno estrictamente musicológico, de modo que sea posible precisar cuáles son los elementos de cada una de estas instituciones que han influido más en el complejo repertorio de géneros con que cuenta nuestra música popular.

En ocasión del apogeo del mozambique, ese producto que para algunos resulta novedoso y para otros añejo, escuchamos versiones como la siguiente de folkloristas con un aguzado oído musical: «El mozambique surge de la música iyesa, si no prestamos atención al golpe del tambor mayor.» Otros se inclinaban a la tesis de que el mozambique, ese producto novedoso, repito, pero pasajero, provenía naturalmente de la música de los grupos de conga santiaguera, de la manera de sonar del Cocuye o de Los Hoyos. Estas no son más que conjeturas sin una fundamentación que permita su veracidad. De existir trabajos que desmenuzaran estas músicas, las tesis seguramente tendrían una posibilidad de certidumbre mayor. Me parece oportuno señalar algunas observaciones que creo necesarias para el enfrentamiento futuro con temas de la música popular de Cuba. Prevenir sobre todo acerca de la peligrosidad de numerosas opiniones que circulan en torno al origen y desarrollo de nuestra música. Opiniones que pueden contribuir a mal informar al público nacional y extranjero y que se concretan en los siguientes puntos principales: Tomar como música auténtica de Cuba una música híbrida y comercial surgida en circunstancias especiales. Música que ha recorrido el mundo, adulterándose fácilmente. Este hecho encuentra un adversario inflexible en Ortiz, quien sólo analiza en su obra la música de una genuina carta de nacionalidad cubana. Evitar digresiones perjudiciales por cuanto abruman al lector y no aportan elementos concretos para el estudio de la música. Digresiones como la de estimar que la guachacha surge de la ópera italiana, pues ya ha habido presuntos músicos que han lanzado esta descahellada teoría.

Subestimar el aporte africano, limitando su importancia al elemento rítmico. Considerar que el punto guajiro es aburrido, monótono y que carece de

riqueza melódica. Asegurar que el campesino no crea música, sino que repite fórmulas tradicionales; cuando con sólo interrogar por breves horas a uno o dos ejecutantes de punto, podríamos descubrir que ellos mismos han creado más de una tonada.

Y como estos, otros puntos que sería redundar demasiado si los enumeráramos, ya que el propio Ortiz se ocupó de aclararlos en su *Africanía*.

Esta es una de las grandes virtudes del libro. ¿Pero, y sus defectos? preguntará el lector. No creo que nosotros podamos señalarlos todos. Como no creo tampoco que podamos medir el alcance y la importancia de esta obra monumental. Especialistas futuros habrán de ocuparse de esta tarea. Ellos dispondrán de los útiles necesarios para medir la obra con precisión. Sin embargo, el libro adolece de un defecto demasiado ostensible.

El autor omitió el estudio de los niveles donde se produce esta música. No señaló estratos sociales, zonas o ubicaciones geográficas donde tal o cual género, o tal o más cual música sonaran. Así pues el libro se debilita notablemente. Prestándose esta laguna a las apetencias de futuros investigadores que seguramente la cubrirán. Tampoco se preocupó Ortiz —aunque esto ya es pedirle peras al olmo; sabemos que trabajó solo, que no tuvo el apoyo oficial y que incluso tuvo violentos detractores, pero hay que hacer esta observación para saltar demográficas donde aparecieran codificados los resultados de pesquisas sobre la procedencia, los oficios y las edades de los sectores practicantes de las distintas modalidades musicales. Algún día habrá que realizar este trabajo a la luz del enfoque sociológico. Entonces veremos, será como únicamente podremos ver, como el factor económico ocupa un lugar determinante en la creación de la música popular de Cuba. Mientras tanto, y mientras el mapa etnográfico de Cuba no esté trazado, sólo podremos remitirnos a esta obra de Ortiz, que, junto con algún que otro trabajo de Argeliers León, Urfé o María Teresa Linares, constituye el punto de partida confiable y único.

La *africanía*, entrando ya en una apreciación más subjetiva, es una obra abrasadora. El lector no puede sustraerse al encanto que producen sus páginas. Es, casi pudiéramos decir, una obra taumatúrgica. Yo creo que lleva a la pasión. Ante todo por el uso tan adecuado de los ejemplos. Porque la erudición de Ortiz es utilitaria. Sus conocimientos están en constante mutación, se equilibran, se interrelacionan, para cumplir su verdadera función dinámica. Quizás algunas referencias parezcan nimias o incoherentes. Así quedaron al autor y si decidió publicirlas fue porque creyó que en ellas el lector podría hallar cosas hasta hoy poco observadas o totalmente inadvertidas. Sin duda es un prodigio del autor esta habilidad en el empleo de citas y referencias. Para los que desearían el uso de estas citas Ortiz se

adelantó reparando : « Ciertos aspectos de este estudio para alumnos estarán algo sobretabajados, como se dice ahora, y con páginas demasiado rellenas de datos y opiniones ajenas. De esta manera el lector podrá hallar en nuestra monografía mejores sustancias y sabores que los de nuestra casera elaboración, como pasta de guayaba hecha con azúcar sin refinar pero mechada con finas jaleas. El principal propósito que nos guía es el de proporcionar a nuestros compatriotas, los cubanos, y en general a los lectores hispanoparlantes, la traducción y síntesis de ideas contemporáneas fundamentales para el conocimiento histórico y social de nuestra música ; las cuales rara vez son traducidas y puestas al alcance de estos pueblos, tan necesitados como están de reafirmar la confianza en sí mismos, en sus genuinos valores y en sus positivas capacidades, y de ir perdiendo esos que hoy suelen con razón denominarse "complejos coloniales", que con frecuencia menguan sus energías colectivas. »

No se podrá perder de vista jamás la imprescindible función didáctica que han cumplido las obras de Ortiz. Y tratándose de *La africanía* mucho menos. En ella el autor es más historiador, más sociólogo que etnógrafo, más conceptual que expositor de datos. Es el maestro que con su férula despierta al alumno distraído. Es el combativo teórico. El que no se complace con saber, sino hasta que los otros sepan lo que él, el que quiere hacerse comprender por la mayoría contaminada de ignorancia. Por eso este libro es, repito, su gran caballo de batalla.

Ya el capítulo tres es toda una disquisición. Las alusiones a la música africana y a las teorías tocantes al origen del canto revelan la preocupación de don Fernando por dilucidar nuestra música. Su inmersión en el campo de la poesía, del valor mágico de la palabra en locuciones religiosas, conjuros, invocaciones, lo lleva a las antiguas liturgias sacromágicas de Egipto y Grecia, de los Vedas, como punto de contacto con las de los cultos afrocubanos. Resulta admirable el conocimiento que demuestra Ortiz del lenguaje oral, de sus secretos, de sus fórmulas y de su presencia en la música como complemento necesario para expresar una emoción. Gracias a esta profundización en el mundo de la palabra llegamos a comprender su verdadero papel en los cantos afrocubanos. No se trata entonces de una decoración para la mayor solemnidad de una ceremonia ; el lenguaje adquiere con la música expresiones enfáticas y emotivas.

Cuba ofrece un caudal de buenos ejemplos de este fenómeno donde la poesía se completa en su valor fónico y emotivo con la música.

Tomemos los sýdere que son, en rigor, invocaciones de los babalao cantadas en voz baja sin coro ni acólito y dirigidas a una deidad durante un proceso adivinatorio. Aquí cada palabra tiene su valor mágico independientemente del literal. La palabra va sufriendo

alteraciones según se quiere expresar una alegría o una tristeza, un « camino bueno o un camino malo ». Con los ejemplos que pone Ortiz basta para quedarnos satisfechos. Aunque con sólo acudir a un ritual lucumi o congo podemos notar estas características de la música afrocubana directamente. El uso de la jitanjáfora, o sea el predominio del valor fónico sobre el semántico, es también un rasgo definidor de la música afrocubana. Y ésta ha influido en la poesía escrita de nuestro país notablemente. Alfonso Reyes se encargó de describirla en su *Alcance de las jitanjáforas* (Avance, 1930). Poetas como Guillén y Ballagas la supieron reconocer, asimilándola.

El ululato, o el « humming », como dicen los norteamericanos, lo podemos notar igualmente en la música de los arará y de los yoruba. Aunque entre los arará parece prevalecer. Nos viene a la mente el canto : *Eya timbo, ya tambo/ maito no mi/ humm... humm.../ maito no mi*, etc.

Los congos en sus increpaciones a la prenda o receptáculo mágico o en sus rezos lo utilizan también. Arrodillados o formando círculos entonan largas plegarias cantadas en frases cortas que más bien parecen salmodias por el tono y la solemnidad que le imprimen. Expresiones como ¡Hum...!, ¡Ay!, ¡Ehl!, son corrientes en estos cantos.

« El influjo africano se manifestó en el lenguaje castellano, salpicando su vocabulario criollo regional con numerosos afronegrismos y con variedad de fonemas, giros y modalidades prosódicas y sintácticas, pero sobre todo penetró en la música. »

En el cuarto capítulo resaltan el ritmo y la melodía como factores integrantes de la música desde sus fases más embrionarias. Aquí, con espíritu análogo al de los capítulos anteriores, Ortiz arremete contra las infundadas teorías de algunos para quienes como a Sánchez de Fuentes la música negra de Cuba sólo tenía ritmo y más que música era sólo ruido. La música negra de Cuba, según él, « en su aspecto melódico proviene de la blanca ». « La música afrocubana, escribió, tiene el ritmo que trajo de África a la Isla en la colonización y la melodía que se formó en Cuba consecuentemente con nuestro ambiente. » A lo que Ortiz agrega : « No hay duda de que la música afrocubana ha recibido la mayor parte de su riqueza melódica de la música blanca ; pero nadie puede demostrar que los negros abandonaron en Cuba sus melodías ancestrales, pues éstas aún resuenan cada día en este país para fervorizar a los devotos de los dioses africanos y muchas de sus cadencias integran hoy la triunfante música bailable popular. »

Don Fernando no deja de reconocer como elemento predominante de la música africana, el rítmico. Sin considerarlo, desde luego, privativo de ésta. Sabemos que la música de la India posee una gran riqueza rítmica. Asimismo la música china, la polinesia, la

propia española. Lo único es que los negros, por su carácter social, por su emotividad y por su genio intrínseco, han hecho del ritmo una categoría suprema en su vida cotidiana. Ritman para bailar, para cantar, para cazar, para rezar, para comer, para fiestear, etc. Greer refirió en su libro interpretativo de ciertas características manifestaciones de la estética africana: «Para el negro cada ritmo tiene un llamamiento emocional que nosotros, con nuestros embotados oídos, no podemos percibir; como no podemos apreciar los efectos violentos que Platón reclamara para los modos lídios y dóricos.»

En Cuba a mediados del siglo pasado el oído atento de una de nuestras costumbristas más sensibles, la condesa de Merlin, captó el significado que para los negros que construían las vías de ferrocarril tenía el canto ritmado entonado por ellos mientras colocaban los polines en la vía. Algunos de estos cantos de polineros han llegado a nuestros días, adulterados, naturalmente. En los ritos congos sobreviven estos *chants de travail*, donde el ritmo ocupa un lugar prominente.

Pero para ningún pueblo, ni siquiera para el africano, el ritmo es suficiente para expresar sus emociones. Eugène Talbot ha dicho que el hombre es un «animal cantor», nacido para el ritmo, la cadencia y la música. La evidente preeminencia de los valores rítmicos en la música negra no significa la carencia de los melódicos. Y en este sustancioso capítulo Ortiz se encarga de exponer magistralmente la diversidad melódica de los cantos africanos, sus delicadas, sus motivos, su encanto. También hace notar la variedad de las melodías afrocubanas, con escasos ejemplos que cualquier curioso podría ampliar con sólo atender un poco más desprejuiciadamente que como se ha hecho hasta ahora, la música de los distintos ritos que perviven en la Isla. Cantos como Lube o Erisi Balandé, reproducidos en las páginas 313 y 316, de los cripticos rituales de la secta bryumbá de los congos (Ortiz escribe bryumbá, lo que nosotros conocemos como bryumbá), han maravillado a musicólogos extranjeros, a visitantes africanos que nos han acompañado a estas ceremonias, precisamente por su calidad melódica. Porque son cantos o rezos más bien, a capella, donde lo único que se escucha además de las voces de un coro antifonal, es el repiqueteo de un tambor para iniciar el rezo. Estas melodías han sido llevadas al teatro por el Conjunto Folklórico Nacional, alcanzando un éxito extraordinario. Melodías lucumis o yombó; los cantos de Elegguá, de Oyá, los rezos para Oddua y en fin todo el vasto repertorio de esta música africana transculturada en Cuba, música de Cuba, es de una «melodicidad» asombrosa, melodías breves como apuntara Delafosse refiriéndose a los indígenas del África francesa, pero llenas de encanto y significación. Una de las citas que Ortiz selecciona con más acierto es la de Frie-

denthal; quien aún reprochando a los negros la brevedad de sus melodías dice de éstas: «Ningún europeo puede despreocuparse de la impresión que estas melodías causan al acompañarse de los ritmos. Ellas penetran en la sensibilidad del que las escucha, irresistible y poderosamente, casi hasta los límites rayanos en la angustia.»

Tomando en cuenta tales opiniones y observando la indudable calidad melódica de la música afrocubana, Ortiz desarrolla un extenso capítulo de corroboración y muestreo rechazando la tesis inconclusa que negaba a la música popular cubana su aporte de melodía africana.

Muchos autores y otros defensores vehementes, de pacotilla, han escrito que la melodía de la música cubana es española y que el ritmo es africano. No se han detenido a pensar cuán falso es este argumento. Ciertamente es que nuestra música está influida por algunas músicas europeas. La ópera italiana dejó una estela de matices en el cancionero lírico de Cuba, la norteamericana posteriormente ha ejercido influencia análoga en la canción más reciente (léase *feeling*). Pero han sido los compositores cultos los que han adoptado estos estilos. La música folklórica y la popular de ambientes rurales o suburbanos está impregnada de otras sustancias más arraigadas a nuestra tierra. De la música española y sobre todo de la africana. Y si hacemos un poco de historia veremos que este último factor es poderoso y determinante por razones tan convincentes como que por más de un siglo la música en Cuba, la música popular, estuvo a cargo de los negros que eran quienes se ocupaban de mantener las orquestas y los conjuntos musicales en Cuba, ya que era oficio degradante el de músico en los años pasados. Podemos decir que la antorcha de la música popular de Cuba la portaron y todavía, aunque hoy más compartida por razones históricas y sociales, la portan los negros, creadores de la danza, el danzón, el son, la rumba...

El caso del cinquillo, por ejemplo, uno de los aportes que nuestra música hace al mundo, una de las modalidades que la definen con más precisión, según Carpentier, lo importaron los negros haitianos, aunque Ortiz la propone presente en los tambores batá de la Santería. El cinquillo es una célula rítmica presente en las contradanzas cubanas que se traduce como registró Argeliers León en: corchea—semicorchea—, corchea—, corchea—, corchea—, corchea—, corchea—. Células africanas que proliferaron en Cuba, como el tresillo y otras que todavía despiertan interés para los músicos modernos. De lo que resulta inconcebible que en Cuba no haya una música sinfónica desarrollada a través de estas vías. Que después de los sondeos de Caturia y de sus logros, y de los de ese gran músico malogrado que fue Amadeo Roldán no haya una tendencia o un movimiento nutrido de creadores que partan de los

valores de la música afrocubana. La música popular sí ha tenido y tiene alta resonancia en el mundo entero. Ejemplos como el de Pérez Prado son aleccionadores y suficientes.

Pero los embriones de nuestra música sinfónica están todavía en proceso de laboratorio.

Cabe señalar, sin embargo, la iniciativa de algunos músicos extranjeros que han trabajado con los temas y ritmos de origen africano de Cuba. Ortiz curiosamente menciona a Edgar Varese, « quien emplea en su sinfonía **ionization** los instrumentos percusivos cubanos conocidos por claves, güiros, maracas y bongó. »

A nosotros se nos ocurre Gershwin, Copland que compusó un danzón, y algunas figuras del siglo

pasado como el alemán Gottchalk, romántico hasta el paroxismo, que en su sinfonía cubana utilizó cuarenta pianos y los tambores de la Tumba Francesa.

No esperemos a que vengan los músicos extranjeros a remover el agua del pozo afrocubano. Extraigámosla nosotros que conocemos sus propiedades mejor. Sigamos el ejemplo de Fernando Ortiz. La huella honda que marcó su obra en las ciencias sociales de Cuba. Donde, con tinta indeleble, está inscrito el portentoso título de su obra más importante, su caballo de batalla : **La africanía de la música folklórica de Cuba.**

La obra que desacredita ese viejo refrán de que nadie es profeta en su tierra.



literatura

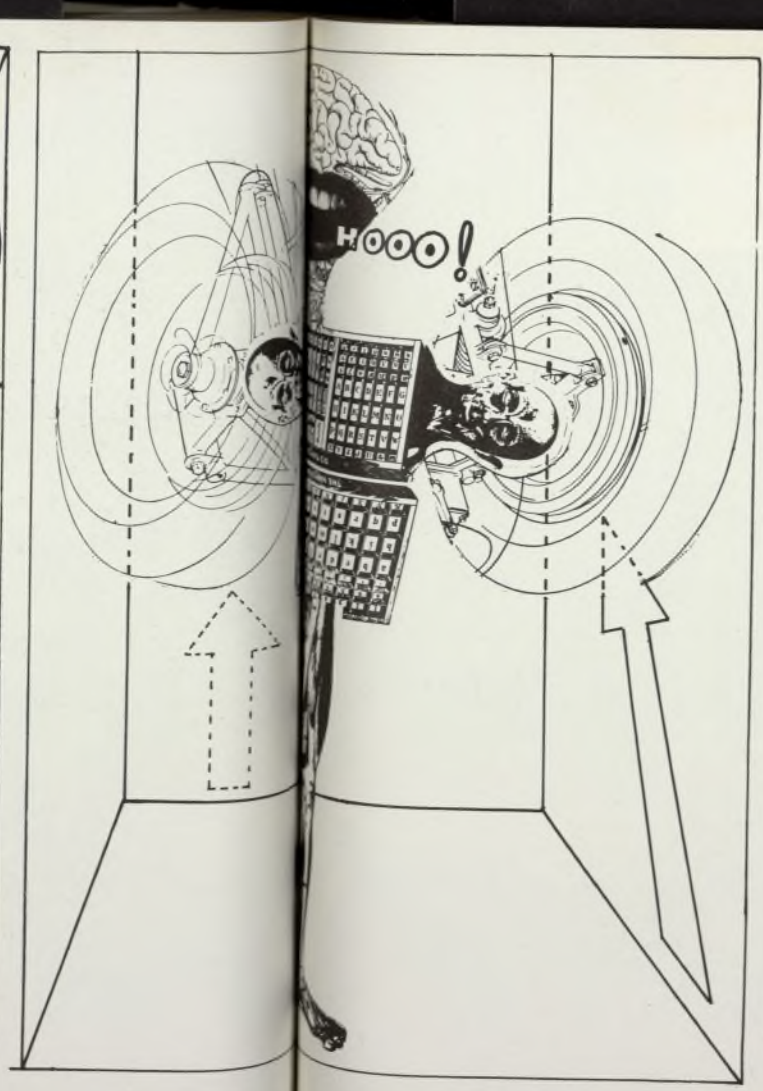
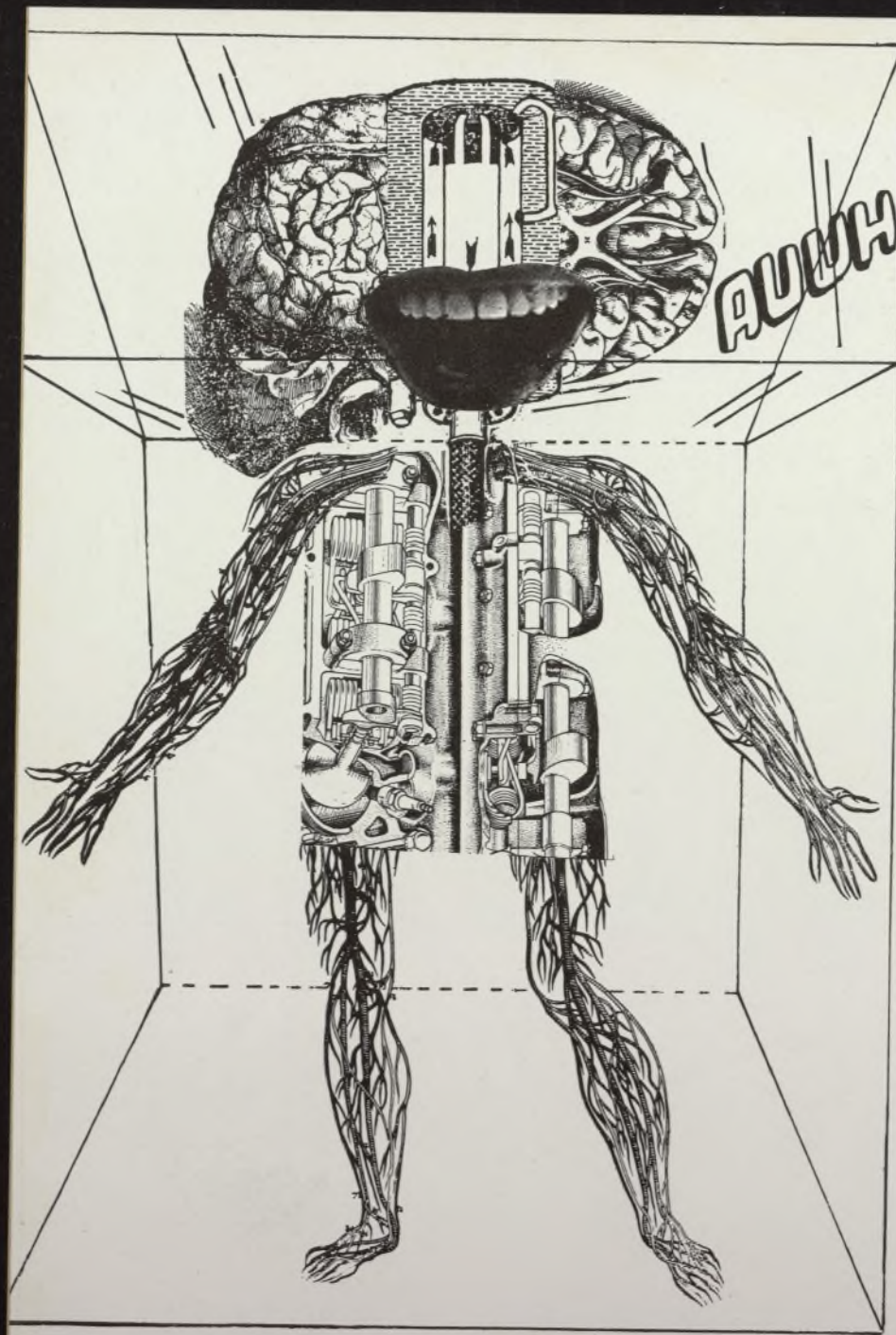
co hasta
a utilizó
a Fran-

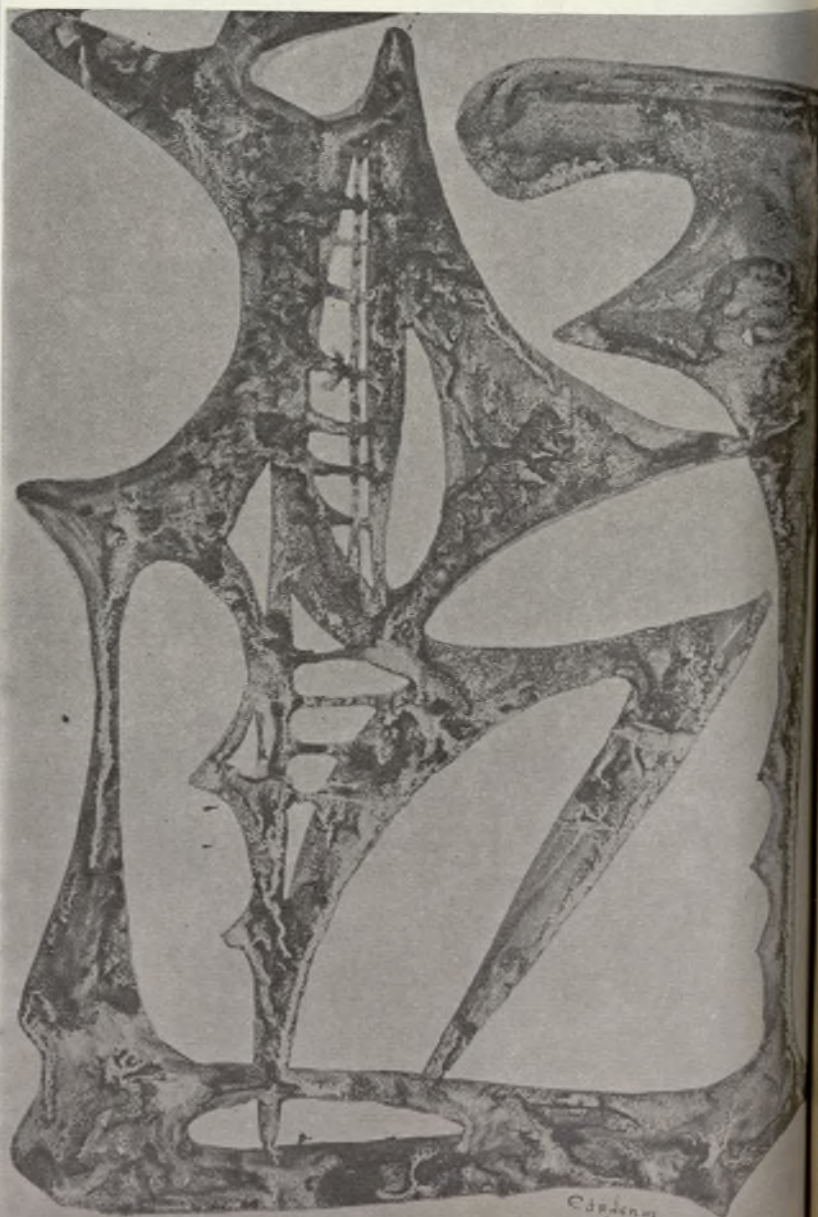
ranjeros
Extraña-
biedades
Ortiz. La
ciencias
ie, está
s impor-
a de la

de que



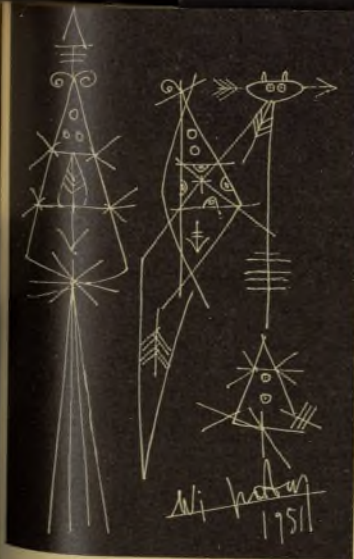
Ayuntamiento de Madrid





Ayuntamiento de Madrid

Si Euro
pales
del siglo
una nue
años v
reino s
América
cada de
pica, e
el cubie
don más
como o
artístico
que, au
pués, o
Cuba ta
ción de
dos en
aristas
pintores
face ju
cines
a riña t
fue una
de traba
o esenc
muros e
tas. Lo
pasaje
dad des
el mobili
viene
en su ár
les luce
miento c
obras y
ero y d
personal



Adelaida de Juan

Cuarenta años de pintura en Cuba

En Europa, y específicamente París, gestará los principales movimientos artísticos modernos entre el fin del siglo —la eclosión postimpresionista que plantea una nueva problemática visual— y los inicios de los años veinte —la traslación de esa problemática al reino surrealista del subconciente y el automatismo— América empezará precisamente alrededor de la década del 20 a recorrer rápidamente, con matices propios, este camino abierto. El muralismo mexicano, el cubismo argentino, el expresionismo brasileño, no son más que formas de esta incorporación que tiene, como otras notas comunes, el rechazo de un ámbito artístico académico y un fermento de luchas sociales que, aunque frustradas en gran medida poco después, coincide con el fermento artístico señalado.

Cuba también inicia en esos momentos su elaboración de las tendencias de la Escuela de París. Apoyados en lo literario por la *Revista de Avance*, los pintores se reúnen alrededor de la Asociación de pintores y escultores: sus primeras exposiciones, hace justamente cuarenta años, provocaron reacciones que iban de la burla y la incompreensión a la riña tumultuaria. En la etapa inicial, cuya disciplina fue una manera de adquirir un nuevo instrumento de trabajo, una mirada preparada para ver con rigor esencial de la Isla, estos pintores fueron los primeros en acercarse a la realidad más profunda del país. Los temas del campo, la vida del guajiro, el paisaje: acercamientos que buscaban captar la claridad deslumbrante, la vegetación humilde, la vivienda, el mobiliario, el personaje cotidiano que a veces deviene mito. Inmediatamente después, fue la ciudad en su ámbito más claro y real, los parques y el río, las luces y las calles. El magisterio de este movimiento corresponde a Victor Manuel (1896) por sus obras y sobre todo por su actividad personal. Callejero y discutor, Victor Manuel une a una libertad personal inquebrantable, la incesancia de su ejemplo

y la solidez de sus convicciones. Maestro no tanto por crear discípulos que siguieran su estilo sereno y límpido sino por enseñar que era posible una dedicación total a la búsqueda de la expresión propia.

Compañero de luchas de Victor Manuel, Carlos Enriquez (1901-1957) tiene un estilo sensual que emplea para crear, en la pintura y en la prosa, lo que él mismo llamara un "romancero criollo". Las transparencias de su forma crean una atmósfera que ha sido denominada surrealista; en verdad, su raíz en el ambiente del país es demasiado fuerte para exigir del todo la liberación onírica. Para Eduardo Abela (1892-1965), el campo cubano se presenta, por el contrario, como un hecho factual a trasladar al lienzo. Después de haber creado, durante la dictadura de Machado, al **Bobo**, ejemplo extraordinario de caricatura política, se dedica, hasta la década del 40, a la presentación meticulosa de la vida del guajiro. Posteriormente, elaboró otra forma, más cercana a ciertas obras de Klee, donde el elemento de fantasía cobra fuerza.

Dirigiéndose hacia lo urbano, sobre todo en su aspecto más cargado de significación social, Marcelo Pogolotti (1902) abandona sus composiciones abstractas y sus ejercicios futuristas para buscar la más diáfana interpretación posible ante la conmoción social del país. Aristides Fernández (1904-1934) trabaja, igualmente, con la convicción de que la significativa ruptura política habría de alcanzar un paralelo artístico, dejándonos una obra breve e intensa. Rafael Blanco (1885-1955) elabora una serie de agudos dibujos satíricos cuya fuerza expresionista es única en la época.

Una década después, cumplido ya ese primer ejercicio pictórico, y cerrada, en lo social, la posibilidad de afirmación nacional, la visión se ciñe, en su temática general, a aspectos menos evidentes e in-

mediatos. El propio Abela dirige, en 1937, el Estudio libre de pintura y escultura, donde son profesores Mariano (1912) y Portocarrero (1912). Es el momento del barroquismo de la línea y del color; de la explotación de ciertos elementos formales del criollismo. Son los medios puntos y las rejas en los cuadros luminosos de Amelia Peláez (1897), cuya trayectoria ininterrumpida es ejemplo de vitalidad pictórica. Son los gallos de Mariano, exuberantes y carnosos, que a través de la obra siempre interesante y viva de este pintor, asoman en el color, en el disfrute visual de los objetos. Son los interiores del barrio colonial del Cerro en que Portocarrero mezcla flores, mujeres, mamparas, lucetas: de ese Cerro a las más recientes **Ciudades**, Portocarrero ha creado sucesivos mundos pictóricos que nos dan algunas visiones esenciales de nuestro ambiente. Son los paisajes mitológicos de impecable dibujo de Martínez Pedro (1910), que últimamente ha trabajado las series de **Aguas territoriales** con los recursos de la abstracción. Y son los retratos de Arche (1905-1957), en los cuales reaparecen al fondo algunos paisajes de Víctor Manuel.

Dos casos individuales lo constituyen Raúl Milián (1914), cuya obra personalísima lo ha llevado a un estilo delicado y lleno de meditación, utilizando exclusivamente las tintas en gradaciones sutiles y maticadas. Y sobre todo, Wifredo Lam (1902), que regresa a Cuba a raíz de la segunda guerra mundial. Trae el conocimiento de Picasso y del arte negro. Y el reencuentro con su país cristaliza en una obra, hoy internacionalmente apreciada, en que las ganancias surrealistas provocan una visión telúrica o imaginativa de un mundo primigenio. El elemento cultural negro, la técnica europea, la inteligencia sensitiva del pintor en contacto profundo con su país han logrado algunas de las interpretaciones definitivas de los mitos africanos en Cuba.

En la década del 50 surge un nuevo grupo de pintores, vinculados casi todos a la abstracción. El camino iniciado un cuarto de siglo antes, que va de la incorporación de la técnica de la pintura moderna a los temas sociales y nacionales, para luego insistir en la forma plástica esencial de éstos, llega a una desvinculación total de lo anecdótico. De nuevo coinciden en este momento diversos movimientos de la plástica latinoamericana; en Cuba, corresponderá, en lo político, con la segunda dictadura de Batista. Pintores como Raúl Martínez (1927), Antonio Vidal (1928), Fayad Jamís (1930) y otros, exponen obras totalmente desvinculadas de las referencias a los

objetos. El rechazo, por parte de los artistas, de los medios gubernamentales que intentaban producir una cultura oficial del régimen, los llevó a organizar exposiciones al margen de ésta. Frente a la Bienal oficial con motivo del centenario martiano, organizaron una exposición homenaje a Martí en la cual colaboraron las principales figuras de las tres generaciones.

En 1963, bajo el título **Expresionismo abstracto**, exponen por última vez como grupo dominado por la abstracción los pintores más jóvenes. Comienza a destacarse Antonio Eiriz (1930) como dueño de un estilo personal. Su fuerza expresionista se manifiesta en las figuras grotescas de sus pinturas y ensamblajes. Como manifestación original, Eiriz se ha convertido rápidamente en una de las cabezas indiscutibles de su generación. La otra figura descolante ha sido Raúl Martínez que últimamente ha derivado a un nuevo estilo diferente a su forma inicial. Utiliza ciertos elementos del pop-art, primero como instrumento de burla a "sagradas familias" de la burguesía pasada, luego en series de gran interés donde se reiteran los rostros de Martí, de Fidel, del Che, empleando el punto de vista de la pintura popular. De esa generación, algunos se manifiestan, sin embargo, fieles desde sus comienzos a elementos figurativos. De éstos, Angel Acosta León (1932-1964) ha dejado, dentro de la línea imaginativa, una interpretación original de algunos aspectos de nuestra vida diaria. Las grandes cafeteras —**Catedral del cubano**—, los tranvías, los relojes, se transmutan, en un intenso fervor creativo, en una realidad poética a menudo explosiva y, a la vez, desgarradora. Servando Cabrera Moreno (1923) maneja con indubitable maestría los recursos de la línea; el color, limpio y suave, suele servir de acento al dibujo. A partir de 1959 ha realizado varias exposiciones en las cuales su temática y su forma se han ido ciñendo en la búsqueda de visiones más profundas de nuestro acontecer nacional.

En un país que carecía de tradición pictórica, si excluimos en el siglo XIX a algún pintor aislado y la secuencia de grabados populares y litografías de las cajas de tabaco, es de destacar el surgimiento de un grupo de artistas que logra, en apenas varias décadas, dar visiones tan genuinas y diversas como éstas. Los pintores citados constituyen la base de esa tradición que debe ser fuerza viva; en plena actividad creadora, constituyen junto con el equipo de pintores más jóvenes, una expresión plástica de extraordinaria vitalidad y fuerza creadora.

Adelaida de Juan, esposa del poeta y ensayista Roberto Fernández Retamar, es profesora de arte en la Universidad de La Habana.

Ayuntamiento de Madrid

Uno visto por otro :

René Portocarrero por David.



● El pintor cubano Jorge Camacho nació en 1934 en La Habana. Becado por el gobierno revolucionario, se trasladó en 1959 a París, donde vive actualmente. En 1960 hizo su primera exposición personal en París. En 1960 conoció a André Breton y entró en contacto con el movimiento surrealista, del que forma parte. Ha hecho otras varias exposiciones personales —la última en septiembre pasado en La Habana— y ha participado en diversas exposiciones colectivas internacionales. Ilustraciones suyas en este volumen en las páginas 365, 401, 456.

● El escultor cubano Agustín Cárdenas nació en Matanzas en 1927. Hizo sus estudios en la Academia de Bellas Artes San Alejandro de La Habana. En 1955 se trasladó a París, donde aún vive. Cárdenas, que pertenece al movimiento surrealista, ha hecho numerosas exposiciones colectivas y personales en todo el mundo. Sus obras se encuentran en diversos museos. Ilustraciones en este volumen en las páginas 276, 308, 473.

● Wifredo Lam nació en 1902 en Sagua la Grande, en el centro de Cuba. Estudió en la Escuela de Bellas Artes de La Habana. A partir de 1924 vivió largos años en España, hasta la guerra civil. En 1938 se estableció en París, trabajó con Picasso, conoció a André Breton y entró a formar parte del movimiento surrealista. En 1941, volvió a las Antillas y a Cuba. En 1952 se instaló definitivamente en París. Las obras de Lam, uno de los más importantes pintores actuales del mundo, se encuentran en museos y colecciones privadas de América, Bélgica, Chile, Cuba, Dinamarca, Inglaterra, Francia, Italia, Perú, Polonia, Suecia, Venezuela, etc. Ilustraciones en este volumen en las páginas 49, 147, 237, 265, 353, 388, 422.

● El pintor cubano Julio Herrera Zapata nació en Madrid en 1932. En 1939, se trasladó al exilio. Estudió en la Universidad de La Habana y en la Parsons School of Design de Nueva York. Ha realizado tres exposiciones individuales de pintura en La Habana y varias exposiciones colectivas en Cuba, Estados Unidos, México, Brasil, Venezuela, Uruguay y Francia. En Cuba trabajó, después de la revolución, como maestro en la Ciudad Escolar «Camilo Cienfuegos», en la Imprenta Nacional, de la que fue uno de los fundadores, y en la Casa de las Américas. Fundó el Taller de Cerámica del Instituto Nacional de la Industria Turística. Actualmente reside en París. Ilustraciones en este volumen en las páginas 42, 208, 367.

Ayuntamiento de Madrid

Algunos de los autores de las ilustraciones de este libro. De los demás nos han faltado datos biográficos.



Nuestra fecha más antigua : 12 de mayo de 1570

¿Cuándo se representa la primera obra en Cuba? Hay dudas, testimonios sin validez, conjeturas y suposiciones. José Juan Arrom en su, hasta ahora insustituible, **Historia de la literatura dramática cubana** se manifiesta por una fecha bien temprana : el 12 de mayo de 1570, cuando en la fiesta del Corpus Christi se escenifican danzas, invenciones y juegos, cosa que se repetirá el 10 de abril de 1573 y el 25 de marzo de 1576, donde aparecen ya los negros horros o esclavos. Hernando de la Parra es más explícito y nos ha dejado testimonio del primer título de nuestro incipiente repertorio : **Los buenos en el cielo y los malos en el suelo**, representada la noche de San Juan (24 de junio) de 1598, para festejar el onomástico del gobernador Juan Maldonado y Barnuevo. La función tuvo tal éxito que, a pesar de terminar a la una de la madrugada, el público entusiasmado pedía que se representase de nuevo, cosa que no ha vuelto a ocurrir en nuestra

El teatro cubano

escena en cuatro siglos. Pero no nos dejemos llevar por el júbilo : tanto en España como en América, las funciones tenían lugar por la tarde y nada justifica que en Cuba se hiciese lo contrario. Tenemos pues que acudir a "las brumas de la historia", que es lo que los eruditos utilizan cuando no tienen nada que decir.

En 1577 suceden dos hechos de gran importancia teatral : surge la censura eclesiástica y política y se pagan los primeros derechos de autor (40 ducados) a un tal Juan Pérez deargas, que por este detalle merece ser llamado el primer dramaturgo profesional de que tenemos noticias en estas tierras. Ya se habla en las crónicas y actas capitulares de "danzas, entremeses y cabildos", es decir, se ha ampliado el original esquema dramático.

Las representaciones en el interior de la Isla (Matanzas, Puerto Príncipe y Santiago) comienzan en el siglo XVII, pero ya en 1681 la Iglesia prohíbe comedias profanas en sus edificios, es decir, se ejerce

1. Herrera y Tordesillas, **Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano**. Libro III, Cap. IV.

Riné Leal nació en La Habana en 1930. En 1948 funda junto con Carlos Franqui, Guillermo Cabrera Infante y otros la revista **Nueva Generación**. En 1953 estudió en el Dramatic Workshop de Nueva York, fundado por Piscator. Después de la revolución tuvo a su cargo la crítica teatral del semanario **Lunes de Revolución**. Estudió en París como becado del gobierno cubano ; fruto de estos estudios fue su libro **Viaje a la crítica**. Es profesor de historia del teatro y dirige el Teatro Experimental de La Habana.

Ayuntamiento de Madrid

tañamente la censura iniciada 104 años antes. Una de las primeras muestras del teatro europeo en Cuba es **Hado y divisa** de Calderón de la Barca, escenificada en Matanzas en 1747 y noticias de la época sitúan a este autor junto a Lope de Vega y Moreto como los más populares entre la población. No estaba, después de todo, la situación tan mal en nuestra escena en el siglo XVIII.

Pero no nos llamemos a engaño. Años después Ventura Pascual Ferrer, el primer crítico de que tenemos noticia y que escribía en **El Regañón**, diría²: « Si la cultura de un pueblo se conoce por el teatro, como pretenden muchos filósofos, la de éste quedaría muy inferior. En esta ciudad [La Habana] no se conocieron hasta el año 1773 más representaciones teatrales que las despreciables que hacían algunos mulatos por afición. »

Durante la centuria la vida en Cuba transcurre lánguida y monótona. Convertida en la típica factoría colonial, la nación va plasmando muy lentamente sus elementos constitutivos en medio de una gran masa de esclavos y una pequeña aristocracia peninsular que de ninguna manera se considera ligada a la Isla. Es en este siglo XVIII donde van a surgir dos hechos capitales: el primer teatro y la primera pieza conocida de autor cubano.

Se supone que a mediados de siglo se abre una especie de "casa de comedias", situada en el callejón de Jústiz, próximo a la Plaza de Armas. Y allí aparece, según los cronistas, la primera actriz cubana, Leonor López, que era el escándalo de las buenas familias, famosa no sólo por su belleza sino también por su prodigiosa memoria.

De cómo una solución salomónica permite construir el primer teatro

La toma de La Habana por los ingleses despierta a la Isla de su letargo colonial. En 1763, con la salida de los ingleses, La Habana se convierte en una plaza comercial de primer orden, rueda el dinero, el puerto se llena de navíos y los negocios florecen. Después del pan el circo, y el 18 de marzo de 1776 se inaugura El Coliseo, que más tarde llevaría por nombre El Principal y que se levantaba en la Avenida de Paula y la calle de los Oficios, donde se encontraba el Hotel Luz.

Va desde sus inicios, el teatro en Cuba mostraria una lucha entre el gusto popular y los censores morales, cosa nada excepcional tratándose de la escena. Para levantar El Coliseo se hace necesario reunir una alta suma de dinero que la Corona española se mostraba remisa a ofrecer. El gobernador, Marqués de la Torre, no sabía si decidirse por la construcción del teatro (como quería el pueblo) o

por una casa de Recogidas, como era el anhelo del poderoso obispo Santiago José Hechavarría. Con un amplio sentido de encender una vela a Dios y otra al Demonio, el gobernador optó por una solución salomónica: se construiría el teatro y sus beneficios servirían para levantar la Casa de las Recogidas.

Y aparece nuestra primera obra: **El príncipe jardinero y fingido Cloridano**, cuya edición príncipe hecha en Sevilla tiene por fecha entre 1730 y 1733. Aunque hubo dudas sobre la paternidad, hoy se acepta que su autor fue el capitán habanero Santiago Pita y Borroto, que murió en 1755. La obra está inspirada en una comedia italiana del mismo título de Giacinto Andrea Cicognini y muestra la influencia del teatro español de ese momento, sin referencias a nuestro medio. No hay que hacerse grandes ilusiones nacionalistas: nuestro primer fruto dramático no muestra altura literaria y no pasa de ser un refrito del teatro europeo, sin demostrar siquiera interés en adaptarlo a nuestra realidad. Así no nacería el teatro cubano.

En el trópico se repite el « caso » Lope de Rueda: un actor crea un teatro

Habría que esperar casi un siglo a que la escena cubana comenzara a reconocerse. Un actor es el encargado de realizar tal hazaña: Francisco Covarrubias. Había nacido el 5 de octubre de 1775 y sufrido una excelente aunque pedante e inútil educación que iba desde el latín hasta la filosofía aristotélica, antes de comenzar sus estudios de medicina. Pero el alumno se entretiene en sus ratos de ocio y un día escribe en verso un catálogo de los músculos. De ahí saltó al teatro y comenzó su carrera de actor. En 1800 debuta en el teatro del Circo, antiguo Campo Marte, que el crítico Pascual Ferrer describe así: « En la época de lluvia, si caía un fuerte aguacero, para salir del teatro era indispensable una canoa o echarse a nadar » y, en otro momento, expresa « en los intermedios bien podía uno echar un sueño ».

A partir de su primer éxito, Covarrubias va a iniciar jiras por toda la Isla, que se va poblando lentamente de teatros: el Sauto en Matanzas, La Caridad en Santa Clara, Principal en Camagüey, Terry en Cienfuegos, y a competir con la Ópera importada de Italia, entretenimiento favorito de la "sacarocracia", instalada ya fuertemente en el poder cultural. Pero, como en el caso de Lope de Rueda, el actor va a devenir autor dramático: escribe **El peón de tierra adentro**, **La valla de gallos**, **Las tertulias de La Habana**, **La feria de Carruagao**, **Esto sí que es chasco**, **Los velorios de La Habana**, **El tío Bartolo**

² El Regañón, La Habana (1800-1802).

y la tía Catana, El montero en el teatro, El gracioso sofocado, ¿Quién reirá el último?, No hay amor si no hay dinero y El forro del catre.

Covarrubias adapta a nuestra realidad los sainetes madrileños de Ramón de la Cruz y crea toda una galería de tipos populares de donde el teatro vernáculo sacará al gallego, el negrito y la mulata, y el fin de fiesta bailado por toda la compañía, «hábito, expresa Carpentier, creado por los bailes con que terminaban las tonadillas escénicas, medio siglo atrás»³. Una décima de Covarrubias reclama para su gloria la de ser el fundador del teatro nacional:

Si del teatro nacional
soy fundador en La Habana
en Matanzas es cosa llana
que merezco nombre igual.

En 1850 se retiraría de la escena y condensaría su vida en una décima que recitó en el Circo de Villanueva, su último escenario:

En un Circo que de Marte
en el campo se formó
mi carrera principió
en el dramático arte.
Ya de ella en la última parte
a otro nuevo circo paso
y esto que parece acaso
será el Destino que intente
que en un Circo sea mi oriente
y en otro Circo mi ocaso.

Covarrubias permanece como el misterio más insondable de nuestro teatro. Existe una biografía de José Agustín Millán, un contemporáneo suyo, aparecida un año después de la muerte del actor, otra de carácter anónimo, y una buena fuente de referencias de otros estudiosos, pero no ha aparecido una sola de las obras de este autor. Tenemos pues un teatro creado por un dramaturgo que no existe más que por terceras personas y que en su época fue desdeñado por los poetas y literatos. Mitjans en su *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*, que llega hasta 1868, lo trata de manera superficial y el *Diario de La Habana* en 1841 le llama «autor de piezas alusivas a las circunstancias de la época o a nuestras costumbres más notables». Hasta el propio Pascual Ferrer dice de él en una ocasión «interpreta con bastante acierto algunos papeles de los que se llamaban de bajo cómico» (los subrayados son míos).

El romanticismo toca a nuestras puertas

El siglo XIX va a desencadenar en Cuba la escuela del *sturm und drang*, es decir, la influencia romántica. Pasemos por encima a José María de Heredia (1803-1839) que comienza su carrera de autor a los 15 años con *Eduardo IV* y que se distingue como adaptador y traductor de Voltaire, Alfieri, Chenier

y otros y digamos que la apertura del gran teatro Tacón en 1838, coincidente con el estreno de *El conde Alarcos*, de Milanés, va a marcar la fecha de la entrada del romanticismo en Cuba.

Tres son los nombres que los críticos cubanos solíamos abrazar cuando se habla de nuestro siglo romántico: José Jacinto Milanés (1814-1863), Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) y Joaquín Lorenzo Luaces (1826-1867). Esta trilogía va a crear un drama de empaque histórico, evasivo, moralista y trascendente, el más serio intento que hayamos hecho en la colonia a favor de una expresión culta. Su fracaso es el fracaso de toda una clase social que quiso encontrar su propio carácter imitando lo extraño, una intencionalidad de hacer cultura "desde afuera" sin considerar las condiciones nacionales, una forma vacía de contenido. Los temas van al pasado, siguiendo las normas del Romanticismo, a cortes y reinos bíblicos y fantasiosos, a una retórica poética, a la inacción dramática, a conflictos que nada añaden a nuestra realidad. *El conde Alarcos* es nuestra batalla de *Hernani* en la colonia, pero todo no pasó de sonrisas indulgentes y algún que otro ceño adusto, y la locura que silenció los últimos años de creación del poeta le impidió ir más allá de sus limitaciones. Nos dejó además *El poeta en la corte*, *A buen hambre no hay pan duro*, *Ojo a la finca*, *Por el puente o por el río* y una docena de diálogos de costumbres, escritos más bien para ser leídos que representados.

La Avellaneda abandona Cuba en 1836, a los 22 años, y toda su obra dramática la realizará en España, donde obtuvo honores y halagos. Su único antecedente teatral cubano es su actuación en una pieza de Heredia representada durante dos días en 1819. Saúl, Baltasar, Alfonso Munio, La hija de las flores y El millonario y la maleta son sus títulos que mejor soportan un análisis. De Luaces conocemos *El mendigo rojo*, *Aristodemo*, *Arturo de Osberg*, *El becerro de oro* y otras que han permanecido inéditas: *El conde y el capitán*, *El fantasmón de Aravaca*, *La escuela de los parientes*, *Dos amigas*, *A tigre y zorra bull-dog*.

La reacción a este teatro no tardaría en producirse: José Agustín Millán, Francisco Fernández, Rafael Otero y Bartolomé Crespo Borbón, más conocido por "Creto Gangá", siguen el género creado por Covarrubias y tomando tipos de nuestro ambiente e incidentes del momento, satirizan la vida nacional. *El novio de mi mujer*, *Un californiano*, *Un velorio en Jesús María* (Millán); *Los negros catedráticos* (Fernández); *Mi hijo el francés*, *Un bobo del día*, *Del agua mansa me libre Dios* (Otero) y *La boda de Pancho Jutía con Canuto Raspadura* (Crespo Borbón) son los títulos más conocidos.

3. Alejo Carpentier: *La música en Cuba*, 1946. Véase capítulo XII: «Los bufos cubanos».

Los bufos: burla burlando llegan a la escena

La primera temporada de los bufos abre en el Teatro Villanueva el 31 de mayo de 1868. Menos de un año después, el 22 de enero de 1869, la representación de **Perro huevero aunque le quemen el hocico**, de Juan Francisco Valerio, es interrumpida por los voluntarios españoles que atacan al público al descubrir en la obra alusiones a los revolucionarios cubanos. El género tendría que esperar hasta la Paz del Zanjón para invadir los escenarios y los **Caricatos cubanos** debutan el 18 de octubre de 1879. Nuevos autores se unen a los anteriores: Raimundo Cabrera, Ignacio Sarachaga, Federico Villoch. Hacia 1900 el género desaparece y es sustituido por el Teatro Alhambra.

¿Qué nos interesa hoy día del teatro bufo? En primer lugar el cubaneo de las frases, la antirretórica, el tratamiento del lenguaje, la peculiar dramática del idioma que a fuerza de llegar a la parodia termina por hacernos diferentes a los otros. Después, sus personajes del ambiente diario, esa colección de negros, caleseros, españoles pobres, jóvenes humildes, criollos sin dinero, criados en busca de recompensa. Bien es verdad que estamos ante personajes típicos, esquemas sin gran vida interior, sin verdadera caracterización, pero estos personajes tienen una vida muy diferente y más real que los poetas, reyes y héroes de todo el teatro romántico. Y finalmente, esa sabia incorporación que los bufos hacen de nuestra música. Por ese camino los ritmos populares se mezclan al texto en una especie de zarzuela, que en el Alhambra, gracias a los trabajos de Jorge Anckermann, alcanza una alta categoría melódica. Los bufos son esencialmente un teatro musical, donde en muchas ocasiones el texto no era más que un pretexto para utilizar con gran efecto escénico la música popular en partituras originales para el teatro.

Arrom recoge esta línea de creación en una décima divertida, pero que al mismo tiempo es nuestra modesta y subdesarrollada *Ars poetica*:

Prescindiendo del guajiro,
del gallego aplatanado,
de la parda cumbanchera
y del morenito zafío,
pues entonces dejaría
de ser teatro cubano,
como dejaría el rico
ajíaco de ser ajíaco
sin la agujita de puerco,
el verde plátano macho,
el ñame, la calabaza
y la yuca y el boniato.

Nuestro siglo XIX se completa, por lo menos en la expresión literaria, con la presencia de José Martí. El teatro, la faceta más débil de su estupenda per-

sonalidad, apenas suma tres títulos: **Abdala**, drama de juventud escrito a los 16 años, un alegato a favor de la libertad de los pueblos, **Adúltera**, una mala comedia de costumbres y **Amor con amor se paga** (1875), proverbio dramático que a la manera de Musset, es lo mejor de este poeta. No todo suele ser grande en el hombre grande y la actividad dramática de Martí ratifica estas palabras. Junto a él encontramos intentos de drama serio y naturalista en las obras de Alfredo Torroella, Aniceto Valdivia y José de Armas y Cárdenas.

El Alhambra: 35 años divirtiendo al público

El teatro Alhambra se abre con el siglo y la República. Funciona de manera ininterrumpida durante 35 años y sólo la crisis posterior a la caída de Machado y la presencia del cine, cerrarán sus puertas. Bien es verdad que la realidad nacional que muestra no es siempre verdadera, que sus tipos se repiten hasta el cansancio, que el éxito se debe a las gracias personales de los actores o sus condiciones como bailarines, que si se prescinde de la música la acción dramática muere y que si se someten estas piezas populares al análisis sociológico, encontramos con suma frecuencia discriminación racial, aceptación del *status* político y burla sólo a las clases explotadas. Allí sus personajes tienen el lugar social que la estructura clasista de la sociedad les impone y los conflictos se resuelven finalmente con la compañía integrada musicalmente como si todo en Cuba transcurriera en el mejor de los mundos.

Pero este teatro, que sigue la tradición vernácula, logrará lo que hasta entonces era el sueño dorado de nuestros dramaturgos: un público estable y una presencia nacional, a pesar de las concesiones al mal gusto, la rebaja de la calidad literaria de los textos y la rigidez de su esquema dramático, simbolizados eternamente en el negrito, el gallego y la mulata.

Una República municipal y espesa

Cuando la República estrena su bandera, su himno y su juvenil entusiasmo, La Habana es prácticamente una ciudad sin espectáculos, salvo el Alhambra, y nada digamos en cuanto a los movimientos literarios. Los ocho primeros años son de una municipalidad espesa, de un provincianismo tan chato que a veces resuena su herencia. El primer intento de alguna seriedad por dotar a Cuba de un teatro de calidad se produce en 1910 con la Sociedad de Fomento del Teatro, a la que sigue dos años más tarde la Sociedad de Teatro Cubano y después una revista especializada en el género. Pero se trata más bien de movimientos realizados al amparo de profesores e intelectuales que a pesar de su presunta modernidad, están muy lejos de la realidad por lo menos medio siglo

atrasados con respecto a las corrientes modernas del teatro.

En todo este ciclo, que va desde 1902 a 1936, sólo hay un nombre que merezca recordarse: José Antonio Ramos (1885-1946). Novelista, ensayista, diplomático y hombre liberal, pero por encima de todo dramaturgo, Ramos va a ser el primero en la República en crear una escena de alguna calidad y comentar críticamente la realidad desplazada del país. Hijo y representante de la primera generación burguesa republicana, Ramos es el iniciador de una línea dramática naturalista y realista, que alcanza su punto máximo en *Tembladera* (1917) donde ya se plantea el problema de la absorción de la tierra por los capitales extranjeros y se enfrentan dos generaciones cubanas. Tanto en esta pieza, como en las restantes (*La leyenda de las estrellas*, *La recurva*, *El traidor*, *En las manos de Dios*, FU-3001), Ramos es en alguna medida un fustigador de los vicios iniciales de la República, un perenne enamorado de las virtudes patrióticas de los mambises y un moralista que se mueve de la arquitectura dramática realista burguesa. El resume todas las virtudes de la época, pero carece del necesario talento para superar los defectos. Su tragedia es que posea un buen sentido dramático, pero escribía en una isla que carecía de un movimiento profesional escénico.

En una « cueva » nace el teatro moderno

Habría que esperar hasta 1936. En ese año, un conjunto de profesores universitarios e intelectuales, crea un grupo llamado "La cueva", que introduciría las técnicas modernas, renovando totalmente el repertorio cubano. Comenzando sus labores con *Esta noche se improvisa*, de Pirandello, "La cueva" abriría el camino a una superación total de la escena nacional, demostrando la posibilidad de hacer un teatro inteligente pero no pedante, sensible pero no vulgar. En 1940 aparece la Academia de Artes Dramáticas, fundada en la Escuela Libre de La Habana, y al año siguiente el Teatro Universitario que se pone bajo la dirección de Ludwig Schajowicz, austriaco que había trabajado con Reinhardt, y a quien la resaca del nazismo había arrojado en nuestras costas. De estos grupos y asociaciones va a surgir la primera generación profesional cuya perspectiva es integrar el teatro cubano a las modernas corrientes europea y norteamericana. El teatro popular degenera tras el cierre del Alhambra y se repliega en temporadas discontinuadas y en la radio y más tarde la televisión. Hasta 1954 sólo cuatro grupos hacen algún teatro de calidad e importancia (ADAD, Patronato del Teatro, Teatro Universitario y Prometeo) en solitarias funciones mensuales que dependen más de amigos y asociados que de un público estable. Pero

de esta tarea heroica van saliendo directores, escenógrafos, actores, técnicos y críticos. Sólo falta el público.

En 1954, un director y una actriz audaces montan *La ramera respectuosa*, de Sartre, en teatro arena, en un local improvisado. El éxito es tal, debido a la morbosidad de la puesta en escena, que la pieza logra 102 representaciones consecutivas a teatro lleno. Ha nacido la obra diaria y los grupos privados proliferan: Las Máscaras, Arlequín, Húbert de Blanck, TEDA, Farseros, La Comedia, Prado 110, Atelier, Teatro Estudio, se unen a los tres anteriores (ADAD había desaparecido en 1951) y llenan La Habana de pequeñas salas con un promedio de 200 localidades. La necesidad de hallar un público les lleva a un repertorio amable y comercial (salvo Prometeo y Teatro Estudio) que se busca en los éxitos seguros de Broadway y París. La pequeña-burguesía que acude a las salitas privadas impone su gusto al creador.

Y en este intervalo de 1936 a 1959 surgen cinco autores: Paco Alfonso (1906), Virgilio Piñera (1912), Carlos Felipe (1914), Rolando Ferrer (1925) y Fermín Borges (1931). El primero, el más deficiente desde el punto de vista literario, va a crear en 1943 "Teatro Popular", de clara tendencia revolucionaria buscando en las masas proletarias su sostén y apoyo ideológico. Las dificultades que plantea hacer teatro obrero dentro de una sociedad burguesa, determinarán su fracaso económico un año después. Como dramaturgo, Alfonso es melodramático, rural, grandilocuente y esquemático. Sus mejores títulos son *Sabanimar* (1943) y *Cañaveral* (1950).

Con los restantes cuatro autores aparece un teatro de tendencia psicológica, de domesticidad de nuestra escena, de aburguesamiento en los temas, de un mayor dominio de la estructura dramática, de un diálogo popular pero no populachero, que en sus mejores momentos alcanza calidad poética, mientras se asimilan a nuestra perspectiva formas y tendencias extranjeras. Así toda la técnica contemporánea llega al teatro: el tiempo pirandelliano, el diálogo poético, la indagación del absurdo, el surrealismo, el realismo psicológico a la Williams o el épico a la Brecht. Ahora podemos hablar con propiedad de un movimiento dramático nacional de verdadera importancia.

De estos autores Piñera destaca sin rival en la confrontación artística. Su *Electra* Garrigó (1948) es una adaptación del mito griego a nuestra sensibilidad, trabajada con gran libertad imaginativa al mismo tiempo que con una saludable dosis de humor criollo que viene directamente del teatro vernáculo, una pieza que se mueve sorpresivamente entre situaciones brillantes. La obra representa en nuestra etapa actual el equivalente de una nueva "batalla de Hernán", y no faltaron espectadores que saltaron en sus butacas durante el estreno o se sublevaron ante la

reducción del coro trágico a una modesta Guantanamera. Pero **Electra Garrigó** ha sufrido cinco puestas en escena a lo largo de sus 19 años y cada vez conquista mayores públicos. Hoy se acepta sin discusión que es la pieza que abre a la modernidad el teatro en Cuba. A esta obra seguirán **Jesús** (1950), **Falsa alarma** (1957), **La boda** (1958), **El flaco y el gordo** (1959) (un acto), **El filántropo** (1960) y finalmente **Aire frío** (1962), que representa no sólo su mejor pieza sino también uno de nuestros pocos momentos teatrales que pueden aceptar un diálogo con públicos extranjeros.

Piñera es nuestro más maduro dramaturgo, el poseedor de una sensibilidad capaz de amarrar a un espectador a su asiento durante tres horas. Su influencia ha sido decisiva y sus obras señalan las rutas principales de nuestra creación dramática. Por otra parte, Piñera, que también ha trabajado la novela, la poesía y el cuento, es todo un maestro literario, es el primero que probó que la escena cubana podía ir más allá de las palmeras borrachas de sol y que el teatro era un poderoso ejercicio mental.

Carlos Felipe estrena en 1947 **El chino**, donde en una escena pirandelliana, "la obra dentro de la obra", va a comenzar su obsesión por recuperar el pasado, lograr su fijeza, congelar el tiempo, alcanzar el autorreconocimiento. Estrena con posterioridad **Capricho en rojo** (1948), **El travieso Jimmy** (1949), **De película** (1963) y **Requiem por Yarini** (1965), mientras escribe **Esta noche en el bosque** (1939), **Tambores** (1943), **Ladrillos de plata** (1957), **Ibrahim** (1962), **El alfabeto o la bata de encaje** (1962), **El tren por mi noche criolla** (1963) y **Los compadres** (1967) (un acto). Lo que él ha significado en el teatro cubano es que, al igual que sus compañeros de época, le dio un nuevo sentido a nuestra escena, afianzó la fe en lo nacional, dejó a un lado la grandilocuencia social, el falso melodrama de injusticias económicas, cubanizó las frases, ahondó en la psicología, profundizó nuestro carácter y aprendió a construir escenas. Sus personajes se componen de derelictos sociales, seres marginados y enfermos que se debaten en un trágico conflicto entre la realidad y el sueño, el recuerdo o el mito, criaturas a quienes la verdad golpea súbitamente y en forma demoledora.

Ferrer contribuye con **La hija de Nacho** (1951), **Lila la mariposa** (1953), **La taza de café** (1959), **Función homenaje** (1960), **Fiquito** (1961), **El corte** (1961), **El que mató al responsable** (1962), **Los próceres** (1963) y **Las de enfrente** (1964), todas, excepto las dos primeras, en un acto. Ha derivado finalmente hacia la traducción, adaptación y dirección. En su escena se entrecruzan por igual los problemas sexuales y los debates sociales, influidos por el realismo épico. Autor de sólo dos obras largas, Ferrer nos habla del matriarcado de nuestras mujeres y el machismo de nuestros hombres, de angustias neuro-

ticas y catarsis social. La Revolución parece haber dado un viraje total a su creación y sus piezas estrenadas con posterioridad a 1959 lo sitúan como un autor de tesis social. Pero su **Lila la mariposa** es uno de los más interesantes momentos de nuestra dramaturgia y Ferrer descubre en la realidad cotidiana, deslumbramientos que aporta a sus contemporáneos, elementos de misterio, de magia religiosa, de interracialidad, de ligazón con lo trágico, como cuando transforma a tres costureras en las tres parcas míticas, unificando lo doméstico, lo sobrenatural y lo ancestral.

Borges estrena en 1955 tres piezas cortas: **Pan viejo**, **Doble juego** y **Gente desconocida**. Se trata de meros esquemas, esbozos de trabajos futuros, escenarios para perfeccionar más que plenas realizaciones, apuntes a creyón y no dibujos terminados, simple desarrollo de personajes sin interés en completar una historia total. Pero poseía un excelente oído para el diálogo de "andar por casa" y sus temas pequeños y cerrados auguraban un sentido dramático. Sus estrenos posteriores: **Una vieja postal descolorida** (1957), **Pequeño homenaje a los comediantes cubanos** (1958), **Con la música a otra parte** (1959) y **La danza de la muerte** (1966) amenazan sin embargo con destruirlo como autor.

La Revolución entra en escena: una sacudida

Al variar la relación del artista con el medio, al modificar la estructura económicosocial de la nación, la Revolución sacude profundamente la concepción dramática de nuestros autores y coloca todo el fenómeno teatral bajo una óptica nueva. Cuando la Revolución toma el poder, existe una actividad escénica en aumento, girando en torno a directores que al mismo tiempo son empresarios, artistas y animadores de la cultura. Esa dualidad entre hombres de empresa y hombres de arte se romperá definitivamente y los teatrístas, libres de la obligación de pagar el alquiler de un local y mantener una nómina de artistas, comienzan a experimentar en producciones cada vez más costosas, complejas y ambiciosas. El Estado crea los conjuntos profesionales, incluyendo los de provincias, organiza el vasto movimiento de aficionados e instructores de Arte, reconstruye viejos teatros o adapta modernas salas de cine, y estimula formas teatrales inéditas en el país: la comedia musical moderna, el ciclo brechtiano, los clásicos montados en grandes escenarios, la colaboración con teatrístas extranjeros y los espectáculos folklóricos.

Yo creo que la influencia de la Revolución puede condensarse en cinco aspectos: 1) surge la profesión del artista teatral, donde el sueldo y el

destino de una producción no dependen de los avatares de la temporada, sino del presupuesto del país. Los tiempos heroicos quedan atrás; 2) se descentraliza el teatro a través de los conjuntos provinciales y de aficionados; 3) surgen nuevos autores en calidad y cantidad desconocidas hasta el momento; 4) se desarrollan la danza moderna, el folklore, los teatros musical y lírico, volviéndose en ocasiones a las formas populares del pasado; y 5) se crea la Escuela Nacional de Teatro, con alumnos becados durante cinco años. Esta labor comienza a arrojar sus frutos y poco a poco el público va asistiendo a los teatros.

El impacto revolucionario prové a los dramaturgos de un amplio sentido social, que nada posee en común con la expresión de protesta de las décadas anteriores. Hay una crítica a los valores caducos, tanto en lo social como lo moral, y los nuevos problemas se plantean dentro de un marco dramático, con más eficacia teatral que nunca. La Revolución unifica en muchos aspectos las variadas direcciones del pensamiento dramático cubano (el absurdo, lo épico, el teatro de la crueldad, el simbolismo, el psicologismo, el naturalismo y hasta el surrealismo) y aparece una latente preocupación política, una manera de ver la humanidad en función de la alienación individual, la maldad humana o la tiranía de la explotación, toda una concepción renovadora que la Revolución entrega a nuestros autores. Pero la manera de expresar estos conflictos está, en los mejores ejemplos, bien lejana del tono panfletario del que el teatro cubano ha sabido escapar a tiempo. Por otra parte, los autores experimentan sin cesar, rompen las convenciones realistas fotográficas del pasado y muestran experiencias personales en función crítica. El autor descubre que ya no trabaja para la soledad de una gaveta y que el teatro es un fenómeno social, del que forma parte el público, ahora incorporado a su creación.

Siete son los nuevos autores que van a unir sus nombres a los que estrenaban antes de la Revolución: Abelardo Estorino (1925); José R. Brene (1927); Manuel Reguera Saumell (1928); José Triana (1933); Antón Arrufat (1935); Héctor Quintero (1942) y Nicolás Dorr (1947). Entre todos totalizan cerca de tres decenas de piezas estrenadas en los últimos años y donde podemos hallar varios títulos que pesan notablemente en el repertorio nacional. A pesar de sus diferencias de edades (22 años en sus polos opuestos) forman un grupo coherente, al que la Revolución ha dado posibilidad de expresión. Cuando se analiza el teatro de Estorino —desde *El robo del cochino* (1961), pasando por *El peine y el espejo*, escrita en 1956 pero estrenada siete años después, su adaptación de la novela de Carrión *Las impuras* (1962) y su comedia musical *Las vacas gordas* (1962)— se contempla el desarrollo progresivo de un excelente dramaturgo que conoce las

reglas del juego. El trazado de sus personajes es técnicamente seguro y su lenguaje de una fidelidad tal que el teatro de Estorino es una imagen fiel de las actitudes y gestos de la familia cubana. Su escena, que toca el machismo, los conflictos morales y la lucha de seres "diferentes" por igualar a los demás, es un gran retrato social, realizado con la habilidad de un artesano. Aún cuando Estorino abandone el encuadre nacional y, en *Los mangos de Caín* (1966), traslade su mundo a la mitología bíblica, su teatro es doméstico, provinciano y crítico, una versión rebelde del primer crimen de la humanidad, con una absolución final para Caín. Estorino se va librando lentamente de la influencia realista-burgués, entreabriendo sus hilos, desarrollando su madeja dramática. Forma con Triana los dos mejores autores posteriores a Piñera.

Brene es otra cosa. Cuando estrena en 1962 *Santa Camila de La Habana vieja*, se le saluda como un creador que venía directamente de los sainetes de solar, del teatro vernáculo. Su éxito fue inmediato, el público asistió masivamente y tras el primer aplauso se desearon nuevos títulos a lo que Brene no se mostró remiso. En los últimos cuatro años escribe o estrena *Pasado a la criolla*, *La fiebre negra*, *Romeo y su prieta*, *La muerte del perro*, *EPD Bienvenido*, *El cañonazo de las nueve*, *Chismes de carnaval*, *La viuda triste*, *La peste viene del lado*, *El glorioso criollo* Matías Pérez, *La guaracha de los tres quillos*, *Las puyas*, *Buenas noches cometa*, y probablemente media docena más. Pero su teatro deviene banal, chabacano, elemental, descuidado. Sus temas no son más que apuntes terminados en forma precipitada el diálogo escapa por el chiste superficial y en ocasiones grotesco y todo lo que este prolífico autor podía hacer por el nuevo teatro cubano se desvanece en el facilismo y la improvisación de mal gusto. *Sara en el traspaso* (1960) es el primer título de Reguera Saumell. Trabajando el tema de las relaciones familiares, su conflicto interno, sus choques exteriores, este autor ofrece en 1962 una de las piezas mejores del actual repertorio. *Recuerdos de Tulipa*, a la que debemos añadir *El general Antonio estuvo aquí* (1961), *Propiedad particular* (1962), *La calma chacha* (1963) y *La sogá al cuello* (1967). Armado de excelente técnica, Reguera Saumell va a construir su teatro en el recuerdo amargo y obsesivo de la provincia, con sus temas perennes de frustración, hipocresía y desmoronamiento. A veces tengo la impresión de que este autor es un notario familiar, que lleva una especie de diario privado donde va anotando pequeños chistes íntimos. A partir de su última pieza, el teatro de Reguera Saumell parece abandonar las viejas estructuras naturalistas y buscar en forma imaginativa una visión más amplia y crítica del actual progreso cubano.

Si se fuera a seleccionar nuestro más brillante dramaturgo posterior a 1959, habría que hablar de José

Triana. Después de **El mayor general hablará de Teogonia** (1960) y **Medea en el espejo** (1960, recreación del mito griego a la cubana, un camino que abriera **Electra Garrigó** doce años antes), había mucho que esperar de este autor. No obstante hubo un lapso de seis años, en los que Triana estrenó **El parque de la fraternidad** (1962), **La casa ardiendo** (1962), **La visita del ángel** (1963) y **La muerte del ñeque** (1963). Pero en 1966, **La noche de los asesinos**, premio Gallo de La Habana del VI Festival de Teatro Latinoamericano de la Casa de las Américas, lo sitúa a la cabeza de los nuevos dramaturgos. Esta tragedia de sólo tres actores, es el juego imaginativo de un parricidio, la enajenación escénica de hombres y objetos, todo un rito mordaz y blasfemo, complejo y profundo, la experiencia de una purificación realizada a modo de exorcismo mental y llevada hasta sus últimas consecuencias. La confrontación hijos-padres se convierte en manos de Triana en una depurada muestra teatral, en la dolorosa visión de un mundo alienado y brutal, donde los actores, encerrados en un desván, son en última instancia figuras de un museo en ruinas. El teatro de Triana, poético, sorpresivo, alucinante, alcanza ahora su madurez. Por camino similar andará Antón Arrufat. Ya en 1957 con **El caso se investiga** comenzará a experimentar con el absurdo y el descouyuntamiento del diálogo-acción. Posteriormente estrenaría **El vivo al pollo** (1961), **Los días llenos** (1962), **La repetición** (1963), **El último tren** (1963) y **Todos los domingos** (1966). Su teatro gusta de la brillantez escénica, el elemento poético y la visión cerrada de la vida. En su escena se asiste a una especie de debate mental, a la demostración de una tesis, a un rejuego intelectual y discursivo, donde los personajes se transforman en muñecos que vocean las tesis de su creador. Es un teatro que debe más a la literatura que a la vida.

Quintero con sólo dos comedias, **Contigo pan y cebolla** (1964) y **El premio flaco** (1966), primer premio del Instituto Latinoamericano del Teatro, se sitúa como un seguro y hábil comediógrafo. Autor de experiencia escénica (trabaja como actor en uno de los grupos profesionales) demuestra un sentido crítico y caricaturesco y una técnica adecuada para exponer la frustración de sus pequeños hombres y mujeres que luchan en un ambiente hostil. Hay en sus personajes el deseo de superar la dolorosa realidad por medio de un ilusionismo evasivo, un mecanismo de escape que produce la comicidad de las situaciones. El suyo es un naturalismo con humor, con ironía, y hasta con un piadoso amor por sus personajes, un modo eficaz de mostrar los aspectos más comunes de la vida miserable y sórdida de gran parte de la familia cubana en los últimos años anteriores a la Revolución. Quintero es un autor que sabe lo que quiere y especialmente cómo conseguirlo.

El más joven de los dramaturgos cubanos, Nicolás Dorr, recuerda de inmediato a Jarry con el **Rey Ubu** y su bufonería, crueldad y sátira. **Las Pericas** (1961), **El palacio de los cartones** (1961) y **La esquina de los concejales** (1962) forman una especie de trilogía fascinante, el alucinado mundo infantil, donde todo puede suceder, donde nada es imposible, donde los demás se muestran como un tirano. En el teatro de Dorr hay humillaciones, insultos, asesinatos, protestas, esclavitud moral, prostitutas, robos, dominaciones familiares, rencores y luchas, un universo donde los personajes forcejean sin descanso. En este joven autor asombran su imaginación y su sentido humorístico del espectáculo, logrado a través de la música, cantos y bailes. Toda su armazón técnica está realizada con tal espontaneidad que recuerda en ocasiones la escritura automática de los surrealistas, el libre juego de los elementos teatrales.

Pequeña antología de teatro cubano

Entre 1902 y 1966, diecisiete son los títulos que pueden formar una amplia y correcta antología dramática :

Tembladera (1917) de José Antonio Ramos : un buen melodrama sobre la penetración imperialista en Cuba agraria. Primer esbozo de la familia en la República.

Sabanimar (1943) de Paco Alfonso : nuevamente el melodrama agrario con el transfondo de desalojos campesinos.

El chino (1947) de Carlos Felipe : Pirandello adaptado a nuestro ambiente en un hostel de mala muerte de los muelles.

Electra Garrigó (1948) de Virgilio Piñera : una tragedia griega a la cubana, con coros de Guantanamo. La entrada de lo moderno en nuestro teatro. El reloj criollo visto por un poeta.

Lila la mariposa (1954) de Rolando Ferrer : intento de tragedia poética con buen diálogo y situaciones, en un ambiente de mito religioso.

Jesús (1950) de Virgilio Piñera : el antihéroe por excelencia, una comedia muy bien ideada y resuelta con ironía.

Medea en el espejo (1960) de José Triana : nueva recreación del mito griego, en un medio solariego. Poesía y lenguaje vernáculo se unen a personajes que sueltan el coturno y calzan la chanclita.

El vivo al pollo (1961) de Antón Arrufat : comedia macabra que encubre un juego intelectual. La negación de la muerte.

El robo del cochino (1961) de Abelardo Estorino : la lucha entre padres e hijos, mientras los rebeldes juegan de Maestra.

Las pericas (1961) de Nicolás Dorr. La fantasía infantil muestra una familia por medio de una radiografía. Absurdo y surrealismo en una sola pieza alucinante.

Recuerdos de Tulipa (1962) de Reguera Saumell : su mejor obra. Un análisis exhaustivo de la bondad humana localizado en un circo de provincia.

Santa Camila de La Habana vieja (1962) de José R. Brene : un sainete de solar que transcurre después del triunfo de la Revolución. La rehabilitación de un lumpen.

Aire frío (1962) de Virgilio Piñera : su obra maestra. La alienación de una familia (la propia del autor) que se niega a proletarizarse durante dieciocho años. Un retrato de Cuba entre 1940 y 1958.

La casa vieja (1964) de Estorino : un conflicto moral encuadrado en la Revolución. Dogmatismo y amplitud chocan en un pueblo de provincia en torno al sexo y su uso.

Contigo pan y cebolla (1964) de Héctor Quintero : una comedia doméstica donde se vive de acuerdo con el qué dirán en medio de necesidades económicas.

Requiem por Yarini (1965) de Felipe : el mito llega a un burdel cubano. La historia inventada de un chulo que existió de verdad.

La noche de los asesinos (1966) de José Triana : tres adolescentes encerrados en un desván juegan a matar a sus padres e incorporan toda una humanidad. La familia vista con ojos crueles y liberadores.

Irrumpe el folklore : toda una concepción del mundo

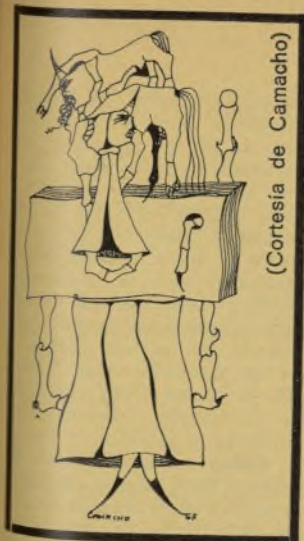
Paralelo a este nuevo movimiento de la dramaturgia, el folklore irrumpe con una fuerza y vitalidad asombrosas para una expresión que había permanecido prácticamente soterrada durante más de tres siglos. El Instituto de Etnología y Folklore y el Conjunto Folklórico Nacional, organizados en los últimos años, aportarán a nuestra cultura teatral un nuevo sentido de la realidad y crearán espectáculos de una riqueza visual y danzaria como nunca se habían contemplado. El folklore, que durante años sera discriminado y hasta perseguido bajo la acusación de mostrar formas delictivas y plebeyas, se convierte después de la Revolución en el gran descubrimiento artístico que prefigura toda la concepción del mundo, que asombraría a Jean-Paul Sartre en su visita a Cuba en 1960. El cubano advierte que su cultura posee mayor profundidad que la conocida, que los negros son parte fundamental de nuestro rostro artístico y que el camino hacia la universalización de nuestro teatro pasa a través de esos mitos y leyendas ancestrales que recuerdan en muchos aspectos a los misterios de Eleusis, que es como volver al comienzo de todo. Y así, sorprendido una vez más, el cubano vuelve a descubrirse para la escena.

Nuestros cuatro siglos de teatro comienzan ahora a tomar conciencia.

- Abelardo Estorino nació en la provincia de Matanzas en 1925. A partir de 1946 estudió cirugía dental en la Universidad de La Habana. En 1960 estudió dirección escénica en el «Teatro Estudio» de la Habana. Sus obras más importantes son *Hay un muerto en la calle*, *El peine y el espejo*, *El robo del cochino* y *Las vacas gordas*. Ha escrito también teatro infantil.
- José Triana nació en Camagüey en 1931. Estudió en Bayamo, donde empezó a escribir poemas y artículos para las revistas de provincias. Vivió algunos años en España, donde publicó un libro de poesía, *De la madera del sueño* (Madrid, 1958). Allí escribió dos obras de teatro en un acto. *El incidente cotidiano* (no estrenada) y *El mayor general*. En 1960 estrena en La Habana *Medea en el espejo*, que constituyó un éxito de crítica y público. Ha estrenado además *La casa ardiendo*, *El parque de la fraternidad*, *La visita del ángel* y *La muerte del Neque*. Tiene en preparación el guión de un film y una obra en dos actos. *Tierra para un muerto*. *La noche de los asesinos* obtuvo el premio literario de la Casa de las Américas 1965 y el Gallo de La Habana, Gran Premio del Festival de Teatro Latinoamericano de la Casa de las Américas 1966. Esta obra ha sido estrenada también en Chile, Colombia, México y Polonia, así como en París como obra invitada del Teatro de las Naciones. Ha sido traducida al inglés, checo, polaco, finlandés, hebreo y francés.

Guillermo Rodríguez Rivera

Poesía de Cuba (1959-1967)



(Cortesía de Camacho)

Hay un aserto bastante repetido en lo que a literatura y revolución se refiere : es la poesía el género que primero logra expresar un proceso revolucionario determinado. Ciertamente, puede decirse que la Revolución Cubana reafirma la aseveración. De 1959 a 1967, la poesía expresa la realidad nacional como no logran hacerlo el cuento, la novela o el teatro. En cualquier caso, esta supremacía de la poesía en nuestra historia reciente, está sin duda sustentada por la supremacía de la poesía en nuestra historia de siempre. Desde el mismo surgimiento de la nacionalidad cubana como tal, la poesía adquiere una importancia y una coherencia de que no disfrutaron nunca la narrativa o la literatura dramática. Puede afirmarse que existe en Cuba una tradición poética (y aquí debe entenderse tradición en el sentido meliorativo en que quería Eliot), una manera cubana de poetizar, una serie de elementos específicos que integran lo que el crítico y poeta Cintio Vitier ha llamado, en su obra más importante, **Lo cubano en la poesía**. Heredia, Zenea, Casal y Martí en el siglo XIX; Brull, Florit, Tallet, Ballagas, Guillén, Lezama Lima y Eliseo Diego en el XX conforman una teoría consecuente, una unidad diversa que define la poesía de la Isla. Nicolás Guillén (1902) publica dos libros después de 1959 : **Tengo** (1964) y **El gran zoo** (1967) ; José Lezama Lima (1910), uno : **Dador** (1960), y Eliseo Diego (1920), uno : **El oscuro esplendor** (1966). Pero más que a la obra de estos poetas, perfectamente definidos y en la posesión plena de sus medios expresivos al producirse el triunfo de la Revolución Cubana, quisiera referirme a los poetas de dos generaciones que abarcan (la primera alcanza su madurez con él ; la segunda se estructura y comienza a definirse con él) el proceso de la Revolución de Cuba.

La primera de estas generaciones comienza a definirse en los primeros años de la década del 50, en el marco de la Cuba de los gobiernos del Partido Auténtico : corrupción administrativa, disolución moral, auge del anticomunismo en convivencia con los lineamientos de la política estadounidense del momento, son las características del ambiente cubano de esos años.

En el terreno de lo específico literario, la imagen es todavía más desoladora : ausencia total de editoras ; escritores dedicados a las tareas más impropias para ganarse a duras penas la vida ; escasísimas y nada difundidas revistas literarias.

En este marco aparecen los primeros libros de poemas de una generación naciente. En este periodo, y hasta 1959, creo que son dos poetas de esta generación los que dan la tónica, la definición de la joven poesía del país frente al grupo **Orígenes**, en el que figuran José Lezama Lima, Eliseo Diego y Cintio Vitier entre otros y que, prácticamente, dicta las normas de la vida literaria del país.

Rolando T. Escardó (1925) es el primero de esos poetas. De ascendencia vallejiana, vallejiana su misma vida marcada por la miseria y la inseguridad, Escardó realizó una poesía telúrica, vivencial, directa y angustiada, que era la antítesis misma del trascendentalismo de los poetas de **Orígenes**. Su único libro (Escardó murió víctima de un accidente automovilístico en 1960) apareció en 1961 y se llamó **Libro de Rolando**.

El otro libro y que es el que de modo definitivo ofrece la primera nuestra inequívoca de madurez en la nueva poesía cubana de entonces, es **Los párpados y el polvo**, de Fayad Jamis (1930), que aparece en 1954.

El libro de Jamis era un libro emparentado con los surrealistas y, sobre todo, con los auténticos pre-

cursores del movimiento: Rimbaud y Milosz. Pero el irracionalismo de Jamis, a diferencia del irracionalismo surrealista, más que de una crisis de la razón conceptual, nace de una crisis vivencial, de la confrontación del poeta con un mundo físico que informaba su mundo metafísico. Creo que más que con el surrealismo, habría que emparentar este libro con el expresionismo.

Es el mismo Fayad Jamis quien hacia 1956 está en París escribiendo un libro que continuaría el proceso de definición de su generación: me refiero a **Los puentes**, publicado en 1962. El limitado pero evidente irracionalismo de **Los puentes** cedía a una poesía marcada por el lirismo coloquial, la melancolía más pudorosa y el vuelco hacia los problemas del hombre y su medio. Apollinaire no era ajeno a esta poesía que, evidentemente, marcaba, literaria e ideológicamente, la separación definitiva de los nuevos poetas de la trayectoria de **Orígenes**.

En el mismo año de 1959, año del triunfo de la Revolución, aparece **Vuelta de la antigua esperanza**, de Roberto Fernández Retamar (1930). Fernández Retamar (antes había publicado: **Elegía como un himno** [1950], **Patrias** [1952] y **Alabanzas, conversaciones** [1955]), abordaba la circunstancia revolucionaria con un instrumento poético plenamente desarrollado y capaz. Un poema como "El otro" quedaba en el libro como una pieza antológica.

En **Con las mismas manos** (1962), Fernández Retamar recogió una amplia selección de sus libros anteriores e incluyó un nuevo libro: **Si a la revolución**. Aquí había un evidente y no del todo satisfactorio deslumbramiento ante la realidad revolucionaria de la Isla. Sin embargo, en numerosos poemas, Fernández Retamar trabajaba hacia la interiorización del tema revolucionario empleando un tono directo, despojado de ornamento superfluo que redundaría al fin en el logro de sus dos libros posteriores.

Historia antigua (1965) y **Buena suerte viviendo** (1966) son, en mi opinión, los dos libros más importantes de Roberto Fernández Retamar y dos libros clave en la poesía cubana de los últimos tiempos. Problematisando la realidad, ampliando los límites de la poesía misma y afianzándose en los sustratos más auténticos de la nacionalidad, ambos libros ponen sobre la mesa una buena cantidad de posibilidades. Creo que con ellos emparenta, sobre todo, la generación de poetas que habrá de surgir inmediatamente.

Heberto Padilla (1932) en **El justo tiempo humano** (1962) recogió una irreprochable selección de poemas escritos a lo largo de 10 años, en distintos lugares del mundo. Influido sobre todo por la poesía inglesa (Eliot, Auden), su poesía, intensa y trascendente, se caracteriza por la mesura, la economía de medios y una expresividad a la que no es ajena el misterio que pedía Baudelaire para toda poesía.

Poemas de Padilla ("Dones", "Infancia de William Blake") han sido antologados una y otra vez. "El árbol" es una muestra de la posibilidad de aprehender el tema de la solidaridad y el amor entre los hombres en un poema excelente.

Pablo Armando Fernández (1930), próximo a los poetas **beatniks** norteamericanos, desarrolla una poesía henchida, bíblica, donde el tono moralizante se da la mano con el desgarramiento y la conmoción ética. **Toda la poesía** (1962) y **Libro de los héroes** (1965) son los dos puntos culminantes de su obra. César López (1933), después del acierto parcial y menor de **Apuntes para un pequeño viaje** (1966), logra con **Primer libro de la ciudad** (1967) un poemario de calidad singular. Concebido y escrito como una perfecta unidad, fundiendo a la lírica la narrativa, **Primer libro de la ciudad** es una crónica de provincias: la historia poética de Santiago de Cuba, la ciudad de la Isla donde ocurrieron algunas de las más dura batallas de la Revolución Cubana. Pero la crónica es íntima también y el poeta aparece como un testigo de excepción, como un jugador moderno que no sólo narra, sino que también valora e ironiza.

Luis Suardiaz (1936) entrega con **Haber vivido** (1967) voz propia dentro del coloquialismo. Historia, carta, crónica, lenguaje técnico-científico, se entremezclan para lograr el panorama vivencial que es el poemario. Luis Marré (1929) nos da con **Los ojos en el fresco** (1962) un libro limpio, marcado estilísticamente por los videntes franceses (Rimbaud y Baudelaire al frente) y por una ética de la afirmación vital.

En el marco de esta generación hay que mencionar los nombres de José Álvarez Baragaño (1932-1962) y Manuel Díaz Martínez (1936).

Con la aparición de **La piedra fina y el pavorreal** (1964) y **Poemas del hombre común** (1965), de los jóvenes poetas Miguel Barnet (1940) y Domingo Alfonso (1935) respectivamente, puede decirse que asoma una nueva promoción poética en el país. Nos encontramos aquí ya frente a una poesía desmañada, económica en sus medios expresivos, cruda en ocasiones, vuelta hacia los temas cotidianos y aún hacia los temas tradicionalmente antipoéticos. La fundación en 1966 de **El Caimán Barbudo**, suplemento literario del diario **Juventud Rebelde**, agrupa a doce jóvenes poetas que en una declaración exponen sus puntos de vista ético-estéticos.

Junto a las características anteriores, los poetas de **El Caimán Barbudo** (Victor Casaus, Félix Contreras, Luis Rogelio Noguerras, Orlando Alomá, José Yanes, Guillermo Rodríguez Rivera, entre otros) insistían en un acentuamiento de la visión crítica de la realidad nacional sustentada en la ideología revolucionaria.

Otros poetas jóvenes (Nancy Morejón, Belkis Cuza Malé) puede decirse que han derivado hacia esa concepción. Algunos prefieren, no obstante, una poe-

sía mucho más lírica y simbolizante, no ajena a Saint-John Perse o Aimé Césaire, como Pedro Pérez Sarduy.

Emparentada con cierta zona de la obra de poetas mayores (Retamar, cierto Jamís), esta primera promoción poética formada y definida en la Revolución, ha influido a su vez en poetas de la generación precedente.

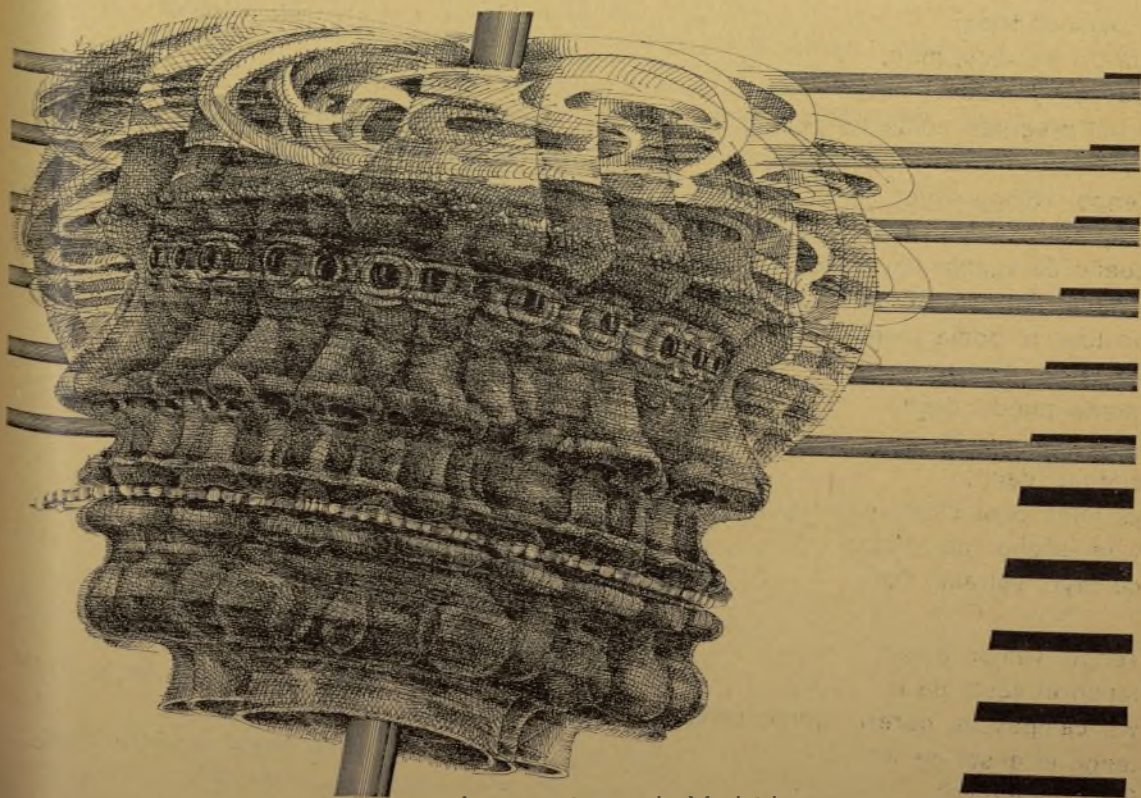
En la Isla tiene lugar un verdadero auge del colo-

quialismo poético, que corre el peligro de convertirse en una nueva retórica.

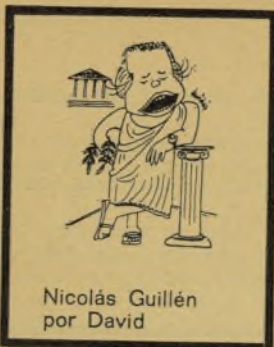
Creo, sin embargo, que la tradicional vitalidad de la poesía cubana eliminará el riesgo. En cualquier caso, y como siempre, los poetas se definirán individualmente en el tiempo.

Por lo demás, pocas veces como en estos tiempos, ha habido en la Isla tal fortuna, tal fiesta para el quehacer poético. Y eso, estoy seguro, es lo más importante.

(Cortesía de Julio Herrera Zapata)



Ayuntamiento de Madrid



Nicolás Guillén

Nicolás Guillén nació en Camagüey en 1902. Ha sido tipógrafo, periodista, funcionario público y diplomático. Asistió, en calidad de delegado, al Congreso por la defensa de los intelectuales y de la cultura, que se celebró en España en 1937. Ha viajado por todo el mundo. Sus poemas han sido traducidos a todas las lenguas modernas. Desde 1961, preside la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

Obras publicadas: Motivos de son, Sóngoro Cosongo, West Indies Ltd; España, El son entero, La paloma del vuelo popular, Tengo, Poemas de amor, Antología mayor, El gran zoo (poesía); Prosa de prisa (crónica).

Tengo

Cuando me veo y toco
yo, Juan sin Nada no más ayer,
y hoy Juan con todo,
y hoy con todo,
vuelvo los ojos, mlro,
me veo y toco
y me pregunto cómo ha podido ser.

Tengo, vamos a ver,
tengo el gusto de andar por mi país,
dueño de cuanto hay en él,
mirando bien de cerca lo que antes
no tuve ni podía tener
Zafra puedo decir,
monte puedo decir,
ciudad puedo decir,
ejército decir,
ya míos para siempre y tuyos, nuestros,
y un ancho resplandor
de rayo, estrella, flor.

Tengo, vamos a ver,
tengo el gusto de ir
yo, campesino, obrero, gente simple,
tengo el gusto de ir
(es un ejempló)

a un banco y hablar con el
administrador,
no en inglés,
no en señor,
sino decirle compañero como se dice
en español.

Tengo, vamos a ver,
que siendo un negro
nadie me puede detener
a la puerta de un dancin o de un bar.
Tengo...

O bien en la carpeta de un hotel
gritarme que no hay pieza,
una mínima pieza y no una pieza
colosal,
una pequeña pieza donde yo pueda
descansar.

Tengo, vamos a ver,
que no hay guardia rural
que me agarre y me encierre
en un cuartel,
ni me arranque y me arroje de mi tierra
al medio del camino real.
Tengo que como tengo la tierra tengo
el mar,

a
no country,
no jailáif,
no tennis y no yacht,
sino de playa en playa y ola en ola,
gigante azul abierto democrático :
en fin, el mar

Tengo, vamos a ver
que ya aprendí a leer,
a contar,

tengo que ya aprendí a escribir
y a pensar
y a reír.

Tengo que ya tengo
donde trabajar
y ganar
lo que me tengo que comer
Tengo, vamos a ver,
tengo lo que tenía que tener.

José Lezama Lima

José Lezama nació en La Habana en 1912. Se graduó en Derecho. Su creación literaria comprende tanto poesía, como ensayo, crítica y novela. Fundó numerosas revistas y promovió grupos literarios (por ejemplo, el llamado Orígenes). Es autor de una antología de poesía cubana del siglo XVII al XIX, y también de numerosos estudios y antologías de autores clásicos. Obras publicadas: Enemigo rumor, La fijeza, Muerte de Narciso, Dador (poesía). Juego de las decapitaciones (cuentos); Coloquio con Juan Ramón Jiménez, De Paul Valery, Las imágenes posibles, Exámenes, Tratados de La Habana, Analecta del reloj (ensayo y crítica); Paradiso (novela); y Orbita (selección de textos en verso y en prosa).

Oda a Julián del Casal

Déjenlo, verdeante, que se vuelva ;
permitidle que salga de la fiesta
a la terraza donde están dormidos.
A los dormidos los cuidará quejoso,
fijándose como se agrupa la mañana helada.
La errante chispa de su verde errante,
trazará círculos frente a los dormidos
de la terraza, la seda de su solapa
escurre el agua repasada del tritón
y otro tritón sobre su espalda en polvo.
Dejadlo que se vuelva, mitad ciruelo
y mitad piña laqueada por la frente.
Ayuntamiento de Madrid

Déjenlo que acompañe sin hablar,
permitidle, blandamente, que se vuelva
hacia el frutero donde están los osos
con el plato de nieve, o el reno
de la escribanía, con su manilla de ámbar
por la espalda. Su tos alegre
espolvorea la máscara de combatientes japoneses.
Dentro de un dragón de hilos de oro,
camina ligero con los pedidos de la lluvia,
hasta la Concha de oro del Teatro Tacón,
donde rígida la corista colocará
sus flores en el pico del cisne,
como la mulata de los tres gritos en el vodevil
y los neoclásicos senos martillados por la pedantería
de Clesinger. Todo pasó
cuando ya fue pasado, pero también pasó
la aurora con su punto de nieve.

Si lo tocan, chirrían sus arenas ;
si lo mueven, el arco iris rompe sus cenizas.
Inmóvil en la brisa, sujetado
por el brillo de las arañas verdes.
Es un vaho que se dobla en las ventanas.
Trae la carta funeral del ópalo.
Trae el pañuelo de opopónax
y agua quejumbrosa a la visita
sin sentarse apenas, con muchos
quédese, quédese,
que se acercan para llorar en su sonido,
como los sillones de mimbre de las ruinas del ingenio,
en cuyas ruinas se quedó para siempre el ancla
de su infantil chaqueta marinera.

Pregunta y no espera la respuesta,
lo tiran de la manga con trifolias de ceniza.
Están frías las ornadas florecillas.
Frías están sus manos que no acaban,
aprieta las manos con sus manos frías.
Sus manos no están frías, frío es el sudor

Ayuntamiento de Madrid

que lo detiene en su visita a la corista.
Le entrega las flores y el maniquí
se rompe en las baldosas rotas del acantilado.
Sus manos frías avivan las arañas ebrias,
que van a deglutir el maniquí playero.
Cuidado, sus manos pueden avivar
la araña fría y el maniquí de las coristas.
Cuidado, él sigue oyendo como evapora
la propia tierra maternal,
compás para el espacio coralino.
Su tos alegre sigue ordenando el ritmo
de nuestra crecida vegetal,
el extenderse dormido.

Las formas en que utilizaste tus disfraces,
hubieran logrado influenciar a Baudelaire.
El espejo que unió a la condesa de Fernandina
con Napoleón Tercero, no te arrancó
las mismas flores que le llevaste a la corista,
pues allí viste el aleph negro en lo alto del surtidor.

Cronista de la boda de Lunz de Copas
con la Sota de Bastos, tuviste que brindar
con champagne gelée por los sudores fríos
de tu medianoche de agonizante.
Los dormidos en la terraza,
que tú tan sólo los tocabas quejumbrosamente,
escupían sobre el tazón que tú le llevabas a los cisnes.

No respetaban que tú le habías encristalado la terraza
y llevado al menguante de la liebre al espejo.
Tus disfraces, como el almirante samurai,
que tapó la escuadra enemiga con un abanico,
o el monje que no sabe qué espera en El Escorial,
hubieran producido otro escalofrío en Baudelaire.

Sus sombríos rasguños, exagramas de tu sangre,
Ayuntamiento de Madrid

se igualaban con la influencia que tu vida
hubiera dejado en Baudelaire,
como lograste alucinar al Sileno
con ojos de sapo y diamante frontal.
Los fantasmas resinosos, los gatos
que dormían en el bolsillo de tu chaleco estrellado,
se embriagaban con tus ojos verdes.
Desde entonces, el mayor gato, el peligroso genuflexo,
no ha vuelto a ser acariciado.

Cuando el gato termine la madeja,
le gustará jugar con tu cerquillo,
como las estrias de la tortuga
nos dan la hoja precisa de nuestro fin.
Tu calidad cariciosa,
que colocaba un sofá de mimbre en una estampa japonesa,
el sofá volante, como los paños de fondo
de los relatos hagiográficos,
que vino para ayudarte a morir.

El mail coach con trompetas,
acudido para despertar a los dormidos de la terraza,
rompía tu escaso sueño en la madrugada,
pues entre la medianoche y el despertar,
hacías tus injertos de azalea con araña fría,
que engendraban los sollozos de la Venus Anadyomena
y el brazalete robado por el pico del alción.
Sea maldito el que se equivoque y te quiera
ofender, riéndose de tus disfraces
o de lo que escribiste en La Caricatura,
con tan buena suerte que nadie ha podido
encontrar lo que escribiste para burlarte
y poder comprar la máscara japonesa.

Cómo se deben haber reído los ángeles,
cuando saludabas estupefacto
a la marquesa Polavieja, que avanzaba
hacia ti para palmearte frente al espejo.
Qué horror, debes haber soltado un lagarto
sobre la trifolia de una taza de té.

Ayuntamiento de Madrid

Haces después de muerto
las mismas iniciales, ahora
en el mojado escudo de cobre de la noche,
que comprobaban al tacto
la trigüeñita de los doce años
y el padre enloquecido colgado de un árbol.
Sigues trazando círculos
en torno a los que se pasean por la terraza,
la chispa errante de tu errante verde.

Todos sabemos ya que no era tuyo
el falso terciopelo de la magia verde,
los pasos contados sobre alfombras,
la daga que divide las barajas,
para unir las de nuevo con tizne de cisnes.
No era tampoco tuya la separación,
que la tribu de malvados te atribuye,
entre el espejo y el lago.

Eres el huevo de cristal,
donde el amarillo está reemplazado
por el verde errante de tus ojos verdes.
Invencionaste un color solemne.
guardamos ese verde entre dos hojas.
El verde de la muerte.

Ninguna estrofa de Baudelaire,
puede igualar el sonido de tu tos alegre.
Podemos retocar,
pero en definitiva lo que queda,
es la forma en que hemos sido retocados.
¿Por quién?
Respondan la chispa errante de tus ojos verdes
y el sonido de tu tos alegre.
Los frascos de perfume que entreabriste,
ahora te hacen salir de ellos como un homúnculo,
ente de imagen creado por la evaporación,
corteza del árbol donde Adonai
huyó del jabalí para alcanzar
Ayuntamiento de Madrid

la resurrección de las estaciones.
El frío de tus manos,
es nuestra franja de la muerte,
tiene la misma hilacha de la manga
verde oro del disfraz para morir,
es el frío de todas nuestras manos.
A pesar del frío de nuestra inicial timidez
y del sorprendido en nuestro miedo final,
llevaste nuestra luciérnaga verde al valle de Proserpina.

La misión que te fue encomendada,
descender a las profundidades con nuestra chispa verde,
la quisiste cumplir de inmediato y por eso escribiste :
ansias de aniquilarme sólo siento,
pues todo poeta se apresura sin saberlo
para cumplir las órdenes indescifrables de Adonai.
Ahora ya sabemos el esplendor de esa sentencia tuya,
quisiste llevar el verde de tus ojos verdes
a la terraza de los dormidos invisibles.
Por eso aquí y allí, con los excavadores de la identidad,
entre los reseñadores y los sombrosos,
abres el quitasol de un inmenso Eros.
Nuestro escandaloso cariño te persigue
y por eso sonríes entre los muertos.
La muerte de Baudelaire, balbuceando
incesantemente : Sagrado nombre, Sagrado nombre,
tiene la misma calidad de tu muerte,
pues habiendo vivido como un delfín muerto de sueño,
alcanzaste a morir muerto de risa.
Tu muerte podía haber influenciado a Baudelaire.
Aquel que entre nosotros dijo :
ansias de aniquilarme sólo siento,
fue tapado por la risa como una lava.
En esas ruinas, cubierto por la muerte,
ahora reaparece el cigarrillo que entre tus dedos se quemaba,
la chispa con la que descendiste
al lento oscuro de la terraza helada.
Ayuntamiento de Madrid

Permitid que se vuelva, ya nos mira,
qué compañía la chispa errante de tu errante verde,
mitad ciruelo y mitad piña laqueada por la frente.

Cintio Vitier

Cintio Vitier nació en Key West, Florida, en 1921. Hasta los primeros años de su adolescencia vivió en la ciudad de Matanzas, trasladándose luego a La Habana. Investigador y ensayista, Vitier es sobre todo crítico y poeta. Es uno de los principales animadores del grupo **Orígenes**. Ha pronunciado múltiples conferencias y ocupado varias cátedras universitarias. Actualmente realiza trabajos de investigación literaria en la Biblioteca Nacional «José Martí». Entre sus obras publicadas, figuran los libros de poesía **Sedienta cita**, **Extrañeza de estar**, **De mi provincia**, **El hogar y el olvido**, **Vispera y canto**, y los de crítica y ensayo **Cincuenta años de poesía cubana**, **Lo cubano en la poesía** y **Los poetas románticos cubanos**.

Camilo Cienfuegos

Una sola mirada recorre la isla, buscándote,
como la mujer el dracma perdido, que es su tesoro.
No estás en las llanuras ni en las sierras ni en las costas de Camagüey.

Esas llanuras, esas sierras, esas costas son tu ausencia.
No estás en los montes musicales de Las Villas
donde la aurora vibra como un laúd de nácar, finísimo.
No estás en el mediodía huraño del uvero
ni en los atardeceres infinitos de la ciénaga.
No estás en Cayo Francés, ni en Cayo Palomo,
ni en Cayo Frago, ni en Cayo Blanquizar,
ni siquiera en los Jardines de la Reina.
Esos montes, esos cayos, esos jardines son tu ausencia.
Oh joven héroe arrebatado por los dioses,
palmo a palmo ha crecido tu hondo rapto
y ya tiene el tamaño de la isla,
¡el sabor de nuestro aire y nuestro mar!
Iremos por las playas caminando entre tus dedos;
escalaremos las montañas recordando tu rostro.
No surcaremos las olas, sino tu ardiente pecho.

2-11-59

Las palmas me miraban

Las palmas me miraban,
no gráciles, hoscas
en el horror de su belleza,
girando los troncos redondos

como templo destruido, columnata
del mar, arriba el nubarrón orlado
por la brasa, la cóncava atmósfera
alojando la osamenta del caballo,

Ayuntamiento de Madrid

la oreja autónoma, la cola eléctrica,
los cascos dulces del caballo,
la corona
del mar.

Las palmas me miraban,
enorme su cilindro, su espiral
aplastada llorando en la turquesa,
oprimida su boca por los pájaros,
antiguas mujeres que adoro,
grandes, extrañas, puras,
inenarrable delgadez,
arriba el cirro sangre, al fondo
la violácea espuma, eje
desunido de mi alma,
señoras hurañas y damas
mías.

La tela trueno que amaba
para entrar en el espejo
llanuras grises y flores gruesas,

para volcar los polvos rosa, la cajita
con bolas de colores, el bolsín
de malla de oro,
para entrar en la piedra que humeaba
crepúsculos,
el cojo trueno, amor, ahora viene
con el maíz nocturno, con la lluvia,
para resistir esa mirada, ola
dura, doble, morada y risa, golpeando
mi corazón.

Oh patria dime.
Oh patria engéndrame.
Oh patria mécame.
Oh patria nómbrame.
Oh patria dame la cinta, el caballo,
la piedra,
lo que no sé que estoy buscando
en los corrales,
por las costas, en las nubes, olvidado
junto al horno, en el montón
de cal.

Virgilio Piñera

Virgilio Piñera nació en Cárdenas en 1912. Hizo sus estudios de filosofía y letras en la Universidad de La Habana. En 1946 se trasladó a Buenos Aires, no volviendo a Cuba hasta 1958. Ha escrito poesía, cuento, novela y teatro, considerándosele como un representante de la «literatura del absurdo» en Cuba. Principales libros de cuentos: *Cuentos fríos* (1956) y *Cuentos* (1964). Novelas: *La carne de René* (1953), *Pequeñas maniobras* (1963) y *Presiones y diamantes* (1967). Entre sus obras teatrales destacan: *Electra Garrigó* (1948), *Falsa alarma* (1949), *Aire frío* (1939) y *El no* (aún inédita). En 1957 ha aparecido en La Habana un libro de poemas de Piñera.

En el Gato Tuerto
no hay gatos.
En el Gato Tuerto
hay gente,
con ojos como prismáticos,
con bocas como ventosas,
con manos como tentáculos
con pies como detectores.

En el Gato Tuerto

hay una noche dentro de la noche,
con una luna que sale para algunos,
un sol que brilla para otros
y un gallo que canta para todos.

En el Gato Tuerto
hay el asiento de la felicidad,
hay el asiento de la desdicha
y hay también el horrendo asiento
de la espera.

En el Gato Tuerto
¿me atreveré a decirlo ?
hay un pañuelo para enjugar las lágrimas
y hay igualmente
—casi no me atrevo—
un espejo para mirarse cara a cara.

En el Gato Tuerto
una noche se dieron el sí dos amantes,
y en el Gato Tuerto

otra noche mataron lo que amaban.
En el Gato Tuerto
hay un momento de expectación
cuando el amante imaginario
hace su aparición ;
mira amorosamente y dice :
« Soy de quien me espera »...
y entonces el feeling llega al corazón
En el Gato Tuerto con revolución.

1967.

Eliseo Diego

Eliseo Diego nació en La Habana en 1920. A los veinte años comenzó a publicar sus primeros poemas y cuentos en las más importantes revistas literarias del momento. Miembro prestigioso del grupo literario Orígenes, colabora, durante los años 40, en la revista que lleva el mismo nombre. Pronuncia conferencias y publica sus trabajos sobre los escritores cubanos y extranjeros. Actualmente trabaja en el Departamento de Literatura y Cuentos para niños de la Biblioteca Nacional de Cuba.

Obras publicadas: En la calzada de Jesús del Monte, Por los extraños pueblos, El oscuro esplendor (poemas); En las oscuras manos del olvido, Divertimentos (prosa).

Un poema no es más
que una conversación en la penumbra
del horno viejo, cuando ya
todos se han ido, y cruje
afuera el hondo bosque ; un poema
no es más que unas palabras
que uno ha querido, y cambian
de sitio con el tiempo, y ya

no son mas que una mancha, una
esperanza indecible ;

un poema no es más
que la felicidad, que una conversación
en la penumbra, que todo
cuanto se ha ido, y ya
es silencio.



(Feijóo)

Samuel Feijóo

Samuel Feijóo nació en 1914, en San Juan de las Yeras, provincia de Las Villas. Es autor de más de cuarenta libros tanto de poesía, de diferentes formas y rimas, como de novelas, crónicas, críticas, ensayos y trabajos de investigación ; también es autor de numerosas obras teatrales. Ha trabajado, igualmente, como periodista, profesor de artes plásticas, fotógrafo, y ha dirigido, durante casi diez años, la editorial de la Universidad Central de Las Villas, en la cual dirige actualmente la revista Islas. Muchos de sus poemas y libros en prosa han sido traducidos en varias lenguas.

Ayuntamiento de Madrid

Obras poéticas : Libro de notas, Cara, Violas, El girasol sediento, Ser fiel, Cuerda menor y Carta de otoño.

Otras obras : Las corrientes de la poesía cubana hasta 1856, Antología de poetas de la ciudad de Camagüey, Diario abierto, Cuentos populares cubanos, Mitos y leyendas de Las Villas, Juan Quinquén en Pueblo Mocho, Fantasía del dibujo popular, La décima cubana.

Una palma

Ninguna pupila se hará
sobre la tierra
que te mire como
yo, mi palma. Nadie, nadie,
podrá oírte como yo,
casi hablar tu lenguaje,
cuando apuñaleado por los groseros,
los brutales, los asesinos del viento,
divago por los montes como
una sombra antigua,
sabiendo que soy sombra
en la noche que entra...
Aún puedo mirarte, palma, suave,

como ayer, cuando te vi junto a un arroyo
verde, libre, hermosa. Nunca
te mirarán así,
casi como a una doncella esperada,
así como a un espejo de la juventud,
como a la señal de la tierra que nos espera
a tí y a mí,
para hacernos el mismo polvo,
el mismo son,
la misma realidad
irrepetible,
la misma armonía que no teme morir
ni teme existir.

Siendo muchos

Cómo ahogaremos al necio,
al bribón,
si somos pocos ?
Cómo al ruín ambicioso destruiremos
si somos pocos ?
Y cómo a los
ególatras, violentos en su error,

si somos pocos ?
Si somos pocos
habrá combate a muerte,
y dogmas, violencias, soberbias,
astucias, vilezas, nos raerán los días.
Días, años, nos raerán,
pero peharemos por paz y ternura.

Visita a las trincheras

La tarde es morada
como ayer. Es azul gris
el mar que ya no puede
con la tarde y la estrella
de Venus.

El miliciano
mira al horizonte. Espera
al invasor que viene por sus casas,

sus fincas, su petróleo,
prostitutas, esclavos.
Espera. Los manglares negrean.
Entre la espesa noche
si vamos a morir que sea
junto al pobre ; si vamos
a vivir que sea
junto al pobre digno.

Ayuntamiento de Madrid

Oscar Hurtado

Oscar Hurtado nació en 1919 en La Habana. Siendo muy joven trabajó de pescador. Ha publicado el libro de poesías **La ciudad muerta de Korad**.

Tu morada será la calle
Tu refugio la sombra del muro
Magullados serán tus pies por la fatiga
El ebrio y el hombre sobrio te abofetearán.
(Gilgames, VII.)

Negras antologías

La multitud sombría teme a las avispas.
Voces sin eco, lenguas de gelatina y algodón.
Ellos han cubierto su lepra con libros
y luego hicieron ver que yo era el leproso,
el impedido que busca con farol apagado.
Pero yo en verdad estoy protegido
por la sombra de la Madre Ceiba.
Recojo las uvas de mi dicha
con las campanadas de un reloj
que hace tiempo señala mi destino.
Nada de lepra ni de nalgas de babuino.
Mis alucinaciones no las poseían ellos,
ni la belleza de ese árbol que centra mi paisaje.
Lo negaron en sus noches de cuchillos largos
y lo silenciaron en sus negras antologías.

Yo tengo un libro que es mi libro ;
un libro que trata de un árbol
señal y torre de mi paisaje,
cuya sombra del Sol ampara.
Sombra necesaria a mi piel quemada,
porque soy el canceroso de rostro de marino
que no disfrutará más de las fiestas del día,
ni de las playas del mar.

Tengo la sal y el agua que me negaron.
Ya no pueden silenciar mi libro.
Ahora todo es distinto a como fue antes,
cuando ellos daban los espaldarazos ;
cuando sólo ellos hacían antologías.
Ayuntamiento de Madrid

En sus altivas noches de escribanos,
Fina arena mi sal, y fresca mi agua,
sepulta antologías de tinieblas.
Por las límpidas calles de mi Habana
se perdieron las huellas de sus libros.
No hablemos más de ellos, mira y pasa.

Roberto Fernández Retamar

Roberto Fernández Retamar nació en La Habana en 1930. Graduado de Letras en la Universidad de La Habana. Ha enseñado en la Universidad de Yale y actualmente es profesor de la Universidad de La Habana y director de la Revista Casa de las Américas. Ha cultivado extensamente el ensayo y la crítica y desempeñado el cargo de consejero cultural en Francia —representando al gobierno revolucionario—. Fue secretario coordinador de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Su poesía aparece constantemente en publicaciones cubanas y extranjeras.

Obra publicada: Elegía como un Himno, Alabanzas, Conversaciones, Patrias, Vuelta de la antigua esperanza, En su lugar en la poesía, Con las mismas manos, Historia antigua y Poesía reunida (Poesía), La poesía contemporánea en Cuba (1927-1953), Papelería (Crítica).

Usted tenía razón, Tallet : somos hombres de transición

Entre los blancos a quienes, cuando son casi
polares, se les ve circular la sangre por los ojos,
debajo del pelo pajizo,
Y los negros nocturnos, azules a veces, escogidos
y purificados a través de pruebas horribles, de
modo que sólo los mejores sobrevivieron y son
la única raza realmente superior del planeta ;
Entre los que sobresaltaba la bomba que primero
había hecho parpadear a la lámpara y remataba
en un joven colgando del poste de la esquina,
Y los que aprenden a vivir con el canto marchando
vamos hacia un ideal, y deletrean Camilo (quizás
más joven que nosotros) como nosotros Ignacio
Agramonte (tan viejo ya como los egipcios cuando
fuimos a las primeras aulas) ;
Ayuntamiento de Madrid

Entre los que tuvieron que esperar, sudándoles las
manos, por un trabajo, por cualquier trabajo,
Y los que pueden escoger y rechazar trabajos sin
humillarse, sin mentir, sin callar, y hay trabajos
que nadie quiere hacerlos ya por dinero, y
tienen que ir (tenemos que ir) los trabajadores
voluntarios para que el país siga viviendo ;
Entre las salpicadas flojeras, las negaciones de
San Pedro, de casi todos los días en casi todas
las calles,
Y el heroísmo de quienes han esparcido sus nombres
por escuelas, granjas, comités de defensa, fábricas, etc. ;
Entre una clase a la que no pertenecemos, porque
no podíamos ir a sus colegios ni llegamos a creer
en sus dioses,
Ni mandamos en sus oficinas ni vivimos en sus casas ni bailamos en sus
salones ni nos bañamos en sus playas ni hicimos juntos el amor
ni nos saludamos,
Y otra clase en la cual pedimos un lugar, pero no tenemos del todo sus
memorias ni tenemos del todo las mismas humillaciones,
Y que señala con sus manos encallecidas, hinchadas, para siempre
deformes,
A nuestras manos que alisó el papel o trastearon los números ;
Entre el atormentado descubrimiento del placer,
La gloria eléctrica de los cuerpos y la pena, el temor de hacerlo mal,
de ir a hacerlo mal,
Y la plenitud de la belleza y la gracia, la posesión hermosa de una mujer
por un hombre, de una muchacha por un muchacho,
Escogidos uno a la otra como frutas, como verdades en la luz ;
Entre el insomnio masticado por el reloj de la pared,
La mano que no puede firmar el acta de examen o llevarse la maldita
cuchara de sopa a la boca,
El miedo, las lágrimas de la rabia sorda e impotente,
Y el júbilo del que recibe en el cuerpo la fatiga trabajadora del día y el
reposo justiciero de la noche,
Del que levanta sin pensarlo herramientas y armas y también un cuerpo
querido que tiembla de ilusión ;

Ayuntamiento de Madrid

Entre creer un montón de cosas, de la tierra, del cielo y del infierno,
Y no creer absolutamente nada, ni siquiera que el incrédulo exista de
veras ;

Entre la certidumbre de que todo es una gran trampa, una broma desco-
munal, y qué demonios estamos haciendo aquí, y qué es aquí,

Y la esperanza de que las cosas pueden ser diferentes, deben ser dife-
rentes, serán diferentes ;

Entre lo que no queremos ser más, y hubiéramos preferido no ser, y lo
que todavía queríamos ser,

Y lo que queremos, lo que esperamos llegar a ser un día, si tenemos
tiempo y corazón y entrañas ;

Entre algún guapo de barrio, Roenervio por ejemplo, que podía más que
uno, qué coño,

Y José Martí, que exaltaba y avergonzaba, brillando como una estrella :

Entre el pasado en el que, evidentemente, no habíamos estado, y por
eso era pasado,

Y el porvenir en el que tampoco íbamos a estar, y por eso era porvenir,
Aunque nosotros fuéramos el pasado y el porvenir, que sin nosotros
no existirían.

Y, desde luego, no queremos (y bien sabemos que no recibiremos) piedad
ni perdón ni conmiseración.

Quizás ni siquiera comprensión, de los hombres mejores que vendrán
luego, que deben venir luego : la historia no es para eso,

Sino para vivirla cada quien del todo, sin resquicios si es posible
(Con amor sí, porque es probable que sea lo único verdadero).

Y los muertos estarán muertos, con sus ropas, sus libros, sus conversa-
ciones, sus sueños, sus dolores, sus suspiros, sus grandezas, sus
pequeñeces.

Y porque también nosotros hemos sido la historia, y también hemos
construido alegría, hermosura y verdad, y hemos asistido a la luz, y
alguna vez a lo mejor hemos sido la luz, como hoy formamos parte
del presente.

Y porque después de todo, compañeros, quién sabe

Si sólo los muertos no son hombres de transición.

Roberto Branly

Roberto Branly nació en 1930 en La Habana. Periodista y crítico de cine, viajó por la URSS en 1965. Su prosa y sus versos aparecen frecuentemente en diversas publicaciones. Obras publicadas: *El cisne*, *Las claves del alba*, *Firme de sangre* y *Apuntes y poemas*.

Homenaje

En Girón, en Playa Larga
el estampido de la sangre.
La pólvora en el sol
a tientas.

El seco rumbo
de los héroes.

En Girón, en Playa Larga
el silencio apenas,
Luego, el grito fuerte del fusil,
la metralleta, los morteros

con su vocación de flecha.

En Girón, en Playa Larga,
en San Blas la muerte late
entre las fibras de la patria.

No hay azar:

hay cántaros de furia,
de ceñida furia
que despliega sus columnas
en el estampido de la sangre:
Patria o Muerte.

Pablo Armando Fernández

Pablo Armando Fernández nació en 1930 en la provincia de Oriente. Fue Subdirector de la revista semanal *Lunes de Revolución*. Durante largos años vivió en Estados Unidos y representó al gobierno revolucionario como Consejero Cultural en Inglaterra. Sus poemas han sido traducidos a varios idiomas. Actualmente trabaja en la Comisión Nacional de la Unesco. Obra publicada: *Salterio y Lamentación*, *Nuevos poemas*, *Toda la poesía*, *Himnos y Libro de los héroes (poesía)*.

Epifanía

Revolución,

en el principio están las palabras
heroicas, difícil es narrar los hechos
con la sorpresa de la infancia, el juego
de la vida en la calle.

Una moneda al aire, cruz; un vuelco
y es la muerte.

Extranjera, por amor, detente!

Hablo a la vida y es difícil. Ahora
- oídme!

A su número torna.

Revolución,

naces y veo la edad cambiada, el trueno
furia y sangre y unas aguas de miedo,
arrasadoras, pasan.

En el futuro halla el hombre su límite.

Los héroes

Desde los sueños el polvoriento corazón
del monte ardía

y de nuevo comenzaba a vivir

Ayuntamiento de Madrid

para un suceso puro.
Cantos y toques en la casa vieja
del mundo
y ellos nacidos la víspera del fin.
Viven hacia la eternidad los héroes.
Para sus ojos múltiples de asombro
guarda el monte la única flor
que el tiempo no elabora, que la muerte
no toca.
Eran desde los sueños, iguales
y distintos.

Rendición de Eshu

Avisa a Osain que los hombres vienen,
mientras mi muerte alista,
yerba de mis pesares, alúmma,
que lo ve todo, desde el lecho del río.
Acompañen de sonos
la llegada del dueño único del monte.
Avisa a los Ibeyi, que su cabeza

ya entra en las regiones áureas,
sus bellos ojos más bellos que la lumbre
mayor,
y su oloroso aliento, más transparente
que el aire que corona el monte,
dile, flor de mis males,
que ha regresado en victoriosa barca,
él, monte de aguas.
Avisa a Oggún,
que cae mi fortaleza,
entre armas y banderas.
Avisa a Obatalá, que las cadenas
contra las que los dioses no pudieron,
esclavas a su paso se rendían ; avisa
a Eleggúa
que ni sus llaves ni sus guardias
están seguras.
Acompañen de sonos, gentes de Ocha,
la llegada del dueño único del monte
mientras mi muerte alista.

Nacimiento de Eggo

Cuentan las bocas muertas que el hombre
Uno entre dos luces.
La barca era su cuerpo y sus brazos dos poderosos remos.
Sol, en un estrecho de aguas violentas,
el hombre era una luz, dicen los muertos ;
antes de la pasada historia, mucho antes
del tiempo porvenir.
Cuentan que iba hacia el monte.
Iba mirando hacia su frente, mirando a sus espaldas
y al perfil que para siempre dibujaron
sus manos poderosas. Iba solo,
y era el cristal, el oro que fluía desde su barca,
el torso de todo lo creado,
hasta la hora de su consumación,
En las riberas, borrosa la espesura,
ceniza o carroña humeante ; ruinas.
Ayuntamiento de Madrid

Y el monte, el hombre mismo, dice la historia
de las bocas muertas, hacía sobre las aguas.
Cuando llegó al centro de sí mismo, ya no era un hombre,
era el árbol mayor, sus ramas, múltiples remos,
su tallo, tantas barcas de fortaleza idéntica
y juntos una flor redonda de oro.
Frente a él vió, a sus flancos y espalda
multiplicarse el monte hasta un número exacto,
dividido en fragmentos iguales,
enteros unos y otros, siempre el mismo
que vino entre las aguas y dos luces.

Fayad Jamís

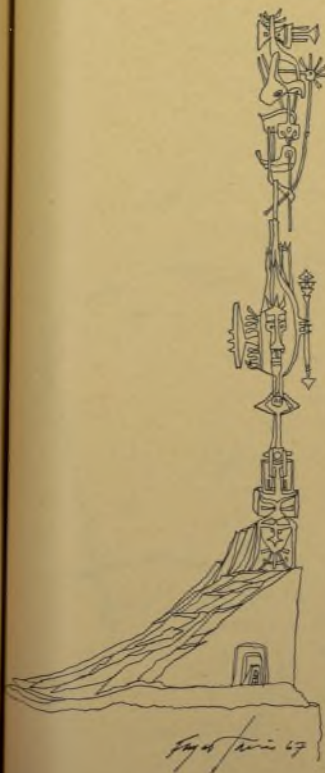
(Fayad Jamís)

Fayad Jamís nació en 1930. Estudió artes plásticas en la Escuela de San Alejandro y ha participado en diversas exposiciones de pintura en Cuba y el extranjero. Traductor de poetas contemporáneos ha dado a conocer en lengua española la obra de Attila József. Ocasionalmente ha cultivado el cuento y el periodismo y en la actualidad prepara una novela. Ha viajado por Europa, Asia y América latina y residido en París. Actualmente es secretario de publicaciones de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y secretario de redacción de la Revista Unión. Sus poemas conocen versiones a varios idiomas.

Obra publicada: Los párpados y el polvo, Los puentes, Por esta libertad (Premio Casa de las Américas, 1962), La pedrada, Vagabundo del alba y Cuerpos (poesía).

Por esta libertad

Por esta libertad de canción bajo la lluvia
habrá que darlo todo
Por esta libertad de estar estrechamente atados
a la firme y dulce entraña del pueblo
habrá que darlo todo
Por esta libertad de girasol abierta en el alba de fábricas
encendidas y escuelas iluminadas
y de tierra que cruje y niño que despierta
habrá que darlo todo
No hay alternativa sino la libertad
No hay más camino que la libertad
No hay otra patria que la libertad
No habrá más poema sin la violenta música de la libertad
Ayuntamiento de Madrid



Por esta libertad que es el terror
de los que siempre la violaron
en nombre de fastuosas miserias
Por esta libertad que es la noche de los opresores
y el alba definitiva de todo el pueblo ya invencible
Por esta libertad que alumbra las pupilas hundidas
los pies descalzos
los techos agujereados
y los ojos de los niños que deambulaban en el polvo
Por esta libertad que es el imperio de la juventud
Por esta libertad
bella como la vida
habrá que darlo todo
si fuere necesario
hasta la sombra
y nunca será suficiente.



Heberto Padilla

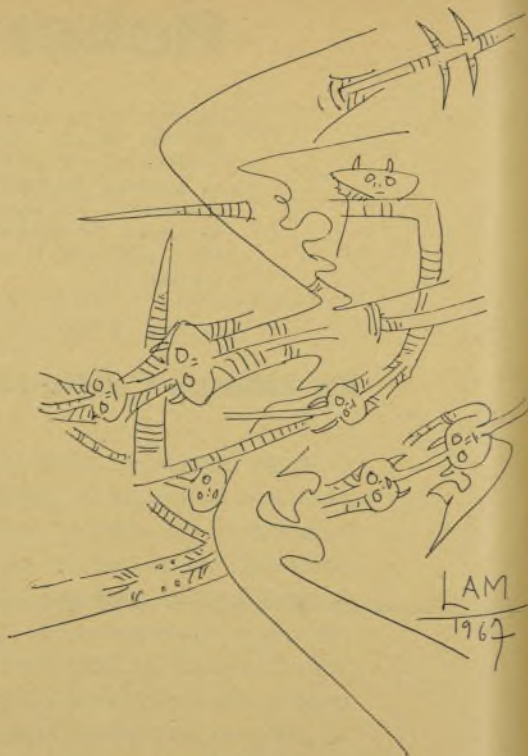
Heberto Padilla nació en 1932 en Puerta de Golpe, provincia de Pinar del Río. Ha viajado extensamente por Estados Unidos y Europa. Periodista —desde su adolescencia— ha sido jefe de corresponsales de Prensa Latina en Londres. También fue gerente de la empresa Cubartimpex. Sus poemas aparecen a menudo en antologías y publicaciones literarias de Cuba y el extranjero. Es también traductor.

Obra publicada: Las Rosas Audaces, El justo tiempo humano, y La hora (poesía).

En tiempos difíciles

A aquel hombre le pidieron su tiempo
para que lo juntara al tiempo de la historia ;
le pidieron sus manos, porque para una época difícil
nada hay mejor que un par de buenas manos ;
le pidieron sus ojos que alguna vez tuvieron lágrimas
para que contemplase el lado claro,
especialmente el lado claro de la vida,
porque para el horror basta un ojo, el asombro ;
le pidieron sus labios reseco y cuarteado
para afirmar, para erigir, con cada afirmación
un sueño (el-alto-sueño) ;
le pidieron sus piernas duras y nudosas,
las viejas piernas andariegas,
porque en tiempos difíciles, ¿ algo hay mejor
que un par de piernas para la construcción o la trinchera ?
Le pidieron el bosque que lo nutrió de niño,
con su árbol obediente
(el más rabioso, sin embargo, y más fiero)
donde esperaba como una niña sola la Hermosura.
Le pidieron el pecho, el corazón, los hombros.
Adujeron que ello era estrictamente necesario.
Le explicaron después
que toda esta donación resultaría inútil sin entregar la lengua,
porque en tiempos difíciles
nada es tan útil para atajar al odio o la mentira.
Y finalmente le rogaron que, por favor, echase a andar,
porque en tiempos difíciles
ésta es, sin duda, la prueba decisiva.

Ayuntamiento de Madrid



José Álvarez Baragaño

José Álvarez Baragaño nació en Pinar del Río en 1932 y falleció repentinamente en La Habana en 1962. Vivió en París de 1952 a 1958, año en que volvió a Cuba, siendo encarcelado y torturado por la policía de Batista. En París, donde mantuvo una cordial relación con André Breton y Benjamín Péret, publicó su primer libro de poemas, *Cambiar la vida* (1952). En Cuba publicó en 1955 *El amor original*, y posteriormente *Poesía, revolución del ser* (1960), *Himno a las milicias* (1961) y *Poemas escogidos*.

Mi patria es Cuba

1

Mi patria es Cuba. No en vano
En mi mañana el ónix

Ayuntamiento de Madrid

Con la espuma se confunde, archipiélagos
 De dolor me hincharon la frente
 Y vi por los gritos desolados
 Correr mis cantos de esperanza
 Mi patria es Cuba. Contra sus flancos
 El mar apoya y destruye vientos
 Salvajes. Flechas de color y sonido
 Sus tres famosos generales : junio, julio y agosto.
 Aquí no vació el Mediterráneo sus ánforas
 De sangre : en las ensenadas del azúcar
 Para triturar las cañas y los hombres.
 El extranjero golpeó
 Nuestras espaldas con su látigo sin nombre.
 Mi patria es la dulce y firme Cuba
 Que al extranjero echó de sus provincias
 Y no quiso enterrarlo en su sagrada tierra.
 Mi patria es Cuba, los ópalos de carbón
 Y sangre la reproducen en los ojos del tiempo,
 Y las manos fuertes, fundamentales golpean
 El tambor como un corazón de seda.
 Siempre lejano o en su interior
 De piedra en movimiento, en su tierra cavada por mis manos,
 Contra su nombre sonoro protegí mi edad y mi distancia.
 En ella encuentran todos los hombres sus ejemplos ;
 La muerte fue desterrada ; abolida la tumefacta
 Raíz de la miseria. Su valiente mineral nos enciende
 Los animales pechos y los cursos de la vida
 Bajo el inmenso arco de toda la alegría.

2

Paz al rocío y las azucenas
 Paz al verano
 Que con su pico
 Tejió la casa la golondrina
 Paz a mi fusil
 A mi hacha de piedra
 Y a las flores del Polo Norte
 Paz al arcoiris
 Y paz
 Para todo lo que somos
 Y padecemos
 Entre minerales y rosas
 Insertados.

3

Un hijo no es un carbón
 Ni un diamante
 No es un cofre lleno de monedas de oro
 Ni una caja de herramientas
 Es la verdad del hombre
 Que se repite
 Como el día y la noche
 Sin gastarse.

4

El tiempo
 de los hombres

Ayuntamiento de Madrid

¿ se organiza en la furia y el llanto ?
 El tiempo de los hombres
 ¿ es como una mano fría
 Removiendo las vísceras
 y la sangre ?
 El tiempo de los hombres
 El verdadero
 Nace de una tempestad
 (De arena, sangre, fuego y alegría)
 Que se llama
 Revolución

5

No, la lluvia no ha sido detenida en el
 Aire por los dedos de un mago.
 La luna de mi libertad
 Ronda la ventana.
 No estoy naciendo ni muero
 Sin saberlo.
 Todo el que pregunta por mí
 Sabe dónde estoy :
 En el centro del pueblo.

Agosto de 1962

Luis Marré

Luis Marré nació en 1929 en Guanabacoa, provincia de La Habana. En sus primeras creaciones utilizó el verso tradicional de los campesinos cubanos : la décima. Trabajó como jardinero, obrero textil, contable, etc. A partir de 1955, las revistas literarias comenzaron a publicar sus poemas. En 1959, trabaja, al lado de Rolando Escardó, en la zona de desarrollo agrícola de la Ciénaga de Zapata. Durante cierto tiempo se dedicó a la crítica literaria. Actualmente trabaja en el Instituto Cubano de Radiodifusión.
 Obra publicada : Los ojos en el fresco, Canciones (Poemas).

Tu nombre

Tu nombre era un nombre
 escrito en una
 moneda sin valor, de cobre
 con verdín,
 bajo la efigie roma de un rey necio
 por la gracia de Dios.

Tu nombre
 en plural pretencioso.
 Estabas lejos. Allá donde erraba
 la mirada de humo
 de Asunción la gallega cocinera.

Estabas lejos. Eras una playa
 ignota golpeada por los tristes
 cantos de los gallegos del casino,

—donde había pasado la niñez
 dudaba
 del asturiano amigo de mi padre.
 Pero un día qué cerca.
 Pero un día tu nombre estuvo en cada
 labio : España, España odio y muerte.
 Un domingo aquel cura nos pedía
 aves y salves por un general
 Franco castigador de los impíos
 y alguien le gritó :
 —¡ Cura desgraciado !
 Mi padre respondía con orgullo
 a mis preguntas. Pero aquella vez
 no más dijo con furia :

¡ Desgraciado !

Ayuntamiento de Madrid

César López

César López nació en 1933, en Santiago de Cuba, provincia de Oriente. Estudió Medicina y Filosofía y Letras en las Universidades de Salamanca y Madrid. Ha sido diplomático y director de teatro. También ha ejercido la crítica literaria. Colabora regularmente en publicaciones cubanas y extranjeras. Cultiva asimismo la narración y tiene un libro de poemas en prensa titulado *Primer libro de la ciudad*.

Obra publicada: *Silencio en voz de muerte* y *Apuntes para un pequeño viaje (poesía)*, y *Circulando el cuadrado (cuentos)*.

Por aquellos veranos se repetían los sucesos
(como muy bien se sabe en la ciudad no existen estaciones,
sólo hay calor y más calor a veces ;
pero insistiremos en decir : por aquellos veranos...)
Como un ejemplo para ilustrar los hechos,
uno entre muchos nada más que uno.
(El número de muertos en la ciudad, por ese tiempo de accidentes,
hizo que los sectores afectados se retirasen del mar)
No es necesario recordar a Flebas, sino más bien
a Eugenia Solórzano, aquella negra rotunda, en trusa roja,
que murió ahogada en la playa pública y cuyo cuerpo
flotó después entre sargazos y manchas de petróleo. Un pez,
o muchos de ellos picotearon sus senos, sus ojos,
mientras los jóvenes esbeltos miraban asombrados
desde los retadores veleros, despeinado el cabello más a menos rubio,
protegidos bajo la insignia del club de moda. El agua
no fue amiga de los pobres, de los negros. Es cosa extraña,
sólo en la playa pública hubo ahogados.
Nunca se supo de nadie en otra parte.

Antón Arrufat

Antón Arrufat nació en Santiago de Cuba en 1935. Estrenó su primera obra teatral, *El caso se investiga*, en 1957. Ha publicado un volumen de teatro, así como un libro de poemas (*Repaso final*), cuentos y ensayos.

En la muerte del viejo poeta

Al ras de esta hora murió el poeta.
Ignoro si pudieron sus ojos ver el reloj,
el reloj negro que estaba en su cuarto.
Es posible que muriera sin recordar la hora,
Ayuntamiento de Madrid

sin recordar el último pájaro en los cristales,
el sonido de la silla en la alfombra,
una voz que se apaga en la cocina.
Sus días no se atan, van solos y extraviados,
pero las muertes que olvidó o supo
que nunca olvidaría, llegan juntas
y se lo llevan y nos dejan su imagen.
Viejo maestro, la tarde era entonces
sobre el puente, la tarde que miramos,
y el río, indiferente tal vez,
fluía sobre una ciudad, que ya es cualquiera ;
¿ no es cierto que fuiste a la ventana
o te inclinaste quizá para encender la pipa ?
Las cosas que quisiste permanecen.
Podremos saber donde tú estabas.
No alcanzaron a retenerte, duras,
las metáforas, tu vida, las palabras.
Imagino que acudieron voces a tus labios,
trémulas, imprecisas, para nombrar el instante,
y quedó ahí, inviolado, solo, fulgurando.
Si la criada llamara a la puerta, ¿ responderías ?
(Ahora está llamando.) Y en un lugar de Italia
otro viejo poeta calla con la noticia.
Nosotros, que aprendimos de ti ahora
te olvidamos, te negamos con furia.
Nadie dirá tu nombre.
Eso también nos habrás enseñado.

Londres, enero, 1965.

Luis Suardíaz

Luis Suardíaz nació en Camagüey en 1936. Ha publicado extensamente en revistas y periódicos y ha trabajado como periodista y director de programas de radio y televisión. Ha frecuentado ocasionalmente la crítica literaria. Fue Director provincial de Cultura en Camagüey en 1960-1962 y desde entonces Director de Literatura del Consejo Nacional de Cultura. Sus poemas han aparecido en varios idiomas.

Obra publicada : Haber vivido (poesía).

Hoy doce de septiembre, en Córdoba

No sé quien fue Santiago Pompillón,
pero está muerto en Córdoba. Su cadáver,

Ayuntamiento de Madrid

hoy doce de septiembre, fue robado de un hospital,
metido en la sombra y enterrado también
entre otros expedientes. No conozco a aquellos
que le buscan, que golpean en las paredes, gritando
el nombre del compañero caído bajo Onganía.
Y sin embargo debo informar que esta mañana,
como por arte de magia negra, el estudiante
Santiago Pompillón ya no respira, ya no levanta un cartel
contra la tiranía, ya no sueña.

Es ahora un muerto implacable en su Argentina.

No sé quién es, no lo conozco. Pisoteado
por gorilas menores, amenazado por el polvo,
sin un arma a la hora de morir, el semejante
Santiago Pompillón, hoy doce de septiembre en Córdoba.

Miguel Barnet

Miguel Barnet nació en La Habana en 1940. Trabajó durante 5 años en el Instituto de Etnología y Folklore de la Academia de Ciencias. Fue profesor en las escuelas de Instructores de Arte. Barnet ha traducido obras literarias, pronunciado conferencias y ha escrito numerosas notas sobre obras directamente relacionados con su trabajo de investigador. Actualmente, trabaja en el Instituto del Libro. Su selección de poemas, *La familia sagrada*, ha obtenido una mención, en 1967, en el concurso literario de la Casa de las Américas. Obras publicadas: *La piedra fina* y *el pavo real*, *Isla de Guíjes* (poesía), *Notas sobre el folklore cubano* (crítica), *Biografía de un cimarrón* (biografía).

Che

Che, tú lo sabes todo,
los recovecos de la Sierra,
el asma sobre la yerba fría
la tribuna
el oleaje en la noche
y hasta de qué se hacen
los frutos y las yuntas

No es que yo quiera darte
pluma por pistola
pero el poeta eres tú

Revolución

Entre tú y yo
hay un montón de contradicciones
que se juntan
para hacer de mí el sobresaltado,
que se humedece la frente
y te edifica

Belkis Cuza Malé

Belkis Cuza Malé, nació en Santiago de Cuba, en 1944. Estudiante de Letras de la Universidad de La Habana y redactora cultural del diario Granma. Ha publicado: El viento en la pared, Tiempo de sol, Cartas a Ana Frank (mencionados en el concurso de la Casa de las Américas).

Esta mujer es una reina ociosa

Si te gusta mirarte en el agua
entonces te prevengo
estarás doblemente alegre doblemente triste
doblemente ocioso
morirás doble porque el que en sí mira se halla.

A pesar de su nombre de mujer
—Balkis es el nombre del agua— le chorrean
sobre la frente los cabellos oscuros
y no están todo lo bien cortados que exige la moda.
Porque la luz se apodera de sus ojos como de un cristal
para robarle la retina usa unos extraños espejuelos
negros. Con ellos mantiene el óvalo de su rostro
estrechamente vigilado.
Con las tardes púdicas del rayo aleteando sobre la superficie
prenden en sus manos los jazmines
pero es una reina ociosa y no piensa más que en morir
para dejar que su cuerpo sin justificación viajero
flote se hinche perezosamente y llegue a oler a hierba.

Esta mujer se suicidó una tarde por costumbre.

Guillermo Rodríguez Rivera

Guillermo Rodríguez Rivera nació en 1943 en Santiago de Cuba, provincia de Oriente. Desde 1960 vive en La Habana. Es licenciado en Letras. Crítico literario, colabora en diversas publicaciones, principalmente en El caimán barbudo.

Obra publicada: Cambio de impresiones (poemas).

León Felipe

Sería una bobería completa
pretender enseñar algo a usted,
Ayuntamiento de Madrid

León Felipe,
que sabe largo rato,
años de las cosas.
A usted, profesor de los gritos,
portero de la angustia. Esté tranquilo,
yo nunca he sido maestro
(la lengua se me traba
y no me explico).

Como cuestión de principio, sin embargo,
de fin si le parece,
debo decirle
que no puedo gritar como usted quiere,
que la sombra aquella, la sombra otra,
se queda todavía entre nosotros.
Que no puedo gritar aunque me rompa la garganta,
aunque me queme en esa fiebre que usted sabe,
aunque me pasen esas cosas que usted dice.

Está muy bien eso de estarse así bajo la noche,
frente a la noche, con la noche auestas,
a gritos preguntando por mi alma,
por todo lo que usted menciona en sus versos perfectos,
por lo que yo transcribo.

Porque mientras me esté cayendo la gotera,
mientras ande en la punta de los pies,
mientras me quede tanto por hacer,
mientras no entiendan,
mientras quieran matarme porque crezco,
mientras queden tantos sufrimientos, tantas decepciones,
sólo podré gritar por eso.

Aunque los gritos que usted pide apremien,
no se puede.
Con la gotera en la cabeza no se puede,
le digo que no se puede.

Víctor Casaus

Víctor Casaus (nacido en 1944) pertenece a la más reciente generación de escritores cubanos. En 1966 publicó su libro de poemas **Todos los días del mundo**.

Cuando todo esto

Cuando todo esto se despeje
y una gota de lluvia sea una gota de lluvia
y pocas (muy pocas) cosas más y la noche
no sea sólo la continuación del día
sino también un país distinto y un idioma o un dialecto
para decir a cada cual que nos amamos
y que todo esto ha sido una broma grande
una gran broma grande y entretenida y sería
es decir cuando no tengamos que vernos solamente
en los cambios de clases y esas aventuras
deliciosamente cómicas o absurdas o terribles
o buenas o santas o lo que tú quieras
de los hoteles que pudieran ser muy fácilmente
un capítulo de esta historia
que como quien no quiere la cosa ya hace un año y días
que vamos escribiendo
Y entonces también habrá seguramente muchos motivos
para reírnos de las cosas pasadas y la cólera
y la furia y la rabia de esos momentos
que ahora se señalan con capitulares
pasarán a la historia como dice el dicho
y entonces las cosas posiblemente tomen
el tamaño que tienen porque resulta que andaban
encogidas por ahí sin desatarse
y todos nosotros (tú y yo)
podremos poner todas las combinaciones posibles
de esos dos pronombres y de estos dos cuerpos
que tenemos gracias a dios o más bien al diablo
o a ninguno de los dos sino a nosotros mismos y llamar
a cada cosa por su nombre y entonces seguramente
yo estaré más contento de mis viejos poemas y otras cosas
como ser mucho más que un conocido
Ayuntamiento de Madrid

para alguna gente que al cabo del tiempo
resultó querida amada puesta sobre la mayoría
de los papeles que yo escribo y sobre todo
en otros lugares mucho más importantes.

Pedro Pérez Sarduy

Pedro Pérez Sarduy nació en Santa Clara en 1944. Trabaja como periodista. Su libro de poemas **Surrealidad** obtuvo una mención en el concurso Casa de las Américas 1966.

Crónica de una primera ciudad

Esta es la ciudad donde la luz de neón jamás parpadea
La ciudad atiborrada de idiomas y acentos extranjeros
De estudiantes y libros sin edades
De humos que empañan los ómnibus los autos
De rascacielos contruidos en épocas del calor aprendido
De abandonadas mansiones en la zona vedada
De clubes y saturados cabarets
De iglesias en que la boda o la misa inmolara la bendición del oro
De colegios privados en los tiempos de las castas puras
De tertulias improvisadas en los bulevares
Y en honor a la filosofía de moda o en honor al último film
Abortado en La Rampa
De transparentes blusas empapadas de vino su pleno mes de febrero
De incansables trasnochadores
De tristonas maricas orgullosas de su ahuyentada posición
En los suburbios de la ciudad o respetables pederastas de oficio
Ocultos detrás de los diarios-lentes-oscuros
De conflictivas rameras con referencias ocultas en las medias de nylon
Manufactura Nacional
De los desterrados proxenetas de los más frecuentados lugares
De acostumbrados pastilleros a las aspirinas de a cinco centavos
De los envidiados fumadores de las hierbas orientales
De los duendes de las malas-palabras del artificio barato del arte
De los postulados frívolos y decadentes del conflicto de la literatura
De los prematuros inconformes que observan angustiados
La consigna en rojo que pone en dudas al enemigo común
Del diletante snobista con trajes ceñidos o anchas faldas masculinas
De los que esperan delante de un cristo de papel la visa al Paraíso
Ayuntamiento de Madrid

De panfletos que pierden vigencia después de almidonados
De consignas que resplandecen desde el aire
De barrios impunes a las décadas a los siglos atentados
De potentes comarcas resignadas a la bendición de la sal
De presurosos sorbos del santo café antes de peregrinar lo cotidiano
De sábanas sucias conjugadas en su adolescencia plural
De solares extasiados en su divina virilidad mulata
De noches violentas y de recuerdos turbios
De mieles abochornadas por su maleficio cualquier viernes
De inundadas aguas

Esta es la ciudad donde la luz de neón jamás parpadea
La ciudad atiborrada de mar de conferencias y de collares emigraciones.
Hoy canto la lluvia de meses tibios como enero el viento de octubre
O la permanente hermosura de mayo y palpo soberano el perfume

[tranquilo
De las abejas y sus panales espejos me acuesto en la tarde y beso sus
[labios

Anaranjados en su crepúsculo descanso robo descuidado la palabra fresca
De un vendedor de noticias y calculo su pregón al mismo tiempo que
[la música

No muy lejana de una multitud aplaude el discurso de los pájaros que
[vuelan

Y confiados retozan en los hombros de los niños y las niñas
He vagado en las provincias y en los pueblos de esas provincias
Regocijándome al contacto de la tierra y sus hijos y he labrado mi nombre
En las yagrumas del monte pero en la ciudad todo es diferente hasta
[la nobleza

Retorna a su metamorfosis según la hora por ejemplo en los restaurantes
[sirven

Variados platos colmando la mesa de guitarras y luces amables al visitante
Y de sobremesa el placer suave reposo de la cena después las luces
[de neón

Alumbran las calles y la gente se avenida y se pierde despacio entre
[los tendidos

Groseros eléctricos los grandes hoteles cines teatros museos sin cera
[apenas

Posadas casas de moda salones de la belleza cara de las mujeres
[funerarias

Exposiciones televisores increíbles y la gente errante y con su estampa
[guayabera

Palpa la angustia de un sábado gordo.
Los últimos días han transcurrido quietos pero la cizaña no ha cesado y
Los diarios riegan su madrugada tinta en una tarde de sudores abrigos :
Secuestrados cuatro barcos pesqueros cubanos por unidades de la
[armada yanqui]

Ya el ritmo
Violento compás de la ciudad
Se transmuta
Y aunque la luz de neón jamás parpadea extiende su resplandor despierto
A todo lo largo de la costa y su arena se empina y la gente que sabe
palpar
Toda la angustia gorda de un sábado errante de crisis no extraña el
[cintillo]

Lo comprende juzga y se apresta de uniforme.
Los días
Ruedan latentes
Y una respuesta como la de aquel abril
Tiende las amarras
En un pedazo robado de sus entrañas
Vuelan las aves y trece días de octubre por la tarde
La ciudad vuelve a su andar revisado su coro de modismos y expresiones
Pero aún la soberbia se empaña de azur
Esta es la crónica de una primavera ciudad donde la luz de neón
Jamás parpadea
La ciudad atiborrada de rebeldía y de trópico
Capital Amiga

La Habana, febrero, 1964.

Nancy Morejón

Nancy Morejón nació en 1944 en La Habana. Es licenciada en lengua y literatura francesa. En 1966 obtuvo una mención en el concurso literario de la UNEAC por su libro de poemas *Richard trajo su flauta y otros argumentos*. Ha publicado dos libros de poesía : *Mutismos y amor* y *Ciudad atribuida*.

Desilusión para Rubén Darío

Si pasa un pavo real por mi costado
haré como que cuidas su figura
sus piernas su chasquido de patas
Ayuntamiento de Madrid

« Un pavo real blanco pasa » R.D.

su presunto caminar agobioso
su largo cuello
Pero es que hay otro pavo real que no pasa esta vez
pavo real modernísimo
que azora al poeta de cabellos lacios
de traje carcomido por el salitre del **Océano**
Pero es que hay otro pavo real no tuyo
que yo desgarró sobre el patio de mi casa imaginaria
al que retuerzo el cuello casi con pena
a quien creo tan azul como el azul del cielo

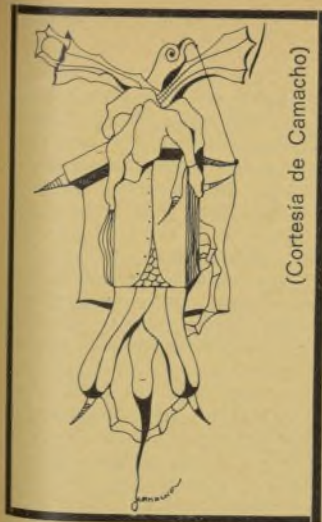
Luis Rogelio Nogueras

Luis Rogelio Nogueras nació en 1944. Actualmente estudia literaturas hispánicas en la Universidad de La Habana. Es responsable de redacción de la revista mensual **El Caimán Barbudo**.

Mujer saliendo del armario

Estoy en el cuarto, mirando hace horas el armario.
Cuando salga esta mujer, ¿qué voy a responderle?
¿Me comeré las uñas?, ¿le hablaré de Blake?
Ella me dirá que no quiere saber nada del
infierno.
Estoy hace horas en el cuarto, chiflando,
mirando de reojo el armario, estrujando el sombrero
entre las manos. Cuando salga esta mujer,
levantaré la cortina, señalaré hacia el balcón,
diré que más allá está ardiendo un sol
que no quiere morir,
pero ella me dirá que no quiere asunto con los astros.
Tengo el corazón pálido esta vez, las manos frías,
la mirada fija en el armario.
Cuando salga esta mujer,
me haré pasar por manzana, por mano suave,
por levita en el perchero, pero
ella me dirá que no quiere saber nada de mis libros.
Esta noche saldrá esa mujer del armario,
a pedirme el corazón nuevamente, a cobrar sus honorarios,
a preguntarme.

Ayuntamiento de Madrid



(Cortesía de Camacho)

La nueva (y actual) novela cubana

Apuntes para un ensayo

¿Es posible hablar hoy de una «nueva novela cubana»? La historia literaria de nuestro país ofrece una escasa producción de novelas. Muchas de ellas no alcanzan un mínimo nivel de calidad. Algunos pocos narradores pueden salvar sus nombres del olvido más por razones documentales e históricas que por estrictos valores estéticos. Durante los años de la revolución aparece en las letras cubanas un equipo de relatistas que posee ciertos rasgos comunes, una fisonomía particular, lo que se observa en mayor medida entre aquellos que tenían alrededor de treinta años en el momento de producirse el triunfo revolucionario. Entre estos autores, de una u otra edad, hallamos algunos que revelan indudables dotes de capacidad creadora y cuyas obras han sido traducidas a un buen número de idiomas. Si en lo temático la reseña que intentamos no debe quedar reducida tan sólo a las novelas de contenido revolucionario, tampoco puede estrechar sus límites dentro de determinadas fronteras generacionales. Porque esta nueva (y actual) novelística cubana revela la incorporación de autores de distinta edad y variada formación literaria. Ya ha sido señalado por Roberto Fernández Retamar cómo en la actividad literaria de estos años se integran escritores de diversas promociones que asumen un papel destacado en la labor realizada durante la revolución. Así ocurre en el campo de la prosa narrativa. De

diferentes generaciones son los novelistas que hoy otorgan a la novela cubana un prestigio internacional.

Esta nueva novela cubana posee ciertas características comunes, según percibiremos en la presente reseña. Muchos de estos autores quieren superar el lastre regionalista y criollista que era rasgo peculiar a cierta narrativa de las décadas anteriores. Se deja atrás lo pintoresco y costumbrista, el afán de subrayar modos de vida rural, hábitos particulares, el nativismo de épocas pasadas. Pero tampoco los novelistas entregados a la labor de recoger los hechos y problemas de la revolución quieren caer en un documentalismo fotográfico. Intentan incorporar a sus obras las técnicas narrativas más actuales, de ningún modo desean producir obras de propaganda, ni crear dentro de los cercos de un sociologismo enteco e infecundo. En cuanto a sus procedimientos creadores, la novela cubana está hoy al tanto de los modos nuevos de la vanguardia.

Podemos señalar que la novela *El sol a plomo* de Humberto Arenal (nacido en 1926) abre el periodo actual. Apareció publicada en Nueva York, en 1958, por Las Américas Publishing Co. (Existe una edición posterior de 1959, Ediciones Nuevo Mundo, México.) Arenal la escribió para divulgar las actividades de los movimientos clandestinos en Cuba. Se quería que la opinión pública mundial tuviera conciencia de lo

Salvador Bueno nació en La Habana en 1917. Se doctoró en filosofía y letras en la Universidad de su ciudad natal, en la que actualmente es profesor de literatura hispanoamericana y cubana. Es asimismo asesor literario de la Biblioteca Nacional «José Martí». Entre sus obras figuran: *La letra como testigo* (1957), *Historia de la literatura cubana* (tercera edición, 1963), *Figuras cubanas* (1964), *Temas y personajes de la literatura cubana* (1964) y *Aproximaciones a la literatura hispanoamericana* (1967).

Ayuntamiento de Madrid

que ocurría bajo la tiranía de Batista. Es una novela-reportaje. Posee ciertos rasgos que serán comunes a algunos de los nuevos novelistas: el idioma escueto, la acción contenida, el desarrollo objetivo, la mirada fría, desapasionada del novelista. También posee un defecto común a muchas novelas cubanas (e hispanoamericanas): los personajes parecen títeres manejados por el autor.

Se relata el secuestro de un famoso boxeador mexicano por un grupo de revolucionarios. Se parte de un hecho real: el célebre corredor argentino de autos Juan Manuel Fangio fue secuestrado de un hotel habanero cuando visitaba la Isla invitado por el gobierno de Batista para participar en una sensacional carrera. La novela sigue demasiado de cerca el hecho real. El lector cae de golpe en medio de la acción clandestina. El grupo de los secuestradores está formado por varios jóvenes y la esposa de uno de ellos. Los dos principales personajes son Luis, hombre idealista de la pequeña burguesía: el único que Arenal trabaja con cierta intención psicológica, y Paco, hombre de origen campesino, arriesgado y valeroso. Otro personaje bien perfilado es el del delator Macario.

El objetivo central de la novela consiste en mostrar los crímenes y torturas que cometen los sicarios de la dictadura en las actividades de los grupos clandestinos. También ofrece ciertas notas ideológicas de la Cuba de ayer: se señala la actitud de ciertos cubanos excesivamente fascinados por el *american way of life*; algunos personajes subrayan el deseo de tener un gobierno honesto, el afán por disponer de una marina mercante, etc. La policía batistiana insiste en asegurar que los secuestradores del boxeador son comunistas para congraciarse con los agentes secretos norteamericanos.

La atmósfera obsesiva de la represión policiaca está contrastada con la fuerza del sol tropical. «Miró al cielo y cerró los ojos: el sol se le había metido en ellos. (El sol - pensó - todo lo descubre.)» Arenal utiliza abundantemente las imágenes visuales, sabe disponer con habilidad de ciertos resortes dramáticos. Pero *El sol a plomo* es una novela precipitada, el autor no le pudo dar la calidad literaria que más tarde hallamos en sus dos volúmenes de cuentos, *La vuelta en redondo* (1962) y *El tiempo ha descendido* (1964), que lo avalan como uno de los cuentistas de mayor calidad. Acaba de publicar una nueva novela, *Los animales sagrados* (1967).

A los pocos meses del triunfo de la revolución, apareció otra novela, «basada en hechos reales», *La novena estación* (1959), escrita por José Becerra Ortega, en pleno período insurreccional. Ocurre en La Habana, como *El sol a plomo*, en 1958. Desarrolla una trama sentimental y romántica en torno a las actividades de grupos clandestinos. Aparecen jefes policíacos de macabra reputación: la novena estación era uno de los lugares donde se torturaba a

los revolucionarios. Se habla del Movimiento 26 de Julio, pero no de las guerrillas en la Sierra Maestra. Algunos personajes declaran luchar por una Cuba mejor, pero no aclaran cómo será esa Cuba del futuro. Novela mal escrita, sin objetivos artísticos, con evidente carácter folletinesco, sólo posee cierto valor documental.

Alrededor de la vida de Teresa, joven señora de la burguesía acomodada, ocurre la trama de *Mañana es 26* (1960) de Hilda Perera Soto. Esta novela, dentro de una estructura lineal, muestra como en contraste la sencillez de la vida doméstica (con sus pequeños problemas cotidianos) y la inquietud y riesgo de la juventud entregada a la lucha contra el régimen batistiano. También aquí los hombres están bajo la amenaza de las torturas. Teresa va a compartir las actividades de los conspiradores. El diálogo entre Juan Antonio Miranda y su sobrino revolucionario Rafael posee interés documental. Rafael resume lo que su tío llama «fórmulas mágicas»: «La reforma agraria, la división de los grandes latifundios, el proteccionismo aduanal.» Concluye el diálogo: «Cuba va a resolver la incógnita de Hispanoamérica: si dentro de la democracia institucional pueden llevarse a cabo las profundas transformaciones económicas, o si para esa labor es inevitable caer en dictaduras de izquierda.» Rafael, tras de la vida clandestina en La Habana, participa en la lucha guerrillera. De las primeras novelas que tratan la temática revolucionaria, ésta es la que muestra mayor preocupación ideológica: el deseo de señalar los fines de la revolución tal como lo podía observar una escritora en los primeros meses de 1959. La obra concluye con la entrada de Fidel Castro en La Habana. Los personajes cultos hablan un lenguaje artificioso. Revela el propósito mimético de captar los diálogos de los personajes populares habaneros y la declaración de una campesina que sufría el terror del ejército batistiano. Hilda Perera no da el perfil psicológico de sus personajes, aunque acierta cuando describe hechos reales del proceso insurreccional.

En el primer concurso literario de la Casa de las Américas triunfó una novela cubana, *Bertillon 166* (1960), de José Soler Puig (1916), hombre de campo, obrero oriental, vendedor ambulante. Había publicado algunos cuentos en revistas hasta que el impacto de la revolución lo llevo a escribir esta novela. Nada extraño tiene su título. Al redactor de un periódico de Santiago de Cuba se le ocurrió burlar la censura añadiendo al nombre de las víctimas de los cuerpos represivos la clasificación que el sistema Bertillon tiene para las muertes violentas por armas de fuego. Todos reconocían por esa breve nota quiénes habían perecido a manos de los sicarios.

Bertillon 166 es la novela de Santiago de Cuba, la verdadera protagonista es la ciudad. La novela relata un día cualquiera en la existencia atroz que sufría

Santiago. El pordiosero sordo Nemesio recuerda a un personaje de **El señor presidente**. Está apostado ante la catedral donde se encuentran escondidos cuatro hombres vinculados al movimiento insurreccional. Dos de ellos parten pronto para la Sierra Maestra. El otro es Rolando Cintra. El cuarto es un negro comunista llegado a la ciudad para organizar a los obreros. Soler Puig compone su novela en un ritmo rápido, con secuencias y cuadros muy cortados. Ya demostraba una indudable capacidad para el diálogo. Con una prosa escueta, con certeras expresiones, **Bertillon 166** da con exactitud la atmósfera angustiada de la ciudad, pero fracasa en la concepción de los personajes, externos, superficiales.

Tres años después, Soler Puig publicó **En el año de enero** (1963). No llega a superar la anterior, aunque tiene mayores ambiciones artísticas. Intenta captar el primer año de la revolución entrelazando la vida de varios personajes de distinta procedencia social, patrones y obreros. Si en su primera novela Soler Puig empleaba una técnica tradicional, en ésta utiliza el monólogo interior, aunque sin llegar a ofrecer la compleja vida psicológica de sus personajes. El núcleo de la obra es la lucha surgida entre tres propietarios de una pequeña industria y sus obreros. Tanto unos como otros esperan que la revolución les ofrezca mayores oportunidades hasta que ocurre la nacionalización de la industria. Soler Puig trata de mostrar la vida interior de un militar batistiano que huye de la justicia revolucionaria a través de sus monólogos interiores. Esta novela posee escasa unidad: su confusión e incoherencia parece como reflejo de ese primer año de la revolución.

En 1964, Soler Puig publicó su tercera novela: **El derrumbe**, más conseguida y mejor estructurada. Del autor objetivo de la primera novela surge éste otro que quiere profundizar en el carácter de sus personajes. Así a través del monólogo interior de Lorenzo Reyes de la Torre, podemos saber de toda la existencia de este hombre rico de Santiago de Cuba. Por él conocemos la decadencia de la burguesía nacional y su quiebra final ante el hecho revolucionario cada vez más radical. Alrededor de Lorenzo está toda su familia, su madre, su esposa, su hijo y sus amigos; unos optan por la emigración, otros se incorporan al trabajo revolucionario. Reyes de la Torre pierde sus propiedades y se queda aislado — acorralado — al lado de su esposa demente. Soler Puig, tras su éxito inicial quiso incrementar las posibilidades artísticas de su obra: de ahí que su segunda y tercera novelas revelen el intento de utilizar mayores y más nuevos procedimientos narrativos. La incorporación de esta faceta psicológica da oportunidad a Soler Puig de crear un mundo novelesco más complejo y rico.

En 1961, un nuevo autor, Jaime Sarusky (nacido en 1931), publica **La búsqueda**. Se abre la novela con

una cita de Sartre: «Erase una vez un pobre hombre que se había equivocado de mundo.» Anselmo Abreu, el flautista de una orquesta de música popular, quiere llegar a tocar en el Máximo Centro, pero nada hace por lograrlo. La obsesión de Anselmo responde a una actitud de época: **llegar**, una versión cubana del mito norteamericano del éxito. Anselmo es un personaje de índole existencialista, posee una personalidad enajenada. **La búsqueda** es una novela donde confluye el pensamiento sartriano con una trama al estilo de la novela picaresca española. Anselmo es abúlico, nada hace que sea efectivo para lograr su ambición. Pero su angustia no es de origen individual, resulta consecuencia de la sociedad en que vive. La novela no tiene ubicación cronológica determinada pero ocurre antes de la revolución. **La búsqueda** puede estimarse como una novela simbólica. Los personajes obtienen cierto trazado anímico: Anselmo, Fico, el zapatero Perucho y Amelia; todos ellos evolucionan, sólo Anselmo sigue con su obsesión. Al final de la obra, la apuesta sobre la posible muerte del director de la orquesta popular tiene algo de humor negro y de choteo criollo. Con una nueva novela, **Rebelión en la octava casa**, Sarusky obtuvo una mención en el concurso de la Casa de las Américas correspondiente a 1966.

Antes de la revolución, Edmundo Desnoes (1930) sólo había publicado un breve cuaderno de poesía y prosa: **Todo está en el fuego** (1952). En 1961 publica su primera novela, que lleva por título una escéptica frase popular cubana: **No hay problema**, donde encara la situación de un joven, Sebastián Soler Powers, que está buscando su definición vital en la etapa cubana bajo Batista. El hecho de ser hijo de una norteamericana y escribir para una revista yanqui no despoja a Sebastián de su condición de cubano, de la problemática que debía enfrentar cualquier cubano de la época. Pero Sebastián es apático, dubitativo, receloso, con débiles impulsos para reaccionar contra el medio y contra la dictadura. El protagonista confiesa: «Eso es natural, ni yo mismo sé bien lo que soy.» Ni el amor que busca, ni la amistad ni el trabajo ayudan a Sebastián a descubrirse a sí mismo. Huye de Cuba inútilmente porque pronto vuelve para incorporarse a la lucha clandestina. Sebastián alcanza su toma de conciencia del problema cubano y al mismo tiempo esclarece su propia personalidad. Novela bien construida, **No hay problema** nos ofrece su protagonista conflictivo y contradictorio, unas descripciones escuetas, una fría actitud del novelista ante el desarrollo de los episodios.

Más abarcadora es la visión de **El cataclismo** (1965), la segunda novela de Desnoes. Ocurre ya en plena revolución, que es como la protagonista de toda la acción. Aquí no hallamos un personaje como Sebastián, sino más bien gentes que se ven movidas por el vendaval revolucionario. Los diálogos (y los

monólogos) de los personajes pretenden volcar las experiencias de algunos cubanos, sobre todo el cataclismo que significó para la burguesía nacional el fenómeno revolucionario. El uso de diversos procedimientos técnicos, monólogos interiores, descripciones objetivas, diversos planos temporales entrecruzados) no coadyuva a una coherencia que imprima unidad a esta novela; parece que se le fuera de las manos al autor.

Con *Memorias del subdesarrollo* (1965), su más reciente novela, Desnoes crea un personaje que en primera persona nos cuenta, como miembro de la pequeña burguesía, su experiencia de la revolución. Estas son las memorias de un hombre en medio de una revolución que lo sacude hasta los tuétanos. Su mujer se ha ido al extranjero. El queda solo en su apartamento lujoso: cobra una suma crecida en la Reforma Urbana. Tiene para vivir, pero no por qué vivir. El contenido resulta ácido, duro, violento: este hombre es un fracasado y su mundo, su sociedad, ha fracasado igualmente. Está asido a sus vivencias, aun las más turbias y equívocas.

Desnoes ha querido poner cierta distancia entre autor y personaje: el propio protagonista se encuentra en determinado momento frente a su autor. El procedimiento no es nuevo: si la forma en que reacciona este hombre ante la imagen que él mismo se había trazado de su personalidad. Las reflexiones que expone parecen más propias del autor que del personaje. Los comentarios que hace sobre la Crisis de Octubre (1962) no son propias de un individuo sumido en incertidumbres y malogros. Estos días de crisis, que podían concluir con el aniquilamiento atómico, ponen fin al texto narrativo. Se agregan varios cuentos originales del personaje cuando quería años antes llegar a ser un escritor.

Tierra inerte (1961) de Dora Alonso (1910) recibió el premio de novela en el segundo concurso de la Casa de las Américas. Novela al estilo de la narrativa terrígena tan cultivada en las letras hispano-americanas desde 1930. La obra está dividida en dos partes: «La gente de Arboleda» y «El mundo de los Juanes». En el pequeño pueblo de Arboleda viven entre miserias, aburrimiento y supersticiones sus gentes más anodinas, con sus pequeños dramas, con el hambre que amenaza siempre. En Arboleda hallamos también el poder de los políticos y la fuerza de la guardia rural. Fuera de ese mundo están dos hermanos, los Juanes, cuatreros, contrabandistas. No existen innovaciones técnicas en *Tierra inerte*. La obra sigue los consabidos engarces de la novelística tradicional. Está bien pegada a la tierra y a las imágenes y problemas de la vida rural cubana. La denuncia de la explotación de los campesinos a manos de los latifundistas extranjeros o de los políticos y hacendados locales es evidente. La acción ocurre antes de la etapa revolucionaria,

aunque no se fija con precisión la época que retrata.

Entre los últimos años de la dictadura batistiana y los primeros días de la revolución transcurren los hechos de *Los muertos andan solos* (1962) de Juan Arcocha (1927). Ciertos sectores de la burguesía están retratados en esta novela. Los personajes que presenta son gente parasitaria y sibarita que se reúne en la playa de Varadero los fines de semana para sus diversiones, para sus orgías. De todos ellos prevemos su camino cuando la revolución se radicalice: se irán al extranjero. Entre ellos sólo Luis evoluciona, comprende la necesidad de la revolución y se incorpora a ella. Los hermanos Rosa y Jorge personifican la podredumbre y bajeza de ciertos medios encumbrados; pero Arcocha incide en subrayar con crudeza personajes y situaciones que no resultan convincentes; acumula incidentes y episodios que ofrecen la imagen del mundo que el autor ha querido denunciar. Algunos personajes (Rosa, Rogelio) se salvan de este esfuerzo previo de esquematizar ciertas facetas de la burguesía cubana.

Primera parte de una trilogía, *Los días de nuestra angustia* (1962), de Noel Navarro (1931), quiere mostrar en forma panorámica la angustiosa etapa de la dictadura batistiana. Con esa finalidad, Navarro adopta la técnica de Dos Passos: titulares de la prensa, noticias, cables, etc. Diversos personajes dispersos, no relacionados entre sí, y breves relatos van componiendo el amplio mural de la vida cubana de esos años. Pero la novela no cuaja en un conjunto armónico; las represiones, las torturas, las actividades clandestinas sólo ofrecen un interés fragmentario. En algunas ocasiones, la evocación de la infancia de ciertos personajes cobra mayor calidad. No ocurre así cuando Navarro presenta episodios de la vida de los dirigentes de la lucha revolucionaria: Fidel Castro, Camilo Cienfuegos y Ernesto «Che» Guevara.

El descanso (1962), de Abelardo Piñero (1927), es un intento no logrado de novela proletaria: relata la lucha de los trabajadores de los ómnibus de La Habana para conseguir ciertas mejoras sociales. Piñero entrelaza la lucha sindical con los episodios de la vida de sus personajes mostrando la vida habanera durante el gobierno «democrático» del presidente Prío. Pero el autor interviene con sus comentarios en los acontecimientos de la obra, restándole valor. Aunque el lenguaje de los personajes reproduce el habla popular cubana, queda cierta impresión de vaguedad y de artificio en la concepción de estos hombres y mujeres de la clase obrera que nos describe Abelardo Piñero.

José Lorenzo Fuentes (1927) se dio a conocer como cuentista; con *El sol, ese enemigo* (1962) ensayó el campo de la novela, pero no con el empleo del escenario rural sino intentando la penetración psico-

lógica de un personaje. Emilio es un inválido que atisba la vida en torno desde su silla de ruedas. La realidad se entrecruza con los recuerdos, pero el análisis psicológico choca con cierta inclinación hacia lo sentimental. Además, el autor incorpora algunas especulaciones filosóficas que poseen escasa importancia. El autor maneja con cuidado el desarrollo de la novela, descubre con precisión ciertos aspectos de la vida interior de su protagonista, aunque al final el entusiasmo que acarrea en el inválido la revolución no sea muy convincente. Lorenzo ha publicado dos volúmenes de cuentos, **Maguaraya arriba** (1961) y **El vendedor de días** (1967).

También en 1962 se publicó en México **El siglo de las luces**, de Alejo Carpentier. (Existe una edición cubana posterior [1963].) En la actualidad, Carpentier es uno de los primeros novelistas de habla española. Su concepción de la novela, su barroquismo expresivo, su preocupación por el tiempo y sus revelaciones de lo «real-maravilloso» como esencial carácter de la vida americana vuelven a tener en **El siglo de las luces** una demostración plena de su maestría. Entre los novelistas cubanos de la actualidad, la obra de Carpentier no ha encontrado seguidores, discípulos. La mayoría de nuestros narradores han escogido otros caminos. Sin embargo, todos reconocen en Carpentier al maestro consagrado que fija el nivel de calidad que en el momento actual ha alcanzado la novelística cubana. **El siglo de las luces** habla de las repercusiones de la revolución francesa en las Antillas. Este ámbito antillano posee sus puntos cardinales en La Habana, Haití, Guadalupe y Cayena. En esa atmósfera nos sumerge Carpentier con el poder de su arte narrativo: arrastra, empuja, zarandea al lector. Junto a los acontecimientos del macrocosmos surgen observaciones y reflexiones en torno a pequeños objetos y criaturas. La simbología de las formas establece inusitadas aproximaciones. El autor realiza la muy sutil proeza de escribir sobre una revolución — establecida, interpretada y asentada en la historia — desde una revolución que está en pleno proceso de desarrollo. Seguimos asombrados por la trayectoria de los personajes, el atractivo fascinante de la aventura en un grado que pocas veces alcanza la novela contemporánea. Las divagaciones de sesgo ensayístico están presas también en aquel esencial eje narrativo. Los experimentos técnicos, los juegos del ingenio creador, quedan trascendidos en esta novela. Un poderoso impulso poético permite a este novelista cubano (cubano por algo más que los temas y las preocupaciones) alcanzar la más alta calidad en el progresivo ascenso de su creación narrativa.

Virgilio Piñera (1914) había alcanzado renombre en las letras cubanas como poeta y dramaturgo cuando publicó **La carne de René** (Buenos Aires, 1956), que, conjuntamente con sus **Cuentos fríos** (Buenos Aires, 1957), constituyen el primer eslabón en el cultivo

de la literatura del absurdo en Cuba. En 1963 apareció una nueva novela de Piñera: **Pequeñas maniobras**. En primera persona, Sebastián nos cuenta los pequeños incidentes de su vida. Vamos conociendo a este hombre: no quiere sobresalir, prefiere ser lo más anodino posible, no quiere comprometerse con nada ni con nadie. Siempre está temiendo una trampa, un engaño, cualquier estratagema que le haga responsable de cosas inauditas. Sebastián es un individuo desequilibrado, para él el mundo es una continua asechanza, un permanente riesgo. «Tarde o temprano me aplastarán de un puñetazo.» Piñera atisba los anodinos pormenores de la vida de Sebastián hasta el momento en que él queda comprometido con una mujer. La novela sufre una falla estructural: el relato que nos hace Teresa no interesa, pretende variar la imagen que ya teníamos del protagonista. Afortunadamente, este paréntesis es muy breve: Sebastián vuelve a contarnos sus temores, sus miserias cobardías cotidianas. Piñera aprovecha la novela para mostrar toda la bajeza y podredumbre que se alberga en la sociedad que describe: todos son tan repugnantes como Sebastián pero se cubren con una máscara de honorabilidad, guardan las apariencias. Con una prosa sencilla, más bien seca, Piñera satiriza el mundo absurdo en que se mueve Sebastián, el mundo contemporáneo donde el hombre se encuentra enajenado, perseguido, entrampado entre situaciones absurdas. La época en que ocurre la acción de **Pequeñas maniobras** no se precisa, aunque transcurre mucho antes de la dictadura batistiana y el periodo revolucionario.

La situación (1963) de Lisandro Otero (1932) obtiene el Premio de Novela en el cuarto concurso latinoamericano de la Casa de las Américas. Se anuncia como primer tomo de una trilogía. Está construida en tres planos. El relato principal comprende desde el 26 de agosto de 1951 hasta poco después del golpe de Estado de Batista, en marzo de 1952. Esta narración está interrumpida por dos relatos retrospectivos que narran los antecedentes familiares del hacendado Sarria y del político Cedrón. La novela, que se inicia en el invierno final de 1951, revela también la estación postrera de estos segmentos declinantes de la sociedad cubana. Luis Dascal es el protagonista de la obra, aunque más bien constituye el hilo conductor del relato principal, la conciencia alerta, lúcida, que analiza, pero que también participa y vive. Perteneciente a una clase de empleados subalternos, Dascal es un arrivista, quiere «llegar». Los relatos retrospectivos están muy logrados: la narración paralela de los Sarria y los Cedrón presenta un análisis de la historia contemporánea cubana como antecedente de la dictadura batistiana. Otero se distingue por una prosa precisa, ágil, adecuada a sus propósitos novelescos. Antes había publicado un volumen de cuentos, **Tabaco para un jueves santo** (París, 1956), y un reportaje sobre la reforma

agraria : Cuba, Z.D.A. (1960). En *La situación* la estructura está bien realizada, aunque los personajes están aquejados por esa superficialidad tan frecuente en otras novelas cubanas. Nos ofrece un panorama de cierto sector de la alta burguesía cubana ligada estrechamente a los políticos voraces que florecieron abundantemente en las dos décadas anteriores a la revolución. Recientemente, Otero ha publicado otra novela, *Pasión de Urbino* (1967), que fue finalista en el concurso Biblioteca Breve, en España (1964).

El poeta y ensayista Severo Sarduy (1937) publicó *Gestos* (Barcelona, 1963), un intento de traspasar a la narrativa hispanoamericana los experimentos de la técnica objetiva tan cara a los relativistas franceses. Sarduy sitúa la acción de su novela en los días de la lucha clandestina contra la dictadura de Batista : una muchacha negra que se dedica a cantar con orquestas populares transporta una bomba en su cartera. La ciudad de La Habana se siente estrechada por una ola de terrorismo. Las conversaciones callejeras, los gritos de los vendedores de periódicos, las escenas del carnaval, los versos y símbolos de la lotería llamada « la bolita » y « la charada », ofrecen una visión objetiva del bullicioso existir de la ciudad. La acción queda resumida al mínimo, lo que predomina es el contorno colorido, sensual, de la población del trópico. Pero en ocasiones la obra produce la impresión de una superficial tarjeta postal turística, aunque es indudable el esencial aporte que hace Sarduy con su novela : su lenguaje preciso, su capacidad para sintetizar ciertas escenas populares.

No existen sino muy escasas muestras de la temática rural en nuestra novela actual. *Juan Quinquín en Pueblo Mocho* (1964), del poeta y folklorista Samuel Feijóo (1914), resulta una crónica silvestre, espontánea y vitalísima del vivir rural cubano. Novela que sigue como a salto de mata las peripecias de Juan Quinquín y de su escudero y amigo « El Jachero ». Feijóo se saltó desenfadadamente todas las preocupaciones de técnicas y procedimientos y se echó adelante con su « jolonge » de buenas intenciones cargado con toda su experiencia de paisajes, gentes y situaciones de tierra adentro. El autor concibió esta narración con el apoyo de distintos cuadros sucesivos que están enlazados por los ajeteos de Juan Quinquín y « El Jachero ». Tras la controversia de los poetas guajiros pasamos a la muy jubilosa presentación del circo maltrecho en el pequeño pueblo, más tarde la narración de una pelea de boxeo, la grotesca situación de la corrida de toros y la no menos carcajeante sesión espiritista. Con el hilo de oportunas cuchufletas muy guajiras, de dicharachos enraizados en buena cepa criolla y con una palabrería policromada y detonante, Feijóo consigue un cuadro muy espontáneo y fresco del campesino cubano. Los personajes tropiezan con los obstáculos

típicos de la Cuba del pasado : la politiquería y el militarismo. Frente a tales escollos le brota a Juan Quinquín el impulso heroico : la despreocupada narración de aventuras más o menos hilarantes concluye con una sublevación campesina dirigida por Juan Quinquín. Porque el marco social y las condiciones dominantes en una cierta etapa cubana que podemos situar en la década del treinta al cuarenta, tienen una apropiada ubicación en esta obra, y Juan Quinquín, campesino listo, tiene la premonición exacta de que para luchar contra tales fuerzas tenía que tomar el campesinado las armas en la mano y emprender por sí mismo el camino de su liberación.

En 1966 apareció una de las novelas cubanas de mayor calidad, *Paradiso*, del poeta, crítico y ensayista José Lezama Lima (1910), animador y núcleo del equipo de escritores agrupados en torno a la revista *Orígenes* (1944-1956). Lezama intenta en su novela una profundización en la personalidad de su protagonista (su alter ego José Cemi) y en la vida cubana de las últimas décadas. *Paradiso* narra los antecedentes familiares de Cemi, las experiencias de sus padres, la emigración revolucionaria de 1895, los años primeros de la república mediatizada hasta llegar a las insurgencias estudiantiles de 1930 en las que participa el personaje. Esta es la novela de un poeta que dispone de un caudal extraordinario de poderío verbal y de creación metafórica. Desde la niñez Cemi se siente atraído por el mundo mágico de las palabras, de la poesía. Las palabras, los hechos y las situaciones sirven como de trampolín para intentar por medio de libres asociaciones las más sorprendentes e insólitas imágenes. Una irónica inteligencia preside la composición, la estructura, de esta obra. A ratos advertimos como una sonrisa socarrona tras ciertas metáforas o en la exposición de disquisiciones intelectuales que cubren buena parte de su texto. Elementos cubanísimos están conjugados en sus páginas (sin la menor concesión al costumbrismo) para ofrecernos un panorama novedoso de lo cubano, casi inédito hasta ahora. A través de seiscientas páginas densas y profundas, un poeta se lanza a la recreación de su experiencia vital, de su concepción del mundo, a la exposición y debate de las cuestiones esenciales que le preocupan. A principios de 1967 fue publicada la novela *Tres tristes tigres* (Barcelona) de Guillermo Cabrera Infante, que había obtenido el premio Joan Petit Biblioteca Breve, en 1964, con el título *Vista de un amanecer en el trópico*. Novela de la vida nocturna habanera durante el periodo dictatorial de Batista, en los alrededores del distrito de La Rampa. Sus personajes se mueven con el peso del fracaso y la desorientación de sus vidas : cantantes, músicos, fotógrafos, periodistas, etc. Abundan en ella los relatos en primera persona, la reproducción textual de diarios, cartas y conversaciones telefónicas, y las parodias de otros escritores. El habla popular haba-

nera está utilizada como material literario. La preocupación principal del autor se centra en el lenguaje, de ahí la insistencia en los trabalenguas, los retruécanos, los trucos tipográficos, etc. Esa vida bohemia habanera nos ofrece toda la imagen cubana de la época: ha desaparecido el plano heroico, sólo aparecen escasas referencias a la realidad política que sufría Cuba en aquellos años: el terrorismo, la represión gubernamental, los muertos que aparecían en las calles, las conspiraciones clandestinas, las guerrillas en el monte, etc. Los juegos y rejugos del lenguaje están asistidos por una inteligencia ingeniosa que tiene la obsesión de la literatura, el fanatismo del cine, la lógica contradictoria de una razón que se extravía en el sinsentido de los vocablos.

El incremento de la novelística cubana en los últimos

años, en pleno periodo revolucionario, no se detiene. En los últimos meses nuevos autores se dan a conocer, a través de los concursos literarios de la Casa de las Américas, de la Unión de Escritores y Artistas, etc. La novela cubana en la actualidad no sólo ofrece estos autores de mayor relevancia (algunos de los cuales están aquí incluidos), sino también un equipo nutrido que trabaja con persistencia el género narrativo en sus formas más diversas: el relato fantástico, la ciencia-ficción, el realismo del reportaje, la introspección psicológica, la narración absurda, etc. Dentro de las letras de habla española, la novela cubana de hoy tiene un nivel de calidad indiscutible. No sin razón son cubanos algunos de los narradores de mayor relieve en la creación novelesca de los últimos años en nuestro idioma.

Narrativa (Antología)

La selección de textos narrativos (cuentos y capítulos de novelas) que a continuación ofrecemos al lector es por desgracia más reducida de lo que desde un principio habíamos proyectado. En el último momento, obligados a reducir el volumen de este libro —que excedía con mucho, y aun sigue excediendo, el primitivo presupuesto editorial—, hemos tenido que prescindir de diversos textos, que en gran parte estaban incluso ya compuestos. Así, además de eliminar la antología de teatro (con textos de Virgilio Piñera, Abelardo Estorino, José Triana, Antón Arrufat y Manuel Reguera Saumell) y algún ensayo excelente como el del joven profesor de la Universidad de La Habana Hugo Azcuy Ideales y teoría, hemos debido llevar a cabo una selección dentro de la selección de textos narrativos, marginando los de Samuel Feijóo, Félix Pita Rodríguez, Humberto Arenal, César Leante, Edmundo Desnoes, Lisandro Otero, César López, Antón Arrufat, Luis Agüero, Reynaldo González y Reynaldo Arenas. La eliminación de estos textos no indica en modo alguno menor calidad —unos y otros la tienen alta—, sino que se basa en otras razones, como, por ejemplo, el estar ya el autor correspondiente representado en este libro con otro texto. Por lo demás, prueba de su valor literario es que todos o la mayoría de los textos que aquí no han podido tener cabida se publicarán oportunamente en los números sucesivos de Cuadernos de Ruedo ibérico. Así, este libro, que concebimos como un libro abierto en la medida en que la revolución cubana está también ampliamente abierta al futuro, se prolongará en la labor periódica de la revista, con estos y con otros textos que juzguemos de interés. Los editores.



(Alonso)

Alejo Carpentier

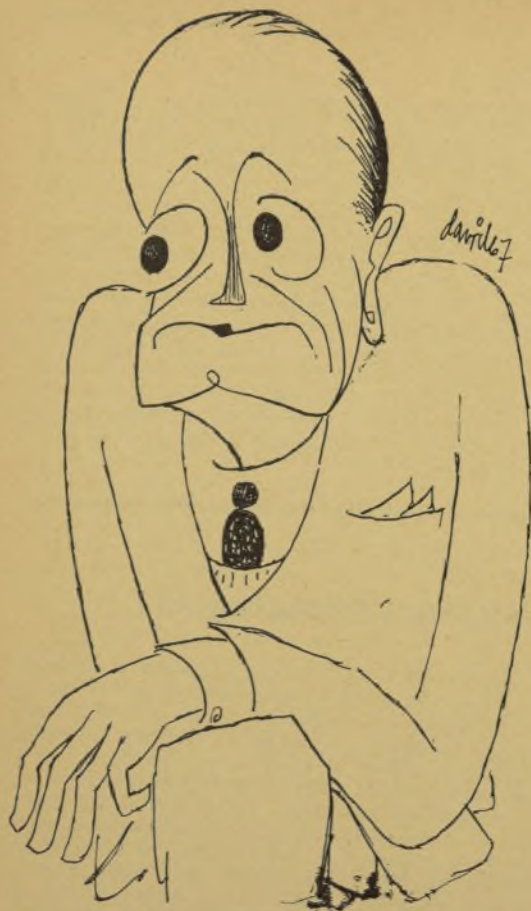
El derecho de asilo

« El asilo de perseguidos políticos en Legaciones, será respetado en la medida en que, como un derecho o por humanitaria tolerancia, lo admitieren las convenciones o las leyes del país de refugio... » Artículo 2º del Convenio redactado por la Conferencia Panamericana reunida en La Habana, el año 1928.

I

Domingo

Como era domingo, el Secretario de la Presidencia y Consejo de Ministros llegó, a eso de las diez, al Palacio de Miramontes, después de permanecer largo tiempo en la contemplación de un Meccano exhibido en tienda próxima. Hoy — y más en verano — las gentes estaban metidas en misas y playas. En días de semana apenas si el Secretario podía trabajar a derechas en asuntos que merecieran una redacción ponderada y confidencial, a causa del incansable desfile de embajadores, entorchados y condecoraciones, altos funcionarios, personalidades extranjeras, tnsurados grandes y pequeños, gobernadores de provincias remotas, solicitantes y pedigüños, que, con audiencia



(Alejo Carpentier. Cortesía de David)

Alejo Carpentier nació en La Habana en 1904, de padre francés, arquitecto establecido poco antes en Cuba. Parte de sus estudios secundarios los realiza en París. En 1921 se inicia como periodista en Cuba. Sus actividades políticas bajo la dictadura de Machado le valen la cárcel en 1927. Su primera novela, *Ecue-Yamba-O*, aparece en Madrid en 1933. A partir de 1928, y durante once años, Carpentier vive en Europa, especialmente en Francia, donde conoce, a través de su amigo Robert Desnos, a todos los grandes surrealistas, cuya influencia va a manifestarse en su obra. En 1939 vuelve a Cuba y se pone a trabajar en un gran libro sobre la música cubana y sus orígenes, libro que aparecerá en México en 1946. Escribe también una serie de cuentos y relatos que en 1957 reunirá su autor en el volumen *Guerra del*

tiempo, publicado en México. Por razones políticas abandona de nuevo Cuba y se instala algún tiempo después en Venezuela. Su novela *El reino de este mundo* aparece en 1949, a la que siguen posteriormente otras dos: *Los pasos perdidos* (1953) y *El siglo de las luces* (1962). En 1966 se publica en La Habana su libro de ensayos *Tientos y diferencias*. Vuelto a Cuba al triunfo de la revolución, Alejo Carpentier ocupó varios puestos oficiales, en particular el de director de la Editorial Nacional, en el que ha realizado una importante obra de edición. Desde fines de 1966 es ministro consejero para las cuestiones culturales de la embajada cubana en Francia. El cuento aquí incluido, inédito, forma parte de un volumen que publicará próximamente la editorial Era, de México, a la que agradecemos la cortesía.

Ayuntamiento de Madrid

o sin ella — sin ella, sobre todo cuando se trataba de militares — deseaban ser recibidos por el Señor Presidente, o, en el peor de los casos por el Vice cuya ejecutividad estaba más que desacreditada: « Hablaré de su asunto con el Sr. Presidente », decía, engolando la voz. Y luego, al ver al Primer Magistrado de la Nación: « General... Nos han conseguido unas italianas de primera ». (Juntaba los dedos de la mano derecha que dejaba vagar en el espacio después de dispararse un beso a las yemas). « *Beati Possidentes* » — « Ya me estaba cansando del ganadito criollo, ese, que me conseguías donde la Lola » — había declarado, algunas semanas antes, el Primer Magistrado: « Hemos llegado a un punto en que necesitamos mujeres europeas, elegantes, refinadas y con conversación »... El Secretario se asomó al patio-jardín de aquella casona de un estilo aproximadamente Segundo Imperio, de una sola planta, nunca habitada por los últimos presidentes constitucionales o de asonada, a causa de su incomodidad, la monumentalidad de sus retretes y su situación poco estratégica en caso de cuartelazo, puesto que estaba en el área de tiro de una batería próxima. Detrás de los bojes tallados, el Sargento Ratón procedía a alimentar a la tortuga Cleopatra con las lechugas que iba sacando de un saco de esparto mojado. « ¿ Ha visto la prensa ? dijo el militar blandiendo un periódico « Hitler dijo a sus soldados: *Tu no tienes corazón ni nervios ; en la guerra no se necesitan. Destruye en ti la misericordia y compasión. Mata a todo ruso-soviético ; no te detengas si ante ti se encuentran un viejo o una mujer, una niña o niño ; mátalos y con ello te salvarás de la muerte, asegurarás el futuro de tu familia y te cubrirás de gloria para siempre.* ¡ Plomo con ellos ! Lo que yo digo : las teorías de Clauseviche. ¡ Qué grande era el prusiano

Ayuntamiento de Madrid

ese ! ». El Secretario se había admirado siempre ante el culto de Ratón a Clausewitz, a quien tenía por el inventor de una guerra total de *science-fiction* — aparatos al rojo vivo que entraban en las ciudades aserrando las casas al nivel de las aceras ; grúas que levantaban los edificios, y los dejaban caer de gran altura sobre los focos de resistencia ; lanzallamas con bocas de túneles ; carros de asalto con trescientos hombres dentro — « guerra total » de cuyo inventor sólo tenía noticias por los decires de otro sargento, quien tenía sus informaciones, a su vez, de un cabo, ayudante de un teniente que tenía ejemplares de *De la Guerra y La Campaña de Waterloo*, y gustaba de comentar algunos de sus conceptos en voz alta. « Para que ese Clauseviche haya podido más que *Napolión* » ! Y seguía el Sargento alimentando a Cleopatra. El Secretario pensaba, una vez más, en ese anhelo de guerra total nunca vista alentado por un hombre tierno y simple, capaz de llorar ante un achaque de su tortuga, que gastaba todo su sueldo en comprar soldaditos de plomo a los chicos del barrio, comulgaba con cierta regularidad y, en cuanto a literatura, poseía la gracia del *Libro Unico*, insustituible, irremplazable, que colmaba aún, al cabo del centenar de lecturas, sus apetencias de belleza, de aventura, de amor, halagando sus ocultas voluntades de poder, y trayendo acaso, a su condición de graduado menor, tenido a poco, aquello que sólo se encuentra en los escritos de Boecio, Epicteto y Marco Aurelio : *El Conde de Montecristo*. Pero a la vez, soñaba con guerras terribles, exterminadoras, exhaustivas, con sus consiguientes genocidios. Sentía que una diferencia surgida entre la nación de aquí y la nación vecina a causa de límites mal determinados por una frontera tan teórica como selvática, buena únicamente para

pintarse en los mapas de geografías escolares, no se dirimiera, de una vez, por las armas. «Y usándose las peores» — añadía — soñando con un arsenal que contuviera todos aquellos artefactos tremendos que actuaban en las aventuras interplanetarias de los *comics* dominicales, traducidos al español por la prensa local.

El Secretario entró en su despacho decorado al estilo pompeyano, donde lo esperaban varios legajos de fácil revisión, al pie del tintero amparado por un águila napoleónica. Terminado el trabajo y esperando que el Sargento Ratón le sirviera el almuerzo, se dio a andar por el Palacio, cuya vastedad, vacía de gentes, ujieres y guardias, le daba una deleitosa sensación de soledad. Cruzó el Gran Salón, al estilo Luis XV, con sus Gobelinos de baratillo y su piano blanco, de ribetes dorados; las yermas habitaciones presidenciales, con sus muebles falso-Escorial; la biblioteca, con sus Mommsen, sus Duruy, sus Michelet, sus César Cantú, sus Guizot jamás compulsados; las estancias teóricamente reservadas a la Señora Presidenta, todo en ocurrencia *moderne-style*, náyades polícromas sosteniendo espejos, dibujos a lo Mucha, con vagos remedos de Aubrey Beardsley en los Pierrots llorosos que, con sus lunerías y mandolinatas, adornaban un biombo detrás del cual se ocultaban un lavabo y un bidet — este último, motivo de escándalo en la ciudad, cuando había sido traído de Francia, con demasiado misterio para no haber promovido suspicacias, cuarenta años antes. El Salón de Audiencias y Presentación de Cartas Credenciales tiraba a lo medieval, con sus ménsulas de nogal, sus panoplias y la tapicería que servía de dosel al asiento presidencial que mostraba a San Luis impartiendo justicia a la sombra de una encina... Servido el almuerzo, entró el Secretario en el comedor, entre cuyas pin-

turas de centauros y bacantes, ejecutadas, a comienzos del siglo, por un alumno prominente de la Escuela de Bellas Artes de París, representábase el estilo Veuve-Clicquot en un alto óleo que mostraba una botella de champaña — con la marca bien visible — que al descorcharse arrojaba al espacio una espuma de angelitos y querubines. El Secretario se sentó en la cabecera de la gran mesa, en el propio lugar del Presidente. La verdad era que, los domingos, se sentía un poco presidente en el Palacio de Miramontes. Cierta vez había llegado a terciarse una banda presidencial para sentir la emoción del poder. «¿Ya sabe usted lo que dicen en la calle? Que el General Mabillán se ha alzado con sus tropas. Hay una tremenda agitación en la ciudad. Aquí lo que hace falta es una guerra total. Que no quede nadie del lado de allá de la frontera que quieren movernos... Pero el Señor Secretario no respondía.

Había sacado de su bolsillo un pequeño libro de reproducciones de cuadros de Paul Klee. El Secretario amaba, por encima de toda plástica, la obra de Paul Klee.

II

Lunes

Levantarse temprano. Jamás me he acostado a ello. Y luego, la repetición de los mismos gestos. Hoy, como hace veinte años. Te hallas envejecido en el espejo. Y la navaja de afeitar. El mismo gesto. La misma mueca. Los nidos rebeldes, siempre rebeldes. Los dientes, ahora. Esa barrera de gestos exigidos por la comunidad — y más si se es Secretario de la Presidencia y del Consejo de Ministros — entre el lecho y la calle. Entre lo que ha sido el yacer y va a ser el andar vestido. Desde que el hombre nace su existencia se acompaña de un reptar, de

un deslizarse, de un tránsito en las fundas de innumerables tejidos, paños, telas, que han de quedar unidos por siempre en la historia de su existencia. Del pañal primero al traje solemne que lleva en su entierro, es un viaje de topo de camisa en camisa, de levita en levita, hasta penetrarse — esta vez vestido por otro — en la funeraria. Queda el recuerdo del flux verde de los días de penuria, que llegó a ser amarillo; queda el recuerdo del azul cruzado, inglés, que fue compañero de los primeros éxitos; y aquél, de sport, que llevaba, cuando me declaré a Sonia; y aquel gris que me quité ante ella, mientras, ya desnuda, mordía un durazno. Y aquellos otros, acompañados de fechas, como los vinos de buenos años. Desde que abre los ojos hasta que los cierra — y aun después de cerrarlos — no hace el hombre más que desempeñar el papel de paraguas que tuviese varias fundas: fundas a las que, por lo demás, se atribuyen virtudes definidoras de condición, inteligencia y estado social. Ahora, andar. Andar hacia el Palacio de Miramontes, con los 18 botones del atuendo perfectamente abotonados (los 2 de los bolsillos interiores; los 6 de la pretina; los 3 de la americana; los 7 del chaleco). Hoy a las 9 hay Consejo de Ministros para considerar las exigencias del País Fronterizo en punto a fronteras. Llego ya al Palacio de Miramontes y me asombra un hecho sin importancia para el común de los transeúntes. El Sargento Ratón ocupa la garita de la posta, armado, con dos cartucheras terciadas. Se nota alguna nerviosidad en el cuerpo de guardia, cuyo vestíbulo, que es también vestíbulo de entrada, se ve desde la calle. En eso llega el Ministro de Finanzas en su Jaguar: le abren la portezuela con la cortesía de siempre, pero cuando penetra en el vestíbulo es agarrado brutalmente por los hombros y puesto bajo custodia militar.

Ayuntamiento de Madrid

Con el Ministro de Obras Públicas, llegado en un Cadillac, ocurre lo mismo. Y lo mismo con el Ministro de Higiene, el Ministro del Interior, el Ministro de Comunicaciones... Ratón te ha visto. Viene hacia ti. «¿No entra doctor? Hoy tenemos Consejo». Y te pone una mano demasiado pesada en el hombro. «Ya vengo» — dices: «quiero comprar cigarrillos en la esquina». «Yo se los busco» — «Sargento», dices con una voz tan autoritaria que confunde a Ratón: «En ningún caso puede un soldado abandonar la posta que le ha sido confiada. Relea a Clausewitz. Que, por lo demás, parece que no lo ha leído muy bien». Ratón queda atónito pero el Secretario siente que sus ojos le siguen atentamente cuando se dirige hacia el estancillo abierto en el ángulo de un bar. El sargento, por lo demás, se complace en hacerle oír un ruido admonitorio: el de un Mauser palanqueado con mano ligera. «El bar no tiene salida a la otra calle» — te dices. «Deme una cajetilla de Chesterfield». Ratón no te quita los ojos de encima. Ganar tiempo, justificando la demora con gestos bien visibles para el Sargento. «Deme un refresco de esos». Está helado. Pero tú: «No está frío. Deme un poco de hielo, por favor». Cintillos de periódicos: LA AVIACION SE SUMA AL MOVIMIENTO DEL GENERAL MABILLAN. «Y también la guarición del Palacio» — dirías tú. «Otro refresco». En eso hay tremendo alboroto en el cuerpo de guardia. Ha llegado el Presidente de la República con el Primer Ministro. Ante la magnitud de la presa, el Sargento Ratón, emocionado, abandona su garita y entra en el Palacio. Se oyen varios disparos — infructuosa tentativa de resistencia por parte del Presidente, sabría yo después. Aprovechaste ese momento para salir del bar y andar muy de prisa hasta las oficinas del *National City Bank of New York* que ya está repleto de gente inocente

de lo que está ocurriendo a cincuenta metros de distancia. Tomas la calle aleña y te internas en el barrio de casas viejas donde no conoces a nadie. Tu única solución es la de buscar el asilo en alguna Embajada de país latinoamericano. Piensas en la de México, tan hermosa, con su gran jardín adornado de flamboyanes. Piensas en la de Brasil, que tiene buena piscina. Piensas en la Venezuela que tiene una magnífica biblioteca y donde dan arepas con el desayuno. Pero están muy lejos. Y tu, que vives a cien metros del Palacio de Miramontes, sólo saliste hoy con un peso o dos en el bolsillo. Pronto, además, las tropas de Mabillán ocuparán las inmediaciones de las embajadas latinoamericanas para evitar los «asilos». De súbito, al doblar la esquina de la Iglesia de la Milagrosa Virgen del Páramo, autora de muy sonados milagros, te detienes ante un edificio modesto, de tres plantas, en cuyo piso intermedio, colgada del balcón, se ostenta la bandera de un país de América latina en cuya banda blanca se pinta el escudo nacional: dos panteras descansando — pero vigilantes siempre — sobre los catetos de un triángulo dorado, en cuyo centro se ven dos manos de mujer, india y blanca (allí donde las mujeres blancas no dirigen la palabra a las indias), que acaban de romper las cadenas de la opresión. Del otro lado de la modesta embajada estaba la Ferretería-Quincalla de los Hnos. Gómez. Enfrente, la fachada lateral de la sucursal de una gran tienda internacional norteamericana cuyas sucursales se multiplican en todo el continente. No hay vacilación. Entrás. Subes una pequeña escalera. Tocas a la puerta de la Embajada donde está advertido, por cartel, que hasta las 11 a.m. no se recibe a nadie. Te abre el Señor Embajador en pijama: «¿No ha visto el letrero?» Lo apartas suavemente y te instalas en una butaca

Ayuntamiento de Madrid

en plena luz: «Me quedo» — dices. «No entiendo, señor secretario, y perdóneme que no lo haya conocido antes... Pero con el resplandor de este cristal...» — «El General Mabillán ha alzado los cuarteles. Todo el gobierno está preso. Pude escapar. Ahora me acojo al asilo de esta embajada de acuerdo con los nobles principios proclamados en La Habana en la Conferencia Panamericana del Año 28». El Señor Embajador, de pronto, se congestiona y estalla: «Pero esto es imposible, señor mío. Imposible. Esta embajada de un país pobre es muy pequeña. Usted sabe, mejor que nadie, de la miseria de sueldos que cobran los embajadores de ciertos países nuestros». «Tengo quien me remita unos 500 pesos mensuales» — dices. Suena detrás de ti una voz de mujer: «Tenemos una habitación muy aceptable, tratándose de un hombre solo. Bastaría con sacar unos velises». Te vuelves. La guapa embajadora, vestida de gran kimono reglado por la esposa del Cónsul del Japón, te trae una taza de café. «Espero que no se aburrirá demasiado con estos dos viejos».

El toque de queda era para las 4 p.m. hasta nueva orden. A las 8 p.m. el General Mabillán se dirigiría a la Nación. Y a las 8 p.m. el General Mabillán se dirigió en efecto a la Nación, hablando de los Héroes de la Independencia, de la Libertad recobrada, de la justicia social venidera, de la Bandera, del Ejército depositario de las más gloriosas tradiciones, y otras cosas también por el estilo. También asoció el glorioso movimiento de aquel día al ideario de los grandes hombres de América, y a otras cosas también por el estilo. Hizo saber que el martes sería un día normal — aunque se mantendría el toque de queda a las 4 p.m. Finalmente, anunció el inmediato comienzo de grandes obras públicas: la represa de Cambocara;

el puente sobre el río Cozal, maravilla de ingeniería; el Ferrocarril del Oeste y la autopista de la Nueva Córdoba a Puerto Cadenas. « Listos son » — dices : « Aún no han empezado a gobernar y ya están robando. Hay que ver el negocio de comisiones sobre durmientes, rieles, clavos, balasto, postes telegráficos, etc., que significará el Ferrocarril del Oeste... y esto, sin haber entrado, siquiera, en el capítulo del material rodante y la licitación de los puentes y estaciones. En cuanto a la autopista, el juego es sencillo y no deja huellas : 8 metros de anchura en el proyecto aprobado ; 7,60 a la hora de rodar sobre ella. Sobre cuatrocientos kilómetros, imagínese el beneficio »... Por la noche sonaron disparos en la ciudad. « Macanas » — dijo el Señor Embajador : « En América Latina, los golpistas siempre salen victoriosos » — « Lo malo son los cadáveres, que nunca fueron de gentes del Country Club o de los barrios ricos » — dices. « Los arsenales latinoamericanos nunca tuvieron sino clientela de pobres ».



Otro lunes (cualquier lunes)

Me aburro. Me aburro. Me aburro. Y estoy rodeado de cosas que traen elementos nuevos a mi aburrimiento. No es ya el hecho de estar encerrado, de no poderme dar un salto, siquiera hasta el cine que está a media cuadra (ya hay dos guardianes apostados en la entrada de la Embajada), de que mi *habitat* se haya reducido a una habitación angosta con cama angosta, con una caja de Sopas Campbell haciendo de velador, entre un Calendario de la General Electric (vistas del Gran Cañón del Colorado, el Golden Gate, Montañas Rocosas, la pesca de la trucha, etc...) y el Calendario de una firma productora de discos, al que quedan aún las hojas correspondientes a Wanda Lan-

dowska, Al Jolson, Elisabeth Schwartzkopf, Louis Armstrong, David Oistracht y Art Tatum. Lo peor de todo es lo que me circunda. El ábside del santuario de la Milagrosa Virgen del Páramo cae en absoluta verticalidad central sobre la ventana del comedor del apartamento. Esa bocina arquitectónica-natural, del más puro estilo gótico 1910, me arroja a todas horas del día los latines de los oficios. He llegado a saberme de memoria las palabras de un himno de vísperas :

*Dum esset Rex in accubitu suo,
nardus mea dedit odorem suavitatis.*

Y aquello, con los días y los días de encierro, acaba por hacerme perder la noción de las fechas. Miro hacia la Ferretería-Quincalla de los Hnos. Gómez (Fundada en 1912, léese en la fachada), y quedo absorto ante la antigüedad sin época de las cosas que ahí se venden. Porque la historia de las industrias del hombre, desde la protohistoria hasta la bombilla eléctrica, está ilustrada por los artículos, objetos y enseres que se ofrecen en la Ferretería-Quincalla de los Hnos. Gómez : las sogas, jarcias y cordeles de Ulises ; las balanzas y pesas que nos hablan de los remotísimos tiempos en que el hombre, dejando de vender frutas, carnes o peces, al estimado o a la pieza, empezó a vender sus mercancías al peso, introduciendo, con ello, en el comercio, los tribunales y justicias ; los almireces de piedra porosa, idénticos aún a los que usaban los primitivos habitantes de estas tierras ; los yunques, grandes o pequeños evocadores de tantas cosas ; los calderos del Sabbath ; unos clavos españoles, cuadrados, de medio palmo de largo, semejantes en todo a los que penetraron la carne de Cristo, y unas azadas, de mucho peso, preferidas por los campesinos de aquí, idénticas en traza y rollizo espesor de los mangos a los que blanden los labriegos que habitan las miniaturas

agricolas o bucólicas (casi siempre relativas al mes de marzo) de los Libros de Horas medievales. Iba entonces, más que hastiado, a la ventana del frente que daba sobre los escaparates de juguetería de la gran tienda norteamericana. Pero ahí, lo inamovible, lo siempre semejante a sí mismo, por encima de los responsos, lecciones y liturgias de la iglesia, por encima del arcaísmo de los enseres modernos de la Ferretería-Quincallería de los Hnos. Gómez, era el Pato Donald. Estaba ahí, en su humanidad de cartón piedra, de patas anaranjadas, en un ángulo de la vitrina, dominando un mundo de pequeños ferrocarriles en marcha, de alacenas con frutas de cera, pistolas vaqueras y carcajes, andaderas con ábaco. Estaba ahí, aunque lo vendieran y revendieran, quince veces al día. Como los niños querían « ese », el de la vitrina, una mano femenina lo agarraba por sus patas anaranjadas, colocando poco después otro Pato Donald, el mismo, en su lugar. Esa perpetua sustitución de una forma por otra idéntica, inmóvil, alzada en el mismo pedestal, me hacía pensar en la Eternidad. A lo mejor Dios era relevado así, de tiempo en tiempo, por una potencia superior (¿ Madre de Dios, madres de Dioses? ¿ Algo no había dicho Goethe acerca de ellas?), custodia de su perennidad. En el minuto del cambio, cuando el Trono del Señor quedaba vacío, era cuando ocurrían las catástrofes de ferrocarril, las caídas de aviones, los naufragios de transatlánticos, se encendían las guerras, se desataban las epidemias. Esta sola hipótesis echaba por tierra la abominable herejía de Marción, según la cual un mundo malo sólo podía haber sido creado por un Dios malo. También me hacía pensar el Pato Donald de la tienda en el sofisma de la flecha de Zenón de Elea: siempre inmóvil y semejante a sí mismo, seguía una rauda trayectoria, renovada quince,

veinte veces al día, que lo conducía a todos los extremos y suburbios de la ciudad. Esto era también, para mí, un elemento de intemporalidad, junto al trencito eléctrico que, día y noche, proseguía su inacabable viaje sobre tres metros de rieles, sin dejar de encender una diminuta luz roja a cada vuelta. « ¿ Hoy es viernes? » — pregunto a la Señora Embajadora. « Lunes, hijo, lunes ». Por lo demás, no leía los periódicos. Conozco demasiado al General Mabillán y a los castrenses que lo acompañan. Me lo imagino preguntando ya a su ayudante: « ¿ Cómo era eso de las mujeres europeas, elegantes, refinadas y con conversación? » « Ya lo tengo averiguado, mi general: quien tiene sus señas es una cabronaza llamanda Hipólita, que vive cerca del Parque Tadeo ». « Tenemos que conseguirnos una casa en las afueras, teniente ». « A la orden mi general ». Volví a la ventana para ver salir el Pato Donald 18, pronto sustituido por el número 19 del día.

IV

Un lunes que puede ser viernes

El Señor Embajador estaba muy molesto, inquieto, desconcertado por la Querella de Fronteras que, cada día, se alejaba más de una solución posible, y más ahora que el general Mabillán, con el ánimo de distraer la opinión pública de las sangrientas peripecias de su cuartelazo — todavía sonaban disparos en la noche — hacía todo cuanto le fuera posible por galvanizar la nación en torno al patriótico empeño de una guerra inminente. Todo aquello de: « Sois hijos de los héroes que... », « Sean nuestros confines un glorioso campo de batalla », « Honor a quienes honores merecerán », « No hay muerte más bella que la que... » etc., etc., etc., era repetido por la radio y TV a todas horas. Para acabar de impresionar la población capitalina, don-

de aún tenía muchos adversarios, el General Mabillán anunció que el Día Tal — no sabía el Asilado si se estaba a 2, 11 o 26 de aquel mes— habría un gran simulacro de defensa antiaérea en la ciudad. Todos los habitantes fueron provistos de un pequeño catecismo en el cual se les instruía en lo que debían hacer para no ser afectados por la caída de proyectiles « en su caída natural ». « *¿ Es un periódico abierto sobre la cabeza protección suficiente ?* » « No » — « *¿ Es un paraguas abierto protección suficiente ?* » — « No » — « *¿ Es la carrocería de un automóvil protección suficiente ?* » « Sí, aunque se aconseja bajar los cristales laterales, colocándose las personas lo más al centro del vehículo. Al comenzarse el bombardeo antiaéreo, además, los automóviles pararán junto a la acera más inmediata, apagando todas las luces ». Llegó la gran noche. El General Mabillán, de completo uniforme de campaña, con el barbuquejo hundido en la papada, era el escenógrafo máximo, el Gran Intendente de Espectáculos del Simulacro, dirigiéndolo todo desde una colina guarnecida de una batería antiaérea. Señales. Sirenas. Apagón total. Expectación. « Ya se oyen los aviones enemigos ». Pero por una de las tretas que se permite el Trópico, al día espléndido que había sido el Día Tal, había sucedido un brusco descenso de neblinas de todos los cerros circundantes. Los « aviones enemigos » nada vieron debajo de sí, sino unas gasas opalescentes. Y los artilleros de abajo nada vieron, sino unas nubes gris elefante. « Disparen todos » — gritó el General Mabillán, furioso. Y fue el pandemonium durante media hora. Los aviones pasaban y repasaban sin saber de proyectiles teóricos, siempre dirigidos a donde no estaban. Al fin regresaron a sus bases. Cuando todo terminó volvió el General de muy mal talante al Palacio de Miramontes. « Que

metan en la cárcel al meteorólogo » — dijo — « En los barrios pobres hubo muchas víctimas de las *caídas naturales* de proyectiles. Imagínese : sus casas tienen techos de cartón. Diez y siete muertos y varios niños heridos » — dijo quedamente el Ayudante : « ¿ Paramos las informaciones ? » « En el acto. Y advierta a los periódicos que si se les va algo, impongo la censura ».

Como la Querella de Fronteras se iba agudizando, pensé que en algo podría ayudar al Señor Embajador, de quien su guapa esposa me dijera ayer : « Es un cretino ». Sin saber a ciencia cierta lo que podría hallar, empecé por estudiar la historia del País Fronterizo. Fue descubierto por Colón en su cuarto viaje y si nada dijo de ello fue — lo sabemos ahora por los escritos póstumos de un matemático moro, entonces grumete en la nao almirante, que pertenecía a la familia de Ibrahim Al Zarkali, el del tratado sobre los astrolabios — ; si nada dijo, repetimos, fue porque, el día de aquel descubrimiento, Colón, hallándose enfermo de calenturas, no quiso ir a tierra de gran terciopelo, estandarte en mano, para « tomar posesión de esta tierra en nombre de... » etc., etc. Tampoco quiso despachar a otro, porque sabía que el estandarte se le subiría a la cabeza, puesto que el guardamecí brocado, movido por la brisa, le barrería el rostro con incitante suavidad. Quedó el estandarte de los Reyes en su lugar, zarparon las naves, y así permaneció el País Fronterizo sin constancia de su descubrimiento, en medio de una siempre remozada controversia académica entre los partidarios del « sí bajó » y del « no bajó », hasta que una docta fundación creada para estimular el estudio de las lenguas arábicas publicó el texto revelador de Al Zarkali. Descubierto el país fronterizo arribaron a él los de la primera hornada de civilizadores : adelantados, encomen-

deros, hidalgos arruinados, truhanes de almadraba sevillana, todos grandes manejadores de dados previamente preparados, bebedores del rancio y del agriado, todos grandes fornicadores de indias; arribaron luego los de la segunda hornada: magistrados, leguleyos, agentes del fisco y oidores, transformándose la colonia, por más de dos siglos, en un vasto potrero con ganado y campos de maíz, hasta donde alcanzara la vista, con algún remanso de hortalizas de España... Pero, vaya usted a saber por qué aparece un día, en ese país, un ejemplar del *Contrato Social* de Rousseau, ciudadano de Ginebra («*feoderis eaquo - dictamus leges*). Y luego, es el *Emilio*: los niños, en el colegio de un institutor rousseauiano, dejan de estudiar por libros; se consagran a la carpintería, a una observación de la naturaleza que se traduce en destripamientos de coleópteros y lagartijas arrojadas a las tarántulas dentro de sus propios hoyos. Los padres enérgicos se enfurecen; los espíritus simples preguntan que cuándo y en qué barco llegará el Vicario Saboyano. Y luego, para remate, es la Enciclopedia Francesa. Aparece en América, por vez primera, el personaje insólito del cura volteriano. Y después es la fundación de la Junta Patriótica de Amigos del País, de ideas liberales. Y, un buen día, suena el grito de «¡Libertad o Muerte!». Y, bajo la égida de los Héroes, se pasará un siglo en cuartelazos, bochinches, golpes de estado, insurrecciones, marchas sobre la capital, rivalidades personales y colectivas, caudillos bárbaros y caudillos ilustrados. Hay quien quiere calmar los ánimos, sin éxito, instituyendo el culto laico a Augusto Comte, erigiéndole templos, y difundiendo, en gran escala, el *Catecismo Positivista*. (Poco éxito obtiene, por cierto, un culto sin santos visibles a quienes adorar, como tampoco el *Calendario Positivista*, donde los días se consagran a la memoria de

Columela y Kant, de los Teócratas del Tibet y de los Trovadores (tenían su fecha) y hasta del Doctor Francia, tirano del Paraguay, allí donde se tenía gran devoción por San José, San Nicolás, San Isidro Labrador, que quitaba el agua y ponía el sol, y la Virgen de Catatuche, que gustaba por trigueña, buena moza y milagrera de manga ancha). Y así se llega, arruinado el país, despojado de su ganadería por las partidas armadas y los cuatros, hundida su agricultura, al momento (1907) en que se plantea por vez primera de Cuestión de Límites. Pero me parece que olvidaron, los de allá, que dos comisiones interesadas y la comisión alemana que hubo de asesorarlas en lo técnico, habían llegado a una excelente solución. Eran quinientos kilómetros de selva los que reclamaban — y reclaman ahora — mis compatriotas. En esa selva no hay un solo concesionario de tierras vírgenes que sea de este país, donde la población es muy dada a afluir hacia la capital. En cambio los hay, numerosos, de la Nación Fronteriza. Solución: se resolverá que el río lripare sea de uso común. La frontera, más teórica que real, quedará donde está. En cambio, los de allá ofrecerán extraordinarios privilegios, ayuda en enseres agrícolas, etc., a los colonos de acá — ninguno — que quieran instalarse en el área disputada, considerándolos como hermanos, ya que nunca se sabrá cuando una tierra entregada a algún pionero o civilizador vaya a quedar del lado de acá o del lado de allá de la frontera — cuando no quede a caballo sobre ella. Más aún: el País Fronterizo hará extraordinarias concesiones — derechos de paso, franquicia de peajes... — a quienes quieran adquirir tierras dentro de lo considerado como territorios limítrofes... » «¡Espléndido!» «¡Pero espléndido!» — clama el Señor Embajador al conocer esta solución posible: «El General Mabillán aparecerá como

un magnífico negociador. No hay modificación de límites teóricos. Y después del fracaso de las prácticas de defensa anti-aérea, podrá nuestro General declarar que no habrá guerra. Devuelve los hijos a sus madres; los hombres a sus hogares. Y el honor de mi país queda salvaguardado... « Esa solución debiste haberla hallado tú » — dice la Señora Embajadora que, esta tarde, me mira de extraña manera.

V

Viernes en lunes o jueves en martes próximo

Hacia meses — desde el éxito de la solución propuesta a la Querella de fronteras — que el Asilado se había vuelto un personaje de trabajo imprescindible en la Embajada. Gracias a él se había negociado un fructuoso intercambio de algodón por tabaco; gracias a él se había comerciado con cosasayer inertes, confinadas, como eran las ruanas montañesas, tejidas en Londres, que formaban parte del traje nacional del País Fronterizo; se había traído, a las reposterías de acá, pájaros de azúcar candi, animales de melcocha, confituras en jarros de barro; en las tiendas se veían cinturones, sombreros de fieltro velludo, blusas de escote cuadrado, que eran de la industria alemana. Con esto, y las iglesias de barro para guardar santos, las guitarras de fabricación aldeana, los violines de Petacho, pueblo en donde todo el mundo era *luthier*, se iba creando a este país, exento de un folklore expresado en tejidos u objetos, la ilusión de un folklore que era muy del agrado de los extranjeros... Pero eso no era todo: el Asilado, hastiado de su inactividad, en un tiempo sin tiempo, donde era lo mismo que fuese viernes que lunes, jueves o martes, se había echado encima todo el trabajo de la Embajada. Así, mientras el Señor Embajador leía sus siem-

pre renovados tomos de Simenon, metido en la piel del Inspector Maigret, el Asilado redactaba notas diplomáticas, cartas confidenciales, comunicaciones a la Cancillería, informes, memorándums, etc. ... « Parece usted el propio embajador de mi país » — decía el Señor Cónsul, que solía visitar inesperadamente la Embajada... « para fisionear y espiar » — decía el Señor Embajador que detestaba la cara de caballo malvado del Señor Cónsul. Y, un día, el Asilado manifestó el deseo de adoptar la nacionalidad del País Fronterizo. « Estás loco » — me dijo el Embajador. « En vuestra extraordinaria Constitución se lee (tomaste el tomo, lo hojeaste, estiraste el índice sobre el artículo interesante) que todo extranjero con dos años de residencia en el país puede solicitar su nacionalización. Estoy aquí en territorio nacional de ustedes. Estoy regido por sus leyes. Si en esta casa cometiera un delito, sólo podría ser juzgado por los tribunales de su país ». « Pero... ¿ Piensas permanecer dos años en esta casa ? ». « Llevo varios meses ya. Y quiero recordarle que un famoso leader latinoamericano estuvo asilado en la embajada de un país hermano por espacio de siete años. Enclaustramiento más largo que el de Jonás, lo reconozco; pero apenas menor que el de Silvio Pellico ». — « Veremos cuando cumplas los dos años ». « Los cumplirá » — dijo la embajadora con una convicción que me hizo pensar en los meses — ¿ cuántos meses ? — que me faltaban por vivir en este mundo situado entre la eternidad de Dios y la eternidad del Pato Donald.

Hoy se marchó temprano el Señor Embajador, de gran levita, para asistir al Desfile Militar del Día de la Patria. Desayunamos solos, la guapa embajadora y yo. Luego fuimos a la pequeña biblioteca que había dejado el embajador de antes. « No busque nada interesante » — dice la embajadora :

« Ese señor estaba empeñado en demostrar que los Conquistadores de América habían hallado, en estas tierras, todos los prodigios que aparecen en los Romances de Caballería. De ahí, su biblioteca (además): « *Amadís de Gaula* », un plomo: *Palmerín de Hircania*, otro plomo; *El Caballero Cifar*, dos plomos ». Tomé el tomo de *Tirante el Blanco*. ¿ Y éste ? — « Tres plomos ». « Acaso porque nunca entraste en el mundo del personaje llamado Placer de mi Vida, aquella que, habiendo escondido al caballero en un cofre entreabierto, le enumera y muestra las maravillas físicas de una princesa desnuda. Y le dice... (abriendo prestamente el libro en golpe de efecto) :

« Oh, Tirante señor ! ¿ Dónde estás tú ahora que no eres aquí cerca para que pudieses ver y tocar la cosa que más amas en este mundo ? Mira, señor Tirante, cata aquí los cabellos de la señora princesa ; y los beso en tu nombre, que eres el mejor de los caballeros del mundo. Cata aquí los ojos y la boca : yo los beso por ti. Cata aquí sus cristalinas tetas, que tengo cada una en su mano ; mira como son chiquitas, duras, blancas y lisas. Cata aquí su vientre y los muslos y el lugar secreto. ¡ Oh desventurada de mí ! ¡ Y cómo no soy hombre para fenecer aquí mis postrimeros días ? ¿ Dónde estás tú ahora, caballero invencible ? ¿ Por qué no vienes a mí pues tan piadosamente te llamo ? Las manos de Tirante son dignas de tocar aquí donde yo toco, y otro no, que este es bocado con el cual quienquiera se querría ahogar. »

La señora embajadora se reía con las ocurrencias del libro de gracias escondidas. Se rió más con el capítulo del sueño de Placer de mi Vida, aquél en que la princesa decía : « Déjame, Tirante, déjame ». Y aquel día, a fuer de parecer pedante, diré que « no leímos más allá ». Y cuando

Ayuntamiento de Madrid

advertimos que oficiales y soldados, rotas las filas, se desbandaban por las calles al haberse terminado la Gran Parada del Día de la Patria, los amantes entendieron que había llegado la hora de vestirse y de sentarse en el salón, para esperar al Señor Embajador. La Embajadora tomó una agenda : « Todo está en organizarnos : El Día de la Patria nos da ocho horas de tranquilidad. El Día de los Héroes, seis horas, porque hay buffet después de la colocación de las coronas. El Centenario de la Independencia, nueve horas y almorzaremos solos. Duelos Nacionales, seis al año ; ceremonias de cuatro horas anchas, con discursos. (Yo me he dado una fama de enferma hepática para no acompañar a mi marido a esos actos.) Recepción de Primero de Año, en Miramontes, cinco horas más o menos ; Día del Ejército, ocho horas, pues el desfile se acompaña de un almuerzo en el club militar ; añade los carnavales, con la coronación de la Reina ; las fiestas diplomáticas, a las que si voy un poco para cubrir las apariencias. Pero de eso nos desquitaremos con las inauguraciones de monumentos a cualquier prócer — ¡ y cuidado que este país tiene próceres ! ; y eso no es todo : el besamanos del Nuncio de Su Santidad ; la tarja colocada en la casa natal de un gran educador del siglo pasado ; las inauguraciones de diques, represas, puentes, etc., etc. Esto va a ser una fiesta de cada día ». En esto llegó el Señor Embajador, sofocado, resudado, con el almidón del cuello cubierto de ampollas, quejándose del calor, de la incomodidad de la tribuna, situada de frente al sol. « Los agregados militares norteamericanos pudieron reconocer, en las unidades motorizadas, todos los rezagos de la Segunda Guerra Mundial ». Además, el polvo molesto que levantaba la infantería, con esa manía nueva de hacerlos marchar al paso de ganso.

VI

Cualquier día

El Señor Embajador, cumpliendo con las obligaciones impuestas a los diplomáticos que confirieren el asilo a un perseguido político (Conferencia Panamericana de 1928, Artículo 2º, Disposición Segunda), según las cuales « El Agente, inmediatamente después de concedido el Asilo, lo comunicará al Ministro de Relaciones Exteriores del Estado del Asilado », había hecho lo indicado desde el principio. Por ello, los dos soldados, de bayonetas en claro, seguían montando la guardia frente a la Embajada, para gran desasosiego de los muy escasos solicitantes cuyos asuntos escaparan a la jurisdicción del Consulado. De ahí que el tiroteo de aquella mañana te repercutiera en el vientre. A dos pasos de ti, en esta calle, entre la juguetería — aún tan próxima de quienes eran balaceados — y la Iglesia de la Virgen del Páramo, la policía disparaba sobre una manifestación de estudiantes que protestaban contra el General Mabillán, por su intento de reforma de la Constitución, encaminada a asegurarle una permanencia de ocho años en el poder, con posible reelección si el pueblo la determinaba mediante plebiscito. Yo hubiese querido estar con los estudiantes, gritando, arrojando trozos de cabillas, tuercas, piedras, tumbando los guardias montados de sus caballos. Pero nada podía hacer, « quemado » como lo estaba y con mis dos guardias en la puerta. Por lo demás conocía todos los pormenores de la represión que sería aplicada con saña singular al primer grupo de estudiantes capturados: lo de las cárceles tan repletas que, en ciertos casos, los presos de última hora, afortunados sin saberlo, habían tenido que ser alojados en los hoteles cercanos; lo de las humillaciones, las torturas ya clásicas, practicadas por la Gestapo y la FBI

americanas; el tormento consistente en parar a un hombre durante doce horas sobre un viejo caucho de automóvil. Pero ahora habían entrado los fenómenos en escena: los sádicos, los copuladores legalizados, los tarados de toda índole, regidos por « El Gavilán », aquel que tenía tan largas y duras las uñas de los dedos índices y pulgares que podía hundirlas rápidamente, con horribles desgarramientos, en una garganta humana. Esto, sin hablar de los violadores y proxenetas, dotados ahora de « carnets » y credenciales para poder demostrar, en todo caso, que habían pasado a ser agentes de la Policía Política del Gobierno.

Ahora estás enamorado y te echas en cara ese amor como una falta, como un delito. Los que son ametrallados en las calles son los mismos — aunque de nueva generación — que los que contigo, no hace tanto tiempo aún, penetraban, de tu brazo, en el vasto mundo de la filosofía. Los mismos que decían, en broma: « Dos mecanismos mueven el mundo: el sexo y la plusvalía ». Los mismos que se asombraban de que algunos filósofos materialistas concedieran tanta importancia a ciertos textos presocráticos, tan exigüos y mutilados que no acababan de dibujar un pensamiento claro.. Me asomo a la ventana: allá yacen varios heridos de los míos, tirados en el suelo, perdiendo su sangre, arrastrándose bajo las balas que aún se encajan en las columnas y pilastras. Vas hacia la Embajadora y te echas a sollozar en su regazo. « Horrible, horrible » — dice ella — « Estos policías de tu país son unos bárbaros ». — « Y más ahora que tienen instructores norteamericanos ». Sollozas. Te hace bien. Luego, para calmarte más, la Embajadora te recuesta a su lado. Cierro los ojos sobre su carne y es noche. ¿ De qué día ? No lo sabes. ¿ La fecha ? La ignoras. ¿ El mes ? No te importa. ¿ El año ? El único año visible aquí es el de la Ferretería-Quin-

calla : « Fundada en 1912 ». « Tal vez pueda ser un punto de referencia », dices, amargo. Y ahora, el amor, una vez más ; el amor que no tiene fecha. Como decía una cantante francesa : « Podría ocurrir el fin del mundo y no nos daríamos cuenta ». El amor, en este encierro, en este aislamiento, en este tiempo sin tiempo, me da una sensación parecida a la del hombre que hubiese fumado opio en una casa desconocida y que, al despertar, se comportara como Elpenor, lanzándose al vacío por no saber dónde estaba. Sin embargo, tu amas a la Embajadora — Cecilia, se llama. Sus brazos blancos, hondos, te son necesarios. Hallas en ella, dentro de tu infortunio, la ternura de la madre, la solitud del aya, el calor de la amante. Junto a Cecilia estás trazando el plano de vastas acciones destinadas a eliminar al Señor Embajador. El arsénico, acaso. Pero... ¿ cómo obtenerlo, sin llamar la atención ? ¿ El cianuro de potasio ? Fácil de usar, con un juego apasionante añadido a la « eliminación física » del personaje : el veneno se mezclaría con alguna de las pastillas que el Señor Embajador tomaba todas las noches para la digestión. Se revolverían las pastillas como los dados en un cubilete. Y no habría más que esperar. Hoy no ha sido. Hoy no ha sido. Será mañana : sólo quedan tres pastillas. Y cuando sólo quedaran dos, ya dispondríamos todo lo del entierro. Las bandas y condecoraciones que habría de llevar el muerto consigo. ¿ Y cuándo sólo quedara una ? Noche de indecible emoción. Pero... ¿ quién iba por el cianuro ? ¿ Venderían eso en boticas ? Lo ideal hubiese sido el curare, que no deja huellas en el organismo. Una hincada con una buena aguja enharbolada y el personaje se caía de repente, sin poder respirar, con los músculos de los pulmones paralizados. Pero para conseguir el curare, que se conser-

vaba en pequeñas calabazas, era necesario llegar al territorio de los indios guachinapas, y era cosa de un mes, por lo bajo, pasando de lanchas a canoas. Lloras con ella sobre la común desgracia de sentirse tan inermes. ¡ Qué felices hubiésemos sido a la orilla de un féretro !... Te acercas a la ventana. Ha terminado el tiroteo. Se han llevado a los heridos — o muertos, tal vez. El cristal de la vitrina de la juguetería está resquebrajado por un balazo que derribó de su zócalo al Pato Donald, con un pequeño agujero negro en el cartón del pecho. Como era el Día de los Héroes, nadie había en la tienda que pudiese reponer la figura. Seguía, despatarrada, con las palmas anaranjadas en alto.

VII

Hacia un martes

Cuando se llegó a la estación de las lluvias, las relaciones diplomáticas de este país con el Fronterizo, empeoraron. La Querella de Límites volvió a encenderse y, con ella, los ánimos. Pero ahora el General Mabillán movilizó todos sus cuerpos y oficinas de propaganda y censura para aminsonar los arrestos bélicos. Necesitando de un ejército represivo interno para disolver manifestaciones y desfiles, atajar las huelgas, hacer observar los toques de queda, allanar casas y empresas, patrullar las calles, etc., etc., no creía que fuese oportuno, en verdad, mandar varias divisiones a la frontera selvática, dejando en descubierto el frente interno. Por lo mismo, su arrogancia de antaño ante el País Fronterizo se había transformado en una política de tolerancia y cooperación. « Nada de problemas internacionales » — decía. Y más ahora que los Estados Unidos habían adquirido grandes concesiones mineras en el territorio litigioso. Tan confusa era la situación que el Señor Embajador fue llamado por su Cancillería para

que informara personalmente. Sería un viaje de quince días, a lo más. La Señora Embajadora le hizo sus maletas con extraordinario amor, y, al día siguiente, fue a despedirlo al aeropuerto, observando, con satisfacción, que el avión era de modelo antiguo, con todas las trazas de caerse: era el mismo que los operarios del mantenimiento designaban con el nombre de « el ataúd volante ».

Al día siguiente, el Cónsul vino a visitarme. « Ya es usted mi compatriota » — dijo, abrazándome, y dándome los papeles de mi nueva nacionalidad. De ahora en adelante, mi escudo sería — lo veo reproducido en todos los documentos entregados — el de los dos tigres vigilantes, adormecidos sobre los catetos de un triángulo dorado, de origen evidentemente masónico, si pensamos que el Prócer Máximo de mi nuevo país había sido, en Europa, Príncipe Kadosh de la Logia de los Caballeros Racionales. « Pero esto no es todo » — comenzó a decir el Cónsul con un tono que, por la impostación de la voz, por el ritmo de la palabra, difería mucho de lo anterior. Hablaba lentamente: « Durante estos años he informado mi Cancillería acerca de sus trabajos. Querella de fronteras, intensificación del comercio, intercambios fructuosos de productos, etc., etc. Están enterados de todo lo que usted hizo por nuestro país, que no era el suyo todavía. Este imbécil (señaló el sillón del Embajador) nunca sirvió para nada. Y lo saben. Por ello (engolando la voz) va usted a ser nombrado Embajador de mi país aquí, en su lugar ». Ante mis protestas, el Señor Cónsul me hizo saber que en su país — « nuestro país » — los cargos de Embajadores no se daban, por lo general, a diplomáticos de carrera, sino a hombres brillantes o capaces: escritores, financieros, figuras mundanas, periodistas. Además, la utilización diplomática y docente de figuras

pertenecientes a otras naciones continentales era tradicional en América. Podían ser extranjeros: hubo ministros cubanos en Centroamérica; el venezolano Andrés Bello fue Rector de la Universidad de Chile. « Recuerdo a... » Corté la enumeración prevista: « Pero... nunca me darán el *placet* ». « Con las ganas que tiene Mabillán de quedar bien con nuestro país, ahora que quiere sacarle 150 000 000 de dólares a la Alianza para el Progreso, le daría el *placet* a Jack el Destripador » (Risa). « ¿ Pero, el Embajador, la Embajadora... ? » « El Embajador ha sido llamado, a la verdad, para trasladarlo a Gottemburgo, como mero agente consular. En cuanto a la Embajadora, si ella no se opone a ello, podrá quedar aquí, en calidad de secretaria de la Embajada. »

El *placet* fue otorgado sin demora. Y el martes siguiente salió el Asilado para presentar sus credenciales al General Mabillán. Los guardias de la puerta, en su último día de posta, le presentaron armas. La levita del Señor Embajador le quedaba bastante bien. A la chistera, había sido necesario rellenarle la badana con papel de periódicos. Los guantes de color mantequilla, tenían que ser llevados en la mano izquierda, como un manojo de espárragos, por demasiado estrechos. Pero todo era magnífico hoy; el automóvil de la Cancillería, la conversación insulsa del Introdutor de Embajadores. Hoy era martes. ¡ Martes, martes, martes ! Martes, 28 de junio. ¡ 28 de junio ! Un mes cuyo nombre sonaba a playas, a grandes espacios... Acompañado del Introdutor de Embajadores, llegó el ex-asilado al Palacio de Miramontes. No contestó a la mirada implorante, compungida, del Sargento Ratón, que buscaba la suya. Se le rindieron los honores militares y penetró en el despacho del General Mabillán. Fue recibido muy cordialmente, y el General hizo la amable comedia de leer

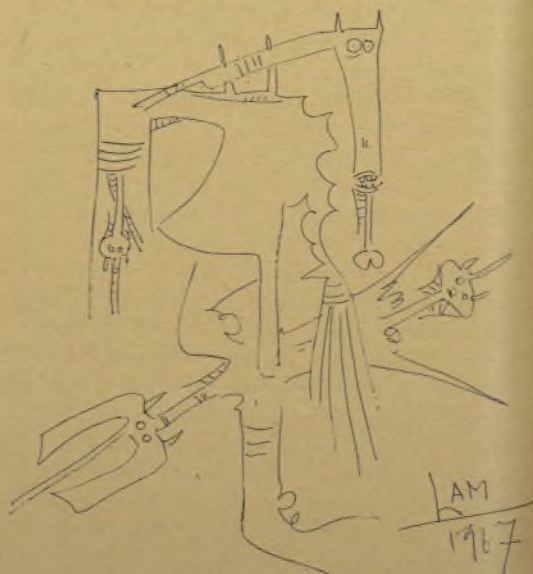
sus cartas credenciales que, para todos los casos y países, estaban redactadas de manera casi idénticas. Luego, pronunció un pequeño discurso en el cual habló de la amistad secular entre los dos pueblos, de lo bien que iban a entenderse ahora, en estos umbrales de una era de prosperidad para ambos; de las mutuas glorias pasadas; de lo hermanos que eran ambos países y de lo más hermanos aún que iban a ser en lo adelante, y de otras cosas así. El nuevo Embajador respondió en los mismos términos de « prosperidad », « amistad », « entendimiento », « hermanos », « nuestra América », el « continente del porvenir », « la tercera solución aportada a los conflictos ideológicos de la época por los avisados gobiernos del Nuevo Mundo », y todo lo que se oye en semejantes oportunidades. Dos copas de champagne, brindándose por la prosperidad de ambos pueblos. Y un estrechón de manos, durante el cual el General cuchicheó al nuevo Embajador: « No llamé a los fotógrafos. Hubiese sido difícil. Mandaré una nota de prensa en la que crearán ver un homónimo ». « Lo considero, mi General ». Y el General, bajando la voz todavía más: « Eres un cabroncito, Ricardo ». « ¿Y qué tal las mujeres europeas, elegantes, refinadas y con conversación, mi General? » « ¡Vete al carajo! »... El Introdutor de Embajadores se acercó para significar que la visita diplomática había terminado. El nuevo Embajador retrocedió hacia la puerta, de espaldas a ella, haciendo una reverencia a cada paso. Cuando estuvo fuera, entreabrió la cortina, metió la cabeza, y dijo: « Chao, Felipe ».

La Señora Embajadora me esperaba con un fino almuerzo de regocijos y vinos. No faltaban los pepinos rusos, en salmuera, que tanto me gustan, ni el mango-chutney que con algo se armonizaría, ni las alcárras francesas que tan bien acompañan

la cachaza brasileña. El Pato Donald, herido, había sido sustituido por otro, intacto. Pero su figura no se asociaba tanto ahora, para mí, a la idea de eternidad. Como los bombillos Edison de la Ferretería-Quincalla de los Hnos. Gómez, tampoco evocaban tanto a Menlo-Park como ayer. Limpié el calendario de hojas muertas, poniéndolo en el martes 28 de junio. Empezaban tiempos mejores. Y cuando, ya amoscado por unas cachazas tomadas de prisa, se nos metió en el comedor el latín de:

*Dum esset Rex in accubitu suo,
nardus mea dedit odorem suavitatis.*

lo apagamos con la trompeta de Armstrong hallada en la radio. Al día siguiente, me costó trabajo pensar que se vivía en miércoles, y que miércoles tenía sus obligaciones. Pero desde el jueves volvieron los días, con sus nombres, a encajarse dentro del tiempo dado al hombre. Y empezaron los trabajos y los días.



(Cortesía de Lam)

Ayuntamiento de Madrid

José Lezama Lima

Paradiso *

Rodaba ya el primer cuadrante de la medianoche y José Cemí tarareaba y quería pasar más dentro del silencio. La noche caía incandescente como si se hubiera apeado de un normando caballo de granja. Cemí se sentía apoyado por el traqueteo de los ómnibus, los dialogantes esquinados, disciplinantes y procesionantes del Gran Uno. La brisa tenía algo de sombra, la sombra de hoja, la hoja mordida en sus bordes por la iguana columpiada de nuevo a la noche. La noche agarraba por los brazos, sostenía en su caída al reloj de pared, dividía el cuerpo de la harina con su péndulo de obsidiana. Cemí sentía la claridad lunar delante que oscilaba como la silueta del pájaro Pong, desde el mar hasta la caparazón de la tortuga negra. La blancura descendía hasta esa caparazón y se hacían visibles para la lectura sus veinticuatro cuadrados emblemáticos.

(José Lezama Lima.
Cortesía de David)

* Las páginas que aquí reproducimos son las últimas de la ya famosa novela. De ella ha escrito Julio Cortázar: «Paradiso es como el mar... Esto no es un libro para leer como se leen los libros, es un objeto con anverso y reverso, peso y densidad, olor y gusto, un centro de vibración que no se deja alcanzar en su coto más entrañable si no se va a él con algo que participe del tacto, que busque el ingreso por ósmosis y magia simpática. Qué admirable cosa es que Cuba nos haya dado al mismo tiempo a dos grandes escritores que defienden lo barroco como cifra y signo vital de Latinoamérica, y que tanta sea su riqueza que Alejo Carpentier y José Lezama Lima puedan ser los dos polos de esa visión y manifestación de lo barroco, Carpentier el impecable novelista de técnica y lucidez europeas, autor de productos literarios a salvo de toda inocencia, hacedor de libros para leer, de productos refinadamente instrumentados para la aprehensión de ese especialista occidental que es el consumidor de novelas; y Lezama Lima, intercesor de oscuras operaciones de ese espíritu que antecede al intelecto, de esas zonas que gozan sin comprender, del tacto que oye, del labio que ve, de la piel que sabe de las flautas a la nora pánica y del terror en las encrucijadas con una luna llena».

Ayuntamiento de Madrid

No, no era la noche paridora de astros. Era la noche subterránea, la que exhala el betún de las entrañas trasudadas de Gea. Su imago reconstruía un cangrejo rojo y crema saliendo por un agujero humeante. ¿Se había despedido de Fronesis? ¿Se volvería a encontrar en el puente Rialto en el absorto producido por la misma canción? ¿Cerca estaría Foción en acecho? Esas preguntas pasaban como un tegumento de humo y hollín en cada una de sus pisadas. Sentía dos noches. Una, la que sus ojos miraban avanzando a su lado. Otra, la que trazaba cordeles y laberintos entre sus piernas. La primera noche seguía los dictados lunares, sus ojos eran también astros errantes. La otra noche se tenía con el humillo de la tierra, sus piernas gravitaban hacia las entrañas terrenales. Bajaba los párpados, le parecía ver sus ojos errantes describiendo órbitas elípticas en torno al humillo evaporado o el animal carbunclo.

Una era la noche estelar que descendía con el rocío. La otra era la noche subterránea, que ascendía como un árbol, que sostenía el misterio de la entrada en la ciudad, que aglomeraba sus tropas en el centro del puente para derrumbarlo. Cosa rara, el claroscuro buscaba más el color rojo cremoso del cangrejo, que el dibujo de sus muelas tiznadas de negro. Se sonrió con cierto temor incipiente, ver como en dos carteles luminicos, muy cerca uno de otro, Muela de cangrejo y Carie dental. Condescender con esa ligera broma, le permitió apresurar el paso, como si le prestasen una capa para hacerse indistinto en la noche. Así la noche no tendría que perseguirlo ni él se vería obligado a arengarla, dando manotazos en la neblina, cortando los párrafos como si rompiese el encaje de la araña. Sentía, separando los cañaverales de la Orplid, la curvatura del pescuezo de un caballo de bronce, por donde ascendían los termitas profesiona-

les. El caballo, de granito rojo o gris nocturno, pasaba por debajo del arco de triunfo y contemplaba durante mucho tiempo las carteleras con el único teatro en esos confines de las playas no descubiertas. Noche de los idumeos, escudo de granadillo de la caballería hitita, flanco derecho en la batalla de Cannas. La arcilla mezclada con el polvo de carbón, hacía espesar las sombras hasta dar manotazos. Forzó la mirada para no ver el caballito de bronce en el centro de la isleta, el rabo era de color escarlata y toda la crin del pescuezo estaba embadurnada de amarillo. En el claro oscuro del fondo se veía pasar tachonazos verdes, amarillos, blancos. Era la noche verdosa, sombría, desde luego, pero muy cerca del árbol, a la entrada del puente que se hundía a cámara lenta.

El avance de Cemí dentro de la noche, —eran ya las tres menos cuarto, pudo precisar tan indeciso como inquieto—, fue turbado cuando su absorto ingurgitó. Una casa de tres pisos, ocupando todo el ángulo de una esquina, lo tironeó con un hechizo sibilino. Toda la casa lucía iluminada y el halo lunar que la envolvía le hizo detener la marcha, pero sin precisar detalles, por el contrario, como si la casa evaporase y pudiese ver manchas de color que después se agrupaban y esos agrupamientos le permitían ir adquiriendo el sentido de esas distribuciones espaciales. La casa en sus tres pisos repetía el mismo ordenamiento interior: una pequeña pieza seguida de un salón. En el salón se distribuían parejas y pequeños grupos que parecían hablar apretando los labios. No obstante, la convergencia de esas personas en la medianoche, no mostraban ese conocimiento que se tiene de la casa de todos los días, o la que se visita con reglada continuidad. Parecían extraños que por primera vez hubieran coincidido en esa unidad espacial, aunque entre los asistentes unos parecían familiares, otros más

solemnes y estirados, revelaban un trato por el oficio, la vecinería o la coincidencia de la infancia en colegio, playa o excepcionales momentos de peligro o de placer. Le sorprendía la totalidad de la iluminación de la casa. Chorreaba la luz en los tres pisos, produciendo el efecto de un ascendit que cortaba y subdividía la noche en tajadas salitreras. Era una gruta de sal, un monte de yagruma, una línea interminable de moteados de marfil, gaviota, dedos de plata y la sorprendente sutileza con que la lechuza introduce sus tallos de amarillo en la gran masa de blancura. Cuchicheaban, sumergían la conversación, reaparecían dándole un golpecillo en la nariz. Las pecheras sobresalían como un pavón con la cresta de ópalo. No era la blancura sorprendente de la cresta de diamantes, era la blancura espesa del ópalo. Opalescencia, palores, licustre, vida que desfallece a la orilla del mar. Pero hasta allí un abullonado crescendo de la luz, hinchado en bolsa de celentéreo, mordiendo implacablemente el verde en la línea horizontal de la iguana, inflando sus carrillos como en una aleluya de marina consagración. Sin sonar los zapatos, parecía que soplaran la puerta de espejo, como si fueran a comenzar a bailar, pues sus pasos al acercarse eran medidamente lentos y aterciopeladamente ceremoniosos. Pero no, se acercaban para preguntar un teléfono o un manantial de chocolate. Daban las gracias, se retiraban, apenas se oían sus sílabas. Cemí adelantó la cabeza, después la echó hacia atrás, como quien quiere cristalizar la luz. Pero lo seguía acompañando con gran nitidez ese cuadrado de luz. La casa lucífuga, muy clavada en su esquina, con una luz que descendía, a medida que se iba endureciendo, tironeada por el cangrejo cremoso, hacia la hibernación subterránea. El topo clavado por el rabo, el conejo dominical, el gato moviendo sus bigotes como si fuera a unir dos palabras, espe-

rababan el visitador sorprendido por el retroceso del balano y la aparición del casquete de cornalina. La luz aglomerada tiró también de Cemí, sentía que se iba sucediendo el tranquilo oleaje de las sílabas:

Ceñido el amanecer,
los blancos de Zurbarán,
pompas del rosicler.
Los anillos estarán
con el pepino y el nabo
de las huestes de Satán.
Cualquiera fin es el pavo,
tocado por la cabeza,
pero ya de nuevo empieza
a madurar por el rabo.

Seguía Cemí su caminata en la medianoche y oyó de pronto como se levantaba una musiquilla. Era un tiiovivo, una estrella giratoria y un whip. El tiiovivo con pequeños caballos velezqueños, regalados de pechos y ancas, rojos, amarillos, negros. Detrás de los rifosos iban unas carrozas, hechas para tías con niños muy pequeños. Un provecto se veía que engrasaba los motores para entreabrir el domingo. Los carros de whip tenían una capota húmeda que ceñía al coche para evitar el goteo de los grillos. Parecía que el látigo restallaba sobre la música temblona. El provecto acariciaba la capota del whip, para escurrir el agua que deslizaba dentro del coche. Gamuzaba los caballos avivando sus monturas y sus ijares. Encendía la estrella y la iba revisando asiento por asiento, la confianza en su eje, su movilidad, el cierre de sus puertas. Comenzó a darle vueltas al manubrio y la música empezó a refractarse, a desprender como centellitas. Pasaban los globos de cristal entre los caballos y las carrozas. Pero ninguno de ellos se rompía contra un belfo o contra las ancas. Eran como grupos de abejas que seguían rumbos videntes, paseando entre los rifosos, describiendo gozosas el círculo de la

estrella giratoria y estableciéndose sobre la capota, después de alejar el grillo goteando. El hombre muy viejo que cuidaba el pequeño parque infantil, parecía un limosnero anclado allí para pasar la noche. Pero quería justificar su trabajo, hacer algo, quería que por la mañana le regalaran unas cuantas pesetas. La musiquilla durante toda la noche aparecía como el compás de su trabajo sin tregua. Pero lo mismo podía hacer ese trabajo en la media noche, que esconder un feto en uno de los carros de la estrella, poner flores pestíferas en la boca de los caballitos velazqueños o soltar una tuerca del whip para que sus cervezados tripulantes desciendan al sombrío Orco. Se cimbreaba al caminar, con los movimientos de un gusano recorriendo cuadrados blancos y negros. Después de unos plumerazos, se dirigió a uno de los asientos de la estrella y pareció agazaparse más que adormecerse. Agazapado, remedaba al agua silenciosa que escurría el grillo en una gota que tenía el tamaño de su excremento.

Cemí siguió avanzando en la noche que se espesa, sintiendo que tenía que hacer cada vez más esfuerzo para penetrarla. Cada vez que daba un paso le parecía que tenía que extraer los pies de una tembladera. La noche se hacía cada vez más resistente, como si desconfiase del gran bloque de luz de la musiquilla del tiovivo. Le pareció ver un bosque, donde los árboles trepasen unos sobre otros, como el elefante apoyando las dos patas delanteras sobre una banqueta, y sobre el lomo del elefante perros y monos danzando, persiguiendo una pelota, o saltando sobre un ramaje, para caer de nuevo sobre el elefante. La transición de un parque infantil a un bosque, era invisiblemente asimilada por Cemí, pues su estado de alucinación mantenía en pie todas las posibilidades de la imagen. No obstante sintió como un llamado, como si alguien hubiese comenzado a

cantar, o un nadador que después de unir sus brazos en un triángulo isósceles se lanza a la piscina, más allá de la empalizada. Era un ruido inaudible, la parábola de una pistola de agua, una gaviota que se duerme mecida por el oleaje, algo que separa la noche del resto de una inmensa tela, o algo que prolonga la noche en una tela agujereada por donde asoman su cabeza de clavo unos carretes de ebonita. Era un pie de buey lo que pisaba a la noche.

Se sintió Cemí como obligado a mirar hacia atrás. El cuidador había emprendido una marcha frenética desde el asiento de la estrella giratoria, donde parecía adormecerse, hasta la cerca que rodeaba el parque infantil. Una oblicuidad lunar asumió la blancura y Cemí pudo percibir en aquel rostro una espinilla negra, a la que la prolongación de la blancura daba como el tamaño de una lengua que resbalara a lo largo de la nariz. Miraba el guardador a uno y otro lado como un osezno tibetano enredado en el fósforo de su propio círculo. La cara se le embadurnaba con el sudor y esa agua acaudalada le bajaba por las orejas formando un volante arete napolitano. La cara trasudada y el carbón de la noche a su lado, le daba el aspecto del timonel de una máquina infernal. Temblonas sus rodillas golpeaban la madera del círculo del parque infantil y así esa línea divisoria comenzó también a temblar formando como un aquelarre, donde cada una de las clavadas estacas comenzaron una danza grotesca dentro del redondel protegido de la oblicuidad lunar.

Aquel bosque que había entrevisto al final de su marcha, donde los monos y los perros saltaban sobre un elefante que se hundía y elevaba, se le fue acercando. La casa misma parecía un bosque en la sobrenaturalidad. Se veía el entrelazado ornamento de la verja que servía también de puerta. En su centro, un cuadrado de metal

muy reluciente, donde estaba la cerradura. El tamaño de esta última revelaba que necesitaba una llave de excesivas dimensiones, como para abrir el portón de un castillo. Por el costado de la casa se veía un corredor aclarado por la blancura lunar. El final del corredor permitía penetrar en una extensa terraza, que estaba rodeada de un jardín descuidado, donde faltaban las podaderas y el ejercicio voluptuoso. ¿Se atrevería Cemí por aquel corredor, cuyo recorrido era desconocido y su final, en la terraza, ondulaba como la marea descargada por un espejo giratorio?

El corredor era todo de ladrillos y su techo una semicircunferencia igualmente de ladrillos rojos. A lo largo del corredor se veían en mosaicos de fondo blanco, lanzas, llaves, espadas y cálices del Santo Graal. La lanza penetrando en un costado del que ascendía un bastón, la llave que franqueaba la entrada a un castillo hechizado, la espada de las decapitaciones en una plaza pública y los caballeros del rey Arturo sentados alrededor de la copa con sangre. Los emblemas de los mosaicos estaban tratados en rojo cinabrio, la lanza era transparente como el diamante, un gris acero formando la espada encajada en la tierra como un phalus, y cada trébol representaba una llave, como si se unieran la naturaleza y la sobrenaturaleza en algo hecho para penetrar, para saltar de una región a otra, para llegar al castillo e interrumpir la fiesta de los trovadores herméticos. Una guirnalda entrelazaba el Eros y el Tanatos, el sumergimiento en la vulva era la resurrección en el valle del esplendor. Después de atravesar el corredor, que era el costado de toda la extensión de la casa, Cemí salió a una terraza del mismo tamaño que el corredor. En uno de sus ángulos más distantes pudo percibir un dios Término, su graciosa cara era en extremo socarrona, al centro de la piedra se veía muy prolongado el bastón

fálico. La carcajada que rezumaba el rostro de Término, era de la misma índole que la alegría que ordenaba su gajo estival. Al lado de la piedra del dios socarrón, se veía una mesa, que tapada por el dios, ofrecía una oscuridad indescifrable. Se veía que allí pasaba algo, pero qué era lo que escondía ese pedazo de oscuridad, qué era ese escudo que tapaba el rostro en el momento en que iba a ser esclarecido por la oblicuidad lunar.

El hechizo de la casa estaba en los escalonamientos que ofrecía su entrada. Estaba construida sobre un mogote y la escalera para penetrarla se apoyaba sobre la tierra que tenía como dos metros de altura. Esa altura donde estaba la casa, le prestaba todo su encantamiento. En lo alto de sus columnas chorreaban calamares, los que se retorcián a cada interpretación marina para receptar los consejos lunares. El avance de cada columna estaba interrumpido por peanas con piñas de estalactitas y en cada una de los hojas de su corona, se extendían y bostezaban lagartos cuya inquietud describía círculos infernales con sus ojos, mientras su cuerpo prolongaba el éxtasis durante toda la estación. Entraban y salían de la piedra las agujas, las abejas, el lince y el perezoso jugaban sin romper el silencio nocturno en la copa de un árbol formado por la luz cristalizada. Una mezcla de pulpo y estalactita trepaba por aquellas columnas inundadas de reflejos plateados. La casa parecía sin moradores, o que estaban adormecidos como el lagarto durante el otoño. Mientras duraban sus sueños, iban uniéndose la gota de agua que forma la estalactita y la gota de la tinta del calamar, ablandando una piedra que reptaba y asciende en la medianoche. Cemí volvía ya por el corredor, cuando sintió como la obligación dictada por los espíritus de los hijos de la noche, de precisar qué era lo que pasaba en el ángulo ocupado por el dios Término, donde se veían dos

bultos amasijados por el espesor de la nocturna.

Atravesó de nuevo el corredor, se paró frente a la terraza. Recorrió todo el cuadrado que parecía brotar una blancura como una pequeña hierba. Fue calmamente a la esquina del dios, con los dos bultos que la oscuridad tornaba en una capa hinchada cubriendo un saco de plomo. Al lado del dios Término, vio dos espantapájaros disfrazados de bufones, jugando al ajedrez. Uno, adelantaba la mano portando el alfil, la mano se prolongaba en la oblicuidad lunar. Recordó que en francés los alfiles son llamados fous, locos, y que están representados en trajes de bufones. El otro espantapájaros estaba en la actitud de esperar la oblicuidad que avanzaba, la locura que como una estrella errante iba a exhalar la noche, el salto que iba a dar el bufón en su danza grotesca. Estaba escrito con un carbón en la mesa, el verso de Maturin Regnier : Les fous sont aux échecs, les plus proches des ROIS, los locos en el ajedrez, son los más inmediatos a los reyes. Contemplados por Cemí, los dos bufones, rendidos al sueño, doblaron sus cuerpos y se abandonaron al éxtasis del lagarto, como si sobre sus cabezas hubiera caído la gota de agua que forma las estalactitas, unida a la gota de la tinta del calamar.

Cemí pudo ya apresurar el paso y salir de nuevo por el corredor a la calle. A la salida estaba el guardián de la estrella giratoria, con la espinilla que como un azabache le resbalaba por la nariz. Temblaba de arriba a abajo como un azogado, parecía que alguien lo tundía a palos, balbuceaba, daba patadas contra la acera, se daba puñadas contra el cuerpo y la cara. Poseo amoratado saltaba en el baile de San Vito. Cemí no se sintió en la obligación de mirarlo. El furor del guardián estaba también en el espíritu de la noche y ascendía con la falsa ascensión de tripular

una escoba, la espinilla negra era su cuerno.

Cemí volvía ahora al cuadrado de donde había partido. La misma ofuscadora cantidad de luz y los mismos grupos de murmuradores. Un ritmo guiaba sus pasos :

Un collar tiene el cochino,
calvo se queda el faisán,
con los molinos de vino
los titanes se hundirán.
Navaja de la tonsura,
es el cero en la negrura
del relieve de la mar.
Naipes en la arenera,
fija la noche entera
la eternidad... y a fumar.

Fue ascendiendo por la escalera. Pudo ver unos salones vacíos y otros llenos de murmuradores minuciosos, que acercaban las palabras a los oídos como para que el silencio no fuera interrumpido. Al llegar al tercer piso, notó que de una de aquellas capillas brotaba una exacerbada proliferación lucífuga. Reinaba una luz de volatinero, semejante a la que en el circo acompaña al cuerpo que salta como un pájaro, sólo que aquí el parecido estaba en los más opuestos confines, pues la luz batía en torno a la más extremada inmovilidad. Al salir de la escalera, se inmovilizó momentáneamente, notó que de repente una persona se levantaba del coro de los conversadores y que después de mirarlo como para reconocerlo comenzaba a hacerle señas con la mano para que se acercara. Cemí penetró en la cámara de los conversadores silenciosos. Era la hermana de Oppiano Licario la que lo había llamado, —yo sabía que Ud. vendría esta noche última. No pude llamarlo, desconocía la dirección de su casa, sin embargo, yo sabía que Ud. no faltaría esta noche, le dijo a Cemí, con un desesperado dolor sereno. Cemí comprendió de súbito que aquella fiesta de la luz, la musiquilla del ti vivo, la

casa trepada sobre los árboles, el corredor con sus mosaicos, la terraza con sus jugadores extendiendo la oblicuidad lunar, lo habían conducido a encontrarse de nuevo con Oppiano Licario. Recordó el relato de doña Augusta, su bisabuelo muerto, con uniforme de gala, intacto, y de pronto, como un remolino invisible, se deshacía en un polvo coloreado. La cera de la cara y las manos, con su urna de cristal, de Santa Flora, ofreciendo una muerte resistente, dura como la imagen del cuerpo evaporado. La cera repentinamente propicia al trineo del tacto, ofreciendo un infinito deslizamiento. De nuevo la voz de su padre, escondido detrás de una columna, y diciéndole con voz fingida: cuando nosotros estábamos vivos, andábamos por un camino, y ahora que estamos muertos, andamos por este otro. Cobró vivencia de la frase « andar por el otro camino ». Ascendió la imagen de Oppiano Licario, pero ya solo en el ómnibus, con todos los demás asientos vacíos, sonando sus colecciones de medallas, mandando detener al caballito de sus dracmas griegos, con sus pechos y sus ancas desproporcionados en relación con la cara y con las patas pequeñas que rotaban sobre un tambor. El inmenso tambor de la noche, un tambor silencioso, que fabricaba ausencias, huecos, retiramientos, desconchados por los que cabía un brazo de mar.

—Venga conmigo, vamos a verlo, dijo la hermana de Oppiano Licario. Trigueña pálida, con ojos azules que parecían una balanza que soportase un peso desconocido, tal vez un pez entrevisto entre el claroscuro de su plata y la noche posada en el árbol de coral. Su piel, extremadamente pulimentada, mostraba el contrapunto de sus poros, hecha invisible la entrada y salida de la aguja que había elaborado esa malla. Su piel era la defensa de su intelligere, su órgano de visión, penetración y rechazo. Desde el aire hasta la

mano que ceñía su mano, daban una excusa o se justificaban en su piel. Su nombre era Ynaca Eco Licario, le decían sus familiares Ecohé, mostraba como su hermano, una total confianza religiosa en sí misma y ese sí mismo estaba formado por dos líneas que se interceptaban en un punto. Y ese punto era el encuentro entre su azar y su destino. Su misterio estaba en que a veces su piel temblaba, sin saber quien dictaba ese temblor.

Se acercó a la lámina de cristal, el rostro de Oppiano mostraba ya una impasibilidad que no era la de su habitual sindéresis, la de su infinita respuesta. Como un espejo mágico captaba la radiación de las ideas, la columna de autodestrucción del conocimiento se levantaba con la esbeltez de la llama, se reflejaba en el espejo y dejaba su inscripción. Era la cola de Juno, el cielo estrellado que se reflejaba en el paréntesis de las constelaciones. Su cuerpo ya no paseaba por las azoteas, para fijar la errante lectura de los astros. Cerrados los párpados, en un silencio que se prolongaba como la marea, rendía la llave y el espejo. La hermana de Licario deslizó en la mano de Cemí un papel doblado, al mismo tiempo que le decía: Creo que fue lo último que escribió. Apretó Cemí el papel como quien aprieta una esponja que va a chorrear sonidos reconocibles. Entre los familiares y amigos que rodeaban el féretro, pudo encontrar un lugar donde sentarse. Todas aquellas personas habían sentido esa inflamación de la naturaleza para alcanzar la figura, esa irrupción de una misteriosa equivalencia que siempre había despertado Oppiano Licario. Lo que gravitaba en la pequeña capilla era eso precisamente, la ausencia de respuesta. Cemí extendió el papel y pudo leer:

José Cemí
No lo llamo, porque él viene,
como dos astros cruzados

Ayuntamiento de Madrid

en sus leyes encaramados
la órbita eclíptica tiene.
Yo estuve, pero él estará,
cuando yo sea el puro conocimiento,
la piedra traída en el viento,
en el egipcio paño de lino me envol-
verá.

La razón y la memoria al azar
verán a la paloma alcanzar
la fe en la sobrenaturaleza.

La araña y la imagen por el cuerpo,
no puede ser, no estoy muerto.
Vi morir a tu padre; ahora, Cemí,
tropieza.

Cemí con los ojos muy abiertos atravesaba el inmenso desierto de la somnolencia. Veía a la llamita de las ánimas que se alzaba en los cuerpos semisumergidos de los purgados durante una temporada. Llamitas fluctuantes de las ánimas en pena. Luego, contemplaba unas fogatas que como árboles se levantaban en el acantilado. Lucha tenaz entre el fuego y las piedras. Después, eran llamaradas que querían tocar el embrión celeste y a su lado un tigre blanco que daba vueltas circulizadas en torno a las llamas, comenzando a escarbar en sus sombras oscilantes. Lamía sin descanso el tigre blanco en la médula de saúco; el espejo, con una fuente en el centro, levantaba un remolino traslaticio, llevaba al tigre por los ángulos del espejo, lo abandonaba, ya muy mareado, con el rabo enroscado al cuello. Iba saliendo de la duermevela que le envolvía. La ceniza de su cigarro resbalaba por el azul de su corbata. Puso la corbata en su mano y sopló la ceniza. Se dirigió al elevador para encaminarse a la cafetería. Lo acompañaba la sensación fría de la madrugada al descender a las profundidades, al centro de la tierra donde se encon-

traría con Onespiegel sonriente. Un negro, uniformado de blanco, iba recogiendo con su pala las colillas y el polvo rendido. Apoyó la pala en la pared y se sentó en la cafetería. Saboreaba su café con leche, con unas tostadas humeantes. Comenzó a golpear con la cucharilla en el vaso, agitando lentamente su contenido. Impulsado por el tintineo, Cemí corporizó de nuevo a Oppiano Licario. Las sílabas que oía eran ahora más lentas, pero también más claras y evidentes. Era la misma voz, pero modulada en otro registro. Volvía a oír de nuevo: ritmo hesicástico, podemos empezar.



El filántropo

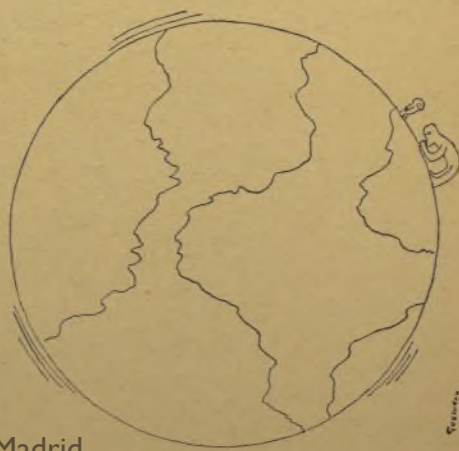
I

Si la secretaria del gran banquero Coco no hubiera estado enamorada... Parece el comienzo de una historia sentimental. Cuán edificante para el autor y para el lector que la historia continuase amablemente : ...Eduardo seguirá siendo un triste empleado en el Ministerio de Guerra. Pero el amor hace milagros. Coco, al fin, recibió a Eduardo, escuchó sus cuitas, lo asoció a sus negocios, lo casó con la secretaria y todo fue felicidad.

El autor no tiene la culpa que Coco rechace de plano tal desenlace tradicional. Ciertamente el amor hace milagros, y uno de ellos es ver a Eduardo forzando la puerta de Coco. ¡Infelices amantes! No saben que cierran la puerta de su sepulcro. Coco está a punto de echar al importuno. Porque importuno es, y de los grandes : Eduardo ha entrado en el despacho justo en el momento que Coco pone sobre un paño verde su dentadura postiza. Coco enrojece, Eduardo tose, la secretaria palidece... Coco señala la puerta, la secretaria se esfuma, pero Eduardo, haciéndose más Eduardo coge la dentadura y se la pone a Coco en las manos. El hielo está roto.

¿ Por qué Eduardo tuvo ese impulso ? De haber seguido a su novia no habría caído en las garras de Coco. Es que Eduardo quería triunfar a

(Cortesía de Guerrero)



Ayuntamiento de Madrid

toda costa. No bien Coco tuvo de nuevo sus dientes abrió la boca y comenzó el drama :

—Joven, lo escucho...

Eduardo no se hizo rogar. Por no saber hablar a tiempo y por no saber callar cuando debía, fue hasta ese momento un fracasado. Pero ahora las cosas serían bien distintas, no dejaría escapar la oportunidad, hablaría a tiempo. Con treinta años recién cumplidos, por primera vez en su vida amaba de veras. No veía las santas horas de casarse, pero como siempre ocurre, el maldito dinero... ¡ Oh, nunca bien maldito dinero, causa de la perdición de Eduardo ! Sin embargo, no vaya a creerse que Eduardo y el dinero... ¡ Ah, por el cielo ! No hay tal contubernio ; los cálculos de nuestro héroe con el metal fueron siempre bien modestos. Ahora mismo se disponía a pedir sólo mil pesos miserables. Aunque para el pobre Eduardo tal cantidad resultaba fabulosa. Por eso habló hasta por los codos : fue poniendo sobre el tapete todos los lugares comunes sobre el dinero. Mezcló dichos lugares comunes con los de la probidad, y a fin de que la mezcla fuese más sólida metió en ella los relacionados con el éxito. Un testigo de esta escena abominable se preguntaría intrigado qué aguardaba Coco para poner al importuno de patas en la calle. Pero, contra toda lógica, el viejo banquero parecía pedir a Eduardo con mirada implorante que alargara sus tontas explicaciones, que desmenuzara la petición y que hablara hasta de cuestiones ajenas a la entrevista.

Fue así que Eduardo, sin proponérselo, colmó las ansias de Coco. Como éste no decía sí o no a sus palabras, nuestro héroe pasó de los mil pesos a contar el triunfo del equipo de los Medias Rojas sobre el equipo de los Medias Blancas..., y tal exposición deportiva lo llevó misteriosamente a describir, con lujo de detalles, la nueva perrera de Sultán...

En ese preciso momento Coco abrió la boca, y como Coco la abrió y Eduardo la cerró, ocurre que Coco se « tragó » a Eduardo.

—Así que mil pesos...

—Mil... —dijo Eduardo, bajando lentamente por el esófago de Coco.

—Exijo que sea un millón.

Eduardo se sintió desfallecer. ¿ Había escuchado bien ? ¡ La cifra era tan poco familiar ! Su oído no estaba educado para ciertos sonidos metálicos. Eran demasiado ensordecedores.

—Perdone, señor, he dicho mil pesos.

—Y yo he dicho un millón —tronó Coco.

Visiblemente, Eduardo se descomponía. Sin duda Coco le tendía un lazo. Sin embargo, un lazo era cosa bien improbable con un pelagatos. ¡ Ah, no había caído ! Una broma pesada del plutócrata, un modo bien cruel de negar mil pesos. Estuvo tentado de mandarlo a paseo, el viejo se merecía le cantaran las cuatro verdades. Sin embargo, la esperanza, que es más crédula que el hombre mismo, impidió su explosión.

—No puedo comprometerme con tal cantidad, señor ; nunca terminaría por pagársela.

Ayuntamiento de Madrid

—Basta con pedirmela —replicó Coco.

—¡ Pedírsela ! Puedo hacerlo, pero...

Coco lo interrumpió con gesto paternal, es decir, le dio palmaditas alentadoras.

—Pedirla por escrito... Pedirme el millón por escrito.

—Insisto, señor ; perdone, señor... No puedo aceptar. ¿Cómo pagaría ?

—¿ Quién habla de pagar ? —gritó Coco—. ¿ Quién habla de eso ? Yo regalo un millón, a usted se lo regalo...

Eduardo, cogido por las tenazas del absurdo, apeló a frases de rigor :

—Tiene usted un alma caritativa.

Coco se torció de risa. Particularmente, esta palabra « alma » lo sumía en un estado de hilaridad incontenible. Añadió misteriosamente :

—Fortalezca su mano, no su alma...

A su vez, Eduardo cayó en nuevas confusiones. ¿ A dónde quería Coco ir a parar ? De nuevo el fantasma del bromista pasó por su mente. Muy pronto desechó tal idea. A través de ese humorismo percibía un juego trágico. Se miró las manos : una primero, después la otra. ¿ Por qué tendría que fortalecerlas ? ¿ Se trataba de un simbolismo ? Pensó que sería prudente retirarse ; un paso más e iría a parar de cabeza a la barriga de Coco...

—No entiendo nada —y Eduardo estuvo a punto de romper en llanto.

—Entenderá todo—. Coco se arrellanó—. Tendrá un poco de paciencia. Soy un hombre de pocas palabras, pero la ocasión exige todas las que he dicho en mi larga vida. Tengo setenta años. Se dice pronto, y sin embargo... Decimos : setenta, ochenta, cien años... ¿ Qué es ? Humo, nada más que humo. Casi no hubo tiempo para coger el tranvía... Y a pesar de todo eso, setenta años es una broma bien pesada. Digamos con los filósofos callejeros : algo muy corto y a la vez muy largo. No voy a hacer el sentimental a mis años, pero ¡ qué diablos !, son ellos los que me llevan derecho a esta explicación. Créame : setenta años es tan extenso y apasionante como un viaje interplanetario.

Eduardo se sintió obligado de rendir homenaje al viejo :

—Sea como sea, queda la satisfacción del deber cumplido.

Coco lo miró como se mira a una rata, es decir, lo miró con la punta de sus zapatos. Prosiguió :

—¿ Cómo ha sido el viaje ? Bien aburrido. De casa al trabajo y del trabajo a casa. Es como para reventar. Después, agoté la copa del placer. Hay gente que me odia cordialmente por el yate, por la villa en la playa, por la cabaña en el bosque, por las mujeres... También deberían compadecerme ; esas son cosas gastadas, mi dinero se niega a seguir las comprando. Desdichadamente, no creo en el más allá, y por supuesto, mucho menos en el más acá. Que cada uno se las arregle como pueda. No he hecho otra cosa en mi vida. Dirán que carezco de la fibra del santo. Mala suerte. No está en mí salvar la contradicción entre mi falta de santidad y los cien millones que poseo. Yo estoy dispuesto a dar hasta

el último centavo. Eso sí, no como santo sino como Coco. De un banquero con cien millones, con setenta años en las costillas, ¿qué espera la sociedad? Pues que el banquero se haga filántropo. Estoy en ese caso, no debo escapar a la ley natural. Siento que no podría aplazar un minuto más el ejercicio de la filantropía. No tengo mujer, no tengo hijos; obligado por los achaques vivo ascéticamente. No quiero morir y que mi dinero vaya a dar a manos de la filantropía oficial. He ahí la idea fija que me ha quitado el sueño durante meses. Pero felizmente, Eduardo —y lo envolvió en una mirada amorosa—, pone usted en mis manos la solución. Tiene usted mi eterno agradecimiento.

Como movido por un resorte, Eduardo saltó de la silla. Había creído, ingenuamente, que las últimas palabras del viejo ponían el asunto sobre un plano normal.

—Agradecimiento mutuo —murmuró.

—No se haga ilusiones —dijo Coco fríamente—. En todo esto soy yo el único agradecido. En cuanto a usted, probablemente me maldiga.

—No comprendo...

—Va a comprender muy pronto. ¿No es cierto que ha forzado mi puerta para solicitar un préstamo? ¿No pidió usted mil pesos? ¿No es cierto que le he ofrecido un millón? ¿No es cierto que le he exigido solicitar por escrito dicha cantidad?

—Tan cierto —exclamó Eduardo, picado por el tono de Coco—, tan cierto que haré la petición por escrito ahora mismo. ¿Me da papel? —Y sacó su estilográfica.

—Acá tiene —y Coco puso en las manos de Eduardo una de sus tarjetas de visita.

—¡Cómo! —grito Eduardo—. ¡Cómo, señor, es una broma bien pesada!

—Nunca bromeo con el dinero. Esa tarjeta basta y sobra para lo que voy a dictarle. ¿Está listo?

—Estoy arrepentido. Extraño modo de cerrar un trato. Parece cosa de niños. Pero si tanto le agrada, empiece.

En medio de un silencio de muerte, se oyó la voz de Coco que salía terriblemente segura:

—Coco... ponga dos puntos. ¿Ya está? *Yo quiero un millón.*

—¿Nada más que eso? —dijo Eduardo—. ¿Le basta con ese papelucho? ¿Lo firmo?

—Firmará cuando termine.

—Pero, señor mío, ya está. Es tan breve que se copia en un segundo.

—Así es —dijo Coco—, pero el dinero será suyo si la copia un millón de veces.

Si para alguien que ha pedido mil la oferta de un millón constituye un mazazo, entonces, ¿cómo calificar la cruel exigencia de Coco? Y cómo describir el efecto causado? En tal momento nuestro héroe se vio convertido en un cataclismo: los mundos de la humillación moral chocando con los mundos del estupor se juntaron con los mundos de la avidez y

con los ingenuos mundos del cálculo. El efecto exterior de tal colisión se localizó en la piel y en los ojos. A Eduardo se le puso la carne de gallina... —copiar algo un millón de veces hace pensar en una inmortalidad que no se tiene— en tanto que los ojos, salidos de sus orbitas, expresaban una salvaje avidez. Entonces, como la razón naufragaba, como el cerebro hacía alocadas combinaciones con números fabulosos, Eduardo dijo :

—¡ Locura !

—Locuras como ésa son las únicas que me interesan. La filantropía por la filantropía no tiene sentido. Siempre lo mismo : dotación a cien doncellas casaderas, protección a pintores y poetas, fundación de asilos... Detesto las imitaciones. Quiero ser un filántropo original. Los filántropos clásicos se atraen el amor de sus protegidos ; yo quiero atraerme su odio. Feliz asociación de la filantropía y la crueldad. ¿ No le parece ?

Eduardo no lo escuchaba. Coco no se lo tuvo a mal. Sabía que Eduardo estaba multiplicando y dividiendo... La máxima excitación en un ser humano está representada en el dinero. Eduardo, que no escapaba a dicha ley, exclamó :

—No veo el modo de ganar esa plata escribiendo un millón de veces la frase que acaba de dictarme. No me alcanzarían los años de vida que tengo por delante.

—El tiempo se vence con el trabajo —dijo Coco con impertinencia—. Esos años disminuirán si escribe la frase un mayor número de veces por día. Pero dejemos que los números se expliquen por sí mismos ; de las infinitas combinaciones que puede hacerse a base de tiempo y número, voy a explicarle cuatro. Antes dígame, ¿ qué edad tiene ?

—Acabo de cumplir treinta años —dijo Eduardo melancólicamente.

—Pues bien, dados esos treinta años, dichas cuatro combinaciones son factibles. He dicho « factibles », pero la combinación primera no lo es tanto. No veo cómo un hombre de su edad llegaría a buen puerto después de tantos años de navegación. Bah, dejémonos de sibilismos y hablemos el lenguaje conciso de los números. Si escribe cincuenta veces por día : *Coco, yo quiero un millón*, necesitaría veinte mil días para completar el millón. Ahora bien, veinte mil días es nada menos que cincuenta y cinco años, seis meses y veinte días. No creo esta solución le tiente. Además de los muchos años que estaría obligado a ser mi prisionero (a su debido tiempo hablaremos de eso) vería disminuir sensiblemente sus fuerzas, su pulso se haría más y más vacilante, su vista declinaría, y, sobre todo, mi amigo, el ánimo..., el ánimo, que mueve montañas, se haría cosa viscosa, blanda ; las lágrimas acudirían continuamente a sus ojos ; el desamparo, la frustración, el odio, el asco de usted mismo serían terribles divinidades acompañando su solitaria existencia. Aunque le quedaría la venganza... —Coco vio animarse los vidriosos ojos de Eduardo—. Sí, mi querido señor, le quedaría la venganza. Podría usted legar su condena a otro aspirante al millón. Sería un placer de dioses.

Pero todavía queda algo más desalentador: suponiendo que saliera triunfador en la prueba, suponiendo que una mano ayudando a la otra escribiera el postrer *Coco*, yo quiero un millón, ¿de qué le serviría? Con ochenta y cinco años sólo se puede aspirar a un mausoleo fastuoso. Decididamente, no le conviene esta solución.

—No —repitió Eduardo con voz sepulcral—, no me conviene

—La segunda solución —prosiguió Coco—, aunque problemática, le permitiría los placeres de la senilidad. Tristes placeres, lo confieso; sin embargo, es una edad de la que se dice que tiene sus encantos. En fin, lo dejo a su elección. Comprendo que esté anhelante por saber los años que pasaría escribiendo. Es un cálculo bien simple, que usted, debido a la emoción, a la sorpresa y a un odio incipiente, no puede efectuar de momento. Se trata en ese caso de doblar la tarea, es decir, que si escribe cien veces por día *Coco*, yo quiero un millón, necesitaría diez mil días para completar el millón de veces. ¿Puede decirme cuantos años, meses y días pasaría pidiéndomelo?

—¡Nunca! —gritó Eduardo—. ¡Jamás aceptaré esa solución! Es tan atroz como la primera.

—Casi tan atroz —dijo Coco, mientras multiplicaba y dividía a gran velocidad—. O para ser más exactos: la mitad de dicha atrocidad. Necesitaría veintisiete años, nueve meses y diez días.

—Póngase, por Dios, en mi lugar —suplicó Eduardo—. ¿Le gustaría pasar años enteros copiando una frase estúpida?

—Confieso que no.

—Entonces... —Eduardo crispó los puños—. Recuerde el mandamiento: no quieras para tu prójimo...

—Con cien millones uno puede darse el lujo de mandar a paseo los mandamientos. Quiero para mi prójimo lo que no quiero para mí; quiero, por ejemplo, que pase años encerrado copiando frases estúpidas.

—¡Puedo negarme! —vociferó Eduardo—. Se quedaría con las ganas...

—Tengo un concepto sagrado del tiempo —dijo Coco—. No lo perdamos en escarceos. ¿Le interesa escuchar la tercera solución?

Aquí Eduardo hizo lo propio del que nada entre dos aguas:

—Lo escucharé por curiosidad, pero sepa que no me comprometo.

—Examinemos entonces la tercera —se limitó a decir Coco, que conocía el paño—. Agárrese, aquí damos un salto en el abismo. Pronto verá cómo pasamos por encima de decenas de años a una velocidad fantástica. Es el bendito, sacrosanto trabajo quien nos permite vencer al tiempo. Nunca se alabará bastante esta fuerza sobrehumana. Será el trabajo quien le permita ganar ese millón sin verse cambiado en un anciano tembloroso. Triunfará en la prueba, y apenas si algunas hebras de plata salpicarán sus negros cabellos. Apostura, vigor físico, y el ánimo, sobre todo, el ánimo... Se llega a tan hermoso puerto en sólo dos mil días. ¡Eduardo: sólo dos mil días escribiendo *Coco*, yo quiero un millón! No piense que trato de engañarlo. Ya sabe que la emoción provocada por un placer tan

intenso le impide calcular con exactitud. Sin embargo, los números nunca nos engañarán. Si escribe la frase quinientas veces por día, sólo necesitaría dos mil días. ¿Y sabe cuánto es todo eso? ¡Eduardo: ánimo, valor, firmeza! Cinco miserables años, con seis meses y veinte días.

Eduardo casi se puso de un humor alegre. Este acortamiento del tiempo tuvo la virtud de revivirlo. Ya se veía con el millón en el bolsillo. Preguntó: —¿No habló usted de una cuarta solución? Tendrá que ser necesariamente más ventajosa.

—No se engaña —respondió Coco—. Vamos en busca de la reducción del tiempo. Escriba mil veces por día *Coco, yo quiero un millón*, y en dos años, nueve meses y diez días tendrá esa plata en el bolsillo.

—¿Dónde está el truco? —exclamó Eduardo, sorprendido por la relativa facilidad de la prueba.

—No hay truco alguno —dijo Coco—. Yo juego limpio. Más bien debe desconfiar de su ánimo. Después de acostumbrarse, es bien fácil vivir en el infierno, pero antes...

—¿Terminó ya? —dijo Eduardo con cara desafiadora—. ¿Ya dijo todo, o falta algo todavía?

—Todo está dicho —dijo Coco con cara de pascuas.

—Entonces, quédese con su infierno, cómaselo entero, y para que le sepa mejor, haga una buena salsa con sus millones... ¿Así que creyó tenerme en sus garras? Usted hizo sus cálculos: dispongo de cien millones. Hombre necesitado busca mil pesos. Le ofreceré un millón. No podrá resistir a la tentación. Impondré un precio bien alto. Cada peso que gane se convertirá en una arruga, en un quejido, en un resentimiento. Su condena ayudará a alegrar mis últimos días. Es como para morir de risa.

—... de risa —repitió Coco, y se rió efectivamente.

—No faltará quien me facilite mil pesos —dijo Eduardo.

—¡Por supuesto! —dijo Coco—. Unos facilitan mil; otros, un millón. Por ejemplo, yo...

Eduardo hizo como que no escuchaba. Prosiguió:

—Con mil pesos, prestados de acuerdo con el uso establecido, llegaré a la meta que me propongo.

—De cualquier modo —dijo Coco—, sepa que me tiene a sus órdenes.

—Sepa que nos estamos viendo por primera y última vez. Me levantaré por mi propio esfuerzo. Y, para empezar, voy a levantarme físicamente. Eso demuestra que tengo libertad de movimientos.

II

Ansioso por terminar cuanto antes, Eduardo había escogido la cuarta solución. De acuerdo con sus cálculos no le tomaría un tiempo mayor de cuatro horas por día. Dicha frase, escrita cinco veces por minuto, alcanzaría exactamente el millar a las tres horas y veinte minutos. Ahora bien, como Coco no ponía límites a la escritura, Eduardo podía doblar

Ayuntamiento de Madrid

y hasta triplicar su tarea si se consideraba con fuerza para ello. Esto fue lo que hizo desde el primer día. Se dio a la obra con ardor; rendido, pero contento, terminó su tercer millar a las doce de la noche. Había distribuido el tiempo en la siguiente forma: primer millar, de nueve a doce y veinte de la mañana; segundo millar, de tres a seis y veinte de la tarde; tercer millar, de nueve a doce y veinte de la noche.

Estaba justificada la prisa de Eduardo por muchas razones. La primera y más importante: que por el hecho de haberse constituido prisionero voluntario de Coco, se veía obligado a pasar sus días y sus noches en el espacio reducido de una celda. Sobre este punto el banquero se mostró inmovible. Los argumentos de Eduardo, basados en la salud física y moral del prisionero, no hicieron mella en Coco. Tenía sus razones para meter a Eduardo entre rejas. Si el aspirante al millón no tenía el contrapeso de lo humillante, se abandonaría en su tarea; solicitado por otros estímulos dejaría de escribir la petición con la regularidad debida, terminando finalmente por abandonar la empresa. En vano había implorado Eduardo algunas horas de libertad para atender sus asuntos personales. Coco contestó que el único asunto personal era la escritura.

Mal que bien Eduardo quedó convencido. Eso sí, no se ahorraría el cautiverio, pero iba a simplificarlo. « Seré su prisionero cosa de un año. Voy a demostrar a ese viejo que tengo más agallas que las que él tuvo para hacer cien millones. Y bien visto, mi posición no es tan desairada: no soy un preso común o un criminal cuyo delito conoce la sociedad entera; nadie en el mundo, excepto Coco y María, sabe dónde estoy. Entretanto, prosigo mi escritura, y un buen día doy la sorpresa al dictador. »

(Primera carta de Eduardo a María)

« Mi querida María: me siento como el pez en el agua... Todo es bien distinto a como lo imagináramos. He dejado pasar un mes sin escribirte a fin de poder ofrecerte una descripción detallada de mi estado físico y espiritual. Pues me siento espléndidamente. Amén de que en esta empresa me sostiene tu amor y el ardiente deseo de derrotar a ese granuja, puedo asegurarte que me siento con fuerzas para ganar todos sus millones. ¿Te acuerdas de nuestros temores ante la posibilidad de un fracaso? Pensabas, con harta razón, que la uniformidad de tal vida reduciría mi capacidad de trabajo, que poco a poco decrecería el número de veces que mi mano pondría sobre el papel la ridícula frase. Pues bien, adorada María, ha pasado un mes; treinta días han ido a parar de cabeza a la fosa del tiempo, y tu amado Eduardo ha escrito noventa mil veces. *Coco, yo quiero un millón...* ¿Estás contenta? ¿No te sientes orgullosa de tu Eduardo? Piensa que en poco más de un año tendremos esa linda suma. Piensa lo que puede hacerse con un millón: tendrás joyas y trajes, y lo que es de mayor importancia, no verle la cara a Coco —ya de por sí eso es un capital. Demostraremos a ese viejo amargado que el bien

acaba por triunfar. Sin duda, es un espíritu maligno. Viene a diario, y con el pretexto de animarse en la empresa deja ver sus dudas terribles acerca del triunfo. Ayer mismo se cansó de repetir que la precipitación no lleva a buen puerto (ya sabes que al viejo le encanta el lenguaje metafórico), que un buen capitán no fuerza su nave, que más vale un grano de arena seguro al puñado que se escapa entre los dedos... Pero no me dejo impresionar por sus parrafadas y prosigo alegremente mi tarea. Aunque debo decirte que sería peligroso añadir una cuarta jornada. No vayas a creer: exige gran concentración escribir tres mil veces por día la misma frase. Si te abandonas mecánicamente acabas equivocando el texto —para no hablar de cosas peores, por ejemplo, quedar sorprendido con palabras ajenas al asunto y que se han deslizado misteriosamente en la escritura. Por supuesto, Coco permite tachaduras y hasta borrones, pues como diría un filósofo, él persigue el fondo y no la forma. Para no decir que tachaduras y borrones conspiran con Coco en esta carrera contra el tiempo. Como nada debo ocultarte, te diré que en el mes que acaba de transcurrir he cometido doscientos veinticuatro errores, los cuales hacen un cálculo aproximado de diez horas. Es por ello que debo ser cauteloso, no aventurarme en el cuarto millar. Lo peor, en un trabajo como el presente, es la improvisación; ésta puede llevar a resultados funestos. Sin embargo, no te alarmes por tropiezos sin importancia. Espero, en este segundo mes que comienza, que las emociones del neófito cedan la plaza a la seguridad del iniciado. Lo digo con el lenguaje pomposo de Coco para que tu lindo semblante se inunde de risa. Te besa mil veces, tu Eduardo.»

En una tarde de calor sofocante Eduardo subió a la azotea para estirar las piernas. Se sentía muy deprimido. La escritura marchaba viento en popa (ya casi alcanzaba el medio millón), pero en su interior algo le avisaba que estaba llegando al límite de sus fuerzas. La primera alarma fue dada por los alimentos. Actualmente, con cinco meses de confinamiento voluntario, le costaba gran trabajo hacer pasar algo sólido. Es que estaba repleto, repleto de esa frase siniestra que, semejante a un cáncer, iba invadiendo poco a poco sus órganos. Sentía su estómago tan embutido y encharcado con esos *Coco, yo quiero un millón*, que veía con espanto aproximarse la hora de las comidas. A veces vomitaba, o no pudiendo hacerlo le venían horribles arcadas. Coco, que seguía visitándolo a diario, no se cansaba de aconsejar una reducción en la tarea. Sobre este punto Eduardo no admitía consejos. Hacía suya la frase: «Vencer, o morir en la empresa...»

Algo de suma importancia se le reveló en relación con su integridad mental: no era Coco el peor enemigo. A lo sumo simbolizaba la humillación que un hombre impone a otro hombre. Ahora bien, el humillado puede encontrar un resquicio en la férrea armadura de la humillación.

Por el momento, Eduardo se defendía con el desprecio. Mas, ¿cómo defenderse de la escritura?

« Paso a paso », pensaba Eduardo. Pero habría que ponerse de acuerdo sobre la rapidez de esos pasos. Muy lentos, significarían largos años de cautiverio; muy cortos, minarían lentamente sus fuerzas hasta llevarlos al abandono de la prueba. Mitridates, rey del Ponto, tragaba pequeñas dosis de veneno. Un buen día el veneno se encontró con su propia imagen en el estómago de Mitridates. En cambio, Eduardo se debatía vanamente contra la escritura: las equivocaciones eran cada vez más frecuentes, las letras salían de la punta del lápiz en confuso apelotonamiento, como si la frase, que se componía de cinco palabras, estuviera compuesta por millones de palabras. Un día quedó sorprendido por una retahíla de palabras incoexas que recordaban la escritura automática. Y es que la maldita frase tenía el poder de soltar las amarras del pensamiento. Eduardo, pugnando por escapar de la cárcel mental encarnada en dichas palabras, caía en otras cárceles más vastas, de frases desmesuradas, carentes de todo sentido, y con poder de encantamiento capaz de sumirlo en plena abyección mental. Era muy posible que Eduardo diera de lado a la escritura, que un día aciago se levantara sin el ánimo necesario, y se pusiera, como los presos clásicos, a amaestrar un ratón o hacer cantar a un pajarillo... Con tan negros pensamientos había subido esa tarde a la azotea a dar su acostumbrado paseo. Casi no respondió al saludo del guardián. Con paso rápido se dirigió al colgadizo situado al fondo de la azotea. Allí se echó como un perro mientras se ponía a espantar unas moscas imaginarias. Por fin dejó de mover las manos y se quedó amodorrado. ¡Cuál no sería su sorpresa al escuchar una voz infantil mezclada con otra, madura y autoritaria! Abrió los ojos; como aquel que sale de una pesadilla, tomó por restos de su horrible sueño las dos personas que estaban a pocos pasos. Eran éstas un hermoso niño de unos cinco años de edad y una señora joven que parecía ser la madre. Señalando al hombre que estaba echado acercó su boca al oído del niño y le murmuró unas palabras. Este fijó en Eduardo sus ojos azorados y se echó a reír. Ya Eduardo se disponía a saludar a la mujer, cuando el niño, abrazándose a sus piernas, le dijo en su balbuceo:

—Yo escribo lo mismo que tú....

El cielo se juntó con la tierra. ¡Razón no naufragues, mundo no te deshagas, equilibrio no te rompas! ¿Hemos oído bien? ¿Has dicho eso, o la mente calenturienta lleva a escucharlo todo bajo especie de la escritura? Pero el niño, implacable e inocente, proseguía:

—Yo escribo lo mismo que tú...

Eduardo clavó sus ojos en la mujer, en tanto estrechaba al niño contra su pecho. Ya la mujer despegaba sus labios cuando el niño, escapándose de los brazos de Eduardo, gritó:

—Coco, yo quiero un millón...

Más tarde todo se aclaró. Las cosas siempre terminan por aclararse.

pese a la atroz confusión que traen aparejadas. Porque la madre (en efecto, era la madre del niño), una más que pedía dinero, se lo había pedido a Coco. Sólo cien pesos. Una cantidad irrisoria. Una cantidad que no está a tono con la grandeza de Coco. ¡Cómo pensar, cómo imaginar que Coco acepte, que Coco se rebaje, que Coco se moleste!... Pero ella, ¿qué otra cosa podía hacer? La pobre mujer se hubiera visto en aprietos para contar más allá de cien. Después... esos erróneos cálculos de los menesterosos: si pido mucho se negará; si pido poco abrirá la bolsa. Por último, la humildad —real o fingida: hay que arrastrarse, lamer, bendecir, oscurecerse...

Pero con Coco fallaban tales argumentos. A filántropo tan original resultaba imposible venir con humildes peticiones. En consecuencia, movió con disgusto la cabeza. La pobre mujer interpretó el gesto según las leyes de la humildad y se recriminó en su interior por haber dicho cien donde debió decir cincuenta. Acaso cincuenta —pensaba ella— es la cantidad exacta para que el señor Coco mueva con agrado su cabeza. Y ya abría la boca para corregir la cifra, cuando Coco dijo:

—Yo le ofrezco cien mil.

Aquí no hubo conmoción, mundos que se juntaran, abismos que se abrieran; aquí el cálculo no se juntó con el estupor ni la humillación dio el brazo a la avidez. Sencillamente, ella no entendió, y como no entendió, puso la cara del que no entiende una lengua que no es la suya. Coco se vio en apuros para explicarse. Fue inútil que mostrara un billete de cien pesos y explicara que mil como esos componían la cantidad por él ofrecida. Sin embargo, algo pescó, pues su mirada se hizo más viva. Coco, con paciencia, según él digna de mejor causa, sacó un fajo de billetes, rompió la cinta y ordenó sobre la mesa diez grupos de cien. Pidió a la mujer que los contara.

—Mil pesos —dijo ella al cabo de un rato.

—Supongamos —añadió Coco, con voz de maestra de jardín de infantes— que sobre esta mesa hay mil billetes de cien. ¿Cuántos pesos sería todo eso?

—Cien mil —dijo la mujer, y esta vez sí estuvo a punto de atragantarse al juntar por primera vez los andrajos de la miseria con la púrpura del cálculo.

—Pues suyos son —dijo Coco—, yo se los regalo.

Y como en este punto la solicitante se empareja con Eduardo, ahorramos al lector las torturas de la repetición. Por supuesto, ella se constituiría prisionera voluntaria. « Por su hijo, —dijo— por su hijito huérfano estaba dispuesta a cualquier sacrificio. ¡Y qué rara es la vida, cómo escribe « jorobado » donde debió escribir « derecho », cómo la alocada y al mismo tiempo juiciosa vida nos sorprende con sus decisiones y cómo sus caprichos nos desconciertan!

—Hijo... Un hijito... —dijo Coco con la mirada luciferina que pintan los escritores—. Así que la señora tiene un hijito...

—Sólo cinco años, señor: un amor de niño, un inocente que ha tenido la inmensa desgracia de perder a su padre.

—Huérfano... Padre adoptivo... Cien mil... Cinco años... Filántropo... —farfulló Coco.

Un pobre, aunque escuche frases inconexas como esas que Coco acaba de proferir, no tiene derecho a explicaciones. En consecuencia la madre compuso una cara de ciega adoración. Terminó por caérsele la baba cuando Coco añadió:

—Tu hijo copiará Coco, etc., etc.

.....

(Segunda carta de Eduardo a María)

« Mi querida María: se cumplió ayer mi primer año de prisión voluntaria. Ya sé que vas a deprimirte con esto de « mi primer año ». Veo reflejada en tu semblante la pregunta: ¿ Es que piensas eternizarte en la fortaleza de Coco? Te diré que tengo fundados temores. No vayas a creer que he llegado de golpe a tal evidencia desoladora. Te remito a mi primera carta. En ella, te anunciaba los primeros síntomas, daba los primeros toques de alarma. Es significativo que no volviera a escribirte. Has sabido de mí a través de los fríos informes oficiales de Coco. Aunque él sospecha una parte de la verdad, y hasta imagina lo cerca que estoy de la retirada, te habla constantemente de « la buena marcha de mis asuntos ». Te engaña cuando dice que es sólo cuestión de días mi salida; te engaña cuando afirma que unos pocos más de Coco, yo quiero un millón serán la señal para que automáticamente nademos en la abundancia. Él me repite, punto por punto, sus conversaciones contigo, me pinta de mano maestra tu cara inundada de felicidad ante porvenir tan risueño. Después te dejará caer de golpe en los abismos de la desesperación, después te llevará al negro convencimiento de que serás eternamente su secretaria.

« No creas que me complazco en frases patéticas. Son los hechos los que hablan por mi boca. Hará cosa de una semana, se presentó, con gran misterio, en mi celda. Venía —dijo— a que le perdonara la visita de esa noche. Tal salida me sorprendió. Le encantaba torturarme con sus interminables charlas sobre las posibilidades de triunfo o derrota.

« De momento no sospeché nada anormal. Por el contrario, parecía tener uno de sus días brillantes. Viéndolo tan sonriente le pregunté si había hecho algún buen negocio. « Acabo de ganar un millón » —me contestó, frotándose las manos—. Y añadió: « Voy a que me paguen. Comprenderá ahora por qué no podremos conversar esta noche. »

« Me pareció acertado darle un puntazo. Estas pequeñas venganzas no arreglan nada, pero son las únicas que podemos permitirnos los esclavos. Le dije que ese millón se vería bien raquítico al lado de sus cien millones. Su respuesta me dejó helado: « A mi edad sería pueril sobrepasar esa cifra. En cambio, mermarla sería catastrófico. Cuando digo que he ganado

un millón quiero significar que pude haberlo perdido. ¿Se da cuenta del ridículo que puedo hacer reduciendo mi fortuna a noventa y nueve millones?

« Querida mía, te juro que me sentí perdido; se me hizo un nudo en la garganta. Creí entender que me decía que mi caso estaba juzgado, que el millón defendido con tanto celo se me escapaba entre las manos. Por fin pude hablar. Con voz entrecortada le supliqué que no diera por terminada la prueba; que, aunque en los últimos tiempos mi escritura se había hecho bien lenta, no por ello renunciaba al millón. El se sonrió, me dio palmaditas cariñosas, me dijo que no me alarmara, que yo no había perdido *todavía*, que sus palabras nada tenían que ver con mi caso, que él se refería a José...

« Sentirás este golpe en el corazón con la misma intensidad con que repercutió en el mío. Golpe sabiamente calculado. Que existiera un José, constituido como yo en prisionero voluntario, no me sorprendía. Para sorpresas me bastaba con la del pequeño recluso. Además, es lógico que Coco tenga numerosos prisioneros voluntarios. El golpe sabiamente calculado no era decirme que uno de sus prisioneros había fracasado en la escritura. Lo que me derribó de un mazazo fue ponerme a José por delante. El tal José —me dijo— *también* había tratado de ganar su millón. Era un caso particularmente penoso. Estuvo a dos dedos del triunfo. Llegó a escribir ochocientas mil veces *Coco, yo quiero un millón*, pero ahí se quedó; su cabeza se llenó de brumas. Semejante al naufrago que tras haber nadado kilómetros se ve a pocos pasos de la costa, lucha denodadamente y finalmente es vencido por ellas, José había luchado infructuosamente con la escritura. Coco me hizo un relato pormenorizado de esta lucha: según él José sufrió dos grandes depresiones separadas por un breve intervalo de grafomanía furiosa. La primera depresión se caracterizó por llenura mental y fisiológica; no podía ingerir alimento alguno. Para qué proseguir... Conozco fase por fase el odioso proceso. Y por supuesto, conozco mejor el breve acceso de grafomanía. Coco me dijo que en tal intervalo José había escrito, en cosa de diez días, cincuenta mil veces la odiosa frase. Querida María, cuando yo tuve el mío (no hace todavía una semana) la escribí ochenta mil veces.

« Después —me dijo Coco—, después las tinieblas cayeron sobre José. La segunda depresión se significó por absoluta impotencia, por rendición incondicional frente a la escritura. Y añadió que, semejante al orate que pasa el día con un barrenillo, José pasaba los suyos canturreando monótonamente: *Coco, yo quiero un millón.*»

Como es de esperar, Eduardo salió derrotado. Ahora han pasado cinco años, y el gusto amargo de la frase de marras ha quedado para siempre metido en su boca. Después de haber «ganado» miles de pesos teóricos, ha debido conformarse con cien pesos reales que Coco le asigna mensual-

mente. Esto quiere decir que Eduardo es uno de tantos oscuros empleados de la poderosa organización bancaria *Coco y Cía*. Este puesto, un humilde cargo de subcajero, lo tiene gracias a su adorada María. Ella tuvo el buen juicio de arrojarle a los pies del filántropo.

Por las manos de Eduardo pasan millones, que a las seis de la tarde —hora en que cierra el banco— deben estar convenientemente arqueados. ¡Nada tan fácil! La máquina electrónica los suma y escribe en una fracción de segundo. Por supuesto, Eduardo tiene buen cuidado de pararla a tiempo. De lo contrario ella seguiría sumando decenas de millones con notable desenfado.

(Cortesía de Cárdenas)



Ayuntamiento de Madrid

Onelio Jorge Cardoso



El pavo

Desde la sonrisa de los mayores uno venía montado en un palo, pero uno venía en el caballo del padre aunque el caballo tuviera la cabeza de trapo y los ojos de vidrio.

Y uno entraba siempre por la portada entre la pared de la casa y la cerca de tablas por donde entraban los caballos.

Eso cuando uno era el mismo padre que venía de la finca o era Bruno en su yegua con la botija de leche embutida en el serón de yute y con aquella mutilada tenaza de la mano derecha, formada por tres dedos que le faltaban y sólo manejando para todo el índice y el gordo.

Entonces uno entraba orgulloso y seguía guatrapeando hasta el fondo del patio donde estaba la caballeriza. Y amarraba allí su caballo a comer y lo sentía oliendo como el caballo del padre o la yegua de Bruno. Eso cuando uno *no* traía en la cabeza más que el recuerdo verde del camino a la casa.

Pero si uno entraba por la tarde era distinto.

Entonces el caballo era lo que era ; un caballo de palo y uno sólo pensaba en azorar el pavo.

Porque había un odio sostenido contra el pavo.

Uno no sabía que un odio así puede tener su razón más atrás de las

Onelio Jorge Cardoso, nacido en 1914, es uno de los mejores cuentistas cubanos. Sus principales cuentos se han recogido en **El cuentero** (1958), en **Cuentos completos** (1962) y en varias antologías.

razones diarias que expresan los labios de una madre, quien cuida de su jardín. Para saberlo había que pegar un salto de veinte o treinta años y eso es imposible sin cumplir el tiempo paso a paso, cuando solo se tienen nueve.

Así que uno se ponía alerta y cambiaba sus cascos de caballo por pasos de seda para sorprender el pavo y pegarle un azoro grande y que volase la cerca y volviera a su patio vecino.

Cuando uno hacía eso se sentía más cerca de ella. La iba a buscar corriendo y se lo decía casi sin aliento :

—¡ He azorado el pavo, mamá, lo saqué del jardín !

Y después uno volvía a montar su caballo y era un gozo aguantarles las riendas de trapo, porque sólo quería desbocarse de la buena sangre que tenía.

Pero si uno se demoraba en entrar por la tarde era seguro que allí estaba el pavo en el jardín, escarbando con lo único feo de todo su cuerpo : las patas cenizas de largas uñas.

Así hollaba los claveles, destrozaba las verbenas y desenterraba los bulbos de las brujitas.

Entonces ella se lamentaba y maldecía.

Y lo malo no era lo que decía con una voz doliente que lo penetraba todo, sino aquello otro ; el tiempo que duraba el mal del pavo. Los cuatro, los seis días que duraba y que se reflejaba hasta en su manera nerviosa con que nos abotonaba por las tardes las camisas a la marinera.

Pero a veces poníase el pavo a hacer la rueda y entonces una extraña fuerza, un poder inesperado, lo obligaba a uno a mirar un momento que fuera, un solo momento antes de azorar después.

Porque se volvía un zafiro, un enorme zafiro tornasol, o una flor gigantesca que no podía darse en la tierra del jardín y que se abría delante de uno, e iba trazando dos surcos en el polvo con la punta de sus alas estremecidas.

Y entonces uno confirmaba en él todas las cosas hermosas que había acumulado la memoria secreta con los días. Estaba el agua del río, rielando, con sus mangos maduros en el fondo, las madrugadas, las nubes de la tarde, el camino de plata que deja una babosa en el suelo, el sonido del yunque en la herrería y sobre todo el azul profundo cuando ha llovido mucho y el cielo aclara de pronto. Uno podía estar viéndolo y viéndolo sin cansarse, porque siempre aparecían nuevos asombros ya vistos y guardados en la memoria. Pero había que adelantarse antes que ella viniera por el comedor y fuera a darle el mal del pavo.

Por eso uno se despertaba bruscamente y moviendo los brazos azoraba a gritos el ave.

Pero luego uno se preguntaba si ella lo había visto alguna vez así. Seguramente no.

Nadie podía verlo haciendo la rueda y no perdonarle al otro día sus uñas largas y sus patas de ceniza. Uno pensaba además que de verlo

ella confirmaría también todas las hermosuras de la vida que el tiempo debía haber acumulado en su memoria.

Y por eso uno llegaba a pensar que tal vez por la noche, hablándole, uno podía decírselo y tal vez ella entender. Y entonces uno empezaba como podía :

—Mamá, el pavo se eriza a veces, tiembla, levanta su cola...

Pero ella no oía ; sus delgadas manos manejaban incansablemente las agujetas y hasta se alteraban, imprimiendo un movimiento más rápido al tejido.

Entonces uno se callaba y los días seguían iguales.

Y fue una tarde, la última.

Uno había pasado ya la portada y venía en su caballo cuando vio el pavo. Había llovido antes y quizás la lluvia lo hizo más hermoso que nunca. Estaba pavoneándose orgulloso en medio del patio, y esa tarde uno traía una rama en la mano porque también el caballo había hecho una jornada muy larga y no conservaba el paso que debía.

Y la rama era seca y pequeña, sólo para hacerla sonar contra las ancas de palo del caballo, y quizás porque no se hace un viaje largo sin obligar a la bestia a su marcha, fue que uno *no* se detuvo un momento a contemplar esta vez, sino que valiéndose de la misma rama dio el grito de azoro y la lanzó hacia él.

Uno puede jurar entonces y ahora que sólo lanzó la rama a picar delante del ave. Pero la madera dio cuatro saltos diabólicos y fue a pegarle justamente en la nuca cuando estaba haciendo la rueda. Y cayó redondo al suelo, desplomado y muerto.

Entonces, desde el final del corredor vino su grito :

—¡ Muchacho, qué has hecho !

Y miré y los ví a todos : a ella, a mi padre, a mi hermano, a Susana, quienes por primera vez habían sentido lo mismo que yo ; un momento de asombro antes de odiar.

Luego pasa el tiempo y uno se da cuenta que una vez de muchado, no estuvo solo llorando por gusto.

Josefina, atiende a los señores

Bueno, la cosa es que cuando uno tiene una casa no puede dejarse pasar la mota, porque ya se sabe que camalión que no muerde. Porque, mire, por ejemplo, esa muchacha Josefina. Es de lo mejorsito. Limpia, asiadita, no arma bronca nunca y vive aquí, con lo que uno la tiene siempre a mano, y nunca anda regatiando que si le ha quedado poco, que si el tanto por siento de la casa, que si es mucho que si esto que si lo otro y lo de más allá. Por ese lado no tiene un defegtico. Bueno, pero sin embargo, no hay quién la haga moverse de la cama. Mire que yo le digo: Josefina, has esto, Josefina has lo otro. Josefina, esta niña, muévete. Sé más viva. Pues ni con eso. Y le ando atrás todo del bendito día. Porque a diligente sí que no me gana nadie. Si no, ¿cómo cre usted que yo hubiera llegado a montar este localsito? No crea que me he ganado esto con el sudor de mi sintura nada más. Que va. De

eso nada. A fuersa de espabilarme y de trabajar muy pero muy duro. Y no sólo orisontal. Porque, el difunto, que en pas descanse, no me dejó más que deudas. Y ya usted sabe lo que era esto: yo aquí, una mujer sola para atenderlo todo y llevarlo alante. Pero yo ni dormía. (Bueno, igualito que ahora). A las cuatro o las cinco cuando se iba el último cliente, yo cogía y me ponía a contar el dinero y a repartir lo de cada una (porque eso sí: a repartir parejo lo que con justicia le toca a cada una, no hay quién me gane). Pues después que repartía el dinero, levantaba al chiquito que me limpia y le había ponerse a trabajar a esa hora. Bueno y para no cansarlo, me acostaba dos o tres horas nada más y a las ocho ya estaba yo despertando a las muchachas que tienen el turno de por la mañana para que se arreglaran y resibieran limpias y compuestas a los clientes mañaneros. Porque usted sabe que hay gente que

Guillermo Cabrera Infante nació en Gibara, provincia de Oriente. Comenzó a escribir muy joven, abandonando sus estudios universitarios. Crítico cinematográfico de la revista **Carteles**, fundó la Cinemateca de Cuba, que presidió de 1951 a 1956. En 1959, al triunfar de la revolución, fue dirigente de la cultura, directivo del Instituto del Cine y director del semanario literario **Lunes de Revolución**, desde su fundación hasta que desapareció en 1961. Desde 1962 ocupó el cargo de agregado cultural en Bélgica. En 1965 renunció a la diplomacia. Actualmente vive en Londres. Ha publicado: **Así en la paz como en la guerra** (1960), cuentos, y la novela **Tres tristes tigres** (1967), con la que ganó el premio Biblioteca Breve de 1964.

tienen sus manías y vienen por aquí al ser de día para coger a las muchachas frescas y descansadas, y otros para evitar lo de las enfermedades. Vea, ¡como si una noche pudiera borrar las cruses! Pero bueno, hijo, hay que complaserlos a todos —porque eso sí: si una fama tengo yo es la de ser complaciente, porque para mí siempre el cliente, como es el que paga, tiene la razón y no porque éste sea un negocio de andar en cueros, no vaya a pensar que no hay que darle a cada uno lo que pida. Bueno, pero para no cansarlo, le diré... ¿por dónde iba yo? Ah sí.

Pues mire usted, después de las ocho ya no paraba yo: vaya a la plasa a hacer los mandados, cáigale arriba a la cosinera, después de comer, a recibir a las que duermen fuera y ponerlas pronto a trabajar, (porque usted sabe que si una fama tiene mi casa es la de tener siempre muchachas a disposición del que venga, a cualquier hora del día que venga, hasta las dos o las tres de la madrugada), bueno, pues después de eso, me pongo a sacar lo que hayan ganado las vitrolas de los tres pisos, reviso cómo anda el baresito y mando al chiquito a la bodega, si hace falta cualquier bobería, y luego como ya es hora de la comida, pues a comer; y al acabar ya es de noche y bueno, para no cansarlo, que ya es la hora de empesar el ajeteo de a verdá verdá. Bueno, pues en todo ese tiempo ¿qué cre que ha estado haciendo Josefina? ¡Dormiendo! Yo la he dejado porque ella lo único que pide es que la dejen dormir y ni siquiera anda peliando por la comida, que si es poco que si es mala, como algunas que yo conosco, y claro, yo la dejo dormir porque tengo que tenerla contenta; porque ella es muy solicitada por la clientela buena, pero rialmente esa muchacha es un dolor de cabeza constante. Yo comprendo que ella tiene proglemias de a verdá, pero ¡por favor! Quién no los tiene. Bueno, y usted me ve a mi detrás

de ella: Josefina, vieja, baja que te buscan. Esta niña, ¿por qué no estás en el resibidor, atendiendo a la gente y no aquí tirada en la cama? Pues ella ni caso que me hase y entonses no me queda más remedio que mandar a buscar a Bebo, su marido, y únicamente así es como ella se levanta, se arregla y está dispuesta a trabajar. Yo creo que ella no se da cuenta de cómo la trato, con qué consideración. Porque bueno, vamos a ver: si ella estuviera en uno de esos guachinches de entra que te conviene, y no en una casa como ésta, de las grandes, respetada, autorisada por la polisía y sin un proglemia nunca, donde no se arresiben menores y hay que tocar para entrar y no entra todo el que quiere; ¡y en la calle que está! Porque usted sabe que eso de tener una calle seria no lo consigue todo el mundo. Pero bueno, para no cansarlo, voy a terminar de contarle lo de Josefina.

Claro que ella no se llama Josefina. Ese es el nombre para el negosio, pero todo el mundo cre que es el de a verdá, y yo creo que le conviene esa crensia. Yo no voy a cogerme las glorias de habérselo puesto. Fue ella misma la que lo escogió, porque no le gustaban nada los de siempre, de Berta, de Siomara, de Margó, y los demás. Así que se quedó Josefina. Claro que tampoco es de por aquí. Es de Pinar. Ella vino de allá a trabajar en una casa particular. Por Almendares. Y aunque ganaba poco, estaba contenta porque le daban cuarto y comida y sus ventisínco. Y entonse llegó este Bebo (que tampoco se llama Bebo), que entonse tenía uniforme. Y la enamoró y a la semana se metía en su cuarto de ensima del garaje. Y ya usted se puede imaginar el resto. Bueno, total: que él dejó de ser soldado y ella dejó de ser criada. Ella al prinsipio se resistió y cuando me la trajieron aquí la primera ves, mordía. No hablaba con nadie. Hasta trató de matarse. ¿Usted no ha visto las marcas que tiene en

la muñeca? Pero se acostumbró, como se acostumbra uno a todo. Yo al principio era igual y ya ve usted. Ahora, que yo después de todo he tenido suerte. Ella no.

Ella se le fue a Bebo un día con un chulo medio alocado, bien paresido él, Cheo, que vino de Caimanera: un verdadero pico de oro. Figúrese que le disen Cheo Labia. Pues no duró mucho. Entonces fue cuando ella se metió en aquello de las carrosas de carnaval y usted recuerda lo del fuego. Bueno, total: que tuvieron que cortarle el brazo y el otro la dejó. Entonse yo por pena la fui a visitar al hospital y al salir fue ella la que me pidió que la trajera de nuevo. Luego volvió con Bebo. Y para que vea usted lo que es la gente, en ves de perjudicarla lo del brazo, la benefició. Y con su defegto y todo, es la que más hase. Porque oiga, hay gente para todo. Dígamelo a mí que a lo largo de mi carrera me he topado con cada uno. Conosí un tipo que no quería acostarse más que con mujeres con barriga y siempre andaba cayéndole atrás a las en estado. Había otro tipo que se privaba por las cojas ¡y cómo las pagaba! Podrá crer que ese tipo no las quería para acostarse, sino que las desnudaba a las pobres y se ponía acarisiarle la pierna mala, hasta que le ocurría y se iba, sin haberse quitado ni el sombrero. Y allá en Caimanera conosí un yoni, marinero él, que no quería más que biskas. Decía **cokay, cokay**, y de ahí no había quién lo sacara. ¡Hay cada uno!

Bueno para no cansarlo, esta muchachita, Josefina (porque como usted habrá visto es linda sin cuento), se volvió la perla de mi casa. Y es claro, en esas condiciones hay que complaserla y por eso es que yo la tengo como la tengo, que le doy lo que pida. Si no.

¿Esigente? ¿Ella? Si no pide ni agua. Ahora que desde que volvió, después del susedido, tengo que guardarle de su parte para que se compre pastillas pa dormir.

Sin que se entere Bebo, claro. Porque parese que ella se acostumbró en el hospital, pa dormir y aguantar los dolores y eso, pienso yo, a tomar esas pilduras y ahora no hay quién se las quite. Entonse es cuando único molesta, cuando le falta su **sedonal** y no viene rápido el chiquito de la botica con el mandado. Oiga y que eso es como la mariguana y la cocaína. Un visio. Yo digo que con visios sí que no se puede ni trabajar ni vivir tampoco. Porque, diga, bastante tiene una ya con estar esclavisada a un hombre para que también tenga que estar gobernada por unos frijolitos de esos. Pero bueno, ése es su único alivio y como a mí no me cuesta ni dinero ni trabajo guardarle su parte y encargarle con el chiquito las pilduras, pues lo hago. Ahora que es una lástima: una niña tan bonita como ella. Porque eso sí: ella es un cromo. Un cromito. Pero bueno, resinnasión. Ella nació con mala pata. Primero lo del camión y ahora lo del niño, no es jarana. Porque eso último sí que no lo quiero ni pa mi peor enemiga. Porque hay que ver cómo se esperansa uno con una barriga. Ya cre usted que va a salir de todos los apuros y que el hombre se va a regenerar y a portarse como persona desente de ahí palante. Aunque luego uno se disilusione, como me pasó a mí. Aunque a Dios gracias, mi hija me salió buena. Está mucho mejor que yo. Porque oiga, ahí en Panamá está ganando lo que quiere y es la envidia de todas las que hasen el Canal: desde negras jamaquinas hasta fransesas. Bueno, para no cansarlo, como le iba disiendo: eso del niño sí que fue un jaquimaso. Porque perder un brazo, bueno todavía queda otro para acarisiar y si no, la boca: mientras no se pierda lo que está entre las piernas. Pero ella pasó una. Las de Caiñas, sí señor. Ella que como le dije estaba tan esperansada y va, y la criatura le nase muertesita. Ahora mejor así: porque era un femómemo, un verdadero mostro. Oiga,

6

un femómemo completo. Hasta podía haberlo enseñado en un sirco, que Dios me perdone. Es claro, eso la acabó de arrebatarse. Estaba como boba, hubo días que ni salió del cuarto. Pero bueno se le pasó. Es claro, que si no hubiera sido por las pastillas. Uté ve, ahí sí que la ayudaron mucho.

Bueno, para no cansarlo : que si esa muchacha no estuviera conmigo que soy considerada y hasta me he encariñado con ella, la pasaría muy mal, porque yo sí que no la molesto y con tal que ella me cumpla. Porque si algo tengo yo es que soy comprensible, yo entiendo los proglemas de cada cual y repeto el dolor ajeno, claro mientras no me afette. Ni a mí ni a mi negocio. Porque como disen los americanos bisne si es bisne. Pero esa muchacha Josefina, como le he contado, le tengo afegto de madre de a verdá. Sin motivo, porque mi hija es mucho más joven (y así y todo quién va a desir que yo tenga ya una hija de veinte años, eh), es más joven y es más bonita ; además que mi hija tiene su apareparación. Porque eso sí : yo siempre me dije... Usté perdone, con permiso, me va a disculpar un momentico porque por ahí entra el Senador con su gente, siempre bien acompañado el Senador. Quiay Senador. Cómo le va. Enseguida estoy con usté. (Aquí enternós : el Senador está metido con Josefina, dise que no hay quién se mueva como ella, además dise que ese mocho de brazo lo ersita como ninguna cosa ; me dise el Senador. Esa manquita tuya vale un tesoro, cará, dise. Si no fuera tan dormilona, dise. Ahora que hasta dormida se mueve, dise. Se mueve. Es una anguila la chiquita, dise él. ¡Ese Senador es el demonio !) Bueno perdóneme. Que tengo que llamar a esa muchacha antes que el Senador se me impasiente, ¡ Josefina ! ¡ Josefina !

Josefina, atiende a los señores.

La vieja negra subió despacio las escaleras del edificio grotesco que parecía un castillo de cartón piedra. A su paso se cruzó un policía con una ametralladora al pecho, las manos apretadas sobre el arma. Cuando dijo a qué venía, eslabonó ante ella una cadena de órdenes ; luego la dejaron pasar y la hicieron sentar en un banco de madera, a un lado, cerca de la puerta. Estuvo allí sentada en silencio una hora. Más tarde vino un teniente y un cabo le comunicó a un policía que la vieja podía pasar ahora a ver a su hijo. Caminó junto al policía hasta una celda del fondo, apenas alumbrada. Le costó trabajo distinguir a su hijo al principio. Vio que pegaba su cabeza a la pared y que tenía una rodilla apoyada en el banco, que era la única pieza del calabozo. Lo llamó. El no pareció oírla. Volvió a llamarlo y después de un instante, él movió la cabeza, pero no hacia ella : simplemente un leve movimiento hacia los lados. Cuando lo llamó por tercera vez el hombre vino hasta las rejas. La madre vio que su hijo no era su hijo : estaba muy hinchado, tenía un ojo cerrado, machacado, y la camisa manchada de sangre. Pero ninguno de los dos dijo nada. Ella sacó de un pañuelo tres arrugados billetes de a peso, y los pasó al hijo. El hombre los tomó después de mirarlos extrañado y oyó que ella le recomendaba que se comprara algo de comer, que no debía haber comido.

No pudo contenerse más y le preguntó, en voz baja, qué le habían hecho.

El no dijo nada.

Ella volvió a preguntarle.

El no dijo nada y cuando trató de hablarle, de explicarle, sintió el dolor y no dijo nada. Sólo apretó los billetes en su mano y acto seguido los rompió en pedacitos. Finalmente, supo que podía hablar.

—Vieja, me metieron una cabilla al rojo por el ano.

La madre no comprendió al principio. Cuando apretó los dedos en torno al barrote abrió la boca, porque sabía que iba a gritar y no quería gritar. El hijo volvió a hablar, con su voz absurdamente intacta que apenas podía pasar por los labios aporreados.

—Vieja, me metieron la cabilla ardiendo y lo van a volver haser y no lo voy aguantar, vieja.

Volvió a sentir las ganas de gritar, pero no gritó, y cuando el policía regresó y le dijo que tenía que marcharse, que ya era hora, se dejó llevar sin decir palabra. El hijo extendió la mano y le tocó un brazo.

Esa fue la última vez que le vio. Por la noche lo volvieron a interrogar y entre los golpes y la falta de sueño y la luz cegadora, supo que iban a calentarlo de nuevo. De alguna manera logró soltarse y correr hacia una ametralladora. Pero no llegó a disparar. No oyó el traqueteo atropellado de la ametralladora ni sintió las balas penetrando en su cuerpo, pero sus piernas se aflojaron y cuando cayó tenía los dedos clavados en el vientre.





(Elio Socorro)

David Camps

El ratón

Esa noche, después de oír la abertura de Tannhäuser por la Sinfónica, a la salida del teatro, lo conocí. El iba con una amiga y yo con mi esposa. Al verlo, no imaginé que sufriera, posteriormente, aquella transformación. Era rubio, narizón; un tipo vulgar. Su único rasgo sobresaliente lo tenía en los ojos: era bizco. Al principio me sentí bastante confundido, pues cuando miraba, no sabía si lo hacía hacia la derecha o la izquierda. Nos sentamos en una de las mesas de la cafetería y, mientras un petulante poeta leía un estúpido poema de un francés radicado en el país, su ojo derecho miraba las palabras del libro y su ojo izquierdo me detallaba insistentemente. Aquella mirada me desconcertaba, me ponía nervioso: no sabía si veía o no. Sin embargo, no podía apartar la vista de su ojo izquierdo. Tuve que preguntárselo:

—¿Con qué ojo ves?

Mi pregunta no le gustó nada: su ojo izquierdo me miró con rabia.

—Miro con el ojo derecho. El izquierdo es ciego.

Me sentí mucho más desconcertado aún. El ojo izquierdo me miraba con tanta intensidad que me parecía imposible que no viera. Su respuesta me hizo dudar: ¿querría confundirme? ¿No quería, en realidad, engañarme para poder sorprenderme? ¿No era un truco? Necesité comprobarlo cuando el ojo derecho miraba las máquinas que pasaban, le hice una seña con la cabeza. El ojo bizco no se inmutó.

David Camps nació en 1931. Trabajó como actor hasta 1960. Después se dedicó a escribir obras teatrales y cuentos. Ha dirigido teatro y publicado un breve volumen de cuentos: **Balance** (1964).

Ayuntamiento de Madrid

La conversación continuó animadamente. Al fin, nos levantamos de las sillas y abandonamos el local, que quedó vacío.

Era tierno, amable al hablar. Su ojo derecho nos miraba dulcemente. Caminamos. Su ojo derecho iba fijo en la acera contando, como un niño, las rayas que pasábamos. Fue su amiga quien le dijo :

—Tiene que mudarse de casa. No tiene dónde vivir.

Sentí lástima por su ojo derecho, que nos miraba tristemente.

Después de aquella noche nos vimos a menudo. Nos visitaba a mi esposa y a mí y muchas veces sostuve conversaciones con su ojo derecho acerca de la búsqueda del consabido yo ; las comunes frustraciones amorosas ; sus dudas con respecto al ser humano ; las relaciones amistosas. Una tarde, sentados en el banco de un parque, mientras el ojo izquierdo, el ciego, el bizco, me miraba desafiadamente, su ojo derecho observando las copas de los árboles, me hablaba de su madre ; era una sádica pues había muerto dejándolo solo. Me dijo que ella lo había hecho para mortificarlo, que no era la primera vez que se moría : ya había muerto tres veces antes y siempre con una sonrisa en los labios. La amaba desesperadamente. Por las noches su ojo derecho se despertaba llorando, mientras su ojo izquierdo traspasaba la oscuridad buscando el rostro de la madre.

Lo habían echado a la calle y la noche anterior había dormido en un parque. Volví a sentir lástima y se lo dije :

—Puedes mudarte a mi casa. A mi esposa le gustará que vivas con nosotros.

Fue un verdadero acto de fe y bondad cristianas, de esa bondad que nos han inculcado durante cientos de años y que nos ha ido embruteciendo. Al decírselo, no estoy muy seguro, su ojo izquierdo lanzó destellos de triunfo.

Se mudó esa misma tarde. Mi esposa le arregló una habitación que nos sobraba y él se acomodó lo mejor que pudo : colocó sus cuadros y sus muebles en los mejores lugares de la casa ; pintó la sala de blanco : el verde le molestaba al ojo derecho ; colocó su colección de caballos de cristal, marfil y porcelana, en el pasillo ; puso en el refrigerador una enorme cantidad de queso que, según dijo, era su gran debilidad ; cambió el número de teléfono por uno privado y lo encerró en su habitación ; era alérgico a las flores y arrancó de cuajo la enredadera de jazmín de noche que mi esposa había cuidado con esmero durante años ; no soportaba los ruidos y le quitó los instrumentos musicales a mi hijo haciendo con ellos una pira en el patio ; hizo añicos la colección de discos de Mozart : detestaba a Mozart ; revisó mi biblioteca y todos los libros de literatura fantástica los arrojó a la basura (me explicó que la presencia de esos libros lo enfermaban, lo arrastraban inexplicablemente dentro de ellos, reduciéndolo a la expresión mínima de los personajes de los cuentos de ficción) ; pintó el techo de negro (necesitaba esa sensación de profundidad, de abismo) ; fijó las horas del desayuno, del almuerzo y la

Ayuntamiento de Madrid

comida. Por último, nos dijo la hora en que podíamos utilizar el baño.

A pesar de todos estos cambios repentinos en nuestro modo de vida, mi esposa y yo sonreíamos pues su ojo derecho nos miraba con gratitud. La primera noche de estar en casa, después de comida, nos sentamos a conversar en el portal y puedo jurar (mi esposa también lo jura) que su ojo derecho lloró emocionado sin que su ojo izquierdo derramara una sola lágrima.

Esa noche sentí por primera vez los ruidos extraños. Me levanté, fui a la cocina, al patio, revisé todos los rincones de la casa y no pude encontrar nada. Al día siguiente mi mujer me dijo que la comida que había dejado en los calderos estaba mordisqueada. Los mordiscos eran parecidos a los de un ratón. El queso del refrigerador también lo estaba. Aquello nos extrañó mucho pues en la casa nunca vimos ratones, cucarachas o cualquier otra especie animal parecida. Cuando él vino a tomar el desayuno me pareció que su ojo izquierdo me miraba sonriente, que había en el ojo bizco una expresión un tanto burlona que llegó a molestarme. El actuaba con naturalidad. No sé por qué inexplicable razón no le contamos nada de lo ocurrido.

Las noches siguientes ocurrió lo mismo: ruidos extraños en toda la casa, ruidos de piecitos que corrían, de dientes que mordían con rapidez, de gritos chillones dentro de las paredes, en el techo, en el piso. Mi esposa comenzó a atemorizarse y pasó muchas noches sin dormir. Cuando los ruidos provinieron del cuarto de nuestro hijo, sufrió un ataque de nervios y tuve que recluirla en un hospital durante una semana. El hombre que vino a fumigar dijo que en la casa no había ni ratones ni cucarachas y que los ruidos serían, seguramente, *desperfectos* en las tuberías. Llamamos al plomero y éste nos dijo que las tuberías estaban en perfectas condiciones.

Con el transcurso de los días, el queso se iba disminuyendo en tamaño por los mordiscos (no sabía bien) de los ratones o las cucarachas. Mi amigo no protestó por el queso. Al fin, me decidí a montar guardia una noche. Sin decírselo a nadie, esperé que todos estuvieran acostados y dormidos y me escondí detrás del refrigerador a esperar. Nada. El sueño me dominaba y tuve que hacer grandes esfuerzos por mantenerme despierto. Nada. Ni ruidos, ni pasos, ni chillidos... Nada. Una hora, dos horas, tres horas... Cerca ya de las tres de la mañana, sentí pasos cortos que se acercaban. Saqué levemente la cabeza de detrás del refrigerador y... nada. Los pasos cesaron y, de pronto, la puerta del refrigerador se abrió. Lo oí dando mordiscos y salí de mi escondite; miré dentro del refrigerador y allí estaba, comiéndose el queso de mi amigo. Al darse cuenta de mi presencia, saltó al piso y salió corriendo, perdiéndose en la oscuridad sin darme tiempo a asestar el golpe con que pensaba aniquilarlo. Registré la casa y no pude encontrarlo. Fracasado mi intento, decidí acostarme pero lo hice con la tranquilidad de saber que en mi casa había un ratón que nos hacía imposible las noches.

Al día siguiente se lo conté todo a mi amigo. El me aconsejó que pusiera ratoneras por toda la casa. Su ojo derecho me miró con lástima y su ojo izquierdo me atravesó como si fuera un puñal.

Su ojo izquierdo no dejaba de preocuparme. Desconfiaba de él, creía que veía tan bien como el derecho; me parecía que el ojo izquierdo me odiaba. Esta vez tampoco pude evitarlo y volví a preguntarle:

—¿Qué ojo es el que ve, el derecho o el izquierdo?

Por primera vez sus dos ojos estuvieron de acuerdo: por fracciones de segundo lanzaron llamaradas que casi me queman. En seguida, su ojo derecho reaccionó y, mirándome comprensivamente, me contestó:

—El ojo derecho ve. El izquierdo está ciego.

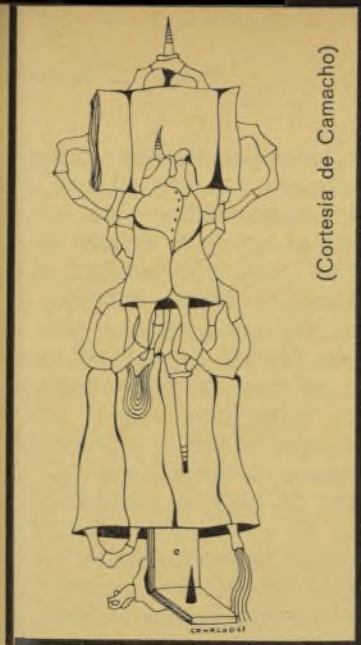
Tampoco estuve satisfecho con la respuesta. Su ojo izquierdo me miró como nunca: el odio ya estaba concentrado, había logrado su madurez total. Ni una sola vez, desde ese momento, volvió a cambiar de expresión al mirarme. El ojo bizco me seguía los pasos, me vigilaba, me acosaba. Su ojo derecho leía despreocupadamente las revistas o miraba tristemente el jardín de la casa. Llegué a soñar con el ojo bizco: muchos ojos bizcos se me aparecían mirándome con rabia, mordiéndome las pupilas, rodeándome y, por último, apretándome con los párpados. Nunca supe cómo terminaba el sueño, pues siempre despertaba en el momento preciso, angustiado.

Aquella noche me oculté dentro del horno de la cocina. Después de muchos días tranquilos sin que se oyeran los ruidos, volví a sentir pasitos que se acercaban. Contuve la respiración todo lo que pude cuando lo oí moverse dentro de las cazuelas. Y fue entonces que, de un golpe, salí del horno agarrándolo sin darle tiempo a hacer el más leve movimiento. Comenzó a dar unos chillidos espantosos parecidos a los gritos de un ser humano. En la lucha, creí que aumentaba de tamaño, por lo que apreté más fuertemente hasta que sus gritos comenzaron a ahogarse. Mi esposa se levantó y vino hasta la cocina, quedándose extática al vernos. La miré y miré al ratón. Al hacerlo, me quedé paralizado, no sé si de la sorpresa o del miedo. Creí verlo: el ratón era bizco. Ese instante de desconcierto lo aprovechó el ratón para librarse de mis manos y subir por mi cuerpo hasta mi cara. Se apoderó de mis ojos devorándolos en un santiamén. Luego se escapó huyendo por el patio entre las ramas de los arbustos.

Después apareció mi amigo. Entré él y mi esposa me llevaron al hospital donde fui curado. Dice mi esposa que esa noche y al día siguiente creyó ver en el cuello y en los brazos de mi amigo unos rasguños y las huellas como de manos que lo hubieran apretado con fuerza. Yo no puedo atestiguarlo puesto que desde aquella noche vivo en absoluta oscuridad. Lo cierto es que los ruidos cesaron al mudarse él dos días después del accidente. Desde entonces mi esposa y yo dormimos tranquilos. Ahora, por las noches, nos sentamos en la sala y ella me lee o copia, pacientemente, los cuentos que yo le dicto.

Antonio Benítez Rojo

Recuerdos de una piel



(Cortesía de Camacho)

Desde antes de Nochebuena, Máximo sospecha que hay algo raro en la casa y la registra a diario, pero como todas las noches de este invierno tan caluroso, ha puesto el aire en el ocho sin reparar en Mariana. Es curioso observar a Máximo atreverse con los aparatos del estudio (sobre todo con el estereofónico), olvida la amplia trivialidad de sus gestos usuales y —muy serio— se aplica a los controles como si zurciera medias. Esta noche he examinado su pregunta sobre los discos que voy a poner, y para contentar su oreja negra al otro lado de la puerta, he reemplazado a Miles Davis por Benny Moré; y triunfal en la concesión a sus postreros servicios, ha salido sonriendo bajo el marco gris, un poco salvajemente, y me ha dejado solo con Mariana. Mariana en el estudio, bien disimulada tras la cortina de ojos anaranjados.

Quando la conocí (hace casi cuatro años) los músicos se disponían a tocar, y aunque ella, no se sabía «Tenderly», me cantó «Tú, mi rosa azul» con un sonido modesto, muy profesional; y supe aquella misma noche que había sido por ella mi riña con Laurita; eso después que el reflector la empapara de un chartreuse pegajoso y el barman me deslizara su nombre y ella —algo presuntuosa al caminar— siguiera a los músicos hasta la tarima roja y yo me quedara frente a otro whisky, pensando que Laurita era una imbécil y revolviendo el hielo bien picadito. En esos tiempos de barbudos y tiros zafados, oh Mariana, cómo nos queríamos entonces.

«Me he enamorado de una negra», le había dicho a Laurita, una semana más tarde, ella haciendo lo que podía, por teléfono. Y era verdad.

Era verdad, Mariana. Y ahora oigo los

Antonio Benítez Rojo nació en La Habana en 1931. Estudió ciencias comerciales en la Universidad de La Habana y estadística en la American University. Su libro *Tute de Reyes*, al que pertenece el cuento aquí incluido, es el primero que escribe y obtuvo en febrero pasado el premio de cuentos Casa de las Américas 1967.

Ayuntamiento de Madrid

discos, los que tanto disfrutábamos; y tú desnuda y sin hablarme, detrás de esa tela que te alucinaba, el forro de peter-pan guardándote de Máximo.

Fue después de perder la joyería, entre el irme y el quedarme, que me jugué a su carta: la Reina de Corazones. Mariana reinando desde la tarima, aferrada al micrófono; el pedazo de carne expuesto en el gancho, las moscas.

Nos amábanos los lunes; nos hablábamos de martes a domingo, entre las tandas de «feeling» y los excesivos saludos de sus amistades; bebíamos en el rincón de la barra, las cabezas próximas; y bajo el volcar de los vasos contábamos lo más superfluo de nuestras vidas o acuciosas falsedades para conocernos mejor. Yo mentía inspiradamente: me acusaba de licencioso buscando una complicidad en su tiempo-antes-de-conocerme; esgrima inútil tratándose de cuestión tan comprometida: la incertidumbre de un silencio espeso o de su sonrisa sin intersticios. En la obsesión de conocer la identidad de sus amantes de otras noches, acudí a métodos directos, y hubo veces en que aplasté mi cigarrillo en su brazo pardo claro, tanto me trastornaba su pudorosa reserva.

Pero te me ibas de al lado, Mariana, a retocarte el maquillaje o arreglarte la peluca, decías después del silencio ya enjugado de lágrimas; y te marchabas dignamente hacia el «ladies-room», el vestido recogíendote las nalgas en un pliegue enjundioso.

Y así se me escapaba, enroscada sobre sí misma, sin dar el frente, como esa coda de Gerry Mulligan en el interior de tocadiscos; después, las miradas dándole vueltas al cenicero, la pasta negra bajo el humo reconciliador, casi a punto de mel-cocha, y la súbita necesidad de una música definitivamente incidental («Me encontré con Adela en el tocador y...»).

A veces sin que se lo preguntara, me ofre-

cía sucintos y desconcertantes datos: «Nunca he tenido que ver con alguien de mi color». Y lo decía seriamente, algo sorprendida, como si la voz le saliera sólo para complacerme, para que supiera que nadie como Máximo la había poseído. Y yo se lo agradecía y me agarraba más a ella, olvidando la rigidez de su pelo, el complicado olor de sus axilas durante la fornicación. Así cumplimos aquel año, estrepitoso de fusilamientos e inopinados sabotajes, donde uno se afirmaba e ingería una aspirina antes de abrir el periódico.

Oíamos muchos discos, jazz preferiblemente. Nos gustaba la modalidad «West Coast», de timbre rebuscado y armonías ensambladas en masturbación inefable: el Chico escobilleando tras un rumor de violoncello, Kessel en «Indian Summer» o Laurindo acompañando a Shank con guitarra de concierto. «Why do I love you», incorporado por Brubeck a una placa Columbia, era uno de nuestros números; lo poníamos casi a diario, después que ella dejó de cantar para vivir conmigo: y a veces, en las noches, cuando estábamos de broma, nos decíamos «Why do I love you?». Y era como para preguntárselo.

En abril llegó lo de Girón y nos cogió de sorpresa. Máximo se dejó engatusar por la vieja de los bajos, y renunciando a medio sueño montaba guardia en la verja con marcialidad romana, interrogando a consternados transeúntes y dándose importancia con el carnet sin foto de los Comités de Defensa. Estaba imposible Máximo, y al volver de mis paseos lo encontraba manoseando «El Capital» o unos panfletos chinos de colores desvaídos que adquiría profusamente en filatélico afán. Vivíamos muy económicos Mariana ayudando a Máximo en los quehaceres de la casa, sobre todo a cocinar; y los fines de semana sazónaba con gran éxito las medidas de alimentos que nos eran asignadas, mitigando el azote del racionamiento

inico, al menos cualitativamente.

Oh Mariana, cómo extraño tu cocina de especias regadas al vuelo, la corrección de tus frituras, las salsas inapresables. Y ahora sometido a Máximo, empozoñándome el sistema con todo el virtuosismo de un «groom» renacentista, forzándome a la ingestión de plátanos y legumbres presurosas. Mariana, Mariana, y tú en «panties» y sin ajustador, ausente de toda malicia, evocada en la reiteración del pecado individual, escondida en cualquier parte, casi al alcance de Máximo el deleite de tus formas.

Ya olvidados los encuentros al borde de su pasado, un capricho de Mariana se dilató en incidente que —sin gran revuelo—, como minuciosa punzada de tatuaje, nos marcó para siempre de signos contrarios.

—¡Qué día más lindo! ¿Por qué no vamos a la playa?— había dicho ella, deshaciéndose los moños frente a la ventana—. No hemos ido ni una vez y estamos acabando octubre.

—En Cuba siempre es verano— había dicho yo desde la cama, sentenciosamente y sin saber por qué, ya fuera por temor a contrariar de plano su propósito inmediato, ya a modo de ilustrar una simple reflexión climatológica, ya porque me faltara audacia para explicar la desazón del contraste de colores: las pieles casi desnudas, entre tanta gente y la plena luz del sol.

—Antes me decías que te encantaba la playa.

—Iba con moderación y más bien en el invierno. Además, era miembro de Biltmore, ahora una playa pública, o creo que para becados.

—¡Valiente lugar! Una vez canté ahí y unos borrachos nos tiraron botellas y los músicos se las devolvieron y por poco ni nos pagan y se me rompió el vestido. ¡Y pensar que a lo mejor estabas presente!

Yo negué mi asociación a tal aconteci-

miento —que apenas recordaba— y alzando el libro de Proust, sobre la mesa de noche, dije enfáticamente:

—Preferido leer. No voy a la playa porque no me gusta estar entre tanta gente. ¿Está claro?

—¡Clarísimo! No te gusta verte rodeado de negros, por ejemplo— dijo ella acercándose a la cama, los senos, como flanes de doce huevos, estremecidos por la violencia de la frase.

—¡Mariana!

—¿O será que no te gusta que te vean conmigo?

—Mariana, sabes que todo lo he dejado por ti, que te quiero por arriba de todas las cosas.

—¿Estás seguro?

—Claro.

—¿Bien seguro?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no te casas conmigo? ¿Por qué te molesta caminar a mi lado, entrar en los restaurantes?

Y así íbamos tirando, ella volviendo sobre lo mismo, cada vez con más frecuencia, furiosa y sin apenas llorar.

Fue en octubre cuando comenzó a brotar la crisis. Se abrió con lentitud, como botón de amapola muy fuera de la estación. Y de pronto el ultimátum: los pétalos rojos a punto de caer, atentos a las presiones de los gestos leves, al soplo ambiguo de las suposiciones. Y Mariana como si nada, yendo y viniendo en cotidianos trajines, ajena al filo de las consecuencias, intercambiando con Máximo patrióticos parloteos y denostando sin tregua a la «Pax Americana».

Muy cerca de la hora cero, entre noticias y sobresaltos, Máximo hizo sus preparativos bélicos y me pidió quince pesos para comprarse unas botas, yo se los adelanté, a ver si lo atrincheraban, si me dejaba tranquila a Mariana con eso de la Revolución, pertinaz dale que dale con que la

iba trabajando desde el invierno pasado. Y antes de marcharse, mientras llenaba su mochila con la ayuda de Mariana, lo sorprendí calumniándome, aconsejándole que se fuera de mi lado, que me dejara en aquel momento y con las cosas como estaban. Qué clase de tipo Máximo. Cría cuervos y te sacarán los ojos, como decía mi padre, casi sin acento árabe y con muchísima razón. Y pensar que le hiciste caso, Mariana; en plena alarma de combate, sin esperar siquiera a que llegara la calma. Parece mentira, Mariana. Qué falsa me resultaste después de estos cuatro años. ¿Cómo fue que le creíste? Si arreglaba el pasaporte era por precaución, por cierto muy bien fundada. Luego el modo con que te despediste (sin hacer el desayuno, yo todavía en la cama): «Me voy», dijiste en un tono bajo con sencillez inaudita, como si estuvieras anunciando el título de una canción. Y yo algo adormilado, restregándome los ojos por si había oído mal. «Me voy», volviste a decir, junto a la mesa de noche y en traje de cabaret, el olor a naftalina por arriba del perfume, el ceño un poco fruncido; de pronto el timbre de la puerta, el brillo indescifrable de la última mirada, tus nalgas atravesando el cuarto en arrastrar de maletas, las voces del chofer, lejanas e inexplicables, de nuevo el timbre. «Adiós», alcancé a oír por debajo de la puerta. Y yo desprevenido, sonriendo vagamente desde las persianas grises, sin tener que responderte más que un inútil «lo siento». ¿Qué otra cosa podía hacer? Total que ayer me enteré que estás

cantando de nuevo; que te casaste con un negro, un locutor de tercera al margen de la televisión.

Pero, en fin, para qué hablar. La cabra tira hacia el monte y no has sido excepcional. Y para colmo tu ingratitud: te llevaste hasta las fotos. Si no es por la «Polaroid» que te copió desnuda en una tarde de siesta, nada tuyo habría quedado. Gracias que fui previsor. Y ahora escucho los discos, los que tanto disfrutábamos, y tú tras esa cortina, prendida con un alfiler del otro lado del forro, durmiendo extraordinariamente y sin cambiar de postura.

Mariana, Mariana, qué triste me he pasado el día: y Máximo sin hacerme caso, escuchando tras las puertas, siguiéndome por la casa a ver si destruyo algo, esperando a que me vaya para quedarse con todo. Pero, qué le voy a hacer, si hoy es la última noche. Mañana cogeré el avión... Todo me debe dar igual... y sin embargo... Pero no, al diablo las vacilaciones. Todo me importa un pepino. Incluso tú, Mariana mía. Y antes de irme, quemaré tus muslos plasmados en cartulina, tus inasibles senos, las sombras de tu vientre. Luego aventaré los restos, empacaré mis cosas; cerraré la puerta por última vez. Con pasos dignos y profundos dejaré la escalera. Me volveré tras la verja, y contemplaré la casa: Máximo haciéndome gestos desde el balcón de la sala. Y me alejaré pensativo, el recuerdo de tu piel quemando lento y parejo, como el mejor Larrañaga.

Jai|me Sarusky



Rebelión en la octava casa *

Esa vez miraba a la noche como si fuera la última o la primera. En la avenida a oscuras espejeaban las sombras profundas, laureles casi secos, estatuas abandonadas. Avanzaba rápido, nervioso, sin tomar precauciones como el que lo precedía a unos treinta metros. La pistola oculta bajo la ropa, ceñida al costado, explicaba tal vez la consistencia y seguridad de sus pasos. En su animación podía experimentar la tibieza nocturna, el aroma húmedo de los pinos, el sabor terroso en el paladar, la cadencia monótona y persistente, ahora más lejana, del automóvil con el motor en marcha. Su percepción era más aguda : a pesar de la luz tenue y difusa que observaba a través de los ventanales de viejos caserones, podía precisar contornos, contrastes, después de adaptar sus ojos a la noche. Extrajo la bomba y la apretó entre sus dedos. La sensación era extraña, nueva y vieja, pero extraña. En la esquina volvió a mirar, fijamente. Ya lo separaba del otro la distancia prevista. Se detuvo : era un cielo limpio, claro y pulido ; hacia el oeste, un macizo de nubes cenicientas bajo una luna inquietante. Volvió a contemplar la luna y cruzó la calle. Impresionaban,

Jaime Sarusky, nacido en 1931, publicó en 1961 su primera novela, *La búsqueda*. En 1967 ha aparecido la segunda, *Rebelión en la octava casa*. Ha dirigido varios suplementos y páginas literarias. Actualmente tiene a su cargo la plana cultural del diario *Granma*.

* Capítulo de la novela del mismo título, aparecida recientemente.

en la cerrada oscuridad, las altas verjas en punta. Recordó la advertencia del régimen: por cada bomba, un hombre. Pero ellos tenían que colocar las bombas: era la orden. Hacía memoria y le tranquilizaba pensar que entre ellos no había caído ninguno. Sin embargo, otros que no conocía pagarían tal vez por ellos. Tenían que cumplir la misión. Un automóvil cruzó la avenida por la calle más próxima y los faros iluminaron fugazmente copas de laureles, fragmentos de rejas, pinos bien podados. El otro, Agustín, había doblado la esquina y se preparaba antes de situar la bomba. Se concentraba fríamente en su labor. Se acercó sin prisa al poste de la luz. Antes de cada acción se hacía una composición de lugar, previendo hasta los menores detalles, que después ejecutaba sistemáticamente. Antes de encender el cigarro, Oscar volvió a mirar la luna. Tenía la vaga certidumbre de que no era la misma que había contemplado momentos antes. Recordó aquel domingo, cuando era niño: vio la primera luna temprano, desde la baranda del portal de su casa, y la otra más tarde, a la salida del circo. Dos lunas: apenas durmió aquella noche. Sostenía el cartucho cilíndrico, cubierto por un papel encerado de un amarillo sucio. Varias cabezas de fósforos se incrustaban en la mecha blanca y terracota. Avanzó hacia el poste de la luz. Agustín acercó primero el cigarro encendido, tal como lo había premeditado, sin fallar; a pesar de la distancia, él prendió el suyo pocos instantes después, casi simultáneamente. Corrieron a lo largo de las rejas, bajo los laureles, y se alejaron de allí en el automóvil que los esperaba con el motor en marcha. Permanecieron callados mientras avanzaban en la noche. El tomó el volante y Rubio pasó al asiento posterior. Comenzaban a inquietarse cuando sonó la primera explosión y casi enseguida, la segunda, más fuerte y estremecedora.

—Salió bien ¿eh, Oscar? —dijo Agustín.

Agustín se limpió las manos con el pañuelo, que esparció el aroma intenso de la colonia.

—Bien —dijo él.

Se apagaban las luces de los caserones y apartamentos. Hubo un largo silencio. En las calles, ya desiertas, muchas a oscuras, aullaban las sirenas de los carros patrulleros.

—Están apareciendo perseguidoras por todas partes. Parece una plaga de cucarachas —dijo Oscar.

Recordó la acción y rió, exaltado todavía por el éxito. Sabía que un coronel y varios personajes del régimen vivían allí. Imaginaba al coronel Areces, pequeño y barrigón, tirado panza arriba en la cama, disfrutando del aire acondicionado, y la habitación que de repente se transformaba en un horno; iba al refrigerador y encontraba el agua y la cerveza calientes; lo veía sudoroso, colérico, maldiciendo a la policía que era incapaz de garantizarle su tranquilidad.

—¿Y ahora? —preguntó Oscar.

—No hay casas —dijo Agustín—. Ya casi ni tenemos apartamentos. La gente está erizada.

Rubio callaba. Agustín volvió la cabeza hacia él y señaló a Oscar.

—Este y yo —dijo— hemos tenido que cambiar ocho veces de casa en menos de un mes. La semana pasada dormí dos noches dentro de una máquina, en un parqueo.

Contemplaron los anuncios luminicos parpadeando a lo lejos. Chillaban las siernas de los carros patrulleros. Cruzaban veloces con sus faros rojos girando sobre el techo. Oscar seguía al volante, inmutable, sin que el automóvil alterara el ritmo de su marcha.

—Pero tenemos que hacer algo —dijo.

—Algo —repitió Agustín.

—Hace poco —dijo Oscar— me hablaron de una casa, pero no es completamente segura.

—¿La conocemos? —preguntó Agustín.

—Que yo sepa, no.

—No podemos correr riesgos inútiles, señores —intervino Rubio.

—Todo el tiempo estamos corriendo riesgos, Rubio —dijo Oscar.

—Sí, por eso mismo. No hay nada más parecido al suicidio que correr un riesgo inútil.

Oscar lo miró por el espejo retrovisor. Sonrió con sorna.

—Y tú nunca has estado cerca de ese tipo de suicidio, ¿eh, Rubio?

—A decir verdad, sí.

—¿Entonces?

—Entonces, que como ya sé lo estúpido que es, mientras sea posible hay que evitarlo.

—Yo conozco una manera segura para evitar los riesgos —dijo Oscar adoptando una expresión muy seria.

—A ver, ¿cuál? —preguntó Rubio.

—Sí, ¿cual? —insistió Agustín.

—¡Dejando de ser revolucionario!

Soltó una carcajada, apretó el acelerador y vio de reojo la perplejidad (los ojos y la boca abiertos) en el semblante de Rubio y Agustín.

Bordeaban la bahía tranquila y turbia. La noche, ahora más oscura al ocultarse la luna entre las nubes grisáceas, se alargaba. Les parecía que duraba una eternidad la pausa entre los agudos chillidos de las sirenas.

—Tengo una idea —dijo Rubio.

—¿Riesgosa?

Rubio hizo silencio. Simuló mirar hacia afuera. La oscuridad en esa zona de los muelles era más compacta y sólo alcanzaba a imaginar los contornos de los camiones alineados frente a los espigones.

—¿Cuál es tu idea, Rubio? —insistió Oscar.

—Que ustedes dos se queden en una casa donde yo estuve una vez.

—¿Qué casa? —preguntó Oscar.

—Nada más que me quedé una tarde. Me fueron a buscar temprano por la noche porque teníamos una acción y después nos fuimos Rocamora y yo a otra casa.

—Pero, ¿conocemos esa casa? —preguntó Agustín.

—Que yo sepa, no.

—¿Entonces? —preguntó Oscar.

—Cuando estuve aquella tarde, la mujer de la casa me dijo: «Si alguna vez tiene necesidad de volver aquí, vuelva.»

—¿Y quién es ella? —preguntó Agustín.

—Yo no sé bien —dijo Rubio—. Parece que fue de la gente dura en la revolución del treintitrés.

—¿Pero quién es? —insistió Agustín.

—Yo no sé bien. La vi un momento nada más y hablamos dos palabras. Pero me pareció un poco rara...

—Rara ¿en qué? —preguntó Oscar.

—Rara ¿yo qué sé? Rara, extravagante.

—¡Buena información, ésa!

—¿Qué tú quieres que haga? Nos vimos un momento. Hablamos. Yo me quedé en la sala y ella se metió en su cuarto. Después me vinieron a buscar.

—¿Y el barrio, la gente? —volvió a inquirir Oscar.

—No sé.

—¿Habrá niños? —preguntó Agustín.

—Puede que sí, puede que no... pero yo no los vi.

Rubio sólo recordaba la calle y que en los bajos había una tintorería. Ya él había encontrado una casa más o menos segura y seguiría con el automóvil una vez que los dejara a ellos en casa de la mujer. Le indicó a Oscar la dirección.

—Es un albur —dijo éste—, pero todo es un albur, donde quiera que uno vaya.

Permanecieron silenciosos, pensando quizás en lo mismo: en la nueva casa, en el apartamento donde tendrían que refugiarse hasta que pudieran encontrar, a pesar de las dificultades, un escondite más seguro. A lo lejos seguían aullando las sirenas de los carros patrulleros. Se alejaban del centro de la ciudad. Ellos sabían, sobre todo Oscar, que ahora más que nunca seguirían expuestos a las represalias. Agustín se frotaba las manos con el pañuelo que olía a colonia.

—Tienen miedo —dijo Rubio.

—¿Quién? —saltó Oscar.

—La policía.

El automóvil ascendió con esfuerzo la cuesta de una calle empinada que desembocaba en una ancha avenida. Oscar miró a ambos lados. A la izquierda y derecha se abría la avenida, larga, apenas transitada por algunos automóviles. Advirtió a la derecha, a mediados de cuadra, el muro de piedra, las almenas coronando la fachada, la silueta de la estación de policía. No reaccionó. Desde aquella distancia apreciaba fríamente el edificio, con sus dos policías de posta a la entrada. Sin saber por qué, en vez de girar a la izquierda, dobló hacia la derecha. Sólo cuando

ya los faros barrián la ancha avenida y el edificio era una realidad ante él, tomó conciencia de aquel disparate. Ahora había que seguir. Agustín lanzó una maldición. Alzó las manos, que quedaron detenidas a la altura de los hombros. Los policías, escudriñando la oscuridad, vieron acercarse al automóvil. Oscar aplastó el pie contra el *clutch*, la mano izquierda crispada sobre el volante. El tiempo parecía detenerse. Agustín dejó caer el brazo, lo apoyó sobre la ventanilla: el codo sobresalía ligeramente. Creyó oír una protesta contenida: las luces no se proyectaban y Oscar intentaba acelerar el automóvil. « Deben ser las baterías », murmuró Rubio. Los policías parecían discutir; uno se había adelantado y miraba fijamente; Agustín bajó el brazo y palpó la pistola. Oscar lo miró de reojo; había acelerado y ahora fijaba la vista en la avenida. Ya estaban casi frente a la estación. La mano de Agustín apretó la pistola y la mano de Rubio también apretaba la suya, el dedo en el gatillo. El pie derecho de Agustín oprimió con fuerza un acelerador y de inmediato un freno imaginarios.

Pasaron. Agustín miró por el retrovisor y vio a los policías fusil en mano, siguiéndolos todavía con la mirada. Dejó caer los hombros y resopló.

—¡ Me cago en tu abuela, coño !

Oscar lo miró sonriendo.

—¿ Qué pasó, compadre ? ¿ Se le aflojaron las piernas ?

—¡ Eso es arriesgar el pellejo por gusto, eso no tiene perdón !

—¡ Lo mismo que veníamos hablando, lo mismo ! —dijo Rubio.

—Pero no me pueden negar que fue una buena prueba para los nervios...

—¡ Qué prueba ni prueba ! ¿ Prueba meterse en la boca del león sin necesidad ? —exclamó Agustín.

Oscar no respondió. Sonreía burlonamente y de cuando en cuando miraba de reojo a Agustín y a Rubio.

—¡ Parece que va a llover ! —murmuró.

—¡ Vete al carajo ! —exclamó Agustín.

Jesús Díaz

Amor la Plata Alta

*después el amanecer
que de mis brazos te lleva
y yo sin saber qué hacer
de aquel olor a mujer
a mango y a caña nueva.
Canción cubana.*

¿Escaparíamos a la noche? Y si a la noche, ¿a la lluvia? ¿Y si a la lluvia? No, no escaparíamos. ¿Escaparía? Claro, escaparía. Sólo con dejarme llevar, loma abajo, impulsado por el peso de las dos mochilas, como ahora. —¡Roberto!— Eso, no escaparía. —¿Qué?— Grito mientras me vuelvo y la veo allá, en lo alto, difícilmente detenida, tentando al aire con las manos, pisando a traición, como una ciega. —Dale— La impulso. Se impulsa. —¡De lado, clava el tacón!— No lo hace, cae. Otra vez. Subir otra vez con las dos mochilas sobre las espaldas, con las cuatro correas sobre los hombros, como un mulo. Eso, como un mulo. Ella está allí, tan distinta, sentada en el suelo, sucia de fango, sin pintura. Ella que estaba arreglándose siempre en el tren durante el viaje. Tan distinta en el tren, con su uniforme nuevo, su mochila que se zafa, que arreglo, su desprecio que dice: gracias, y sigue dando tumbos por el

Jesús Díaz, nacido en 1942, ganó en 1966 el Premio Casa de las Américas por su primer libro de cuentos: **Los años duros** (1966). Además ha estrenado la obra teatral **Unos hombres y otros** (1966). Dirige la revista mensual **El caimán barbudo**. Es profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana.

pasillo, y mi pregunta que queda colgando, apagada primero por el ruido del tren, ¿cómo te, luego por mis labios que la ahogan, llamas? —Roberto, ¿estará muy lejos la gente?— La gente, ¿estará muy lejos? —No, le digo— ¿Estará muy lejos la gente? Ya no se oyen. —Vamos— Se incorpora, hace un gesto, se palpa la rodilla. —¿Te duele?— —No— Sé que miente, que no quiere ceder, que quiere hacerse. La dejo que avance, que se adelante. Allá va, apoyada en su palo, con su pañuelo de cabeza y su rodilla hinchada, con llagas, con las uñas partidas, maltrecha. Pienso en San Lázaro y me río. Me mira y trato de sorprender en su mirada una razón a todo aquello, pero sólo hay cansancio, mucho. La imagino en La Rampa, también en pantalones, pero limpia, llegando de la playa, sonriente. ¿Por qué no?, si quiere ser maestra igual que yo, llegar igual que yo, si quiere. —Ven— Me dejo caer, de lado. Es lindo dejarse caer loma abajo, rápido, sin esfuerzo, levantando polvo con las botas, metiendo ruido, una mochila, la de ella, se me sale —¡me caigo, coño!— —No digas malas palabras— Habla de espalda, sin mirarme. Ahora se vuelve, suelta una risita, se tapa la boca, vuelve a reírse. Me siento estúpido, enfangado, sucio. Otra vez se ríe. Fue su mochila, correr con dos mochilas, fue su rodilla lastimada, ella que se quedaba detrás, ella. ¿Por qué? Yo me quedo con la compañera. ¿Por hacerme el héroe? Fue la primera vez que me sonrió. Otros también se rieron aquel día en Minas del Infierno, aunque no por lo mismo, pensaron otra cosa, pero ellos siguieron delante, solos. Fue por hacerme el héroe, porque era la única forma de sacarle aquella sonrisa, la única. ¿O fue por ella? Quizás porque no quiso escucharme en la Ciudad Escolar la primera noche, y yo sin saber qué hacer / de aquel olor a mujer. ¡Bebita! Y se va a saludar a Bebita y yo me quedo de verdad sin saber qué hacer, tan estúpidamente sin saber qué hacer como ahora. Fue por ella, ¿o porque me oyeran todos cuando le dije: dame tu mochila? Lo dije alto y ella que no y yo que dame y —¿Te hiciste daño?— ¿Daño? Y todavía se ríe, fue su mochila, —¡coño!— —¿Por qué dices malas palabras?— —Perdona, es que...— —No, si no es nada, es que...— Es que, es que... es que así no vamos a salir nunca de La Plata Alta y mucho menos llegar al Turquino. El Turquino. ¿Cómo será el Turquino? Una loma más grande dicen, dicen que tiene un Martí, dicen que una estatua de la Caridad del Cobre, haría falta ponerle un Fidel pero dicen que a él no le gusta; también dicen que hace mucho frío, que tiene muchas latas, dicen, dicen. Pero después de ésta no más dicen, después de ésta digo, porque llego al Turquino o me quito el nombre. —No te apures tanto— Pedro, Juan, René. Sería lindo dejarse caer otra vez, loma abajo. Aunque también es lindo ir así, a su lado, mirarla. Mirarla tras la camisa azul el sostén rosado, imaginarle tras el sostén el seno, blanco, tibio; con unas venas leves el seno. —¿En qué piensas?— —¿Yo? En, en nada, en la lluvia— La lluvia de la que nos escapamos, que casi ya, que ya comienza a caer, que salta, se violenta, nos detiene. Nos sentamos sobre una roca. —¿Y tu nylon?— ¿Mi nylon? Se me per-

dió— Perdió el nylon. No, lo dejó caer, recuerdo. Pedro no tenía y se hace el que se lo lleva, la deja y ahora —aquí está el mío— Pero el mío es muy chiquito, un mantel de cocina que me dio la vieja. Las mochilas se mojan, me mojo y ella también, un poco. El pelo se le une a la cara y me da pena, hasta risa verla así. Aunque no deja de ser lindo el pelo húmedo sobre la frente y el sostén marcándose en la camisa pegada a la espalda. Bajo el nylon se escurren a veces ciertos goterones fríos que nos obligan a huir de los bordes, a acercarnos más. Bajo el nylon hay una especie de calor húmedo, un olor a sierra mojada mezcla de olor a helechos y a lomas, un olor agreste. No se puede fumar bajo el nylon. Bajo el nylon estamos ella y yo, y está ese olor. Vamos, poco a poco, quedando muy cerca. Una gota sería el pretexto, pero no cae y sin pretexto uno mi brazo al suyo, lentamente. Ella queda en silencio, sin mirarme ni moverse, sintiéndome y pretendiendo que no, que no se da cuenta, que nada sucede. Baja la cabeza y una gota le corre del pelo a la barbilla dejándole en la cara un surco húmedo que seco suavemente con el revés de la mano. La dejo así, artificialmente sostenida, ella no se mueve, no habla. La acerco al labio y es otro calor entonces el que siento, un beso mínimo, un sonido elemental. Luego toma mi mano entre las suyas y vuelve a besarla, después la lleva hacia mis piernas, la coloca, me dirá, dice : —No—.

Ha escampado. Unos vapores blancos como velos de novia o qué sé yo se unen a los últimos rayos, a los árboles mojados, al gris de las espaldas de las lomas y todo, hasta ella, se va envolviendo en un color distante, irreal, en una atmósfera. Los tres disparos de fusil suenan broncos en aquella garganta de monte. —La señal— —Sí— ...deestén... estén... tén... Las voces se multiplican, quédense donde estén, comienzo a gritarlo —quédense...— pero no sigo porque seguramente somos los últimos... quédense... siento mi voz repetida... quédense... —¿Y ahora?— Hay algo de temor en su pregunta, de nerviosismo. —Tenemos que hacer noche aquí, es una locura andar sin luz por estas lomas.— Queda un rato en silencio, luego va hacia la mochila. —No mires— Me vuelvo automáticamente. Está frente a mí, sonriendo, tapándose los ojos con las manos. Yo repito el gesto pero con la mano abierta, mirando entre los dedos. Dice que no con la cabeza y se pierde tras un árbol con un bulto de ropas en las manos. Recuerdo que ahorita tenía miedo y ahora ríe, como los niños. Hago las dos hamacas, me tiro sobre la tela húmeda con la camisa húmeda y me pego a la humedad tratando de vencerla por el contacto. No es posible. Me siento y la sorprendo de pronto, sin camisa, y me sorprende mirándola, sin sostenes, siguiéndole el cuerpo, estirándose hasta colocarlos sobre una rama, inclinándose, el perfil de sus senos agresivos, sin hacer ruido, llenos, quedándome quieto, alcanzando los secos, mordándome las uñas, colocándose las copas, sin respirar casi, abrochándose sobre las espaldas, pensando lo difícil que me resulta zafarlos,

desabrochándose el cinto, apretándome la barbilla, dejando caer los pantalones, apretándome la cara, los otros, apretándome los muslos, rosados, el sexo, quitándoselos, el sexo, desnuda, y volviéndome, inexplicablemente volviéndome sobre la hamaca, mordiendo la tela mojada y mirando el suelo el suelo el suelo y con sólo sentarme ella desnuda y me dan ganas y casi y no quedo así, bocabajo, mirando la tierra.

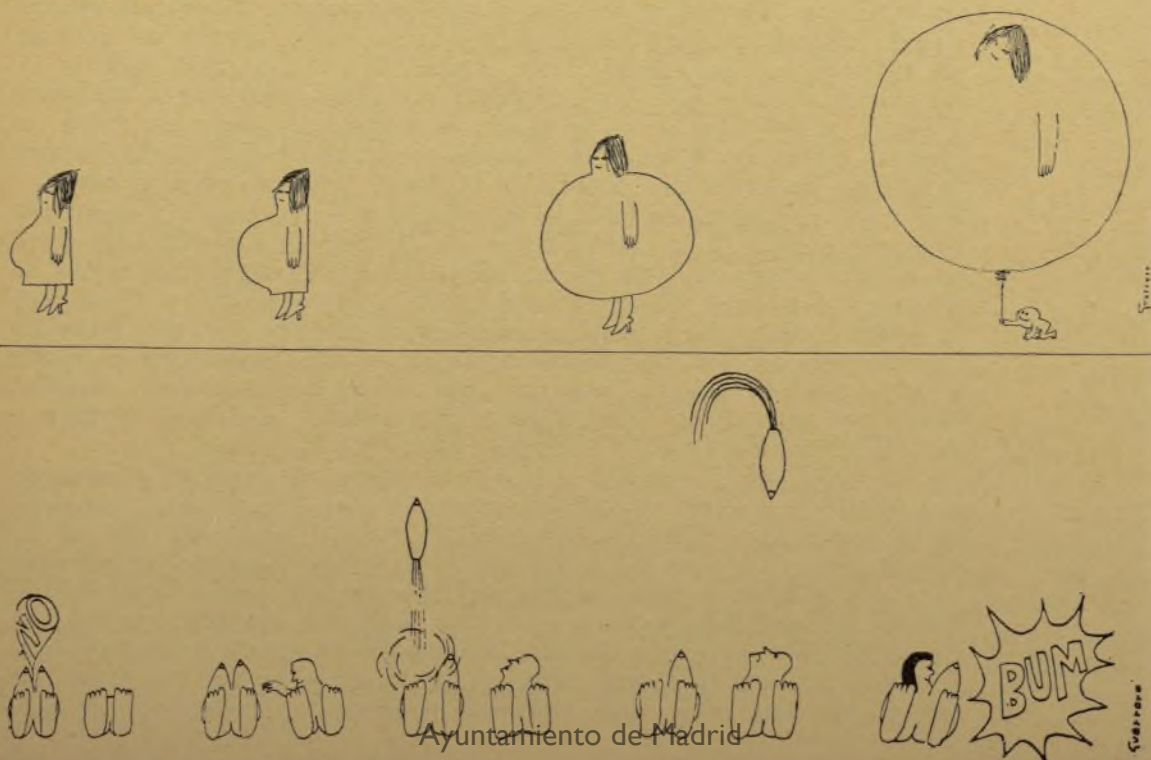
—Ya— Ahora me autoriza, ahora no puedo. Oigo sus pasos, la imagino sonriente, dando saltitos, viniendo hacia mí, vestida. La imagino otra vez, desnuda, y otra vez me obligo a clavar la vista en la tierra y otra vez me parece que no puedo mirarla más me parece. —¿No te vas a cambiar de ropa? Estás todo mojado, te va a hacer daño.— Cambiarme de ropa. Si me cambiara y ella me mirara, entonces, pero no. Las mujeres no miran a los hombres desnudos, no les interesa. ¿Por qué? ¿Por qué es tan importante para nosotros una mujer desnuda? Una mujer, desnuda. Yo desnudo, qué risa. ¿A quién le voy a interesar yo, desnudo? —¿Qué te pasa?— ¿Qué me pasa? Se sienta en la hamaca, no la veo. Sé que se sienta porque la tela se arquea, pero no la veo. La siento junto a mí, ¿su pierna? ¿sus muslos? ¿Los que vi ahorita? Siento que no puedo, que no, que no tengo derecho, me corro hacia un lado. —¿Qué te pasa?— ¿Se lo digo? ¿Me incorporo y le digo?: Soy un... un... un canalla un sinvergüenza. Cuando te estabas cambiando, cuando te sentías segura, cuando estabas de espaldas, desnuda, te miré. No, no fue un instante, no, tampoco fue casualidad, hasta cambié de posición para mirarte. Si, fue mucho, bastante rato y me gustaste, no, ahora sigo, y te vi los senos y me apreté el sexo y no te vayas, no corras de noche, no. Mira, te prometo no decirlo a nadie, te prometo no hacerlo más, llevarte siempre la mochila, no andar más contigo, te prometo. —Rober, ¿qué te pasa?— Ahora son sus dedos en mi pelo, en mi cuello, en mi cara. Es ahora ella quien me acaricia, quien deja su mano artificialmente sostenida. Yo quien no la mira, quien se deja ganar, quien queda sin saber qué hacer de aquel olor a mujer, a mango, a caña nueva, a yerba mojada, a lluvia. Soy yo ahora quien olvida y besa, quien sigue de la mano al brazo, quien se va volviendo con los ojos cerrados por no mirarla, quien toma el cuello aquel y aquella cara; aquella cara que se resiste levemente, aquellos labios que murmuran —No, Rober, no— aquella boca que se abre y muere y entonces sólo es —Rober, Rober, Rober—.

Es de noche aún, las cuatro, y hace frío, mucho. El rocío ha continuado la humedad que formó la lluvia y se tiene la impresión, a veces, de estar en la grieta de una cueva. Ella hace su mochila, despacio. No me ha permitido, con un gesto, que la ayude. Le di un beso recuerdo, en la frente, y se encogió sobre la hamaca mirándome mucho, cubriéndose con la frazada de mis ojos, extraña. Ahora la espero y pienso, y la respiro. Sobre todo eso, la respiro. Respiro una especie de aliento a alguna planta, a romerillo quizá, o a otra cosa, no la conozco, no sé. Ha terminado con su mochila, pero sigue inclinada, pasando los dedos por la lona.

Ayuntamiento de Madrid

Pienso empezar a caminar, no lo hago porque siento, de un modo extraño, que algo sucede, algo. Ahora está como clavada en el camino, con la cabeza gacha, pasándose las manos por el cuerpo, deteniendo las yemas de los dedos en el pecho, bajo la camisa, donde a estas horas debe haberse formado un círculo negro, de sangre. Me sorprende palpándome también y balbuceando —¿qué pasa?— —No, murmura, hay que seguir.— Pero no se mueve, ni yo, solo me mira, nos miramos. ¿Qué hay tras aquellos ojos? ¿Tras aquel sudor frío de sus manos? ¿Tras aquel —Rober— tan bajo que casi no escucho? Pienso en partir, en decir vamos y acabar con aquello, digo —Va...—y siento que no, que es otra cosa. —Ahora es distinto, Rober— —¿Cómo distinto? ¿Qué cosa es distinto?— Me acerco temiendo que me rechace, pero no, es otra cosa, siempre otra cosa. —¿Qué?, pregunto— —Tú sabes, dice, es distinto— No sé por qué, pero parece que sí, que es distinto. —No, le digo, no es, mira yo. No es, no puede ser— —Es— Me mira siempre, estamos cerca ahora, demasiado cerca para aquella mirada —¿Por qué?, grito, ¡Dime!— —Ellos, dice, los otros.

(Cortesía de Guerrero)



An

Este
300
cose
de a
cas.
naci
tes
dad
Los
duco
estip
hom
diari
billo
que
ción
mier

El regalo

[Fragmentos]



Anuario

Este ha sido un año normal. Se hicieron 300 viajes a la Luna y otros planetas. Se cosecharon más de 20 millones de puds de algodón en las profundidades oceánicas. Por medio de la inseminación artificial, nacieron 322 millones de niños. Las muertes por ancianidad (no existen enfermedades), fueron disminuidas en un 78 %. Los robots aumentaron el nivel de producción en un 15 % más del que estaba estipulado. El consumo per cápita del hombre se consideró en 21 000 calorías diarias. La humanidad leyó más de 134 billones de libros científicos. El único poeta que vivía se suicidó. Causó gran admiración en la ciudad de Ankora, el descubrimiento de un ave natural. A opinión de

sabios internacionales, « es lo único puro que sobrevive todavía ». En noviembre fue sofocada una manifestación, que recorría las calles de París, exigiendo « el retorno del amor », y demandando « el cese del acto sexual por medios mecánicos ».

Excepto la de la nieve artificial en los países tropicales (por métodos electrónicos), y la desecación del mar en un área de 2 millones de kilómetros cuadrados, para albergar la superpoblación (nuestro mal más grave, ya que por las condiciones atmosféricas, no podemos residir en los otros planetas por más de 20 días, y por lo tanto, es imposible la exportación), no ha ocurrido otra cosa que ocupe nuestra atención.

firmado : N. Popiev
año 2500

Nelson Rodríguez nació en 1943 en la provincia de Las Villas. Hizo sus estudios en los Maristas. En 1960 fue maestro voluntario en la Sierra. Las narraciones breves aquí incluidas pertenecen a su libro *El regalo* (La Habana, 1964). Escribe también poemas.

Ayuntamiento de Madrid

Repetición

Hacia un frío terrible. La nieve tenía tres pulgadas de espesor. Era ese frío intenso de febrero. Todo el campo era una visión de un extenso e infinito desierto.

Se despidió de su señora, la que antes de dejarlo marchar, le abotonó hasta el cuello su abrigo de astrakán. Así y todo sentía un frío que le cortaba la espina dorsal, y le corría por todo el cuerpo. Maldijo el cielo, la tierra y cuanta otra cosa le vino en mente. Para aliviar un poco el entumecimiento que le invadía, apresuró el paso. El viento le golpeaba en el rostro, y los pies se hundían cada vez más en la nieve. Para olvidar el frío, pensó en la primavera, en el cálido sol del verano. Y corrió. Corría con más facilidad que antes. Al rato empezó a sudar. Le molestaba el abrigo. Con violencia se lo quitó. Contempló algo extrañado el derretimiento de la nieve. No era el tiempo del deshielo, pensó, pero no le dio mayor importancia. Sentía que se le quemaba la espalda. Era el calor de un sol como nunca lo había sufrido ni aun cuando visitó el trópico. Ya no se apuraba, sino que caminaba tan despacio como podía, a la vez que se desprendía de la ropa. El calor se hizo más fuerte.

A lo lejos divisó el río. Ya no estaba congelado. Más bien diríase que caliente, debido a las burbujas que salían a la superficie, como cuando el agua hierve. Antes de penetrar en él se volvió. Ya no se veía la montaña que se hallaba detrás de su hogar; tampoco la casa, y de la nieve ni rastro.

Un grito salió de su garganta, le pareció que ardía la tierra. Con desesperación lanzóse al río. El agua estaba algo caliente, pero mucho menos que la tierra. En ella pudo refrescarse durante unos segundos

del calor que iba absorbiéndolo todo. Sumergió todo su cuerpo, y nadó por debajo del agua. Jamás volvió a la superficie. La tierra se convirtió en fuego, y el agua se evaporó. La sexta guerra mundial había comenzado.

Pesadilla

Según iba subiendo la escalera, me notaba más pesado. A cada peldaño que debía vencer era una parte de mi esfuerzo que escapaba inútilmente. Las piernas se tendían hacia los escalones como plomos colgados a una soga. Y sentía que todo mi cuerpo era atraído por la fuerza de la gravitación. Con mucho trabajo introduje el llavín en la cerradura. Un momento después estaba en la habitación. Los temores no se alejaron de mí, sino, que al contrario cobraron más ímpetu, pareciéndome que perdería la razón si no lograba encontrarme. Las manos adheridas a los huesos, como engomadas, me daban miedo, y no podía olvidar que yo estaba muerto. Caminé frente al espejo. En vano busqué mi rostro. Necesitaba verme. Con las manos recorrí mi pecho y mi cabeza ¿Nada faltaba? Entonces por qué decir que estaba muerto. El clamor de la gente en la calle me sacó del ensimismamiento. Lentamente me dirigí a la ventana, y contemplé a aquel mar humano de lejanas voces. Ya no pertenecía a ellos. Notaba en todos la preocupación por llegar a un sitio, no importaba cuál.

Otra vez ese dolor que recorre todos los huesos, como quemándome. Y veo cómo parte de la piel se desprende y permite ver la carne de las manos al desnudo: las venas en su constante flujo de sangre, y también unos huesos delgados y blancos que parecen ser los dedos. Callo, ya el dolor se apaga en mí, y con el tiempo siento vivir una esperanza. Si es que sufro,

es porque estoy vivo. Y con la vista recorro el cuarto. ¡Sí, si estoy vivo! ¡Seguramente es un sueño! Es mi propio cuarto, mi voz, el mismo cuerpo y la misma... ¿La cara? Trato de contemplarme y sólo veo el reflejo de los muebles, las cortinas...

Dos horas después.

Ya he perdido gran parte de la piel del pecho; y con temor contemplo el orificio de bala en el corazón. Con más intensidad que antes siento que mi cuerpo arde, o lo que queda del mismo, y ese dolor punzante me crea un vacío en el cual vago, y noto que camino sin moverme. Miro mis manos. Ya no queda nada excepto los huesos. Estos ya no son tan blancos como hace unas horas. No me acostumbro a la idea de estar muerto, y trato de ver a la gente.

Me asomo a la ventana. Grito con voz ronca. Es inútil, nadie me oye, o juegan a no oírme. Me lleno de angustias. ¿Y después de esto qué vendrá? Sudoroso y cansado me tiendo en la cama. ¡Pero si aún hablo como si existiera! Que tonto soy. Estoy tratando de no morir del todo, todavía tengo esperanza de que ocurra un milagro. ¿Un milagro? La última y más desesperada oportunidad de un muerto.

De mí no va quedando nada. Silencio. No oigo ningún ruido en las calles. Ha empezado a anochecer, y con la noche presiento que me voy yo también. Y como temo al silencio canto, pero mi voz no rompe la quietud. Ya no me escucho.

Una hora más tarde.

Todo el cuerpo excepto la cabeza se halla sin carne. Por eso es que todavía puedo pensar. Ya no siento ni siquiera la más mínima molestia. Y recorro la estancia con más ligereza.

Toso ¡He tosido! No, ése no debe de ser el nombre de mi lamento. ¡Hay que verme, soy un discreto esqueleto!

Diez minutos.

Ahora sí estoy convencido que me queda poco. Y por tanto deseo dejar un recuerdo. No quiero que me olviden. Siento algo que no logro explicar. Mis piernas empiezan a desaparecer. Se van desintegrando, caen como arena fina en el piso, sin hacer ruido, sin llenar espacio. Y con ella todo el cuerpo. Miro al techo y abro la boca en un vano intento de gritar.

Diez segundos.

El viento de la media noche esparce el polvo y la arena de mi habitación, y lo arrastra afuera, hacia la calle.

El teléfono

Tengo que cerrar la llave de la bañera, si no, corro el riesgo de ahogarme. Si claro, yo no tengo piernas. Soy un desecho humano. Primera vez que me baño solo, pues Marta ha salido a comprar la carne, y ella es la que se encarga de mí. Ah, suena el teléfono. Clamo por Andrea, pero me doy cuenta que tampoco está en la casa. En cuanto dé unos timbrazos colgarán. De seguro que no es una llamada importante. Lleva más de cinco minutos sonando. Quizás es algo grave. Debo contestar. Es muy difícil salir de la bañera, su lisa superficie me hace resbalar. Pienso. Hay que salir de todas maneras y contestar.

Afuera siento ese timbre constante y monótono que se me clava en las sienes. Vuelvo a abrir la llave, y el agua fluye en un gran chorro. Comienza a subir el nivel. Dentro de unos minutos rebasará el borde de la bañera, y si consigo flotar saldré fuera. He podido hacerlo. Ahora escucho con más fuerza el timbre. Tendré que ir arrastrándome hasta el teléfono. ¿Le habrá pasado algo a Marta? Por suerte no hay ninguna puerta cerrada. Me arrastro trabajosamente. Ya me falta poco para llegar. Está sobre la mesa de noche. Hago

todo lo posible por alcanzarlo. Y ese timbre me enerva, acrecienta las dudas y la desesperación. Observo el hilo que sale de la pared y va a la mesa de noche. Lo agarro y tiro de él. El teléfono cae y al mismo tiempo se descuelga. Me muevo más rápido que antes. Oigo una débil voz en el auricular. Tal vez sea ella. Al fin lo tomo. Mi cuerpo tiembla.

—¿Es la farmacia?

—No.

—Perdone.

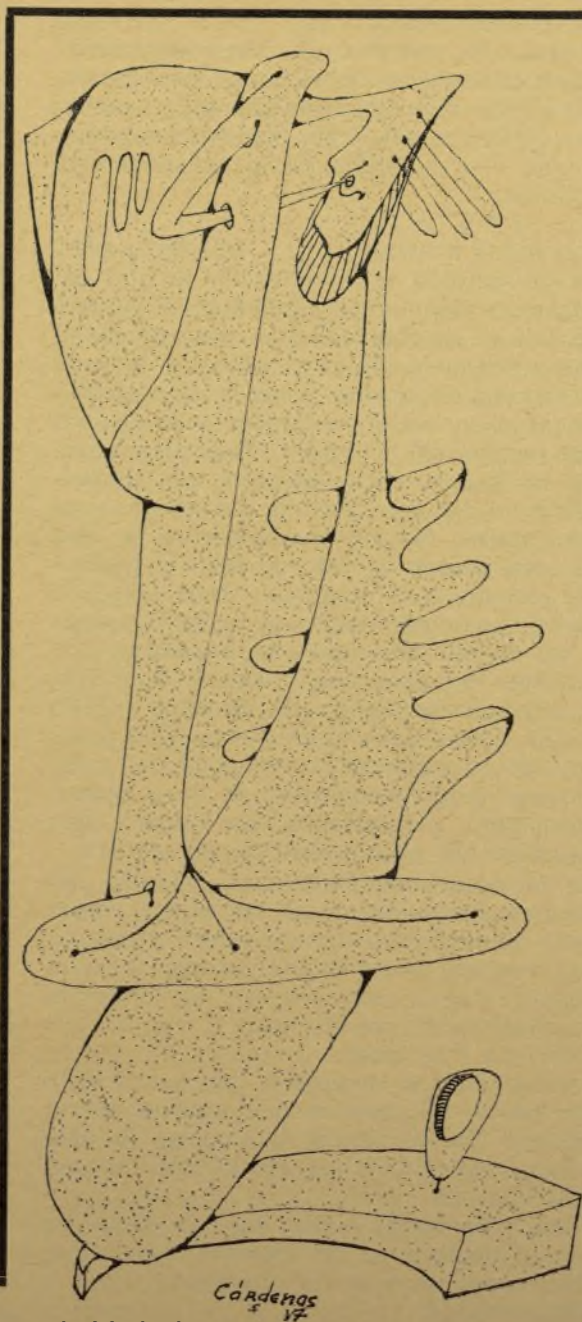
Siquis

Poseo un león que me tiene miedo. Parecerá difícil de creer, pero es verdad. Cuando me lo regalaron, apenas tenía un mes de nacido, y desde entonces le enseñé a temerme.

Fue muy sencillo. Le di plena libertad. Andaba por toda la casa como si nada. Nunca lo regañé cuando se subía en los muebles y les rompía el tapizado. Poco a poco, tomó conciencia de amo.

Cuando cumplió los dos años, y consideré que ya tenía uso de razón, puse en marcha la segunda parte del plan. Compré una jaula enorme, en la que instalé todas las comodidades de una casa moderna. Le di la llave de la misma, y me encerré.

Desde entonces, cada vez que deseo algo, sólo necesito rugir, que enseguida el león me complace.



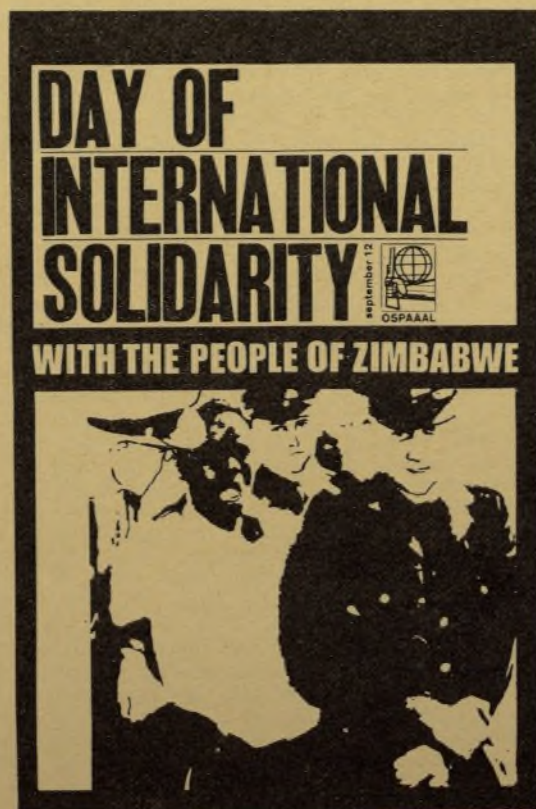
(Cortesía de Cárdenas)

Ayuntamiento de Madrid

7

Testimonios

Cartel cubano



Ayuntamiento de Madrid

Respirando la revolución cubana

«¡Cuba, territorio libre de América, trabajando sin pausa en la construcción del socialismo!». Esta es la salutación que captan los aparatos de radio cuando «sintonizan» las emisoras cubanas. ¡La construcción del socialismo! Era necesario no perder tiempo. Veamos ese edificio que se está haciendo a marchas forzadas. ¿Por dónde empezar? La reforma agraria y la reforma urbana constituyen el plato fuerte de esta revolución tropical, y de cualquiera otra revolución, por supuesto. Sin embargo, yo me sentía atraído por el esfuerzo espectacular de la alfabetización. ¡Año 1961! El año de Playa Girón, prueba de temple para el pueblo, cuyo despertar se había iniciado por las difíciles rutas de la educación acelerada. Aquel año había dejado una huella indeleble en el cuerpo social del país y era necesario seguir esa huella hasta encontrar al pueblo en su realidad educativa. Me dispuse, pues, a la dialéctica de lo concreto, a comprobar «de primera mano» los logros proclamados antes de echarlos en mi ser íntimo.

La doctora Ana Lorenzette, presidente de la Comisión que la UNESCO envió a Cuba en 1964, emitió un informe con datos concretos reveladores de positivos y sorprendentes éxitos en la campaña por la educación del pueblo. Con cálido acento la doctora Lorenzette habló de sus experiencias afirmando que la revolución cubana podía servir de guía para cuanto queda por hacer en el planeta en este orden revolucionario. Veamos algunos datos. Tengo a la vista los cuadernos escolares, folletos, libros, programas, cartillas, que sirvieron de base para la campaña inicial, de los cuales se lanzaron 12 millones de ejemplares. Existen pruebas serias para afirmar que la alfabetización resultó efectiva sobre más de 700 000 personas adultas. Todo ello fue objeto de articulación y gobierno un año después, en 1962, creándose un organismo llamado «Educación Obrera y Campesina», que programó cursos enlazados de escolaridad, orientados hacia la debida formación política, técnica y social de los trabajadores. A partir de aquella fecha, los censos arrojaron la cifra de 200 000 adultos aptos para cursar el sexto grado, que en Cuba viene a ser la superación de los periodos elementales. Gigantesco avance, en verdad, en el curso de un sólo año de lucha contra una ignorancia bien arraigada, contra una incultura total contabilizada por siglos. En 1964, según los datos de EOC, funcionaban en la Isla no menos de 30 000 aulas. El problema más difícil de resolver no podía ser otro que el escasísimo número de maestros debidamente idóneos. Sólo se contaba con 5 631 maestros profesionales, cifra ridícula para tamaña empresa. Se consiguió, tras acelerada formación, reunir 4 526 maestros populares, con preparación estimada como suficiente, pero no del todo satisfactoria. No era bastante, a todas luces. Pero —he aquí el nudo del éxito— surgieron como por arte de magia hasta 18 178 ayudantes espontáneos —muchos con capacidad sorprendente— extraídos entre las masas obreras y campesinas liberadas de la oscura ignorancia aquel 1961, completados con chicos de escasa edad desplazados de las urbes y llamados a la gran misión. De esta forma fue posible atender las 30 000 aulas que eran tan necesarias a la revolución.

Vemos, pues, que la revolución cubana empezó por su base auténtica: por la educación. El director general de «Educación Obrera y Campesina», Raúl Ferrer, me lo explica poéticamente: «Los estudiantes de todos los grados, casi todos niños, se lanzaron a los campos con ánimo heroico. Un heroísmo del más elevado rango. Ya sabe usted que alguno cayó (triste asesinato), víctima del impotente odio y de la rabia del enemigo oculto. Llevaban todos la luz del conocimiento a las gentes rústicas, reducidas desde siempre a esa infrahumana condición que acepta el engañoso y falaz consuelo del conformismo (¡siempre ha habido pobres y ricos!), indirectamente sembrado por el interés y el orgullo de los poderosos. Aquellos niños llevaron a los campos la alegría de vivir y la valoración de la dignidad humana. Ellos enseñaban a leer a los ancianos, como primer paso para facultarles la nueva vida que la revolución les ofrecía. Era la voz del apóstol Martí la que resonaba en los llanos y en las montañas: «la cultura os hará libres», aprended, aprended, descubrid a vosotros mismos. No aceptéis las ideas de nadie sin más ni más. Pensad con

Ayuntamiento de Madrid

vuestra cabeza. Sed vosotros mismos. Martí, escatológicamente, es Carlos Marx. El hombre nuevo, el hombre sin alienaciones, desarrollando su libertad individual en la libertad del medio social, de la sociedad por él revolucionada con un nuevo humanismo.»

Las palabras del máximo responsable de «Educación Obrera y Campesina» me llevaron al campo. Tenía que ver y tocar. Visité la Sierra Maestra, Manzanillo, Bayamo; también Pinar del Río, Isla de Pinos... Valía la pena respirar hondo y zambullirse en la revolución, sin palabras, sin teorías, sin preparación... ¿Dónde estaban esas aulas en las que se educaban los campesinos? En verdad que no resultó difícil localizarlas. Estaban por doquier: en los ingenios azucareros, en los caseríos (bateyes), en las granjas, en cualquier zona campesina donde podían agruparse los trabajadores. Allí, en aquellos heterogéneos locales (muchos de ellos semejaban en la distancia establos y sólo desde cerca podía apreciarse su cuidadoso orden y aseo en medio de la diáfana simplicidad de su construcción), se reunían los hombres y mujeres con sus carpetas escolares, ocupando sus pupitres con cierto aire de rito religioso. Pero para contemplar este espectáculo había que madrugar. El primer día —mal informado, quizá a causa de mi torpe oído— llegué tarde. ¡Las clases empezaban a las seis de la madrugada! No podía hurtarse tiempo al trabajo. Es verdad. Recordé. Cuba está **construyendo el socialismo** y esto exige un esfuerzo sostenido, sufrido y heroico. Es urgente recuperar el tiempo perdido. Además, todo el mundo circundante es enemigo que acecha. Todo ha de conseguirse con el propio esfuerzo. En aquellas aulas —únicas probablemente en el mundo— esperan a esos alumnos heterogéneos los jóvenes maestros, en su mayoría muchachas, pertenecientes al cuerpo profesional surgido en mágicos seminarios de formación acelerada. No se crea por esto que la enseñanza es ahora (ni tampoco en los primeros momentos) cosa de improvisación en cuanto se refiere a los sistemas didácticos utilizados. Ciertamente, los métodos son originales, pero responden a un sentido orgánico de acusada lógica y —¿cómo diría?— de acción directa. «Educación Obrera y Campesina» consta de tres cursos: Escolaridad hasta el tercer grado normal, escolaridad hasta el sexto grado y el llamado curso secundario de superación obrera. El primer y segundo curso ofrecen dos niveles cada uno, que se vencen normalmente con cinco o seis meses de estudio. El curso de superación equivale más o menos al primer año de la Enseñanza Secundaria y figuran ya en él disciplinas de rango superior, como son las ciencias físicas y químicas, la biología, etc. Pero la «garra» revolucionaria prende con fuerza fundamental en los primeros pasos, concediendo un alto valor a la lectura. No se trata, en ese primer impulso, de alfabetizar. Se trata de rescatar de verdad a las gentes de la ignorancia, y de lograrlo con premura. Se trata de no frustrar las vidas de esos adultos que han tenido en el ocaso de su vida la fortuna de conocer la gran revolución del 26 de julio. No basta con saber leer, con saber escribir. Hay que leer y escribir con dominio y sabiendo comprender y asimilar cuanto se lee y escribe. El horizonte del mundo se ensancha para sus mentes. Las nuevas gentes de Cuba —lo he verificado repetidamente— tienen una cultura general que a veces sorprende. La geografía física, política y humana del planeta adquiere su exacta dimensión. Los sucesos del mundo no son ya unas palabras de misteriosa significación. Es claro que nada de esto tendría sentido si no se derramase al mismo tiempo sobre los educandos la enseñanza social y política. El cubano sabe distinguir «a tiro de ballesta» la sociedad capitalista de la sociedad comunista. Conoce, en sus elementales bases, al menos, cuáles son las diferencias de ambas estructuras económicas. Sólo así puede valorar la revolución. El pueblo ha reducido los conceptos sociales a un esquema simple y directo. No hay más que una alternativa: ser revolucionario o ser contrarrevolucionario. Ser revolucionario es también ser patriota y luchar por el socialismo. Ser contrarrevolucionario es ser terrorista y estar al servicio de los intereses burgueses o del imperialismo yanqui. Los contrarrevolucionarios ocultos son «gusanos» que quieren corroer y destruir las bases del edificio socialista. La educación sociológica se completa, en fin, con principios elementales de tecnología, humanismo y arte. Saben los educadores que una formación incompleta no es positivamente una educación humana y nada es omitido. Yo podría señalar defectos y fallos en el detalle de esta labor —según mi criterio—, de la misma forma que es posible señalarlos en cualquier actividad humana aunque estuviese dirigida por los mejores cerebros. Pero el defecto no ha de rebuscarse. Sólo debe ser señalado el que se aprecie en una visión total y de conjunto, sin preconceitos. Y en este principio ético, puedo asegurar que el espectáculo de Cuba a las seis de la madrugada es el más sublime que puede ser

ofrecido a un marxista. No existe, creo yo, nada tan emotivo, tan conmovedor. El socialismo no teme al conocimiento. El socialismo es fuerte donde el capitalismo vacila: en la educación y en el despertar del mundo del trabajo. En Cuba, esto no es teoría. Está a la vista.

En La Habana, en Santiago, pueden visitarse los locales en que habitan los becados. ¿Quiénes son los becados? Pues todos, TODOS, los jóvenes cubanos. La Universidad quedó ridículamente pequeña. Cuando se edificó sólo se pensó en unos pocos, no en todos los jóvenes cubanos. Pero es el caso que, según mi impresión, la nueva Universidad construida en las afueras de La Habana—no obstante sus considerables proporciones, también resulta ya insuficiente. La visité antes de estar terminada. La revolución pretende dar pasos de gigante en este terreno y la cosa no es fácil. El tiempo trabaja, sin embargo, a su favor, y los frutos pueden apreciarse (han pasado casi ocho años) hablando con esos jóvenes que regresan de sus cursos en las universidades soviéticas y de los países socialistas, donde han obtenido sus títulos facultativos tras mantenido esfuerzo. Es imposible constreñir en breves líneas cuanto debe decirse sobre este aspecto técnico. En cambio, no puede silenciarse uno de los premios que tienen a su alcance los becados. Todos marchan a los campos en la zafra del azúcar, machete en mano, a competir con el campesino en su esforzada labor. Regresan orgullosos con su título de «Trabajador Campesino», que es estimado como uno de los más valiosos para un revolucionario. No puedo menos de imaginar la cara que pondrían nuestros campesinos españoles (si es que encontramos alguno que no haya desertado todavía) si presenciasen una «invasión» de señoritos sobre los trigales, hoz en mano...

Me asomé a la revolución agraria y a las reformas urbanas, temas que doy por amplia y suficientemente conocidos y que se ajustan al cuadro marxista, cubriendo las necesarias etapas y superando las peculiaridades de ambiente, historia e idiosincrasia. También me informé de los problemas sanitarios, comprobando cómo funcionan los hospitales en el campo, con rapidez, orden y competencia. No quiere esto decir que todo esté resuelto, pero quizá no sea excesivo detenerse en algunos datos. La poliomiélitis, azote de la isla bajo la influencia norteamericana, ha desaparecido: en 1960 hubo 330 casos; en 1961 se contaron más de 340. Pero a partir de ahí la curva se hace vertical, pasando de 45 casos en 1962 a ningún caso en 1964 y sucesivos. Quiere esto decir que la totalidad de la población infantil de la isla fue vacunada, utilizándose la vacuna oral Sabin. Otra de las enfermedades eficientemente combatidas es el paludismo, que pasa de 2 752 casos en 1962 a 624 en 1964, fecha de la última estadística que conozco. La tuberculosis, la difteria, el tétano y la tos ferina acusan también un índice decreciente muy acusado. Sólo las enfermedades del corazón y el cáncer mantienen sus posiciones en igual proporción relativa que en los demás países. Existían en la isla en 1964 unos 650 establecimientos sanitarios, atendidos por más de 7 000 médicos. El personal sanitario, en conjunto, era de 48 988 personas. El gasto público **per capita** en el orden sanitario ha pasado de 3,25 dólares en 1958 a 15,72 dólares en 1964, constituyendo el 5,54 % del presupuesto nacional. Cuba, pues, goza de buena salud y el «secreto» está en el carácter absolutamente gratuito de la asistencia sanitaria. No quiero fatigar al lector con cifras y comentarios sobre estadísticas. Pero antes de pasar a otro asunto, recomiendo a ustedes una visita a Mazorra. Es el hospital psiquiátrico. Está dirigido por el comandante Bernabé Orgaz, un señor de negra barba, de generosa humanidad. Su organización hogareña—de acuerdo con las nuevas ideas—adquiere allí un calor y un grado espiritual emotivo. No ha escatimado nada el señor Orgaz para hacer grata la vida a esa humanidad víctima de la más triste de las dolencias. Vale la pena esta visita. ¡Palabra!

«Los niños tienen derecho a la felicidad». He aquí uno de los lemas de la revolución. Un pueblo que ama a sus niños es un pueblo proyectado hacia el futuro, un pueblo con ilusión, seguro de su destino histórico. Este lema se traduce en la atención a los juegos, en la promoción hacia la vida deportiva inmediatamente después. ¡Aquel barquito de pabellón español cargado de juguetes! ¿Lo recuerdan ustedes? El bombardeo de que «gentes no identificadas» le hicieron objeto proclamó sin sospecharlo el contraste de los dos mundos en lucha. La preocupación por los niños se acentúa en los centros reformativos de nueva planta. Comprobé el suave y persuasivo sistema de recuperación aplicado a esa legión de infelices niños, hijos de la miseria y de la orgía, heredados tristemente por la revolución.

Paralelamente, deben ser mencionados los centros de rehabilitación de mujeres, profesionales de la prostitución en la derrotada sociedad capitalista. Pero esta regeneración no presenta en verdad tan graves problemas, siendo muy numerosos los casos de formación de nuevos hogares, toda vez que, potencialmente, la mujer en muy escasas ocasiones es contumaz en aquel molesto hábito. Mi impresión personal es que en Cuba existe hoy día verdadera libertad en el amor y no creo necesario exponer el limpio sentido que este concepto supone en la nueva sociedad.

«Patria o muerte». Consigna sustantiva. Como he dicho antes, la revolución cubana es una revolución patriótica. Observo que la bandera y el himno nacional son los mismos de siempre.

—Son las imágenes de la Patria. ¿Para qué cambiarlas?— me dicen.

Es verdad. La patria es siempre la misma y la misma para todos, aunque permanezca secuestrada años y siglos. En esto, como en tantas cosas, los revolucionarios cubanos nos han dado una lección práctica. Pero el patriotismo en Cuba tiene unos valores bien precisados. Cuba construye el socialismo, cubre las etapas que exigen las estructuras del sistema económico marxista, sin que por ello tenga que arrinconar sus valores pretéritos. ¡Precisamente porque ese sistema exige que no se renuncie nunca a esos valores! José Martí, el gran constructor de la independencia, uno de los más influyentes pensadores en Latinoamérica, ha sido reivindicado especialmente por la revolución cubana, pese a que siempre fue respetado. Se le considera precursor y guía de la nueva sociedad y contribuye a dar a la revolución esa impronta que la caracteriza y valora por sí misma. Los patriotas cubanos me hacen pensar en los españoles de los años mil ochocientos y en los franceses de la revolución y del Terror. También en aquellas épocas la patria no había sido arrancada al pueblo. Es grato respirar ese ambiente patriótico... tan socialista. Y también es grato para un español no sentirse extranjero en Cuba y comprobar al mismo tiempo que el cubano olvidó las crueldades de nuestras guerras esclavistas y colonialistas, cosa que no ha sido superada todavía en algunos otros países de la América latina, como personalmente he tenido ocasión de comprobar y sufrir. Ciertamente es que a ello contribuye en no escasa medida la secuela de esas emigraciones gallegas de principios de siglo. En Cuba yo me sentía más español que en España, es decir, más patriota. Es posible que me hablase a mí mismo de otra España, de la mía, de mi patria imposible, quizá... «Patria o muerte» canta la resolución adoptada por el pueblo. Todo lo juega a una carta y sabe que «vencerá».

Mario Benedetti

La gran lección de Cuba

Seguramente no es demasiado difícil entender por qué los Estados Unidos están contra Cuba; resulta, en cambio, más complejo llegar a entender el estilo en que esa agresiva actitud se desarrolla. Muchos latinoamericanos (y también algunos norteamericanos) estiman que, aun desde su Weltanschauung patronalista y feudal, el Departamento de Estado podría haber hallado modos más sutiles de combatir una economía socialista, levantada poco menos que en las fauces del Imperio.

La verdad es que cuando uno va a Cuba consigue explicarse mejor el porqué de la histeria yanqui frente a un enemigo, pequeño y osado, que en la coyuntura ha demostrado una entereza cívica, una cohesión nacional y una capacidad imaginativa realmente excepcionales. Presumo que lo que saca de quicio a los yanquis no ha de ser el desafío ideológico que significa la revolución (después de todo, cada vez que sus conveniencias lo exigieron, el Departamento de Estado ha sabido entenderse con los países del área socialista) ni

siquiera la tan vilipendiada presencia del paredón (seguramente son capaces de advertir que, en último caso, resulta bastante más grave el uso del napalm sobre las indefensas poblaciones vietnamitas) ni, menos aún, las armas defensivas de la isla, ya que los Estados Unidos poseen sin duda el aparato militar más poderoso del mundo.

Lo que verdaderamente saca de quicio a los yanquis es el tremendo argumento que significa Cuba contra su interesada versión de lo que **ha sido y es** América latina. En esa escala, la revolución cubana ha acabado con varios mitos y lugares comunes que, a través de las décadas, habían sido pacientemente inculcados por los especialistas norteamericanos. Según esa versión, América latina no sólo era folklore y prostíbulos, sino también deshonestidad, ignorancia, pereza, cobardía, corrupción, gerontocracia, y hay que reconocer que ese retrato reproducía por lo menos una mitad de la verdad. Que sea Cuba (¿quién puede dudar que, durante el último gobierno de Batista, Cuba era la confirmación más acabada de semejante diagnóstico?) la que hoy trabaje como nunca, y lo haga con una alegría que ya quisieran para sí los malhumorados habitantes de Manhattan; con una decencia política y administrativa que tiene su ejemplo más convincente en la austeridad con que viven los dirigentes revolucionarios; con una capacidad para reconocer sus errores que está en los antipodas de la tozudez johnsoniana; con una clara voluntad de convertirse urgentemente en un pueblo culto y desarrollado; con una práctica (y no simplemente una teoría) de justicia social que ya quisieran para sí los negros de Alabama y los puertorriqueños del Spanish Harlem; que sea precisamente Cuba, su tradicional y cercano burdel, el país que ahora les esté dando una lección de moral, de laboriosidad y de coraje, eso es algo que la mala conciencia de la Casa Blanca y la soberbia del Pentágono no pueden soportar. La terrible amenaza que ven en la revolución cubana es que los latinoamericanos aprendan la inesperada lección y se convenzan de una vez por todas de que no tienen, en esencia, los rasgos que los Estados Unidos tratan de adjudicarles; y de que, basándose en sus propias necesidades y cualidades, poseen en sí mismos todos los elementos indispensables para constituirse en pueblos dignos, verdaderamente independientes.

La primera vez que estuve en Cuba, a principios de 1966, asistí a un espectáculo singular. A medianoche, volvía de cenar con dos buenos amigos cubanos, cuando pasamos frente a un estadio deportivo y vimos que las luces estaban encendidas. Pudimos entrar. Unas horas antes, se había disputado allí un importante partido de baseball (o de **pelota**, como lo llaman en Cuba) y al término del mismo, se había iniciado un nuevo e improvisado partido en el que participaban algunos jugadores del encuentro anterior y varios integrantes del gobierno cubano. Recuerdo que, además de Fidel, estaban Raúl Castro, Llanusa y otros ministros. Para cualquier latinoamericano, acostumbrado a ver de lejos a sus valetudinarios gobernantes, cuyas oxidadas bisagras se corresponden perfectamente con sus reumáticas concepciones políticas, aquello era sencillamente increíble. Al margen de toda precaución, Fidel y su gente jugaban con ganas, con juventud, con alegría, y los varios miles de espectadores que se habían quedado a ver el partido extra, les gastaban confanzudamente las mismas bromas que suelen dedicar a los jugadores todos los públicos deportivos del mundo. Cuando lo criticaban (recuerdo que alguien gritó desde la tribuna: «¡Dale el bate a Raúl, que juega mejor que tú!»), Fidel se acercaba a las gradas para explicar, entre broma y broma, por qué había jugado de tal o cual manera. Cuando hacía una buena jugada, lo aplaudían normalmente. Al igual que cualquier deportista latinoamericano, Fidel protestaba los fallos que consideraba perjudiciales para su equipo, pero no observé que ninguno de los mismos fuera modificado. En una ocasión se apartó del grupo de jugadores que discutían y desde la tribuna escuché claramente su protesta: «Pero, ¿qué hay que hacer en este país para ganar?» En todo esto había un distendido buen humor, un formidable tuteo entre gobernantes y gobernados, un sobrentendido de que en el fondo todos constituían una coherente y bien avenida familia. Ya sé que a nuestras vanidosas y sobrealimentadas oligarquías, semejante despliegue de vitalidad les habría hecho temblar de santa indignación. Pero, ¿cuál de los gobiernos militares, apoyados (y a la vez despreciados) por los yanquis, podría ofrecer en América latina semejante muestra de juventud, de contacto directo con su pueblo, de mutua y profunda confianza? ¿Se imagina el lector a Stroessner, o a Onganía, o al Somoza de turno, en semejante tuteo con sus respectivos pueblos?

Hay otro aspecto que también quiero mencionar. En mi segunda visita a Cuba, un compatriota me preguntó a qué atribuía yo el acercamiento al marxismo que en los últimos tiempos

se podía comprobar en los intelectuales latinoamericanos. A mi vez le pregunté si no había advertido en qué fecha se había iniciado ese cambio. Estuvimos de acuerdo en que era a partir de la revolución cubana, o quizá mejor, después de haber sido erradicada en Cuba la influencia del «anibalismo». Antes de la revolución, a muchos intelectuales y artistas el marxismo solía llegarles como una actitud impostada e importada, hecha a la medida de sensibilidades que no eran las de estos pueblos, y sobre todo dependiente de medidas y resoluciones de las grandes potencias socialistas, en especial la Unión Soviética, que no siempre tenían que ver con las necesidades de América latina. A partir de la revolución cubana, el marxismo tiene un lenguaje y un estilo en el que los latinoamericanos pueden reconocerse. La gran lección de Cuba es haber hecho una revolución que se adapta al temperamento nacional y que aprovecha directamente las virtudes innatas del cubano.

En el caso del intelectual, y especialmente del artista, la comparación con el resto del mundo socialista tiene una importancia adicional, ya que seguramente, dentro de esa área, Cuba es el país que puede exhibir una mayor libertad de expresión, una actitud más amplia y comprensiva por parte de sus dirigentes frente al hecho cultural. Cuando el presidente Dorticós recibió, en febrero de 1967, a los miembros del jurado de Casa de las Américas, su pregunta más insistente y preocupada estuvo destinada a averiguar si los jurados habíamos advertido, entre los participantes cubanos, una tendencia a la literatura panfletaria o dogmática, sobre la cual manifestó una decidida y desfavorable opinión. Que en medio del tremendo bloqueo a la isla, de las tensiones internacionales que siempre de algún modo alcanzan a Cuba, de las constantes amenazas de invasión, del espectáculo innoble que representan las naves de guerra yanquis en el horizonte; que en medio de tales riesgos y agresiones, el presidente de la república tenga tiempo y ánimo para preocuparse sinceramente por los problemas de la libertad artística y para propugnar una literatura cubana no sectaria, habla muy en favor del espléndido valor humano de esta revolución.

J.M. Caballero Bonald

Sobre la literatura revolucionaria cubana

No podría ahora, sin correr el riesgo de incidir en pueriles esquematismos, esbozar un apresurado recuento de las lecciones aprendidas durante mi visita a Cuba. Prefiero cumplir con la grata cita de **Ruedo ibérico** limitándome a registrar algunos pormenores sobre las circunstancias en que se ha venido desarrollando la literatura cubana dentro de sus peculiares incidencias con respecto a la construcción del socialismo. Las ejemplares respuestas que ha dado el país (o sus dirigentes revolucionarios) a los diversos problemas culturales de una sociedad en transformación, me sitúan de antemano en una postura que no puede dejar de funcionar con cierto copioso bagaje de deslumbramiento.

Parece innecesario aludir al hecho de que en toda revolución triunfante, las relaciones entre los intelectuales conscientes y la sociedad, el enfrentamiento de sus concepciones morales con la inmediata realidad histórica, no deben implicar ya ninguna especial contradicción de orden interno. Con presumible alcance, se ha verificado una manifiesta liquidación de tantas irreconciliables hostilidades entre el intelectual y las corrosivas y nefandas condiciones de un medio adverso. La cultura, considerada como una amenaza de privilegios a través de los prejuicios clasistas de la sociedad burguesa, es ya una coherente propiedad colectiva tutelada por las conquistas y atribuciones del bien común. El egregio y muy difundido lema de Martí — «ser cultos para ser libres» — adquiere un significado que va más allá de su

fundamento ético para convertirse en una auténtica proclama de lucha. La suprema arma de la libertad es la cultura. Y también valdrá ahora tal aseveración invirtiendo los términos. No cabe duda que el conflicto que se plantea en todo sistema capitalista entre el arte y su libre gestión cultural, ha cambiado radicalmente de signo en virtud de ciertas específicas propulsiones de la revolución cubana. El arte es entonces, por sí mismo, un instrumento de positiva y fecunda acción social: no necesita oponerse al presente, desmantelarlo, para intentar construir el futuro, sino que expresamente, y por la propia naturaleza de su educativa libertad, ayuda a la edificación de un mundo recién reformado. En su misma creación se gesta también el nuevo orden y el hombre nuevo. El escritor, el artista, que ha participado de algún modo en la evolución de una sociedad desde sus más retrógrados esquemas a la más fértil vanguardia, asiste a la inmediata comprobación de que el potencial ético de sus trabajos aparece textualmente reproducido en todo lo que se forja y se renueva en torno suyo.

Se ha comentado repetidas veces que la intervención de los jóvenes intelectuales cubanos en la inicial lucha revolucionaria fue —por muy diversas y explicables razones— extremadamente exigua. Sólo unos pocos colaboraron en la resistencia clandestina urbana y creo que ninguno participó de hecho en las guerrillas. Ello suscitó toda una serie de lógicos desniveles de índole moral. (Cualquier referencia al calibre intelectual de los hombres que promovieron la insurrección bolchevique sería, en este caso, improcedente.) Como agudamente señaló Fernández Retamar, la vanguardia intelectual quedó retrasada en relación con la vanguardia política. Es cierto. Desde una doble perspectiva ética y estética, los intelectuales de la revolución se forman después de que la revolución realiza la toma del poder político. De alguna urgente y fervorosa manera, los jóvenes escritores cubanos tuvieron que ganar el terreno perdido, acompañarse a la heroica empresa revolucionaria, definir su propia y concreta misión dentro de la nueva sociedad. Pocos ejemplos más categóricos en este sentido que el que nos ofrece Cuba. Los hombres que no actuaron en la lucha armada tuvieron que hacerse «intelectuales de la revolución en la revolución». «Che» Guevara había resumido este proceso de un modo claro y tajante: «la culpabilidad reside en que no somos auténticamente revolucionarios». Y es precisamente esta presunta culpabilidad —cuyo sentimiento no era ajeno, en muchos casos, a un obvio y comprensible lastre burgués— la que va a hacer viable todo un riguroso y positivo cómputo de confrontaciones y recuperaciones. Las fronteras que delimitan, generacionalmente, a los escritores cubanos tienden a quedar abolidas a este respecto. En cierto modo, los intelectuales que se dieron a conocer entre la fracasada revolución de 1933 y la triunfante de 1959 y aquellos que se forman ya dentro de la revolución, asumen juntos —como alguien ha señalado ya— la responsabilidad y la unitaria conciencia de un trabajo y de una meta comunes.

En líneas generales, el balance de la narrativa y de la poesía cubanas en los primeros años de la revolución se inclina con significativa insistencia hacia la denuncia del pasado inmediato; apenas roza la temática del despertado presente. Es un hecho de previsible justificación histórica y una evidente prueba de tanteo artístico. La evolución mental fue intensa y violenta, apresurada y deslumbrante, como la misma revolución. Y la toma de conciencia del intelectual no podía anticiparse a la definitiva fijación de la coyuntura política. En un principio, las cosas tuvieron que producirse con una no menguada dosis de improvisación; desde el mismo y decisivo ángulo de las reformas socioeconómicas, muchos problemas urgentes exigieron soluciones de emergencia. Del mismo modo, sólo cuando la revolución pasa a ser definida como socialista y, posteriormente, como marxista-leninista, el intelectual va adquiriendo su más sólida y exigente concepción revolucionaria: fija su misión más concreta y dinámica dentro de un orden en el que ha ido, libre y paulatinamente, integrándose..

Claro es que tampoco van a desarrollarse los acontecimientos sin su natural exigencia polémica. Para que los intelectuales se inserten de hecho en una renovadora tradición cultural y se conviertan en vanguardia de la nueva sociedad en construcción, han de verificarse algunos necesarios y fundamentales planteamientos de cometidos. La clarificación del acontecer estético y el definido enfoque de la actividad intelectual también eran problemas que la misma revolución llevaba implícitos y debía resolver. Los intelectuales no dejan entonces de hacerse temerosas y razonables preguntas en torno a los objetivos de la libertad de expresión; no pueden sustraerse a ciertas enojosas referencias con las regula-

ciones establecidas a este respecto en otros países socialistas. Pero no está de más recordar que la revolución antiimperialista cubana se ha fraguado con ingredientes de muy matizados y genuinos soportes cubanos. Y las mismas condiciones políticas del país, sus propias peculiaridades morales, van a servir de guía en este sentido. En junio de 1961, los escritores y artistas se reúnen con las más representativas figuras del gobierno revolucionario para plantear ante ellas sus dudas y concretar sus puntos de vista. Al finalizar los coloquios, el propio Fidel —en sus «Palabras a los intelectuales»— sale al paso de toda posible alarma: «Permítanme decirles en primer lugar que la revolución defiende la libertad: que la revolución ha traído al país una suma muy grande de libertades; que la revolución no puede ser en esencia enemiga de las libertades; que si la preocupación de alguno es que la revolución vaya a asfixiar su espíritu creador, que esa preocupación es innecesaria y no tiene razón de ser.» Tales palabras ya garantizan por sí misma un camino exento, al menos en lo que se refiere a la libertad formal. Pero esa libertad debía aún perfilarse con más rotundos y diáfanos conceptos. Y se inician a partir de entonces toda una serie de encuentros y discusiones en torno a las más inexcusables claves de la problemática estética; se polemiza, se debaten cuestiones y pareceres opuestos, se ejercita ejemplarmente el diálogo, se enfrentan los argumentos en el más feraz territorio de la dialéctica. (No se olvide que, mientras tanto, se edita a Proust y a Joyce, a Kafka y a Faulkner, a Flaubert y a Thomas Mann, etc.). Desde el momento en que el propio Fidel no se ahorra avisar de la peligrosa acechanza del dogmatismo, una literatura rigurosamente movilizadora por la vanguardia estética se impone sobre los caducos y osificados reflujos del realismo socialista, ya anatematizado por el «Che» Guevara en su paradigmático texto **El socialismo y el hombre en Cuba**.

Todas esas especiales circunstancias van creando, dentro de las muy distintivas condiciones de un país subdesarrollado en revolución, una literatura que, a contrapelo de ciertas consabidas y sectarias regresiones, confiere a su propia función social las más fructíferas y enriquecedoras posibilidades de conquista en el vivificado terreno de la cultura. La vanguardia intelectual se ha nivelado ya, por así decirlo, con respecto a la vanguardia política. Las nuevas realidades reclaman —ética y estéticamente— nuevos procedimientos de expresión. El escritor cubano de hoy sabe muy bien que, al ordenar artísticamente su experiencia, también contribuye a promover un cierto orden externo: crea un nuevo valor de la realidad que, aun siendo fragmentario, posibilita una suerte de colectiva participación creadora, de dinámica copropiedad cultural tanto más fecunda cuanto mayor haya sido la penetración de las herramientas artísticas en los trasfondos de la vida interpretada. El ahondamiento literario en la realidad no sólo lleva inherente la superación de la eficacia estética sino el enriquecimiento de la propia función social de la literatura, incrementando a su vez de algún modo el grado de sensibilidad y de conocimiento de los hombres. En todo arte experimental (y jamás en ningún arte panfletario) está palmariamente sintetizado el futuro próximo de la nueva sociedad que se construye. Así lo han sabido entender y realizar poetas como Roberto Fernández Retamar, Fayad Jamís, Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla, César López, Suardíaz, Barnet; narradores como Lisandro Otero, Jesús Díaz, Desnoes, César Leante; ensayistas como Ambrosio Fornet, Moreno Franginal, Graziella Pogolotti, etc. Todos ellos —y otros que debo olvidar— se han instituido en la más avezada conciencia de la literatura revolucionaria cubana y en los más intrépidos exponentes de una vanguardia cultural cuyo ejemplo va más allá de las fronteras del país. Esa lección —aunque no ella sola— ha sido para mí particularmente deslumbrante.

Julio Cortázar

Viaje a un país de cronopios

La embajada de los cronopios

Los cronopios viven en diversos países, rodeados de una gran cantidad de famas y de esperanzas, pero

desde hace tiempo hay un país donde los cronopios han sacado las tizas de colores que siempre llevan consigo y han dibujado un enorme SE ACABO en las paredes de los famas, y con letra más pequeña y

Ayuntamiento de Madrid

compasiva la palabra DECIDETE en las paredes de las esperanzas, y como consecuencia de la conmoción que han provocado estas inscripciones, no cabe la menor duda de que cualquier cronopio tiene que hacer todo lo posible por ir inmediatamente a conocer ese país.

Cuando se ha decidido ir inmediatamente a conocer ese país, lo primero que sucede es que la embajada del país de los cronopios comisiona a varios de sus empleados para que faciliten el viaje del cronopio explorador, y por lo regular este cronopio se presenta a la embajada donde tiene lugar el diálogo siguiente, a saber:

—Buenas salenas cronopio cronopio.

—Buenas salenas, usted saldrá en el avión del jueves. Favor llenar estos cinco formularios, favor cinco fotos de frente.

El cronopio viajero agradece, y de vuelta en su casa llena fervorosamente los cinco formularios que le resultan complicadísimos, aunque por suerte una vez llenado el primero no hay más que copiar las mismas equivocaciones en los cuatro restantes. Después este cronopio va a un Fotomatón y se hace retratar en la forma siguiente: las cinco primeras fotos muy serio, y la última sacando la lengua. Esta última el cronopio se la guarda para él y está contentísimo con esa foto.

El jueves el cronopio prepara las valijas desde temprano, es decir que pone dos cepillos de dientes y un calidoscopio, y se sienta a mirar mientras su mujer llena las valijas con las cosas necesarias, pero como su mujer es tan cronopio como él, olvida siempre lo más importante, a pesar de lo cual tienen que sentarse encima para poder cerrarlas y en ese momento suena el teléfono y la embajada avisa que ha habido una equivocación y que deberían haber tomado el avión del domingo anterior, con lo cual se suscita un diálogo lleno de cortaplumas entre el cronopio y la embajada, se oye el estallido de las valijas que al abrirse dejan escapar osos de felpa y estrellas de mar disecadas, y al final el avión saldrá el próximo domingo y favor cinco fotos de frente.

Sumamente perturbado por el cariz que toman los acontecimientos, el cronopio concurre a la embajada y apenas le han abierto la puerta grita con todas las amígdalas que él ya ha entregado las cinco fotos junto con los cinco formularios. Los empleados no le hacen mayor caso y le dicen que no se preocupe puesto que en realidad las fotos no son tan necesarias, pero que en cambio hay que conseguir en seguida un visado checoslovaco, novedad que sobresalta violentamente al cronopio viajero. Como es sabido, los cronopios son propensos a desanimarse por cualquier cosa, de manera que grandes lágrimas ruedan por sus mejillas mientras suspira:

—¡Cruel embajada! Viaje malogrado, preparativos inútiles, favor devolverme las fotos.

Pero no es así, y dieciocho días más tarde el cro-

nopio y su mujer despegan en Orly y se posan en Praga después de un viaje donde lo más sensacional es como de costumbre la bandeja de plástico recubierta de maravillas que se comen y se beben, sin contar el tubito de mostaza que el cronopio guarda en el bolsillo del chaleco como recuerdo.

En Praga cunde una modesta temperatura de quince bajo cero, por lo cual el cronopio y su mujer casi no se mueven del hotel de tránsito donde personas incomprensibles circulan por pasillos alfombrados. De tarde se animan y toman un tranvía que los lleva hasta el puente de Carlos, y todo está tan nevado y hay tantos niños y patos jugando en el hielo que el cronopio y su mujer se toman de las manos y bailan tregua y bailan catala diciendo así:

—¡Praga, ciudad legendaria, orgullo del centro de Europa!

Después vuelven al hotel y esperan ansiosamente que vengan a buscarlos para seguir el viaje, cosa que por milagro no sucede dos meses más tarde sino al otro día.

El avión de los cronopios

Lo primero que se nota al entrar en el avión de los cronopios es que estos cronopios tienen muy pocos aviones y se ven obligados a aprovechar lo más posible el espacio, con lo cual este avión se parece más bien a un ómnibus, pero eso no impide que a bajo cero, por lo cual el cronopio y su mujer casi bordo prolifere una gran alegría porque casi todos los pasajeros son cronopios y algunas esperanzas que regresan a su país, y los otros son cronopios extranjeros que al principio contemplan bastante estupefactos el entusiasmo de los que vuelven a su país hasta que al final aprenden a divertirse a la manera de los otros cronopios y en el avión reina un clima de conversatorio sólo comparable al estrépito de sus venerables motores que es propiamente la muerte en tres tomos.

A todo esto pasa que el avión tiene que despegar a las veintiuna, pero apenas los pasajeros se han instalado y están temblando como suele y debe hacerse en esos casos, aparece una lindísima aeromoza que da a conocer el discurso siguiente, a saber:

—Manda decir el capi que abajo todos y que hay retraso de dos horas.

Es un hecho conocido que los cronopios no se preocupan por cosas así, puesto que en seguida piensan que la compañía les va a servir grandes vasos de jugos de diferentes colores en el bar del aeropuerto, sin contar que podrán seguir comprando tarjetas postales y enviándolas a otros cronopios, y no solamente sucede todo eso sino que además la compañía les manda servir una cena suculenta a las once de la noche y los cronopios pueden así cumplir uno de los sueños de su vida, que es comer con una mano mientras escriben tarjetas postales con la

otra. Luego vuelven al avión que tiene un aire de querer volar, y enseguida la aeromoza les trae mantas azules y verdes y hasta los arroja con sus lindas manos y apaga la luz a ver si se callan un poco, cosa que sucede bastante más tarde con gran indignación de las esperanzas y de unos cuantos cronopios extranjeros que están acostumbrados a dormirse apenas les apagan la luz en cualquier parte.

Desde luego el cronopio viajero ya ha ensayado todos los botones y palanquitas a su alcance, porque eso le produce una gran felicidad, pero vano es su deseo de que al apretar el botón correspondiente venga la aeromoza a traerle otro poco de jugo o a arrojarlo mejor en la manta verde que le ha tocado, porque muy pronto se comprueba que la aeromoza está durmiendo como un osito a lo largo de los tres asientos que con gran astucia siempre se reservan aeromozas en esas circunstancias. Apenas el cronopio ha decidido resignarse y dormir, se encienden todas las luces y un camarero se pone a distribuir bandejas, con lo cual el cronopio y su mujer se frotan las manos y dicen así, a saber:

—Nada comparable a un buen desayuno después de un sueño reparador, sobre todo si viene con tostadas.

tan comprensibles ilusiones se ven cruelmente diezmadas por el camarero, que empieza a distribuir bebidas con nombres misteriosos y poéticos tales como **añejo en la roca**, que hace pensar en una estampa con un viejo pescador japonés, o **mojito**, que también hace pensar en algo japonés. En todo caso al cronopio le parece extraordinario que los hayan arrancado del sueño con el solo objeto de sumirlos inmediatamente en el delirio alcohólico, pero no tarda en comprender que todavía es peor puesto que la aeromoza aparece con bandejas donde entre otras cosas hay una tortilla, un helado de almendra y un plátano de aplastantes dimensiones. Como apenas hacen cinco horas que la compañía les ha servido una cena completa en el aeródromo, al cronopio esta comida le parece más bien innecesaria,

pero el camarero le explica que nadie podía prever que cenarían tan tarde y que si no le gusta no la coma, cosa que el cronopio considera inadmisibles, y así tras de absorber la tortilla y el helado con gran perseverancia, se guarda el plátano en el bolsillo interior izquierdo del saco, mientras su mujer hace lo mismo en el bolso. Esta clase de episodios tiene la virtud de acortar los viajes en el avión de los cronopios, y es así que después de una escala en Gander donde no sucede nada digno de mención, porque el día en que suceda algo en un sitio como Gander será tan insólito como si una marmota ganara un torneo de ajedrez, el avión de los cronopios entra en cielos muy azules, y por debajo hay un mar todavía más azul, y todo se pone tan azul por todas partes que los cronopios saltan entusiasmados, y de pronto se ve un palmar y uno de los cronopios grita que ya no le importa si el avión se cae, proclamación patriótica recibida con cierta reserva por parte de los cronopios extranjeros y sobre todo de las esperanzas, y así es como se llega al país de los cronopios.

Desde luego el cronopio viajero visitará el país y un día, cuando regrese al suyo, escribirá las memorias de su viaje en papilitos de diferentes colores y las distribuirá en la esquina de su casa para que todos puedan leerlas. A los famas les dará papilitos azules porque sabe que cuando los famas las lean se pondrán verdes, y nadie ignora que a un cronopio le gusta muchísimo la combinación de estos dos colores. En cuanto a las esperanzas, que se ruborizan mucho al recibir un obsequio, el cronopio les dará papilitos blancos y así las esperanzas podrán apantallarse las mejillas y el cronopio desde la esquina de su casa verá diversos y agradables colores que se van dispersando en todas direcciones llevándose las memorias de su viaje.

Fragmento de **La vuelta al día en ochenta mundos**, que publicará Siglo XXI Editores, de México.

Antonio Eceiza

Sobre el cine cubano

Llegar y ver. En el aeropuerto, el primer cartel —yo hice en 1965 un film sobre la publicidad— creando su realidad plástica: «La lucha armada es el único camino para la liberación de los pueblos».

En el hotel, el clima imaginado de Madrid, 1936, el ascensorista miliciano, que estudia álgebra.

—¿Cuál es su piso, compañero?

Desde la ventana de la habitación, el malecón, el mar, la piscina, con un brote extraño sobre el césped, una batería antiaérea. Después vería en

una película cubana, exactamente el mismo decorado. Una pareja se comunicaba en primer término. Los espectadores —Casiraghi y yo— pretendíamos recortar a los protagonistas, dejar claro el fondo, terminar de ver bien a las figuras verde-olivo, incomunicadas radicalmente con los vecinos de enfrente, sólo noventa millas.

He aquí el primer problema para el presunto testimonio sobre cine cubano. La realidad, ideológicamente, emotivamente, se lo come todo. Por eso, siempre:

« Los documentales cubanos son extraordinarios, los noticiarios aún mejor. Los largos metrajes... »

Yo, en una entrevista en **Granma**: « Santiago Alvarez es el documentalista más importante del mundo ».

Y es que van a una olimpiada (**Cerro Pelado**) y surge la epopeya. « Los derechos de Cuba no se negocian ». « Los que estén dispuestos a entrar en Puerto Rico, territorio norteamericano, nadando... ». « Comandante, es usted el mejor luchador del Caribe... » En mi país leí que la Victoria de Samotracia ya tenía cabeza: la de Marcelino, nuestro ariete que goleó a la Unión Soviética, con la cabeza. No es lo mismo, aunque de deporte se trate.

Y es que tienen que hablar de alfabetización (**Historia de una batalla**) y las imágenes restallan de originalidad, de potencia, de emoción.

Y si se ponen a encadenar imágenes de la lucha, de los negros americanos (**Now**)...

Y es que hablan de **Colina Lenin** o de **Primer carnaval socialista** o de los **Vaqueros del Couto**, o de la **Primera asamblea** de un pueblo, o de **Me hice maestro**, o de cómo se corta la caña, entre todos, de manera nueva, luchando, sintiendo, pensando, como hasta ahora parecía imposible, más si todo eso se dice en castellano.

Todo esto conspira, por el contrario, en contra del realizador de largos metrajes de ficción. Hay que componer una dramaturgia, un método racional de asumir esa realidad, veloz como ninguna, que hace brillar la más elemental imagen verista.

En los noticiarios, la voz entrecortada de Fidel lee sentidamente: « Hasta la victoria siempre, ¡Patria o muerte! Te abraza con todo fervor revolucionario, Che ». O desgrana impetuosamente: « Porque esta gran humanidad ha dicho ¡Basta! y ha echado a andar ». Un millón de personas aplaude. El montaje valora ligeramente la locura social, entusiástica, trata de poner imagen a la voz enfebrecida del comandante.

Al realizador de largos metrajes, esto le hace vibrar, pero luego busca como un loco la fórmula expresiva. No le basta la potente simbiosis cine-realidad. Hay que construir teniendo en cuenta además la otra, preocupante, relación: Cine-cine.

En Cannes 1967 triunfa **Blow-up**. Terra en transe, desde el subdesarrollo brasileño, no es del todo aceptada. El partenón y la floresta tropical, frente a frente. « Debemos hacer un cine agrario, como nuestros países », dijo el Che. La Revolución de Octubre potenció el montaje dialéctico de atracciones. El **acorazado Potemkin** no es un documental sobre la fusilada de Odessa... Nuestros personajes también se angustian, se incomunican, sufren sus tragedias personales. No podemos, ni queremos, hacer un arte didáctico. Ni académico. Sobre todo, ¿ cómo carajo se sintetiza todo esto? ¿Cuál es el

vehículo artístico que desentrañe, explicita, actúe, toda esta potencia, todo este mundo virgen, de primera virginidad? ¿Cómo se hace el arte de un país subdesarrollado, socialista, donde las cosas se mueven, pero a tan endiablada velocidad? Y van surgiendo intentos, líneas.

La épica cercana y tremenda de los barbudos, o del heroísmo antibatistiano: **Historias de la revolución**, **El joven rebelde** —Zavattini, valorando el detalle— **Año nuevo, hoy Manuela** —un gran realizador, Humberto Solás, haciendo cine moderno, camara-action, sobre los mismos personajes, simpáticos, queridos, en la misma vegetación, el mismo paisaje entrañable de la Sierra Maestra.

El costumbrismo, la comedia crítica sobre las nuevas maneras de vivir, con esas gentes distintas en las calles, en los cabarets, en los apartamentos, **Las doce sillas**, **Muerte de un burócrata** —obras de Titón Gutiérrez Alea, ninguna maestra, siempre oportunas, inteligentes—, **La salación**...

El film del subdesarrollo, un poco folklórico, no allí, allí es la realidad, de la lucha ideológica —**Cumbite**— o armada —**Realengo 18**— contra la superstición, su sustrato, la propiedad injusta de la tierra, las raíces profundas de una manera infrahumana de vivir para desposeídos de una u otra raza « inferior ».

El drama antonionesco de los sentimientos que se frustran, aunque yo, el europeo, prefiera ver lo que pasa detrás de los personajes. **Desarraigo**...

El realismo dialéctico —inventamos el nombre para **Giuliano**—, cine de ensayo, documental largo con planteamientos sociológicos, políticos, culturales, morales, partiendo de la base de una realidad proteica y cambiante —**David**, sobre Frank País, **Guantámano**, ¿ una ciudad como las otras? —

El cine de consumo, porque la gente sigue queriendo ir al cine y pasar el rato. No a todos les interesa cómo el cineasta checoslovaco analiza las contradicciones entre estímulo material y moral, o la desmitificación dialéctica en polaco sobre la corte de los faraones. Ni siquiera cómo el joven cineasta español, querido por aquello del idioma y la falta de subtítulos, cuenta una y otra vez la historia de la represión en todos los terrenos. Hay que hacer entonces **Un día en el solar** o **Juan Quinquen en Pueblo Mocho**.

Porque hay otro problema tremendo. Lo más importante que se ha creado en Cuba no es una obra, es un público. Yo he visto a ese público en la lejanísima Baracoa, contemplar una película española, **El arte de vivir**, y comentarse en voz alta, tararear la música, no dejar titeres con cabeza de mi **Próximo otoño** en una barriada de La Habana. Yo he aplaudido, con lágrimas en los ojos, a ese público, después de una función de teatro en Topes de Collantes, siete mil chiquillos, futuros maestros, que

se merecían largamente mi ovación y la de los actores que interpretaron **La pérgola de las flores**. Uno de ese público destruyó con su machete la butaca del cine, en la provincia de Oriente, porque nunca se había emocionado tanto. Nunca había ido al cine. Ni el cine a él. Ahora hay unidades móviles que llevan las películas al último rincón de la isla. Hay cientos de miles de becados. Hay alumnos en las escuelas de arte, que quieren conocerlo todo, analizarlo todo. Hay muchos miles de habaneros que llenan los cines de La Rampa, buscando distracción, buscando y encontrando, como en todos los terrenos, algo que aprender, un pasito más hacia ese hombre nuevo, que quizá no surja, pero que es difícil de imaginar que se pueda hacer más por conseguirlo. Por todo esto es difícil testimoniar sobre el cine cubano, todavía. Algunos extranjeros no se han limitado a hablar, han hecho allí películas. Los resultados han sido espantosos. **Soy Cuba, El otro Cristóbal...** El día del estreno de la primera en

Santiago de Cuba hubo un gran escándalo. Uno de los alborotadores fue detenido. El capitán que lo recibió, al saber la causa, lo soltó, diciendo:

—Queda libre, p'al carajo... Esa película... No parece fácil. Algunos han acertado, Marker, Ivens..., haciendo documental o reportaje. Justo como los cubanos.

Habría que darle tiempo al tiempo. El planteamiento no puede ser mejor: **libertad**, oportunidades de acceso a la creación, aprendizaje... No conozco otro sistema mejor para hacer posible una «nueva ola».

Tampoco, para hacer un arte. Desde aquí —distinto panorama en tantos aspectos— no lo puedo remediar. El problema del talento, el mismo de las obras, se me aparecen como secundarios. Termino esperanzadamente: todo se andrà. Por nada del mundo quisiera que este emitir opiniones desde aquí, desde todos nuestros viejos criterios, sea una forma velada de neocolonizar.

Francisco Fernández-Santos

Sobre el bloqueo cultural y el exilio

¿El bloqueo cultural de Cuba es sólo un fantasma que me ha hecho ver la propaganda castrista? Es en este punto donde la argumentación del señor Baeza Flores llega a su más bajo escalón de hipocresía. Porque es imposible que desconozca los múltiples hechos, grandes o pequeños, que atestiguan con evidencia absoluta la existencia de ese bloqueo. (Dejo de lado el bloqueo material, económico y político de Cuba, causante de tan graves perturbaciones, para limitarme al cultural.) Parece como si el señor Baeza hubiera olvidado que Estados Unidos y sus servidores al sur del Río Grande han establecido en torno a Cuba un «cordón sanitario» que recuerda, aunque con mucha mayor intensidad, el bloqueo económico, político y cultural de que el Occidente capitalista hizo objeto a la Unión Soviética en los primeros años de su existencia. Si se exceptúa la línea aérea La Habana-México —y ésta sólo

El texto siguiente es parte de uno más largo en que Francisco Fernández-Santos contestaba, entre otras cosas, a los ataques contra la Revolución cubana de Alberto Baeza Flores, contrarrevolucionario notorio y hombre al servicio de la política norteamericana. El largo texto de Baeza Flores, que tomaba como base una breve crónica literaria del autor desde La Habana, se publicó completo en la revista madrileña *Índice*. En cambio, del texto de réplica de Francisco Fernández-Santos, *Índice* acaba de publicar, sólo, un «resumen» que mutila, amaña y tergiversa el texto original, resumen cuya publicación había sido expresa y formalmente prohibida por el autor.

es segura para los mexicanos y cubanos—, la isla revolucionaria del Caribe está materialmente aislada del continente latinoamericano (que es su mundo fraternal, al que se halla naturalmente vuelta). ¿Le parece al señor Baeza Flores poco bloqueo cultural el hecho de que un jurado dominicano o venezolano del concurso de la Casa de las Américas, viviendo como vive a escasos centenares de kilómetros de La Habana, para trasladarse a ésta tenga que efectuar el absurdo rodeo de miles y miles de kilómetros de Santo Domingo o Caracas a La Habana pasando por Madrid o, aun peor, por París y Praga e incluso por Moscú? Por otra parte, ciertos países americanos —y no sólo los Estados Unidos— han establecido prohibiciones a sus nacionales para que visiten Cuba, país hermano, y ello a veces bajo la amenaza no sólo de retirarles el pasaporte, sino de aplicarles sanciones penales, como ocurre en el

«democrático» Perú del señor Belaunde. Y en cuanto a los pocos norteamericanos que pueden ir a Cuba, sabido es lo que arriesgan: el dramaturgo Jack Gelber, a quien Baeza Flores cita precisamente, me decía en La Habana que temía, cuando menos, que le quitaran el pasaporte a su regreso. Para muchos escritores latinoamericanos —como algunos que conocí en La Habana—, el viaje a Cuba¹ representa, aparte muchas molestias materiales, una auténtica aventura. Y si a pesar de todo, venciendo mil obstáculos, van a la isla, es por manifestar tangiblemente su solidaridad política e intelectual con el país que para ellos es, según la expresión del Papa Juan XXIII, «la esperanza de Latinoamérica». Es pues el colmo de la desfachatez afirmar que la presencia de esos escritores en La Habana, tras mil peripecias y dificultades, desmiente la existencia de un bloqueo cultural contra Cuba. Lo que hace es precisamente ponerlo de relieve, como la excepción pone de relieve la regla. Y si el bloqueo cultural no resulta plenamente eficaz, ello se debe a que frente a la Internacional de la Reacción (a la que pertenecen la mayor parte de los actuales gobiernos latinoamericanos) existe una Internacional de la Revolución (de la que en uno u otro grado forman parte infinidad de escritores e intelectuales de América latina, casi siempre los mejores).

En cuanto a los libros y demás publicaciones cubanas, el señor Baeza Flores falsea la realidad al afirmar que se difunden libremente en América latina. Si dejamos aparte, por lo que sé, el caso de México y de algún otro país del cono sur —y sólo a medias se les puede dejar aparte—, las autoridades oficiales de los demás países latinoamericanos recogen sistemáticamente todos los libros, revistas y demás material impreso procedentes de Cuba. Y no sólo los recogen si llegan por vía postal, sino que además los decomisan o incautan cuando un viajero intenta pasarlos como bagaje personal. Esto lo sé no sólo por los cubanos (uno de cuyos quebraderos de cabeza es precisamente cómo lograr introducir sus libros y revistas en el mundo hermano de América), sino por numerosos latinoamericanos. A más de uno he tenido que hacerle el favor de reexpedir desde París a su país de origen libros cubanos que de otro modo le hubieran confiscado a su vuelta: lo que viene de Europa es mucho menos sospechoso para los «aduaneros culturales» de América latina. Es en cambio verdad que el bloqueo cultural no reza, por fortuna, con la Europa

occidental o con su mayor parte, según afirma el señor Baeza. Pero, justamente, si tal ocurre, es porque esa Europa, incluida España, se muestra al menos en esto independiente de la política norteamericana, al contrario de tantos gobiernos serviles de América latina fautores de un bloqueo cultural que perjudica, quizá aun más que a Cuba, a sus propios pueblos y, en todo caso, a la cultura latinoamericana en general.

Y lo que ya me parece colmar la medida es que el señor Baeza Flores, para completar su faena de prestidigitación, nos espete aun que el bloqueo cultural es más bien a la inversa: contra los escritores e intelectuales anticastistas del continente. ¿Por raro azar se ha dejado de traducir, comentar y festejar en todo el mundo occidental a Jorge Luis Borges desde que hizo pública manifestación de su virulento anticastismo, digno de Goldwater o de Salvador de Madariaga? Ah, pero es que Borges, reaccionario violento, también es —o era— un gran escritor. Seguramente el único grande entre los escritores anticastistas de Latinoamérica. En cambio, una ojeada por rápida que sea a las grandes figuras literarias del continente nos muestra que la inmensa mayoría simpatizan más o menos con la revolución cubana. Y ahí van, a título puramente indicativo, unos cuantos nombres no cubanos: Julio Cortázar, Leopoldo Marechal, Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda, Mario Vargas Llosa, Octavio Paz, Ernesto Sábato, Carlos Fuentes, Carlos Pellicer, Mario Benedetti, Juan Rufo, José María Arguedas, Carlos Germán Belli, José Emilio Pacheco, Juan José Arreola, David Viñas, Jorge Amado, etc. ¿Y puede nadie creer verdaderamente que a estos grandes escritores que acabo de citar se les traduce, comenta y elogia en Estados Unidos o en Europa por sus simpatías hacia la revolución cubana? Da la casualidad (¿sólo casualidad?) de que en América latina calidad literaria y simpatías pro-cubanas suelen ir parejas: he aquí todo. En cuanto a los supuestos escritores latinoamericanos o cubanos, grandes o pequeños, que según el señor Baeza han sido «discriminados por su oposición al comandante Castro», es gran lástima que no nos cite un solo nombre, él que tan prolijo se muestra en otras enumeraciones.

En resumen y para aportar una prueba definitiva de la existencia de ese bloqueo cultural —no sólo cultural, claro— contra Cuba, he aquí el texto del telegrama enviado al presidente Johnson por el Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores celebrado en México en marzo pasado: «Escritores de América latina hemos acordado elevar a usted nuestra enérgica demanda para que cese el bloqueo militar, económico y cultural a la República de Cuba, por constituir ese bloqueo una agresión odiosa a un país integrante de la comunidad latinoamericana».

1. Si es que en definitiva pueden realizarlo, cosa que no siempre ocurre. Estando yo en La Habana, se supo que las autoridades nacionales correspondientes habían impedido materialmente el viaje a dos escritores invitados: el colombiano Jorge Zalamea y el puertorriqueño Manuel Maldonado Denis (que, posteriormente, ha podido ir a Cuba).

Y afirmo que esta prueba es definitiva porque no me dirá el señor Baeza Flores que el citado Congreso lo organizaron, dirigieron e integraron los escritores castristas del continente; él sabe que entre los participantes había algunos partidarios de los Estados Unidos y de su política y otros que intentan mantenerse neutrales. Y, sin embargo, el envío del telegrama se aprobó por unanimidad. Tan evidente y tan «odioso» es el bloqueo... Querer negarle equivale a tanto como a aseverar, por ejemplo, que son los guerrilleros del Vietcong quienes están cometiendo una agresión contra los Estados Unidos, por lo que se tienen bien merecidos el napalm, los B-56 y todos los demás dispositivos de muerte en masa que los democráticos Estados Unidos emplean «en defensa de la libertad». ¿No es esto lo que cree el señor Baeza Flores, de quien no se conoce la menor crítica a sus protectores norteamericanos? ¿Firmaría él el telegrama anterior al presidente Johnson, que aprobaron escritores «democráticos» —nada marxistas ni castristas— como los que a él le gustan?

Por último, examinemos la cuestión de los escritores cubanos exiliados. Una revolución no es un paseo en barca, sino un terremoto histórico, un drama social, a veces una tragedia: no se cambian radicalmente los fundamentos de una sociedad sin que muchas cosas se rompan o se resquebrajen. La revolución cubana, profunda como pocas, ha roto y ha resquebrajado muchas cosas, ha trastornado muchas situaciones, ha creado infinidad de conflictos, ha gastado a muchas personas, ha hecho huir a otras muchas. (La contrapartida es su inmensa labor creadora, que inaugura una nueva época en el continente latinoamericano y seguramente en todo el mundo.) Entre los que han huido, figuran evidentemente escritores, artistas e intelectuales. Bien, ¿cómo negarlo? El señor Baeza Flores nos ofrece una lista de escritores y artistas cubanos exiliados. Y nosotros decimos con toda naturalidad: de acuerdo. Pero la trampa —demasiado burda para que el lector medianamente avisado caiga en ella— consiste justamente en olvidar la otra cara de la medalla: es decir, los escritores y artistas cubanos que no se han exiliado, que se han quedado con la revolución. Dato que el señor Baeza Flores conoce perfectamente pero que se guarda muy mucho de poner en la balanza. Porque de esto se trata: de comparar y de sopesar. Tales se exiliaron, tales otros se quedaron voluntariamente en Cuba. A ver quiénes pesan más. Para quien conozca, aun someramente, la literatura y el arte cubanos de hoy, no puede caber la más ligera duda. La diferencia de peso en favor de los que se han quedado con la revolución es simplemente aplastante. De todos los escritores cubanos exiliados que el señor Baeza cita, los únicos que tienen cierta importancia literaria

son Lino Novás Calvo, Carlos Montenegro y Lydia Cabrera. (De esta última no estoy muy seguro de que su exilio se deba esencialmente a motivos políticos.) Jorge Mañach, exiliado también, que era importante como escritor, liberal conservador de fina cultura al que la revolución social cubana desbordó en pocos meses con su ritmo vertiginoso, hoy está muerto. En cambio, ¿qué se hizo de Alejo Carpentier, de José Lezama Lima, de Nicolás Guillén, que son los tres más grandes escritores cubanos vivos y figuran entre los más importantes de la gran literatura latinoamericana actual? ¿Por raro azar se exiliaron? ¿Se exilió Fernando Ortiz, patriarca de las letras cubanas, que es en Cuba algo así como don Ramón Menéndez Pidal en España? ¿Se exiliaron los escritores de la generación de **Orígenes**, los Cintio Vitier, Virgilio Piñera, Eliseo Diego, José Rodríguez Feo, y otros contemporáneos o más jóvenes como Félix Pita Rodríguez, Samuel Feijóo, Onelio Jorge Cardoso, Carlos Felipe, José Antonio Portuondo, Mirta Aguirre, Oscar Hurtado, Abelardo Estorino, Julio Le Riverend, Humberto Arenal, Manuel Moreno Fraguas...? ¿Se han exiliado los mejores escritores de la primera generación de la revolución, los Edmundo Desnoes, Lisandro Otero, Roberto Fernández Retamar, Pablo Armando Fernández, Ambrosio Fornet, José Triana, Fayad Jamís, Heberto Padilla, Jaime Sarusky, Antón Arrufat, etc.? ¿Y los escritores más jóvenes, educados ya bajo la revolución y que empiezan a dar muestras de su empuje: los Miguel Barnet, Luis Suardíaz, Jesús Díaz, Reynaldo Arenas, Víctor Casaus, G. Rodríguez Rivera, P. Pérez Sarduy, Nancy Morejón, Luis Agüero, Nelson Rodríguez...? ¿O los jóvenes pensadores como Aurelio Alonso, Ricardo Machado, Hugo Azcuy, Fernando Martínez...? La literatura cubana actual, tan variada y libre, es sobremanera rica; y esta riqueza se ha quedado prácticamente toda en casa, para bien del pueblo cubano. En cuanto a los artistas, ¿han roto con la revolución cubana René Portocarrero y Wifredo Lam, los dos más grandes pintores cubanos de todos los tiempos? ¿o los que les siguen en méritos como Amelia Peláez, Raúl Martínez, Antonia Eiriz, Samuel Feijóo, Umberto Peña, Mariano Rodríguez, Jorge Camacho, Agustín Cárdenas, Julio Herrera Zapata, etc.? ¿o los grandes caricaturistas como Juan David, Nuez, Posadas...?

He de advertir que muchos de estos escritores y artistas —la mayoría entre los mayores de 40 años— no son marxistas y menos marxista-leninistas —ni nadie les pide que lo sean. Algunos, como Lezama Lima, Cintio Vitier, Eliseo Diego..., son católicos. Y, sin embargo, unos y otros están con la revolución y con su obra: porque ésta no es un asunto de ideología, sino de justicia y de libertad individuales y nacionales. Están con la revolución

porque ésta representa los intereses fundamentales del pueblo cubano, frente al intervencionismo imperialista de los Estados Unidos y al egoísmo antinacional de la burguesía y de la reacción cubanas. En definitiva, si algo choca en este asunto de los escritores y artistas ante la revolución es precisamente que se hayan exiliado tan pocos. Lo raro es que la burguesía cubana, exiliada en masa, no haya logrado arrastrar consigo nada más que a una pequeña parte de los escritores y artistas cubanos —además, de los menos importantes— cuando la mayoría de éstos proceden de su seno y del de la pequeña burguesía. Como suele ocurrir en todas las grandes revoluciones sociales, los escritores y artistas cubanos han traicionado a su clase. Lo que no es pequeño título de honor.

Y acabo, para no hacer demasiado larga esta carta. No es éste el lugar de exponer las razones de tipo político, económico, social, educativo, etc., por las que creo que el movimiento desencadenado por el comandante Castro y sus compañeros, hecho suyo después por el grueso del pueblo cubano, es una de las revoluciones más profundas y creadoras de la historia. El señor Baeza Flores se ha puesto

de parte de lo que en Cuba ha quedado eliminado por la fuerza irresistible de un pueblo que ha cobrado una dignidad y una conciencia de sí mismo antes desconocidas: el imperialismo y la burguesía. Allí él. Yo, igual que miles de escritores, artistas e intelectuales de América latina y del mundo, estoy con una revolución que por primera vez en América está intentando con suma originalidad y libertad de espíritu construir una sociedad más justa, más libre, más humana: una auténtica sociedad socialista. La revolución cubana ha cometido y cometerá errores, injusticias, ¿quién lo duda? Ningún régimen deja de cometerlos, con mayor razón si se ve envuelto en las violencias de una guerra de clases y sometido a la agresión imperialista, como Cuba. Yo estoy contra esos errores, pero en nombre de la revolución misma, en el marco de mi adhesión a ella. Y no he dejado ni dejaré de criticarlos libremente, sobre todo ante quienes pueden corregirlos. El señor Baeza Flores y sus amigos norteamericanos o latinoamericanos están, no contra los errores de la revolución, sino contra la revolución misma: contra el mayor esfuerzo liberador que se ha hecho en América desde la revolución mexicana. Ellos han elegido. Yo también.

Eva Forest

Una lección inolvidable

En el año 1966 tuve la oportunidad de visitar Cuba y permanecer cuatro meses al calor de su revolución. Dos de estos meses los viví en una Granja del Pueblo adonde otra compañera y yo fuimos a trabajar y recoger material para un libro. Mi visión, pues, no puede ser la de un mero turista porque son muchas las horas de convivencia con unos compañeros de quienes aprendí, en la misma entraña de la revolución, allí donde los problemas son más acuciantes, más difíciles y desgarradores, más lecciones revolucionarias que si hubiera ido a una Universidad. Ni tampoco mi visión puede no ser apasionada. Me adelanto a decir esto porque en las oportunidades que he tenido de hablar de lo mucho que allí vi no han faltado algunos escépticos —casi siempre «entendidos» en marxismo... marxólogos y economicistas, que se conocen muy bien las leyes y los textos y citan a cada momento y «saben» con antelación lo que va a ocurrir los próximos cinco años, aunque desconocen al hombre y cuentan poco con él...— que al yo darles una opinión apasionada confunden la pasión con el deslumbramiento de una emoción superficial que nada tiene que ver con el conocimiento de los hechos. A eso quiero salirle al paso. ¿Visión apasionada la mía? Sí, desde luego. Pero pasión ante una realidad objetiva: un proceso revolucionario en marcha. Una revolución desde la raíz, con todos sus problemas —que son muchos—, con todas sus transformaciones desgarradoras —que son

Ayuntamiento de Madrid

muchas también—, pero una auténtica revolución en la que a la vez que se lucha por la creación de unas estructuras económicas adecuadas se está llevando a cabo la revolución del pensamiento desde la que ya los nuevos cubanos están enfrentándose con una nueva concepción del mundo y edificando una nueva sociedad.

Y no podía dejar de ser apasionada mi visión porque si ante esto no se apasiona uno, uno que aspire por lo menos a revolucionario, ya me dirán ustedes... Lo difícil es explicarse en pocas cuartillas... Pero puesto que tengo que resumir y se trata de mi opinión, intentaré decir algo de lo que a mí más me impresionó. Y yo diría que fue la dignidad humana, el nivel humano alcanzado por aquel que, hasta poco, fue el último hombre de la tierra. Me explicaré.

A cada uno siempre hay algo, un móvil, que le lleva a tomar conciencia de las injusticias y a ponerle en situación de luchar contra ellas. A mí, tal vez por mi formación científica en la que jugó un papel muy importante la biología primero y el estudio del hombre después, siempre me ha impresionado la situación injusta en que viven algunos hombres que nunca, jamás llegan a alcanzar ese nivel mínimo humano, propio de la especie, que es el pensar. Siempre, desde muy joven, me han conmovido esos cientos de miles, de millones de seres que viven relegados en la noche oscura, despreciados, jamás consultados por nadie, ese campesino ignorado junto al cual la vida transcurre planeada siempre por otros: ese hombre que no cuenta para nada, que no decide, que no participa. Ese hombre asfixiado en todas sus posibilidades, parado; ese hombre que uno sabe que tiene un cerebro igual al de los demás pero que no se desarrolla, no se estimula... Por esa sola injusticia que en un tiempo creí metafísica y luego remediable, yo me pasé al lado de los que luchan por un mundo mejor. Nunca olvidaré que hace tiempo un campesino en el corazón de la Mancha me dijo con honda melancolía: «Nosotros somos cerebros muertos.» Y no es casualidad que tiempo después, cuando en un rincón de Oriente un campesino cubano me dijera: «Nosotros éramos cerebros muertos, perdidos y ahora es que somos hombres...» entrara yo en considerar muchas cosas de esa revolución.

Porque ahí, en el paso de ese pasado lúgubre a ese presente luminoso, en ese «éramos», que ya no somos, veo yo la raíz de una revolución en marcha. En Cuba hay un pueblo, todo un pueblo que además de recibir los beneficios y las mejoras de unas estructuras nuevas, se ha puesto a pensar, ha tomado conciencia y ha salido al mundo a participar, a intervenir, a decidir y dirigir sus cosas y ha entrado, por fin, en la vida al nivel humano que le corresponde.

Yo sabía, era evidente después de viajar por el país, de tener datos y documentación, que en Cuba se había erradicado el analfabetismo, que se habían construido miles de escuelas, que se habían creado hospitales en los rincones más alejados de la sierra y que se habían construido caminos y hecho viviendas... —sabiendo lo que significa todo esto en un país subdesarrollado que no tiene nada—. Uno sabía todo esto y más que veía, pero uno no sabía nada... Fue después de convivir unos meses de trabajo y de hablar y compartir con los campesinos los problemas y ver cómo y qué pensaban, cuando uno ha visto que todo aquello que nos decían los acompañantes en La Habana era verdad y era importante pero que, además, o sobre todo, se había hecho algo mucho más importante, o tan importante como aquello. Se había enseñado al hombre a pensar, se le había dado la clave de pensar, de enfrentarse con los problemas, de discutirlos con los compañeros. Se le había dado la valentía de llegar honestamente hasta el fondo de un problema con la confianza de que el que piensa se aclara y que el pensamiento colectivo crea una nueva situación siempre en progreso.

El hombre se ha sentido útil, necesario, capaz. Eso le ha llenado de confianza y le ha dado dignidad. Hay que oírse a ellos mismos*: «...Un analfabeto no es útil en ningún lado que vaya. Le pueden engañar siempre, eso lo he visto yo ahora. Eso es lo que a veces frena la revolución; que aquí, cuando el triunfo, quedaron mucha gente que no debían ocupar los puestos y quedaron porque aquí todos éramos analfabetos, y todavía queda gente así, algunos quedan, que a veces, se ha dado el caso de ir, por ejemplo, a Manzanillo, a buscar piezas para las maquinarias y habiéndolas nos las han negado. A veces

* Los párrafos citados pertenecen todos a campesinos analfabetos antes de la revolución y han sido recogidos en cinta magnetofónica. Muchos de ellos son del libro *Los nuevos cubanos: Reportaje en una Granja del Pueblo* del que son autoras Eva Forest y Juana Hendrickson.

encontramos analfabetos revolucionarios y bachilleres que no están con la revolución y había que aguantar porque uno no sabía de aquello. Por eso yo no dejaré de estudiar nunca. Por eso yo, día que pasa, día que vivo más encantado del estudio, puesto que yo era un analfabeto terrible porque como no entendía las cosas era desconfiado. A mí no más me decían : "feo", ya estaba fajado. Tenía mucho genio, que eso se me ha corregido mucho porque la cultura es una cosa que aclara, que lleva a uno a lo real. Nosotros, antes, vivíamos remotos, es ahora que lo vemos. Cuando yo dejé de ser analfabeto empecé a pensar y entré en la realidad y a saber a qué debía acogerme. Porque ya cuando uno coge el hábito ese de estar leyendo, que llega del trabajo, —porque yo cuando llego del trabajo tengo siempre mi libro allí, me siento y me fajo con él—, y ya para poderse dormir, uno tiene que leer un rato... Ya con eso me duermo con placer. Oiga... si lo más lindo que hay es saber leer, porque saber leer es saber andar y saber vivir porque, cuando uno sabe, uno no pasa trabajos porque no halla nada difícil, porque a todo le halla solución; a las cosas se les busca la vuelta hasta que se resuelve el problema. Compañera, pensar es muy lindo cuando hay una revolución... »

« ...Porque la revolución ha enseñado a uno amplio, con una amplitud así, que... Por lo menos uno tiene derecho a hablar lo que le corresponde y aclarar cualquier situación que haya. Así, con una libertad amplia, que no hay que andar, que tengo que esconderme, no. Ahí se reúne un contingente de personal y se le habla y se le explica lo que hay y todo el mundo interviene; amplio, una cosa libre... »

« El hombre es cosa grande... ¡La fuerza que tiene cuando se aclara! »

« ...Yo era un analfabeto entonces. Fijate que yo, a mí me daban los papeles para que los llevara y yo no me enteraba de nada. Yo vine a ser cristiano hace poco, porque la verdad que nosotros, anteriormente, vivíamos como animales. No sabíamos el contenido que tenía una revolución. Porque date cuenta que yo, cuando estuvo la compañera brigadista aquí, en el 1961, entonces ahí conocí las letras y empecé a unirlas y a ver las palabras y, al fin, le hice una carta a Fidel, con miles de trabajos, pero la hice... »

« ...Yo vivo la vida buscando las mejoras, a ver por dónde está la mejor salida : por aquí, por allá..., de los problemas ; a ver por dónde se le busca la mejor solución. Y eso antes no era así... Yo era un hombre atrancado a los cuatro vientos, atrancado, sin cavilación ninguna y como era un hombre que estaba siempre atrancado, pues no podía hacer nada porque, al fin, analfabeto, yo quiero que tu me digas qué iba a hacer un analfabeto... Ahora, hoy sí. Hoy te busco la mejor solución a cualquier problema que tu me plantees. Tú me dices mira, vamos a hacer este problema así, ¿qué te parece? Y si me dejas pensar un poquito le damos las vueltas y salimos a las mil maravillas. Eso es así. Porque antes, de qué manera va uno a poder pensar... y si piensa nada más en lo malo, lo que a él más bien le va a perjudicar. Mas sin embargo hoy no. Hoy está la planificación; porque ahora estamos pensando aquí una cosa, pero ya yo tengo cosas pensadas de antes, ya tengo mis planes, ya yo tengo pensadas cosas para la tarde y ya eso lo tengo yo pensado desde esta mañana... desde que me tiré de la cama, cuando me estaba lavando la boca, ya estaba pensando en todo lo que tenía que hacer en el día, así que, ahora, la mente no descansa ; se vive amplio, como un hombre ; ahora trabajo todo el día con la planificación para que no haya problemas... Fijate que todavía... hasta que yo no tengo, por lo menos, un octavo o un noveno grado yo no me encuentro satisfecho... »

Eso le imprime una grandeza y una fuerza especial a la revolución, que ya no es la revolución de unas infraestructuras básicas y esenciales tras las cuales un día cuando haya condiciones vendrá la revolución de la moral y de los conceptos, sino que es la revolución de lo uno y de lo otro : una experiencia apasionante. Y no es extraño que los hombres que la están viviendo lo sientan así : « ...Esa revolución es algo tan grande que no se le ve el fin... » « ...Eso, compañera, ni se sabe a dónde va... Eso se sabe que está en marcha y que es muy grande... Se sabe que es bueno y justo y palante... » « ...Cuando un hombre piensa y habla con otro que piensa, oye, eso es grande... grande... Si, porque en seguida viene y salta la chispa y, bueno... Yo te digo que no hay palabras para decir lo que aquí ha pasado... »

Frases como éstas están recogidas en cinta y forman parte de párrafos impresionantes y podría citar docenas porque la verdad es, como decía un compañero allí, que no hay palabras para decir la grandeza de esta revolución...

Y esa confianza recobrada, esa dignidad adquirida desde la que cada hombre se sabe

importante junto a los demás, es un buen comienzo, es el inicio, ya, correcto y justo de una revolución que tiene mucho de humanismo. Esa, me parece a mí, es la grandeza de la revolución cubana, una revolución que desde un principio ha tenido fe en los hombres, fe lúcida en la energía potencial que hay en un cerebro humano cuando se pone en marcha y fe lúcida en el conjunto de esos hombres que ya piensan cuando se reúnen en asambleas a discutir —¡Hay que ver lo que es una asamblea a nivel de Granjal—, a criticar. Esa es la clave del porqué nunca se le oculta nada al pueblo, del porqué se le puede decir todo al pueblo y que tantos no comprenden.

Yo pienso que siempre, dentro de una revolución, junto a los muchos problemas existentes hay el gran peligro de nuevas enajenaciones pero, si es verdad que este peligro existe, en la revolución cubana está remotísimo porque es una gran parte del pueblo el que está alerta, atento siempre a enfrentarse con los problemas, a analizar y discutir hasta llegar a una conclusión.

Y pienso también que esa gran experiencia vivida por los que nunca tuvieron acceso a nada, esa gran experiencia que les recuperó como hombres, ha sido una conmoción tan grande que es la que potencia su proyección, su necesidad de llevar a otros lo que ellos tienen ya y consideran esencial. El internacionalismo proletario, tan en la entraña de cada revolucionario cubano, no es una consigna aprendida sino la necesidad de que otros vivan y piensen como ya uno vive y piensa.

«...Es tan grande, tan grande lo que aquí ha pasado que cuando yo por las noches me acosté en mi cama —que, mire, antes no tenía porque dormíamos en hamacas y si llovía había que cambiarse y...— y pienso que por ahí hay tantos compañeros proletarios por el mundo, hermanos que son de uno, que sufren y que viven como antes nosotros aquí, subyugados enteramente... Yo cogería las armas y me iría a pelear por su liberación... Porque, fíjate, aunque yo ya estoy algo estropeado, que no soy nuevo pues ya yo he ido a llenar planilla para ir voluntario al Vietnam y a mis hijos se lo digo : Hay que ayudar a los compañeros oprimidos del mundo para que ellos también hagan sus revoluciones y sean un día libres como nosotros hoy...»

«...Fíjate, yo hallo que, de acuerdo a lo que yo he podido leer del pueblo del Vietnam, ese pueblo, dentro de poco será un pueblo heroico, por su esfuerzo, su valentía ; un pueblo que está luchando incansable, un pueblo que, de verdad, lleva un ritmo de revolución que... Nosotros esperamos que su triunfo sea pronto. A pesar de que hay cosas que no son nuevas porque, no sé como decir esa palabra pero... Vietnam está ahora como estaba España aquella vez que estaba, que casi defendía la dignidad mundial. Porque, te digo una cosa, el trabajo en el Vietnam está duro, duro. Duro en el sentido de que si analizamos todo... Porque ya en los propios Estados Unidos, las madres, los hermanos de esos que han ido para allá y que, de verdad se han quedado allá para siempre, ya esos... estamos juntos. Porque ya se les forma ahí mismo y se les ha formado, en el propio seno, el descontento... Si pidieran voluntarios yo fuera uno de los primeros porque ya yo he dicho un montón de veces allá, que el día que hagan solicitud de compañeros para el Vietnam yo estoy dispuesto a ir muerto de risa. Porque, para eso, lo más lindo que hay es ser decidido y no hacerse complejos ; la decisión es la que lo hace todo. Porque cuando a Fidel le pasó lo que le pasó el 26 de julio, en Santiago de Cuba, en el cuartel Moncada, si él hubiera sido un hombre que no hubiera sentido por esto, seguramente que no tuviéramos una revolución como la que tenemos. Más sin embargo ese fue el inicio de la revolución, porque fue cuando se encendió la primera chispa y de la chispa esa prendió el mundo entero que mira como estáis ustedes por acá, por allá, buscándonos, ¿eh? Eso es el carajo...»

«...Yo por eso digo y lo mantengo, que yo, por los éxitos que estoy mirando a diario de la revolución, prefiero que me hagan ceniza primero a que vayan a coger a Cuba. Y el que intente cogerla va a pasar trabajo, seguro va a pasar trabajo porque, por lo menos, ya Cuba no es un pueblo como el que era al principio : un pueblo sin experiencia, sin conocimiento ; porque ya hoy, el pueblo de Cuba mantiene una disciplina, que eso es una de las bases fundamentales para ganar cualquier clase de batalla. Y, después, que hay un ejército que está completamente preparado, igual que nosotros. Yo trabajo aquí, pero yo estoy preparado para combatir donde sea y dispuesto a dar la vida por esto. Igual que si la revolución cubana me dice : Tienes que ir a pelear a otro lado. A ayudar a combatir a los rebeldes que le corresponda a la clase obrera de cualquier nación. Y me

voy muerto de risa e intento alzarme, sin pretextos y sin excusas. Porque todo el que sienta por la clase proletaria hace lo que tiene que hacer y lo que debe ser; porque uno tiene que darse cuenta de lo que éramos nosotros anteriormente y lo que somos, y de nuestros hermanos de los campos que siguen oprimidos sin que nadie se ocupe de ellos. Uno tiene que ser decidido a lo que sea porque, la verdad que es el carajo... Uno se pone a pensar que cómo estarán los hermanos proletarios de los otros pueblos que quieren liberarse, igual que se liberó Cuba, y que no hayan tenido la posibilidad y... Oiga... uno hace la cuenta y tienen que estar más mal que uno, más mal que uno estaba porque ahora es más dura la cosa, porque como Cuba ha sido el faro y la escuela, pues eso les ha puesto en guardia. Oiga, a donde sea voy yo a ayudar a mis hermanos y más siendo uno aspirante a verdadero comunista... »

« ...Por lo menos hay una preparación puede decirse material, con materiales de guerra. Pero hay una preparación también ideológica, que coge la convicción del porqué se lucha, que esa es un arma muy poderosa. Porque la lucha, la lucha la determina el concepto, el porqué se lucha. Porque si nosotros no tenemos el concepto del porqué luchamos, a veces se lucha sin razón o sin saber porqué se lucha y no hay aquello de darle solución a las cosas, ni nada, pero cuando uno sabe por qué lucha, para quitarle a uno de donde está hay que desaparecer, eso es determinante, muy determinante... »

« ...Yo no sé si todos los revolucionarios se darán cuenta de la grandeza de esta revolución... Yo digo que sí porque son revolucionarios pero muchos no tienen el conocimiento como nosotros, los campesinos, que toda la vida hemos sido unos sacrificados y conocemos la medida del cambio que ha dado esto; no como otros compañeros que habían tenido sus comodidades anteriormente, siempre, y aún cuando sienten como uno también, y son revolucionarios, pero no es como nosotros que, anteriormente, éramos sacrificados y ahora nos sentimos cómodos, porque para nosotros eso ha sido un paso de gigante, de gigante... »

Un paso de gigante... Ese paso de gigante que dijo una vez Fidel recogiendo el sentir del pueblo, ese paso de lo infrahumano a lo humano, de la esclavitud más ciega a la liberación con sentido, ese paso en que pensamiento es libertad y libertad y revolución son ya una misma cosa, es lo que más me ha impresionado. Eso y esa proyección hacia los demás pueblos oprimidos en los que se piensa y a los que se quisiera ayudar en todo momento. Y creo que no habría comprendido nada el sentido de esta gran revolución si a la hora de hablar de ella no transmitiera la lección aprendida: Pensar para ser libre y luchar por que los demás piensen también. Y todo ello hasta sus últimas consecuencias como lo dijera el « Che » en carta reciente.

José Agustín Goytisolo

Quiero ser gato

En esta casa llena de muchachas
yo quisiera ser gato diplomado,
de plantilla, de oficio, estar atento,
levantarme al oír la voz de Marcia,
frotar mi lomo contra su sillita,
salir, cruzar pasillos, ver a Ada,
ronronear de gusto en un sofá
ante el aroma del café que bebe,
grabar después maullidos para Chiqui
en una cinta que jamás funciona,
saludar, respetuoso, la presencia
de Haydée, solicitarle quedamente,
dando a mi cola un lento abaniqueo,
que me deje salir todas las noches

Ayuntamiento de Madrid

para ver a mi gata, a mi mulata,
y luego deslizarme hasta el dominio
de Silvia y sus ficheros, ayudarla
a encontrar direcciones imposibles,
y andar majestuoso hasta la tibia
biblioteca, con Olga entre mil libros,
limpiar el polvo, vigilar la sisa
de lectores hipócritas, non frères,
non semblables, en fin, hacer las cosas
de un buen gato de ideas avanzadas,
integrado, intrigado e intrigante
en esta casa llena de muchachas,
de libros, de canciones, de trabajo,
casa de las américas, mi chica,
que ya lo tiene todo, menos gato.

1967

Juan Goytisolo

Homenaje a un grabado

**que contemplé en un
quiosco de la avenida Martí
durante los carnavales
de Santiago**

Un hombre vestido con un simple calzón amontona madres de leña en un cono de varios metros de diámetro semejante a un enorme hormiguero de una especie de comején desconocida
otras dos termiteras de carbonilla humean en medio del plan
junto al rancho hay una zanja de agua estancada con un bote de fondo plano utilizado para el transporte de la madera
los hombres acampan a la derecha y un muchacho pesca biajacas en el canal inmerso en el agua hasta la cintura
en los lejos del cuadro la flora tropical despliega armoniosamente sus volutas tras los conos de leña

voraz

ornamental

fastuosa

en primer término hay un fuego encendido y los rebeldes parecen restaurar sus fuerzas tras una marcha agotadora a través de la manigua
míralos bien

nacieron esclavos descendientes de los bororos y congos capturados en
 Africa y vendidos en Cuba por los tratantes ingleses
 sufrieron en su carne el ramalazo del látigo la humillación de los golpes
 la dureza de los grilletes
 trabajaron de sol a sol
 soportaron el hambre la sed y las privaciones
 vivieron sin conocer la esperanza
 concibieron sus hijos en la miseria
 en la reproducción litográfica que examinas en esta soleada mañana del
 26 de julio de 1967
 unas horas antes del discurso de Fidel
 la víspera de vuestro hermoso viaje a la Gran Tierra
 empuñan orgullosamente las armas para rescatar su dignidad de hombres
 corre el año de gracia de 1897
 y son los mambises de Quintín Bandera.

Alfonso Grosso

Cartoon del amanecer a vista de pájaro después del paso del ciclón « Inés ». Octubre de 1966 *

Las aspas, desde el huevo de cristal de la cabina del helicóptero de vigilancia, se recortan equidistantes contra el cielo azul puro de la mañana que nace como celebrando con el vuelo el martirio del Apóstol y matiza contraluces en los rosas del alba y blancos zurbaranes de óleos pintados por el adusto extremeño que no llegara a navegar —río abajo— por el curso de las aguas béticas camino de los ríos y las especias de las Indias Occidentales, sino que prefiriera quedar anclado en las gradas de la Casa de la Contratación, fotografiando a golpe de retina escuálidos discípulos de El Patio de Monipodio y garridas mozas del partido que acabarían por quedar immortalizadas en monjes bienaventurados y castas doncellas. Los rotores de la libélula, que cantan por lo menos tan dulcemente como los seises de la Capellanía de Los Reyes, no dibujan, sin embargo, imágenes cartujas, ni ropajes de santas, sino el martirio del discípulo que no quiso morir como el Maestro y escogió la aspada posición de la cruz.

Inés —clámide de fina seda, manto de blanca lana merina, libro y pies calzados con romanas sandalias— no se encuentra en el cielo del Caribe AGNES SANCTISSIMA prefiere el Museo Nacional de Nápoles, los claustros sevillanos y las catacumbas de la Ciudad Eterna, ignorando que su nombre haya podido ser elegido para designar el desenfreno de un huracán y la locura de unos vientos en el Trópico de Cáncer por el servicio metereológico del Imperio. Como no se encuentran tampoco los hábitos y los manteles del milagro del refectorio monacal del monje San Bruno. Los rotores sugieren sólo palas de crucifixión y caballos de frisa bajo el añil leonado de cirrus altos que empujan sus tormentosos vello-cinos más allá del Estrecho de Florida, sobre las aguas ribereñas del Continente y las tierras mexicanas. Pero el cielo no importa demasiado, porque no totaliza la visión. No es

* Epílogo de la novela *Inés just coming*, de próxima aparición.

más que un telón de fondo, y el resto de la postal iluminada sólo es posible aprehenderlo desde las antipodas de los rotores, desde la panza del pájaro de aluminio, desde el ombligo del caballito de San Andrés que revolotea —en un último y definitivo reconocimiento que cerrará el paréntesis de la alarma— sobre las panorámicas urbanas, las ciénagas, los ingenios, los bateis, los centrales azucareros, las palmas, las plantaciones de café, las vegas de tabaco, y los verdes praderíos salpicados de caballitos y de cebús.

Es necesario volar aprisa, ultrasónicamente si posible fuera, sin dejar atrás, sin embargo, ni un solo palmo de tierra; rastreando vaguadas, inspeccionando torrenteras, lagunas, faldas y valles, aldeas, poblados y cursos de ríos. Es preciso realizar un reconocimiento a fondo que abarque desde el Canal de San Nicolás al Estrecho de Colón y Jardines y Jardincillos de la Reina, para comprobar que todo ha vuelto a ser lo que era, que la vida en la Isla ha recobrado de nuevo su pulso y su ritmo de siempre —a los inevitables compases de una guaracha— y hacer sonar la sirena para anunciar que, al menos por ahora, el peligro —este peligro de los vientos desatados— ha pasado, y ya se puede bajar la guardia, al menos de esta alerta.

Es un hermoso vuelo. Un vuelo lo suficientemente alto para alcanzar sin catalejos las dos orillas —el Sureste y el Noroeste isleño— y lo suficientemente rasante para distinguir sin embargo con toda claridad una ametralladora antiaérea de un missile defensivo, una niña de un soldado, una víbora de un pez, una moderna plantación de una moderna granja, una palomita de papel de una paloma mensajera, una bicicleta infantil de un tractor, un campanario aldeano de la cruz de un camino.

Es un vuelo de águila real, templado, monorrítmico, acompañado por la excelencia de la temperatura, en cuanto el sol está muy bajo y corren ya los últimos días de la primera quincena de octubre, y el ciclón se ha llevado un tantico de calor y otro tantico de agua —aunque las lluvias vuelvan a aparecer mañana, ya más domesticadas, bienhechoras— y el aire, estraído de reverberaciones, no tenga pozas ni hoyos ni remolinos, y la libélula, caballito de San Andrés, caballito del diablo, avance sin prisa inspeccionando morosamente las esponjadas y fértiles tierras para terminar echando una doble vuelta de llave al candado de la angustia que ha atenazado durante dos semanas los corazones guajiros que han resistido el ciclón desde los bohíos o desde las ciénagas y a los que las ciudades ya no olvidan; porque las ciudades pueden seguir siendo frívolas, contradictorias y orgullosas de sus efímeros oropes, de un pasado inmediato —y ya remoto— que les cuesta trabajo resignarse a perder, pero ya no se sienten rapaces porque el espíritu guajiro está derribando sus murallas, está desescombrando sus viejos muros, y está instalando en ellas a sus hijos que miran « los espléndidos fastos y el esplendor osado, y todo el destellante aparejo del mundo que les hirió en los ojos por el cristal tiznado de la Muerte ».

La Habana, Roma, Sevilla y Valencina de la Concepción, septiembre 1966, agosto 1967.

Jesús López Pacheco **Cuba entrevista**

1. Socialismo en español

La primera sensación que tuve en Cuba fue un leve escalofrío de clandestinidad. En el trayecto Aeropuerto-La Habana, un enorme luminoso en letras rojas, brillantes y españolas decía: « Viva la Paz y el Socialismo ». El idioma, junto con otros muchos detalles, me hacía sentirme en España; el luminoso, sin embargo, era algo inconcebible en mi país: hay aquí tribunales que juzgan y condenan a los que vitorean, de palabra o con su actuación, al socialismo; y vitorear a la Paz, las más de las veces suele ser considerado como algo por

lo menos sospechoso. Hasta 1939, un luminoso así fue posible en España; nadie sabe cuándo volverá a serlo. Por eso, mi primera sensación tuvo algo también de confusión y de extrañeza: ¿había realizado realmente un viaje por el espacio hasta Cuba o por el tiempo hasta la España de 1936-1939 o la de mil novecientos... ¿cuántos?

Vencida la primera sensación, comencé a conocer el país del socialismo en español. Pero la extrañeza renacía a cada paso. En el trato apreciaba un tono radicalmente distinto al que estoy acostumbrado: predomina el tuteo, el tratamiento más corriente es el de «compañero», que, en contra de lo que suele pensarse en España, más que un sentido político, tiene un sentido vital, humano. «Señor», «señora», apenas si se usan; el «Don» —derrotado el casi absoluto poder del «Din»— no existe prácticamente. Estos primeros indicios, junto con la ausencia total de servilismo en los empleados de los hoteles, por ejemplo, y el comportamiento humano mutuo que observaba en diversos ambientes entre personas de distinta formación, así como un cierto sentido solidario de la vida que se aprecia por todas partes, me hicieron sentir agudamente el contraste con la sociedad en que vivo, donde de día en día se nota un individualismo más exacerbado, donde las diferencias de clase se acentúan y las relaciones humanas están presididas por un signo servil o paternalista, aparential e interesado, y por temores y respetos basados en factores económicos cuando no en residuos de mentalidad feudal.

2. El clima cubano

A los tres días de estancia en La Habana recuperé la voz. A los cinco, tuve voto. En Madrid llevaba ya casi tres meses sin poder hablar a causa de una laringitis aguda. Los consejos de mi médico habían sido no fumar y, sobre todo, guardar riguroso silencio. No me desaconsejó el viaje a Cuba; al contrario, quizá el clima... Al día siguiente de llegar a La Habana, Chiqui Salsamendi, de la Casa de las Américas, la compañera encargada de organizar mi programa, me llevó a un especialista, un viejo doctor lleno de nostalgias españolas de su juventud. Me recetó dos clases de pastillas y, naturalmente, el mayor silencio posible. Las pastillas las tomé, pero el silencio que guardé no fue mayor, desde luego. Me preguntaban tantas cosas, tenía tantas cosas que preguntar. Y, no obstante, a los tres días, hablaba normalmente; a los cuatro, hasta cantaba. ¿Qué era lo que me había curado? Las pastillas, sí, pero también el clima. El clima cubano, como pude comprobar, es muy bueno para la voz de un español.

3. La revolución en el ascensor

A Cuba había ido invitado por la Casa de las Américas como miembro de uno de los jurados de sus premios literarios anuales. Como llegué a La Habana con más de diez días de retraso —a causa de la laboriosa renovación de mi pasaporte—, mi tarea de jurado era verdaderamente abrumadora. Encerrado en el hotel, leía originales por la mañana, por la tarde, por la noche, de madrugada a veces. Tan sólo en dos o tres ocasiones salí para asistir a recepciones, entre ellas, las que nos ofrecieron el Pen Club Cubano y el Consejo Nacional de Cultura. Un escritor español, invitado unos meses atrás como miembro del jurado de otro premio literario, pasó casi todo su tiempo en La Habana leyendo en la habitación del hotel y bajando y subiendo en el ascensor a las horas de las comidas. Los amigos cubanos, según me contaron, le decían que se iba a marchar de Cuba habiendo visto la revolución sólo en el ascensor. ¿Me iba a ocurrir a mí lo mismo? No; aunque, por mi retraso, me había perdido ya algunos viajes y visitas, todavía me quedaba el punto más importante del programa: el viaje a la provincia de Oriente. Además, también en el ascensor —en el hotel, en sus dependencias— se puede entrever ya algo de la revolución.

El hotel «Habana Riviera» ocupa un edificio de unas veinte plantas, con toda clase de comodidades; es un hotel aséptico, de estilo moderno, es decir, sin estilo, con una vasta entrada alfombrada y un inmenso ventanal que constituye lo mejor de su decoración: a través de los cristales se ve el mar y, ciertos días, las olas saltan sobre el pretil del cercano malecón, formando fugaces esculturas que me parecían de más calidad que las pretenciosas del hall. El «Habana Riviera» fue construido, sin duda, bajo influencia norteamericana y pensando, sobre todo, en los turistas USA que iban a La Habana en busca de mujeres, hombres, drogas y juego. En él —y en otros hoteles parecidos— encontraban, al parecer,

todo esto reunido, ya preparado para ellos, en el curso de un rápido **week-end** organizado por alguna agencia de viajes de Miami. No necesitaban siquiera salir del hotel: ellos podían gozar de la « corrupción en el ascensor ».

Hoy —este hoy de Cuba que empezó el 1 de enero de 1959—, el « Habana Riviera » sirve para otros fines. En su hall, en su ascensor, en sus comedores, he visto los clientes más insólitos que pueda imaginarse para cualquier hotel de lujo: parejas de recién casados que, por su aspecto, se adivinaba acababan de llegar de alguna zona rural; matrimonios humildes con hijos pequeños, a los que nadie impedía jugar a las prendas en el espacioso hall; hombres y mujeres del pueblo cubano, blancos, negros y mulatos, jóvenes y viejos, de la ciudad y del campo, sobre todo del campo. Y, también, técnicos soviéticos, deportistas checos, húngaros, escritores latinoamericanos, delegados vietnamitas... Y muchachas endomingadas que, en una alegre mezcla de colores —los de sus vestidos y los de sus pieles humanas— se fotografiaban en la escalera de caracol antes de celebrar una despedida de soltera... Los clientes del « Habana Riviera » venían, casi exclusivamente, de los Estados Unidos; ahora vienen de Cuba, de toda Cuba, y de Latinoamérica, de Asia, de Europa, de África... En cuanto al servicio, sólo es malo los fines de semana, en que algunos camareros y cocineros se van a cortar caña voluntariamente. A ciertas horas, los empleados del « Habana Riviera » —como los de los otros hoteles— asisten, en alguna dependencia transformada en aula, a clases especiales correspondientes a diversos niveles de la enseñanza primaria, secundaria o de capacitación profesional.

4. La Casa de las Américas

En este extraño hotel de lujo realicé mis tareas de jurado, y el 12 de febrero voté. Mi voto fue para el libro de cuentos de un joven narrador cubano, Jesús Díaz Rodríguez, profesor de materialismo dialéctico en la Universidad de La Habana, quien ganó el Premio de la Casa de las Américas por unanimidad.

Es admirable la organización de estos premios en medio de las tremendas dificultades que le crea a Cuba el bloqueo impuesto por los Estados Unidos: muchos de los jurados latinoamericanos habían llegado a través de Praga o de Madrid, y el mismo rodeo tendrá que dar gran parte de la correspondencia. La Casa de las Américas es un ejemplo de cómo se defiende Cuba en el campo cultural de ese bloqueo que pretende aislarla de su propio continente. Pero los premios no son la única actividad de esta institución cultural. Además de su interesante revista y de sus ediciones cuidadas, organiza en La Habana exposiciones. Coincidió, por ejemplo, con una del pintor español Antonio Saura, amigo de Madrid y compañero de mi experiencia cubana—, encuentros, festivales, etc... Y aún puede ser ejemplo la Casa de las Américas de otra cosa: de la incorporación de la mujer a la vida activa. Haydée Santamaría —aquella heroica muchacha del Cuartel Moncada— es su directora y, salvo el subdirector y algunos otros puestos que « aún » son ocupados por hombres —Manuel Galich, Ricardo Gutiérrez, Roberto Fernández Retamar...—, el predominio femenino es abrumador: Marcia, Chiqui, Beva, Olga... Ellas mismas ironizan con la situación: « A la Casa de las Américas », me decían, « la llaman « El Matriarcado de las Américas ».

5. Poeta con pueblo

« ¡Qué bueno que estás en Cuba! Mañana, juntos. Nicolás ». Esta nota me esperaba en la casilla del hotel. Telefoneé. Su voz contradictoria de metal y azúcar, su envidiable alborozo. A su paso por Madrid le había oído recitar —los recitó con su sonrisa y su vaivén sobre todo— sus versos; otro día cenamos juntos con un grupo de amigos y a la mañana siguiente le acompañé por Madrid; al final del paseo, hechos los últimos preparativos para su partida, nos sentamos en la terraza de un café. Yo no recuerdo lo que tomé; él tomó café, naranjada y sol. Aquel día aprendí lo que es tomar sol: apoyó la cabeza en el muro y, con los ojos cerrados, inmóvil largo rato, su piel se fue bebiendo el zumo de sol. Luego se tomó el café y el zumo de naranja. Y sonreía.

Del paseo por La Habana vieja con Nicolás Guillén —venía también el escritor y director teatral español José María de Quinto, el otro compañero español de mi experiencia cubana— hay algo que me conmueve especialmente. Edificios y fortalezas de la época colonial, museos, perspectivas urbanas: yo no estaba para turismo, aunque el cicerone fuera excepcional. Calles largas, estrechas, rectas, con casitas color azafrán; tiendas, mercados, bares

abiertos a la calle; y gente, pueblo habanero, vivaz y espontáneo, comprando, trabajando, caminando, viviendo. Y Nicolás Guillén, por entre aquel pueblo, saludado con una sonrisa, con una exclamación, con una palmada en la espalda, con un breve intercambio de frases alegres, cantarinas, de preguntas y respuestas; él devolvía las sonrisas, los saludos, las frases, respondía, preguntaba, se reía, abrazaba al pasar a quien le había dado una palmada, y seguía el paseo con su vaivén feliz de poeta entre un pueblo que le conoce y quiere. Un pueblo compuesto, fundamentalmente, por dos razas: una de piel más clara y otra de sonrisa más blanca; las mezclas han dado por resultado prodigiosos individuos que, a cambio de tener la piel menos clara, tienen la sonrisa más blanca todavía, más grande y resplandeciente. Junto a la estación, Nicolás nos mostró los restos de la antigua muralla, con la Puerta de la Tenaza. Contemplábamos las raíces de los árboles que, como venas enormes y enredadas, han logrado encontrar vida vegetal entre las viejas piedras, cuando, a nuestras espaldas, una voz gritó: «¡Nicolás! ¿Inspirándote, eh?». Nos saludaban con la mano —saludaban a Nicolás, al que yo llamé «poeta con pueblo»— unos obreros ferroviarios. Me entraron ganas, en ese momento, de pedir «asilo poético».

6. Viaje por la provincia de Oriente

Tras el fallo de los premios, mi estancia en Cuba se hizo vertiginosa. Un avión Ilyusin nos llevó de La Habana a Santiago, donde nos alojamos en el Motel Versalles, construido en los primeros años de la revolución. Desde él partimos para realizar todas las visitas en la provincia.

El Morro, la vieja fortaleza española que guardaba la entrada a la bahía; la Granja Siboney, convertida en diminuto museo del asalto al Cuartel Moncada en 1953 por Fidel Castro, Abel Santamaría y sus compañeros; en ella vi, entre otros muchos documentos estremecedores, una fotografía de Haydée Santamaría, con Melba Hernández, tras las rejas de la cárcel. Luego, tras hacer desde la granja el mismo recorrido que los asaltantes, el Cuartel Moncada, donde una breve galería fotográfica recuerda la gesta; mientras la recorría, comencé a escuchar voces que decían: «pretérito imperfecto», «presente indicativo», «futuro perfecto»... La emoción, por un instante, me impidió comprender lo que significaban esas voces; al llegar a la primera de las puertas que daban a la galería, vi una sala del cuartel ocupada por niños a los que una maestra enseñaba gramática. Cada puerta de la galería se abría a una clase de la inmensa escuela en que ha sido transformado el Cuartel Moncada.

El día que la visitamos, la central termoeléctrica de Rentée, próxima a Santiago, estaba a punto de ser inaugurada; se trata de una gran planta (producirá medio millón de kilowatios-hora) importada de Checoslovaquia. Técnicos cubanos (uno de ellos, el que nos explicó la sala de cuadros, llevaba colgada del cuello la medalla de una Virgen), checos y soviéticos se afanaban en los últimos detalles, en un esfuerzo final para «sobrecumplir» (es este uno de los verbos que más se usan hoy en Cuba) la meta que se habían fijado los trabajadores de la central en una de las asambleas que celebran para discutir los planes de producción. Cerca de La Habana, en aquellos mismos momentos, estaba a punto de ser inaugurada otra planta termoeléctrica, la de Mariel, checa asimismo: entre ambas se había establecido una «emulación». La rivalidad entre Santiago y La Habana, como entre muchas otras poblaciones, zonas, centros de trabajo y de enseñanza, etc., además de deportiva, es también, y popularmente, laboral (realizaciones técnicas, agrícolas, rendimientos, sobre todo en la zafra...) o cultural (Campaña de Alfabetización, porcentaje de asistencia a las escuelas, porcentaje de alumnos que llegan al VI grado...). Pero, sin duda, lo más admirable de Rentée son los propios trabajadores. Tuvimos un largo coloquio con algunos de ellos: «Ustedes sáciense», nos decían, invitándonos a preguntar. Nos hablaron con orgullo de las Asambleas Generales de Trabajadores, en las que discuten los planes de producción; de los Consejos de Trabajo; de la incipiente organización del Partido Comunista, renovado en su mayor parte; de la defensa, incluso antiaérea, de su planta industrial, en la que participan voluntariamente muchos de ellos, integrados en las Milicias Populares... Se apreciaba en ellos un nuevo sentido del trabajo, un nuevo modo de concebir su propia vida en relación con la vida nacional. Luego, tras sus respuestas claras, bien expresadas, reveladoras de una conciencia extraordinaria en todos los sentidos, el mismo obrero, dirigiéndose a los doce o catorce escritores visitantes, nos dijo: «Bueno, si ya ustedes se han saciado,

con su permiso: ahora nos toca saciarnos a nosotros». Y comenzaron a preguntar, sin timidez, con inteligencia, por nuestros respectivos países, por nuestro trabajo literario, etc.; fue una lástima que la falta de tiempo les impidiese extender este interrogatorio a todos los visitantes.

De camino hacia la Escuela Tecnológica Camilo Cienfuegos, Manzanillo y el Centro de Formación de Maestros Minas de Frío, descubrí el paisaje cubano, al menos el de la provincia de Oriente. La Sierra Maestra al fondo y, desde sus cimas hasta la carretera, una vegetación continua, varia, de la que sobresalen las palmeras reales, como columnas de cemento torneadas con un amplio capitel de ramas verdes; de vez en cuando, plantas de colores vivos, rojos, violetas intensos; durante un largo trecho, cerca todavía de Santiago, los piñoneros floridos creaban una impresión de nieve en el cálido invierno cubano. En grandes zonas, sobre todo montañosas, se veían inmensos bosques de árboles jóvenes, recién plantados por los servicios de repoblación forestal. El paisaje de Cuba se me aparecía como un vasto escaparate de una florería de lujo. Y allí, entre aquellas plantas «caras», pastaba el ganado vacuno, menudo y jiboso en general: cada vaca, mientras rumiaba, tenía junto a su cabeza la figura diminuta, erguida y blanca, de una «gallineta» vigilando la aparición de parásitos en la piel del mamífero.

En esta entrevisión de Cuba, hecha a base de impresiones, la mayoría fugaces, debo recordar aquí, en relación con la agricultura y la ganadería, un nombre que he oído y leído repetidas veces: Voisin. Sin datos exactos, transcribo lo que he podido saber: este científico francés, muerto en Cuba el año pasado después de una larga estancia en la isla, ha dado cursos sobre sus nuevos procedimientos para el desarrollo de la ganadería y de la agricultura; uno de estos procedimientos consiste en una especie de trashumancia rotatoria mediante la cual el ganado se beneficia de un aprovechamiento casi total de los pastos. Voisin ha creado escuela en la isla (el propio Fidel Castro ha asistido a algunos de sus cursos), y la aplicación de sus enseñanzas ha sido decisiva en el intenso desarrollo agropecuario actual, del que los cubanos se sienten ya orgullosos.

El Central Azucarero de Niquero, cerca de Manzanillo («Y ese chalet tan lujoso, ¿qué es?»). «Una escuela; antes era la residencia del administrador», en plena actividad, camiones descargando caña sin cesar, caña pasando por los sucesivos molinos hasta transformarse, a través de complejos procesos, en azúcar, y el aire pegajoso, el vapor exhalado por gigantescas maquinarias, en una extraña mezcla de «Tiempos modernos» y el infierno de Dante... La Escuela Tecnológica «Camilo Cienfuegos», donde se preparan cerca de cinco mil técnicos en suelos y fertilizantes: estaban ensayando, cuando llegamos, un espectáculo teatral en el que participaban quinientos alumnos movidos por el director argentino Adolfo Gutkins, un espectáculo de masas, panorámico, que escenificaba episodios de la época colonial española y de la lucha por la independencia, haciéndolos enlazar y concluir con la entrada de las columnas de Camilo Cienfuegos y del «Che» Guevara... Y el barrio de pescadores de Manzanillo, cuyas casas nuevas, construidas sin las estrecheces impuestas por la especulación del terreno, han sustituido a los viejos bohíos... Y el nuevo hospital, todavía insuficiente, pero que ha venido a añadirse al que construyó el Ejército Rebelde y espera ya el refuerzo inmediato de otro, mucho mayor, que se está construyendo... Y, sobre todo, Minas de Frío, que merece punto y aparte.

Minas de Frío es un Centro de Formación de Maestros. Está situado en una de las cimas de Sierra Maestra, precisamente donde el «Che» Guevara tuvo, en una de las fases de las guerrillas, su comandancia en una cueva. Talados los árboles, la cima se ha convertido en una hondonada que acoge varios barracones (dormitorios, comedores, biblioteca, almacenes, etc.) y algunos edificios. Las aulas son unos simples cobertizos con techumbre de hojas y ramas, sostenida por troncos y sin muros: los pupitres están hechos también de ramas. En Minas de Frío se están formando en este momento unos siete mil futuros maestros. Llevan una vida disciplinada, de campaña, que los habitúa, durante sus estudios, a las condiciones más duras que puedan encontrar cuando se integren en las tareas de la enseñanza primaria. Impresiona Minas de Frío (inspirado directamente por Fidel Castro, cuya visita esperaban de un momento a otro durante la nuestra, aunque al final nos quedamos sin ver aparecer su helicóptero) como estampa de la nueva juventud cubana incorporada con entusiasmo a la tarea de transformar la sociedad.

Las últimas imágenes de Oriente: la Playa Las Coloradas, con el monumento que recuerda

el desembarco del **Granma**, una pasarela de más de un kilómetro, hecha de tablas y de tierra, sobre los terrenos pantanosos del manglar que se interpone entre la costa y la carretera; en uno de los lados de la pasarela, a intervalos regulares, ochenta y dos flechas de madera con los nombres de los ochenta y dos primeros guerrilleros de la revolución cubana, desde el «Che» Guevara hasta Raúl y Fidel Castro... Es un monumento rústico, pero de un dramatismo fuertemente expresivo. Las ochenta y dos flechas indican tierra adentro, y nada hay como un flecha y un nombre —en rojo, los que viven; en negro, los que han muerto— para hacer sentir, revivido en la emoción, aquel avance heroico durante la larga caminata. A ambos lados, los mangles retuercen sus extrañas ramas como dedos de manos enormes y derrotadas. El monumento imagino que es provisional; yo mantendría, sin embargo, su actual concepción a la hora de hacerlo definitivo.

De nuevo en Santiago, tuvimos un coloquio con profesores y estudiantes de la Universidad. De los cinco mil alumnos que en ella estudian Tecnología (ocho ingenierías), Ciencias, Ciencias Médicas, Humanidades y Economía, mil setecientos sesenta y uno son becarios; pero la diferencia entre los becados y los no becados es que éstos tienen que pagar textos y residencia únicamente, mientras que aquellos no pagan nada: la beca incluye residencia, alimentación, textos, ropa, asistencia médica, etc., más veinte pesos (unas mil doscientas pesetas) de dotación mensual. Son varios los problemas que tiene planteados la Universidad: deficiente preparación básica de las últimas promociones; hábitos docentes todavía rutinarios en algunos profesores, que son incapaces de aplicar nuevos métodos, de organizar seminarios, grupos de estudio, etc.; incorporación precoz de muchos estudiantes a la vida activa, con el consiguiente abandono de sus carreras... Esta incorporación precoz, desde un punto de vista más general, es un indicio altamente positivo; revela, en efecto, la gran capacidad de absorción que la actual sociedad cubana tiene respecto a los jóvenes apenas llegan a ciertos niveles de formación: la industria, el campo y la enseñanza, sobre todo, los «sacan» de las aulas antes de tiempo. Dentro de la propia Universidad se produce ya un fenómeno relacionado con esto: los alumnos más aventajados de los últimos cursos suelen actuar como profesores auxiliares de los primeros cursos, compensando así la escasez de los cuadros docentes, a pesar de los profesores soviéticos, checos, etc. que se han incorporado en las universidades cubanas. No obstante, las perspectivas son muy buenas: este año se iniciará en Santiago la construcción de una Ciudad Universitaria con capacidad para diez mil estudiantes. (De vuelta ya en España, me han invitado a dar una conferencia sobre Cuba en la Universidad de Valencia; al final, durante el coloquio, un estudiante me preguntó si había posibilidades para los universitarios españoles de ir a trabajar a Cuba; las risas —risas amargas— con que fue acogida la pregunta evidenciaron el contraste que yo había sentido entre la situación de la juventud cubana y la de la española). La Universidad de Santiago está ligada aún a otra imagen: la del poeta y profesor de la Universidad de La Habana Roberto Fernández Retamar, que leyó sus poemas en el Aula Magna. Entre todas estas imágenes, y entre las que aún captaría, bailan una serie de carteles, de grandes «anuncios», algunos luminosos, pero con un contenido muy distinto al que estamos acostumbrados: frases y lemas políticos, ideológicos (palabras de Fidel Castro, del «Che» Guevara, saludos a la Conferencia Tricontinental...), de solidaridad internacional (Vietnam, Venezuela...); «banderas de la Educación 1966» (es decir, que todos lleguen al VI grado, que la asistencia alcance el cien por cien...); consejos higiénicos, sobre la lactancia, consejos para la conservación de los neumáticos...; lemas morales («Es preferible el bienestar de muchos que el lujo de pocos»; «Con los contrarrevolucionarios, ni tolerantes ni implacables...»); invitaciones al turismo interior, a los espectáculos («En las playas de mi Cuba yo me baño todo el año»; «II Vuelta Ciclista a Cuba Socialista»; «Carnaval de la Solidaridad en La Habana...»). Los dibujos y pinturas que acompañan a los lemas son de dos tipos fundamentalmente: uno que podríamos llamar «ingenuo» —lo que no quita que, algunos, tengan una auténtica calidad *naïf*, como, por ejemplo, los que ilustran la carta de despedida del «Che» Guevara: los cartelones, cada uno con un párrafo, están escalonados a lo largo de la empinada ruta que lleva a Minas de Frio, en una fórmula de cartel «por episodios» no exenta, estética y publicitariamente, de interés y eficacia— y otro, ya predominante, que está dentro de las mejores tendencias plásticas en *affiches*. En conjunto, constituyen un elemento externo que ayuda a crear ese ambiente alegre, vivo y febril de la Cuba de 1966, característico de este humano socialismo en

español. No es, como la publicidad de los países capitalistas, algo obsesivo, quizá, entre otras razones, porque el mercantilismo descarado de esa publicidad, en Cuba ha sido sustituido por un sentido de transformación, moral, cultural, ideológica, de la sociedad y del hombre.

7. Despedida de La Habana

Debo, ya, resumir, enumerar más bien, algunas de las impresiones e imágenes de los últimos días. Muchas de ellas, sin embargo, merecen —y espero poder hacerlo— ser evocadas con calma, recreándolas en su emoción con datos y detalles, con las vivencias que me dejaron imborrablemente. Fue el encuentro con nuestro gran poeta («Poeta sin pueblo», le insinué yo; «Mejor, sin tierra», me dijo él) Blas de Otero; la lectura de poemas que di en la sede de la Unión de Escritores y Artistas Cubanos, que preside Nicolás Guillén; el encuentro con César López, Armando Fernández Bravo y otros jóvenes escritores cubanos; los paseos por La Habana, ciudad con más cielo que cemento; las conversaciones con dos contrarrevolucionarios:

—el taxista (lo son muchos, según me explicaron) que se quejaba de ganar mucho menos que antes de la revolución porque ahora, dijo, La Habana está como muerta, apenas tiene vida nocturna —cosa falsa, como pude comprobar asistiendo a varios *shows*, a los que tendrían mucho que envidiar los que suelen verse en España—; antes venían muchos norteamericanos y él actuaba como intermediario interesado de todos los vicios, según nos explicó a José María de Quinto y a mí con una naturalidad no sé si cínica o inconsciente;

—y el pequeño industrial, a punto de exilarse aprovechando la apertura de fronteras; era un antiguo propietario de un taller mecánico, en el que tenía varios obreros; su crítica de la revolución fue, sobre todo, anecdótica, superficial (los coches no funcionan, no hay buenos mecánicos, hay racionamiento...), y, a mis preguntas de orden general (Campaña de Alfabetización, acceso del campesino y del proletariado a un nivel de vida superior, eliminación del paro, de la corrupción y de la explotación, etc.) dio una respuesta evasiva, de orden espiritual: «Un hombre prefiere ser libre a comer»; en cuanto a él, a otra pregunta mía respondió que actualmente no trabajaba, no le valía la pena para lo que iba a ganar, acostumbrado como estaba a ingresos muy superiores cuando era propietario del taller mecánico; en un cierto momento, al pasar ante el banco público en que estábamos sentados unos muchachos negros, con un tono iracundo, de odio, exclamó: «Esos son los que han ganado la revolución. Con todo lo que me gusta el Carnaval, estoy aquí, esta noche —era la segunda del Carnaval—, sin ir a ver el desfile de carrozas, los bailes, sólo porque no quiero ver a negros abrazando a blancas. Es algo que no puedo aguantar»; se le notaba excitación a duras penas contenida.

Fue, después, la entrevista con Alejo Carpentier, que dirigía entonces la Editorial Nacional. A él se debe en buena medida el gran incremento que ha experimentado el movimiento editorial cubano: antes de la revolución no había una sola editorial en la isla; ahora existen numerosas (Editorial Nacional, de la que dependen todas en su planificación; la Casa de las Américas; Ediciones de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba; Editorial Política; Ediciones Erre, etc.), y su producción ha colocado al país en uno de los primeros puestos de las estadísticas sobre publicaciones en relación con el número de habitantes. Sobre el título de una de las novelas más conocidas de Alejo Carpentier, *El siglo de las luces*, de la que acaba de aparecer una edición española en Barcelona, corre por Cuba un «golpe» humorístico que critica el abuso de las siglas: a la época presente la llaman «El siglo de las siglas»; a título de ilustración, doy algunas: MINCIN, MINCEX, UNEAC, ECODALD, ECONAIBA, MINCOM, ECOSIDERAMAN, ECABECO, ECATECO, PLACILIMBO... Y las últimas imágenes habaneras: la larga conversación, sobre todas ellas, con Haydée Santamaría; el pudor y la emoción con que evitó, al principio, hablar de los trágicos y heroicos hechos del asalto al Moncada, por los que yo, con poca delicadeza, le pregunté demasiado directamente; su conmovedora experiencia de madre que ve resurgir, en la mente de sus hijos, la figura del hermano mártir, vivo ahora como ejemplo casi legendario para las nuevas generaciones; y su firmeza, su inteligente capacidad como directora de la Casa de las Américas...

Y esos letreros que, en cada manzana de casas, señalan la sede del Comité de Defensa

de la Revolución, cuya misión es la que indica su nombre, pero también la vigilancia de los aspectos más mínimos y cotidianos de la vida (abastecimiento, sanidad, moral, etc.); los C.D.R. o CODERRE (para crear ya también una nueva sigla, si es que no está creada), con facultad de acceder al gobierno directamente para denunciar cualquier abuso, cualquier irregularidad, son la garantía de una interrelación pueblo-Estado originalmente democrática. Esos letreros, en La Habana, en Santiago, en Manzanillo, en Niquero, etc., son uno de los elementos que más han contribuido a crear en mí esta sensación de seguridad con que he regresado de mi visita a la revolución cubana.

Y el discurso de Fidel Castro en la clausura del Congreso Médico: en el inmenso teatro Charles Chaplin, un hombre símbolo ya de todo un país, casi un mito, habló a los cuatro mil quinientos médicos de distintos países y, manejando datos estadísticos de organismos internacionales (de la Organización Mundial de la Salud, sobre todo), logró el aplauso entusiasta del auditorio para la verdad de su obra, manifestada mediante un continuo contraste entre la muerte y la vida, la miseria y la esperanza, entre Latinoamérica y Cuba. Fidel Castro no es un orador: es un antiorador o, mejor, su oratoria es ironía de la oratoria; sus actuaciones públicas no le han profesionalizado, en cada una de sus palabras se apreciaba la vibración humana, la sinceridad de su actitud revolucionaria. Fidel Castro es algo más que un mito: es un hombre que se supera a sí mismo cada día y que empuja a su pueblo a superarse. Su vida, junto con la del «Che» Guevara y la de otros dirigentes revolucionarios, me parece uno de los modelos más altos y nobles que pueda ofrecerse a la juventud del mundo. Es, además, un hombre joven —como jóvenes, y hasta jovencísimos, son muchos de los dirigentes cubanos, a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, en España— para un país joven: porque la nueva Cuba es, metafórica y literalmente, el país de la juventud, es decir, de la esperanza.

Una de las últimas imágenes de La Habana fue, fugazmente, la del lujoso barrio residencial de Miramar: magníficas avenidas y calles con amplias zonas verdes, chalets espléndidos, con cuidados jardines, piscinas, etc., es decir, el típico barrio moderno de la alta burguesía. Hoy, sus antiguos moradores se encontrarán en su mayoría en Miami; en su lugar, los chalets están habitados por miles de niños, hijos de campesinos, de trabajadores, que, becados por el Estado revolucionario, estudian en los antiguos salones del ocio, y hacen gimnasia, ríen, juegan donde un tiempo reinaban, en el mejor de los casos, el hastío, la indiferencia, el egoísmo.

8. Hora española

Al llegar a Madrid me desperté, bajé del avión y puse mi reloj en hora española.

José María de Quinto

Cuba, amiga y próxima

Era febrero cuando visité Cuba. Un febrero de lucha, de esfuerzo, de trabajo, de construcción. Pero —y puedo jurarlo— me fue dado escuchar, más de una vez, al sinsonte, de trino vario, armonioso y cambiante.

Aunque ha pasado el tiempo mentiría si no dijera que aún permanece vivo en mí todo cuanto pude ver, oír, oler, gustar y tocar. Soy de los que creen que los sentidos del hombre, embotados por siglos y siglos de enajenación, despiertan y se alertan de pronto

cuando se encaran con un mundo, que no sólo es suyo abstractamente sino que les pertenece en concreto y por entero. Ante esa realidad, ante esa mañana en que se confunden el canto del trabajo y del sinsonte, en que llegan a ser una sola, unida e indestructible cosa, se desmoronan todos los rascacielos de todas las *cities*, muy en especial los « rascacielos », que dijo un poeta muy nuestro, de Wall Street.

Recuerdo las granjas colectivas, propiedad del pueblo. Recuerdo a aquel obrero agrícola que me hablaba del « tiempo muerto » de antes de la revolución, cuando tenía que « ir al carbón », allá por las lindes de la Ciénaga de Zapata, porque no había dónde trabajar ni de qué comer. Han cambiado para él las cosas y pienso en los todavía irredentos campesinos latinoamericanos, en los antioqueños de Colombia, que siembran maíz — como dice el dicho — y recogen experiencia.

Era un obrero agrícola, por más señas, de la Granja Nicolás de Bari. « A los setenta días ya está parida la papa —decía—; antes creíamos que las mataba el viento del sur, pero ahora sabemos que es el tizón, una enfermedad que las mustia pero que con sólo fumigar desaparece. » Nos hablaba desde el mismo surco, tomando a veces en sus manos puñados de tierra esponjosa. « Nosotros los guajiros —decía— cambiamos los cultivos para no empobrecer la tierra. » ¿Y dónde estaban los bohíos? Los bohíos iban desapareciendo, quedaban como un vestigio de vivienda típica y anterior, prehistórica, porque en Cuba todo lo que no es de la revolución pertenece a la prehistoria. En la Granja Camilo Cienfuegos las casitas campesinas, con todas las comodidades, se alineaban pacíficamente. « ¿Pero qué es el bohío? », tuve que preguntar. « Techo de guano, paredes de palma, piso de tierra. He ahí el bohío. »

Estábamos ahora en Santiago. Habíamos visitado la tumba de José Martí, el que había vivido en el monstruo y le había llamado por su nombre. Habíamos atravesado, con breve escala, el Barrio de Bella Vista, construido por los mismos obreros que lo habitaban. Ante esas casas, de balcones abiertos y sonrientes —también ante las granjas colectivas— me venían las palabras, no por bíblicas menos sustanciosas, del profeta Isaías: « Y construirán casas y las habitarán; y plantarán viñedos y se comerán sus frutos. No construirán para que otro habite; no plantarán para que otro coma. » Y todo había comenzado una mañana en la Granja Siboney donde nos encontrábamos en este momento examinando fotografías, documentos, textos y objetos tan trágicos como probadores de los sangrientos procedimientos empleados en la época del batistato. Desde Siboney, campo y campo, recorrimos el camino, el viacrucis revolucionario de aquel 26 de julio de 1953, hasta llegar al Cuartel Moncada, en este tiempo convertido en escuela por nombre « Ciudad Escolar 26 de Julio ».

Habíamos estado previamente en el Cafetal La Luz, donde en 1796 se asentó la familia Casternau, de colonizadores franceses escapados de la revolución de Haití. Había todavía huellas, en las dependencias de la parte baja, del trato infligido a los esclavos negros. Grillos, látigos y otros instrumentos de tortura se mezclaban con utensilios y herramientas, allá por las caballerizas. Los salones de arriba albergaban objetos propios de una residencia acomodada del siglo XVIII, desde el piano a grabados, cuadros, lámparas y muebles muy de la época. Semejaba un escenario especialmente dispuesto para una narración de Alejo Carpentier. El molino de piedra de gran rueda de madera, que debían empujar los esclavos hasta la extenuación, se encontraba a unos cincuenta o sesenta metros del edificio. Al parecer, tal forma de esclavitud quedó abolida en 1868. Los Casternau habían abandonado sus posesiones por aquellas fechas. Los otros Casternau —los que continuaron la explotación del hombre desde supuestos más refinados pero no menos crueles— habían tenido que dejar la Isla en 1959, al triunfo de la revolución.

Corte, alza y trapiche son, según se me dijo, las tres faenas de la caña. La piel de la Cuba de aquel febril febrero parecía sacudida por el corte, el alza y el trapiche. Nos topábamos por el campo con los macheteros voluntarios. Recuerdo a los trabajadores procedentes de La Habana, del Sector Medicina, con quienes nos tomamos unas cervezas en el restaurante Primero de Mayo, cerca de Camariaca, el « puerto contra la mentira », que dijo Fidel, porque allí esperaban su turno —y doy fe— los « abandonapaises » de siempre. Aquellos trabajadores del Sector Médico gastaban sus vacaciones —su descanso— en el corte de caña, faena dura como pocas. Visitamos algunas centrales azucareras, colosales cuando grandes, trapichitos si pequeñas. Recuerdo Niquero bajo un sol de castigo: casas de madera, calles pobladas, alegres, bulliciosas, gentes resguardándose del sol

bajo negros paraguas. A Niquero se le dice tierra de frío y de trabajo, pero aquel día, aunque sí de trabajo, no era tierra de frío sino de calor. En el Central Roberto Ramírez la temperatura era alta, tan alta como la actividad de los obreros. Humo por todas partes, un humo denso, húmedo, que brotaba de por entre las máquinas, de por entre las juntas de las paredes y el piso. El bagazo y el bagazillo se amontonaban para ser —luego— transformados en papel, en vehículo de cultura. Antes de salir, tomamos golosamente el espeso guarapo. Todavía en el exterior nos acompañaba el olor dulzón de la caña.

Estoy dejando fluir libremente los recuerdos. No sé por qué se me viene ahora a las mientes la central térmica de la RENTE, allá en Santiago. Una de las fases se puso en marcha al llegar nosotros. Toda una noche sin dormir, obreros y técnicos se afanaban por darle los últimos toques. ¿Y los astilleros de Cárdenas? También allí pudimos asistir a la botadura de un barco, sin ceremonias, bendiciones, botellas de champán ni otras zarandajas. Muy simplemente, con la sola satisfacción —expresada a través de una leve sonrisa— de los trabajadores que lo habían partido. Era, por más señas, el *Via Láctea I*, de la flotilla lechera que hace el servicio desde la isla de Pinos a La Habana. Se encuentre donde se encuentre ahora, en este momento en que escribo, le deseo una larga y venturosa vida.

Allá en la RENTE nos reunimos con los obreros y tuvimos una larga plática. «El partido se integra con lo más selecto de la base —nos decía uno de ellos—; el sueño del trabajador es poder ingresar en el partido. Sin embargo no hay diferencias ni discriminaciones, porque esto es la misma pasta todo.» Allí estaba también Glady, la compañera Glady, dos veces obrera de vanguardia, como prueba y ejemplo irrefutables de la incorporación de la mujer a la producción.

Atención al cartel, a ese cartel que se prodiga por toda la Isla: «En las playas de mi Cuba yo me baño todo el año.» En vez de la propaganda de la coca-cola, del felipe-morris, del seven-up (de la biblia en pasta) como forma de alienación, muy pocos, ciertos y auténticos carteles, al servicio del pueblo y para el pueblo. En las playas de «mi» Cuba, porque la considero un poco mía, pude bañarme yo también. Playa del Rosario, ingrata costa azul, siempre caliente, que dijo alguien; Playa Larga y Playa Girón, donde los mercenarios conocieron tan gran derrota; Varadero de dulce recuerdo con sus tierras y playas rescatadas de la voracidad de los Dupont de Nemours; Playa Colorada donde desembarcó Fidel para liberar la Isla, donde a través de una sencilla plataforma construida con tablas, que hace a la vez de monumento conmemorativo, salimos a la mar sin tener que luchar ni con los mangles ni con la ciénaga. Todas —y muchas más— son playas para los cubanos, playas maravillosas en las que únicamente los jejenos (con «j» de joder) pueden llegar a perturbar el sosiego.

Atención al cartel, a ese otro cartel que a lo mejor dice: «No escriban ni dañen el monumento, que es del pueblo.» Y a ese otro: «Se brinda el parto sin dolor en este hospital.» Y a éste: «Es mejor el bienestar de muchos que el lujo de pocos.»

Y algo más que también se me viene a las mientes. Me refiero a los becados, que por aquel entonces en número de más de cien mil estudiaban en diferentes centros. Me refiero a los becados de la Escuela para Técnicos del Mar Victoria de Girón, a los de Miramar y Bellas Artes, de La Habana, a los de la Universidad de Oriente, en Santiago, a los de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, preparándose en suelos, fertilizantes y veterinaria, y a los del Centro Vocacional para Maestros Primarios Sierra Maestra, en Minas del Frio. Tuve ocasión de hablar con muchos de estos alumnos, de visitar las instalaciones de todas esas ciudades escolares, y me consta que es ahí donde se está cociendo a muchos grados de tensión la nueva Cuba. Recuerdo a una alumna en Minas del Frio contestando a la pregunta que le había hecho la profesora. Me había detenido junto al barracón, que hacía de aula, y pude escuchar lo siguiente: «Cristóbal Colón, el Gran Negociante (no el gran almirante o el gran navegante) descubrió América cuando buscaba nuevos caminos para el comercio con las Indias. En las Estipulaciones de Santa Fe exigía hasta el 10 % del oro...»

Alguna vez tendré que escribir largo, por extenso, de esta experiencia mía; alguna vez tendré que hablar de este pueblo en pie, en marcha, que me fue dado ver en aquel mes de febrero. Tendré que referirme a esa revolución que ha devuelto al hombre las ganas de vivir, que le ha restituido sus primitivas posesiones y pertenencias, hasta el

punto de que ya sabe qué ve, oye, huele, gusta y toca. Llegado ese momento trataré también de otras muchas cosas que quedan ahora a la espera. No olvidaré entonces el mojito, de tan refrescante y grato sabor, el mojito tomado en El Patio. Ni tampoco el buen yantar engullido en La Bodeguita del Medio. Ni los paseos nocturnos por La Habana Vieja. Ni las terrazas de los cafés (Saratoga, Capitol) de toldos de colorines y de música entrañable, en las noches superpobladas allá por El Prado. Tampoco olvidaré entonces a «Guanabacoa la bella, con sus murallas de guano», como dice la canción popular, barrio de santeros donde los toques de santo forman parte de la escena y ponen un punto de misterio y desgarró a la realidad. Tantas, tantas, tantas cosas...

—¿Qué tú quieres, compañero? ¿Qué tú más querías?

—Que nos des lumbre, a mí, a los que esperan.

Alfonso Sastre

Un recuerdo de Cuba

Hablar de Cuba... Yo estuve en el Festival de Teatro Latinoamericano de 1964 y solamente un mes. ¡Turista en una revolución! Es poca cosa lo que se ve en tan poco tiempo por muchos ojos que uno abra. Al llegar, me preguntaron para **Bohemia** qué pensaba de aquello. Yo dije, no recuerdo con qué palabras, que la revolución cubana había conseguido que política y moral fueran una misma cosa. La «y» de política «y» moral había desaparecido, y esta cosa, ¡grande!, había sucedido en Cuba. Pero con qué problemas...

Voy a contarles un recuerdo. Una noche fuimos a un cuartel para asistir a una representación de las Brigadas de Teatro «Diego Covarrubias». Se daba un drama brasileño actual en el que se producía un enfrentamiento entre un padre y su hijo a propósito de la revolución: entre un padre objetivamente contrarrevolucionario y su hijo, que en el curso de la obra va tomando conciencia de la revolución y se inscribe en sus filas resueltamente... La cosa termina a tiros (y hubo una ensalada de ellos —de fogueo, naturalmente— en el improvisado escenario del cuartel. La vigilancia llegó por si pasaba algo, pero fue rápidamente tranquilizada: era todo teatro...).

Al final hubo un coloquio entre los actores y los soldados. ¡Qué maravilla de coloquio! Entre los muchos temas que surgieron, hubo el de la violencia moral del enfrentamiento padre hijo por una razón política. ¿Era correcta la conducta del hijo? ¿La revolución lo eximía del amor filial, del respeto a su padre? A esto, pidió la palabra un soldado, negro, y dijo que a él le parecía muy bien la conducta del hijo. «¿Usted se enfrentaría de tal modo con su padre?», le preguntó alguien. A lo que el soldado contestó rápida y escuetamente: «En un caso así, la revolución es mi padre, compañero.» Se produjo un aplauso entre los soldados y siguió el coloquio.

Unos días después, en la reunión de clausura del Festival, un colega, Arnold Wesker, pidió la palabra para hacer algunas objeciones polémicas a la revolución cubana y, entre otras cosas, dijo que en aquel cuartel, mientras los soldados aplaudían a su compañero, él había sentido horror de que se pudiera llegar a pensar de un modo semejante.

Yo tomé entonces la palabra para decir algo así como que aquellas palabras del soldado tenían, en mi opinión, la grandeza propia de una tragedia, y que, para mí, una revolución no podía entenderse cumplidamente sino desde una perspectiva trágica. El cambio revolucionario está lleno de sufrimientos, desgarramientos, renunciaciones, violencias, sacrificios. No es una vía plácida que sustituyera, por la conquista del poder revolucionario, mecánicamente, el hambre, la miseria y todo tipo de tribulaciones, por una utópica felicidad socialista. Una revolución es **también** una tragedia. La elección es, pues, un verdadero y riguroso dilema (y esto ya lo he dicho en algunas otras partes) : se trata de elegir entre la tragedia sorda y cerrada que es una sociedad capitalista y la tragedia aguda y abierta —la tragedia verdaderamente optimista— que es un proceso revolucionario. « La revolución es mi padre, compañero », había dicho el soldado.

Y no se trataba, claro, de la « liquidación » gratuita de un « padre » abstracto a favor de un proceso —la « revolución »— exterior al conflicto ; sino de un conflicto encarnado en el contexto de una revolución concreta. No se trataba de la « liquidación » política de la « familia » como institución moral, sino de una familia concretamente fracturada por las distintas tomas de posición en un proceso determinado : la revolución.

Algo de esto dije también en aquella asamblea, y al final Wesker y yo nos abrazamos cordialmente. Es un gran chico...

¿Saben que yo también había aplaudido a aquel soldado? ¿Cómo no hacerlo?

Mario Vargas Llosa **Crónica de Cuba**

« ¿ Usted cree que dentro de 20 años los cubanos estarán así ? », dijo mi amigo italiano con un gesto desconsolado, señalando la calle : una muchedumbre había invadido bruscamente la avenida, y los tranvías pasaban ahora, frente a nosotros, repletos de gente. Hombres, mujeres y jóvenes iban bastante bien vestidos, con guantes, abrigos y gorros de piel, muchas adolescentes llevaban botas altas y capas, como en París o Londres, y algunas valientes, pese a la temperatura de 10 grados bajo cero, lucían minifaldas. « ¿ Se da usted cuenta ahora por qué tengo prevenciones contra el socialismo ? —dijo mi amigo italiano—. Porque si mañana mi país se hiciera socialista, terminaríamos como los checos, nunca como los cubanos ». Unas horas antes de refugiarnos en este café, acosados por el frío, habíamos caminado largamente por el centro de Praga, curioseando las vitrinas de las tiendas, las carteleras de los cinemas, los restaurantes, observando y (secretamente) comparando. Mi amigo italiano exageraba, desde luego, cuando resumía sus fugaces impresiones de Praga en una frase lapidaria —« esto es un mal remedo de una ciudad capitalista »—, pero, sin duda, las imágenes que ambos traíamos de Cuba tenían poco que ver con las que desfilaban ante nosotros. ¿ En qué estaba la diferencia ? No tanto en el alto nivel de vida de los checos, en su desarrollo industrial, en su saneada y sólida economía (la más próspera entre las democracias populares), que contrastan rudamente con las enormes dificultades materiales a que debe hacer frente Cuba, en razón de su situación de país subdesarrollado y sometido a un rígido bloqueo, como en la visible apatía, teñida de escepticismo político, de las gentes, el nulo fervor revolucionario detectable a simple vista, en la actitud de conformismo e incluso de simple resignación tranquila con que el hombre de la calle parece asumir

su condición de ciudadano de un país socialista, que desconciertan brutalmente a quien acaba de emerger del electrizante clima de entusiasmo y tensión que se vive en Cuba. Hay que recorrer un largo y complicado camino para llegar a Cuba. El bloqueo que desde hace años impuso Washington a la isla, no tenía sólo como objetivo privarla de las importaciones que, hasta la revolución la habían hecho sobrevivir, sino también, y sobre todo, ponerla en cuarentena política y cultural, expulsarla de la familia latinoamericana, excluirla como a un leproso para evitar el contagio. El bloqueo, que en el campo material ha afectado, sin duda, seriamente la economía cubana (aunque no ha conseguido asfixiarla, como esperaban los hombres de la OEA) en el dominio cultural ha resultado un clamoroso fracaso: se trata de algo que puede enorgullecer a los intelectuales latinoamericanos. Ni las dificultades que presenta el viaje a Cuba desde el punto de vista material (México es el único país que mantiene vuelos hacia La Habana, pero el latinoamericano que sale por allí, además de ser fotografiado y fichado como un indeseable, está prohibido de retornar a su país por la misma vía), el absurdo periplo que por ejemplo obliga a un venezolano a viajar hasta Praga o Madrid para llegar a La Habana, ni las represalias que muchos gobiernos latinoamericanos toman contra los ciudadanos que violan la interdicción (que figura en los pasaportes, como en el caso del Perú) de visitar el país apestado, han impedido a los artistas y escritores de este Continente llegar a la isla, comprobar con sus propios ojos lo que ocurre allí y dialogar o discutir con sus colegas cubanos. «¿Usted es dramaturgo o poeta?», me había preguntado mi amigo italiano, cuando nos conocimos, en el aeropuerto de La Habana, mientras esperábamos la salida del avión a Praga. «Porque en esta ciudad hay una verdadera invasión de dramaturgos y poetas sudamericanos, me han presentado ya a cincuenta». Exageraba, pero apenas. En los últimos tres meses se han celebrado en Cuba tres eventos culturales: el Festival de Teatro Latinoamericano, el Encuentro con Rubén Darío (con motivo del centenario del poeta) y el concurso literario anual de la Casa de las Américas de poesía, cuento, novela y ensayo. Con este motivo, no menos de medio centenar de escritores del continente acudieron a la isla y tuvieron ocasión, no sólo de conocer de cerca la situación de Cuba, sino de trabar relación mutua e intercambiar opiniones. Teniendo en cuenta la secular incomunicación de los escritores latinoamericanos, este hecho adquiere una significación muy especial.

Está bien que los artistas e intelectuales de nuestro continente se rebelen contra el bloqueo y lo rompan. Las razones de los gobiernos no son, no pueden ni deben ser las de los creadores, y ningún escritor latinoamericano responsable podría admitir, sin deshonrarse, la mutilación de Cuba del territorio cultural americano. De otro lado, los artistas y escritores de todas las tendencias que visitan Cuba (es una tonta calumnia la afirmación de que sólo van a la isla los convencidos) tienen una razón muy poderosa para combatir, en la medida de sus posibilidades, la política de exclusión y asfixia, de cordón sanitario establecida por la OEA. Y es que, en el dominio que les pertenece, el de la cultura, la revolución cubana ofrece, en sus escasos años de vida, un balance abrumadoramente positivo, un saldo de realizaciones y victorias profundamente conmovedor.

Yo detesto la beatería en cualquiera de sus formas, y la beatería política no me parece menos repulsiva que la religiosa. Pese a mi admiración y mi profundo afecto por la revolución cubana, siempre he encontrado deplorable esos testimonios reverenciales, hagiográficos, esos actos de fe disfrazados de crónicas o reportajes, que pretenden mostrar a la Cuba actual como un dechado de perfecciones, sin mácula, como una realidad a la que el socialismo, mágicamente, ha liberado de toda deficiencia y problema y convertido en invulnerable a la crítica. No, no es cierto. Cuba tiene todavía sinnúmero de problemas por resolver, no en todos los campos ha alcanzado los mismos aciertos, y hay, desde luego, muchos aspectos de la revolución discutibles u objetables.

Hay uno, sin embargo, en el que aún el espíritu más maniáticamente crítico, el contradictor por temperamento y vocación, se vería en serio aprieto si tuviera que impugnar la política de la revolución: el de la cultura, precisamente. Es sabido ya cómo fue erradicado el analfabetismo en Cuba; también, cómo la educación fue puesta al alcance de todo el mundo, gratuitamente, y cómo todos los estudiantes de la isla, colegiales o universitarios, están becados (es decir alimentados, alojados y vestidos por el Estado, que además les proporciona el material de estudios necesario). Pero, es mucho menos conocido, en cambio, el gigantesco esfuerzo editorial y de fomento de la cultura emprendido en la isla en los últimos

años y el criterio con que se ha llevado a cabo. Sería apenas revelador decir que ningún gobierno latinoamericano ha hecho tanto por promover entre su pueblo las letras, las artes plásticas, la música, el cine, la danza, multiplicando los festivales, las exposiciones, los concursos, las campañas. Pero el esfuerzo desplegado estaría viciado si sólo pudiera valorarse numéricamente. Lo notable, en el caso cubano, es que esta política cultural no se ha visto viciada (como ocurrió en los países socialistas y sigue, por desgracia, ocurriendo en muchos de ellos) por el espíritu sectario y el dogma. En Cuba no ha habido « dirigismo estético », los brotes que surgieron de parte de funcionarios ineptos fueron sofocados a tiempo. Ni en la literatura, ni en las artes plásticas, ni en el cine, ni en la música los dirigentes cubanos han tratado de imponer ningún tipo de modelo oficial. La editora nacional (a cuyo frente se hallaba, hasta hace poco, Alejo Carpentier) ha hecho ediciones populares de autores como Joyce, Proust, Faulkner, Kafka y Robbe-Grillet, en tanto que en las galerías de toda la isla tenían cabida, por igual, pintores abstractos, surrealistas, « pops » y « ops » y los compositores cubanos experimentaban libremente la música concreta. ¿No es significativo que el libro más importante aparecido en Cuba en los últimos años sea la novela *Paradiso* del católico (y poeta hermético) Lezama Lima? Pero tal vez sea más significativo todavía el hecho de haber visto, expuesto en un kiosco de libros viejos, montado en La Rampa, la avenida principal de La Habana, ¡un libro de Eudocio Ravines! Cuba ha demostrado que el socialismo no estaba reñido con la libertad de creación, que un escritor y un pintor podían ser revolucionarios sin escribir mamotretos pedagógicos y pintar murales didácticos, sin abdicar o traicionar su vocación.

Pero sería mezquino reducir al campo de la cultura todo lo que puede impresionar y convencer al sudamericano que llega a Cuba. Las diferencias, los contrastes hieren la vista del extranjero a un nivel mucho más cotidiano y primario. George Orwell cuenta que lo que lo decidió a enrolarse en el ejército republicano español como voluntario fue el espectáculo que le brindaron las calles de Barcelona el día que llegó a la ciudad: por primera vez, escribió, ciertas nociones abstractas como « igualdad » y « fraternidad » se corporizaron ante sus ojos. Los más adversarios de la revolución cubana, difícilmente podrían negar que en sus ocho últimos años de vida, Cuba no sólo ha suprimido en su seno esas imágenes de miseria radical que en nuestros países ambulan por las calles y ofrecen un siniestro telón de fondo a la insolente riqueza de unos cuantos, sino que ha reducido a una proporción humana las diferencias sociales. Desde luego que ello no ha sido realizado sin drama y sin violencia, desde luego que la justicia social se ha implantado, a veces, a costa de injusticias parciales. Pero los resultados están a la vista de todos: el campesino cubano es dueño de la tierra que trabaja, todo cubano es dueño de la casa donde vive, todo niño cubano tiene garantizada su instrucción, todo cubano tiene asegurada atención médica y jubilación. « Podría citarle una docena de países que han liquidado lo que usted llama miseria radical, y reducido al mínimo las diferencias sociales, sin necesidad de liquidar la libertad de prensa y la democracia representativa », me decía mi amigo italiano, en el avión, en la interminable etapa La Habana-Gander. Es cierto, pero resulta inhumano comparar el caso cubano con Francia, Inglaterra o Suecia: los puntos de comparación adecuados son Bolivia, Perú, Paraguay.

El último programa agrícola cubano de gran aliento tiene como escenario las sierras del Escambray, en el centro de la isla, y su objetivo es promover en gran escala el cultivo de frutas y hortalizas que satisfagan las necesidades de Cuba y sirvan más tarde para la exportación. Se llama el « Plan Banao » y está íntegramente en manos de mujeres. Todo un día estuvimos allí, recorriendo el campo, conversando con muchas de las mil quinientas voluntarias que se han instalado en esas serranías, donde a fuerza de coraje y fervor deben superar las condiciones de una vida precaria y dura. Había, entre ellas, de todo: estudiantes, universitarias, amas de casa, hijas y esposas de obreros o de funcionarios. Pero lo que más nos impresionó, tal vez, no fue la alegría y la convicción que era patente en todas ellas, el entusiasmo con que emprendían esa tarea común, sino un breve diálogo que surgió al final de la excursión, cuando nos despedíamos de la directora del Plan Banao, una muchacha joven, vestida de miliciana, que nos había escoltado todo el día, explicándonos con detalles técnicos minuciosos, los planes de trabajo. Era muy joven y uno de nosotros le preguntó qué hacía ella en 1958, al triunfar la revolución. « Yo era sirvienta entonces, nos dijo. En Mantanzas. Y no sabía leer ni escribir. »

Editions Ruedo ibérico

Numéro d'édition : 40

Dépôt légal éditeur : quatrième trimestre 1967

Imprimerie Cary, Colombes

Imprimé en France

Horizonte español 1966

Primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico (1966)

ROBERTO PLAJA ARNALDO - D. N. I. 37.546.469

Sumario

Tomo I

1. Esteban Pinilla de las Heras. España : una sociedad de diacronías.
2. C.E.Q. García. De la autarquía económica al Plan de Desarrollo.
3. Equipo de jóvenes economistas. Las 100 familias españolas.
4. Pedro Marcos Santibáñez. La familia « F ».
5. Xavier Flores. La propiedad rural en España.
6. Macrino Suárez. Problemas de la agricultura española.
7. Vicente Girbau. La entrevista de Hendaya.
8. Felipe Miera. La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América.
9. Ignacio Fernández de Castro. La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias.
10. P.B. Significación religiosa, económica y política del Opus Dei.
11. Luis Ramírez. Visión actual de la guerra civil (encuesta).

Tomo II

12. Enrique Fuentes. La oposición antifranquista de 1939 a 1955.
13. Xavier Flores. El exilio y España.
14. Jorge Semprún. La oposición política en España : 1956-1966.
15. Fernando Claudín. Dos concepciones de « la vía española al socialismo ».
16. Martín Zugasti. El problema nacional vasco.
17. Santiago Fernández. El movimiento nacional en Galicia.
18. Joan Roig. Veinticinco años de movimiento nacional en Cataluña.
19. Antonio Linares. Las ideologías y el sistema de enseñanza en España.
20. Antoliano Peña. Veinticinco años de luchas estudiantiles.
21. Angel Bernal. Las paradojas del movimiento universitario.
22. Antoliano Peña. Las Hermandades de Labradores y su mundo.
23. Iñaki Goitia. El orden laboral y las Magistraturas del Trabajo.
24. Jordi Blanc. Las huelgas en el movimiento obrero español.
25. Ramón Bulnes. Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración.
26. Blai Serratés. Teoría económica del turismo y su aplicación al caso español.
27. Raúl Torras. Problemas de la entrada de España en el Mercado Común.
28. Angel Villanueva. Causas y estructura de la emigración exterior.
29. Ramón Aboy. Españoles en Alemania.
30. Juan Claridad. Nueva realidad : nueva prensa.

Ilustraciones de Cattolica, Genovés, César, Ges, Rojo y Vázquez de Sola.

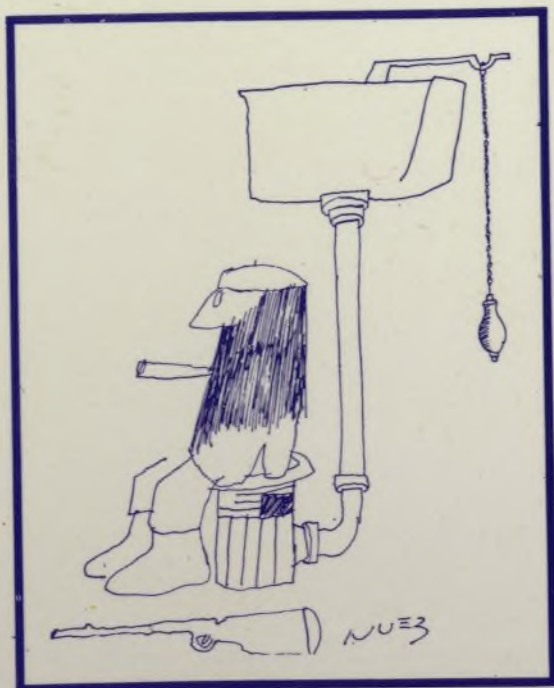
Tomo I : 288 páginas, 6 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos. 21,— F

Tomo II : 436 páginas, 10 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos. 30,— F

Los dos tomos

51,— F

Ayuntamiento de Madrid



 **ruedo ibérico**



Ayuntamiento de Madrid